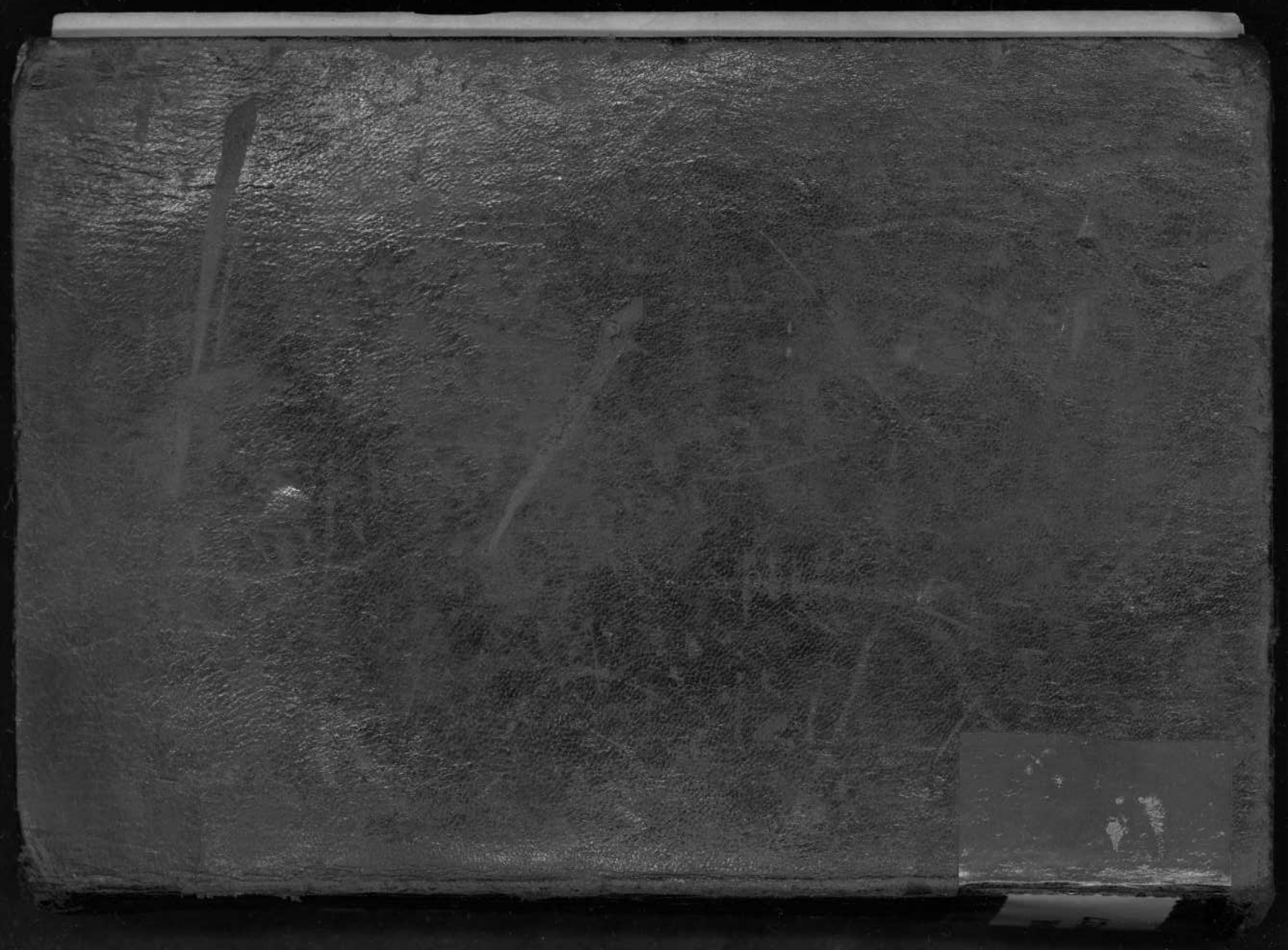
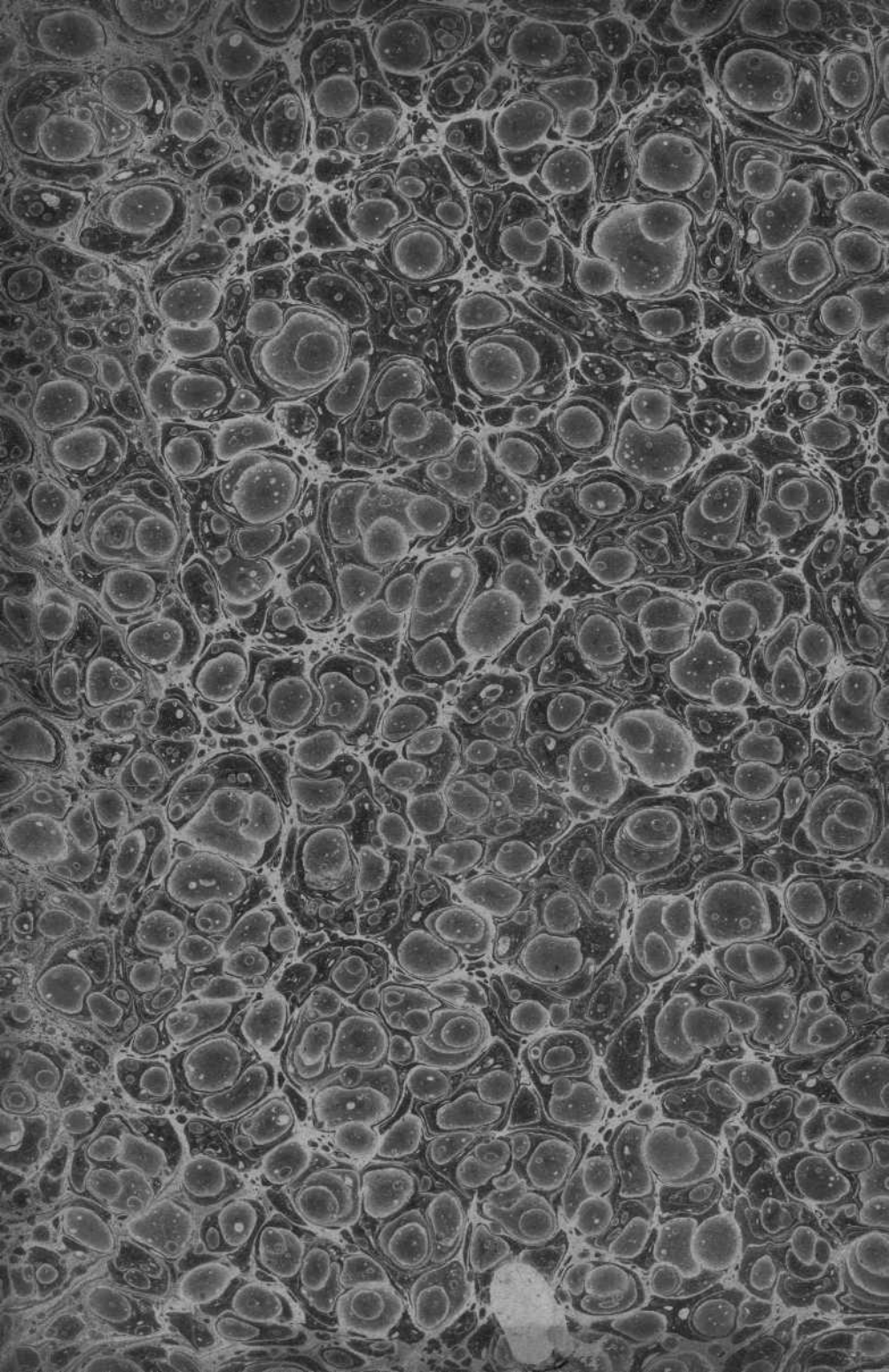
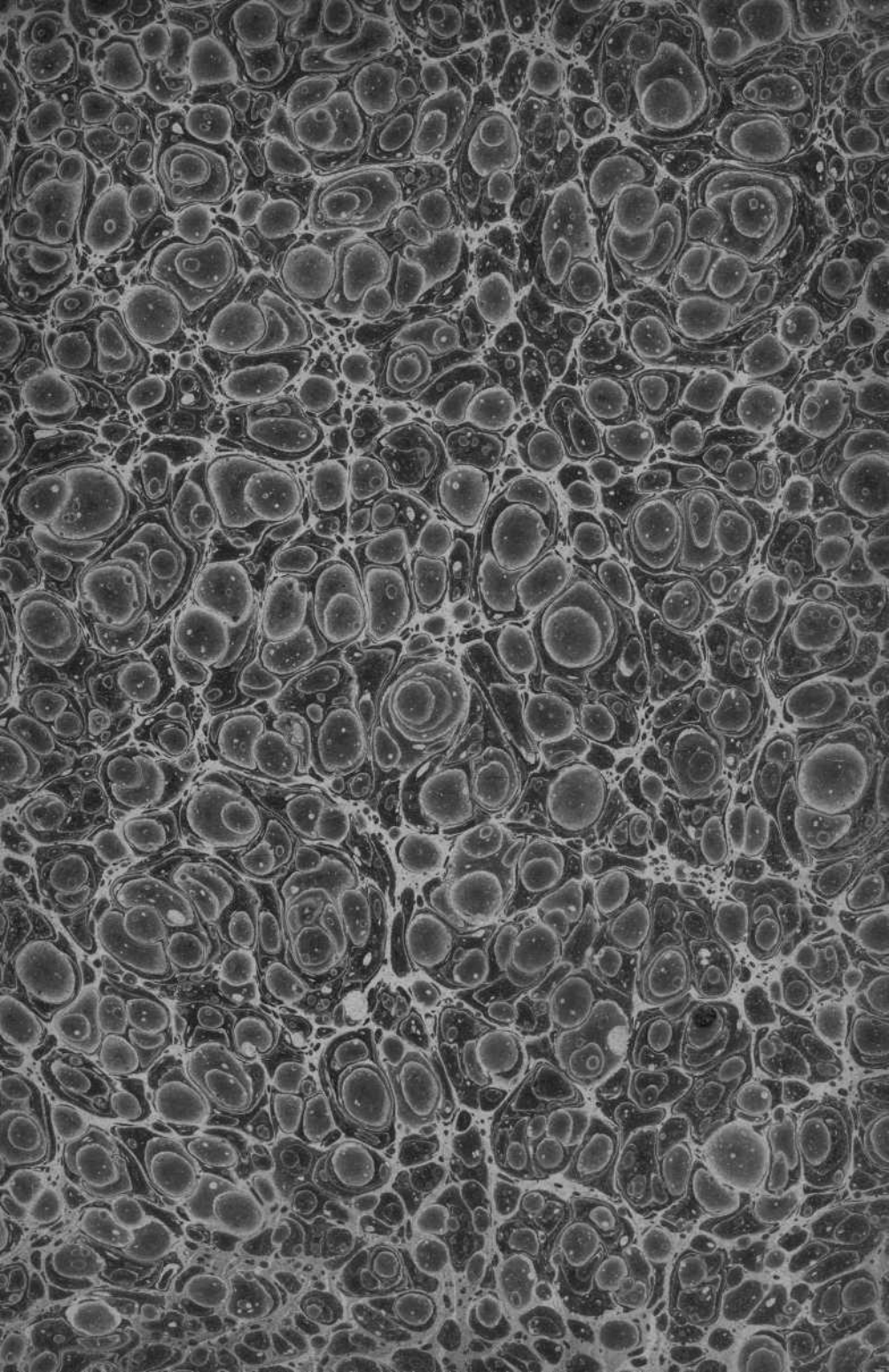






LAS MEMORIAS

DEL

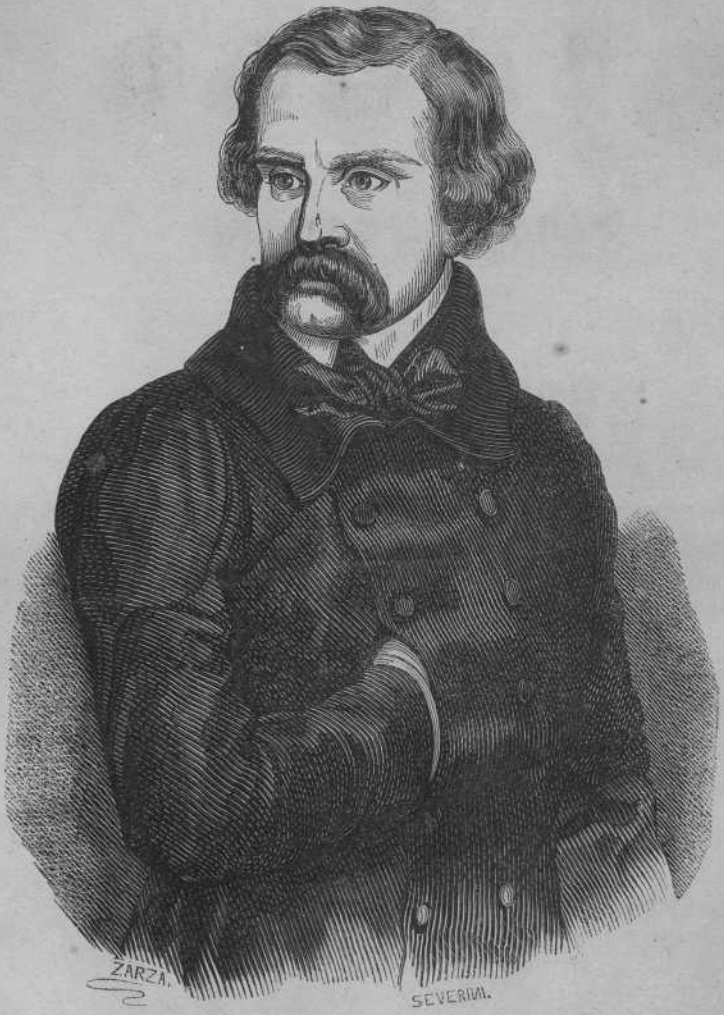
DIABLO.

125420

LAS MEMORIAS

DE

OTELO.



FEDERICO SOULIÉ.

LAS MEMORIAS

DEL

DIABLO

POR

FEDERICO SOULIÉ.

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

POR

D. Antonio T. y la Quintana.

TOMO I.



Fondo Bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria
10131

MADRID:
Publicadas por Cabello y Hernaiz.
Imprenta del Colegio de Sordo-mudos y ciegos,
calle del Turco, núm. 11.
—
1849.

LAS MEMORIAS

DE

D. ANTONIO

DE

MENDOZA.

POR

D. Antonio de la Quintana.

TOMO I.

LAS MEMORIAS

DEL

DIABLO.

I.

El castillo de Ronquerólles.



ALLÁBASE el 1.° de enero de 182... el baron Francisco Armando de Luizzi sentado al amor de la lumbre en su castillo de Ronquerólles. Me acuerdo perfectamente de este castillo, aunque hace ya veinte años que no le he visto: estaba situado en el fondo de un valle, circunstancia que pocas veces concurre en los castillos feudales, y consistia entonces en cuatro torres unidas por cuatro cuerpos de edificio, aquellas y estos con techo agudo de pizarra, cosa no muy comun en los Pirineos. Asi es que, mirado desde la cumbre de las colinas que le rodeaban, mas bien parecia una casa del siglo XVI ó XVII que una fortaleza del año 1527, época de su fundacion.

En mi infancia, visitaba yo con frecuencia el castillo de Ronquerólles, y me acuerdo de la admiracion que me causaban las anchas losas que cubrian el pavimento de los graneros donde solíamos jugar. Estas losas, que avergonzaban á las miserables baldosas de mi casa, habian defendido las plataformas del castillo cuando este era una verdadera fortaleza; mas tarde, las plataformas habian sido cubiertas de techos puntiagudos, semejantes á los que vemos sobre la puerta de Vincennes, pero sin tocar la primitiva construccion.

Hoy dia, sabiendo que de todas las materias durables es el hierro la que menos dura, me guardaré muy bien de asegurar que Ronquerólles parecia construido de hierro; tanto le habia respetado la accion del tiempo: pero lo que sí debo afirmar, es que era verdaderamente admirable el estado de conservacion en que aquel vasto edificio se encontraba. Diríase que el capricho de algun rico aficionado á la arquitectura gótica, habia levantado la víspera aquellos muros intactos, de los cuales ni una piedra aparecia deteriorada, y delineado aquellos floridos arabescos, de los que ni una línea aparecia truncada ni un detalle mutilado. Sin embargo, nadie recordaba haber visto trabajar en la conservacion ó en la reparacion del castillo.

A pesar de todo esto, desde su construccion se habian verificado en él muchos cambios, y el mas singular de todos era el que se notaba al aprocsimarse á Ronquerólles por la parte de mediodia. Ninguna de las seis ventanas que ocupaban la fachada de este lado, se parecia á los otras. La primera de la izquierda, mirando de frente al castillo, era una ventana ojiva con una cruz de piedra con espinas truncadas que la dividia en cuatro partes, guarnecidas de vidrios comunes, la que seguia era idéntica á la primera, si se esceptuan los vidrios que habian sido reemplazados por cristales emplomados y colocados en bastidores de hierro movibles. La tercera habia perdido su ojiva y su cruz de piedra. La ojiva parecia haber sido tapiada con ladrillos, y un grueso marco de madera en que se movia lo que despues ha tomado el nombre de ventanas de guillotina, reemplazaba á las vidrieras con bastidor de hierro; la cuarta, resguardada por dos puertas-ventanas, una interior y otra esterior, ambas con falleba y cristales pequeños, tenia ademas un contraviento pintado de encarnado; la quinta solo tenia una puerta-ventana de grandes cuarterones y una persiana verde; y, por último, la sesta tenia un gran cristal plano, detrás del cual se veia una cortina de colores muy vivos. Esta última ventana se hallaba ademas resguardada por contravientos rellenos, y habia aparecido á la vista de los habitantes de Ronquerólles el dia siguiente á la muerte del baron Hugo Francisco de Luizzi, padre de Armando; es decir, en la mañana del 1.° de enero de 182... sin que pudiera decirse quién la habia abierto y decorado del modo que estaba.

Lo mas singular de todo es que, segun la tradicion, las demas ventanas se habian abierto del mismo modo y en circunstancias idénticas, es decir, sin

que se hubiesen visto ejecutar los menores trabajos, y siempre la mañana siguiente al fallecimiento de cada uno de los propietarios sucesivos del castillo. Lo que no admitia duda era que cada ventana de estas correspondia á una habitacion, que no se volvia á abrir desde el momento en que habia dejado de existir el que la ocupaba.

Si Ronquerólles hubiera sido habitado constantemente por sus señores, es probable que hubiera asombrado mucho á la poblacion este estraño misterio; pero hacia ya mas de dos siglos que cada nuevo heredero de Luizzi solo permanecia en el castillo veinte y cuatro horas, y luego le abandonaba para no volver mas á él. Asi habia hecho el baron Hugo Francisco de Luizzi; y su hijo Francisco Armando, llegado el 1.° de enero de 182..., habia anunciado para la mañana siguiente su partida.

La primera noticia que el conserje tuvo de la llegada de su amo, fue el verle entrar en el castillo; y el valor de este hombre animoso cambióse en terror, cuando al hacer preparar una habitacion al recienvenido, vió á este dirigirse hácia el corredor donde se hallaban situados los misteriosos aposentos de que hemos hablado, y abrir con una llave que sacó del bolsillo, una puerta desconocida aún al mismo conserge, é improvisada en el corredor interior del mismo modo que la ventana de la fachada. La misma variedad se notaba en las puertas que en las ventanas. Todas pertenecian á diferente estilo, y la última era de la madera llamada moradillos, con incrustaciones de cobre. La pared continuaba guardando el mismo órden en el corredor, que en la fachada. Entre estos dos muros desnudos é impenetrables, probablemente habia otras habitaciones; pero, destinadas sin duda á los futuros herederos de Luizzi, continuaban inacesibles y cerradas como el porvenir á que pertenecian. Las que podemos llamar habitaciones del pasado estaban cerradas y desconocidas; pero habian, sin embargo, conservado su respectiva ventana. La nueva habitacion, es decir, la habitacion del presente, si asi podemos espresarnos, era la única que se hallaba abierta el dia 1.° de enero; y cuantos quisieron penetraron libremente en ella.

Aquel corredor, que á nosotros nos parece algo alegórico, solo pareció á Armando de Luizzi escesivamente húmedo y frio; por lo cual mandó encender un gran fuego en la chimenea de mármol blanco de su nuevo aposento, en el que permaneció todo el dia ocupado en arreglar las cuentas de sus propiedades de Ronquerólles. En cuanto á las del castillo, eran muy fáciles de arreglar: el edificio nada producia ni nada costaba; pero Armando poseia en las inmediaciones algunas heredades, cuyos arrendamientos habian espirado y queria renovar. A cualquiera otra persona que no fuesen los colonos, hubiera sorprendido al entrar en la habitacion de Armando el gusto moderno que en ella se notaba. Esta habitacion estaba completamente amueblada al estilo de *Luis XV*, es decir, que lo grotesco y lo incómodo habian presidido á su ador-

no. Algunas antiguas casas del contorno guardaban recuerdos originales de esta época; asi fue que los buenos campesinos tuvieron por una antigualla la novedad del elegante Luizzi, y creyeron inferiores á la cómoda de caoba de la muger del escribano, todas las preciosidades de la nueva habitacion.

Armando pasó el dia entero en la discusion y el arreglo de las bases de los nuevos contratos, tanto que hasta bien entrada la noche no se vió solo. Hallábase, como ya hemos dicho, sentado al amor de la lumbre, é inmediata á él estaba una mesa, en la que ardia una sola bujía. La péndola dió las doce, las doce y media, la una y la una y media, mientras Armando permanecia sumergido en sus reflexiones; pero al oir esta última hora, se levantó y comenzó á pasearse con agitacion. El baron era de elevada estatura, su presencia denotaba fuerza, y la espresion habitual de sus facciones era el signo de la resolucion. Sin embargo, temblaba y se aumentaba su agitacion, á medida que la aguja se acercaba á las dos. Deteniase algunas veces como esperando algun ruido esterior; pero nada turbaba el profundo silencio de que se hallaba rodeado. Al fin oyó ese pequeño choque, producido por el escape de la péndola, que precede á la campanada que anuncia la hora. Una palidez súbita y profunda apareció en su rostro; permaneció un momento inmóvil, y cerró los ojos como el que se pone malo de repente. En este instante resonó en el silencio la primera campanada de las dos. Este ruido sacó á Armando de su abatimiento, y antes de dar la segunda campanada, asió una campanilla de plata que estaba sobre la mesa, y agitándola violentamente, pronunció esta sola palabra: VEN!

Cualquiera puede tener una campanilla de plata, cualquiera puede tocarla á las dos en punto de la mañana, esclamando: VEN!; pero es probable que á nadie suceda lo que á Armando de Luizzi sucedió. La campanilla, agitada tan vivamente, solo produjo un sonido débil que vibró lúgubremente. Armando empleó, al pronunciar la palabra VEN! todo el esfuerzo que emplea el hombre que grita para ser oido de lejos, y sin embargo, su voz, arrojada con vigor de su pecho, no llegó á ese tono resuelto é imperativo que se la habia querido dar; parecia una tímida súplica escapada de sus labios; y al mismo Armando asombraba tan estraño resultado. Hecho esto, apareció en el sitio que acababa de dejar, un ser que podia ser hombre por la arrogancia de su porte, y muger por la delicadeza de sus formas; pero que indudablemente era el diablo, pues por ninguna parte habia entrado y sí solo se habia aparecido. Su trage consistia en una bata que no permitia adivinar el secso de la persona que la llevaba.

Armando de Luizzi observaba en silencio á este singular personage que se arrellanó cómodamente en su sillon á la Voltaire, colocado junto al fuego. El recienvenido se echó negligentemente hácia atrás y dirigió á la lum-

bre el índice y el pulgar de su mano blanca y afilada; estos dos dedos se alargaron estraordinariamente como unas tenazas, y tomaron un ascua. El diablo, pues aquel ser era el diablo en persona, encendió un cigarro que tomó de la mesa; pero apenas hubo aspirado una bocanada de humo, arrojó el cigarro con despecho, y dijo á Armando de Luizzi:

—No gastais tabaco de contrabando?



Armando no contestó.

—Pues en ese caso, tomad del mio! añadió el diablo.

Y sacó del bolsillo de su bata una petaca, de gusto sumamente esquisito. Tomó dos cigarrillos, encendió uno en el ascua que tenia todavia en la mano, y se le presentó á Luizzi. Este le rechazó con un gesto, y el diablo le dijo con el tono mas natural.

— Hola, querido, sois melindroso? tanto peor.

Luego se puso á fumar sin escupir, echado hácia atrás y silbando una contradanza, acompañada de un movimiento de cabeza no poco impertinente.

Luizzi permanecia aun inmóvil delante de tan estraño diablo. Por fin, rompió el silencio y, armándose de esa voz vibrante y seca que constituye la melopea del drama moderno, dijo:

— Hijo del infierno, te he llamado...

— Alto, querido, le interrumpió el diablo; no sé por qué me tuteais: eso es de mal gusto. Esa costumbre es propia de los que vosotros llamais artistas; falsa máscara de amistad que no les impide envidiarse, odiarse y despreciarse; es una forma de lenguage que vuestros novelistas y dramaturgos emplean en la espresion de las pasiones mas ecsaltadas, y de que no se sirven las personas bien nacidas. Estimaria mucho que vos, puesto que no sois ni literato ni artista, me habláseis como se habla á un desconocido, lo cual seria mucho mas conveniente. Tambien os advertiré que al llamarme hijo del infierno, decís una de esas necedades que tienen curso corriente en todas las lenguas conocidas. Llamarme á mí hijo del infierno, equivale á llamaros á vos hijo de vuestra habitacion porque vivís en ella.

— Sin embargo, tú eres aquel á quien he llamado, respondió Armando afectando una gran potencia dramática.

El diablo miró á Armando de través, y replicó con una superioridad notable:

— Sois un fátuo. Creis hablar á vuestro lacayo?

— Hablo á mi esclavo, respondió Luizzi poniendo la mano sobre la campanilla que tenia delante.

— Como querais, señor baron, replicó el diablo. Mas, á fé mia, sois un verdadero jóven de nuestra época, ridículo y tonto. Ya que tan seguro estais de haceros obedecer, bien podias hablarme con política, cosa que en verdad no os costaría mucho. Por otra parte, esas maneras se quedan para los palurdos convertidos en señores, que porque se arrellanan en el fondo de su carruage, se imaginan que tienen trazas de hallarse acostumbrados á semejante vehículo. Perteneceis á una antigua familia, llevais un noble apellido, teneis un aire escelente y no necesitais ridiculeces para llamar la atencion.

— El diablo predicador!... cosa rara y...

— No os pongais á discutir como un ministro; no me presteis palabras estúpidas para tener la gloria de refutarlas victoriosamente. Yo no moralizo con palabras; ese es solaz que dejo á los bribones y á las rameras; aborrezco y anatematizo el ridículo. Si el cielo se hubiese dignado concederme hijos, antes les hubiera dado dos vicios que un ridículo.

— Abundancia de vicios debes tener!

— Menos que el mas virtuoso morador de París. Aprovecharse de los vicios no es tenerlos. Pretender que el diablo tiene vicios, seria asegurar que

el médico que vive de las enfermedades, está enfermo; que el abogado que vive de litigios es un litigante, y que el juez á quien se paga porque castigue los asesinatos es un asesino.

Durante este diálogo, ni Armando ni aquel personage sobrenatural habian cambiado de sitio. Hasta este momento Luizzi habia hablado mas bien por no parecer cortado, que por emitir sus ideas; pero habiéndose repuesto poco á poco de la turbacion y el asombro que le causáran el rostro y las maneras de su interlocutor, determinó dar á la conversacion otro giro mas encaminado á sus deseos. Tomó pues un sillon, y sentándose al otro lado de la chimenea, examinó mas de cerca al diablo. Entonces pudo admirar mejor la elegancia de las facciones y formas de su huésped. A no ser este el diablo, no hubiera sido fácil decidir si aquel rostro pálido y bello y aquel cuerpo frágil y nervioso, pertenecian á un jóven de diez y ocho años devorado por deseos desconocidos, ó á una muger de treinta, gastada por los placeres. En cuanto á la voz, hubiera parecido demasiado grave para una muger, á no haberse inventado el contralto, tenor femenino que promete mas que dá. La mirada, ese órgano, que hace traicion á nuestro pensamiento siempre que no nos sirve para leer en el de los demas; la mirada, repetimos, nada decia. Los ojos del diablo no hablaban; veian nada mas. Armando acabó en silencio su inspeccion, y persuadido de que su talento saldria mal librado luchando con aquel ser inesplicable, tomó la campanilla de plata y la tocó nuevamente.

A este mandato, pues no era otra cosa, se levantó el diablo y se puso de pie delante de Armando de Luizzi, en la actitud del criado que espera órdenes de su amo. Este movimiento, verificado en la décima parte de un segundo, produjo un cambio completo en la fisonomía y en el traje del diablo. El ser fantástico habia desaparecido, y Armando vió en su lugar un rústico de librea, con manos de buey calzadas con guantes de algodon blanco, un rostro vinoso sobre un chaleco encarnado, unos pies anchos en unos zapatos groseros y unas polainas sin pantorrillas.

—Aqui estoy, señor, dijo el recien aparecido.

—Quien eres tú? le preguntó Armando, disgustado de ese aspecto bajo, insolente y bruto que es el carácter universal del criado francés.

—Yo no soy criado del diablo; no hago mas de lo que me mandan, pero lo que me mandan, lo hago.

—Y á qué vienes aquí?

—Espero vuestras órdenes, señor.

—Sabes para qué te he llamado?

—No, señor.

—Mientes.

—Sí, señor.

—Como te llamas?

—Como querais, señor.

—No tienes nombre de pila?

El diablo no respondió; pero todo el castillo se echó á reir desde la veleta á los sótanos. Armando tuvo miedo, y para ocultarle, se puso colérico: este es un recurso tan conocido como el de cantar.

—Vamos, responde, no tienes nombre?

—Tengo los que querais: he servido bajo toda clase de nombres. Un noble emigrado que me tomó á su servicio en 1814, me llamaba Bruto, para humillar en mi persona á la república. Despues entré á servir en casa de un académico, que cambio mi nombre de Pierre (Pedro) en el de *La Pierre* (La Piedra), creyéndole mas literario, y que me despidió porque me dormí en la antecámara mientras él leia una obra en el salon. El agente de cambio que me tomó despues, me dió á la fuerza el nombre de Julio, porque el amante de su muger se llamaba asi, y él hallaba un gran placer en decir delante de su esposa: este animal de Julio! este estúpido de Julio..! este bribon de Julio! etc. y tuve que marcharme cansado de recibir injurias en *fidei-comiso*. En seguida fuí á servir á una bailarina que entretenia á un par de Francia.

—Querrás decir á un par de Francia que entretenia á una bailarina?

—Quiero decir lo que he dicho. Es una historia muy poco conocida, y que os contaré algun dia, si os pl ace publicar un tratado de moral humana.

—Vuelves á moralizar?

—En mi calidad de criado, hago lo menos que puedo.

—Con que eres mi criado?

—No tengo otro remedio. He probado presentarme á vos con otro título y me habeis hablado como á un lacayo. No pudiéndoos obligar á ser cortés, he tenido que resignarme á ser insolente, y aqui me teneis ya como sin duda me deseábais. Señor, teneis algo que mandarme?

—Sí tengo. Pero antes quiero pedirte un consejo.

—Mirad, señor, que consultar á vuestro criado, es representar la comedia del siglo XVII.

—Donde has aprendido eso?

—En los folletines de los periódicos.

—Con que los has leido? Vamos, y que piensas de ellos?

—Qué quereis que piense de gentes que no piensan en nada?

Luizzi se detuvo de nuevo viendo que tan distante se hallaba de llegar á su objeto con el nuevo personage como con el precedente. Cogió pues la campanilla, pero antes de agitarla, dijo al diablo:

—Aunque seas el mismo espiritu bajo diferente forma, no quiero hablar contigo del asunto de que debemos tratar, en tanto que conserves ese aspecto. ¿Puedes cambiar de forma?

—Estoy á vuestras órdenes, señor.

— Puedes volver á tomar la forma que tenias poco há?

— Sí, pero con la condicion de que me habeis de dar una de las monedas que contiene esa bolsa.

Armando dirigió la vista á la mesa y vió una bolsa en que hasta entonces no habia reparado. La abrió y sacó una moneda de un metal precioso, cuya única inscripcion era la siguiente: UN MES DE LA VIDA DEL BARON FRANCISCO ARMANDO DE LUIZZI. Armando comprendió al instante el valor de esta especie de pago y volvió la moneda á la bolsa, que le pareció muy pesada, lo cual le hizo sonreir.

Yo no pago tan caro un capricho.

— Os habeis vuelto avaro?

— Como es eso?

— Mucha moneda de esa habeis gastado para obtener menos de lo que ahora me pedís.

— No me acuerdo de semejante cosa.

— Si me fuera permitido ajustaros cuentas, veriais que ni un mes de vuestra vida habeis dado por cosa razonable.

— Tal vez será asi, pero he vivido.

— Segun el sentido que deis á la palabra vivir.

— Tiene mas de uno?

— Dos muy diferentes. Para muchos, vivir es dar su vida á todas las ecsigencias de que se ven rodeados. El que vive asi, se llama mientras es jóven *un buen chico*; cuando llega á maduro se le apellida *un buen mozo*, y cuando es viejo, se le califica de un *buen hombre*. Estos tres nombres tienen un sinónimo comun, que es la palabra tonto.

— Y piensas tú que yo he vivido haciendo el tonto?

— Yo creo, señor, que vos tambien lo pensais así, porque solo habeis venido á vuestro castillo para dejar una manera de vivir y tomar otra.

— Y puedes hacerme la otra definicion de la palabra vivir?

— Como que ese es el alma del ajuste que vamos á hacer juntos.

— Juntos!.. No, replicó Armando interrumpiendo al diablo; yo no quiero tratar contigo, porque me repugnas demasiado. Tu aspecto me desagrada soberanamente.

— Eso redunda en vuestro beneficio: se concede muy poco á los que disgustan mucho. El rey que trata con un embajador que le agrada, siempre le hace concesiones peligrosas; la muger que trata de entregarse al hombre que la agrada, pierde siempre el cincuenta por ciento de las condiciones ordinarias; el suegro que arregla el contrato de su hija con un yerno que le agrada, deja casi siempre á este el derecho de arruinar á su muger. Para no ser engañado, conviene tratar los negocios con personas que nos desagraden. En este cáso, el desagrado sirve de razon.

—Como á mí me servirá para echarte de aquí, dijo Armando agitando la campanilla mágica que ponia á sus órdenes al diablo.

Del mismo modo que habia desaparecido el ser hermafrodita aparecido primeramente, asi desapareció, no el diablo, pero sí aquella apariencia del diablo con librea, y Armando vió en su lugar un bello jóven. Este personage pertenecia á esa especie de hombres que cambian de nombre cada cuarto de siglo, y que en el nuestro se llaman *fashionables*. Estirado como la cuerda de un arco entre sus tirantes y las trabillas de su pantalon blanco, habia colocado sus pies calzados con botas barnizadas y espolines, sobre las jambas de la chimenea, y se hallaba muellemente recostado en el sillon de Armando. Llevaba guantes muy ajustados, los puños de la camisa vueltos sobre la manga de su frac adornado de una brillante botonadura, lente y baston con puño de oro; asi es que parecia un camarada del baron Armando de Luizzi de visita en casa de este.

Esta ilusion fue tal, que Armando le miró como si fuese alguno de sus conocidos.

—Me parece haberos visto, no me acuerdo donde.

—Nunca! yo no voy á ninguna parte.

—Os he visto en el bosque á caballo.

—Nunca! yo hago correr.

—Habrá sido en carruage.

—Nunca! yo conduzco.

—Ah! ya me acuerdo: jugasteis conmigo en casa de la señora de....

—Nunca! yo apuesto.

—Valsais todavia con ella?

—Nunca! yo bailo galop.

—No la haceis la corte?

—Nunca! voy allá pero no la hago la corte.

Luizzi tuvo intencion de corregir la necedad del caballerito con unos cuantos pescozones. Sin embargo, ayudado de la reflecsion, comenzó á comprender que si se metia á disputar con el diablo en virtud de todas las formas que este tubiera la humorada de tomar, no llegaria nunca el término de su entrevista. Asi pues, tomó la resolucion de concluir con aquel personage como lo habia hecho con los demas, y esclamó volviendo á agitar la campanilla:

—Satan, óyeme y obedece.

Apenas fue pronunciada esta última palabra, cuando el ser sobrenatural á quien Armando habia llamado, se mostró en todo su siniestro esplendor. Era el angel caido que la poesia ha soñado: tipo de hermosura manchado por el dolor, alterado por el odio, degradado por la relajacion, y que conservaba aun, cuando su rostro permanecia inmóvil, una vaga señal de su celeste origen; pero asi que hablaba, denotaban sus facciones una ecsistencia por la cual ha-

bian pasado todas las pasiones malas. Sin embargo, entre las espresiones repugnantes de su rostro, la que dominaba á todas era la de un hastío profundo. En lugar de esperar á que Armando le interrogase, él mismo fue quien primero tomó la palabra.

—Aqui me tienes dispuesto á cumplir el convenio que tengo celebrado con tu familia, por el cual estoy obligado á dar á los barones de Ronquerólles lo que me pidan; conoces las bases de este convenio?

—Sí, respondió Armando; y en cambio de ese don te pertenecemos, á menos que no podamos probar que hemos sido felices durante diez años de nuestra vida.

—Y todos tus antecesores, añadió Satan, me han pedido lo que ellos llamaban la felicidad, á fin de no caer en mi poder á la hora de su muerte.

—Y todos se han engañado, no es verdad?

—Todos. Me han pedido oro, gloria, ciencia, poder, y el poder, y la ciencia, y la gloria, y el oro han causado su desdicha.

—Ese convenio redunda enteramente en tu favor; asi pues, yo no debo continuarle.

—Eres muy dueño de hacerlo asi.

—No podré pedirte algun cosa capaz de hacerme feliz?

—Una hay.

—Sé que no eres tú quien debe revelarmela; ¿pero me podrás decir si la conozco yo?

—La conoces; se ha mezclado á todas las acciones de tu vida; unas veces en tí y las mas entre los otros; y te puedo afirmar que no se necesita mi ayuda para que la mayor parte de los hombres la poséan.

—Es una cualidad moral? es una cosa material?

—Me preguntas demasiado. Has hecho tu eleccion? Habla, que deseo concluir pronto.

—No tenias tanta prisa, hace pocos instantes.

—Es que hace pocos instantes me hallaba bajo una de esas formas que me desfiguran á mis propios ojos y me hacen soportable el presente. Cuando oculto mi ser bajo la fisonomía de una criatura humana viciosa ó despreciable, me encuentro á la altura del siglo que represento, y no sufro con el miserable papel á que me veo reducido. Solo hay un ser de tu especie que, convertido en soberano del pequeño reino de Cerdeña, tiene la imbécil vanidad de firmarse todavia rey de Chipre y de Jerusalen. La vanidad se satisface con grandes palabras; pero el orgullo quiere grandes cosas, y tú sabes que él fue la causa de mi caida, si bien nunca se ha visto sometido á tan ruda prueba. Despues de haber luchado con Dios, despues de haber llevado tan grandes talentos, suscitado tan violentas pasiones y hecho estallar tan grandes catástrofes, me avergüenzo al verme reducido á las bajas intrigas y á las necias pretensio-

nes de la época actual, y me oculto á mi mismo lo que he sido para olvidar cuanto me es dado lo que soy. La forma que me has obligado á tomar me es por consiguiente odiosa é insoportable. Despáchate, y dime qué es lo que quieres.

— No lo sé todavia, y cuento con que me ayudarás en la eleccion.

— Ya te he dicho que eso es imposible.

— Sin embargo, puedes hacer por mí lo que has hecho por mis antecesores; puedes mostrarme en toda su desnudez las pasiones de los demas hombres, sus esperanzas, sus alegrias, sus dolores, el secreto de su ecsistencia, á fin de que pueda sacar de esa enseñanza una luz que me guie.

— Puedo hacer todo eso; pero debes saber que tus antecesores se comprometian á ser mios antes de comenzar yo mi relato. ¿Ves esta acta? He dejado en blanco el nombre de la cosa que me vas á pedir; fírmala, y despues de oirme, escribirás tú mismo lo que desees ser, ó lo que desees tener.

Armando firmó y añadió:

— Ya te escucho; habla.

— Todavia no. La solemnidad que á mi mismo me impondria esta fórmula primitiva, fatigaria tu frívola atencion. Escucha: mezclado en la vida humana, tomo en ella mas parte que los hombres se imaginan. Te contaré mi historia, ó mas bien te contaré la suya.

— Tengo deseos de conocerla.

— Conserva ese sentimiento, pues cuando me pidas una confidencia estarás obligado á oirla hasta el fin; pero sin embargo, si te cansa mi relato, bastará que me des una moneda de las que contiene esa bolsa y callaré.

— Acepto, con tal de que no me impongas la obligacion de tener una residencia fija.

Vete á donde quieras, pues yo siempre que me llames acudiré á la cita. Pero ten presente que solo aqui me puedes ver en mi verdadera forma.

— Me permitirás escribir cuanto me digas?

— Eres muy dueño de hacerlo.

— Podré revelar tus confidencias acerca del presente?

— Revélalas.

— E imprimirlas?

— Imprímelas.

— Y firmarlas con tu nombre?

— Fírmalas con mi nombre.

— Cuando empezaremos?

— Cuando me llames con esa campañilla, á cualquiera hora, en cualquiera parte, con cualquier motivo. Acuérdate solamente que, á contar desde este dia, *no tienes mas que diez años* para hacer tu eleccion.

Dieron las tres y el Diablo desapareció. Armando de Luizzi se vió solo. La

bolsa que contenia sus dias estaba sobre la mesa. Tuvo deseos de abrirla para contar aquellos, pero no pudiéndolo conseguir, se acostó guardándola cuidadosamente bajo la almohada.





II.

Las tres visitas.



Luizzi dejó el castillo de Ronquerólles la mañana siguiente. Largo era el plazo que habia pedido al diablo para hallar la felicidad, y, sin embargo, obró como aquel que tiene un proyecto anticipado y vé la ocasion de realizarle, pues se apresuró á volver á Tolosa para encaminarse á Paris inmediatamente. Paris es la magnífica ilusion de todos los que piensan que vivir es hacer uso de la vida. Paris es el tonel de las Danaides: se depositan en él las ilusiones de la juventud, los proyectos de la edad madura, los pesares de la vejez, y todo lo absorve para no devolver nada. Jóvenes, á quienes el azar no ha conducido aun á esta atmósfera abrasadora, si vuestra bella imaginacion necesita dias de fé y de calma, y sueños de amor perdidos en el cielo; si os parece felicidad muy dulce el adherir vuestra alma á una ecsistencia amada para adorarla y seguirla, ¡ah, no vengais á Paris! Porque la muger á quien asi sigais conducirá vuestra alma al infierno del mundo, entre los homenages insultantes de rivales que hablarán de pie á la que vosotros contempleis de rodillas, y la requebrarán atrevidos y superficiales, haciéndola sonreir cuando vosotros temblareis al hablarla, si es que á hablarla os atreveis.

No; no vengais á Paris, si ha vibrado en vuestro corazon el sonido armónico del canto de los ángeles; no arrojeis á la multitud el secreto de esos delirios

punzantes en que el alma llora todas las alegrías que ha soñado, sabiendo que solo ecsisten en el cielo; aqui tendreis por confidentes críticos que morderán la mano que les tendais, y lectores que, no comprendiendo vuestras creencias, se reiran de ellas.

No, mil veces no; no vengais á Paris, si una santa ambicion de gloria os devora! Por poderosos que seais, no vengais á Paris, pues en él perdereis mas aun que vuestras esperanzas; perdereis la castidad de vuestra inteligencia.

Vuestra inteligencia, en efecto, solo ve las bellas preocupaciones del genio, el canto puro y sagrado de la virtud, la sincera y grave ecsaltacion de la verdad: error, jóvenes, error! Cuando hayais esperimentado todo esto, cuando llameis la atencion del público hácia el que habla con sensatez, vereis á ese público embebido en las groseras narraciones de un escritor trivial, en los relatos espantosos de una gaceta de tribunales, ó en las locuras histéricas de un embadurnador de papel; vereis á ese público, viejo relajado, sonreir á la virginidad de vuestra musa, mancharla con un beso impúdico, para decirla en seguida: « Vete, cortesana; vete ó diviértete; yo necesito astringentes y moxas para reanimar mis sensaciones apagadas. ¿Puedes contarme furibundos incestos, ó adulterios monstruosos, horrendas bacanales, crímenes ó pasiones increibles? Pues entonces habla; yo te escucharé una hora; te escucharé mientras sienta resbalar sobre mi sensibilidad gangrenada y encallecida tu pluma venenosa y acre: si nada de esto tienes, calla y vete á morir en la miseria y la oscuridad! »

La miseria y la oscuridad, oís jóvenes? La miseria, ese vicio castigado por el desprecio; la oscuridad, ese suplicio tan bien nombrado. La oscuridad, es decir, el destierro lejos del sol, cuando uno es de aquellos que necesitan sus rayos para que el corazon no se muera de frio! La miseria y la oscuridad! ¿No es verdad que os darán miedo? Y entonces, ¿qué hareis, jóvenes, que hareis? Tomareis una pluma y un pliego de papel, y escribireis á la cabeza de este: *Memorias del Diablo*; y direis al siglo:

—Ah! quereis narraciones horribles para divertiros? pues bien, señor mio, ahí teneis un trozo de vuestra historia. »

Líbrenos Dios siempre de dos cosas que el mundo podria perdonarnos, pero que nosotros no nos perdonaríamos nunca; librenos de la mentira y de la inmoralidad! De qué sirve la mentirá? No es la vida real mas insolentemente ridícula y viciosa, que la que nosotros sabríamos inventar? La inmoralidad! pequeños y grandes se deleitan en ella en sus horas solitarias: la orgullosa dama y la humilde hija del pueblo se embelesan en la lectura del libro inmoral que la una oculta en su gabinete y la otra en su guardilla, y cuando creen resguardada su conciencia, porque han escondido el volúmen bajo un cojin de seda ó en un jergon de paja, insultan y desprecian al que durante un momento ha hablado con ellas de sus mas dulces infamias. Todas las mugeres proce-

den, respecto á un libro impuro, como procedia la condesa de *las amistades peligrosas* respecto á Preval; se entregan á él por entero, y luego llaman á un lacayo para que le plante en la calle, como un insolente que las ha querido violar. Líbrenos Dios, pues, no de ser culpables, pero sí de ser tontos, que es la última necedad en una época en que el buen écsito es la primera recomendacion. Lo que vamos á deciros, será, pues, verdadero y moral: si no es siempre lisonjero y honesto, no será nuestra la falta.

A pesar de los proyectos de Luizzi, las narraciones de su esclavo comenzaron mas pronto que aquel esperaba.

Infeliz aquel á quien el infierno ha concedido poder para arrancar el velo de las apariencias á las cosas humanas: no encontrará descanso hasta que no haya hecho esta temible prueba! Infeliz dos veces aquel que ha sucumbido á esta tentacion; porque hallará la sed en la misma copa en que esperaba mitigarla. La necesidad que nace de ese mismo alimento, me fue un dia admirablemente espresada por un bebedor ébrio, á quien ofrecí, burlándome, algunas botellas de Burdeos.

—Corriente, me respondió con mucha candidez; no hay cosa que dé tanta sed como el vino.

Sin embargo, no fué una sed ardiente la que movió á Luizzi á pedir al diablo el primer trago del abrasador veneno que este último se apresuró á servirle con tanta abundancia.

Un suceso que el baron se hallaba lejos de preveer despertó esta curiosidad que tan lejos le condujo y que creia ecsenta de peligro.

Luizzi poseia un gran nombre y una gran fortuna, y de aquí provino el ser admitido entre las principales familias de Tolosa, ciudad fecunda en alta nobleza, y asimismo debia á esta elevada posicion sus relaciones y negocios con lo mas escojido del comercio. Lazos de parentesco lejano le unian al marqués du Val. Este apellido, tan plebeyo cuando se suprime la partícula, era el de una de las ramas segundas de una familia ilustre. Poco á poco habia desaparecido el uso del primitivo apellido, y cada rama conservaba como nombre patronímico la designacion con que en un principio se distinguiera de las demas. Pero cuando se trataba de presentar pruebas de buena ascendencia, se prodigaba en los contratos aquel apellido casi olvidado, y los H... du Val (del Valle), los H... du Mont (del Monte) y los H... du Bois (del Bosque) se creian de mejor raza con sus apellidos de comerciantes que los marqueses y los condes con sus títulos tomados de tierras ó de castillos.

Luizzi, por otra parte, tenia relaciones de interes con el negociante Dilois, mercader de lanas á quien ordinariamente vendia las de los magníficos rebaños que pastaban en sus dominios. El baron, antes de confiar sus asuntos á un administrador, quiso conocer por sí mismo al que le entregaba sumas considerables todos los años, y paso á verle el mismo dia de su llegada á Tolosa.

Serian las tres de la tarde cuando se dirijió Armando á la calle de la Pomme donde vivia Dilois, y hallando la casa de este negociante, penetró por la puerta principal en un patio cuadrado formado por cuerpos de edificio bastante altos. La parte baja del fondo del patio, lo mismo que las laterales, servia de almacenes, y los departamentos que daban á la calle estaban destinados á oficinas de despacho; y en efecto, á través de las espesas rejas con que estaban resguardadas las ventanas se veian relucir las cantoneras de cobre de los registros y sus rótulos encarnados. Encima de este piso habia una galeria saliente con balaustrada de madera, y diferentes puertas daban á esta galeria que era el paso forzado á todos los aposentos del piso principal del edificio, cuyo techo se inclinaba sobre aquel corredor y le cubria.

Una jóven se hallaba en la galeria en el momento de entrar Luizzi. Vestia un trage de seda, á pesar de la intensidad del frio; su cabello negro descendia en bucles sobre su rostro, y tenia en la mano un librito que leía en tanto que cinco ó seis mozos se ocupaban en mover grandes fardos escitando sus propias fuerzas con esa profusion de gritos que constituye una gran parte de la actividad meridional. Nadie notó la llegada de Armando: los mozos se hallaban enteramente ocupados en su obra; Madama Dilois, pues no era otra aquella muger, tenia los ojos fijos en su libro, y un jóven de hermosa y rubia cabellera que estaba en el patio tenia fijos los suyos en Madama Dilois. Luizzi se detuvo á la entrada del patio y se puso á contemplar esta escena. Madama Dilois alzó la cabeza, y el jóven que tan atentamente la miraba dió un grito bastante singular:

—Hoehau!

Todos los trabajadores se detuvieron; reinó un instante el mas profundo silencio, y á poco se oyó la dulce y pura voz de la jóven:

—Los fardos sucios 107 y 108.

—En el almacen núm. 1, respondió la robusta voz del jóven.

—Esta tarde, al lavadero de la isla, añadió dulcemente Madama Dilois.

—Las lanas 107 y 108 al lavadero de la isla! gritó el jóven con tono imperioso.

La jóven volvió á su lectura, el mancebo volvió á fijar la vista en la jóven; los mozos se pusieron á ejecutar las órdenes que acababan de recibir, animándose con nuevos gritos.

Madama Dilois, levantó un momento despues la vista.

—Heeahu! gritó nuevamente el mancebo.

Se restableció como por encanto el silencio y la voz argentina de la graciosa jóven dijo apaciblemente:

—Ciento cincuenta kilos de lana corta; tómense del almacen, núm. 7, y llévense á la hilandería de la Roca.

El mancebo repitió esta órden con su voz vibrante é imperativa; luego

acercándose á una de las rejas tocó con los dedos en la vidriera, y se abrió un postigo al que asomó un rostro delicado y hermoso. El jóven añadió con acento tímidamente moderado:

— Factura para la Roca: ciento cincuenta kilos.

— Ya lo he oido; no griteis tanto, respondió una voz infantil.

El postigo se cerró y Luizzi al alzar la vista á madama Dilois, vió á esta mirando atentamente hácia la reja y pudo contemplar en sus labios una débil y triste sonrisa dirijida indudablemente al dulce rostro que habia aparecido en la ventana.

Madama Dilois y el mancebo notaron en este instante la presencia de Luizzi. El jóven dió un paso hácia el forastero, y al mismo tiempo dirijió una mirada al ama de la casa que con una seña le hizo volver á su puesto bajo la galería. Madama Dilois consultó nuevamente su libro, le cerró, y guardándole en el bolsillo de su delantal, se apoyó en la balaustrada de la galería haciendo con la cabeza otra seña casi imperceptible. El jóven se encaramó con ligereza sobre un monton de fardos, de modo que, á pesar del ruido de los trabajadores podia oir á Madama Dilois. Esta le habló en voz baja y él hizo un signo de asentimiento; pero cuando se volvia para obedecer, le detuvo la jóven y añadió algunas palabras indicando á Luizzi con la vista. El mancebo dió una nueva y muda respuesta, y gritó desde encima de los fardos:

— Trescientos kilos de lana merina, Luizzi, para Castres.

Detuviéronse todos los operarios, y uno de ellos, de rostro duro, replicó bruscamente:

— Haced vos el peso, señor Cárlos, que yo no me encargo de ello; nunca sale la cuenta con esas lanas del diablo; se espiden cien kilos, y luego no resultan mas que noventa.

— El diablo tiene buenas espaldas, dijo el mancebo, pesarás la lana y saldrá la cuenta, lo entiendes?

— Pesadlas vos, Cárlos, dijo madama Dilois viendo que el mozo y el dependiente se miraban con aire amenazador. Este último solo respondió con aquel signo de obediencia que parecia ser su primer lenguaje en presencia de aquella muger, y habiéndole mostrado madama Dilois con una mirada á Luizzi, de un salto bajó del monton de fardos, y acercándose al baron, preguntó á este con mucha política, qué se le ofrecia.

— Quisiera hablar á Mr. Dilois, respondió Luizzi.

— Se halla ausente por toda la semana, caballero; pero si se trata de algun negocio, tened la bondad de pasar á las oficinas y el cajero os responderá.

— En efecto, se trata de un negocio, y como es de bastante importancia, quisiera entenderme directamente con el mismo Mr. Dilois.

— En ese caso, replicó el dependiente, ahí teneis á su esposa con la cual podeis tratar.

Madama Dilois, á quien el jóven acababa de señalar, viendo que se trataba de ella, se apresuró á bajar de la galeria y se adelantó con mucha gracia al encuentro del baron.

—Qué se os ofrece caballero? preguntó á este.

—Señora, respondió Luizzi, vengo á ofreceros la continuacion de un contrato que considero muy ventajoso para mí, pues me proporciona la dicha de hablaros.

Madama Dilois tomó un aire sumamente gracioso, y el dependiente frunció las cejas al oir la última frase del baron. La esposa del negociante hizo señas al mancebo para que se retirase, y repuso con tono de buen humor:

—A quién tengo la honra de hablar?

—Señora, soy el baron de Luizzi?

Al oir este nombre, madama Dilois retrocedió un paso, y Cárlos, el bello jóven, ecsaminó á Luizzi con una curiosidad mezclada de temor y de descontento.

Esto solo duró un instante, y madama Dilois indicó á Luizzi la puerta de las oficinas, diciéndole:

—Estoy á vuestras órdenes, caballero; tened la bondad de pasar.

Luizzi pasó en efecto á las oficinas; Cárlos, que le habia seguido, acercó una silla á la gran estufa que caldeaba todo aquel departamento, y fué á sentarse al bufete donde le esperaba la correspondencia del dia. Luizzi ecsaminó entonces el local en que acababa de ser introducido, y vió, sentada á una mesa escribiendo con suma atencion, á la linda niña que poco antes se habia asomado á la reja; podria tener de nueve á diez años, y se parecia tanto á madama Dilois que no dejaba duda de que era hija suya. A pesar de su hermosura, aquel rostro infantil se marchitaba bajo el peso de la tristeza y de la resignacion. «Será madama Dilois escesivamente severa para con esa niña?» se preguntó á sí mismo Luizzi; sin embargo, en la mirada que la dirijió brillaba el amor y la ternura. La niña no levantó la vista del papel mas que para preguntar á un dependiente anciano que escribia en otro lado:

—A qué precio es la lana enviada á la Roca?

—Continúa á dos francos...

—Bien está, le interrumpió Cárlos; dame la factura, que yo pondré el precio.

Si hubiese estado allí el diablo, hubiera esplicado á Luizzi el sentido íntimo de esta interrupcion. Luizzi la atribuia á mal humor. Cárlos tan obediente al menor signo de madama Dilois, era, en opinion de Armando, un amante ó cuando menos un enamorado; la aparicion de un elegante baron debia haberle alarmado, y Luizzi atribuia al temor que podia inspirar su persona la cólera que creyera ver en las palabras del dependiente. Luizzi se engañaba completamente: en aquella interrupcion solo habia tomado parte el alma del mercader.

Delante de un hombre que venia á vender una partida de lanas no convenía decir á qué precio se podrian revender. Esto fué lo que quiso decir Cárlos.

No tardó en llegar madama Dilois, y Luizzi pudo contemplarla mas de cerca: era una criatura encantadora, y el marco, digámoslo asi, en que se hallaba colocada hácia resaltar mas y mas sus perfecciones. Alta, esbelta, frágil, con unos ojos lánguidos adornados de largas pestañas negras, con unos pies sumamente leves y unas manos blancas coronadas de sonrosadas uñas, formaba tan estraño contraste al lado de las rudas fisonomías de sus obreros y de los rostros aritméticos de sus dependientes que Luizzi creyó ver en ella la hija del noble indigente que se casa con el opulento mercader. Asi, pues, empleó para con ella un tono perfecto de igualdad que á los ojos del vanidoso baron era el colmo de la lisonja.

Madama Dilois, contestando únicamente con una graciosa sonrisa á las frívolas galanterías del baron, suplicó á este la siguiese, y abriendo una puerta, cuya llave sacó del bolsillo de su delantal, le introdujo en una pieza separada. El aspecto, los movimientos y la languidez de aquella mugér eran en tal grado amorosos, que el baron esperaba encontrarse en un gabinete azul y perfumado, colocado en medio del polvoroso recinto de los escritorios como un pensamiento de amor en medio de las áridas preocupaciones de los negocios mercantiles. El gabinete era tambien un escritorio! la débil luz que en él reinaba, penetraba por la capa de polvo que cubria los cristales á cuyo través se veia la espesa reja que resguardaba la ventana. Un bufete negro, una arca de hierro con triple cerradura, un sillon de baqueta, una papelera y algunas sillas de junco, componian el adorno del asilo que tan suavemente misterioso se habia imaginado Luizzi. Semejante aspecto debió desvanecer la ilusion de Armando; pero á falta del templo quedaba la divinidad para sostener la fé del baron: madama Dilois, negligentemente sentada en su sillon de despacho, con su blanca y hermosa mano apoyada sobre las emborronadas páginas de un libro de cuenta corriente, y con sus pies colocados sobre las humedas y frias baldosas, pareció á Luizzi un ángel desterrado, una bella flor entre espinas. Asi es que esperimentó hácia ella un sentimiento idéntico al que esperimentára un dia hácia una rosa blanca que un zapatero de viejo tenia en la ventana entre dos tiestos, de grama el uno y de albahaca el otro: compró la rosa y colocándola en un vaso de porcelana la puso sobre la consola de su salon. La rosa murió, pero murió dignamente, y Luizzi adquirió una fama algo caballeresca.

El baron no podia comprar la flor que tenia á la vista; pero tal vez podria cojerla (Perdonénseme el pensamiento y la espresion: Luizzi habia nacido bajo el imperio). Asi, pues, tuvo el capricho ó mas bien el deseo, de ser la estrella que resplandeciese en el oscuro cielo de aquella muger, de lanzar una memoria radiante á la lobreguez de aquella ecsistencia. Luizzi era hermoso y jóven, y poseia el acento del amor: no tenia bastante talento para carecer de

corazon ni bastante corazon para carecer de talento: era uno de esos hombres que pueden mucho para con las mugeres; que poseen la pasion y la prudencia; que pertenecen á la intimidad y al mundo; que aman, en fin, y no comprometen. Por otra parte, Luizzi habia visto tantas veces esa medianía preferida á los amores mas halagüeños ó mas profundos, que poseia el derecho de creerse un hábil seductor. Generalmente, la fatuidad de los hombres es un vicio de reflecsion: es el producto de la necedad de las mugeres:

Luizzi se abandonó tanto á la contemplacion de madama Dilois, que esta bajó los ojos con embarazo, y le dijo dulcemente:

—Creo, señor baron, que venis á ofrecerme en venta una partida de lanas?

—A vos? No, señora, respondió Luizzi. Yo venia á ver á Mr. Dilois con quien me hubiera ocupado de números y de cálculos, aunque entiendo poco de ellos. Pero temo que con vos semejante trato....

—Tengo poder de mi marido, le interrumpió madama Dilois con una sonrisa que terminó la frase de Luizzi: el trato será bueno.

—Para quién, señora?

—Para los dos; yo asi lo espero.... Mad. Dilois se detuvo un momento, y luego añadió con sonrisa: —Si vos, caballero, entendeis poco de negocios, yo soy.... hombre honrado (1), trataré de buena fé.

—Os será muy difícil, señora, y siempre saldré yo perdiendo algo.

—Qué perdereis?

—Ved si lo adivinais, pues yo no me atrevo á decirlo.

—Podeis hablar, caballero: en el comercio estamos acostumbrados á toda clase de condiciones.

—Sois vos, señora, quien debe imponer la condicion de que hablo.

—Yo no he hablado todavia de ninguna.

—Y sin embargo, yo la he aceptado ya, y esa condicion consiste en acordarme de vos eternamente como de la muger mas encantadora que hemos visto en toda nuestra vida, y á la cual quisiéramos infundir un recuerdo tan profundo de nosotros como el que nosotros conservamos de ella.

Madama Dilois replicó con el rubor de la coquetería:

—Caballero, mi marido no me ha dado poderes para eso: y yo no negocio por mi cuenta.

—Señora, hallo en vos abnegacion y generosidad, repuso Luizzi.

---

(1) Este equívoco no nos parece muy gracioso, al menos en castellano; pero le conservamos como conservaremos otros que se hallan en el mismo caso, pues nos hemos propuesto traducir esta bellísima obra con cuanta ecsactitud nos sea posible: queremos reproducir fielmente no solo el pensamiento del autor sino tambien la fisonomía particular de su estilo.

—Es que no soy solamente hombre honrado, replicó Mad. Dilois con un tono bastante serio para poner rienda al baron. Al mismo tiempo buscó en un legajo un papel, y presentándosele á Luizzi con un aire que parecia pedir perdon por el movimiento de severidad que acababa de dominarla, añadió:

—Ved aquí el contrato hecho hace seis años, con vuestro padre, y á me-



nos que no tengais el proyecto de mejorar ó desmejorar vuestros rebaños, creo que el precio puede continuar. Ya veis que está firmado por él.

—Y fué con vos con quién trató? Preguntó Luizzi con galantería; porque si asi fuese, no debia fiarme mucho.

—Tranquilizaos, caballero, contestó Mad. Dilois mordiéndose dulcemente

el labio inferior y enseñando á Luizzi el esmalte húmedo de su ebúrnea dentadura; tranquilizaos; hace seis años, yo no era aun Mad. Dilois.

Aun no habia concluido esta frase, cuando la puerta se abrió y una voz infantil dijo tímidamente:

—Mamá, el señor Lucas quiere hablaros.

Era la niña de diez años, que Luizzi habia visto en la oficina. Esta aparicion en el momento en que Mad. Dilois acababa de decir que no hacia aun seis años que estaba casada, fué como una revelacion para Luizzi. A este nombre de mamá dirigido á Mad. Dilois, que sin embargo podia esplicar naturalmente si esta niña era hija del negociante, Luizzi fijó la vista en la hermosa dama, que habia inclinado la suya llena de rubor:

—Es vuestra hija, señora? esclamó Luizzi.

—Asi la llamo, caballero, contestó con sencillez Mad. Dilois.

Despues añadió:

—Carolina, ahora saldré á hablar con el señor Lucas; dejadnos. Y dirigiéndose á Luizzi mas tranquila, continuó: —Ved aquí el contrato, caballero; podeis ecsaminarlo despacio. Mi marido vuelve dentro de ocho dias y tendrá el honor de veros.

—Parto antes de ese tiempo; estoy suficientemente enterado, y firmaria al momento si el plazo que me imponeis no me concediese el derecho de volver.

Mad. Dilois habia recobrado toda su serena coquetería, y contestó:

—Siempre me hallareis en casa.

—Y qué hora os parece la mas conveniente?

—La que querais elegir.

Despues de estas palabras, saludó al baron con una de esas reverencias con que las mugeres saben decir tan lacónicamente: —« Tened la bondad de marcharos.»

Luizzi se retiró. Todos estaban en su puesto en el primer despacho. Madama Dilois, saliendo á despedir al baron, alargó la mano á un palurdo que estaba junto á la estufa, el cual la dijo con mucha jovialidad:

—Buenas tardes, Mad. Dilois.

—Buenas tardes, Lucas, respondió la esposa del comerciante con la misma sonrisa que tanto habia encantado á Luizzi. Este se creyó profundamente humillado al hallar aquella sonrisa en los lábios de Mad. Dilois cuando se volvió para dirigir á esta su último saludo.

El baron, asi que salió de casa de Mr. Dilois, se encaminó á la del marqués du Val. No hallándose este en Tolosa, Luizzi preguntó por la marquesa. El criado á quien se dirigió le respondió que no sabia si la señora estaba visible.

—Pues bien, hacedme el favor de verlo, replicó Armando con ese tono im-

perativo que manifiesta hallarse el que habla acostumbrado á ser obedecido.

—Decidla, añadió luego, que desea verla Mr. de Luizzi.

El lacayo permaneció inmóvil un momento como si buscase un medio de llegar á su señora; pero viendo á una criada atravesar de una habitacion á otra, se dirigió á ella y la habló apresuradamente y en voz baja como si desease trasmitir á otro la comision de que se hallaba encargado. La doncella echó una ojeada insolente á Luizzi, mirándole con una especie de resentimiento que denotaba no solo serle conocido el nombre que acababa de oir, sino tambien que aquel nombre despertaba en su memoria algun penoso recuerdo; luego preguntó:

—Con que dices que este caballero se llama...?

—Mi nombre importa poco, señorita.... Deseo hablar á Mad. du Val y quiero saber si está visible.

—Pues bien, señor de Luizzi, no lo está.

El baron no se hallaba dotado de tanta conformidad que abandonase su visita porque tal fuese la voluntad de una criada; asi, pues, replicó:

—Voy á verlo yo mismo.

Y se encaminó al salon cuya puerta se hallaba abierta. El lacayo se retiró, pero la doncella se puso delante del baron con arrogancia.

—Caballero, es muy estraño que cuando se os ha dicho que no se puede ver á la señora....

—Señorita, replicó Luizzi con afectada politica, tened la bondad de ser menos impertinente y de pasar recado á vuestra ama.

—Qué es eso? dijo una voz al otro lado del salon.

—Lucía, preguntó el baron en alta voz, á qué hora se os puede ver?

—Ah! sois vos, Armando? esclamó Mad. du Val con un grito de admiracion y salió al encuentro de Luizzi, cerrando tras sí la puerta de la habitacion.

Armando se dirigió apresuradamente á la marquesa á quien besó tiernamente la mano, y ambos se sentaron al lado de la chimenea. Mad. du Val miró al baron con aire de sorpresa dulce y benévola. Lucía era una muger de treinta años y Luizzi tenia veinte y cinco: aquella mirada era pues permitida á la que habia conocido á Armando niño de catorce años y luego le veia convertido en un bello joven.

Este exámen fue mudo; mas, por medio de una transicion rápida, apareció una tristeza profunda en el rostro de Mad. du Val de cuyos ojos brotó una lágrima.

Luizzi se equivocó respecto á la causa de aquella tristeza.

—Sin duda, dijo á la marquesa, deplorais como yo que la felicidad de volvernos á ver proceda de una causa tan triste como la muerte de mi padre...

—No es esa la causa de mi tristeza, Armando, le interrumpió Mad. du Val: yo apenas conocia á vuestro padre y vos mismo, separado de él hacia diez

años, no debeis haber esperimentado, al saber su muerte, ese dolor profundo que ocasiona la pérdida de un ser querido á cuyo trato estábamos acostumbrados.

Luizzi no respondió; la marquesa añadió despues de un instante de silencio:

—No, no es esa la causa de mi tristeza: habeis venido en un momento muy singular....

Una sonrisa triste vagó en los lábios de Lucía que continuó, procurando sonreir:

—En verdad, Armando, que la vida es una singular novela. ¿Venis por mucho tiempo á Tolosa?

—Por ocho dias.

—Y os volveis á París?

—Sí.

—Allí vereis á mi esposo.

—Cómo! Hace ocho dias que fué elegido diputado y se ha puesto ya en camino? Las sesiones no comienzan hasta dentro de un mes. Yo creí que iriais vos con él.

—No, Armando: quiero permanecer en Tolosa.

—No conoceis á París?

—Le conozco demasiado para no querer ir allá.

—De qué procede esa antipatia?

—No soy bastante jóven para brillar en los salones ni bastante vieja para mezclarme en intrigas políticas.

—Teneis bastante talento y sois bastante bella para triunfar en todas partes.

La marquesa movió lentamente la cabeza.

—No creais nada de eso, Armando. Soy ya muy vieja, y sobre todo, vieja de corazon.

Armando se aprocsimó cariñosamente á su prima y la dijo bajando la voz:

—No sois dichosa, Lucía?

La marquesa dirigió hácia su habitacion una mirada furtiva y respondió con precipitacion y en voz muy baja:

—Volved á las ocho á cenar conmigo, y hablaremos. Y por medio de una seña, rogó á Armando que se retirase. El baron la tomó la mano y ella apretó la suya convulsivamente.

—Hasta la noche, hasta la noche, añadió siempre en voz baja y volvió á entrar apresuradamente en su habitacion. La puerta de esta no se abrió al primer empuje, lo cual era prueba de que detrás de ella habia alguien que escuchaba y no se habia retirado á tiempo. Luizzi se vió de tal modo asaltado por esta idea, que se detuvo algunos instantes y oyó la voz de un hombre que

hablaba encolerizado. Este descubrimiento le desconcertó é hizo que se alejase sumamente preocupado. Cuando un hombre se halla en la habitacion de una muger y habla del modo que Luizzi habia oido, este hombre no pudiendo ser un marido ni un hermano ni un padre, es un amante. Un amante! y de la marquesa du Val! Luizzi no se atrevia á creerlo: estas dos ideas no se podian asociar en su cabeza. Tantos recuerdos ponian á Lucía al abrigo de esta suposicion, que Armando solo procuró adivinar qué clase de pesares atormentaban nuevamente á la que habia conocido luchando á la edad de diez y nueve años con un amor profundo y sufriendo al mismo tiempo la desventura con toda la fortaleza de la virtud cristiana.

El baron evocó á su memoria todos estos recuerdos dirigiéndose á casa de Mr. Barnet su notario á quien deseaba tambien conocer personalmente. Aquel era dia de maridos ausentes: Armando fue recibido por Mad. Barnet muger pequeña y flaca, de pelo castaño, de ojos azules y blandos y de lábios delgados. Una criada abrió la puerta del cuarto de la esposa del notario y anunció á un caballero.

—Quién es ese caballero? preguntó la voz chillona de Mad. Barnet.

—No sé como se llama.

—Hazle entrar.

Luizzi pasó adelante y Mad. Barnet salió á su encuentro con el brazo izquierdo enfundado en una media blanca de algodon que se ocupaba en repasar.

—Qué se os ofrece? le preguntó esta guiñando ambos ojos; Mad. Barnet tenia la vista inclinada; á no ser así, es probable que la distinguida presencia de Luizzi hubiera dulcificado el tono grosero de sus palabras.

—Señora, respondió Armando, soy el baron de Luizzi, uno de los clientes de Mr. Barnet, á quien me hubiera alegrado encontrar.

—Señor baron, esclamó Mad. Barnet desenfundando su brazo izquierdo y clavando la aguja en el pecho, con tal intrépidez que Luizzi adivinó que el escudo que protegia el seno de aquella muger, se componia de mas de una triple muselina y mas de una triple capa de algodon, tomad una silla. Luego añadió: no, no tomeis una silla, tomad un sillon... Como es esto! no hay un sillon en mi cuarto? No es verdad, señor baron, que es muy provincial no haber un sillon en el cuarto de una muger? Pero, á Dios gracias, los hay en casa; Mariana, Mariana, quita la funda á un sillon de los de la sala y tráele.

Luizzi trató de impedir este trastorno de muebles diciendo á Mad. Barnet que bastaba y aun sobraba una silla, pues se iba á retirar inmediatamente; pero ella desoyó sus escusas y se apresuró á recoger unas cortinas, una pañoleta rota y unos pantalones viejos que estaban esparcidos en la habitacion. Mariana apareció en seguida trayendo un sillon de madera pintado, forrado de un venerable y raido terciopelo de Utrecht, el que colocó al lado de la chimenea donde únicamente faltaba lumbre.

—Mariana trae unas astillas.

—Por Dios, señora, no os molesteis inútilmente, pues me retiro; es de poca importancia lo que tengo que decir á Mr. Barnet y...

—Mr. Barnet no me perdonaria nunca el haberos dejado marchar... Espero, señor baron, que os quedareis á cenar con nosotros.

—Os doy las gracias, señora, pero no puedo aceptar vuestro ofrecimiento porque estoy ya comprometido para otra parte. Volveré á pedir á Mr. Barnet las noticias que deseo.

—Deseais algunas noticias, señor baron? Pues entonces no necesitais esperar á mi marido, por que yo conozco á Tolosa desde los sótanos á las boardillas. Mi familia ha tenido siempre cargos de justicia (el padre de Mad. Bernet habia sido portero de un tribunal); yo sé mas de lo que os podeis figurar, y sin duda mas de lo que deseais. Sentaos, señor baron, me hallo pronta á daros cuantas noticias me pidais.

Al principio, Luizzi no pensó en aprovechar las solícitas ofertas de Madama Barnet; pero tomó asiento esperando poder levantarse despues de articular algunas frases insignificantes; Se hallaba bastante embarazado no sabiendo qué noticias pedir; pero su huéspeda no le dejó tiempo para cometer una torpeza.

—Sin duda, señor baron, deseais adquirir alguna finca: si quereis emplear vuestros fondos en algun establecimiento fabril, mi marido podrá proporcionaros la ferrería de los señores Jasques que han tenido en fin de noviembre treinta y un mil francos de utilidades y treinta y tres mil setecientos veinte y dos en fin de diciembre; pero como han quebrado simultáneamente tres casas de comercio, dos de ellas de Bayona, con las cuales tenian negocios de mucha importancia, es imposible que puedan tirar mas allá del mes de febrero. Los señores Jasques son personas de probidad y estoy segura de que si hallasen dinero contante, cederian su establecimiento muy barato, á no ser que la muger de Mr. Jasques el joven quiera empeñarse por su marido: si quisiera bien podria hacerlo porque tiene cinco haciendas que la dejó su madre... ya sabreis quien era su madre, la Manette que arruinó al conde de Fére. Poco costaron á una y otra las tales haciendas, pero al fin, son suyas. La dificultad está en que Mad. Jasques es tan agarrada como su madre: se dejará ahorcar primero que empeñar en un sueldo sus bienes.

Luizzi, cuando empezó á hablar Mad. Barnet, no prestó atencion á sus palabras; pero se sintió de pronto con deseos de interrogarla. Al oirla hablar de Mad. Jasques, le ocurrió la idea de que podria saber de ella ciertas cosas que á nadie se hubiera atrevido á preguntar directamente. Armando no necesitaba mas que empujar á Mad. Barnet hácia lo que deseaba saber para que esta lo contase todo. Asi pues, replicó no bien acabó su interlocutora:

—No pienso hacer compra ninguna, al menos por ahora; pero tengo relaciones mercantiles con varios sugetos de Tolosa, entre ellos con Mr. Dilois.

Mad. Barnet hizo un gesto.

—Qué! ha hecho malos negocios Mr. Dilois? añadió Armando.

—Ay señor baron, hizo uno cuyas fatales consecuencias duran aun.

—Y cuál fué?

—Su casamiento.

—Pues, qué, es derrochadora su muger?

—Yo no estoy al corriente del estado de los fondos de Mr. Dilois y por lo tanto no puedo hablar mal de su casa. El pobre hombre se halla tan enterado como yo de sus negocios: su muger y su dependiente mayor el señor Cárlos lo manejan todo, y él no pide mas que su taza de café y su partida de dominó en casa de Herbolu.

—En ese caso Mad. Dilois debe entender de comercio?

—Entiende de todo la muy ladina: figuraos una mozuela que despues de haber observado una conducta la mas equívoca, logró casarse con el primer mercader de lanas de Tolosa. Es capaz de manejar treinta hombres como su marido.

—Incluso Cárlos?

—El señor Cárlos tambien es buen perillan le conozco mucho, como que ha sido escribiente nuestro y nos dejó para ir á casa de Mr. Dilois; entonces tratábamos á esta familia; pero yo he declarado á mi marido que si Cárlos volvia acá le daria con la puerta en los hocicos. Ah! señor baron, antes el tal Cárlos era un bello jóven atento, humilde y previsor....

—Y lo será tal vez aun para con Mad. Dilois.

—Quién sabe, señor baron, lo que será para con ella. Ese es asunto que á mí no me importa.

—Le he visto y me ha parecido un buen chico.

—Si, lo ha sido, señor baron: pero ya no tiene alma. Despues de la bondad con que le hemos tratado....

—Mr. Barnet, le querria mucho, no es verdad? preguntó Armando con aparente sencillez.

—Mad. Barnet cayó en el lazo y respondió aturdidamente:

—Mi marido! si no le podia ver.

El baron creyó, no debia hacer notar á Mad. Barnet lo imprudente de su confidencia, pues necesitando aun interrogarla no convenia ponerla sobre aviso. Asi, pues, dijo con el tono mas indiferente.

—Aprovecharé vuestras noticias respecto á la casa de Mr. Dilois aunque no tengo con ella mas negocios que algunas ventas de lanas. Quisiera colocar sobre hipotecas algunos fondos que tengo disponibles y para ello, desearia noticias de alguna otra casa de crédito.

—En ese caso; señor baron, nada mas á propósito que las oficinas del banco.

—Es verdad, señora; pero no podria presentarme yo mismo en ellas

porque todo se sabe en Tolosa, y tal vez el Sr. marqués du Val necesite fondos.

—El señor Marqués du Val! esclamó Mad. Barnet con aire de admiracion; es imposible que quiera tomar dinero con hipoteca; es nuestro cliente y nunca nos ha hablado de semejante cosa.

—Ah, con que el marqués du Val es cliente vuestro? dijo Luizzi.

—Sí, señor baron, y lo son tambien hace tiempo otras muchas casas, las mejores de Tolosa sin ofender á la vuestra. Hace cincuenta años que están en nuestro estudio los negocios de la familia du Val; como que Mr. Barnet redactó el contrato de matrimonio del actual marqués; me chocó tanto este suceso que me acuerdo de él como si hubiera pasado ayer: todavia me parece estar viendo la cara que traía Mr. Barnet cuando volvía de la firma. Tenía el aire de un imbécil.

—Pues qué pasó?

—Ay señor baron, no puedo decirlo porque es un secreto de notario, y por lo tanto sagrado. Si yo lo supe fué porque mi marido se hallaba al pronto tan turbado que hablaba sin saber lo que se decia.

—Soy discreto, señora.

—En boca cerrada no entran moscas.

—Teneis razon, respondió Luizzi; nada os pregunto; pero supongo que al presente la marquesa será dichosa.

—Sábelo Dios, señor baron, y debe saberlo con tanto mas motivo cuanto que la señora marquesa se halla entregada por completo á él.

—Es devota?

—Hasta el fanatismo; como que vive de ayunos y penitencias. Allá se las componga... cada uno es dueño de vivir como mas le plazca; pero yo temo mucho que le cueste la vida tanta mortificacion.

Luizzi alzó la vista al reloj colocado en el vientre de un monigote de madera puesto sobre la chimenea que figuraba una péndola, y viendo que eran cerca de las ocho, se levantó. Lo poco que acababa de oir de Mad. du Val escitaba su curiosidad, y sin embargo, no procuró saber mas. El aspecto de Lucía había despertado tiernos recuerdos de la infancia en la memoria del baron, y este no sabiendo lo que Mad. Barnet podría revelarle, no quiso saber mas de la marquesa. Hay nombres armoniosos para nuestro corazon que nadie pronuncia á nuestro gusto y que pronunciados por labios que nos repugnan, nos hieren profundamente. El de Lucía no se hallaba en este caso para con el baron; pero siendo la marquesa su parienta, su amiga de la infancia, y su ilusion de la adolescencia, Armando se hubiera creido herido en su orgullo aristocrático cualquiera que hubiese sido el juicio formulado por Mad. Barnet acerca de aquella. Saludó profundamente á la esposa del notario y se dirigió á casa de la marquesa preocupado en la devocion de esta y en lo que por sí mismo habia observado.



III.

Primera noche.—La noche en el gabinete.



odavia se hallaba Armando bastante lejos de casa de la marquesa cuando se acercó á él una muger que le llamó por su nombre. Fijó la vista en ella, y á la luz de las tiendas inmediatas, reconoció á la criada que tan impertinentemente le recibiera en casa de Mad. du Val.

—Pasad sin deteneros por frente de casa, le dijo la jóven con precipitacion; al otro estremo de la calle me volvereis á encontrar.

La jóven continuó su camino y Luizzi, que se detuvo un instante, la vió tomar una calle escusada. Armando no sabía qué pensar de semejante disposicion; pero como podía obedecer sin renunciar á entrar despues en la casa, determinó seguir adelante. Unicamente al pasar por la puerta principal del edificio dirigió á derecha é izquierda una mirada escrutadora, y vió á pocos pasos un hombre embozado en una capa en ademan de observacion. Tuvo tentaciones de dirigirse á aquel hombre á fin de saber quién era; pero reflecsionó que ningun derecho le asistía para semejante averiguacion; ademas, el baron no ignoraba que en toda contienda de hombres en que se pronuncia el nombre de una muger, es esta la víctima si sucumbe uno de los adversarios. Armando siguió, pues, su camino; se hallaba ya muy lejos de la casa cuando en la esquina de una callejuela apareció la jóven y le dijo:

—Pronto, seguidme!

La doncella echó á andar tan ligera, que el baron apenas podía seguirla. Dieron muchos rodeos y al cabo entraron en una callejuela desierta formada por las tapias de los jardines.

—Entrad sin deteneros, dijo la jóven dirigiéndose á una puerta que solo estaba entornada y que cerró con mucha precaucion asi que Luizzi hubo entrado.

No bien habían penetrado en el jardin, oyeron pasos precipitados hácia el estremo opuesto de la calle; la jóven impuso silencio á Luizzi con una seña, y ambos permanecieron inmóviles. Una persona se acercó á la puertecilla, escuchó un momento y luego se alejó; pero á cortos instantes volvió atrás. La jóven, asustada, dijo con un gesto de impaciencia:

—Qué aturdida! he dejado sin echar el cerrojo!

Y se precipitó hácia la puerta en la cual se apoyó con cuantas fuerzas tenía; luego hizo señas á Luizzi de que fuera en su ayuda y este obedeció maquinalmente. A poco, introdujeron una llave en la cerradura y empujaron con violencia la puerta; esta cedió un poco, y el que la empujaba debió conocer que no era un inflecsible cerrojo lo único que la detenía, pues volvió á empujarla violentamente, esclamando:

—Mariquita! Mariquita!

Pero Mariquita, pues tal era el nombre de la jóven, habia reparado su olvido echando el cerrojo, y sin esperar mas, tomó á Luizzi de la mano y se le llevó en tanto que la persona desconocida daba vueltas á la llave en la cerradura.

El jardin era vasto y la noche muy oscura. Luizzi seguía á su guía sin pensar en lo que acababa de suceder; ni siquiera había tenido tiempo para asombrarse, porque el asombro necesita cierta reflecsion. Ignoraba aun adonde iba cuando llegó al ángulo de un pabellon unido por medio de una larga galería á la habitacion de la marquesa. Se abrió una puertecita y Luizzi subió por una escalera de caracol guarnecida de tapices; despues de subir una docena de escalones, entró en una salita débilmente alumbrada y de allí pasó á otra pieza de cuyo techo pendia una lámpara de alabastro. Ardía un escelente fuego en la chimenea, se hallaba servida con dos cubiertos una mesa, y la atmósfera de aquel reducido aposento estaba impregnada de los mas penetrantes perfumes.

—Esperad ahí, dijo Mariquita, y dejó solo á Luizzi.

Por un movimiento instintivo, miró Armando á su alrededor antes de reflecsionar acerca de lo que le sucedía. El sitio en que se hallaba debía naturalmente sorprenderle. Su adorno era un estraño conjunto de objetos del mas voluptuoso lujo y de signos de la devocion mas minuciosa. Entre las colgaduras de seda se veían imágenes de santos y cruces; en una biblioteca de varios estantes estaban los tomos de una novela nueva ilustrada confundidos con libros

de devocion adornados de magníficos relieves; bajo un cuadro de *Santa Cecilia* coronado de ramos benditos habia una consola sobre la cual se veían diferentes vasos llenos de maravillosas flores, y por último, en una especie de retrete se hallaba un divan cargado de cojines, en el fondo un gran espejo con marco de moaré azul ingeniosamente plegado, á la cabecera del divan una *Vírgen de los Dolores*, y á la parte opuesta un crucifijo de márfil sobre terciopelo negro. Luizzi miró este gabinete ú este oratorio con una turbacion estraña; despues empezó á reflecsionar acerca del modo con que había sido introducido allí. Aquel hombre que observaba la casa, que se había presentado á la puerta del jardin y que poseía una llave, era sin duda un amante. Pero, ¿no lo parecía tambien el mismo Luizzi? Si alguien le hubiera visto entrar en casa de la Marquesa du Val del modo que lo había hecho, ¿no hubiera tenido derecho para creerle un amante afortunado? Sin embargo, se hubiera engañado quien tal hubiera creido. ¿No podía engañarse tambien el mismo Luizzi? El baron no sabía qué pensar, y esperaba que le esplicaría Lucía aquel misterio, cuando esta entró en la habitacion precipitadamente. Su aspecto no pudo menos de sorprender á Luizzi: no era el de la muger tristemente amable que viera pocas horas antes. En su rostro había una espresion de audacia y de ecsaltacion de que no la creía capaz; sus ojos brillaban estraordinariamente, y en sus labios un poco convulsos vagaba una sonrisa mas bien amarga que feliz.

—Muy bien, muy bien, dijo á Mariquita que la había acompañado y se alejaba echándola una mirada escrutadora.

La Marquesa tomó asiento al lado de la chimenea y sin dirigir la palabra á Luizzi, se puso á mirar atentamente el fuego. Armando se hallaba sumamente embarazado y conmovido: veía alguna cosa estraordinaria en la fisonomía y en el proceder de su prima; pero no sabía si convendría darse por entendido. Sin embargo, viendo que la profunda preocupacion de la marquesa se prolongaba, no pudo menos de llamarla diferentes veces por su nombre.

—Bien, muy bien, respondió sin perder la inmovilidad de su mirada; sí, muy bien.

—Qué teneis, Lucia? dijo Armando, sufris, sois desgraciada?...

—Yo, respondió la marquesa alzando la frente y procurando tomar un aspecto mas tranquilo, yo desgraciada? y por qué, Dios mio, por qué lo he de ser? Soy rica, soy jóven, soy bella: ¿no es verdad que soy bella? Vos me lo habeis dicho, Armando. Qué puede desear una muger con tales ventajas?

—Nada, seguramente. Sin embargo....

—Sin embargo! repitió Lucía con una impaciencia nerviosa; luego apretó los puños violentamente, se mordió los labios, y conteniéndose con dificultad añadió: —Por dios, Armando, no hagais lo que todos hacen, no me persigais con preguntas y manifestaciones compasivas, porque me hallo ocupada de

un pensamiento; ya sabeis que se necesita poco para contrariar á una muger.. Pero ya que os he convidado á cenar, cenemos.

Ambos se pusieron á la mesa y Armando fué servido por Lucía. Esta se hallaba visiblemente turbada y torpe.

— Ahi teneis champagne, dijo al baron.

— Me dejareis beber solo? preguntó este.

La marquesa vaciló; luego alargó su vaso que llenó Armando, y le apuró de un trago. Al mismo tiempo hizo un gesto de disgusto. Luizzi creyó que acababa de hacer un esfuerzo para desechar el pensamiento importuno que la dominaba; pero despues de mediar algunas palabras acerca del proyecto de partida de Luizzi, este la vió caer nuevamente en su invencible tristeza. El interes y la curiosidad del baron se hallaban vivamente escitados; asi, pues, este echó mano del mismo recurso que Lucía ensayara poco antes para alejar sus importunas ideas.

— Bebed, Lucía, bebed, la dijo.

La marquesa sintió sus ojos arrasados de lágrimas, y respondió:

— No, Armando, no; eso me hace daño, me abrasa, me mata; y sin embargo, Dios es testigo de que deseo morir.

En seguida se levantó esclamando:

— Quiero morir, Dios mio! quiero morir pronto!

Y fué á caer sobre el divan ocultando la frente entre sus manos.

Luizzi se acercó á la marquesa procurando tranquilizarla, pero ella solo respondía con lágrimas y sollozos. Entonces Armando que había sido el amigo de infancia de Lucía se arrodilló cariñosamente al lado de esta y la dijo:

— Vamos, esplicaos, Lucía; confiadme vuestras penas. Ya sabeis el puesto que siempre habeis ocupado en mi corazon; el que se atrevió á amaros, lejos de olvidaros, no debe ser aun vuestro mejor amigo?

La marquesa detuvo las lágrimas en sus ojos; miró á Armando que permanecía aun arrodillado y respondió como si tratara de ensayarse en el coquetismo:

— Es ese el único título que debiera dárseos al veros en esa postura?

— Quién se atrevería á esperar otro? dijo Armando sonriyendo.

— Quien mucho ama, mucho espera, replicó la marquesa con ecsaltacion.

— Entonces, mucho debo yo esperar, repuso Armando haciendo uso de una de esas frases galantes que para él significaban muy poco; pero, ¡cuál fué su sorpresa cuando Lucía le respondió, alzando la vista al cielo:

— Oh!... si eso fuese verdad!

Todos saben lo peligroso que es hallarse uno á su pesar empeñado en una senda de la que no es dado retroceder sin herir á alguien que nos interesa y sobre todo sin esponerse al ridículo. Cuando en tal senda nos hallamos, se-

guimos adelante esperando que la casualidad nos sacará de ella del mismo modo que antes nos puso: asi sucedió á Luizzi:

—Dudais de mis palabras, Lucía? El amor es una verdad que cuantos os conocen llevan escrita en el corazon.

La marquesa volvió la cara un instante y replicó con aquella agitacion febril que no la abandonaba:

—Todo eso es una locura! Sentémonos á la mesa.

En seguida volvió á su asiento y se pusó á cenar como aquel que ha tomado el partido de hacer alguna cosa que si bien le disgusta, le ocupa.

Lo que acababa de pasar, por desgracia de Luizzi, habia despertado en el corazon de este un deseo inmoderado de penetrar el secreto de aquella alma en pena. El baron, pues, se decidió á satisfacer aquel deseo ó al menos á emplear todos los medios para conseguirlo.

—Con que os marchais muy pronto? dijo Lucía.

—Dentro de ocho dias á mas tardar.

—Mucha aficion teneis á Paris.

—Ah, Lucía! es porque en Paris está la vida.

—La vida de los dichosos.

—No, Lucía; cuando uno es desgraciado, conviene ir á Paris; conviene ir allá cuando uno tiene en el corazon una llama que sofocar, un deseo ardiente que reprimir. Allí se hallan todas las ocupaciones del espíritu, todas las diversiones que encantan la vista y el oido; allí, cuando uno no puede entregar por completo el alma á la felicidad, encuentra mil placeres aquí desconocidos.

—Teneis razon, respondió Lucía; debe ser un gran placer el no guardar en sí nada de sí mismo. Habeis estado enamorado en Paris?

—Lo mismo que en Tolosa.

Lucía sonriyó tristemente é hizo á Luizzi señas de que continuase.

—Relaciones que atormentan eternamente y que son la única felicidad que uno goza, añadió el baron.

—Allí habrá maridos temibles, no es verdad?

—Nada de eso; lo que hay es rivales por todas partes. Hay siempre diez hombres á quienes toda muger medianamente elegante está obligada á recibir con el mismo tono y con el mismo rostro. Entre estos diez hombres oculta aquella muger un amante, algunas veces dos... tres... cuatro...

—Ah! calumniais á las mugeres.

—No, Lucía; y aunque sea cierto lo que digo, no quisiera acriminarlas, porque hay algunas muy desgraciadas!

—Es verdad: hay mugeres que llevan en el secreto de su vida dolores que ningun hombre puede imaginar; pero esas mugeres no se consuelan con amantes.

—Ah! sin duda vos lo sabeis mejor que yo! dijo Luizzi sonriyéndose.

Esta palabra desconcertó á la marquesa que se volvió á ver asaltada por su tristeza habitual. Luizzi se halló cortado; no sabiendo cómo tornar á la conversacion, echó mano de lo primero que le ocurrió.

—Estais indispuesta, Lucía, no comeis ni bebeis.

—Al contrario, respondió la marquesa sonriyendo nuevamente.

Y para ractificar sus palabras, bebió el vino que Luizzi por ocuparse en algo, la había escanciado. Sus ojos recobraron nuevo brillo y su voz se puso temblorosa.

—Si, añadió con amargura, un amante ocupa; dá actividad á la vida; pero es necesario amarle.

—Cuando no se le ama, se le conlleva.

—Un zeloso! un tirano que amenaza con la deshonra cada instante y por cualquier motivo, que sospecha de la mas inocente visita, que se irrita hasta por la familiaridad de las palabras dirijidas á un amigo ó á un pariente; un vil hipócrita que arma contra nosotras toda una familia para librarse del que no le hace sombra.... Ah! ese es un suplicio horrible.... Dios mio.... una muger puede soportar ese martirio!

El rostro de la marquesa se hallaba sumamente alterado. Luizzi que permanecía sereno, notó que rechinaban los dientes de su prima cuando esta hablaba.

El hombre es implacable; Luizzi llenó negligentemente su vaso y el de la marquesa, que llevó el suyo á los labios y le volvió á dejar como horrorizada.

—Sois una niña, Lucía, dijo Armando apoyándose en la mesa y mirando amorosamente á Mad. du Val. Un hombre de esa especie, si es que hay alguno, es un miserable á quien una muger puede hacer callar en un instante.

—Y cómo?

—Si se trata de un cobarde, no necesita grandes esfuerzos el que toma la defensa de la muger; si se trate de un valiente, tanto mejor, siempre es una satisfaccion el arriesgar la vida peleando con él.

Lucía sonriyó amargamente y esclamó arrebatada:

—Pero si se trata de....

Mas se detuvo apretando los labios como si quisiese detener el paso á las palabras que se agolpaban á ellos, y se puso encarnada; luego bebió un poco para reponerse y Luizzi dijo observando la turbacion progresiva que se notaba en ella:

—Cualquiera que sea ese amante, se le puede imponer silencio.

Lucía se volvió á sonreir con la misma espresion de desesperacion y de duda y Luizzi continuó:

—Sí, Lucía: un hombre cuya ternura y cuya adhesion se hallan aseguradas por una larga prueba, un hombre de quien no se puede ya dudar, es un

confidente á quien todo se puede decir, y que se atreveria á todo por la que libra en él su felicidad.

La marquesa se echó á reir con amargura.

—Decis que una larga prueba? ya os he dicho que ese hombre se haria zeloso inmediatamente.

Lucía vaciló un momento y luego continuó, fijando en Luizzi una mirada que parecía querer leer en el fondo de su alma:

—Para que la muger que se hallase en semejante posicion pudiera salir de ella, sería necesario que encontrase un corazon que la comprendiese desde luego, una generosidad que no se hiciera esperar.

—En el momento en que demostráseis desear ese hombre, le veríais de rodillas á vuestros pies.

—Qué locura! los hombres no hacen nada como no sea para obtener en premio de su adhesion, un amor....

—Que responda al que ellos esperimentan, añadió Luizzi acercándose á la marquesa.

—Y si esa adhesion se pidiera en el acto, sería preciso otorgar el premio en el acto tambien?

—Por qué no? dijo Luizzi arrastrado por la singularidad de aquella conversacion y por la espresion casi delirante de Mad. du Val. Por qué no? Creeis, Lucía, que no hay un hombre capaz de comprender á la muger que se entregara á él diciéndole:—«yo te confio mi felicidad, mi vida, mi reputacion, y para que no dudes que tú eres mi única esperanza, ahí tienes mi felicidad, mi vida y mi reputacion que pongó en tus manos para que dispongas de ellas á tu capricho.

—Ah! si eso fuera posible! murmuró la marquesa.

—Lucía! lo que he dicho sería imposible tal vez á mil mugeres; pero si se hallase una tan bella y tan noble como vos....

El acento de Luizzi que se había acercado aun mas á la marquesa, era en estremo apasionado.—Lucía ocultó por un instante la frente entre las manos, frotando con violencia los hermosos bucles de su cabellera; luego se levantó de repente, lo cual hizo tambien Luizzi, y esclamó:

—Dios mio! yo me vuelvo loca!

—Lucía! murmuró Armando.

—Loca!.... loca!.... repitió Mad. du Val; pues bien! lo seré en este instante.

Y con un movimiento delirante, se apoderó de los vasos llenos que habían quedado sobre la mesa y los apuró con desesperacion; luego se volvió á Luizzi con la vista estraviada y ardiente, y esclamó, llenos sus sentidos y su espíritu de loca embriaguez:

—Pues bien! te atreves á amarme?

Esta escena había trastornado la cabeza de Luizzi. Las circunstancias, la ocasion y lo imprevisto de cuanto pasaba, aturdieron, arrastraron y estraviaron á Armando, que respondió á la marquesa como un hombre que cree lo que dice:

—Amarte!... amarte!... esa es la alegría de los ángeles, es la felicidad, es la vida!

—Sí, no es verdad que me amas?

Luizzi solo respondió esta vez atrayendo á sus brazos á la marquesa que sin resistirse murmuraba:



—Me amas, no es verdad, Armando? no es verdad que me amas? me amas? me amas? repetía sin cesar, y por decirlo así, falta de razon.

Estas palabras eran tan obstinadamente repetidas, que parecían carecer de

sentido para la marquesa que las murmuró hasta que Luizzi hubo triunfado de esa resistencia instintiva que oponen todas las mugeres á los deseos del hombre.

El delirio que arrebatara á Lucía, la embriaguez que estraviara su razon, la locura que parecía haberla impelido á cometer una falta que ni aun el amor escusa: todo en fin, delirio, embriaguez y locura, parecía haberse estinguido en ella; la fiebre del espíritu no se hizo estensiva á la materia; aquella boca que gritaba y reía amargamente bajo la inspiracion de la cólera permanecia fria y silenciosa á las palabras de amor mas apasionadas. La muger que se ofreciera á Luizzi, al parecer, debía ser una loca ó una disoluta; pero la que se entregara á él era una estátua ó una víctima.

Allí existía un terrible secreto.

Su felicidad causaba ya á Luizzi verguenza y remordimientos.

Reinaba un completo silencio en la habitacion; la marquesa, sentada en el divan, había recobrado la mirada inmóvil y vibrante que se notaba en ella á su entrada en el gabinete. Luizzi, que observaba con inquietud los movimientos convulsivos del rostro de Lucía, quiso hablarla, pero ella, al parecer, no oyó sus palabras; trató de acercarse á ella, pero le rechazó con una fuerza que le asombró; quiso apoderarse de sus manos; pero Lucía se levantó y se apartó con violencia esclamando:

—Oh! es una infamia!

Y de repente aquella tormenta del corazon y del cuerpo que rugía hacia tanto tiempo, estalló y la marquesa esperimentó una terrible crisis nerviosa. Lucía ecsalaba horribles gritos, hablaba de maldicion, de infierno y de condenacion eterna. Cuantas veces trataba de tocarla Luizzi, se contraía sobre sí misma como si sintiera el horrible contacto de una serpiente. Armando se hallaba sin saber qué partido tomar; pero la puerta se abrió y apareció Mariquita que, encogiéndose de hombros con impaciencia, dijo:

—Ya lo sabía yo!

Y acercándose á su señora, la desabrochó hablándola con un tono de autoridad al cual parecía hallarse acostumbrada la marquesa. La crisis fué larga y terminó por una postracion que Luizzi no se atrevió á turbar.

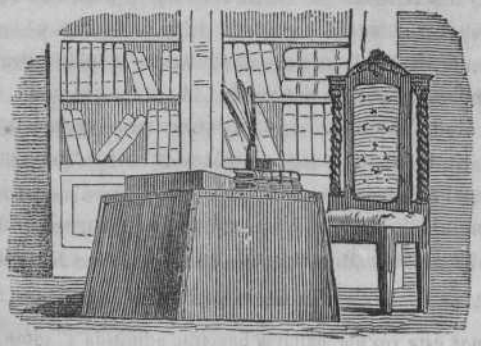
—Ya es hora de que os retireis, dijo Mariquita; venid, pues voy á aprovechar este momento de calma para despediros.

Luizzi siguió á Mariquita que partió delante de él apresuradamente para volver pronto al lado de su señora. No queriendo interrogar á una criada, se retiró despues de pasar cinco horas en una continuacion de asombros que le condujeron á cuanto pocos momentos antes creyera imposible.

Atravesó el jardin, salió á la calle y volvió á su habitacion tan sumergido en sus reflecsiones que no notó la presencia de un hombre embozado en una capa que le había seguido desde casa de la marquesa hasta la suya. La ma-

ñana siguiente se presentó en casa de Lucía y se le dijo que esta no estaba visible; volvió otras cuatro veces aquel mismo día y obtuvo el mismo resultado; el día siguiente la escribió y no recibió contestacion; á los tres dias volvió á escribirla y le fué devuelta la carta sin abrir. El baron, sin embargo, sabía que la marquesa no estaba enferma pues se la había visto todas las mañanas oyendo misa, segun acostumbraba, en la iglesia de S. Sernin, y todas las noches había asistido á casa de una tía suya muy vieja y muy debota cuyos bienes esperaba heredar. Luizzi estaba asombrado; esperimentaba un respeto instintivo que no le permitia tomar informes acerca de aquella muger ni menos contar lo que le había sucedido. A pesar de todo, temeroso de pasar plaza de tonto, se propuso volver á ver á Mad. du Val cualesquiera que fuesen los medios que para ello debiese emplear. La casualidad vino en su ayuda: supo que en una casa iba á haber una número sa reunion á la que le sería fácil concurrir merced á su nombre, y supo tambien que la marquesa había sido convidada y prometido asistir á aquella reunion. Temeroso de que Mad. du Val faltase á su promesa si sabía que él iba á asistir, determinó hacerse presentar la noche misma de la fiesta.

Una vez seguro de tener una esplicacion con la marquesa, pensó en sus asuntos y por consiguiente en Mad. Dilois. Ecsaminó el contrato que esta le entregara y le pareció bastante ventajoso. Sin embargo, Luizzi abrigaba ciertas prevenciones contra aquella muger cuyo tono de coquetería le inspirara desde luego la dulce ilusion que habian destruido las vagas confidencias de Mad. Barnet acerca de su orígen; estas prevenciones daban al baron pocos deseos de concluir con Mad. Dilois. Se presentó á otros varios comerciantes, pero ninguno le ofreció por sus lanas el precio á que se las pagaba la casa Dilois. El interés pudo mas que las prevenciones y Armando volvió á verse con la esposa del mercader.



IV.

Segunda noche.---La noche en la alcoba.



El baron se encaminó á casa del comerciante á la hora en que se hallan ya cerrados los establecimientos públicos, á fin de penetrar en la vida de Mad. Dilois cuando esta hubiese dejado de pertenecer á los negocios mercantiles. Una criada sumamente atenta salió á abrirle, le condujo al piso principal y atravesando una piececita, le introdujo sin pasar aviso ninguno, en el cuarto de Mad. Dilois diciendo:

—Aquí hay un caballero que quiere hablaros.

La esposa del mercader se vió embarazada y sorprendida con aquella inesperada visita. Hallábase sentada á un lado de la chimenea y al otro lado estaba el bello dependiente. El modesto pero elegante trage que vestía por la mañana habia sido reemplazado por un *deshabillé* (1) de estremada limpieza y que demostraba que Mad. Dilois no tenía inconveniente en mostrarse á Cárlos en cualquier traje. En la alcoba reinaba ese desórden que anuncia la hora del reposo; el lecho estaba preparado.

En el gran mundo no se sabe el atractivo que encierra un lecho blanco como la nieve. Entre la seda de una cama á la duquesa y las doradas molduras

(1) Conservamos esta voz por hallarse bastante admitida y, sobre todo, porque no sabemos que tenga correspondencia ecsacta en castellano. Véase como lo define Capmany: — Deshabillé: paños menores, ropa de levantar.

de la habitacion, apenas se descubre la blancura deslumbradora de las finísimas sábanas; pero en el modesto aposento de provincia un lecho colocado entre muebles de nogal enegrecidos por el tiempo y entre cortinas de color oscuro, resalta como una figura virginal y es capaz de inspirar repentinamente al mas frio ó al mas tímido deseos audaces; y si, como Luizzi, salimos de una aventura en que hemos visto arrojarse en nuestros brazos á una muger de alto rango hácia la cual esperimentabamos mas respeto que amor, permitido nos es esperar que nos suceda otro tanto con la humilde jóven á quien se supone coqueta y fácil y que diga uno mirando al lecho: «ahí se halla un puesto vacante y es preciso que yo le ocupe esta noche.»

Esta noche, esta noche misma, no olvidemos esto; hay conquistas que agradan únicamente por lo rápidas. Para un hombre como el baron de Luizzi, la conquista de una muger como la esposa del comerciante, despues de hacerla un mes ó dos la corte, era cosa que maldita la gracia tenía; pero triunfar en algunas horas de una muger que, al parecer de Luizzi, debía estar bastante acostumbrada á la derrota para poseer todos los recursos de la defensa, era cosa original, divertida, apetecible. Ademas, se trataba de pegársela á un amante que es aun mas divertido que pegársela á un esposo; era una verdadera ganga; porque persuadir á una muger á que engañe á su marido, es conducirla ó al menos sostenerla en la senda del matrimonio; pero impulsarla á engañar á un amante, hacerla faltar á una falta, infiel á una infidelidad, es mucho mas inmoral en amor y merece la pena de intentarse.

Todas las ideas que acabamos de enumerar prolijamente, esplican, si bien no dictaron, la resolucion de Luizzi. Al ver este al hermoso Cárlos al lado de Mad. Dilois y al contemplar aquel lecho entreabierto, sintió el irresistible deseo de ocupar en este el puesto que suponia debía ocupar el bello pendiente. Comenzó, pues, por escusarse respecto á lo inoportuno de la hora.

—Señora, dijo despues de sentarse entre Cárlos y Mad. Dilois, perdonad si vengo á veros tan tarde; los que nada hacemos porque, á decir verdad, creo que para nada servimos, empezamos el dia tan tarde que llegamos á su término sin haber tenido tiempo para ocuparnos de nuestros negocios. Dispensad, pues, que venga á importunaros con los míos cuando han concluido los vuestros hace largo rato.

—Ay, caballero, replicó Mad. Dilois con una sonrisa de disgusto, para nosotros no concluyen nunca los negocios y justamente á vuestra llegada nos ocupábamos de los de mañana: procurábamos dar con una equivocacion de una cuenta que nos ocupa hace ocho dias sin que podamos caer en ella.

Luizzi echó una mirada al hermoso Cárlos, cuya vista se encontró con la suya.

—Este hombre es su amante, dijo para sí Armando; el instinto de los zelos le ha inspirado ya odio hácia mi.

Esta idea sirvió de espuela á la que el baron había ya concebido. Luizzi caminó tan de prisa en sus deseos, que juró, empeñando en ello su honor, dar cima á su empresa.

Sin embargo, esto era algo difícil porque el dependiente no parecia dispuesto á retirarse y por buena opinion que se tenga de sí mismo ó por mala que se tenga de una muger, es dificil seducir á esta ó que ella se deje seducir en presencia de su amante. Las mugeres tienen tantas razones para ceder á un hombre, que el amor no equivale á una cuarta parte en sus derrotas, y Luizzi no era tan novicio que lo ignorase. Asi, pues, Armando buscó la ocasion de decir á Mad. Dilois que necesitaba hablar particularmente con ella y respondió á lo que le acababa de decir acerca de las continuas ocupaciones:

—Yo que no tengo ningun derecho á importunaros, vengo á aumentar la persecucion comercial que penetra hasta vuestro retiro. Lo siento mucho y, por lo mismo, voy á retirarme si teneis la bondad de señalarme una hora mas á propósito para hablaros.

—No quiero que os tomeis la molestia de volver otra vez; me habeis dicho que vuestra permanencia en Tolosa será corta, y puesto que no podeis esperar la vuelta de mi esposo...

—Señora, dijo Luizzi interrumpiéndola y dando al giro de su frase la misma inflecsion, sé, pues asi me lo han dicho, que sois el verdadero gefe de la casa.

—Caballero, no comprendo lo que....

—Si, señora, el verdadero gefe, puesto que reunis la voluntad, la superioridad y la inteligencia que tanto han hecho prosperar vuestro comercio.

—Teneis razon, repuso Cárlos; Mad. Dilois es mas inteligente en los negocios que el primer comerciante de Tolosa, y á no ser por ella, la casa no sería en el día lo que es.

—Eso mismo me dijo hace dos dias Mad. Barnet.

—Mad. Barnet! esclamaron á un tiempo Cárlos y Mad. Dilois! —que! la conoceis? añadió esta.

—Mr. Barnet es mi notario: habiendo ido á su casa, aunque no le he hallado he tenido ocasion de ver á su esposa.

—Qué buena pieza! dijo el dependiente con tono despreciativo.

—Sois poco agradecido, caballero, replicó el baron; Mad. Barnet me ha hablado de vos en los términos mas lisonjeros, ha hecho un elogio...

—Que el señor merece, dijo Mad. Dilois un poco picada.

—De su parte tal vez no, repuso Luizzi comentando estas palabras con una sonrisa y una mirada bastante significativas.

Mad. Dilois respondió con otra mirada y otra sonrisa ambas bastante burlonas y añadió:

—Segun veo, habeis hablado mucho con Mad. Barnet.

Cárlos nada comprendió; el juego de las fisonomaís solo le manifestó que había una sutileza en lo que acababa de oir; pero no dió con aquella sutileza: Mad. Dilois le miró guiñando los ojos con aire de protectora compasion y le dijo:

—Cárlos, me parece que teneis mas gana de dormir que de ocuparos de negocios; retiraos, que mañana volveremos á hablar de la cuenta en cuestion.

—Bien, señora, respondió Carlos con sumision, y tomando torpemente el sombrero, saludó con tristeza diciendo repetidas veces:

—Buenas noches, señora.—Buenas noches....; á vuestras órdenes, caballero.

—Mad. Dilois se levantó y salió á alumbrar al dependiente. Poco duró esta ausencia; pero Luizzi oyó hablar en voz baja. Volvió Mad. Dilois y el baron continuó, digámoslo así, aguzando el oido; pero no oyó cerrar la puerta de la calle ¿Vivía Cárlos en la casa, ó se había escondido? Esta incertidumbre no era un obstáculo á los fines del baron que creía haber estudiado bastante á Mad. Dilois para hallarse seguro de que era una de esas mugeres que se encargan por sí mismas de los cuidados materiales de sus aventuras, que saben alejar á un importuno, abrir una puerta ó hacer construir una doble llave, una muger en fin, de esas que emplean en el amor toda la actividad diestra y previsora de su talento. Así que Mad. Dilois volvió á su puesto, Armando se apresuró á decirla con el posible tono de conviccion:

—Gracias, señora, pues habeis alejado á ese jóven.

—Debeis dármelas, en efecto, porque él hubiera sido menos blando que yo en el trato que vamos á hacer.

Estas palabras de Mad. Dilois fueron pronunciadas con un tono tan dulcemente burlon y acompañadas de una mirada tan dulcemente lánguida que Luizzi casi se sintió turbado. Armando profesaba una teoría respecto á las mugeres que representaba á estas dispuestas siempre á ceder al hombre sabiéndolas atacar; cuando hablaba de ellas le merecían la peor opinion, pero cuando hablaba con ellas se tornaba con facilidad tímido y torpe. Su espíritu había desechado todas las bellas ilusiones del jóven; pero su corazon conservaba en presencia de una muger todas sus emociones. Conocía que la coquetería de Mad. Dilois empezaba á dominarle; pero quiso ocultar esta dominacion para aprovecharse de ella, y respondió:

—Mas bien, señora hubiera sido yo quien mas severo se hubiera mostrado al arreglar nuestro negocio en presencia de ese jóven.

—Y por qué, caballero?

—Señora, respondió Luizzi con mucha gracia, me hubiera mostrado severo por varias razones. La primera porque delante de él no me hubiera atrevido á deciros: haced lo que os plazca, vuestra voluntad es la mía: al contra-

rio, en su presencia hubiera tenido que mostrarme comerciante..... y ademas....

—Y ademas qué ? añadió Mad. Dilois.

—Y ademas la presencia de un hombre es irritante cuando esa presencia puede inspirarnos ideas que nos hieren sin que tengamos derecho á quejarnos; cuando envidiamos á ese hombre lo que compraríamos á costa de todos los sacrificios es difícil ser generosos y es preciso olvidarle para que nuestros propios sentimientos no nos lastimen.

Mad. Dilois había escuchado estas palabras con estrema atencion y sin duda había comprendido esta oscura frase pues aparentó no comprenderla. Esta táctica es muy vulgar, pero es muy infalible y muy buena para hombres y mugeres pues por medio de ella se dice mucho mas de lo que de otro modo nos atreveríamos á decir.

—Teneis razon, caballero, respondió Mad. Dilois ; Cárlos tiene un génio poco amable y por eso mismo no hemos querido encargarle de las relaciones con nuestros parroquianos. Sin embargo, es un jóven inteligente y honrado.

— Señora, no es en concepto de comerciante como me disgusta Cárlos.

Mad. Dilois se sonriyó con dulzura y volviéndose de repente á Armando, le dijo como si quisiera apremiarle á hablar con franqueza:

—Y en qué concepto os disgusta?

—No lo adivinais?

—Señor baron, cómo quereis que lo adivine? replicó Mad. Dilois con una sonrisa de coquetería tan franca que demostraba ser aquella muger ó muy atrevida ó muy inocente.

— Eso es obligarme á deciróslo todo.

— Pues qué, tan malo es?

—Es difícil hacerlo comprender.

— En ese caso, vamos al asunto de las lanas, porque tengo un entendimiento muy rebelde.

—Lo único que yo deseo es que vuestro corazon no tenga ese mismo defecto.

— Mi corazon, caballero? qué tiene que ver mi corazon con el asunto que nos ocupa?

—El vuestro tal vez no, pero el mio!...

— Qué! le dais de añadidura en la venta de vuestras lanas? replicó la muger del comerciante con esa espresion amorosa de los ojos y de la voz de tal naturaleza en el mediodía que se aplica á todo.

El aire conque Mad. Dilois dijo esto, era al mismo tiempo tan sencillamente burlon que Luizzi se sintió turbado y se picó un poco, pero tuvo bastante talento para disimularlo y respondió en el mismo tono.

—Señora, yo cuando entrego mi corazon quiero que se me pague.

—Y á qué precio?

—Al precio ordinario.—Y se atrevió á tomar con ternura las manos de Mad. Dilois echando una mirada insolente al lecho entreabierto.

—Y á qué plazo? replicó la jóven defendiéndose bastante mal.

—Al contado.

—No tengo fondos y, por lo tanto, suprimo ese artículo del contrato.

—Pero yo le conservo; todo ó nada.

—Quereis hacer pasar las malas mercancías con las buenas?

—Yo no soy mercader, doy de valde las buenas con tal de que...

—Con tal de que se os paguen las malas y á un precio...

—Muy superior á su mérito, dijo Luizzi con aire de galantería.

—No es eso lo que quiero decir; pero os responderé que no puedo aceptar. Basta de locuras, señor baron. Quise echarla de discreta y he caido en la red.

—La red mas peligrosa es vuestra hermosura.

—Callad, que pueden oirnos.... Si entrase alguien, qué diría al vernos tan cerca uno de otro?

—Arreglamos nuestro negocio.

—En efecto que va bastante adelantado!

—Firmad.

—Es la muger la que debe empezar?

El baron tomó una pluma, firmó y volviéndose á Mad. Dilois que tenia los ojos bajos como manifestando no querer ver lo que iba á permitir, volvió á tomarla las manos y la dijo:

—Ahora cuento con vuestra provindad.

Mad. Dilois se puso colorada y respondió con coquetería:

—Tomad.

Y presentó su mejilla morena y sonrosada.

El baron quedó estupefacto, pero tomó el beso que se le ofrecía.

—Y nada mas! murmuró con ternura.

—Pues me alegro! replicó Mad. Dilois con el tono de aquel que acababa de satisfacer una gran deuda y ve que aun no se da por satisfecho el acreedor. Qué mas queríais?

—Un poco de felicidad.

—Cómo comprendeis vos esa felicidad?

—Cuando un marido está ausente.... respondió Armando mirando á la alcoba como para instalarse en ella con la vista.

—Y si vela una criada?

—Se la manda á acostar.

—Sin que haya visto salir á nadie?

—Teneis razon; pero es fácil volver á entrar en la casa de donde se acaba de salir.

—Sois muy fecundo en medios...,

—Me parece que son practicables.

—Y cómo? Es verdad que hay una puertecita falsa junto á la principal.

—Y se puede abrir?



—Abrir sí; pero para entrar..... es preciso estar fuera. Empecemos por esto.

—Y concluiremos...

—Señor baron.... murmuró Mad. Dilois aparentando un rubor estraordinario.

—Vamos, vamos, dijo el baron con aire triunfante, echadme fuera al momento.

Mad. Dilois se mordió los labios sonriyéndose; abrió la puertecita y llamando á la criada para que alumbrase á Luizzi, cambió con este algunos signos de inteligencia.

Toda esta conversacion habia tenido un aspecto de broma tal que un parisiense con dificultad podrá comprenderlo. Preciso es haber vivido en nuestras provincias del mediodia y hallarse acostumbrado á ese lenguage impregnado de amor que es peculiar á las mugeres de aquel pais, para convencerse de que lo que en cualquiera otra parte es una manifestacion amorosa, casi siempre es allí una palabrería que nada significa. Luizzi, como hubiera hecho cualquier otro, debió creer que Mad. Dilois era una de esas mugeres á la vez interesadas y amantes que para distraerse de los negocios echan mano del placer, pero que no dedicando á este mas que el tiempo perdido, se lanzan á él sin demora. Mas no por eso le agradó menos la esposa del mercader que en vez de velar su derrota con la máscara de la hipocresia, la velaba con la del contento. Armando salió mirando cuán bella estaba Mad. Dilois y cuán blanco y voluptuoso era aquel lecho. — Aquel lecho sino era el santuario del amor, lo era del placer, y Luizzi sino se hallaba henchido de emociones amorosas, lo estaba de ideas propias de la juventud. Asi que salió á la calle, sintió cerrar y atrancar la puerta principal; entonces, poco satisfecha su imaginacion de aquella facil victoria, deploró que no fuese el marido quien desempeñase aquellos oficios: »Eso si que hubiera sido divertido, dijo para sí; pero á fé que si es el amante, no deja tambien de ser gracioso.» Y ocupado de esta idea, atravesando y volviendo á atravesar la calle enteramente desierta, con el ademan del hombre satisfecho de sí mismo, soltó una ruidosa carcajada á la que respondió una risa burlona y débil que pareció resonar en su oido. El baron se volvió, mirando á todas partes; pero á nadie vió ni oyó! A pesar de todo, aquella risa le inquietaba, pues parecía haber respondido directamente á la suya y por lo tanto debia tener alguna significacion. Pero de donde procedia? Luizzi no lo pudo descubrir.

Acercóse á la puertecita como para decir al que tan impertinentemente se habia reido: hé aquí lo que me vá á vengar de esa burla; pero la puerta se hallaba cerrada lo cual no era estraño pues hacia aun poco tiempo que Armando saliera. Media hora habia transcurrido y la puerta continuaba cerrada; el frio y la humedad iban apoderándose del baron; pero la impaciencia y la cólera le hicieron entrar en calor; ¿se burlaban de él, ó algun accidente imprevisto detenia á Mad. Dilois? Armando luchó largo rato con la primera de estas suposiciones, pero la rechazaban su vanidad de hombre, sus triunfos pasados, su aventura con la marquesa, y sobre todo, el tono de Mad. Dilois, lo que le habia dicho Mad. Barnet y lo que suponia de Cárlos. Fué preciso que pasase largo rato para que se convenciese de que se habian burlado de él. Se le dejaba tiritar á la puerta y Cárlos se reia de él detrás de

una cortina! Este odioso pensamiento le atormentaba, porque no se trataba ya de poseer ó no poseer á aquella muger; se trataba de ser ó no ser burlado, de ser ó no ser puesto en ridículo. Hamlet no debió verse tan agitado. Sin embargo, Luizzi no podía persuadirse de que hasta tal punto se hubiesen burlado de él, y pasó una hora en esta lucha del orgullo y la evidencia. El amor propio es un animal con mas cabezas que la hidra de Lerna. Luizzi agotó todas las suposiciones antes de llegar á la conviccion de que Mad. Dilois se había burlado de él. Pasó media hora mas y entonces comenzó esta conviccion que un incidente inesperado vino á completar de repente. Abrióse la puertecita y al dirigirse á ella, el baron se encontró cara á cara con el hermoso Cárlos que salía. Ambos retrocedieron un paso y se miraron encolerizados.

—Muy tarde quereis entrar! dijo Cárlos.

—No salis vos mas temprano!

—Os esperan.

—En el puesto que vos habeis dejado, no es verdad? Os aseguro que nada debeis temer.

—Qué quereis decir?

—Que una vez siquiera, podía habérseme dejado la primacía.

—Osareis pensar?...

—Y osaré deciros que la señora de la casa es la señora del...

—Os guardareis de decirlo! esclamó Cárlos asiendo del brazo á Luizzi. Este se desembarazó por medio de un movimiento de indignacion.

—Señor mío, sois un loco ó un desesperado!

El desprecio con que el baron pronunció estas últimas palabras ecsasperó á Cárlos que se acercó á él.

—Sabeis quien soy yo?

—Un villano que defiende á una....

—Caballero! esclamó Cárlos, callad! sabeis el valor de las palabras que acabais de pronunciar?

—Tan bien como vos el de una bala de lana.

—Tambien sé lo que vale una bala de plomo y os lo demostraré.

—Un duelo! no, caballero, eso seria dejarse engañar dos veces.

—Mirad que sabré obligaros á ello!

—Os atrevereis?

—Tal vez mas pronto de lo que se os figura.... Mañana temprano me tendreis en vuestra casa.

—Como gusteis.

Cárlos se alejó precipitadamente.

Apenas había desaparecido, se abrió la puerta y se oyó la temblorosa voz de Mad. Dilois.

—Entrad, entrad, dijo muy quedo al baron.

Luizzi tuvo tentaciones de rehusar.

—Entrad por favor, añadió Mad. Dilois.

Cárlos se hallaba ya muy lejos. Armando entró y Mad. Dilois le tomó de la mano. La pobre muger, temblorosa y agitada, le condujo á su habitacion por una escalera oculta. La compostura casi virginal del aposento había desaparecido; el lecho estaba descompuesto y una lamparilla era lo único que alumbraba la habitacion. A su vacilante claridad, vió Luizzi que el traje de Mad. Dilois era aun mas ligero que el que vestía anteriormente: tenía puesto un peinador de noche y estaba enteramente descalza.

—Ah! caballero, esclamó, en qué os he ofendido para que asi hayais querido comprometerme?

—Comprometeros! dijo Luizzi con sarcasmo; no comprendo ese compromiso. En todo caso, no seria mía la culpa.

Luizzi se hallaba ecsasperado. Se había figurado tan seguro su triunfo que se creía profundamente humillado á sus propios ojos. Ademas estaba helado, se juzgaba puesto en ridículo y no tubo piedad.

—Qué! habeis tomado por cosa formal todo lo que hemos dicho, todas las chanzas que hemos usado?

—Cómo no? Cualquiera otro en mi lugar hubiera hecho lo mismo.

—Cualquiera otro...! Pero por quién me tomais?

—Por una muger muy linda y muy aficionada á dejarse querer.

—Creeis realmente que yo os esperaba?

—Si; creo que me esperabais.

—Pero cuál es la opinion que teneis formada de las mugeres?

—Señora, una opinion mejor que la que se merecen, porque creí que no esperabais mas que á mí.

—Qué! suponeis acaso que Cárlos...?

—Vamos, vamos, señora, basta ya de chanzas, como vos las llamais; hacer el tonto dos veces en una misma noche es demasiado.

—Oh! no hableis de ese modo, caballero! Perdonadme si os he causado un disgusto con algunas palabras irreflecsivas, á las que no creí dariais importancia alguna.

Mad. Dilois se detuvo y encogiéndose de hombros con impaciente tristeza, añadió:

—Cómo, caballero! erais un hombre á quien casi veía por primera vez y pudisteis creer... No, no, es imposible...!

—Es tan posible que todavia lo creo.

—Y lo direis del mismo modo que lo habeis dicho á Cárlos....

—Decid á ese caballerito que no me obligue á ello, porque no me batiré con él sin decir el porqué á todo el que lo quiera oir.

—Y si yo tengo bastante poder sobre él para impedir que se bata, qué hareis?

—Señora, esa ya es otra cosa; yo no creo la discreccion aplicable mas que á los secretos y hasta ahora no sé que haya ninguno entre nosotros.

—Y os juro que no le habrá.

—Como gusteis, señora; permanezcamos ambos libres.

—Yo soy casada, caballero!

Luizzi estaba furioso y respondió brutalmente:

—Si, ya lo sé; y teneis hijos, entre otros, una niña muy linda.

—Os comprendo, caballero. Cuando entrasteis en mi casa me despreciabais lo suficiente para esperarlo todo de mí.

—Creo que no tenía necesidad de esa esperanza, pues habeis hecho todo lo necesario para inspirármela.

—Ahora si que no os entiendo, caballero. Veo que perteneceis á un mundo en que las palabras tienen un sentido mas real que en el nuestro.

—Yo, señora, pertenezco á un mundo en que no se comercia con la coquetería.

—Caballero, si es así, tomad vuestro contrato; podeis romperle.

Mad. Dilois alargó el papel á Luizzi volviéndose para ocultar sus lágrimas; el baron se hallaba implacable.

—En verdad, señora, replicó, me agradaria mas terminarle, y en tal caso, os juro... que el mas profundo silencio....

Mad. Dilois hizo un gesto de horror.

—Pues entonces, añadió Luizzi, permitid que me retire.

Mad. Dilois encendió una vela y se dispuso á alumbrar á Armando; este vió entonces la agitacion y la palidez de aquella pobre muger que con una seña le mandó la siguiese despues de haberse envuelto en un chal sin hablar palabra. Luizzi se sintió herido cruelmente al verse despedido con tanta frialdad.

—Señora, ved lo que haceis.

—Sé lo que debo hacer.

—Mirad que soy vengativo.

—Soy inocente, señor baron.

—Adios, señora.

—Id con Dios, caballero.

Y, sin mas palabras, Mad. Dilois condujo fuera de su habitacion á Armando que se encaminó á su posada.

El baron se acostó sumamente agitado y sobre todo, muy inquieto no sabiendo el partido que debia tomar. Por fin, se durmió y el dia siguiente despertó bastante tarde.

—Ha venido alguien á buscarme? preguntó.

—Nadie.

—Ah! dijo para sí, al caballerito Cárlos le habrá encantado su bella querida.

En seguida se levantó y almorzó buscando medios de referir lo que le ha-

bia ocurrido. Ni un instante de remordimientos esperimentó por lo que iba á hacer. Si la indiscrecion de los hombres no perdona á las mugeres la felicidad que estas les proporcionan, júzguese si perdonará la felicidad que suponen han dado á otros. Hacer una confidencia no es cosa tan fácil como parece; para ello es preciso ser provocado, só pena de imitar á un rústico parlanchin. Dudaba Luizzi á quien dirigirse cuando un criado le anunció la visita de Mr. Barnet.

—El cielo me le envia, dijo Luzzi considerando que Mr. Barnet debía ser el digno compañero de su muger.

El notario era un hombre grueso y alegre, de aspecto sagaz y de maneras afables.

—Con que, señor baron, habeis honrado mi casa con vuestra presencia? Mi muger me ha dicho que deseabais algunas noticias acerca del estado de los bienes del marqués du Val.

—Es cierto... dijo Luizzi; pero me bastan las que me ha dado Mad. Barnet; por otra parte, he mudado ya de parecer y quisiera saber ahora....

—A qué altura se halla la casa de los Dilois? Me lo ha dicho tambien mi muger. Escelente casa, señor baron, como dirigida por una honrada y buena muger.

—Diablo, qué pronto lo habeis dicho!

—Mad. Dilois es la probidad personificada.

—No diré que no; pero es tambien la personificacion de la virtud?

—Pondria las manos en el fuego....

—Tanto mejor para vuestra muger, dijo Luizzi sonriyéndose.

Luego añadió, reprimiéndose un poco: perdonad si creo menos que vos en la virtud de las mugeres. Vos las veis únicamente el dia en que se firman los contratos y entonces todo es amor, adoracion y protestas de felicidad; pero luego....

—Teneis algun motivo para creer que Mad. Dilois. ..?

—Vais á juzgar vos mismo.

Y Armando se lo contó todo á Mr. Barnet riyendo y manifestando al mismo tiempo una generosidad sin límites, astucia infame que mancha con la sangre de la víctima la mano del verdugo como si este fuese el herido. Luizzi contó, pues, su aventura de la noche anterior.

—Yo no lo hubiera creido nunca, esclamó Barnet, nunca, nunca. Con qué Cárlos....?

—Pues...! mientras yo hacía la centinela....

—Y luego entrasteis....

—Si, pero no hubo novedad, os lo juro. Es repugnante suceder á un marido y ya veis que suceder á un amante....

—Un amante! Mad. Dilois un amante...! repetía el notario asombrado.

Luizzi estaba hechizado con lo que acababa de decir, y añadió columpiándose en su butaca:

—Ay amigo mio! hace tres dias que estoy en Tolosa y tengo ya mas noticias que vos acerca de las mugeres irreprensibles.

—Quién lo hubiera dicho! esclamó Barnet. Vaya con Carlitos! Dios mio, Dios mio, lo que son las mugeres!

—Me parece que los principios de Mad. Dilois dejaban adivinar los fines.

—Teneis razon; de casta le viene al galgo.... Como que su madre.... Pero esto es ya un secreto de notario y por lo tanto, sagrado.

—Conservais secretos de notario bastante curiosos, particularmente uno concerniente á Mad. du Val.

—Si, si, es verdad; pero lo que es ese nadie en este mundo le sabrá. Pobre muger! Ahí teneis una que soporta la vida con una fortaleza y una virtud ejemplares...

Luizzi se sonriyó maliciosamente; pero calló. Había en su corazon demasiada altivez aristocrática para que se determinase á poner en manos de un plebeyo como Barnet la reputacion de la marquesa du Val. Si al menos hubiera sido el notario un vizcondesito, no hubiera vacilado en hacerle variar de tan buena opinion. Por otra parte recordó que aquella misma noche debía volver á ver á la marquesa, y satisfecho de su primera confidencia, se contentó únicamente con encargar á Mr. Barnet la venta de sus lanas á otra casa de Tolosa. El notario á su vez había venido para hablar de una corta de árboles rogando al baron que emprendiese este negocio con un tal Mr. Buré.

—Es casado? le preguntó Luizzi con esa insolente fatuidad que convierte en insulto la pregunta mas sencilla.

—Sí por cierto, y con una muger de cuya virtud respondo.... Pero, á fé mía, señor baron, no sé ya que pensar de las mugeres.... Lo que es Mad. Buré pasa por la mas virtuosa y la mas pura del mundo.

—Ya veremos, dijo Luizzi, y despidió á Mr. Barnet.

Llegada la noche, fué á la reunion donde esperaba hallar á la marquesa. Esta se puso pálida al verle, tanto que Armando la compadeció. Ambos se retiraron á un rincon de la sala; la marquesa apenas podía hablar. Luizzi notó que eran observados por los concurrentes.

—Os negareis á escucharme, Lucía?

—No, porque tengo que pediros una gracia.

—No seré cruel.

—Sé lo que os ha sucedido con Sofia.

—Quién es esa Sofia?

—Mad. Dilois.

—Mad. Dilois!

—Os suplico en nombre del cielo que no hableis á nadie de esa aventura.

—En verdad que á vuestro lado no es de Mad. Dilois de quien debo ocuparme ¿No os parece que he debido estrañar el que os hayais negado á recibirme despues...?

Un color purpúreo sucedió á la palidez de Mad. du Val.

—Armando, dijo la marquesa, yo moriré muy pronto... asi lo espero... sí, lo espero...! entonces lo sabreis todo.

Lucía manifestó esta horrible esperanza con tal aspecto de conviccion que Armando no pudo menos de enternecerse.

Luego continuó:

—No volvais á verme jamás!

—Pero...

—De rodillas.... Os lo pido de rodillas.

Y aquel estravio de la razon que Luizzi notara en otra ocasion en la mirada de la marquesa parecía prócsima á estallar nuevamente.

—Pues bien! respondió Armando, yo os lo prometo.

—Prometedme, dijo Lucía mas tranquila, no hablar nunca de Madama Dilois.

Luizzi se creyó bastante poderoso para evitar que se divulgase su confidencia á Mr. Barnet é hizo esta segunda promesa.

Lucía se retiró pocos momentos despues en medio de los saludos de todos los hombres, quienes se separaron de la puerta del salon donde se hallaban reunidos, abriéndola paso como á una noble y santa criatura hácia quien todos los respetos son poco. Luizzi permanecia pensativo; cerca de él charlaban en voz baja algunos jóvenes riyéndose con frecuencia escitados por la conversacion que tenían. La señora de la casa se acercó al baron y le llamó por su nombre.

—Mirad ahí al héroe de la aventura de Mad. Dilois, dijo uno de aquellos jóvenes.

Luizzi no dudó ya de que lo que había contado á Mr. Barnet era el asunto de todas las conversaciones, y por un sentimiento nuevo en él, esperimentó un verdadero remordimiento. Luego prestó oido á aquella conversacion aparentando ocuparse de otra cosa.

—Vive Dios que ha sido bien tonto, decía uno; yo en su lugar no me hubiera marchado sin hacer ver á la individua que no se burla tan facilmente á un hombre honrado.

—No deja Cárlos de ser dichoso, porque la dama es encantadora.

La conversacion siguió por este estilo bastante tiempo para que Luizzi se persuadiese de que había cometido una torpeza y de que sus remordimientos eran ridículos. Por medio de un encadenamiento natural de pensamientos pasó de su aventura con Mad. Dilois á la de la marquesa y se creyó tambien embaucado por una hopócrita como creia haberlo sido por una coqueta. Cuando se hallaba entregado á estas reflecsiones se suscitó conversacion acerca de la

marquesa á quien todo el mundo elogió de tal modo que el baron, mudando de ideas, se vió en una incertidumbre insoportable y se retiró decidido á penetrar aquel misterio valiéndose de su infernal confidente.

Luizzi creía verse libre de importunos; pero le esperaba en su casa Mr. Buré que era el rico propietario de una herrería prócsima á Tolosa y de quien le había hablado Mr. Barnet. Mr. Buré era un hombre de edad madura y aparentaba una salud sólida y tranquila conservada por una vida sóbria y laboriosa. El asunto de que habló al baron y el modo con que le espuso dieron á este una alta idea de la capacidad de aquel hombre tanto que Armando no solo escuchó favorablemente la proposicion que le hizo para que tomara parte en una gran empresa, sino que consintió en acompañarle hasta la fábrica con objeto de visitar esta. Luizzi deseaba ausentarse de Tolosa por algunos dias á fin de apartarse del torbellino de misterios que le rodeaba, y á su pesar, empezó á comprender que todo lo que le había pasado debía proceder de causas muy estraordinarias. Nunca había tropezado con semejentes caractéres ni esperimentado tales aventuras y por lo mismo deseaba tener tiempo para reflecsionar.

Cuando se separaron Mr. Buré y Luizzi era ya demasiado tarde para que este último tubiese tiempo de pedir á su diábolico amigo la esplicacion que deseaba, y ademas se hallaba muy prócsima la partida. Dos horas despues, salía de Tolosa en una silla de posta y á cosa de medio día entraba en la fábrica de Mr. Buré.

Sin descansar un momento y despues de almorzar á la ligera. Mr Buré condujo al baron á su establecimiento donde estubieron hasta las tres que siendo hora de comer, pasaron á la habitacion del fabricante.

Hallábase reunida toda la familia; Luizzi fijó la vista en Mad. Buré: era sumamente bella, graciosa y amable y en su rostro brillaba una dulce tranquilidad. Tambien estaban allí los padres de Mr. Buré. La esposa de este tenía á su lado sus dos hijas una de quince años y otra de diez y seis, dulces flores que se abrían tímidamente á una vida santa y pura, esentas de toda idea del mal porque en aquella familia nadie podía comunicarla.

Unicamente faltaba el hermano de Mr. Buré, pero llegó á pocos instantes; habia sido capitan en tiempo del imperio y conservaba ódio mortal á cuanto tenia relacion con la vuelta de los Borbones. El baron de Luizzi debía serle antipático por esta circunstancia; mas sin embargo, le acogió con una franqueza llena de bondad. Se habló de negocios durante la comida; terminada esta, Mr. Buré y su cuñado volvieron á sus quehaceres y Armando quedó con los ancianos, Mad. Buré y las jóvenes. Cada uno se entregó á su ocupacion. Armando que había tomado un periódico pudo admirar los cuidados de hija y de madre que Mad. Buré prodigaba á los que la rodeaban. Eran tales su solicitud y su prevision que Luizzi de suyo accesible á las tiernas impresiones, creyó tener á la vista el modelo de una vida completamente feliz. Mad. Buré sobre

todo le parecía la dulce y encantadora realizacion de la muger cuyo corazon rodean todas las afecciones para colmarla de un amor que reparte en seguida á su alrededor semejante á la ancha copa de nuestras fuentes á donde se eleva el agua por conductos escondidos para descender luego estendiéndose alrededor refrigerante y pura. Aquel espectáculo llenó de felicidad á Armando que, llegada la noche, se retiró á su cuarto con el corazon regocijado. El baron no podía menos de comparar los goces que durante aquel día había esperimentado con los que esperimentara los dias anteriores.

—Qué muger tan adorable es Mad. Buré! se decía así mismo, ¡que hermosura, qué sencillez y qué gracia!... Nadie se atreverá á turbar la tranquilidad de una alma tan pura y de una vida tan serena, al paso que la marquesa y Mad. Dilois.....

Al citar mentalmente estos nombres, Armando recordó su resolucion de saber el secreto de la conducta de aquellas dos mugeres. Vaciló largo rato, porque un secreto presentimiento le decía que iba á desvanecer la dulce emocion que esperimentaba; pero aquello mismo que debía refrenar su curiosidad le determinó á satisfacerla ¿Debo temblar en presencia del diablo? dijo para sí. Yo que me he propuesto sondear los mas tenebrosos secretos de la vida humana ¿debo retroceder cuando se trata de saber la vulgarísima historia de dos mugeres perdidas?

Reflecsionando así, se levantó con arrogancia, y despues de cerrar la puerta de su habitacion, ajitó la mágica campanilla y apareció á su vista el diablo. Este se presentó en traje de visita: era uno de esos elegantes perfumados que solo ven á través de su lente y que cuando hablan parece que gorgontean á manera de las carpas que persiguen á un mosquito en la superficie del agua. El diablo parecía hallarse de mal humor y flechó el lente á Luizzi con una risita burlona que este conoció inmediatamente.

—Vamos, que es lo que quieres? le dijo.

—Quiero saber la historia de Mad. du Val y la de Mad. Dilois.

—Esa es cosa muy larga.

—No nos falta tiempo.

—Y á qué te conducirán esas historias?

—A conocer las mugeres.

—A saber los secretos de dos mugeres nada mas. Qué locos sois los hombres! Os figurais que en una aventura se encierra una vida entera. La virtud de las mugeres, señor baron, es cosa de circunstancias. Una casualidad puede conmoverla y derribarla sin que haya falta en la muger.

—Me parece que la conducta de Mad. du Val puede dar lugar á creer...

—Que la marquesa es una impudente disoluta, no es eso?

—Pues bien, eso mismo. Entregarse en una hora á un hombre...

—A quien conocia hacía mucho tiempo y que la había amado; y

si se hubiera entregado al primero que se hubiera acercado á ella?

—Hubiera procedido como una ramera.

—No lo creas.

—Como una loca.

—Nada de eso. Escúchame: te encuentro embriagado con el ambiente de virtud que se respira en esta casa; pues bien, voy á contarte una anecdota para demostrarte que vuestro modo de juzgar á las mugeres es estúpido hasta cuando las juzgais con arreglo á las leyes de vuestra moral humana.

—Se trata de Mad. Buré?

—Justamente.

—Debe ser una muger muy virtuosa.

—Vas á juzgar.

—Ha cometido alguna falta?

—No sé; la que la cometió fué Mad. Dilois rehusando entregarse á tí.

—Para contigo?

—No, para consigo misma.

—Quisiera saber como.

—Voy á contarte la historia de Mad. Buré.

—A propósito de Mad. Dilois?

—Ese es mi sistema. El mejor modo de juzgar á las personas consiste en examinarlas en sus semejantes. Si te metes á político, ve de qué modo juzgabas al soberano á quien amabas y serás justo con el soberano á quien aborrezcas y *vice versa*. Si te casas, recuerda lo que has atribuido á la muger de tu amigo y no te admirarás si tu muger te la pega. Si te echas una querida, ten presente las que otros han mantenido para tí y te convencerás de que mantienes para otros la tuya; sobre todo no tengas la necia manía de creerte una escepcion: todo hombre ha nacido para engañar á su padre, para ser burlado por su muger y para ser engañado por sus hijos. Son tan raros los que se libran de este comun destino, que con dificultad hallarás uno.

—Pero ha engañado á su marido Mad. Buré?

—Qué entiendes tú por engañar? Le ha hecho un servicio inmenso.

—Engañándole!

—Apuesto á que dentro de pocos instantes eres de mi opinion.

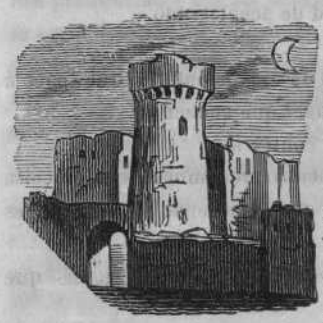
—Mucho lo dudo.

—Verdad es que ningun ser viviente pudiera persuadirte. La aventura de Mad. Buré es un secreto que solamente la protagonista y la tumba conocen y nadie á no ser Mad. Buré y yo pudiera revelártele. Es un drámita, desempeñado por dos actores, porque, humanamente hablando, yo no me incluyo en la lista de personages aunque, á decir verdad, intervengo siempre un poquillo en el desenlace de esa clase de piezas....

—Habla, ya te escucho, le interrumpió Luizzi.

V.

La noche en diligencia.



omenzó el diablo del modo siguiente:

El dia 15 de febrero de 1819 esperaban una porcion de viageros la salida de la diligencia en el patio de las mensagerías de Tolosa. Eran las seis de la tarde, y la noche se presentaba muy oscura. Llegó el mayoral provisto de su lista y su farol, y llamó á Mad. Buré. Una muger se adelantó al oir este nombre, y subió con ligereza al cupé de la diligencia enseñando al mismo tiempo, una magnífica pierna á un arrogante mozo que la seguía. Hasta aquí todo iba bien;—luego se volvió para tomar un paquetito que la alargaba el mayoral, y el jóven pudo ver su rostro fresco y sonrosado, su graciosa sonrisa y sus dientes blancos como la nieve. Aquí entra lo malo. — El jóven quitándose la gorra y tirando el cigarro que tenía en la boca, preguntó con mucha finura á Mad. Buré si tenía ya en su poder todos sus efectos. Habiéndole contestado esta afirmativamente, se sentó á su lado y la ecsaminó á la luz de los faroles, como para cerciorarse si podía avanzar con toda seguridad á aquella conquista. Una vez puestos en camino y en una noche tan oscura, hubiera sido imposible al jóven ecsaminar á su compañera de viage, y por otra parte, como era oficial de artillería y fiel observador de la táctica, probablemente no hubiera dado un paso sin reconocer antes el terreno á donde debía encaminar sus baterías. Es indudable que el temor de habérselas con una vieja le hubiera hecho sumamente circunspecto; pero como había visto que Mad. Buré era jóven y linda y no parecía muy

arisca, así que el carruage pasó los arrabales y entró en el solitario camino de Puilaurens, empezó á acercarse á su vecina. Viendo que no se hallaba bien abrigada Mad. Buré, se quitó su rico capote y le echó á sus pies para abrigarlos: luego empezó á interrogarla, sin advertir que al mismo tiempo se anticipaba á contestar á las preguntas que la jóven pudiera á su vez haberle dirijido. Aun no habian andado una legua y ya había dicho que se llamaba Ernesto de Labitte, que se hallaba de guarnicion en Tolosa y que esperaba dejar muy pronto esta ciudad para ir al Norte. El asunto que le llevaba á Castres podria detenerle allí una hora lo mas, y pensaba volver á Tolosa en la misma diligencia.

Mad. Buré, sabidas ya todas estas circunstancias, recibió los obsequios del oficial con un poco mas de agrado, es decir que los toleró algun tanto mas. El frio es un escelente ausiliar en estos casos. Ernesto de Labitte le utilizó oportunamente.

—Señora dijo, vos no debeis estar acostumbrada á viajar sola, y me parece una imprudencia el que os hayais puesto en camino tan á la ligera. Veo que teneis la cabeza desabrigada. Mi criado debe haber metido algunos pañuelos de seda en las bolsas del carruage; tened la bondad de aceptar uno.

—Caballero, sois muy galante.

—Nada de eso, señora. Me curo muy poco de esa galantería que pone á un hombre honrado á merced de la primera muger que encuentra.

—La manera con que me tratais prueba lo contrario.

—Lo mas que probará es que cuando encuentro una muger tan graciosa y tan hechicera como vos, procuro hacerla ver que comprendo los homenages que se merece.

—Ah! dijo Mad. Buré riyéndose, si no sois galante, no me negareis que sois adulador.

—Adulador yo! A vos os consta lo contrario, pues mas que yo os han dicho que sois hermosa, y os lo han dicho bastantes veces para que no lo dudeis. Yo, pues, no soy ni galante ni adulador.

Mad. Buré se admiró del descaro con que aquel desconocido la galanteaba y no contestó. Ernesto esperó un instante y añadió luego:

—Os han incomodado mis palabras, señora? Ha traspasado los límites del respeto mi ruda franqueza?

—No lo sé; pero hacedme el favor de mudar de lenguage.

—Señora, la admiracion que inspira la hermosura es tan involuntaria como la hermosura misma, y cuando uno se vé dominado por ella.....

—No sabe lo que se dice, no es verdad?

—Perdonad, señora: sabe perfectamente lo que se dice, y para probároslo añadiré que empiezo á convencerme de que vuestro talento es tan grande como vuestra hermosura.

—Ya! replicó Mad. Buré con sequedad. Con que me honrais con esa suposicion?

—No os enfadeis, pues en ese caso me hareis mudar de parecer.

—En lo que convendreis al menos es en que soy muy indulgente puesto que os escucho.

—Advertid que no podeis menos de hacerlo.

—De modo que no me lo agradeceis?

—Sí, os lo agradezco, señora.

Ernesto se detuvo un instante y luego añadió con ecsaltacion:

—Os lo agradezco como agradezco á un bello sol el que luzca á mis ojos, y á un ambiente perfumado el que refresque mi frente enardecida, y á una noche serena el que me embriague con su silencio; os lo agradezco como agradezco á cuanto me es desconocido el que se presente á mi vista bajo un aspecto dichoso y celeste.

Esta conversacion se había cruzado de un estremo á otro del cupé de la diligencia con la entonacion irónica que suelen usar aquellas personas que tratan de hacer alarde de su talento; pero las últimas palabras de Ernesto fueron pronunciadas con tal entusiasmo que disgustaron á Mad. Buré. El oficial se aprocsimó, por medio de un movimiento involuntario, á su vecina; esta no creyó oportuno empeñar en este terreno la conversacion, y queriendo sostenerla en el tono de familiaridad irónica con que había empezado, replicó sin moverse de su asiento con un acento de trivialidad que creia necesario para detener el torrente de poesía de Ernesto:

—Soy demasiado dichosa en compartir vuestro agradecimiento con el sol y la luna.

Esta frase produjo su efecto; Ernesto volvió á su asiento, y despues de un instante de silencio, durante el cual se mordió los labios, replicó con un poco de despecho.

—Os incomoda el humo del cigarro, señora?

La pregunta era tan intempestiva que Mad. Buré se volvió á mirar á Ernesto aunque no pudo verle.

—Creo, respondió con frialdad, que no se acostumbra fumar en los carruages públicos.

Ernesto se arrepintió de su necia pregunta y ambos permanecieron en silencio.

La accion estaba ya tan adelantada que Ernesto se halló en estremo contrariado al verla cesar tan inesperadamente; buscó medios de anudar la conversacion, pero no pudo hallar ninguno.—He sido un necio, se decía; hablo á esa muger dominado por el sentimiento de felicidad que su hermosura me inspira, y ella primero me contesta con una sandez y luego se reviste de dignidad. Yo me tengo la culpa, pues lo poetizo todo; si hubiera continuado tra-

tándola caballerescamente, á otra altura nos hallaríamos ya. Esa muger es alguna tenderilla de Castres que se hace la dengosa para obtener mayores utilidades. Es preciso hacerla ver que yo no soy ningun recluta.

Ernesto así que hubo tomado esta resolucion, tratando de ponerla en práctica, se acercó á Mad. Buré hasta que tropezó con sus rodillas. La jóven se retiró con viveza esclamando:

—Ah! caballero!

Cuánto significaban estas dos palabras! Su entonacion triste y digna, era una amarga reprension á Ernesto y demostraba cuanto sentía aquella muger el verse tratada de tal modo. Esta simple defensa manifestaba así mismo que Mad. Buré no creía tener necesidad de acudir á otros medios para hacerse respetar de un hombre, al parecer, distinguido. Ernesto, triste, avergonzado y silencioso, volvió á colocarse en su asiento; deseaba hablar, y á pesar de la oscuridad, miró con aire de arrepentimiento á Mad. Buré como si esta pudiera verle. En aquel instante notó que se movía la jóven, pero no se atrevió á interrogarla, conociendo cuan difícil era disculpar su conducta para con ella.

En esto, llegaron á la primera parada y todos los viageros bajaron del carruage. Mad. Buré permaneció inmóvil en su puesto como si estuviese dormida; Ernesto no se atrevió á tocarla, pero, con motivo de introducir el mayoral el farol por la portezuela buscando alguna cosa, pudo ver lo que habia ocasionado sus movimientos. Mad. Buré había desembarazado sus pies del capote que los envolvía, empujando este hasta junto á Ernesto, y tenía á su lado el pañuelo que el oficial la ofreciera y con el cual se había abrigado la cabeza. Ernesto se vió dolorosamente sorprendido. Esto, en aquellas relaciones de una hora, equivalía á un rompimiento, á una devolucion de prendas.

El oficial tubo intenciones de dispertar á Mad. Buré, pero luego consideró que no tenía derecho de escusarse á costa de el sueño de su compañero. Así partió el carruage; recogió el capote y le colocó con tanta suavidad á los pies de la jóven que esta pudo muy bien aparentar no sentirlo. La luna apareció entonces y derramó un rayo de luz en el interior del carruage. Ernesto se colocó bastante retirado de Mad. Buré: viendo luego el pañuelo que estaba sobre el asiento, procuró abrigar con él la cabeza de la dormida; mas no pudiéndolo conseguir y temeroso de despertarla, volvió nuevamente á su asiento. Cuando mas deploraba el haber obligado á aquella encantadora muger á sufrir el rigor del frio, la vió estender la mano buscando alguna cosa sobre el asiento y se apresuró á colocar á su alcance el pañuelo, que la jóven cogió y se le puso sin hablar palabra.

—Ah, señora! esclamó Ernesto con una verdadera emocion; sois un ángel!

Mad Buré demostró que su sueño había sido fingido y mientras acababa de abrigarse los pies con el capote, respondió con un gracioso tono de reprension.

—Por qué tratais como si fuese una aventurera á una muger á quien no conoceis?

Ernesto no respondió. En su pecho se agitaban sentimientos muy estraños y no se atrevía á espresar lo que sentía temeroso de injuriar á Mad. Buré. Es de notar que como los actores de esta escena se hallaban á oscuras, sus facciones no podian espresar los sentimientos y era preciso valerse para todo de la palabra, Por fin, Ernesto respondió con una mezcla de alegría y de enfado:

—Señora, hace un instante he calificado de torpe mi conducta y veo que debo calificarla de brutal. Si no me atrevo á manifestaros todo lo que pasa por mi imaginacion, es por temor de volveros á incomodar.

—Tan estraño es?

—Mucho, señora.

Ernesto se detubo y añadió de repente:

—Me parece que estoy enamorado de vos.

Mad. Buré se echó á reir á carcajadas. El jóven la dijo con una sencillez llena de ternura:

—Bien; mas me agrada eso. Burlaos de mí, hacedme creer que soy un hombre ridículo; eso será mas razonable. Hace un momento, al ver que rechazabais el capote y el pañuelo que os había ofrecido, os juro que esperimenté un dolor profundo. Es una necedad el haberlo sentido y el decirlo; pero me creia humillado y me juzgaba muy infeliz.

Al decir estas palabras, la voz de Ernesto espresaba una emocion que, queriendo mostrarse risueña, solo manifestaba la sincera turbacion del alma. Mad. Buré no reia ya.

—Teneis un corazon muy jóven, dijo con dulzura.

—Os doy gracias por habérmelo hecho conocer. Quereis que os cuente mis pensamientos de hace una hora y los que me ocupan en este instante?

—No se con qué objeto....

—Hay demasiada superioridad en vuestro talento y en vuestro corazon para que mis palabras puedan ofenderos. Por otra parte, á nadie mas que á mí mismo acusaré....

—Pues bien! qué pensabais hace una hora?

—Pensaba... No olvideis que ya no lo pienso.—Pensaba que erais una muger enteramente libre,... una de esas mugeres que dan siempre algo á la casualidad... al capricho.... á la ocasion..., que dan...

—Basta, esclamó Mad. Buré con enfado y tristeza á la vez. Con qué vuestra buena opinion me había colocado en la categoría de esas mugeres?

—Ah! no lo creais, señora. En el momento en que os ví me seducisteis y me propuse dejaros á toda costa un buen recuerdo del hombre que la casualidad os deparara camino de Castres. Me atrevo á aseguraros que aquel primer sentimiento fué casi independiente de vuestra hermosura. Si hubierais

tenido sesenta años, os hubiera prodigado el cariño y los cuidados que se prodigan á una madre; pero erais linda y me ví precisado á combatir, bajo este concepto, aquella impresion.

He querido bajaros de este improvisado altar, pero ¿cómo no procurar agradaros siendo tan hermosa? he querido dominarme, pero vuestra belleza ha podido mas que yo, y si sois justa, recordareis que en el momento en que os creiais comparada con el sol y la luna, os decía desde el fondo de mi corazon que vuestra presencia me sonreía como un hermoso sol, como una noche serena. ¡Qué quereis! os hablé con el corazon y me respondisteis con el talento; esto me hirió profundamente. Deplorando amargamente el haberme dejado arrastrar por vuestra belleza, acabo de atormentaros con una grosería emanada de mi locura. Ved si soy franco, y si os he hablado sinceramente. Esto basta para demostraros cuán necesario me es vuestro perdon.

Ernesto calló, y Mad. Buré hizo lo mismo.

La joven temia hablar, porque hubiera necesitado mas arte que el que poseia para responder naturalmente. Sin embargo, no pudiendo resignarse al silencio y para tener tiempo de reponerse, ofreció á Ernesto ocasion de seguir hablando.

—Me habeis dicho ya lo que pensabais hace una hora, pero no lo que pensais en este instante.

—Ah! los pensamientos que ahora me ocupan son todavía mas locos y mas culpables tal vez; pero nada de lo que voy á deciros os puede ofender. Es la confidencia de uno de esos sueños momentáneos que se perdonan por lo que tienen de efímeros; el mio durará muy pocas horas.

—Veamos ese sueño.

—Figuraos, pues, que al ver el disgusto que os había causado, aun permanecian íntegras mis esperanzas ó mas bien mis deseos.

—¡Cómo! creeis todavía....?

—Permitid que os diseñe mi cabeza y mi corazon. Deciros que he esperado, no es verdad, y deciros que no he deseado una cosa imposible, no es verdad tampoco. Y esta cosa imposible consistia en desear que abrigaseis alguna idea loca ó algun entusiasmo capaz de dominaros y de entregaros á mi. Tal vez no me comprendais, por que todo lo que he sentido es tan estraño que dudo mucho sea inteligible. «La muger que está á mi lado, me decia á mí mismo, debe amar alguna cosa, debe tener alguna pasion ó algun gusto esclusivo; si amase la poesía, si fuese una de esas mugeres que entregan su corazon al arte temerosas de perderle en el amor, si ese magnífico y santo lenguage de la poesía hubiese adormecido alguna vez sus dolores ó reanimado sus esperanzas, ¡cuán dulce sería poderla decir: «me llamo Byron, me llamo Lamartine», y hallarse en intimidad con su pensamiento, inspirarla, en una hora de olvido, la idea de pertenecer por un momento al objeto de sus sueños. Si fuera [apasio-

nada á la música, yo quisiera ser Rossini ó Weber; si fuese aficionada á la pintura, ¡qué felicidad llamarse Vernet ó Girodet! En fin, qué mas podré deciros? He inventado los cuentos mas estravagantes para concluir por creer que si yo fuese un hombre superior, al encontraros no me hubiese separado de vos con la indiferencia con que uno se separa de una persona cualquiera. Y por último, señora, he creido que á ser vos devota, yo hubiera querido ser un ángel. Ah! yo me vuelvo loco!

—Lo sois verdaderamente, y todos vuestros sueños son insensatos, porque si hubieseis sido un Weber. un Byron ó cualesquiera otro, no hubierais hallado en mí una pasion ó un gusto bastante esclusivo para comprenderos. Yo soy una pobre muger que se contenta y se cree feliz viviendo en la medianía. Ya veis que todos vuestros sueños se dirigen al mal como todas vuestras malas suposiciones.

—Teneis razon, señora, y esto mismo prueba que no sois una muger vulgar. Hay en vuestro derredor una atmósfera de encantos demasíado sútil, demasiado sútil quizás para las personas que os rodean, y esa atmósfera se ha apoderado de mi corazon. No se os comprende y tal vez vos misma no os comprendeis.... Habeis amado alguna vez?

—Oh! no.

Esta respuesta se escapó del pecho de Mad. Buré repentinamente, sin reflecsion y con tal acento de espanto que denotaba que aquella muger había temido siempre á su corazon y le habia conservado intacto no pudiendo entregarle á un amor consagrado y temerosa de dedicarle á un amor culpable. Aquella contestacion quería decir: — «Me he guardado bien de amar, porque hubiera amado con esceso.»

Así lo comprendió Ernesto.

—Ah! con qué no habeis amado nunca? Mucho mejor. Me amareis á mí.

—Eso ya pasa de locura.

—Repito que me amareis. Soy jóven, soy rico y soy libre; la carrera que sigo solo es para mi una ocupacion sin porvenir y puedo abandonarla del mismo modo que la emprendí; toda la actividad que en el dia empleo en estudios fastidiosos y en placeres mas fastidiosos aun que los estudios; toda la actividad que hay en mí para la vida aventurera, toda la emplearé en buscaros y en perseguiros y en adoraros. Ya veis, señora, que voy á trocar mi vida insípida de ejercicios, de matemáticas, de revistas y de café por una bella novela caballeresca, la única de nuestro siglo. Estamos en el cupé de la diligencia, no es verdad? Pues bien; vos sois la castellana desconocida que un pobre caballero andante encuentra por casualidad en un bosque y á la cual se consagra en cuerpo y alma. Dentro de algunas horas habreis huido de mí y no sabré donde encontraros. Os dejaré huir, no lo dudeis; pero luego iré en vuestro seguimiento guiado, no por las huellas de vuestra hacanea, sino por el perfume de dis-

tincion y de felicidad que habreis dejado á vuestro paso. No tocare la bocina al llegar al rastrillo de todas las fortalezas, pero llamaré á la puerta de todos los salones; no os buscaré en un bello torneo, pero os aguardaré en todos los elegantes saraos; no esperaré vuestra hermosa presencia bajo la ojiva ventana de un elevado torreon, pero la esperaré bajo un balcon engalanado de flores y al fin os veré tras de sus cristales despues de buscaros largo tiempo, y entonces será preciso llegar hasta vos. Teneis un padre, ó un esposo, ó un hermano que os defenderán y será preciso retar, lidiar y vencer. Pues bien: rastrillos, murallas y torres que me separais de mi heroina, caereis todos delante de mí y llegaré á los pies de mi dama para decirle: —«Soy yo, soy vuestro amante, soy el que os ama como un loco; tomad mi vida y dadme á besar vuestra mano!»

—Qué locuras! qué insensatos proyectos!

—Haré esas locuras, y llevaré á cabo esos proyectos.

—Dejemos tales tonterías y hablad razonablemente.

—Tal vez no hablaré razonablemente, pero lo que os aseguro es que hablo con formalidad.

—Pensais hacérmelo creer?

—Ahora no, señora, pero lo creereis muy pronto; lo creereis cuando me volvais á encontrar, cuando me veais otra vez en vuestro horizonte siempre en torno vuestro como el satélite esclavo de astro tan hermoso.

—Sabeis, caballero, que si yo fuera bastante loca para creeros debía hallar superlativamente estravagantes vuestros proyectos?

—Ahora si; pero cuando me veais hacer lo que he dicho, direis que no me sería posible hacer otra cosa y que la pasion me domina.

—Veo caballero, que nos hallamos en un mundo para mí enteramente desconocido. Con que porqué he tenido la desgracia de encontraros me veré condenada á sufrir vuestra eterna persecucion? Y, hablando con seriedad á ejemplo vuestro, teneis derecho á turbar mi tranquilidad, á alterar mis costumbres y á distraerme del cumplimiento de mi deber por que os haya ocurrido el capricho de dar á vuestra vida un interés caballeresco y de procurar á la ociosidad de vuestra opulencia el interes de una novela? Con qué derecho insultareis mi reputacion? porque naturalmente nadie creerá que un hombre á quien ninguna esperanza se le ha dado es capaz de hacer tales esfuerzos solo por la necesidad de crearse un pasatiempo. Tened entendido que si os escucho es suponiendo que me leeis en alta voz una novela que oigo con los ojos cerrados.

—Creeis que dejaré sin desenlace esa novela?

—Tal creo.

—Por mi honor os juro que os equivocais; temprano ó tarde tendrá su desenlace.

—Parad! parad! esclamó Mad. Buré abriendo un cristal y dirigiéndose al postillon.

—Qué haceis señora?

—Voy á dejar este sitio, caballero. En el interior del carruage hay un asiento vacio; voy á trasladarme á él, pues allí estaré mejor que aqui.

—Haced lo que gusteis; pero yo he tomado mi resolucion y os juro á fé de caballero que os volveré á ver temprano ó tarde.

Mad. Buré cerró el cristal y, tomando un aire de tranquilidad que el sonido de su voz desmentia, dijo:

—En verdad que soy tan loca como vos. Os creo...me alarmo... tiemblo... Había olvidado que todo era una broma.... Vamos, acabad vuestro cuento de hadas, porque es muy divertido.

—Dejad la ironía, señora; os amo ya lo bastante para sufrir vuestras injurias y vuestras burlas. Reflecsionad que vos únicamente teneis esta noche para dudar de mí y yo tengo todo el porvenir para haceros reconocer el amor que me habeis inspirado.

—Insistis todavía...?

—Insistiré siempre, señora, y en cualquiera parte donde me volvais á ver hallareis en mí los mismos sentimientos y el mismo lenguage.

—Pues bien, caballero, replicó Mad. Buré con tono grave, voy á hablar yo tambien con seriedad.... aunque me averguenzo de ello. Suponiendo que decis verdad, suponiendo que me amais, ó mas bien que estais bastante desocupado para hacer todo lo que decis ¿pensais que yo no sabré defenderme? Caballero, tengo un esposo honrado, tengo un hermano antiguo soldado del imperio y será una imprudencia obligarlos á colocarse entre vos y yo.

—Señora, pedid apoyo á vuestras propias fuerzas y no opongais á las mias un obstáculo que en mi edad y en mi profesion solo es un motivo mas de perseverancia. Amenazar á un amante con un marido, y á un oficial de la restauracion con un soldado del imperio, es llamar la lucha y el duelo; es obligarme á repetir lo que ya otras veces he hecho.

Ernesto pronunció estas palabras con tan modesto acento de verdad que Mad. Buré conociendo que no había en ellas fanfarronada alguna, replicó:

—No os he amenazado caballero, no ha sido tal mi intencion. Me poneis en el caso de defenderme y lo hago como mejor puedo; convengo en que sois animoso y honrado y en que sois capaz de esponer vuestra vida por una palabra; pero un amor tan frívolo como el vuestro no merece la pena...

—La merece mas que una palabra.

—Sois diestro en todas vuestras respuestas. Pues bien; tengo que haceros una pregunta ¿me prometis responder sinceramente?

—Os lo prometo.

—Si yo os manifestase quien soy, si os digese que una locura de jóven puede comprometer para siempre á una familia honrada, que vuestra aparicion en nuestra soledad sería un acontecimiento notable y que vuestra persecucion

sería un escándalo que me haría sucumbir bajo el peso de la calumnia y del ridículo, ¿no renunciariais á vuestros proyectos?

Ernesto reflecsionó largo rato y respondió:

—... No.

—No!

—No, señora: al salir de este carruage, llevareis con vos mi vida y yo tengo derecho á la vuestra. Esta es la ley fatal del amor: yo sufriré por vos y vos sufrireis por mí... Nos unirá el dolor que es un vínculo tan santo como el de la felicidad. El vínculo del dolor es el que pienso imponeros.

Mad. Buré se estremeció: tal era la resolucion inecsorable que denotaba la voz de Ernesto. Al meditar lo que acababa de oir, se vió acometida de un vértigo; midió con una rápida ojeada el porvenir de inquietudes y de dolores en que la locura de aquel hombre la iba á sumergir, y llegando de este modo á una verdadera desesperacion, esclamó:

—Cómo podré salvarme de vos caballero?

El acento con que fué hecha esta pregunta era tan profundo que Ernesto se sintió conmovido; pero aquella conmocion solo duró un instante.

—Es difícil esplicaros, respondió el jóven, el insensato deseo que al veros se ha apoderado de mi corazon; este deseo es tan invencible que por fuerza hay entre nosotros una predestinacion.... Vos debeis ser mia.

—Caballero...!

—Debeis ser mia, porque yo consagraré mi vida á conseguiros ó porque vos os librareis aquí mismo de mi eterna persecucion.

—No me atrevo á comprenderos.

—Escuchadme, señora, escuchadme. Entre todos los recuerdos de la juventud que al llegar á la vejez nos presentan las dulces sonrisas y la animacion del pasado; entre todos esos dichosos hijos de la primavera de nuestra vida que apoyan su rubia cabeza contra nuestra nevada cabellera y sus tibias manos sobre el hielo de nuestro corazon, entre todos esos recuerdos no son los mas dulces aquellos que, mezclados de regocijos y de penas, nos han pedido años enteros para dejar tras sí una palabra tan solo Los mas dulces son esos momentos de felicidad sencilla que estallan en la vida á manera de un incendio, que la iluminan y la abrasan durante algunas horas y que, despues de apagados, aparecen á nuestros ojos libres de todo afan para obtenerlos y de todo pesar de haberlos perdido. En un dia caluroso ó en una noche tranquila, hallándoos al abrigo de un bosque ó sentada á la orilla de un lago, ¿no habeis oido cruzar á lo lejos la misteriosa armonía de las bocinas del monte? Ese salvaje concierto, cuyos actores han permanecido incógnitos para vos, esa voz cuya duracion es de un momento ¿no os ha sumergido en un éstasis mas profundo que todos los que han producido en vos los músicos mas afamados en los salones iluminados magníficamente ó en los coliseos henchidos de

espectadores? No habeis recordado despues ese concierto como una felicidad completa oculta entre el misterio y vos? Pues bien, si eso os ha sucedido, tal vez me comprendereis; yo os amo, os amo lo bastante para perseguiros implacablemente con mi amor; os amo lo bastante para cambiar la pasion inmensa y obstinada que os he confesado por una hora, por un momento, por un rayo de felicidad. O sereis para mi la fortuna á quien se persigue sin tregua hasta alcanzarla, ó sereis el tesoro olvidado que la casualidad me haya hecho encontrar en un camino por donde nunca volveré á pesar.

Ernesto calló; Mad. Buré permaneció tambien en silencio.

—Qué decis, señora, qué decis?

—Qué quereis que diga caballero? Encontrais una muger y dais en el capricho de poseerla, y porque no es lo que os habiais imaginado, porque conoceis que esa muger tiene alguna estimacion que conservar, la amenezais con arrebatarla esa estimacion y la decís: — «Ya que sois una muger á quien se puede perder, entregaos á mi como una muger perdida.» Ah, caballero! ese proceder es odioso y despreciable.

Ernesto calló á su vez, y luego respondió:

—Teneis razon señora; debeis creerme muy culpable y necesitaré muchos dias de pruebas y muchos años de perseverancia para obtener de vos esa estimacion que á pesar nuestro tributamos á toda pasion sincera. Mas no importa, señora; el tiempo es mio y él me justificará, porque es preciso que me justifique.

Sucedió un instante de silencio; Mad. Buré fué quien le rompió.

— No necesitais justificaros, dijo con frialdad; juradme renunciar á vuestros proyectos y yo os perdonaré. No puedo odiaros porque no me conociais....

— Pero me conoceis vos á mí, señora, y os he ofendido bastante para que el perdon que me ofreceis solo sea un medio para deshaceros de un miserable.....

— Ah! qué idea!....

—Pudierais juzgarme de otro modo despues de lo que os he dicho? Y puedo yo dejaros tan desventajosa opinion de mí?

—Mi opinion no tiene la gravedad que suponeis. Veamos, caballero; me habeis dicho que soy hermosa y que tengo talento; pues bien, acepto vuestros elogios; os he agradado lo bastante para haceros perder un instante la razon y por lo mismo no debo estar resentida. Sed lo que al encontrarnos erais, es decir, un jóven atento é indiferente, y nos separaremos como buenos amigos, yo os lo juro.

—Os creo, señora, pero no acepto el partido.

—Y por qué?

—No me obligueis á decíroslo, porque tal vez volveré á insultaros. Pero si

mañana, dentro de algunos dias, ó mas tarde, en fin, me hallais á vuestro paso por cualquiera parte donde vayais, no os admireis.

—Pero, caballero, no renunciais...?

—Nunca, señora, nunca. Pero de dónde sois? Como entre los hombres que habitan junto á vos no hay uno que os haya hecho comprender la locura que sois capaz de inspirar á la cabeza y al corazon del hombre? Si pensais que represento una comedia, poned la mano sobre mi frente y sobre mi corazon; mi frente se abrasa y mi corazon late con violencia.

Ernesto asió la mano de Mad. Buré quien sintió el temblor convulsivo que el oficial esperimentaba. La jóven retiró la mano con violencia y empezó tambien á temblar, pero á temblar de espanto.

—Teneis miedo! dijo Ernesto. Tranquilizaos: puedo contener mi cabeza sin riesgo de que estalle y mi corazon sin que se rompa, porque abrigo una esperanza, la esperanza de volveros á ver.

—Pero, caballero, esclamó Mad. Buré con voz tan suplicante que denotaba su seguridad en la sinceridad de las palabras de aquel hombre, si yo os pidiese que renunciaseis á volverme á ver, si os lo suplicase en nombre de esa locura que os he inspirado...?

—No es locura, señora; es amor lo que yo siento.

—Pues bien; si os lo suplicase en nombre de ese amor, no me lo concederiais?

—No, señora, no.

—Pero ya os he dicho que vais á perderme...

Mad. Buré se detubo y luego continuó con voz entrecortada y temblorosa:

—Vamos, sed generoso... Os creo, creo que me amais. Una fatalidad inesplicable os ha inspirado esa loca pasion; pero cómo quereis que yo la sufra ó que para librarme de ella sea tan loca como vos?

—Ah! señora... murmuró Ernesto acercándose á Mad. Buré.

—Vaya, calmaos y reflecsionad. Qué pensariais mañana de la muger que hasta tal punto hubiera olvidado su honor?

—Mañana esta felicidad será un sueño terminado, si olvidado no; mañana nos separará un abismo.

—Y quien me lo asegura?

—Mi palabra que os empeño y mi vida de que podeis disponer si falto á mi palabra.

—Oid, Ernesto; todo lo que acabo de oir es tan estraño y tan singular que mi cabeza se pierde y no sé ya lo que digo ni lo que hago. No es verdad que nunca procurareis volverme á ver? En ello vá mi reposo, mi vida, mi felicidad... Ernesto, jurádmelo.

—Sí, yo os lo juro; jamás volveré á veros, jamás...

Ernesto se acercó mas aun á Mad. Buré que murmuraba dulcemente:

—Jamás, no es verdad, jamás?

—Jamás! respondió Ernesto.

—Dios mio! Dios mio! tened piedad de mi!

—Desgraciadamente, continuó el diablo, era yo y no Dios el que danzaba en el cupé de la diligencia y no tuve piedad de aquella pobre muger.

—Y qué hizo Ernesto cuando la diligencia llegó á Castres? preguntó el baron de Luizzi.

—Dejó marchar á Mad. Buré sin seguirla y sin informarse de su direccion.

—Y despues?...

—Despues supo que Mad. Buré era la esposa de un fabricante de hierro de las cercanías de Quillan; mas tarde, teniendo noticias de que el gobierno había celebrado una contrata con el fabricante, se hizo nombrar por el ministro del ramo inspector de los trabajos. En el camino supo tambien que la familia en cuyo seno se iba á introducir era numerosa y que se la citaba como modelo de esas costumbres patriarcales que se encuentran aún lejos de las grandes poblaciones en algunos sitios desconocidos, y, por último, supo que el hermano y el marido de Madama Buré eran dos de esos severos protestantes del Mediodia que custodian su austera fé en el honor de la familia; tambien se le habló de estrañas desgracias ocurridas en aquella casa y de la desaparicion de una hermana de Mad. Buré, jóven seducida á quien nadie se había atrevido á condenar en consideracion á su desdicha.

A saber Ernesto que la muger á quien espantara con sus locas amenazas era solo una aventurera que se había comprometido con él como con cualquiera otro, no hubiera solicitado del gobierno pasar á la fábrica cuya dueña era Mad. Buré; pero se trataba de una muger á quien no había perdido por completo y á quien no había hecho olvidar completamente sus deberes, y no quiso dejar su victoria imcompleta. Su orgullo de seductor se hallaba reforzado por su orgullo de jóven oficial. Aquella muger tenía un marido y un hermano, y hubiera sido una cobardía dejar de perseguir á la esposa y la hermana de estos dos héroes; iba en ello el honor y la dicha de Ernesto. Puedo aseguraros que así lo creyó el militar, como se creia bastante enamorado para disculparse á sí mismo la falta de cumplimiento á su palabra; esperaba que Mad. Buré sería bastante indulgente para con un amor tan profundo que traspasaba los límites del honor.

Mad. Buré supo felizmente el nombramiento de Ernesto antes que este llegara á la fábrica, y merced á esto, le recibió con una tranquilidad tan bien representada y con una cordialidad tan grande, que el jóven creyó que hubiera sido una torpeza imperdonable el cumplimiento de su palabra. Ernesto se alojó en Quillan; pero, convidado á comer por Mad. Buré, se halló inmediatamente en medio de la santa y numerosa familia que has visto, y en la cual iba á intro-

ducir el desórden. Ancianos de cabellos blancos, de rostro bondadoso y sereno y que miraban tras sí un pasado lleno de honor; hombres maduros, sérios y confiados; jóvenes cándidas y discretas, niños tímidos y respetuosos, y en medio de todos, como el centro por donde se tocaban todas las afecciones, Madama Buré bondadosa y noble, bella y tranquila, tal era la familia que apareció á los ojos de Ernesto en casa del fabricante.

Aunque Mad. Buré no demostrase precisamente querer dar, con la presentacion de tan respetable cuadro, una leccion al jóven oficial, este no pudo menos de conmoverse, y tuvo tentaciones de abandonar sus proyectos; mas puso á discusion este pensamiento y no tardó en calificarle de necio. Hasta quiso utilizar aquella santidad de familia en beneficio de un amor culpable que, oculto bajo la pureza general, debía ser doblemente hermoso.

Despues de comer, los hombres se fueron á sus ocupaciones, las jóvenes se retiraron á sus labores, y Ernesto y Mad. Buré quedaron solos.

—Hortensia, dijo el oficial; he obtenido ya perdon?....

—Podeis dudarlo? respondió Mad. Buré. Sin embargo, mi tranquilidad reclama algunas precauciones. Acudid esta noche al estremo de una senda que desemboca en un pabellon situado en el ángulo del jardin; yo estaré en el pabellon, llamad y os abriré la puerta. Retiraos ahora, y yo, con pretesto de enseñaros un atajo que ahorra bastante camino, voy á enseñaros tambien el pabellon y la senda que conduce á él.

Su felicidad pareció tan fácil á Ernesto que casi se arrepintió de haber hecho tanto para hallar tan pocos obstáculos. Sin embargo, prometió concurrir á la cita. Llegó á media noche al pabellon, y así que llamó á la puertecita se abrió una ventana y preguntó por ella una muger:

—Sois vos, Ernesto?

—Yo soy.

—Teneis que subir por la ventana, porque no encuentro la llave de la puerta.

La ventana estaba á cinco ó seis pies del suelo. Ernesto se asió al antepecho con facilidad; pero, cuando pugnaba por acabar de subir, sintió en su frente una especie de anillo de hierro frio y solo oyó estas palabras:

—Habeis faltado á vuestra promesa: sois un infame!

En aquel instante sonó un pistoletazo y el jóven cayó muerto al pie del pabellon.

En este pais montuoso y habitado por cazadores furtivos no llama la atencion de nadie un tiro disparado de noche. Los trabajadores que cuidaban de las fundiciones oyeron aquella detonacion, y uno de ellos dijo:

—Bien nos vamos á regalar mañana.

—Con qué? le preguntó Mr. Buré que habia ido á dar la última vuelta por la fábrica.

—Con la liebre ó el javalí que tal vez acaba de matar en el soto alguno de nuestros compañeros.

—Mirad lo que haceis, porque os van á echar mano, y lo que es yo no vuelvo á pagar la multa por vosotros.

Mr. Buré acabó la inspeccion de sus talleres y se volvió á casa, donde encontró á su muger acostada y durmiendo, ó al menos aparentando dormir profundamente.



Al dia siguiente se halló el cadáver de Ernesto, pero no se descubrió el asesino, y la familia de Mad. Buré ha crecido sin que nada haya turbado las santas afecciones que unen á la hermana con el hermano, á la esposa con el esposo y á la madre con los hijos.

Detúvose el diablo un instante y luego preguntó al baron:

—Y ahora qué decis?

Luizzi calló y respondió despues de reflecsionar un rato:

—Esa muger ha salvado la tranquilidad y el honor de su familia.

—Por medio de un adulterio y de un asesinato. Te parece una muger virtuosa?

—Me parece una muger desgraciada.

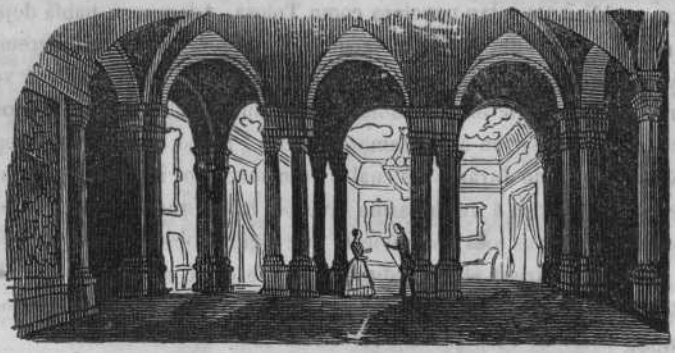
—Sí? Pues parece tambien una muger muy tranquila y muy bella.

—Hay en la existencia de la marquesa y en la de Mad. Dilois secretos tan terrible como ese?

—Dentro de ocho dias te lo diré.

El diablo desapareció y Luizzi quedó abismado en mil dudas y confundido de asombro.





VI.

Vision.



su salida de Tolosa, Luizzi habia mandado que se le remitiesen á la fábrica las cartas que llegasen en su ausencia; suponía que de este modo podría saber con ecsactitud el resultado de su indiscrecion, y se hallaba dispuesto á volver en todo evento á la ciudad, ya fuese para desmentir ó ya para negar lo que había revelado. Así es el hombre, ó al menos asi le ha formado la sociedad. Si Mad. Dilois hubiera ido á implorar socorro de Armando, Armando se hubiera batido para probar que Mad. Dilois era inocente; si Cárlos hubiera ecsigido del baron la retractacion de una calumnia, el baron se hubiera batido para probar que Mad. Dilois tenía un amante. Si preguntamos á los hombres de corazon su modo de pensar respecto á semejante conducta, responderán que ellos harían otro tanto; creen dar una prueba de valor y de dignidad haciendo lo que, si bien se mira, solo prueba un valor muy pequeño y una necedad muy grande. Luizzi, despues de largas reflecsiones, concluyó por pensar que lo que había dicho de Mad. Dilois solo se tendría por uno de esos chismes que si bien llaman la atencion por el momento, no tardan en olvidarse y confundirse entre los infinitos que corren, sobre todo en una ciu-

dad tan maldiciente y tan novelera como Tolosa. Ademas se había dejado dominar por el relato del diablo. Poseedor por primera vez de un secreto á cuyo través le era dado, por decirlo así, contemplar á una muger bajo su verdadero punto de vista, determinó estudiar á Mad. Buré, y buscó en su fisonomía una sombra de preocupacion ó de remordimiento; buscó una de esas repentinas miradas á lo pasado durante las cuales permanecemos inmóviles y temblorosos con el alma adherida á un fantasma invisible hasta que una voz que nos llama ó una mano que nos toca nos advierte que alguien observa nuestra preocupacion y nos hace dirigir al remordimiento, que como un espectro se abre ante nosotros, una sonrisa que le disfraza, una palabra alegre que le esconde, sudarios de color de rosa que envuelven un cadáver y un crimen.

Luizzi no halló remordimiento ni preocupacion en Mad. Buré: la serenidad inalterable de aquella muger no sufrió la mas leve alteracion durante los dias que el baron empleara en sus observaciones. La esposa del fabricante aparecía siempre tranquila, siempre buena, siempre amable. Armando dudaba algunas veces de la veracidad del diablo y otras le indignaba aquella serenidad hasta el punto de verse tentado á lanzar al rostro de Mad. Buré el nombre de Mr. de Labitte de quien podía hablar como uno de sus conocidos demostrando sentir su desgraciada muerte y haciendo datar sus relaciones con él de una época capaz de hacer temblar á la culpable.

Luizzi resistió esta tentacion; la causa que produjo en él esta resistencia le hubiera honrado no poco si la hubiese esplicado como creía sentirla; pero el diablo se hallaba tan poco dispuesto á dejarle crear ilusiones acerca de sí mismo como acerca de los demas, y Armandó recibió una leccion bastante dura acerca de lo que él llamaba su noble discrecion. Veamos con qué motivo la recibió.

Tres ó cuatro dias despues de su llegada, halló á la familia de Mr. Buré reunida á la hora de costumbre; pero se notaba en todos los semblantes un aire estraño de descontento que Luizzi atribuyó á su presencia. Algunos hombres se suponen tan influyentes que para sostener tal suposicion se apoderan hasta de los incidentes que mas la destruyen. Armando suponía que una familia en la que se contaban una muger y dos jóvenes encantadoras podía muy bien alarmarse con la presencia de un buen mozo como él; pero las primeras palabras que oyó bastaron á desvanecer tan halagüeña opinion.

—Me veo precisado á dejaros, le dijo Mr. Buré; voy á partir dentro de una hora: acabo de recibir la noticia de una quiebra que puede hacerme perder cincuenta mil francos, y como mi presencia en Bayona bastará tal vez á salvar una buena parte de esta suma, no quiero detenerme un instante.

El fabricante dejó á Luizzi á un estremo de la habitacion y volvió á anudar la conversacion con su muger y su padre. Al mismo tiempo llegó su cuñado el capitan Feliz con el rostro descolorido y osco.

—Con que es verdad, dijo, que ese bribon de Lannois ha suspendido sus pagos?

—Así parece, respondió Mad. Buré.

—Al fin...! murmuró el capitan con alegría cruel. Parto para Bayona, lo ois? Yo soy quien debe arreglar ese negocio.

—A mí es á quien corresponde, dijo Mr. Buré.

—A tí! replicó el capitan.

Mad. Buré advirtió á su esposo y á su hermano, por medio de una seña, que un forastero los escuchaba y ambos salieron de la habitacion. La esposa del fabricante se hallaba agitada, los ancianos estaban turbados y las jóvenes solo parecian admiradas. Apenas salieron el capitan y su cuñado, se los oyó hablar acaloradamente. Mad. Buré salió tambien y los ancianos la siguieron. Luizzi quedó solo con las niñas.

—Es una desgracia, dijo, y yo concibo muy bien la ecsasperacion de vuestro tio; participo de su indignacion, porque es muy cruel el verse un hombre de bien engañado de esa manera.

—Por tan corta suma irritarse así! dijo una de las niñas.

—Qué decis, señorita? mirad que son cincuenta mil francos.

—Otras veces hemos sufrido pérdidas de mas consideracion sin que mi padre ni mi tio se hayan puesto de ese modo.

—Y ademas, añadió la otra jóven, mi tio debía esperarse ya eso; muchas veces le he oido decir que Mr. Lannois concluiria por hacer quiebra, y sin embargo, él era el primero que incitaba á mi padre á emprender negocios con ese hombre.

—Es estraño! dijo su hermana —Y Luizzi repitió tambien: es estraño!

La conversacion quedó en este estado. Habiéndose servido la comida, se sentaron todos á la mesa.

Volvió á reinar la tranquilidad; pero la comida fué corta porque Mr. Buré partió inmediatamente. Al despedirse, llamó aparte á Feliz y á Luizzi, y dijo á este último:

—Ya que me obliga á ausentarme un asunto en el que mi cuñado se creia mas interesado que yo, Feliz arreglará por mí el negocio de que tenemos hablado.

El capitan y el baron se inclinaron; ambos esperimentaban, al parecer, cierta repugnancia á tratar juntos de negocios.

Luizzi, aunque era en lo mas riguroso del invierno, salió despues de comer con pretesto de dar un paseo por el parque; á pocos instantes, vió pasar á un criado llevando de la brida un caballo, el cual le dijo que iba á esperar á su amo á la puerta de un pabellon situado al fin de una senda que acortaba bastante la distancia que separaba á Quillan de la fábrica.

Al oir esto, se acordó Luizzi del relato del diablo y por consecuencia de

que al pié de aquel pabellon habia sido asesinado Mr. de Labitte. Aunque ninguna señal del crímen debia quedar, Luizzi tuvo deseos de ver el sitio en que se habia cometido. Esta curiosidad es tan comun que no se necesita justificarla; los sitios en que han tenido lugar acontecimientos notables de nuestra historia se ven visitados frecuentemente por toda clase de personas. Hay quien dice conocer la grandeza de la abdicacion de Napoleon en presencia de la miserable mesa en que se firmó; los hay que se deleitan en contemplar el marco de un lienzo que no ecsiste; pintan el cuadro con los colores que á su imaginacion placen y creen comprenderle así mejor. Tal era Luizzi: al llegar al pabellon, se colocó delante de él y se puso á examinar la ventana en que tuvo su desenlace por medio de un asesinato la aventura de Mad. Buré. Habia penetrado algunos pasos en el bosque al otro lado del camino, y apoyado contra un árbol, filosofaba mentalmente acerca de aquella lamentable historia.

—Con que ahí, decía, es donde una muger tuvo valor para cometer á sangre fria un crímen que al hombre mas resuelto hubiera aterrorizado! Cuánto poder tienen en esa muger el sentimiento de su dicha y el orgullo de su reputacion! Esos sentimientos que al parecer no pueden inspirar al alma ninguna resolucion violenta, pueden sin embargo producir los mismos resultados que el odio, la venganza y los zelos.

Luizzi hubiera edificado una teoría completa sobre este tema á tener tiempo de continuar su monólogo; pero vió que se aprocsimaban el capitan y Mr. Buré, quienes, al llegar junto al pabellon, despidieron al criado. Mr. Buré metió el brazo por la brida del caballo y él y su cuñado se alejaron lentamente.

—Con que me lo aseguras? decia el capitan. Nada de indulgencia! no tengas compasion de él.

—Confia en mi rencor.

—Es preciso que muera en galeras.

—Tengo medios para enviarle.

—Enriqueta cuando vea su sentencia en los periódicos, tal vez concluirá por creernos.

—Yo asi lo espero, porque su suplicio es demasiado terrible, y si se llegase á descubrir...

Sin duda una seña del capitan interrumpió á Mr. Buré; ambos callaron y Luizzi los vió muy pronto desaparecer sin que se oyeran siquiera las pisadas del caballo. Armando aprovechó esta ocasion para volver á entrar en el parque.

Aquel suceso y aquellos proyectos revelaban la ecsistencia de una historia desconocida. Aquellas personas de costumbres tan patriarcales que meditaban la deshonra de un hombre cuyo delito consistia tal vez en ser desgraciado; aquella muger tan virtuosa en la apariencia y que tenía á su cargo dos críme-

nes tan abominables; el nombre de Enriqueta mezclado en la conservacion, todo en fin, inspiraba á Luizzi un vivo deseo de conocer los secretos mas íntimos de la familia en cuyo seno se hallaba. En lugar de encaminarse á la sala comun, dió un largo rodeo para entrar en la casa por una puerta que le facilitaba retirarse sin ser visto á su habitacion. La calle que siguió le condujo al estremo opuesto del parque donde encontró un pabellon lo mismo que el que acaba de dejar: era la habitacion del capitan Feliz Ridaire. Este pabellon aumentó las cavilaciones de Armando que había notado ya que nadie visitaba al capitan, quien se retiraba siempre muy temprano á su habitacion, adonde le llevaban la cena. Una idea bastante estraña hizo presumir á Luizzi que aquel pabellon, que hacia juego en el parque con el que primeramente había visto, encerraba un secreto que en la historia de la familia hacia tambien juego con el secreto relativo á Mr. de Labitte. Esta idea llegó á dominarle de tal modo, que acercándose al edificio, dió vuelta á su alrededor aguzando el oido como si esperase oir una voz quejumbrosa y acusadora. Nada oyó sin embargo, y se retiraba ya bastante preocupado, cuando se encontró cara á cara con Feliz.

—Vos por aquí, señor baron? le dijo el capitan con tono brusco y despues de haber dejado escapar una sorda esclamacion de sorpresa.

—Sí, respondió Armando en estremo turbado; me sentía un poco indispuesto y he salido á ver si el aire libre me alivia algo.

—El aire libre no es un remedio muy eficaz, respondió el capitan procurando sonreir y hablar con volubilidad á fin de disimular su descontento.

—No lo será tal vez para los que viven continuamente en los montes y en los campos, respondió Luizzi, porque ese es su estado normal, es como la buena carne para los ricos; pero para nosotros los habitantes de las ciudades, que pasamos la vida en aposentos herméticamente cerrados y cuyo aire absorvemos en pocos minutos, un espacio dilatado y libre en que el cuerpo se baña en una atmósfera siempre pura, equivale á los alimentos saludables para el pobre. El aire es, despues de la libertad, la primera ambicion del prisionero que se ahoga entre los miasmas deletéreos de un calabozo, y el habitante de las casas bajas y de las calles estrechas de nuestras ciudades al pasear por el campo, es el pobre admitido por casualidad á la mesa del rico.

El capitan habia escuchado á Luizzi dirijiéndole con frecuencia una mirada llena de sombría desconfianza. Despues, á medida que hablaba, Luizzi creyó notar en él una turbacion progresiva; al oir aquel ecsajerado elogio del aire que se respira en el campo, la espresion de su rostro se hizo aun mas suspicaz y sombría, y respondió con acento de amargura:

—Es cierto, pero el pobre admitido por casualidad á la mesa del rico pocas veces se preserva del esceso. Cuidado, señor baron, que la indigestion se sienta

al lado del pobre y flota el reumatismo en el aire; me parece que es hora ya de abandonar el banquete, porque hace frio.

—Teneis razon, dijo Luizzi; se hace sentir la humedad.

Y sin esperar mas, se alejó y entró en su aposento. Cuando se vió solo, reflecsionó largo rato acerca de lo que debía hacer. La primera vez que consultára al diablo, el relato de este le había divertido, pero tambien habia desarreglado su vida. La calma encantadora que hallára en el seno de aquella familia habia regocijado su corazon, pero aquella dulce sensacion habia desaparecido y á su pesar, su permanencia en la ferrería habia degenerado en una especie de tácita inquisicion. A pesar de todo, el negocio que se le había propuesto le prometía ventajas que no debía renunciar, y consideró que, de llevarle adelante, le convenía saber con qué personas se iba á asociar. Despues de tan detenidas reflecsiones y satisfecho con dar á la curiosidad que le devoraba esta razon plausible, hizo resonar su infernal campanilla. El diablo no se presentaba. Luizzi despues de esperar en vano algunos instantes, agitó la campanilla otra vez. Entonces se abrió con estruendo la ventana y apareció un hombre de aspecto hediondo y repugnante; hallábase cubierto de harapos, no de esos harapos del pueblo que denotan la miseria, sino de esos harapos de la elegancia que son comunmente la librea del vicio. Largos cabellos grasientos caian por ambos lados de un rostro lívido de mejillas avinatadas; aquella cabellera aceitosa habia ido dejando sobre el cuello de un frac azul con botones de metal una capa lustrosa y sólida de mugre: el sombrero que llevaba aquel hombre había sido lustrado por una brocha mojada, lo cual disimulaba un poco la falta del pelo del fieltro, si bien no desfiguraba nada sus infinitas abolladuras. Un corbatin de terciopelo raido se unía al frac abrochado tan completamente que no se notaba la ausencia de la camisa; el pantalon negro debía estar sostenido por un solo tirante, pues se veía muy caido de un lado y muy estirado del otro; las travillas que conservaba servian mas bien que para tenerle estirado, para sostener en los pies de aquel miserable unos zapatos descalcañados. Este trage estaba cubierto de manchas; en vano la tinta había procurado ennegrecer las costuras blancas, y en vano había querido la aguja hacer desaparecer los numerosos descosidos. Aquel estraño personage estaba armado de un baston cuyo puño era un enorme nudo mas pesado aun por la multitud de tachuelas con que estaba claveteado.

Luizzi retrocedió ante el aspecto del ser que acababa de aparecersele y en cuyos labios vagaba una sonrisa feroz y baja.

—Luizzi, tu abusas de mi bondad, te dije que dentro de ocho dias nos volveríamos á ver y me llamas ya. Hasta que termine este plazo no sabras nada de la marquesa ni de la muger del comerciante.

—No es de esas de quien te quiero hablar.

—Pues de quien?

—Es preciso que yo sepa la historia del capitan Feliz y la de ese Lennois á quien tan encarnizadamente quiere perseguir.

—Corriente, mañana la sabras.

—No; ahora mismo.

—Luizzi, acepta mis confidencias tal como te las hago, y no me obligues á contarte lo que mas tarde querras ignorar. No todos los secretos son tan fáciles de guardar como el de Mad. Buré. Todavía tienes una conciencia; ten cuidado con lo que puede obligarte á hacer.

—A la conciencia se la impone silencio cuando se quiere; prueba de ello es Mad Buré.

—A propósito, qué dices de esa muger?

—Que el fanatismo la ha conducido al crímen.

—No por cierto; lo que la ha conducido al crímen es un sentimiento bajo y despreciable.

—Cuál?

—El miedo.

—El miedo! Despues de haberme desilusionado respecto á la virtud de esa muger, me desilusionas hasta de su crimen! Por qué me muestras siempre la vida por sus faces mas hediondas?

—Te muestro la verdad tal como ella es.

—Con que es el miedo lo que la ha hecho criminal?

—Sí, el mismo miedo que te ha impedido pronunciar una palabra delante de esa muger que tan bien sabe asegurarse de la discrecion de los que pueden comprometerla; el mismo miedo que te hizo retirar tan pronto de junto al pabellon en que habita el capitan, cuando encontraste á este.

—Satanas, replicó Luizzi con tono despreciativo, yo no soy ningun cobarde; he dado ya pruebas de ello.

—Eres un valiente francés y nada mas; ya sé que una espada ó una pistola no te haran retroceder en un duelo, ni un cañon en una batalla. Pero fuera de eso, tú y todos los demas temblareis ante otros mil peligros. Teneis valor para sufrir una muerte pronta y en campo libre; pero no para sufrir una muerte lenta é ignorada, para sufrir un padecimiento contínuo, para dormir en una tumba abierta que puede cerrarse durante vuestro sueño.

—Y quién podrá hacer alarde de ese valor?

—Tal vez los que no tienen el tuyo.

—Un sacerdote fanático....

—O un niño enamorado: la religion y el amor, las dos grandes pasiones innatas de la humanidad.

—Lo que yo quiero es una historia y no disertaciones metafísicas.

—Mañana te la contaré.

—No; yo quiero saberla ahora mismo.

—Pues bien! dijo el diablo, mírala.

En este instante, la ventana que había quedado abierta, se ensanchó hasta convertirse en puerta de otra habitacion al parecer colocada al nivel de la habitacion de Armando. Nada descubrió este al primer golpe de vista, porque aquel aposento se hallaba débilmente iluminado por una lamparilla; pero poco á poco fué distinguiendo los objetos, y no tardó en divisar una muger sentada en un ancho sillon y un niño que dormía sobre sus rodillas.

Luizzi estaba acostumbrado á ver esos seres pálidos y enfermizos, cuyo aspecto nos entristece y escita nuestra piedad; habia visto esas criaturas que llevan en sí un principio de muerte cercana y que arrastran un cuerpo en disolucion; pero nunca había presenciado espectáculo semejante al que hería su vista. La muger que tenía ante sus ojos era blanca como esas estátuas de cera que aun no han recibido las tintas sonrosadas que deben imitar en ellas la vida; su rostro era infantil y puro, y únicamente una aureola azulada interrumpía, al rededor de los ojos, aquella palidez mate é inmóvil; el niño que tenía sobre las rodillas se hubiera semejado á la muerte (si la muerte puede mostrarse tan inanimada) á no ser por el movimiento lento y dulce de su respiracion.

La jóven estaba inmóvil y el niño dormia, de modo que Luizzi pudo contemplarlos á su gusto. Sus ojos se habituaron muy pronto á la claridad sombría del aposento y asi vió que el pavimento, las paredes y hasta el techo estaban cubiertos de tapices. No aparecia señal ninguna de ventanas ni de puertas ni de chimenea; pero la luz de la lamparilla vacilaba como si tropezara con una corriente de aire bastante viva. Armando conoció que aquel aire penetraba por una abertura practicada en el suelo y salía por otra hecha en el techo. Un lecho y una cuna se veian á un estremo del aposento; este se hallaba decentemente amueblado, y parecía haberse tomado todas las precauciones á fin de que la permanencia en él fuera lo menos cruel posible.

El baron miraba atentamente, y á pesar de la escasa luz que alumbraba aquella habitacion, distinguía los detalles mas imperceptibles como si estuviesen alumbrados de una manera particular; pareciale que sus ojos al dirijirse á un objeto dado rodeaban aquel objeto de una luz penetrante que permitia ecsaminarle minuciosamente. Una vision sobrehumana le dejaba ver á través de los objetos que de otro modo le hubieran servido de obstáculo.

Admirado de lo que le pasaba, se volvió para pedir á Satanas la esplicacion de aquel doloroso cuadro; pero Satanas no estaba allí ya, y Luizzi, al notar la desaparicion del que se había constituido su esclavo, iba á echar mano de su soberano talisman; pero un hondo suspiro ecsalado por la jóven le obligó á fijar la atencion en el interior de aquel aposento.

La jóven se levantó, colocó el niño en la cuna, y despues de prestar atencion largo rato al horrible silencio que parecía separarla del mundo animado á manera de un muro impenetrable, levantó un tapiz y sacó un libro; en se-

guida se acercó á una mesa sobre la cual colocó la lamparilla, abrió el volumen, apoyó dolorosamente la frente sobre la mano, se inclinó al libro y se puso, al parecer, á leer con mucha atencion.



Luizzi, merced á aquella potencia de vision sobrenatural que le mostraba los menores objetos, pudo leer el título de la obra. Este título le admiró aun mas que cuanto acababa de ver; el libro era la *Justina*, la obra inmunda del marques de Sade, ese abominable conjunto de todos los crímenes y de todas las impurezas.

Un pensamiento doloroso asaltó la mente de Luizzi: ¿Sería aquella jóven uno de esos seres destinados por la fatalidad á la infamia y á la disolucion? Habria sido encerrada en aquel calabozo solamente para encerrar con ella las feroces lubricidades de una naturaleza desenfrenada? ¿Habria sustraido á las miradas de sus guardianes aquel libro con objeto de devorarle en secreto, dando asi pábulo á los delirios de su imaginacion despues de haber hecho temer á su familia la realizacion de las brutales mácsimas vertidas en aquella obra por una alma en que el cieno y la sangre hervian como la lava de un volcan? ¿Podrían hermanarse tanta corrupcion y tanta juventud?

Luizzi miró á la jóven bajo la impresion de este pensamiento, y nada que pudiese justificar su suposicion vió en aquellas mejillas decoradas con la calma de los dolores secretos. Sin embargo, aquella muger continuaba leyendo con atencion las páginas obscenas que tenía delante; pero se notaba en todo su ser un dolor tan grande, que Luizzi no se atrevía á acusarla sin compadecerla.

—Desgraciada! dijo para sí el baron; si esa jóven ha nacido con ese frenético delirio que la ciencia médica esplica, pero que nuestra lengua no puede describir, la infeliz es víctima de la necesidad de honor y de reputacion de esta familia; si arrastrada por ese furor amoroso.....

Luizzi era dueño de pensar á su gusto; pero nosotros que escribimos, no tenemos la misma libertad, ó no tenemos el talento suficiente para hacerlo. Nuestra lengua es tan mezquino intérprete de nuestros pensamientos! de tal modo carece de palabras decentes para espresar las cosas mas vulgares, que es necesario proscribir de la narracion muchas pasiones que nos tocan muy de cerca, muchos sucesos que nos interesan. Si la muger que Armando tenía á la vista hubiera sido una hija de la Grecia, un poeta hubiera traducido en versos fáciles y armoniosos el pensamiento del baron. «Es la Venus de Pasifae, de Myrrha y de Fedra, hubiera dicho; es la Venus ardiente y cortesana por quien se celebraban las afrodiseas furiosas de Corinto y de Pafos; Venus Afacita ha lanzado su soplo ardiente al jadeante pecho de la jóven, Venus ha lanzado á su seno el dardo emponzoñado y abrasador que la irrita, la hostiga, la estravía y la precipita en los amores insensatos del mismo modo que el tábano adherido á las narices del noble corcel hace á este indócil, arrebatado, furioso y le obliga á lanzarse, dando relinchos salvages, á través de los bosques, á las lagunas y á los torrentes hasta que cae desgarrado, moribundo, cubierto de sangre y de lodo y espira pugnando por librarse del insecto que le pica y le abrasa y le mata.»

Como nuestro idioma no tiene palabras para estos pensamientos, traducimos muy imperfectamente los pensamientos de Luizzi tomando la espresion de una nacion que poseia imágenes poéticas hasta para las cosas mas bajas de la vida. Lo mas que podemos añadir, es que Armando contemplaba á aquella muger con una piedad mezclada de terror cuando vió deslizarse de sus ojos ago-

tados algunas lágrimas que vacilaban en los párpados antes de desprenderse.

Seguramente la lectura en que se entretenía no debia enternecerla de aquel modo; y si Luizzi se había sorprendido al ver el libro que aquella desgraciada tenía en las manos, mas aun le sorprendió el efecto que el libro producia en ella. Luizzi, con motivo de este incidente, dirigió la vista á las páginas de aquella obra abominable, y un nuevo asombro vino á aumentar los anteriores: descubrió bajo cada línea impresa una linea manuscrita que resaltaba aun mas por su color encarnado. Insistiendo en sus suposiciones, quiso saber de qué modo habria comentado aquella monstruosa produccion una muger jóven y hermosa. Merced á la potencia de vision que el diablo le había dado, pudo leer con facilidad aquellos caracteres mal formados é imperceptibles. He aquí la primera frase que descifró:

«Esta es mi historia: la escribo en este libro con mi sangre porque no tengo papel ni tinta. Si no he borrado línea por línea el libro abominable en que escribo y que un infame puso en mis manos para matar mi alma despues de matar mi cuerpo, es porque apenas me queda sangre, apenas tengo la que necesito para contar mis desgracias y pedir venganza.....»

Luizzi se estremeció al leer esta frase; el remordimiento y la compasion mas profunda penetraron hasta sus entrañas. Su propio pensamiento añadia un nuevo tormento al tormento de aquella desventurada. Ah! qué espantoso era el suplicio impuesto á aquella alma obligada á derramar castas lágrimas entre aquellas líneas de cieno y á dirigir á Dios su plegaria entre las blasfemias de aquellas páginas repugnantes! Qué dolor verla obligada á fijar la vista en la palabra y en la letra que traducia su desesperacion, so pena de encontrar á cada lado una palabra hedionda, torpe, infame! Cómo ha podido esa blanca cordera atravesar por tan largo y estrecho dédalo ese lodazal inmundo? El alma de una infortunada se ha posado tímidamente, trasformada en líneas puras y dulces, sobre ese papel manchado con lo que en él ha impreso la mano de un miserable! Y esa muger no tiene mas que una razon para disculparse de no haber borrado esa historia inmunda que camina al lado de su historia desventurada: apenas queda sangre en sus venas! Ah! desgraciada! desgraciada!

Asi pensaba Luizzi y asi esclamó arrebatado por la violenta emocion que esperimentaba. Su voz empero, solo resonó en su alrededor: la jóven permaneció inmóvil y Armando recordó que lo que veía se hallaba distante de él y que un poder sobrenatural era lo que se lo hacía presenciar. Un poder humano podía arrancar á aquella infortunada de tan horrible cárcel, y el baron para conseguirlo quiso conocer la causa de aquella desgracia; para conocerla, necesitaba leer el manuscrito que tenía á la vista, y he aquí lo que leyó:

VII.

Amor virgen.



Dos veces he escrito mi historia y dos veces me la ha arrebatado mi verdugo; la empiezo por la tercera, y ¡Dios me dé fuerzas para terminarla, porque la vida de mi alma se va estinguiendo como la vida de mi cuerpo. Hace ya mucho tiempo que leo todos los dias este relato para que no desaparezca completamente de mi memoria el recuerdo del mundo animado que he conocido, y sin embargo, mis recuerdos se pierden á pesar de mi contínuo trato con ellos. Apresuro, pues, mi tarea para que quede algo de mi alma en este mundo, para que sepa cuánto he amado y cuánto he sufrido.

Oh! sí, he amado y he sufrido mucho! Hé aquí los dos únicos pensamientos que brillan siempre puros en el pasado y en el presente de mi vida, confundidos en ese caos de dolores en que mi cabeza se pierde: he amado y he sufrido mucho! Dios mío! Dios mio! si el largo suplicio á que se me ha condenado no ha estraviado completamente mi razon y estinguido mi memoria, si es verdad que vuestros santos labios han dicho que mucho perdon habrá para la que mucho haya sufrido y para la que mucho haya amado, tened compasion de mí, Dios mio! quitadme pronto la vida y que mi hijo.....

Matará á mi hijo si yo muero? Oh! sí, sí, le matará: yo necesito vivir. Dejadme vivir, Dios mío, suceda lo que suceda, porque, aunque mi razon

desaparezca, siempre quedará en mí un pensamiento que me dominará: pensaré que una madre debe morir por salvar á su hijo. Voy á escribir esto mismo á la cabeza de cada página de este libro para que mis ojos lo vean continuamente y jamas pueda olvidárseme: UNA MADRE DEBE MORIR POR SALVAR Á SU HIJO.»

Y en efecto, asi estaban escritas estas palabras. La desgraciada jóven dirijió una dolorosa mirada hácia la miserable criatura que dormía en la cuna, y en seguida volvió á apoyar la frente en las manos permaneciendo asi mientras Luizzi continuaba leyendo el manuscrito que se trasparentaba y podía leer como si le hubiese tenido en la mano y hubiera ido volviendo las hojas á su gusto.—El manuscrito continuaba así:

« Viví bajo la tutela de mi madre hasta la edad de diez y seis años en cuya época se casó mi hermano con Hortensia que apenas tenia quince. Hortensia siempre ha sido buena y cariñosa para mí y no creo que me haya engañado. No me atrevo á colocarla en el número de mis verdugos, porque tiembla ante su hermano Feliz y no se habrá atrevido á defenderme; debe padecer mucho! Hortensia me quería mas aun que á una hermana, me llamaba su hija. En efecto, mis padres resignaron su autoridad en ella aunque todos viviamos en una misma casa. No recuerdo que durante seis años ocurriera nada capaz de hacer época en nuestra vida; eramos dichosos. La felicidad no deja señales de su paso. Es como la primavera que, una vez pasada, nada conserva su imágen. El árbol pierde sus hojas y permanece desnudo, pero cuando le ha herido el rayo, conserva la cicatriz aun despues de venida la primavera.

En aquella época era yo muy dichosa y todavía recuerdo de qué modo lo era rogaba á Dios con fé, jugaba al lado de mi hermana y mis sobrinas, jóven esposa la una y hermosas niñas las otras; veía el pasado y el porvenir de mi vida sonreir ante mis ojos; contemplaba unas niñas amadas y felices como yo lo había sido, y una muger feliz y amada como yo esperaba serlo algun dia. Ah! mi vida ante aquel espectáculo era un sueño celeste. Con qué dulce sonrisa me entregaba á aquel sueño á la caida de la tarde, recorriendo la estensa calle de sicomoros donde acostumbraba pasear sola...! Mi ecsistencia contaba diez y seis años: todo mi ser respiraba vida. Oh! cuán bello es, al pasear al anochecer por un bosque solitario contemplando el último rayo de sol que desaparece en el horizonte y oyendo el canto de los pájaros que se estingue con la luz del dia, sentir á nuestro lado un ser invisible y bueno que nos dice: — «Eres bella, seras dichosa y amaras!»

Amar! amar! qué alegría consagrar el alma á un ser noble, venerarle porque es generoso, quererle porque es bueno, adorarle por que es santo! porque el que nos ama es santo, es el sacerdote de nuestro corazon; — el que ha abierto el tabernáculo es un hombre diferente de todos los hombres y Dios le

ha tocado con su dedo y le ha coronado con la aureola de su gloria... Así era el que yo soñaba y así era el que hallé.... Leon, Leon, me amas todavía! Dios mio! me amará todavía? Han querido hacérmelo dudar y ese es su mayor crímen.

Yo tenía diez y seis años y la vida era para mí una continua embriaguez: era bella y era jóven. Ahora que estoy ya muerta, que mis débiles miembros se doblan bajo su propio peso, recuerdo como una felicidad indecible esa felicidad desapercibida que consiste en sentir la vida en todo nuestro ser. La brisa de la noche me embriagaba como el nectar de un festin prócsimo á su término; cada vez que suspiraba, parecíame que su soplo me traía esperanzas y deseos que inundaban mi corazon. Un pensamiento melancólico y secreto me hacía algunas veces permanecer inmóvil horas enteras, pero luego echaba á correr alegre y precipitada, batía las palmas, dejaba flotar mi cabello al viento, cantaba alegre y feliz como la alondra y sentía agitarse de gozo mi corazon. Me contemplaba bella y bondadosa y esperaba. Aquella felicidad era demasiado grande y debía concluir.

Todo concluyó una noche! Aquella noche se presenta á mis ojos como si fuera la que acaba de transcurrir. Ninguna desgracia hubo en ella, pero hubo un temor en mi corazon, un temor que aun no he comprendido y que se ha procurado ahogar en mí cruelmente. Ah! la vanidad de la razon estravía á los hombres; porque Dios no los ha negado la defensa contra sus enemigos que ha dado á los animales mas débiles y mas groseros. Estos, los unos tienen un instinto para conocer la planta venenosa, los otros barruntan el enemigo que los amenaza; el cordero se aparta de la flor que hiela la sangre; el perro tiembla á la aprocsimacion del lobo que intenta disputarle su presa; el hombre presiente tambien el infortunio que se le aprocsima.

Yo tambien tube este presentimiento; porque yo, inocente y buena, volví la cara al ver á un hombre que se presentó ante mí diciendo: Soy el capitan Feliz, vengo del ejército. Ah! por qué no seguí aquel instinto de mi alma! por qué no alimenté é hice crecer en mí aquella aversion! por qué cuando aquel hombre nos hablaba de grandes batallas, de la desgracia y de la caida del imperio, de todas aquellas cosas que me hacian prestarle oido, dije á mi corazon: «ese hombre es valiente, es fiel á los objetos de su amor, es honrado, y en él se encierran la probidad y la virtud!» Cuando su mirada severa pesaba en mi frente como el plomo, cuando su rostro duro y frio me hacía dura y fría para con él, porqué me decía á mi misma que era una niñería creer en tan vanas aparencias? No puedo atribuir esta conducta á inadvertencia, porque desde aquel instante la esperanza que es la vida del alma se presentó á mis ojos casi velada. La felicidad no fué ya para mí un asilo prócsimo: era un pais lejano hácia el cual solo me era dado encaminarme á traves de precipicios y por una senda escabrosa. Cómo no se apoderó de mí un frio mortal cuando mi her-

mano me dijo sonriyéndose que era preciso estrechar los vínculos de la familia uniéndome con el hermano de Hortensia ! Dios me decía entonces:

—Hé ahí la desventura!

Pero yo no le creí.

Presté oido á todas esas razones del mundo que me mostraban á Feliz como un hombre virtuoso, bueno y honrado, que me hacían avergonzar de mi terror y que me acusaban de que desconocía la virtud, el honor y la probidad. Ah! yo era muy loca! Me acusaba de ello, y me lo repetía á mí misma cada instante y no hallaba nada que responder en mí ni en los demas como no fuese que aquel hombre había cerrado mi corazon, cortado las alas á mis sueños y ahogado las profundas aspiraciones de mi vida!

Hubiera podido yo decir lo que no comprendia? No me perdonareis Dios mio, el haber consentido, dudando de mí misma, que aquel hombre me digera que me amaba, el haberle respondido que yo tambien le amaría, y el haber aceptado para un plazo lejano el vínculo que debía colmar de gozo á mi familia? Ah! cuán fatal fué todo esto!

Yo conocía que nunca llegaría á amar á aquel hombre,

De qué modo me amaba él? Nunca me lo espliqué á mi misma y hé aquí la causa de mi perdicion. Si la aversion que siento hácia él, me decía yo, proviene de que todos nuestros sentimientos son opuestos, no me amará nunca: la antipatía que sin razon visible separa dos almas le dominará como á mí me domina. Entonces no sabía yo que un hombre puede amar á una muger como ama el tigre su presa, para devorar su vida, para beber sus lágrimas, para sentirla palpitante, bajo sus garras ensangrentadas. El hombre, se dice, ama á la muger puesto que para obtenerla llega hasta el crimen. Ah! Dios mio! ese amor, ese amor salvage? Amar es otra cosa que dar la felicidad?

Prometí casarme con Feliz y nuestra union se fijó para cuando yo cumpliese diez y ocho años. Merced á esta promesa, me restaban aun dos años de libertad; mi tranquilidad tornó, pero no tornaron mis esperanzas. Ah! porqué no consumé entonces por entero el sacrificio! por qué no me casé con Feliz en aquella época! Así no hubiera amado á Leon, ó en caso de amarle, hubiera retrocedido ante la idea de engañar á mi marido. De la promesa de una niña se hizo un lazo tan sagrado como el juramento prestado ante un sacerdote. Si amé á Leon no fuí culpable, porque le amé sin querer; soy inocente. Necesito decir de qué manera sucedió esto.

Era un domingo del triste verano de 181... Al rededor de mediodia, desafiando la lluvia, tomé el manto de lana y el sombrero de paja de una de nuestras criadas y fuí á ver á la muger de uno de nuestros trabajadores que se hallaba enfermo. Me separé de la carretera para dirigirme á la casa del trabajador situada á alguna distancia en lo interior de las heredades, y entonces oí la voz de un ginete que, al verme de lejos, picó espuelas al caballo á fin de

alcanzarme. La manera con que me llamó me hizo conocer que, á causa de mi trage, me tomaba por otra persona, pues se apresuró á gritarme:

—Eh! muchacha! muchacha!

Yo me volví al oirle y el caballero se adelantó hasta mí.

—Qué teneis que mandar? le pregunté.

Me miró sonriyéndose dulcemente y dijo con tono alegre.

—Por fin esta linda chica no me responde como los demas: «todo derecho, todo derecho.»

—Qué quereis decir?

—Quiero decir que desde las cuatro de la mañana estoy andando y mas de treinta personas á quienes he preguntado el camino que debía seguir, me han respondido: todo derecho, todo derecho. Os aseguro que tengo ya ganas de seguir otra direccion.

—Caballero, eso depende del punto á donde querais ir.

—Voy á la ferrería de Mr. Buré.

Yo no pude menos de reirme.

—Pues bien, caballero, le respondí, siento mucho tener que deciros tambien que sigais todo derecho.

La idea de hallarme precisada á indicar á aquel jóven el camino de nuestra casa y la necesidad de repetirle aquella frase que parecia disgustarle tanto, me movieron á hablarle en tono alegre y burlon.

—Con que lo sientes mucho, buena moza? pues yo me alegro infinito, respondió tomando á su vez un aire triunfante.

En seguida echó pié á tierra y se dirigió á mí; yo conocí al momento que trataba de decirme una galantería manifestándome su satisfaccion en caminar á mi lado; pero le detuve sonriyéndome nuevamente.

—Es que no es por aquí por donde debeis seguir todo derecho, sino por aquel otro lado, le dije señalando con el dedo al camino que acababa de dejar.

Al oir estas palabras, el jóven se puso encarnado y quitándose el sombrero me dijo con voz balbuciente:

—Os doy las gracias, señorita.

Entonces yo me hallé tan cortada como él, bajé los ojos ante la mirada temerosa y dulce que se me dirijia, y continué mi camino despues de hacer una ceremoniosa reverencia. Por qué temblé la primera vez que ví al capitan Feliz, cuyas buenas cualidades se me habian ponderado siempre? por qué sonreí la primera vez que encontré á un jóven que me era enteramente desconocido? Por qué al alejarme de este jóven presté atento oido al ruido de su caballo á fin de saber si seguía el camino que yo le había indicado? por qué, asi que llegué al ángulo de una senda que me era preciso tomar, me volví para ver si había partido? por qué sentí una alegría inefable cuando le ví inmóvil en el mismo

sitio con el sombrero en la mano? El desconocido no hizo el menor movimiento; pero conocí que me miraba y que sus ojos no se habían separado de mí. Largo rato contemplé su inmovilidad á traves de la maleza que resguardaba por ambos lados la vereda que yo seguía; luego, despues de mirar á su alrededor, hizo algunos movimientos que no comprendí por la distancia, y volviendo á montar en su caballo, se alejó con lentitud.

Había yo emprendido este paseo con el corazon tranquilo y sin pensar mas que en el objeto de mi visita; llegué pensativa á casa del trabajador, y hasta que ví la pena de Mariana, su muger, no recordé que iba á visitar un enfermo.

—Segura estaba yo de que vendríais, me dijo la esposa del artesano; os ví desde la ventana y os conocí cuando, al separaros de la carretera, os detuvísteis á hablar con uno que iba á caballo.

Estas palabras me hicieron poner encarnada y me apresuré á responder:

—Era un forastero que preguntaba por el camino de la ferrería.

—Pues no llevaba mucha prisa, porque ha estado mas de un cuarto de hora plantado como un mojon en el mismo sitio.

Esta nueva observacion de Mariana acabó de turbarme. La buena muger continuó:

—No iba muy descaminado. Se habrá admirado mucho al saber quien erais?

—No se lo he dicho... Me ha tomado por una campesina...

—Cuál será su embarazo al veros, si es que se halla todavia en la fábrica á vuestra vuelta!

Esto me hizo pensar en que iba á volver á ver aquel jóven, y me sentí tan turbada como si me hallase en presencia de él. Mariana notó mi turbacion y añadió:

—Os ha dirigido alguna palabra ofensiva ese caballero?

—Ninguna absolutamente.

—Como le he visto tanto tiempo quieto en el mismo sitio y vos estais tan turbada...

Mariana me observaba al hablarme de este modo, y conocí en sus miradas que no creía enteramente lo que acababa de oir: esto me resintió bastante, y la dije con despecho:

—Tomad esto que traigo para vuestro marido.

—Gracias, gracias, señorita! me respondió con un agradecimiento tan sincero que desvaneció completamente mi resentimiento; luego añadió:—Tengo que pediros una nueva gracia; hablad á Mr. Feliz para que no dé á otro la plaza que ha dicho va á quitar á mi marido si dentro de ocho dias no vuelve al trabajo.

—No permitirá mi hermano que se la quite.

—Ah! señorita, Mr. Buré no quiere mezclarse en nada desde que dejó la direccion de la fábrica á Mr. Feliz.

—Pues bien, yo hablaré al capitan.

—Sí, habladle, señorita! dijo con tristeza, sin duda dejándose llevar de la conversacion mas de lo que quería, impulsada por sus crueles temores; habladle por mi pobre marido; bastante desgraciado es ya el infeliz trabajador sin que se le quite el pan porque tiene la desgracia de estar malo... Mr. Feliz es poco compasivo... Cuánto ha cambiado la casa desde su venida!... Si supiérais cómo me recibió cuando fuí á pedirle algo adelantado...

—Muger! muger!... murmuró el obrero desde su cama.

Mariana comprendió mejor que yo esta interrupcion.

—Ah! perdonad, señorita... No me acordaba que Mr. Feliz... Seguramente es un bello sugeto... es un hombre que os hará dichosa.

Esta última palabra me hizo estremecer.

Me restaban dos años de libertad y esto me habia hecho olvidar que mi mano estaba prometida á Feliz. El recuerdo de esta promesa me heló de espanto, tanto mas viniendo acompañado de aquella sencilla revelacion acerca de la insensibilidad del corazon de Feliz. Mi turbacion fué tanta que me levanté para retirarme.

Mariana corrió tras de mí.

—Os he enfadado, no es verdad? me dijo; perdonad, señorita! somos tan pobres que tememos!...

La pobre muger lloraba, y yo lloraba tambien. Ahora que en mi horrible ociosidad puedo estudiar cuanto me ha pasado, no se cómo esplicar la desesperacion que se apoderó de mí repentinamente: acababa de decirme el corazon que nunca amaría á Feliz, y me eché á llorar! Era esto un anuncio de que otro iba á ser objeto de mi amor? No lo sé; pero aquel instante me puso de manifiesto todo el infortunio de mi vida. Mariana me miraba; pero no comprendía mi dolor. ¡Cuántas veces, en mi niñez, ví jóvenes asaltadas por esa repentina desesperacion, y cuántas veces oí decir con aire de suficiencia á ancianos que habían ya olvidado su alma:

—Esos son vapores, la atormenta la misma juventud; con algunos remedios sencillos se pasará eso!

Y se llamaba un médico.

En aquel momento en que el cielo parecía descorrer el velo de mí porvenir, ante el espanto que se acaba de apoderar de mí, yo tambien hice lo que aquellos ancianos: combatí mi desesperacion, contuve mis lágrimas y sin querer dar crédito á mi alma que se sublevaba por entero, respondí:

—Estoy mala, padezco un malestar horrible!

¡Como si los padecimientos del cuerpo fueran mas naturales y mas razonables que los del alma!

—Quereis que yo os acompañe? me dijo Mariana.

—No, no, me apresuré á responder; iré sola.

Sola! tenía necesidad de estar sola. Antes quería estar sola para entregarme mas libre y mas alegre á mis felices sueños; en aquel instante era para llorar.

Volví á tomar tristemente el camino de mi casa; al llegar al sitio en que el desconocido me había hablado, me detuve involuntariamente, y sin embargo, no pensaba en el jóven. Se desprenden y flotan en el aire simpáticas emanaciones del alma? Yo, pobre niña, me detuve y miré tristemente á mí alrededor; aquel sitio tenía ya para mí un recuerdo que buscaba. En todo esto no hubo deseo ni pesar; pero llegué á casa con el corazon comprimido y lleno de conmocion. Mi desesperacion había desaparecido; no lloraba, pero deseaba estar sola. Hortensia me halló en el salon y me dijo:

—Enriqueta, es necesario que te vistas porque tenemos á comer un forastero.

—Quién es? la pregunté apresuradamente como si oyera una nueva estraordinaria.

—Es Mr. Lannois, un jóven á quien envía su padre á pasar aquí algunos meses á fin de que se imponga en la direccion de una ferrería.

—Ah! conque va á permanecer aquí algunos meses? esclamé.

—Sí... Pero qué tienes que tan sorprendida te hallas? Es esta la primera vez que sucede eso? Anda á aviarte.

Yo tenía diez y seis años; todos mis tristes pensamientos desaparecieron y convertí en una diversion la sorpresa de Mr. Lannois. Para que esta diversion fuese mas completa, quise que nuestro huésped volviese á ver en el colmo de la elegancia á la señorita á quien había tratado como campesina. Para que el contraste fuera mayor, preparé mi mejor traje; volvieron á renacer mis sensaciones de niña, pero no tardaron en volver á aparecer mis sensaciones de jóven. Perdóneme el que lea estas líneas; tengo derecho á revelar los secretos de un corazon de muger desde el fondo de la tumba en que estoy sepultada viva. Mi pensamiento cambió de repente: retrocedí ante la idea de chancearme con aquel desconocido, aunque fuese solo de pensamiento; guardé mi rico traje y me vestí modestamente creyendo que así le parecería mas bella, bella como debe estarlo una jóven séria, porque la seriedad se había apoderado de mí.

Bajé al jardin y ví á Mr. Lannois hablando con mi hermano; cuando me vió, fué estremada su sorpresa; se turbó tanto que lo notó mi hermano y yo recibí un placer indecible.

—Qué teneis? le preguntó mi hermano.

Yo me había acercado con triunfante serenidad. No puedo esplicar el ingénuo movimiento de felicidad que esperimenté al verle tan cortado en mi presencia.

—Nada... respondió Leon con voz balbuciente, es que he tenido ya la desgracia de encontrar á esa señorita...

—Cómo la desgracia? dijo mi hermano echándose á reir.

Yo tampoco pude contener la risa.

Leon se halló desconcertado. Yo recobraba mi presencia de espíritu á medida que él perdía la suya. Jóven alegre, reía ingénuamente sin comprender que en aquella alegría tenía su parte la vanidad. Leon se turbó tanto que se puso triste; era jóven tambien, tenia diez y ocho años, y al verse acogido con aquellas chanzas se cortó y no supo que responder.

—Veamos que es lo que ha sucedido, dijo mi hermano.

Me agradaban tanto la timidez y el embarazo de Leon, que no quise ayudarle; por fin murmuró con voz dulce y suplicante:

—Hace poco, encontré á esta señorita cubierta con un manto, y creyéndola una campesina, la pregunté por el camino...

—Con tono poco respetuoso, no es verdad? dijo mi hermano.

—No creo haber sido grosero... pero ya sabeis que se dice...

—Sí, añadió mi hermano; en este país hay un lenguage muy franco; al ver á una jóven se grita: «Eh, muchacha!» no es verdad?

—Sí, señor.

—Pues bien, escusaos con Enriqueta que estoy seguro os perdonará.

Mi hermano se alejó indiferente y nosotros quedamos solos. Leon no se atrevía á alzar los ojos á mí. Su embarazo me parecía ir mas allá de lo regular, y empezaba á comunicárseme cuando le ví volver, ruborizándose, la manga de la levita y desatar un cordon de pelo que me presentó.

—Os devuelvo, me dijo, este brazalete que dejasteis caer en donde os detuvísteis.

Esta restitucion, á que no dí mucha importancia, me pareció tan tardía que no pude menos de decir á Leon:

—Cuándo le perdí?

—Le ví caer cuando estendísteis la mano para señalarme el camino.

—Y no me lo advertísteis?

—Me hallaba tan turbado!... Al ver vuestra mano blanca y delicada, conocí que me había equivocado y entonces fué cuando os llamé señorita. Como os había tratado tan groseramente, no me atreví á volveros á hablar, y cuando cogí el brazalete estábais ya muy lejos.

—De modo que si no me hubierais vuelto á ver, os le hubiérais guardado?

Leon se ruborizó como un culpable, y respondió, disculpándose de una cosa en que seguramente ni él ni yo pensábamos:

—El valor de ese brazalete no es tanto que...

Para vos no tendrá valor; pero para mi sí. Como que le hice con pelo mio para estrenarle cuando se casó mi hermana, y desde entonces no se ha separado de mí.

Leon fijó la vista en el brazalete con encantadora tristeza, y respondió vivamente:

—Ya habia yo notado que era de pelo vuestro y por eso...

—Que tal, preguntó mi hermano acercándose, se han hecho las paces?

—Completamente, le respondí con aplomo.

Y me preparé á ponerme el brazalete. Por uno de esos avisos del corazon, que ni aun en este momento puedo esplicar, alcé la vista á Leon. Los ojos de este se hallaban fijos en mis manos, y seguían atentamente al brazalete; aquellas miradas me detuvieron; en lugar de ponerme el brazalete le guardé en el bolsillo. Una triste sonrisa asomó á los labios de Leon: conocí que el jóven tenía interés en que el cordon que habia rodeado su brazo rodease el mio, y él conoció tambien que yo no quería concederle aquel favor.

¡Oh débiles y dulces recuerdos de aquel santo amor, descended á mi tumba tan tiernos y tan bellos como erais! Volved ante mí para que mis ojos, posándose en vuestra ligera sombra, descansen de tantas lágrimas como han vertido y dejen de contemplar la lobreguez de esta carcel. Ya que en el porvenir no descubro la esperanza, dejadme mirar dulcemente al pasado. Dichosos recuerdos, ¡cuán dulcemente habeis mecido mi corazon cuando despues os he comprendido y cuando, amando á Leon con todo el entusiasmo de mi alma, he conocido que todas esas fugitivas inspiraciones eran los primeros estremecimientos de la pasion que debía apoderarse de mí! Sí, sí; el amor que me sofocaba entonces con el aire tibio de sus alas, es el mismo que despues abrasó mi alma y produjo mi estravío. Desde la llegada de Feliz sentía yo frio dentro y fuera de mí, é hice como el niño que tiene frio: entreabrí mis vestidos para que el aliento cálido del amor calentára mi seno y respiré ese aliento para bañar en él mi corazon. Sí; el amor me mostraba con el dedo un camino desconocido que me condujo á la muerte, porque le seguí sin saber lo que hacía.

Despues, he conocido que si hubiera procurado saberlo hubiera sabido esplicarme lo que esperimentaba, porque un encuentro indiferente y la venida de un desconocido que se marchará no producen en un momento un cambio tan completo en la vida.

El terror profundo que me inspirára Feliz solo habia punzado mi corazon en mis horas de soledad y durante el dia, y el ligero estremecimiento que me causára la presencia de Leon turbaba la tranquilidad de mi sueño durante la noche. Y sin embargo no era en Leon en quien yo pensaba; no era su imágen la que pasaba ante mis cerrados ojos; no era su voz la que murmuraba en mi oido: era un ser desconocido é informe el que me asediaba y me hablaba.

Solo una vez en mi vida habia yo esperimentado turbacion semejante: fué un dia en que habiamos pensado ir á la montaña á ver la espléndida y mara-

villosa gruta de las Hadas. Era preciso levantarnos temprano; yo no dormí, y durante toda la noche no cesé de ver montañas y grutas imaginarias; mas no ví la gruta adonde pensaba ir.

No se me aparecía Leon; pero se me aparecía una cosa que provenía de él del mismo modo que las grandes rocas de mi imaginacion provenían de la roca de las Hadas.

Este presentimiento de amor me acariciaba como un genio amigo, como un encantador divino que hiere nuestra alma con su vara mágica, y abriendo las fuentes de nuestro amor, las hace correr fuera de nosotros; luego llega el viagero sediento, alarga su vaso, le llena con las lágrimas dichosas de nuestra alma, y bebe.

Asi me sucedió á mi la mañana siguiente á aquella noche tan dulcemente agitada: me levanté muy temprano, abrí la ventana, y lo primero que ví fué á Leon parado y con la vista fija en mi habitacion. Si entonces no conoció que yo llegaría á amarle, si, como el viagero sediento, no tendió su alma para recoger el raudal de emociones que se deslizaba de mí, fué porque era tímido y bueno, pues hubo un instante, tan rápido como el relámpago, en que toda mi alegría debió estallar y sonreir en mi rostro. Luego, con la misma rapidez, me pareció que todas las formas de aquellos fantasmas vagos que me habían perseguido se esclarecían, se unían repentinamente, se dibujaban con limpieza, y conocí que era Leon el que había vagado á mi alrededor durante la noche que acababa de transcurrir. Entonces tuve miedo; me aparté de la ventana, retrocedí precipitadamente y caí sobre mi lecho con la mano puesta sobre el corazon que latía como el de aquel que ha corrido largo trecho. Era que había hecho una larga y precipitada jornada en la senda del amor?

Sin embargo, las ocupaciones de aquel dia y las de los siguientes aquietaron todos aquellos movimientos desordenados, y no volví á sentirme agitada; pero mi vida se asemejaba ya á la fuente tras la tormenta: las ondas recobran su calma, pero no su claridad. No se hallaba agitada mi alma; pero estaba turbia. Para que el cieno repose en el fondo del agua se necesitan muchos dias serenos y apacibles. Yo no veía ya á través de mis turbios pensamientos el fondo de mi corazon, y no alcancé los dias serenos que pudieran haber dado á mis pensamientos su inocente trasparencia. Quince hacía que solo veía á Leon á las horas de comer y algunas noches en la reunion de la familia; era atento y respetuoso para con los ancianos, alegre y solícito para con Hortensia, y tan cariñoso y complaciente para con mis sobrinitas, que las dos niñas le adoraban. Conmigo se mostraba reservado y triste; cuando le hablaba se ruborizaba, cuando en la mesa le pedía alguna cosa, á pesar de ser tan vivo, tan diestro y tan solícito, me obligaba á repetir mi peticion y cometía siempre alguna torpeza. Yo había oido decir que el amor dulcificaba los caracteres mas duros y comunicaba gracia á los mas distantes de ella, y veía que el mismo

poder arrebataba la gracia y daba la rudeza á Leon. Conocí que yo no era para él lo que eran los demas.

Este sentimiento no recibía de mí su verdadero nombre; yo no podía llamarle amor, porque me hacía feliz y se me habia hecho temer al amor pintándomele como un enemigo. Al amar á Leon, al verme amada, me vedaba á mí misma el exámen de lo mismo que esperimentaba, y cuando en esta soledad donde tantas cosas he aprendido, he podido leer en otros libros mas que mi corazon, siempre me he admirado de que Julieta, la hija de Capuleto, no dijese al bello jóven que la encantaba como á mi Leon: Romeo, no me digas que eres Montaigut sino quieres verte aborrecido.

Sin embargo, llegó un dia en que desaparecieron mis dudas acerca del amor de Leon y en que este sentimiento se esclareció completamente á mis ojos; fué cuando comprendí que Leon aborrecía al capitan Feliz. La primera vez que ví á Leon fué el dia en que pasé á vistar al trabajador enfermo. Mi hermano me había prometido no borrar á este de la lista de los trabajadores; pero el capitan había reusado abonarle el importe de los dias que había faltado. Eso sería, dijo, un fatal ejemplo para muchos holgazanes que hallarían muy cómodo ganar el jornal en la cama.

Despues no volví á pensar en Mariana ni en Juan, su marido: no tenia ya tiempo para ocuparme de los demas.

Hé aquí lo que sucedió: era la hora de comer, la única á que se veian el capitan y Leon, porque este último casi siempre se retiraba á trabajar por la noche durante nuestra tertulia. El capitan se dirigió á Leon y le dijo con dureza:

—Ha venido hoy á la fábrica Juan?

—Si, señor.

—Ha estado en el despacho?

—Si, señor.

—Ha recibido dinero?

—Si, señor.

—Quién se lo ha dado?

—Yo.

—De qué caja se lo habeis dado, Mr. Lannois?

Leon, cuyo rostro se encendía de cólera, conoció sin duda que el capitan queria disputar la justicia del miserable pago de que se trataba, y contestó con desden volviendo la espalda á Feliz:

—De la mía.

El capitan que á mi entender trataba de echar á Leon una reprimenda por lo que se había permitido, se halló tan desconcertado con esta respuesta que se puso pálido. Mas no sabía cómo mostrarse incomodado, y dijo en su impotencia:

—Parece que Juan os ha hecho importantes servicios.

El tono con que fueron pronunciadas estas palabras irritó á Leon y le hizo perder toda su timidez.

—Si, caballero; me ha hecho un gran servicio, replicó con triunfante ecsaltacion.

—Durante su enfermedad?

—Durante su enfermedad.

—Y cuál es?

Leon se sonrojó y todo su rostro cambió de espresion; la cólera que le agitaba se trocó en una dulce sumision; llevó la mano al pecho y dirigiéndome una mirada con la que por primera vez se atrevía á hablarme, respondió.

—Oh! ese es mi secreto, caballero.

—Y será tambien el de Juan, dijo Feliz; quisiera saberle.

—Podeis preguntárselo.

—Abusaré de vuestro permiso.

—Lo creo.

Feliz durante las últimas palabras de esta conversacion no había cesado de ecsaminarme, pues habia sosprendido la mirada de Leon, y esta mirada me había turbado. Yo había comprendido la mirada del jóven que queria decirme: Os ví por primera vez cuando íbais á casa de Juan y hé aquí el servicio que he recompensado...

Este incidente tuvo lugar en presencia de toda la familia y disgustó á todos: asi pues la comida fue bastante silenciosa. Unicamente yo afectaba una gran indiferencia; al comprender la confesion de Leon comprendí tambien las sospechas de Feliz á quien por primera vez me alegraba de engañar. Leon se retiró y por último quedamos solos mi hermano, su muger y yo. Hortensia se quejó á su marido con dulzura de la dureza de Feliz.

—Yo no me atrevo á hablarle, dijo; pero tu debes procurar hacerle entrar en razon. Ese jóven es bueno y laborioso y Feliz le trata mal.

Fue tal mi agradecimiento á Hortensia que mi pensamiento debió reflejarse en mis ojos; mi hermano que me miraba, movió suavemente la cabeza y dijo:

—Sí, le trata mal, no le quiere; yo sentiría que ese jóven tuviera queja de nosotros, y para evitarlo pienso mandarle á su casa bajo cualquier pretesto.

—Ah! esclamé con dolorosa indignacion, eso sería una injusticia!

—Eso será lo mas razonable, replicó mi hermano con severidad echándome una escrutadora mirada.

Bajé los ojos y mi hermano se retiró haciendo una seña á Hortensia que me ecsaminaba tambien.

Al adivinar mi secreto, se me hizo comprender que había un secreto en mí. Esta fué la primera vez que el nombre de amor vino á esplicarme la preferen-

cia que me merecía Leon. Sin embargo, si Hortensia, si mi hermana, me hubiera tendido la mano en este instante y me hubiera dicho: «Le amas Enriqueta?» yo la hubiera jurado no amarle, deshecha en lágrimas y arrojándome en sus brazos, porque el amor era un crímen segun las ideas de mi familia; pero Hortensia comunmente tan buena y tan bondadosa para conmigo, se mostró torpemente severa. Se creyó obligada á adherirse al partido de Feliz, cuya conducta acababa de condenar, porque creyó que necesitaba ser defendido en mi corazon.

—Enriqueta, me dijo con tono de autoridad, he cometido una torpeza al censurar la conducta de mi hermano; no cometas tú otra mayor condenándole ligeramente.

Esta amonestacion me hirió profundamente, y valiéndome de que yo nada había dicho que pudiera motivarla aunque conocí que seguramente la merecía en el fondo del corazon, repliqué con acritud:

—Yo condenar al capitan Feliz! no he hablado de él, ni he pronunciado siquiera su nombre.

Mi modo de responder incomodó á Hortensia.

—Ya sabeis lo que quiero decir, señorita, replicó con sequedad.

—Lo único que sé, dije con el mismo tono, es que es injusto acusarme de una falta que no he cometido. Quereis hacer creer que he sido yo quien ha dicho que es duro el carácter de vuestro hermano?

—No lo habeis dicho; pero lo pensábais cuando dijisteis que sería una injusticia el mandar á su casa á Mr. Lannois.

—No hice mas que repetir lo que vos acabábais de decir.

—Enriqueta, estais muy razonadora; esa es propiedad de los que tienen por qué callar.

—Por qué callar! por qué callar yo! esclamé sintiendo agolpárseme las lágrimas á los ojos.

Mi hermana que hasta entonces me había mirado con severidad, se acercó á mí y tomándome la mano me dijo despues de un momento de silencio, durante el cual trató de penetrar hasta el fondo de mi alma:

—Enriqueta, hermana mía, cuidado con una imprudencia; acuérdate de lo que has prometido. Feliz te ama.

Yo hubiera ignorado lo que pasaba en mi corazon sino me hubieran obligado á conocerlo. Sí; á no ser por esta advertencia, quizás hubiera dejado calmar aquella oculta turbacion de mi vida ignorante como me hallaba de su naturaleza; pero cuando se la dió un nombre, cuando se la llamó amor, cuando se colocó en su frente una corona de fuego, cuando supe lo que era, sentí una curiosidad ardiente de verla, de contemplarla, de medirla aunque solo fuera para combatirla.

Leon había habitado mi alma sin ocuparla hasta aquel dia; pero desde que

oí aquellas palabras, él fué mi único pensamiento. Yo amaba á Leon, pues asi se me había dicho, ¿era cierto? Consulté mi corazon é hice en mí estraños descubrimientos. El rostro de Leon, sus ojos dulces y puros, su hermosa y larga cabellera rubia, su voz suave y sonora, sus graciosos movimientos de cabeza cuando, jugando con mis sobrinitas, remedaba las rabietas infantiles, todo en fin se había ido grabando en mí sin que yo lo hubiere notado. Yo conocía á Leon mejor que á mi padre y á mi hermano; le conocía mejor que á todos los que habían vivido siempre á mi lado, y me parecía que hubiera podido hablar por él, espresando sus mismas ideas y haciendo sus mismos gestos: tan penetrada me hallaba de aquella ecsistencia que no era la mía, y tan sujeta estaba la mía á ella!

Al considerarme de tal modo sujeta al poder de otro, me llené de espanto: mi orgullo se indignó cuando me ví á merced de otra ecsistencia en la que tal vez la mía no tenía predominio alguno, y me asaltó de repente el temor de no ser amada.

El amor! Ah! el amor es como todas las potencias superiores: todo lo utiliza, el abandono y la resistencia. Yo hubiera amado á Leon si no le hubiera temido, y le amé porque le temía. Y podía no amarle, Dios mio! No es verdad que hay pendientes tan rápidas que se cae esforzándose por sostenerse y se cae tambien no resistiéndose á la caida? Yo misma lo he esperimentado: la imágen de Leon me espantaba; durante la noche se me mostraba tan de cerca, y durante el dia me abandonaba tan pocas veces, que llegó á parecerme importuna y casi audaz. Se apoderaba de mí y me hablaba con absoluto imperio; quise librarme de su dominacion, pero me faltó todo cuanto hasta entonces me había sostenido: oraciones, trabajo, todo parecía apartarse de mí cuando trataba de apoyarme en ello, á manera de la arena del borde de un precipicio que cede cuando se busca sosten en ella: me parecía que un sol de fuego había descendido sobre mi vida y reducido mi ser á cenizas sin fecundar mas que al amor. Ay! me espreso muy imperfectamente: entonces no era yo dueña de esplicar asi lo que pasaba en mi alma. Deseosa de que Leon ignorase que su pensamiento me ocupaba perpétuamente, tomé una resolucion solemne: durante un mes entero procuré disgustarle. Era preciso que yo me temiera mucho á mí misma para que no me compadeciera de la tristeza que le dominaba. Leon padecía mucho y este mismo padecimiento me revelaba la intensidad de su amor. Yo gozaba en secreto con sus padecimientos.

Lo único que sufrí con dificultad, y Dios me perdone esta lucha puesto que salí victoriosa de ella, lo único, repito, que hizo vacilar mi valor fué la alegría del capitan. En buen hora que Leon padeciese con mi frialdad: por un acuerdo tácito conmigo misma comprendia yo que me hallaba con derecho á herir al hombre para quien tantos consuelos se ocultaban en mi corazon; pero que sufriese las triunfantes miradas y las frias chanzonetas del capitan...

Oh! esto me irritaba y cien veces me hubiera impulsado á decirle: «Miento cuando separo de tí mis ojos; miento cuando evito tu encuentro; miento cuando te hablo sin demostrar alegría, y miento cuando hablas y aparento no oirte!

Ah! sí: le hubiera dicho todo esto á no amarle hasta el punto de temer que, una vez abierto mi corazon, se escapase á Leon mi vida entera.

Leon me amaba y yo lo sabía muy bien. La disputa relativa á Juan me había sido esplicada por lo mismo que nadie había podido comprenderla.

Feliz había interrogado al pobre trabajador y este le había dicho que nada tenia que responder á sus preguntas: no solamente no había prestado ningun servicio á Leon sino que cuando recibió el dinero era la primera vez que le veía. La respuesta de Mr. Lannois se atribuyó á un pretesto de niño; pero yo no ignoraba cuál era el servicio que Juan le había hecho. ¿No iba yo á casa del pobre enfermo cuando Leon me encontró?

Sin embargo, llegó un dia en que me fué preciso arrojar la máscara de frialdad que yo misma me había impuesto. No se había vuelto á hablar de la despedida de Leon, quien cada vez parecía mas laborioso, mas dulce y mas sumiso. Aquella nube de sospecha que sobre él y mí llegára á estenderse se había disipado ya; yo misma comenzaba á adquirir alguna tranquilidad cuando un suceso imprevisto vino á demostrarme que esta tranquilidad solo era esterior.

Entre los placeres de mi infancia, contaba yo el de cultivar con mis propias manos un trocito retirado de nuestro jardin. Construyéronse cerca de él almacenes y se trató de abrir un camino para conducir á ellos los productos de la fábrica á través del parque; la apertura de aquel camino me usurpaba mi jardinito lleno de rosales que yo había cultivado y que amaba en estremo.

Si mi hermano me hubiera dicho sencillamente lo que iba á suceder, tal vez no me hubiera quejado de la casualidad que me privaba de mi jardin; pero una tarde oí á Feliz dar órden para que se arrancasen todas mis flores, á fin de que por la mañana empezasen los trabajadores á terraplenar. Me opuse á esta órden y el capitan comenzó á chancearse conmigo; le eché en cara su torpeza y su propension á hacer todo lo que podia disgustarme, y dejándose llevar de su natural violento, me replicó con dureza. Corrí á ocultar mis lágrimas en mi habitacion donde se me dejó permanecer, y oí murmurar, bajo mi ventana, palabras que me hicieron compadecer al que las pronunciaba.

—Es un capricho de niña, decía el capitan; ese capricho me agrada mas que otro. Dejadla que llore sus rosas: en eso no hay peligro.

Hortensia le aconsejaba que subiese á tranquilizarme.

—Se muere por esas miserables rosas, le decía.

—Pues bien, respondió Feliz: yo haré que mañana ó pasado mañana las arranquen con cuidado y se plantarán donde ella quiera; pero ir yo á pedirla

perdon por mis disposiciones concernientes á la fábrica? No quiero acostumbrarla á eso.

El tono y las palabras de Feliz no me irritaron al pronto; porque, lo he dicho, tuve compasion del hombre que tan torpemente se hacía desterrar del corazon en que fundaba su esperanza. Luego vino mi hermano y tuvo la desgracia de decir que yo, al ver que se dignaba cuidar de la conservacion de mis rosales el capitan, agradecería á este su galantería.

Tener que agradecer á Feliz, confesar que había hecho algo á mi gusto!... esta desgracia era para mí mayor aun que las demas. Sin saber por qué, esto me irritó en estremo, y al punto me ocurrió la idea de ir, asi que anocheciera, á mi jardin á destruirle y talarle para que no le salvase Feliz. Si este hubiera conservado mis rosas, yo las hubiera aborrecido. Mi ecsasperacion era tanta que, merced á ella, comprendí que en momentos semejantes es posible renunciar á la felicidad por no deberla á una mano aborrecida. Esperé, pues, y cuando todos se hubieron acostado, salí de casa con mucha precaucion y me deslicé como una jóven culpable por las largas calles del parque hasta acercarme, colérica y triste á la vez, al sitio donde iba á tronchar aquellos débiles arbustos, mis compañeros de infancia. Esta última idea era, sobre todo, la que me había determinado. Feliz se había convertido á mis ojos en la imágen de mi desventura y yo me complacía en pensar que el mismo que auyentára mis hermosos sueños era el que destruía mis hermosas flores.

—Ah! ese hombre es el génio enemigo de cuanto he amado! esclamé movida por mi necesidad de padecer á causa suya.

Al acercarme al sitio á que me dirijía, oí un ligero ruido. El temor de que se me sorprendiese en lo que al principio me había parecido una venganza legítima y entonces me parecia ya una cólera ridícula, me obligó á ocultarme; pero el ruido continuaba y quise saber de qué procedía. Me acerqué de puntillas al jardinito y ví un hombre inclinado al suelo arrancando con sumo cuidado las flores que colocaba en una carretilla conduciéndolas en seguida al otro estremo del parque. Aquel hombre era Leon! Ah! cómo esplicar lo que entonces pasó en mí? Una alegría celeste llenó mi corazon de tal modo que me embriagó y se derramó por todo mi ser. Abundantes lágrimas surcaron mis mejillas y tuve necesidad de apoyarme en un árbol para no caer. Oh! cuán bellas, cuán preciosas eran ya mis flores! cuánto las amaba!... Asi que Leon se hubo alejado, me acerqué á las que quedaban y las contemplé una tras otra: la idea de destrozarlas me hubiera ya indignado, me hubiera parecido la ingratitud mas abominable. Me hallaba sola y la oscuridad me rodeaba: tomé una rosa, la mas bella de todas, y arrobada en un éstasis delirante de amor, abrí paso á la inmensa pasion que hacía tiempo se encerraba en mí y abrasé con mis besos la rosa de aquel modo salvada. Luego, sintiendo volver á Leon, la puse en el suelo para él como si me hallase segura de que la había de cono-

cer, y cojiendo otra para mí como si Leon me la hubiese dado, huí con la cabeza y el corazon trastornados, como si este cambio de flores hecho por mi sola hubiese sido la confesion recíproca de su amor y del mio.

La mañana siguiente, la felicidad inundaba mi corazon: Leon me amaba! Leon me había librado del martirio horrible de tener que agradecer á Feliz.



Yo le amaba por su amor y por mi aversion á otro. En mí no había culpa. Yo hubiera apreciado á Feliz en lo que valía si hubiera querido ser para mí un amigo; pero una cruel fatalidad le inspiraba siempre cosas que debían hacerle odioso á mi corazon é impulsarme á una senda en que no hubiera querido empeñarme.

Todos notaron la mañana siguiente lo que había ocurrido durante la noche, y desde mi habitacion oí que hablaban con interés. Era domingo y cuando me levanté hallé á la familia reunida para almorzar; la abracé, y en el momento en que respondía al saludo de Leon, entró Feliz, quien se detuvo en la puerta y confundiéndonos á Leon y á mí en una misma mirada, dijo procurando ocultar su rabia bajo un aspecto alegre y chancero:

—Tengo mala suerte, Enriqueta: había hecho preparar un sitio hermosísimo del parque para trasladar á él vuestros rosales, y una mano mas hábil y mas pronta que la mía se ha anticipado á mi obra.

Aquella mirada de Feliz que nos unía bajo una misma acusacion, me inspiró la repentina idea de hacerme cómplice en el crímen que tanto hería al capitan.

—Quién puede ser el autor de esa galantería tan intempestiva? esclamé aparentando sorpresa.

—Todavía no lo he descubierto, respondió Feliz con furor reconcentrado; á no ser así, ya le hubiera dado las gracias por su atencion para con vos.

Feliz, por medio de una mirada, dirijió aquella especie de amenaza á Leon quien estuvo á punto de estallar. Yo creí entonces oportuna mi intervencion.

—Se conoce que le estais muy agradecido, dije riendo.

—Lo bastante para darle una leccion...

—Como las dan los capitanes? le interrumpí viendo que los ojos de Leon se encendian en cólera, ¿con la espada, no es verdad?

—Y por qué no? dijo Feliz mirando á Leon.

—Pues bien; repuse tomando dos espadas que se hallaban colgadas en el comedor; aquí me teneis dispuesta á recibirla.

Alargué una espada al capitan y desenvainando la otra, me puse en guardia.

—Cómo! esclamó Feliz, habeis sido vos!

—Si, yo soy la culpable. Ea, en guardia, capitan.

Me adelanté á Feliz con la espada levantada y él retrocedía poniéndose encarnado de cólera.

Mi familia que en todo esto solo había visto una niñería, se echó á reir y mi padre y Hortensia dijeron alborozados:

—Vamos, Feliz, defiendete; no te atreves con ella?

Unicamente yo adivinaba la rabia de Feliz, porque yo únicamente conocía que acababa de ponerle en ridículo delante del hombre á quien hubiera querido esterminar; á pesar de todo, se repuso y no sospechando de mis palabras, replicó con bastante presencia de espíritu:

—Mas diestra sois en el manejo de la espada que en el del azadon, querida Enriqueta, pues habeis trasplantado de un modo bastante estraño vuestros queridos rosales.

Leon se turbó y yo que deseaba verle tan contento como yo lo estaba, respondí:

—No importa; me agradan asi.

—Pues bien, dijo mi padre, es preciso que nos los enseñes despues de almorzar.

Esta pretension no dejaba de ser embarazosa para mí, porque si bien habia visto á Leon llevar los rosales, no sabía en qué sitio los había colocado.

—Corriente, respondí confiando en la casualidad y en poder adelantarme á inquirir el sitio.

Durante el almuerzo, ecsaminé el rostro de Leon, quien sin duda no se atrevía á dar crédito á lo que mi conducta debia hacerle suponer.

Si le hubiera hallado radiante de alegría, quizá me hubiera arrepentido de mi imprudente confidencia y de haber aceptado tan completamente sus solícitos cuidados; pero pasaba con tanta rapidez de una dulce alegría á una incertidumbre cruel, que no pude menos de aprobar mi conducta; la timidez de su esperanza me llenaba de gozo. Cuanto mas tímido se mostraba Leon para conmigo, mas osada me mostraba yo para con él.

Se volvió á hablar de mi jardin y se me preguntó á qué sitio le habia trasladado.

—A un sitio encantador, respondí.

—Yo me he visto precisado, dijo Feliz, á seguir la rodada de la carretilla para dar con él.

Esperé que esta indicacion me sirviera de guia, pero Feliz añadió:

—Si el jardinero hubiera acabado de rozar, como ahora, las calles, no me hubiera sido fácil dar con el escondite de vuestras flores.

El parque era demasiado grande para que no me inquietase la incertidumbre de descubrir mi nuevo jardin. La mentira de que me habia valido comenzaba ya á aterrorizarme.

—Pero dónde diantres las has puesto? dijo mi padre.

—Ya os llevaré allá.

—Dínoslo tú, Feliz, añadió.

—No cometeré una nueva torpeza, privándoos de la sorpresa que Enriqueta os prepara.

Feliz tenía desgracia: creyendo complacerme, me negaba el único servicio que podía prestarme. Leon no podía comprender mi embarazo, pues ignoraba cómo sabía yo la traslacion de los rosales; asi que nos levantamos de la mesa, desapareció del comedor y quedé en una penosa incertidumbre, no sabiendo cuales eran sus proyectos. Mi familia volvió á instarme para que les enseñase los rosales, y obligada á tomar un partido, mandé que me siguiesen.

Mi idea era la de hacerlos vagar por el parque, hasta que la casualidad me

deparase el sitio á donde habían sido trasladados los rosales; pero mi padre se cansó á pocos pasos y se asió á mi brazo.

—Vaya, dijo, no nos hagas andar mucho, porque mis piernas son viejas y no están para bromas.

Entonces fué cuando mi embarazo llegó á su colmo; entonces fué cuando esa santa adivinacion que ilumina los corazones vino en mi ayuda. A falta de una palabra del culpable y de una señal en el suelo, procuré dar con el hilo invisible que debía haber guiado á Leon.—Leon debía haber elegido el sitio que mas me agradaba, que era una plazoleta cubierta y solitaria donde solía ir á sentarme en un banco de madera. Me dirijo allá con la certidumbre de no equivocarme; todos me siguen, llego y veo mis rosales colocados al rededor de aquel banco donde tantas veces había soñado con la felicidad cuando no conocía á Feliz ni á Leon.

La alegría que sentí fué grande, no precisamente porque Leon hubiese escogido aquel sitio, sino por haberlo adivinado yo tan bien.

Ay! todas estas cosas que tal vez parecerán pueriles á los que lean mi relato, han sido los sucesos mas graves de mi vida. De este modo caminaba yo sola por la senda de mi pasion; pero muy pronto tube quien me acompañára en aquella senda. Hasta entonces yo había amado á Leon y Leon me había amado á mí; pero creo que no me hubiera atrevido á decir que nos amabamos. Con motivo de mis flores comenzó nuestra inteligencia, con motivo de ellas se confundió nuestro amor en un solo pensamiento.

Desde aquel dia fué mi jardin el término de nuestro paseo del domingo. Las flores eran una propiedad tan esclusiva que, por un acuerdo tácito, nadie se hubiera atrevido á coger una sin mi permiso; por eso mismo eran mas preciosas, y se creía un gran favor el obtenerlas.

—Vamos, Enriqueta, haznos los honores de tu jardin, me decía siempre mi padre.

Y yo daba una rosa á cada uno. Leon nos acompañaba muchas veces, y yo le daba una flor como á los demas; pero se la daba delante de todos creyendo que este don no tenía así ninguna importancia. Un dia, llegó cuando se había hecho la distribucion y partimos sin atreverme á volver á coger una flor para él.—Leon se acercó á mí que iba la última acompañando á mi padre.

—Habeis llegado tarde, le dijo este.

—Con que no habrá flor para mí? preguntó Leon.

Yo no respondí; pero dejé caer la rosa que tenía en la mano, que él recogió y oprimió contra su corazon. Hacía tiempo que deseaba recompensar sus solicitos cuidados, porque es inesplicable la facilidad con que adivinaba mis deseos y los satisfacía antes de que yo los hubiese espresado. La felicidad radiaba en sus ojos y yo la sentí tambien en mi corazon. Desde entonces no volví á darle rosas, las dejé caer; despues hubo un rosal cuyas rosas solo se cojian para él.

Decir cómo nos comprendíamos sin hablarnos, esplicar por qué comun inteligencia conversábamos con la palabra de otros, hacer ver como una mirada furtiva daba á una palabra cualquiera pronunciada por un indiferente un sentido que solo nosotros entendíamos, sería querer escribir la historia de nuestra vida hora por hora, minuto por minuto. Y sin embargo, todo esto era inocente: yo hubiera dado á un amigo aquellas prendas efímeras, que con tanto cuidado conservaba Leon, á quien ninguna palabra había dicho que las recibía con otro título.

Al fin llegó un dia en que recibí y dí una prenda que rompió el silencio de nuestros corazones. Perdónenseme estos detalles de los únicos dias en que he sentido la vida en todo su poder; no se ría el lector de estas débiles felicidades que son las únicas que me ayudan á soportar el peso de la desventura que me abruma: estos son los únicos recuerdos que adormecen mis penas: aquellos momentos fueron los mas dulces de mi vida, no tanto por la felicidad que hallé, como por la que dí; porque razon tenia yo cuando dije que amar es dar la felicidad.

Era la víspera de mi cumpleaños. Mi padre, mi madre, mis hermanos y hasta mis sobrinas, me molestaban amenazándome con sus regalos para el dia siguiente.

—A que no sabes lo que te voy á regalar? decía uno.

—Verás si he adivinado tu gusto, decia otro.

Todos esperaban complacerme. Leon era el único que nada se atrevia á decir; nada me prometia, pero me miraba.

Ah! que horrible es no ver y no amar! Señor! cuándo abrireis ó cerrareis del todo mi tumba?

Leon me miraba.

Dios mio! qué encanto es ese que habeis colocado en los ojos del ser á quien se ama? qué luz celeste, qué rayo etéreo es ese que penetra en el alma como un ambiente que vivifica y perfuma la existencia? Leon me miraba y yo sentía mi corazon fundirse en alegría al calor de su mirada. Me hallaba segura de que él había pensado tambien en mí. La mañana siguiente bajé al jardin asi que hube recibido los regalitos de mi familia. Leon estaba allí, y me acerqué á él segura de recibir lo que su mirada me había prometido. Se hallaba muy turbado é iba á hablarme, cuando se acercó Feliz á ofrecerme un hermoso aderezo. Iba á alejarse, pero le detuvo mi mirada y ví que había tomado una resolucion.

—Perdonad, me dijo, se me olvidaba deciros que esta mañana paseando en el parque he encontrado este pañuelo; como tiene vuestra cifra, creo que es vuestro y os lo devuelvo.

Al pronto no pude menos de resentirme: había hallado uno de mis pañuelos y no le guardaba! — Le tomé sin fijar la atencion en él y dí las gra-

cias con mucha frialdad á Leon quien se alejó confuso. En aquel instante llegó Hortensia y arrebatándome con viveza aquel pañuelo, dijo:

—Mirad si la picaruela ha concluido de bordar su pañuelo antes que yo el mio. Ha trabajado de noche para estrenarle en sus dias; eso no vale. Qué hermoso es! No creía yo que hubiera quedado tan bien, porque te veía trabajar con mucha distraccion.

Al principio no comprendí á Hortensia; pero fijé la atencion en el pañuelo y ví que era absolutamente igual á otro que aun no habia concluido de bordar. Era, pues, el regalo de Leon una prenda que podía conservar sin esconderla; un pañuelo que me pertenecería aun mas que el mio, pues solo yo sabía su procedencia. Acepté la esplicacion dada por Hortensia y en seguida fuí á mi cuarto, busqué el pañuelo que tenía sin concluir y le quemé á la luz de una bujía. No quise tener nada mio que pudiese rivalizar con lo que Leon me habia dado.

Cuando bajé á almorzar, hallé á Leon pensativo y triste, y me miraba con desaliento. Pasé por la frente el pañuelo que me habia regalado, y la alegria iluminó su rostro. Muchas veces habia yo oido decir que es preciso temer las palabras del amor; sus miradas y sus dulces éstasis es lo que es preciso temer. Qué pudiera haberme dicho Leon que equivaliera á la alegría que me causó la felicidad que en aquel instante le dí? Su felicidad refluyó en mi corazon, y no quise hablar, temerosa de que se evaporára en mis palabras.

Luego fuimos á dar nuestro paseo. Feliz nos acompañó por primera vez. Hice mi distribucion de rosas, y Leon obtuvo una de las últimas que quedaban en su rosal. Aquel dia se la dí diciéndole: —Gracias! y él la recibió con trasporte. Feliz se acercó á nosotros.

—Y para mí, me dijo, no hay ninguna?

—Sí por cierto, le respondí dirijiéndome á otro rosal.

—Seré yo menos afortunado que Leon? replicó, no habrá para mí una de esas bellas rosas blancas como la suya?

—Quédan ya tan pocas!

—No lo habiais notado hasta que yo os las he pedido?

La felicidad de mi alma era demasiado grande para que yo tratase de comprometerla: coji la mejor rosa y se la entregué á Feliz, quien me dió las gracias; miré á Leon como para pedirle que me perdonase, y le ví arrojar léjos de sí su rosa permaneciendo en su sitio inmóvil y desesperado. Comprendí su cólera, porque yo acababa de profanar nuestro secreto. Feliz hablaba conmigo y yo apenas le escuchaba; luego le llamaron y se alejó algunos pasos. Entonces, abandonando toda prudencia, me acerqué á Leon.

—Con que habeis tirado vuestra rosa?

—No es ya mia, es la rosa de todo el mundo.

—Es injusto lo que decis.

—Tambien es injusto lo que vos habeis hecho.

—Vos que devolveis con tanta puntualidad lo que no habeis hallado, qué diriais si yo hubiese rehusado lo que no era mio?

—Ah! no me lo devolvais! murmuró Leon asustado; calló un instante y luego añadió en voz baja mirándome: —«Permitid que deplore el haberos devuelto lo que verdaderamente había hallado.

Sus miradas se detuvieron en aquel brazalete de pelo que tan tímidamente me había devuelto. Por un movimiento mas rápido que mi pensamiento, me arranqué el brazalete y dije:

—Tomad.

Leon dió un grito de alegría.

Yo huí temerosa de contemplar su felicidad. Se dice que lo que estravia á las mugeres es el dolor de los hombres á quienes aman: esta fué la causa de mi estravio! Cuantas veces sonreía á Leon, cuantas veces le miraba, cuantas veces le hablaba, veía en él tanta embriagez, tanta felicidad!... Ah! yo amaba mucho á Leon, y le amaba para que fuera dichoso! Para hacer su dicha me he hecho culpable; sufro para que crea en su felicidad si vuelve á verme, y por esto mismo sufro con valor.

Los dias que siguieron á aquel fueron los dias verdaderamente dichosos de mi vida. Yo sentía en toda su embriagadora plenitud la dicha de amar y de ser amada! No ignoraba que entre Leon y yo existía un obstáculo invencible: le veía delante de mí, pero no me causaba miedo. Ningun medio me quedaba para contrarrestar la suerte que me esperaba, pero no trataba de contrarrestarla: amaba y era amada! este sentimiento era el que ocupaba por completo mi corazon. Mi embriaguez era tan completa que yo no necesitaba recuerdos ni esperanzas: el presente era toda mi vida; lo que había sido y lo que debía ser no podian ocuparme puesto que amaba!

Dios mio, Dios mio! ahora que la reflecsion, la soledad, y la desesperacion me han hecho ver cláramente muchas cosas que entonces se presentaban confusas á mis ojos, me parece que los que hablaban de amor no habían amado nunca, ó que yo amaba como ellos no habían amado. Leon era mi alma, mi pensamiento, mi vida. Yo no pertenecía al número de esos que piensan en el porvenir y proyectan medios de ser dichosos; esto hubiera sido apartarme de mi felicidad presente, y yo no podía hacerlo. Sentía mi corazon entregado á un bienestar superior á todos los cálculos y á todas las previsiones; las fuerzas de mi vida y de mi pensamiento apenas bastaban aquella embriaguez.

Oh, Leon! yo te amaba como no puedes creer, porque ahora, sacrificándote mi vida y aceptando el tormento mortal que padezco por no adjurar tu amor, no te amo tanto como entonces te amaba: ahora pienso en la esterilidad de mi vida y en mi honor manchado; sé lo que hago y tengo una voluntad, pero entonces en nada de esto pensaba, nada de esto sabía y nada de esto tenía; te

amaba y nada mas. Mi deber, mi honor, mi virtud, todo se cifraba en amarte. Leon, Leon, cuánto te he amado!

Lo que pasó entre nosotros durante un mes transcurrido de este modo, no se puede esplicar. Todo me agradaba y me embriagaba. Si Leon estaba á mi lado, era dichosa, si estaba lejos, era dichosa tambien: su ausencia y su presencia eran para mí iguales. Cuando Leon me hablaba, su voz vibraba en mí y despertaba en mi oido un éco tan dilatado que duraba aun cuando Leon dejaba de hablar. Era mi vida en aquella época de la misma naturaleza que la vida de los demás? pertenecía yo entonces á este mundo? había sido conducida al cielo en una atmósfera desconocida? era aquel un sueño en que solamente velaba el amor en tanto que dormían en mi corazon la prudencia y el deber?

Si, era un sueño, una embraguez sin nombre, porque cuando la desgracia vino á arrancarme de aquel éstasis dulcísimo, me hubiera sido imposible decir lo que me había pasado, no hubiera podido espresar con exactitud una sola de sus circunstancias, y únicamente esperimentaba un quebrantamiento acompañado de una dolorosa alegría. Mi corazon se había quebrantado con los celestes goces de que había estado lleno. Me parecía cuando tornaba á la vida ordinaria que si este estado hubiera durado mas tiempo, mis fuerzas se hubieran derretido dúlcemente como la cera virgen colocada en un horno templado, y que mi alma se hubiera evaporado como el eter espuesto á la accion del sol.

De esto modo debí morir, Dios mio, y no como ahora muero, porque así hubiera tornado á vuestro seno sin mancha, y vos me hubierais acojido, pues sois el Dios de la inocencia. Sin embargo, espero que no me rechazareis, Señor, porque sois tambien el Dios de los dolores.

Vacilo al continuar este relato, porque en lo que me falta no hay mas que terror, desesperacion y crimen.

¡Ah! Féliz era lo que ya he dicho, el tigre que ama su presa para devorarla, el tigre que se oculta entre las flores brillantes del cactus y espera en silencio largo tiempo para saltar de repente sobre su presa á la que se aparece acompañado de la muerte.

El invierno se había acercado. Una mañana bajé al parque, con objeto de pasear por una calle que se descubría desde la ventana á cuyo lado trabajaba Leon. Yo no podía ver á este, pero sabía que él me veía, y solía ir á allí para alegrarle con mi presencia. Siempre, por la noche, hallaba medios para decirme todo lo que yo había hecho, mis menores movimientos y las veces que me había parado. Para todo esto teníamos signos convenidos y ambos nos creíamos felices con estos entretenimientos. La mañana de que hablo, salió Leon á mi encuentro y me detuvo al fin de una calle muy resguardada de follage.

—No paseis de ahí, me dijo; el capitan ha hecho quitar mi bufete de junto á la ventana donde estaba; sin duda sospecha nuestro amor: le he visto di-

rigirse hácia aqui probablemente para espiáros, y me he escapado para decíroslo.

En este instante ví á Feliz que se dirigía hácia nosotros.

—¡Huid! dije á Leon.

—No ;-eso sería demostrar que queremos ocultar alguna cosa. Serenaos y responded con arreglo á lo que yo os diga.

El capitan nos vió, pero no aceleró su paso; aquella lentitud me asustó porque demostraba que Feliz tenía seguridad en sus sospechas y en sus proyectos. A pesar de la distancia bastante larga que nos separaba, me parecía que sus miradas duras y frías penetraban en mi corazon. Cuando se hubo acercado á nosotros, me dijo Leon con tranquilidad:

—Bien está, señorita; me ocuparé en la copia de la música nueva.

—Os lo estimaré mucho, respondí yo.

Feliz se detuvo y nos dirigió una sonrisa de lástima y de desprecio.

—Tened la bondad de venir conmigo, dijo á Leon; tengo que daros algunas órdenes.

Al instante me asaltó el deseo de escuchar lo que se iba á hablar, y me apresuré á decir:

—Os dejo juntos.

Hice que me retiraba con ligereza, y gracias á la espesura del ramaje, pude acercarme sin ser vista al sitio donde habían quedado Leon y Feliz.

El capitan tardó en tomar la palabra, sin duda esperando á que yo me alejara.

Leon fue el primero que habló; su voz produjo en mí un efecto extraño; no era la voz con que á mí me hablaba. Aquel á quien yo oí en este instante se mostraba tan enérgico y tan altivo como dulce y sumiso era aquel á quien yo amaba.

—¿Cuáles son las órdenes que tiene que darme el capitan Feliz?

—Una sola, caballero, respondió este; que os prepareis para partir mañana.

—No he venido á la fábrica de Mr. Buré para ocuparme de los negocios esteriores.

—No vais á partir para ocuparos de los negocios esteriores, os ocupareis de los vuestros. Estais ya bastante instruido y creo que ya es tiempo de que volvais á vuestra casa.

Esta noticia me aterró, tanto que me ví precisada á apoyarme en un árbol para no caer; pero la voz de Leon me fortaleció asustándome al mismo tiempo.

—¿Es decir, caballero, que me despedís?

—No me he servido de esa espresion, respondió el capitan con mucha calma.

—Bien, señor mio, replicó Leon con tono sarcástico; no tengo derecho á haceros mas grosero que lo que sois.

—Son inútiles vuestros insultos, caballerito, dijo Feliz con desprecio.

—Y vuestras órdenes son inútiles tambien, terrible capitan, repuso Leon con sarcástica sonrisa.

—Sin embargo, tendreis que obedecerlas.

—Las obedeceré cuando las reciba del amo...

—Yo soy aquí el amo.



—Todavia no lo sois: el amo es Mr. Buré; ya sé que se os ha prometido asociaros á la casa asi que pesqueis la dote de Enriqueta. ¡Es muy cómoda la fortuna que se adquiere casándose con una jóven rica! Pero todavía no se ha verificado el casamiento: hasta que se verifique, sois un dependiente como yo, señor capitan; y si os place dar órdenes, á mí no me place recibirlas.

Yo esperaba ver estallar la cólera de Feliz. Pero el sonido de su voz me demostró que habia tomado la resolucion de moderarse.

—Serán satisfechos todos vuestros deseos, caballero; voy á rogar á Mr. Buré que os repita lo que acabo de deciros.

—¡Es decir que vais á denunciarme! dijo Leon fuera de sí.

—¡Denunciar á Mr. Lannois! ¿Y por qué? Os creo un jóven honrado y sois inteligente y laborioso; mas, ¿qué quereis? Será un capricho, pero vuestra presencia no me hace gracia, me afecta los nervios.

—¿Sabeis, capitan, que tomo esas palabras por una insolencia?

—¿Y á qué conduce eso?

—A pediros una satisfaccion.

—Lo siento, pero no puedo dárosla, mi buen amigo. Vuestro padre os envió á casa de un honrado comerciante en buen estado de salud, y es preciso que nosotros á fuer de comerciantes honrados os devolvamos en el mismo estado. Asi que vuestro padre nos avise que habeis llegado sin avería, si quereis venir á dar un paseito por aquí, os daré cuantas satisfacciones querais.

—Lo haré así, respondió Leon con un desden que en medio de mi desesperacion me causó gran placer, pues debía humillar á Feliz; lo haré como decis mi buen amigo; pero entre tanto, quiero daros una noticia, mi escelente amigo, quiero deciros que sois un necio.

La resolucion del capitan no pudo menos de ceder á esta injuria.

—¡Miserable!... esclamó Feliz.

—Venid, venid conmigo, capitan; en mi cuarto hay dos espadas.

—No, replicó Feliz serenándose por completo; no, antes es preciso despediros.

Y temeroso sin duda de ceder á su cólera, se alejó con rapidez. Yo quise dar algunos pasos para acercarme á Leon, pero me faltaron las fuerzas que me habían sostenido hasta entonces y caí al suelo sin sentido.

Cuando volví en mí, me hallaba en casa, rodeada de toda mi familia. Las miradas que se me dirigian estaban llenas de feroz severidad. Mi hermano era el único que me miraba con alguna indulgencia, y así que recobré la razon, me dijo casi con dulzura:

—¿Eres culpable, Enriqueta?

¡Ah! ¡Malditos sean los que hablan á los corazones inocentes en un lenguage que supone el crímen ó el vicio!

¿Eres culpable? Estas palabras, sin duda tenían para mi familia distinto sentido que para mí, porque mi respuesta tuvo tambien una significacion que solo mas tarde he comprendido. Pobre niña enamorada, yo solo pensaba en aquel á quien se iba á despedir, y solo respondí á la terrible pregunta de «¿eres culpable?» con estas palabras:

¡Gracia! ¡Gracia para Leon!

—¡Desventurada! esclamó mi padre levantándose.

Mi padre á quien apenas mi madre podía contener, ecsalaba sordas maldiciones. Yo me hallaba estupefacta: conocía mi falta en contravenir á los deseos de mi familia; pero conocía tambien mi inocencia, y sin saber cuáles eran los crímenes del amor, sabía perfectamente que aun no había faltado á todos mis deberes. Asi, pues, me levanté á mi vez y dirigiéndome á mi padre, le dije con enerjía:

—¡Me preguntais si soy culpable! ¿Culpable de qué? Si es culpa amar á Leon, si lo es el habérselo dicho y el confesar que él tambien me ama; sí, soy culpable. Si aparte de esto hay otros crímenes, lo ignoro completamente.

Y salí del salon, indignada de no encontrar mas que rostros severos y acusadores cuando la felicidad de mi vida acababa de truncarse. Desesperándome al ver el abismo de penas en que me precipitaba, comprendí por medio del dolor, aquel amor que ya había comprendido por medio de la alegría, amor inmenso, amor que era el centro de mi vida, la que hubiera terminado, ó yo hubiera perdido la razon si se me hubiera privado de él.

La cólera se mezclaba á mi desesperacion que era estrema no hallando una palabra compasiva entre los seres felices que me rodeaban. Cuando, viéndome acusada, hallaba algun placer en acusar, un incidente inesperado llevó al colmo de la violencia mi irritacion. Abrí la puerta de mi cuarto y ví á Feliz registrando los cajones de mi cómoda y examinando mis papeles; un grito de horror y de desprecio se escapó de mis lábios.

—¿Qué es eso? esclamó mi hermano que me había seguido acompañado de su muger.

—Un criado que violenta las cómodas, respondí en el colmo de la indignacion.

—¡Enriqueta! murmuró Feliz á quien la violencia de mis insultos no dejó tiempo para avergonzarse de su infame accion.

—Salid, salid de aquí, le dije; me obligais á arrojaros de mi habitacion.

Al oir mi voz, al contemplar mi semblante, quedaron inmóviles en el humbral de la puerta mi hermano y su esposa, cuyo rostro demostró á Feliz la vergüenza que esperimentaban. Terrible debió ser la espresion que la cólera prestó á mi voz, pues el capitan salió sin hablar una palabra con la frente pálida y los ojos encendidos por la rabia. La mirada que ambos cambiamos fue la espresion de nuestro destino: odio y desprecio eterno para él, venganza y odio eterno para Leon y para mí.

No bien salió Feliz, cerré la puerta de mi habitacion y oí á este decir á mi hermano:

—No he hallado prueba alguna.

¡Pruebas! ¿Pruebas de qué? ¿De mi amor? ¡No era necesario buscarlas!

Yo le confesaba y le proclamaba á la faz de todo el mundo. ¿Se buscaban pruebas de mi deshonra?... ¡De mi deshonra!...

No olvide quien lea este desaliñado relato el libro en que ha sido escrito; comprenda por qué abominable cálculo se ha lanzado á mi soledad, despues de otros muchos, el libro en cuyas páginas escribo; primeramente se me dió á leer un libro titulado *Faublas*, despues otros aun mas abominables que eran otros tantos corruptores reunidos en torno de mi ataud para infectar mi alma y cuyas páginas empañaban la pureza de mis miradas, hasta que llegué á comprender lo que querian decirme.

En el dia ya sé cuáles eran las pruebas que Feliz buscaba, ya se qué significaba la palabra deshonra; pero Dios es testigo de que entonces era tan pura la virginidad de mi espíritu, como la virginidad de mi cuerpo; el amor con que se quería avergonzarme era un ángel descendido del cielo y cuyas blancas alas aun no habían tocado la tierra.

Todo me revelaba, sin embargo, que la acusacion de mi familia no se detendría donde se había detenido mi falta, y yo buscaba esta luchando con la cólera que me causaban la severidad de los unos y la audacia insultante del otro; me pesaba mi inocencia y envidiaba á Feliz el consuelo que iba á esperimentar al saber que yo era inocente; el pudor que no me habian supuesto iba á causarles una alegría.

Mi irritacion y mi fiebre eran escesivas; pero se calmaron muy pronto y el dolor me sirvió de alivio.

Iba á perder á Leon; le perdía inesperadamente, sin despedirme de él, sin prometerle nada, sin que pudiéramos decirnos: «suframos y esperemos.» Ah! esto era muy cruel! No pocas veces tuve tentaciones de bajar á ver á mi padre, á mi hermano, á Hortensia, para decirles que era inocente, para suplicarles que no dejasen partir á Leon ó que me permitiesen verle... El dolor había estraviado mi razon del mismo modo que la había estraviado la cólera.

Otras veces quise salir y vagar al hazar por la casa ó por el parque con objeto de hallar á Leon ó para verle de lejos; pero no hubiera llegado á hacerlo porque estoy segura de que me hubiera detenido al poner el pie en el primer escalon. Hubo un momento en que se apoderó de mí esta idea, y quise salir; pero habían cerrado por fuera mi habitacion!

Dios les perdone mi crímen; pero puedo asegurar que me impulsaron á él con todas sus fuerzas. No tuvieron un consuelo para un dolor inocente; no tuvieron un consejo para un dolor que podía llegar á ser culpable, no quisieron recordarme mi ternura para con ellos, no me rogaron que no los afligiese, ni aun me mandaron que respetase su nombre! Un cerrojo! Un cerrojo para mí como si fuese un criminal, como si fuese una jóven sentenciada á prision!

Dios mio, no puedo arrepentirme de mi crímen, porque se hicieron muy dignos de él, porque ellos fueron causa de mi perdicion. Viendo cerrada la

puerta de mi cuarto, abrí la ventana y como no habían aprisionado mis ojos, á su pesar, ví á Leon que se alejaba á caballo. El destierro para Leon y un encierro para mí... Y todo en una hora! No son tan activos los verdugos.

No se cuál tenía mas predominio sobre mí en aquel instante, si la desesperacion ó la ira; pero ambas hubieran producido un mismo resultado: me hubiera arrojado por la ventana á no detenerme una seña de Leon que me decía: « Espera! » Me decidí á esperar, y le ví alejarse resuelto á luchar con todos y á procurar mi dicha por todos los medios. Apenas le había perdido de vista, oí descorrer los cerrojos que me aprisionaban, se me devolvia la libertad creyendo que ningun riesgo había en ella hallándose ausente el objeto de mi amor; pero yo rehusé la libertad que se me daba.

Lo que yo me hubiera tomado solo me hubiera conducido á esperanzas vanas; no hubiese vuelto á ver á Leon si se me hubiera dejado la libertad de verle. Mi familia no había comprendido esto como tampoco comprendió mi obstinacion en permanecer en mi cuarto; seguros como todos estaban de mi inocencia, pues, segun he sabido despues, las nobles protestas de Leon habían inspirado esta seguridad, no se acercaron á consolarme; me dejaron padecer bajo el peso de sus infames sospechas, porque Feliz les dijo que no se debía ceder á la pasion de una jóven, ni hacer caso de la cólera de una niña.

Me dejaron, pues, entregada á la idea de que se me creía culpable; seguros de mi honor, tuvieron á menos asegurarme su perdon. Tal vez debí yo ir á implorarle; pero pedir perdon era justificarme á los ojos de Feliz y yo no podía hacerlo. En mí han tenido lugar las dos pasiones dominantes en el corazon de la muger, el amor y la aversion. Amé á Leon mas que á mi vida y moriré por no dar un momento de alegria á mi verdugo.

Llegó la hora de comer; entonces había un pretesto para llamarme, pero quisieron castigarme. Yo era muy jóven, no recordaban que amaba y que el amor es el supremo crecimiento del corazon. Yo me reí de su castigo. Hortensia que á los diez y seis años se había casado con mi hermano, no se acordaba que ella era esposa y madre á la edad en que dejaba que se me tratase como á una niña caprichosa. Sin embargo, vino una criada á servirme la comida; iba yo á mandarla salir cuando deslizó furtivamente á mi mano un papel que contenía estas palabras escritas con lápiz:

« Parto, pero volveré esta noche. Es preciso que yo os hable; es preciso »que ambos nos salvemos. A las diez estaré junto á la puertecita del parque »¿Estareis vos tambien? »

Por una estraña casualidad me era enteramente desconocida la letra de Leon, y aquel billete no estaba firmado; mas sin embargo, no dudé un instante de su autor, y poniendo al pie de aquellas líneas: « Sí » se le devolví á la criada.

Esta accion que decidió de mi vida, debo confesarlo, fue hija de la irre-

flecsion. La criada esperaba mi respuesta y Leon la esperaba tambien; ademas yo necesitaba ver á Leon, no precisamente porque le amaba, sino para decirle lo que iba á ser de mí y para preguntarle cuáles eran sus proyectos; lo que yo deseaba era una especie de junta en el momento de la catástrofe, para tratar de nuestro porvenir.

Asi que hubo partido el billete, conocí que acababa de dar una cita, y sin embargo esta no era lo que se llama una cita amorosa. El dia anterior, aunque me la hubiera pedido de rodillas Leon, no se la hubiera concedido; pero entonces se la hubiera yo pedido si él no se hubiera anticipado. Ambos teníamos ya por salvaguardia á la desventura. Un nuevo terror vino á turbar mi espíritu; aquella cita era quizá un lazo que Feliz me tendía. ¿Pero con qué objeto? ¿Con el de hacerme incurrir en una falta? Por último, me decidí, fuese lo que fuese, á cumplir mi promesa; por la salvacion de mi alma que es la única esperanza que me resta, juro que la falta que cometí solo fué una desobediencia mas, una rebeldía contra Feliz, un nuevo medio de librarme de él: el amor no tuvo parte en ella, y si me hubiera sido preciso escribir anticipadamente cuanto en aquella entrevista debía hablarse, apenas hubiera figurado en mi relato la palabra « yo te amo, » y solo se hubiera hallado en él la resolucion de acojernos al amparo de la familia de Leon, para librarnos de la mía. Protesto que yo no tenía idea alguna del amor culpable: solo calculé los medios de salvacion que me restaban y no ví los peligros á que me esponía.

Llegó la noche y esperé sin temor el instante en que debía huir de mi habitacion. Un temblor fue lo único que sentí al llegar este instante: vagas imágenes de una jóven seducida huyendo de la casa paterna atravesaron como fantasmas ante mi vista al bajar la escalera que parecia gritar para denunciarme con la presion de mis pasos. Yo había visto cuadros que representaban esto mismo y aquellos cuadros se diseñaban en la sombra, y en ellos aparecía mi imágen.

A ser menos ignorante, tal vez hubiera retrocedido ante aquellos sombríos avisos; pero estaban en contra mía la pureza de mi alma y la ignorancia de mis sentidos. Yo, pobre niña, sentía toda mi vida en el corazon y no comprendía que este pudiera ser deshonrado.

Atravesé el jardin, llegué á la puerta del parque y la abrí. Leon que me esperaba ya, entró y me tomó de la mano; aquella era la primera vez que me tocaba, pero no esperimenté emocion ninguna: tal era mi turbacion.

—Ven conmigo, me dijo, ven y entraremos en ese pabellon; allí estaremos mas seguros: el capitan andará tal vez por el parque.

Seguí á Leon porque tenia miedo á Feliz, y entramos en el pabellon en medio de la oscuridad mas completa. Leon me hizo sentar en un canapé y se colocó á mi lado.

Si yo hubiese hablado la primera, mis primeras palabras hubieran sido estas:

—Y ahora, qué va á ser de nosotros?

Pero fué Leon quien habló primero; parecía haber olvidado nuestra desgracia, pues me dijo:

—Ah, Enriqueta! cuánto tiempo hacía que me moria por hablarte! Hace seis meses que te amo, hace seis meses que tu mirada me abrasa y me embriaga, y no haberte hablado á solas ni siquiera una vez, no haberte podido esplicar mis tormentos!... ¡Ah, qué desdicha!

Estas palabras y el acento con que fueron pronunciadas me conmovieron y me dieron miedo. Yo no había ido allí para que Leon me dijese que me amaba; lo sabía ya, yo tambien le amaba! La primera vez que me espresaba libremente sus pensamientos no se hallaban conformes nuestros corazones. ¿Me amaba menos que yo á él, puesto que necesitaba decírmelo? Entonces no me ocurrieron estas reflecsiones.

—Leon, somos muy desgraciados.

—No, me replicó bajando la voz; no somos desgraciados si tú me amas como yo á tí. Te dejo porque es preciso; pero volveré muy pronto. Mi padre es muy rico y el amor que me profesa no tiene límites; se lo diré todo y vendrá conmigo á pedir tu mano y tu familia no me la negará.

—Lo creeis así?

—Sí, estoy seguro de obtenerla, teniendo seguridad de que tú te conservas para mí.

—Leon, esclamé tomando su mano, os juro morir antes que ser esposa de otro...

Leon oprimió mis manos y atrayéndome hácia sí, dijo:

—Ah! Con que me amas, Enriqueta?... me amas... Me juras ser mia?

Yo acababa de hacerle esta promesa antes de ecsijírmela y me pareció que no debía responderle en vista de la manera con que me la pedía. Sentí en mí una turbacion estraña; mi corazon se comprimia hasta hacerme mal, ó se dilataba hasta el punto de ahogarme; mis manos temblaban entre las de Leon, mi cuerpo tiritaba y mi respiracion era agitada.

—Me amas? no es verdad que me amas? me decía Leon atrayéndome hácia sí cada vez mas.

Una turbacion inaudita se elevó de mi corazon á mi cabeza y me pareció que mi mente se oscurecía, que un vértigo se apoderaba de mí y me derribaba.

—Dejadme... dejadme, respondí esforzándome para arrancar la voz de mi pecho.

Leon no hizo caso de mi terror y me estrechó en sus brazos.

Yo le rechacé sin comprenderle.

—No, le dije, no!

—Amada mia, Enriqueta! repitió. Me amas y serás mia... y entonces... Sé

mia ahora, y creeré en tu amor, creeré que me amas como yo te amo á tí y que tu vida me pertenece como á tí te pertenece la mia.

—Sí, seré vuestra, ya os lo he jurado. Leon, Leon!... que mas quereis?

—Porque me rechazas asi? dijo Leon sirviéndose de todas sus fuerzas para sujetar mis manos, y sentí sus labios sobre los mios. Entonces me levanté temblorosa y trastornada.

—No, no, no! murmuré negándome mas bien á mi turbacion que á sus deseos, pues juro por lo mas sagrado que ignoraba lo que Leon me pedia.

—Enriqueta! Enriqueta!

—Ah! esclamé espresando un sentimiento de terror inaudito, Leon, Leon, vos no me amais!

Y me eché á llorar.

—Ah! que has dicho, Enriqueta? dijo Leon con acento triste haciéndome sentar nuevamente á su lado. Con que no te amo! y por tu amor he sufrido durante seis meses la insolencia de ese hombre á quien debes pertenecer un dia, y por no alzar entre nosotros un ensangrentado muro, no he matado á ese hombre que se ha atrevido á decirme que serás suya!...

—Nunca!

—Dices que nunca? El se queda aquí y yo marcho; toda tu familia te rodeará, te suplicará, te amenazará, te dirá que yo no te amo y te hablará mal de mí. Y quién sabe si en un momento de duda, de miedo ó de debilidad, sucumbirás y olvidarás tus promesas?

—Nunca Leon!

—Ah! luchas con demasiada fuerza con mi amor para que no seas debil al luchar con su odio.

—Leon! ten compasion de mí! yo te amo!

—Ah! Enriqueta! no sientes latir tu corazon, no se trastorna tu cabeza? Oh! no me amas como yo á tí.

Yo sentia lo que decia Leon: mi corazon palpitaba con violencia y todo mi ser se estremecia y mi pensamiento y mi razon se trastornaban. Me hallaba en sus brazos: su aliento abrasaba mi rostro y sus lábios tropezaron nuevamente con los mios. Cerré los ojos, aunque la oscuridad era completa, y me dejé arrastrar á un crímen que ignoraba, pero que me parecia no debia ver; no habia perdido el sentido, pero me hallaba en brazos de Leon como un cuerpo inerte y sin fuerza. Un anonadamiento doloroso del cuerpo y del espíritu me entregó á él sin defensa. Leon hubiera podido matarme sin que yo sintiera dolor ninguno.

Nada mas sentí; en vano estrechó Leon aquel cuerpo sin alma, en vano buscó un latido en mi corazon, en vano solicitó una palabra de mi boca; me sentí morir y nada mas. Me hallaba deshonrada y era culpable y no sabía por qué era culpable ni por qué estaba deshonrada.

El grito de su felicidad fué lo que me sacó de mi letargo; quise rechazarle y maldecirle; pero sus lábios ahogaron mis palabras y sus besos secaron mis lágrimas; era ya suya!

Lloré, porque acababa de perder una ilusion; acababa de conocer lo que los hombres llaman felicidad.

La felicidad! Consiste, pues, en la profanacion del amor? Yo, pobre ángel caido, acababa de separarme del cielo; porque yo era un ángel, pues si hubiese sido solamente una muger, una muger como otras muchas, hubiera resistido, ó hubiera sido tambien feliz; pero ignoraba el amor de los hombres y sucumbí.

Sin embargo, hallé la calma en la delirante alegría de Leon, y mi alma descendió á él cuando le oí esclamar arrodillado á mis pies:

—Ah! gracias, alma de mi vida! me perteneces ya como pertenece el hijo á la madre. Ahora me concederán tu mano ó moriremos juntos. Enriqueta, dime que me perdonarás.

Yo creí comprender su embriaguez: acababa de saber que le amaba! Ah! qué prenda de amor tan miserable es el honor de una muger! Yo oculté mis remordimientos, no quise cercenar lo mas mínimo la dicha que acababa de dar.

Entonces, solamente entonces fué cuando Leon me habló del porvenir y de sus proyectos. Yo le dejé hablar: no me quedaba mas recurso que confiarme á él; había perdido mi derecho á darle un consejo ó á pedirle una esperanza; yo no debía ya pensar en mí: Leon había querido mi vida y se la había dado; mi único pesar era que fuera él el único responsable.

Por fin nos separamos; él se alejó y yo me volví á mi cuarto.

¡Cuántas lágrimas derramé aquella noche y qué horribles tormentos padecí el dia siguiente!

Ah! puede calcularse la intensidad de mi pena? Cuando ya me hallaba perdida se me prodigaban los socorros que antes me hubieran salvado. Hortensia, mi padre y mi madre alarmados con mi ostinacion en permanecer en mi cuarto, pasaron á verme la mañana siguiente y me dijeron que habían sido ofuscados por los zelos de Feliz; que sabían que yo no había cometido mas falta que la del amor, que me perdonaban, que me dejaban la libertad de llorar y sufrir, y que esperaban que el deseo de restituir la tranquilidad y la dicha á la familia me ayudaría á combatir aquella pasion mas imprudente que culpable.

La mañana siguiente, mi anciano padre, mi madre tan virtuosa, mi hermana tan buena, mi hermano tan justo, reunidos en torno de mi lecho me hablaban con las lágrimas en los ojos, y la indulgencia en los lábios, y yo no esclamé: — «Insensatos y verdugos, ya es tarde! habeis dejado caer á vuestra hija en el fango y venis ahora á tenderle la mano! ya no os necesita.« Pude decirles esto, pero no hice mas que llorar y volver la espalda á sus consuelos; creyeron que me iba á morir y me dejaron sola.

Si en aquellos instantes hubiera sabido donde podría hallar á Leon, hubiera huido de casa, me hubiera encaminado á él y le hubiera dicho:—Ya que me has querido, tómame por entero, dame un techo, dame una familia, dame pan y dame un nombre, porque me averguenzan el nombre y la familia y el techo y el pan que tengo; todo esto lo robo impudentemente; nada de esto es mio, porque he renunciado ya á ello.

La enfermedad me salvó de la desesperacion; una fiebre ardiente se apoderó de mí y me duró veinte dias.

Cuando cesó la calentura, solo me hallé con fuerzas para ser cobarde, solo tube valor para mentir y temblar, y no volví á ser digna de la vida hasta que apareció en mi corazon un sentimiento estraño, un sentimiento mas fuerte, mas santo, mas inefable que el amor: adiviné que era madre antes de sentirlo. Antes que los signos comunes de la preñez me demostrasen mi estado, no sé que intuicion de mis entrañas me dijo que ya no tenía derecho á morir. Sin embargo, aquel sentimiento solo era una vaga esperanza que me alhagaba en mis horas de soledad. Yo no se por qué, miraba con una curiosidad nueva á los hijos de mi hermana y procuraba acordarme de su rostro y de su llanto cuando eran recien nacidos, los tomaba con amor sobre mis rodillas y los mecía procurando acordarme del canto de su nodriza. Una tarde me hallaba arrodillada en mi cuarto rogando á Dios con todo el fervor de la desesperacion, pidiéndole que apartase de mí la desgracia que presentia, prometiéndole espiar mi falta con una vida de penitencia y de virtud, y entonces sentí ajitarse otra vida en la mía.

¡Oh bondad del Señor! si mucho amor habeis colocado en el corazon de la muger, aun habeís colocado mucho mas en sus entrañas! Yo era una pobre jóven perdida, y no puedo esplicar el grito de alegría y de amor conque saludé á aquel ser que alentaba en mí para ser el testigo irrecusable de mi crimen; no puedo espresar el número de santos deberes que me impuse para con aquella criatura que solo podía nacer para deshonrarme ó para matarme.

Estos santos deberes fueron los que me llamaron á la vida arrancándome del horrible abatimiento en que me veía sumergida. Dos meses hacía que Leon había marchado, y yo no tenia noticias suyas: todos se abstenían de hablar de él. Los cuchicheos que con frecuencia oía en mi alrededor demostraban que mi familia se ocupaba de mi suerte. Dispuesta me hallaba ya á lo que sucedía; sabia que se me ocultarian todas las tentativas de Leon, hasta que este venciera los obstáculos que nos separaban; tenía paciencia porque tenía fé en él.

Pero cuando dejé de estar sola, cuando empecé á temer por dos existencias abrumadas bajo el peso de una misma desgracia, fueron terribles mis angustias, mis inquietudes auyentaron mi sueño, y traté de penetrar el misterio que me rodeaba. Pasé asi un mes entero sin que nada me demostrase el menor cambio en las ideas de mi familia respecto a mí. Me hallaba en medio de mi

familia como una jóven poseida de una locura amorosa, de una pasion de ánimo invencible, á quien se deja por compasion la libertad de su tristeza. Todos se mostraban afectuosos para conmigo y prevenian mis deseos cuando la casualidad me hacía pronunciar una palabra que demostraba un deseo, pero dejaban abandonado mi corazon. Ni mi madre, ni mi padre, ni Hortensia, se acercaron nunca á mí para tenderme la mano, diciéndome que yo debía tener en mi corazon otra cosa diferente de la pasion de una niña, cuando me resignaba á tales sufrimientos.

La pasion á que me había sometido sin saberlo, me llegó á ser entonces insoportable. Qué hacía Leon? Cómo no había hallado medios de noticiarme el resultado de sus diligencias? Cómo no le había dado yo cuenta de mi posicion?

Todo esto me proporcionaba la inquietud de la desgracia, despues de haberme hecho sufrir su abatimiento. La criada que me entregára el billete de Leon, huía de mí temiendo la responsabilidad de una inteligencia conmigo. Un dia supe que una palabra compasiva que se le había escapado al ver mis sufrimientos le había valido la amenaza de ser despedida.

—Pobre señorita, había dicho, se les va á quedar muerta entre las manos.

Aquella muger tenía razon para hablar así; yo hubiera muerto si me hubieran dejado morir; pero han querido matarme y me he defendido; me he resistido y resisto aun. Cuánto durará esta resistencia?

El tiempo pasaba y nada me decía que no me hallaba abandonada. Ah! qué dias y qué noches de tormento! qué súbitos espantos y qué lentos y profundos terrores! si se pronunciaba una palabra sin intencion, que por casualidad tenía relacion con mi estado, me sentía desfallecer de pena; luego, en mi-soledad, me figuraba el momento en que me sería preciso decir la verdad ó mas bien en que la verdad sería descubierta, y entonces en mis insomnios veía cuadros terribles en que yo estaba representada de rodillas llorando y suplicando entre las maldiciones de mi familia. Pero por una estraña circunstancia que se hallaba lo mismo en los delirios de mis insomnios, que en los de mis sueños, nunca se me presentaba Feliz en aquellas horribles pesadillas; únicamente me parecía que un fantasma desconocido vagaba en torno mio con una sonrisa hedionda.

Consistía esto en que mi alma comprendía que amenazar y maldecir no era bastante para Feliz, y en que mi imaginacion era al mismo tiempo incapaz de representar un suplicio digno de la crueldad de aquel hombre?

Entonces era tanto mi sufrimiento que me parecía llegado á su término mi valor. Yo no conocía aun esa miserable facultad del alma, merced á la cual, esta halla fuerzas para resistir todos los dolores, de modo que los esperimenta todos antes de morir ó de hacerse insensible; pero no tardé en conocerle. Este conocimiento le adquirí á fuerza de padecimientos que unas veces devora-

ron mi corazon y otras le comprimieron y detubieron sus latidos. No se si en el dia aceptaría tales pruebas por salir de mi tumba. La primera y la única que me proporcionó alguna esperanza, tubo lugar en una de esas horas en que el alma se halla tan cansada que darla la felicidad es atormentarla; en una hora en fin de esas en que el sueño pesa tan invenciblemente en nuestros ojos que ni aun abriríamos estos para ver á nuestro hijo.

Todos estábamos en el salon; y tal era la sombría tristeza que inspiraba mi aspecto, que hasta la alegría de los niños era importuna. Un criado abrió tímidamente la puerta y dijo:

—Un caballero que ha dejado su carruage en la verja, se dirije á aquí.

—Ha dicho su nombre? le preguntó mi hermano.

—Sí, señor.

—Pues bien, quién es?

El criado vaciló y respondió lentamente, mirándome:

—Mr. Lannois.

—Leon! esclamé yo dando un salto.

—Es su señor padre, replicó el criado retirándose.

Todas las miradas se volvieron á mí, al oir el grito que ecsalé.

—Pero no veis que os volveis loca? me dijo mi padre con acento colérico y despreciativo. Se anuncia á Mr. Lannois y delante de un criado esclamais: «Leon!» Retiraos á vuestro cuarto... retiraos. Es preciso que este desórden concluya.

Viendo la espresion de mi padre que apenas podía contener su cólera, bajé la cabeza y salí murmurando:

—Ah! vos si que no veis que me vuelvo loca.

Apenas me retiré, me asaltó un invencible deseo de ver á Mr. Lannois, al padre de Leon, enviado por este, mi segundo padre, mi única esperanza; quise ver aquel hombre que me figuraba sería un anciano venerable y bueno, dispuesto siempre á la indulgencia y á la proteccion. Me deslicé á un gabinete, y allí detras de una cortina, ví á Mr. Lannois y escuché la conversacion.

Mr. Lannois era un hombre todavía muy jóven, de rostro alegre y colorado, grueso, de poca estatura, de maneras grotescas y de voz agria y comun. Nadie estrañará que le examinára tan bien en aquel instante: los rasgos que acabo de pintar me helaron el corazon. Si Mr. Lannois hubiera sido un hombre de rostro austero é implacable, tambien me hubiera hecho temblar, tambien me hubiera sumido en la desesperacion, pero no en la desesperacion vergonzosa del que comprende anticipadamente que sus súplicas serán mas bien desconocidas que rechazadas.

Podemos muy bien arrodillarnos ante la muerte, pero es preciso callar ante la cara estúpidamente alegre de la necedad feliz. Aun cuando la dureza de esta asercion debiese recaer sobre mi, la sostengo, porque, es preciso decirlo,

aquel hombre causó el mayor de mis infortunios, pues quitando su dignidad á mis sufrimientos, me hizo ruborizar, no de vergüenza, sino de hastío.

Al emprender esta narracion, creí que el cuadro de los tormentos que sufro sería cruelísimo de trazar, y al presente conozco que me es imposible hacerle comprender. Cuando diga que se me ha encerrado en una tumba, lejos del sol y del aire; cuando describa los horribles detalles de esta cautividad en que muero, se me adivinará y se me compadecerá. Pero ¿podré hacer comprender los horrores de la brutalidad que sofoca y petrifica el corazon y la vida de una desgraciada bajo su insensible mano? No importa esta duda: continuaré mi narracion, porque es necesario que todos mis dolores sean conocidos y entonces tal vez habrá un corazon de muger que me comprenda, me llore y ruegue al cielo porque lo que he padecido en este mundo me sea recompensado en el otro.

Primeramente cambiaron Mr. Lannois y mi familia los saludos de costumbre, luego se siguió una conversacion de negocios, y al fin dijo el padre de Leon repantigándose en su sitial.

— Veamos; me parece que aquí falta alguien.

— Quién?

—Toma, la adorada Enriqueta.

— Caballero... esclamó mi padre.

— Vamos, vamos, papá, no os hagais el desentendido; el chico me ha contado el asunto. Ama á la bribonzuela y ella le corresponde, cosa que no es de estrañar atendiendo á que el muchacho es de lo mejor de mi cosecha... Así, os aconsejo que le tomeis, pues, como mi pobre muger ha muerto, no os será fácil hallar otro por el estilo...

—Pero, Mr. Lannois, replicó mi padre picado, una proposicion de esa naturaleza... y en esos términos...

— Nada de términos ni de plazos, respondió Mr. Lannois con aire satisfecho; al contado, al contado doy cincuenta mil escudos á Leon.

—Pero si tenemos otros proyectos respecto á Enriqueta....

— Justo; pero los chicos se aman, y los que siembran, cojen (1).

De todos los que escuchaban tan estrañas palabras era yo la mas inocente y la menos acostumbrada á la grosería de semejante lenguage, y sin embargo lo comprendí todo y me retiré al parque casi loca. Mi última esperanza de salud había desaparecido, porque entonces conocí que mi familia no podía menos de rehusar proposiciones hechas de un modo tan indecoroso; tal era la dignidad de modales á que estaba acostumbrada, que no podía quejarme á nadie de que

---

(1) Aquí hay un equívoco intraducible: *s'aiment* (se aman) *y s'ément* (siembran), se pronuncian lo mismo.

se rehusasen. Qué mas diré, Dios mio! A no ser yo culpable, tal vez hubiese despreciado la felicidad venida de mano de aquel hombre: ahora mismo, al repetir las palabras que constituian el lenguage del padre de Leon, me siento confusa y avergonzada.

Mas es preciso manifestar lo que me condujo á la desgracia, y cómo desaparecí del mundo sin que nadie supiese mi paradero.

Me hallaba en el parque llorando y presa de ese vértigo que conduce al suicidio. ¡Ay de mi! si entonces se hubiera presentado ante mi vista el mar ó un precipicio, no hubiera titubeado en arrojarme á él. Vagaba entre las flores lastimando mi pecho y derramando un torrente de lágrimas, cuando ví á Mr. Lannois que salia de casa dirigiéndose colérico hácia donde le esperaba su carruage. Por repugnante y brutal que fuese su ausilio, no vacilé en implorarle, y lanzándome hácia él, llevada por mi dolor, le grité:

—Qué! os marchais?

Tan desesperada estaba y tan desgarrador era mi acento que Mr. Lannois retrocedió mirándome con sorpresa. Despues, añadió con ese tono mortal que quita toda esperanza como la rueda de una máquina que deshace indiferentemente el hierro que se la arroja ó el desgraciado que se ha dejado coger de ella.

—Que si me marcho? Y qué quereis que haga con ese atajo de protestantes y bonapartistas.

—Caballero, continué, pensad que si os marchais será preciso que yo muera.

—Vos...? Y quién sois vos?

—Enriqueta.

—Ya! Enriqueta! la querida, la princesa de mi Leon: gracias, alma mia. Pedid marido á vuestros estúpidos parientes.

—Y trató de alejarse.

—Señor! señor... continué en ademan suplicante. Considerad que Leon me ama y yo le correspondo.

—Bien! contad con eso solo para estableceros, y vereis que es un lindo capital.

Todas estas palabras caian sobre mi corazon y me derribaban como los implacables golpes del ganapan que maltrata á su muger. En fin, por última vez miré á aquel hombre lleno de vida y de alegria, y yo, pobre niña, perdida y muribunda, asiéndome á él con todas mis fuerzas, le dije con voz debil y desesperada ~~cayendo á sus pies~~:

—Sabed que soy culpable... Soy madre!...

Y caí á sus pies.

Aquel hombre me miró un instante y luego me volvió la espalda silbando y cantando:

Ta-ra-rá. Yo no sabia
que esa novedad habia.

Entonces caí al suelo ocultando la frente en el polvo, moribunda y ahogada por los sollozos.

Mi hermano, mi padre y Feliz que me habian visto desde casa, corrieron á poner término á aquella horrible escena que creyeron seria degradante para ellos y para mí; Mr. Lannois continuó cantando hasta su llegada.

—Poco á poco, que vais á hacer daño á la criatura, dijo con una sonrisa de triunfo dirijiéndose á Feliz que procuraba levantarme.

—Qué quereis decir, caballero? replicó mi hermano.

—Quiero decir, respondió Mr. Lannois repitiendo su asqueroso juego de palabras, que los jóvenes cuando siembran, cojen.

Yo volví á caer al suelo y entonces ví inclinado sobre mi el rostro espantoso de aquel desconocido fantasma que viera durante mis sueños.

Era Feliz quien me miraba asi.

Su rostro esperimentó una contraccion espantosa; luego se levantó y mirando frente á frente á Mr. Lannois, le dijo:

—Sois un infame y un calumniador. Mentís impudentemente!

Mr. Lannois palideció y tembló. Aquel hombre tan brutal era un cobarde.

—Yo!... Ella me lo ha dicho.

—No veis, repuso Feliz, que esta desgraciada está loca.

—Yo no lo sabía, dijo Mr. Lannois; se lo diré á mi hijo, y estoy seguro de que eso le curará de su necia pasion. Una muger loca! Pues estaba bueno! Esa noticia le hará mas razonable.

Hice un esfuerzo par levantarme y hablar, porque Mr. Lannois parecía hallarse convencido de la verdad de las palabras de Feliz, y sin duda mi conducta justificaba aquella opinion. Me arrastré de rodillas hácia Mr. Lannois, para hablarle, pero me faltaron las fuerzas y....





VIII.

Semiconclusion.



Con estrema atencion leia Armando este relato; hasta entonces nada le había distraido, ni los movimientos de Enriqueta, ni el llanto de la pobre criatura nacida sin duda en aquella horrible prision. Fija la vista en el manuscrito, le seguia con la atencion de la cocinera ó de la gran señora que lee ó mas bien devora una novela de Paul de Kock. De pronto, la desgraciada prisionera cojió el libro y le ocultó con rapidez en el sitio de donde le había sacado. Un momento despues, se movió uno de los tapices que cubrian la pared de en frente del baron, y entró Feliz trayendo una cestita en la mano. Luizzi esperimentó un movimiento de cólera al ver al capitan, y estuvo á punto de interpelarle; pero recordó por qué sobrehumano prodijio asistia á una escena que pasaba á larga distancia de él y se puso á observar con la atencion de aquel que ni un solo detalle quiere dejar desapercibido.

El capitan sacó de la cesta algunos alimentos que colocó sobre la mesa, Luizzi comprendió entonces por qué Feliz no cenaba nunca con su familia y por qué se le servia todas las noches en el pabellon. Los primeros momentos que sucedieron á la entrada de Feliz fueron silenciosos; sin embargo, el capitan manifestaba tal aire de triunfo, que parecía esperar únicamente la ocasion oportuna para estallar.

— Vamos, Enriqueta, dijo al fin, ¿tendrán todos los dias el mismo resultado?

— Todos los dias decis? Acaso hay dias y noches para mí? Para mi solo

hay una luz y una sombra ambas eternas; solo conozco una desgracia que no tiene víspera ni dia. Sufro como sufria y como sufriré; pienso como pensaba y como pensaré siempre. En la vida animada, pueden ser un motivo para cambiar de resolucion la noche que pasa y el dia que viene; pero yo no conozco dia ni noche, ni mañana ni tarde: mi vida es siempre la misma hora, siempre el mismo dolor, siempre el mismo pensamiento.

—Enriqueta, replicó Feliz colocándose delante de la jóven como si tratase de sorprender una emocion en su pálido rostro, en el que, por decirlo asi, parecía haberse inmovilizado el dolor, Enriqueta, repitió, no es el dia ni la noche lo que puede cambiar una resolucion tan tenaz como la vuestra; seis años hace que, aprovechando vuestro desmayo, ocultó nuestra familia la vergüenza de vuestra debilidad ocultándoos en esta prision. Con una palabra podeis salir de aquí, y aun no habeis pronunciado esa palabra.

—Ni la pronunciaré jamás, respondió Enriqueta. La única esperanza de mi vida es el amor de Leon, la única esperanza de mi tumba es su amor tambien.

—Y sin embargo, Leon os ha vendido, replicó Feliz, Leon se ha casado con otra.

—Mentis, Feliz, mentis. Leon no entregará su corazon á otra muger mientras yo viva.

—Olvidais que habeis muerto para él y para todo el mundo?

—Entonces, Leon no me ha vendido, y vos sois su verdugo y el mio.

—Enhorabuena: acepto ese crímen puesto que hace vana vuestra esperanza.

—Pero ya os he dicho que mentís, ya he dicho que no os creo; no, Leon no se ha casado. El que me ha sepultado viva, el que se ha hecho mas criminal que los asesinos y los envenenadores para quienes reserva la ley un cadalso, no habrá vacilado ante la idea de presentarme cartas supuestas á fin de proporcionarme un dolor mas.

—Enriqueta, dijo Feliz, hay cosas que no se pueden falsificar, por ejemplo el fallo de los tribunales. No tardareis en ver el que condena á Leon Lannois á trabajos forzados, y entonces veremos si conservais ese amor que habeis elevado á la categoría de la virtud.

—Si lo que decis fuera cierto, moriria en esta tumba con este amor; si la casualidad me arrancase de aquí y hallase á Leon infiel y deshonrado, le amaria viéndole al lado de su esposa, le amaria viéndole cargado de ignominiosas cadenas.

—Enriqueta, esclamó Feliz con aire sombrío y echando en su derredor una mirada feroz, ¿no conoceis que la hora de la paciencia se acaba y que es preciso que vuestro destino se cumpla?

—La hora de la paciencia no ha sido mas larga que la del dolor, y si es mi

destino morir sin volver á ver la luz del dia, haced que se cumpla en este instante; porque si vos estais cansado de atormentarme, yo estoy cansada de sufrir, y la muerte será el término de mis sufrimientos.

—Enriqueta, escuchadme bien: por última vez os ofrezco la vida; os engañé al deciros que pasábais por muerta: Mr. Lannois me oyó decir una palabra que creyó y repitió á todos; todos os creyeron loca, y nosotros aprovechámos aquella opinion para hacer correr la voz de que os habíamos hecho dejar la Francia. Todos os creen encerrada en alguna casa de locos de América ó de Inglaterra, y del mismo modo que podeis volver de ella mañana, podeis no volver nunca. Pero debeís comprender, Enriqueta, que entre nosotros ecsiste un gran crímen, y debo asegurar vuestro silencio. Volvereis á aparecer en el mundo, mas para ello habeis de ser mi muger y me habeis de entregar esa niña como prenda que debe ponerme á cubierto de vuestra venganza.

—Teneis razon, Feliz, respondió Enriqueta: hay un gran crímen entre nosotros; pero ese crímen que es aun mayor de lo que se os figura, quiero que le cometais por entero. El suplicio que esperimento es superior á cuanto se puede imaginar, pero os juro que no trataré de abreviarle ni un dia ni una hora: tendreis que matarme, Feliz, y tendreis que comparecer ante Dios con las manos teñidas en mi sangre. Yo tambien á mi vez os he engañado, pues ya no creo en el amor de Leon y ya no debo á él el valor del sufrimento. Este valor le debo al deseo de la venganza. No fieis en un momento de debilidad. He tenido tentaciones de entregarme á vos y de haceros creer en mi amor á fin de comprar una hora de libertad para ir á denunciaros á la justicia de los hombres; pero he retrocedido, no por temor al crímen, sino por temor de no engañaros lo suficiente. Ya, confio vuestro castigo á la justicia del cielo, quiero mas haceros asesino.

Feliz había contemplado á Enriqueta con la implacable mirada del asesino que parece medir el sitio en que podrá herir con mas seguridad á la víctima sin esponerse al riesgo de la lucha y de los gritos; luego, se acercó á la puerta que le había dado entrada, y cerrándola como si quisiese ocultar aun mas en el silencio el secreto de aquella tumba, se volvió á Enriqueta y la dijo con siniestro acento:

—Enriqueta, el crímen no será ya mas grande ni el remordimiento mas espantoso; pero el terror será menos incesante. Aquí hay un hombre á quien he sorprendido vagando al rededor de este pabellon y admirándose sin duda de que nadie penetre en esta morada. Es preciso que ese hombre pueda entrar á aquí mañana, á fin de que ninguna sospecha conciba, es preciso que entre á aquí sin que ninguna voz ni ninguna queja le demuestre que un ser viviente se oculta entre esta paredes. Para ello, necesitas ser mia ó morir.

—Morir! morir! esclamó Enriqueta.

—No olvides, desventurada, que mi crímen es el crímen de tu familia, que

tus parientes despues de haber sido cómplices involuntarios han sido cómplices forzosos; que despues de haber consentido que pasaras aquí algunos dias, te han dejado pasar semanas, despues meses, y despues años. Mi crímen pasado ha venido á ser tambien el suyo, y participarán asi mismo del que puedo cometer. No olvides que no soy yo el único á quien puedes conducir al cadalso: tu padre, tu madre y tu hermano me acompañarán.



—Pues bien, que asi sea, esclamó Enriqueta; que acaben mi muerte por tus manos los que la empezaron por ellas: arrastraré si puedo al cadalso á mi padre, á mi madre y á mi hermano sin compadecerme de ellos mas que de tí. No conoces que acabas de reanimar mi abatida esperanza? Aquí hay un hombre, un hombre de quien sospechas, un hombre que quizá vaga en este instante al

rededor del pabellon y que puede oirme. Oh! si quisiera Dios que fuera asi, y que mis gritos pudieran traspasar los muros de esta prision... Socorro! socorro!

Enriqueta empezó á ecsalar tan agudas voces que Luizzi dominado por aquel horrible espectáculo, dió un paso adelante para acudir en defensa de aquella muger. Feliz, lleno de miedo, perseguia á Enriqueta esclamando:

—Silencio! desgraciada, silencio!

En este instante, llegó Enriqueta á la puerta que conducia fuera de aquella terrible cárcel, la abrió por medio de un movimiento rápido y desesperado, y se lanzó por ella redoblando sus gritos. Feliz, dominado por el terror y la cólera, tomó un cuchillo que habia colocado sobre la mesa, y cuando se hallaba á punto de alcanzar á Enriqueta en los primeros escalones, Luizzi, olvidando por qué ilusion sobrenatural asistia á aquella terrible escena, se precipitó hácia él esclamando:

Detente! miserable, detente!

En el instante en que Armando creyó asir al capitan, faltando apoyo á sus piés, cayo esperimentando una conmocion violenta, y se sintió con agudos dolores acompañados del aturdimiento que siguió á la caida. Volvió poco á poco en sí y abrió los ojos; pero todo habia desaparecido. Se hallaba bajo la ventana de su cuarto por la cual se habia precipitado, dejándose arrebatar por una emocion que no habia podido dominar. Quiso hacer un esfuerzo para levantarse é ir al pabellon donde se representaba tan sangriento drama; pero le faltaron las fuerzas y cayó al suelo sin sentido.



IX.

Nuevo trato.



Al volver de su desmayo, se encontró Luizzi en el cuarto que le estaba destinado en casa de Mr. Buré; ardia á su lado una lamparilla, y un criado velaba á la cabecera de su lecho.

Largo rato tardó el enfermo en reunir sus recuerdos con la precision necesaria para conocer la posicion en que se hallaba. Poco á poco, vinieron á su memoria el accidente que le redujera á aquel estado y las causas que le produjeran, ó mas bien aparecieron ante sus ojos como un horrible sueño, cuya realidad no se presentaba todavia con bastante claridad á su espíritu. Trató de incorporarse sobre la cama para mirar á su alrededor, pero sintió que le faltaban las fuerzas. Descubrió poco á poco las vendas que rodeaban su brazo conociendo que habia sido sangrado, y recordando confusamente la altura de la ventana por donde se había precipitado, se admiró de que no se hubiese matado y temió haberse roto algun miembro. Se palpó, se movió, puso en juego las articulaciones, y vió con placer que no había sufrido fractura alguna.

Despues de cuidar asi de sí mismo, pensó en la horrible escena de que había sido testigo, y cuyo espantoso desenlace habia tratado de evitar; viéndose aprisionado en su lecho por el dolor y la debilidad, buscó alguna cosa que pudiera ayudarle, ó alguien á quien preguntar ó dar órdenes. Entonces fué cuando vió al criado que velaba á la cabecera de su lecho.

El enfermero desempeñaba bastante cómodamente sus deberes pues se ocupaba en leer con mucha atencion un periódico mordiéndose las uñas de su mano blanca y hermosa. Luizzi le examinó atentamente y no recordó haberle visto entre los criados de la casa. El aire de impertinente indiferencia de su guardian le disgustó en estremo; por otra parte los enfermos son como las mugeres, detestan á todos los que no se ocupan esclusivamente de ellos. El descontento de Luizzi llegó á su colmo cuando el criado, que continuaba leyendo el periódico con una risita burlona, murmuró:

—Bueno! bueno!

—Parece que es muy divertido lo que leeis? dijo Luizzi con despecho.

El criado miró de reojo á Armando y le respondió:

—Podeis juzgar vos mismo, señor baron. Escuchad:

«Ayer tuvo lugar un duelo entre Mr. Dilois, tratante en lanas, y el jóven Cárlos su dependiente. Este, herido de un balazo en el pecho, ha fallecido esta mañana. Todo el mundo preguntaba las causas de este duelo cuando la súbita desaparicion de Mad. Dilois ha venido á esplicarlas.»

—Dios mio! esclamó Luizzi incorporándose en el lecho, ha muerto Cárlos!

El criado continuó su lectura:

«Dícese que con motivo de las habladurías de la muger de uno de nuestros mas ricos notarios, Mr. Dilois habia descubierto relaciones íntimas entre su esposa y su dependiente.»

—Qué! esclamó Luizzi estupefacto, dice eso ese periódico?

—Y mas tambien, respondió el criado; oid.

«A las diez de la noche.=En este instante llega á nuestra noticia un suceso todavia si se quiere mas espantoso. La señora marquesa du Val ha puesto fin á su ecsistencia arrojándose desde el piso mas alto de su casa. Este suicidio se halla acompañado de una circunstancia estraordinaria que le une con lazos inesplicables al asunto de Mad. Dilois: se ha encontrado en poder de la marquesa un billete del cual copiamos algunas líneas:—«A... es un infame, pues ha hablado faltando á la promesa que te habia hecho. Nos ha perdido á las dos... Pobre Lucía, cuanto te compadezco! Firmado Sofía Dilois.» Todos preguntan quién es el infame designado por la inicial A... ¿Corresponde esta inicial á un nombre, ó á un apellido? Por otra parte, todo el mundo se admira de que se tuteasen dos mugeres de tan distinta categoría, y que no podian conocerse desde la infancia como compañeras de colegio, puesto que la marquesa no se habia separado de su madre (la condesa de Cremancé) hasta el dia de su casamiento, y que Mad. Dilois habia sido educada por una anciana que la recogió de muy tierna edad.»

Luizzi permaneció inmóvil y mudo de estupor y de desesperacion durante algunos instantes. Mad. Dilois, Lucía, Enriqueta, Mad. Buré, todas estas mu-

geres parecian volar y tornar al rededor de su lecho como fantasmas blancas.

—He matado á una y he dejado asesinar á otra! se decía como si una ley sobrehumana le dictara esta frase que repetia sin cesar.

Dirigia espantado sus miradas en torno de su lecho, y sintiéndose sin fuerzas para obrar y sin nadie en el mundo á quien confiar su pena, juntó las manos y dirijiéndose al cielo esclamó:

—Dios mio! Dios mio! qué he de hacer?

Apenas habia pronunciado estas palabras, recibió en las manos un fuerte capirotazo del enfermero, que le dijo:

—Qué es eso, hombre? Os pasais al enemigo en el momento del peligro? Esa conducta no es digna de un noble ni de un francés.

—Ah! eres tú, Satanás?

—El mismo.

—Quién te ha llamado, esclavo?

—Tú que me pediste la historia de Mad. Dilois y la de la marquesa.

—Sí; pero te negaste á contármelas.

—Las aplacé para dentro de ocho dias; los ocho dias han pasado ya.

—Segun eso, hace que estoy en cama...

—Cuarenta y ocho horas.

—Y Enriqueta?

—Mas tarde, mi amo, mas tarde sabrás el desenlace de esa historia.

—Ha matado Féliz á aquella desventurada jóven?

—Si la ha matado, mejor para ella y para él, porque ambos se han librado de un suplicio, y sobre todo ella que empezaba á cansarse del papel que representaba todavia por orgullo.

—Cómo por orgullo? Amaba á Leon con un amor que el mundo ignorará siempre....

—Quia! no amaba ya á Leon, y á decir verdad, no era precisamente á Leon á quien habia amado.

—Satanás! Satanás! tú todo lo calumnias.

—Nada de eso, yo lo esplico todo: Enriqueta no amaba á Leon, lo que amaba era su propio amor. Ese jóven se presentó en el instante en que Enriqueta necesitaba abrir su corazon, dar un objeto á sus sueños, en que su alma pugnaba por lanzarse á un punto que la sostuviese; pero Leon era muy inferior á la pasion que inspiró, y aunque la hubiese comprendido, no hubiera correspondido á ella. Leon no se acuerda ya de Enriqueta á quien cree muerta, Leon se ha casado, Leon tiene hijos y juega con ellos, Leon engorda, Leon va echando barriga, Leon se bebe un par de vasitos de aguardiente tras la comida, Leon acaba de asegurar su fortuna haciendo quiebra.

Enriqueta si hubiera podido consagrar su vida á Leon, hubiera padecido mas que en la tumba, porque en la tumba solo ha visto morir la esperanza de

una felicidad que creia del cielo, y en la vida hubiera visto estinguirse la religion de su corazon y su fé en el amor.

Satanás pronunció estas palabras con amargura, y Luizzi, contemplándole con atencion como si quisiese penetrar en el infernal pensamiento del demonio, le dijo:

—Segun eso, tú crees que es una desgracia perder la fé y la religion?

—Lo hubiera sido para Enriqueta; eso es lo que he querido decir, porque yo desprecio esas teorías generales con que se asientan principios absolutos que aprovechan tan poco á todo el mundo como un mismo vestido á toda una poblacion. Juzgar de otro modo, sería lo mismo que si tú quisieras juzgar á Madama du Val por Mad. Buré, fundándote en que una y otra se han entregado á un hombre en el transcurso de algunas horas.

—Ah! será posible que la marquesa haya muerto? esclamó Luizzi. Es cierto lo que dice ese periódico?...

—Ciertísimo.

—Y yo la he asesinado!

—El arma estaba cargada, y la has disparado tú.

—Cuán digna de lástima es!

—Ah! sí, muy digna de lástima!... esclamó Satanás; vas á juzgar por tí mismo.

—No, está noche no, replicó Luizzi, mas tarde, otra vez.

—No puede ser, baron: te tengo dicho ya que siempre que me pidas alguna confidencia tendrás que escucharme hasta el fin.

—Es cierto; pero puedo librarme de esa obligacion.

—Dándome algunas de las monedas contenidas en esa bolsa.

—Cuánto quieres, ¿un mes de mi vida?

—Quiá! por tan poca cosa no quiero dejar de relatarte el daño que has causado.

—Ya ves que no tengo fuerzas para escucharte.

—Yo te las daré.

—Me taparé los oidos.

—Traspasarán tus manos mis palabras.

—Calla, calla, Satanás, yo te lo suplico. No me niego á escuchar esas lamentables historias; pero quiero que sea mas tarde.

—Y que adelantaré con contártelas cuando el tiempo haya endurecido tu corazon y borrado tus remordimientos? Es preciso que las oigas ahora que la una derrama lágrimas y la otra derrama sangre. Soy acaso tu esclavo únicamente para obedecerte? No sabes, desventurado, que el que compra un asesino se vende á él? Tú perteneces al diablo puesto que le has comprado.

Al decir esto, Satanás, cuya forma perdida en la sombra de la habitacion había recobrado parte de su infernal magestad, ostentaba esa bella y espan-

tosa sonrisa que infunde la compasion en Dios, porque le recuerda la grandeza de su hermoso angel querido á quien le ha sido preciso castigar y quien, con la imposibilidad de ser perdonado, ha abierto una herida eterna en su divino corazon.

La miserable naturaleza de Luizzi no era capaz de soportar aquella sonrisa que penetraba en su corazon como pudiera hacerlo la rueda dentada que da vueltas y desgarra al tiempo de girar.

—Piedad! piedad! esclamó; te escucharé cuando quieras, pero ahora no.

—Corriente; yo escogeré otra ocasion oportuna. Pero qué me vas á dar en cambio?

—Un mes de mi vida!

El diablo se echó á reir y replicó:

—Estás seguro de que te queda en la bolsa un mes de vida para ofrecerle con tanta arrogancia?

—Dios mio! Dios mio! esclamó Luizzi buscando bajo la almohada la bolsa en que guardaba su vida.

Por fin la encontró y le pareció que estaba casi vacía.

—Con que me hallo prócsimo á morir?

—Como nuestro trato no comprende lo futuro, nada tengo que responderte; nuestro trato solo comprende lo pasado y lo pasado es lo que voy á decirte.

Y empezó el diablo con desembarazo:

—Esa Mad. du Val á quien has asesinado...

—Basta! basta! murmuró Luizzi con voz moribunda.

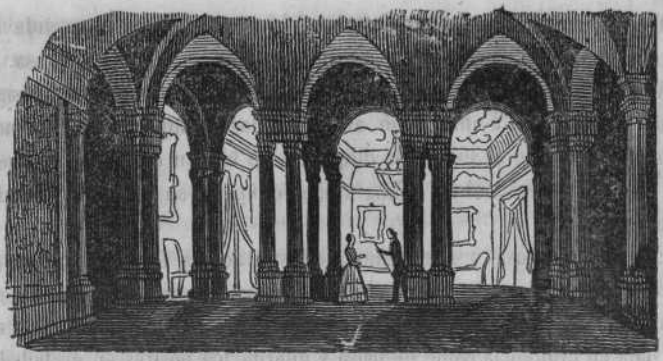
Un horrible vértigo se agitaba en la cabeza de Armando; su frente se abrasaba, pálidas y descarnadas fantasmas giraban á su alrededor, y su razon iba desapareciendo. El baron temió mas la locura que la muerte, y dijo al diablo:

—Toma, toma y déjame.

El diablo se apoderó de la bolsa y la abrió. Luizzi entonces quiso lanzarse á quitársela, pero no pudo moverse de su sitio y vió los dedos del diablo deslizarse en la bolsa y tomar una de las monedas que esta contenia. En aquel instante sintió que un frio glacial se apaderaba de su corazon, sintió que toda su vida se paralizaba y... nada mas sintió.

Daban las tres.





X.

Vuelta á la vida.



DABAN las tres: Luizzi sintió que le tiraban de las piernas.

— Vamos, arriba, al coche! le gritaba una voz ruda y varonil.

Se incorporó y se encontró en una habitacion miserable y desconocida; saltó de la cama y se halló lleno de vigor y de salud. Miró á su alrededor y vió su bolsa y su campanilla sobre una mesa. Pero ¿dónde se hallaba? con qué objeto se le mandaba levantar? Abrió la ventana y descubrió un gran patio donde se estaban enganchando los caballos de una diligencia. Era fria la noche; Armando recordó lo pasado, recordó su nuevo trato y conoció que no estaba ya en casa de Mr. Buré, y ni siquiera en Tolosa. Todavía duraba el invierno, pero ¿era el mismo invierno, ó habian ya pasado otros?

Tomó Armando la miserable luz que se le había dejado, y lo primero que hizo fué mirarse á un espejito que estaba colgado de un clavo sobre una cómoda pequeña de nogal. El único cambio que notó en su rostro fueron las pátillas de que se veía adornado. Cuanto tiempo de vida me ha quitado el diablo? se preguntó.

— Vamos! al coche, al coche! gritó la voz que poco antes le despertára.

Luego entró un hombre en la habitacion.

— Cómo es eso! teniais tanta gana de partir y todavía no os habeis aviado? Mirad que ya no faltan mas que cinco minutos y si no os dais prisa...

Luizzi se vistió maquinalmente con el instinto de que en su vida habia un vacío que no podia esplicarse, pero que no debía cogerle de sorpresa.

Vino un criado á recoger el saco de noche del baron, y este le siguió dispuesto á obaervar y á obrar con arreglo á las circunstancias. La noche era oscura, y Armando al subir á la diligencia no vió en esta mas que tres personas, que eran dos hombres y una muger envuelta en un chal y velada completamente.

En la época á que nos referimos, ecsistia aun la fatal costumbre de hacer noche en el camino, y entonces el sueño era tan precipitado como ahora la comida. Apenas se entraba en la cama cuando era preciso dejarla. En el dia, el que viaja en diligencia come de prisa y guarda los postres en el bolsillo, pero entonces se levantaba sin despertarse y continuaba en el carruage el sueño empezado en la posada. Gracias á esta costumbre, Luizzi pudo reflecsionar libremente acerca de su posicion.

Cuánto tiempo llevaba de vida? Cómo, siendo tan rico y tan acostumbrado á las comodidades, viajaba en diligencia? De dónde venía? Adónde iba? Con tal rápidez se apolparon á su imaginacion todas estas cuestiones, que determinó pedir su resolucion al único que tenía poder para ello. Sacó, pues, la campanilla, la tocó y el diablo se apareció sentado á su lado bajo la forma de un comisionista á quien habia visto subir al imperial. Luizzi le reconoció por la claridad particular de sus ojos que brillaban en la oscuridad.

—Eres tú? le preguntó. Cuanto tiempo he vivido sin saberlo?

—Has vivido seis semanas. Ya ves que no te he robado. He hecho lo que un hábil negociante: he sido leal la primera vez para poder robarte impunemente la segunda. Ya ves que te lo advierto; con que anda con cuidado.

Y cuál ha sido mi vida durante esas seis semanas?

—Tu vida ordinaria.

—Qué he hecho?

—Tu propia historia no es de mi cuenta.

—Pero no me quedará recuerdo alguno de ese tiempo?

—Pregúntaselo á otros, que lo que es de mí no lo sabrás.

—Y á quién quieres que se le pregunte?

—Esa no es cuenta mia.

—Al menos, díme en qué carruage viajo.

—En un carruage de las mensagerias reales.

—Y adonde voy?

—A París.

—En qué sitio estoy?

—A una lengua de Cahors.

—Y con qué objeto viajo en diligencia?

—Eso pertenece á tu historia, y ya sabes que sobre ese punto nada tengo que decirte.

—Pero cómo he de vivir en tal ignorancia del pasado?

—Puedes formarte uno.

—Un pasado?

—Nada mas fácil: la mayor parte de los hombres se forman un pasado, y tú lo sabes mejor que nadie. Te acuerdas de aquella actricilla ladina y vivaracha de quien cometiste la torpeza de enamorarte sentimentalmente? Cien ocasiones tuviste de ser uno de sus mil amantes, y las desaprovechaste todas únicamente porque la amabas. Una vez desengañado de aquel necio amor, viste que tus amigos te atribuian la posesion de aquella muger, no pudiendo imaginarse que tu necedad hubiera llegado hasta el estremo de no poseerla. Entonces reflecsionaste, te viste en ridículo, y conviniste en que la actricilla habiéndote dado tres citas, te había pertenecido sino de hecho, de derecho; dejaste que todo el mundo lo creyera, luego lo dijiste tú mismo, y en el dia te hallas persuadido de haber poseido á aquella muger. No es verdad que la cuentas en el número de tus queridas?

Luizzi se picó un poco con aquella leccioncita, tanto mas cuanto que sabia que en punto á sentimientos, salia mal librado en sus disputas con el diablo cuya vista infernal todo lo penetraba.

—Te parece, le replicó, que si hubiera querido no la hubiera poseido?

—Acaso se posee á la muger á quien se ama? dijo el diablo; por cada diez veces no sucede eso una. Las mugeres se dejan únicamente poseer por los hombres que no tiemblan en su presencia porque no las aman. Yo no conozco si quiera dos mugeres que hayan tomado por amante al que las amaba. Y luego se quejan de que las engañan! Siempre se tienen ellas la culpa: su táctica vocinglera ó magestuosa solo impone á los que creen en ellas. La muger que en vez de dejarse poseer se atreviera á ofrecerse, seria la mas distinguida de la creacion y la mas amada, lo que no deja de ser una distincion bastante hermosa.

—Señor diablo, dijo Luizzi que se sentía con una seguridad enteramente nueva, entre las razones que el Todopoderoso tuvo para lanzarte al infierno debió figurar como la primera tu manía de establecer teorías.

—Aquí para inter nos, replicó el diablo con tono de ingenuidad, te confesaré que esa fué la única razon que tuvo presente.

—Pues yo tengo ganas de hacer lo mismo que él.

—Y por la misma razon?

—Sí; por tu sempiterna charlatanería.

—Querrás decir porque no digo lo que te conviene. Si yo te contase la historia de las seis semanas de vida que acabas de pasar, estoy persuadido de que me escucharias con la boca abierta.

—Con que nada sabré tocante á ese punto?

—Tan pobre es tu imaginacion que no puedes inventar una vida pasada? El último palurdo es mas hábil que tú. En este mismo carruage va un tal Mr. de Merin, sugeto perteneciente á una buena familia, y á quien, habiéndosele sorprendido en la corte de Berlin robando en el juego, se encerró y ha permanecido tres años en una cárcel de Estado. En su encierro hizo conocimiento con un antiguo espía frances que había estado en la India pagado por Napoleon, el cual le contó todas sus historias; gracias á este encuentro, en el dia está tan enterado de la ida, la permanencia y la vuelta de aquel pais, que piensa presentarse en Paris como recienvenido de Calcuta, y ademas se ocupa en la confeccion de una obrita que tendrá dos tomos en octavo y llevará por título *Recuerdos de la India*. Apuesto cuanto quieras á que á ese hombre se le hace de aquí á quince años miembro de la Academia de ciencias (seccion de geografía) y se le condecora por sus viages.

—Te comprendo perfectamente, dijo Luizzi, pero ese hombre no hallará cada instante personas que vengan de Calcuta y le puedan llamar impostor, al paso que yo puedo encontrarme á cada paso con una persona que me conozca.

—Como te sucede en este momento.

—Cómo!

—Las personas que viajan en tu compañía saben tu nombre, y ese hombre grueso que está cerca de tí es uno de tus amigos.

—Y puede que vaya á hablarme de lo que hicimos ayer.

—Esa es la historia de la vida humana: hablar mucho del pasado para resucitar lo que ha muerto; hablar mucho del porvenir para suponerle feliz, y no ocuparse del presente; eso es lo que haceis todos, eso es lo que vosotros llamais vivir; la mejor prueba que de ello puedo darte es que has vivido seis semanas como comunmente se vive, y te parece que has estado muerto todo ese tiempo porque no te acuerdas de lo que has hecho.

—Pero qué quieres que responda á los que me hablen de ese tiempo?

—Verdaderamente me causas lástima! replicó el diablo.

—Vamos, sé generoso y, si es preciso, te daré todavía algunos dias mas de mi vida futura con tal de que me hagas conocer la historia de mi vida pasada.

—Pobre tonto! dijo Satanás.

—De quién hablas?

—De mí que no he calculado hasta donde llega la necedad humana y que veo, pobre mozo, que hubiera obtenido de valde toda tu vida si hubiera querido.

Luizzi, que empezaba á despecharse, guardó silencio un instante; el silencio es un buen consejero. Vive Dios! dijo, si esos hombres empiezan á molestarme con preguntas acerca de la vida que no conozco, bien puedo yo á mi vez molestarlos con preguntas acerca de la suya que tan ignorada creen. Hagamos frente á frente de ellos lo que hace el hombre intrépido frente á frente del es-

padachin: en lugar de quitar sus golpes, mostrémosles siempre la punta de la espada dispuesta á herir su pecho si se adelantan. Bastante se ya para que Mr. de Merin necesite mi discrecion; informémonos ahora de las demas y veamos lo que resulta.

Armando se espresó asi mentalmente; pero el diablo sin embargo, le respondió:

—Ese modo de razonar honra mucho al hombre y al baron. Por quién quieres que empiece?

—Por este hombre grueso que ronca á mi lado y que dices es uno de mis amigos.





XI.

El Chasqueador.—El Ex-notario.



Luego, apoyó el diablo los pies en el asiento de enfrente y dijo:

—Ese hombre se llama Ganguernet; es uno de esos sugetos con quienes todos hemos tropezado una vez en la vida, es uno de esos hombres pequeños, gruesos, mofletudos, que tienen el pelo crespo, la frente inclinada, los ojos azules, la nariz chata, el cuello en los hombros, los hombros en el pecho, el pecho en el vientre, el vientre en las piernas, que ruedan y saltan y rien y chillan; uno de esos hombres que acercándose á uno por detras le tapan los ojos y preguntan:—¿Quién soy?; que en el momento en que uno va á sentarse separan la silla, y le quitan el pañuelo cuando va á hacer uso de él; uno de esos hombres, en fin, que cuando uno los mira indignado, esclaman con mucha serenidad: «¡Magnífico chasco!»

Ganguernet es natural de Pamiers donde ha vivido hasta ahora, y sabe dar chascos á las mil maravillas. Sabe atar un pedazo de carne al cordon de las campanillas para que los perros salten á él y traigan alborotados toda la noche á los criados de la casa; sabe quitar las muestras y poner otras en su lugar. Una vez quitó la de un peluquero, la aserró por medio y unió á ella la de otro vecino resultando el siguiente rótulo: *Mr. Rablot alquila coches y pelucas al*

estilo de París. Otro dia, ó mas bien otra noche, arrancó el cartel de un titiritero, le colocó sobre la puerta de de una botica, y el público leyó la mañana siguiente: *Mr. F... farmacéutico, teatro de la feria.*

Mr. Ganguernet es tan gracioso en el campo como en la ciudad: sabe cortar las crines de una bruza y echarlas en la cama de un amigo que se pone furioso con el picorcillo al cuarto de hora de haberse acostado. Taladra maravillosamente un tabique, pasa por él un bramante y le ata con destreza á la ropa superior de vuestra cama; cuando conoce que estais dormido, tira del bramante y os destapa; despertais transido de frio pues Ganguernet elige para este chasco las noches mas frias y húmedas y volveis á taparos cuidadosamente quedandoos nuevamente dormido; Ganguernet tira otra vez del bramante y vuelve á destaparos y cuando os oye rabiar y echar ternos, os grita por un agujero: «¡Magnífico chasco!»

Si Ganguernet da con uno de esos necios cuyo aspecto incita á la burla, le achica, mientras duerme, el pantalon y la levita; luego despierta á su víctima rogándole que se vista pronto para salir á la batida. El desgraciado trata de meterse el pantalon, pero no puede conseguirlo.

—¡Dios mio! esclama Ganguernet, ¿qué es eso? estais hinchado!

—¿Yo?

—¡Cosa mas rara!

—¿De veras?

—Puede que yo me equivoque, pero vestíos pronto y vereis como todos os dicen lo mismo.

—Pero si no puedo vestirme.

—No hay mas, estaís hinchado... teneis un ataque de hidropesía fulminante!

Y dura el susto del supuesto hidrópico hasta que Ganguernet esclama segun costumbre: ¡Magnífico chasco!

Entre estos chascos, figura uno que me parece abominable, pues se le dió á un hombre que pasaba por valiente y que esperimentó un terrible miedo.

A poco de haberse acostado, aquel hombre tocó con el pie un cuerpo frio, viscoso, redondo y largo; estiende la mano, nota que es una serpiente enroscada y salta de la cama dando un grito de terror. En aquel instante aparece Ganguernet y esclama:

—¡Magnífico chasco!... Se ha asustado de una piel de anguila llena de salvado mojado.

El chasqueado se lanza furioso á Ganguernet resuelto á romperle las costillas, pero Ganguernet le echa un jarro de agua á la cabeza y huye diciendo: ¡Magnífico chasco! Los dueños de la casa acudieron al ruido y calmaron la furia del chasqueado diciéndole que Ganguernet era un bello sugeto cuyas gracias hacían la delicia de todo el mundo.

Cuidado con él, baron, porque es uno de esos seres insoportables que al pasar por la ecsistencia de los demas lo derriban todo lo mismo que el perro que pasa por medio de un juego de bolos. Mas insoportables y mas difíciles de auyentar que el perro, van á los alcances de todos vuestros sentimientos y de todos vuestros proyectos para desconcertarlos con una palabra ó una chanza; esos seres son tanto mas temibles cuanto que os esponen á reir de vuestro enemigos mas crueles y de vuestros mejores amigos, lo que es igualmente delicioso, y os hacen cómplices de las burlas hechas á vuestros semejantes por el placer que hallais en ellas. Asi, resulta que cuando se dirigen á vos, como no habeis tenido compasion de nadie, en nadie hallais compasion y todos consienten que os pongais en ridículo enfadandoos, si es que os es permitido enfadaros.

Entre los hombres de este caracter, hay algunos que se desacreditan por su propia vulgaridad. Estos, hacen el gasto del repertorio de gracias conocidas. Meter la cabeza por el pliego de papel que sirve de vidrio en la ventana de un zapatero de viejo para preguntar á este donde vive el ministro de hacienda ó el arzobispo; atravesar una cuerda en una escalera para que, como ellos dicen, *hagan volatines* los que bajen; despertar á media noche á un notario para que vaya á toda prisa á hacer el testamento de uno de sus clientes que está tan bueno y tan sano, y otras gracias de este jaez, tal es comunmente su ocupacion y Ganguernet lo sabe mejor que nadie.

Ganguernet cuenta algunos chascos de su propia cosecha que le han valido una reputacion colosal. El único verdaderamente gracioso, entre estos, tuvo lugar en una casa de campo donde se reunía una tertulia bastante numerosa. Ganguernet habia parado la atencion en una muger como de treinta años, muy aficionada á la elegancia parisiense y que prefería á los mofletes colorados de Ganguernet, el pálido rostro de un jóven un si es no es tonto. Nuestro chasqueador había tratado de poner en ridículo al jóven en presencia de la dama, pero esta atribuía su torpeza á preocupacion poética y su credulidad á buena fe digna de respeto. Todo el mundo se retiró una noche despues de haber hecho una viva apología del pálido jóven, apología que Ganguernet sufrió con una paciencia de mal agüero. De allí á media hora, se oyeron gritos de «¡Fuego! ¡fuego!» salidos del piso bajo. Se precipitan todos allá, hombres y mugeres, unos medio desnudos y otros medio vestidos, como mas te agrade. Entran todos en tropel con la luz en la mano y ven á Ganguernet repantigado muy cómodamente en una butaca. Le dirigen reiteradas preguntas, pero Ganguernet no responde; al fin se levanta, se acerca solemnemente al pálido jóven, le toma por la mano y llevándole delante de la hermosa dama, dice con mucha gravedad:

—Señora, tengo el gusto de presentaros el corazon mas poético de la sociedad, en paños menores.

Todos soltaron una carcajada y desde entonces la dama no puede ver á Ganguernet ni al jóven de los paños menores.

Sin embargo, no han tenido por objeto una venganza todos los chascos de ese hombre: la risa es el principio dominante de sus fechurías. Antes de llegar á la anecdota que te presentará á Ganguernet bajo su verdadero punto de vista, te contaré algunos de los rasgos de que mas se vanagloria.

Vivía en Pamiers al lado de dos venerables tenderos que ocupaban una casita de su propiedad. Ambos ancianos, marido y muger, iban todos los domingos á comer y á jugar á los cientos en casa de un pariente suyo que vivía



bastante lejos. Allí se bebía un vaso de ponche, ó se merendaba una fuente de torrijas con azúcar y se empinaba una jarra de blanquillo de Limoux, de modo que los dos venerables esposos volvían peneques á casa, allá á las once de la noche.

Un fatal domingo, llegan—segun costumbre, por supuesto—á la puerta del vecino y continúan cosa de diez pasos mas adelante que era el sitio donde de-

bía estar la suya. Busca el marido la llave en la faltriquera, la encuentra, vá á meterla en la cerradura, pero no da con la cerradura ni con la puerta.

—Donde está la cerradura? pregunta.

—Larquet, tu estás chispo, le dice su muger; buscas la cerradura y estamos todavia delante de la pared de casa del vecino.

—Tienes razon, muger, respondió Mr. Larquet; vamos mas allá!

Asi lo hicieron; pero entonces se habían adelantado demasiado, porque despues de haber reconocido la puerta del vecino de la derecha, reconocieron la del vecino de la izquierda. Vuelven atras palpando la pared y dan con otra puerta; pero era la del vecino de la derecha. Los buenos ancianos se alarman acerca del estado de su razon y esclaman:

—Si estaremos chispos?

Vuelven á su inspeccion y de la puerta del vecino de la derecha pasan á la del vecino de la izquierda. Siempre dan con estas dos puertas; pero no encuentran la suya. Su puerta ha desaparecido: ¿quién se la ha llevado? Tiemblan, se preguntan si han perdido el juicio, y temiendo el ridículo que va á caer sobre dos personas honradas que no encuentran la puerta de su casa, palpan, buscan y miden por espacio de una hora; pero no encuentran mas que una pared desconocida, una pared que les da miedo. Entonces el terror se apodera de ellos, gritan, piden socorro, y por último resulta que la puerta ha sido tapiada. Cuando todos preguntan quien es el autor de tan mala pasada, aparece Ganguernet á su ventana desde donde había presenciado aquel espectáculo acompañado de otros locos, y lanza á la multitud su acostumbrado refran:

—Magnífico chasco!

—Pero esas pobres gentes se van á poner malas!, dicen los circunstantes.

—Quiá! ha sido una broma!

Se pidió al señor procurador del rey que moderase las ganas de broma de Ganguernet, y Ganguernet pasó algunos dias en la cárcel, á pesar de su hábil defensa que consistia en repetir sin cesar:

—Fué una broma! señor presidente.

No obstante su vanidad, Ganguernet no se alaba de todos sus chascos: entre estos hay uno que ha negado siempre por la sencilla razon de que se ha ofrecido cortar las orejas á su autor si se llega á descubrir quién es. Este chasco le concibió con motivo de haberse despreciado su persona en una reunion aristocrática.

Tratábase nada menos que de una señora anciana perteneciente á la alta nobleza, que admitia en sus saraos á lo mas escojido de la sociedad. Entre otras costumbres de antigua raza, conservaba: 1.° la de no admitir en su sociedad hombres de baja estraccion como Ganguernet; y 2.°, la de ir á todas partes en silla de manos. Una noche, asistió á un baile que daba el subprefecto, baile en que se hallaba Ganguernet. A cosa de media noche se retiró en su silla en

medio de un terrible aguacero. Al pasar por una calle solitaria y en el momento de acercarse á uno de esos canalones que vierten el agua del cielo á la calle en espumosa cascada, sonaron dos ó tres silvidos á derecha é izquierda y aparecieron cuatro hombres.

Los conductores huyen abandonando la silla, y en el instante en que la noble señora se creia asesinada, siente una horrible frialdad en la cabeza. La cubierta de la silla habia desaparecido como por ensalmo y el canalon derramaba torrentes de agua al interior del vehículo, cuya dueña procuraba en vano abrir la portezuela. Dió vueltas la anciana, subió al asiento, y allí como el diablo encerrado en un púlpito, se puso á llamar la cólera divina sobre los asesinos que la hacian tomar tan cruel baño, y que solo respondian á sus invectivas con los saludos mas humildes.

Lo que mas indignó á todo el mundo, fué que la señora llevaba polvos y los chasqueadores paraguas.

En Pamiers, entre las ecsistencias muertas y brutas que le rodean, pasa Ganguernet hace diez años por el mas jovial, el mas amable y el mas divertido del mundo, y son muy pocas las personas á quienes inspira una especie de desprecio. Hay algunos sin embargo, á quienes inspira miedo. Esa sonrisa inamoviblemente fija en sus lábios encarnados, repugna á la vista; esa jovialidad implacable mezclada en todas las cosas de la vida, debe repugnar tanto como el especto incesante de un hediondo fantasma; esa frase ingrata que lanza como moralidad al fin de todas sus acciones, esa palabra: «magnífico chasco!», es con frecuencia tan sombría como las palabras del trapense: «Morirnos tenemos!» Era, pues, necesario que en la historia de este hombre figurára una sangrienta catástrofe: al fin ha dado con una ecsistencia que ha sucumbido porque ha tenido el capricho de colocarla bajo el fatal nivel de su chiste. Era preciso que llegára el dia en que Ganguernet pronunciára sobre una tumba su famosa frase: Magnífico chasco!

Mr. Ernesto de B... convidó, hace cosa de tres semanas, á una partida de caza á una porcion de amigos, entre los cuales se contaba Ganguernet. Al llegar los convidados, acaba Ernesto de escribir una carta que cerró y puso sobre la chimenea.

Ganguernet, escesivamente curioso, la tomó y leyó el sobre.

—Ola, escribes á tu cuñada? dijo á Ernesto.

—Sí, respondió este con indiferencia; la aviso que llegaremos allá este tarde de seis á siete, para que nos tenga dispuesta la comida. Me parece que somos quince, y si no supiera á tiempo nuestra prócsima llegada nos espondriamos á una mala comida.

Ernesto tiró de la campanilla y entregó la carta á un criado. Nadie observó que Ganguernet habia desaparecido tras del sirviente.

Partieron todos y asi que llegaron al cazadero, Ganguernet y otro to-

maron un costado de la llanura mientras los demas batian el otro costado.

—Como vamos á reir esta noche! dijo Ganguernet á su compañero.

—Por qué?

—Figuraos que he dado un luis al criado para que no lleve la carta á quien dice el sobre.

—Y os la habeis guardado vos?

—No, hombre: he dicho al mensagero que se trataba de un magnífico chasco y que por lo tanto era preciso llevar la carta al marido. Figuraos que el tal es juez y en este instante se halla en el tribunal. Cuando sepa que nos vamos á encajar esta tarde en su casa de campo quince hombres todos buenos comedores, se va á tirar de los pelos. Es mas avaro que Harpagon, y la idea de que vamos á tomar á sangre y fuego su bodega y su cuadra le va á poner de tal humor que es capaz de condenar diez inocentes por llegar á tiempo de evitar el saqueo.

—Si es asi, esa broma me parece bastante pesada.

—Bah! un magnífico chasco!.., Lo bueno será cuando nosotros lleguemos. Los compañeros, muertos de hambre y de sed, irán á la quinta creyendo hallar una buena cena, y se encontrarán sin un amparo.

—Y pensais que á mí no me sucederá lo mismo? replicó el jóven á quien Ganguernet habia confiado su secreto. No sereis tambien vos víctima de esa broma?

—No lo creais; traigo en el morral una polla asada y una botella de Burdeos que despacharemos entre los dos.

—Gracias; quiero mas ir á avisar á Ernesto.

—Pero, hombre, por Dios! no servís para una broma.

El jóven se alejó, buscó á sus amigos y les preguntó por Ernesto. Le dijeron que había tirado hácia la quinta de su cuñada, y siguió la misma direccion decidido á poner en conocimiento de Mad. de B... la broma de Ganguernet.

Al llegar á una revuelta que hacia el camino, vió á Ernesto que se dirigía á la quinta; apretó el paso y llegó en el instante en que atravesaba el humbral Ernesto. Iba á entrar el jóven, cerraron de golpe la puerta y oyó un tiro seguido de una voz que decia:

—Ya que no te he acertado, defiéndete...

El jóven se precipitó hácia una reja que daba al patio y que se hallaba á la altura del pecho de un hombre, y presenció el espectáculo mas espantoso. El marido, espada en mano, atacaba á Ernesto desesperadamente.

—Ah! esclamaba, con que la amas! y ella te ama! Morireis los dos, primero tú y despues ella...

La carta remitida al esposo había revelado á este un secreto que hacia cuatro años permanecía oculto, y el juez antes de vengar las injurias de la sociedad se había apresurado á vengar la suya.

El amigo de Ernesto, subido en la reja, gritaba invocando el nombre de hermanos; pero todo inútilmente: Mr. de B... hacía huir á Ernesto de un estremo á otro del patio con ciego furor. Se abre de repente una ventana y aparece á ella Mad. de B... pálida y desmelenada.

—Leonia! esclama Ernesto, huye!

—No, no huirá! dijo el marido. Está encerrada y no temas que venga á separarnos.

Y se precipitó nuevamente sobre su hermano con tal violencia que las espadas arrojaban chispas.

—Yo soy quien debe morir!... yo,... matadme, matadme á mi! gritaba Mad. de B...

El jóven, desgraciado espectador de tan horrible escena, mezcló sus gritos con los de Mad. de B...; llamó, movió la reja, é iba á escalar la tapia cuando Leonia, arrastrada por la desesperacion, trastornada, loca, se lanzó por la ventana y fué á caer entre su amante y su esposo. Este, cuya razon embargaba el furor, dirigió á ella su espada; pero Ernesto paró el golpe y desechando á su vez todo temor, esclamó:

—Quieres matarla! Pues bien: defiéndete!

Y atacó á su hemano con rabia inaudita.

Nadie podia en aquel instante separarlos: se hallaban encerrados en el patio, y la desgraciada Leonia se habia roto una pierna al caer. El combate era espantoso: corria ya la sangre de los dos hermanos; pero solo era para aumentar su furor. El jóven cazador habia conseguido subir á la tapia, é iba á saltar al patio cuando vió que se acercaban algunos de sus amigos. Ganguernet fué el primero que llegó:

—Gritais como si os desollaran, dijo; os hemos oido desde un cuarto de legua. Que es eso?

El cazador se lanzó á aquel hombre y cogiéndole por el pescuezo, le arrojó furioso contra la reja y esclamó:

—Mirad: magnífico chasco! magnífico chasco!...

Mr. de B... traspasado de una estocada, yacia al lado de su muger.

—Y qué resultó de ese fatal encuentro? dijo Luizzi.

Mr. de B... murió, Ernesto desapareció y Mad. de B... se envenenó la mañana siguiente.

Al concluir el diablo, se volvío Ganguernet murmurando:

—Magnífico chasco!

—Ese hombre es un infame, dijo Luizzi; y hay todavia quien le dirija la palabra?

—Que tonto eres! Y quien sabe eso?

—Cuando menos, lo sabe el jóven cazador á quien Ganguernet reveló su secreto.

—Pero si ese jóven cazador, replicó el diablo con sequedad, ha cometido una accion tan abominable como la de Ganguernet; si ha perdido á una muger y ha matado á otra con una cobarde mentira, y si Ganguernet puede por casualidad añadir á la inicial de un nombre citado en un billete, escrito por cierta Mad. Dilois, las letras que revelen quien es el infame calumniador que ha cometido esos crímenes, el jóven cazador se callará y alargará la mano al infame.

—Qué! dijo Luizzi, con que el espectador...

—Fuiste tú, baron mio, tú que te has callado.

Armando olvidó todo lo que acababa de oir; solamente una cosa ocupó su atencion, y esclamó lleno de júbilo:

—Ya ves que me cuentas mi vida pasada.

—Siempre que se mezcla con la de los demas, no tengo inconveniente en contártela.

—En ese caso, dijo el baron, lleno de alegría, pues esperaba ir descubriendo su pasado informándose del ageno, dime quién es ese hombre flaco y caviloso que se vuelve cada instante murmurando:

—Sí, muger.

—Ese hombre es una especie de idiota que nada tiene que ver contigo.

—Eso lo veremos, replicó Luizzi desconfiando del diablo.

—Como gustes; pero tanto peor para tí si luego te sucede alguna desgracia.

—No hay cuidado, no me arrojaré por la portezuela de la diligencia como me arrojé por la ventana de casa de Mr. Buré.

—Pobre tonto, que porque toma algunas precauciones para librarse de un peligro se imagina que no pueden alcanzarle otros. Tú te pareces á aquel que, habiendo tropezado con la cabeza, camina mirando al cielo creyéndose asi seguro, y cuando mas confiado se halla, se hunde en un abismo que no había visto.

—Pues bien! arrostro el peligro.

—El primero de todos, mi querido baron, replicó el diablo, está en escuchar mis teorías.

—Bien podias suprimirlas.

—Vamos, mi querido amigo, habiéndome amenazado con darme á la estampa, ¿crées tú que el diablo sea un literato tan honrado que renuncie á lucirse como los demas con reflecsiones generales, con disertaciones metafísicas y con digresiones moralizadoras?

—Haz lo que quieras: la noche es oscura y estoy tan despavilado como el que ha dormido seis semanas.

Y el diablo continuó de este modo:

Allá en el tiempo en que hablaban los animales, como dice vuestro La Fontaine, tiempo en verdad bien estraordinario, se hacian notorios todos los jóvenes de talento; pero aquella costumbre cesó porque algunos conocieron que el

notariado egercido con moderacion conducia con precision á la obesidad y á la atonía moral al paso que egercido activamente producia la imbecilidad. Asi, pues, los hombres que han querido huir de todo suicidio intelectual se han apartado de tan peligrosa carrera.

Como el notariado no se halla aun sometido á un análisis químico, no sé qué substancia nociva produce en él esos resultados que no por eso son menos ciertos. Si quieres tomarte la molestia de mirar á tú alrededor, te convencerás de que mi aserto no es una paradoja.

El notario, desde que llega á serlo, es un ser diferente de todos los demas: el estudio es un terreno en que se implanta y coloca á manera de esos vegetales animalizados que la historia natural clasifica indiferentemente entre los liquenes y los crustáceos.

Todas las carreras dejan á los que las siguen algunas facultades libres para ocuparse de cosas pertenecientes al pensamiento; todos conocemos abogados, médicos, panaderos y afiladores que poseen algunas ideas de estilo y poesía; hay usureros que aman las artes, y hasta entre los agentes de cambios hay algunos inteligentes en pintura, en literatura y en música, y que hablen con distincion; pero desafio á todo el mundo á que me presente un notario de cincuenta años capaz de concebir una idea. Hay clase en la sociedad que cuente tantos cornudos como la clase de notarios?

Esto conduce á altas consideraciones sociales sobre el estado de las mugeres, consideraciones que es inutil esplicarte con amplitud. Pero no es dificil conocer que en una carrera que proporciona casi siempre una opulencia, al menos relativa, y que pone al que la egerce en contacto con todas las posiciones sociales, es poco menos que imposible que una muger no halle, mas alto ó mas bajo que ella un hombre que la distraiga del fastidio que su marido la proporciona; un hombre que vive encerrado en su estudio desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche, que no proporciona á su muger ocupacion ninguna, reune todas las probabilidades de ser cornudo, del mismo modo que su muger reune todas las de faltar á su deber, puesto que reune la ociosidad y el fastidio.

La muger del especulador que espone su fortuna en cada empresa, puede interesarse en esta vida agitada, puede informarse acerca del écsito de un negocio, de el que depende su bienestar y su posicion; pero la muger del notario de nada tiene que ocuparse. Le es preciso devorar dias y mas dias, y cuando no puede con el alimento, le divide con otro... Es tan natural!

—Señor Satanás, tú das aun mas que prometes, dijo Luizzi; me habias prometido ser cansado y veo que eres insoportable.

—Eso prueba que la humanidad es incurable.

—Y por qué?

—Porque cierra los ojos asi que ve que se trata de demostrarle las causas de su idiotismo.

—Y qué me importa á mí el idiotismo del notario?

—Escucha: Todo hombre rico espuesto á heredar ó á casarse, tiene que ver con el notario, máquina que fabrica contratos y testamentos.

Luizzi creyó adivinar que el notario de quien se le iba á hablar podia hallarse, como Ganguernet, implicado en su vida. Asi, pues, se decidió á tener paciencia, y el diablo continuó:

—Esa atrófia moral del notario necesita bastante tiempo para llegar á su último periodo: el oficial de notario es casi siempre aficionado á las mugeres, al juego y á las orgías; el notario de treinta á cuarenta años tiene siempre cierto aire de mundo, juega en grande, alquila palcos en el teatro, echa requiebros rancios á las jovencitas, y se permite algunas escapadas con las mas baratas de esas muchachas cuyo talento ó cuya hermosura escandaliza.

Pasados los cuarenta años, se dedica al Whist, come para sí, se fastidia en el teatro, es aficionado á la compañía, sale á pié, armado de paraguas, con objeto de hacer egercicio, regala muebles á la hija de su portero, manda armar su sombrero viejo y pide la cruz de la Legion de honor. A los cincuenta años, le acomete el idiotismo que llega á su colmo á los sesenta. El notariado es una profesion insalubre. Nuestros sábios tienen el encargo de buscar el preservativo conveniente, lo cual es un artículo del programa en que se ofrece un premio á quien descubra un procedimiento que proteja la salud de los azogadores y la de los doradores de metales.

En otro tiempo, había en Tolosa un notario llamado Mr. Litois; este sugeto no ha muerto, pero no ecsiste ya aunque tiene sesenta y cinco años, sesenta mil libras de renta y treinta años de notariado. Mr. Litois es el hombre-contrato; si se le convida á comer, responde:

—He contratado ya asistir á otra parte.

Si entra en casa de Herbola con objeto de comprar algunas golosinas, dice:

—Yo quisiera hacer la adquisicion de esa perdiz ó de ese faysan; tomo esa cabeza de javalí con sus dependencias; dadme esa trucha á ver como está.

Por lo demás, Mr. Litois está tan prendado de su profesion, que llegar á notario, egercer la profesion de notario y haber sido notario le ha parecido siempre toda la ambicion, toda la felicidad y todo el consuelo del hombre. No estrañarás, pues, de que con esta disposicion haya sido notario tanto tiempo. Sin embargo, algunos cólicos nefríticos, resultado de una constante permanencia en su sitial de baqueta, le aconsejaron que viviera de pié, que paseara y que abandonara el notariado. En su consecuencia, se decidió á enagenar su oficio hará cosa de doce años. Al momento pensó en su oficial mayor, Mr. Eugenio Faynal, mozo de veinte y cinco años, de talento, complaciente, alegre, risueño y enamorado. Mr. Litois sabia que Eugenio tenía todos estos defectos, pero tambien sabia que no tenía un sueldo, y por esto le dió la preferencia. Vender su oficio á un hombre rico que se le pagara en escelentes es-

cudos, era separarse violentamente de su vida pasada, era lanzar en brazos de otro su amor de treinta años, su oficio, su querida, siempre jóven y siempre fiel, y no se sintió con valor para hacerlo.

Mr. Litois calculó que un jóven que le debiese doscientos mil francos se hallaría siempre á merced suya, y que asi podría deslizarse furtivamente de cuando en cuando al estudio, chupar aquí y allá como la abeja matutina, picar una venta como el gorrion una fruta madura, acariciar con la pluma un contrato matrimonial como la mariposa una flor, y velar por su oficio, criatura adorada que, como decia el mismo Mr. Litois, se había convertido en hija suya despues de ser su muger.

Eugenio Faynal acojió con alegría la proposicion de Mr. Litois. Este sabia que Eugenio le pagaria el oficio por medio de un casamiento, y para que el jóven no se inquietase acerca de la posibilidad del pago, le anunció que pensaba gratificar á su sucesor con una de sus clientes que vivia en las cercanías de Tolosa y tenia trescientas mil libras de dote. Eugenio admitió á ojos cerrados tan hermoso cambio de fortuna, y en su primer entusiasmo, se sometió á ciertas condiciones cuyas consecuencias no calculó. Mr. Litois acostumbraba dejar enteramente terminados los negocios, para ponerse á cubierto de todo riesgo.

Como Eugenio podia fallecer antes de casarse, su principal le hizo inscribirse en una compañía de seguros sobre la vida por una suma de 200,000 francos, de modo que él pudiera, en caso de morir Eugenio, reintegrarse de su oficio dejando la venta de este á cargo de los parientes del jóven.

Eugenio era jóven y alegre, gustaba del mundo y sus placeres, y tentó tan inconsideradamente la fortuna con objeto de satisfacer su ambicion. Pero antes de todo, era honrado y su primer pensamiento fué pagar á Mr. Litois. Este le habia concedido un largo plazo conociendo que el jóven notario necesitaba establecer su reputacion antes de presentarle como marido conveniente á una muger escelentemente dotada.

Durante el primer año, Eugenio solo sufrió la importunidad de las visitas de su antiguo principal, y lo mas notable es que Mr. Litois que antes nada hacia sin el consejo de su dependiente, despues queria que este siguiera en todo los suyos. Pero todo esto importaba muy poco á Eugenio que se creia rico, apreciado y dichoso. Sí, se creia dichoso, porque amaba á una muger bella y graciosa á quien había conocido con motivo de un litigio sobre separacion de bienes.

La querida de Eugenio era muger de mundo, había sido desgraciada en su matrimonio y se servia con mucha destreza de su habitual palidez para aparentar una tristeza profunda; se espresaba con una gachonería admirable, vestia encantadoramente y adoraba á Mr. de Châteaubriand. Era, en términos de estudio, una preciosa conquista para Eugenio. Este no confiaba su amor á nadie, pero todo el mundo lo sabia y, al fin llego á noticia del marido.

El marido consentia en la separacion de bienes; pero como no ecsistia la separacion de nombre, no quiso que el suyo fuese objeto de ofensivos comentarios. Asi pues, esperó una ocasion oportuna, y una noche que su muger y Eugenio salian juntos del teatro, dió de bofetadas al notario en presencia de cien personas, y como es consiguiente, hubo cita para la siguiente mañana.

A cosa de las ocho, fué Eugenio á casa del marido, acompañado de sus padrinos; salia ya para trasladarse á cosa de media legua de la ciudad, cuando se presentó Mr. Litois muy sofocado y con aire de profunda indignacion.

Antes de que nadie hubiese conocido al hombre que se introducia asi en la casa sin hacerse anunciar, Mr. Litois se tiró al cuello de Eugenio y esclamó sujetándole:

—No ireis, no, no podeis ir!

—Pero que es lo que quereis? dijo Eugenio desembarazándose.

—Quiero que seais hombre de bien.

—Caballero! qué significa.....

—Significa que no quiero que os batais.

—He sido insultado.

—Es muy posible.

—Y he insultado á mi adversario.

—Es muy posible.

—Mí adversario me espera y deseo verme frente á frente con él.

—Es muy posible.

—Uno de los dos tiene que morir.

—Eso si que no es posible.

—Lo veremos.

—Ah! no ireis! esclamó el ex-notario colocándose furioso entre la puerta y Eugenio.

Este tuvo tentacion de coger por los cabezones al viejo y echarle por la escalera, pero se contuvo.

—Vamos, Mr. Litois, le dijo, sed mas razonable; os interesais por mi escesivamente. Todavia estoy vivo.

—Tanto peor.

—Cómo que tanto peor?

—Sí por cierto, tanto peor, pues sí no estuviérais vivo no hariais la bribonada de ir á batiros.

—Caballero.....

—Eugenio, leed y no deis voces.

—Qué es eso? la póliza de seguros sobre la vida?

—Justamente: leed al final de esta página.

Eugenio leyó: «La compañia estará relevada de pagar el capital asegurado. con tal que el asegurado haya muerto fuera de Europa ó en desafio»

—O en desafio! lo entendeis, Eugenio? *Ergo*, no os batireis sino me entregais primeramente doscientos mil francos en especie sonante y corriente.

Eugenio, humillado y confundido, no sabia qué responder.

—Tened la bondad, dijo á uno de los padrinos, de ir á suplicar á mi adversario que espere hasta mañana á primera hora.

—Ni hoy ni mañana os batireis, replicó el ex-notario; he avisado á la policía y estoy seguro de que os seguirá.

—Pero no conoceis que labrais mi deshonra.

—Vos quereis labrar mi ruina.

—Pensais que me llevaré á la sepultura vuestro oficio.

—Yo no tengo oficio: lo que tengo es un deudor de doscientos mil francos. Sé yo acaso en lo que ha venido á parar el estudio desde que está en vuestro poder? Un notario que tiene una querida de alto rango, un notario que se bate! eso no se ha visto nunca: ni treinta mil francos daria yo por vuestro oficio. Me debeis doscientos mil y vuestra persona me sirve de garantía; arriesgar vuestra persona es cometer un estelionato, una violacion de depósito. Seria pues una bribonada el batiros, lo repito, y creo que estos señores serán de mi misma opinion.

—Cuando esa cuestion se haya resuelto, dijo uno de los padrinos, nos tendreis á vuestra disposicion.

Eugenio no pudo desembarazarse de Mr. Litois y la hora de la cita pasó. El jóven notario escribió al marido pidiéndole otra cita; pero el marido que había sabido la causa que motivara la falta de Eugenio, se negó á dársela diciendo que quien había faltado á la primera faltaria tambien á la segunda. Era hombre de talento, y seguro de que se vengaria mejor con el ridículo que con una pistola, contó á todo el mundo la historia del notario que había vendido su libertad á su antiguo principal.

Era muy graciosa la escena en que se pintaba al jóven haciendo proposiciones al anciano: —Diez mil francos, y dejadme salir..... —No! — Veinte mil.....—No!—Treinta mil.....—Treinta mil veces no! Doscientos mil francos ó nada.

Esta ocurrencia hizo mucho ruido en Tolosa y desacreditó á Eugenio como hombre de mundo y como notario. El hombre que no se había querido batir ni por sus propias ofensas ni por las de la muger á quien amaba, era un hombre sin dignidad: la clientela le abandonó ostensiblemente y de una manera oculta, por instigacion de las mugeres.

La caida del crédito de Eugenio alarmó sériamente á Mr. Litois, quien puso en juego todos los medios para levantarle. Antes de todo, el ex-notario trató de asegurar el pago de su oficio; asi pues, anunció al jóven que dentro de dos meses llegaria la cliente que le tenia prometida.

Desde el suceso que te he contado, Eugenio, no atreviéndose á presentarse

en los reuniones escogidas, tenia por costumbre concurrir á casa de algunos de sus clientes mas modestos. En casa de uno de estos, conoció á una jóven bellísima, sumamente modesta, de carácter flecsible y dulce y de alma angélica. La jóven solo vió las gracias de la juventud, la elegancia de modales, el talento y el buen corazon de Eugenio. Ambos se amaron, y Eugenio, en un arrebato de amor, olvidando sus penosas obligaciones, juró á la jóven que seria su esposo. La pobre Sofia le creyó y.....

Pero esta es una historia separada que todavia no debes saber. Volvamos á Eugenio Faynal.

Hizo Eugenio esta santa promesa, y la mañana siguiente fue convidado á comer por Mr. Litois; el desgraciado jóven aceptó el convite sin desconfianza. Apenas llegó á casa de su antiguo principal, este le hizo entrar misteriosamente en su despacho y le dijo que iba á ver á su futura.

Eugenio palideció como herido de un rayo.

—Pero yo no sabia nada...

—Cómo que no lo sabíais? Dos meses hace que os lo anucié.

—Pero....

—No hay pero que valga..... Habeis olvidado ya que está vencido el primer plazo en que debeis pegarme cien mil francos? Si vuestro casamiento no se ha verificado en el término de ocho dias y no he recibido la suma convenida, os demando ante el colegio de notarios.

—Esa es una atrocidad!

—Cómo que una atrocidad? Una atrocidad regalaros una muger con trescientos mil francos de dote!.... Vamos, estais loco.

Eugenio reflecsionó que en efecto estaba loco, considerando el estado de sus negocios, y se dejó conducir al salon; entra, mira y ¡oh sorpresa! vé una jóven hermosa, encantadora, graciosisima. Apesar de su amor, se sintió ajitado por una dulce esperanza.

—Dónde esta vuestra tia? preguntó el ex-notario.

—Aqui estoy, respondió una voz áspera que salia de una cara flaca.

—Señorita Dambon, os presento vuestra futuro esposo. Eugenio se inclinó respetuosamente.

—Tened la bondad de retiraros, señorita; tenemos que hablar de negocios, dijo el ex-notario á la hermosa jóven.

Eugenio siguió á esta amorosamente con la vista; pero ella se echó á reir en sus barbas y se volvió á su tia.

—Vamos, Eugenio, dijo Mr. Litois, besad la mano á vuestra futura.

Estas palabras derribaron moralmente á Eugenio, y si sus piernas le sostuvieron, fue por costumbre, pues se sintió amenazado por un terremoto. La vieja comprendió el efecto que había producido, pero le petaba el novio y pensó que asi que fuese suyo se arreglarian de grado ó por fuerza. Es-

peró á que Eugenio se repusiera, y luego habló tan categóricamente de sus tierras, de sus viñas y de sus prados, que el jóven curial, á quien su maestro había gangrenado ya de un modo ó ya de otro, la halló menos granujienta, menos acartonada, y casi le pareció agradable. Sin embargo, hubo un largo combate entre sus promesas y la necesidad.

Otros muchos notarios se han casado con viejas solteronas muy feas, con objeto de cojer la dote; pero como les ha costado su trabajo, lejos de ridiculizarlos, se alaba su habilidad. Aquel casamiento impuesto, se le echó en cara como una bajeza á Eugenio, quien, por otra parte, tenía contra sí el ridículo; las heridas que hace esta arma peligrosa, no se cierran jamás, y por poco que se las renueve con un nuevo golpe, se envenenan mortalmente.

El jóven notario y su muger fueron objeto de risa universal. En efecto, Mad. Faynal conservaba toda su rudeza de aldea y toda su gazmoñería de solterona. Eugenio reunió á esta desgracia la de ser padre de dos niños gemelos, lo que demuestra que las mugeres saben reparar el tiempo perdido; los dos gemelos acabaron de poner en ridículo á aquel desgraciado matrimonio.

Mad. Faynal notó muy pronto que era objeto de curiosidad para todo el mundo, y que se la llamaba á todas partes para obligarla á hablar de sus encantadores gemelos; entonces, echó en cara á su marido que no sabía hacer que se la respetase; su acrimonia produjo la erisipela en su nariz, y de fea que antes era, se hizo abominable; el carácter siguió los progresos de la fealdad y al cabo de año y medio se convirtió en un infierno la casa de Eugenio.

Entonces el notario quiso dedicarse á sus asuntos con objeto de distraerse; pero no era ya tiempo. El estudio iba quedando desierto. Dirijió una mirada escrutadora á lo gastado, y vió que despues de haber pagado los doscientos mil francos con el aumento de réditos, solo habian quedado de la dote ochenta mil francos. Una gran parte de esta suma se había gastado en la casa, á cuyas necesidades no bastaban los productos del estudio. Era, pues, preciso reducir los gastos ó entramparse.

Eugenio no quiso aceptar esta humillacion ni esta vergüenza, y se decidió á vender su oficio. El 1.° de marzo de 1816 estuvo á punto de llevar á cabo la venta en trescientos cincuenta mil francos; pero con motivo de haber retardado ocho dias el otorgamiento de la escritura, no se verificó la operacion y un año despues le vendió en cincuenta mil francos. En el dia, Mr. Faynal habita en Saint-Gaudens, tiene una muger de cuarenta y ocho años, dos mil doscientas libras de renta y cuatro hijos; cultiva flores, gasta zapatos de municion y botines de lienzo, juega sus partidas de boston á liard la ficha y toca el clarinete. Despues de haber sido notario, tiene todavía corazon y conocimiento: siente su desgracia y conoce su ridícula posicion. Ese ser estraordinario no tiene mas que cuarenta y ocho años, y es el que duerme enfrente de tí.

—Y qué tengo yo que ver con ese bombre para que con tanta minuciosidad me hayas contado sus tribulaciones?

—Qué, no comprendes, replicó el diablo, de qué modo puede mezclarse en los sucesos de tu vida un notario?

—Cuando uno no hace ventas ni compras ni casamiento, doble contrato en que vende su nombre sin comprar la felicidad....

—Malo, muy malo! dijo el diablo.

—Cómo?

—Yo no repito las cosas; continúa.

—Cuando uno no hace nada de lo que acabo de decir, no tiene mucho que ver con el notario.

—Tienes algo que ver con Mr. Barnet?

—Con Mr. Barnet si, pero es porque es mi notario.

—Y no le has querido consultar como notario de otro?

—Tienes razon; como notario del marqués du Val. Pero, ¿y qué?

—Pero y qué? Pobre mozo! con que no comprendes? Y quieres ir á vivir á Paris donde es necesario adivinarlo casi todo! porque en París no se habla apenas de los intereses ocultos, en la conviccion de que cada uno los aprecia.

—Veo, señor Satanas, que eres demasiado sútil para conmigo.

—Vamos, ayudaré tu comprension. Es casi inevitable que asistan dos notarios á la celebracion de un contrato de matrimonio, el de la familia del novio y el de la de la novia.

—Sí; eso es lo mas comun.

—Qué era Mr. Barnet?

—Notario del marqués du Val.

—Y quién era el notario de la señorita Lucía de Cremancé, despues marquesa du Val?

—Seria ese hombre que duerme ahí, respondió Luizzi.

—Muy bien! muy bien! díjo el diablo hablando con las narices á manera de un fraile ignorante que interroga á un niño acerca de la ecsistencia coeterna de Dios padre y de Dios hijo, y que se halla satisfecho de la respuesta del interrogado.

—Y ese hombre asistiria á esa escena estraordinaria cuyo secreto ha guardado tan bien Barnet!

—Muy bien! repitió el diablo con el mismo acento nasal.

—Y crees tú que querrá contármela?

—Ya sabes que te he prometido decirte lo que pasó en ella; pero si él quiere ahorrarme ese trabajo, se lo agradeceré, porque tengo que hacer aquí.

—En la deligencia?

—Sí.

—Y qué es lo que tienes que hacer?

—Un negocio de los que acostumbro.

—Y cuál es?

—Lo verás.

Y al decir esto, el diablo desapareció. Luizzi, gracias á la vision sobrenatural que poseía de cuando en cuando, le vió trasformarse en una mosca tan pequeña, tan pequeña que nadie hubiera podido percibirla. La mosca dió vueltas durante un momento en el interior del carruage, y saltando de aquí para allí, picó en la nariz al ex-notario, quien se agarró maquinalmente á las piernas de la muger que estaba sentada á su lado.

La buena señora, que no había recibido picotazo ninguno, dió á Eugenio Faynal un golpe en la mano con el ridículo que contenía tres pesadas llaves.

El notario despertó sobresaltado, y Ganguernet cogiéndole por el pescuezo, le gritó:

—La bolsa ó la vida!

—Qué eso? preguntó el ex-notario asustado.

—Magnifico chasco! respondió Ganguernet. Todos se despertaron y la conversacion se hizo general.

A pesar de todo, Luizzi que deseaba mas en aquel instante saber lo que iba á ocurrir en la diligencia que conocer á sus compañeros de viage, cerró los ojos aparentando dormir, lo que no le impidió seguir en su vuelo á la mosca microscópica que salió del interior y entró en el cabriolé.

Al lado de Mr. de Merin el indiano de las cárceles de Berlin, se hallaba un jóven de veinte años lo mas. Era lo que se llama un buen mozo; pero se hallaba adornado de un aire de necedad ambiciosa que Luizzi no hubiera echado de ver sin esa sútil perspicacia que el diablo le habia comunicado.

Gracias á esta facultad, conoció el baron el carácter de aquel jóven aunque sin preveer sus resultados. Conoció que se hallaba dotado de una facultad impresiva estraordinaria que le conducía incesantemente á los sueños de una ecsistencia, tanto mas fantástica cuanto que se hallaba, por decirlo así, realizada imaginariamente.

Aquel jóven, hallándose en el colegio, leyó *los Bandidos* de Schiller, y se enamoró de la vida errante y fugitiva de los desbalijadores de caminos. Se retrataba en su imaginacion con largos vigotes, calzon encarnado, botas amarillas, guantes negros á la Crispin, sable y tres pares de pistolas.

Su curso de derecho que empezó un año despues, le demostró la nada de aquellos vanidades. Los gendarmes franceses le parecieron escesivos en número y escesivamente escasas las cabernas de nuestro pais. Asi pues, Fernando renunció sus pretensiones de personage de drama aleman.

A poco tiempo, como sucede á otros muchos jóvenes, cayó en sus manos la detestable novela titulada *Faublas*, y hete á Fernando creándose en todos los palcos de la Opera marquesas de B....., viendo en todas las mugeres alegres

Madamas de Lignolles y esperando hacer charadas como el mas pintado. Una bailarina le curó de esta locura y su médico le curó de la bailarina.

Otra vez, despues de devorar el *Werther*, creyó Fernando que debía matarse por amor. Potier que había ido á dar algunas representaciones en Tolosa, puso fin á su pretension. La historia de las guerras de la revolucion impidió á Fernando sentar plaza en tiempo de paz, y si hubiera podido atravesar el Garona sin marease, se hubiera hecho marino para rivalizar con Americo Vespucio ó con el capitan Cook.

En el momento en que Luizzi le observaba, Fernando acababa de leer la historia de los papas y había sondeado con delicia los secretos del Vaticano. Esa dominacion absoluta superior á la de los reyes, esa representacion inmediata á Dios, esa pompa brillante de las ceremónias cristianas, habían inflamado su imaginacion, y sea que envidiase las lubricidades de los Borgias, ó la gloria dulce y artística de Médicis, la política y la filosofia de Ganganelli, el papado era lo que constituía entonces su ambicion. Ser papa, le parecía á los veinte años destino mas bello que el de amar y ser amado.

Fernando era un verdadero loco.

En este estado de ánimo y de corazon, emprendió el camino de Tolosa á Paris. Luizzi veía á la mosca-diablo revolotear al rededor de la nariz del jóven al llegar á la aldea de Boismandé. Esta poblacion nada de particular ofrece al viagero como no sea una deseada comida, y solo hay en el mundo dos hombres que conocen el valor de una comida esperada: estos hombres son el que viaja en diligencia y el convalesciente que come la primera pechuga de gallina.

El enorme carruage con las armas de Francia pintadas, se detuvo en el sitio de costumbre. Desembuchó sus numerosos viageros, los hombres adornados con gorros y pañuelos de seda, las mugeres con sombreros abollados y súcias marmotas; los unos y las otras envueltos en levitas raidas y pellizas usadísimas, todos cubiertos de barro hasta el punto de hacer retroceder al mas atrevido cepillo. Solamente la dama del velo en lugar de entrar en la posada, continuó su camino.

¿Quién ignora lo que es apearse de la diligencia á la puerta de una posada, ese primer movimiento tan grotesco en que todo el mundo procura aderezarse del mejor modo posible? Este se sacude vivamente la cabeza y los hombros, se restrega las manos y tose con vigor para salir por un momento del estado de arenque en que se hallaba y tornar al de hombre en el goce ordinario de todas sus facultades, aquel mueve con precipitacion su pierna para hacer descender sobre la bota el pantalon demasiado estrecho que el roce de una pierna vecina ha hecho subir hasta las rodillas; tal muger, aun fresca, procura componer las abolladuras de su gorro, y tal otra restablece, al bajar, la forma demasiado ajada de una drulleta color de hoja seca.

Despues de este momento de detencion, todos se precipitan á una inmensa cocina donde hierben desde tiempo inmemorial en bastas cacerolas el supuesto guisado de liebre y el implacable fricandó en tanto que el asador da vueltas cargado con el fangoso pato de la prócsima laguna y la lonja de vaca recurso de las gentes hastiadas.

Algunos minutos despues, cuando los hombres se habían refrescado ligeramente la cara y las manos en el reluciente lebrillo de cobre colocado en un rincon de la cocina, y que las mugeres que habían desaparecido por un momento reaparecieron mas frescas y vivarachas, sentáronse todos á la larguísima mesa que ocupaba el comedor y principió la comida á escudito por cabeza.

Trabose la conversacion sobre la escelencia de los caballos de la última parada, sobre la habilidad del postillon, la amabilidad del mayoral y la comodidad del carruage; despues sobre las poblaciones por donde habían pasado, el departamento en que se hallaban, el pueblecillo en que se habían detenido y finalmente la posada en que comían.

Luizzi escuchaba con tanta mayor atencion cuanto que todo esto le revelaba la historia del principio de su viage; pero no por eso perdía de vista al infernal insecto encarnizado sobre la nariz de Fernando.

Basta tener diez y ocho años, ser soltero, haber visto á Tolosa y su capitolio, Paris y sus monumentos, para creerse con derecho á menospreciarlo todo; y Luizzi no comprendió por qué el diablo se tomaba el trabajo de abandonar la nariz de Fernando para picar á un jovencito bastante impertinente que volvía á Paris para concluir su carrera de abogado comenzada en Tolosa, lo cual no era necesario para hacerle decir en voz alta que se hallaba en un pueblecillo miserable, en medio de un detestable pais y en una ecsecrable posada.

Seguramente que el amor patrio, el de la provincia y aun el mas sagrado del hogar doméstico, son sentimientos muy nobles, y sin embargo inspiraron muy mal á la linda Juanita, quien sino hubiera salido á la defensa del meson en que servía hubiera evitado muchos males; pero el diablo se mezclaba en todo y Dios sabe si el diablo ha hecho jamás otra cosa que valerse de los buenos sentimientos para hacer cometer malas acciones.

Desde la nariz del estudiante la mosca voló á la de la criadita que le escuchaba, y apenas Fernando pronunció las palabras de «detestable posada» cuando la jóven que apenas contaba diez y seis años esclamó:

—Vaya, caballero, pues otros señores de mas categoría que vos se han alojado en ella sin despreciarla de esa manera.

Estas palabras llamaron la atencion de los viageros hácia la muchacha: era alta, y lo ordinario de su trage no bastaba á encubrir su esbelto talle; unos piececitos muy lindos y unas manos admirables aunque llenas de grietas revelaban una naturaleza destinguida y un origen que renegaba de su situacion. Es preciso creer firmemente que siempre que se encuentran en el pueblo bajo

cualquiera de los signos de una vida no sujeta á trabajos penosos, se debe á alguna fragilidad de doncella ó á alguna infraccion de la fé conyugal en favor de cualquier lindo don Diego que ha creado tal anomalía. El trabajo y la miseria degradan sin duda bien pronto estas nobles proporciones, propiedad esclusiva de la rica ociosidad; pero á los diez y seis años se conservan aun intactas, y acabamos de decir que Juanita tenía apenas esta edad.

¿Prestó atencion á esto Fernando? En manera alguna. Soñaba ser Papa y nada podía apartarle de este pensamiento, pues lo único que le hubiera hecho levantar los ojos hubiera sido la púrpura cardenalicia. Nada, pues, había notado, ni la observacion, ni la respuesta, ni la voz armoniosa que había resonado, ni aquella boca adornada con dientes de marfil, ni aquellos sedosos cabellos de un rubio cobrizo, ni aquellos hermosos ojos pardos cuya vaga espresion denotaba una alma dispuesta á dejarse llevar del azar y de las circunstancias.

Solamente un anciano, fijando atentamente la vista en Juanita, la dijo con una voz cariñosa y poco conocida de las criadas de posada:

—¿Quienes han sido esos ilustres viageros, niña?

—Pardiez, esclamó Ganguernet sacrificando un alon de pollo al honor de la gloria francesa, casi todos los generales que han hecho la guerra en España.

—No hablo de esos, replicó Juanita.

—¡Ah! ya caigo, continuó Ganguernet, se trata del papa Pio. Pio se ha alojado aquí.

Y prorrumpió en una de sus estrepitosas carcajadas.

—¿Cómo, cómo? esclamó Fernando. ¿Qué es lo que habeis dicho?

—Sí, señor, contestó Juanita con acento respetuoso, nuestro santo padre el Papa en persona.

—El Papa! esclamó Fernando fijando sus ojos desencajados en las súcias paredes y el ahumado techo del comedor. ¿El mismo Papa, ese generoso mártir?..

Esta esclamacion atrajo sobre Fernando la atencion general. Viagero demasiado taciturno colocado en el cabriolé de la diligencia entre el conductor y el indiano, Fernando había permanecido enteramente estraño á todos; pero este grito tan singular en un jóven de diez y ocho años le puso en evidencia. Entonces solamente se notó su elevada talla, la austeridad de sus facciones, sus negros ojos medio cerrados y aquella frente ancha y meditabunda que revela casi siempre una poderosa capacidad en las grandes empresas, ó una loca ecsageracion en las pequeñas.

—Sí, ciertamente, replicó Juanita encantada de hallar quien la escuchase con tanto entusiasmo, y su alcoba no ha vuelto á servir para nadie: está siempre cerrada y no se entra en ella mas que con respeto y veneracion.

En este momento la mosca diabólica penetró en la nariz de Fernando con tal rapidez que debió subírsele al cerebro, haciéndole esclamar:

—Es preciso que yo vea esa alcoba.

—Pues seguidme, dijo la jóven, y salieron juntos.

Entre tanto; Luizzi trataba de adivinar cuáles eran los proyectos del diablo respecto á ambos jóvenes. La ausencia de estos comenzaba á hacerse notable cuando se escuchó en la cocina un ruido infernal. El nombre de Juanita pronunciado con violencia hirió repetidas veces el tímpano de los viageros. Todos se levantaron para averiguar la causa de aquel ruido y se dirigieron á la cocina en el momento en que Fernando volvía á entrar en el comedor por otra puerta.

Un jóven como de veinte y cinco años condecorado y en trage de caza oprimía el brazo de Juanita con una violencia imposible de describir.

—¡Dáme la llave! la gritaba, dámela!

La desgraciada niña, pálida é inmovil, le miraba sin responder como fascinada por un estraño encanto. Cinco ó seis monedas de oro caidas á sus pies, atraían las miradas codiciosas de algunos aldeanos que hablaban acaloradamente, y la dueña del meson con la cara descompuesta por la cólera, gritaba:

—En el bolsillo del delantal la tiene. Sacádsela, Sr. Enrique, sacádsela.

Enrique á quien su furor había cegado al pronto, concluyó por comprender lo que se le decía, y registrando brutalmente los bolsillos de Juanita, se precipitó como un furioso hácia la escalera que conducía al primer piso.

Se acercaban todos los viageros para pedir la esplicacion de esta violenta escena, cuando el baron que se hallaba junto á la puerta del comedor, vió al jóven condecorado bajar de un salto la escalera. Durante algunos instantes, dirigió á su alrededor furiosas miradas hasta que un aldeano se acercó á él y le preguntó:

—Qué hay?

—Que es cierto.

—En ese cuarto!

—Sí, en ese mismo cuarto.

—Infamia y sacrilegio!

—Es posible! dijo otro.

En este instante, Luizzi creyó reconocer aquella risita ácre que tanto le había perseguido.

—Pero qué diablos es eso? preguntó Ganguernet.

—En ese cuarto, repitió el aldeano, en ese cuarto, donde está la cama del Papa!

—Bueno! esclamó Ganguernet que comprendió entonces lo que había pasado; famoso! no ha sido mala la idea!

Todos los aldeanos respondieron con gritos de rabia y maldicion y se lanza-

ron hácia Juanita que tenía la vista fija en el suelo y parecía haber perdido todo sentimiento de razon.



—La cama del Papa!... esclamó de pronto la jóven. Ah! estoy condenada!

Una voz que Luizzi solamente oyó, respondió riyendo á esta esclamacion. Juanita ecsaló un suspiro quejumbroso y débil, y cayó por sí misma al suelo como si se hubiesen quebrantado todos los músculos de su cuerpo.

En el momento de pronunciar Juanita las palabras: Estoy condenada! dirigió la vista hácia el comedor á cuya puerta se hallaba el baron. Aquella mirada, al atravesar por delante de él para ir hasta Fernando, mostró á Luizzi la salvage espresion que animaba los ojos de Satanás. El baron miró á Fernan-

do, y al ver en sus ojos inmóviles un reflejo de ese fuego siniestro que parecia haberle abrasado, comprendió la amenaza del diablo; pero, dominado por el primer sentimiento de piedad, cerró violentamente la puerta del comedor.

—Huid, dijo á Fernando.

—Sí, respondió este sin moverse.

—Huid, ó sois perdido.

—Yo? replicó con una sonrisa melancólica, ningun daño pueden hacerme pero huiré por bien de ellos.

—Ocultaos pronto, subid al imperial y escondeos en la vaca.

Fernando saltó por la ventana, y apenas habia subido al carruage, se abrió la puerta del comedor y se precipitaron hácia Luizzi algunos aldeanos armados de hoces, de azadas, de palos y de látigos.

—No es él! no es él! esclamaron, é interpelaron al baron acerca del paradero de Fernando. Aun no habia acabado de responderles que le habia visto huir á lo lejos por el camino real, se precipitaron todos en la misma direccion con amenazas y atroces imprecaciones.

Mientras se enganchaban los caballos, Luizzi manifestó al mayoral el sitio en que se hallaba escondido Fernando.

—Ha sido buena la idea, le respondió el mayoral, porque si no se hubiera escondido, no hubieran tardado en apoderarse de él y Dios sabe lo que hubieran hecho.

—Y qué ha sido de Juanita?

—Al principio se creyó que estaba muerta y por eso no la han matado; pero Mr. Enrique la ha hecho llevar á un cuarto donde se la ha sangrado.

—Quién es ese Mr. Enrique?

—Es hijo del maestro de postas, respondió el mayoral, es un militar de antes de los Borbones, es mi antiguo capitan.

—Conocia á Juanita?

—Que si la conocia!... ya lo creo.

Sonó el látigo del postillon.—Al coche! al coche! grito el mayoral, y todos obedecieron tristes y silenciosos. Armando subió el último y notó que el mayoral hizo un movimiento de sorpresa cuando montó el postillon.

El mayoral recibió del postillon una caja forrada de cuero y murmuró entre dientes:

—Ahí está uno de... Los chasquidos del látigo impidieron oir lo restante.

Los aldeanos alcanzaron la diligencia, la detuvieron y se empeñaban en subir con objeto de alcanzar á Fernando, que creian iba adelante. Pero el mayoral se opuso á ello formalmente, y el postillon arreó los caballos con la voz, con el látigo y con la espuela, y no tardó en quedarse atras aquel irritado grupo.

Hasta entonces, ninguno de los viageros que ocupaban el interior de la

diligencia habia pronunciado una palabra; pero no bien se vieron libres de la persecucion de los aldeanos, preguntaron qué habia sido de Fernando, y Luizzi se lo dijo. En aquel instante llegaron á un sitio solitario; se detuvo de pronto la diligencia, echó pie á tierra el postillon, y gritó:

— Bajad, miserable! bajad ahora!

El baron sacó la cabeza por la portezuela y bajo la blusa del postillon, reconoció al ex-capitan.

Fernando bajó, y acercándose á su adversario le dijo:

— Qué quereis?

— Tu vida! tu vida! esclamó Enrique, y la quiero ahora mismo, en este mismo sitio.

— Nos batiremos al llegar á la próxima parada.

— Conque rehusais? sois un cobarde! replicó Enrique acompañando estas palabras con un gesto amenazador que no turbó la tranquilidad de su adversario.

Fernando asió con la rapidez del relámpago la mano que le iba á herir y obligando á Enrique á seguirle, se acercó á la diligencia, y pasando el brazo que le quedaba libre por entre los rayos de una de las ruedas, levantó la pesada máquina mas de una pulgada del suelo; luego, soltando la mano de Enrique, dijo con una tranquila sonrisa:

— Ya lo veis, mi brazo no carece de fuerza. Os he dicho que me tendreis á vuestras órdenes asi que lleguemos á la prócsima parada; pero como me proponeis un combate á muerte, no estrañareis que antes de todo me ocupe en algunas disposiciones.

Y sin esperar la respuesta de su adversario, dirigió la palabra á Luizzi con tono dulce y atento.

— Tendreis la bondad de ser mi padrino? le dijo. Quisiera hablaros un momento, y si tuviérais la bondad de sentaros á mi lado en el cabriolé os lo agradeceria mucho.

Armando aceptó la proposicion, y á corto rato se halló entre Fernando y el indiano de Berlin.

Enrique montó nuevamente, y arreó los caballos con toda su fuerza, de modo que el pesado carruage corria como la mas ligera calesa.

— Antes de revelaros el secreto de lo que acaba de ocurrir, dijo Fernando, me permitireis pediros un favor que no dudo obtener. Tengo que escribir algunas cartas que desearía dirigiéseis á Paris.

Luizzi hizo una señal de asentimiento y Fernando continuó:

— Tendreis la bondad de hacer descargar mi equipage mientras yo escribo y al llegar á la parada os tomareis la molestia de mandarme preparar una silla de posta. Quiero cambiar de direccion asi que se verifique el combate; no pienso ya ir á Paris.

El baron mostró admirarse de aquella resolucion, y sobre todo, de aquella prevision tan tranquila.

—Os admirais, dijo Fernando, de que hable con tanta seguridad de un duelo cuyo buen éxito os parece dudoso? Veis á ese hombre? añadió señalando con el dedo á Enrique; pues ese hombre se debe contar ya tan muerto como si estuviera en la sepultura.

—El! esclamó Luizzi con aire de incredulidad.

—Sí, dijo Fernando; esos hombres llaman valor á la embriaguez de la cólera. Os digo que le mataré. Al mirarle poco ha, he leido la muerte en sus ojos. Veis como hace correr la diligencia? es porque desea batirse cuanto antes; tiene miedo. El se lo quiere, con su pan se lo coma.

—Ahora, añadió con acento casi burlon, voy á justificarme á vuestros ojos de lo que sin duda llamais todos mi crimen. Solo las circunstancias me han inspirado la idea de cometerle y solo las circunstancias prestan á mi accion un carácter de profanacion espantoso. En el fondo me creo menos culpable que ese hombre, pues yo solo he padecido un delirio durante media hora, al paso que él hace seis meses que persevera en la senda de la seduccion. A pesar de que me habeis tratado tan poco, sin duda habreis conocido los pensamientos que me atormentaban, y así han debido sorprenderos menos mi viva esclamacion y mi violento deseo de visitar esa singular habitacion. Apenas llegué á ella, yo, que solo vivo de ilusiones, por medio de una reflexion estraña, me encontré de repente conducido á la realidad. Levanté la vista á Juanita: Juanita me miraba atentamente y su alma se hallaba, á mi entender, muy lejos del respeto que debia inspirar aquel lugar sagrado.

Luizzi escuchaba á aquel hombre que se atribuia la honra de su mala accion, en tanto que él sabia que habia sido juguete de un capricho del demonio. La mosca reia sobre la nariz de Fernando, quien, sin embargo, pasó la mano por la frente en actitud dramática, y continuó con acento profundo:

—Juanita no es una jóven ordinaria: de los distintos géneros de lenguaje en que he hablado á su alma, no sé cual habrá escuchado. Aunque la he dado oro, no puedo creer que se haya vendido, porque en su mente habia un pensamiento que respondia al mio.

—La mosca seguia riéndose.

—Yo lo sabré con mas certeza, añadió Fernando con exaltacion; la volveré á ver, porque esa jóven me pertenece; la he pagado con el reposo de mi vida y voy á pagarla aun con la vida de un hombre. Desgraciada! continuó el jóven dando una trágica entonacion á su voz. ¿No sabeis que las palabras que pronunció al caer privada de sentido, las habia yo lanzado á su alma? Sí, cuando sus sollozos hubieran enternecido á un tigre, la dije separándome de ella:

—Estás condenada!

Luizzi se estremeció. Miró á Fernando y creyó por un momento que el mismo Satanás habia tomado su figura.

La mosca reia picando al jóven encarnizadamente; el baron sospechó que Fernando representaba una comedia y que convertia un grosero deseo de jóven en episodio romancesco de un poema satánico.

Queriendo asegurarse, esclamó con tono de conviccion:

—Ah! eso es horrible!

—Qué quereis? repuso Fernando sin conmoverse; la idea de luchar con el Señor, la vanidad de insultar en su santuario y de manchar á su faz, sin que nadie pudiera oponerse, su mas bella y dulce criatura, me abrasaron como el fuego del infierno y me pareció que no era inverosimil el Satanás de Milton.

Luizzi se turbó, á su pesar, al oir estas palabras, y miró al indiano de Berlin que sacudia tranquilamente la ceniza de su cigarro diciendo:

—No era necesario que el Diablo tomara cartas en el asunto, porque la chica es linda.

La mosca miró de través á Merin, como si quisiera tomar acta de su incredulidad.

—Ya hemos llegado! esclamó Enrique en aquel instante, y dando las riendas á un palafrenero, llamó al mayoral y tomó sus pistolas.

—Quién de nosotros no ha servido de padrino en un duelo? quién no ha sentido en su alma esa angustia que produce la certidumbre de que va á estinguirse una existencia? Luizzi apenas conocia á Fernando, y sin embargo se prestaba á todos sus deseos, como si fueran los de su mas íntimo amigo.

El baron se hizo cargo del equipage de Fernando y mandó preparar una silla de posta. Luego, se dirigió á Enrique, á quien encontró sentado sobre una piedra, con la frente apoyada en las manos. Le contempló un instante y le compadeció recordando cuan diferente era la actitud de Fernando. Entonces llamó al mayoral y trató de arreglar el asunto.

—Permitiremos, le dijo, que por una moza de posada se maten esos jóvenes?

—Una moza de posada! respondió el mayoral; seguramente lo es, pero os puedo asegurar que esa jóven ha nacído mas bien para ser servida que para servir.... Es toda una historia.

—Hablad! esclamó el baron, hablad!

—Es muy largo de contar y tenemos poco tiempo.... Todo lo que puedo deciros es que mi capitan sabe muy bien lo que se hace: si vuestro jóven le ha arrebatado una cosa, le ha dejado otra.

—Y cual es?

—Una bala para romperle el cráneo.

—Mirad, replicó Luizzi, que si temo por alguno de los dos, no es seguramente por Fernando.

—El! dijo el mayoral con una desdeñosa sonrisa; un boquirubio que ni aun ha entrado en quinta, habérselas con un veterano de Moscou y de Waterloo! El señor Enrique ha servido en la guardia imperial á pesar de sus veinte y cinco años, y apunta tan bien que yo no tendria inconveniente en presentarle por blanco á treinta pasos de distancia un vaso de vino sujeto con los dientes, pues le haria saltar al primer disparo de sus pistolas. Y abrió la caja de Enrique.

—Son seguras? preguntó con serenidad Fernando acercándose á los dos interlocutores.

Y tomando las pistolas, las examinó y se las devolvió tranquilamente al mayoral.

—Caballero, dijo al baron, la escelencia de esas armas me causa mucha pena y me obliga á ser desapiadado. No quiero poner mi vida á merced de ese hombre furioso. Haced los preparativos.

Enrique notó la llegada de Fernando: hizo una seña muda y le siguieron los padrinos. Luizzi acabó de convencerse de que toda esplicacion era imposible entre aquellos dos hombres.

Fernando entregó al baron algunas cartas cuidadosamente cerradas; la letra del sobre no denotaba alteracion en la mano que la habia trazado.

En esto, llegaron á un bosquecillo donde habia un descampado muy á propósito para el combate.

Se convino en que los adversarios, colocándose á treinta pasos uno de otro, avanzarian, á una señal convenida, diez pasos cada uno, y tirarian cuando quisiesen durante este avance. Se cargaron con cuidado las pistolas, y cubriéndolas con un pañuelo, se las entregó Luizzi á los combatientes, que en seguida se colocaron en su sitio.

Una palmada fué la señal. Apenas habia dado Fernando un paso, se oyó la esplosion de una pistola y se le vió tambalearse y detenerse:

—Ese hombre es diestro, pero no es valiente; á no ser asi, me hubiera matado, dijo Fernando enseñando su brazo derecho atravesado por una bala; en seguida tomó con la mano izquierda la pistola que habia dejado caer:

—Despachaos, esclamó Enrique; empezaremos de nuevo!

—Creo que no sea necesario, replicó Fernando con siniestro acento.

Y al mismo tiempo, disparó sin aprovecharse del terreno que aun podia ganar, y Enrique cayó herido en el corazon, sin que un suspiro ni una convulsion manifestasen que habia dejado de existir.

Una hora despues, Fernando caminaba en la silla de posta, y el Diablo, llamado por Luizzi, habia recobrado su puesto al lado de éste.

—Querrás decirme, señor Satanás, por qué inspiraste á ese jóven tan infame deseo?

—Ese es mi secreto; además, ya has visto todo lo que ha pasado, y el resto no constituye una historia.

—Sí; pero los actores de esa historia tienen antecedentes que yo quisiera saber.

—Antecedentes? ninguno: una moza de posada, huérfana y jóven, y un jóven echado á perder por una mala literatura; ese es todo el cuento.

—Pero por qué haberlos elegido para tan detestable accion?

—Porque yo necesito dos seres maravillosamente bellos, á fin de que puedan hacerse, sin saberlo, maravillosamente malos.

—Es lo que acaban de hacer, el principio de una vida llena de malas acciones?

—O de malas ideas, que es mucho mas contrario á vuestra moral humana, y mucho mas conforme con mis intereses de Diablo. Daria yo por una mala idea todos los crímenes de un siglo: acabo de condenar dos seres de una naturaleza poderosa y activa á una vida escepcional, á vivir desterrados del mundo y en guerra con la religion, con el matrimonio y con las desigualdades sociales. Uno de esos seres es una mujer llena de pasion, de ambicion y de voluntad, á pesar de la oscuridad de su orígen. Ya siente mas haber perdido su porvenir que haber cometido su crímen. Si esa mujer hubiera sido virtuosa ocho dias mas, Enrique se hubiera casado con ella; ella hubiera tal vez hecho de Enrique un hombre distinguido, considerable, ilustre y Enrique hubiera tal vez hecho de ella una mujer distinguida, considerable, ilustre. Pero ya todo eso es imposible: Juanita no es una de esas jóvenes que creen indispensable el arrepentimiento. Una vez colocada en una posicion desventajosa, tratará de imponer su posicion al mundo.

—Y sin duda por eso mismo impulsará á Fernando á faltas graves, ó tal vez al crímen?

—Sí, vosotros, segun vuestra moral, debeis llamar crímen á eso.

—Me lo revelarás?

—No tendrás necesidad de que yo te lo revele.

—Pues por quién lo he de saber?

—Un dia leerás las obras de Fernando, y quizás le volverás á ver.

—Cómo?

—Le destino á literato.

XII.

Principio de esplicacion. (1)



Muy pronto continuó el viage y como era natural, giró la conversacion sobre el suceso que acababa de ocurrir. Todos aprovecharon la ocasion para referir aventuras mas ó menos estraordinarias en que habian sido actores ó testigos. Fácilmente se comprenderá que Ganguernet fué el mas fecundo en narraciones de esta especie. Entre las diversas con que fatigó á sus compañeros de viage, hubo una que escuchó Luizzi con un interes muy vivo.

—Fué un magnífico chasco, dijo Ganguernet, y no recuerdo haber reido tanto en mi vida. Vos, Mr. Faynal, debísteis oirlo contar hace cosa de tres ó cuatro años.

(1) El capítulo que vamos á traducir, es un cuadro que á primera vista repugnará á las almas apasionadas á la severa moral; pero esa repugnancia cesará no bien se considere cuál es su objeto, y cuál el carácter del miserable bufon que con tan cínica irreverencia habla del ministro del altar. Cuanto mas hedionda se muestre la senda del vicio, mas se alejará el hombre de ella, y en boca del apóstol inmoral, hasta las doctrinas mas santas carecen de fuerza. Tal es la idea que dominó á Soulié en la concepcion de su admirable obra.—Todos los vicios, todas las mise-

—Pues qué, preguntó el notario, hace tres ó cuatro años pasó alguna cosa estraordinaria en Pamiers?

—Pues qué, dijo Ganguernet, pasan alguna vez en Pamiers cosas estraordinarias? Lo que voy á contar pasó en Tolosa; es la historia del abate Serac. Conoceis al abate Serac?

—Supongo que hablareis de Mr. de Serac, Adriano Anatolio Julio de Serac, hijo del marques Sebastian Luis de Serac, porque, al menos que yo sepa, no existe otro Serac.

—De ese mismo; solo que vos le conoceis como hombre y yo le conozco como cura, lo que es muy diferente.

—La última vez que yo le vi, dijo el ex-notario frunciendo las cejas y guiñando los ojos como para dirigirlos á sus recuerdos lejanos, la última vez que yo le ví, que fue hace cosa de diez años, era un bello mozo de veinte y cinco, muy enamorado y muy poco dispuesto á adoptar los hábitos negros.... Esperad; me parece que voy á recordar exactamente la fecha, añadió el notario apoyando el índice en la frente; fué la antevíspera del dia en que se firmó el contrato de matrimonio de la señorita Lucia de Cremancé, cuyo notario era yo, con el señor marques du Val. Y á propósito de este casamiento, recuerdo en este instante una escena bien estraordinaria que os voy á contar.

—Cada cual á su turno, dijo Ganguernet; si contais vuestra historia no cuento yo la mia.

—Como querais, respondió Mr. Faynal volviendo á su asiento; lo que sí os ruego encarecidamente es que no me hagais dormir, porque cuando duermo sueño con mi mujer, y para eso no me hubiera tomado el trabajo de separarme de ella. Por lo demas, no siento dejar de contaros mi historia, porque me recordaria la época en que fuí notario, época tan desgraciada

rias, todas las fragilidades, todas las pasiones nocivas de la humanidad se retratan en *las Memorias del Diablo*. Contemplemos cualquiera de esos cuadros, en su mayor parte, de tan atrevido asunto que parecen destinados á no traspasar los límites de la imaginacion; examinemos en seguida nuestro corazon, y solo hallaremos en él una aversion profunda al vicio que acabamos de contemplar, porque en esos cuadros se desprende un dolor de cada falta. Triunfa á veces la maldad; pero ha sufrido tanto en la lucha, que es preferible á su triunfo la derrota de la virtud. Figemos, por egemplo, la vista en el capítulo que lleva el título de «Amor virgen:» ¿qué jóven no temblará ante la idea de cometer una falta, recordando la inmensa espiacion de Enriqueta? ¿Qué hombre no retrocederá cobarde ante el pensamiento de oprimir y violar los instintos de un corazon que no late por él, si recuerda los tormentos interminables de Féliz?

«El hombre, se nos dirá, deja de creer en el hombre, porque Soulié, allí donde veiamos la virtud en toda su perfeccion, nos muestra el crímen en toda su deformidad.» La senda de la vida, decimos nosotros, está llena de precipicios. ¡Maldito sea el que, cubriendo esos precipicios de flores, deja que se hunda en ellos el pobre viagero!!

para mí, que mentármela es lo mismo que mentar la soga en casa del ahorcado.

—Yo creo, dijo Luizzi, que vuestra historia debe ser interesante y por mi parte tendria sumo gusto en oirla; pero el que vos conteis la vuestra no quita que Ganguernet cuente la suya.

Y Ganguernet comenzó del modo siguiente:

UNA ORGIA.

—Pues señor, esto fué en Tolosa hace cosa de tres años. Era dia del Córpus y habia gran procesion. Otros amigos y yo habiamos ido para verla pasar á una casa cuyo nombre, ni número, ni calle os diré; una casa ni buena ni mala, donde se vendian muchas cosas de contrabando, pero que el resguardo no acostumbra decomisar. En el piso bajo habia un cafetillo (1); en el principal un almacen de tirantes, cuellos y corbatas, servido por dos hermanas de veinte á veinte y cinco años; en el segundo, almacen de cuellos, de corbatas y de tirantes, servido por tres amigas íntimas de veinte y cinco á treinta años, y una vieja; en el tercero un almacen de corbatas, de tirantes y de cuellos, servido por dos muchachas cuyos nombres y traza ignoro absolutamente, lo que importa muy poco puesto que no fueron de la partida; os esplico todo esto para que conozcais que la casa estaba bien habitada y que no faltaban en ella mercancias.

Cuanto mas subia el almacen, mas bajaban las mercancias. ¿Comprendeis el equívoco?... Ganguernet reia solo; la dama velada le dirigió una mirada estraordinaria, pero él continuó:

Nos habiamos reunido cuatro ó cinco buenos perillanes y habiamos dicho al piso segundo: tú, bajarás al principal; ó al principal; tú, subirás al segundo, porque en el principal ó en el segundo, como querais, habrá bodas y festines, jamon y pasteles, volátiles y pescados, blanquillo, Rosellon y ponche en abundancia; en fin habrá una comilona atroz!

Aunque el piso principal y el segundo estaban en guerra eterna porque se quitaban mútuamente los parroquianos en la escalera, en cuanto se trató de comer se arreglaron maravillosamente. Esta señora me dispensará, añadió Ganguernet dirigiéndose á la dama que permanecia velada en un rincon del carruage, pero la mujer es tragona por naturaleza. No sé si las mujeres de sangre azul son aficionadas á la buena carne y al buen vino; pero no hay animal tan voraz como la mujer de sangre colorada sentada á una mesa bien servida: se zampa los alones de gallina como un mayoral de diligen-

(1) En Francia, como no se permita fumar en los cafés y otros establecimientos públicos, hay sitios destinados al efecto (*cafés estaminets*) donde, ademas se bebe, se come, se baila y tienen lugar desórdenes poco conformes con la cultura francesa.

cias, y empina el codo como un soldado inválido. Pero vamos al asunto; á las nueve de la mañana estaba la mesa servida, el vino entre nieve, y yo y mis camaradas nos habiamos constituido en el piso principal de la susodicha casa, pasando por el café so protesto de tomar cigarros, porque es preciso guardar las apariencias hasta cuando se trata de divertirse.

La procesion se hallaba á punto de desfilar, las muchachas hacian muecas á los oficiales de la guarnicion, y nosotros nos habiamos colocado prudentemente á una ventana inmediata para ver pasar al Señor al través de una cortina, cuando héte que el cielo se pone mas negro que la tinta, y en un abrir y cerrar de ojos empieza á caer un aguacero que inunda y dispersa la procesion.

Todo esto pasó con tanta rapidéz, y la lluvia caia tan abundante, que cada cual se refugió en la primera puerta que halló á mano. Muchas personas, entre ellas un cura, entraron en el portal de nuestra casa, y las siguieron otras, de modo que las primeras se vieron empujadas hasta el primer escalon. Yo me asomé al primer descanso de la escalera, veo al curita que habia entrado al caer las primeras gotas, y de pronto me ocurre la idea de un magnífico chasco.

—Es necesario que el cura almuerce con nosotros! dije para mí.

Participo mi proyecto á mis camaradas de ambos sexos, y se me aplaude furiosamente.

Recomiendo á todos un continente modesto, y dando á mi rostro un aire de santa compuncion, me dirijo á nuestro curita.—Válgame Dios, le digo, que mal estais aqui, señor! si quisiérais subir á nuestra habitacion mientras pasa la tempestad, mi esposa y yo nos creeríamos muy dichosos por haberos proporcionado un asilo.

—Os doy gracias por vuestra atencion, me responde, pero estoy bien aqui.

Insistí en mi ofrecimiento diciéndole que sentiríamos en el alma que le rehusase, y el pobre hombre concluyó por seguirme nada mas que por no disgustarnos. Qué tonto de cura!

Al entrar en el cuarto donde estaban las chicas, tendí la mano sobre él y dije para mi capote: oh! cura, amigo mio, si no sales de aquí condenado, consiento en perder mi alma en lugar de la tuya. En seguida tomé de la mano á mi chica y dije al curita: «tengo el honor de presentaros á Mad. Gribou, mi esposa.» Gribou es un apellido que yo mismo me he dado para evitar al mio el disgusto de ciertos conocimientos, y que suelo adoptar en ciertas y ciertas espediciones; por lo que hace á Mariquita, era una esposa de circunstancias, y confieso que para hallarme unido á ella con todos los lazos posibles, solo faltaba el del santo sacramento; en aquella época era una escelente chica de ojos negros, labios encarnados como la cereza, pelo soberbio y un talle de reina con todos sus accesorios; no puedo esplicaros el

amor y la alegria que inspiraba su aspecto. Nunca pude tocar con la punta del dedo el cútis moreno y voluptuoso de aquella mujer, sin sentirme herido por un rayo de electricidad amorosa.

En cuanto ví la primer mirada que dirigió al abate, conocí que habia penetrado perfectamente mis intenciones.

El abate era un guapo chico, cobrizo como un mulato, con un bosque de pelo; y á los ojos de una muchacha como Mariquita era muy digno de saber algo mas que el misterio de la eucaristía. Al principio me piqué un poco, y hubiera querido que cualquiera de las otras chicas se hubiera encargado de la leccion; pero al fin, como la idea era mia, no podia pedir á ninguno de mis compañeros que se sacrificára en mi lugar. En cuanto á Mariquita, me pareció que aceptaba su empleo con demasiada facilidad.

El chasco iba á ser magnífico, y por lo tanto no era cosa de renunciar á él cualesquiera que fuesen los inconvenientes; asi pues, comenzamos el fuego. El abate estaba muy sofocado, porque llevaba una casulla con mas de veinte libras de oro; le instamos á que refrescase, y, so pretesto de un vaso de agua y vino, le preparé yo una bebidita compuesta de rosellon, de blanquillo de Limoux y de aguardiente, que era lo suficiente para achispar á un mulo. El pobre cura se lo tragó todo sin reparar en la mezcla; un minuto despues vi que su palidez se tornaba en encarnado, y que se le encandilaban los ojos.

—Os poneis malo, señor abate? le pregunté con acento dulce y zalamero.

—Sí, me respondió, ese vino me ha hecho daño.

—No es estraño, le repliqué; probablemente estareis en ayunas y el vino hace siempre ese efecto en el estómago vacío. Si tuviérais la bondad de tomar alguna cosa, veriais que eso se pasaba en seguida.

El bueno del abate hizo la barbaridad de creerme; se dignó sentarse á nuestra mesa, que era cuanto yo deseaba, y le coloqué al lado de Mariquita. La mesa era muy estrecha, de modo que mientras yo le escanciaba por la izquierda un poco de vino de mi cosecha, mi Mariquita le hacía por la derecha agasajos de la suya. Hay una cosa que no puedo esplicaros, porque hay cosas que es preciso verlas, y esa cosa es la cara que tenia el pobre hombre entre una botella preparada y los ojos de Mariquita; el Diablo caido en una pila de agua bendita, no se hubiera visto tan embarazado.

Yo creia que el abate iba perdiendo la cabeza, y al fin conocí que la cosa se hallaba ya en sazon, cuando veo que nuestro convidado ha dejado olvidada la mano entre la de su vecina. En lugar de mirarnos como hacía poco antes, contemplaba á Mariquita de tal modo que la hubiera hecho ponerse colorada si hubiera podido ponerse aun mas de lo que estaba; la bribonzuela habia caido en sus propias redes, porque además de que la belleza del abate la habia encantado desde luego, habia echado un traguillo del vino de boticario preparado por mí.

Seguro ya del buen éxito del negocio, hice una seña á los demas y al instante se levantaron todos, éste con pretesto de ir á la ventana, la otra con el de ir por una botella, el otro con el de traer azúcar, y todos sin mas objeto que dejar á sus anchas al abate y su compañera. Yo tambien me marché cerrando con llave la puerta, aunque seguramente era inútil tal precaucion, porque el abate estaba bien asegurado: yo conocia lo bastante á la Mariquita para estar seguro de que no le soltaria hasta que estuviera mas condenado que un judio.

—¿Pero es posible que os hayais valido de tales medios para cometer un crímen tan abominable? dijo Luizzi interrumpiendo la narracion de Ganguernet.

—¡Bah!.. un chasco magnífico, amigo mio. Acaso creeis en la virtud de esos farsantes de curas que tienen sobrinas, y sobrinitos que dedican á monaguillos? Lo que es nuestro abate era jóven, y puede que creyera aun en todas las tonterias de la religion; pero no hubiera creido en ellas mucho tiempo, pues si Mariquita no le hubiera desasnado, lo hubiera hecho alguna vieja santurrona de una manera menos agradable. Yo no oculto mi opinion: soy liberal y detesto á los jesuitas, y nunca me arrepentiré de haber jugado una mala partida á esos tunantes que quisieran restablecer entre nosotros el diezmo y las cédulas de comunion.

—Pero, ¿qué sucedió por último? preguntó Luizzi con viva impaciencia, pues conocia que nadie tenia menos derecho que él á censurar la inepta grosería de aquel hombre.

—Sucedió, respondió Ganguernet, que pasada una hora ó dos, tiempo necesario para que se disiparan los vapores del vino y demas partes constituyentes del almuerzo, bajé al café, y mientras bebia un vasito de aguardiente y jugaba una partida de dominó, me puse á referir con aire indiferente y exento de toda pretension, que al bajar del piso segundo habia oido una voz desconocida en casa de la Mariquita. No soy celoso, añadí con aire de mortificacion, pero he mirado por la cerradura y apostaria cien doblonicitos españoles contra dos piezas de á seis liard, á que he visto una casulla de cura sobre una silla en frente de la puerta.

—Es imposible! esclamaron todos.

—Es una broma.

—Es un embuste.

—Es esto.

—Es lo otro.

—Es lo de mas allá.

—No sé lo que será, repliqué; pero apuesto un bol de ponche á que hay un cura en casa de la Mariquita.

—Si yo estuviera seguro de perderle, dijo uno, no tendria inconveniente en apostarle.

—Y yo tambien le pagaria con mucho gusto por tal de que la Mariquita no me hubiera hecho tan mala pasada.

—Yo apuesto diez, y daria cien francos porque hubiera hecho esa mala pasada. Si pesco á uno de esos sotanillas, que me han quitado la herencia de mi tia para dársela al hospital de la ciudad, le voy á dar una soba como para él solo.

—Vaya, apostemos!

—Apostemos.

Dicho y hecho.

En esto, mas de treinta personas que habia en el café se habian amontonado al derredor de mi mesa; se fijó la apuesta en diez boles de ponche para toda la reunion, y yo dije:

—Ya que todos los presentes van á participar de la apuesta, es preciso que todos vean quien gana.

Mi proposicion fué aprobada, y hénos ganando la escalera por la trastienda y subiendo en dos zancadas al piso principal. Yo habia tomado una buena precaucion; despues de cerrar la puerta, habia puesto la llave en el suelo; la pisarán, dije, y se servirán de ella.

Aun no la habian pisado, y como no se veia nada á través de la cerradura, se iba á decidir que me habia equivocado, cuando el que tenia tanta gana de perder como yo de ganar, descubre la famosa llave, la coje y abre la puerta. En efecto, lo primero que vimos fué el bonete cuadrado del abate. Nos precipitamos todos hácia el cuarto de Mariquita; pero, como sin duda nos habian sentido, habian echado el cerrojo y no pudimos sorprender á la pareja en *flagrante delicto*, como se dice en el *jus romanum*. Mi rival trataba de forzar la puerta, y yo, como veia en tan buen estado el negocio sin necesidad de mezclarme mas en él, bajé al café. Unos cuantos concurrentes que no habian querido subir, se habian puesto á charlar á la puerta; poco á poco se habian ido reuniendo cuantos pasaban por la calle, de suerte que se habia formado ya un grupo numeroso que se ocupaba de lo que ocurria en el cuarto principal. Como no soy aficionado á permanecer en el sitio de una pendencia cuando conozco que puede haber cachetina, me fuí á la acera de enfrente para presenciar desde alli el efecto de mi comedia. Los del cuarto principal gritaban como desesperados á la puerta de la Mariquita, y los del piso bajo les respondian:

—Echad de cabeza al cura!

—Pero, caballero, eso hubiera sido un asesinato, dijo Luizzi.

—Bah! respondió Ganguernet, magnifico chasco! ademas, el piso no era muy alto, y los curas quedan siempre de pié como los gatos. Prueba de ello es nuestro abate, pues si no saltó por la ventana que daba á la calle, saltó por la que daba al jardin. De alli á media hora, y cuando habia reunidas en la calle mas de cinco mil personas que ahullaban como perros rabiosos, vino

la policía y, al derribar la puerta del cuarto de la Mariquita, se encontró con que el pájaro habia volado. Sin embargo, como habia dejado plumas, si no se supo quién era el individuo, se averiguó á qué especie pertenecia.

—Segun eso, no se encontró al abate Serac; ¿pero cómo se supo que era él?

—Toma, respondió Ganguernet, se supo porque dos dias despues le vi yo en la iglesia de San Sernin arrodillado en un rincon orando y llorando como un loco. Tambien él me conoció, y estoy seguro de que si nos hubiésemos hallado en otra parte, hubiera tratado de desquitarse.

—Y hubiera hecho bien, dijo Luizzi.

—No digo que no, replicó Ganguernet; pero lo que sí digo es, que yo le hubiera hecho entrar en razon despues de habérsela quitado. Ademas que no se le ha seguido ningun perjuicio, pues, á pesar de aquel lance, se le nombró vicario general, porque su familia echó tierra al asunto, y, sobre todo, porque los jesuitas no quisieron dar á los liberales la satisfaccion de ver castigar á un cura. Ni siquiera se le condenó por un mes ó dos á un retiro; eso hubiera sido reconocer la culpa y llamar sobre el culpable el desprecio público, á que sin duda se habia hecho acreedor.

—Vos sois de esa opinion? dijo Luizzi.

—En fin, continuó Ganguernet sin prestar atencion á la interrupcion de Armando, el bueno del abate salió ganancioso del lance, pues aprendió lo que tal vez no sabria y se echó una querida que era, sin disputa, la mejor chica de Tolosa.

—Cómo! esclamó Luizzi; con que el abate Serac volvió á ver á la Mariquita?

—Y tanto, respondió Ganguernet, que una noche me vi precisado á ponerle en la calle á puntapiés.

—Y tanto, repuso la dama velada, que una noche que queriais entrar en casa de la Mariquita, os tiró el abate por la escalera abajo.

Ganguernet y Luizzi se estremecieron al oir aquella voz que les pareció no serles desconocida; ambos iban sin duda á interrogar á aquella mujer, cuando el notario, envidioso de contar su historia al oir la de Ganguernet, les dijo con tono doctoral:

—Todo eso es muy curioso; pero lo que sin duda no sabeis, es por qué se hizo cura Mr. de Serac.

—Qué! lo sabeis vos? Esclamó Luizzi, que creia ver esclarecerse á sus ojos el misterio de que se hallaba rodeada la historia de la infeliz Lucia.

—Saberlo precisamente, no, respondió el notario; pero me parece que lo adivino; porque hé aqui lo que pasó el dia que se casó la señorita Lucia de Cremancé con el marqués du Val.



XIII.

Cosí fan tutte.

Pues veamos, dijo Armando.

Y el ex-notario empezó del modo siguiente:

—Ya sabeis que ese casamiento se verificó durante los cien dias. El marques de Cremancé, padre de la señorita Lucia, se habia consagrado como otros muchos nobles—y siento decirlo delante del señor baron—al servicio de ese bribon de *Bu-o-na-par-té*.

(Escribimos así este nombre para demostrar como le pronunciaba Mr. Faynal.)

A su vuelta del ejército, en 1814, despues de la caida de ese bandido de *Bu-o-na-par-té*, se encontró con que su mujer, á quien habia dejado al frente de su casa mientras iba al servicio del usurpador, habia recibido todos los dias la visita del marques du Val. El general Cremancé, pues habia ascendido á general al servicio del infame *Bu-o-na-par-té*, preguntó á su mujer con qué objeto habia visitado tanto la casa el marqués. Mad. de Cremancé, que era una criolla que no temia ni á Dios ni al Diablo cuando se la

ponia alguna cosa en la cabeza, pero que temia mucho á su marido porque Mr. de Cremancé la hubiera roto las piernas y los brazos si hubiera dudado de su fidelidad un momento, respondió al general que el marques du Val habia frecuentado la casa con objeto de hacer la corte á la señorita Lucía.

—Puesto que ha venido todos los dias, dijo el general, es preciso que se case con ella.

Al pronto, esto no produjo gran efecto en Mad. de Cremancé, pues creyó que podria vencer la resolucion de su marido con cuatro zalamerías; pero su marido, que era testarudo y malo como él solo, habia dicho: el marques du Val se casará con mi hija, y era preciso que se casase. Mad. de Cremancé solo consintió en ello en la apariencia, porque aun estaba muy enamorada del marqués; pero el marqués consintió al momento, porque no estaba ya enamorado de Mad. de Cremancé. Sin embargo, representó tan bien su papel, que hizo creer á la madre que solo se casaria con la hija en el caso de que la salvacion de su honor lo exigiese.

Mientras la condesa abrigó esta creencia, dejó andar las cosas, y aun se puede decir que las empujó, pues despidió de su casa á Mr. de Serac, á quien durante la ausencia del general habia prometido la mano de su hija, y á pesar de la desesperacion de Lucia, obligó á esta á aceptar un casamiento que la pobre jóven aborrecia, sin prever cuan desgraciadas iba á hacer á ambas.

Siguieron las cosas así, y al fin llegó el dia de firmar el contrato. Parece que aquel dia Mad. de Cremencé habia echado de ver que lo que ella creia un sacrificio por parte del marqués, era una verdadera dicha para éste, pues le oyó hablar con Lucia en un tono que revelaba mas amor que el que ella habia inspirado á su amante. Pero era imposible un rompimiento; los parientes y los testigos de ambas familias estaban convocados, los contratos estaban estendidos y se debian leer aquella misma noche en presencia de las dos familias.

Aunque viva cien años me acordaré de lo que pasó aquel dia como de lo que pasó ayer. Nos hallábamos en el salon principal de casa de Mr. de Cremancé. Toda la familia estaba colocada en círculo, y el general se hallaba en medio tendido en un ancho sitial, porque habiendo sufrido un violento ataque de gota, habia tenido que echar mano de todo su valor para abandonar su lecho y asistir á la lectura del contrato. Mi colega Bernet se encargó de la lectura, que solo era una pura fórmula, y así que acabó, firmaron los novios, el general y su mujer, y en seguida los parientes.

El general, apenas estampó su firma, se disculpó con el mal estado de su salud, y le condujeron cuatro criados desde el piso bajo al principal, donde tenia su dormitorio. Se retiraron en seguida los parientes, y solo quedamos en el salon Mad. de Cremancé, su hija, el marques, mi colega Barnet y yo.

Mad. de Cremancé no habia chistado en toda la noche; pero yo habia

notado en sus miradas el estravio que se nota en las de los locos; al firmar se turbó de tal modo que no veia el papel, y dejó caer dos veces la pluma antes de hacer uso de ella.

Hé aquí como estábamos colocados: yo me hallaba sentado en una mesa arreglando los contratos; el marqués estaba con Lucia en el hueco de un balcon, y parecia escusarse con la pobre jóven, que no cesaba de llorar; al otro estremo del salon, Barnet esplicaba á Mad. de Cremancé las inmensas ventajas que á su hija iba á reportar aquel casamiento, mientras la condesa, en lugar de escucharle, tenia fijos sus ardientes ojos en su hija y su futuro yerno.

Como yo observaba la siniestra espresion de su rostro, la vi dejar de repente á Mr. Barnet y lanzarse al marqués, á quien arrancó la mano de su hija que acababa de tomar, esclamando:

—Mentís, caballero, mentís; vos no amais á mi hija, no podeis amarla, y si la amais sois un infame.

—La amo! replicó con violencia el marqués.

—Pues bien, repuso Mad. de Cremancé, no te casarás con ella aunque la ames.

—Os juro que me casaré con ella.

—No te casarás, no, dijo Mad. de Cremancé, cuya exasperacion rayaba en locura; no te casarás con ella! Hija mia, añadió dirigiéndose á la temblorosa jóven, mira bien á ese hombre; ese hombre ha sido mi amante; ese hombre ha sido amante de tu madre: ¿quieres que sea tu marido?

Todo esto pasó con la rapidez del relámpago; Bernet y yo nos mirábamos espantados por lo que acabábamos de oir, cuando vimos á la desgraciada Lucia caer de rodillas á los pies de su madre esclamando:

—Señora, señora, no digais eso; puede oiros alguien mas que yo y creeros. Puede oiros mi padre!

—Pues bien, que venga y que me oiga, replicó Mad. de Cremancé; que venga y que me mate! Si ese hombre es tan infame que quiere casarse contigo y tú eres tan infame que lo consientes, al menos tu padre no permitirá tan abominable incesto.

Hubiérase dicho que toda su sangre de criolla se le habia subido á la cabeza á aquella mujer, pues parecia hallarse loca de celos y de rabia. Se volvió hácia el marques y le dijo con acento colérico:

—Con que la amas, miserable é ingrato! Con que la amas!... Ella no te ama, no; mi hija ama á otro y se entregará á él como yo me he entregado á tí; ama á otro hombre que te deshonrará como tú me has hecho deshonrar á mi marido. Mi hija ama á Mr. de Serac. Cuidado, cuidado con él!

Y Mad. de Cremancé continuó reprendiendo furiosamente al marqués, en tanto que éste procuraba en vano tranquilizarla, y mientras su hija, tendida en el suelo, exhalaba dolorosos gemidos.

Barnet y yo nos habiamos retirado al estremo del salon con objeto de presenciar lo menos posible aquella deplorable escena. Tratábamos de escapar á fin de no esponernos al riesgo de ver ruborizarse en nuestra presencia señores tan poderosos, cuando Mad. de Cremancé, que puedo asegurar se habia vuelto verdaderamente loca, cogió del brazo al marqués y le arrastró con violencia esclamando:

—Ven, ven! es preciso que mi marido nos vea juntos; es preciso que yo le manifieste la verdad delante de tí.

En aquel instante se abrió la puerta del salon y apareció el general. Ignoro si alguno de vosotros le conoció; pero era imposible sufrir sin bajar los ojos la fria mirada que clavaba en uno cuando dirigia la palabra. Envuelto en una ancha bata encarnada, con su largo cabello blanco y sus largos bigotes, blancos tambien, produjo en nosotros el efecto de una aparicion: parecia la fantasma de la muerte que se presenta al llamársela por medio de ciertas palabras. Se detuvo en el umbral de la puerta y dijo con un acento débil que jamas olvidaré:

—Que es lo que pasa?

El general tenia en la mano la espada y preguntaba qué era lo que pasaba, sin duda olvidando que bastaba decir que lo sabia. Su hija corrió á su encuentro esclamando:

—Perdon, perdon, padre mio!

El general se inclinó á la pobre Lucía, y con una voz, cuya suplicante y cruel espresion es imposible haceros comprender, respondió:

—Perdon para tí, no es verdad Lucía? Perdon para tí, no es verdad hija mia? Perdon para tí, porque sientes en tu corazon otro amor, y temes que tu padre se indigne! Sé que ese amor es inocente, y por eso te perdono; si hubiera sido culpable, si ese amor hubiera impreso la menor mancha en la honra de una mujer que lleva mi apellido, esa mujer moriria al instante al filo de mi espada.

Y al pronunciar estas palabras, el general dió algunos pasos hácia Madama de Cremancé; Lucía se arrojó á su paso esclamando:

—Padre mio, padre mio, perdon!

Y su padre, recibiéndola en sus brazos, la respondió con voz dulce y desconsolada:

—Sí, hija mia, os hubiera matado si hubiérais deshonrado el nombre de Cremancé, y como no quiero que ese nombre se vea deshonrado....

—Me casaré con el marqués du Val, dijo Lucía cayendo de rodillas á los pies de su padre.

—Gracias, hija mia, murmuró el general dejando escapar de su mano la espada; luego se dirigió á nosotros, y añadió con voz tranquila:

—Señores, os convido para la ceremonia de mañana.

Apenas habiamos abandonado el salon, cuando el general se sintió ata-

cado de un dolor de pecho tan violento, que fué preciso colocarle á toda prisa sobre colchones, y no se le pudo subir á su habitacion.



—Y se verificó el casamiento á la mañana siguiente? Preguntó Luizzi.

—Sí, respondió el notario. Dos dias despues, habia muerto Mr. de Cremancé; su mujer habia abandonado á Tolosa, y el jóven Mr. de Serac habia entrado en un seminario para hacerse cura.

XIV.

Continuacion.



STENSIBLE y vivo era el interés con que Luizzi habia escuchado esta lamentable historia. Acababa de parar la diligencia al pié de una cuesta muy penosa; todos los viageros habian echado pié á tierra, y Armando caminaba al lado del notario, abismado en las sombrías reflexiones que aquel relato le inspirara, cuando Gangernet, que se adelantaba á beber algunas copas de rom en un ventorrillo que se veía en la cumbre del cerro, le dijo al pasar:

—Parece que la historia del notario os ha llegado al corazon, ¿no es verdad?

—En efecto, añadió Mr. Faynal, parece que os preocupa mucho.

—Sí; ha empezado á revelarme el secreto de una desgracia y de un estravio que no me era dado comprender.

—Y que yo puedo esplicaros completamente, dijo la dama velada que hasta entonces apenas habia hablado palabra.

—¿Vos?

—Yo; ¿me conoceis, señor baron?

Y aquella mujer alzó el velo con que se ocultaba: Luizzi recordó haberla visto, pero sin saber cuando ni dónde.

—Soy la criada que os introdujo una noche en la habitacion de la marquesa du Val, añadió la mujer en voz baja.

—Mariquita! esclamó Luizzi.

—La misma; bajo ese nombre se me conoció como criada de la marquesa, y bajo ese mismo nombre se me conocia cuando ayudé á fugarse de mi cuarto al abate Serac.

—¡Cómo! ¿érais vos? dijo Luizzi, que caminaba de sorpresa en sorpresa.

—Sí, era yo: loca de amor por ese sacerdote, el único medio que hallé para adherirle á mí, fué el espantarle con la gravedad de su falta; así que logré vencer su conciencia, cuando poco á poco le hube acostumbrado al vicio hasta hacerle mas vicioso que yo, me obligó á fuerza de oro y de atroces amenazas á servirle en sus infames proyectos.

—¿Contra quién? preguntó Luizzi.

—Oid, continuó Mariquita.

Siete años hacía que la señorita de Cremancè se habia casado; siete que él era sacerdote, y la habia amado siempre con un amor que casi habia purificado la desesperacion.

Mas tarde, el abate Serac era amante de una prostituta, pues yo era una prostituta ó poco menos: el abate Serac habia ahogado todos sus sentimientos en desordenadas orgías de que yo no participaba, y amaba aun á la marquesa du Val, pero su amor era un amor horrible, un amor mas asqueroso que criminal.

Yo que no habia previsto hasta donde podian arrastrar á ese hombre suardiente imaginacion y su carácter obstinado, una vez lanzado en la senda del vicio, fuí la primera víctima del vicio á que yo misma le habia impulsado: todos los dias me maltrataba y me quitaba la vida en sus accesos de cólera y de celos, aunque no me amaba.

Seis meses despues del suceso que Ganguernet acaba de contar, se apoderó de ese hombre la idea de ser amante de la marquesa du Val. Para conseguirlo, me obligó á entrar á servir en casa de la marquesa. Me habia hecho abandonar el barrio en que habitaba, y me habia alojado en una casita á la parte allá del rio, á donde iba todas las noches disfrazado, unas veces de aldeano y otras de militar, siempre con distinto trage ó distinto uniforme, de modo que nadie podia sospechar que era uno mismo el hombre que entraba en mi casa. Tan rigorosamente encerrada me tenia, que hubiera podido matarme sin que nadie le hubiera pedido cuenta de mí. Me inspiraba tanto miedo, que si me hubiera mandado cometer un crímen en que yo hubiera debido perder la vida, no sé si me hubiera negado á ello. Me ví, pues, precisada á acceder á sus deseos y valiéndose de la recomendacion de algunas viejas devotas, hizo que se me admitiese en casa de la marquesa.

Mad. de Cremancé era muy desgraciada cuando entré á su servicio;

pero acogida á Dios, pasaba la vida entregada á prácticas religiosas, porque la pobre mujer ni aun tenia para consolarse y distraerse, la mas dulce y mas santa de todas las ocupaciones de las mujeres, la educacion de sus hijos.

Luizzi escuchaba á aquella jóven con tanta admiracion como interés; ella lo notó y continuó:

—Conozco, señor baron, que os sorprende mi lenguaje; durante los tres años que he servido al lado de la marquesa du Val, he conocido muchas cosas y muchos sentimientos que antes desconocia. Ya he dicho que la marquesa era muy desgraciada; no tenia hijos, porque el dia de su casamiento se habia separado de su esposo, y nunca el marqués habia traspasado el umbral de la habitacion en que ella dormia.

Sí, señor baron, he aprendido muchas cosas, y cuando mas me admiré fué cuando descubrí hasta qué punto pueden conservar su gracia y su elegancia el talento y los modales cuando el alma y el corazon se hallan gangrenados por los vicios.

No pocas veces leí las cartas que el abate de Serac me hacia entregar á la marquesa, y confieso que nunca he visto al amor mas puro y mas respetuoso espresarse con tanta dulzura y tanto encanto. ¡Con cuánta desesperacion trasmitia aquellas cartas á la marquesa! Largo tiempo se negó á recibirlas Mad. de Cremancé; pero la desgraciada se dejó por último persuadir por mí que la engañaba, porque tenia miedo, y que deploraba el éxito de mis palabras no bien acababa de emplear todos los esfuerzos para conseguirle.

Tres meses trascurrieron antes que la marquesa consintiera en leer una carta del abate, y otros tres pasaron antes que le admitiera en su casa desde que consintió en leerlas; yo misma la impelia á un crímen que rechazaba mi afecto hácia ella mas bien que la moral en que se me habia educado. No me asustaba el que la marquesa tuviese un amante; no me repugnaba el sacrilegio que iba a cometer entregándose á un sacerdote; únicamente pensaba en que iba á ser presa de un miserable en quien se reunian todos los vicios y toda la brutalidad, á sus vicios inherentes.

Sin embargo, una esperanza me sostenia; yo esperaba en la marquesa misma; me parecia que el dia en que aquel hombre la hablase en un lenguaje que ella no quisiera oir, sabria imponerle silencio. Además, conocia tan bien á la marquesa, que no acertaba á imaginar de qué medios se valdria aquel hombre para sorprender la virtud de una mujer tan pura y tan fuerte á la vez.

Ah! señor baron, no me acordaba ya de que yo misma le habia dado una leccion bien hedionda.

—Qué! exclamó Luizzi, con que fué....

—Sí, señor, continuó Mariquita, echando substancias perniciosas en el poco vino que la marquesa bebia, embriagando y embruteciendo á esa santa y noble criatura como yo le habia embriagado y embrutecido á él, fué co-

mo triunfó de su virtud de mujer como yo habia triunfado de su virtud de sacerdote. ¡Se la robó vírgen á su marido como yo se le habia robado vírgen á su Dios! ¡Qué crimen tan abominable, no es verdad, señor baron?

—Oh! sí, muy abominable!

—Pero lo que no podriais creer, añadió Mariquita acercándose al baron, lo que no podriais concebir, si no supiérais que estaba embriagada, y si yo no os lo jurase por mi vida, es que esa muger noble, elegante y rodeada de la sociedad mas escogida, buscase en el poder que la habia entregado al abate de Serac el olvido de su falta. La marquesa convirtió en un vicio lo que habia hecho su desgracia!. No bien se veia sola, buscaba licores fuertes, los robaba de su casa á pesar de mi continua vigilancia, y bebia hasta perder la fuerza y la razon, porque para ella la fuerza era el poder del sufrimiento y la razon los remordimientos y sus dolores. Dos años vivió así, protegida por mi que la ocultaba á los ojos del mundo y de su casa, y que hubiera querido ocultarla á los vuestros, señor baron.

—Quiero emanciparme de ese verdugo que me mata; ya que no tengo un hermano ni un esposo que puedan librarme de él, tendré otro amante, me dijo en uno de esos momentos de locura á que con tanta frecuencia la arrastraba el vicio. Esta mañana ha venido á verme Luizzi, Luizzi que al parecer me amaba cuando era niño, y que participó de mi dolor cuando me casé. Si quiere amarme, yo tambien le amaré. Soy aun bastante hermosa para que me ame, no es verdad? Oh! sí, añadió, alzando la vista al cielo é invocando á Dios, pues hasta ese extremo la estraviaba su locura en aquellos instantes. Sí, le amaré, y vos, Dios mio, perdonareis mi amor, porque si Armando no quiere amarme, arrostraré vuestra eterna condenacion y atentaré á mi vida.

Yo, temerosa de que asi lo hiciera, os esperé á la puerta de su casa y os introduje en su habitacion recatándoos del abate Serac á quien habia visto parado frente á la puerta cuando ibais á entrar; temerosa de que atentára á su vida, consentí que penetrárais hasta aquel oratorio que un sacerdote habia convertido en voluptuoso retrete. Por otra parte, en aquel instante me pareció que estaba mas tranquila y esperé un momento, que se atreveria á revelároslo todo y que vos seríais bastante generoso para protegerla sin perderla aun mas. Pero se habia aprovechado de mi ausencia para afirmarse, como ella decia, en su resolucion, y cuando entró en el oratorio donde vos, señor baron, la esperábais....

Mariquita se detuvo como si no se atreviese á terminar la frase, y Luizzi continuó lentamente:

—Y cuando la imfortunada se entregó á mí entre sollozos y trasportes que yo no comprendia...

—Estaba borracha, señor baron, estaba borracha!!



XV.



Mariquita acababa de pronunciar estas palabras, cuando se oyeron los gritos de *á un lado! á un lado!* y pasó rápidamente una silla de posta. Luizzi dirigió una mirada al interior, y reconoció á Fernando y á Juanita que iban en ella. Fernando se inclinó á la portezuela y gritó al baron, sin mandar detener el carruage:

—No se os olvide entregar mi carta á Mr. de Mareuilles, que es uno de mis buenos amigos.

Por una casualidad singular, Luizzi vió la mosca que habia picado á Fernando ajitar sus alas en el instante en que el jóven recordó su encargo.

Luizzi se hallaba tan preocupado con todo lo que acababa de oir y ver, que hubiera comprado á cualquier precio un momento de quietud y soledad, para reflexionar á sus anchas; esta misma preocupacion fué causa de que no oyera el grito que Mariquita exhaló al ver á Juanita en la silla de posta. En esta conversacion, llegaron á la cumbre del cerro donde era preciso subir nuevamente á la diligencia.

Luizzi empezaba á creer que el diablo intervenia en su vida algo mas que con palabras; sospechaba ya que fuera él quien, cansado de relatos, le habia puesto en aquella diligencia en compañía de Ganguernet, del exnotario y de Mariquita: sus sospechas llegaron á ser una conviccion al ver á Ganguernet que, corriendo hácia él, le dijo:

—Otro percance! acaba de romperse el ege mayor de la diligencia y tenemos que esperar diez ó doce horas antes de poder continuar nuestro viage. Hénos encerrados todo ese tiempo en una miserable posada donde, cuando mas, habrá huevos para hacer una tortilla, y aguapies y aguardiente de patata para remojarla.

—Será posible, preguntó Luizzi con impaciencia, que no haya medio de reparar antes ese contratiempo?

—Vaya si le hay! respondió Ganguernet. Si teneis gana de dar y perder dinero, podeis dejar el asiento de la diligencia y tomar una berlina que vá de retorno á París y que releva allá arriba.

—Con mucho gusto, dijo Luizzi; la tomo en seguida y á cualquir precio.

—Ola, ola, parece que la bolsa está bien repleta, dijo Ganguernet dando palmaditas en los bolsillos del baron.

Esta observacion recordó á Arnando que no habia pensado hasta aquel instante en su estado pecuniario y le obligó á meter la mano en el bolsillo, del que sacó un puñado de oro. Entonces conoció que si viajaba en la diligencia no era por falta de dinero, y si mas bien por circunstancias que ignoraba y que el Diablo debia haber hecho sobrevenir. Ocurriósele así mismo la idea de que aquella berlina habria sido colocada á su paso por el Diablo que sin duda tendria interés en que viajara en ella. Resuelto á dejarse guiar por Satanás, hizo descargar sus efectos, prévio el exámen de la hoja del mayoral, pues ignoraba absolutamente en que consistian. Entre ellos encontró una gran cartera con funda de badana, que no sabia fuese de su propiedad. Reservando el exámen de aquella cartera para cuando se hallara solo en la berlina, se despidió de sus compañeros de viage despues de haber dado á Mariquita las señas de su residencia en Paris.

No bien se halló solo en el nuevo carruage, se apresuró á abrir la cartera y vió, que entre otras cosas, contenia varias cartas con sobre á él. Aunque aquellas cartas estaban abiertas, lo que demostraba que habian sido leidas, se dió prisa á examinar su contenido. La primera se hallaba firmada por el procurador del rey, del distrito de.... y estaba concebida en estos términos:

»Señor baron :

»Los hechos que nos denunciais son de tal gravedad que he creido de-
»ber ponerlos en conocimiento del señor procurador general de la real au-
»diencia de Tolosa. El encierro de una mujer en una prision por espacio de
»siete años, sin que nadie haya sospechado lo mas mínimo, es cosa que
»parece imposible. Así que el señor procurador general me diga lo que debo
»hacer en el particular, os trasmitiré su respuesta.

»Tengo el honor, etc.»

—Ola, dijo Luizi; parece que he denunciado al capitan; veamos en que

estado se halla este asunto. Buscó en la cartera y abrió otra carta que empezaba así:

»Caballero, sois un infame....»

—Este es el capitan Féliz, que me acusa porque no he querido dejar su crimen impune. Hízose el baron esta reflexion consoladora y continuó la lectura de la carta:

»Me habeis hecho matar á un jóven y deshonrar á una mujer que llevaba mi nombre; si no sois un cobarde, espero que me dareis cuenta de »vuestra indigna conducta.

»*Firmado*: Dilois.»

Esta segunda carta dejó á Luizzi mas pensativo que la primera, y despertó en él deseos de saber cómo habia respondido á aquella provocacion. Al efecto, buscó en la cartera otra carta que le manifestase el resultado del asunto; pero solo encontró cuentas finiquitadas con sus agentes y su administrador. Las examinó y no pudo menos de admirarse de que se hubiera ocupado tanto de sus intereses. Abriendo y examinando papeles, descubrió un fragmento de carta qnemada por el margen como si se hubiese retirado del fuego del hogar en el instante en que iba á ser enteramente consumida.

«.....La infortunada Lucia me ha revelado, momentos antes de su muerte. el secreto de mi nacimiento. Estaba dispuesto que vos, Armando, fuéseis el instrumento de mi perdicion y de mi deshonra? El cielo es justo.

Firmado: Sofia Dilois.»

Armando procuró descubrir nuevos indicios entre aquellos papeles, pero solo sirvieron sus esfuerzos para confundirle mas y mas en el intrincado laberinto de aventuras en que se hallaba empeñado; quedábale el recurso de llamar á Satanás para pedirle la esplicacion de lo que acababa de leer; pero ademas de que no estaba seguro de obtenerla, no se hallaba con ganas de volver de nuevo á aquella vida incesantemente agitada que no le habia dejado un solo instante de reflexion. Así pues, aplazó para su llegada á Paris la investigacion del resultado de su denuncia contra la familia de Buré como así mismo la de la manera con que habia respondido á la provocacion de Mr. Dilois y el por qué Mad. Dilois le llamaba Armando como si fuese su hermano ó su amante.

—A fé mia, dijo para sí el baron, estaria bueno que durante esa época, cuyo recuerdo no conservo, hubiese yo sido amante de Mad. Dilois; soy muy capaz de todo. Probablemente hubiera tratado de obtener el perdon de mi necia indiscrecion, y hubiera obtenido aun algo mas.... Mad. Di-

lois es hermosa como un angel y he debido ser muy feliz; pero ¿cómo demonios habrá sido eso? En verdad que es muy odiosa mi situacion! No acordarme siquiera de una felicidad que ha debido ser suprema por la inmensidad de disgustos que me ha proporcionado esa mujer!

Luizzi se detuvo al reflexionar así, y aferrándose en esta idea, continuó:

—Quiero proporcionarme un dia de felicidad. Obtener una mujer despues de herir su vanidad ó su amor, ó despues de comprometer su posicion, debe ser un triunfo adorable. Si vuelvo á tropezar con Mad. Dilois, quiero obtenerla.... si no la he obtenido ya.

Luego esclamó impaciente:

—Consiento que el Diablo me lleve si le doy un dia mas de mi vida, aunque me cuente historias tan espantosas como las del reverendo Mathurin, ó tan soporíferas como los cuentos del venerable Mr. Boully.

—Cojo la palabra, dijo una voz que pareció entrar por una de las portezuelas del carruage y salir por la otra; de tal modo se asustó el baron al oir aquella voz, que no se atrevió durante dos horas á menearse, ni á hablar, ni á pensar.

Sin embargo, continuó su viage sin ningun encuentro desagradable, y entró en Paris el 25 de febrero de 182.... decidido á no pensar en lo que habia pasado en Tolosa, á vivir como antes habia vivido, y á dejar á la casualidad el cuidado de descubrir el misterio de todos los sucesos de que habia sido testigo desde que hiciera conocimiento con Satanás.

Otra de sus mas firmes resoluciones fue llamar en su ayuda al Diablo lo menos posible, y sobre todo, no servirse bajo ningun pretesto ni para nada de las noticias que pudiera recibir. Para llevar á cabo esta resolucion, convino consigo mismo en huir de todos los individuos á quienes habia tratado durante el viage que acababa de hacer.

Trató, pues, en Paris de adoptar nuevamente sus primeras costumbres de jóven y en volver á ver sus antiguos conocimientos; para no quebrantar esta resolucion, se contentó la noche de su llegada con mandar á su destino las diversas cartas que Fernando le habia entregado, inclusa la dirigida á Mr. de Mareuilles, aunque estaba particularmente recomendada.

Luizzi esperaba librarse así de todo importuno; pero á la mañana siguiente le anunció su ayuda de cámara á Mr. de Mareuilles. Era este un jóven muy elegante y nada mas. El baron se contentó con decirle sencillamente que habia sido padrino de Fernando en un duelo; pero estaba dispuesto que habia de permanecer sujeto al Diablo, aunque fuera por un hilo invisible. Así es que aquel Mr. de Mareuilles amigo de Fernando, de quien el Diablo se habia apoderado, se apasionó verdaderamente á Luizzi, y como el pobre baron era el hombre de mundo menos diestro en desembarazarse de un importuno, se dejó acompañar todo el dia por su nuevo amigo al café de Paris, á los Italianos, al bosque, á todos los sitios, en fin, á donde van los hombres que solo se acompañan con hombres.

Al mismo tiempo se dejó conducir á una casa que frecuentaba Mr. de Mareuilles, y no tardó en pensar que la casualidad le habia favorecido proporcionándole la amistad de un jóven buen mozo, muy rico, muy noble y muy necio, que le presentaba en sociedades donde él, Armando, era enteramente desconocido, y donde debia adquirir reputacion de hombre de vida arreglada y al abrigo de toda murmuracion.

Armando no consideraba que en aquella sociedad lo mismo que en cualquiera otra, se le presentarian ocasiones que escitarian su curiosidad y le pondrian entre las uñas del Diablo, y que en su posicion le tenia mas cuenta vivir entre el vicio que camina con la cara descubierta que entre el que se viste con el trage de la hipocresia y oculta el rostro con la máscara de la virtud. Es de notar que Luizzi aun no habia pensado en el verdadero objeto de su convenio con el Diablo, ni en que su destino escepcional no le eximia de la ley comun de la humanidad, que consiste en sufrir la vida antes de juzgarla, y en echar á andar antes de haber elegido camino.

No se hizo esperar mucho el suceso que debia proporcionar á Luizzi periódicas entrevistas con su mentor.



XVI.

Los tres sillones.—Quien la querrá la habrá.



Dos dias despues de su llegada, se introdujo Luizzi en una sociedad muy poco conocida en Paris: hablamos de los banqueros retirados. Espliquémonos bien: no se trata aqui de los banqueros de la restauracion, del comercio liberal que luchaba por medio del dinero con las grandes fortunas nobiliarias, que tapizaba de seda y oro sus habitaciones llenas de dependientes de agentes de cambios los dias de recepcion; que, queriendo crearse galerías históricas, se hacia pintar en una partida de caza, admitiendo el rostro del cochero y del picador entre los retratos de familia, y cuyos diamantes, torpemente desparramados en las mujeres ricas y chillonas, nunca han podido ejercer la seduccion que ejercen en una cabeza aristocrática ó una cinta amorosamente prendida en el cabello de una jóven del teatro de la ópera.

Se trata de otros banqueros. Los banqueros en cuestion databan de mas antiguo que la restauracion: traian su orígen del Directorio, y habian tenido parte en aquel escandaloso saqueo de los fondos del Estado y de los placeres de la vida.

La Francia, llegada al Directorio despues de la república y el terror, parecia un ejército que despues de haber atravesado un pais lleno de precipicios, de enemigos y de emboscadas donde ha dejado lo mas florido de su vanguardia, llega á una ciudad amiga donde encuentra por algunas horas abundancia y seguridad. Entonces sí que es grato volverse á ver, festejarse, beber, comer, reir, abrazarse, bailar, pasear, darse el brazo, confundirse y agitarse sin curarse del trage ni de las acciones, sin ocuparse de las miradas curiosas ni de las murmuraciones malignas, porque todos se ven arrastrados en un mismo torbellino.

Se anda, se corre, se avanza al ruido de las orquestas, al sonido del oro de las mesas de juego y al choque de los vasos; bullicioso carnaval, magnífica orgia en que los recuerdos defienden de los recuerdos, porque si un hombre hubiera dicho á otro:

—Ayer os vi á medios pelos,—el último podria responderle:

—Es cierto; por señas que vos estábais borracho.

Porque si una mujer hubiera dicho á otra:

—Qué escotada estábais ayer en la ópera!—esta última podia contestar:

—Vos estábais en camisa en Longchamp.

Porque si la primera hubiera añadido:

—Con que os habeis echado por amante á Trenis?—La segunda podia replicar:

—Yo nunca os he robado etc., etc.

Y otras mil cosas llenas de delirio y de embriaguez que han debido producir sigulares conciencias en la mayor parte de aquellas mujeres, en el dia viejas, feas, gazmoñas y santurronas.

Y hé aqui como sucedió aquello:

En aquella hermosa época tan escotada y tan trasparente, regresó una multitud de emigrados. Muchos de ellos habian abandonado la Francia todavia muy jóvenes, y los mas habian pasado la hermosa edad de diez y ocho á veinte y cinco años rodeados de privaciones, de miseria y aun de malas compañías. Asi es que se precipitaron llenos de ansia y de entusiasmo á aquel mundo quimérico que ponia á su alcance los apartados galanteos del teatro de la ópera. Estos recienvenidos tenian poco dinero: sus fortunas, resentidas ó arruinadas por la confiscacion, aun no se habian afianzado ó rehecho. Con este motivo, tomaban prestado de los maridos, daban á las mujeres y empeñaban su porvenir para dorar su presente.

Mas tarde, cuando la orgía hubo terminado; cuando las clases empezaron á separarse; cuando las fortunas fueron rehabilitándose, la nobleza del

barrio de San German no pudo romper completamente con los banqueros, porque les debia grandes sumas procedentes de capital y réditos. Los millones se gastan con facilidad y se pagan con trabajo. Aquella liquidacion duró mucho mas que el imperio. El alto comercio del Directorio se habia retirado poco á poco de los negocios. Habia dejado estos á dependientes inteligentes que fueron el fundamento del comercio de la restauracion de que acabamos de hablar; pero no aceptó ni su sociedad ignorante ni sus costumbres tenderiles.

Acostumbrado á los grandes nombres y á las grandes influencias políticas, no pudo acostumbrarse á recibir esclusivamente celebridades bursátiles y pecuniarias en sus salones, que habian sido frecuentados á la vez por hombres cuyos antecesores habian constituido la historia de la antigua Francia, y por hombres que acababan de constituir la historia de la Francia nueva. Despues vino la restauracion, y este comercio aristocrático se adhirió completamente á ella. De este modo conservó sus íntimas relaciones con el barrio de San German, y copió con bastante destreza sus elegantes maneras, sus grandes pretensiones, y particularmente su devocion lujosa y esterior. A decir verdad, se veian en él pocas mujeres de la alta aristocracia, pero abundaban hombres de la alta sociedad, porque muchos de estos conservaban relaciones comerciales ó amistosas con el comercio del Directorio. Veianse aqui y allá hermosas jóvenes y arrogantes mancebos con rostro y manos de antigua raza nobiliaria, si bien el título de conde ó de baron de su señor padre solo databa del imperio, y los grandes señores que se interesaban por ellos lo hacian con una superioridad protectora tan bien entendida, que nadie buscaba la razon de aquella preferencia.

Entre los salones que parecieron á Luizzi mas apropósito para establecer la sana reputacion que necesitaba, prefirió el de Mad. Marignon, como la llamaban los que la honraban concurriendo á su casa, ó Mad. de Marignon, como decian los que eran honrados con ser admitidos en su sociedad. Mad. de Marignon era en aquella época (182...) una mujer de cincuenta á sesenta años, alta, delgada, bastante huesosa, de dientes perfectamente conservados, de rostro apergaminado, siempre tocada con gorro elegantemente armado, de cabello gris cuidadosamente arreglado, de ojos centellantes, de nariz afilada, de lábios delgados, siempre encorsetada, siempre ataviada con drulletas de riquísima tela, y siempre de la misma forma. Habia aceptado tan francamente su papel de señora mayor, que los hombres la estaban infinitamente agradecidos y las mujeres de su tiempo la detestaban cordialmente. Estas últimas pretendian que aquel abandono de toda pretension no era sincero: decian que era una venganza por cuyo medio Mad. Marignon (en tales circunstancias se suprimia el de) sacrificaba, merced al implacable epígrama de las fechas, triunfos que á ella no la eran ya permitidos, pero que aun podian alcanzar encantos que se habian conservado mejor que los suyos.

Mad. de Marignon recibia en su casa una sociedad numerosa, y Luizzi adquirió conocimientos bastante preciosos para tener el derecho de saludar en los Italianos ó en la ópera á los hombres mas distinguidos. Por lo demas, eran muy severas las reglas de la casa. Solo se consentia en ella la música de poofesores: la de aficionados parecia peligrosa á Mad. de Marignon, que tenia nna hija cuyo talento y cuya hermosura eran superiores. Divertian á la sociedad los cantores pagados, pero á la sociedad no la era permitido divertirse ella misma. Se jugaba al whist á quinientos francos la ficha; pero Mad. de Marignon no hubiera tolerado una partida de ecarté de cien sueldos; se comia pocas veces, se bailaba casi nunca y no se cenaba jamás.

Reinaba tanto órden, tanta regularidad, tanta delicadeza en aquella casa, que Luizzi aun no habia esperimentado deseos de saber la historia secreta de las personas que figuraban en la sociedad, donde, gracias á su nombre y á sus riquezas, tan bien habia sido acogido á pesar de ser desconocido en ella. Hé aqui el suceso que despertó en él ese deseo, y que le hizo tocar la infernal campanilla que ponia á sus órdenes al Diablo.

Una noche que habia concierto en casa de Mad. de Marignon, apareció á la puerta del salon una mujer como de treinta años, despues de imponer silencio á los criados que querian anunciarla, y en el momento de ejecutar una pieza de canto Mad. D.... Los hombres que se hallaban á la puerta se pusieron en fila á ambos lados, y la dama se encontró á la entrada de un círculo inmenso. En frente del piano habia un sillon desocupado: la recienvenida, desconocida para Luizzi, atravesó el salon, y escusándose por medió de una seña con Mad. de Marignon, que la saludó sin levantarse con manifiesto despego, fué á ocupar el asiento desocupado.

Esta entrada produjo efecto aunque aquella mujer estaba pálida y su hermosura parecia casi marchita. Luizzi lo notó y notó tambien que la desconocida vestía con esquisita elegancia. Pero lo que produjo muy distinto efecto fué que las dos mujeres que ocupaban los dos asientos colocados á derecha é izquierda del que acababa de ocupar la recienvenida, se levantaron inmediatamente y se fueron al tercer salon que era el del juego. El canto duraba aun, y por consecuencia el insulto era evidente. El escándalo fué enorme, pero mudo; todos se interrogaron y se respondieron con la vista; la cantatriz terminó la pieza en medio de la distracion general.

Entonces Mad. de Marignon fué á reunirse con las que tan cruelmente habian insultado á la recienvenida. Como dueña de la casa, podia haberlo reparado todo yendo á sentarse al lado de la víctima aunque no hubiera sido mas que por espacio de cinco minutos; pero, aunque habia aparentado disgusto por lo que acababa de pasar, al parecer ni aun en su casa se atrevió á cargar con la responsabilidad de tal reparacion.

Luizzi conocia á las dos mujeres que habian hecho tan estraño ultraje,

como se conoce á las personas que se ven en un salon; el asiento de la derecha estaba ocupado por la baronesa du Bergh, mujer de cuarenta y cinco años, célebre por su extrema devocion y sus relaciones con los hombres religiosos mas de moda; citábasela en todas partes por su beneficencia, por la proteccion que dispensaba á las escuelas y por su conducta irreprensible. La segunda, es decir, la que ocupaba el asiento de la izquierda, era Mad. de Fantan. Tenia cincuenta años y su hermosura era tan sorprendente en su edad, que habia convertido su vejez en coquetería. Lo único que se sabia de ella era que habia sido muy desgraciada durante su primer matrimonio y que habia tenido que separarse de sus hijos. Deciase tambien que su union con Mr. de Fantan no habia bastado á hacerla olvidar sus desgracias, y todo el mundo se admiraba de que tantos *encantos* hubiesen resistido á tantos *llantos*. Todos admiraban y respetaban lo mismo á Madama Fantan que á la baronesa du Bergh, por la manera heróica con que ambas habian soportado sus infortunios, y por la escelente educacion que daban á sus hijos, porque Mad. Fantan tenia una hija, asi como la baronesa du Bergh tenia un hijo.

Luizzi no trató de averiguar nada acerca de estas dos mujeres, creyendo que nada de particular encerraba su historia, y preguntó á uno de sus adláteres, con la naturalidad que pudo, quién era aquella señora á quien tan desairadamente se habia dejado aislada entre dos asientos desocupados.

—Quién ha de ser! se le respondió, la condesa de Farkley.

—No la conozco.

—Es hija natural del marqués de Andeli.

—Ah! dijo Luizzi con el aspecto de aquel que nada ha adelantado con las señas que le acaban de dar.

—Sí, añadió el interlocutor con impaciencia; Laura de Farkley, de quien se ha dicho con tanto talento que *quien la querrá la habrá*. ¿Comprendeis el equívoco? (1).

—Sí le comprendo. Será curiosa su historia.

—Su historia todo el mundo os la puede contar.

—Teneis razon al decir todo el mundo, replicó un caballero que se introducia entonces en la conversacion, y que parecia agarrotado en su corbata blanca y tiesa á fuerza de almidon, cosa muy elegante en aquella época por la delicadeza de sus pliegues y la regularidad de sus nudos; teneis razon en decir todo el mundo, porque nadie puede saberla por completo.

—Cosme de Mareuilles, que dicen ha sido su amante, podrá dar con exac-

(1) Este equívoco desaparece en la traduccion: *l' aura* (la habrá) suena lo mismo que el nombre propio *Laura*. De modo que el sentido de la oracion puede ser el siguiente: «el que quiera á Laura, la obtendrá.»

titud las noticias que Luizzi desea, dijo el individuo á quien el baron se habia dirigido.

—Bah! replicó el otro. A Cosme le sucede lo que á todos nosotros; conoce al que le ha precedido y al que le ha sucedido.

—Y tal vez al que le ha acompañado.

—Es muy probable; pero es poco á propósito para formar estados; es preciso ser un hábil aritmético para hacer adiciones de cierta longitud, y Cosme no posee ese talento.

—Yo quisiera saber esa historia, repuso Luizzi.

—Ay, querido! dijo uno de aquellos dos fátuos; yo preferiria recitaros *las Mil y una noches*. Además, os he dicho ya que nadie puede contaros esa historia á no ser la misma Mad. de Farkley, y aun asi, para que fuera exacta seria necesario que su autora publicase todas las mañanas una nueva edicion, revisada, corregida, y sobre todo, aumentada.

Luizzi no entendió esta última y encantadora chanzoneta, porque al oir que solo la misma Mad. de Farkley podia contar su historia, pensó que podria saberla completamente por el que tantas le habia contado, y esperaba ver satisfecha su curiosidad.

Pero á fin de que esta nueva prueba fuese mas provechosa que las otras, quiso antes de todo conocer por sí mismo á Mad. de Farkley. Deseaba saber cómo esplicaria ella misma su conducta, y reflexionó que no podia presentarse ocasion mas oportuna para medir el vicio en su mayor desarrollo, fuese que aquella mujer hiciese alarde de su mala conducta con una impudencia capaz de arrostrar todos los ultrages, ó fuese que pretendiese ocultarla bajo un hipocresía que parecia no echarlos de ver.

Tomó esta resolucion Armando, y penetró en el salon, lleno entonces de hombres; fué á saludar algunas mujeres, y aproximándose insensiblemente á Mad. de Farkley, se sentó á su lado. Mad. de Farkley no pudo menos de fijar la vista en el que iba á ocupar aquel asiento abandonado. Su mirada de fuego rápida y profunda, infundió cierto terror á Armando.

El baron creyó que no era aquella la primera vez que esperimentaba el encanto de aquella mirada, y hasta se le figuró que habia visto en toda su lozania y su pureza aquel rostro pálido y fatigado. Pero no hallando en sus recuerdos nada que estuviese en relacion con la emocion que esperimentaba, se decidió á entablar conversacion con la dama. La música que se acababa de oir era un testo bastante natural. Luizzi empezaba una frase insignificante cuando se presentó Mad. de Marignon en la sala. La señora de la casa demostrô su descontento al ver al baron al lado de Mad. de Farkley. Acercóse á esta y la dijo con mucha naturalidad:

—Vengo á buscaros, querida Laura, para que deis vuestro parecer acerca de un chal de cachemira que quiero regalar á mi sobrina: sé que ademas de que teneis un gusto esquisito, conoceis maravillosamente las telas.

—Estoy á vuestras ordenes.

—Abuso de vueatra bondad.

—Nada de eso.

—Y apropósito, ¿cómo está Mr. de Andeli?

—Bueno; como un hombre dichoso.

—No envejece?

—Tan poco, que me espera esta noche en el baile de la Opera.

—Hé ahi lo que se llama un buen padre.

—Teneis razon.

Este corto diálogo tuvo lugar miéntras Mad. de Farkley recogia de su asiento una manteleta, un abanico, un ramillete, en fin todo el elegante ajuar de una mujer en traje de baile. En seguida salió del salon con Mad. de Marignon. A corto rato, aparecieron Mad. de Fantan y la baronesa du Bergh y un instante despues volvió sola Mad. de Marignon. Nunca se despide de un salon á una mujer mas ostensiblemente que se acababa de despedir á Mad. de Farkley. Luizzi que permanecia en su asiento, se levantó en cuanto vió volver á las dos gazmoñas; pero se le dió las gracias con tal sequedad que no pudo menos de conocer que habia cometido una gran imprudencia. Mad. de Marignon le dijo esplícitamente lo que las miradas despreciativas de las otras le habian manifestado. Al pasar junto á Luizzi, se volvió con aire altamente desdeñoso y le dijo:

—Todavía estais aquí? Yo creia que teniais una cita en el baile de la Opera.

Al oir estas palabras, se vió Luizzi sumergido en una de esas perplegidades que suelen convertir al hombre en el animal mas estúpido que existe.

Todo su corazon se sublevó contra la odiosa acusacion que Mad. de Marignon acababa de lanzar á Mad. de Farkley.

—Cómo! se díjo, ¿puede suponer que esa respuesta indiferente dada á una pregunta indiferente tambien sea una advertencia de Mad. de Farkley? Quiso decirme esa mujer que la hallaria esta noche en el baile de la Opera? fué aquella respuesta una cita? No; es imposible que exista una mujer con tan poco pudor. Mad. de Marignon abriga una prevencion que la hace dar un detestable sentido á las palabras mas inocentes. La conducta de Mad. de Farkley puede haber sido muy ligera y aun si se quiere muy culpable; pero de eso á ofrecerse al primero que llega, hay gran distancia. Mad. de Farkley es todavía bastante jóven y bastante hermosa para que tenga la seguridad de ser deseada y buscada. A esa mujer se la humilla mas de lo que se merece. No me conoce, y al fin soy para ella un forastero muy insignificante.

Este raudal de buenos pensamientos que habia invadido la imaginacion de Luizzi, se detuvo de repente, porque Armando notó les movimientos de cabeza de que era objeto, y en un cambio repentino dijo para sí:

—Seré un necio? seré el único que supone á esa mujer una virtud que no tiene? Perderé esta vez como otras muchas, la ocasion de algunas horas de placer por una opinion escesivamente buena de los demas y una opinion escesivamente mala de mí? Bastantes veces me he dejado ya engañar por falsas apariencias de virtud para que aun vuelva á ser engañado por escrúpulos sin fundamento. Dejémonos de tonterias y vamos al baile de la Opera.

Cuantas traiciones, cuantas bajezas, cuantas vanas jactancias ha producido el temor de pasar por necios en hombres que de otro modo hubieran permanecido un tanto honrados! Luizzi hizo una de estas bajezas al salir de casa de Mad. de Marignon, pues dió á las murmuraciones de esta, toda la autenticidad de una cosa cierta.

La infame suposicion de Mad. de Marignon habia sido oida y Luizzi fué observado y seguido. Uno de los fatuos que le habia hablado de Mad. de Farkley aparentó retirarse al mismo tiempo que él, le dejó pasar adelante y le oyó decir al cochero: «A la Opera». En seguida volvió al salon y contó lo que habia oido á tres ó cuatro de sus amigos que soltaron una estrepitosa carcajada á fin de que todo el mundo tratára de informarse de la causa de su hilaridad.

—No es nada... una cosa muy chistosa... nos reimos del pobre Luizzi. El bueno del baron que triunfo ha alcanzadó...! Es un buen muchacho en el fondo, pero nada mas, respondieron cuando se les interrogó acerca de su alegría.

—Pero que ha sido? dijo Mad. de Marignon.

—Qué ha de ser! nada; no merece la pena de repetirse.

—Hablais de Mr Luizzi?

—Como pudiéramos hablar de otros.

—Se ha marchado?

Un caballero hizo una seña afirmativa acompañada de una sonrisa tan maligna que todos los demas soltaron una nueva carcajada.

—Pero qué es eso? repitió Mad. de Marignon.

—Que ha ido al baile de la Opera, respondió el de la seña afirmativa, recalcando las palabras sílaba por sílaba, para darlas un sentido mas positivo....

—Qué horror! eslamó con desprecio Mad. de Marignon; qué escándalo!

—Y sobre todo, que mal gusto! añadió Cosme de Mareuilles.

—Al menos vos, dijo Mad. de Marignon, habeis sido mas reservado.

—Me calumniais, señora! replicó aquel mentecato columpeándose en su asiento.

—Que os calumnio! con que negais?...

—Negarlo no, señora, dijo otro; en lo que le calumniais es en acusarle de reservado, pues nunca ha ocultado nada.

—Que escándalo, señores, que escándalo! repitió Mad. de Marignon con tono compuesto de la indignacion esterior y de la alegría interna que presta á una mojigata una maldad bien articulada.

En seguida se alejó yendo á reunirse con sus dos amigas, y no tardó en establecerse entre ellas y otras personas que se les agregaron una conversacion en que sobresalian las mas crueles esclamaciones á medida que Mad. de Marignon referia las palabras impudentes de Mad. de Farkley y la marcha de Luizzi. Los mas severos llegaron á pronunciar contra la desgraciada á quien tan ignominiosamente se habia despedido imprecaciones que ni entre el vulgo mas despreciable se oyen. Si Luizzi hubiera oido aquella conversacion hubiera adquirido conocimiento de un gran secreto: el secreto de la hipocresia de las palabras entre ciertas clases. Mujer hay que rehusará oir una historia un poco verde, disfrazada con frases delicadas, y escuchará y aun pronunciará las palabras mas groseras si se trata de insultar á otra mujer y de estigmatizar el vicio. En aquella ocasion, la virtud de Mad. de Fantan llevó este derecho hasta el último grado.

—Por supuesto, dijo á Mad. de Marignon, esa mujer ha venido aqui á egercer la profesion que egercen otras en los sitios públicos.

—Señora! esclamó un caballero de edad bastante avanzada para haber conocido á Mad. de Fantan en su juventud.

Sí, señor, replicó Mad. de Fantan irritada al ver una sombra de oposicion á la justicia de sus fallos; sí señor, Mad. de Farkley ha venido aqui á...

—Por Dios, señora, no digais eso, dijo el anciano ahogando asi la palabra fatal que aunque no se oyó, fué pronunciada.

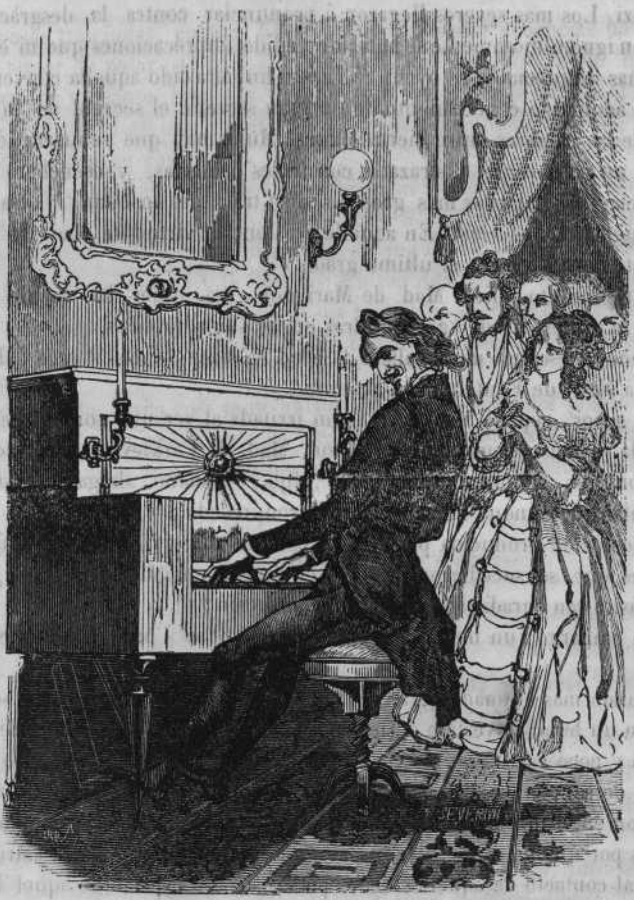
La emocion producida por este suceso fué tal, que todo el talento de los cantores que se sucedieron no pudo dominarla en mucho tiempo. ¿Dónde hay música tan agradable como la murmuracion?

Sin embargo, un nuevo y singular suceso vino á ocupar la atencion general.

Cuando mas animados eran los cuchicheos y los comentarios, se sentó al piano un hombre vestido de negro, de rostro flaco y anguloso, de frente elevada y poco espaciosa, de cejas pobladas, de ojos hundidos, de mirada feroz y de sonrisa irónica. Apenas sonó la primera nota, todas las miradas se fijaron en el músico. Hubiérase dicho que las cuerdas del instrumento eran heridas por una garra de hierro: el piano rechinaba y sonaba estrepitosamente al contacto de aquellos dedos poderosos. El aspecto de aquel hombre cautivó la atencion atraida por el preludio. A pocos instantes resonó su voz irónica y siniestra y todos los circunstantes se estremecieron al oir el aria de la calumnia del *Barbero*.

La palabra *calumnia* resonó con tan sarcástica entonacion, que todos callaron por un movimiento repentino. El cantor continuó con un estrépito salvaje de órgano, y una mordaz entonacion que helaba á cuantos le oian.

Mientras cantaba, tenia la vista fija en el trio principal, compuesto de Mad. de Fantan y de la baronesa du Bergh, que habian recobrado su asiento, y de Mad. de Marignon, que se habia colocado en el que ocupara Ma-



dama de Farkley, como para purificarle de la mancha que sobre él habia caido. Donde se ha cometido un asesinato, se erije una cruz.

Aquella mirada irónica, insultante por su tenacidad, espantaba á Madama de Marignon, que apoyaba sus crispadas manos sobre los brazos del sillon, en cuyo fondo hubiera querido sepultarse.

Hubiérase dicho que Mad. de Marignon temia que de aquellos ojos fijos en ellas, partiese un rayo y fuese á herirla en su asiento. Al llegar el cantor al final de esa aria, cuya última frase pinta con tanta energía el grito doloroso del calumniado y el gozo del calumniador, dió á su acento una espresion tan amarga y á su voz una fuerza tan poderosa, que á la vez se estremecieron los corazones y vibraron los cristales. Una ansiedad inaudita se habia apoderado de todos.

Calló el cantor, y reinó un silencio sepulcral durante algunos segundos. El hombre que tal efecto habia producido desapareció del salon principal.

Luego, como si el encanto hubiera cesado, se levantó Mad. de Marignon, y dirigiéndose al encargado de la direccion de los conciertos le preguntó quién era aquel hombre. El director no le conocia y habia creido que era algun aficionado de la sociedad de Mad. de Marignon. Esta se informó si habia sido traido por alguno que queria dar á conocer un artista desconocido aun; pero nadie le conocia. Entonces se le buscó, pero no pareció: los criados dijeron que hacia media hora que no habian visto salir á nadie. Todo el mundo se llenó de inquietud, y mientras en el salon se ocupaban acaloradamente de aquel suceso, los criados registraban las habitaciones; pero nada se descubrió. Entretanto, Mad. de Marignon no cesaba de preguntar á todos:

—Pero quién es ese hombre?

—Debe ser un ladron, dijo uno de los fatuos de que ya hemos hablado.

—Si es que no es el Diablo, añadió jovialmente el anciano, que habia tratado de interrumpir las murmuraciones de Mad. de Fantan.

Esta frase vulgar, lanzada y acogida en la conversacion casi siempre con indiferencia, hizo palidecer á Mad. de Marignon, que no pudo menos de esclamar:

—El Diablo! qué idea!...

En seguida se retiró. Momentos despues, se anunció que se hallaba gravemente indispuesta. Los salones se despoblaron en un instante, y todos los concurrentes se retiraron con el corazon apenado.

Luizzi se hallaba en tanto en el baile de la ópera, campo de batalla donde triunfan las bellezas de talle delgado y esbelto, de manos delicadas y pequeñas, y de pies arqueados y leves.

Muchos cuentos se han forjado sobre pasiones nacidas de esas perfecciones secundarias, cuentos que terminan con el descubrimiento de un rostro desgraciado que ahuyenta los hermosos sueños del entusiasta galan. Pero hay otro sentimiento, posible únicamente en el baile de la ópera: hablamos del que esperimenta el hombre que despues de haber apartado su atencion

de una mujer de rostro mediano, descubre en ella encantos que no habia hechado de ver.

Cuanto mas inferior es una mujer á las otras en un salon en que la frescura y la perfeccion de las facciones eclipsan á una tez sin pureza y á un rostro poco regular, mas brilla en el baile de la ópera donde la mirada que no puede penetrar la careta, solo busca perfecciones en cualquiera otra parte desdeñadas. Luizzi esperimentó hasta cierto punto este sentimiento. Fijó desde luego la atencion en una máscara de dominó que se detuvo al verle y le examinó. Este examen solo duró algunos segundos: la máscara continuó su paseo y se confundió entre la concurrencia. Poco despues la volvió á ver Luizzi en el corredor de los palcos principales, y la siguió con la vista admirando su talle esbelto y gracioso. La máscara se volvió hácia él, y su cuerpo delgado y flexible se torció como un cordon de seda.

Luizzi esperó á que volviera á pasar para examinarla mejor: fijó la vista en los pies de aquella mujer y vió que eran sumamente pequeños: la blancura de su cútis era tal, que traspasaba la media de seda negra; calzaba zapato de raso y la galga hacia resaltar aun mas la redondez del tobillo. La máscara dió algunas vueltas sin que Luizzi apartára de ella sus ávidos ojos. El dulce movimiento de su paso, la elegancia de su talle y la distincion de todo su conjunto, le arrebataron de tal modo, que dió algunos pasos hácia ella para contemplarla mejor; pero ella lo notó, y como si temiera ser conocida, sujetó contra su rostro la flotante barba de su careta. Su guante, cuya blancura resaltaba sobre el raso negro de la careta, dejaba ver una mano delicada, elegante y hermosa. ¿Quién es esa mujer tan hermosa? dijo Luizzi, y continuó inmóvil en su sitio, en tanto que la máscara pasaba y volvia á pasar. Conociendo cuan ridícula era aquella contemplacion se disponia á ir buscar á Mad. de Farkley, cuando aquella mujer dejó el brazo de su pareja, y acercándose á él le dijo al oido:

—Sois Mr. de Luizzi, no es verdad?

—Sí.

—Tengo que hablaros á las cuatro en punto.

Aun no habia tenido tiempo para responder Armando, cuando la máscara se habia alejado, y Cosme de Mareuilles le decia con aire burlon.

—Perfectamente! á qué hora será vuestra felicidad?

—Qué felicidad?

—Toma! la que piensa proporcionaros Mad. de Farkley.

—Cómo! es esa Mad. de Farkley?

—La mismísima.

—En casa de Mad. de Marignon me habia parecido poco menos que fea, y aquí....

—Y aquí es encantadora, no es verdad? Ya lo sabe ella, y por eso os ha citado á aquí. Ya os ha enganchado.

—A mí!

—Vamos, dejad la modestia. Parece que los preliminares han sido un poco vivos.... Mad. de Marignon está furiosa: pero ahora no estais en su casa y os aconsejo que seais exacto para con Laura, pues no es amiga de esperar, y ademas puedo aseguraros que merece la pena....

—Lo sabeis vos?

—Pche! se dice por ahí.

Cosme se alejó y Luizzi buscó con la vista á Mad de Farkley. En aquel instante la vió descender por una de las escaleras que bajan al salon. Las arañas derramaban una luz deslumbradora. Mad. de Farkley se volvió para responder á algunas palabras que se la dirigieron al paso, y entonces fué cuando se mostró á los ojos de Luizzi en todo el brillo de su hermosura y de su elegancia.

—Esa mujer es admirable! esclamó Armando. Miró su reloj: eran la una y media, y por consiguiente, le restaban todavia dos horas de espera.

Luizzi sentia su corazon agitado por una impaciencia de que él mismo se admiraba.

—Ah! se decia, es posible que produzca tal turbacion en mí esa mujer? Desearé poseerla hasta el punto de ocuparme de ella? Amaré á una mujer á quien han poseido todos, y que es casi vergonzoso el haberla y el no haberla poseido? Qué locura! Sin embargo, tengo que esperar todavia mucho tiempo, y no es cosa de estar parado como un idiota buscándola con la vista. Procurémonos ocupacion.

Mad. de Farkley volvió á pasar y le hizo una seña de inteligencia. Luizla halló graciosa en estremo y sintió palpitar su corzon.

—Vamos, añadió, es cosa hecha, soy el preferido esta noche. Acepto la preferencia, pero no quiero ser tan torpe como los otros: quiero ocupar un puesto distinguido en su memoria. Todos los que me han precedido conocen la mayor parte de sus aventuras; pero debe haber algunas cuyo secreto ella tan solo conoce: quiero hacerla ver que las conozco, despues de haberla dejado creer que ha encontrado un tonto.

En seguida se apartó Armando de la multitud, sacó su campanilla, la agitó y vió á su lado un caballero vestido de negro....

—Héme aquí, dijo Satanás, ¿qué me quieres?

—Quiero saber la historia de aquella mujer que pasea allá abajo.

—De la que tan ignominiosamente ha sido despedida de casa de Mad. de Marignon?

—Sí.

—Y con qué objeto quieres saberla?

—Con objeto de conocerla por tí antes de conocerla por ella misma, para saber hasta qué punto puede llevar la audacia una mujer cuando trata de engañar á un hombre.

—Muy bien. Te hallas en una sociedad enteramente nueva para tí y nada mas justo que trates de conocer el terreno para librarte de frecuentes caidas; pero no seria completa tu esperiencia si yo no te contase primeramente la historia de las dos mujeres que tan mal han tratado á Mad. de Farkley.

—Saldrán malparadas de esa historia?

—En mi cualidad de diablo me guardaré muy bien de decir si su historia las honra ó las deshonra; pero lo que sí te diré es, que no podrás juzgar con acierto á Mad. de Farkley, que segun el mundo es una mujer perdida, hasta que no sepas lo que valen Mad. de Fantan y la baronesa du Bergh, que segun el mundo son dos mujeres honradas.

—Acepto, dijo Luizzi.

Ambos entraron en un palco, y Cosme de Mereuilles que pasaba á la sazon, dijo á un jóven que le acompañaba:

—Mad. de Marignon desea saber quién es el singular cantor que tanto ha chocado en su concierto; Luizzi podrá decírselo, porque hélos juntos en ese palco.

—Sin duda seria el baron, quien le habia llevado?

—Tal creo, porque Luizzi tiene unas inoportunidades!



XVII.

Primer sillon.



El diablo empezó en los siguientes términos:

—Mad. du Bergh se llamaba hace veinte y cinco años la señorita Natalia Firion. Era hija de Mr. Firion, proveedor millonario y elegante que hablaba con distincion y que peseia en grado superlativo el arte de hacer aceptar su dinero. Es el hombre que mas mujeres ha comprado, dejándolas la libertad de creer que no se han vendido. Magistrados, generales y administradores han recibido de su mano millones que creian legítimamente ganados y á su vez le han prestado servicios que decian ser gratuitos porque no era directo el pago.

No vayais á figuraros, mi querido Luizzi, que la corrupcion por medio del dinero es cosa fácil. Se compra un lacayo, un agente de policia ó una ramera por una suma convenida que se acepta de cualquier modo que se ofrece; pero para comprar un diputado, un escritor ó una gran señora se

necesitan mucho tacto, mucha destreza y sobre todo, mucha voluntad. Si alguna vez os elevais á la esfera de las princesas imparciales, os contaré la historia de una testa coronada que se vendió á un mercader de modas. Es lo mejorcito que yo conozco en su género.

—Otra vez me contarás esa historia, dijo Luizzi; lo que mas deseo ahora es la de la baronesa du Bergh.

—Corriente; así llegaremos antes á Mad. de Farkley. Como te decia, no ha habido en Francia hombre que haya sabido hacer aceptar su dinero como Mr. Firion. De todos los que pretenden que todo se alcanza con el dinero, tal vez él es el único que lo puede decir sin fatuidad. Así pues, resultó en Mr. Firion una estraña facilidad en prometer y dar cuanto se le pedia. Su única hija Natalia nunca manifestó un deseo cuya satisfaccion le fuese negada. Mr. Firion respondia á todas sus pretensiones :—«*Yo te lo compraré.*» sea que quisiese un aderezo, un trage, un cuadro, una casa, ó aunque fuese un objeto perteneciente á una persona estrangera.

Con frecuencia se le habia hecho la guerra á Mr. Firion por esta facilidad, sin advertir que era una mania. A medida que se empeñaba en esta especie de lucha y que crecian las dificultades en el cumplimiento de sus promesas, tomaba mas y mas interés en ella. Así resultaba que aquel hombre que casi nunca habia hallado obstáculo que se opusiese al cumplimiento de sus deseos, se habia creado una ocupacion con las penas que los caprichos de su hija le proporcionaban. Hallaba un placer en contar como se habia hecho superior á aquellas penas y en ponderar la habilidad, la sagacidad y el talento que habia necesitado para llegar á conseguir lo que se le habia pedido. Citaba como su obra maestra la adquisicion de un perrito que era la delicia de una vieja baronesa alemana. Un príncipe ilustre, noticioso de aquella negociacion, le habia ofrecido una embajada en San Petersburgo, embajada que Firion rehusó. Decid á su alteza, respondió al encargado de la oferta, que yo no soy bastante noble, ni bastante pobre ni bastante bruto para ser un buen embajador. Firion no pasó mas adelante en su carrera política.

Sin embargo, mientras él se adormia en el encanto que sus triunfos le proporcionaban, Natalia se mostraba pensativa y triste. En vez de manifestar los estraños caprichos que tenia de costumbre, lanzaba hondos suspiros al viento, dirigia melancólicas miradas al cielo y exhalaba prolongados ayes. Natalia tenia diez y seis años.

Esta prevencion alarmaba y regocijaba á la vez á Mr. Firion. Se alarmaba porque su hija palidecia; en sus ojos se veia la huella de las lágrimas y en su palidez la del insomnio. Por primera vez abrigaba un dolor aquel corazon tan inocentemente tiránico y caprichoso. Era aquel dolor un deseo de casamiento? Tal creia Mr. Firion: esperaba que el resultado de aquella tristeza seria una estraordinaria exigencia en cuya satisfaccion iba á hallar un nuevo placer.

Mr. Firion calculaba que tenia bastantes millones para dar á su hija un príncipe por esposo, si de un príncipe estuviese enamorada. Si lo estuviera de un hombre casado, no le parecia difícil arreglar un divorcio que hiciese libre al hombre elegido por su hija. Ya te he dicho que se habia apoderado de él una verdadera manía, y se apresuraba á satisfacer los caprichos de su hija mas bien por su propia satisfaccion que por la de Natalia. Firion esperaba pues, y se preparaba en silencio. Conocia lo bastante á su hija para suponer que solo obstáculos de posicion serian los que se veria obligado á vencer. Natalia era hermosa, alta, distinguida: se hallaba formada para escitar el amor y los deseos, pero no para esperimentarlos. Una cabeza de niña, colocada en un cuerpo completamente desarrollado, ofrece pocas probabilidades de esos pensamientos devoradores que estravian la razon y apartan de la virtud y de esos accesos de calentura nerviosa que producen los mismos resultados. Un profundo egoismo ponia á Natalia á cubierto de esa ternura de corazon que derrite la naturaleza mas dura y hace doblegar la voluntad mas absoluta. Firion estaba, pues, seguro de que solo necesitaria satisfacer caprichos de ambicion y de vanidad.

Todos los cálculos de aquel buen padre fueron desconcertados por una cosa en que hasta entonces habia pensado muy poco; por la influencia literaria de la época en que vivia.

—Cómo? dijo Luizzi.

—Vas á verlo, respondió el Diablo sonriéndose alegremente, porque acababa de ver á un ladronzuelo robando el reloj á un dandy, mientras éste dirigia su lente á una máscara que estaba en los palcos segundos; vas á verlo.

—Una de las necedades mas grandes de la humanidad se encierra en esta frase: *Quiero ser amado por mí mismo*! Si se pregunta á los que la pronuncian con tono de conviccion que es lo que entienden por *mí mismo*, van á parar, por poco que se les empuje, á una continuacion de absurdos inaudita.

Yo no quisiera ser amado por mis riquezas, dicen; ese es un amor interesado.

Yo no quisiera ser amado por mi hermosura: ese es un amor muy tonto.

Yo no quisiera ser amado por mi talento; ese es un amor emanado de la cabeza.

Ah! esclaman en su entusiasmo de amor puro, yo quisiera ser amado por mi mismo! Sí; yo quisiera ser amado aunque fuese feo, tonto y pobre; porque el único amor verdadero es el que no tiene por objeto las riquezas ni la hermosura, ni el talento, y sí solamente el corazon.

En aquella época, sobre todo, se hallaban los hombres contagiados de esa manía de *sí mismos*, lo que no hubiera obstado para que, si una mujer hubiera tenido el capricho de preferir á uno de esos señores un pobreton formado como ellos querian serlo, hubiesen despreciado altamente á aquella mujer.

Semejante manía habia producido ademas nécias murmuraciones en todas las sociedades donde el ser amado por sí mismo era la pretension de moda; aquella manía, repito, habia producido un alubion de novelas, de cuentos y de óperas cómicas abundantes en príncipes y princesas disfrazadas de pastores y de pastoras. Habia resultado una accion de la sociedad sobre la literatura, y de la literatura sobre la sociedad, que habia convertido aquella manía en delirio, en furor, en rabia.

La tristeza de Natalia aumentaba de dia en dia, y llegó á ser tan alarmante que Mr. Firion pensó sériamente en ella. Si habia convertido en ley la satisfaccion de los menores deseos de Natalia no bien le eran manifestados, no habia tomado la precaucion de adivinarlos. Esta vez, sin embargo, se apartó de su sistema: una noche se hallaba Natalia en una espléndida fiesta, radiante de hermosura y de lujo, rodeada de los homenages mas humildes y mas lisonjeros, y de pronto prorumpió en sollozos y lágrimas; en seguida se precipitó en los brazos de su padre esclamando:

—Sacadme de aqui, que me ahogo y me muero!

Este suceso aterró á Firion y le hizo temer un amor violento escitado por los celos: cogió á su hija y la llevó medio desmayada á su carruage. Apenas se vió Natalia sola con su padre, arrancó su corona de flores, se quitó sus ricos adornos, rasgó su vestido de muselina de la India, tela muy rara en aquella época de bloqueo continental, y deshizo corona y adorno bajo sus pies, repitiendo:

—Soy muy desgraciada! soy muy desgraciada!

—Pero qué tienes? qué quieres? la preguntó su padre en estremo alarmado.

—Quiero lo que vos no podeis darme.

—Pero que es?

—Quiero ser amada por mí misma! respondió Natalia mirando á su padre con aire triunfante.

Esta respuesta aturdió á Mr. Firion, pues desconcertaba todos sus cálculos. Es muy dificil comprar un corazon que ama sin interés. No se paga lo que dejará de existir en el momento de ser vendido. Mr. Firion vió fallida su diplomácia financiera, y dió en los lugares comunes mas ordinarios.

—Hé ahí por qué soy desgraciada, replicó Natalia. El hijo del duque de... me abruma con sus obsequios, pero solo ama los millones con que quisiera volver á dorar su escudo enmohecido. El coronel V... me adora; le creo desinteresado, pero paseará á su mujer con el orgullo con que pasea sus charreteras; con tal que su mujer sea mas bella que la del general D..... á quien aborrece, se dará por satisfecho. Otros mil me prodigan obsequios que me avergüenzan por mí y por ellos, porque ninguno esperimenta ese verdadero amor que parte del corazon para dirigirse al corazon; todos me aman por una causa frívola ó vergonzosa. ¡Ah! si yo fuera una pobre jóven

sin bienes, entonces sí que encontraria un hombre que me amára solamente por mí misma. Qué felices son los pobres, pues se hallan seguros del afecto que inspiran!

Natalia continuó por este estilo largo rato, y Mr. Firion por primera vez no pudo responder á su hija: Yo te lo compraré.

Sin embargo, esperaba que aquel capricho pasaria como la mayor parte de los que le habian precedido; pero era una novedad para Natalia el desear una cosa largo rato. Así es que se encerró en su manía y no tardó en verse seriamente acometida por un verdadero disgusto del mundo. Se alteró su salud y estuvo su vida un momento en peligro. Mr. Firion que cifraba en ella todas sus esperanzas, todo el porvenir de su riqueza; Firion que habia acariciado sueños de gran señora para su hija, lo olvidó todo para salvarla y para ello se prestó lo posible á su manía de quererse hacer amar por sí misma.

En su consecuencia, la condujo secretamente á los baños de B... y allí, bajo el nombre de Bernard, se hospedó en una modesta casa. No tenian carruage ni librea, y únicamente eran servidos padre é hija por una mujer anciana. Salian á pié modestamente vestidos, y si algun elegante de París los hubiera encontrado, con dificultad los hubiera conocido. Nadie fijó la atencion en ellos, y si Firion habia creido curar á su hija, solo consiguió agravar su mal.

—Mirad, le decia Natalia; aquí teneis una prueba de la falsedad de todos los que me persiguen con sus obsequios. No soy menos bella ni menos buena que lo era en París, y nadie me hace caso porque ya no soy rica. ¡Ah! qué terrible desgracia es tener un corazon formado para el amor y no hallar quien le comprenda!

Firion no sabia que responder, porque entonces tenia razon su hija. Sin embargo, acechaba la ocasion de satisfacer sus deseos: así que un hombre miraba á Natalia, le sonreia y le agasajaba. Por último, llegó á desempeñar su papel tan torpemente, que padre é hija se hicieron objeto de la murmuracion. Todos esquivaban su trato como si fueran unos intrigantes de baja esfera, hasta el punto de dudar ambos de sí mismos; Firion habia perdido todo su talento, y Natalia se ponia fea y su gracia dejeneraba en torpeza.

Es preciso que sepas, mi querido Luizzi, que el éxito es como la embriaguez: dá cierto mérito positivo á ciertos talentos y á ciertas bellezas. Hay hombres que solo saben triunfar, y mujeres que solo saben ser dichosas; la menor resistencia anula á los unos, y el abandono afea á las otras. Esas gentes son como los caballos corredores, que desde el instante en que no pueden dar la vuelta al campo de Marte en menos de tres minutos, los mas ligeros se truecan en matalones.

La temporada de baños iba pasando, y ningun hombre dirigia la palabra

á Natalia, cuando llegó á B... el baron du Bergh, que era un noble de Quercy que iba á gastar en los baños los restos de sus bienes y de su salud.



Hallándose huerfano, habia entregado á las emociones del juego y la disolucion, una naturaleza frájil y delicada. A los veinte años, daba con una mujer sin emociones, é iba á cometer una bribonada: su corazon no latía ya ni de vergüenza, ni de amor: aquel jóven era el vicio en toda su perfeccion. Al mismo tiempo, el baron du Bergh era hombre de talento: al menos

lo fué para distinguir á Natalia así que la encontró. Como no era difícil hacer el conocimiento, se presentó y fué acogido con benevolencia.

Aquella hermosa jóven, pobre y enferma, era la única conquista que podia esperar en su cualidad de hombre arruinado. Así es, que se consagró á ella completamente, rodeándola de solícitos cuidados y de obsequios; Natalia creyó haber hallado lo que tanto tiempo habia esperado: se creía amada por sí misma, y en esta creencia recobraba toda su hermosura y toda su alegría. En cuanto á Mr. Firion, le causaba miedo la exaltacion del amor de su hija: du Bergh la acompañaba en los paseos, tomaba parte en todos sus proyectos y figuraba en todas sus conversaciones. Natalia arreglaba á parte su casamiento con él, creándose una felicidad, una gloria, un triunfo: Firion, que conocia el valor moral, físico y pecuniario de du Bergh, se hacia el sordo; pero como no poseía el secreto de la sequedad moral y física de su hija, ignoraba hasta dónde podia ir aquella exaltacion. El pobre hombre se inquietaba por todo.

Con un carácter como el de Natalia, ser amada por sí misma, queria decir ser amada por nada. La jóven pretendia inspirar una pasion absoluta y desinteresada, y apenas podia sufrir que du Bergh la dijese que era hermosa. No sintiéndose ya con deseos de desfigurarse para probar la sinceridad del amor de du Bergh, daba á su carácter todos los giros posibles para establecer ese imperio escesivo que todas las mujeres pretenden ejercer en mas ó menos grado. Es inútil decirte que du Bergh no se sometió mucho tiempo á aquel régimen y que no tardó en demostrar, con sus frecuentes ausencias, que amaba por alguna cosa á las mujeres. Semejante abandono causó á Natalia una verdadera recaida: Natalia amaba á du Bergh por vanidad y por *espediente*.

—Será posible! esclamó Luizzi al pronunciar el Diablo esta palabra; ¿le amaba como espediente?

—No lo dudes. Natalia se habia empeñado en una senda peligrosa, y gracias á la obcecacion propia de todos los talentos limitados, perseveraba en ella como un niño caprichoso; pero se habia llenado de júbilo al encontrar un hombre que la ayudase á salir de aquella senda. Cuando vió que du Bergh empezaba á alejarse de ella, esperimentó una rabia indecible. Su orgullo se hallaba humillado, y como nada hay que hiera tanto á las mujeres, Natalia cayó enferma de gravedad. Firion fué á buscar un médico.

—Para su hija? dijo Luizzi bostezando.

—No, para du Bergh?

—Para du Bergh?

—Sí: fué á ver á cierto verdugo muy conocido por los cuidados mortales que prestaba á sus enfermos.

En cuanto se presentó á él, le contó ingenuamente lo que pasaba, con solo decirle los millones que poseia, y por qué capricho de su hija los ocul-

taba. Firion halló todo su talento en esta circunstancia, porque es difícil mentir con la verdad. Luego, sin dejar reflexionar al médico, le manifestó que su hija habia encontrado al fin el hombre que deseaba, y que este hombre era el baron du Bergh.

—El baron du Bergh? esclamó el médico estupefacto.

—Sí, respondió Firion sin desconcertarse; yo daria cien mil francos al hombre que le curara de la enfermedad mortal que padece.

—Cómo enfermedad mortal? replicó el doctor, cuyo oido y cuya inteligencia se aguzaron á la par al oir hablar de cien mil francos. Decís que una enfermedad mortal? repitió. Si no tiene mas que una ligera irritacion de pecho. Pero como siga mis consejos, dentro de dos meses estará tan bueno como vos y yo.

—Pues bien, dijo Firion; vedle, curadle; pero guardadme el secreto. Deposito en vos toda mi confianza.

—No abusaré de ella.

—Asi lo espero.

Firion tenia razon: la confianza que habia depositado en el doctor, no fué burlada. El discreto médico se apresuró á ir á casa del baron, á quien manifestó lo que acababa de decirle el pretendido Bernard.

Al llegar aqui, se detuvo el Diablo como si tratase de abandonar su relato, y mirando atentamente á Luizzi, continuó pasado un instante:

—Vos, mi querido Luizzi, sois hombre sensato; pero, como todos los hombres sensatos, no admitis como posible mas que lo que se esplica; os es desconocido el gran secreto de las intuiciones; dejais para los sueños de la literatura fantástica los maravillosos descubrimientos hechos por un sentido que solo debe llamarse instinto. Asi pues, debeis comprender con dificultad de qué modo recibió du Bergh aquella noticia.

—Debió parecerle, cuando menos, inverosímil, dijo Luizzi. Un hombre poseedor de muchos millones ocultando su posicion.... eso merece esplicarse, y sin duda du Bergh no creyó....

—Nada de eso, le interrumpió el Diablo.

—Al menos, debió admirarse de que un hombre tan rico y poderoso como Firion consintiese en darle su hija.

—Esa observacion no es mala. ¿Y luego?

—Y luego! Sin duda supuso que la ternura paternal le cegaba hasta el punto de sacrificar por su hija....

—Malo! replicó el Diablo, muy malo!

—Sea lo que sea, dijo Luizzi, te he llamado para que me cuentes una historia y no para que me propongas un enigma. ¿Qué hizo du Berg?

—Lo adivinó todo en seguida, pues ya te he dicho que poseia en sumo grado el instinto del vicio; adivinó que Firion solo trataba de hacerle curar por el doctor en cuestion para deshacerse de él con mas seguridad.

—Que horror! esclamó Luizzi.

—Du Bergh, continuó el Diablo, halló el asunto bastante divertido, y, en su consecuencia, hizo sus preparativos. Volvió á ver á Natalia y, enterado del papel que debia representar, concluyó por hacerla creer completamente que la amaba por sí misma. Natalia, tanto mas dichosa con este triunfo cuanto que habia temido perderle, se propuso recompensar aquel amor tan desinteresado, tan ardiente, tan sincero, y al efecto declaró á su padre que Mr. du Bergh era el único hombre con quien se casaria.

Firion, contra lo que era de esperar, accedió sin oposicion ninguna y aplazó la boda para dentro de tres meses. Habia calculado que el baron no podia tirar mas allá de este tiempo, gracias á los cuidados del médico que le habia proporcionado. En efecto, du Bergh estaba mas pálido y mas débil de dia en dia, y, á pesar de todos sus esfuerzos, no pudo ocultar á Natalia el verdadero estado de su salud. La pobre jóven se desesperó sinceramente, acusó á la suerte, inventó una porcion de frases ridículas contra el destino que parecia complacerse en perseguirla arrebatándola la única esperanza que le quedaba en este mundo.

Vosotros los hombres, continuó el Diablo tomando un polvo, teneis una coleccion de palabras estrambóticas que carecen de todo sentido y que usais con una confianza admirable. Tal es, por ejemplo, la palabra destino. Ahora bien: yo declaro que si hay en el universo alguien que pueda decirme que es lo que entiende por destino la humanidad, me comprometo á servirle de criado, aunque nunca le haya tenido ó lo haya sido él mismo, dos probabilidades infalibles de ser tratado como un negro.

El Diablo se puso pensativo y Luizzi, á quien su relato no habia inspirado hasta entonces gran interés, le dijo con desprecio:

—Esta noche estás poco elocuente, señor Satanás, y no sé qué instruccion podré sacar de la necia historia que me cuentas.

El Diablo fijó en Luizzi una de sus mas crueles miradas y replicó con sarcasmo:

—Crees tú en la virtud de Mad. du Bergh?

—Hasta ahora, nada me has dicho que pueda hacerme dudar de ella.

—¿Crees tú que una mujer que con tanta insolencia ha tratado esta noche á otra mujer puede ser envenenadora y adúltera?

—Es imposible, respondió Luizzi; ¡Mad. du Berh envenenadora y adúltera!

—No se hizo la cosa de un modo ordinario. Este es un secreto que solo sabemos ella y yo; por eso quiero revelártele.

—¿Con que no hay nada verdadero en este mundo?

—No hay verdadero mas que la verdad.

—¡Y quién la sabe, Dios mio!

—Yo, dijo el Diablo, yo voy á revelártela. Escúchame bien y no pierdas una palabra de mi relato.

Natalia se desesperaba, du Bergh se moria y Firion se felicitaba; pero un nuevo capricho de la niña puso á su padre entre la espada y la pared. Natalia halló un sentimiento nuevo en la siguiente frase de novela: «Oh! si no puedo ser suya, quiero al menos llevar su nombre! Jamás le oiré pronunciar sin que resuene santamente en mi oido. Siempre que alguien me llame, recordaré el corazon que he perdido y la felicidad que debia esperar.»

Esto era ann mas que necesario para que Natalia se fabricase una voluntad capaz de resistir á toda la oposicion de su padre.

—Si muere sin desposarse conmigo, me suicido sobre su tumba. Quiero su nombre.... quiero llevar su nombre como prenda de un amor digno de mí.

De tal modo exaltó esta idea á Natalia, que se procuró veneno para ponerla en ejecucion.

Firion se consultó primeramente á sí mismo y consultó en seguida á un médico bastante célebre y hábil, distinto del que habia elegido para la curacion de du Bergh.

Este nuevo facultativo que habia visto en la botica del pueblo las recetas dadas por su colega, no vaciló en asegurar á Firion que du Bergh era hombre muerto.

Firion salió de casa del médico con la alegria en el corazon y las lágrimas en los ojos—nécia perfidia que hubiera podido ahorrarse—y fué á anunciar á Natalia que consentia en todo.

Una mujer viuda á los dos dias de casada, se dijo, una viuda virgen!... No necesita mas Natalia para adquirir ese atractivo superior que la falta.

Se fijó el dia de la boda, y du Bergh que era ya sabedor del verdadero nombre de Firion, si bien tenia el disgusto de ignorar cuál era su verdadera fortuna, fué trasportado á la iglesia en una silla de mano y recibió la bendicion del sacerdote en el momento en que se le creia próximo á espirar. Sin embargo, tuvo bastante fuerza para volver á casa de Firion, y fué colocado en *el lecho de himeneo* (estilo de la época) que debia ser su lecho de muerte.

Cómo á los ojos de Natalia habia en todo esto cierta poesía, la jóven no pudo menos de entusiasmarse lo bastante para que su padre creyese que debia hacerla retirar de la habitacion donde du Bergh iba á espirar muy pronto. Firion temia el efecto que en el espíritu de su hija debia hacer aquella muerte por mas que ya estuviera prevista. Pero Natalia, así que conoció con qué intencion se la queria hacer retirar, empezó á dar tales gritos, que se creyó menos peligrosa dejarla volver al lado de su moribundo marido.

En cuanto la jóven esposa se vió libre, se encaminó con gravedad al cuarto fatal donde manifestó queria velar sin que nadie la acompañase. Era de noche y la escena iba á ser magnífica. ¿No te parece cosa interesante, una

jóven en presencia de su primero y santo amor próximo á remontarse al cielo? ¿No te la figuras arrodillada al lado del moribundo que la adora y exhala su postrer suspiro, diciéndola: «Natalia, yo te adoro!» ¿No contemplas el bello y desgarrador espectáculo del dolor de ese hombre al lado de esa jóven hermosa que acaba de unirse á él, y que dulcificará los últimos instantes de su vida, revelándole que ella es rica y que si él pudiese vivir pasaria una vida rodeada de lujo y de delicias? ¿Hay cosa mas dramática que el despertar risueñas esperanzas en torno de un moribundo á medida que el moribundo vá perdiendo el poder de realizarlas? Por el infierno cuyo monarca soy, que era hermosa la situacion en que Natalia iba á hallarse! Habia en ella asunto para hacer un maravilloso efecto á su vuelta á París, y esta escena se hallaba allí, trás de la puerta que separaba de su esposa á la jóven.

Esa sed insaciable del corazon femenino, esa sed de estraer de una situacion cuanto de mas terrible y funesto tiene en punto á emociones, esa sed, repito, impelió á Natalia que abrió la puerta y la cerró trás sí. Du Bergh...

—Du Bergh estaba muerto! esclamó Luizzi.

El Diablo le dirigió una mirada de compasion.

—Du Bergh, continuó, estaba tendido en una butaca, con un vaso de vino de Burdeos en la mano y un cigarro en la boca, tarareando la cancion *Niño amado de las damas* (1).

—Qué imprudencia! esclamó Natalia al ver el vino...

—Escelente, querida mia, dijo du Bergh levantándose y tirando el cigaro por la ventana. Despues de vos y sus millones, este vino es lo mejor que tiene el abuelo.

Al ver á du Bergh ajil y bueno, retrocedió Natalia, permaneciendo en un estado de estúpefaccion indecible. Du Bergh la abrazó insolentemente, diciéndola:

—Era una sorpresa que yo te preparaba, ángel mio. Vamos, no seas melindrosa, amor mio. Yo no me he casado contigo para ser tratado peor que un amante. Vaya, no te hagas la chiquilla.

—Ah! esclamó Natalia; era una traicion de mi padre...

—¿Una traicion de tu padre, querida? ¿Cómo es eso? ¿Le habias pedido formalmente un marido difunto? replicó du Bergh. ¿Estabas tú tambien en la conjuracion?

—¿Qué conjuracion?

—Voy á esplicarme, dijo el baron escanciándose un vaso de vino; voy á esplicarme para que todos sepamos á que atenernos. Tu señor padre que es

(1) *Enfant chéri des dames.*

hombre de talento, debe haber tenido una razon perentoria para decidirse á dar á su hija por marido un hombre como yó; porque ¿què soy yó? Un libertino, un jugador, un falsificador.

—Un falsificador! esclamó Natalia.

—Es una miseria... dos mil guineas; y además tu padre no consentirá que su yerno quede mal en ese negocio. Todavía hay tiempo, porque la letra de cambio no se presentará en casa de E... hasta dentro de un mes, y el abuelo impondrá silencio á todas las reclamaciones, pagando.....

—Un falsificador! repitió Natalia aturdida por lo que acababa de oir.

—No creo que tú padre se hallase precisamente instruido de esta circunstancia; pero sin esto, ya tenia bastantes noticias de mí para que no me hubiera dado su hija si no hubiera creido que mi muerte le iba á desembarazar muy pronto de su yerno.

—Pues qué ¿habia previsto mi padre vuestra muerte? dijo Natalia continuando en su inmovilidad.

—No solamente la habia previsto, sino que tambien la habia dispuesto.

—¿Há querido asesinaros?

—Tanto cómo eso nó. Sobran personas para cometer tales villanías. Lo que habia hecho tu padre, es escojer un médico que debia encargarse de echarme á la sepúltura. Todavia tengo en casa el surtido de drogas que el bribon queria hacerme tragar. Creo tambien que me ha remitido la cuenta el boticario, y espero que Mr. Firion tendrá la bondad de pagarla.

—Con que es decir, repuso Natalia, que vuestra palidez, vuestra debilidad.....

—Ha sido unu comedia bien representada, ¿no es verdad, Natalia mia?

—Segun eso, sabíais quien era yo?

—Poco mas ó menos, ángel mio.

—Y que era rica?

—Riquísima, ídolo mio.

—Y os atrevísteis....

—Bah! eso no vale nada, mi señora esposa.

Natalia volvió la espalda y ocultó su frente entre las manos, las que separó violentamente du Bergh, y vió que la jóven lloraba.

—Lloras porque he resucitado? Es decir, que hubieras reido si hubiera muerto!

Los sollozos ahogaban á Natalia.

—Ola! continuó brutalmente el baron. Con que asi amas á las personas *por sí mismas*? Con que tú, que pedias esa clase de amor á voz en grito, solo me amabas en calidad de cadáver? Gracias al cielo, no he muerto aun, señora baronesa du Bergh. Vamos, regocijaos, que todavia tengo ánimo para comerme los millones de tu señor padre, si quiere dármelos. Qué gesto va á poner mañana el tuno del abuelo, cuando en vez de encontrarme á punto

de soltar el alma me vea acostado amorosamente en los brazos de su hija! Quiero darle esa magnífica sorpresa.

Du Bergh, que estaba casi borracho, abrazó á Natalia. La jóven retrocedió de horror y de hastío. El baron se dispuso á cerrar las puertas y á correr las cortinas, murmurando:

—Firion, mi tierno padre! querias matarme médico-legalmente, no es verdad?... Ya lo veremos.... ya lo veremos....

Natalia se lanzó á la puerta de la habitacion.

—A dónde vas, paloma mia? dijo du Bergh deteniéndola.

—Caballero, voy á llamar....

—Para qué? Para decir que estás desconsolada porque aun no ha muerto tu adorado marido? Oh! buen padre! tienes una hija digna de tí.

Esta palabra pasó como una luz infernal ante la mente de Natalia que, sin embargo, se estremeció y cerró los ojos para no verla.

—Caballero, es preciso que nos separemos, dijo á du Bergh.

—Sí? Y por qué?

—Porque no podemos vivir juntos.

—Precisamente espero todo lo contrario.

—Nunca....

—Hay leyes que sujetan á las mujeres al lado de su marido.

—Pues bien, partamos, huyamos de Francia....

—Hija mia, replicó du Bergh con tono insultantemente paternal; estos sucesos te han trastornado un poquillo la cabeza. Mañana mismo partiremos, pero será para París. Yo, en el fondo, soy un escelente sugeto, y con tal que el abuelo nos asegure doscientas ó trescientas mil libras de renta, un palacio, una quinta etc., le respetaré y ni siquiera volveré á hablar de su proyectado asesinato médico-legal.

—Estais decidido?

—Enteramente decidido. Hazte cargo, querida Natalia, que de dos meses á esta parte no pienso en otra cosa. Vamos, chica, que se va haciendo tarde.... Natalia mia.... me quieres?.... Ven.

—Ahora mismo, respondió Natalia con acento casi amoroso.

—Qué haces?

—Nada.... una costumbre que tengo.... Estoy guardando los zarcillos en este secretér.

—Al lado de tu marido no debes tener miedo de ladrones....

—Es cierto, respondió Natalia con halagüeña sonrisa presentando su frente al baron, al mismo tiempo que su mano registraba el secretér.

—Bien, amor mio, dijo du Bergh. Ves como te quiero?

Y llevó la mano á la blanca pañoleta de Natalia.

—Ah! esclamó esta. Mira si hay alguien á esa puerta.

—No seas niña.

—Míralo.

Du Bergh se acercó á la puerta, la entreabrió y volvió en seguida. Natalia estaba junto á la mesa, pálida y temblorosa....

—Qué tienes?

—Me pongo mala.... Quisiera agua.

—Bébete ese vaso de vino de Burdeos y verás como te se pasa.

—Me hace daño el vino, dijo Natalia; como no hay aquí mas vasos, tengo que verter el vino y se va á manchar la alfombra.

—No hay necesidad de que lo viertas, amor mio. Yo, que soy á veces muy económico, todo lo aprovecho.

Du Bergh tomó el vaso y le desocupó de un trago.

—Y ahora?

—Ahora, soy tuya, dijo Natalia.

—Cómo! esclamó Luizzi; se entregó entónces á aquel hombre, y ese jóven du Bergh que en la actualidad existe es hijo de....

—Ese jóven du Bergh, dijo el Diablo, pertenece á otra historia, porque habia tres gotas de ácido prúsico en el pomo de Natalia, y el baron cayó muerto antes de dar un paso.

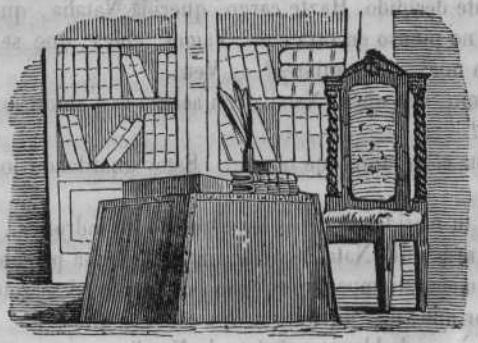
—Muerto!... esclamó Armando. Y luego?

—Son las tres, mi buen amigo, y Mad. de Farkley os espera, dijo el Diablo.

—Por lo mismo quiero saber....

—No basta lo que sabeis para que os sirva de guia en vuestra amorosa empresa? Ya os he manifestado, en parte, quién es la virtuosa Mad. du Bergh; id ahora á saber quién es esa mujer deprabada llamada Laura de Farkley.

Y el Diablo desapareció, dejando solo á Luizzi en el palco.





XVII.

De cómo tienen amantes las mujeres.



Luizzi acudió al sitio donde debia hallar á Laura, y se vió precisado á romper por medio de un grupo de jóvenes elegantes agolpados al rededor de dos mujeres que respondian con frases irónicas á sus galanteos. Una de estas dos mujeres se volvió á Armando: era Mad. de Farkley.

Laura se asió con viveza al brazo de Armando y rompió por medio del círculo que la rodeaba. Todos la hicieron paso con esa cortesía burlona que respeta á la mujer porque es mujer, pero que al mismo tiempo manifiesta que el respeto se dirije al sexo y no á la persona. Apenas se alejaron de aquel grupo Armando y Mad. de Farkley, dijo esta al baron con aire de languidez:

—Sois Mr. de Luizzi, no es verdad?

—Sí, señora

—Habeis venido de Tolosa?

—Sí, señora.

—Sois el mismo á quien he tenido el gusto de ver en casa de Mad. de Marignon?

—Sí, señora.

—Sabeis, caballero, que habeis venido precedido de una reputacion colosal?

—Yo, señora! Y en qué se funda esa reputacion? Soy el hombre mas oscuro de Francia.

—Oscuro porque sois discreto, caballero; se dice que os habeis hallado en aventuras que á no estar fechadas en Tolosa hubieran bastado para haceros célebre.

—A la verdad, señora, que el recuerdo de lo pasado me importa muy poco estando á vuestro lado.

—A la verdad, caballero, que sois bastante ingrato para con el pasado, porque, segun me han dicho, es difícil hallar una mujer tan bella como la desgraciada marquesa du Val, ni tan encantadora como Mad.... Mad.... cómo se llama la mujer del comerciante?

—Puedo aseguraros que esos recuerdos nada tienen de agradables para mí y que quisiera borrarlos aunque no me hallase á vuestro lado.

—Sois muy injusto, caballero. Ved ahí cómo los hombres faltan desde luego á la justicia y á la generosidad. No digo yo que unas relaciones amorosas deban ser eternas; no pretendo que un hombre á quien graves intereses conducen lejos de la mujer á quien ha amado deba guardar una fidelidad inalterable á aquella mujer, porque eso es imposible; pero que desde el momento en que deja de amarla ó se ausenta de ella, se convierta en su enemigo ó su detractor, eso me parece odioso y despreciable.

—He ahí dos crímenes de que yo no soy culpable, dijo Luizzi; os protesto que nadie en el mundo respeta mas que yo á las dos mujeres de quienes acabais de hablar.

—He ahí otra ridiculez, replicó Mad. de Farkley, inclinándose hácia atras para apoyarse en seguida mas blandamente en el brazo de Luizzi con objeto de hacerle sentir aquella flexible elasticidad de su cuerpo que se encogia y se estiraba á cada paso con un abandono y una voluptuosidad indecibles.

—Otra ridiculez! ¿qué quereis decir, señora? Es ridículo respetar á las mujeres que merecen ser respetadas?

Mad. de Farkley se inclinó á Luizzi de modo que pasando sus dos brazos por el de Armando y apoyando su pecho contra su hombro, le dijo casi al oido:

—Sois un niño, baron.

Esta frase fué pronunciada con un tono de seductora superioridad, que en boca de una mujer como Mad. de Farkley, parecia querer decir á un hombre como Luizzi:

—Vos no sabeis lo que valeis, y perdeis mil triunfos con vuestra modestia.

El baron creyó debia tomarlo en este sentido; sin embargo, respondió:

—Tan difícil me es comprender por qué causa soy un niño, como por qué soy ridículo.

—Ni ridículo ni niño; perdonadme la espresion, pero no sois verídico, ó mejor dicho, no hablais con naturalidad.

—De todo eso lo que hay de cierto es que soy muy torpe, porque no comprendo una palabra.

—Pues bien, replicó Mad. de Farkley continuando su manejo de coquetería física, por decirlo así, que consistia en sus actitudes, en las inflexiones de su voz, en una mano encantadora hábilmente desnuda del guante para alzar la barba de la careta, descubriendo labios llenos de voluptuosidad sobre dientes virginales, en esas mil pequeñeces que van detallando una por una las bellezas de una mujer á los ojos del hombre que la examina. Pues bien, continuó: voy á esplicarme por completo. Teneis un corazon honrado, señor baron, y personalmente tendré que agradeceros la intencion de vuestro proceder respecto á mí si no estuviéseis equivocado acerca de lo ocurrido esta noche. Por esto me atreveré á daros un consejo que hareis bien en seguir. No sabeis confesar ni negar la virtud de una mujer, y justamente en esto consiste el arte de saber vivir con ellas. Os tomo á vos mismo por ejemplo: acabo de hablaros de dos mujeres y supongo—porque nada sé ni nada puedo afirmar—que solamente una de ellas os ha pertenecido. Ahora bien: me habeis respendido acerca de una y otra del mismo modo, con una frase insignificante y vaga. Si esa frase ha encerrado algun sentido, si ha sido cierta habeis injuriado á una de esas mujeres defendiendo con una misma palabra á la que ha cometido una falta y á la que no la ha cometido. Si esa frase es, como he dicho, insignificante y falsa, injuriais tambien á la que no ha sido culpable defendiéndola del mismo modo que á la que lo ha sido.

—Pero y si ninguna de ellas lo ha sido, qué podré responder, señora?

—Oh! replicó Laura vivamente; no cambiemos la cuestion. He supuesto que habia una culpable. En este caso ¿creeis haberme respondido bien?

—Sí señora, porque la discrecion pasa, cuando menos, por una virtud en el mundo.

—Y á esa virtud deben su deshonra casi todas las mujeres. Todo se sabe exactamente cuando ocurren tales aventuras, pues cuando no hay duda alguna de una intriga, y se vé al hombre negarla, las mujeres se lo agradecen y hacen muy mal, porque al otro dia, si por acaso se halla este hombre en sus relaciones habituales, es probable que se le suponga una nueva intriga con ellas; y como ellas no han creido en favor de otras las protestas de esa virtud que llamais discrecion, nadie creerá tampoco las que se hagan en el suyo.

—De ese modo, señora, contestó Luizzi, será preciso responder la verdad á la primera pregunta que á uno se le dirija. Y luego, mirando á Madama de Farkley con aire impertinente, añadió:—Hay mujeres á quienes esta teoría puede ser muy dañosa.

—Quién sabe! replicó Mad. de Farkley sin alterarse; quién sabe cuales son las mujeres que deberian temer tal franqueza? Un amante es como el número 1 colocado en la vida de una mujer: si detrás de él llega un fátuo que se alaba de lo que el primero no ha podido obtener, el mundo coloca este 0 á la derecha de aquella cifra fatal, y el mundo lee y repite 10; de modo que podeis estar seguro de que en la existencia de una mujer y en buena aritmética galante, un amante y un fátuo equivalen á diez amantes.

Luizzi vió que Mad. de Farkley defendia su propia causa de una manera bastante directa, y como se creia con derecho á responder sin andar con muchos rodeos, replicó:

—Por lo visto, señora, llevais ese sistema numérico hasta su mayor grado y suponeis que, equivaliendo un segundo fátuo á un segundo 0, aumenta la fama de una mujer de 10 á 100, de 100 á 1,000 amantes, siguiendo la misma proporcion, segun el número de fátuos?

—En verdad, caballero, respondió Laura, que algunas no tendrian un dia desocupado para consagrarse á los amantes que se las prestan si se dedicáran á llevar una lista exacta de ellos; y las hay aun mas desgraciadas que estas.

—Eso sí que me parece imposible, dijo Luizzi.

—Espero probároslo. Mujer hay á quien se atribuyen todos los amantes del mundo, y no tiene uno solo.

—Uno solo? replicó Luizzi tergiversando el sentido de esta palabra y mirando á Laura con ironia.

—Ni uno solo, señor baron; ni aun á vos.

Luizzi se halló un poco embarazado con este apóstrofe y respondió con bastante torpeza:

—No he tenido semejante presuncion, señora.

—Estais equivocado; quizá sois el único hombre por quien se hubiera concedido á la calumnia el derecho de ser solamente la verdad.

—Y sin duda mi torpeza ha hecho que se malográra tan buena voluntad?

—Eso es lo que no puedo deciros esta noche, caballero, pues veo allí á mi padre y necesito ir á reunirme con él.

—Y no lo sabré nunca?

—Hoy es sábado y el lunes es el último baile de la Opera: si estais por aquí á la misma hora, quizá tendré algo mas que advertiros, á menos que lo que voy á decir á mi padre no me obligue á volver á veros antes.

Mad. de Farkley se alejó dejando á Luizzi sumamente embarazado con lo que acababa de oir.

Armando, antes de salir del baile, fué objeto de las chanzas de cuantos le conocian y, entre otros, le dijo Mr. de Mareuilles con tono casi despreciativo:

—Parece, querido Armando, que todavia teneis que perder mucho tiempo?

—En qué?

—En hacer la corte á Mad. de Farkley: hemos oido vuestra cita para el lunes. Eso es ya verdaderamente insufrible y diré que sois el hombre mas tonto del mundo si mañana temprano no vais á casa de Laura á disculparos de no haber ido esta noche.

Luizzi reflexionó un momento; luego, deseando salir de la perplegidad en que le habia puesto la estraña conversacion de aquella mujer, miró con seriedad á Mareuilles, y le dijo:

—Estais bien seguro, señor de Mareuilles, de que no es una fatuidad á mi costa lo que en este momento decis?

Mr. de Mareuilles se turbó vivamente al oir estas palabras; pero el baron no pudo averiguar si aquella turbacion consistia en la vergüenza de verse acusado con razon de embustero, ó en la indignacion de que se le acusase injustamente. Todos los amigos de Mareuilles creyeron, al parecer, en este último sentimiento, pues se echaron á reir diciendo á aquel fátuo:

—Bien! muy bien! Ten mas calma, hombre, que Luizzi tiene muy malas pulgas; cree en la virtud de nuestra Laura á pies juntillas y es capaz de consentir en ser su tercer marido, porque habeis de saber, querido baron, que esa beldad ha echado ya dos maridos al campo-santo.

Mr. de Mereuilles que al principio parecia dispuesto á responder á Armando de un modo provocativo, tomó de repente un aire de bondad indecible y alargando al baron la mano, le dijo:

—Vaya, querido Armando, dejémonos de niñerías: esa mujer no solo tiene el defecto de tener muchos amantes, sino tambien el de comprometerlos indignamente. Su primer marido murió por causa suya en un desafio, y lo mismo le sucedió al segundo. Si muchos de nosotros no nos hemos roto la cabeza en defensa de una virtud que al menos hemos tenido el talento de esplicarnos antes de venir á las manos, no lo debemos á ella. Mad. de Farkley os ha dado una cita para pasado mañana; pasado mañana es lunes de carnaval; pues bien: si el martes teneis la humorada de quereros batir por ella, me tendreis á vuestra disposicion, y me tendreis solamente ese dia; no olvideis esto, porque yo soy amigo de despachar pronto las cosas, y os advierto que para mí concluyen las locuras del carnaval al amanecer del miércoles de ceniza.

—Ni os digo que sí, ni os digo que no; respondió Luizzi descontento de sí mismo, descontento de los demas, sin saber á punto fijo á que atenerse, é impaciente y sumido en esa perplegidad en que pasaba su vida. Hasta el martes por la mañana, añadió.

—Hasta el martes, dijeron con ironía todos aquellos fátuos. El martes por la mañana iremos á que nos deis de almorzar, baron; esperamos que Mad. de Farkley nos acompañe á la mesa.

Tanta seguridad dejó á Luizzi confundido: la idea de que el mundo podia hablar con semejante desprecio de una mujer que no lo merecia, le hizo retroceder y volvió á su casa decidido á juzgar á los demas por sí mismos, con cuya sábia resolucion se acostó y quedó dormido.

La mañana siguiente, así que despertó, le entró su ayuda de cámara una porcion de cartas; una de ellas era de Mad. de Marignon; su estilo y su contenido admiraron á Armando.

He aquí en que términos estaba concebida:

»Caballero:

»Mr. de Mareuilles antes de presentaros en mi casa me pidió permiso »para ello. Debo deciros que el nombre que llevais y la consideracion que »le es consiguiente no bastan á dispensaros de este deber. El artista »que anoche presentásteis en mi casa sin mi permiso es hombre de un ta»lento admirable; pero hay conveniencias superiores á todos los méritos y á »todos los nombres; aunque el vuestro, señor baron, sea ilustre, no lo es »tanto que os dispense de las que el mundo impone á todo el que quiere ser »respetado. No quiero esplicarme mas. Dispensad á una mujer que por su »edad puede ser madre vuestra, estos consejos de que vuestra juventud ne»cesita, y no dudeis del verdadero sentimiento que me causa el no poderos »contar ya en el número de las personas que honran mi casa con su pre»sencia.»

Al leer Luizzi esta carta que era una formal despedida, dió un salto en su cama y prorrumpió en las mas estravagantes esclamaciones.

—Ah! se dijo, con que me he vuelto loco, ó estúpido? ¿Quién es ese artista á quien he presentado en casa de Mad. de Marignon? ¿En qué he faltado á las conveniencias para que de tal modo se me despida de su casa? ¿Es por que me senté al lado de Mad. de Farkley? Mad. de Farkley es una ramera y yo soy su juguete: hablarla y aun mirarla, es comprometerse. Ah! quiero no volver á ocuparme de ella.

Hecha esta reflexion, buscó una pluma para contestar á Mad. de Marignon; pero al comenzar la carta, pensó que merecia una severa leccion la injusticia con que se le trataba.

—Se me culpa por haberme sentado al lado de Mad. de Ferkley y se me despide, como se la despidió á ella! Pues bien: quiero hacer ver á Mad Marignon, que la que es amiga íntima de Mad. de Fantan y de la baronesa du Bergh, debe ser un poco menos escrupulosa para con las personas que concurren á su casa.

E insistiendo en esta idea, añadió:

—Y la misma Mad. de Marignon, ¿quién es? ¿cuál es su procedencia?

¿cuál es su vida? Necesito saberlo ahora mismo, y es preciso que ella misma me suplique que vuelva á su casa.

Luizzi tocó en seguida la campañilla, y apareció al punto el Diablo.

—Satanás, le dijo el baron, nada de preámbulos, nada de disertaciones morales ni inmorales: vas á contarme en el acto el fin de la historia de Mad. du Bergh, luego la de Mad. de Fantan, y por último, la de Mad. de Marignon.

—Esas son tres historias, tres historias de mujer. Se necesitan lo menos tres semanas para contarlas; por lo cual, es preciso que me concedas un plazo.....

—Quiero que empieces ahora mismo, y puesto que el sonido de esta campanilla tiene el don de hacerte sentir aun mas cruelmento tus eternos tormentos, voy á atormentarte espantosamente hasta que me obedezcas..... Vamos, empieza.

—Empezar es lo de menos, pero el concluir es lo diabólico. Estoy pronto á empezar si me dices cuando quieres que concluya; te he pedido tres semanas.

—Ni tres dias te doy, respondió Luizzi.

—No te exijo mas que dos, dijo el Diablo. Hoy es domingo y son las las doce: pues bien, el martes á la misma hora sabrás quien es Mad. de Farkley, y lo sabrás por ella misma; el martes cuando vengan tus amigos á pedirte una esplicacion, te hallarás en el caso de poder responderles, y el martes, por último, podrás contestar á Mad. de Marignon, pues sabrás todo lo que deseas saber.

—Estoy conforme, dijo Luizzi: ya que el relato debe ser largo, date prisa á empezar.

—Trataré sobre todo de abreviarle, respondió el Diablo, con tal que tú me ayudes á ello, cosa que te será fácil.

—¿Y cómo?

—No interrumpiéndome y dejándome contar á mi gusto.

—Conforme.

Luizzi estaba en la cama; el Diablo se colocó en un ancho sillon, tiró del cordon de la campanilla, y dijo al ayuda de cámara de Arnando:

—El baron no está en casa para nadie, ¿lo oís? para nadie.

El ayuda de cámara se retiró, y el Diablo despues de encender un cigarro, se volvió á Luizzi y le dijo:

XIX.

Continuacion del primer sillon.



No has leido á Moliere?

—Satanás, Satanás! tú abusas de mi paciencia; te he pedido la conclusion de la historia de Mad. du Bergh.

—Allá voy, señor baron, allá voy.

—Lo creo, pero vas por rodeos que me fastidian.

—Y que tú alargas indefinidamente.

Luizzi contuvo su impaciencia y añadió:

—Habla, pues, habla del modo que quieras.

—Pues bien, repitió el Diablo. Has leido á Moliere?

—Sí, le he leido, le he leido y releido.

—Puesto que le has leido y releido, ¿has notado que el pensamiento

de ese poeta bufon era el mas grave de su época? Has echado de ver que ese escritor, que en términos tan libres hablaba de todo, poseia el alma mas casta de su tiempo? Has observado que ese autor tan burlon y tan gracioso abrigaba el corazon mas melancólico de su siglo?

—Sí, sí, sí, sí! respondió Luizzi arrebatado por su impaciencia, y como si solo hubiera comprendido una de las preguntas del Diablo; sí, sí, añadió, he notado todo eso, pero qué quieres decir?

—Nada absolutamente, respondió el Diablo; pero quiero todavia preguntarte si al leer las obras de ese autor de pensamiento grave, de alma casta y de corazon melancólico, has hallado la frase siguiente en una comedia titulada: *El enfermo imaginario*:

«Mr. Purgon me ha prometido hacer madre á mi mujer.»

—Sí, conozco esa frase, respondió Luizzi; pero no veo....

—Tú no ves nada, dijo el Diablo interrumpiéndole. Si, como piensas, llegas á imprimir estas memorias, no te se olvide poner por epígrafe esta frase á la anécdota que voy á contarte.

—Se refiere esa anécdota á Mad. du Bergh?

—A Mad. du Bergh.

—Ea! vamos, dijo Luizzi.

—Allá voy, respondió Satanás.

—Muerto el baron du Bergh, Natalia permaneció largo rato ante el cadáver, y lo primero que á sí misma se preguntó, fué si debia confiar su crímen á su padre. Natalia tenia el talento necesario para salir pronto de tal incertidumbre; como sabia el secreto de su padre, y su padre no sabia el suyo, se decidió á callar. Para esto necesitaba un valor estraordinario: necesitaba pasar la noche junto al cadáver, desnudarle, meterle en el lecho y arreglarlo todo de modo que se creyese la mañana siguiente que habia dormido ella á su lado.

Enterado como estas de todos sus antecedentes, no estrañarás que la muerte del baron du Bergh no sorprendiese á nadie y que se enterrase el cadáver sin que nadie sospechase lo mas mínimo. Ni el mismo Firion concibió la menor sospecha: lejos de eso, creyó en la desesperacion de su hija. Sin embargo, le quedaba una duda que hubiera tratado de resolver: deseaba saber si du Bergh habia sido muerto únicamente por el médico ó si habia contribuido á acabar con él la primer noche de boda tan imprudentemente ofrecida á un moribundo.

No tardó Firion en recibir una esplicacion tan formal como podia desear.

La mañana siguiente á la muerte del baron, entró en el cuarto de su hija. Esta habia corrido las cortinas porque la luz la era insoportable despues de haber perdido el único ser á quien la era dado amar. Tal fué la frase con que recibió á su padre: Firion la escuchaba contristado y convencido, respondiendo en el mismo tono, cuando Natalia dejó deslizarse de sus lábios, en

medio de sus sollozos, la siguiente frase, cuando menos estraña en boca de una jóven:

—Si al menos me hubiera dejado una prenda de su ternura! si despues de su muerte pudiese amar en este mundo á un ser que me le recordase!....

Firion, despues de rodear de todas las precauciones oratorias posibles la pregunta que queria dirigir á su hija, dijo á ésta con mucha dulzura:

—Pobre niña! No tienes esperanza alguna de ver realizada esa dicha?

Natalia no pudo menos de contemplar á su padre cara á cara, y de responderle con una firmeza en que no habia sollozos, ni lágrimas, ni lamentos:

—No, padre mio, no me queda esa esperanza; pero tengo otra que vos mejor que nadie comprendereis, porque nadie mejor que vos sabe lo que es el amor de padres.

Firion estaba siempre en guardia, porque nunca sabia hasta donde podian ir los caprichos de la encantadora Natalia. El tono que acababa de tomar su hija le causó un verdadero miedo, ocultó su turbacion y respondió lo mas paternalmente que pudo:

—Me sirve de mucho consuelo el saber que te resta aun alguna esperanza y estoy persuadido de que esa esperanza es digna de tí, de que es razonable, y de que no se funda en vanas utopias de sentimientos que, si existieran, darian la felicidad, pero que no existen.

—Teneis razon, padre mio, respondió Natalia volviendo á dar á sus palabras y á su rostro todo el sentimentalismo posible; teneis razon!... Conozco ya que el amor es un sueño irrealizable; conozco ya que es una pasion egoista y cruel, cuya divina esencia han alterado los infames cálculos del mundo. Asi pues, os juro, padre mio, que he cerrado mi corazon á ese vano sentimiento. No quiero amar ni espero ser amada; pero hay una afeccion mas grande, mas santa, mas profunda que el amor, y á esa afeccion quiero consagrar mi vida. Padre mio, padre mio, añadió deshecha en lágrimas; vuestra ternura para conmigo me ha mostrado la mas poderosa de las afecciones: padre mio, yo quiero ser madre.

Esta manifestacion hizo á Firion dar un salto en su silla, mas bien por la manera estravagante con que habia sido hecha que por el deseo mismo; pero se repuso un poco de su turbacion y respondió á Natalia:

—Pues bien, hija mia: asi que concluya el luto, ó si absolutamente lo quieres asi, pasados los diez meses que la ley impone á las viudas antes de permitirlas volverse á casar, yo te daré un nuevo esposo; en ese tiempo podré proporcionarte un partido conveniente.

Al oir Natalia esta respuesta, miró á su padre con aire á la vez lleno de curiosidad y de reflexion, y le dijo con el tono del cliente que pregunta á su abogado el sentido de un testo de ley que cree haber hallado el medio de eludir:

—Pero decidme, padre mio; ¿por qué impone la ley ese plazo á las mujeres antes de permitirlas volverse á casar.

Esta pregunta embarazó profundamente á Firion; pero Firion era de esos hombres que piensan que una mujer puede y debe saber la vida y las obligaciones que las impone la ley escrita; así pues, como que su hija habia respondido con tanta claridad á la pregunta que él la habia hecho, creyó que debia responder con la claridad posible á la que su hija le hacia á él.

—Durante los diez meses siguientes á la muerte del marido, puede nacer un hijo, aunque por lo comun, solo dura nueve meses la preñez de la mujer; perteneciendo este hijo al marido que falleció, la prevision de la ley no ha querido que la mujer contrajese nuevos lazos hasta hallarse segura de su estado, respecto á la familia que deja y á la familia en que vá á entrar.

Natalia se puso pensativa, mientras Firion continuaba con tono desembarazado:

—Además, la ley ha tomado esta precaucion teniendo en cuenta cuestiones de interés, de sucesion, de estado y otras que seria prolijo esplicarte.

—Os creo, padre mio, dijo Natalia, os creo; segun eso, si yo fuese madre antes de diez meses, sería padre de mi hijo Mr. du Bergh?

—Indudablemente, respondió Firion cada vez mas embarazado.

—Legalmente hablando, quiero decir, añadió Natalia.

Firion empezaba á no comprender á su hija, ó mas bien empezaba á tener miedo de comprenderla; trató, pues, de mudar de conversacion y dijo á Natalia:

—Mañana partiremos para París, y allí encontrarás hombres dignos de tí y de tus riquezas, hombres que te colocarán en una posicion tan elevada, que los placeres de la vanidad reemplazarán á los del amor, puesto que quieres renunciar á estos últimos.

—Padre mio, nunca llevaré otro nombre que el del único ser á quien he amado.

—Pero entonces, replicó Firion rechazado á sus últimas trincheras, ¿qué quieres decir, Natalia?

—Padre mio! respondió la interesante viuda vírgen, cayendo de rodillas á los pies de su padre deshecha en lágrimas y ahogada por los sollozos, padre mio, ya os he dicho que quiero ser madre!

—Un incesto! esclamó Luizzi.

—Sois muy estúpido, querido mio, dijo el Diablo incomodado; no teneis la menor idea de los recursos de la vida; perteneceis á la literatura de nuestra época, pues en un abrir y cerrar de ojos, convertís en un drâma abominable una cosa que á mi me parece sumamente divertida. En la historia que os cuento no hay incesto ni cosa que lo valga.

—Pues bien, respondió Luizzi, vamos, dime el resto de aquella conversacion.

—El resto de aquella conversacion, replicó Satanás, duró justamente los dos minutos que me has hecho perder con tú necia interrupcion; y, como sabes que entre nosotros son preciosos los instantes, no te contaré el fin de aquella conversacion, pero sí te diré su resultado.

—Ya te escucho, ya te escucho, dijo el baron resuelto á no interrumpir al Diablo, cualesquiera que fuesen las estravagancias que le contase.

Y el Diablo continuó:

La mañana siguiente, Firion se fué á los alrededores de B.... andando á través de los campos, acercándose á los aldeanos que encontraba, y hablándoles amigablemente. El primero que encontró fué un hombre de cuarenta y cinco años, feo y raquítico. Firion se alejó inmediatamente. El segundo era grueso, bajo, robusto, pero innoblemente sucio y pobre. El tercero era un anciano de sesenta años: Firion pasó de largo. Se dirigia ya hácia otro lado, cuando vió un moceton de veinte y cuatro á veinte y cinco años, que trabajaba con un ardor que denotaba un vigor poco comun, y que cantaba con una voz que prometia un pecho sumamente desarrollado. Firion, que acababa de separarse de su hija, despues de haberle contemplado en silencio, se acercó á él y le dijo:

—Cómo! esclamó Luizzi equivocado por lo estraño de la situacion; se atrevió á decirle....

—Sois un imbécil, replicó el Diablo, y olvidais que Firion era hombre de talento. Firion dijo al fornido gañan:

—Amigo mio, quereis servir de sustituto?

—Sustituto de quien? preguntó el jóven.

—De un sobrino mio que ha caido quinto.

—Muchas gracias; estoy exento por hijo de viuda y no quiero ir á hacer por otro lo que no me hubiera gustado hacer por mí mismo. No os faltarán en el pais muchachos dispuestos á aceptar vuestras proposiciones.

—No hallaré muchos, dijo Firion, porque mi sobrino es un moceton como un castillo y el gobierno quiere hombres de igual calidad que los que se le quitan.

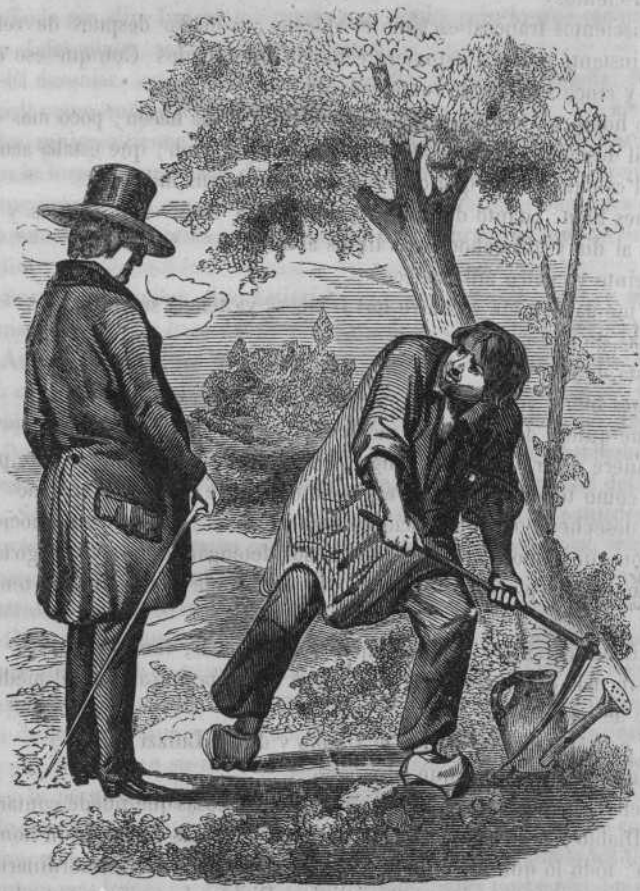
—Teneis razon, repuso el palurdo ensanchándose y apoyándose en el cabo del azadon; no es fácil hallarle como decis, y si le hallais, os costará caro.

—En cuanto al precio, dijo Firion, no habrá reparo; daria por un mozo como tú mil escudos.

—Lo creo, añadió el jayan tomando el azadon y volviendo á su trabajo, lo cual es una precaucion escelente para escuchar aparentando lo contrario; ya lo creo, repitió; pero hay una vieja cerca de aqui, que me traeria en dote mas que eso, si yo quisiera ser sustituto de su difunto marido.

—Me he equivocado, dijo Firion; son dos mil escudos y no mil los que daré.

—Caramba y qué buen tio tiene vuestro sobrino! esclamó el campesino inclinándose hasta el suelo y silvando un cantar que seguramente no era de circunstancias.



—Tres mil escudos doy, dijo Firion.

—Ese mozo rojo que está al otro lado del camino, puede que quiera ir por ese dinero.

El campesino se incorporó, apoyándose sobre el mango de la herramienta, y dijo con un aire de interés que no pudo ocultar:

—Cuánto hacen cuatro mil escudos?

—Hacen doce mil francos.

—Doce mil francos! Es buen dinero! Y cuanta renta tiene uno con doce mil francos?

—Seiscientos.

—Seiscientos francos! esclamó el aldeano, y añadió despues de reflexionar un instante como si estuviera echando sus cálculos: Con que eso es tres francos y cinco sueldos de renta cada dia?

—No hombre: tres francos y cinco sueldos al dia hacen, poco mas ó menos, mil doscientos francos al año, respondió Firion, que estaba acostumbrado al cálculo, como que con él habia ganado sus millones.

—Pues bien: cuánto dinero se necesita para tener tres francos y cinco sueldos al dia y mil ochocientas libras al año?

—Veinte y cuatro mil francos.

—Si me dais veinte y cuatro mil francos, ya teneis sustituto.

—Está dicho?

—Está dicho.

—Pues bien, venid conmigo, que vamos á casa del médico.

—Qué quiere decir eso del médico?

—Quiere decir, mi buen amigo, que yo no quiero comprar gato por liebre, y como tendrás que ser reconocido antes de entrar en caja no quiero que te desechen por algun vicio de conformacion, para mí desconocido.

—Con que vamos para eso? Pues no nos detengamos, que yo tengo tan bien formado el cuerpo como el alma, lo oís? Nada oculto ni nada tengo que ocultar.

—Mucho me alegro de ello, dijo Firion; vamos, vamos pronto.

Y sin mas esplicaciones, Firion llevó al campesino á casa del médico mas célebre de los baños.

En este instante se detuvo el Diablo y dijo á Luizzi:

—Veamos ¿qué es lo que adivinas?

—Señor Satanás, respondió Armando, hay cosas que puede contar ó pensar el Diablo; pero que no puede decir en términos decentes un hombre de mundo: todo lo que me cuentas es, por otra parte, tan estraordinario....

—Por qué es estraordinario? replicó el Diablo. Lo único estraordinario es que eso no pasa todos los dias, porque los padres de familia no toman para con sus hijas las precauciones que toma el gobierno para con sus soldados. Con este motivo me recuerdas una comedia escrita por el hombre mas honrado de vuestra literatura, hace algunos meses (1). Habia en ella una

(1) El *Falso hombre de bien*, por Lemercier.

escena por el estilo, y todos los hipócritas del patio silbaron la escena como inmoral. Digo *todos*, porque en materia de hipocresía aventajan los hombres á las mujeres. Ahora bien: entre los trescientos ó cuatrocientos imbéciles que de tal modo se alarmaron porque un padre se ocupase de examinar en todo y por todo á su yerno, seguramente habria ciento cincuenta que no hubieran salido con tanto honor como salió el jayan del reconocimiento médico que se le hizo sufrir.

—Todo eso, dijo Luizzi, me parece muy lindo; pero lo que me parece difícil es el desenlace, sobre todo con Natalia.

—El desenlace era la cosa mas fácil, sobre todo con Natalia. Nada hay tan fácil como entenderse consigo mismo cuando se quiere. Te he dicho ya que las mujeres tienen la torpeza de no ser francas con los hombres: además, tienen la torpeza de no ser francas consigo mismas. Llevan la pretension de perspicaces hasta querer engañarse, y hay mujer que, despues de haber preparado su propia caida, concluye por persuadirse de que se la ha sorprendido.

—Soy de tu opinion, dijo Luizzi; pero no comprendo cómo en semejantes circunstancias pudo hacer los preparativos de su caida una jóven como Natalia.

—Amigo mio, replicó el Diablo con desprecio; eres incapaz de hacer una ópera cómica: hay mil medios muy sencillos ó muy ingeniosos de conseguir ese objeto.

—Puede que los haya, dijo el baron; pero aunque los obstáculos no procediesen del pudor de la dama, podian proceder de la cortedad del compromiso. Se trataba, á mi entender, de hacer comprender al palurdo que podia agradar á una mujer cuyo padre le habia comprado en veinte y cuatro mil francos, y que en su mano estaba consolar á una viuda que habia perdido á su marido el dia anterior. Crees tú que esto fuera tan fácil?

—Colocada la cuestion en ese punto, respondió el Diablo, conozco que hubiera sido difícil de resolver. Los hombres de baja esfera miran á las mujeres de cierto rango con un desprecio y un respeto igualmente estúpidos: creen de buena fé que son sus amantes todos los hombres de esta última clase que frecuentan su casa, y, por consecuencia, dicen de ellas cuanto les viene á la boca; mas, por otra parte, son incapaces de imaginar que la debilidad de esas mismas mujeres pueda llegar al estremo de bajarse á un rústico y en este concepto es necesario que se les entreguen ó mas bien que se les ofrezcan de la manera mas franca para que lleguen á comprender que semejantes mujeres quieren pertenecer á ellos. Bajo este punto de vista, el asunto hubiera sido difícil de terminar. Pero habia una habitacion aislada á la cual condujo Firion al palurdo al salir de casa del médico, y en ella estaba una criada muy linda, muy vivaracha y muy complaciente, que hizo los honores de la casa al recien venido y que le hizo entender con bastante destreza que su cuarto se hallaba próximo al que se habia destinado al sustituto.

—Es posible! esclamó Luizzi, es posible que Natalia hiciera semejante papel! ¿Conque esa mujer se degradó hasta el punto de solicitar con coqueterías el amor de un palurdo?

—Querido baron, poseeis el privilegio de esplicar néciamente todas las cosas. Os advierto que es una ridiculez enorme el apoderarse de una frase para hacer concluir una historia de una manera enteramente opuesta á la verdad. En el mundo hay muchos que tienen esa funesta costumbre. Ignoro como se componen otros con esos hombres; pero lo que es á mí me hacen el efecto de esos groseros que meten los dedos en vuestro plato y que muerden vuestra vianda y os la devuelven en seguida diciéndoos: está bueno, podeis acabarlo.—Apártate de esa pendiente, que puedes dar en ella una caida mortal. Hombre hay que nunca te perdonará el haberle quitado el efecto de un buen bocablo. Por lo demas, si hay algo de picante ó mas bien de inusitado en el hecho de Natalia Firion, no consiste en haber tenido un amante el dia siguiente á la muerte de su marido: la historia de la matrona de Efeso es contemporánea de los libros santos, y la humanidad ha estado siempre formada de la misma carne; lo que hace la aventura de la señorita Firion un poco escepcional, es que Natalia no conoce ni ha visto nunca, ni ha querido ver ni conocer al que la proporcionó la mas santa y la mas poderosa de las afecciones, el amor de una madre á su hijo.

—Cómo es eso?

—Si, querido mio, continuó el Diablo; así que la criadita hizo comprender suficientemente al campesino que los buenos chicos se han hecho para las buenas chicas, Firion, llegada la noche, halló medio de hacerle pasear durante una hora lejos de la casa. En este tiempo partió un coche y llegó otro; luego, cuando el aldeano estuvo de vuelta, Firion era el único que velaba, y la chiquilla se habia vuelto al cuarto que le estaba destinado. El palurdo no se equivocó: en vez de dar con la puerta de su cuarto, dió con la del cuarto de la linda criadita, á donde entró en medio de la mas profunda oscuridad.

—Y estaba allí Natalia? preguntó Luizzi plausiblemente admirado é indignado á la vez.

—Quién puede decir si era Natalia la que estaba allí? Seguramente no es el jayan, pues salió del cuarto antes de amanecer y aquella mañana se le mandó por Firion á veinte leguas de distancia.

—Si no es el jayan quien puede decirlo, al menos será Firion.

—Firion ha muerto.

—Será la misma Natalia, no es verdad?

—Nueve meses y dos dias despues de la muerte del baron du Bergh se estampó en el registro del estado civil del tercer distrito de la ciudad de Paris una partida que acredita el nacimiento legal de Mr. Anatolio Isidoro du Bergh, que es ese bello jóven que los imbéciles que tuvieron la ventaja de

conocer al difunto baron du Bergh dicen se parece prodigiosamente á su señor padre.

—Segun eso, preguntó Luizzi profundamente admirado, esa mujer ha sido...

—Esa mujer, respondió el Diablo, ha sido lo que te tengo dicho, envenenadora y adúltera, porque el adulterio consiste, sobre todo, en introducir hijos estraños en la familia del marido vivo; pero me parece aun mas original el introducirlos en la familia del marido muerto. El adulterio póstumo no deja de tener alguna novedad.

—Y no hay en el mundo quien pueda lanzarle á la cara esos crímenes? preguntó el baron.

—Nadie como no seas tú: te hallas en disposicion de hacerlo?

—Y luego no ha tenido otros caprichos?

—Ninguno.

—Pero esa es una aventura inverosimil.

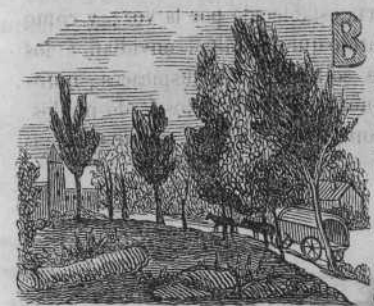
—Un corazon frio, una imaginacion fria y un cuerpo frio bastarán á esplicártela. Si Natalia hubiera nacido en otra época, ó si hubiera recibido una educacion religiosa, es probable que hubiera sido ó una de esas abadesas secas y rígidas que llevaban hasta el bárbaro despotismo el respeto á una virtud que la naturaleza les habia hecho muy fácil, ó bien una de esas viejas solteronas que pertenecen á la clase de las mujeres como los sordo-mudos á la humanidad: esas mujeres tienen la misma idea del amor que los sordos del sonido. Unicamente ven la inteligencia que el amor establece entre dos amantes, como los sordos ven la inteligencia establecida por la voz; y como unas y otros no pueden comprender el sentido que les falta, envidian á los que le poseen. Hé aqui por qué las viejas solteronas son suspicaces, murmuradoras y desapiadadas, y hé aqui por qué lo son tambien los sordo-mudos. Baron, desconfia siempre de los seres incompletos, porque son los únicos completamente malos.





XX.

Bajeza.



Buscaba Luizzi medios de responder á esta nueva teoría del Diablo, pero se detuvo viendo entrar á su ayuda de cámara que le entregó un billete y anunció al mismo tiempo á Mr. de Mareuilles. Antes de poder recordar al ayuda de cámara la órden que le habia dado de no dejar entrar á nadie, apareció el dandy en el umbral de la puerta, y designando con el baston el billete que aun no habia abierto Luizzi, se echó á reir y dijo :

—Apuesto que es de Laura.

—Lo dudo mucho, replicó Luizzi disgustado; porque me parece que conozco la letra, y Mad. de Farkley no me ha escrito nunca.

—Armando dirigió la vista al sillon en que un momento antes estaba sentado el Diablo y le vió desocupado.

—Toma! donde está? esclamó el baron en su primer movimiento de sorpresa.

—Quién? dijo Mareuilles.

—Ese caballero que estaba aquí ahora mismo, respondió Luizzi no ocurriéndosele ningun nombre propio con la prontitud necesaria.

—Os habeis vuelto loco? repuso el dandy; yo no he visto aquí á nadie. Vamos á otra cosa: perdonad si vengo á incomodaros tan de mañana. Anoche, despues que salísteis del baile de la Opera, supe la resolucion de Mad. de Marignon respecto á vos y vengo á hablaros del particular. No trato de predicaros, querido amigo, porque entre jóvenes predicar es no tener sentido comun; pero no puedo menos de deciros que me habeis comprometido de lo lindo. Ya sabeis á título de qué me admite en su casa Mad. de Marignon: no ignorais que su hija ofrece un partido de consideracion: mi familia ha pensado casarme con ella y yo procuro toda la discrecion posible en mis locuras de jóven á fin de que no me perjudiquen en nuestros proyectos. Ya veis que me debe ser muy sensible el verme comprometido por las locuras de otros.

—Me alegro, querido Mareuilles, que os hayais ofendido, dijo Luizzi. He recibido de Mad. de Marignon un billete tal que solo una mujer sin marido y sin hijo pudiera escribirle; si en calidad de yerno quisiérais tomar á vuestro cargo la responsabilidad de su insolencia, me haríais un gran favor.

—No tengo inconveniente, respondió Mareuilles; pero eso no quita que nos demos el martes la satisfacion que tenemos pendiente.

—Nada mas justo, dijo Luizzi: como, á mi entender, tanta locura es batirse por el respeto que se debe á la sociedad de Mad. de Marignon como por la fe que yo debo tener en Mad. de Farkley, os parecerá bien que nos hallemos en Carnaval.

—Sois muy agudo, señor de Luizzi, dijo Mr. de Mareuilles con desden.

—Y vos muy fátuo, replicó el baron.

—No tanto como vos, respondió Mareuilles riéndose; porque vos lo sois hasta el punto de creer que la mujer que os escribe al dia siguiente de haberos visto por primera vez no ha podido hacer lo mismo conmigo ó con otros muchos.

—Este billete no es de Mad. de Farkley, replicó Armando que creia cada vez mas reconocer la letra del sobre.

—Pues bien: si lo que digo no es cierto, quiere decir que me habré equivocado una vez por casualidad; pero tan seguro estoy de haber acertado que me obligo á pedir perdon á Laura si me he equivocado. Si el billete es suyo, os daré un consejo de amigo, y es que en vez de armar un sangriento escándalo y de hacer que todo el mundo os señale con el dedo por una mujer indigna de que os comprometais por ella, vengais á casa de Mad. de Marignon y la demostreis vuestro sentimiento por todo lo que ha pasado.

Luizzi no respondió; pero abrió con impaciencia el billete y dirigió la vista á la firma; era de Mad. de Farkley. Es punto menos que imposible

espresar el despecho y el dolor que Armando esperimentó en aquel instante. Si hubiera comprendido mejor los íntimos sentimientos del corazon del hombre, hubiera conocido que aquella mujer no le era indiferente en el hecho mismo de sentir de tal modo la justificacion de la mala opinion que de ella se tenia.—Armando leyó el billete que estaba concebido así:

»Caballero:

»Siento no poder asistir á la cita que os he dado para mañana á la noche »en el baile de la Opera; si quereis que os esplique las últimas palabras que »os dije anoche, puedo ya complaceros. Tened la bondad de esperarme esta »noche á las diez en vuestra casa.»

Luizzi quedó confundido, y en el aturdimiento que le causaba la impudencia de aquella mujer, alargó en silencio el billete á Mareuilles, quien soltó una ruidosa carcajada.

—Es cuanto se puede ver, esclamó. Debeis creerme; en lugar de estar en casa á la noche, venid á la tertulia de Mad. de Marignon. Yo la diré bajito el sacrificio que la haceis, ella os lo agradecerá y sereis perdonado.

—Teneis razon, dijo Luizzi; voy á seguir vuestro consejo aunque me prive del gusto de hacer ver á Mad. de Farkley que en mí no ha encontrado un tonto, y aunque siento no darle la leccion que se merece.

—La mejor y mas cruel leccion es contestarla que la esperais y luego no esperarla.

Luizzi creyó que debia observar la mitad de este consejo reservándose, segun luego le pareciese, el observar ó no observar la otra mitad; es decir que empezó por contestar á Mad. de Farkley que la esperaba en su casa.

Llegada la noche, todos sus resentimientos habian desaparecido; se acordaba de la mujer que habia visto en el baile de la Opera tan dulce y tan graciosa; acusaba de necedad el querer sacrificar á vanas consideraciones del mundo algunas horas de un placer que suponia debia ser en estremo grato.

Luizzi era uno de esos seres destinados á vivir en perpétua agitacion en medio de los sucesos mas comunes. Para esta clase de hombres, la decision mas insignificante es una fuente de combates interiores. Vacilan tanto en atravesar el arroyo de la calle como César en vadear el Rubicon, y porque se interesan escesivamente en ese combate consigo mismos, creen haber hecho una gran cosa. Así pues, el baron empleó dos horas en defender ante sí mismo la causa de su placer acusada por el qué dirán.

En cuanto á la reputacion de Mad. de Farkley, se curó muy poco de ella. Añadir una aventura mas al número de las aventuras escandalosas de Laura, no le parecia un gran crimen. Lo único que sentia perder era el placer de la derrota de Mad. de Farkley. En los combates que tuvo que sufrir en aquel memorable dia, solo tuvieron parte el egoismo y la vanidad.

Sin embargo, Armando triunfó de sus deseos de poseer á Laura; pero

solo fué porque se imaginó que podia *lucirse* mas alabándose de no haber poseido á aquella mujer que alabándose de haberla poseido. Salió pues de su casa á las diez menos cuarto, y á las diez en punto se anunciaba en la de Mad. de Marignon al señor baron de Luizzi.

Es imposible describir el efecto que su entrada á aquella hora produjo en casa de Mad. de Marignon: todas las miradas se dirigieron primeramente á la péndola, y todos saludaron en seguida á Armando con los aplausos mas lisongeros. Todas las mujeres le recibieron con una gracia y una solicitud inauditas; Mad. du Bergh llevó su admiracion por aquel rasgo de heroismo hasta el estremo de presentarle su hijo Mr. Anatalio du Bergh. Mad. de Marignon le alargó la mano y casi le pidió perdon por la carta que le habia escrito, y su hija, que nunca le habia dirigido la palabra, le consultó con una familiaridad encantadora acerca de un album que se la habia regalado. En cuanto á Mad. de Fantan, le ofreció su casa y le exigió la promesa de honrarla con sus visitas. Este ofrecimiento tranquilizó un poco á Mr. de Mareuilles que estaba ya asustado con el triunfo que él mismo habia proporcionado á su amigo Luizzi, á quien dijo por lo bajo:

La señorita de Fantan es muy jóven, es muy linda y debe ser muy rica. Tomad nota de esto.

La embriaguez de Luizzi fué tal, que transcurrieron dos horas sin que sintiese mas que el placer de su triunfo. Nunca se elevaron tanto su frente ni su voz como aquella noche memorable. Durante dos horas, el rey de la conversacion fué Luizzi: tuvo elocuencia, talento y ocurrencias felices. A las doce salió, altivo, triunfante y contento de sí mismo, de aquel salon del que la noche anterior habia salido casi furtivamente y acompañado de un remordimiento. Era que la noche anterior habia tratado de luchar con el mundo en defensa de una mujer que el mundo habia reprobado, y aquella noche acababa de entregar á aquella mujer al mundo con una vergüenza mas.

Tal vez esto esplica por qué es el hombre un animal dañino, como dice Moliere.

La distancia que mediaba desde casa de Mad. de Marignon á la de Luizzi no bastó á hacer volver á este de su delirio; nunca habia alargado á su ayuda de cámara sus guantes, su sombrero y su sobretodo con tanta gracia y buen humor como lo hizo aquella noche. El baron no era hombre capaz de alabarse delante de un lacayo; pero se hallaba tan satisfecho de sí mismo en aquel instante, que preguntó con un tono particular y estravagante:

—Ha venido alguien esta noche?

—Sí, señor baron, respondió el ayuda de cámara: ha venido una señora.

—Ah, sí, es verdad; no sé como se me habia olvidado. Y qué ha dicho?

—Que queria esperar á que volviérais.

—Calla! dijo Luizzi, cuyo tono de seguridad cambió súbitamente al oir esta noticia.

—Y ha esperado mucho tiempo?

—Hasta ahora, señor baron, respondió el criado; está en vuestro cuarto.

—En mi cuarto? repuso Luizzi.

—Si señor; voy á decirla que habeis venido ya.

—Es inútil, replicó Luizzi de mal humor, es inútil; dejadme y no volvais hasta que yo os llame.

Y en seguida pasó á su habitacion.





XXI.

Segundo sillon.

Un conjunto bastante incoherente de cólera, de sorpresa y de despecho era el sentimiento que dominaba el corazon de Armando. Aquella mujer acababa de malograrle el triunfo que habia obtenido en casa de Mad. de Marignon: era probable que Laura no hubiera esperado con el objeto que la habia traido: Luizzi aguardaba cuando menos una escena tumultuosa; pero, ¡cuál fué su sorpresa cuando en vez de encontrarse con una mujer irritada como creia que debia estarlo Mad. de Farkley, se encontró con una mujer deshecha en lágrimas, que al verle juntó las manos y le dijo con doloroso acento:

—Ah! caballero! os estaba reservado el darme el último golpe!

—Yo, señora! replicó Luizzi con sumo desembarazo; á la verdad que no sé lo que quereis decir ni de qué golpe hablais.

Mad. de Farkley miró á Armando con aire de admiracion, y le dijo con mas calma:

—Miradme bien, caballero. No me reconoceis?

—Sí, señora, os reconozco por una mujer muy bella á quien vi anoche en casa de Mad. de Marignon, á quien volví á ver en la Opera y á quien no esperaba tener la felicidad de hallar esta noche en mi casa.

—En ese caso, repuso Laura, por qué motivo os sentásteis á mi lado en casa de Mad. de Marignon?

Luizzi bajó modestamente los ojos y respondió con la humilde impertinencia del hombre que teme alabarse de uno de sus triunfos:

—Señora, no debeis estrañar.... que tratase de conoceros.

Al oir esta respuesta, se descompuso el rostro de Mad. de Farkley, que palideció, y dijo con voz alterada:

—Os comprendo, caballero; no debo estrañar.... que tratáseis de ser mi amante.

—Señora....

—Ese es vuestro pensamiento, caballero! replicó Laura sin poder apenas contener en sus ojos las lágrimas prontas á correr, y en su pecho los sollozos próximos á estallar.

Y en seguida pareció que dominaba por medio de un movimiento nervioso aquella emocion, y continuó afectando una penosa alegria:

—Ese es vuestro pensamiento; pero creo que no habeis calculado hasta qué punto es audaz: ¿sabeis los peligros que hay en ser amante de una mujer como yo?

—Soy tan valiente como cualquiera otro, respondió Luizzi con una sonrisa llena de suprema impertinencia.

—Lo creeis asi? replicó Mad. de Farkley. Pues bien: os juro que tendríais miedo si yo aceptase vuestros obsequios.

—Dignaos poner á prueba mi valor, dijo Luizzi, y vereis de lo que es capaz.

—Pues bien! respondió Mad. de Farkley levantándose; seré vuestra querida; pero antes de todo es preciso que sepais lo que sin duda habreis ya sospechado, que soy una mujer perdida.

—Quién lo ha dicho? preguntó el baron procurando calmar la agitacion de Mad. de Farkley.

—Yo, que no vivo de ilusiones; yo que hace muchos años soy víctima de la calumnia; yo, que quiero ser calumniada con justicia siquiera una vez; yo, que os he elegido para eso, y que soy vuestra si quereis aceptarme.

Esta declaracion tan brusca y tan formal cogió de sorpresa al baron que, durante algunos instantes, se halló en estremo embarazado. Mad. de Farkley volvió á sentarse y añadió con una triste sonrisa:

—Bien dije que tendríais miedo, señor baron.

—No es eso, replicó Luizzi procurando reponerse; confieso que una felicidad tan súbita y tan grande me confunde: yo estaba léjos de esperarla...

—Mentís, caballero! esclamó Laura; decid que la creíais menos fácil aun; esperábais el honor de una defensa y veis que yo sé ahorrarme el trabajo de ella.

Luizzi estaba desconcertado; no habia podido imaginarse tanta impudencia, ó no habia llegado á suponer que si Mad. de Farkley hubiera querido burlarse de él hubiera tratado de hacerlo en su casa y á aquella hora. Permaneció un instante en silencio y dijo al fin:

—En verdad, señora, no os comprendo....

—En ese caso, repuso Laura, lo que debo hacer es retirarme; os supongo bastante honor para afirmar, de modo que se crea, que la mujer que ha entrado en vuestra casa á las diez de la noche y ha salido á la una de la mañana, no se os ha rendido como, segun dicen, se ha rendido á otros muchos.

Laura se levantó para salir, y Luizzi comprendió entonces el inmenso ridículo de que se iba á cubrir á los ojos de aquella mujer. Conoció tambien que la impertinencia á que habia debido su triunfo en casa de Mad. de Marignon pasaria por una necedad entre sus amigos. Ademas lo que habia sido una impertinencia de buen gusto á las diez, era una brutal groseria á media noche.

—Puede muy bien un hombre no aceptar una cita de una mujer hermosa; pero no despedirla cuando la encuentra en su casa.

Armando tomó las manos á Laura, y obligándola á volverse á sentar, la dijo con mas amabilidad que la que hasta entonces habia empleado:

—Somos muy locos los dos: teneis razon para estar incomodada por mi grosera ausencia; pero ¿acaso hay faltas irredimibles? ¿No se puede alcanzar el perdon de una hora ó dos de mal proceder ó mas bien de verdadero delírio, por medio de una adhesion ó de un amor tan ardiente como el que vos sabeis inspirar?

Mad. de Farkley, recobró su acento y respondió con bastante seriedad aun:

—Quisiera saber, caballero, de que modo esplicais ese mal proceder, ó ese verdadero delírio, como vos le llamais.

—En aquel instante ocurrió á Luizzi una idea: la idea que se habia propuesto realizar si volvia á dar con Mad. Dilois. Poseer á Mad. de Farkley á las diez de la noche habiéndole ido á buscar á su casa, poseerla como la habian poseido otros muchos á quienes Laura se habia rendido ú ofrecido, no tenia gracia ninguna; pero poseerla, despues hacerla ver que no la queria, hacerla creer seriamente en una pasion sincera y casi loca, despues de haberla insultado con el désden mas completo, esto sí que pareció á Luizzi

cosa nueva, original y que merecia la pena de intentarse, mucho mas tratándose de una mujer tan hábil como Mad. de Farkley; desde aquel instante la deseó como si la amara.

Estas reflexiones pasaron con la velocidad del relámpago por la mente de Luizzi, que dijo inclinándose dulcemente á Laura:

—No es tan difícil como os parece la esplicacion de ese mal proceder y de ese delirio. Habeis sido conmigo bastante franca para que yo os pueda dar una esplicacion: si no lo hubierais sido tanto, os confieso que no me hubiera sido posible justificarme.

—Me complaceria mucho el saber que al menos una vez en la vida, me ha servido de algo mi franqueza; porque de algo me habra servido si, merced á ella, me probais que vuestra ausencia no ha sido un últrage, y que cuanto me habeis dicho á vuestra vuelta, no es un nuevo insulto.

—No me serviré de vuestra franqueza para faltar á lo que mereceis: sí, mi ausencia ha sido un ultrage, mis palabras han sido un insulto.

—Y pretendeis disculparos! dijo con amargura Mad. de Farkley.

—No sé lo que conseguiré, repuso Armando; pero diré la verdad y luego vos me juzgareis.

—Ya os escucho.

—Me habeis dicho una cosa muy grave, señora: perdonad que os la acuerde, os lo pido desde el fondo de mi corazon; me habeis dicho: Yo soy una mujer perdida.

Esta palabra pronunciada por Laura en la amargura de la cólera; esta palabra repetida por Luizzi, hizo palidecer á aquella mujer. Armando lo notó, y no pudo menos de conmoverse: se acercó á Mad. de Farkley, pero esta le detuvo con una señal hecha con la mano, y le dijo con voz débil:

—No es nada, continuad:

—Pues bien, señora: esa palabra os esplica mi conducta.

—Sí, dijo Laura tristemente; ¡comprendo vuestro desprecio! y sin embargo, es estraño que un hombre hiera tan cruelmente á una mujer, cualquiera que sea; sobre todo, cuando esa mujer ningun daño le ha hecho.

—Ah! no es eso señora: replicó Luizzi.

Y entonces poseido del pensamiento que le guiaba hasta el punto de hablar con un acento lleno de emocion, continuó:

—Ah! no es eso, señora, lo que me ha hecho ultrajaros. He sido tan grosero, tan indigno, tan cruel, porque conocia que os iba á amar.

—Vos! esclamó Laura sin poder contener la espresion de una ansiedad llena de esperanza, vos! ¿amarme?

—Sí, señora, respondió Luizzi exaltándose en el desempeño de su comedia, sí. Y sin duda conocereis que en el momento en que sentí nacer en mí este amor terrible, tuve miedo como vos misma habeis dicho que debia suceder, porque, como habeis dicho tambien, sois una mujer perdida!

Sin embargo, sois bella, estais dotada de una de esas hermosuras que trastornan la imaginacion; poseeis uno de esos atractivos inesplicables que obligan á los hombres á arrastrarse, como esclavos, á vuestros pies; sois una de esas mujeres á quienes me parece que se debe sacrificar la vida y aun la felicidad y el honor. Os habeis apoderado á la vez de mi corazon y de mi pensamiento, como una mujer perdida y como una mujer á quien se puede adorar hasta el estremo de olvidarlo todo por ella. Yo me sentí dispuesto á amaros, pero retrocedí ante ese amor, porque me daba miedo; solo su presentimiento me dió una idea de los dolores que me hubiera hecho sufrir consagrándole mi vida entera. Semejante amor debe ser, señora odiosamente celoso, porque conozco lo que ha sido ya; no celoso del porvenir ni del presente, pero sí del pasado; celoso de lo que ningun poder, ni aun el de Dios, puede impedir que haya sido. Se puede matar al amante de la mujer que nos engaña; se puede matar al amante cuyo recuerdo nos es odioso; pero hay una cosa que no se puede matar, señora; y es una reputacion perdida; una vida, no diré culpable, pero sí estraviada. ¿No comprendeis el horror de un amor absoluto, completo, en presencia de un amor que el pasado disputa y que treinta amantes pueden á la vez reclamar? Semejante amor me pareció un horrible suplicio, y preferí á él vuestro aborrecimiento.

Mad. de Farkley estaba pálida y temblaba al oir hablar así á Armando; este lo notó y añadió con dulzura:

—Os parece brutal mi franqueza, ¿no es verdad? No lo sería tanto si yo os estimase tan poco como otros; si solo viera en vos una mujer digna de un amor de algunos dias; si no me hallára dominado por ese encanto inefable que os rodea, y que en este instante me estravia hasta el punto de hacerme decir cosas que no debiérais oir.

Mientras el baron hablaba de este modo, Mad. de Farkley le miraba con una alegria tímida y un entusiasmo que al parecer no la era dado reprimir. Al fin hizo un violento esfuerzo, y respondió á Luizzi:

—No me engañais, Armando? Pensad, que se halla en vuestra mano la última esperanza de una vida infortunada. Armando, considerad que engañarme es asesinarme. Armando, respondedme como responderíais á Dios: ¿me amais como decís?

El baron que tan apasionadamente habia representado su comedia, deseaba saber como representaria la suya Laura, y respondió con una exaltacion sublime:

—Sí, Laura, sí: así es como os amo. Mi amor es un amor insensato, ¡es un amor del infierno!

—No! replicó Laura. Ese amor es una inspiracion del cielo: ese amor es una espiacion; ese amor es una felicidad, porque no tendreis que avergonzaros de él.

Al oir estas últimas palabras, Armando tuvo que hacer un gran esfuerzo

para no reirse. Se repuso un poco y se arrellanó en su asiento esperando oir una historia romántica, de la cual saliese Mad. de Farkley mas blanca que una paloma. Pero Laura, en vez de continuar, se detuvo de pronto.

—Esta noche, dijo no os contaré la historia de mi vida, pero la sabreis mañana, Armando: una palabra bastaria á esplicárosla, pero todavia no tengo derecho á pronunciar esa palabra; hasta mañana.

Luizzi no quiso detenerla: se contentó con responderla afectuosamente.

—Hasta mañana! ¿Dónde nos veremos?

—Os avisaré, dijo Laura; pero no será aquí, porque ya no puedo volver á entrar en vuestra casa sino baronesa de Luizzi.

Armando tuvo la prudencia de no soltar la carcajada al oir esta última palabra; se contuvo hasta que volvió de despedir á Laura, y entonces no pudo menos de decir en voz alta:

—Mi estratagema ha tenido un éxito brillante, ¡Mad. de Farkley baronesa de Luizzi! Es preciso que yo sea un escelente cómico, ó que esa mujer me tome por un imbécil.

Aquí llegaba Luizzi de su monólogo, cuando vió al Diablo sentado en el sillon de que habia desaparecido aquella mañana, acabando tranquilamente el cigarro que entonces habia comenzado.

Ola! ¿estás ahí? le dijo echándose á reir. ¿Por qué desapareciste esta mañana como si tú mismo te llevaras?

—¿Piensas que estoy para perder tiempo haciéndome de tercero en una conversacion con Mr. de Mareuilles?

—Tienes razon, dijo Luizzi; no me acordaba ya que fué Mareuilles quien te puso en precipitada fuga: ¿Y qué te trae por aquí?

—Vengo á contarte la historia de Mad. de Fantan, que me has pedido.

—Te aseguro que no tengo ya ganas de saberla. Aventuras escándalosas todavia, ¿no es verdad? Ya veo que la vida de las mujeres no se compone de otra cosa. Te juro que esas historias empiezan á serme insoportables.

—Baron, replicó el Diablo, has hecho una gran tonteria obligándome á hablar cuando yo no queria; no hagas otra mayor aun, negándote á escucharme cuando quiero franquearme contigo. Mira, es la una: todavia te queda una hora para escucharme, y otra para.....

—Señor Satanás, esclamo Luizzi interrumpiendo al Diablo, tengo sueño; además, no quiero indisponerme con Mad. de Marignon, y me curo poco de lo que ha podido ser Mad. de Fantan. Te suplico pues, que me dejes en paz.

Satanás obedeció, y Luizzi se acostó con el alma satisfecha como el comerciante que ha pagado sus letras, ó como el capellan de regimiento que ha hecho comulgar por primera vez á una docena de veteranos.



XXII.

Continuacion del segundo sillon.—Correspondencia.

Escribió Luzzi el lúnes, al levantarse, la carta siguiente:

Armando:

Siento una dicha que no podeis imaginaros; soy dichosa porque al fin he hallado el hombre á quien puedo esplicar mi vida entera; esta felicidad me precipita á descubrir un secreto que habia jurado no revelar hasta que el que está tan interesado como yo en él no me lo permitiese; pero al salir de vuestra casa he sentido mi corazon lleno de una dulce esperanza que no me era dado esperar. Os escribo y os hago una confidencia estraña, pues no me atrevo á estampar los nombres á que se refiere; vuestro corazon, vuestros recuerdos, vuestro ar-

repentimiento, por no decir vuestros remordimientos, os los harán adivinar. Escuchadme, pues, Armando; escuchad, puesto que habeis dicho que me amais.»

«Recordais la conversacion casi loca que tuvimos anoche en el baile de la Opera, en la cual os dije que la mujer que ha olvidado una vez sus deberes puede pasar por haberlos olvidado mil veces? Pues bien: ayer os hice ver que la mujer que nunca ha cometido una falta puede ser perdida por una estraña reunion de circunstancias.»

—Vamos, murmuró Luizzi al llegar á esta frase; vamos que el golpecito este no deja de ser diestro. Lo único que yo quisiera es, que la historia que voy á leer no fuese la quincuagésima edicion de las obras de Mad. Farkley, y que su autora se hubiese tomado la molestia de componer una inédita en mi obsequio.

Hecha esta observacion, Luizzi se colocó mas cómodamente en su asiento con el abandono del suscritor á un gabinete de lectura, á quien acaban de remitir la novela ó el cuento de moda.

Esta novela ó este cuento empezaba asi:

«Ya sabeis que soy hija natural del marqués de Andeli, cosa que yo misma no he sabido hasta el dia en que la desgracia me habia deshonrado. Vos ignorais quién es mi madre y yo lo ignoro tambien. Mi madre pertenecia á una noble familia del Languedoc, y se casó muy jóven aun, con un hombre que, precisado á seguir los ejércitos, la abandonó. Quedó á mi madre una hija; pero el amor de aquella niña no basta á su ardiente corazon; encontró por fin al marqués de Andeli, el marqués de Andeli la amó, y ella amó tambien al marqués. Este desempeñaba en aquella época un empleo administrativo de mucha importancia en la ciudad en que mi madre habitaba; y como perdiese su empleo, se vió precisado á separarse de mi madre seis meses antes de nacer yo. Mi madre parió en una choza de pastores donde se hallaba oculta; la mujer que la asistia me confió á una anciana que me crió y me tuvo en su compañia hasta la edad de quince años sin revelarme el secreto de mi nacimiento: se decia que me habia encontrado á la puerta de su casa y me habia recogido por caridad. Yo lo creia, porque nada veia que pudiese hacérmelo dudar.»

«Así pues, tenia yo quince años cuando se casó la primera hija de mi madre. Es inútil deciros de qué manera supo mi hermana mi existencia, pero un dia llegó á mi miserable casa una de las señoras mas bellas y mas ricas de la ciudad. En una entrevista en que desgraciadamente solo supe una parte de la verdad, me dijo que yo era hija de una señora de alta categoría perteneciente á su familia, y cuyos errores deploraba sin poderlos condenar. Yo no sabia entonces lo que es una madre y el orgullo que este nombre inspira, y creí que el orgullo de su clase impedia á aquella mujer darme á conocer la mia; juzgad cuál fué mi admiracion cuando la oí añadir:

«Los estravios de vuestra madre no han cesado aun. Habiendo enviudado, ha deshonrado su viudez como deshonró su casamiento: otra niña ha sido abandonada por ella; otra niña va á vivir en la miseria; otra niña va á ser



entregada á la desgracia, no encontrando probablemente quien la proteja, como á vos os han protegido. Es preciso que vos ampareis á esa niña. Es vuestra hermana, sed su madre; yo os proveeré á ambas de los recursos que os faltan.—Yo accedí, Armando, accedí.

«Mi primera buena accion, fué causa de mi primera desgracia.»

Yo tenia quince años y era hermosa, y no se me supuso, á los quince años, la caridad que habia tenido para conmigo una anciana de sesenta; no queriéndoseme conceder un asomo de virtud, se me acusó de un crímen. Habia dicho que seria madre de aquella niña, y se me hizo verdaderamente su madre.»

«Felizmente un hombre honrado que vivia en mi misma casa, sabia mejor que nadie mi inocencia, y despreciando las calumnias de que yo era víctima, me honró con su nombre. Mi padre supo al fin mi existencia, le recompensó aquel servicio cuanto era dado recompensarle, asegurándome un dote considerable. De este vivió algun tiempo dichosa y casi respetada, ó mas bien, olvidada por la calumnia.»

«Pero otro suceso, por cierto bien estraordinario, trajo, ó mas bien, preparó mi desgracia. El padre de mi hermanita, cuyo nombre me era desconocido; el padre de aquella niña, á quien yo amaba como si fuera hija mia, á pesar de los disgustos que me habia proporcionado, habia sembrado el desórden en otra familia distinta de la de mi madre, y la noble forastera, que me creia una huérfana, me dijo que un jóven abandonado como yo lo habia sido, y como lo habia sido tambien mi hermana, moria casi en la miseria.»

«Yo, que no ignoraba cuán horrible es esa vida aislada que no tiene por apoyo ninguna afeccion, quise acudir á su socorro, le abrí la casa de mi esposo, le colocué en una posicion honrosa y le dí una familia. Esta segunda buena accion produjo mi segunda desgracia.—Un hombre que hubiera debido darme las gracias por lo que yo habia hecho; un hombre que hubiera debido decirme: —gracias por vuestra generosidad para con ese desgraciado! ese hombre dió pábulo á la murmuracion pública con una chanzoneta inconsiderada, y se me dió por amante al pobre huérfano salvado por mí. Mi marido lo supo: y aunque su honor se veia ultrajado y la cólera se abrigaba en su pecho, no me pidió esplicacion alguna: retó al jóven y le mató. Pocos dias despues estaba desengañado y pedia cuenta al calumniador del honor de su esposa y la sangre por él derramada.»

Al llegar á este pasage de la carta de Mad. de Farkley, Luizzi se detuvo lleno de confusion: tenia tanta semejanza lo que leia con lo ocurrido en Tolosa, que el baron se sintió de pronto sobrecogido de un estraño terror. Pero cotejando las fechas y recordando que solo hacia dos meses que tan imprudentemente habia juzgado el honor de Mad. Dilois, se tranquilizó un poco. Despues, como las malas acciones poseen un arte infinito para hallar disculpas, y otro arte infinito tambien, para condenar las del prójimo, dijo para sí:

—Mad. de Farkley habrá sabido mis aventuras de Tolosa, y hé aqui que se las apropia y las encaja en su vida pasada para hacérmela creer mejor; pero el lazo es demasiado grosero para que yo caiga en él.

Libre ya de este pequeño movimiento de ansiedad, Luizzi volvió á tomar la carta y leyó lo que sigue:

«Antes de verificarse aquel fatal desafío, en mi primer movimiento de espanto busqué á la que me habia revelado mi nacimiento y el nombre de mi padre; en mi desesperacion quise acusarla por haberme confiado aquella niña que tantos dolores me habia valido; pero solo con lágrimas pude replicarme cuando me dijo:

—Esa niña es vuestra hermana! esa niña es... hermana nuestra!

—Hermana nuestra! esclamé.

—Sí, me respondió, todos tres somos hijos de una madre muy culpable.

«Santa y noble mártir, hermana desventurada que ya no existes, ¿debia quejarse entonces de sus sufrimientos aquella á quien revelabas el secreto de tu vida?»

Pero yo lo ignoraba en aquel instante, y esclamé:

—Y qué es de la que nos ha abandonado á la desgracia?

—Ha dejado la Francia y no sé su paradero. Ignoro bajo qué nombre oculta su existencia, y Dios nos libre de saberlo! Pero lo que tú no sabes, y lo mas horrible de todo, es que el hombre que quiere perderte es hermano del huérfano á quien has salvado.....

«Al volver á casa supe que el huerfano habia muerto. Entonces fué cuando cometí la imprudencia de escribir á mi hermana una carta que se hizo pública. Huí de casa de mi esposo, y supe que este habia muerto en un segundo desafío que provocó al saber que yo era inocente.»

«Ahora me comprendereis, Armando; ahora comprendereis aquella carta que os escribí y que sin duda no recibiríais, pues no tuve contestacion á ella; porque ya esta historia no encierra para vos misterio alguno, ¿No es verdad? Todo lo adivinais ya. No os recordaré las confidencias de mi pobre hermana, que me lo reveló todo. No quiero deciros mas porque mi relato despertaria recuerdos muy dolorosos y hoy no quiero Armando, entregarme á inútiles recriminaciones.»

Luizzi se restregó los ojos, dudando si se hallaba despierto. Parecíale que la razon le abandonaba; se encontraba en el estado del hombre que sueña y persigue sombras que no puede alcanzar; se levantó, se paseó por su habitacion buscando la esplicacion de lo que acababa de leer, y obligado á creer en su propia locura ó en la de la mujer que le habia escrito. Al fin, arrancándose de aquel horrible estado en que su cabeza se perdia, emprendió nuevamente la lectura de la carta, que continuaba así:

«Paso ahora á otra época de mi vida. Mi padre, informado de todas mis desgracias, me llamó á su lado; me llevó á Italia y me casó con Mr. de Farkley, haciéndome cambiar de nombre para que nada me recordase en el mundo lo que habia sido y las calumnias de que habia sido objeto. Pero me conoció en Milan un hombre de nuestro pais, llamado Ganguernet: dos dias

despues se sabia en todas partes, no la verdadera historia de mi vida, sino la historia forjada con arreglo á las apariencias. Se me insultó, se me dejó aislada en la sociedad, y mi segundo marido, tratando de defenderme, murió del mismo modo que el primero. Ahora no estrañareis que pase por una mujer perdida, y que como tal sea tratada la mujer que, segun se supone, ha hecho morir con su mala conducta á un amante y dos maridos.—Me detengo aqui. Vendreis á verme esta noche? No es verdad que vendreis á verme? Mi padre se hallará presente; obtendré de él vuestro perdon, y tal vez consentirá en deciros qué ha sido de mi madre. El mismo me ha asegurado que mi madre existe y que sabrá obligarla á proteger en lo sucesivo la familia que debe á ella su perdicion....

Amadme, Armando, amadme! Entre nosotros hay muchas lágrimas, y, á pesar de la promesa de mi padre, vos sois mi única esperanza en este mundo.

LAURA.»

La razon de Luizzi se trastornaba por momentos; las ideas vagaban en su cerebro como la muchedumbre dominada por un vértigo. Armando no podia calmarlas ni reunirlas y, en un movimiento de desesperacion, esclamó:

—Oh! esperar hasta la noche!! es imposible; me volveré loco antes!

De pronto, y por un movimiento de rabia convulsiva, agitó la infernal campanilla. El Diablo no aparecia; pero la campanilla de la habitacion parecia responder á Armando con un eco siniestro. Aquel sonido heló al baron, que seguia inmóvil en su sitio, cuando entró en la habitacion Mad. de Farkley.

—Laura! Laura! esclamó Luizzi; en nombre del cielo os pido que me espliqueis esta carta. Mi razon se estravia.... Laura, Laura, decidme quién sois; decidme qué nombre llevábais en otro tiempo.

—Vos me lo preguntais? respondió Mad. de Farkley sarcásticamente. Ah! parece imposible que un hombre lleve hasta ese estremo el olvido de sus desaciertos.

—Laura, decidme por piedad quién sois; decidme como os llamábais cuando se os entregó esa criatura.

—Me llamaba Sofia. Los hijos del adúltero no tienen apellido.

—Y despues de casada?

—Me llamaba Sofia Dilois.

—Vos!! Pero apenas hace dos meses.... murmuró Armando, y luego añadió: Ah! es imposible.... es....

Abrióse la puerta de la habitacion y el ayuda de cámara entregó una esquela á Armando, que la abrió por medio de un movimiento superior á su voluntad, y leyó:

SE OS SUPLICA TENGAIS Á BIEN ASISTIR AL ENTIERRO DE MAD. DE FARKLEY, QUE TENDRA LUGAR EN LA MAÑANA DEL LUNES.... DE FEBRERO DE 182....

Luizzi dejó escapar de sus manos la esquela, contemplando anonadado y frio, á la mujer que estaba á su lado. Pareciale verla derretirse en el aire como un ligero vapor, y su mirada halló el rostro de Satanás armado de aquella sonrisa de fuego que tanto daño le habia hecho ya. Luizzi en su furor, quiso lanzarse á él, pero le detuvo inmóvil en su sitio una fuerza sobrenatural.

—Satanás, esplícame ese horrible misterio! esclamó Armando sofocado por la rabia y la desesperacion.

—La esplicacion es muy fácil, porque es negocio de fechas y de números, dijo el Diablo con sonrisa irónica. Mad. de Cremancé se casó en 1795, á la edad de diez y seis años, y tuvo una hija legítima que se llamó Lucía. En 1800 tuvo una hija adulterina que se llamó Sofia. En 1815, habiendo enviudado, tuvo una hija natural, que es la que viste en casa de Sofia y á quien puedes dar tu apellido, porque es hija de tu padre, el noble baron de Luizzi.

—Con que era hermana mia aquella niña!!

—Y Cárlos era otro hermano tuyo, adulterino tambien, y abandonado por el virtuoso baron de Luizzi.

—Pero todos esos séres vivian aun hace apenas dos meses; dos meses hace que ví á Sofia y la vuelvo á ver ahora casada en segundas nupcias y desconocida. Oh! es imposible; Satanás, tú me engañas!

—Mi amo, yo no te engaño ahora pero te he engañado antes.

—Tú!

—Te acuerdas de la primera vez que nos vimos? No tienes presente que te dije que tuvieras cuidado con tu vida? Pobre tonto que me la has entregado de una vez!

—No me digiste que mé habias quitado seis semanas?

—Te quité siete años.

—Siete años?

—Siete años hace que murió Lucía; siete años que murió Dilois; siete años que murió tu hermano Cárlos; siete años hace que tú los asesinastes á todos con una chanza.

—Y Laura? y Laura? preguntó Luizzi, cuya razon apenas bastaba á comprender uno por uno aquellos horribles sucesos.

—Laura, respondió el Diablo, ha muerto hace doce horas nada mas: Dios no puede perseguirla mas allá de la tumba, porque ha sido mártir en este mundo. El ultraje que ayer la hiciste fué el último golpe dado á su fatigado ánimo; venia á contarte su vida que tú no hubieras comprendido; supo el motivo por qué no estabas en casa, y el sitio á donde habias ido á sacrificarla. Hace doce horas que la asesinaste.

—Pero aquella mujer que ví aqui anoche....

—Era yo, respondió el Diablo, echándose á reir; tuve piedad de esa mujer y vine á representar la escena que hubiera tenido lugar si Laura hubiera esperado. Me parece que no lo hice mal.

—Y esta carta?

—Es un autógrafo de mi mano; puedes poner un fac-simile en tus memorias.

—Miserable de mí! Cuán miserable soy! esclamó Luizzi. Cuántos crímenes!! y no puedo repararlos!

—Sí puedes, replicó el Diablo acariciando al baron con la llama de sus miradas como la coqueta que trata de persuadir á un néciò; sí puedes, porque aun te quedan que cumplir dos deberes propios de todo hombre honrado: el primero es cuidar de la hija de tu padre que la infortunada Sofia habia colocado en un convento: calcula los sufrimientos que el mundo puede reservarla por los que han esperimentado sus dos hermanas; el segundo deber es vengar á Sofia de la injuria que recibió de los amigos de Mad. de Marignon; injuria que ha sido causa de todo lo sucedido. Pero te atreverás á ello, mi amo?

—Oh! dame el poder que necesito! esclamó Luizzi entre sollozos y gritos de furor; dame el poder necesario y repararé el mal por el mal, porque ya veo que el bien me está vedado. Dime quienes son esas mujeres que con tanta crueldad insultaron á la infeliz á quien he matado.

—Ya te conté la historia de una de ellas.

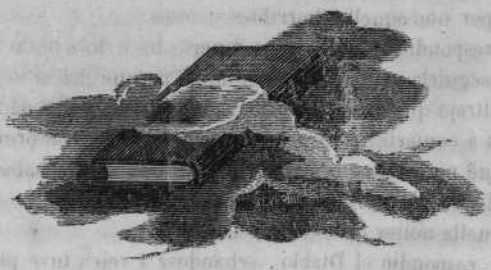
—Pero y la de la otra?

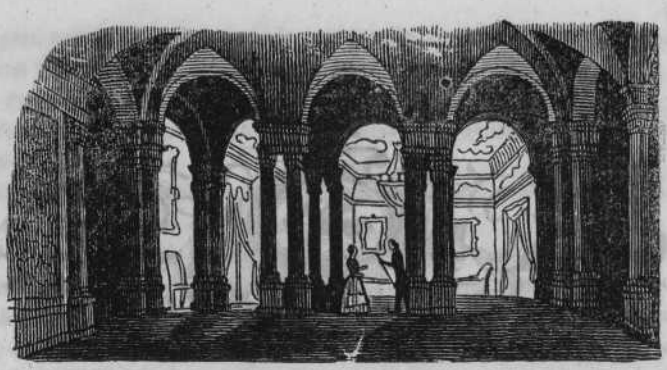
—La de la otra? dijo el Diablo dándose importancia. Aquella cuya historia quise contarte á la una de la mañana, cuando Laura vivia y yo queria interesarte en su suerte?

—Esa misma.

—Pues esa misma, continuó el Diablo, cuya historia te hubiera obligado á echar á correr á casa de Laura para pedirla perdon y para consagrarte á su defensa y salvarla quizá de su desesperacion, si me hubiera escuchado?

—Sí, sí! respondió el baron; habla habla!





XXIII.

Tercer sillon.

Por la postura que tomó el Diablo parecia que iba á empezar un largo relato, y dijo con tono desembarazado:

—Mad. de Fantan, se llamaba en 1815 Madama de Cremancé.

—Su madre! su madre!! Horror!... horror!... esclamó Armando, presa de un temblor convulsivo ante la idea de tanta perversidad.

El Diablo se echó á reir, y Luizzi, anonadado y desconcertado, conoció que su razon se estraviaba, que los latidos de su corazon se debilitaban, y cayó al suelo sin sentido.

XXIV.

Los buenos criados.



Luizzi permaneció, por espacio de treinta y seis dias, privado de conocimiento: como durante este tiempo no habia tomado alimento, al volver en sí se sintió con un terrible apetito. Quiso llamar, pero no pudo mover brazos ni piernas.—Vamos, dijo, he dado otra caida; sin embargo me parece que no me he tirado por la ventana como la otra vez; esto debe ser solamente un enervamiento general.

El baron hizo un nuevo esfuerzo y entonces echó de ver que estaba sólidamente atado á su lecho. Unicamente vió sentada à la cabecera una mujer que mojaba una rebanada de pan en un gran vaso de vino azucarado; aquella mujer se levantó suavemente, le miró, tiró un bocado al pan, un sorbo al vaso y luego se volvió á sentar; colocó á su lado el vaso, cogió un tomo de una novela y se puso á leer mascullando las palabras. Armando se hubiera restregado los ojos para asegurarse si estaba completamente despier-

to; pero segun la espresion de la mujer que mojaba el pan en el vaso de vino se hallababa *herméticamente* atado.

—Pedro! Luis! esclamó el baron; Luis! Pedro!!

Pero solo le respondieron algunas carcajadas acompañadas de un gran ruido de vasos.

—Luis! Pedro!... Eh! canallas! repitió Luizzi aun con mas violencia.

—Jesus que terrible está, murmuró la mujer.

Y sin levantarse de su asiento, tomó una gran esponja, que la empapó en un cántaro de agua helada y la aplicó vigorosamente al rostro de Armando. Este remedio fué eficaz: hizo reflexionar al baron. Vamos, dijo este, he estado enfermo, he tenido sin duda un ataque cerebral; pero debo estar ya completamente curado, pues no siento mas que un poco de lasitud en el cuerpo, pero sin trastorno ninguno en las ideas. Me acuerdo perfectamente de todo lo que me ha sucedido, como que puedo referirlo de cabo á rabo.

Y contando mentalmente sus recuerdos como el mendigo que cuenta por los dedos su dinero, se puso á hablar en voz alta.

—Me acuerdo perfectamente: Mad. de Fantan es Mad. de Cremancé; Laura es Mad. Dilois: y ha muerto la desgraciada.... la he matado yo!.... Oh! Satanás! Satanás!

—Adios! murmuró la enfermera, ya le vuelve á dar!

—Señor Pedro! Señor Pedro! gritó á su vez.

Y Pedro apareció muy hueco con la bata de su amo, mojando un vizcocho de Reims en un vaso de vino de Champagne.

—Que hay, Mad. Humbert? dijo tambaleándose, con voz balbuciente.

—Lo que hay es que es preciso ir por sanguijuelas. Mr. Crostencoupe ha mandado que, en caso de volverle el delirio se le apliquen setenta á la boca del estómago y que al mismo tiempo se le renueven los *senapismos* en la parte interior de....y en la planta de los pies.

—Vaya que el doctor hace gasto de sanguijuelas y mostaza! dijo el ayuda de cámara. Hace bien el baron en tener monises, porque el doctor Crostencoupe es hombre á propósito para consumirle en recetas todos sus bienes.

—La salud no tiene precio, señor Pedro, replicó Mad. Humbert; la salud es el mejor de los bienes de este mundo.

—Yo mas quisiera estar malo toda la vida que dar treinta sueldos por una maldita sanguijuela.

Ya se conoce que es Mr. Crostencoupe quien pone las recetas. Yo cuando asistí el último enfermo que era hombre solo, no las puse mas que á trece sueldos cada una. Es verdad que el difunto era un curtidor que no habia hecho mas que tres quiebras.

—No fué cosa mayor.

—Me parece que el baron está ya tranquilo. Bien podiais ahorrarle las sanguijuelas:

—No puede ser; si os digo que ha empezado á delirar con esas señoras... ya sabeis. Y ademas, que lo comprado está comprado: no quiero hacer perder la venta al boticario.

—No digo que tengais consideracion con su bolsa sino con su piel. El baron tiene el vientre y el estómago lo mismo que criba : cualquiera creeria que ha pasado las viruelas. Ponedle las sanguijuelas en cuenta, pero no se las pongais en el estómago.

—Voy á seguir inmediatamente vuestras órdenes; pero lo malo será si Mr. Crostencoupe lo sabe mañana, ese hombre lleva cuenta de las picaduras y es preciso que le salga corriente. A propósito, traed un ciento de sanguijuelas en lugar de setenta porque siempre hay algunas que no agarran....

—Y que os llevais á casa para venderlas á vuestros parroquianos.

—No, que las dejaria para que se pasearan aquí baston en mano. Oid, Mad. Humbert, me ocurre una idea.

—Qué hay?

—Vos que asistís á tantos enfermos ¿habeis visto á las sanguijuelas hacerse el amor?

—Quereis callar, animalazo? dijo Mad. Humbert pudificando su voz. Id á buscar lo que os he dicho y traedme un vasito de vino y un vizcocho, que tengo ya el estómago en los talones.

—Quereis Champagne?

—Gracias, no me gusta la espuma porque se me acida el estómago. Dadme siempre lo mismo.

—Burdeos?

—Sí.

—Vaya un gusto! el Burdeos es un brebage que dá sueño.

—A propósito, no se os olvide el café, que me estoy cayendo de sueño.

—Bien, bien : se os va á dar lo que necesitais : yo mismo voy á traéroslo, pues Luis irá á la botica.

—El cochero? pues si no se le ha pasado aun la media chispa que tomó esta mañana.

—Eso no importa : nunca conduce mejor que cuando está completamente achispado, y ya veis que estándolo á medias no se portará tan mal.

—Vos no teneis mal vino tampoco, porque estais bastante complaciente.

—Pues qué, estoy achispado por ventura?

—Enteramente no; pero os brillan los ojos como candilejas.

—Es para veros mejor, Mad. Humbert, dijo el ayuda de cámara acercándose á la enfermera que, contra lo que suele suceder, no era vieja ni fea: tenia sobre treinta años, un buen ver y estaba bien mantenida. No merecia tanto el señor Pedro.

—Vaya, vaya, señor Pedro, que teneis un niño muy amoroso.

—Si vos quisiérais serlo un poquito.

—Y qué diria Mr. Humbert?

—Calla! pues que hay con Mr. Humbert?

—Muchas gracias! Que si le hay? Y por qué creeis que me llamo Mad. Humbert? Habeis visto en el almanaque ó en el cartapacio de algun memorialista mi apellido?

—Vamos, no os enfadeis. Hay tantas casadas que no tienen marido!

—No digo lo contrario; pero tened entendido, señor Pedro, que yo no soy de la categoría de esas mujeres.

—Y eso qué importa? replicó Pedro.

—Eh! bruto! id á buscar las sanguijuelas. Si empezais con esas, os aplico una á la punta de la nariz.

—Aplicadme vuestra boca en su lugar.

—No digais bestialidades.

—Mas quisiera hacer que decir.

—Bribon! esclamó Luizzi irritado.

Esta palabra detuvo de repente al ayuda de cámara en su empresa amorosa. Pedro permaneció un instante asustado, pero luego se echó á reir diciendo:

—Qué borrico soy! No me acordaba ya que está loco.

—Mas loco aun sois vos. Oid, están dando las doce: se va á cerrar la botica y me voy á quedar sin sanguijuelas.

—Se van á traer volando, dijo Pedro.

Y salió echando un tierno beso con los dedos á Mad. Humbert.

—Que poltronazo, murmuró la enfermera; si yo tratára de echarme un amante, le buscaría mas activo que tú.

Esta reflexion no impidió á Mad. Humbert arreglar la mesa que estaba al lado del lecho del baron y acercar dos buenos sillones, señal inequívoca de que esperaba pasar aun algunos momentos mas con el galante ayuda de cámara.

Nuestros lectores estrañarán el silencio guardado por Luizzi durante aquella conversacion; pero nuestros lectores recordarán que no era aquella la primera ocasion en que Luizzi se habia hallado en situacion semejante, teniendo tras de sí una parte de su existencia desnuda de recuerdos. La esponja empapada en agua de nieve que se le habia aplicado al rostro y la amenaza de ponerle setenta sanguijuelas, le habian advertido que seria tratado como loco, por poco que se alterase; ademas conocia que, en su ignorancia de lo que le habia pasado despues de su última entrevista con el Diablo, podia haber dicho tales cosas que verdaderamente se le hubiese creido falto de razon; así pues, prefirió guardar silencio y escuchando y reflexionando á la vez, buscó un medio de salir de la penosa posicion en que se le habia colocado. Así que quedó sola Mad. Humbert, creyó llegado el momento oportuno, y para probar á la enfermera que se hallaba con toda su razon, dijo con acento débil:

—Mad. Humbert, tengo sed.

—Jesus, que cuba es ese hombre! murmuró la enfermera; si no hace cinco minutos que os he dado de beber.



—Perdonad, Mad. Humbert, hace ya mas de cinco minutos, porque habeis estado media hora hablando con Pedro, dijo Luizzi con dulzura.

—Calla! dijo Mad. Humbert tomando una bugia para ver mejor al baron; calla! cualquiera diria al oirle hablar asi, que está en su juicio cabal.

—Estoy en mi cabal juicio, Mad. Humbert; y una prueba de ello es que os suplico que tengais la bondad de desatarme un brazo para que pueda beber yo mismo.

—Bueno, bueno! replicó la enfermera, ya tenemos la misma cancion que el otro dia para luego tirarme á los hocicos la tisana y arrancarme una papalina que aun no hacia un año me habia costado seis francos. Tomad, bebed y callaos.

—Os juro, Mad. Humbert, que no os haré ningun daño, y que tengo mi razon completa.

—Bebed, que esto es bueno, y dormid despues.

—Qué hay? preguntó Pedro entrando con una botella sujeta en cada brazo, una fuente de azúcar en una mano y una bandeja de vizcochos en la otra.

—Lo que hay, respondió Mad. Humbert, volviéndose en el instante de presentar una taza de tisana al enfermo; lo que hay es que está en uno de sus momentos lucidos y que me pide que le suelte.

—No le hagais caso, dijo Pedro; acordaos si no, de la otra vez que nos vimos negros para volverle á la cama, y me atizó á mí una docena de puntillazos.

—No te quedarás sin otra docena asi que me levante, bribon, replicó Luizzi irritado.

El ayuda de cámara se colocó á los pies de la cama de su amo sin soltar las botellas, la fuente y la bandeja, miró al baron con un gesto un si es no es vinoso, y dijo con mucha gracia.

—Gracias por la propina!

—Miserable! esclamó el baron, haciendo un violento esfuerzo para levantarse.

Al hacer este movimiento derribó la taza que le acercaba Mad. Humbert. La enfermera dijo irritada:

—Es preciso estar mas loco que el loco mismo para exasperarlo asi. No quedaba ya mas tisana que esta, y yo la traia para que pasára con ella la noche; ahora tengo que hacer otra, ó tiene que pasarse sin ella.

—Toma! pues que se pase, dijo Pedro.

—Ya, si no hubiera mas que eso.... Va á ahullar de sed toda la noche, y no me va á dejar pegar los ojos. Pero no importa: hay una cafetera de agua á la lumbre y voy á echar la cicuta.

—Oid, dijo Pedro: esa cafetera debe servir primeramente para disolver esos terronazos de azúcar.

—Para qué? replicó Mad. Humbert.

—Además de la botella de Burdeos traigo otra de riquisimo coñac, con el

cual vamos á hacer una fuentecita de aguardiente quemado que nos embaularemos sin tenedor.

—Qué aficion teneis al aguardiente quemado! dijo Mad. Humbert; todas las noches lo mismo! Vais á quemaros el cuerpo y el alma como si fuérais un paquete de estopa.

—Ya está prendido el fuego, replicó el ayuda de cámara haciendo una caricia á Mad. Humbert.

—Volveis á vuestras tonterías? dijo ésta.

—Hablo del fuego del ponche, replicó Pedro con maligna sonrisa; mirad, mirad que llama azul tan hermosa.

—Es verdad; os pone verde; pareceis un difunto....

De repente exhaló Mad. Humbert un agudo chillido y añadió verdaderamente asustada:

—Jesus! qué bruto sois, Pedro; no apagueis las bugías que me dais un miedo atroz.

El ayuda de cámara queriendo lucirse con una gracia, habia dado un soplo á las bugías y se habia colocado tras de la llama del ponche. Su rostro iluminado por aquella siniestra luz parecia teñido de un color nervioso y los horribles gestos que hacia para realzar la gracia le prestaba un aspecto espantoso. Un sonido ronco y prolongado se exhalaba del pecho de Pedro tanto que Mad. Humbert en estremo espantada, dijo:

—Basta, Pedro, basta; volved á encender las bugías.

—Huuuu!... hizo Pedro con acento sepulcral.

—Que horror! esclamó la enfermera; vamos, no hagais barbaridades.

—Huuuu!... repitió Pedro con acento aun mas lúgubre.

—Si no dejais eso voy á llamar, dijo Mad. Humbert dirigiéndose temblando á la puerta.

—No podeis salir de aquí, murmuró Pedro con voz cavernosa; vengo del infierno á donde os voy á llevar á vos y á vuestro enfermo.

—Quereis callar? esclamó la enfermera. Pedro! Pedro! no digais eso.

—Yo no soy Pedro, soy el Diablo.

—Eres tú, Satanás? preguntó Luizzi cuya imaginacion trastornada por una larga enfermedad debia dejarse llevar de una escena que, sin embargo, para él nada de sobrenatural tenia.

Al oir esta interpelacion, el ayuda de cámara y la enfermera lanzaron un grito y se arrimaron uno á otro en tanto que Luizzi continuaba en su delirio:

—Satanás, ven; ven, Satanás, que yo te llamo.

—Buena la habeis hecho! dijo Mad. Humbert temblando. Hacia ya mas de ocho dias que no habia estado tan malo como nos le habeis puesto ahora. Ya empieza á invocar otra vez al Diablo como un desesperado.

—Hubiera sido bueno que se hubiera aparecido el Diablo, dijo Pedro procurando en vano dar un tono de seguridad á su voz.

—Vaya, replicó Mad. Humbert con impaciencia, acabemos de tonterías, que sino voy á llamar á alguien.

Y volvió á encender las bugias mientras llenaba de aguardiente quemado los vasos el ayuda de cámara.

—Tomad, la dijo este; así se os pasará el miedo que seguramente es atroz.

—No os hagais el valiente, replicó la enfermera, porque estais mas blanco que la nieve. Dadme un vasito. Jesus! me he asustado tanto al oirle llamar al Diablo, que todavia me tiemblan las piernas.

Y en esto se sentó al lado de la mesa; Pedro se colocó junto á ella y la dijo escanciándola un vaso de ponche:

—Es acaso esta la primera vez que oís al baron llamar al Diablo?

—No por cierto, respondió Mad. Humbert, apurando á traguitos su vaso, porque al principio de su enfermedad no hacia otra cosa.

La especie de alucinacion que el baron esperimentára se habia disipado en vista del miedo del ayuda de cámara y la enfermera. Persuadido Armando de no obtener nada de ellos hablándoles razonablemente, se resignó á guardar silencio, decidido á escuchar tranquilamente su conversacion, versára sobre lo que versára, esperando saber algo acerca de su posicion.

—No es mala locura imaginarse un hombre que tiene á sus órdenes al Diablo! dijo Pedro.

—Locuras hay aun mas raras que esa, repuso la enfermera; yo misma puedo daros fé de ello, pues servi por espacio de un año á una jóven gascona que se imaginaba haber parido una niña y haber estado siete años encerrada en un subterráneo.

A pesar de su resolucion de callar, tal fué la sorpresa que Luizzi esperimentó al oir aquella revelacion, que no pudo menos de preguntar de repente:

—Se llamaba Enriqueta Buré?

La enfermera retrocedió violentamente, y Pedro la dijo:

—Qué teneis?

—Así se llamaba aquella jóven, respondió la enfermera. Cómo sabe su nombre vuestro amo?

—Como que es gascon, puede haberla conocido en su pais. Dejadle charlar solo y contadme esa historia.

—No sé mas que aquella jóven ha venido aqui, acompañada de un caballero de su familia. Lo que sí puedo deciros es que no es de las locas mas malas, porque desde la mañana á la noche no hace mas que escribir su historia.

Luizzi esperimentó un verdadero espanto al oir aquella conversacion, porque reflexionó que por medio de una suposicion de locura se podia ahogar para siempre la revelacion de ciertos crímenes. Consideró en que él mismo

pasaba por insensato, y que tal vez se hallaba entre personas interesadas en acreditar aquella opinion. Acababa de saber que habia padecido una enfermedad en que habia reinado el delirio muchos dias. Durante este tiempo era muy posible que hubiera contado las aventuras de Mad. du Bergh y de Mad. de Fantan: podian haberlo sabido estas dos mujeres, y en tal caso no era dudoso que pretendiesen hacerle pasar por loco. Tambien temió que como aquellas mujeres tenian interés en sostener siempre tal suposicion echasen mano de todos los medios para hacer desaparecer á un hombre que poseia el secreto de todas sus infamias.

El silencio que siguió á la respuesta de Mad. Humbert, habia dado al baron tiempo suficiente para hacer todas estas reflexiones. Aquel silencio habia dado asimismo tiempo á la enfermera para absorver algunos vizcochos mojados en el ponche.

—Es muy estraño, dijo Pedro, que una persona pierda asi de repente el juicio.

—No habia dado señales de locura vuestro amo antes del mes y medio que lleva malo?

—No, respondió Pedro. No hacía mas que quince dias que yo estaba á su servicio: en ese tiempo era un hombre como cualquiera otro, como no fuera la costumbre que tenia de hablar solo cuando se encerraba en su habitacion.

—Y no os hizo sospechar eso? replicó Mad. Humbert.

—No por cierto, respondió el ayuda de cámara: precisamente me habia salido pocos dias antes de casa de un diputado que pasaba todo el dia en perorar delante un gran espejo colocado en frente de una tribuna que habia hecho construir en el salon para ensayar sus discursos.

—Debia ser muy babieca, repuso Mad. Humbert.

—Al contrario, respondió Pedro; es un abogado de gran reputacion y que pasa por hombre de un talento desecho.

—No lo dudo; pero debe ser muy borrico el hombre que, colocado delante de un espejo se pone á perorar á sí mismo.

Luizzi, que veia la conversacion tomar un camino distinto del que le interesaba, trató de hacerla girar nuevamente sobre él, y pidió otra vez de beber.

—Qué sediento está esta noche! dijo de mal humor la enfermera.

—La tisana que le habeis dado debe haberle refrescado muy bien: como que cayó toda en las sábanas.

—Toma, pues es cierto: no me acordaba ya de hacer otra. El caso es que no hay ya agua caliente y tengo que volver á encender el fuego.

—No os molesteis, Mad. Humbert, que yo lo compondré todo. Dónde están los yerbajos que hay que echar?

—Allí á la izquierda, sobre la chimenea, junto á esa campanilla de plata tan rara.

Al oir Luizzi esta palabra, alzó la cabeza y vió su talisman. Su primer sentimiento fué el de una viva satisfaccion; pero reflexionó poco á poco acerca de la situacion á que le habian conducido las confidencias del Diablo, y se propuso no volver á recurrir á ellas. Entre tanto, Pedro preparaba la tisana y Mad. Humbert continuaba gustando el aguardiente quemado cuando entró el cochero con una redoma de sanguijuelas en una mano y un papelon de arina de mostaza en la otra, lo cual fué mas poderoso que todas las reflexiones para imponer silencio y quietud á Luizzi. Este tembló al pensar que se le iban á aplicar tales tópicos, y á fin de que aquellos dos escelentes servidores no entrasen en ganas de prestarle sus auxilios, fingió que dormia. Para que se creyera mejor empezó á roncar.

—Calla! dijo el ayuda de cámara volviéndose. Lléveme el diantre si no tiene ya el estertor.

—No hay duda, repuso el cochero adelantándose hácia la cama.

—No puede ser! replicó Mad. Humbert incorporándose un poco en su sillon.

—Yo no lo estrañaré, dijo Pedro que á su vez se acercó á examinar al enfermo. Hace ya mas de ocho dias que nos echa unos ojos tan relucientes. Tomadle el pulso.

Mad. Humbert se levantó; pero como el aguardiente quemado hubiese obrado mas de lo que ella esperaba, llegó tambaleándose al lecho, y en lugar de tomar la muñeca del enfermo para buscar el pulso que latia con vigor, colocó el dedo sobre el anverso de la mano. No sintiendo, pues, la pulsacion de la arteria, dijo con tono doctoral:

—Es cosa hecha.

—*Requiescat in pace*, murmuró Pedro echando la sábana sobre el rostro del baron. Yo ya he hecho mi negocio.

—*De profundis*, respondió el cochero con acento nasal. Los caballos se han comido ya toda la paja y la cebada.

—Como eso! dijo Mad. Humbert. No toqueis á nada porque yo soy responsable. El dinero contante ya es otra cosa.

—No hay ya dinero contante, replicó Pedro.

—Qué sabes tú? preguntó el cochero; acaso has visitado las cómodas?

—Cuando te digo que me consta que no hay dinero....

—Ya lo veremos, murmuró el cochero. Los comisarios de policía se han hecho para los que tienen las uñas largas. Si no me das en el acto mi parte te denuncio á la autoridad.

—Anda, denúnciame, que ya veremos si los caballos se han comido en mes y medio seiscientas cargas de paja y veinte sacos de cebada.

—Tiene razon Pedro, dijo Mad. Humbert. Ya que él no se mete en las cosas de la caballeriza, no os metais vos en las de la cámara.

—Cuánto habeis recibido adelantado porque os agregueis á su partido?

—Yo no he recibido nada, lo ois? Soy una mujer honrada y nunca tomo mas que lo que me dan los enfermos El señor Pedro es testigo de que hace un instante me ha mandado el difunto media docena de cubiertos en recompensa de los buenos cuidados que no he cesado de prodigarle.

—Y os los ha mandado por escrito? dijo Pedro.

—Cómo me los habia de mandar por escrito si está *herméticamente* atado?

—Pues bien, repuso el cochero: como no tengais mas cubiertos que esos correís riesgo de serviros la comida con los dedos.

—Lo que es que se los ha mandado, es cierto. Y es lástima que á ese hombre no se le haya ocurrido hacer testamento, porque en ese caso estoy seguro de que nos hubiera dejado á todos un diario.

—Es muy posible, dijo Luis; porque era un poco bestia; pero á lo hecho pecho: no pensemos mas en el asunto y procuremos arreglarnos como personas honradas.

—Es lo mejor, respondió Pedro, sentémonos y hablemos bajo no sea que nos oiga el groom.

—No hay cuidado, ha quedado roncando sobre el canapé, y si despierta, en lugar de venir á interrumpirnos irá á meterse en la cama.

—Cierra bien la mampara, dijo el ayuda de cámara, y celebremos consejo.

Luizzi conoció en el movimiento de las sillas que los tres nobles interlocutores habian tomado asiento alrededor de la mesa, y el choque de los vasos le manifestó que habia empezado el ejercicio del aguardiente quemado.

—Vamos, sé franco, Pedro, cuánto has encontrado en las cómodas? preguntó Luis.

—He hallado, respondió el ayuda de cámara, diez mil quinientos francos y ni un sueldo mas.

—Palabra de honor?

—Palabra de honor. Y tú cuantos has sacado de paja y cebada?

—Mil ciento veinte y dos francos.

—Eso es muy poco, dijo la enfermera.

—Toma, cada uno pone lo que tiene, replicó el cochero.

—Buena herencia vamos á cojer, para ser el difunto un hombre millonario! murmuró Mad. Humbert.

—Es lástima, añadió Luis, que no haya hecho un buen testamento, pues nos tendria mas cuenta. No habria medio de hacer un testamento?

—Yo casi no se escribir, dijo Pedro; ademas el señor tenia una letra endemoniada.

—La teneis por ahí á mano? preguntó Mad. Humbert.

—No, respondió el ayuda de cámara; solo la conozco de haberme mandado el señor algunas veces con billetitos.

—Vive Dios que son dichosas las personas instruidas! dijo Luis dando un golpe sobre la mesa. Me dá rabia el pensar que tal vez pierdo un capital por no haberme enseñado siquiera á escribir los bribones de mis parientes.

Luzzi, á pesar de la repugnancia con que escuchaba aquella conversacion, concibió una esperanza al oir hablar del testamento. En el momento de dar violentamente en la mesa el cochero, dejó escapar un prolongado suspiro, y los tres interlocutores prestaron atencion aterrorizados.

—Luis, Pedro! murmuró con dulzura el baron.

—Pues no ha muerto, dijeron en voz baja los buenos servidores, y Pedro que era el que mejor se tenia sobre las piernas, empezó á separar la ropa que cubria el rostro de su amo.

—Ah! eres tú, mi buen Pedro? dijo Luzzi como si volviera entónces á su acuerdo. Dónde me hallo? qué me ha pasado?

—Calla! murmuró Mad. Humbert; cualquiera diria que ha recobrado la razon.

—Quien es esa señora? preguntó el baron dirigiéndose á Pedro.

—Soy vuestra enfermera, respondió Mad. Humbert saludando.

—Segun eso he estado muchos dias de peligro? replicó el baron.

Los criados, dudando que su amo hubiese recobrado verdaderamente la razon, se miraron uno á otro. Sin embargo, Luis respondió:

—Hace mes y medio que estais en cama, señor baron.

—Y durante todo eso tiempo habeis velado junto á mí, no es verdad, hijos mios?

—Sí, señor, respondió Pedro; no nos hemos acostado desde que caisteis malo.

—Vuestro celo, dijo Luizzi, tendrá su recompensa, bien sea que yo me salve, ó bien que sucumba pues me siento muy débil.

—Acabo de traer sanguijuelas; si quereis que se os apliquen, tal vez os repondreis con ellas.

—Me parece que son inútiles, respondió Luizzi. Lo que quisiera antes de todo es escribir cuatro letras á mi notario.

Los criados se miraron.

—No creo que mi muerte esté tan próxima, añadió el baron; pero al fin como no sé lo que puede suceder, quisiera arreglar mis cosas. No os olvidaré á vosotros, hijos mios, no os olvidaré.

La astucia de Luizzi, por mas grosera que fuese, tuvo muy buen efecto. Se dirigia á la codicia y es preciso conocer que si esta pasion es una de las mas diestras en crearse medios de triunfar cuando obra por sí sola, es tambien la que con mas facilidad se deja cojer en la red menos disimulada, esta es propiedad de todos los instintos voraces, tanto físicos como morales.

El deseo que el baron acababa de manifestar fué satisfecho inmediatamente. Sin embargo, Armando notó que Pedro y Mad. Humbert cuchichea-

ban en voz baja, mientras Luis le daba recado de escribir. Un nuevo temor se apoderó del baron: si mandaba llamar al notario y le confiaba un testamento, debia temer que los miserables que le rodeaban, persuadidos de que aquel instrumento encerraba disposiciones favorables á ellos, tratasen de apresurar el momento de aprovecharse de ellas. En vista, pues, de este nuevo peligro, se detuvo buscando medios de prevenirle.

—No escribís, señor baron? le preguntó Luis examinándole.

—Toma! replicó Pedro, cómo quieres que escriba si no tiene las manos libres.

Y en seguida se acercó al lecho y separando la ropa, soltó los lazos que sujetaban las manos del baron. Luizzi sacó fuera del lecho las manos con alegria infantil; pero esta alegria desapareció al ver la horrible flacura de sus brazos. El enfermo, cuyo rostro enflaquece de dia en dia y que contempla en un espejo los estragos de su enfermedad, conoce con dificultad la alteracion gradual de sus facciones; pero el enfermo que se ve de repente, tras largo tiempo, y descubre el estado á que el mal le ha reducido, suele esperimentar un terror mas fatal aun que el mismo mal. Así sucedió á Luizzi: apenas vió sus brazos, esclamó aterrorizado:

—Un espejo! dadme un espejo!

El obsequioso servilismo en que se habia trocado en el alma de los criados la ignoble indiferencia que antes mostraban, no resistió á este deseo de baron: Mad. Humbert trajo un espejo y le colocó sobre la almohada de Armando. Al ver este ru rostro pálido, su barba larga, su cabello desordenado, sus ojos oscos y encendidos por la calentura, su nariz afilada, y sus labios blancos, permaneció inmóvil contemplándose un momento: el pretendido valor de que tan provisto se creia nuestro héroe se desvaneció de repente.

—Dios mio! Dios mio! esclamó Armando prorrumpiendo en llanto.

En seguida soltó el espejo y cayó sobre el lecho abatido y desesperado, dejando correr de sus ojos copiosas lágrimas que no trató de ocultar á la ávida curiosidad de sus criados, porque en aquel instante pudo mas su cobardía que su vanidad. La vanidad es el valor de la mayor parte de los hombres. Al parecer, los buenos servidores de Luizzi se alarmaron verdaderamente en vista de aquel espasmo de debilidad, pues Mad. Humbert dijo al baron con la dulzura que la fué posible:

—No quereis escribir al notario, señor baron?

—Segun eso, estoy muy malo? preguntó Armando á la enfermera, mirándola con inquietud.

—No, señor, no; pero la precaucion nunca está demas, y es menos sensible morir despues de ponerse bien con los hombres y con Dios.

—Con Dios! murmuró Luizzi prorumpiendo en lágrimas; con Dios! reconciliarme yo con Dios! nunca, nunca, porque el infierno se ha apoderado de mí, y....

—Adios! ya le dá otra vez, dijo Pedro; era una mejoría aparente. Vamos, es preciso volver á atarle.

—Ah! esclamó Luizzi casi llorando, no me ateis, yo os lo suplico; no diré nada, pero no me ateis. Voy á escribir al notario.

Esta nueva pramesa hizo aun su efecto, y Luizzi tomó la pluma que se le presentaba; pero no veia el papel: su mano no sabia conducir la pluma. Al fin, trazó algunas palabras y cayó sobre el lecho, debilitado por este último esfuerzo.

—Despáchate, Luis, dijo Pedro en voz baja; no hay que perder tiempo.

El cochero salió con rapidez cerrando tras sí la puerta con fracaso.

—No me dejeis solo, esclamó Luizzi; no me dejeis solo.

Pedro y Mad. Humbert se sentaron en silencio al lado de la cama, observando los menores movimientos del enfermo y apresurándose á arreglar la almohada y á colocar del mejor modo posible al baron.

Mientras Luizzi escribia, Pedro arregló la habitacion, de modo, que cuando aquel volvió á mirar á su alrededor, no vió ya señales de la orgía nocturna de que habia sido testigo. Su cabeza se hallaba debilitada por el mal y por el choque de vivas impresiones causadas por la escena vergonzosa que acababa de tener lugar, y con dificultad podia Luizzi recordar lo que habia visto, tanto que llegó á creer que todo habia sido efecto de su delirio. En esta creencia, se entregó á un sueño febril, en que unas veces contemplaba el saqueo de su casa, y otras se veia perseguido por enjambres de sanguijuelas. Al fin le rindió el cansancio, y quedó completamente dormido; cuando despertó empezaba á despuntar el dia.

El sonido de la campanilla de su habitacion, agitada con violencia, le arrancó de su sueño, y vió entrar á Pedro, que dijo en voz baja á Mad. Humbert:

—Ahí está el notario.

Un momento despues entró Luis, y la enfermera le dijo, tambien en voz baja:

—Duerme.

El baron determinó aprovechar el error de sus criados para saber lo que habia pasado durante la noche, y en su consecuencia, se puso á escuchar lo que aquellos hablaban entre sí.

—Cuánto has tardado! dijo Pedro á Luis.

—Es que no estaba en casa el notario: me dijeron que habia ido á un concierto al arrabal de San German, y tuve que ir desde el *boulevard* á la calle de Babilonia. Pregunté allí por él y me dijo un lacayo que no le habia encontrado en el salon. Iba ya á volverme, cuando un cochero amigo mio, que me preguntó á quien buscaba, me respondió que acababa de ver partir el carruage del notario, quien habia dado órden de que se le condujese á la plaza Real á casa de un cliente suyo que daba un gran baile. Eché á correr

allá, y al fin le encontré, con tres ó cuatro mas, sentado á una mesa jugando al ecarté. Tuve que esperar mas de hora y media, porque el juego era acalorado; pero al cabo pude atraparle al paso, y ya le teneis aqui.

—Corriente, dijo Pedro; ahora nos habríamos lucido si hubiera vuelto á recaer el baron.

—Ha notado algo? preguntó Luis.

—Nada respondió el ayuda de cámara; ha creido que estábamos velando.

En este instante se oyó ruido en el salon y entró el doctor Crostencoupe seguido del notario Bachelin.

—Si os digo que es imposible; decia el doctor con tono imperativo; esos imbéciles habrán tomado un instante de locura tranquila por un retorno á la razon; hay encefalitis aguda y persistente, por lo cual sostengo que estamos muy lejos de mejoría.

—Demonio! murmuró el notario; hacerme levantar tan temprano para eso, Al que ha empleado gran parte de la noche en sus asuntos no le gusta que vayan á despertarle al amanecer.

—Teneis mucha razon, respondió el médico; pero vuestra presencia aqui es, á mi entender, enteramente inútil.

—Lo sentiria en el alma, dijo el notario; veamos sin embargo á Mr. de Luizzi y sepamos como está.

Ambos se acercaron al lecho y Luizzi abrió los ojos para ver al médico á quien estaba confiado. Era este un hombre muy alto, de frente calva aunque no parecia de mucha edad, vestía elegantemente y su cabeza tenia una apostura teatral.

Colocóse al pié del lecho del baron, y mirando á éste fijamente con un lijero fruncimiento de cejas, tendió hácia él el dedo y dijo con mucho énfasis:

—Mirad: las megillas están prominentes; la color purpúrea, los ojos rojos y animados, el globo del ojo en rotacion, el movimiento respiratorio es irregular y tembloroso, y la piel está halituosa: la enfermedad no ha perdido, pues, nada de su intensidad.

—Me parece que os equivocais, doctor, replicó tímidamente Armando.

—Mirad, dijo Mr. Crostencoupe sonriéndose; todavia delira; dice que me eqnivoco.

—Os juro, doctor, añadió Luizzi, que he recobrado todas mis facultades, y voy á probároslo diciéndoos las razones que he teuido para llamar á mi notario.

Y el baron se puso á contar al médico el modo que habian tenido de cuidarle sus criados y sus proyectos en caso de su fallecimiento.

—Jesus! Jesus! esclamó Mad. Humbert; qué calumnia! Yo he pasado tranquilamente la noche, y he tenido que despertar á Luis, que dormia en la antecámara.

—En prueba de que nada de eso es cierto, añadió Pedro, regístrense las cómodas y se verá que nada falta en ellas.

—Basta, basta, dijo Mr. Crostencoupe; no teneis necesidad de justificaros. No cabe duda que continúa la locura.

—Vos sí que estais loco, esclamó Luizzi incorporándose furioso sobre la almohada.

—Qué es eso, le habeis desatado? preguntó el doctor viendo aquel movimiento.

—Qué habiamos de hacer, si se empeñó en escribir al notario? respondió Mad. Humbert.

—Vamos, volvedle á atar, dijo el doctor.

—No os acerqueis, miserables; esclamó Luizzi cada vez mas furioso.

—Vaya, vaya, repitió el médico; no hagais caso de sus gritos.

—Qué es eso? qué hay? preguntó el notario despertando sobresaltado, pues fatigado durante la noche que acababa de trascurrir en lo que él llamaba sus asuntos, se habia dejado rendir por el sueño sobre el sofá mientras hablaba Luizzi.

—Dios mio! esclamó el médico; vuelve el delirio con mas violencia que nunca.

—Mr. Bachelin, protegedme, murmuró Luizzi; este es un asesinato premeditado.

—Ya lo veis, dijo el notario: está completamente loco.

—Mandadme otro médico, continuaba Luizzi, pues no conozco á este que debe ser un intrigante y un miserable; me hallo en manos de personas que especulan con mi muerte.

—Atadle mas fuerte que antes, decia el doctor, mientras que el baron se defendia lo mejor que le era posible. Al fin, agotadas sus fuerzas, sofocado por la desesperacion, cayó jadeante sobre el lecho.

—Pobre hombre! dijo el notario mirándole; yo que le he visto tan gallardo y tan guapo! Buena herencia ván á cojer los Cremancé.

—Nunca, esclamó Armando; nunca pasarán mis bienes á manos de la familia á que pertenece la infame Mad. de Fantan.

—Adios! ya vuelve á su tema, dijo el doctor; retiraos, caballero, pues la idea de hacer testamento solo sirve para exasperarle mas y mas.

El notario dirigió una mirada compasiva á Luizzi y se retiró llevándose la última esperanza de este desgraciado.

El médico asi que quedó solo, añadió dirigiéndose á Mad. Humbert.

—Y qué efecto han producido esta noche las sanguijuelas y los sinapismos?

—Como ha pasado la noche muy tranquilo no le he aplicado nada.

—Tranquilo? Mucho lo dudo, pues el pulso está mas alterado que nunca. Es preciso que se los apliqueis inmediatamente: ponedle cien sanguijuelas.

—Muy bien, contestó Mad. Humbert.

—Yo volveré á la noche, y veremos como está, añadió el doctor y se marchó en seguida.

Asi que desapareció el médico, se miraron mútuamente los criados, al parecer interrogándose: pero á una señal de Pedro, salieron por su turno y quedó Luizzi solo en la habitacion.

El desgraciado baron se vió solo en presencia de sus reflexiones. Se hallaba entre las manos de un verdugo ignorante que por precision debia matarle con sus remedios, y en poder de unos criados cuyos criminales proyectos habia manifestado sin lograr persuadir á nadie y que tenian interés en que no se restableciera para esquivar el castigo que podia hacer recaer sobre ellos. Luizzi se creia perdido: no tenia medio de pedir amparo á sus amigos, y ademas á quien podia dar este nombre? Sus criados celebraban un conciliábulo en la antecámara para consumar un crimen que ya era indispensable. Qué hacer? qué iba á suceder? á quien dirigirse? al Diablo? Luizzi retrocedió ante la idea de ponerse en relaciones con aquel agente infernal. No era el Diablo quien le habia colocado en aquella situacion? Y si le sacaba de ella ¿no seria tal vez para colocarle en otra peor? Sin embargo, este era su último recurso, y abandonado como se hallaba de todo socorro humano, llamó á Satanás.—Satanás no parecia y Luizzi conoció que hasta aquella esperanza le era vedada. La soberana campanilla se hallaba fuera de su alcance y tan imposible le era hacerse obedecer de su esclavo infernal como de sus criados humanos.

Merced á esta imposibilidad, la esperanza que á falta de otra, habia puesto en Satanás le pareció un recurso seguro que le estaba prohibido, y la deseó con tanto mas ardor cuanto que no podia hacer uso de ella; deploró amargamente el no haber aprovechado los momentos en que sus criados le obedecian para pedirles su talisman y esclamó en un momento de rabia:

—Ah! daria diez años de mi vida por tener en mi poder esa campanilla.

—De veras? dijo el Diablo apareciendo de repente á los pies de la cama.

—Ah! eres tú, Satanás? le preguntó Luizzi; sálvame.

—Y me darás diez años de tu vida?

—No me has quitado ya bastante?

—No tantos como necedades has hecho.

—Tú, infame, tú eres quien me has obligado á hacerlas.

—Obedeciéndote.

—Ocultándome la verdad.

—Diciéndotela. Has de tener entendido, baron, que el que ha hecho este mundo es un hábil artista. Si ha puesto párpados sobre los ojos del hombre, ha sido para que el hombre no ciegue con la claridad del sol. Si le ha hecho ignorante, crédulo y espuesto al error ha sido para que no dejenere en idiota y loco ante la radiante luz de la verdad.

—Si es así, nada tengo que pedirte.

—Eres muy dueño.

—Puedes salvarme del peligro en que me hallo?

—Puedo.

—Pues bien, dame esa campanilla.

—No haré tal; aprovecho la ocasion para ser libre.

—Pues entonces, por qué has venido?

—Porque me has hecho un ofrecimiento ventajoso.

—No quiero llevarle á cabo.

—Eres muy dueño.

—Diez años de mi vida! esclamó Luizzi dolorosamente; nunca!

—De qué te ha servido la vida para que la escatimes tanto?

—Por lo mismo que de nada me ha servido, quiero escatimar lo que me resta.

—Pues bien, en cambio de esa respuesta voy á darte un consejo saludable. Acabas de decir la mejor de las verdades: el hombre escatima la vida segun el buen ó mal uso que de ella ha hecho: cree siempre que mañana alcanzará lo que hoy ha perdido y va tras una cosa que ha dejado siempre tras sí.

—Siempre eres el mismo, Satanás; siempre predicando moral. Veamos el consejo que quieres darme.

—Cásate, dijo el Diablo.

—Casarme! esclamó Luizzi.

—Sí, mi amo; si no te hallaras solo en este instante, no te pasaria lo que te pasa.

—Me tiendes un lazo?

—Te propongo un convenio. Cásate y te curo de valde.

—No seria mal presente una mujer venida de tu mano.

—La elegirás tú y yo no me mezclaré en nada.

—Bien sabes tú que erraré en la eleccion.

—A fé de Satanás te digo que no he pensado en tal cosa, aunque las ventajas estan de mi parte. Eres vano, fragil y rico, y no dudo que darás con una bribona.

—Y qué plazo me señalas?

—Seis meses.

—Y si me caso, qué ventajas hallarás tú?

—Rescato mi libertad, respondió el Diablo sonriéndose: tu mujer te dará bastante que hacer para que no te ocupes mas de mí. Eres orgulloso y la buscarás linda: por consecuencia serás celoso, que es una gran ocupacion. Eres débil, y por consiguiente serás esclavo de todos sus caprichos; y como eres rico, tu mujer tendrá tantos que no podrás perder tiempo conmigo.

—Aprovechas la ocasion, Satanás; si yo tuviera mi campanilla no te atreverias á hablarme de ese modo.

—Ya ves que no soy tan Diablo como se cree, pues obro como un hombre.

—Estoy seguro de que tu consejo es una perfidia.

—San Pablo ha dicho: *Melius est nubere quam uri*, mejor es casarse que arder.

—Pero en resúmen, estoy destinado á morir aquí?

—Quien sabe!

—Eres muy sutil, Satanás, replicó Luizzi riéndose; has caido en tus propias redes: me has pedido diez años de vida y eso prueba que viviré aun diez años.

—Es cierto; pero de qué modo vivirás? Te hallas en poder de un médico que te cree loco.

—Será preciso que crea lo contrario.

—Crees tu que está loca Enriqueta Buré?

—No tal; pero piensas que yo puedo ir á parar á una casa de locos?

—Otros mas cuerdos que tú han muerto en ellas.

—Satanás, tú calumnias á la sociedad.

—Un dia me lo dirás.

—Cuando?

—Tal vez mañana, acaso dentro de diez años; eso depende de tu resolucion.

—Podrás decirme al cabo si la vergonzosa escena que he presenciado esta noche es cierta, ó si es producto de mi delirio?

—Cierto es cuanto has visto, y cierto cuanto has oido.

—Pero eso subleva el corazon, dijo Luizzi.

—Consiste en que estás malo, baron, y en que tienes estragado el gusto.

—Pescador de vicios, te atreves á defenderlos hasta cuando se presentan bajo tan innoble forma? replicó el baron.

—Pche! respondió el Diablo; yo dejo obrar á las personas honradas.

—A las personas honradas? replicó Luizzi.

—A las mejores y á los mas hipócritas, querido mio, respondió el Diablo soplando como si percibiera algun mal olor; lo que hay es que tú has gustado en accion un género de literatura que hará furor durante algunos años.

—En Francia? preguntó Luizzi, en el pueblo mas elegante y mas ilustrado del mundo?

—Sí, mi amo, en el pueblo mas elegante y mas ilustrado. No tardará en crearse un género de literatura consagrado á la historia del palco, de la bohardilla y de la taberna: sus héroes serán porteros, roperos y modistas; el lenguaje será una gerga vergonzosa; las costumbres, vicios de baja esfera, y los retratos, caricaturas estúpidas.

—Y crees tú que se leerán tales obras?

—Las devorarán mujeres altas y bajas, magistrados y dependientes de agentes de cambios.

—Y serán apreciadas esas producciones?

—Yo no he dicho semejante barbaridad. Se hará con ese género de literatura lo que se hace con una ramera, que se la desprecia y se la sigue.

—Es muy diferente.

—Es absolutamente igual, baron: ese es el privilegio de los placeres fáciles. Para hacer el amor á una mujer distinguida, es preciso tener cierta elevacion de corazon y de ideas; es preciso saber hallar la felicidad en una palabra, en una mirada, en un gesto, en alguna cosa delicada y misteriosa, santa y grave; haciendo el amor á una ramera, por el contrario, el placer llega á escape, siempre franco, siempre libre, siempre despechugado; no os molestais en perseguirle, porque se os echa al cuello, os escita, os arrastra, os trastorna. La mañana siguiente, os ruborizais, pero asi que llega la noche comenzais de nuevo. Lo mismo sucede en la literatura: no se dice al primero que llega que se ha leido un mal libro, pero se lee.

—Y crees tú que en esa literatura ocuparán un puesto, escenas semejantes á la que yo he presenciado?

—No dices que vas á imprimir mis memorias?

—Sí, pero ha de figurar en ellas semejante cuadro?

—Qué inconveniente hay? Piensas que yo, hallándome tan distante de la humanidad, encuentre tanta diferencia entre los vicios de un gran señor y los de un palurdo? Crees tú que para aquel que ve desnudo al hombre, sea cosa de importancia el trage con que el hombre cubre sus deformidades? Ya has visto la codicia en su mas baja espresion: quieres verla en lo que se llama el gran mundo?

—Qué entiendes tú por gran mundo?

—Oh! hay en él muchas categorías; pero yo solo encuentro diferentes el trage y el misterio.

—Es decir que hay mas hipocresía en la clase alta que en la baja? Eso se llama un vicio mas.

—Amigo mio, dijo Satanás, la hipocresía bien considerada es el gran vínculo social de la humanidad.

—Sí?

—Escucha baron: si una autoridad imprevisora deja amontonar en las calles de una ciudad invadida por la peste los enfermos y los cadáveres, si deja que el aire se corrompa y las imaginaciones se asusten, es indudable que en poco tiempo alcanzará el azote á las tres cuartas partes de la poblacion; pero si, por el contrario, hace desaparecer las huellas de la enfermedad, si oculta los moribundos en los hospitales y retira inmediatamente los cadáveres, la epidemia se vé reducida á sus propias fuerzas. Con el vicio sucede lo que con la peste. Tiene sus miasmas que corrompen el aire moral, y

son lo que vosotros llamais el mal ejemplo. No condenes, pues, la hipocresía que oculta las llagas de la humanidad:—La hipocresía es la salubridad moral de la sociedad.

—Y qué es entonces la virtud?

—La virtud, mi amo, es la salud.

—Y dónde está?

—Búscala.

—Y cómo podré encontrarla despues de lo que acabas de decirme? Quién me asegura que la hipocresia, esa hábil embustera, no oculte terribles enfermedades?

—No mires el trage, sino lo que hay debajo de él.

—Es decir que tendré que escuchar las historias que tú me cuentes? No he visto en ellas mas que crímenes.

—He sido yo acaso quien ha elegido los asuntos?

—Pero si por casualidad llego á encontrar un ser puro, le mancharás con tus relatos?

—Yo no miento ni calumnio: esa es el arma de los débiles y de los cobardes.

—Puesto que es asi, señor Satanás, puesto que estoy seguro de saber la verdad respecto á toda mujer con quien dé, acepto tu proposicion, pero ha de ser con la condicion de que para hacer mi eleccion he de tener dos años.

—Corriente, dijo el Diablo.

—Convenido?

—Convenido.

—Pues entonces, cúrame.

—No puede ser, respondió Satanás. Yo no toco nunca las cosas materiales de este mundo; muy bien lo sabes.

—Segun eso, me has engañado?

—Eres siempre el mismo; siempre desconfiado, porque eres falso. Dentro de tres semanas estarás tan bueno como yo puedo estarlo.

Y cómo? preguntó Luizzi.

El Diablo habia desaparecido.

XXV.

Una hermosa cura.



Bastante desconcertado se encontró Luizzi con la súbita desaparicion de Satanás; pero tranquilo con sus promesas, consideró su posicion con mas calma y concluyó por conocer que no era tan desesperada como él se habia imaginado, y que el miedo le habia hecho ver mónstruos en los obstáculos que tenia que vencer. Un instante despues, entró Mad. Humbert; pero en lugar de la enorme redoma de sanguijuelas y de la provision de mostaza que Armando esperaba ver en las manos de la enfermera, vió que traia un plato con una taza de caldo y un vaso de buen vino. Ya hemos dicho que Luizzi habia despertado con un terrible apetito: el aspecto del caldo irritó vivamente este apetito y el hambre sugirió al baron la idea de seducir secretamente á Mad. Humbert y de separarla del complot de sus criados; tan cierto es que el talento de la mayor parte de los hombres reside en el estómago. Armando llamó á Mad. Humbert y la dijo:

—Traeis para mí ese escelente almuerzo?

—Para vos, señor: Ah! no, todavia no estais en disposicion de tomar nada.

—Vais á empezar á tratarme otra vez como á un loco?

—Santo Dios! esclamó Mad. Humbert; sé muy bien que estais en vuestro cabal juicio; pero tambien es cierto que no puedo daros de comer. Mi obligacion en cumplir las órdenes del médico.

—No lo dudo, dijo Luizzi; pero vuestro interés no es ese.

—Señor baron, no me guia el interés.

—Tanto peor, porque si quisiérais darme ese caldo, yo os lo pagaria como oro potable.

—Y si llegára á saberlo el doctor Crostencoupe?

—Si se enfadára, le pondria yo en la calle.

—Es decir que me despediria y colocaría á vuestro lado alguna mala enfermera que haria todo lo que él quisiese.

—Teneis razon, Mad. Humbert, no le diré nada. Veamos ese caldo.

Mad. Humbert meneó el caldo con la cuchara y dijo:

—Será preciso decirle tambien que habeis tomado todos los remedios.

—Yo mismo se lo diré. Dadme ese caldo, Mad. Humbert.

La enfermera tomó la taza y se acercó á la cama.

—Pedro y Luis pueden decir al médico que no observais el régimen que os ha impuesto, replicó Mad. Humbert con embarazo, y colocó la taza en el plato.

—Si Pedro y Luis me guardan el secreto, los perdono. Dadme ese caldo.

—Al menos, sorbed poco á poco.

—Bien, bien.

—Esperad que os suelte los brazos.

—Es verdad, Mad. Humbert; sois una mujer escelente.

Luizzi apuró el caldo y se sintió tan fortalecido que volvió la esperanza á su corazon al mismo tiempo que el calor á su estómago.

Al anochecer vino el doctor y preguntó si se habian seguido exactamente sus órdenes.

—Ah, doctor! esclamó Luizzi al verle; he esperimentado hoy una cosa estraña. Figuraos que me parecia que se apartaba de mis ojos un velo. He sufrido horribles picaduras en el pecho, y he sentido un ardiente picor en las piernas.

—Bien! dijo el doctor; han hecho efecto las sanguijuelas y los sinapismos. Y luego?

—Luego, doctor, á medida que aquel dolor se aumentaba, sentia que se me descargaba la cabeza, y despues me pareció salir de un sueño profundo.

—Al fin os habeis salvado, señor baron! esclamó el doctor Crostencoupe. Lo único que ahora hay que hacer es continuar con el mismo régimen: dos-

cientas sanguijuelas mas y quince aplicaciones de sinapismos y os hallais en estado de montar á caballo.

—Asi lo espero, doctor, dijo Luizzi.

—Pero lo que sobre todo os recomiendo es la dieta mas rigurosa.

—Con qué no podré tomar ningun alimento, señor doctor?.

—Ni un vaso de agua azucarada. El mas ligero alimento os acarrearía la muerte.

—La muerte! murmuró Luizzi alarmado.

—La muerte inmediata é instantánea.

—Bah! dijo el baron con ironía.

—Nueva congestion al cerebro, delirio, frenesí, reblandecimiento del cerebelo, amodorramiento y muerte.

—Oh Moliere! pensó Luizzi.

—Me habeis oido bien, Mad. Humbert? añadió el doctor Crostencoupe.

—Sí señor, perfectamente.

—Pues hasta mañana, dijo el doctor, y se marchó.

A la mañana siguiente volvió cargado con una gran caja de pastillas y una botella lacrada que colocó sobre la cama del baron.

—Aquí está, dijo, lo que debe completar vuestra curacion. Tomareis de hora en hora una de estas pastillas y en el intermedio una cucharadita de este licor

—Está muy bien, doctor, lo tomaré todo.

Se fué Mr. Crostencoupe y en seguida Mad. Humbert trajo un caldo á Luizzi que lo tomó con una alegría infantil.

Ocho dias trascurrieron asi, en cuyo tiempo no dejó el doctor de hacer una visita por la mañana y otra por la noche, recomendando el uso esacto de sus píldoras y de su julepe que iba esactamente de hora en hora por la ventana. El baron aseguraba que le iba bien con aquel régimen y no era cosa de variarle.

Al cabo de una semana se atrevió Armando á pedir permiso al doctor para tomar un poco de caldo.

—Caldo! esclamó el doctor, caldo! Quereis destruir el efecto de todos mis cuidados? Caldo! Tomad arsénico y acabareis antes.

—Sabed doctor, replicó Luizzi sonriéndose, que hace ocho dias que estoy tomando caldo.

—Bah! dijo el doctor sin admirarse mucho. Luego reflexionó un poco y añadió:

—Ya caigo: las píldoras y el jarabe han neutralizado el efecto de ese detestable alimento. Me llena de satisfaccion lo que decís: eso prueba únicamente que mis píldoras son aun mas poderosas y eficaces que lo que yo creia.

—Es decir que puedo continuar con el caldo?

—Sí; pero ha de ser mezclándole con bastante cantidad de agua y doblando la dosis de píldoras y jarabe.

—No lo olvidaré, dijo Luizzi.

Apenas se fué el doctor, esclamó Armando con aire triunfante:

—Mad. Humbert, dadme una chuleta y echad cada hora por la ventana dos píldoras y dos cucharadas de jarabe. Es preciso que al doctor le salga la cuenta.

Mr. Crostencoupe volvió á la mañana siguiente y en la seguridad de que el enfermo habia tragado doble racion de píldoras y de jarabe, no pudo menos de admirar la visible mejoria que aquel esperimentaba.

Al fin de otra semana, Luizzi empezó la misma comedía.

—Doctor, dijo, me parece que ya es tiempo de que me permitais tomar una chuleta ó un alon de gallina.

—No puede ser, señor baron. Someter el estómago á una digestion penosa, introducir el desarreglo en las papilas nerviosas del estómago que tan directa relacion tienen con el cerebro, seria renovar el furor de la enfermedad.

—Estais seguro de ello?

—Segurísimo. Si eso está al alcance del practicante mas vulgar; como que es el cristus de la medicina.

—Pues bien: sabed, doctor, que hace ocho dias que me como mi chuleta todas las mañanas.

—Es un prodigio! esclamó Crostencoupe retrocediendo; y qué habeis esperimentado?

—Unicamente un bienestar delicioso.

—Admirable! Ha habido trastorno en las ideas?

—Nada.

—Ni zumbido en los oidos?

—Nada.

—Ni vértigos?

—Nada, nada absolutamente, nada.

—Ah! yo no hubiera creido tal virtud.

—En qué?

—En mis píldoras y mi jarabe. A pesar de vuestra imprudencia casi estais ya curado, baron. Doblad la dosis: cuatro píldoras por hora y dos buenas cucharadas de jarabe.

—Y podré continuar con la chuleta?

—Hum!... no sé qué os diga.

—Son tan eficaces las píldoras!

—Media chuletita.

—El jarabe es tan soberano!

—Vamos, la chuleta entera, dijo el doctor. En seguida tiró de la campanilla y añadió:

—Mad. Humbert, os hago responsable de la vida del señor baron. Le he permitido tomar una chuleta, una chuleta magra, se entiende, y que esté bien pasada. Cuidad que no se falte en lo mas mínimo á mi régimen; ni un bocado de pan mas. Sobre todo, nada de cosas crudas.

—Está bien, señor doctor.

Crostencoupe se fué, y entonces Luizzi tiró la ropa de la cama y saltó de esta esclamando:

—Mad. Humbert, quiero una comida de tres cubiertos, y sobre todo una buena ensalada y alcachofas con salsa bien picante.

—Ah! señor baron, reparad en... dijo la enfermera inclinando la vista ruborizada.

—Vaya, os asusta la sencillez de mi traje? repuso Luizzi. Creo que no es una gran novedad para vos.

—Como! señor baron! murmuró Mad. Humbert con una sonrisa, un movimiento de cabeza y una mirada de felicitacion estraña.

El baron abrazó á la enfermera y Pedro entró en aquel instante, lo cual hizo reflexionar á Luizzi que en la embriaguez de la mejoría se hacia rival de su ayuda de cámara. Armando se creyó humillado y miró con aire imperioso á Pedro.

—Parece, dijo este, que estais ya curado, señor baron.

Se le sirvió la comida y comió admirablemente. Trascurrieron otros ocho dias así, y una mañana, hallándole levantado, le dijo el doctor:

—Vamos, vamos, señor baron, que no dejareis de conocer mi acierto en no permitiros comer mas que una chuletita.

—Hace ocho dias, señor doctor, que me atraco de buenos asados, escelentes guisados y toda clase de ensaladas crudas.

—Admirable! admirable! admirable! esclamó el doctor paseando precipitadamente por la habitacion; es una conclusion admirable para mi memoria. Sí, continuó sacando del bolsillo un manuscrito, aquí teneis una memoria que me va á llenar de gloria y de prosperidad: es la historia de vuestra enfermedad y de vuestra curacion. Mañana mismo la mando á la academia de las Ciencias, que no podrá menos de admirarse al ver los prodigiosos resultados de mi tratamiento en medio de los peligros que la enfermedad se complacia en crear. Haberos curado siguiendo con exactitud mi régimen, nada de particular tenia; pero haber conseguido la cura á pesar de una contínua infraccion del régimen prescrito, es la prueba mas manifiesta del escelentísimo efecto de mis píldoras y de mi jarabe. Mis píldoras y mi jarabe pasarán á la posteridad, señor baron. Píldoras de Crostencoupe, jarabe de Crostencoupe!... Mañana se anuncian en todos los periódicos. Espero que me permitais citar vuestro nombre, señor baron; es el único salario que os pido.

—Podeis hacerlo, doctor, dijo el baron riéndose; tengo deseos de sa-

ber cuál es la opinion de la Academia acerca de ese medicamento.

—Pues en ese caso, señor baron, voy á dar la última mano á mi memoria. Ya tendré el honor de leerosla: tengo la seguridad de hallaros en casa, porque todavia no podeis salir.



—Con que no puedo salir todavia? replicó el baron. Y si tomo ocho píldoras?

—Podeis tomar ocho, pero os prohibo salir.

Asi que se marchó el doctor, abrió Luizzi la ventana y arrojó la caja de las píldoras y todas las botellas, y dijo con voz estentórea:

—Luis, enganchad los caballos.

En seguida, loco de alegria, tocó la campanilla para que acudiese el ayuda de cámara, y apareció el Diablo.

—Quien te ha llamado? le preguntó el baron.

—Tú.

—En efecto, dijo Luizzi, en mi aturdimiento he equivocado la campanila.

—Vamos, preguntó el Diablo, que te parece el médico?

—Yo nunca hubiera creido, respondió Luizzi, que fuese la medicina una cosa tan tonta.

—Tiene razon tu ayuda de cámara: ya estás curado, pues has recobrado tu presuncion.

—Por qué lo dices?

—Te he preguntado tu opinion acerca de tu médico y no acerca de la medicina. La necedad humana es en todo la misma, pues hace siempre estensiva á las cosas la torpeza de los individuos: á la religion la falta de los sacerdotes, á la ley el error de los magistrados, á la ciencia la ignorancia de sus adeptos.

—No lo dudo, replicó Luizzi con impaciencia; pero no tengo ganas de sermones.

—Te agradaria mas una historia?

—Menos aun, se entiende en este momento; no habrás olvidado lo que me has prometido, y si por casualidad encuentro una mujer noble y pura, estás obligado á decirme la verdad tocante á ella.

—Así lo haré.

—Estás bien seguro de poderlo hacer?

—Niño! murmuró el Diablo con una espresion melancólica de envidia. Te parece que yo no conozco á los ángeles? Olvidas que he morado en el cielo?

—Segun eso, una mujer noble y pura es un ángel del cielo. Y dónde podré encontrarla?

—Búscala, respondió el Diablo con ironia; búscala, mi amo, y no olvides que para ello solo tienes dos años.

—No olvides tampoco tú que he recobrado mi talisman.

—Tengo mejor memoria que tú, replicó Satanás, pues he cumplido mi palabra dándote la salud.

—Tú! no te negaste á tomar parte en mi cura?

—Materialmente sí; pero moralmente....

—Y como?

—Con un mal pensamiento: inspirando á Mad. Humbert el proyecto de hacerte perder nuevamente la razon dándote de comer, y conservándote el deseo de desobedecer á tu médico.

—Tú das á todas las cosas una esplicacion horrible. Ya no me acordaba de la infamia de esos lacayos.

—Tú que por un instante de risa prestas el apoyo de tu nombre á un empírico para que venda un veneno público, crees á tus lacayos tan inferiores á tí porque hayan querido perderte por su propio interés?

—Los voy á despedir.

—Baron, baron! dijo Satanás; harás bien en despedirlos porque has llorado en su presencia, y en union de ellos has jugado á tu médico tretas dignas de un chiquillo de la escuela; has jugado con ellos al mas diestro y ya te desprecian.

—El desprecio de mis lacayos, esclamó Luizzi furioso.

—Baron, replicó el Diablo riéndose, ese es siempre el primer desprecio, y muy cerca de él viene el de la sociedad.

—Con que....

El Diablo desapareció echando una mirada burlona al baron. Un cuarto de hora despues se presentó este en un brillante carruage en los Campos Eliseos; hacia un dia de primavera bastante caloroso. Allí encontró á todos sus amigos, unos en carruage y otros á caballo; pero ninguno quiso conocerle. Entre otros, Mad. Marignon que pasó en carretela descubierta con Mr. de Mareuilles, volvió ostensiblemente la cara. Luizzi tornó á su casa furioso y decidido á vengarse. Entonces le ocurrió por primera vez la idea de pedir la lista de las personas que habian ido á preguntar por él. Solo dos nombres encontró en ella: el de Ganguernet y el de Mad. de Marignon.





XXVI.

Un marqués.

Quedó Luizzi aturdido al hallar en la lista aquellos dos nombres, y al ver que eran los únicos que habia en ella; la falta del de Mareuilles le hizo creer que éste tenia parte en la insolente conducta de Mad. Marignon, y buscó un medio de vengarse. El hombre entregado á sí mismo jamás carece de malos pensamientos; el que tiene comercio con Satanás, debe nadar en ellos. Mr. de Mareuilles trataba de casarse con la señorita de Marignon: ¿no habria medio de soplarle la novia? Luizzi se ocupó de esto largo rato; pero el único medio que hallaba para conseguir su intento era presentarse como pretendiente, y á pesar de la necesidad en que se hallaba de casarse en término de dos años, no queria dirigir la vista á una sociedad en que tantos crímenes habia descubierto.

No era la imaginacion el lado brillante de Luizzi, por lo cual es de pre-

sumir que se hallase estacionado en su culpable proyecto sin hallar medio de realizarle, cuando se le anunció la visita de Mr. Ganguernet.

—Ola, señor baron, dijo el chasqueador desde la puerta del salon. Con que habeis estado tan malo? No se os conoce ya, pues os veo tan colorado y tan fresco como una manzana.

—Sí, ya estoy del todo restablecido.

—Vamos, y qué decis de París, querido? Qué ciudad! Cuánta gente en las calles! qué barahunda! París es el pais de los dioses.

—Y tambien de las diosas, no es verdad, señor Ganguernet?

—Querreis decir de las mujeres? Ah baron! las mujeres de aqui no tienen aquel talle y aquellos ojos negros que dicen « *sígueme* » y que son propiedad de las muchachas de Tolosa.

—Y qué os trae á la capital?

—Pues qué, no os lo he dicho ya? Me trae un casamiento.

—Tambien vos? preguntó imprudentemente Luizzi.

—Ola, olá! con que os casais? Y con quién?

—Con una mujer completa. Y vos?

—Yo no he dicho que me caso. Me trae por la capital un casamiento, pero es el de mi señor hijo.

—Vuestro hijo? Nunca he oido hablar de Mad. Ganguernet.

El chasqueador respondió sonriéndose:

—Bien puede uno tener mujer sin haberse casado.

—Siempre el mismo! murmuró el baron con repugnancia; de modo que vuestro hijo lleva un nombre que no le pertenece?

—Dispensad que os diga que le pertenece, pues le ha pagado.

—Cómo! ha comprado un nombre?

—Y no muy caro. Compadre, mi hijo es muy cuco. Conoceis una comedia de Mr. Picard, titulada *El espósito*?

—Sí. Creo haberla visto hace poco tiempo.

—Pues bien: mi señor hijo ha puesto en accion esa comedia. Es un guapo chico que ha desempeñado muchas veces en los teatros de provincia papeles de noble. Lo que es entre las mujeres siempre ha hecho furor. Hallándose sin escriturar, se encaminó á Paris pasando por Tolosa, donde corrimos juntos magníficas bromas. Apenas partió, recibí una carta de un chasqueador amigo mio, militar del tiempo del imperio, que estuvo en Tolosa con el mariscal Soult. Me decia que fuera á divertirme á su posesion de Taillis, cerca de Caen, y me anunciaba que tenia dos sobrinas casaderas, con dos millones de dote.

—Dos millones de dote! esclamó Luizzi.

—Es una historia muy buena, dijo Ganguernet riéndose.

—Lo creo; pero no embrollemos la primera.

—Héla aquí: escribí en seguida á mi señor hijo trasmitiéndole la noticia,

y así que nos entendimos, le dije: tuya será una de las doncellas; vamos á dar un buen chasco á mi amigo Rigot. Solo habia una dificultad, y era, que mi señor hijo se llamaba Gustavo á secas, y Rigot, como es un plebeyo como una loma, debe querer que sus sobrinas se casen con hombres de sangre azul.

—Me admira tal pretension.

—No debe admiraros, continuó Ganguernet; todo el mundo desea elevarse, bien por sí mismo, ó bien por los demas: prueba de ello son las rameras, que dan casi siempre una buena educacion á sus hijas.

—Es esa vuestra opinion? preguntó Luizzi sonriéndose.

Ganguernet infló los carrillos y respondió con tono melo-dramático:

—Como conocen los escollos, saben salvar del naufragio á los demas.

—Puede que sea así; pero cómo ha adquirido ese apellido vnestro hijo?

—Escuchad. Cuando recibió mi carta se hallaba en trato para escriturarse en la Opera cómica, en cuyo teatro hay un ente bastante raro, un gefe de comision de aplausos.

—Los hay en todos los teatros.

—El que yo digo es muy diferente; es sencillamente el marqués de Bridely.

—El marqués de Bridely!

—El menor de los cuatro hijos de ese marqués de Bridely, de quien hablais. En la época de la revolucion se hallaba en un seminario; ahorcó los hábitos, y mientras su padre y sus tres hermanos iban al ejército de Condé, sentó plaza valerosamente en los ejércitos republicanos. Habiendo muerto su padre y sus hermanos, heredó el marquesado de Bridely, pero no heredó mas. Su bravura de leon le valió la cruz en Austerlitz; pero nunca pudo llegar á cabo, por la sencilla razon de que se achispaba cuatro veces á la semana, escepto los dias de batalla. Licenciado en Tolosa en 1815, se dedicó á la profesion de militar antiguo.

—Y qué profesion es esa?

—Qué! no la conoceis? dijo Ganguernet tomando la apostura de un veterano, cuadrándose militarmente y ahuecando la voz: «soy un antiguo soldado del imperio y he visto todas las capitales de Europa, voto á brios! Viva Napoleon! Aquí está un bravo francés, patriota hasta la muerte; he ganado la cruz de la Legion de honor en el campo de batalla, y cuento veinte heridas. Viva el emperador!» Con esto y con una hoja de servicios un poco limpia, ha chupado durante dos ó tres años buenas monedas de diez sueldos con la efigie del emperador á todos los bonapartistas, oficiales, generales, etc., en cuya casa se presentaba.

—Pues es buena la profesion!

—Es muy conocida, repuso Ganguernet. Pero como le faltaron los parro-

quianos, tuvo que emprender otra nueva; ha adoptado la profesion opuesta: gran familia arruinada.

—Tampoco sé que profesion es esa, dijo Luizzi.

Ganguernet tomó un continente desdeñoso y una apostura impertinentemente vanidosa, y continuó con acento nasal:

—«El marques de Bridely! Una adhesion que se cree recompensada con una estéril condecoracion (en este caso, la cinta encarnada de la Legion de honor se convierte en la cinta encarnada de S. Luis). Una fidelidad inviolable á los Borbones, á pesar de su ingratitud.» Y con esto se atrapan á los realistas Napoleones con la efigie de Luis XVIII.

—Y esa profesion ha caducado como la otra por falta de parroquianos?

—Por falta de parroquianos, no; pero ha caducado por el uso. Como nuestro marqués no se dormia en las pajas, agotó á Paris en tres ó cuatro años. Hubiera podido continuar su oficio en provincias; pero necesitaba vivir en Paris, y despues de haber vendido contraseñas en comision, se hizo gefe de comision de aplausos del teatro en que mi hijo queria ajustarse.

—Y al fin, dijo Luizzi, qué es lo que hizo vuestro hijo?

—Apenas recibió mi carta, fué á verse con el marqués y le ofreció mil escudos si se casaba con su portera, le reconocia y le legitimaba. El marqués aceptó, y el hijo de Mr. Amadeo Ceferino Ganguernet y de Mariana Gargablou, hija de Liberto, es al presente conde de Bridely.

—Y es buen mozo vuestro hijo?

—Noble por noble.

—Tiene buenas maneras?

—Es un noble pintiparado, señor baron.

—Cuidado, amigo Ganguernet: antes que te cases...

—Qué!

—Nada, nada. Y cuándo salis para la posesion de vuestro amigo?...

—Mr. Rigot? Dentro de ocho dias, que es el tiempo que necesita el padre de un marqués para hacer el trage de boda á su hijo. Vamos á hacer su fortuna: asi que beba con Rigot, de seguro que le encanta. Su madre ha quedado enferma. El chasco va á ser magnífico.

—En efecto, dijo Luizzi reflexionando.

Luego, viendo que Ganguernet se levantaba, añadió:

—Cómo! os marchais ya?

—Se va haciendo tarde y tengo que ir á buscar á Gustavo á la fonda para que vayamos en seguida al teatro de la puerta de S. Martin, á ver *Los dos forzados*. Nos ha dado billetes el señor marqués.

—Si yo no estuviera tan malo, dijo Luizzi, tal vez nos veriamos allá. He oido hablar mucho de esa comedia.

—Dicen que es buena. Es un forzado, que sabiendo el secreto de uno de sus compañeros, le obliga...

—A darle la mano de su hija, dijo precipitadamente Luizzi.

—No tal, porque la escena pasa el dia de su boda. No porque no se pueda hacer una comedia de lo que decís.

—Y aun mas que una comedia, repuso Luizzi preocupado en sus ideas de venganza.

—Es un hecho que cuando se posee el secreto de alguien se le puede obligar á cuanto se quiera.

—Teneis razon, respondió Luizzi: volved á verme mañana temprano.

—Pues hasta mañana.

—Dispensadme que no vaya á vuestra casa, porque no salgo como no sea con mil precauciones.

Se retiró Ganguernet, y Luizzi, apenas se vió solo, agitó la campanilla, y apareció el Diablo vestido de negro con una gran cartera bajo el brazo.

—De dónde vienes? le preguntó Armando.

—Vengo de preparar un casamiento cuyo resultado sabrás quizá algun dia.

—Es el mio?

—Ya te he dicho que no me mezclaré en ese asunto, como no sea para decirte lo que me preguntes.

—Supongo que sabrás con qué objeto te he llamado.

—Lo sé, respondió Satanás, y te doy mi aprobacion. Al fin comprendes el mundo, pues le das mal por mal.

—No admito lecciones, replicó Luizzi; hago lo que me dá la gana.

El Diablo se sonrió con desprecio.

—Esclavo! esclamó el baron.

Satanás soltó una carcajada.

El baron agitó la campanilla y calló el Diablo.

—Quiero saber la historia de Mad. de Marignon.

—Ahora mismo?

—Ahora mismo, y sin comentarios.

—Estás seguro de no hacerlos? El mundo, mi amo, es pequeño para quien le vé desde lo alto, y tú no preves lo que vas á saber.

—Horrores todavia, no es verdad?

—Tal vez.

—Crímenes?

—Me tomas por un melodramaturgo?

—Al menos, debes ser el Apolo de esos señores.

—Yo soy el rey del mal, baron; lo malo lo dejo para el talento humano.

—Harias un buen literato, porque posees la cualidad principal para serlo; la vanidad.

—Mi vanidad se funda en no hacer nada bueno; funden en eso la suya los dramaturgos, y esten seguros de que la justificarán tan bien como yo.

—Satanás, eres muy discreto.

—Eso prueba que no soy autor de melodramas.

—Basta ya de eso, replicó Luizzi. Empecemos.

—Escucha, dijo Satanás.

Y comenzó su relato.



XXVII.

Mad. de Marignon.



Es hija de cierta Mad. Beru. Para conocer á la hija es preciso conocer á la madre. Mad. Beru era mujer de Mr. Buré. Para conocer á la mujer es preciso conocer al marido. Mr. Beru, violinista de la Opera, era hombre de mucho talento. En 1772, cuando el músico no comia, era porque no tenia un sueldo. Unas veces se reia de su miseria y rabiaba las mas; pero no se ataviaba nunca con el trage de víctima orgullosa. El arte, Dios invisible que todos nuestros grandes hombres crean á su imágen, carecia aun de religion y mártires. Beru era un gran violinista, y habia empleado muchos años en correr las calles con el instrumento á cuestas sin inventar un genio

de alas flamígeras que suspendiera su pensamiento mas alto que el lodo de los arroyos que él hollaba con zapatos agujereados. Beru llevaba una levita rota, y no un magnífico harapo. Su violin era su violin y su gana-pan, y no la voz divina por cuyo medio confiaba su alma á la multitud: no el alimento inmortal que le nutria con un rayo de armonía robado al concierto de los ángeles.

Si la peluca de Beru estaba desordenada, no era que el delirio la hubiese desmelenado; era que el peluquero de la esquina no la habia arreglado competentemente. Beru decia con franqueza: «Yo soy el primer violinista de la época,» pero hubiera mirado con ojos de idiota al que le hubiera dicho: Tú eres uno de esos seres privilegiados á quienes Dios ha confiado una de las palabras del gran misterio! y cuando esa palabra armoniosa canta y llora obediente y esclava sobre las cuerdas de tu instrumento, te escuchan asombrados los hombres, y las mujeres sienten latir su corazon, porque tú despiertas entonces uno de esos ecos eternales que murmuran á nuestro oido siempre que el genio, voz del cielo desterrada á este mundo, nos hable en un lenguaje que nos encanta y no nos es dado comprender.» Si á Beru se le hubiera dicho esto, no lo hubiera entendido. Sin embargo, para no haber convertido su talento en Pílades metafísico é imaginario de un Orestes vivo, y malhumorado, no dejaba de poseer una gran conciencia de su mérito. Cuando se hablaba de música, Beru era charlatan, elocuente, colérico, punzante, desapiadado. A fuer de glukista, trataba á Paccini de bellaco, de pícaron, de ladron; en fin, reunia todas las estravagancias propias de la pæsion musical. Era un músico verdaderamente grande, y la mejor prueba de ello es que su talento habia resistido al triunfo, despues de resistir á la miseria.

Beru se habia casado por los años de 1770 con la señorita Finon, dueña de una casa á donde solian ir á cenar y á jugar los jóvenes mas distinguidos de la córte. La Finon era, en aquella época, una mujer de treinta años que cifraba toda su dicha en el trato de hombres de mundo, en una mesa bien servida y en ricos y lujosos trages: *in principio*, se habia servido de su belleza personal para proporcionarse esta ventura. Despues, como mujer de talento que sabe tener resignacion, habia especulado con la belleza agena para atender á la conservacion de su casa, cuyos gastos no alcanzaba á cubrir su persona. Sin embargo, á fin de no atraerse las miradas de la policía, habia creido prudentemente casarse con un hombre que la proporcionase un estado legal. La eleccion no era muy fácil, porque se trataba de buscar un hombre, no solo que aceptase la situacion equívoca de la casa, sino tambien que se curase poco de las galanterías personales dirigidas á su mujer, porque si bien la Finon no era el ídolo de los comerciantes viejos ni de los marqueses jóvenes, se las componia, ya de un modo ya de otro, con algunos buenos subarrendadores que pagaban las cuentas de los proveedores de la casa, ó con

algunos caballeros de San Luis, tan nobles como raidos, que la acompañaban al teatro ó la daban el brazo en paseo.

Oyó hablar de Beru, violinista que ganaba mil doscientos francos al año, á quien todos los grandes señores conocian desde larga fecha con motivo de haber tocado no pocas veces en sus casas. Firion consideró que aquel hombre no espantaria en la suya, y que no seria difícil arreglarse con él por poco dócil que fuese su carácter.

Llamóle, pues, á su casa, y en cuanto le vió juzgó que le convenia en todos conceptos. Beru escuchó con una indiferencia sublime cuantas chanzonetas originó su figura; comió y bebió con una intrepidéz invencible, y al fin de la cena se encontró tan borracho que fué preciso acostarle.

Dos dias despues se hallaba casado Mr. Beru. Este gran suceso solo afectó á su esterior: su mujer le proporcionó un sastre y un peluquero, y le dejó los mil doscientos francos de sueldo para que los gastase á su gusto. Hecho el casamiento, continuaron las cosas como antes: la casa siguió siendo el punto de reunion de las mujeres de moda y de los hombres mas ricos y nobles. Por lo que hace á Mr. Beru, la noche que habia funcion iba á tocar el violin al teatro de la Opera, y cuando no la habia, iba á pasar el rato al café de Procope. Sus compañeros le dirigian frecuentes chanzonetas acerca de su mujer, pero él se hacia el sordo; nunca quiso proporcionar á sus envidiosos el placer de darse por entendido, y de este modo continuó emborrachándose y tocando el violin.

La vena epigramática de los mas burlones, se habia agotado ya al cabo de algunos meses; pero Beru fue declarado padre legal de una niña que nació al año de su casamiento, y con este motivo se fijó en el tubo de la chimenea del café de Procope un epigrama concebido en los términos siguientes:

Cuéntase por cosa fija
que ayer á Beru su esposa
dijo triunfante y gozosa:
—Sabes que tienes una hija?
—Una hija yo!...¡Que placer!
(esclamó el pobre marido)
¡Una hija!... Y es su apellido?
—El tuyo. Cuál ha de ser?
—Y es noble, ó plebeya, di?
—Plebeya como tú, es claro.
—Una hija!... ¡caso mas raro!
Y á quien se la debo?—A mí.

Beru al entrar al café, hizo lo que todos: se dirigió á la chimenea y leyó de cabo á rabo el epígrama, acariciando con la mano el tubo caliente en que

se habia fijado la cuartilla de papel. En su rostro no apareció la menor emocion. Tomó el sombrero que habia colocado sobre el mármol de la chimenea y su baston que habia arrimado á una silla, y se dirigió tarareando á la mesa donde acostumbraba colocarse. Uno de los concurrentes, disgustado al ver tan cínica apatía, le dijo en alta voz:



—Eh Mr. Bern, no habeis leido alguna cosa interesante en el tubo de la chimenea?

—Amigo mio, no sé leer, respondió Beru con una calma admirable.

—Pero sabreis oir, repuso el concurrente; voy á deciros lo que allí hay escrito.

Beru apoyó los codos en la mesa como para escuchar mejor, y el otro declamó lo mas pomposamente que pudo los doce pésimos versos que acabo de citar.

—Ya, con que eso está sobre la chimenea? dijo Beru echando una mirada casi amenazadora á su interlocutor.

—Sí, respondió éste, colocándose en la actitud del hombre que espera verse acometido por otro.

—Bien, dijo Beru apurando un vaso de licor que tenia empezado, si está, que esté.

—Pero será posible que haya tales maridos? esclamó Luizzi interrumpiendo al Diablo.

—Los hay, mi amo, y aun mas pacientes que Beru, créeme. Si yo fuera diputado haria redactar del modo siguiente las disposiciones relativas á ascensos de empleados: «una tercera parte de los destinos se darán á la ancianidad (es decir, á la incapacidad); otra tercera parte, al favor (es decir, á la corrupcion); y los restantes, á las mujeres (es decir, á los cornudos.)»

—Bien servida estaria la nacion!

—Pues asi ni mas ni menos lo está; lo que no está escrito en las leyes lo está en las costumbres, y asi vá todo bien.

—Vaya, vaya, volvamos á Beru.

El Diablo continuó:

—La serenidad de Beru era invencible; asi pues, hecha aquella solemne prueba, cesaron las burlas y los epígramas, y todo continuaba bajo el mismo pié, escepto el aumento que habia recibido la familia con el nacimiento de una niña. A esta niña se la habia puesto por nombre Olivia y crecia olvidada en el comedor y en el salon, escuchando á la vez las teorías de la bribonería doméstica emitidas en la gerga de los lacayos, y las teorías de corrupcion galante deducidas en los términos de un precioso libertinage. Tenia ya diez años y no sabia leer ni escribir; pero en cambio, halagada sin cesar por hombres de gran tono y acostumbrada á jugar en un salon donde se reunian las mas altas notabilidades del vicio elegante, sabia charlar muy bien y hablaba de todo con mucha gracia; sus dichos, como reminiscencias de comedor, eran agudos y picantes y alcanzaban un éxito asombroso en el salon.

En esta época ocurrieron grandes sucesos en casa de Mad. Beru.

El músico murió de una indigestion acompañada de apoplegía, y su mujer fué atacada de las viruelas. La Finon dejó en esta enfermedad los restos de una hermosura que habia ocupado á todo Paris, ó mas bien que se habia ocupado de todo Paris. Entonces Mad. Beru se volvió á su hija y

echando de ver que debia ser una jóven encantadora, pensó en su educacion. Solo aprendió Olivia dos cosas: ortografía y música; la música para hacer oir la voz mas hermosa del mundo, y la ortografía, para lucir en el papel las frases delicadamente trabajadas que habia aprendido en el salon de su madre.

En mi concepto, Olivia sabia cuanto debe saber una mujer, pues á las dos habilidades de que acabo de hablar, reunia la de vestir muy bien y andar divinamente. Uno de los defectos mayores de las mujeres de nuestro tiempo consiste en no saber andar : la mayor parte de ellas se arrastran negligentemente imaginándose que el sentar dolorosamente en el suelo los pies es prueba de que solo estan acostumbradas á ricas alfombras y ligeros carruages. Las mujeres no saben lo que se pescan : una de sus principales gracias consiste en un andar desembarazado, recto y algo precipitado.

Solo andando así se pueden lucir esos movimientos de cabeza repentinos y decididos que tanto agradan en un encuentro inesperado, así como esos saludos que consisten en una ligera inclinacion de la parte superior del cuerpo, y que la rapidez del paso no permite hacer mas profundos, y por consiguiente mas torpes y ceremoniosos; andando así solamente se pueden dirigir, sin pecar en desenvoltura, esas miradas que parten y brillan como el relámpago y que, como el relámpago, solo tienen la duracion de un instante; esas miradas, en fin, que os deslumbran y os hacen volver la cara como si alguien hubiese tropezado en vuestro corazon. Las mujeres del dia ignoran todo esto; ahora son de moda las inflexiones negligentes de cabeza, los movimientos fatigados del cuerpo y la mirada medio velada que se fija en otra mirada desde lejos. Así pues, entre nosotros solo hay historias de pasiones vírgenes, deshojadas y frias, en vez de esas verdes historias de aventuras amorosas que se verifican en veinte y cuatro horas como las comedias clásicas. Es causa ó resultado de vuestra literatura el aire de las mujeres? Cuestion es esta que yo no puedo resolver; pero en lo que se debe convenir es en que hay entre ambas cosas una concomitancia muy notable.

Olivia era pues una mujer completa, porque tenia talento, sabia la música perfectamente, vestia muy bien y andaba con suma gracia. Lo único que la naturaleza la habia negado era ese tipo de originalidad que necesitan las riquezas; pero felizmente para ella, habia suplido esta falta su mala educacion. Así pues, Olivia, viva, buena, de talento, sin mas defecto que el de la debilidad, hubiera carecido de ese atractivo picante é inesperado que aguijona á la pasion y la conduce al delirio sin esos repentinos tránsitos del tono mas delicado á la espresion mas grotesca. Esta habilidad habia impreso en ella un sello particular que, á los ojos del observador concienzudo, esplica mejor que su perfecta hermosura y su verdadero talento los prodigiosos triunfos que alcanzaba.

Olivia cumplia los quince años el 1.° de marzo de 1785.

Era alta y delgada; su pecho era ancho, poco prominente, en fin, era

todavia el pecho de una niña; sus brazos eran delgados, su mano y sus pies pequeños, su pierna delgada por el tobillo; su rostro aguileño y casi descolorido. Conocíase que era una de esas mujeres destinadas á figurar por su hermosura, pero que tardan en desarrollarse en todo su esplendor, porque la naturaleza, lo mismo que el hombre, necesita tiempo para producir una cosa completa.

Aquel dia habia gran cena en casa de Mad. Beru, que habia hecho gastos estraordinarios con objeto de celebrar el aniversario del nacimiento de su hija. Los convidados eran doce, y todos flor y nata de los parroquianos de la casa. La cena fué escelente, cena de dignos libertinos. Se contaron las aventuras, falsas ó verdaderas, de las mujeres mas distinguidas de la corte ó del alto comercio, y fueron inmolados á los pies de una jóven de quince años, destinada á ser cortesana, los nombres mas venerados y las reputaciones mas preclaras; se enseñó á aquella jóven el modo de engañar á un esposo, y, lo que es mas divertido aun, el modo de tener dos amantes; se la enseñó de tal modo á despreciar á las personas honradas, que casi debió tener por un beneficio moral el no rozarse con ellas. Cuando se hubieron desocupado hasta la embriaguez las botellas y los corazones, el marqués de Billanville, maestre de campo del rey, que habia desempeñado con acierto varias embajadas, hizo una seña á la Beru para que hiciese retirar á su hija. La Beru le obedeció á pesar de las protestas y las instancias de otros convidados, y volvió sola un momento despues. Entonces se levantó el marqués, y tomando la actitud del orador que va á arengar á la asamblea, pronunció el discursito siguiente:

Señores:

Voy á proponeros un tratado que aprobareis si sois razonables.

—Oigamos, oigamos, dijeron todos.

Acabais de admirar á la hija de Mad. Beru, de la buena Mad. Beru, á quien suplico tenga la bondad de escucharme con atencion, porque en esta ocasion me dirijo sobre todo á su ternura maternal, que es la que debe ayudarme en mi proyecto. Olivia tiene quince años, hermosa edad, señores, en que la mujer pertenece al amor. Sin embargo, si me creeis, no la haremos pagar aun esta deuda: la concederemos un plazo de un año.

—Qué quiere decir eso? preguntaron de todas partes.

—Quiere decir, que cuanto mas sazonada esté la flor, mas dulce será el cogerla.

—Eso es abominable, esclamó Luizzi; eso es el vicio desenmascarado.

—Hé ahí todo el mal, repuso el Diablo. Ya te he dicho que la hipocresía es el gran vínculo de la sociedad.

—Tienes razon, dijo Luizzi encogiéndose de hombros. Contigo sucede lo que con una bota bien llena: en cuanto se hace la menor abertura, sale con ímpetu el líquido. Yo no te creia tan lleno de pedantería, pues saltas á

la menor interrupcion. Por fuerza te tuvo presente La Fontaine cuando escribió la fábula *El dómine y el discípulo*. (1)

Detúvoso Luizzi, y viendo que el Diablo callaba, le dijo:

—Vamos, qué haces?

—Estoy viéndote poner en accion esa fábula.

Luizzi se mordió los labios y añadió con despecho:

—Continúa.

El Diablo continuó:

—Quiero decir, añadió el marqués, que ninguno de nosotros debe procurar la posesion de Olivia hasta que trascurra un año. Durante ese año seremos dueños de procurar agradarla, pero sin pasar adelante. Empeñemos nuestro honor en respetarla durante un año, al fin del cual se abrirá la lid, y dichoso el que logre el premio, porque obtendrá la hermosura mas perfecta y acabada de la tierra.

—Y quién sabe, marqués, replicó el vizconde de Asimbret, quién sabe dónde estaré yo dentro de un año? Solo Dios puede saberlo, y yo por mi parte no soy de vuestra opinion. Ademas, que mientras nosotros nos tendriamos que contentar con ver á Olivia, podria soplárnosla alguno que no fuese de la sociedad. Yo mañana mismo entro en campaña.

—Señores, señores, dijo la Beru con toda la dignidad de una mujer fea: sin duda olvidais delante de quién estais hablando.

—Al contrario, respondió el marques de Billanville, porque sé que sois muy razonable, creo que sereis de mi opinion.

—Quiá! replicó el vizconde, mi Beru no quiere esperar, y no esperará porque no tiene un sueldo; sé cual es el estado de su bolsa. Yo la ofrezco cien mil libras al contado.

—Ja, ja, ja! Cien mil libras! vaya un dinero! dijo un hombre grueso que no habia hablado hasta entonces. Yo doy quinientas mil.

—Al contado? preguntó la Beru dejándose dominar por la oferta.

El gordo, que era un subarrendador del alfolí, calló un instante, y luego respondió:

—Los daré dentro de un año, porque yo soy de la opinion del marques: conviene esperar.

—Tú, Liberto, tú, costal de escudos, quieres esperar? dijo el vizconde.

—Liberto! esclamó Luizzi; yo conozco ese nombre. No es...?

El Diablo no oyó la interrupcion de Armando, ó mas bien no quiso oirla, y continuó refiriendo el apóstrofe del vizconde que terminaba así:

—Cállate, Liberto: lo que tú tratas es de hacer tiempo para que se muera tu mujer, que te sacaria los ojos si supiera que tenias una querida decente.

(1) *Le pedant et l' ecolier.*

Tan bueno es el médico que la has proporcionado, que esperas que concluya con ella antes de un año?

—Somos dos los que estamos por el emplazamiento, dijo el marqués; el abate debe ser tambien de nuestro partido, porque no puede poseer á Olivia hasta que haya conseguido la mitra.

—Es cierto; estoy por el emplazamiento, contestó el abate.

—Pues bien, yo tambien acepto, dijo el vizconde; pero ha de ser con una condicion. Oid: ese panzudo de Liberto nos quitará á Olivia; estoy persuadido de ello. No es verdad, Finon? como que te ha comprado seis veces lo que tú querias. No hay cualidad, ni nombre, ni ventaja, ni talento que pueda luchar con los escudos de ese panza de oro. Propongo, pues, que depositemos cada uno en poder de un notario cien mil libras, que hacen un millon doscientas mil libras, puesto que somos doce. Esta suma será de Olivia con la condicion de que ha de escoger uno de nosotros. De este modo podemos ofrecerla todos un millon doscientas mil libras. Que os parece?

—Bien, bien, aprobado, respondieron todos.

—Aprobado, aprobado, esclamó el subarrendador con aire de liberalidad.

—Muy bien, señor talegas! dijo el vizconde; pero ha de ser con condicion de que nadie ha de añadir un escudo á la suma convenida, y de que has de llevar cien palos si ofreces un liard mas.

—Entonces me retiro, respondió Liberto.

—Nada de eso, replicó el consejero; lo que se dé de mas irá á la masa general, y las ventajas serán comunes.

—Pues bien, dijo el subarrendador: prometo no dar mas que vosotros, y estoy seguro de que la chica será mia.

—Si no la consigo yo, me alegraré que la consigas tú, repuso el vizconde, porque te los pone el dia siguiente.

—Eso ya lo veremos, contestó el subarrendador.

—Estoy segurísimo, dijo el vizconde. Ea! á la salud de Olivia. Oye, Madama Beru, para que no te veas apurada de metálico, te se entregarán mes por mes los réditos del millon y doscientas mil libras.

La Beru, contentísima con este convenio, hizo con la cabeza una seña de aceptacion.

—Y si muere uno de nosotros? preguntó el subarrendador.

—Mejor para los demas, señor calculista.

—Ese es un fondo vitalicio.

—Tienes razon, Mad. Beru. Tráenos acá á Olivia.

Iba á levantarse la Beru cuando se presentó Olivia, y dijo con tono infantil:

—Mamá, me tratais como á una chiquilla; tengo ya quince años, y no sé por qué no me habeis dejado estar aqui hasta la conclusion de la cena.

—Perdonad, señorita, replicó el consejero con tono doctoral; teníamos

que hablar de un asunto muy grave, y os hubiérais fastidiado.... Teneis tanto talento!

—Bravo! esclamó el vizconde; ya empieza la lid. Olivia, si te echas algun dia un amante, desconfia de la gente de toga.

—Y no creais á la gente de espada.

—Por qué? preguntó Olivia.

—Porque si una buena chica quiere tener dos amantes, respondió riéndose el hombre gordo, los militares los matan y los togados los encierran en la cárcel.

—En tanto que los buenos arrendadores sufren con paciencia, no es verdad? replicó el consejero.

—Yo mas quiero sacar el cincuenta por ciento de un negocio que no perderlo todo.

—Por eso sin duda, dijo el vizconde, no has sacado de tu mujer mas que el uno por ciento.

—Justamente, contestó Liberto. En las malas operaciones me intereso lo menos que puedo.

—Ira de Dios! esclamó el vizconde; me recuerdas al pobre Beru, solo que aquel tenia talento.

La cena continuó por este estilo. Olivia contemplaba á los convidados con una curiosidad tan atenta, que debia encerrar un interés oculto.

Olivia habia oido la conversacion de los buenos amigos de su madre. La jóven se hallaba mas adelantada que lo que se creia: era ya una muchacha formada, y la mejor prueba que de ello puedo darte es que en seguida pensó en el modo de engañar á todos sus pretendientes. Rodeada como se veia por los celosos cuidados de los doce asociados, la hubiera sido dificil conseguirlo si hubiera tratado de dirigirse á un hombre de la misma clase que aquellos; pero mientras observa á unos y otros, Olivia dirigió la vista á otra parte, y halló la ocasion que deseaba bajo la forma de su maestro de piano.

Era este un mozo de treinta años, bien entallado, de buena pierna, de dientes bien conservados, y que representaba bastante bien á un amante. Olivia se decidió á amarle. Pero habia en el fondo de aquel hombre una naturaleza tan grosera, que la jóven no lo hubiera conseguido sin la ayuda de su madre. En efecto, Mad. Beru habia notado el esmero con que su hija se ataviaba cuando esperaba al maestro de música, y se puso de centinela. Mr. Bricoin halló todo el atractivo del fruto prohibido. La sangre de Eva, mi primera querida, habló en Olivia.

—Cómo! Con que Eva!... esclamó Luizzi.

—Se los puso á su marido como las demas mujeres. Cain era mio... respondió el Diablo. En seguida continuó:

—Olivia, que sentia hacia ya algunos dias no hallar á Bricoin insoportable, le contempló de pronto bajo el aspecto mas seductor. Aunque Bricoin

no hubiese sido un enorme fátuo, hubiera notado la aficion de la jóven; se veia adorado, y, á pesar de la hermosura de Olivia, tuvo la impudencia de hacerse desear, porque la jóven le deseó. Olivia se vió muy pronto locamente enamorada del maestro de piano. Al fin hubo una tierna declaracion, y fué burlada la vigilancia de Mad. Beru.

Ocho dias despues habia desaparecido la ilusion de Olivia. Rodeada todas las noches de hombres que prestaban al vicio las formas mas elegantes, y cuyo carácter risueño la prodigaba esa lisonjera adoracion consagrada por el libertinage á la hermosura, estableció una enojosa comparacion entre aquellos á quienes habia querido engañar y aquel por quien los habia engañado. Bricoin era el verdadero amante de la mujer perdida: déspota, brutal, injuriándola y amenazándola cada instante con descubrir el secreto de Olivia cuando esta no se prestaba á todos sus caprichos, la vida empezó á ser un suplicio para la pobre jóven, inocente de corazon y deprabada de espíritu, que no cesaba de repetirse:

—Tendré amantes, pero nunca volveré á amar.

Asi transcurrió el año fatal, y cuando una noche, semejante á la que he mencionado, se vió precisada Olivia á elegir uno de los doce pretendientes, la hermosa jóven se levantó y dijo con voz firme:

Escojo al subarrendador.

—Antes de dos dias, esclamó el barrigudo, tendrás, reina mia, uno de los palacios mas bellos de París.

Todos quedaron mudos de sorpresa; el vizconde calló tambien, pero aquella misma noche se acercó á Olivia y la dijo:

—Yo no puedo creer que has escogido por codicia á ese bola dorada: á tu edad no se procede así. Por fuerza ocultas otra idea. Si has escogido por amante á un imbécil, es por que tienes otro amante que ocultar.

Olivia, apurada por el vizconde, se lo confesó todo.

Ocho dias despues, cuando Bricoin fue á dar leccion á Olivia á su nueva casa, en vez de encontrar al subarrendador, se encontró con el vizconde. Bricoin se alborotó y prometió decírselo todo al Mendoro; el vizconde cogió un baston y se le rompió en las costillas diciéndole:

—Esto es para advertirte que no parezcas por aqui mas. En cuanto á tus amenazas, si llegas á decir una palabra te corto las orejas.

Poco tiempo despues encontró el vizconde al subarrendador, y le dijo:

—Ola, becerro de oro: ¿Como os vá con la Olivia?

—Hum!... mucho me temo que se haya burlado de nosotros la Beru.

—Te aseguro, dijo el vizconde jugando con la espada, te aseguro que Olivia se burla de tí.

XXVIII.

Un noble de nuevo cuño.



qui llegaba Satanás cuando Luizzi oyó llamar á la puerta.

—Quien es? preguntó con impaciencia.

—Señor, respondió Pedro, son Mr. Ganguernet y el Sr. Marques de Bridely.

Luizzi vaciló un instante, y dijo sin abrir la puerta:

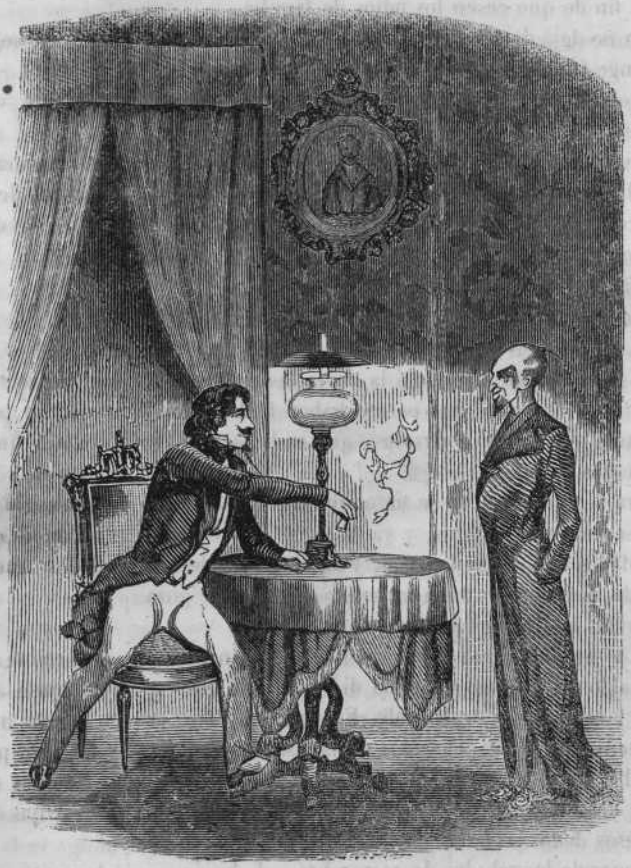
—Decidles que tengan la bondad de esperar un momento; voy á recibirlos.

—No tenias tanta prisa de saber la historia de Mad. de Marignon? le preguntó Satanás.

—Me parece, respondió Luizzi, que la sabré mejor aun despues que haya conversado un instante con Ganguernet. Hay cierta interrupcion á la que

tú no has respondido, y que tal vez podrá esplicarme ese hombre. Sin embargo, no te alejes.

Al decir esto, miró Luizzi al Diablo. Su trage negro y su cartera habian desaparecido. Se hallaba vestido con una larga bata de seda, y calzaba ba-



buchas; solo un mechon de pelo pendia de la coronilla de su cabeza, y se mondaba los dientes con la uña de su pulido dedo.

—Vas á un baile de máscaras? le preguntó el baron.

—No, voy á la China, y vuelvo al instante.

—A la China! esclamó Luizzi estupefacto. Y qué vas á hacer allí?

—Voy á arreglar otro matrimonio; no estamos en viernes?

—Dia desgraciado, dijo Luizzi.

—Es decir, dia de Venus, repuso el Diablo.

—Y qué clase de matrimonio es el que vas á hacer?

—Voy á inducir á un mandarin á que se case con la hija de su mortal enemigo, á fin de que cesen los odios de familia.

—Eso no deja de ser bien estraño en tí, dijo Luizzi; pero lo conseguirás?

—Tengo fundadas esperanzas; los resultados deben ser grandes.

—El olvido del odio es casi una virtud; no comprendo por qué vas tú á aplacarle.

—Quiero decir que espero llevarle á su mayor desarrollo. Nacerán diez hijos del matrimonio que voy á arreglar; cinco tomarán el partido del padre y los otros cinco el de la madre; de esto resultarán disputas, revueltas y fraticidios.

—Infame! dijo el baron.

—Pues no te parecia tan bueno hace un instante?

—No conseguirás tu objeto, así lo espero.

—Ya ha mandado el novio á la novia los presentes de costumbre.

—Sí? dijo el baron; me parece haber leido en un libro escrito por uno de nuestros mas sábios geógrafos, que es la familia de la novia la que hace los presentes.

—Para ser un sábio no se ha equivocado mucho ese geógrafo; al menos hay presentes en el asunto, y ya es algo. Teneis tantos académicos que ponen ciudades donde hay lagunas, y desiertos donde hay ciudades, que el que has citado merece muy bien la reputacion de que goza.

—Olvidas que te voy á llamar muy pronto?

—Ya te he dicho que voy corriendo á Pekin y vuelvo al instante.

El Diablo desapareció y Luizzi dió órden de que se introdujese á Ganguernet y al marqués de Bridely. Este nuevo señor era en efecto un bello jóven: tenia los dedos colocados en la sisa de su chaleco, y hubiera parecido un hombre de distincion á no ser por su rizado tupé, los botones de diamante, y las cadenas de oro que ocultaban su camisa y las sortijas de que sus gruesos dedos se hallaban sobrecargados.

Despues de los saludos de costumbre, el baron se vió bastante embarazado no sabiendo cómo hacer girar la conversacion sobre el asunto que le moviera á recibir á Ganguernet, pues ignoraba si Gustavo sabia que conocía su secreto. Sin embargo, no era cosa de retroceder: así pues, avanzando á salga lo que saliere, dijo á Gustavo:

—Conque estais enteramente decidido á dejar el teatro?

—Si, señor baron; respondió el conde de nuevo cuño pasando sus dedos perfumados por el hueco de sus rizos; qué quereis que haga en el teatro un hombre de algun talento?

—Creo que en él hay puesto para todos.

—Lo creo, respondió Gustavo meneándose en su asiento; lo creo, porque no hay talento ninguno en el teatro; pero estan de moda las medianías, y yo no soy bastante intrigante para derribarlas.

—Me parece tambien que el público es un juez que clasifica mejor que la intriga los verdaderos talentos.

—Para eso, señor baron, era preciso que el público los conociera.

—Sin embargo, los empresarios tienen interés en contratarlos.

—Y qué, los conocen acaso? El talento que mas estiman los empresarios es el de la lisonja; además, es insufrible la envidia de ciertos individuos que desempeñan los primeros empleos. Hace ocho dias, antes de recobrar á mi padre... porque ya sabreis que he tenido la dicha de recobrar á mi padre el marqués de Bridely?

—Sí... sí... respondió Luizzi mirando á Ganguernet, que soltó una gran risotada.

—Como os decia, señor baron, fuí á ver al empresario de la Opera cómica. Hallábase bastante embarazado, porque era domingo, y el primer tenor no queria trabajar aquella noche, lo cual le costaba cuatro mil francos. Mientras discutíamos las cláusulas de mi contrata, envió al médico á la habitacion del tenor para que certificase del buen estado de su salud... no digo de su voz, porque hace tiempo que ha ido á los incurables. Nos hallábamos á punto de concluir, cuando el director vino á decir que el primer tenor se prestaba á cantar en una pieza en un acto.

—Vamos, dije yo, sabe que estoy yo aquí.

—Es imposible que os haya visto entrar, caballero, repuso el director.

—Pues bien, le pregunté: quereis que yo le haga trabajar?

—Ya lo creo, respondió el empresario; me hariais un gran servicio.

—Pues entonces decidle que tenga la bondad de venir acá.

En efecto, el tenor llegó con aire de mal humor. Yo me hallaba á un estremo de la habitacion.

—No puedo cantar, dijo, porque estoy fatigado y enfermo.

Yo no hice la menor observacion, pero comencé un diapason desde el *ut* bajo al *ut* agudo: *do re mi fa sol la si do re mi fa sol la si do do do*, con una suspension bastante esmerada; el tenor me miró y dijo al director:

—Cantaré mañana en las piezas que querais.

—Eso es verdaderamente maravilloso, esclamó Luizzi.

—Ahora bien, señor baron; creereis que un momento despues el bribon del empresario, cuando acababa de darle cuatro mil francos con un diapason, me negó un ajuste de mil escudos?

—Lo comprendo muy bien, respondió Luizzi, que tenia todavia el oido desollado con el diapason de Gustavo.

—La cosa es muy sencilla, dijo éste; el empresario es esclavo de ese miserable tenor.

—Es de creer, contestó Luizzi; pero se me habia olvidado preguntar á Mr. Ganguernet á qué debo la honra de esta nueva visita.

—En primer lugar, dijo Ganguernet, á mi deseo de presentaros al conde de Bridely. Al pasar bajo vuestros balcones hemos visto luz en vuestra habitacion, y he conocido que aun no estábais acostado. En segundo lugar hemos salido con objeto de suplicaros que guardeis el mas profundo secreto acerca de la historia que os conté esta mañana. Yo sé muy bien que sois aficionado á contar aventuras escandalosas.

—Yo! Os juro que á nadie diré palabra, ni aun al señor conde de Bridely.

—De qué se trata? preguntó el conde.

—Es asunto que debe seros poco divertido, le respondió el baron con altanería, y luego añadió dirigiéndose á Ganguernet: si os he de guardar el secreto es preciso que me digais si habeis oido hablar de un tal Mr. Liberto.

—Toma! pues si es mi cuñado.

—Ya me lo figuraba yo. Conque segun eso es hermano de esa Mad...

—Mariana Gargablou, hija de Liberto, Antonio Liberto, un gordachon de Tarascon, provenzal enjerto de normando, la avaricia y la ostentacion encajonada en la bribonería y la rapacidad.

—Un verdadero Turcaret, no es verdad?

—Un Turcaret completo, porque abandonó á su mujer por sostener queridas, y dejó morir de hambre á su hermana.

—Pues bien, yo espero poderos dar noticias de él.

—Si murió ya.

—Al menos os las daré de sus bienes: no seria imposible que volvieran á los legítimos herederos de Mr. Liberto.

—A mí! esclamó Gustavo dominado por el recuerdo de los muchos millones de su señor tio.

—Qué, os concierne este asunto, señor conde? le preguntó Luizzi con tono desdeñoso.

—Vos lo sabeis, baron, respondió Ganguernet. Vamos, añadió dirigiéndose al conde de Bridely; no me hagas tantas señas: Mr. Luizzi lo sabe todo.

—Y tomo parte en la conspiracion.

—Ademas, continuó Ganguernet, el negocio de Rigot es bastante incierto. Rigot da dos millones de dote; pero, á quién se los da?

—No habeis dicho que á su sobrina?

—No tal. Rigot es hombre muy raro: ha hecho una donacion de dos

millones sin que se sepa si son para la madre ó para la hija. Ha dispuesto que se casen en un mismo dia, y al salir de la iglesia abrirá el notario el acta de donacion perfectamente sellada y cerrada hasta entonces.

—Pardiez que es cosa singular! dijo Luizzi.

—Sin duda que lo es; pero tratemos ahora de otra cosa. ¿Cómo nos las compondríamos para dar con los millones del tio Liberto?

—Mañana os lo diré; id á ver *Los dos forzados* y estudiad esa comedia, como tambien *El espósito*.

—Comprendo perfectamente: se trata de un secreto por cuyo medio se puede obligar al detentor á la restitucion.

—Algo hay de eso. Buenas noches: espero á la persona que debe facilitarme las últimas noticias.

—Adios, pues, hasta mañana, dijeron Ganguernet y el conde de nuevo cuño, y se retiraron.

Luizzi tocó la campanilla.

—Sabes, querido, que te vas haciendo algo impertinente? dijo Satanás entrando.

—Yo? replicó Luizzi aturdido por el apóstrofe.

—Sí, tú: hace veinte minutos que me tienes en la antecámara.

—Qué listo andas! dijo Luizzi con desden. Has concluido ya con el mandarin?

—Como tú con los Ganguernet.

—Has sembrado mal para coger crímenes?

—Eso se queda para los necios como tú; yo siembro el bien para que nazca el crímen. He apresurado la reconciliacion para fomentar el ódio.

—Obra es esa cuya gloria no envidio.

—No lo estraño, porque tú no te das tampoco mala maña en la obra del mismo género que has emprendido.

—Hablas de mi proyecto de casar á la señorita de Marignon con Mr. Gustavo Ganguernet?

—Me parece que esa no deja de ser una linda infamia.

—Bien, que lo sea! replicó Luizzi; es una venganza, ó mas bien una burla.

—Sí, los hombres teneis nombres sonoros, pomposos, agradables y sin consecuencias para denominar vuestros crímenes. Vas saliendo diestro; dá un paso mas y serás otro Ganguernet: llamarás á eso un magnífico chasco.

—Pretendes hacerme desistir de mi proyecto?

—Ni hacerte desistir ni ayudarte en él.

—Pues me vas á ayudar contándome el fin de la historia de Mad. de Marignon.

—Pobre mujer! dijo el Diablo con un aire de compasion que hizo reir á Luizzi.

—Verdaderamente es digna de que tú la compadezcas.

—Pobre mujer! pobre mujer! repitió el Diablo moviendo la cabeza.

—Te enterneces! Sabes, Satanás, que haces un papel ridículo?

—Tienes razon, me enternezco y tú la echas de desapiadado. Ambos nos salimos de nuestro papel.

—Vuelve tú al tuyo, y sobre todo, continúa tu relato.

—Allá voy.





XXIX.

Continuacion del relato.



Necesito, antes de mostrar á Olivia en la sociedad, entrar en algunas consideraciones acerca del estado de su espíritu. Olivia comenzó su vida de mujer á la moda con un singular error en el corazon: se imaginaba haber conocido el amor; el capricho de niña que le habia conducido á los brazos de Bricoin habia producido ansiedades, esperanzas, escenas violentas y algunos momentos de placer fáciles de confundir con la felicidad cuando esta no se ha conocido. Luego habian llegado el arrepentimiento, las lágrimas, el terror. Esta aventura se habia presentado á sus ojos con todo el acompañamiento del amor. Olivia, que carecia de esperiencia, se habia dejado engañar por tales apariencias, y habia concebido una idea muy mala de esta pasion.

Así pues, como jóven de talento, juró, segun te he dicho ya, no volver á amar nunca. Era lo natural que un corazon de diez y seis años guardase aun bastantes ilusiones, vagos deseos, melancólicos pensamientos para volver á hallar por un instante la verdadera senda del amor, y sin embargo no fué asi.

En otra posicion, y sobre todo, en otra época, Olivia indudablemente hubiera conocido su error; pero ¿qué idea podia haberse formado del amor la hija de Mad. Beru? Qué significacion podía tener para ella el título de amante? El amor, tal como le consideraba Mad. Beru, era un género de comercio cuya profesion era un privilegio de la hermosura. Es preciso tambien tener presente que la sociedad corrompida en que vivia Olivia era la espresion mas genuina de las costumbres corrientes del último período del siglo XVIII. El sensualismo, la negacion de toda regla y de todo vínculo moral gobernaban soberanamente á aquella sociedad decrépita, y si Olivia se hubiera apartado de la esfera especial de corrupcion á que se hallaba circunscrita, la hubiera sido muy dificil ponerse al abrigo de la desmoralizacion, que tan jóven la arrsncaba esa flor del alma llamada fé en el amor.

Olivia halló sin embargo una compensacion de la pérdida de las emociones amorosas que truecan la juventud en una vida cuyos sufrimientos son casi tan duraderos como la juventud misma, pero que siempre se recuerda con encanto despues que ha pasado. Esta compensacion consistió en las costumbres de una sociedad brillante, en el gusto de las cosas esquisitas, en una apreciacion rápida de los hombres y los sucesos, en una especie de pasion por las grandes causas de la humanidad; pasion debida á esa filosofía, cuya escuela tenia constantemente abierta la Enciclopedia, y (en medio de aquella galantería disoluta en que se mudaba de trage) en una preferencia singular á los placeres del espíritu, en el éxito de la conversacion, en el imperio de una frase delicada, y en su reputacion de mujer superior.

No quiere decir esto que Olivia, llegado que hubó á todo el esplendor de su hermosura, no fuese esclava de una naturaleza ardiente é imperiosa; pero es preciso decirlo; ningun hombre fué elegido á la vez por sus ojos y su corazon. Olivia tenia casi siempre un amante en el que exigia nombre, reputacion, triunfos para satisfacer su vanidad; y otro amante, á quien nada de esto pedia, y á quien ocultaba cuidadosamente. Se entregaba á ambos, pero con la diferencia de que se hacia desear mucho tiempo del primero, y cedia facilmenmente al segundo. Consistia en que entre estos dos amantes existia casi la misma diferencia: Olivia era del primero, y el segundo era de Olivia.

La mayor parte de su juventud pasó en esta doble depravacion. El subarrendador habia aumentado el capital que le proporcionara la sociedad de los doce; no tardaron en sucedecerse rápidamente en la posesion de Olivia los príncipes, los embajadores y los comerciantes, de tal modo, que la hija de Mad. Beru llegó á ser dueña de una de esas fortunas escandalosas que avergüenzan á la sociedad en que se han adquirido.

Cuando llegó la revolucion, Olivia se hallaba en Inglaterra con un miembro de la cámara de los Lores, que gastaba con ella mas de lo que puede producir el patrimonio mas rico. Trataba de volver á Francia para evitar que sus bienes fuesen confiscados; pero la emigracion le envió á Lóndres todos sus amigos de París. Olivia se mostró en esta ocasion buena, noble y llena de talento. Disminuyó los gastos de su casa para acoger con mas facilidad á todos aquellos grandes señores arruinados, sin que se pudiese acusarlos de que se dejaban uncir al carro de una rica cortesana, y luego ayudó secretamente á los mas pobres con las economias de sus gastos. Empleó tanta delicadeza en sus beneficios que exigió seguridades en regla para su reembolso. Segura de que les daba, tomó todas las precauciones posibles para hacerles creer que les prestaba.

Durante este tiempo, se sucedian los amantes como anteriormente, tanto mas cuanto que Olivia, siempre delicada en la eleccion de sus amigos patentes, hacia tiempo que se habia degradado en la eleccion de sus amigos ocultos; y tal vez hubiera concluido por perderse completamente en sus vergonzosas costumbres, si una enfermedad, que consistia en una estrema languidez ocasionada por el clima de Lóndres, no hubiera puesto su vida en peligro; todos los cuidados de los médicos habian sido inútiles para vencer aquella disposicion melancólica que casi habia anonadado las fuerzas de su cuerpo, y arrebataba ya las gracias de su espíritu: en su vista, se decidió que Olivia abandonase á Inglaterra si no queria encontrar la muerte en ella.

Todos los emigrados la aconsejaron que fuese á Italia; en este consejo habia un estraño sentimiento de celos: obligados á abandonar sus bienes, su rango, su patria, á los palurdos salidos de la nada que los habian lanzado de Francia, sintieron cierto despecho al considerar que aquellos hombres de sangre, como ellos decian, podrian tambien usurpar sus placeres. Y ciertamente tenian motivo para temerlo, pues la virtud de Olivia era aun mas frájil que la decrépita monarquía. Olivia no los escuchó: quiso volver á ver á París, ver otro París distinto del que ella habia conocido, gobernado por otros hombres, agitado por otras ideas, arrastrado á otras fiestas, porque el Directorio ocupaba ya el Luxemburgo en la época de que hablo.

Olivia consiguió fácilmente su eliminacion de las listas de emigrados, y los restos de la fortuna que traia de Inglaterra la proporcionaron una holgura que la permitia disponer de su persona al paso que arreglaba las bases de su negocio.

Aunque tenia ya treinta años, su belleza era tanta que no tardó en verse rodeada de los mas célebres galanteadores de Paris; aficionada al lujo y al placer, se hizo notable en las francas diversiones de Longchamp y en los misteriosos bailes de la Opera y de Frascati. Sin embargo, no pudo recobrar la salud ni la independencia de su espíritu.

Sus accesos de melancolía y de abatimiento eran cada dia mas frecuentes, y con gran trabajo se la habia hecho asistir una noche del invierno de 1798 á un baile de confianza dado por uno de los mas ricos proveedores del ejército. Olivia estuvo como fuera de su elemento; de todas las mujeres que asistieron, ella fué la única en quien no se halló talento, ni coquetería, ni delirio; entre los hombres solo uno permaneció frio, indiferente y como fatigado por la alegria que le rodeaba. Este hombre, que podia tener treinta y cinco años, se llamaba Mr. de Mére.

Se le atribuian rasgos de amor estremados. Muy jóven aun, habia abandonado su familia y dejado á un segundon todas las ventajas de una brillante fortuna, por seguir á Holanda á una mujer á quien amaba. Despues de haberla amado, hasta el punto de respetarla, por espacio de tres años, aquella mujer se habia entregado á otro. Esta primera decepcion le impelió á un libertinage vergonzoso; aquel hombre tan distinguido por su nombre, por su categoría, por su carácter y por su talento, se sumergió en toda clase de escesos. Vuelto á Francia, tornó á la buena sociedad y volvió á enamorarse hasta el delirio; esta segunda pasion fué mas violenta y menos respetuosa que la primera, pero valió á Mr. de Mére otro nuevo desengaño. Entonces tenia veinte y siete años.

Esta vez, como la primera, la desesperacion despertó en él el deseo de la venganza; pero no se eligió á sí mismo por víctima: quiso que pagára odo el sexo la falta que dos mujeres habian cometido, y dió á su vida la singular ocupacion de seducir á las que eran tenidas por mas virtuosas, abandonándolas al dia siguiente de haberlas perdido.

Esta miserable venganza fatigó muy pronto al que habia puesto en ella da su felicidad, y al cabo de dos años de semejante vida, se encontró Mr. de Mére frente á frente de sí mismo, jóven aun, pero manchado por su desprecio á todas las mujeres. Los sucesos de la revolucion le distrajeron de su profundo disgusto, y los intereses públicos absorvieron su espíritu: el año de 92 partió á unirse con los voluntarios de su provincia, dichoso porque sentia latir su corazon al ruido del tambor y porque cualquiera emocion le hacia estremecerse.

La fortuna que en aquella época prodigó á tantos sus favores, no olvidó tampoco á Mr. de Mére. En 1798 era ya general de brigada, y si entonces no se presentó en el ejército con un grado mas alto, fué porque una peligrosa herida habia hecho necesaria su presencia en Paris.

Así como Olivia era la menos jóven entre las mujeres que habian concurrido á aquel baile, Mr. de Mére era el de mas edad entre los hombres. Se habian sentado bastante separados uno de otro, porque Olivia era objeto de los deseos de los mas jóvenes y ardientes, y Mr. de Mére el blanco de las coqueterías mas locas y mas tiernas. Ni los unos ni las otras obtuvieron el menor resultado. Olivia y el general miraban con lástima aquellas alegrias

febriles, aquellos delirios amorosos que ambos habian agotado hasta las heces. Olivia era demasiado bella para aceptar el amor de un jóven cuya pasion la hubiese colocado en la categoría de las viejas que educan á sus amantes, y Mr. de Mére no era ya tan apasionado al placer que quisiera esponerse á un nuevo desengaño.

Llegada la noche, la casualidad, ó mas bien la soledad que ambos buscaban en un salon retirado hizo que se reunieran. Mr. de Mére sabia quién era Olivia, pero Olivia no conocia á Mr. de Mére. El general entabló conversacion con la cortesana, no con el respeto que inspira una reputacion sin mancha, sino con esa consideracion que el hombre distinguido dispensa á toda mujer acostumbrada á la buena sociedad. Primeramente cambiaron algunas frases acerca de la escasa parte que los dos tomaban en aquella diversion, atribuyéndolo ambos al mal estado de su salud, porque como ambos se creian una escepcion en aquella fiesta, no se atrevian á hablar del mal estado de su corazon. Como ningun interés recíproco los unia, no tardaron en dejar aquella conversacion para hablar de cosas de interés general. Las guerras de la república y las victorias de Bonaparte eran lo que entonces llamaba la atencion; Mr. de Mére habló de ellas con un entusiasmo que denotaban haber en él mas ardor y mas juventud que él mismo creia. Por otra parte la literatura, los teatros, las artes y la música empezaban á revivir, y Olivia habló de todo con un tacto, una superioridad, y un interés que denotaban asimismo que su corazon era mas susceptible de dulces emociones que lo que ella misma se figuraba.

Así pasaron largas horas, escuchándose con placer, pero sin reflexionar; cuando el silencio les advirtió que la fiesta habia terminado, conocieron que habia pasado hacia mucho la hora á que comunmente solian retirarse á su casa, y les fué preciso separarse. Mr. de Mére, que aun debia perder algunas semanas en Paris, no quiso desaprovechar la ocasion de hacer mas llevadero el tiempo con el trato de una mujer llena de talento, y pidió á Olivia permiso para frecuentar su casa. Hízolo en los términos mas lisongeros, y Olivia le respondió sin mostrar agradecimiento y sin negárselo.

—No necesito saber vuestro nombre, caballero, para admitir con mucho gusto en mi casa á un hombre tan distinguido como vos; pero al fin necesito saberle para que no me sorprenda vuestra visita, si es que no echais en olvido la peticion que me haceis.

—Pues bien, señora, si se os anuncia á Mr. de Mére mañana por la noche, le recibireis?

—Mr. de Mére! esclamó Olivia. Ved ahí un nombre que sin otra recomendacion basta á proporcionar en todas partes una buena acogida al que le lleva.

Ya ves que ambos se manifestaban sin embarazo el placer que su encuentro les proporcionaba. Como ambos se creian al abrigo de una coquetería ó

de una seduccion, recibieron tambien sin embarazo esta manifestacion. Al dia siguiente ninguno de los dos esperimentó la menor turbacion al recordar aquella noche. Olivia pasó el dia sin acordarse de que iba á recibir la visita de Mr. de Mére, y este solo recordó que debia ir á casa de Olivia, con el objeto de divertirse mas aun que si fuera á ver una representacion teatral ó una partida de juego.

Eran las nueve de la noche : Olivia se hallaba en su casa acompañada de Liberto, el panzudo subarrendador, á quien habia tomado por amante ostensible, y que era el mas esclavo de cuantos habian reinado como él. Su inmensa fortuna, ganada en las dilapidaciones de la monarquía, se habia aumentado en las dilapidaciones de la república, y Olivia se servia de ella para satisfacer caprichos mas imperiosos aun que los de la vanidad y el amor á los placeres, porque procedian del tédio. El subarrendador, convertido en proveedor, esplicaba en aquel instante á Olivia las ventajas de una nueva operacion, y Olivia, careciendo de otro pasatiempo mas grato, se divertia en hacerle ver que su empresa era estúpida, aunque interiormente se hallase segura de que el instinto avaro de Liberto era superior á todas sus buenas razones.

Casi reñian cuando se anunció á Mr. de Mére. Olivia esperimentó un violento despecho, y aunque todo Paris sabia que era querida de Liberto, sintió sobremanera que un hombre como Mr. de Mére la hallase con él.

Sin embargo, recibió al general con esa serenidad que procede mas bien de la costumbre que de la disposicion y giró la conversacion sobre la fiesta de la noche anterior. Esta conversacion fue lacónica y embarazosa por parte de Olivia y desdeñosa por parte del general al hablar de los concurrentes al baile. Ambos estaban disgustados y embarazados con la presencia del proveedor porque ella manifestaba lo que era Olivia.

Liberto se retiró antes que Mr. de Mére y entonces dijo á este Olivia:

—Os habeis equivocado, general; sin duda creiais encontrar en mi casa una sociedad numerosa y una conversacion brillante y no encontrais mas que una pobre muger que pasa sola la mayor parte de las noches.

—Señora, respondió el general, yo solo he venido á buscaros á vos.

—Y habeis encontrado á alguien mas : no es esto lo que quereis decir?

—No en verdad, señora; pero debo confesaros que he sentido interrumpir una *conversacion tan intima*.

—No sé como debo tomar vuestra respuesta.

—Debeis tomarla como la espresion de la sorpresa que me causa el ver á la bella Olivia sola.

—Sola!

—Sí, señora: me parece haber descubierto en vos una superioridad de espíritu que no debe contentarse con el trato de ciertas vulgaridades.

Olivia miró al general con una sonrisa irónica y triste á la vez, y replicó:

—Si yo fuera la franca coqueta que os figurais, tal vez os contestaría que me hallaba sola porque os esperaba; pero eso seria mentir y hace mucho tiempo que no me tomo tal molestia.

—No me esperábais, pues, señora?

—Os aseguro caballero, que os habia olvidado completamente.

—Agradezco vuestra franqueza, aunque sea poco lisongera.

—Lo es quizá mas de lo que pensais, porque yo pienso mucho en huir de importunos.

—Os divertis conmigo, señora, dijo el general con una alegria que hacia mucho no habia esperimentado; no os hallo tan natural como anoche, y lo siento.

—Tal vez consista en que esté disgustada.

—Por qué?

—Por vuestra venida.

—Sí? Y podeis decirme por qué os ha disgustado mi venida?

—Sereis reservado si os lo digo?

—Siempre lo he sido, señora?

—En ese caso, os voy á confesar la causa de mi mal humor. Anoche os hallé en una sociedad insoportable, fastidiado como yo entre personas que se divertian; me hicísteis pasar una noche agradable, pues no conté las horas, que no es poco para mí; vos tampoco echásteis de ver el tiempo que perdiais lo que tambien es algo para vos. Un dia recordaremos ambos aquellos momentos. Este recuerdo era sin duda muy pálido al lado de todos los de vuestra vida y sería muy confuso para mí si me hubiese visto obligada á buscarle entre los recuerdos tumultuosos de mis primeros años; pero hubiera ocupado un puesto feliz en la desierta existencia que vos y yo llevamos.....

—Y por qué no le ha de ocupar? replicó el general interrumpiendo á Olivia.

—Oh! dejad esas rancias galanterias pues yo valgo algo mas ó algo menos que eso. Ese recuerdo ha perdido su puesto porque habeis venido á mi casa y habeis encontrado en ella á Mr. Liberto, porque conozco que me juzgais con arreglo á mi posicion y porque verdaderamente asi me habeis juzgado.

Mientras Olivia hablaba de este modo, el general fijó la vista en ella: entonces echó de ver su soberana hermosura mas interesante aun desde que Olivia enflaquecía bajo el peso del dolor físico y la tristeza.

—De todo lo que acabais de decir, contestó Mr. de Mére, lo único que no comprendo es esa vida desierta de que hablais.

—Ved ahí lo que me admira, dijo Olivia; no es porque yo no pueda tener á mi derredor un círculo de brillantes adoradores: los triunfos de ciertas mujeres me hacen creer que no me faltarian si me dignase llamarlos. Pero, decidme: ¿qué interés pudiera moverme á ello? El de un amable entretenimiento? Os confieso que en ese punto he sido demasiado mimada. So-

ria la necesidad de obsequios.... amorosos? Os confieso tambien que habiendo perdido esos obsequios la seduccion que un dia les prestaban un nombre distinguido y unos elevados modales, tengo pocas ganas de admitirlos y de hacer un nuevo aprendizage de amor.

—El amor! ved ahí una pasion de que no hablais, y que estraño no hallar aqui.

—Pues qué, replicó Olivia con aire de admiracion, no os acabo de decir que he renunciado á ella?

—Perdonad, señora, dijo Mr. de Mére sonriéndose dulcemente; me parece que habeis hablado de otra cosa distinta del amor.

—Y qué cosa es esa?

—No sé como deciroslo.

—Vaya, sed franco, repuso Olivia con viveza. Hablad, que yo puedo oirlo todo: soy una *buena mujer*, y si aun esta seguridad no os basta, hablad, que yo soy una vieja.

Mr. de Mére hizo un movimiento de cabeza, y respondió tambien con sonrisa:

—Hablaré, puesto que asi lo quereis. Me parece que, segun lo que habeis dicho, no es al amor á lo que habeis renunciado, y si á lo que nosotros, los groseros soldados, llamamos aventuras galantes.

—Os comprendo, respondió Olivia riéndose; pero os diré que aun aborrezco mas lo que vos llamais amor que lo que llamais aventuras galantes.

—Mucho os ha hecho padecer! dijo el general.

Sí; contestó Olivia con una espresion de vergüenza y casi de hastío; me ha hecho un daño terrible, repugnante, vergonzoso; solo he amado una vez y quisiera olvidarlo.

—Yo tambien he padecido por esa pasion, dijo á su vez el general. He sido engañado en los sentimientos mas santos, vendido en la adhesion mas completa, burlado en mi confianza y mi veneracion hácia la muger que amaba; y sin embargo por nada de este mundo daria el recuerdo de esos tormentos pasados.

—Hablais con sinceridad? preguntó Olivia apoyándose en los brazos de su sillon y mirando al general con estraña sorpresa.

—No me comprendeis? continuó Mr. de Mère exaltándose: no conoceis que cuando el corazon se halla pobre y agotado recordamos con alegria el tiempo en que era rico y abundante de dulces esperanzas y de noble ambicion? Amar! Amar! Saber que á nuestro lado hay un alma que espia todas nuestras bellas acciones para beber en ellas la felicidad; un ser débil que tiene fé en nosotros, que deposita en nosotros su dicha, que se entrega al sueño y despierta tranquilo al abrigo de nuestra proteccion, ó que, si se halla encadenado por deberes mas imperiosos, dulcifica con nuestro recuerdo todos sus disgustos, todos sus pesares, que vive en nosotros como

nosotros en él, que nos comprende con una mirada aunque no hablemos, que sabe mejor que nosotros mismos lo que pensamos, un ser cuya felicidad amamos mas que nuestra vida, que tiene, en fin, nuestro corazon en una perpétua alternativa de gozo y de deseo que ensancha la existencia y la dá una estencion inmensa para la felicidad ó para el dolor. Os equivocais, señora: ó no rechazais tales recuerdos ó no habeis amado nunca.

Olivia llevó la mano al corazon al oir estas palabras, sintiéndose presa de una emocion penosa y desconocida. Contempló en silencio á Mr. de Mére como si sus ojos se hubiesen abierto á una nueva luz á cuyo beneficio veia distintamente, y concluyó por decirle con voz lenta y baja:

—Y vos habeis amado asi!!

—Y asi debeis ser amada, contestó el general, ó al menos debeis haber esperimentado un sentimiento semejante al que acabo de espresar.

Olivia bajó los ojos y se ruborizó. En aquel instante se avergonzó de si misma; en aquel instante se arrepintió de su vida perdida en los placeres. Para esquivar este pensamiento volvió á tomar la conversacion casi interrumpida por su silencio y dijo:

—Y vos, tan jóven aun, vivis de recuerdos? Creeis que esa pasion que tan bien conoceis no os dominará ya?

—Espero que no, respondió el general sonriéndose; pero sin embargo no fiaré mucho. Si una muger como vos se tomase el trabajo de enamorarme temo que lo conseguiría.

—Quisiera que estuviéseis enamorado de mi, dijo Olivia con una alegria infantil.

—Os divertiriais asi mucho?

—No digais eso, replicó Olivia con acento suplicante; os juro que no sabria jugar con tales sentimientos. He sido muy loca, muy amiga de reir, pero os aseguro que nunca me hubiera burlado de una pasion tan sincera.

—Debeis ser muy piadosa, díjo el general, si nunca habeis hecho desgraciados á aquellos á quienes se la habeis inspirado.

—Si la he inspirado, nunca la he comprendido.

—En ese caso no habreis participado nunca de ella?

—Nunca, respondió Olivia.

—El acento ingénuo con que aquella muger de treinta años pronunció esta palabra admiró á su vez á Mr. de Mére: miró á Olivia como si sospechase que representaba una comedia, pero habia tanta sinceridad en su actitud y en su asombro, que ya no pudo dudar de lo que oia. Permaneció largo rato en silencio delante de aquella muger, admirando en aquel bello rostro que parecia haber sufrido la prueba de las pasiones, la sorpresa ingénua de la niña á quien un hombre acaba de descubrir su corazon y que se admira de las nuevas emociones que siente. Olivia callaba y Mr. de Mére la miraba: al fin levantó los ojos, al general, y dijo dolorosamente:

—Me acabais de hacer mucho daño!

—Y como?

—No puedo decíroslo; la vida que paso y que me era ya insoportable, me va á ser imposible de sufrir; la presencia de ese hombre que me disgustaba va á avengonzarme; todos esos placeres que me parecian frívolos, van á parecerme odiosos; lo que creia saciedad solo es vacío de mi corazon.

—Habeis renunciado á llenarle?

—A mi edad, respondió Olivia sonriéndose, amar, y amar como una niña, seria una locura; seria mas aun; seria una ridiculez.

—La mujer, replicó el general, nunca es ridícula cuando es tan bella como vos, y cuando tiene en el corazon un sentimiento verdadero.

—Eso equivale á aconsejaros á vos que os espongais nuevamente á esas tumultuosas emociones de que acabais de hablar; seguramente no seguiríais tal consejo.

—Señora, yo bendeciria el instante en que me fuera dado sentir lo que ya otra vez he esperimentado. Debo deciros la verdad por completo: me parece que durante el tiempo que mi corazon ha reposado, ha recobrado toda su juventud, toda su fuerza, todo su delirio.

El general, mientras hablaba de este modo, miraba á Olivia como para hacerla creer que en ella se fundaba la esperanza de aquella pasion. Olivia se sintió turbada y le dijo sonriéndose:

—Vaya, dejémonos de niñerías. Sin duda olvidais que somos ya viejos para amar y que los jóvenes atolondrados en cuya compañia estuvimos anoche son mas dueños de sí mismos que nosotros. Hablemos de vos, de vuestras esperanzas de gloria.

—Por qué darme la preferencia?

—Porque de mí no hay mas que hablar, porque he corrido un velo sobre mi pasado y no quiero dirigir la vista á mi porvenir. Lo único que me resta es una vida enojosa y desprovista de todo interés. Me he resignado ya ó me resignaré á ella. Vos, al contrario, seguís una hermosa carrera, habeis alcanzado ya en ella grandes triunfos, y os esperan otros mayores. Es tan hermoso pensar que se puede ocupar con su nombre á la Francia, al mundo, á la posteridad! Y vos, vosotros los hombres, podeis conseguir esta gloria. Cuando ha desaparecido el amor, os queda la ambicion. Cuan dichosos sois.

—Creed, dijo el general, que esa ambicion seria aun mas poderosa si supiéramos que otro corazon se interesaba en nuestros triunfos.

—Vamos, os hallais completamente rejuvenecido. Volveis á sentir el loco entusiasmo de vuestros primeros años, y continuais en vuestras hermosas ilusiones.

—Por qué no haceis vos otro tanto? preguntó el general.

—Porque si se continúa á vuestra edad, no se empieza á la mia.

Olivia pronunció esta última palabra con una turbacion y un dolor evidentes, y antes que el general hubiese podido responder, tiró con fuerza de la campanilla y le dijo:

—Os despido... Os despido esta noche, oidlo bien. No os digo que volvais, pero si que siempre estoy en casa. Necesito estar sola, porque me siento indispuesta. La fiesta de anoche me fatigó demasiado. Adios, hasta muy pronto.

Olivia mentia: no era la noche anterior lo que la habia fatigado, ó mas bien turbado profundamente. Puesto que mentia, qué era lo que esperimentaba?

El general se retiró despues de besarla la mano, que ella quiso retirar en su primer movimiento de emocion, y Olivia quedó sola con sus nuevos pensamientos.

Luizzi escuchaba este relato con mucha atencion, y notaba el interés con que el Diablo contaba la historia de Olivia.

—No sé por qué tratas de presentarme esa mujer menos odiosa que lo que es en realidad; pero por mas que te empeñes, yo solo veo en esa historia la impudencia terminada por una ridícula pasion de mujer gastada.

—Eres necio y malo á la vez! replicó Satanás con un desden que hizo temblar á Luizzi. Siempre has de juzgar las cosas por la estúpida apariencia que les dan vuestras ideas! No conoces que aquella mujer habia llegado al colmo de la desventura?

—Sí?

—Sí; á esa desventura suprema que consiste en no tener ya ilusiones con respecto al pasado; á esa desventura horrible que consiste en saber, cuanto al corazon humano le es dado saber, que toda falta es irreparable; y aun esta ciencia horrible quedó para ella envuelta en las sombras de la duda, en tanto que yo la poseo en toda su estension. Tú, pobre, gastado y frio, ¿no sabes lo que es haber podido habitar el cielo y verse condenado al fango del infierno? Y, para no hablar mas que de Olivia, no comprendes la desesperacion que se apoderó de ella cuando descubrió que habia podido amar y ser amada, lo cual es vuestro cielo, y que nunca habia sido mas que una traficante de amor, lo cual es vuestro último envilecimiento?

—Comprendo hasta cierto punto tu predileccion por esa mujer, dijo Luizzi desdeñosamente: esa mujer es un eco lejano de los pesares que te devoran.

—Con la diferencia, replicó Satanás, de que yo he labrado mi destino y á ella se le ha labrado el suyo.

—Con que tal fué el pensamiento de Olivia?

—Y tal será quizá el tuyo algun dia.

—Dime el de tu protegida, y así tal vez me ahorraré los mismos pesares.

—Escucha, pues, dijo Satanás, y trata de comprenderme, si es que puedes:

Olivia quedó, pues, sola, entregada á una turbacion que nunca hasta entonces habia sentido, con la mano puesta sobre su corazon, que se comprimia ó se dilataba con violencia, esperimentando á la vez el placer y la inquietud, temiendo su emocion y abandonándose gozosa á ella, entregada en fin, á ese combate instintivo del corazon que, presa del primer amor, se defiende asustado conociendo que va á hacerse esclavo de una pasion mas poderosa que su voluntad. Esta especie de agitacion, que dura tanto tiempo en una jóven, debe ceder su puesto muy pronto á otros sentimientos en una mujer como Olivia. La virgen á quien el amor ha hecho sentir el primer deseo cuyo fuego hace hervir todo su ser, no se siente mas turbada que Olivia; pero existe en ella una ignorancia del porvenir de esta gran pasion que se la hace menos sospechosa. Amar es para la vírgen una embriaguez cuyo término no comprende; pero Olivia, al contrario, creia que aquella embriaguez debia llegar, como cualquiera otra, al hastío. Desgraciados los labios del hombre que tocan una copa con la certidumbre de que, una vez agotado el vino, solo quedará en su boca un sabor fétido y nauseabundo! Desgraciada la mujer cuyos lábios no pueden dar un beso sin que esté segura de que le repugnará antes de acabar de darle!

Tal era la situacion de Olivia, para ella, amar no podia ya ser esperar la felicidad; coronar este amor haciéndose querida de Mr. de Méré solo era para ella dar su amor en cambio de un desengaño. Olivia pasó aquella noche unas veces entregada á sus temores, otras al encanto indecible que hallaba su alma descansando en el recuerdo de su conversacion con Mr. de Méré, como el viajero atormentado de *spleen* y de calenturas que encuentra un lecho fresco, blanco y odorífico, en que, por primera vez, descansa tras largo tiempo de fatiga.

El espíritu de la sociedad se mezcló muy pronto á aquellas sensaciones del corazon, y dictó á Olivia una resolucion que le pareció razonable. Lo que ante todo temia Olivia, era el ridículo, y, para evitarle, quiso huir de una pasion que podia ridiculizarla á los ojos de todos los que la conocian; pero no quiso huir de ella aparentando temerla, y no queriendo evitar á Mr. de Méré ni sufrir nuevamente la turbacion que el general la habia hecho esperimentar, se decidió á emprender, por algun tiempo, una vida bastante ocupada por los placeres para que el recuerdo de Mr. de Méré no tuviese cabida en ella.

Asi pues, la mañana siguiente, el general, en vez de hallar á Olivia sola como esperaba, entró en un salon donde estaban reunidos los pocos hombres distinguidos que París contaba á la sazon, y las pocas mujeres espléndidamente galantes que hacian el gasto de todos los escándalos. Una de estas últimas habia sido objeto de todas las atenciones del general. Seducida por él en algunos

dias y abandonada durante algunas horas, guardaba el mas vivo rencor. Si se hubiese tratado de otro hombre, hubiera intentado la venganza mas refinada de las mujeres que se hallan en tales circunstancias: hubiera tratado de



inspirar amor al que la habia humillado, á fin de humillarle á su vez con las calabazas mas completas; pero aquella mujer creia conocer bastante al general para suponer que semejante sistema no era el mas apropósito para conse-

guir sus deseos: así, pues, determinó vengarse atacándole de frente.

Nada mas fácil en un sarao que hacer girar la conversacion sobre el inagotable asunto del amor. Mad. de Cauny, pues este era su nombre, tomó á su cargo esta empresa, y despues de algunos temas generales dió principio á una cruel diatriva contra esos hombres que han perdido en el libertinage todos sus sentimientos, todo su respeto, toda su compasion, al paso que han adquirido el último de los vicios; la cobardía.

El general, que habia escuchado con bastante desden las furiosas declamaciones de Mad de Cauny, no pudo menos de estremecerse al oir esta última palabra; Mad. de Cauny lo notó y continuó aun con mas sarcasmo, dirigiéndose á él sin rodeos:

—Sí, general, es la última de las bajezas la que se hace con una mujer, y á la verdad que no quiero decir que es la mas infame, la que consiste en manchar con palabras su reputacion; porque si la mujer es pura, puede atestiguarlo con su honor, y aun hay en el mundo personas dignas de oirla y de comprenderla; la mujer es indigna de respeto, no es muy grande el mal que se la hace, y siempre le queda el recurso de hallar en un nuevo amante, si no un corazon elevado, al menos un valor bastante determinado para castigar al infame que ha querido ultrajarla.

Tan inesperada y violentamente atacado se vió el general, que no fué dueño de ocultar su turbacion. Mientras hablaba Mad. de Cauny, su frente palidecia, apretaba los dientes y parecia próximo á estallar, porque Olivia escuchaba tambien á aquella mujer contemplando la turbacion del general.

Mad. de Cauny se detuvo sofocada por la rabia. Aunque me sirvo de este término, no quiero decirte que aquella mujer acusara al general con la espresion de la mujer arrebatada, cuya voz se eleva descompuesta, y cuyos ojos centellean en sus órbitas: todo esto habia sido dicho con una voz tranquila y sarcástica, con unos ojos casi velados por sus grandes párpados. Unicamente un imperceptible temblor de lábios y una alteracion, apenas notable, de la voz, denotaban suficientemente que la cólera que por esta estrecha salida se escapaba hubiera estallado á no estar sujeta por ese freno poderoso que se llama respeto de mundo. La mayor parte de los novelistas modernos no saben pintar las pasiones: sean cuales fueren la sociedad y la época en que las coloquen, siempre las han de llevar á su espresion mas enérgica: con cualquiera motivo hacen estallar el volcan olvidando que, bajo el peso de vuestras costumbres ilustradas, con mas frecuencia arde y ruge interiormente, que lanza al viento sus llamas y sus escorias.

Olivia era bastante mujer de mundo para conocer el furor que se ocultaba bajo el aire de indiferencia y sarcasmo de Mad. de Cauny; pero, poco deseosa de moderarle hasta ver á qué estremo podria llegar, dijo:

—Y cuál es esa cobardía mayor aun que cuantas habeis enumerado?

—Vedla aqui, respondió Mad. de Cauny apoyando el codo en el brazo de

su sillon para mirar de arriba abajo al general que estaba de pié arrimado en la chimenea: esa cobardía consiste en aprovecharse de un bello nombre, de algunas ventajas personales, de un talento que posee el don de hablar el lenguaje del corazon, para acercarse á una mujer, entendedlo bien, á una mujer á quien no se conoce, á quien no se ha visto nunca, y que por consiguiente, nunca os ha ofendido en vuestros intereses, en vuestra vanidad, en vuestras afecciones; á una mujer á cuyo lado se podia pasar sin mirarla, pero que se la designa con el dedo diciendo: «quiero hacer daño á esa mujer.» Y como he dicho, se acerca á ella, se la lisonjea.... primeramente haciéndola envanecer con los obsequios de un hombre distinguido; se la arranca de su vida tranquila para entregarla á las inquietudes de una pasion que no solo no buscaba, sino que se habia propuesto esquivar; se la ofrece una adhesion sin límites; se la hace creer en la sinceridad de esta adhesion; se la hace gustar el placer de ser amada, y se la pide despues el placer de amar; se la conmueve, se la enloquece, se obtiene de ella cuanto una mujer puede dar; y el dia siguiente se deja de verla sin pretesto, sin disgusto, sin acusacion, sin razon, sin necesidad; se la deja primero con el amor que sentía y luego con la vergüenza que siente, con un dolor horrible y una duda que nada puede esclarecer, porque esa mujer ignora sus faltas, y en fin, con la certidumbre de un innoble abandono que no se toma el trabajo de dar esplicaciones. Despues se va á otra mujer para cometer otra nueva bajeza, porque hé aqui lo que se llama una bajeza, una cobardía, y creo general, que sereis de mi opinion.

Quizá era aquella la primera vez que las consecuencias de una aventura galante eran tratadas tan sériamente en la sociedad á que Olivia pertenecia; quizá en cualquiera otra ocasion se hubiera respondido con chanzonetas y burlas á las crueles quejas de Mad. de Cauny; quizá la misma Olivia hubiera sido la primera en burlarse de ellas; quizá el general hubiera hallado medios de eludir aquella terrible acusacion; pero el acento de Mad. de Cauny dominó todas las disposiciones irónicas de la concurrencia. Olivia habia continuado escuchándola, con la vista constantemente fija en Mr. de Mére, y aunque no habia pronunciado una palabra, el general habia notado que se habia asustado ante el cuadro de semejante desgracia. Sin embargo, Mr. de Mére no pudo menos de contestar, aunque fuese futil su contestacion, y dijo:

—Qué quereis, señora? El corazon es propenso á engañarse; creemos amar y luego resulta que no amamos; el deseo que inspira toda mujer hermosa y de talento puede engañar y aparecer como un amor verdadero; cuando este deseo ha desaparecido, echamos de ver que tras él no queda nada.

—Ni aun el hombre honrado, dijo Mad. de Cauny; ni aun el hombre que, despojado de su ilusion, procura dulcificar los dolores que va á causar á la mujer; decis, general, que no queda nada, ni aun para el hombre de

educacion que disfraza con la cortesanía la mas baja y mas vergonzosa de las injurias! Oh! teneis razon, no queda nada, absolutamente nada mas que el malo que hiere al débil y el grosero que insulta á todo lo que tiene principios.

—Señora! esclamó el general arrebatado por la cólera, para conocer tan bien á esos hombres, es preciso haber tropezado con ellos. Os atrevereis á nombrarlos?

—Tal vez, respondió Mad. de Cauny mirando á Olivia, si asi lo hiciera prestaría un servicio á otras mujeres; pero no quiero llevar mi condescendencia á ese estremo.

Esta conversacion fué interrumpida porque Mad. de Cauny se levantó de repente y se retiró.

Apenas partió, empezó á imperar nuevamente la frivolidad en la conversacion, y algunas personas empezaron á burlarse del furor de Mad. de Cauny. Solamente Olivia, Olivia que el dia anterior hubiera sido quien mas se hubiera burlado de aquella desesperacion, permaneció sèria y aun mas que séria: permaneció triste. Al paso que se felicitaba de la resolucion que habia tomado, esperimentaba el terror del riesgo á que podia haberse espuesto y el pesar de verse desencantada tan completamente respecto á un hombre por quien no queria dejarse persuadir, pero cuyas palabras la habian conmovido tan vivamente.

El general, por su parte, echó de ver que habia perdido considerablemente en la opinion que Olivia al parecer habia formado de él, y esperimentó una especie de dolorosa impaciencia que sentía esplicarse á sí mismo. Esta impaciencia fué tan viva, que creyó debia justificarse de una de sus *correrías* en que antes habia cifrado su orgullo, y mientras la concurrencia se dividia en pequeños grupos, se acercó á Olivia, que habia quedado sola, y la dijo:

—Mala opinion os ha hecho formar de mí la filípica de Mad. de Cauny.

—No, contestó Olivia con aire de franqueza: sus palabras no me han hecho formar mala opinion de vos: una ligereza basta á esplicar una conducta tan cruel. Pero lo que me ha admirado es vuestra respuesta....

—Cuál?

—Habeis dicho que es fácil equivocarse en lo que se llama amor; que un deseo puede proporcionaros todas las emociones, toda la turbacion, toda la embriaguez del amor, y que una vez satisfecho ese deseo, no queda nada. Es eso verdad?

—Mr. de Méré reflexionó largo rato, y respondió:

—No, no es verdad, señora; eso no debe ser verdad aunque me parece haberlo esperimentado yo mismo. Consiste en que no somos bastante francos con nosotros mismos; consiste en que nos interrogamos mal, ó mas bien, en nuestra negligencia.

Al oir esta palabra, miró Olivia al general con sorpresa, y repuso:

—Negligencia decís?

—No sé espresarme de otro modo. No paramos la atencion en lo que sentimos, á pesar de la violencia de nuestras emociones, porque falta á estas un sentido íntimo que solo pertenece al amor; un sentido que habla cuando lo que esperimentamos es amor verdadero; un sentido que nos dice: «Cuidado.» Oh! no, Olivia, no: cuando amamos ó estamos amenazados de un amor verdadero, no nos engañamos.

—Estais seguro de eso? preguntó Olivia.

—Escuchadme y no os riais de mí, respondió el general. Hace un instante habeis visto mi embarazo, mi cólera, y, para decirlo todo, mi humillacion. Hace pocos dias, lo que me ha sucedido esta noche me hubiera divertido. Yo, que tanto he sufrido, hubiera sentido un gran placer al dar á alguien parte del mal que se me ha hecho; quizás hubiera recobrado ese talento cáustico que en otro tiempo poseia, para tornar en mi provecho las invectivas de Mad. de Cauny humillándola asi y ridiculizándola; pero esta noche esas invectivas me han avergonzado, me han cogido desprovisto, me han herido, me han atormentado.

—Y qué quereis decir en resúmen? repuso Olivia buscando en las palabras de Mr. de Mére la esplicacion de lo que ella esperimentaba, porque tampoco Olivia se hubiese entristecido en cualquiera otra circunstancia por lo que acababa de pasar.

—Vedlo aqui, respondió el general: quiero decir en resúmen, que siento en el corazon la necesidad del aprecio de la persona ante quien se me ha deprimido; que siente mi corazon un profundo dolor por haber perdido su confianza; que acabo de descubrir que la amo, porque si no la amase nada de esto sentiria.

—Es estraño! dijo Olivia turbada.

—Ved ahí uno de esos síntomas que no admiten duda; uno de esos avisos soberanos que nos dicen: «No eres dueño de tu alma; tu alma no te pertenece ya; te pertenece tan poco, que si causase miedo á la mujer á quien quieres ofrecerla, te verias lleno de vergüenza y desesperacion.»

—Y desempeñásteis de ese modo vuestro papel en presencia de Mad. de Cauny? dijo Olivia con violencia, pero sin poder dar á su acento ni á la espresion de su mirada la ironia que trataba de prestar á sus palabras.

El general se mordió los labios y respondió levantándose y saludando:

—Tal vez.....

Mr. de Mére se retiró, y Olivia hizo lo mismo con objeto de estar sola un momento en su habitacion. Al atravesar el umbral de su cuarto, Olivia, débil, asustada, se apoyó en uno de los muebles, apretó violentamente con la mano su corazon, y esclamó en voz alta como si tratase de arrojar el peso que oprimia su pecho.

—Dios mio! Dios mio! me parece que amo á ese hombre.

—Amar Olivia! dijo Luizzi interrumpiendo al Diablo con una sonrisa de incredulidad. Y qué amor era el que sentia?

—El amor mas cándido, el mas santo, el mas puro, respondió Satanás; porque esa mujer impúdica habia olvidado en su oprobio la virginidad de su alma, esa virginidad que no se pierde sin placer, que no se pierde sin dolor, y la hallaba en aquel momento; sucedió que la cortesana se enamoró, no como la que ama por primera vez, sino como la niña de diez y seis años, como Enriqueta Buré, dichosa y pensativa como esta, sumida en larga contemplacion. Y sin embargo, ese amor fué mas puro en la mujer perdida, que en la jóven estraviada.

—Me parece muy estraño eso, dijo el baron.

—Atended, continuó el Diablo, cuya voz parecia dominada por una emocion humana.

Olivia amó en efecto á aquel hombre, y Mr. de Méré amó tambien á aquella mujer; pero ambos, confusos y sorprendidos por aquella pasion, se evitaron cuidadosamente. Mr. de Méré marchó al ejército y estuvieron cerca de medio año sin verse.

Al fin volvieron á encontrarse en el teatro de la Opera, y se conocieron á la primer mirada que cambiaron de un estremo á otro del salon. El general, fiado en su larga ausencia, se presentó en el palco de Olivia creyendo hallarla tal como la primera vez que la vió. En efecto, se hallaba en todo el esplendor de su hermosura, ataviada con toda la elegancia de su esquisito gusto, risueña y casi alegre; cuando el general entró en su palco, le alargó la mano y apretó la suya con una bondad encantadora, gracia adorable que nunca ha podido imitar la coquetería!

—Buenas noches, le dijo con una dulce y bella sonrisa: ¡Cuán dichosa soy en volveros á ver! Cuánto tengo que deciros! Cuántos valerosos hechos habeis consumado en esa inmortal campaña de Bonaparte! Bien os decia yo que se presentaba á vuestro paso una noble y hermosa senda. Cuánto me alegro haber adivinado que la seguiríais tan gloriosamente!

Y al hablar asi Olivia, asomaban lágrimas de alegría á sus ojos, y su voz se alteraba; el general, conmovido y lleno de sorpresa, contestó:

—Gracias! la recompensa que en vos hallo, es mayor que la que he obtenido en el campo de batalla. Vuestra aprobacion es la realizacion de una esperanza que llevé de París cuando marché al ejército: esta esperanza era la de que vos no me olvidaríais.

—Olvidaros! Ah! sabeis vivir constantemente en la memoria de los que llegan á conoceros.

—Hay tantos que han hecho mas que yo!

—Pero de esos no se conserva un recuerdo tan vivo como el vuestro.

Empezó la orquesta, y el general se dispuso á retirarse.

—Cuándo se os podrá ver? preguntó á Olivia.

—Siempre, siempre estoy sola.

—Y siempre disgustada?

—No tanto como antes, respondió Olivia con dulzura; pero soy acaso mas desgraciada que nunca. Id á verme y hablaremos largamente.

A la mañana siguiente, el general halló á Olivia enteramente sola; pero ambos se habian puesto en guardia para defenderse de la emocion de la noche anterior. Desde luego hubo mas calma en la conversacion. Olivia exigió al general el relato de todos sus hechos, de todos sus peligros, de las grandes batallas en que se habia hallado, y al fin Mr. de Méré la dijo:

—Habladme de vos. Qué habeis hecho? qué ha sido de vos?

—Haceis mal en interrogar á una pobre mujer como yo cuando sois tan dichoso. Me preguntais que ha sido de mi? Esteriormente, he seguido siendo lo que era, huyendo del mundo ó buscándole allí donde es bastante numeroso para no ser importuna. Fatigada con esa esclusion que me relaga á una sociedad, que me parece ahora despreciable, y que no tengo derecho á despreciar, pensando mucho en vos, que tanto daño me habeis hecho, y no hallando mas consuelo que el del mal que me habeis causado.

—Olivia, es cierto eso?

—Sí: lo es, os amo. Oh! puedo decíroslo sin riesgo ninguno. Pero á qué me conducirá esto? á ser vuestra esposa? Es imposible, lo sé... Estad seguro de que no tengo tal pretension. A ser vuestra querida? nunca, Victor, nunca.

—Sabeis mi nombre! dijo el general sorprendido.

—Sí, se le he preguntado á Mad. Cauny.

—Me amais! esclamó Mr. de Méré, me amais y creeis que no seré digno de vos, yo que no tengo mas interés que vuestro pensamiento! porque vos me comprendísteis anoche cuando os dí las gracias, y me habeis comprendido hace un instante cuando os he contado con cuanto cuidado he procurado hacer llegar á vos, por medio de la fama, la poca gloria que no me atrevia á dedicaros; y creeis que yo no querré obtener por completo vuestro amor?

—No, dijo Olivia volviendo la cara; no, porque ya poseeis cuanto de bueno y santo hay en mi amor: no pidais mas á la mujer, nada mas, lo ois? No me hagais ruborizar; en mí el rubor no seria pudor, sino vergüenza. No pasemos del punto en que nos hallamos; no me quiteis la felicidad que me habeis dado.

—Qué locura! dijo el general sonriéndose; no sois la mujer mas hermosa del mundo?

—Os parezco hermosa? replicó Olivia sonriéndose tambien y acariciando con su mirada á Victor; tanto mejor. Tambien vos me pareceis bello, muy bello; esa espaciosa frente tostada por el sol de Italia; esa cicatriz que la adorna como una noble corona.... Sí.... sí.... me pareceis muy bello y os amo.

El general se acercó á Olivia asiéndola de las manos; ella le preguntó:

—Vais á estar mucho tiempo en París?

—Dos meses.

—Dos meses! es mucho cuando tan gloriosas empresas os esperan en otra parte.

—No me ayudareis vos á pasarlos agradablemente?

—Muy pocas veces, porque no soy libre como antes. He encontrado unos parientes de mi padre sumidos en la miseria, y he tomado bajo mi proteccion dos niñas, en cuya educacion me ocupo.

Luego añadió con un suspiro y una lágrima:

—Haré de ellas dos mujeres honradas. Asi pues, no podré veros con frecuencia, pero nos veremos algunas veces y charlaremos como hoy.

Olivia habia abandonado sus manos entre las del general, que las apretaba suavemente mientras hablaba de este modo. Victor, que la miraba y la escuchaba con avidéz, la atrajo dulcemente á sus brazos.

Pero ella se desprendió de ellos con vivacidad, y le dijo:

—No, Victor, no; qué os importa una mujer mas? No cambieis una amiga por un momento de triunfo. Puedo odiaros, Victor; puedo tal vez dejar de amaros....

Y entónces, mirándole llena de amor, se inclinó rápidamente á él, le dió un beso en la frente, y le dijo con una alegria encantadora:

—Os amo, os amo.

En seguida abrió la puerta de su habitacion, y fué á refugiarse entre sus jóvenes discípulas, que estaban estudiando la leccion de piano.

—Adios, dijo al general. Ha llegado la hora de leccion. Aqui ya no hay mas que una madre de familia que recibe en familia á sus antiguos amigos.

Mr. de Mêre se retiró. El mejor medio de darte á conocer los sentimientos que esperimentaba, es citarte la carta que dirigió á Olivia tan pronto como volvió á casa.

«Olivia, os doy gracias porque me amais, y os las doy porque os amais á vos misma. No podeis comprender cuán reconocido os estoy! Vos me habeis restituido mi vida, mi alma, mi porvenir; estoy lleno de orgullo; tengo esperanza y fé en todo; me he vuelto jóven, me he hecho celoso. Sí, celoso, porque, al salir de vuestra casa, he visto parar á la puerta el carruage de uno de aquellos elegantes jóvenes que os acompañaban en el palco del teatro de la Opera, donde yo me presenté como estraño. Olivia, no me engañeis, os lo suplico de rodillas. Sé que se renueva la vida, la fortuna, la gloria, pero no sé que se pueda renovar el corazon; vos misma me habeis enseñado esto. Mi corazon late apresuradamente; mi cabeza se abrasa, y lloro y rio á la vez. Cuánto os amo! Oh! no me engañeis Olivia! no hagais la última burla de esta última felicidad. Os doy gracias, os doy gracias arrodillado á vuestros pies.

Amadme! amadme mucho! Yo tambien os amo hasta el estremo de tener miedo de vos.»

Esta carta no obtuvo contestacion; pero fué el general á buscarla algunos dias despues. Olivia no estaba sola: uno de los elegantes de la época estaba con ella: el general sufrió todas las impaciencias, todas las escitaciones del amor celoso, y Olivia toda la sumision del amor verdadero. Al fin despidió al elegante, le despidió con bastante torpeza, tanta, que al dia siguiente todo París supo que Mr. de Mére era el amante privilegiado de Olivia.

Lo supo el general, y corrió furioso y desolado á casa de Olivia. Olivia lo sabia tambien, y respondió sonriéndose.

—Os doy las gracias por el interés que por mí os habeis tomado: me habeis hecho un bien que no habia esperimentado en mi vida; pero os confieso que esa calumnia no me ha herido. Tengo derecho á decir que es una calumnia, no al mundo, sino á mí misma, que no he querido ser vuestra, ni lo seré jamás.

—Esta palabra *jamás* no fué vana. Te debe parecer muy estraño que Olivia combatiese, no solo la tristeza de su corazon, sino tambien el atractivo de aquel hombre ardiente cuya palabra vibraba, cuya mirada radiaba de amor, á quien no podia oir ni ver sin sentirse turbada como una niña y palpitante de deseos. Y esta lucha no duró un dia: Olivia salió veinte veces triunfante de un combate largo y doloroso en que tuvo que luchar con todos los delirios de la pasion, porque Mr. de Mére la persiguió en todas partes y á todas horas. Obligado á dejarla para ir al ejército, aprovechó una licencia de quince dias para volver á París desde doscientas leguas de distancia. Llegó á casa de Olivia cuando esta se hallaba pensando en él, creyéndole muy léjos, y la dijo al llegar:

—Vengo de Roma á pasar una hora á vuestro lado.

Olivia le tendió los brazos, le estrechó contra su corazon que palpitaba de júbilo; luego le dirigió una dilatada mirada que le devoraba, que le trasmitia su alma, y embriagaba la suya, y.... nada mas; porque Olivia huia si el general trataba de vencer la firme resolucion que habia tomado, porque amaba el amor, nuevo para ella, que esperimentaba; amaba ese sentimiento altivo, absoluto, esclusivo, que la dominaba y que ella inspiraba á la vez, y no hubiera querido arriesgarle en un abandono de sí misma, pues sabia mejor que nadie que este abandono seria seguido de una decepcion.

Dos años enteros duró esto.

—Dos años! esclamó Luizzi, dos años! Y sin duda al fin de este tiempo...

—Al fin de ese tiempo, respondió Satanás, murió Mr. de Mére.

Olivia le lloró santamente, como santamente le habia amado, y conservó cuantos recuerdos de él pudo procurarse. Pasados dos años, habiendo hallado en el amor la necesidad de una vida honrada, se casó con el único hombre á quien habia dominado hasta el estremo de obligarle á hacer la mayor

de las locuras: se casó con Liberto, que tomó el nombre de Mr. de Marignon, comprando la posesion que le llevaba.

—Ah! esclamó Luizzi; no me habia engañado el instinto de la venganza; Olivia la cortesana, la prostituta, debia ser la insolente Mad. de Marignon, que arrojó de su casa á la desgraciada Laura, y que al cabo se casó con ese miserable Liberto, salido de la nada, y lleno de oro y de robos; digna asociacion del libertinage y la rapiña, nacida sin duda de la impudente vanidad y el deseo de brillar! Ah! Mad. de Marignon, sois digna de un yerno como Mr. de Bridely, y le tendreis, os lo prometo. Y bien: qué dices, Satanás?

—Espero que me dejes terminar la historia de Mad. Marignon.

—Pues qué, no está terminada?

—Todavia no. Despues de casada, se valió de la fortuna de su marido y de sus antiguas relaciones para formar esa sociedad cuyos restos has visto. Es verdad que la pagó cara y vino á ser esclava de sus menores exigencias. Vulnerable por tantos lados, tuvo que aceptar servilmente las mas crueles humillaciones, pero las sufrió con paciencia porque era madre, porque tenia una hija y el temor de avergonzarse ante el fruto de sus entrañas la hizo aceptar el velo de la hipocresia que se la obligó á correr sobre su pasado.

—Y despidió á Mad. de Farkley por conservar el honor de su pasado?

—Sí, mi amo; y lo mas admirable es, que el vicio y el crímen, llevados á su mas vergonzosa depravacion, tomaron por los cabezones á la desgracia y á la debilidad para emplearlas en sus infames proscripciones: Mad. de Fantan y la baronesa de Bergh fueron las que obligaron á Mad. de Marignon á proscribir á Laura de sus salones. Pero si tú hubieras visto, si hubieras sabido ver, hubieras conocido que esa mujer dulcificó el insulto cuanto le fué posible, y hubieras visto que ella ha sido la única persona de la sociedad que se ha acordado del miserable que yacia enfermo en el lecho.

—Ah! murmuraba Luizzi, paseándose por la habitacion; tú mismo me decides. Temí encontrar un obstáculo invencible á mis proyectos en un carácter inflexible; pero ya veo que Olivia es la mujer que necesito, porque tiembla ante la idea de un escándalo, y es débil ante un recuerdo.

—Pues esa mujer no es la peor de las que te han ofendido, replicó Satanás. ¿Qué dices de Mad. de Fantan y de la baronesa du Bergh?

—Basta, señor Satanás, dijo Luizzi, no conseguirás tu objeto. Te conozco ya muy bien: quieres hacerme creer, irritándome contra esas otras dos mujeres, que tu predileccion por Mad. de Marignon es desinteresada; no es verdad? No haya miedo que me deje cojer en el lazo; te juro que si hiero á la menos culpable, es solo porque no tengo medio de herir á las otras.

—Pues bien, dijo Satanás: quieres que te nombre al mas culpable de los actores de esta historia, y cuya memoria no te es dado manchar sin remordimiento, porque es el que condujo á Olivia al primer desórden?

—Quién es?

—No te acuerdas de aquel alegre marqués de Billanville que inventó el vergonzoso convenio que debia entregar á Olivia á uno de los doce?

—Sí. Y qué?

—Cuando sepas su verdadero nombre, sabrás toda la verdad de esta historia; sabrás á quién debes entregar al desprecio de los hombres. Ese hombre tú le conocias, se llamaba el baron de Luizzi.

—Mi padre!

—Tu padre.

—Siempre! siempre! esclamó Luizzi furioso.

El Diablo habia desaparecido.

—Luizzi, como nuestros lectores han debido conocer, no era ya el jóven vanidoso y confiado que se entregaba contento á los azares del mundo, sin mirar las cosas de cerca, dejándose llevar de las emociones del momento; dispuesto siempre á hacer bien y á creer en él, poseedor de todos los defectos de su posicion sin serlo de los vicios, algo fátuo, algo burlon, dispuesto á olvidar lo mismo el favor que la ofensa, convencido de que cada cual ocupa su puesto, y distante de envidiar el ageno. Pero se habia presentado el Diablo, y dando un soplo á las apariencias, habia derribado la máscara, y entonces Luizzi se habia sublevado contra lo que creia ser el verdadero estado del mundo. La cólera le habia prestado sus malos consejos y él los escuchaba: Despues de haber hecho, como la mayor parte de los hombres, el mal sin reflexion, sin cálculo, un mal, por decirlo asi, inocente, pensó en el bien mal calculado, en el mal preparado de antemano, en el mal culpable.

Consistia (es preciso repetirlo) en que Luizzi era, como todos, el hombre que acoje por vanidad las ideas falsas, que emprende una via torcida creyéndola derecha, si no buena. Luizzi era el vulgo, y seguia la senda vulgar, porque no habia en él una virtud ni una razon bastante poderosa para detenerle ó para iluminarle. Era incapaz de comprender al hombre fuerte que vé el mal y escoge el bien, porque sabe que el bien conduce al bien, porque sabe que la sociedad acepta el vicio y el crímen si bien no los acoje, como la humanidad acepta las enfermedades, si bien no les abre sus puertas. Era muy inferior á esos hombres á quienes la Providencia ha dado ese guia absoluto que se llama fé, y que, viendo un faro al fin del horizonte, se dirige á él sin curarse de la multitud que se estravia por no mirar adelante. Almas privilegiadas que caminan y caminan sin cesar, y que si no llegan solas á la virtud, llegan solas casi siempre á la felicidad.

Tal era el estado de Luizzi algunos dias despues de su entrevista con Satanás: se hallaba decidido á llevar adelante su proyecto contra Mad. de Marignon, y se creia dotado de una gran esperiencia, porque habia escuchado al Diablo la narracion de malas acciones. Luego, como se hallaba dispuesto á venganzas, se dedicó á inventar una contra Ganguernet, y halló el medio de castigarle á su

modo; es decir, de burlarse de él. Esta idea se desarrolló rápidamente en Armando y muy pronto, arreglándola á su modo, ni mas ni menos que un autor arregla un drama, halló en ella todas las condiciones necesarias para alcanzar buen éxito, y se decidió á dejar á Ganguernet y su señor hijo perseguir á Mad. de Marignon, en tanto que él iba á casa de Rigot que tenia dos sobrinas casaderas. La casualidad le habia hecho conocer esta circunstancia, y Luizzi la acogió, tanto mas favorablemente, cuanto que era una casualidad.

Quise hallar en esta sociedad elegante, una sociedad honrada y virtuosa, y me he engañado, se decia. Todavia me engañaré buscando en esta sociedad una mujer pura y noble. Seguiré la senda que se presenta á mis ojos: las islas Afortunadas fueron descubiertas por personas que no sabian á donde iban. Estoy decidido; voy á ver si me caso con una de las sobrinas de Mr. Rigot. Me creo bastante noble para casarme con una mujer oscura, bastante rico para curarme poco de un chasco en la eleccion. Si me toca la que quede sin dote, asi tendré mas derecho á exigirla que respete el nombre que yo le haya dado, y que conserve un vivo reconocimiento por la fortuna que haya reemplazado á su miseria.

De este modo pensaba el baron de Luizzi buscando una mujer honrada, sin mas guia que sus cálculos de egoismo y sus deberes de posicion, y sin confiar ya en el freno de la moral, ni en ese santo amor al bien, que es el patrimonio de ciertas almas.

A pesar de su prevencion contra el Diablo, pensaba recurrir á él como estremo recurso para no ser engañado. Luizzi, medio despojado de sus buenos sentimientos, ocupaba frente á frente del Diablo la posicion del jugador frente á la ruleta cuando ha dejado lo mejor y lo mas líquido de su fortuna en las ávidas manos del banquero. El jugador reune los restos de su capital y se decide á emprender una especulacion comercial harto hazorosa; pero temeroso del desacierto y la ruina coloca una esperanza al lado de esta dudosa operacion: reserva una corta suma con objeto de volver con ella al juego y reparar acaso las pérdidas que ha sufrido y las que prevé. Luizzi era este jugador, ó mas bien, segun su pensamiento, era el navegante que se embarca en un poderoso buque con objeto de descubrir un nuevo pais, que hace grandes provisiones, arma su navío con todas las precauciones posibles, y que, á pesar de todo esto lleva consigo una chalupa y una canoa para buscar en ellas asilo tras el naufragio, y encontrar en una frágil embarcacion la salvacion que su poderoso navío le haya negado.

Luizzi, una vez afianzado en su proyecto, empleó en su ejecucion la rapidez del hombre á quien el dinero proporciona todas las facultades la actividad y la resolucion. Dos dias despues de las confidencias del Diablo acerca de Mad. de Marignon, tomó Luizzi, en una silla de posta, la carretera de Caen. Antes de partir habia hecho presente á Ganguernet y á su señor hijo cuanto sabia res-

pecto á Olivia. y habia dado al último una carta de introduccion para Mad. de Marignon. Este documento no carecía de cierta habilidad y Mad. de Marignon debia caer en el lazo. Hé aquí su contenido.

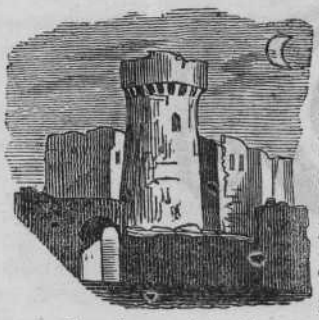
«Señora»

Vuestro nombre es el único que he hallado iuscripto en mi casa durante mi larga enfermedad. Si no voy personalmente á daros las gracias, es porque temo faltar á la gratitud haciendo conocer al mundo una bondad y una indulgencia tan grande. Como no podria espresaros en un billete toda mi gratitud, he encargado á uno de mis amigos que pase á demostrárosla. Este amigo es el conde de Bridely; posée uno de los nombres mas ilustres de Francia, y si le permitís frecuentar vuestra casa, en ella aprenderá mas y mas á ser digno de él. Me veo precisado á ausentarme de París, porque necesito un aire mas puro que el que aqui se respira; pero marcho con el pesar de no poderos espresar yo mismo los sentimientos, el respeto y el reconocimiento que me habeis inspirado.

Armando de Luizzi.»

XXX.

El último relevo.



Cuando Luizzi llegó á Mourt, pequeña aldea situada á algunas leguas de Caen y último relevo de la carretera de París á la capital de la baja Normandía, eran las siete de la tarde. Apenas se apeó á la puerta de la casa de postas, llamó á uno de los postillones y le preguntó si antes de cerrar la noche se le podria conducir á Taillis, posesion de Mr. Rigot. El sujeto á quien hizo esta pregunta, era un hombre ya viejo, flaco, que habia dejado en la silla de su caballo la carne que la naturaleza le habia dado en las posaderas y en las piernas, pero que no habia dejado del mismo modo en el fondo de su bota la truhaneria y la malicia que á su cualidad de normando debia. En lugar de contestar directamente á Armando, llamó á un mozo de cuadra y le dijo:

—Oye, sabes cuanto hay de aqui á Taillis?

—Yo no lo sé, respondió el mozo volviéndose á la casa y cambiando con el postillon una imperceptible sonrisa.

—Es posible, dijo el baron, que siendo del pais, no sepais á punto fijo cuanto hay de vuestro pueblo á una posesion vecina?

—Lo que es yo os aseguro que no lo sé, repuso el postillon. Nosotros, como buenos normandos, somos hombres valientes que seguimos todo derecho el camino, y mi camino derecho es la carretera. En cuanto á lo que pasa á derecha é izquierda, hago tan poco caso de ello como de un vaso de cidra.

—Tal vez hareis mas caso de una pieza de cien sueldos que ayudará vuestra memoria, dijo Luizzi.

El postillon echó una mirada desdeñosa al escudo, y replicó:

—Aunque me diérais diez veces mas, no os podria decir lo que no sé.

—En ese caso, dijo Luizzi, que se me den caballos; es probable que el postillon que se encargue de conducirme sepa mejor que vos el camino.

—No teneis remedio: lo que es ahora no hay mas caballos que los mios y hemos llegado de Caen hace cinco minutos.

—Pues bien: trae los caballos y emprende la marcha.

—Os parece, dijo el normando, que voy á matar el ganado por una miserable jornada á treinta sueldos y quince de guias? Tendreis que esperar como los otros.

—Hay otros viageros esperando? preguntó Luizzi.

—Ya lo creo; dentro hay tres ó cuatro que tienen tanta prisa como vos.

—Pues entonces me decido á pasar aqui la noche y salir mañana al amanecer: es ya tarde y no tengo ganas de ir á vagar por caminos de travesía para llegar de noche á casa de un hombre á quien no conozco.

El postillon se detuvo al oir esta última palabra, y hablando con esa sonrisa equívoca y esos ojos normandos que ven mas cuando parecen ver menos, dijo:

—Con que no conoceis á Mr. Rigot?

—Nunca le he visto. Y vos, le conoceis?

—Toma! ya lo creo; como que soy su preferido para conducirle.

—Calla! dijo Luizzi. Con que le conducís y no sabeis donde vive?

Todo el aire de truhanería del bajo-normando, se trocó de pronto en una espresion de completa estupidéz; el postillon contestó:

—Es cosa muy sencilla: Mr. Rigot viene aqui con su ganado y yo le llevo á Caen ó á Estrées; pero nunca he estado en su casa.

—Pero cuando le conoces tan bien, has debido verle en alguna parte mas que yendo de camino, porque yendo él en el carruage y tú á caballo, no podeis haber hecho gran conocimiento.

—Toma, nos vemos en los ventorrillos. Mr. Rigot es un buen sugeto que se compadece de la gente y de las bestias; no puede ver un corcho en el camino sin gritarme desde el fondo del carruage: Eh! Periquillo, pára

y que descanse un poco el ganado.—Entonces baja, y no bebe un vaso de aguardiente ó una jarra de cidra sin ofrecerme generosamente la mitad. Es un verdadero bajo-normando, que lleva el corazon en la mano. Mientras trincamos los dos, conversamos amigablemente.

—Y de qué hablais? preguntó Luizzi, contento por tener ocasion de adquirir noticias positivas acerca de Mr. Rigot.

—Toma! contestó el postillon; hablamos de esto y de lo otro, de lo de acá y de lo de mas allá; luego monto y sigo todo derecho mi camino, porque yo no me meto en camisa de once varas.

—De modo que no conoceis á las sobrinas de Mr. Rigot?

—Vaya si las conozco! conozco á la madre, á la hija y á la abuela.

—Y qué tal, dijo Luizzi mirando al postillon, son guapas?

—Lo que es la abuela, contestó el normando, en su tiempo fué una real moza.

—Pero y la hija y la nieta?

—Eso va en gustos; pero lo que es la abuela ha sido muy guapa.

—La conocísteis cuando era jóven?

—Ya lo creo; como que somos todos del pais. Yo me he criado con Rigot y su hermana. Hace cuarenta y cinco años, ella estaba sirviendo en esta misma posada, y él era postillon como yo. Luego, fueron á establecerse á París, y ella se casó allá. En cuanto á su hermano, sentó plaza de soldado de á caballo, y valido de sus conocimientos en punto á caballerías, alcanzó el grado de mariscal. Es buena gente, verdaderos normandos que llevan el corazon en la mano como yo, y siguen el camino todo derecho como yo lo he hecho siempre. Aqui teneis todo lo malo que de ellos puedo deciros.

En aquel instante se acercó una criada á Luizzi, que se habia quedado con el postillon en el patio de la venta, y le dijo que se iba á servir la cena á los viageros que esperaban la venida de caballos, y le preguntó si queria tomar parte en ella, ó que se le sirviese por separado.

Luizzi, que deseaba compañía, contestó que queria cenar con los viajeros, y se preparaba á seguir á la criada cuando le hizo una seña de inteligencia el postillon.

—Aunque habeis llegado el último, le dijo el normando, vais á partir si quereis el primero. A mitad de cena pasaré yo por el comedor; direis que os vais á acostar; ireis allá detrás de la pajera, donde encontrareis listo el carruage, y nos escurrimos á escape sin que nadie lo sepa.

—Pero cómo, si no sabeis el camino?

—Me acaban de enterar de él, respondió el imperturbable postillon, á quien Luizzí no habia perdido de vista.

—Dejádlo, dijo Armando, no me corre tanta prisa.

—Toma! esclamó el postillon verdaderamente sorprendído; segun eso no vais á casaros?

Luizzi guardó silencio un instante; tal fué la sorpresa que á su vez esperimentó al oir aquellas palabras.

—No, no, respondió sin saber lo que se decia; voy á otros asuntos.

—Enhorabuena! dijo el postillon retrocediendo y examinando al baron con aire de incredulidad.

En seguida entró á una cuadra donde Luizzi oyó pisadas de caballos y voces. Se acercó Armando á la puerta para ver si era cierta una sospecha que le acababa de asaltar, y oyó al postillon decir en voz baja:

—Ahí está otro que tambien va á Taillis, y por cierto que no es el peor de la manada.

La campana que anunciaba hallarse servida la cena, no dejó oir mas á Luizzi; pero lo poco que acabamos de referir bastó para demostrarle que los viageros con quienes iba á cenar llevaban el mismo objeto que él. En su consecuencia, pasó al comedor con intento de observar á los comensales y de mantenerse en guardia para defenderse de su curiosidad.

A la cabeza de toda comedia hay una página ignorada del novelista, y que sin embargo le serviria de mucho si la introdujese en su obra. Esta página se llama lista de personages. Yo voy á echar mano de este medio tan espedito y racional para poner mis actores en escena, sin que pida sin embargo un privilegio de invencion y perfeccion, como haria si hubiese descubierto la pomada del leon ó el racahout de los árabes. Al contrario, dejo mi invencion á quien quiera aprovecharse de ella, á menos que los zurcidores de comedias, cuyo oficio consiste en robar ideas á los novelistas para alimentarse con ellas, me pongan pleito como atentador á su propiedad literaria.

LISTA DE PERSONAGES:

Mr. Rigot, rico propietario de los alrededores de Caen; cincuenta años, pantalon gris claro en forma de embudo, chaleco de raso bordado de oro, pelo gris cortado en forma de cepillo, manos negras y sin guantes, uñas vírgenes.

Mad. Turniquet, su hermana; sesenta y cinco años, gorda y baja, voz ronca, y la mano colocada en la cadera.

Mr. Bador, procurador; treinta y seis años, vestido de negro de pies á cabeza, notable por el lustre de sus botas y el de su pelo.

Mr. Furnichon, dependiente de agente de cambios; veinte y siete años, muy buen chico, barba corrida, sombrero de castor, siempre calado, frac verde, pantalon anteado, chaleco blanco, camisa de batista, botas charoladas, guantes amarillos y corbata de raso.

Mr. Marcoine, primer dependiente de notario; lindo pie, lindas manos, lindo rostro, lindo talle, linda apostura, linda voz, linda letra, lindo pelo, lindo, lindo, lindo todo.

Condesa de Lemee, vecina de Mr. Rigot cuya posesion linda con la suya viuda de un par de Francia; cuarenta y cinco años, flaca, alta, de mala facha, de grandes pretensiones y grandes dientes, nariz aguileña, aficionada á mandar traer sus vestidos de París y á mandar hacer sus sombreros en Caen: guantes de malla, ojos un si es no es legañosos, rostro granujiento y la boca rebosando espuma por los estremos al hablar.

El Conde de Lemee, su hijo; veinte y dos años, no tan bien vestido como el agente de cambios; pero mucho mas elegante; menos lindo que el oficial de notario, pero mucho mas agradable, aficionado á los cigarros habanos, adornado de grandes bigotes y largas espuelas, y acostumbrado á comer con guantes.

Mad. Eugenia Peirol, sobrina de Rigot, treinta y dos años, alta y rubia, vestido de muselina blanca, zapatos de ala de mosca, medias de hilo de Escocia, pelo dividido en trenzas, manos y pies estremadamente delicados, hermosos dientes, ojos grandes, lánguidos y un poco vagos, vista inclinada.

Ernestina, su hija; quince años y medio, alta y ya formada.

Akabila, rey de una raza de malayos; rostro cobrizo, cabeza rapada, botas con caña vuelta, calzon de piel y vesta de jokey.

La primera escena pasa en el comedor de la posada de Mour.t

Los personages que figuran en ella son el procurador, el oficial de notario, y el dependiente de agente de cambios.

En el momento en que entró Luizzi en la pieza donde estaban los tres reunidos, cada cual se ocupaba en leer papeles que guardaban en seguida en una cartera; los tres miraron á Luizzi con ire de descontento y de admiracion, y en seguida se miraron unos á otros como para preguntarse si alguien conocia al recien venido.

—Señores, dije Luizzi saludando, siento venir á participar de vuestra cena porque temo que lo que se habia preparado para uno haya parecido al posadero suficiente para dos, luego para tres y por último para cuatro.

—Seais bien venido, quien quiera que seais, respondió con mucha gracia el procurador. Si me tomo la libertad de recibiros como si yo fuera dueño de la casa, continuó mirando alternativamente á sus compañeros, lo hago porque tengo títulos incontestables.....

Mr. Bador suspendió la frase declamada con arte, para ver el efecto que producia, y añadió despues de un instante de silencio:

—Estos títulos se reducen á dos: uno consiste en haber llegado el primero á esta posada y el otro en ser, por decirlo asi, del pais.

—Conque sois vecino de Mourt? preguntó el baron.

—Tengo aqui algunos clientes, respondió el procurador; soy de Caen, donde está toda mi familia, y alli tengo alguna influencia; mi estudio, sin ser el primero de la ciudad, no es tampoco el peor.

—Sois notario? dijo Marcoine.

—Procurador, contestó Mr. Bador, procurador defensor cuando se nos permitia hablar ante los tribunales. Yo no he sido como mis colegas, he aceptado con alegría la ley que nos ha vedado la palabra; soy poco aficionado á hablar, no soy charlatan, me fatigo mucho, y á pesar del sentimiento de mis clientes y de sus súplicas, no quise firmar la protesta que elevaron mis colegas contra aquella real órden. Tengo en mi estudio algunos jóvenes abogados, cuya reputacion hago. Gracias á mí, la abogacía de Caen ofrece grandes esperanzas: esos jóvenes aprovechan el tiempo, yo no le pierdo, y todo va perfectamente.

—En ese caso, repuso Mr. Marcoine, no les irá mal á vuestros dependientes, pues lo hallarán todo cocido y amasado. No nos sucede asi en París; alli nosotros somos los que cargamos con los trabajos y el principal con el dinero.

—Ah! con que vos tambien, caballero, os dedicais á la curia? dijo Mr. Bador mirando por cima del hombro al jóven.

—Al notariado, respondió el jóven contemplando desdeñosamente á Mr. Bador.

—Caballeros, dijo el baron, puesto que todos me habeis manifestado vuestra profesion, me creo en el deber de daros la misma prueba de confianza: yo me llamo Armando de Luzzi, y no hago nada.

—Esa sí que es buena profesion! esclamó Mr. Furnichon levantándose y mirándose á un espejo; pero esperemos; que ya nos dedicaremos tambien nosotros á ella; yo todo lo espero de la Bolsa y del tres por ciento.

—Ahora caigo, dijo el oficial de notario, me parece haberos visto en Paris.

—Yo tambien os conozco á vos, contestó Mr. Furnichon dejando deslizar su vozarrona por entre sus labios gruesos y sonrosados. Como que jugamos juntos en la boda de uno de mis compañeros que se casó con una hija de un zapatero retirado del oficio.

—La cual tenia cuatrocientos mil francos de dote, añadió el oficial de notario, con cuya suma compró mi amigo, algunos meses despues, el oficio de Mr. P... que no dejó de ser buen negocio.

—Mejores se pueden hacer, dijo el dependiente acariciando su corbata.

—Pero no en nuestro pais, replicó el abogado.

—Quién habla de vuestro pais? dijo el oficial de notario.

—En efecto, repitió Furnichon, quién habla de vuestro pais?

—Sin embargo, se asegura que hay grandes capitales en el Calbado, dijo Luzzi sentándose á la mesa para participar de la cena que se acababa de servir.

—Sí, añadió Mr. Bador comiendo con tal distraccion que se abrasó la boca, si; hay algunas riquezas consistentes en bienes raices, pero no hay capitales disponibles, no hay dinero contante.

—Estais seguro de ello? preguntó con ironia Mr. Marcoine tomando con la punta de los dedos una alondra.

—Pche! puede que sí, contestó Furnichon con mucha indiferencia sirviéndose una enorme chuleta de ternera.

—Venís acaso á cercioraros? le preguntó Furnichon examinando atentamente su rostro.

—No tal, vengo á cazar en estos alrededores.

—En el mes de mayo? replicó Luzzi.

—Me parece que la caza que el señor busca, es propia de todas las estaciones, dijo Mr. Bador señalando con la vista al dependiente.

—En efecto, contestó el oficial de notario haciendo una seña á sus compañeros, el señor debe ser aficionado á la caza mayor.

—El dependiente no comprendió esto y repuso:

—Y vos, Mr. Marcoine, á qué diablos venis por acá?

—Yo no soy tan afortunado como vos, no vengo á divertirme; vengo á ver una posesion que quiere comprar uno de mis clientes.

—Si me decis cual es, yo os daré cuantas noticias querais, dijo el procurador; conozco cuantas posesiones de importancia hay en el pais.

—Sí, para hacer cargar al cliente con la mas cara, repuso el oficial de notario.

—Creeis que soy de Paris? contestó el procurador con sonrisa burlona.

—No digo tal, pero tampoco creo que sois de vuestro pueblo.

Esta acusacion de mala fe, pasó en la conversacion como la frase mas insignificante, y el procurador normando, no sospechando ya acerca de la presencia de dos parisienses en Mourt, se dedicó á observar á Luzzi. Este le pareció mas temible que los otros. En efecto, el uno habia dejado la diligencia y el otro la silla de posta para detenerse en el último relevo, en tanto que el llegado últimamente habia venido en una magnífica berlina tirada por cuatro caballos.

—Y vos, caballero, le dijo, se puede saber, sin que sea indiscrecion, con qué objeto venis por nuestro pais?

—Yo, respondió Luizzi, vengo, poco mas ó menos, con el mismo objeto que vosotros: vengo á cazar en los mismos sotos que el señor, y á ver la misma posesion que el señor.

El oficial de notario y el dependiente se miraron, y el procurador quedó admirado al oir esta respuesta.

—Ola, dijo el dependiente: con que venís á cazar al soto de.....

—Ola, repitió al mismo tiempo el oficial de notario, con que venís á ver la posesion de.....

—Sí, respondió el baron como si meditára las palabras; vengo á cazar al soto de..... y á ver la posesion de..... Qué diantre! me sucede lo que á vosotros: se me han olvidado los nombres; ayudadme á recordarlos.

—Pues bien: vais al soto de..... de..... de..... Mr. Rupin.

—Pues bien: vais á ver la propiedad de..... de..... Valainville; dijeron el dependiente y el oficial de notario, como para demostrar que no se los cogia desprevenidos.

—Yo no conozco á Mr. Rupin ni al dueño de Valainville, replicó el procurador.

—Pues ello el nombre debe ser así, dijeron á la vez el dependiente y el oficial de notario.

—Sí, murmuró Luizzi, como si se esforzára para recordar el nombre. Es asi como Rupin, Ripon, Ripó..... Rigot; Rigot es como se llama.

—Los tres interlocutores miraron á Luizzi, mientras este continuaba:

—La posesion que decís se llama Valainville, debe ser así como Valainvilli, Vailli..... Taillis..... sí en efecto, Taillis es.

—Ola, dijo el procurador, mientras el oficial de notario y el dependiente permanecian estupefactos á consecuencia de las chanzas de Luizzi; con que vais á Taillis á ver á Mr. Rigot?

—Sí, caballero, respondió el baron; y si estos señores no tienen carruage, puedo ofrecerles asiento en el mio; partiremos mañana á buena hora.

—Con que partís temprano? preguntó el procurador. A cosa de las seis, no es verdad? Me parece demasiado temprano, porque en Taillis se levantan tarde.

—Partiremos cuando estos señores quieran; contestó el baron. Tenemos una buena cena, á la que añadiremos algunas botellas de Champagne si es que las hay; y asi pasaremos la noche divertida hasta que llegue la hora de partir.

—Como gusteis, señores, dijo el procurador: vosotros sin duda estais acostumbrados al régimen parisiense; pero yo no dejo las costumbres de provincia. Con vuestro permiso, me voy á acostar; con que buenas noches, señores.

Diciendo esto, el procurador se levantó y se retiró inmediatamente.

—Bebamos nosotros, señores; dijo el baron destapando una botella de vino, y ofreciendo al dependiente, que le alargó gentilmente su vaso, lo cual hizo tambien el oficial de notario, que parecia prestar oido á lo que pasaba en el patio.

Un instante despues, se oyó el ruido de un cabriolé que salia de la posada. Mr. Marcoine se levantó de la mesa, abrió la ventana, y mirando hácia el camino, vió que se alejaba el carruage.

—Qué es eso? le preguntó Mr. Furnichon, qué es lo que os pasa?

—No es nada, respondió el oficial de notario, un vahido de cabeza; el movimiento del carruage me ha trastornado un poco.

—Pues es gaita! dijo el dependiente; yo tambien tengo las piernas entumecidas.

—Lo que es yo estoy verdaderamente indispuesto; continuó Mr. Marcoine sacando el reloj (pues no son mas que las diez, murmuró por lo bajo). Con vuestro permiso, me retiro como Mr. Bador.

—Sí, sí, podeis hacerlo, contestó Luizzi; creo que el señor no me dejará tan pronto como vos.

El oficial de notario se retiró, y el dependiente quedó solo con Luizzi.

—Qué diablo de idea les ha dado para irse á acostar tan pronto? dijo Mr. Furnichon. Lo que es yo, mas quiero pasar la noche bebiendo que durmiendo en una maldita cama de posada, cuyas sábanas siempre están húmedas.

—A mí me parece, dijo Luizzi, que la humedad de las sábanas no resfriará mucho á esos señores.

—Y por qué? preguntó el dependiente.

—Ahora lo vereis.

Un momento despues, vieron pasar al oficial de notario precedido de un mozo, y encaramado en un caballo de gran alzada, á cuya silla se agarraba con ambas manos.

—Eh! trapalon, á dónde vais asi? le gritó el dependiente.

—El oficial de notario no contestó. Mr. Furnichon se volvió á Luizzi y repitió su pregunta: á dónde vá ese trapalon?

—Toma, á ver la posesion á donde vais á cazar vos.

El dependiente echó un voto de marca, y repuso:

—Y de dónde ha sacado ese caballo?

—Yo creo que si vos pedís otro en tono un poco imperativo, no os quedareis á pié.

Mr. Furnichon dejó á su vez el comedor, y Luizzi le oyó á corto rato jurar y gritar en el patio. Un momento despues, salió de la venta una tartana tirada por dos rocines, en la cual iba el oficial de notario con su inmenso equipage; y como Luizzi se echase á reir, fué interrumpido por una persona que le dió una palmadita en el hombro. Armando volvió la cara, y se encontró con el postillon con quien hablára á su llegada á la venta.

—Vamos, le dijo el postillon en tono de confidencia; ya veis que han partido los tres; el procurador en su cabriolé; el aprendiz de notario en su matalon, y el otro en la tartana. Qué haceis vos?

—Han descansado ya tus caballos?

—Si no hay mas que enganchar, respondió el postillon; como que les he dado triple racion.

—Triple racion hace caminar á racionales é irracionales en Normandía.

—Lo mismo que en todas partes.

—Sí, pero no conviene caminar tan tarde.

—No importa, dijo el pestillon; yo sé un atajo que nos ahorrará la mitad del camino. Llegareis el primero, os doy mi palabra.

Luizzi vaciló un instante, pues le repugnaba tomar parte en aquella caza de dotes; pero la idea de asistir á la presentacion sucesiva de los pretendientes, le decidió al fin.

—Oye, dijo al postillon, dos luises tienes si llego el primero á Taillis, y nada mas que quince sueldos de guias si llego el segundo.

—En ese caso, contestó el postillon, no podemos hacer nada: ese procurador es muy cuco: ha tomado el atajo y se va á plantar allá antes que vos.

—Tres luises si llegamos nosotros primero.

—No puede ser, dijo el postillon; es ya tarde, como habeis dicho muy bien. Por una miserable moneda de seis libras que me ha dado ese mal procurador, pierdo tan buena propina. El me las pagará.

—Ola! dijo Luizzi. Con que te ha dado una moneda de seis libras para que yo no pueda partir?

—Qué borrico sois! No se lo digais á nadie.

—Oye, bribon, dijo Luizzi; no eches en olvido que quiero llegar á Taillis mañana temprano antes que nadie se haya levantado.

—Bien, bien, contestó el postillon, yo me las compondré.

Y en efecto, antes de rayar el alba, el baron, que se habia echado sobre la cama sin desnudarse, sintió enganchar los caballos á su carruage; se levantó, pagó el gasto y partió inmediatamente.

El encuentro de los tres individuos con quienes habia cenado, recordó á Luizzi cierta frase del Diablo: «Ya has visto la codicia en su mas baja espresion. Quieres verla en el gran mundo?» Reflexionó un instante, y consideró que la casualidad que le habia conducido á presencia de aquellos especuladores de mujeres, era tal vez el cumplimiento de la proposicion de Satanás, y resolvió aprovechar la leccion sin necesidad de acudir á las confidencias del Diablo.

Con estos pensamientos llegó á la berja del parque de Taillis, que aun estaba cerrada, y á cuyo través hacia rato que oia ladrar dos ó tres enormes perros. Reflexionaba que su presencia habria alborotado á aquellos animales, cuando descubrió á derecha é izquierda de la berja y á lo largo de la tapia dos sombras que iban y venian. Luizzi no era miedoso, pero la presencia de dos hombres junto á la puerta y casi al amanecer, y sobre todo, la inquietud de los perros, le hicieron temer habérselas con gentes mal intencionadas, lo que le movió á llamar cuanto antes á la berja del parque. Apenas habia sonado la campana, cuando las dos sombras echaron á correr hácia el baron, que solo tuvo tiempo para apoyarse en la berja y desenvainar el estoque de su baston. Las dos sombras eran Furnichon y Marcoine. Ambos estaban helados, transidos; su rostro estaba de color violeta, y el pelo erizado por el hielo. Luizzi los miraba asombrado cuando oyó á Mr. Marcoine esclamar:

—Sí, sí, llamad: que no os abrirán aunque os lleve el Diablo.

—Voto á brios! dijo el dependiente con tal rabia que ella debiera haber bastado á hacerle entrar en calor. Mas de ocho horas hace que estamos detenidos aqui despues de venir á escape. Os aseguro que yo hubiera escalado ya las tapias á no ser por esos perrazos.

—Con que estaba cerrada la casa cuando llegásteis? preguntó Luizzi cada vez con mas gana de reir. Por qué no habeis vuelto á la venta?

—Y como habiamos de volver? En cuanto llegamos, desató el postillon mis dos maletas y me dijo: «No teneis mas que llamar y al instante os abrirán» Mientras le pagaba, que tardé bastante en hacerlo por el frio, veo llegar en su tartana á Mr. Furnichon que habia sido mas previsor que yo anticipando la paga. Asi que me vió, saltó á tierra diciendo: Eh! mozo, descargad mi aquipaje. Ola Mr. Marcoine, tanto andamos como corremos. No vereis á Rigot antes que yo, etc. etc.» añadiendo otra porcion de majaderías.

—Cómo que majaderías? replicó el dependiente.

—Sí, señor, majaderias. Porque pensais que vengo con objeto de..... Pero dejemos esto. Por último, mientras disputábamos asi, voló la tartana dejando al señor como yo, á la puerta. Empiezo á llamar, llamo otra vez y otra y otra, y nada; pasamos una hora así, y al cabo nos convencimos de que se habian burlado de nosotros conduciéndonos á una casa deshabitada.

—O habitada únicamente por perros, dijo Luizzi sin poder contener la risa.

—Y hénos aqui de centinela al lado de nuestras maletas, sin poderlas mover de su sitio.

—Trueno del infierno! esclamó el dependiente; que me ahorquen si no rompo mi baston en las costillas del pícaro que me ha conducido, asi que le eche la vista encima.

—Yo voy á formar causa á ese bribon que tan mala pasada me ha hecho, dijo el oficial de notario.

—Y por qué? preguntó Periquillo acercándose. Le digísteis que os condujera á Taillis, á casa de Mr. Rigot, y asi lo ha hecho.

—No puede ser, porque entonces nos hubieran abierto ya. Estamos cansados de tirar de la campanilla.

—De cuál ? preguntó el postillon.

—De cuál ha de ser? de esta, contestó Mr. Furnichon tirando con furor de la cadena mientras los perros se deshacian.

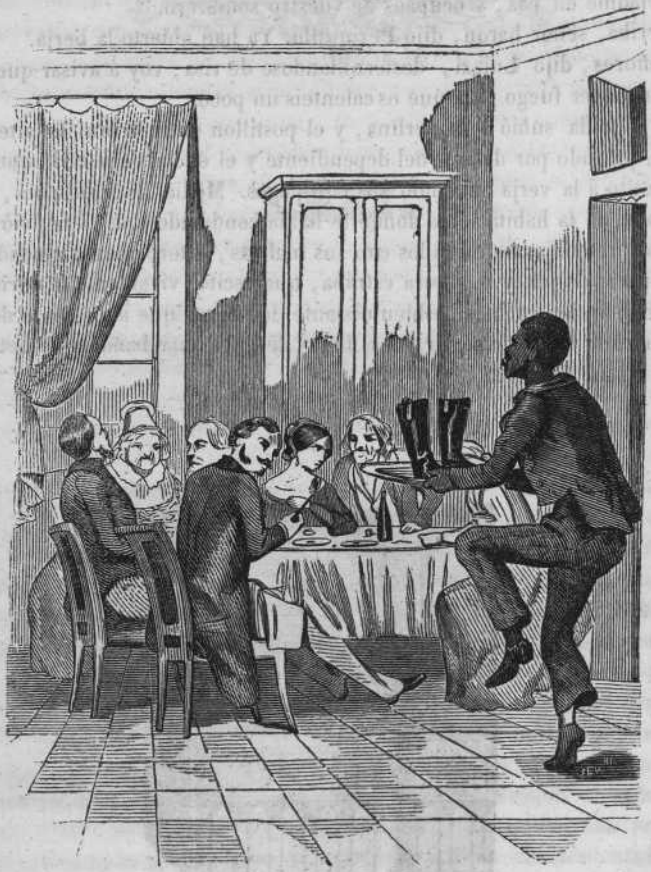
—Si no es esa, dijo el postillon. Esa no se oye desde la casa que está al otro estremo del parque cerca de un cuarto de legua de aqui. Vereis como hace efecto el sonido de esta otra.

Periquillo tiró de un boton oculto en un esconce de la tapia, y colocado á bastante altura.

—Jesus, que torpe sois! esclamó Furnichon dirigiéndose al oficial de notario: habeis empleado una hora en averiguar si habia alguna otra campanilla.

—Y como quereis que la encontrára? Yo no alcanzo allí. Mas torpe sois vos que sois un Goliath, y en lugar de buscarla os habeis entretenido en jurar como un carretero. Con solo alzar el brazo la hubiérais encontrado.

—Y por qué sois tan renacuajo? dijo furioso el de_ endiente.



—Y por qué sois vos tan bestia? replicó el oficial mas furioso aun.

—Señores, haya paz, dijo Luizzi; procurando calmarlos y riéndose á carcajadas.

—Id enhoramala con vuestra risa, señor de la berlina, dijo el dependiente. He echado á perder el frac, el sombrero y las botas.

La rábia de Furnichon era tanta, que dió un puñetazo al sombrero, esclamando:—Maldito sea ese renacuajo de notario!

—Sí, sí, quejaos, dijo Marcoine; quejaos de mí cuando estoy helado hasta los huesos. Por culpa vuestra voy á tener una fluxion de pecho.

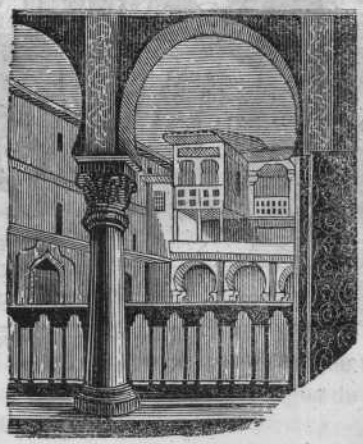
—Por culpa mia?

—Dejadme en paz, y ocupaos de vuestro sombrero.

—Arriba, señor haron, dijo Periquillo. Ya han abierto la berja.

—Señores, dijo Luizzi, desternillándose de risa, voy á avisar que vengan á encender fuego para que os calenteis un poco.

En seguida subió á la berlina, y el postillon entró triunfalmente en el parque, pasando por delante del dependiente y el oficial de notario que quedaron junto á la verja cuidando sus equipages. Media hora despues, desde la ventana de la habitacion á donde le habia conducido una vieja, vió llegar á los dos pretendientes cargados con sus maletas, y torpemente ayudados por una especie de jokey de figura estraña, que escitó vivamente la curiosidad de Luizzi, quien se hallaba bien distante de pensar que aquel ente de rostro cobrizo le habia de servir pocas horas despues una bandeja de botas por postres de un almuerzo.



XXXI.

Los cuatro pretendientes.



Hacia dos horas que Armando se hallaba en Taillis, y aun no se le habia presentado al dueño de la casa, para quien le habia dado Ganguernet una carta de recomendacion; pero no tardó en oir llamar á la puerta, y casi al mismo tiempo vió entrar una mujerona de sesenta años lo menos, arrugada como la charca en que se zambullen los patos, que llevaba un vestido de seda color de fuego y un gorro lleno de lazos amarillos. Hizo á Luizzi una profunda cortesía, mostrando por medio de una graciosa sonrisa sus desdentadas encías, y Luizzi la devolvió el saludo.

—Caballero, le dijo aquella respetable señora, vengo á ver si necesitais alguna cosa. Mr. Rigot es hermano mio, y yo soy Mad. Turniquel. El año de 1808 tuve la desgracia de perder á mi marido de un golpe de sangre que provino de una caida desde el andamio de un piso cuarto, donde estaba sirviendo yeso.....

—Ola! dijo Luizzi, con que vuestro marido era....

—Arquitecto, caballero; pero hacia de peon para dar ejemplo á los trabajadores porque era arquitecto del gobierno y el emperador queria que los gefes fuesen los primeros que echáran mano á todo. Si supiérais qué guapo era! Mi hija, que es suya, se parece á él como una gota de agua, á otra. Ya la vereis, caballero; se parece tambien á mí, pero la pobre ha padecido tanto.... Como ha de ser! Ni ella ni yo tenemos la culpa, porque yo la he criado como si fuera una duquesa. Como he dicho, venia á ver si necesitábais algo: mi hermano es un bello sugeto, pero no sabe las consideraciones que se deben tener con un forastero como vos.

—He sido perfectamente recibido; contestó Luizzi, y nada absolutamente me falta.

—Es que los criados son unos holgazanes, dijo Mad. Turniquel tomando una servilleta y sacudiendo los muebles; no hacen mas que comer, beber, y dormir. Si no mirad como está este cuarto: no han hecho mas que dar un escobazo por medio. El que, como mi hermano, ha estado entre salvages no puede tener una idea completa de la sociedad como yo que estoy acostumbrada á ella.

—Ya se conoce, dijo Luizzi abriendo la ventana para que saliera la nube de polvo que habia levantado Mad. Turniquel con su limpieza.

—Cuidado, le dijo la buena señora, no abrais la ventana, porque en este tiempo no es bueno el fresco. Yo lo sé por esperiencia; porque he estudiado medicina para dedicarme á partera.

—Yo tengo un medio escelente para combatir esa nociva influencia: acostumbro fumar un cigarro todas las mañanas.

—Haceis bien, caballero: el cigarro es muy bueno para el estómago. Yo mismo lo esperimenté en el mar, donde fumé mucho para preservarme del *escorbuto* que se habia apoderado de toda la tripulacion.

—Ya! con que habeis navegado mucho?

—He estado dos veces en Inglaterra á llevar á Genia su hija. Genia es hija mia, caballero....Miradla, miradla en el patio.

Luizzi vió en efecto una mujer alta y hermosa que pasaba por bajo de su ventana. Mad. Turniquel la dijo con toda la fuerza de sus pulmones:

—Buenosdias Genia, buenos dias.

La interpelada alzó la vista y pareció sorprenderse al ver el rostro de Luizzi al lado del de su madre. Saludó algo turbada é hizo una seña al jokey que antes habia visto Luizzi. El jokey se acercó á ella con temor y sumision, escuchó atentamente lo que su ama le decia y en seguida entró en la casa con la velocidad del rayo. No bien le habia perdido Luizzi de vista sintió que abrian la puerta de la habitacion, y vió al jokey que se acercó á la ventana dondo estaba Mad. Turniquel diciéndola:

—Ha, ha, mamá, abajo, ha, ha.

—Qué es lo que quiere este figuron de mampara? preguntó Mad. Turniquel, volviendo la cabeza.

—Ha, ha, repitió el jokey; ha, ha, mamá abajo... Genia, Genia.

—Me llama mi hija, no es verdad?

El jokey hizo una señal afirmativa con la cabeza, mostrando la puerta á Mad. Turniquel.

—Bueno, bueno. Hasta luego, caballero. Dentro de media horita almorzaremos; ya oireis la campana.

—Agradezco vuestra atencion.

Armando salió á despedir á la buena mujer, que se deshacia en reverencias. Apenas hubo cerrado la puerta, se echó á reir estrepitosamente y casi al mismo tiempo oyó una risita áspera que respondia á la suya; volvióse inmediatamente y vió al jokey remedando las posturas de Mad. Turniquel y riéndose á carcajadas. El jokey era un ser bastante original. Tenia el rostro pintorreteado, y el pelo negro y liso; sus ojos brillaban y denotaban astucia; eran sus dientes largos, delgados y blancos, y parecia tener sobre veinte y cinco años. Su aspecto contuvo la risa de Luzzi, que se puso á examinarle con cierta curiosidad. Apenas notó este exámen el jokey, calló, bajó la cabeza y se arrimó á la pared, dirigiendo al baron miradas llenas de desconfianza. Armando continuó mirándole con la misma atencion, y él echó una mirada investigadora á su alrededor, y viendo en un rincon de la habitacion un par de botas, se apoderó de ellas exhalando un grito de alegría y se las llevó antes que Luizzi hubiera podido dirigirle la palabra.

Armando, no bien se vió solo, se preguntó á sí mismo si se hallaba en alguna casa de locos. Pensaba en las dos visitas que acababa de tener, cuando sintió el ruido de un carruage que entraba en el patio, y se asomó á la ventana para ver qué nueva caricatura venia á aumentar el número de las que habia visto ya. Armando estaba destinado á equivocarse casi siempre. Una mujer vestida con cierta elegancia, y un bello jóven, fueron los que bajaron del carruage.

No bien habian echado pié á tierra estos nuevos personajes, se dirigió á ellos Mad. Turniquel diciendo:

—Como vá, señora condesa?

—Bastante mal, respondió la hermosa dama abrazando á la vieja. Estos vientos de Oeste me atacan los nervios horriblemente.

—Oh! ya sé lo que es este tiempo, contestó Mad. Turniquel; á mí me dan unos calambres tan atroces en las piernas!

Luego se volvió al bello jóven y añadió:

—Y vos, señorito, cómo estais?

—Perfectamente, respondió el jóven dando la mano á la hermana de Mr. Rigol; pero hay tan malos caminos para venir aquí, que estoy enteramente molido.

—Ya, ya lo sé, dijo la vieja; cuando yo llevaba al campo el ganado, habia unas barrancas que se metia una hasta las rodillas.

—Sabeis, Mad Turniquel, que debísteis ser una hechicera zagala? como que vos érais Estela, no faltarian mas de un Nemorino, dijo el elegante.

—Y qué es eso de Estela y Nemorino?

—Son personages de una novela de Florian respondió la condesa.

—Florian! esclamó Mad. Turniquel; le he conocido mucho. Como que me estimaba tanto que me leia todos sus libros.

Probablemente hubiera continuado asi la conversacion largo rato, si Mad. Peyrol no hubiera vuelto à interumpir la cháchara de su madre. Todos entraron en la casa y un momento despues oyó Luizzi la campana que anunciaba el almuerzo. Bajó, y gracias á la voz de Mad. Turniquel, llegó á un hermoso salon donde se habian ya reunido una docena de personas. Alli volvió á ver al procurador, al oficial de notario y al dependiente; ademas estaban la dama y el jóven que habia visto bajar del carruaje y una jóven de rara hermosura cuya semejanza con Mad. Peyrol hizo creer al baron que seria la sobrina de Mr. Rigot. Este se hallaba en un rincon del salon, hablando con el procurador, y dirijiendo miradas investigadoras á todas las personas que se hallaban presentes.

Asi que apareció Luizzi, Mr. Rigot se dirijió á él y le dijo con tono de franqueza.

—Os pido mil perdones por mi poca atencion; soy un antiguo soldado educado muy mal. Nosotros, nacidos como suele decirse en el arroyo, ignoramos las buenas maneras; ya sé que he debido pasar á veros como dueño de la casa; pero nosotros los hijos del pueblo usamos pocas ceremonias. No es verdad señora condesa de Lemée? añadió dirijiéndose á la dama llegada en el carruage.

En seguida volviéndose á Luizzi continuó:

—He recibido la carta de mi amigo Ganguernet que me anuncia vuestra venida; quiero decir que he hecho que me la lean, porque nosotros los campesinos ya lo veis, somos unos ignorantes, nada sabemos; pero os aseguro que celebro infinito ver en mi casa al Señor baron Armando de Luizzi que, segun dice Ganguernet, disfruta doscientas mil libras de renta. Tengo pues la honra de saludaros.

Mr. Rigot se separó de Luizzi en quien se fijaron todas las miradas examinándole con curiosidad, particularmente las del jóven conde de Lemée, y se dirijió á los parisienses.

—Quién de vosotros es el notario, señores? preguntó Mr. Rigot.

—Yo soy, contestó Marcoine sacando con gentil desembarazo unos papeles del bolsillo. Se ha hecho la adquisicion de vuestra casa del arrabal de S. Germán y ved aqui la escritura; yo he sido el encargado de este negocio, y creo

que se ha manejado con alguna habilidad, como que he obtenido la finca por cien mil francos menos de la tasacion.

—Os doy las gracias, contestó Mr. Rigot, porque ya lo veis, nosotros los hijos del pueblo no servimos para nada.

—He querido traeros yo mismo la escritura á fin de haceros apreciar aun mas las ventajas, dijo el oficial de notario con tono de lisonja.

—Sois muy amable, respondió Rigot; ya lo veis, nosotros los normandos no entendemos nada absolutamente de negocios.

En seguida se dirijió al dependiente de agente de cambios, y añadió:

—Y bien, caballero, á qué debo la honrra de vuestra visita?

—Vengo acerca de la colocacion de los fondos que dejásteis en poder de vuestro banquero.

—Pues qué, no dije á vuestro principal que los empleára en títulos del tres por ciento?

—Le ha parecido poco ventajoso ese empleo.

—Quiero títulos del tres por ciento, dijo Mr. Rigot; quiero fondos de nobles y emigrados; tengo ya una posesion de marqués y un palacio de duque, quiero la indemnidad de los emigrados.

—Podemos ofreceros negocios aun mejores que esos.

—Quiero lo que quiero, dijo Rigot, con viveza; es muy posible que nosotros los hijos del pueblo seamos unos imbéciles, pero no le hace.

Casi al mismo tiempo entró un criado á decir que estaba ya servido el almuerzo; el futuro notario se acercó al baron y le dijo:

—Yo no creo que Mr. Furnichon tenga muchas probabilidades de triunfo.

Mad. Peyrol y su hija Ernestina, se produjeron durante el almuerzo con una gracia y una elegancia que contrastaban notablemente con las maneras de Mr. Rigot y las de su hermana. Luizzi y Mr. Lemée se hallaban al lado de Mad. Peyrol y el oficial de notario y el dependiente al lado de Ernestina. El procurador estaba sentado á uno de los estremos de la mesa, entre Mr. Rigot y Mad. de Lemée, y Mad. Turniquel lo estaba al otro estremo entre dos personajes de quienes no hemos hablado aun y que eran el cura del lugar y el recaudador de contribuciones vecinales. El primero, consagrado al celibato, y el segundo, casado ya, estaban encargados de desempeñar en esta escena el papel de personajes mudos en atencion al poco interés que tenian en su desenlace.

Apenas se habian sentado los convidados á la mesa, contólos Mad. Turniquel, y dijo:

—Justamente somos doce. Me alegro infinito porque si fuéramos trece, lo que es yo me guardaria bien de almorzar ahora.

—Es posible, dijo el procurador, que una mujer tan distinguida como vos abrigue tales preocupaciones?

—Cómo preocupaciones? replicó el jóven conde de Lemée. Soy entera-

mente de la opinion de Mad. Turniquel; hay ejemplos de grandes desgracias sobrevenidas por querer arrostrar esa creencia popular.

—Vamos, dijo el dependiente, esas ideas se quedan para la gente ruda.

—No hableis de ellas con tanto desden, repuso Mad. de Lemée. Personas de alto copete abrigan la misma opinion. La reina María Antonieta, á quien serví antes de la revolucion, se horrorizaba al oir el número trece.

—Muy bien lo sé yo, dijo Mad. Turniquel. Como que la misma reina me lo dijo un dia que fuí á felicitarla con otras damas del barrio con motivo del nacimiento de la duquesa de Angulema.

—Mamá, quereis este alon de pollo? dijo Mad. Peyrol con viveza, haciendo que no se oyeran las últimas palabras de esta frase.

—Gracias. No quiero mas que este arenque y un poco de crema.

—Yo por mi parte soy fatalista, dijo Mr. Rigot. El gran Napoleon lo era tambien, como todos los grandes hombres.

—Eso me consta á mí: mas de cien veces se lo oí decir al mismo emperador, añadió Mad. Turniquel.

—Ola, con que conocíais al emperador? preguntó Luizzi.

—Tan bien como á vos.....

En tanto que Ernestína interrumpia á su abuela ofreciéndola crema, Mad. Peyrol decia por lo bajo á Luizzi con tono suplicante á la vez que lleno de gracia y dignidad:

—Sed indulgente para con mi madre, caballero.

Y para cambiar de conversacion, se dirigió entonces al jóven oficial de notario que guardaba un prudente silencio, y le dijo:

—Qué noticias traeis de Paris, caballero?

—Señora, contestó Marcoine con aire de modestia, nada de particular puedo deciros; los asuntos del estudio y sobre todo la instruccion del segundo dependiente que debe reemplazarme, me ocupan por completo.

—Ola, con qué abandonais el notariado, mocito, dijo Mr. Rigot.

—No señor, respondió el oficial con indiferencia, lo que hago es comprar un oficio muy bueno, el mejor de Paris seguramente.

—Segun eso os casais? dijo el dependiente.

—Sí, respondió Marcoine, no me faltan buenas proporciones; ya veis que el notariado es carrera que agrada á todos los padres de familia, es una colocacion segura y honrosa del dinero, una profesion sólida y estimada en la sociedad: tiene relaciones con lo mas florido de la capital, y al cabo de cierto tiempo se adquiere un caudal considerable y un nombre acreditado, por cuyo medio puede uno satisfacer su ambicion si es que la tiene.

—Mejor profesion es la de agente de cambios, repuso el dependiente. En punto á capitales, si en alguna profesion se encuentran, es en la de agentes de cambios; en cuanto á sociedad me parece que la de la bolsa es mas elegante

que la del notario, y en cuanto á ambicion creo que se satisface antes en la bolsa que en el estudio.

—Tres notarios de París son actualmente diputados y cuatro Maires de su distrito ó miembros del consejo general, dijo con vivacidad Marcoine.

—Lo creo, repuso el dependiente, pero tambien hay dos agentes de cambios coroneles de la guardia nacional. El conde de P... que ha sido banquero y es en la actualidad par de Francia, empezó por ser agente de cambios. La carrera bursátil es muy distinta de la del notariado.

—Y pensais recorrerla hasta el fin? dijo Mr. Rigot.

—Y para empezar quereis tambien comprar un título? añadió Luizzi.

—Sí señor, respondió el dependiente.

—Y para pagar ese título, continuó Mr. Rigot, os casareis con una mujer cuyo dote....

—Oh! nada de eso, contestó Furnichon con aire sentimental, y echando una mirada llena de exaltacion á Mad. Peyrol y á Ernestina. Nunca me casaré con una mujer á quien no ame. Yo no busco riquezas: lo que busco es un corazon que me ame.

—Esa es exactamente mi opinion, dijo Mr. de Lemée con aire de fatuidad; confieso que algunas veces me pesa el hallarme en la brillante posicion en que la casualidad me ha puesto. Tengo veinte y dos años, y soy par de Francia por haber fallecido mi padre. Poseo un nombre algo esclarecido....

—Y os pesa ocupar tan ventajosa posicion? replicó Armando.

—Os aseguro que sí, contestó Mr. de Lemée. Temo mucho, si llego á casarme, dar con una mujer que lo único que ame sea la ventajosa posicion de que hablais. Hay muchas que ambicionan mas una brillante posicion que un hombre de corazon tierno y sincero; si yo no fuera lo que soy, quizá se preferiria á mí un mónstruo feo, tonto, egoista, á quien la casualidad hubiese dado los bienes que poseo.

—Estraño mucho, hijo mio, replicó Mad. de Lemée con tono doctoral, que os quejeis de una posicion que debe ambicionar toda mujer bien nacida.

—Teneis razon, dijo Mad. Turniquel; si yo me vuelvo á casar me juzgaré muy feliz siendo mujer de un par de Francia.

—Pero no mia, no es verdad, señora? dijo Mr. de Lemée sonriéndose con mucha gracia. Yo soy pobre.

—Hijo mio! esclamó Mad. de Lemée.

—Por qué ocultar lo que todo el mundo sabe? continuó el conde. Eso es lo único que me consuela; porque si encuentro una mujer digna de comprenderme, que se resigne á participar de mi pobreza, me será lícito creer que no la ha seducido el interés.

Este discurso fué dirigido á Mad. Peyrol de una manera tan directa, que Luizzi se imaginó que Mr. de Lemée, como vecino y visita de la familia de Rigot, conocia á cual de las dos mujeres estaban destina-

dos los dos millones de dote. Para cerciorarse mas, Luizzi se dirigió á Mr. Bador, á quien suponia tambien iniciado en los proyectos de Mr. Rigot.

—Como supongo que tendreis en poco la profesion de notario y de agente de cambios, supongo tambien que no aconsejareis á ninguna mujer que elija marido en ellas.

Al oir esta pregunta, demasiado directa para que todos los circunstantes no se viesen embarazados, Mad. de Peyrol miró al baron admirada, como si no la hubiese esperado de él. El procurador fué el único que permaneció sereno y respondió con desdeñosa negligencia:

—Yo creo que la profesion del hombre es cosa de poca importanoia; lo que me parece es que el hombre para casarse necesita una posicion hecha, sentada, que no repose en esperanzas casi siempre ilusorias. Creo, en fin, que el hombre antes de pensar en casarse necesita hacer ciertas pruebas.

—Hé ahi una cosa muy bien dicha: eso es hablar como un hombre establecido.

—Sí señor, respondió el abogado, como un hombre que conoce el mundo, que le ha esperimentado y que sabe muy bien que la felicidad no consiste en el lujo de las fiestas y bailes en que la mujer de un agente de cambios ó la de un notario pasa la vida; como un hombre que sabe que la dicha no existe para una mujer en lo que llamais una posicion elevada, y que la devuelve á menudo en ridiculeces toda la fortuna que la ha prodigado; en fin, hablo como un hombre que cree que la felicidad consiste en una vida dulce, retirada y pacífica, en medio de una familia honrada, con un marido que ante todo, se ocupa en satisfacer los deseos de su mujer y en pensar únicamente en ella.

El procurador pronunció este discurso con una gran afectacion y sin apartar la vista de Ernestina que le escuchaba con interés. Entretanto que Luizzi observaba este nuevo manejo, no sabiendo á cuál de las dos si á la madre ó á la hija estaba destinado el dote, el oficial de notario no quiso dejar pasar sin respuesta la interesante teoría del procurador.

—Esa felicidad de que hablais es una felicidad de provincia, y ademas creeis que no se encuentren en París tambien hombres capaces de cumplir los deseos de las mujeres?

—Sin duda, contestó el dependiente, que creyó deber por un momento unirse al oficial de notario para defender la felicidad parisiense vivamente atacada por la arenga del procurador. Sin duda en París hay tambien maridos que hacen la felicidad de sus mugeres.

—Solamente, replicó el oficial, que allí la felicidad es mucho mas elegante: en lugar de vuestros groseros placeres de provincia, aquellos son mas delicados; en lugar de vuestras tristes y monotonas reuniones allí hay los bailes mas brillantes.

—Con Colinet y Dufresne, añadió el dependiente.

—En lugar de vuestras eternas noches ocupadas en bordar en cañamazo, hay allí los Italianos y la Opera.

—Con Tulou y Rossini, volvió á añadir Furnichon.

—En vez de vuestras comidas de campos, continuó el futuro notario, hay.....

—Las carreras del campo de Marte, soberbios caballos, magníficos trages, interrumpió el dependiente.

—Y todo eso no vale nada, dijo Mr. de Lemée. Habladme de un hombre que puede abrir á su mujer las puertas de todos los salones de Europa, que la vé buscada, respetada en todas partes donde la presenta.

En este instante el futuro notario, el procurador y el dependiente atacados por decirlo así en su plebeyicismo, trataron de contestar á Mr. Lemée hablando todos á un tiempo; pero Mr. Rigot tomó la palabra y reinó un profundo silencio:

—Y cuál es vuestra opinion, señor baron? preguntó á Luizzi.

Armando iba á responder; y todos se inclinaban á escucharle, porque con su silencio habia adquirido la autoridad del hombre que aun no ha dicho nada, al cual se le suponen ideas de reserva, y cuyas palabras se cree que van á terminar toda discusion.

—Yo opino que..... dijo Luizzi.

Y no continuó, porque fuè interrumpido por un par de botas admirablemente lustradas y colocadas en una bandeja que el jokey de que ya hemos hablado, colocó sobre la mesa con una sonrísa de satisfaccion.

Mr. Rigot soltó nna carcajada, y todos le imitaron sin escepcion de Mad. Peyrot, que no pudo resistir á la risa homérica de todos los comensales.

Entretanto Akabila saltaba alrededor del comedor como un gato montés; y asi todo el mundo se levantó de la mesa sin saber como opinaba Luizzi á cerca de la importante cuestion que acababa de suscitarse.



XXXII.

Honrada transaccion.



uy pocas horas habian trascurrido desde aquel memorable almuerzo, tan singularmente interrumpido por la bandeja de botas que Akabila habia servido á Luizzi. El baron quiso pedir esplicaciones acerca de esta interrupcion á Mr. Rigot, que solo le respondió desternillándose de risa. Mad. Turniquel se contentó con decir:

—Ese bestia no sabe hacer mas que eso; pero le gusta á Rigot, y es preciso dejarle.

Por lo que toca á Ernestina, era inútil preguntarle acerca de una cosa que no la interesaba personalmente: ocupada de su persona, de su rostro, de su tocado, parecia mirar con el mas profundo desprecio las maneras desembarazadas y sin pretension de Luizzi, y apenas se dignaba escuchar las

pocas palabras que éste la dirigia de cuando en cuando. Armando se habia dirigido á Mad. Peyrol, quien escusó la locura del jokey de una manera bastante plausible.

—Mi tio, dijo, trajo ese malayo de Borneo, y quiso hacerle útil: ha tratado de hacer de él un groom, un cochero, un ayuda de cámara, qué se yó? Mas, no habiéndolo podido conseguir, le ha dado por único empleo el de limpiar botas. A decir verdad, mi tio le trata como si fuera un mono, y cuando Akabil ha desempeñado bien su deber, le da un vaso de rom, á que el infeliz es muy aficionado. Hoy no se habrán acordado de darle su racion, y para obtenerla ha cojido el primer par de botas que ha hallado á mano; las ha limpiado y las ha traido triunfalmente para recibir su recompensa.

Armando se contentó con esta esplicacion, aunque á su pesar, le estrañaba la presencia del malayo en aquella casa, y le inquietaba sin saber por qué el incidente de las botas. Púsose á observar lo que pasaba y se divirtió no poco con los tormentos del oficial de notario y del dependiente, que llevaban sus obsequios desde la hija á la madre y desde la madre á la hija, en tanto que el conde de Lemée estaba constantemente al lado de Ernestina, y el procurador al lado de Mad. Peyrol. La poca atencion que la niña prestara á sus palabras hizo á Luizzi ocuparse mas particularmente de Eugenia, en la que creyó notar un espíritu recto, elevado y grave, una alta inteligencia de sus deberes para con su madre y su hija, y una resignacion llena de dignidad al ridículo papel que su tio la habia improvisado. Sin embargo, Armando habia tomado su partido; conocia que aunque hubiese hallado un ángel hubiera sido punto menos que imposible que él, jóven, hermoso, elegante y rico, se asociase á semejante familia; asi pues, se decidió á dejar aquella casa la mañana siguiente. No sabía como hablar con Rigot, pero éste le proporcionó la ocasion aquella misma noche. Despues de comer, el dueño de la casa invitó á los hombres á que le acompañáran para vaciar juntos algunas botellas. Asi que se retiraron las señoras, tomó Mr. Rigot la palabra y dijo:

—Señores, sé con qué objeto habeis venido aquí: se presenta ocasion de ganar dos millones, y todos teneis gana de echarles el guante.

Todos respondieron á aquella proposicion, escepto Luizzi que, insistiendo en su resolucion, se reservó el derecho de hacerlo con altivez.

—Os digo que se presenta ocasion de ganar dos millones y teneis gana de echarles el guante; no os hagais los melindrosos y escuchadme.

—Teneis gana de divertiros, mi querido Rigot, dijo el procurador escanciándole un vaso de vino?

—Y nosotros comprendemos la chanza, añadieron los demas trincando con el ex-mariscal.

—Pues bien, señores: debo deciros una cosa, y es que la visita de los pretendientes comienza ya á cansarme, porque si no atrapan el dote, atrapan dinero: Debo advertiros que he dado á mis sobrinas órden para que hagan su

eleccion en el término de veinte y cuatro horas. Sois cinco buenos mozos de diferente condicion. Todos me convenís porque de todos tengo escelentes noticias. Arreglaos tambien para hacer vuestra eleccion, y tratad de adivinar donde está el premio, porque ya está señalado el dote de dos millones y el que no le obtenga se quedará sin nada.

El jóven par y el procurador cambiaron una mirada de inteligencia, y el dependiente y el futuro notario se mostraron bastante desconcertados. Mr. Rigot continuó:

—Mañana por la noche estará ya hecha la eleccion; pasado mañana se leerán las amonestaciones, y á los ocho dias celebraremos el matrimonio á menos que estos señores parisienses necesiten mas tiempo para mandar venir sus papeles.

El dependiente y el oficial de notario se miraron nuevamente con embarazo; pero el bello Mr. Furnichon, sacando audacia de su necedad, se atrevió á contestar:

—Lo que es yo no os haré esperar, porque traigo mis papeles en regla.

Mr. Rigot se echó á reir, y dijo dirigiéndose á Marcoine:

—Y vos, mocito?

—Yo no soy mas bestia que Mr. Furnichon, respondió el oficial.

—Estos señores, dijo Mr. Rigot, se han preparado con anticipacion. Solo nos falta saber las intenciones de Mr. de Luizzi.

Armando acababa de recibir una de esas lecciones á que pocos hombres son admitidos. Acababa de ver hasta qué punto puede llevar la humillacion la codicia en su mas alto grado. Su corazon se indignó á la vista de tanta bajeza, y tomando la defensa de la dignidad humana, respondió:

—Yo nunca convertiré en vergonzosa especulacion el lazo mas sagrado, la union mas solemne de este mundo. Estos señores pueden optar á los dos millones sin temor de que yo les haga mala obra.

Rigot se puso encarnado de rabia al oir la respuesta del baron; pero se calmó muy pronto dirigiendo á Luizzi una mirada siniestra, que hubiera alarmado al baron si hubiera creido que aquel hombre podia hacer algo contra él. Al mismo tiempo los cuatro pretendientes demostraban su enojo suponiendo que el baron los insultaba, y trataban de pedirle una satisfaccion.

—Silencio! esclamó Rigot. Si ha habido insulto, á mí es á quien se ha hecho y yo soy quien quiere y debe vengarle. No se hable mas del caso, señor baron; libre teneis el campo, señores: vamos á reunirnos con las señoras.

En seguida Mr. Rigot se dirigió al salon; el procurador y Mr. de Lemée le siguieron, mas al salir sacó Mr. Bador el pañuelo y dejó caer un papel que recogió Luizzi. Iba á llamar al abogado para devolvérsele cuando vió al oficial de notario hacer una seña al dependiente que volvió atrás. Luizzi se detuvo para escucharlos.

—Vaya, hablemos poco y bien, dijo Marcoine: aquí estamos haciendo el papel del tonto. Ya veis que el procurador y el par de Francia se entienden.

—No sé en que pueden entenderse, objetó Furnichon. El dote ha de ser para Ernestina ó para su madre, conque tanto mejor para el que acierte en la eleccion.

—Y tanto peor para el que no acierte, no es verdad?

—Es muy sencillo.

—Vos sí que sois sencillo y aun simple, repuso el oficial de notario con sarcasmo.

—Sí? murmuró el dependiente.

—Sí, y los dos seremos unos imbéciles sino calculamos mejor los negocios. Unámosnos y pescaremos los dos millones.

—Y cómo?

—Escuchad. Hé aquí el modo de proceder: yo supongo que me elije la hija, y que es la agraciada con los dos millones, en cuyo caso cargais con la madre, y os quedais al piste.

—Es verdad, y confieso que eso me acobarda.

—Y á mí me horroriza; pero hay un medio de prevenir esa desgracia, ó al menos de aminorarla.

—Y cuál es?

—Supongamos que una de de las dos futuras tuviera un millon quinientos mil francos de dote y la otra quinientos mil, ¿no estariais asi mas animoso?

—Toma, ya lo creo.

—En ese caso, debeis entenderme.

—Ni pizca.

—Ay Dios mio, que poco diestro sois en los negocios de dinero, para ser de la bolsa!

—Esplicaos con claridad.

Es preciso metéroslo con cuchara. Pues bien: hagamos un convenio por el cual se obligue al que obtenga la mujer de los dos millones á dar quinientos mil francos al que obtenga la mujer cero.

—Furnichon quedó suspenso un instante y luego dijo:

—Perder quinientos mil francos asi de buenas á primeras!

—Pero y si no cojeis nada?

—Teneis razon.

—Con que estais conforme?

—Conforme.

—Id allá; voy á poner con lapiz el borrador del convenio. Subiré en seguida á mi cuarto, le copiaré en cuatro plumadas, firmaremos y estará todo corriente.

—Daos prisa, porque entre tanto ganan terreno los otros.

—Teneis papel blanco?

—No.

En este instante se acercó Luizzi y les dijo:

—Qué buscais?

—Psche! nada, un poco de papel.

—Aqui teneis un pedazo, contestó Armando con tono de indiferencia; pero está escrito por un lado.

—No importa, dijo el oficial de notario, escribiré por el otro.

Cuando el futuro notario se ocupaba en escribir, llegó el procurador seguido de Mr. de Lemée. Parecia que buscaba alguna cosa. Dió vueltas y mas vueltas por el comedor, y viendo á Luizzi, que retirado en un rincon aparentaba léer un periódico, le preguntó:

—No habeis visto por aqui un pedazo de papel?

—Me parece que le tienen esos caballeros, respondió Luizzi.

—Cómo! esclamó el procurador dirigiendose á Marcoine: ¿conque habeis encontrado ese papel y habeis tenido la indiscrecion de....

—No señor, contestó el oficial de notario con indiferencia: nos le ha dado ese caballero, y os aseguro que no he leido una sílaba.

—En ese caso tened la bondad de devolvérmele, dijo el procurador. En seguida se acercó á Mr. de Lemée, y añadió, á su oido:

—Es nuestro proyecto de convenio.

—Qué imprudencia! esclamó el par.

—Vamos, habeis acabado? preguntó en seguida el procurador.

—Esperad un instante, respondió el oficial; como que yo no sabia que era vuestro este papel, he escrito con lápiz al respaldo cosas que quisiera me dejárais borrar.

Luizzi se acercó á los cuatro interlocutores, y haciéndoles una seña para que se aproximáran, dijo al oficial de notario:

—Y para qué habeis de borrar nada, Mr. Marcoine? Es muy probable que lo escrito por un lado sea lo mismo que lo escrito por otro.

—Cómo! esclamaron los cuatros pretendientes.

—Cosa muy sencilla, repuso Luizzi: es un proyecto de escritura redactado por un procurador y revisado por un escribano. Es generalmente lo mas acertado. Leed, leed, que no dudo quedareis satisfecho de la ciencia del uno y el otro.

Mr. Marcoine, por un movimiento de curiosidad muy natural en él, dió vuelta al papel y leyó las primeras frases trazadas por el procurador:

«El conde de Lemée y Mr. Bador, etc., etc, se obligan en caso de contraer matrimonio uno de ellos con Mad. Peyrol ó su hija etc., etc.

—Continuad, dijo Luizzi:

Marcoine volvió el papel y leyó:

«Mr. Marcoine y Mr. Furnichon se obligan en caso de contraer matrimonio etc., etc....

—Seguid, repuso Luizzi.



El oficial de notario murmuró algunas frases mas, ya leyendo por un lado ya por otro; luego, al llegar á cierto punto de lo escrito con tinta, alzó la voz y leyó:

«Aquel á quien haya tocado el dote espresado, se obliga á dar quinientos mil francos á....

Volvió el papel y leyó por la parte escrita con lápiz:

«Se obliga á dar quinientos mil francos á....

—Hum!... refunfuñó el dependiente.

—A fé mia, dijo Marcoine, que no se hace una escritura mejor en París.

—Pero está visto que se hacen tan bien como en provincia; repuso el procurador tomando el papel, y añadió despues de leerle:

—Es lo mismo, palabra por palabra.

—En efecto, dijo el par; parece copia.

—Es un calcado, añadió el dependiente.

—Hay un proverbio que dice que los buenos talentos se encuentran, dijo Luizzi.

—Pues bien, esclamó el procurador; bandera contra bandera; dos contra dos.

—Y por qué no hemos de preferir la alianza á la guerra? preguntó Marcoine con rapidéz. Por qué no han de ser cuatro los que suscriban el contrato? Al fin pudiérais no ser elegido ni uno ni otro, y en tal caso os quedábais sin nada. Podemos ser elegidos el procurador y yo, ó el conde y yo, ó bien el agente de cambios y el conde, ó el agente y el abogado. Aqui teneis cuatro combinaciones que nos cojen desprovistos.

—No admite duda, dijo el procurador; la cosa es muy séria. Unámosnos los cuatro; el que obtenga el dote y la muger, pagará quinientos mil francos al que solo haya obtenido la mujer, cualquiera que sea.

—Y el que nada haya obtenido?

—Claro es que nada obtendrá, respondió Mr. Marcoine.

—Ya lo creo que no, dijo el dependiente; como que necesitan diez mil francos para alfileres las dos novias.

—Con que lo dicho dicho, le interrumpió el procurador. Despachemos: Para concluir mas pronto, hagamos cada uno una copia. Aqui hay papel sellado y recado de escribir.

El procurador sacó una cartera provista de estos utensilios. Sentáronse todos á la mesa, y dictando Mr. Bador, se pusieron á escribir:

—Los que suscriben.....

Y á una mirada del procurador cada cual enunció su nombre dando principio el conde.

—Alfredo Henrique, conde de Lemée, par de Francia.

—Luis Gerónimo Marcoine, oficial de notario.

—Desiderio Antenor Furnichon, dependiente de agente de cambios.

—Y Francisco Paulino Bador, procurador de Caen, han convenido etc.... etc..... etc.

Y el procurador siguió dictando por espacio de diez minutos, repitiendo cada uno el final de la frase para advertir que la habia escrito.

Luizzi contemplaba aquel vergonzoso espectáculo sin saber que hacer, si reirse ó indignarse, cuando sintiendo que le daban en el hombro, volvió la cara y vió á Mr. Rigot que le dijo:

—Qué están haciendo?

Luizzi no quiso decir la verdad, sea porque ningun interés tuviese en denunciar á los cuatro pretendientes de dote, ó sea que quisiese condurar, hasta el fin el placer de aquella comedia. Asi, pues, contestó:

—Yo creo que están escribiendo cada cual un billete amoroso para su dama.

—Muy bien, muy bien! esclamó el tio Rigot. Tengo que hacer á esos caballeros una pequeña advertencia.

—Es lástima interrumpirlos, dijo Luizzi. Es tan propensa á desvanecerse la inspiracion amorosa!

—Sin embargo, no deben ignorar el caso.

—Qué, tan importante es?

—A vos os interesa muy poco, puesto que no entrais en el número de los pretendientes. Aunque nada he dicho de vuestra renuncia, pensad bien en ella, que os dejo veinte y cuatro horas para reflexionar.

—Estoy enteramente decidido.

—Allá lo veremos, contestó Rigot moviendo la cabeza. Entretanto voy á darles la noticia.

—Sí, podeis hacerlo, que yo me retiro.

—No os vayais, que tal vez os divertireis.

—Y diciendo esto, Rigot pasó al comedor, á cuya puerta se habia detenido con Luizzi. Los cuatro enamorados que acababan de firmar y cambiar su transaccion, se volvieron turbados al oir la voz del dueño de la casa.

—Dispensad, señores, dijo Mr. Rigot: aun no os he participado todos mis proyectos, porque he creido que todos no os concernian; sin embargo, mi hermana acaba de hacerme ver que ella no debe ser menos favorecida que su hija y su nieta, y vengo á deciros lo que he pensado hacer por ella.

—Y qué es? preguntaron llenos de espanto los cuatro asociados; que participe de los dos millones?

—Nada de eso, señores, nada de eso; yo soy hombre de palabra. Los dos millones corresponden á Mad. Peyrol y su hija; pero he resuelto dedicar un millon á Mad. Turniquel. Este millon no ofrece dudas: se le daré á mi hechicera hermana, y por consecuencia el que consiga agradarla está seguro del negocio. Con que manos á la obra: teneis para decidiros hasta mañana.

Mr. Rigot salió del comedor sin añadir una palabra mas á su nueva proposicion, y dejó á los concurrentes con una estraña perplegidad.

—Diablo! dijo el procurador; la cosa es ya diferente.

—Tendriais valor para esponeros á cargar con la abuela? dijo Mr. de Lemée.

—Yo creo que es empresa superior á las fuerzas humanas, repuso el oficial de notario.

—Bah! dijo Furnichon; cosas mas estraordinarias se han visto. Si yo estuviera seguro de triunfar....

—Sí, pero os prevengo que no triunfareis, dijo M. Bador. Existe un tal Periquillo, postillon en Mourt, á quien Juana Rigot, antes de ser Madama Turniquel, miraba con buenos ojos, y yo creo que el tal Periquillo será el preferido.

—Estais seguro de ello? preguntó Furnichon.

El corazon de Luizzi estallaba de indignacion, pero asi que Mr. Bador declaró inconquistable á la vieja, todos se negaron á porfia á sacrificarse por una mujer como Mad. Turniquel, y ninguno tan terminantemente como Furnichon.

—Vamos, vamos, que la codicia no llega al estremo que yo creia, dijo para sí el baron.

En este estado se hallaban cuando el futuro notario tomó la palabra.

—Y entonces en qué os fundais vos, Mr. Bador, para decir que el negocio cambia de aspecto?

—En que el capital de dos millones asciende ahora á tres; al fin, alguien heredará ese millon, que asi se asegura, al paso que desapareceria en poder de Mr. Rigot que, segun el rumbo que lleva, se arruina antes de un año.

—En efecto, dijo Mr. Furnichon; ese hombre concluirá por tener que vivir á nuestras espensas.

—Esa será una nueva carga en que debemos pensar, añadió el oficial de notario.

—De dónde diablos sacó Rigot tantos millones? preguntó el dependiente.

—No sé, respondió el procurador. Lo único que puedo aseguraros es que existen en buenas propiedades y en el Banco de Francia.

—Eso no nos importa á nosotros; es negocio suyo, repuso Mr. Furnichon.

Dirigiéronse los pretendientes al salon donde se hallaban reunidas las damas. Ernestina estaba radiante de lujo y de hermosura, y Mad. Turniquel se habia puesto una papalina llena de lazos azules y encarnados. La condesa no cesaba de alabarla el gusto con que sabia vestirse.

Mad. Peyrol estaba sola en un estremo del salon; conocíase que habia llorado, y no sin dificultad ocultó su dolor para contestar á los solícitos obsequios de los pretendientes. A Luizzi le pareció tan buena la comedia, que quiso tomar parte en ella: colocóse junto á Mad. Turniquel y empezó á elogiar la hermosura y el trage de la vieja, á lo que esta respondia con una porcion de sonrisas desdentadas y de gracias infantiles capaces de hacer retroceder á un regimiento de coraceros. Armando llevó tan adelante su broma; que Mad. Peyrol se puso colorada, y acercándose á Mr. Rigot, le dijo:

—Tio, por piedad, haced que cese esta ridícula escena, si no es por mí, que padezco mucho viendo la ridiculez de mi madre, al menos por mi hija, tan dispuesta ya á faltar al respeto que debe á su abuela. No se concibe en un hombre como Mr. de Luizzi una burla tan miserable.

—Quién sabe lo que sucederá? repuso Rigot. Cosas mas imposibles se han visto.

Mad. Peyrol se encojió de hombros y se acercó al baron, que en aquel instante decia á Mad. Turniquel:

—Sí, señora, ¡feliz el hombre que, vuelto de las locas ilusiones de la juventud, prefiere á todo un corazon maduro y una alma desengañada de todas esas vanas seducciones de una edad mas tierna!

—Qué es lo que estais diciendo? replicaba Mad. Turniquel con aire de superioridad. Qué es lo que entendeis por ilusiones? Yo no soy tan decrépita, tened la bondad de creerlo; tengo unas carnes escelentes y una pierna.....

Iba á enseñar la pierna cuando la interrumpió Mad. Peyrol, que miró al baron de una manera capaz de avergonzarle, y le dijo en voz muy baja:

—Es una crueldad, caballero!

Luizzi se avergonzó de lo que habia hecho, y trató de escusarse con Mad. Peyrol, lo que consiguió confesando francamente que habia querido dar una leccion á aquellos cuatro lebreles que corrian tras los dos millones, y la perseguian así como á su hija. Mad. Peyrol escuchó atentamente á Luizzi, y luego, haciendo un violento esfuerzo sobre sí misma, le dijo:

—Pues bien, caballero: quisiera tener una entrevista con vos.

—Estoy á vuestras órdenes, señora, contestó Armando.

Pero para que esta entrevista se hubiera permitido á Mad. Peyrol y á Luizzi, era preciso que la sociedad de los pretendientes no se hubiera hallado ya alarmada por el pequeño *á parte* que acababa de observar. A pesar de haber declarado Luizzi que renunciaba á toda pretension, rodearon en masa á Eugenia y le obligaron á separarse de ella.

No tardó en llegar la hora de retirarse, y Eugenia salió del salon siguiendo á Luizzi con la vista y dándole así una especie de cita.



XXXIII.

Una noche bien empleada.

Quedó no poco sorprendido Luizzi cuando, al entrar en su aposento, vió allí á Akabila con las célebres botas que habia servido al final del almuerzo. Segun la esplicacion que Mad. Peyrol habia dado al baron, éste creyó que el jokey lo que queria era el vaso de ron, que era el premio ordinario de su trabajo.

Luizzi, como desease examinar de cerca á aquel ser estraordinario, le hizo seña con la cabeza de que iba á satisfacer su deseo. No teniendo ron en su aposento iba á llamar un criado para que se lo llevara; pero al asir el cordon, el malayo le detuvo por el brazo moviendo vivamente la cabeza, y diciendo con acento gutural:

—No! no! no!

—Cómo! replicó el baron acompañando sus palabras con un gesto imitativo para hacerlas comprender mejor; ¿con que no quieres beber ron cuando tanto te gusta?

El malayo volvió á responder negativamente: luego, acercándose á la

puerta, escuchó si habia alguien á la parte de afuera, y volvió al lado de Luizzi.

Entonces empezó una escena pantomímica, de que no podemos dar una idea exacta. Remedó con una perfeccion maravillosa la llegada del procurador en su cabriolé, la del dependiente y la del oficial de notario, arrastrando sus maletas, y al fin de cada una de estas caricaturas, movió la cabeza con un gesto de desprecio. En seguida trató de representar á Luizzi sentado en el fondo de su berlina, entrando al galope de sus cuatro caballos en el patio de la casa de Taillis. Continuó sus demostraciones unas veces ensanchándose, otras estirándose, y terminó por dar á entender á Luizzi que le tomaba por un gran señor, y despues dijo con altivez designando al baron:

—Rey! rey!

Luizzi, que deseaba obtener por completo aquella confidencia, hizo seña al malayo de que no se habia equivocado. Entonces el jokey se arrojó á sus pies como implorando su proteccion; luego se levantó, se empinó, y colocándose al lado de Luizzi como demostrando que era igual á él, designó con un gesto alguna cosa lejana, y repitió la palabra: Rey! rey!

Luizzi contemplaba aquella pantomima con un vivo interés é hizo una seña al malayo para que continuase. Entonces el jokey recorrió el aposento señalando con el dedo á los candelabros dorados, mostrando los botones de la camisa de Luizzi; luego un tapon de cristal tallado en facetas como un diamante, y dijo por medio de sus gestos tan espresivos como la palabra, que él habia poseido una cantidad inmensa de todos aquellos objetos.

El baron habia entendido hasta entonces cuanto habia tratado de decirle el malayo; éste continnó: Representó una tempestad imitando con la voz y el gesto el silvido del viento y el estallido del trueno, luego un navío que flota al acaso y es arrojado por el viento á un arrecife, y un hombre que nada desesperado entre las olas embravecidas y que llega sin fuerzas á la playa. No acertaba Luizzi quién era el hombre designado por el malayo; pero éste, que se habia dejado caer representando al pobre náufrago, se levantó con esfuerzo é imitando con mucha exactitud el gesto y la postura de Rigot, dió á entender que se trataba de él. Presentóle despues abatido y desesperado; demostró que le encontraban los naturales del pais en la playa y que le iban á sacrificar, cuando llegó un anciano que se habia encaminado á socorrerle y le salvó llevándosele á su casa. Aquí cesó de ser inteligible para Armando aquella pantomima. Solo pudo comprender el baron que se trataba de un hombre asesinado y de tesoros robados, perdiéndose los pormenores de esta singular historia entre las contorsiones y las lágrimas del malayo. Armando iba á ver si podia hacer que se esplicara mejor, cuando oyó la voz de Rigot que desde el pasillo llamaba á Akabila con todas sus fuerzas. El malayo empezó á temblar, é iba á esconderse tras de una cortina, cuando el viejo abrió violentamente la puerta y le vió.

—Qué haces aquí? le preguntó irritado.

El jokey echó mano de su mas graciosa sonrisa, y mostrando las botas que habia colocado sobre una silla, respondió con una voz llena de dulzura.



—Rom! rom!

Mr. Rigot empezó por atizarle un fuerte puntapié en donde se acostumbra darlos, y le dijo:

—Animal! acaso se ponen las botas para acostarse?

El malayo no exhaló la menor queja, pero echó á Luizzi una mirada que queria decirle que contaba con él. Mr. Rigot se retiró un instante despues, asi que se hubo escusado con el baron por la escena que acaba de tener lugar.

—Nosotros los campesinos, dijo, tenemos las manos y los pies un poco ligeros; pero con semejantes brutos es ese el mejor medio de hacerse entender.

Luizzi quedó solo, y reflexionando acerca de la estraña confidencia que se le habia hecho, se preguntó á sí mismo si no era su deber poner sus sospechas en conocimiento de la autoridad. Sin embargo temió dar nuevamente un paso inconsiderado como el que habia dado respecto á Enriqueta, y cuyos resultados casi no sabia á escepcion de la presencia de esta desventurada víctima en una casa de locos. Queriendo saber por completo la verdad respecto á aquella aventura, cuyas principales circunstancias creia adivinar, se disponia á llamar al Diablo cuando oyó llamar poco á poco á la puerta.

La persona que llamaba entró inmediatamente, y Armando vió á Mad. Peyrol que permaneció un instante inmóvil y turbada como asustada por la accion que acababa de cometer. Luizzi se dirigió á ella, y la presentó una silla diciéndola:

—Podré saber, señora, á qué debo la honra de vuestra visita?

Es imposible pintar la turbacion y el embarazo de aquella desgraciada, que procuró disculparse con voz balbuciente. Al fin, obligada por las preguntas de Luizzi, trató de cobrar ánimo y dijo bajando la vista:

—Ya sabeis cuál es mi posicion, caballero, soy pobre. La muerte de Mr. Peyrol me dejó en la miseria, porque habiendo fallecido mi esposo sin dejar sucesion, su familia reclamó y obtuvo los bienes que poseia.

—Cómo! esclamó Luizzi asombrado, con que la señorita Ernestina....

—No es hija de Mr. Peirol', contestó Eugenia alzando la frente; esa historia es muy triste, caballero....

—Os será quizás muy doloroso el contarla, no es verdad? dijo el baron con frialdad. No quiero imponeros esa obligacion, pero estoy pronto á saber el motivo de vuestra visita.

—No! respondió tristemente Mad. Peyrol, resentida por el tono de Luizzi. Entonces se levantó y añadió moviendo la cabeza: No! es imposible! perdonad mi imprudencia y olvidadla.

—Como gusteis, señora, respondió Luizzi disponiéndose á despedirla: pero Mad. Peyrol se volvió á él en el momento de ir á abrir la puerta, y le dijo con resolucion:

—Vuestra presencia en esta casa me autoriza á hablaros con franqueza. Ya está hecha la eleccion de mi hija: Mr. Bador ha demostrado, dirigiéndose á ella, que la conocía bien, como asimismo que me conocia á mí. Sabe que si el dote que mi tio nos destina vá á parar á mí, mi hija será tan rica como

yo, y sabe que si Ernestina es la favorecida por mi tio, mi hija no dedicará á su madre nada de su dote.

—Es posible, señora! esclamó Luizzi.

—No me cabe duda, caballero.... Puede sucederme esa desgracia, pero tambien puede ser mio el dote, y os aseguro que en ese caso siento aun mas que mi miseria el hacer partícipe de mi fortuna á uno de los hombres que en este instante se hallan en esta casa. Vos sois el único que no ha demostrado codicia ni baja impaciencia. Solo he tenido un dia para juzgaros, y solo tengo una hora para deciros quien soy; mas, puesto que habeis venido con el mismo objeto que los demas, puedo hablaros francamente y deciros que he fijado en vos mi eleccion. Os lo advierto, caballero, porque tengo que exigiros palabra de honor de que me permitireis disponer de la mitad del dote, si la voluntad de mi tio ha sido dármele.

Luizzi se halló muy embarazado con esta estraña manifestacion, pero se decidió á poner rienda á toda nueva proposicion, contestando á Eugenia:

—Si vuestro tio hubiese sido mas franco con vos, os hubiera ahorrado un paso que ha debido seros muy penoso y que es del todo inútil: he dicho ya á Mr. Rigot que no aspiro á un favor que no creo merecer.

Mad. Peyrol palideció al oir esta respuesta, saludó profundamente al baron y se retiró sin decirle una palabra.

Luizzi, apenas se vió solo, cerró la puerta con cerrojo para evitar nuevas visitas, y, mas decidido que nunca á consultar al Diablo acerca de los secretos de aquella casa, sacó la campanilla y la agitó con violencia. El Diablo apareció en seguida, segun costumbre; pero contra lo que ordinariamente sucedia, no se notaba en él la truhanería y la malicia cruel en que parecia complacerse. Su mirada habia recobrado todo su siniestro esplendor, su sonrisa toda su amarga fiereza, y se acercó á Luizzi con visible impaciencia. Su voz era estridente y grave.

—Muy pensativo te veo, Satanás, le dijo Luizzi.

—Qué me quieres?

—No lo sabes?

—Poco mas ó menos; pero esplicate; ¿que me quieres?

—Muy lacónico estás tú que tan charlatan eres.

—Es que no me ocupo ya de los intereses de un particular: me ocupo de los de todo un pueblo.

—De un pueblo á quien tratas impelir á la sedicion y las revueltas, no es verdad?

El Diablo no contestó.

—Ya que tan de prisa estás, añadió Luizzi, apresúrate á contarme la historia de ese malayo.

El mismo te la ha esplicado.

—Es lo que yo he creido comprender?

—Justamente. Has mostrado inteligencia una vez en tu vida, que no es poco.

—Tu pedanteria raya en insolencia.

—Yo me elevo con las circunstancias. Adios.

—Espera un momento. He comprendido la historia de Akabila hasta que Rigot fué salvado por un anciano. Y despues?

—Aquel anciano, contestó el Diablo, era el padre de Akabila que poseia un inmenso tesoro acumulado por su familia durante cien años. Supongo que sabrás que la isla de Borneo abunda en diamantes y otras piedras preciosas. El europeo civilizado llega entre aquella raza de malayos, á quienes llama execrables, porque degüellan sin piedad á los hombres que van á apoderarse de sus tierras: la civilizacion mezcla sus crímenes con los de la barbarie. Rigot, primeramente esclavo y en seguida amigo y confidente de Akabila, aconsejó á éste que asesinase á su padre y se apoderase de sus inmensas riquezas, prometiendo llevarle á un pais donde hallaria goces desconocidos en su nacion. Akabila se decidió; realizado el crímen, huyeron ambos á bordo de un navio portugués que los condujo á Lisboa. Llegados al noble pais de la civilizacion, cambiaron los papeles: Akabila se convirtió en criado de su antiguo esclavo y ya has visto lo que le ha aprovechado su parricidio.

—Pero cómo es que Mr. Rigot conserva á su lado semejante confidente de su crimen?

—Eso es superior á tu inteligencia, mi amo. Para comprender lo que Rigot hace, es preciso tener su edad, ser de su raza y haber sido esclavo.

—Qué quieres decir?

—Es preciso haber habitado, siendo villano, en las tierras de un hidalguillo que arruinó á la familia de Rigot por haberla cogido cazando en vedado, y haber recibido palos por no haber preparado con la debida prontitud la pipa de su amo.

—Segun eso es una venganza?

—Y un placer. No puedes figurarte la voluptuosidad que ese hombre esperimenta dando puntapies en el trasero á un hijo de rey, y no puedes figurarte su regocijo al ver arrastrarse á sus pies á esos miserables que han venido á su casa guiados por la codicia.

—Verdaderamente que son viles esos hombres.

—Con qué derecho los juzgas con tal severidad?

—Me parece que no se pueden cometer mayores bajezas.

—Mayores las hay aun.

—Quién puede llevar mas lejos el abandono de todo pudor?

—Quizá tú mismo.

—Yo!.... esclamó Luizzi.

—Tú, mi amo, tú. Si te vieras un dia en la miseria; si un dia te fal-

táran esos placeres que ahora miras con desden porque abundan en tu vida, tú mismo que te crees con un corazon desnudo de ambicion porque nada has encontrado dificil; tú mismo que con tanta altaneria desprecias á esos pretendientes, cuya falta consiste en ser pobres; tú, si vieras á tu lado un lujo que te hechizára, y no tuvieras otros medios para alcanzarle, serias mas bajo aun que esos hombres.

—Te engañas, Satanás. Puedo amar el dinero; puedo ser ambicioso, pero jamás me humillaré hasta el estremo de casarme con una mujer bajo las condiciones impuestas por el miserable dueño de esta casa; jamas daré mi nombre á una mujer que sin duda se entregó á algun villano que debe ser el padre de Ernestina.

—Muy severo eres. Olvidas que Enriqueta Buré cometió una falta semejante?

—Oh! es muy diferente. Enriqueta Buré era una jóven educada bajo los mas sanos principios de virtud y de honradez, y sus nobles sentimientos fueron sorprendidos por un amor à que el rigor de su familia la impulsó.

—Pues esa falta es todavia menos escusable. Enriqueta tenia en su defensa el buen ejemplo y una sana educacion, pero la pobre hija del pueblo que sucumbe, no tiene en torno suyo las mil cosas que protejen á la jóven distinguida.

—Tomas otra vez la defensa del vicio?

—Quizás la del infortunio.

—Pues en ese caso métete á novelista y déjame en paz.

—Con que estás decidido á no casarte con Eugenia?

—Completamente decidido.

—Pues Dios te guarde.

El ruido de un carruage que entro en el patio interrumpió la conversacion de Satanás y Luizzi, y el Diablo añadió:

—Preguntan por tí, baron; te dejo con tus asuntos.



XXXIV.

Ruina.

Pedro, el ayuda de cámara, á quien el baron habia dejado en París, entró en la estancia, apenas desapareció el Diablo.

—Qué novedad tan grande ocurre para que vengas á buscarme asi? le preguntó Armando.

—Unas cartas muy urgentes llegadas de Tolosa, de París, de todas partes: la justicia se ha presentado en vuestra casa á embargar todos los efectos.

—En mi casa!

—Sí, señor baron.

Pálido y helado dejaron á Luizzi estas palabras. La ruina no le parecia

posible; pero la amenaza insolente de Satanás, el adios burlon que le habia dirigido al desaparecer, le espantaban ya; mandó á Pedro, por medio de una seña, que le dejase solo, y abrió las cartas que acababa de recibir. La primera le anunciaba la desaparicion de su banquero. El golpe era terrible, pero al fin le quedaban aun riquezas considerables.

Abrió las cartas de Tolosa, y en ellas se le decia que nada le pertenecia de cuanto creia poseer.

Habia aparecido en el pais un hombre provisto de documentos auténticos, por los cuales se acreditaba que los bienes del señor baron de Luizzi padre, le habian sido vendidos por escritura privada, con la cláusula de que el comprador habia de dejar el usufruto de ellos al vendedor mientras éste viviese.

Aquel hombre no se habia presentado al abrirse la sucesion por hallarse entonces en Portugal, desde donde habia trasmitido sus poderes á un tal Mr. Rigot, que era quien proseguia la espropiacion.

Es inútil querer pintar la rabia y el terror que Luizzi esperimentó al leer aquellas fatales cartas; durante un momento creyó soñar, y se agitó como si quisiese sacudir la horrible pesadilla de que era presa; abrió la ventana como si el ambiente de la noche pudiese disipar el delirio que abrasaba su cabeza; luego se imaginó que Satanás habria querido darle aquel susto en castigo de su juicio respecto á los demás, y en un momento de rabia indecible, agitó nuevamente su infernal campanilla. El Diablo apareció todavia triste, todavia sério.

—Es verdad esto? le preguntó Luizzi.

—Verdad es, contestó el Diablo.

—Estoy arruinado?

—Arruinado.

—Todo es obra tuya, Satanás, todo es obra tuya! esclamó el baron.

Y, en un momento de inesplicable estravío, se lanzó al Diablo, pero su mano no pudo asir aquel cuerpo poderoso que se hallaba á su presencia y que se deslizaba entre sus dedos como una serpiente. Luizzi, arrebatado hasta la locura por su impotencia, se empeñó en perseguir á aquel ser impalpable hasta que, anonadado por la rabia y el cansancio, cayó al suelo gritando, sollozando y deshecho en lágrimas. Su dolor no se calmó, pero se abatió, y aun no habia podido reunir sus ideas cuando vió á Satanás de pié delante de él, mirándole con su triste y cruel sonrisa. Armando, aliviado por las lágrimas, apretó la frente con las manos y esclamó:

—Qué he de hacer, qué he de hacer!!

—Casarte, le respondió el Diablo, casarte.

Cuando el baron hubo vuelto de su desesperacion, se encontró solo y notó que el mas profundo silencio reinaba en la casa; entonces empezó á reflexionar acerca de su posicion y murmuró este vergonzoso monólogo:

—Que me case ha dicho Satanás. Y con quién? Con una de esas mujeres á quien he rechazado? Unirme á esa familia cuyas costumbres son tan bajas como sus maneras!! Y quién sabe si al escojer una de esas mujeres me tocará la pobre, puesto que he tenido la imprudencia de no tomar parte en el contrato que entre sí han hecho esos hombres? Oh! si todavia pudiese hacerlo! Solo los pícaros son dichosos.

Parecia que en aquel instante habia pasado un relámpago ante los ojos de Luizzi, mostrándole los pensamientos á que habia descendido, del mismo modo que durante una tempestad nocturna el relámpago hace ver al hombre el fangoso precipicio en que ha caido. Luizzi se horrorizó de sí mismo, y vuelto por un instante á ideas mas sanas y tranquilas, dijo:

—No, no cometeré esa infamia. Por otra parte, que adelantaría?... Ernestina ha fijado su eleccion, segun me ha dicho su madre, y he rechazado á Eugenia. Sin embargo, quizá me halle todavia á tiempo.

Armando se detuvo ante esta idea; pero no por eso era menor su terror. Sin embargo, procuró distraer su dolor con su dolor mismo y para ello volvió á repasar las cartas que habia arrojado al suelo en un momento de rabia. Pero esta nueva lectura solo sirvió para confirmar su ruina y muy pronto sucedió al tumulto de sus emociones un abatimiento profundo. Entonces midió el porvenir que le esperaba, y solo vió una vida de miserias, de privaciones, abrumada por el sarcasmo y el desprecio de cuantos le habian conocido. La vanidad que, despues de la miseria es el mas detestable de todos los consejeros, la vanidad se despertó en él; Luizzi, corriendo al mal como el que corre furioso á la muerte sin querer mirar adelante, se decidió á tentar fortuna por medio de un casamiento. Sin abismarse en mas reflexiones llamó nuevamente á Satanás que se le apareció tan triste y pensativo como antes.

—Esclavo, le dijo Luizzi con mas ánimo para llevar á cabo su mala accion que el que nunca habia tenido pera practicar el bien, esclavo! puedes, por primera vez, decirme una verdad que me sea útil?

—Te he dicho veinte que no has querido creer.

—Pues bien, continuó Luizzi, dime cuál de esas dos mujeres obtendrá el dote que su tio destina á una de ellas?

—Estás resuelto á hacer lo que crees tan vergonzoso?

—Deja á un lado la moral, Satanás, dijo Armando irritado; no pretendo ser mejor que los demas hombres, porque empiezo á creer que serlo es hacer el papel del tonto.

—Nunca has valido mas que ellos, contestó Satanás: has sido y eres mas vil y mas bajo que ninguno de esos mismos á quienes tanto has vituperado, porque ellos han necesitado muchos años para llegar al olvido de toda generosidad, de todo noble sentimiento. Ellos han sufrido la humillacion impuesta por los ricos, han sufrido la miseria, el infor-

tunio, el desprecio; y tú, que nada de esto has sufrido, pierdes como ellos todo sentimiento de generosidad y de dignidad solo al verte amenazado de los dolores que ellos han sufrido.

—Entonces, qué es mi vida? esclamó Luizzi, en quien se agitaban aun los últimos restos del honor y la dignidad.

—Es la vida humana, la vida que para otros dura doce ó quince años y para tí solo ha durado un cuarto de hora. Yo te habia robado siete años de tu existencia, y tú te has robado el tiempo perdido, con que no tienes por qué quejarte.

—Implacable y frio burlon, replicó Luizzi, acaba tu mision execrable, arráncame la última de mis ilusiones; hazme saber que la mujer con quien voy á casarme es una ramera; revélame todas sus infamias, sin ocultarme nada; á fin de que mis labios agoten hasta las heces la amarga copa de mis propias bajezas,

—Estás bien decidido á casarte con esa mujer? No prefieres darme diez años de tu vida?

—Para encontrarme viejo y en la miseria! No, no: quien quiera que sea esa mujer, me casaré con ella.

—Todavia te restan dos años para tentar fortuna por medios honrados, repuso el Diablo.

—No, dijo Luizzi. Qué es lo que yo puedo hacer? Qué es lo que sé? Iré á pedir un miserable empleo á esos hombres á quienes he humillado con mi lujo? Me veré precisado á mendigar un trabajo que no podré desempeñar, y á mostrar una incapacidad que duplicará mi vergüenza y mi desesperacion? No; quiero casarme con una mujer, y me casaré.

—Estás bien decidido? repitió Satanás.

—Sí, respondió Luizzi mostrando una silla al Diablo é indicándole que tomara asiento.

—Pues bien, dijo Satanás; escucha y sabrás quien es Eugenia.

Fin del tomo I.

ÍNDICE

CAPÍTULOS.	PÁGINAS.
I. *El castillo de Ronquerolles.*	5
II. *Las tres visitas*	18
III. *Primera noche.=La noche en el gabinete*	54
IV. *Segunda noche.=La noche en la alcoba*	44
V. *La noche en diligencia*	61
VI. *Vision*	77
VII. *Amor virgen.*	88
VIII. *Semi-conclusion*	129
IX. *Nuevo trato.*	134
X. *Vuelta á la vida.*	139
XI. *El chasqueador.=El ex-notario.*	144
XII. *Principio de esplicacion.*	173
XIII. *Cosí fan tutte.*	181
XIV. *Continuacion*	186
XV.	190
XVI. *Los tres sillones.=Quien la querrá la habrá.*	195
XVII. *Primer sillon*	209
XVIII. *De cómo tienen amantes las mujeres*	223
XIX. *Continuacion del primer sillon.*	230
XX. *Bajeza*	240
XXI. *Segundo sillon*	245
XXII. *Continuacion del segundo sillon.=Correspondencia*	251
XXIII. *Tereer sillon*	259
XXIV. *Los buenos criados.*	260
XXV. *Una hermosa cura.*	281
XXVI. *Un marqués.*	289
XXVII. *Mad. de Marignon*	295
XXVIII. *Un noble de nuevo cuño.*	306
XXIX. *Continuacion del relato*	313
XXX. *El último relevo*	338
XXXI. *Los cuatro pretendientes.*	351
XXXII. *Honrada transaccion*	360
XXXIII. *Una noche bien empleada.*	370
XXXIV. *Ruina.*	379

INDICE

ERRATAS.

PAG.	LIN.	DICE.	LEASE.
12	17	entretenia	mantenia
id.	18	id.	id.
78	9	abre	alza
88	21	hijo	hija
91	25	ese	es
127	37	desesperada cayendo á sus pies	desesperada
149	31	acaba	acababa
151	15	entrar	entre
152	40	notorios	notarios
160	39	deligencia	diligencia
254	11	vivio	modo viví
256	33	adúltero	adulterio
261	8	que la	que
id.	28	de....	de las piernas
262	41	niño	vino
266	18	nervioso	verdoso
295	4	Buré	Beru
296	36	prudentemente	prudente
297	5	Firion	Finon
314	25	mudaba de	mudaba de amante como de
362	16	la mujer es indigna	á la mujer indigna
352	27	mismo	misma

LAS MEMORIAS

DEL

DIABLO.

LAS MEMORIAS

DEL

DIABLO.

POR

FEDERICO SOULIÉ.

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

D. Antonio T. y la Quintana.

TOMO II.



MADRID 1849.
Publicada por **Cabello y Hernaiz.**
Establecimiento tipográfico de D. F. Fernel, calle de la Greda,
NUM. 3 Y 5.

LAS MEMORIAS

DE

DIABLO,

POR

FEDERICO SOULIÉ.

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

POR

D. Antonio G. y la Quintana.

TOMO II.

MADRID 1840
Publicadas por Cabrello y Mernania
Establecimiento tipográfico de D. F. Ferrer, calle de la Greda.
núm. 5 y 5

I.

Pobre niña.



EUGENIA nació el 17 de febrero de 1797, ó mas bien el 20 de febrero de 1797 fué presentada una niña al corregimiento (*mairie*) del segundo distrito, y matriculada bajo el nombre de Eugenia Turniquel, hija de Gerónimo y de Juana Rigot, su mujer, cuya niña habia nacido el 17 del mismo mes.

—A qué viene esa restriccion? Acaso la declaracion era falsa? preguntó Luizzi interrumpiendo al Diablo.

—No he dicho semejante cosa.

—No era aquella niña la que se designaba bajo esos nombres?

—No he dicho semejante cosa: solo he fijado un hecho. Lo que puedo asegurarte es que la mujer á quien conoces, es decir, Mad. Peyrol, cuya

vida voy á contarte, es la misma que fué presentada al corregimiento del segundo distrito el 20 de febrero de 1797.

—Continúa, dijo Luizzi, continúa, que á juzgar por la fecha en que tomas tu relato mucho me temo que tengas cuento para de aquí á mañana.

—No me interrumpas, replicó el Diablo, y continuó:

—No tienes la menor idea de la vida del pueblo, y pocas son las personas que la tienen de la vida del pueblo de Paris de aquella época. En el dia, aun entre los pobres, es cosa rara habitar mucho tiempo en una misma casa. Se cambia por capricho de habitacion lo mismo que de trage, y así como el provincialismo ha desaparecido en Francia, ha desaparecido el vecinage en Paris. En la época á que me refiero, muy al contrario, cada cuartel tenia una comunidad de existencia que hacia decir á los habitantes: «Me gusta mi cuartel, he nacido en él, soy en él conocido y en él pienso morir.» Esta confraternidad que unia á los habitantes de distintas calles, unia tambien entre sí á los vecinos de una casa. La que habitaban los padres de Eugenia estaba situada en la calle de San Honorato, en el sitio donde se ha abierto despues una calle que va á dar al mercado de los Jacobinos. Era muy grande, y el piso principal estaba ocupado por Mr. de la Chesnaye, su mujer, su hija y su hijo. Todos los pisos superiores estaban divididos en pequeños cuartos, y Gerónimo Turniquel habitaba el menor de todos. Lo que ya conoces de Mad. Turniquel no basta á hacerte conocer lo que era su marido. Gerónimo era albañil, veinte años tenia cuando Juana contaba treinta; habiendo nacido en la pobreza, habia empezado á vivir trabajando. Era huérfano y ya ganaba la subsistencia sirviendo á los albañiles cuando apenas tenia ocho años. Principios de probidad, innatos en él, porque ninguna educacion habia recibido, le habian preservado siempre del influjo del mal ejemplo. A los veinte años ya le confiaban sus maestros la direccion de trabajos importantes y le mostraban como ejemplo de aplicacion á los demas trabajadores. Aquella severidad que para consigo mismo mostraba Gerónimo, muy pocas veces la mostraba para con los demas, á menos que no se tratase de la exacta ejecucion de sus deberes. Gerónimo era una de esas naturalezas buenas, sencillas, cándidas, que se hieren á sí mismas cuando les es preciso herir á los demas; tal vez iba unido á la bondad de Gerónimo, no diré desden hácia su profesion, pues se entregaba á ella con ardor, pero sí cierto disgusto de hallarse en contacto contínuo con seres brutales, groseros é insolentes que por lo comun solo pueden ser dominados por la brutalidad y la insolencia. La ambicion de Gerónimo era llegar cuanto antes á una posicion que hiciese aquel contacto menos inmediato. No era esto orgullo, era delicadeza; no despreciaba á sus compañeros; sus compañeros le herian. Era una mano delicada y blanca precisada á estrechar otra mano ruda y encallecida cuyo contacto le lastimaba. En el cuartel de San Honorato todas las mujeres le llamaban el guapo Gerónimo. Y en efecto, Gerónimo era ver-

daderamente guapo, y su carácter retraido, triste y melancólico daba á su belleza una distincion cuya influencia no causaba envidia á las gentes de su clase, pero que tenia su espresion mas exacta en una sola palabra de los niños del cuartel que le llamaban *Mr.* Gerónimo.

Tenia veinte años, é inclinada su frente al trabajo, aun no habia alzado la vista para dirigirla á la hermosa esperanza que se forjaba en el porvenir, porque temia verla todavia muy lejos y perder el valor necesario para seguir en pos de ella. Gerónimo aun no habia amado ni soñado : era un hombre niño, hombre por el carácter y niño por el corazon. Un aviso del corregimiento del distrito vino á arrancarle de pronto de su preocupacion en el trabajo; se le anunciaba que le habia cabido la suerte de soldado. Gerónimo que habia alcanzado poco á poco una posicion, no del todo miserable, sabia mejor que nadie que las riquezas no se alcanzan de repente. No podia crearse ilusiones acerca de su porvenir militar, pues ni siquiera sabia leer, y ademas veia tras de sí un punto del que habia partido y del que se hallaba ya muy distante.

Doce años habia empleado en aquella jornada; entre aquel punto y él mediaba la distancia que separa al peon de el aparejador, y le era preciso emprender otra nueva jornada. Con todo su ánimo y su constancia se iba á colocar al nivel de los que habian pasado la vida en las tabernas y la holgazanería. Le era preciso ser soldado como ellos; Gerónimo no halló esto justo. Y además, así como hay naturalezas audaces y aventureras que saben abandonar una carrera para emprender otra, que reedifican valerosa y rápidamente una nueva fortuna sobre las ruinas de la antigua, hay tambien otras cuyo poder estriva únicamente en la paciencia, y que se creen incapaces de recobrar lo que un desastre les ha arrebatado. Así era Gerónimo, y la precision de ir soldado le causó una verdadera desesperacion. Esta desesperacion fué, segun su carácter, profunda y taciturna, y no estalló en imprecaciones como la de los hombres superficiales, ni se calmó, como la de estos, en algunos dias devorada por su propia violencia. Ninguno de sus compañeros adivinó lo que le pasaba, porque á ninguno de ellos se lo confesó. Gerónimo conocia demasiado que no le comprenderian. Solamente una mujer echó de ver que la melancolía habitual del albañil se habia trocado en desaliento; esta mujer era Juana Rigot, vendedora en la calle de San Honorato y avecindada en la misma casa que Gerónimo. La puerta de su cuarto daba frente á la del aparejador, y éste, cuando volvia á la noche de su trabajo, conversaba con Juana que le contaba sus ganancias de aquel dia. El albañil la habia prestado no pocas pequeñas sumas á fin de ayudarla en su tráfico diario, y no pocas veces habia preparado Juana á Gerónimo una taza de caldo cuando la salud del jóven, bastante débil, sucumbia á la perseverancia con que se entregaba á sus rudos trabajos. Es preciso decirte antes de todo que la vieja á quien has visto aquí ha sido lo que se llama una buena chica.

—Ya lo sé, dijo Luizzi; el postillon Periquillo que debe conocerle me ha hablado de ella.

—El postillon Periquillo ha mentido; la fatuidad, mi amo, no es privilegio de los grandes señores, aunque sea entre todos sus vicios el último que ha tomado de ellos el pueblo bajo. Juana era una hermosa jóven virtuosa auque interesada; el vicio, asi como tiene un espacioso asiento en la holgazaneria, carece de sitio en que colocarse en la laboriosidad. Las gentes trabajadoras se levantan á las cuatro de la mañana; estan todo el dia fuera de su casa, y cuando vuelven á ella es sólo para descansar. Los deseos se agotan con las fatigas del cuerpo; nunca entre el laborioso Gerónimo y la activa Juana hubo un instante de esa turbacion de los sentidos que estravia á tantas personas en el mundo. No hablo de sueños de amor: Gerónimo era el único capaz de esperimentarlos; pero en caso de entregarse á ellos no los hubiera consagrado á una mocetona alegre y descarada. Sin embargo, aquellos dos seres se amaban; habia entre ellos un lazo comun. Este lazo consistia en probidad incorruptible. Juana era para Gerónimo la mujer mas honrada, y Gerónimo era para Juana el artesano mas arreglado, mas juicioso, mas atento, mas digno de una buena mujer.

Si la tristeza de Gerónimo solo se hubiera concretado á sus palabras, tal vez no la hubiera echado de ver Juana; pero hacia muchos dias que en vez de detenerse el albañil un instante al pasar por la puerta de la vendedora, en vez de dar las buenas noches amigablemente á todos los vecinos, cuyas puertas abiertas constantemente en el dilatado corredor dejaban ver la vida propia y contemplaban la agena, en lugar de esto, Gerónimo entraba á su cuarto sin decir una palabra, y sin contestar á los saludos con que se le acogia por todas partes.

Juana tomó una gran resolucion, una noche que le vió mas triste que nunca: asi que todo el mundo se hubo acostado, llamó á la puerta de Gerónimo, quien abrió admirado de que se le buscase á aquella hora; su admiracion creció cuando vió que quien habia llamado era Juana, á quien creia acostada hacia rato. La pobre jóven no se detuvo en la esplicacion del objeto de su visita: manifestó á Gerónimo que sospechando que hubiese perdido el poco dinero que poseia, le ofrecia sus miserables ahorros, á fin de sacarle del embarazo en que se hallaba. Esta era la primera prueba de *interés desinteresado* que Gerónimo recibia, porque la predileccion de sus maestros era debida á la superioridad de Gerónimo sobre sus compañeros. El pobre muchacho se enterneció hasta saltársele las lágrimas, pero desengañó á Juana y, concediéndola una confianza del todo nueva para él, le manifestó la verdadera causa de su tristeza.

La pobre jóven quedó á su vez desanimada y triste; la desgracia que amenazaba á Gerónimo era muy superior á lo que ella podia hacer para salvarle, y ambos se separaron sin esperanza de evitar tan temible golpe. A la

mañana siguiente, todo el corredor, toda la casa, todo el cuartel sabia la causa de la tristeza de Gerónimo. Unos se burlaban de aquel moceton que tenia miedo de ir soldado, y los otros compadecian á aquel escelente artesano que se veia precisado á abandonar su trabajo. Juana, atenta á cuanto se decia, hallaba en todo ello poco consuelo; pero una espresion de uno de sus vecinos la hizo reflexionar aun mas de lo que hasta entonces habia reflecsionado.

—Solo dos cosas podrian salvar á Gerónimo, dijo el vecino: una de ellas ser casado, pero no lo es; y la otra que una muchacha declarase estar embarazada de él y pidiese que se hiciese á su seductor casarse con ella.

Juana tomó su partido no bien oyó estas palabras: se decidió á declarar ante el magistrado que se hallaba embarazada de Gerónimo. Decirte que Juana comprendia en toda su estension el sacrificio de su honor, de su reputacion, sería suponerla sentimientos que no tenia.

Para Juana el paso que iba á dar era ir á engañar al gobierno, y para el pueblo el gobierno es un enemigo natural á quien se cree siempre con derecho á engañar; luego pensaba volver á contar á sus vecinos que se la habia pegado á las autoridades sin sospechar siquiera que pudiera hallar algun incrédulo cuando dijese que su embarazo era supuesto.

Salió de su casa una mañana temprano y fué al correjimiento; allí ante la municipalidad reunida, hizo su declaracion sin vergüenza, sin embarazo, y volvió llena de júbilo por lo que habia hecho reservándose sorprender á Gerónimo con tan buena nueva. Pasados algunos dias, recibió este un oficio del correjidor y, segun costumbre, buscó á un vecino para que se le leyera. La admiracion de uno y otro fué inmensa cuando vieron que el ayuntamiento preguntaba á Gerónimo si reconocia la veracidad de la declaracion hecha por Juana Rigot, invitándole en caso de ser cierta á casarse con su víctima. Gerónimo juró por todos los dioses que todo era falso, pero á los diez minutos todo el corredor sabia la gran nueva y se hablaba nada menos que de echar de la casa á Juana y á Gerónimo, y de bajar en masa á hablar al casero para que despidiese á aquellos dos inquilinos malos é hipócritas.

La mayor parte de los vecinos tenian hijas y creian que el mal ejemplo de Juana podia serles fatal. Aquel dia todas las puertas estuvieron cerradas: el corredor estaba de duelo. Llegada la noche, volvió Juana, alegre como siempre, cantando una cancion popular; luego manifestó en voz alta la estrañeza que la causaba ver en dia de trabajo toda la vecindad cerrada como si fuera dia de fiesta. Llamaba ya á unos, ya á otros, cuando Gerónimo se asomó á la puerta de su cuarto y la hizo una seña para que entrase. Mas de un ojo colocado á un ventanillo observó aquella visita, y la indignacion general subió de punto. Abriéronse quedo algunas puertas, se cambiaron algunas palabras furtivas de un lado á otro y se decidió bajar inmediatamente á hablar al casero. Un zapatero y un tejedor de medias dejaron el

mandil, se chapuzaron un poco las manos y bajaron en nombre de la comunidad.

En este tiempo, Gerónimo interrogaba á Juana acerca de las razones que la habian movido á dar el paso que habia dado, y Juana le contaba con la mayor sencillez que habia tratado de librarle de la quinta pegándosela al ayuntamiento. Entonces Gerónimo la hizo presente los terribles resultados de su imprudencia. Cólera é indignacion, y no dolor y desesperacion, fué lo que se apoderó del alma de la jóven que hablaba nada menos que de sacar los ojos á cuantos la calumniasen, cuando se oyó un gran murmullo en el corredor y se distinguió la voz del zapatero que decia:

—Sí, señor, sí, se han encerrado juntos.

En seguida llamaron á la puerta de Gerónimo, quien, temiendo aun mas la exaltacion de Juana que la irritacion de sus vecinos, se colocó en el umbral para impedir á la una la salida y á los otros la entrada. Mil acusaciones se oyeron en aquel instante, y todos, hombres, mujeres y niños, esclamaron dirigiéndose al casero: —Juana está en la alcoba! Juana está en la alcoba!

—Sí, lo está, dijo Gerónimo.

—Pues en ese caso, contestó el casero, ya conocereis que no podeis continuar en mi casa; en mi casa no puedo consentir semejante escándalo.

—Es su querida! es una bribona! es un tunante! La tiene preñada! esclamaron de todas partes. Que se le eche de aquí si no se casa con ella.

—Pues bien, me casaré, respondió Gerónimo, y desgraciado el que se atreva ahora á dirigirle el menor insulto!

Luego, volviéndose á Juana, la dijo: —Venid, Juana y no temais que se os insulte, porque sois ya mi mujer.

Así se casó Gerónimo, el bello jóven de corazon dulce y melancólico, con la mocetona alegre y brutal cuyos restos ves hoy. Ocho meses despues de este casamiento, como ya te he dicho, fué llevada Eugenia al corregimiento y matriculada en el registro civil, como hija de Gerónimo y Mad. Turniquel. Eugenia se crió bastante tiempo débil, descolorida y enfermiza. Ligera como una mariposa, burlaba cuantas veces podia la vigilancia de su madre, que castigaba brutalmente sus menores faltas infantiles. Verdaderamente arrostraba el castigo con una resolucion que irritaba sobre todas las cosas á aquella mujer brusca y violenta, cuya grosera naturaleza no podia comprender tanto valor en un cuerpo tan débil; pero, llegada la noche, Gerónimo, al volver del trabajo, si veia á su hija castigada en un rincon del cuarto, la decia con mucha dulzura volviendo á ella sus hermosos ojos tan dulces siempre y tan tristes: «Eugenia, es preciso que seas buena.» Y la niña se echaba á llorar y pedia humildemente perdon á su padre, no de haber obrado mal, sino de haberle causado un sentimiento.

Juana veia con despecho la sumision de la niña para con Gerónimo y su

rebeldia para con ella, y se vengaba maltratando cruelmente á la pobre criatura, tanto que Gerónimo tuvo que intervenir muchas veces para que la niña no sucumbiese al mal trato que recibia. A fin de que Juana tuviese menos ocasiones de irritarse con Eugenia, mandó esta á la maestra, y la niña hizo tan rápidos progresos, que su padre estaba hechizado. Pero Mad. Turniquel no podia apreciar una instruccion que ella no conocia, y cuya necesidad jamás habia sentido. Para ella, una niña pálida, enfermiza y débil, solo era una carga insoportable, y cuando uno de los ricos inquilinos de la casa encontraba á la niña por casualidad en la escalera y hablaba de ella á Juana, esta le respondia: — «No sé como yo he parido ese renacuajo.»

Gerónimo, al contrario, adoraba á su hija, y aunque todavia era pequeña, Eugenia llegó á ser su consuelo. Ambos, sin que el padre se atreviese á decírselo á la hija, ni la hija al padre, sufrian en silencio aquella tirania que caminaba á su lado con la palabra en la mano y el puño levantado. Eugenia era una niña bulliciosa que alborotaba la casa con sus chillidos cuando su padre estaba fuera, huyendo de su madre que la perseguia de piso en piso. Muchas veces se habia refugiado en casa del marqués de la Chesnaye, á quien divertia con su charla. Esta fué una de las circunstancias mas graves de su vida. Cuando las hijas de la casa veian á Eugenia en el recibimiento escondiéndose tras un criado mientras su madre echaba pestes en la escalera, la cogian y se entretenian en vestirla de mil maneras que la sentaban maravillosamente, pues tal era la gracia particular de aquel tierno cuerpo y de aquel dulce y candoroso rostro. Eugenia se divertia mucho en aquella ocupacion y gustaba infinito, no que la dijesen que era linda, sino que tenia aire de señorita; así era que se volvia á poner con sentimiento su ropa vasta y hecha sin gracia ninguna. Habia en ella una necesidad innata de elegancia que su charla contribuia á desarrollar mas y mas. Sin embargo, en cuanto su padre aparecia, lo abandonaba todo por él. Volvia á su pobre camaranchon y en vano pasaban las niñas de su edad por delante de su puerta diciéndola: — «Eugenia, vamos á jugar al jardin.» Eugenia permanecia al lado de su padre leyéndole un libro grave, un capítulo de historia romana, que ella no entendia pero que le gustaba leer porque veia que le gustaba á su padre. Entonces Gerónimo, colocándola sobre sus rodillas, estrechaba dulcemente sus piececitos y sus delicadas manos entre las suyas, y la decia en voz baja: — «Oh! no te casarás nunca con un trabajador, con un hombre rústico, porque te moririas, pobrecita, te moririas.» El sí que murió, él, desgraciado jóven, pobre corazon poético é ignorante que no sabia á quien confiar sus dolores y que se acusaba de ello algunas veces. Otros dias, se iba con su hija al campo, llevándola en sus brazos hasta los hermosos sitios que le agradaban, y allí la mostraba las galas de la naturaleza, y, santamente inspirado, la decia: «Mira que hermoso es esto; qué gusto da respirar y dormir aquí!» Y mecia á su hija sobre sus

rodillas y la niña no tardaba en quedarse dormida. Algunas veces despertaba por los ahogados sollozos de Gerónimo, y echándole los brazos al cuello le decia: «Pobre padre! pobre padre!» y él contestaba: «Pobre niña, pobre hija mia!» Luego se volvian juntos poco á poco, lo mas poco á poco que podian, y Gerónimo decia á su hija: «No digas á tu madre que hemos llorado.»

Sin embargo, fué preciso á Gerónimo ceder á la voluntad de su mujer, permitiéndola utilizar las pocas fuerzas de aquella niña inútil. Juana la encontraba bastante instruida, pero no bastante productiva. Púsose á Eugenia de aprendiza en casa de una costurera, y allí mostró igualmente una rara habilidad y una inteligencia no comun. Pero tambien allí la costumbre de ver ricas telas y elegantes trages la hizo cada vez mas odiosos los harapos con que su madre la ataviaba. El malestar de su naturaleza, en la vida miserable que llevaba, se manifestaba por las únicas cosas que á Eugenia eran asequibles, por un cuidado escesivo de su persona, por su afeccion á la delicadeza material, suponiendo que las del alma fuesen inteligibles para ella. Y no creas baron, que aquella niña tan maltratada por su madre hubiese sido inducida á revelarse contra esta. Mientras fué pequeñita, resistió instintivamente á la autoridad maternal la antipatía de su naturaleza, porque esta naturaleza era grosera; pero asi que su inteligencia se halló en estado de comprender la idea del deber, Gerónimo la hizo conocer cuan sagrado era el título de madre, y la manifestó la sumision y la obediencia que deseaba ver en ella, y Eugenia, llena de fé en las palabras de su padre, se prestó sin murmurar á aquella sumision.

Once años tenia Eugenia y nada anunciaba todavia que un dia llegaria á ser la mujer alta y hermosa á quien conoces; el término de su aprendizage se acercaba, pues tal era su amor á un trabajo en que sin cesar manejaba la seda, la muselina, finas batistas, cosas suaves y delicadas como ella. Otra niña de su casa, llamada Teresa, fué un dia á buscar á Eugenia llorando y diciendo que acababan de llevar á su padre herido. La niña se plantó de un salto en su casa, y al entrar en su miserable vivienda vió á Gerónimo tendido sobre el lecho, sin sentido y cubierto de sangre. Juana gritaba y lloraba, las vecinas andaban muy solícitas, pero nadie prestaba socorros útiles al pobre herido. Eugenia, que no lloraba, aquella niña que lloraba con tanta frecuencia, esclamó:

—Qué ha mandado el médico?

—No se ha encontrado ninguno en el barrio, se le contestó.

—Pues yo voy á buscar uno, dijo la niña con resolucion.

Y en seguida echa á correr, va de casa en casa preguntando por un médico, y asi que le dan razon de uno, sube, llama, pregunta por él y le dice con voz breve é imperativa:

—Id, id en seguida á la calle de San Honorato, número tantos, que mi padre se está muriendo.

De este modo va á casa de tres ó cuatro médicos y no vuelve hasta hallarse segura de que irán. Este fué el primer acto de ese carácter firme, decidido y rápido que ha regido el destino de esa mujer, y del cual has podido



juzgar esta noche misma cuando Eugenia ha venido á decirte cara á cara lo que esperaba y pensaba de tí.

Eugenia volvió al lado de su padre para oir desauciar á éste por los mé-

dicos. Sin embargo, se dispuso hacer una sangria al herido. La niña tenia la palancana en que caia la sangre de su padre. Esta operacion solo sirvió para devolver el conocimiento á Gerónimo por algunos instantes. Buscó el albañil con los ojos á su hija, y viéndola junto á su lecho, la alargó la mano murmurando:

—Pobre niñal

En seguida se apoderó de él el delirio de la agonía, y murió balbuceando hasta exhalar el postrer suspiro:

—Pobre niña! pobre niña!

Juana habia amado á su marido como ella podia amarle, creyendo que era el mas dichoso de los hombres, porque ella valia cuando menos tanto como las mujeres de otros artesanos que vivian dichosos. Asi pues, cuando oyó la palabra fatal: «Ha muerto!» esperimentó una desesperacion tan violenta que tuvieron los vecinos que arrancarla de alli y encerrarla en su casa. Nadie se acordó de Eugenia, que no habia gritado, y que quedaba de rodillas junto al lecho del difunto. Llegada la noche, la pobre niña veló al lado del cadáver de su padre, sin que nadie se ocupara de ella.

Baron, tú nunca has visto morir á nadie; tú nunca has pasado las doce horas de una larga noche al lado de un lecho mortuorio; tú no sabes lo que es contemplar á la luz de una vacilante vela un rostro que, algunos momentos antes, sonreia amorosamente; mirar unos lábios inmóviles y helados que os decian: «Yo te amo!» asir con vuestra mano ardiente una mano helada que pocas horas antes se posaba sobre vuestra cabeza y os protegia; tú no sabes la inmensa enseñanza que reasumen esas pocas horas, la madurez y la reflexion que inculcan en el pensamiento, la resignacion que dan al alma. Oh! si á mí, á Satanás, me fuera permitido tratar de hacer los hombres buenos y santos, yo los mandaria á ver morir, los mandaria con frecuencia entretenerse con la muerte. A los once años no se conoce la vida, pero á cualquiera edad se conoce el sufrimiento, y Eugenia sufria. La palabra: Pobre niña! que su padre la decia en todos sus dolores, y que le habia dejado como su último adios, aquella palabra resonaba sin cesar á su oido. Como era tan pequeñita, se ponia de puntillas para ver el rostro dulce y sereno de su padre, esperando que aquella triste palabra: pobre niña! que pedia en otro tiempo por medio de una sonrisa, la diria aun que esperara; pero nada, nada la respondia. Oh! cuánto dolor causaba á la pobre niña esa inmovilidad de la muerte que en vano se trata de vencer; ese silencio de la muerte que dice sin voz: «Nada, nada, ya nada!» Luego, á través del reducido espacio que la separaba del cuarto donde se habia encerrado á Juana, oia los gemidos de su madre y los consuelos solícitos que se la prodigaban; y viéndose asi abandonada, sentia que la vida, como la muerte, la respondia: «Nada, nada, ya nada!» Entonces cubrió el rostro de su padre, se arrodilló y se puso á orar.

Luizzi escuchaba al Diablo con un singular y mudo asombro desde que empezó su relato; mas no pudo menos de murmurar algunas palabras en vista del tono solemne y triste con que el arcángel caido pronunció la última.

Satanás le dirigió una mirada siniestra y ardiente, y continuó:

—Oró, mi amo, oró y recobró la esperanza, porque Dios, no lo dudes, ha conservado la esperanza en su mano para repartirla á los que le ruegan. La niña oró y Dios derramó sobre ella una gota de ese rocío celeste de que yo estaré sediento por toda una eternidad, porque yo no ruego á Dios. No, no, yo tengo demasiado orgullo, mi amo, y nunca le rogaré; él me lo perdonará.

Si las intenciones humanas pueden hacer comprender lo que Satanás parecia esperimentar, diríase que parecia que desdeñaba la blasfemia contra el Eterno hablando del apoyo que daba á una débil criatura; diríase que trataba de engrandecerse demostrando que la persistencia de su rebeldia no era una necesidad impuesta por Dios, y si un efecto de su implacable voluntad de rey del mal; diríase en fin, que solo glorificaba tan altamente la bondad del Eterno para vanagloriarse mas de la infinita ofensa que le oponia: Luego continuó:

—La niña salió de aquella cámara mortuoria tan previsora y séria como ligera y risueña habia entrado. Por lo demas, ninguna de las lecciones de la muerte la faltaban: despues de haber visto á la vida apartarse de aquel cuerpo, vió á este cuerpo apartarse de la habitacion, y despues de haber quedado sola con un cadáver, quedó sola con nada. No se permitió á Juana volver á su cuarto durante algunos dias, y Juana no preguntó por su hija Eugenia; así que se vió sola, enteramente sola, tuvo miedo, lloró y salió del cuarto. Qué acogida halló en la vecindad! No pocas miradas la seguian con mas curiosidad que interés, oyó cuchicheos á su paso, y por último algunos niños mas crueles ó mas compasivos que sus parientes, la dijeron:

—Pobre Eugenia, con que es cierto que te van á llevar?

Esta palabra espantó á Eugenia y la recordó una circunstancia en la cual no habia parado hasta entonces la atencion. Su padre tenia una caja cuya llave guardaba siempre, y con mucha frecuencia la habia dicho: «Mira, ves esta caja? pues hay en ella un secreto que te concierne y que tal vez te revele yo algun dia.» En su primer movimiento de terror quiso apoderarse de aquella cajita como si debiese protejerla cuanto habia perteneecido á su padre. Entró en el cuarto que acababa de dejar y encontró allí ya á su madre que tenia en la mano la caja cuyo contenido, que consistia en un legajo de papeles, habia echado al fuego. Por una especie de intuicion desconocida, comprendió Eugenia que se la arrebataba alguna cosa, que se la quitaba su última esperanza, y esclamó dirigiéndose á su madre:

—Esa caja es mia, lo que hay dentro es mio

—Aquí no hay nada tuyo, le respondió su madre rechazándola con violencia; aquí no hay nada tuyo, ni aun el pan que comes, porque no lo ganas.

—No he comido desde que murió mi padre, replicó la niña con arrogancia; no comeré el pan que vos me deis, madre mia.

Hé aquí como se hallaban aquella madre y aquella hija despues de la muerte del marido de la una y del padre de la otra.

Juana salió un momento despues, porque era preciso pensar en las necesidades del hoy y del mañana. Tal es la desgracia de los pobres que ni aun tienen tiempo para reponerse de ella. Juana dejó á su hija el cuidado de arreglar el cuarto en que Gerónimo habia muerto.

Si llega á pertenecerte Eugenia, y ves suspendida á su cuello una bolsita, no se la arranques creyéndola el impío recuerdo de su primer amante, pues esa bolsa encierra un pedacito de sábana en que hay una gota de sangre de Gerónimo; es la única reliquia de aquella noble vida; es lo único á que esa mujer puede dirigir su adoracion á su padre; es su culto, el culto mas santo despues del que yo he renunciado.

La orgullosa respuesta de la niña á su madre no habia sido una palabra vana. Eugenia salió de casa; á su vez fué á ver á la costurera para quien trabajaba, y la pidió un salario por lo que pudiera hacer durante las horas que tenia libres. La niña, cuyos dias estaban ya empeñados, vendió sus noches y volvió á casa pudiendo decir su madre: «Ya gano el pan que como.»

Pero no tardó en tener que ganar, no solo para ella, sino tambien para su madre, á quien Gerónimo habia hecho abandonar su tráfico de vendedora y que halló su puesto ocupado y perdidos los parroquianos cuando quiso emprender aquel de nuevo. No creas que Eugenia disponia del dinero que ganaba, pues lo entregaba á su madre; su madre le partia todas las mañanas una revanada de pan, y, dándola un sueldo, la decia: «Anda, vete á trabajar.» No te rias, mi amo, no te rias, orgulloso millonario que tocas ya la miseria: puedes saber muy pronto lo que vale un sueldo: un sueldo para el placer es nada; un sueldo para la necesidad es un tesoro.

Llegada la noche, la pobre niña que casi siempre volvia la primera, ponia la mesa y preparaba la frugal cena; despues de cenar volvia á la labor y pasaba las noches á la luz de una miserable vela. Las primeras noches fueron crueles, debes creerme: tuvo que hacer el trage de luto de su madre y el suyo.

Sin embargo, esto fué para ella una circunstancia muy grave, y hé aquí por qué. Disponia por primera vez de la tela de que habia de vestirse, y como su ódio instintivo á las formas desgraciadas se hallase en campo libre, hizo su trage á la moda mas reciente y elegante. No pienses que lo hizo aturdidamente por vanidad imprevisora; Eugenia sabia demasiado bien que

iba á escitar las rústicas maneras de Juana; preveia que iba á ser maltratada y lo fué; pero tambien estaba hermosa; se murmuró á su alrededor que no parecia hecha para trabajadora, pero como su trage guardase armonia con sus sentimiento se halló contenta.

—Ah! conozco que eres apasionado á esa mujer, dijo Luizzi: esa mujer es el orgullo en su mas baja escala.

—El orgullo nunca es bajo, mi amo; solo la vanidad se arrastra en el fango, cualquiera que sea la altura donde radique.

Luizzi aceptó sin réplica la injuria de Satanás é hizo á este una seña para que continuase. El Diablo continuó :



II.

Pobre jóven.



Baron, ya te he dicho, que la niña habia concluido para comenzar la jóven. Permite ahora que te esplique lo que es la vida de una jóven semejante. Indudablemente es el trabajo, pero es tambien la libertad. Juana y Eugenia salian de casa á las seis de la mañana; la madre, mujer del pueblo, siempre dura y grosera, pero siempre honrada y laboriosa, para sacar mal ó bien algunas utilidades de su antiguo tráfico; la jóven, para ir á su obrador, hallando en ese orgullo que tú condenas fuerzas para cumplir sus deberes. Conoces ahora que es preciso en esa vida confiada á sí misma alguna virtud para resistir á todas las seducciones que pueden rodearla? En efecto, no hay en torno de ella como en torno de la existencia de vuestras jóvenes la vigilancia siempre presente de unamadre, y ni aun los obstáculos materiales de vuestra sociedad, que no dejan, á lo que se llama una señorita, una hora para entregarse á los transportes de una conversacion que nadie escucha ni vigila. Conoces ya que esa virtud debe ser muy grande, no solo para resistir á esa libertad, sino tambien por el inmenso

campo que tiene la seduccion para desplegarse delante de ella? Vosotros, cuando seducis vuestras mujeres, ó mas bien cuando ellas se dejan seducir, no necesitais mostrarles ese infernal paraiso de la riqueza y del lujo que ellas habitan como vosotros. Cuando se estravian, no tienen mas escusa que su sed de amor. Pero esas pobres jóvenes que se encuentran á la puerta de ese hermoso jardin de frutas de oro que ven y no pueden gustar, esas pobres jóvenes, repito, tienen que rechazar tentaciones mas tenaces; vuestras mujeres se pierden en los palacios y en los frescos jardines á donde arrastran su ociosidad; las jóvenes pobres se pierden tambien algunas veces; pero es porque el camino que recorren les hiere los pies, y porque el peso de su miseria las abruma. Vosotros os creeis ricos de juventud y de esperanzas porque teneis en abundancia el oro, y vosotros sois los verdaderos pobres de esa única y verdadera riqueza del hombre, porque vuestros sueños solo pueden ir un paso mas allá de vosotros, en tanto que los sueños de los que nada poseen tienen inmensos espacios que recorrer. Los hermosos castillos en el aire que tanto agradan á la juventud no se forman en los hermosos salones; una noble jóven no se halla entregada á todos los deseos ataviada con un rico trage de seda. Bajo un trage de percal es donde se agitan todos los deseos; en un obrador poblado de jóvenes pobres, es donde se crean las esperanzas mas risueñas, los amantes mas bellos, los ricos aderezos, los placeres dorados, los inesperados triunfos; allí es donde está casi toda la felicidad de la juventud, la esperanza. No conoces por último, que cuando se halla en esta posicion comun á todas las hijas del pueblo una jóven á quien la naturaleza ha dado, aun mas que el deseo, la necesidad de una vida de distincion, y esa jóven añade á la vulgaridad de esos sueños el sueño de las conversaciones nobles, de las ocupaciones elevadas, de los placeres delicados del pensamiento, de los triunfos del talento, necesita una gran virtud para no comprar todo esto por una falta que se la dice es la felicidad? Y no te hablo del amor, que es la escusa de los estravíos de vuestras mujeres, que sin él no encontrarian ninguna.

Eugenia era la jóven de quien acabo de hablar; diez y siete años tenia, cuando el suceso que voy á contar cambió en desgracia activa, el sufrimiento pasivo y resignado de su alma.

Era muy hermosa entonces, su débil y enfermiza naturaleza se habia desarrollado de repente; su talle era flexible y delgado como el árbol plantado á la sombra, que se apresura á elevarse para que le dé el sol. La blancura de su rostro probaba sin embargo que las fuerzas vivas de aquel hermoso cuerpo se habian desarrollado tan pronto como el talle y Eugenia, que habia sido una niña raquítica, era una jóven alta y delgada.

En la época á que me refiero, se hallaba en casa de Mad. Gilet, que era una de las mas célebres costureras de Paris y que vivia en la calle de San Honorato. Sus obradores se hallaban á la parte izquierda de un patio, á cu-

ya derecha vivia Mr. de Souvray, obispo sin obispado, que despues de haber vegetado largo tiempo en Inglaterra, habia vuelto á Francia atenido á la pension concedida por Bonaparte á los eclesiásticos cesantes. Eugenia habia elegido una amiga en los obradores de Mad. Gilet: esta amiga era Teresa, con quien habia jugado cuando era niña y feliz, y que la agradaba por su aire de distincion en el trage y las maneras. Por esto agradaba á Eugenia, que se hallaba mas que nunca entregada á aquella necesidad de elegancia innata en ella, y su amistad solo estaba sostenida por este frívolo lazo, por ser las dos las mas bellas y las mejor puestas del obrador. Las relaciones de vecindad habian, introducido á ambas jóvenes en casa de Mr. de Souvray.

Estas relaciones de un hombre como el anciano obispo, con dos jóvenes colocadas á tanta distancia de él, eran debidas á la mediacion de cierta Mad. Bodin, ama de gobierno del obispo. Era una mujer de treinta años poco mas ó menos, su hermosura habia escitado ciertas sospechas, de que veo participas á juzgar por tu sonrisa. Sin embargo aquellas sospechas eran infundadas, porque si Mr. de Souvray estaba adherido á aquella mujer, era porque le servia con celo y desinterés, y si le gustaba oir á las dos jóvenes, era porque los ancianos encuentran un placer infinito en ver deslizarse sobre sus ideas agostadas las palabras sonrosadas de la juventud. Algunos ancianos, gentiles hombres de la casa de Luis XVI, eran los únicos que componian la tertulia de Mr. de Souvray, y el único jóven que Eugenia habia visto alli, era un tal Mr. de Mednitz subteniente de marina y sobrino del obispo, cuya casa habia habitado durante los primeros meses del año de 1813.

Un dia, dia terrible para todo un pueblo y mas aun para Eugenia, tronaba el cañon al rededor de Paris y la ciudad temblaba ante la idea de ver precipitarse de repente en sus calles aquellas nubes de enemigos allegados hacia tantos años contra la Francia, desde todos los confines de Europa. Hablo del 30 de marzo de 1814. Lo que mas aterrorizaba á Paris eran aquellas bárbaras hordas de cosacos, cuya ferocidad habia regado de sangre los campos. Todos temblaban y sin embargo en el centro de Paris, las jóvenes costureras de Mad. Gilet, reunidas como de costumbre, hacian elegantes camisolas de batista, trasparentes manteletas de gasa, asustándose y riéndose al mismo tiempo al lado de aquel imperio que se derrumbaba. Eran las diez cuando Mad. Bodin entró de repente en el obrador, y dijo á Eugenia que venia á hablar con ella. La jóven la siguió y Mad. Bodin con los labios apretados, el rostro pálido, y conteniendo con dificultad los dolores mas atroces, le dijo: — Eugenia, llévame á tu casa al instante; tu madre está fuera, no es verdad?

—Sí, contestó Eugenia; pero qué quereis?

—Ya te lo diré, Eugenia; vamos, vamos pronto.

La pobre jóven, llena de admiracion, llevó á su casa á Mad. Bodin, que

apenas podia moverse y que, no bien llegaron al cuarto de Eugenia, cayó sobre una silla esclamando :

—Sálvame, hija mia! sálvame! estoy con los dolores del parto.

—Aquí! dijo Eugenia retrocediendo.

—Sí, sí, aquí ó en la calle, porque Mr. de Souvray, á quien he dicho esta mañana que estaba embarazada, me ha echado de su casa.

—Embarazada! murmuró Eugenia.

—Sí; me ha engañado su sobrino, su sobrino que debia volver á Paris y me ha abandonado.

Antes que Eugenia tuviese tiempo de contestar, se hicieron tan vivos y tan atroces los dolores del parto, que Mad. Bodin despedazaba con los dientes las sábanas de la cama en que se habia acostado.

Eugenia corria por el cuarto esclamando :

—Qué he de hacer, Dios mio, qué he de hacer!

—Oh! calla, calla, la dijo Mad. Bodin; calla, no pierdas tiempo; yo tengo bastante valor para no gritar y sufro los dolores del infierno. Vete á buscar mi médico que está ya prevenido, vete.

Eugenia solo vió una mujer que iba á morirse y corrió por el comadron, con el que volvió á pocos instantes.

—Mi amo, continuó el Diablo mirando á Luizzi con aire tristemente burlon; vuestras hermanas y vuestras hijas no presencian tan horribles espectáculos, no poseen semejantes secretos; para ellas la vida está cubierta con un velo que no se descorre, ó al menos que no debe descorrerse hasta la noche de bodas. No sucede así con las pobres; siempre tienen ocasion de saberlo todo, y la primera vez que Eugenia salió de su ignorancia de niña, fué asistiendo á un parto, recibiendo en sus manos un hijo ilegítimo y ocultando la deshonra de una mujer á quien apenas conocia.

Mad. Bodin salió pronto y con felicidad de tan terrible paso. En tanto que el facultativo la prestaba los últimos cuidados, Eugenia fué á casa de Mr. de Souvray y manifestó al anciano lo que se habia visto precisada á hacer. El obispo la escuchó sin comprender, ó sin querer comprender la heróica abnegacion de aquella niña, y la respondió con frialdad :

—Eso es cuanto yo deseaba. El parto no podia verificarse en mi casa; me hubiera comprometido, debeis conocerlo, Eugenia, sobre todo cuando la vuelta de los Borbones me da la esperanza de recobrar el puesto de que se me privó. Bastaban para perderme las murmuraciones que eso hubiera originado.

—No te admira, baron, la flema de aquel hombre que cifraba su fortuna en la caida de un imperio y temia las murmuraciones de sus vecinos? Y todo á los setenta años, cuando apenas conservaba fuerzas para ponerse la mitra y para llevar el báculo pastoral!

Luego, de que hubo mostrado todo el egoismo de su seguridad, olvidan-

do que lo que podia arrebatarle cuando mas un resto de ambicion de anciano podia perder el vasto porvenir de una jóven existencia, prometió tomar las últimas precauciones para ocultar el recien nacido.

Así que fué bastante de noche para salir sin ser vistos de casa de Eugenia, la inocente jóven y el médico salieron juntos; la jóven sacaba bajo su chal el niño, cuyos vajidos procuraba contener, y como encontrara á su madre á oscuras en las escaleras, la dijo para escusar su salida.—Madama Bodin ha venido y ha sido acometida de un flujo de sangre; ha sido preciso sangrarla, y ahora voy á avisar á Mr. de Souvray y á buscar un carruaje para llevarla á su casa.

El obispo esperaba á la puerta de la casa al médico y á Eugenia, y los tres fueron á S. Roque, el ministro y la jóven á presentar á Dios el hijo del crímen y á pedirle caridad y esperanza para él. Mejor hubieran hecho en pedirlas para ellos, sobre todo para Eugenia, que ignoraba que acaba de manchar su honra con la falta de otra mujer.

Pasaron algunos dias durante los cuales Eugenia notó que los vecinos la dirigian estrañas miradas, examinando su andar, su talle y su rostro. Pero andaba tan lista, arreglaba su cuarto cantando tan alegremente, que desaparecieron las sospechas ó al menos dejaron de manifestarse. La sospecha, mi ama, es como el cadáver que se lanza á un estanque; difícil es que las ondas le rechacen; desciende algunas veces hasta el fondo y se oculta entre el cieno, pero siempre está bajo el agua. Si un mal viento agita el agua, el cadáver vuelve á aparecer en la superficie, pero entonces está impregnado de légamo y de cieno

Eugenia ignoraba esto, y como los vecinos volvieron á mirarla como antes solian hacerlo, creyó que la esplicacion que ella habia dado al ruido que oyeron en su casa habia sido admitida. Teresa únicamente comprendió y adivinó la verdad. Pero en vano apuró á Eugenia para que la diese el derecho de dirigir irónicas alusiones á Mad. Bodin, cuyo aire de mujer honrada la disgustaba. Eugenia habia jurado callar y poseia todos los géneros de probidad, hasta la del juramento.

Algunos dias despues de lo que acabo de decirte, y durante esas hermosas horas de medio dia que el último tercio de abril proporciona algunas veces al campo, despues de salir de misa fueron Eugenia y Teresa á dar un paseo por las Tullerias. Así que dieron una vuelta por los jardines, echaron de ver que eran seguidas por dos ingleses de aquellos que la invasion habia lanzado á Francia en aquella época. Esto basta para decirte cuán odiosos debian ser á aquellas hijas del pueblo, acostumbradas á amar el imperio por esa simpatía instintiva hacia lo grande que es propiedad de las masas, porque las masas son grandes. Aquellos dos hombres les parecieron aun mas que odiosos, les parecieron ridículos.

Vosotros los hombres, y particularmente vosotros los franceses, desde

luego poseis la cualidad mas miserable del mundo: la de apasionaros á las modas, la de entusiasmaros por la menor cosa nueva ó renovada que un impertinente propone á vuestra admiracion.

A continuacion de esta facultad miserable, teneis la mas deshonrosa para la humanidad, la de despreciar profundamente lo que mas profundamente habeis amado. Y todo en el espacio de pocos años, de pocos meses, de pocas semanas. A estas dos facultades añadis una disposicion que parece inconciliable con ellas, es decir, la inteligencia de todo lo que no procede de vosotros mismos, y un desden soberbio que os conduce á burlaros estúpidamente de lo que no conoceis. Diríase que teneis dos grandes vicios en vuestro talento; diríase que vuestro talento es demasiado pequeño para abrigar á la vez dos admiraciones, y demasiado obtuso para entrar rápidamente en lo vivo de las cosas; y sin embargo pasais por el pueblo de mas talento, lo que no deja de ser cierto. Esplícame esto, si puedes; quizá te revelaré un dia su secreto.

En la época de que hablo, nada, os parecia tan ridículo como un inglés, y todo por la única razon de que no estaba afeitado, vestido y calzado como vosotros. Pudiera comprenderse esto tratándose de un pueblo oriental á quien la magnificencia de sus trages hace despreciar el trage europeo, que parece inventado para afectar pobreza; pero vosotros que gastais levitas hiperbólicas, frac de cola de pichon y picos hasta las orejas, es preciso que seais tan vanos como lo sois, para despreciar el ajustado frac y la presencia regular del inglés.

Lo cierto es que nuestras jóvenes viendo que los ingleses las seguian, no se opusieron á ello en lugar de advertirles como hubieran hecho con franceses, que su persecucion era inútil. Se les presentaba ocasion durante un largo paseo, de burlarse de ellos, de examinarlos, de reirse de aquellos odiosos *insulares* tan feos y tan ridículos, que llevaban su grosera y necia presuncion al estremo de creer que no necesitaban mas que presentarse para infundir á las francesas una repentina pasion.

Esto mismo acaso habrá sucedido á mil mujeres; pero semejante encuentro y tal diversion no habrán tenido iguales consecuencias. Preciso era un estraño concurso de circunstancias para que aquel encuentro tuviese tan graves resultados para una de las jóvenes. Escucha y trata de comprender lo inverosimil que á mí, al Diablo, me es permitido decirte para que te diga lo verdadero. Además de las circunstancias que tengo que contarte, es preciso que sepas que uno de los hombres á quienes se dirigian aquellas burlas era uno de esos seres que cuando desean una cosa, trabajan para conseguirla con un ardor y un ahinco admirables; era un hombre vanidoso, egoista y corrompido. Era uno de esos ociosos que escojen en un mal libro la vida que han de seguir, y que dedican á ella todas sus facultades. Arturo Ludney habia tomado por modelo á los veinte años á Lovelace. Pero no creas que á

ese Lovelace que pasando de original á traduccion, de traduccion á imitacion, ha venido á ser una especie de necio becerro que se hace adorar columpiando su fatuidad delante de las mujeres. Arturo habia acudido al original; era el verdadero Lovelace inglés, es decir, el deseo ardiente, sediento y perseverante; luego, el desprecio completo, seco, frio, implacable, despues de satisfecho el deseo; y esto no con frivolidades, con gracias, con flores, como hacen vuestros seductores en su mayor parte, sino con calma y perseverancia, consagrando todo su talento á la seduccion de una mujer como se pudiera consagrar al logro de las mayores riquezas.

Tú ya conoces á ese gallardo D.... de la embajada inglesa, que con la misma gravedad se acerca á un sastre que á un diplomático, que discute el boton de un chaleco con el mismo cuidado que un artículo de un tratado, y que, no fiándose de nadie en las cosas difíciles, redacta por sí mismo los despachos diplomáticos mas importantes y corta sus pantalones. Ya que has visto hasta donde puede llevar un hombre distinguido su amor á la elegancia, con facilidad puedes comprender hasta donde puede llevar un hombre perseverante sus pretensiones de Lovelace. Ademas, el Lovelace es un tipo inglés que vosotros no teneis, un tipo demasiado absoluto para vosotros, y sobre todo demasiado malo y paciente. Tal era uno de los hombres que se habian dedicado á perseguir á aquellas jóvenes y que, irritado como *Lovelace*, como inglés, como gran señor, de que unas niñas, unas francesas, unas hijas del pueblo no se hubiesen prendado de su hermosura, juró castigar no á una de ellas, sino á todas tres.

Parecia, no obstante, que Eugenia debia haberse librado de la persecucion y la venganza de aquel hombre: al salir de las Tullerías dejó á Teresa y á Deseada para volver á casa, y despues de vacilar un momento, los dos ingleses continuaron tras de las dos amigas. A la mañana siguiente se celebraba en el obrador de Mad. Gilet la ocurrencia de la víspera, y todas reian al oir á Teresa que, remedando al inglés, decia:

—Ooooh! que señorritas tan bellas! Ooooh! que herrrmoso talle! Ooooh! mucho, mucho hermoso!

Eugenia era felicitada porque aquellos detestables ingleses la habian desdeñado, cuando Teresa replicó:

—Detestables! tanto como eso no. Lo que es uno de ellos era hermoso como el amor. Figuraos un jóven de veinte años lo mas, con ojos negros y pelo largo y tambien negro, y unos dientes como perlas.

—Entonces no era inglés, dijeron todas á una voz; los ingleses son todos rubios.

—Era inglés; él así me lo dijo.

—Toma! conque le hablásteis?

—Sí, contestó Teresa; en cuanto Eugenia nos dejó, porque ya sabeis que es muy mogigata; en cuanto la mira un hombre no parece sino que la quita

algo. Les hablamos para divertirnos. El uno se llamaba Back, como la calle del Bac, bien me acuerdo, es el feo. El otro se llama Arturo.... el apellido es así.... un apellido inglés, no me acuerdo cómo. Es hijo de un lord muy rico.

—Y qué os dijeron?

—Bah! contestó Teresa poniéndose delante los volantes de un vestido que estaba acabando para ver que gracia sacaban; tonterías de ingleses; que nos regalarian chales y carruages si queriamos adorarlos. Es decir, quien decia eso era el feo; lo que es el otro es muy sentimental y no hacia mas que repetir:—Oooh! oooh! yo amaria mucho á vosotras, mucho, si voos querreis amar un poco á mí.

—Y os siguieron mucho? preguntó Eugenia.

—Sí, hasta casa de Deseada.

—Y despues que quedaste sola?...

Teresa se puso colorada y respondió recogiendo el vestido y yéndose con él:

—Ya no estaban allí.

Aquel encuentro no habia dejado recuerdo alguno en la imaginacion de Eugenia, tanto que al domingo siguiente no se acordaba ya de los ingleses Fué á misa segun costumbre, y cuando se disponia á salir de la iglesia, vió al bello jóven colocado junto á una columna en ademan de observarla. La audacia de la mirada de aquel hombre la hubiera ofendido en cualquier otro sitio; en la iglesia le pareció una sacrílega insolencia, y se alejó con precipitacion. Pero al bajar las gradas de S. Roque notó que el inglés la seguia, é impulsada por un movimiento de espanto corrió á su casa. Sin embargo, al acercarse á esta, reflexionó que entrar seria manifestar su habitacion á aquel desconocido, y volviendo atras se metió en una perfumeria.

Escucha bien todas estas pueriles circunstancias, mi amo, porque ellas te harán comprender lo que voy á contarte. El perfumista, al ver entrar á Eugenia tan alarmada, á Eugenia, á quien conocia como vecina del barrio, la preguntó qué la pasaba. La jóven le manifestó, asi como á su mujer, la persecucion del inglés, y el perfumista indignado, dijo con fanfarroneria:

—Bueno! bueno! vereis como yo os salvo; pero enseñádmele.

—Es ese que está mirando por los cristales de la tienda.

El perfumista abrió la vidriera y el inglés le miró. Aquella mirada era tan amenazadora y despreciativa, que el buen hombre se detuvo, y en lugar de dirigirse á Arturo, se puso á cantar con aire de indiferencia en el umbral de la puerta, y pasado un instante, se volvió dentro.

—Vamos, le dijo su mujer, y es eso todo lo que has dicho á ese títere de inglés?

—Toma, contestó el marido, cómo quieres que le mande seguir adelan-

te si se para á mirar las muestras? Está en su derecho; la calle es de todos.

—Anda, embustero, lo que te detiene es el miedo. Está bueno que esos canallas vengan á insultarnos en nuestra propia casa! Verás como yo le doy pasaporte.

—Dejadle, dejadle, dijo Eugenia; esperaré que se marche.

—Sí, vereis como se planta ahí como un guarda-canton; pero nada temas hija mia, que él se marchará. La tendera salió á su vez, á la puerta, y el inglés se acercó á ella, y antes que la buena mujer pudiese desplegar los labios, la saludó, y mostrando con el dedo un pomito, la dijo: Cuánto vale?

Era cosa de un escudo; pero la perfumista le respondió irritada:

—Cuarenta francos, caballero.

—Dádmele, dijo el inglés entrando en la tienda y sacando la bolsa.

La tendera, llena de admiracion, abrió el escaparate y sacando el pomo se le dió á Arturo, que le pagó sin cesar de mirar á Eugenia que se habia retirado á lo mas recóndito de la tienda.

—Bien, bien, dijo el inglés en voz alta; volveré á comprar otras cosas.

Y se marchó, y Eugenia conoció en la poca solicitud con que se continuaba protegiéndola, que no se queria esponer á perder por ella tan buen parroquiano. Un pensamiento la ocupaba sobre todo, y era que la mirada de aquel hombre que la habia causado miedo se le habia causado tambien á un hombre, y entonces se sobrecogió de espanto al considerar que podia volver á encontrarle. Aquel desconocido se convirtió para ella en un ser temible. Pensó tambien en el abandono en que vivia, sin padre, ni hermanos, ni parientes que se ocupasen de ella. Justamente en aquella época su tio Rigot, no queriendo permanecer en Francia despues de la caida de su emperador, comenzó á hablarla de sus intenciones de embarcarse á fin de probar fortuna. Sin embargo, no realizó su proyecto hasta despues de los sucesos de 1815.

Eugenia salió de la perfumería firmemente decidida á burlar la persecucion del inglés, y al efecto, en lugar de ir á su casa, se fué á la de Mad. Gilet. Arturo volvió sin seguirla, y no dejó la calle hasta haber pasado dos ó tres horas de espera. Eugenia fué entonces á su casa.

Hace largo rato que no te hablo de Mad. Turniquel, y tal vez te imagines que aquella mujer, apreciando en lo justo el valor de Eugenia, dejaba á esta cuando menos el reposo de su laboriosa existencia. Hé aquí lo que pasaba. No bien llegó Eugenia á la entrada del corredor, se precipitó á ella su madre esclamando:

—De dónde vienes? bribona! holgazana! etc. etc. No te repito sus verdaderas palabras, baron, porque si, como me has amenazado, publicas estas conferencias, te serán inútiles; no te atreverias á darlas á la prensa. Eugenia quiso responder para justificarse; pero aun no habia pronunciado dos palabras cuando recibió un par de bofetones. Yo designo las cosas por su

nombre. Y si aquella no era la primera vez que tal escena se veia, no era aquella la primera vez que la pobre jóven se veia así maltratada. Eugenia entregaba á su madre todo el fruto de su trabajo diario; su madre sabia cuanto era, y no habia medio de sustraer la parte mas mínima.



De vuelta á su casa, Eugenia trabajaba aun hasta là hora de acostarse. Juana habia calculado lo que este trabajo podia reportar y habia dicho:

ya que puedes ganarte diez sueldos por la noche, es preciso que me los entregues. Pero Eugenia era aficionada á vestir bien, y cuando su madre se entregaba á su rudo sueño, la jóven se levantaba, volvia á trabajar y reunia lentamente el salario de sus noches despues de dar á Juana el de sus dias; y todo esto era por un capricho, por tener una hermosa manteleta de seda como las que se llevaban en aquella época. Pasadas muchas noches de trabajo, al fin pudo hacérsela. Un dia la tomó en la mano y entró al cuarto de su madre para recibir el castigo de su culpa. Aquella fué lucha entre hija y madre; no debes tú comprenderla porque esa lucha se manifiesta por detalles demasiado vulgares para el conocimiento que tú tienes de la vida. Era la lucha del rencor envidioso del pueblo contra todo lo que puede desdeñar sus groseras costumbres y del disgusto insoportable que esperimenta una naturaleza delicada hácia las costumbres groseras. La rabia que Juana esperimentaba era tanto mas viva cuanto que era su hija quien la insultaba incesantemente por el desprecio con que parecia mirar la clase en que habia nacido. Debo confesarte que ambas luchaban con una obstinacion singular. Así pues, cuando Eugenia se presentó con la manteleta en la mano y hubo confesado á su madre que era suya, Juana quedó estupefacta en vista de tanta audacia; quiso arrancar aquella prenda á Eugenia, y como esta la echara á su cuarto, Juana la maltrató y ella se dejó maltratar porque habia calculado que aquella manteleta le costaria no solo treinta noches de trabajo, sino tambien las violencias de su madre; pero cuando Juana habló de rasgar la manteleta, Eugenia la defendió; colocóse delante de la puerta y dijo que seria preciso matarla para arrancársela.

Estas violencias, baron, tenian lugar todos los dias, y hasta la que acabo de citar solo habian producido lágrimas que la juventud enjuga con facilidad. Alarmada Eugenia aquel dia con la persecucion de aquel desconocido, volvia con un pensamiento piadoso y bueno; volvia al lado de su madre con ánimo de confiarla sus temores y pedirla que la acompañase y la fuese á buscar al obrador durante algunos dias; volvia con la seguridad de que su madre agradeceria aquella disposicion, y hé aquí que es recibida con injurias y violencias. De tal modo se indignó que rechazó á su madre y la dijo:

—Cuidado, madre mia, cuidado que me vais á impeler al mal!

—Con que me amenazas! infeliz, me amenazas!

Y Juana, irritada por una resistencia que nunca habia encontrado, se arrojó sobre Eugenia, á quien los vecinos arrancaron de sus manos en tanto que Juana alborotaba la casa dirigiendo á su hija las invectivas mas vergonzosas.

—Mató á pesadumbres á Gerónimo y va tambien á matar á su hija, dijo uno de los vecinos al oido de Eugenia.

Y por primera vez la niña se preguntó á sí misma si debia á su madre mas que el haberla concebido.

—Esa mujer era un mónstruo! esclamó Luizzi.

—No, mi amo, no. Si Juana hubiera tenido una hija como ella no la hubiera maltratado con tanta frecuencia, porque aquella hija se hubiera amoldado á sus costumbres. Pero el mundo está tan bien moralizado, que lo que en la clase alta es una cualidad recomendable, es un defecto en la clase baja; que lo que vosotros deseais en vuestros hijos, lo reprende el pueblo á los suyos; que en vuestra clase se vitupera á la mujer que descuida su tocado y entre el pueblo se vitupera á la mujer que se compone. Por otra parte, si Juana hubiera golpeado á una hija que se la pareciese, esta hubiera sufrido solo en el cuerpo. Juana habia sido educada así; esto habia producido una mujer honrada, porque lo era, y los palos no la habian roto brazo ni pierna; creia pues que su hija debia ser tratada como ella lo habia sido.

Aquel dia, despues que se la hubo reprendido por los vecinos, prometió á estos no hacer nada á Eugenia cuando volviese á casa.

Eugenia volvió, y su madre la recibió con nuevas injurias. Despues de haberla hartado de insultos, la dijo:

—Pídeme perdon!

—De qué? de que me hayais maltratado?

—Pídeme perdon!

—De no poder trabajar en ocho dias?

—Pídeme perdon!

—De no querer ser una mala hija?

—Pídeme perdon! pídeme perdon! gritaba Juana, para quien era un motivo de rabia su impotencia para vencer aquel valor pasivo que se echaba al suelo y decia :—Pegadme, matadme.... no cederé!

Juana habia prometido no pegar á su hija y no la tocó; pero la dijo con tono amenazador:

—Tú me pagarás la que me acabas de hacer.

Tal era la vida de Eugenia.

Sin embargo pasaron algunos dias sin que hubiera nuevas quimeras en la casa. Eugenia encontró á la puerta de Mad. Gilet al hombre á quien debia sus últimos sufrimientos. Al verle, retrocedió asustada, y como él tratase de acercarse, huyó diciéndole con terror:

—Dejadme, dejadme!

Al contarte todo esto, deseo hacerte comprender sobre todo una cosa, y es que Arturo no quedó como un ser indiferente á los ojos de Eugenia como hubiera quedado cualquiera otro. Posible es que fuese aversion y terror el sentimiento que la habia inspirado; pero consiguió ocupar su pensamiento, ocupar un puesto en su vida; ni un dia pasó sin que el recuerdo de aquel hombre no fuera á turbar á Eugenia. El domingo siguiente quiso Teresa llevar á Eugenia á las Tullerias; pero como allí era donde habia encontrado al inglés, rehusó acompañarla. Sintió sin embargo el verse precisada á sacri-

ficar su hermoso domingo, el único dia en que podia ir á respirar el aire libre, el único dia en que podia enderezar su débil cuerpo encorbado durante toda la semana. Eugenia lloró amargamente. En cuanto á Arturo.... era un hombre como todos los señorcillos; admirábase en su vanidad de dandy, de hijo de lord y de rico inglés, de que una niña, á la cual se habia dignado demostrar que le parecia hermosa, no se hubiera mostrado inmediatamente loca de contento y agradecida.

—Siempre exajeras las cosas, dijo Luizzi interrumpiendo al Diablo; y ya que, al parecer, me dirijes tus observaciones, te diré que, á parte de algunos necios vanidosos, yo nunca he encontrado entre nosotros el hombre que tú pintas, y sobre todo no le he encontrado en edad tan poco madura.

—Hé ahí lo que te engaña, baron, replicó el Diablo; no hay peor egoismo ni peor presuncion que la de la estrema juventud. El jóven de veinte años que no conserva la inocencia del corazon, y no posee la esperiencia de la vida, carece de freno y de piedad, porque ignora el castigo de las malas acciones y los remordimientos que proceden de ellas. Así pues, Arturo perseguia á Eugenia sin ocuparse, ó mas bien ignorante del mal que la hacia, y quizá si lo hubiera sabido se hubiera burlado del dolor de la pobre jóven. Pardiez que es tan poca cosa para un hombre cansado de su ociosidad el privar á una pobre jóven del único dia de libertad que su madre la permite! Además no estaba él allí para compensarlo todo? Y la felicidad de haber puesto él sus ojos en ella no era superior á los fútiles placeres que perdia? Sin embargo, Eugenia no quiso ir aquel dia á las Tullerias; pero, ostigada por Teresa, consintió en acompañar á ésta á la esposicion de pinturas. Era domingo, dia del pueblo, y por lo tanto no habia probabilidades de encontrar al inglés.

Sin embargo, le encontró allí, sea que aquel hombre hubiese sido favorecido por lo que vosotros llamais el azar, ó conducido por la soberana mano que le habia designado con el dedo para agente del mal.

El orgullo de Eugenia se sublevó ante aquel hombre, y en presencia del terror que le inspiraba la jóven se avergonzó de tener aun apariencias de esquivarle, y quiso mostrarle que, por pequeña que ella fuera, sentia hácia él un desprecio bastante grande para ser mas grande que él. Eugenia se atrevió á mirarle frente á frente para demostrarle mejor su desden; pero volvió á bajar los ojos ante la implacable y absoluta mirada de aquel jóven.

Sin embargo consiguió desaparecer entre la multitud y volver á su casa sin ser seguida. Unicamente se creia segura en su casa, donde permaneció mirando con desesperacion la miserable vivienda que se habia convertido para ella en cárcel, y que conservaba para ella un gran recuerdo, el de la muerte de su padre, y el del mal trato que en ella habia recibido. La jóven se echó á llorar sintiendo esa desgracia que carece de nombre cuando vosotros no la calumniais llamándola envidia; esa desgracia que mira siempre á un punto mas alto que ella misma, y que ni aun cesa cuando baja los ojos y se llama resig-

nacion; lloró esa desgracia que las personas de su clase no hubieran comprendido, porque eran inferiores á los sentimientos que se agitaban en el corazon de Eugenia. Lloró esa desgracia que las personas del gran mundo no hubieran comprendido, porque esas personas no hubieran querido convenir en que Eugenia abrigaba sentimientos tan elevados como los suyos. Desterrada de la clase baja á causa de su naturaleza, y desterrada de la clase alta por su miseria, lloró, y lloró enteramente sola.

A pesar de todo, se atrevió á esperar que la persecucion de Arturo se estrellaría en su infatigable resistencia, y al cabo de algunos dias creyó haber probado á aquel desconocido que todas sus tentativas eran inútiles; pero una noche, al salir de casa de Mad. Gitet, su vecina Mad. Bodin la dijo deteniéndola en la escalera:

—Entrad un instante á ver á Mr. de Souvray; hace ya tres semanas que no habeis entrado á hacerle una visita.

Eugenia, que hallaba en aquella detencion un motivo para alterar la hora ordinaria de su salida y de burlar así el acecho de Arturo, entró en casa del anciano.

—Entra, entra, hija mia, la dijo Mad. Bodin; monseñor está en el salon.

Empezaba á oscurecer y Eugenia notó al acercarse á Mr. de Souvray que este no estaba solo. Otra persona le escuchaba y se hallaba de pié como dispuesta á retirarse. El anciano obispo decia en aquel instante á aquella persona:

—Sí, Ludney, mucho celebro que vuestro padre se haya acordado de la buena acogida que me dispensó en Inglaterra y que haya fiado en mí lo bastante para esperar que yo le haría la misma á su hijo en Francia. Venid á verme con frecuencia; no serán únicamente ancianos, cuya sociedad debe agradaros poco, las personas que en mi casa vereis; aquí encontrareis tambien gente de vuestra edad con quienes deseo poneros en relaciones. Hablo de los antiguos amigos de provincia á quienes he tenido bastante influencia para colocar en la casa real; todos son valientes y leales realistas que no ignoran cuán reconocida debe estar á Inglaterra la causa de los Borbones. Estad seguro de que tendrán una gran satisfaccion en poder ofrecer su amistad á un jóven que lleva uno de los mas hermosos apellidos de esa generosa nacion.

El obispo, á quien se habia prometido devolverle su mitra, habia declamado todo esto con tono de sermon, como el hombre que quiere tomar nuevamente la costumbre de hablar con uncion y facilidad. Eugenia lo habia notado, y una sonrisa muda ahuyentaba la habitual melancolía de su rostro, cuando oyó contestar estas solas palabras:

—Sí, monseñor, tendré el honor de visitaros con frecuencia y espero hallar en estas visitas mas felicidad que la que os figurais.

Aquella voz y aquellas palabras detuvieron la sonrisa de Eugenia, é hirieron su corazon como una amenaza. Aquella voz era la de Arturo; Euge-

nia la conocia muy bien aunque apenas la habia oido, cuando el jóven la habia dirigido algunas palabras durante sus persecuciones. La emocion que esperimentó fué tan viva, que esclamó en su primer movimiento de terror y de duda:

—Quien está ahí?

—El que os ama y os obtendrá, contestó Arturo en voz baja pasando con rapidez por su lado al tiempo de salir.

—Vamos, hija mia, le dijo el obispo, que permanecia en su ancha butaca, me ha dicho Mad. Bodin que estás triste, melancólica y que lloras sin cesar.

—Estoy ya acostumbrada á ello, respondió Eugenia.

—Pues qué hay de nuevo?.... Está Mad. Gilet descontenta de tí y quiere despedirte?

—No, señor, respondió tristemente Eugenia; hace ocho dias que me ha subido el jornal.

—Será cierto lo que me han dicho? serás una ambicionsilla, que no te contentas con nada, y que llevas tus deseos mas allá de lo que debes?

—No; Dios mio, no, dijo Eugenia. Que se me deje tranquila donde estoy, y no pido mas.

—Vamos, vamos, continnó el obispo haciendo señas á Eugenia de que se acercára. Tendremos algun amorcillo en campaña? Cuidado con eso Eugenia, cuidado; acuérdate de Mad. Bodin.

—Pero yo no le amo, replicó Eugenia echándose á llorar.

—Ya, ya; dijo el obispo: con que es cierto?

—Sí, respondió Eugenia con resolucion, es ese jóven que acaba de salir. Me persigue por todas partes, y estoy segura, monseñor, de que solo ha venido aqui para verme y hablarme.

—Ola, ola, señorita, esclamó el obispo, no sois poco vanidosa! Cuidado con esa necia confianza que os hace creer que un hombre de la categoría y la riquezas de sir Arturo, se ocupa de una chiquilla como vos; es un consejo que os doy, aunque sé muy bien que teneis grandes pretensiones, y que os creeis una señorita completa porque imitais en vuestro trage á las mujeres distinguidas.

La hija del pueblo, se habia acercado al ministro de la religion establecida para redimir al pueblo; la jóven abandonada habia confiado sus temores al anciano poderoso, y hé aqui como fué recibida; hé aqui como se la dejó en su inesperiencia y su abandono. No diré que fuera por maldad ni corrupcion, porque veo, mi amo, en tu sonrisa que te imaginas que yo, Satanás, me complazco en calumniar al anciano é inutil sacerdote; no, baron, no fué maldad ni corrupcion lo que hizo hablar asi á aquel hombre, fué esa larga y desdeñosa independencia del grande para con el pequeño; fué esa alta opinion del gran señor y del noble que no admite que un gran señor y un no-

ble puedan tener una fragilidad con una de esas miserables criaturas, que la sociedad lanza á los pies del orgullo y la lujuria.

Despues de esta escena, Eugenia volvió á casa resuelta á no salir en mucho tiempo: mandó recado á su maestra, suplicándola le enviase trabajo á su cuarto, donde se encerró creyendo haber hallado por fin un asilo, donde no osaria penetrar su perseguidor. Ocho dias pasó asi, y habiendo ido á verla Teresa le propuso dar un paseo lejos, muy lejos, por el campo.

—Tu madre, le dijo, no vendrá hoy en todo el dia, porque ya sabes que Mad. Bodin le ha proporcionado una buena ocupacion.

—Sí, contestó Eugenia, hace dos dias que fué á asistir á una vieja inglesa y dos hace que estoy yo aqui sola.

Sí, Mad. Bodin, habia procurado á Juana la asistencia á la vieja inglesa, tú debes suponer que la vieja inglesa habia enseñado á Mad. Bodin.

—Pero debes estar aburrida, pobre chica! dijo Teresa.

—Verdad es que me divierto muy poco, contestó Eugenia, que empezaba á echar de menos su vida tranquila é irreflexiva entonces que el miedo que la causára el encuentro de Arturo se habia calmado un poco, pues hacia ocho dias que no habia visto al inglés.

—Vamos, pues.

Eugenia vaciló un momento y luego contestó:

—Hoy no, lo que es hoy no, el domingo próximo ó de hoy en quince dias saldré, pero hoy no.

—Pues bien; no quiero dejarte sola; pasaré la tarde contigo. Voy á avisar á casa que estoy aquí.

Teresa salió en efecto, y volvió muy pronto. Sentáronse ambas jóvenes junto á una mesita, y naturalmente fué objeto de su conversacion la tristeza de Eugenia; pero esta habia visto mal acogida su confianza por un hombre que hubiera debido comprenderla, y no se hallaba muy dispuesta á prestarla á una mujer que sabia era superficial, loca, inconsecuente, y que algunas veces la habia dado consejos que la habian asustado. Teresa no era una hábil maestra en materia de corrupcion no era que ensalzase con arte infinito las ventajas que en su perdicion puede hallar una jóven hermosa; consistia en que Teresa tenia poderosos auxiliares en la desgracia de Eugenia y en el disgusto que esta esperimentaba por la vida miserablemente vergonzosa que se la habia impuesto. En vano apuraba Teresa á su amiga con las preguntas mas directas: nada habia obtenido aun cuando llamaron quedo á la puerta, y casi al mismo tiempo entró un hombre; era Arturo. Eugenia dió un grito y Teresa dijo con aire de indiferencia:

—Y qué? él es, sí.

—Le conoces tú!! Y te has atrevido á presentarle aqui!!

—Vamos, vamos, dijo Teresa, no seas mala compañera, Sí, le conozco; no puedo verle en mi casa, porque mi familia no quiere; mas dichosa eres

tú, pues eres libre. Tu madre no vuelve hoy, y los vecinos están todos de paseo; con que bien puedes dejarnos hablar un rato.

Difícil es esplicar lo que en aquel instante pasó en el alma de Eugenia, preciso fué que esperimentára toda la turbacion que la inteligencia de Teresa y Arturo la causaba para que no lanzara de allí á Arturo y á Teresa.

Segun lo que acababa de oir, Arturo perseguia á Teresa, y á Teresa era á quien venia á ver. Qué es lo que ella debia creer? qué era lo que ella se habia imaginado? La habia estraviado su orgullo hasta el punto de creer haber inspirado amor á quien ni aun habia pensado en ella? Toda la hermosura y la elegancia que pudiera haber en ella habia sido pospuesta por Arturo á la hermosura y la gracia de Teresa! Eugenia se vió cruelmente humillada á sus propios ojos. Recordando las palabras del anciano obispo, se preguntó si en efecto solo era ella una impertinente, estraviada por la vanidad, ignorando que á ser tal, no se hubiera hecho semejante pregunta. La vanidad no duda de sí misma en ningun tiempo ni en presencia de ninguna decepcion.

—Mucho detestas la vanidad, Satanás, dijo Luizzi.

—Porque vuestra necedad humana la coloca algunas veces al lado del orgullo, y el orgullo es propiedad mia; lo entiendes, mi amo?

—Propiedad tuya y de Eugenia.

—De Eugenia sí, si lo era de la pobre niña que quiso imponerse el castigo hasta de haber esperado una injuria, y que, avergonzada del puesto en que su descubrimiento la colocaba, permitió que á su lado hablase de amor aquel hombre á Teresa, é inculcase mas y mas en su corazon la idea de que ella, Eugenia, no era apetecible, ni bella, ni solicitada, y que se la habia asustado por casualidad, porque Teresa la habia dicho:

—Ahora que lo sabes todo, desaparecerán tus necios temores; y vos, Arturo, no os divirtais mas en atormentarla; es tan niña que la haríais perder el juicio.

No puedes formarte una idea del anonadamiento de Eugenia. Solo una esperanza habia sostenido la vida de aquella mujer: Eugenia esperaba que un dia se conocerian la elevacion y la superioridad que en ella habia. La persecucion de Arturo la habia herido, porque aquella persecucion era insolente, y Eugenia queria á la vez amor y respeto. La seguridad de que aquel hombre habia jugado con ella, auyentó su esperanza y su confianza, y permaneció inmóvil y muda, olvidando lo que pasaba á su lado, absorta en un solo pensamiento, en que ella no valia nada, nada absolutamente, menos que Teresa.

Esta, preciso es decírtelo, era la verdadera hija del pueblo; era aficionada al placer, á la alegria, á la risa, á la locura, y á una palabra de Arturo, salió diciendo:

—Vamos á pasar un buen rato. Cenaremos los tres juntos; nos vamos á divertir.

Y su salida fué para traer lo necesario para la cena. Aquella escena habia sido preparada por aquel hombre, ó perseguia á Eugenia ese fatal destino que llega siempre cuando hay una brecha en el alma por donde poder penetrar? Este es su secreto y el mio. Una sola circunstancia podia hacer que Eugenia le escuchase, y echó mano de ella. La pobre jóven estaba en su presencia desesperada, abatida en su orgullo, dudando de sí misma como el hombre de genio que se ve postergado á la medianía, y que se pregunta en su desesperacion si la medianía es mas que él. En aquel instante fué cuando se atrevió á decirle la verdad.

—He engañado á Teresa, contestó Arturo; á vos es á quien amo; á vos es á quien he querido ver. Desesperado al ver que huíais de mí, escriba á Lóndres á fin de que me mandáran cartas para poder presentarme en casa del anciano á quien visitábais alguna vez.

Eugenia escuchaba, escuchaba con su orgullo que se reanimaba un poco arte la idea de que no habia sido una necia vanidosa, como tantas otras á quienes despreciaba. Arturo continuó:

—Seguísteis huyendo de mí; juré volveros á ver é hice creer á esa jóven que la amaba, para poder deciros que os amo.

Con cuánta atencion escuchaba el orgullo de Eugenia aquellas palabras, y como se reanimaba viendo Eugenia descender mas bajo que ella á aquella jóven, por quien durante un momento se habia creido dominada!

—Sí, añadió Arturo, la he engañado, la he sacrificado en las aras de la necesidad que tenia de veros un momento, un minuto, para deciros que estoy resuelto á emplear todos los medios para llegar hasta vos.

Eugenia no se engañaba: era amada con esceso, con furor, por un hombre á quien se habia creido demasiado superior para poner los ojos en ella; era amada por un hombre á quien ella no amaba y á quien la jóven, que habia querido sobreponerse á ella, amaba hasta olvidar sus deberes. Sí, baron, sí, Eugenia escuchó con placer aquella declaracion de amor, y aun no habia concluido Arturo cuando el orgullo de la pobre jóven se habia vuelto á levantar, y Eugenia se hallaba poco menos que dispuesta á demostrar su gratitud al que la habio hecho dudar de sí misma, pero que la habia devuelto tan repentinamente su confianza, una confianza mayor aun que la que hasta allí habia tenido.

Teresa volvió en el momento en que Eugenia hubiera debido pensar que la presencia de Arturo en su casa era una falta que ella dejaba cometer; pero necesitaba ver cómo sostendria aquel hombre con dos mujeres el papel que se habia impuesto. El inglés, jóven aun, era diestro, ó mejor dicho poseia ese don infernal del lenguaje del amor, y al paso que encantaba á Teresa con la fatuidad de sus manifestaciones, aumentaba el orgullo de

Eugenia con el respeto de sus atenciones que la vanidosa Teresa tomaba por indiferencia en tanto que la orgullosa Eugenia medía con placer la distancia que por primera vez se establecia entre ella y la que se llamaba su compañera.

No necesitaba mas Arturo: sabia ya que á ciertas horas de ciertos dias podia entrar impunemente en aquella habitacion; y, aunque Eugenia le hubiese significado que no volviese, volvió, volvió otra vez y volvió diez veces. Despues de haber logrado introducirse en casa de Mr. de Souvray; despues de haber inducido á Mad. Bodin á que llevase allá á Eugenia; despues de haber seducido á Teresa para penetrar en el asilo de aquella á quien perseguia, todavia adelantó un paso mas: habló á su madre designando á Mad. Gilet como una gran costurera, y luego la designó á Eugenia como la mas hábil de las oficialas de Mad. Gilet, y condujo á su madre, lady Ludney, al piso quinto en que Eugenia habitaba, para encargar á ésta obra que no pudo rehusar, porque se le ofreció delante de Juana, y se la señaló un precio tan subido que la codicia de aquella mujer del pueblo hubiera hecho pagar á la jóven una negativa con las mas odiosas violencias.

Llega una hora, mi amo, continuó Satanás, llega una hora que me pertenece, una hora en que la virtud se causa de luchar contra la mala fortuna, contra el abandono, contra todas las tentaciones; esa hora llegó para Eugenia, cuando despues de revelar á su madre el secreto de Arturo, esta la respondió:

—Anda, que no te comerá; defiéndete, que no es tan dificil. Piensas que nunca te dirá nada? Una vez quiso pasar á mayores Periquillo, y yo le puse el rostro ensangrentado para un mes.

Hé aquí lo que Juana entendia por defenderse: su hija en vano trató de hacerla comprender, llena de un nuevo rubor, que en aquellas visitas habia mas peligros que los de la brutalidad. Tal vez Eugenia no hubiera sabido de que modo esplicarla, cómo decirla que un hombre de carácter tan absoluto, tan perseverante, no entra impunemente en la vida de una jóven con tanta autoridad y amenaza. En efecto, el terror que Eugenia esperimentaba al lado de aquel hombre no obstaba á que escuchara á Arturo, que la visitaba todos los dias á nombre de su madre, y que la hablaba sin cesar de amor trastornando aquella jóven imaginacion con todas las ideas de grandeza y de dominacion que ella habia soñado; porque aquel jóven de alto rango y de manos delicadas se habia esclavizado hasta el estremo de tomar parte en los quehaceres materiales de aquella miserable vivienda. Y no lo hacia con esa jovialidad francesa que juega con todo, que con tanta gracia se acomoda á todas las cosas sin resultado ninguno; veiase que padecia en su ocupacion, que era un verdadero sacrificio. En fin, aquel hombre á cuyos pies se arrastraba la pobre Teresa viendo que se alejaba de ella, se arrastraba á su vez ante todos los caprichos de la orgullosa Eugenia.

—Quereis que deje á Teresa, la decia, quereis que la trate mal?

—Qué interés tengo yo en ello?

Y cuando, llegada la noche, iba Teresa á casa de Eugenia, segura de hallar allí al que tanto la habia perseguido y á quien á su vez perseguia ella, Arturo la maltrataba hasta porque no conseguia escitar los celos de su rival.

Sin embargo, pasaba tiempo, y Arturo no adelantaba en el corazon de Eugenia, porque, lisonjeando el orgullo de la jóven por medio de su servilismo, le heria ofreciéndole un amor que solo de amor hablaba. En un corazon tan endurecido y tan absoluto como el de Arturo, tal estado de cosas no podia durar mucho tiempo; y, sintiendo su impotencia para dominar á aquella jóven por la seduccion, empleó la amenaza.

Una tarde, un domingo, y nota bien este dia, pues ocupa un puesto señalado entre las faltas de todos los pueblos católicos, Arturo fué á casa de Eugenia; segun costumbre, todos los vecinos estaban de paseo, y ademas habia dado á Teresa una cita bastante lejos para que no pudiese volver á sorprenderle. Entró en casa de Eugenia, y allí trató de arrancar por la fuerza una victoria que se escapaba á su infernal seduccion. Tambien entonces se le escapó: pero fué tras un combate largo, doloroso, atroz; combate en que una jóven no deja su honor, pero deja su pureza, porque ve desgarrar sus sagrados velos y arranca moribundo de los brazos de un miserable su cuerpo vírgen y blanco, cuya belleza únicamente sus ojos habian contemplado. Asi pues, cuando Arturo, fatigado con sus infames violencias, se detuvo de pie, jadeante y furioso, delante de Eugenia, yacia sobre su pobre silla, inocente aun, pero llorando la flor de su pureza. Tal suele arrebatar una mano grosera la capa que cubre la fruta madura sin que esta caiga al suelo ni sea cogida. Cuando mas lágrimas vertia y mas sollozos daba, apareció Teresa abrasada de celos, pues habia adivinado que Arturo la habia asegurado demasiado que asistiria á la cita para que cumpliera su palabra; y viendo el desórden en que ambos se hallaban, se atrevió á acusar á Eugenia: la acusó de complicidad con Arturo y de haberla engañado con él.

Esto era demasiado para aquella infeliz que se levantó, y echando de su casa á los dos, escribió aquella misma tarde á ladi Ludney diciéndola que al era imposible continuar trabajando para ella.

Hay una cosa que tú ignoras, mi amo, y es hasta donde puede descender el amor cuando ha roto los lazos del honor. Voy á decírtelo. Teresa, celosa de Eugenia; Teresa, que se creia abandonada á causa de esta; Teresa, que la odiaba, fué le mañana siguiente á pedirla perdon, no solo para ella, sino tambien para Arturo. Arturo se lo habia mandado y ella le habia obedecido; la habia prometido amarla aun con aquella condicion, y ella le habia creido: Teresa se presentaba á su rival para obtener el perdon de su amante. Ah! sois tiranos muy crueles cuando sois dueños de una pobre jóven cuyo corazon y cuya cabeza habeis enloquecido, cuando podeis, des-

pues de haberla perdido á sus propios ojos, perderla á los ojos de su familia' hacer que la arrojen de su casa y que se la entregue al desprecio. Arturo sabia que podia hacer todo esto, y lo hizo.

Eugenia tuvo lástima de tanta humillacion; ella hubiera sufrido tanto descendiendo hasta aquel estremo, que no quiso agravar un dolor que le parecia atroz; perdonó á Teresa el haber sospechado de ella y la permitió volver á su casa. Arturo se atrevió á presentarse á medio dia, cuando Juana estaba en casa, á demostrar de parte de su madre la estrañeza que á esta causaba el que la pobre jóven que habia prometido trabajar por un liberal salario se negase á cumplir su palabra.

Eugenia trató de disculparse; pero Juana se puso pálida de cólera al oir la nueva de aquella decision de su hija, decision tomada sin contar con ella, y se contentó con decir:

Dejadlo á mi cuidado, caballero; dejadlo, que yo me encargo de hacerla concluir la obra.

Arturo se retiró, sea que ignorase los medios con que esperaba Juana vencer la resistencia de su hija, sea que la ferocidad de su deseo no retrocediese ante la idea de entregarla á las violencias de su madre, para que estas violencias se la entregasen maltratada de cuerpo y de corazon.

Eugenia se atrevió á revelárselo todo á su madre, y fué preciso que esta consintiese en lo que el honor de su hija habia decidido; pero obligada á conformarse con esto, atribuyó á Eugenia la insolencia de que habia sido objeto.

Si no la echáras de gran señora, la dijo; si no llamáras la atencion de todo el mundo vistiendo como si tuvieras rentas, no correrian tras de tí. Yo haré que esto concluya; yo echaré al fuego todos esos vestidos de muselina y esas pañoletas bordadas, y cuando se vea que no eres mas que una honrada costurera, te se respetará. Solo se desprecia á los que tienen trazas de despreciar su estado; y si ese jóven no te hubiera despreciado, no te hubiera tratado asi.

Píensas tú, mi amo, que hay muchos corazones bastante fuertes para resistir á tal interpretacion de sus desventuras? Piensas que no hay horas en que se quisiera haber cometido todas las faltas que se echan á uno en cara por no verse en la precision de mendigar su inocencia ó su virtud, que es la mas cruel de las desesperaciones? Esta hora llegó para Eugenia. La jóven conocia que bastaban ya tantas groseras injurias, tantas violencias, tanta resistencia desconocida, tantas lágrimas ocultas y tanto suplicio diario; conoció que habia llegado al estremo de realizar aquella palabra que habia dicho á su madre: «Cuidado, que me impulsareis á la perdicion!» Y en el acceso de aquella desesperacion, que podia hacerla cometer una falta, prefirió cometer un crímen. Hé aqui lo que se llama orgullo, mi amo. Temerosa de sucumbir débilmente á su desgracia, quiso concluir con ésta acabando consigo misma.

Eugenia loca, trastornada, corrió á la ventana y se lanzó..... Su madre la detuvo por su larga cabellera, suelta con los desesperados movimientos que precedieran á aquella resolucion; la detuvo y la arrojó con todas sus fuer-



zas al interior de la habitacion donde permaneció, tendida en el suelo, como muerta, con un hombro descoyuntado y la cabeza chorreando sangre.

—Ya ves, mi amo, que esas muchachillas de quienes hablais con una sonrisita en los labios son muy dichosas amándolas vosotros, y que el honor que las dispensais debe hacer la felicidad de toda su vida.

—No admito lecciones, dijo Luizzi; tus lecciones se dirigen á un hombre que al menos no tiene que acusarse de semejantes faltas.

—Las dirijo, replicó Satanás, al hombre que hace un momento me ha dicho con toda la altanería de su título de baron: «Cuéntame todas las infamias de esa mujer.» Ah! quieres saber sus infamias! escucha, que te las voy á decir.

Arturo volvió pocos dias despues; Juana se habia visto precisada á separarse del lado de su hija enferma, para tornar á sus ocupaciones. Era de noche; el inglés entró elegantemente vestido, pero sin sombrero. Eugenia lanzó un grito al verle y se cubrió con la ropa de su lecho cuanto se lo permitió su brazo vendado.

—Eugenia! esclamó Arturo, he sabido hace una hora que estábais mala, y vedme aquí. Mi madre sabe por qué la traje aquí, y me ha prohibido salir. Ha mandado á los criados que me vigilen amenazándome con hacerme volver á Inglaterra si vuelvo á veros. Pero esta noche hay baile en mi casa y me he escapado: he venido sin sombrero; he venido corriendo á pediros perdon.

El hombre que hablaba asi no tenia arribs de veinte años. Piensas que á los diez y siete se debe desconfiar de un niño de veinte que se espresa falto de respiracion, con voz temblorosa y lágrimas en los ojos? Eugenia, la pobre jóven aislada, enferma en su lecho, se compadeció de aquel hombre que habia abandonado un baile por ella; Eugenia creyó en la locura de un amor de que no participaba, y respondió con dulzura:

—Pues bien, yo os perdono; pero dejadme, no volvais mas, porque si volviérais me mataríais

Arturo prometió no volver y volvió todas las noches durante un momento que sabia robar á la vigilancia de su madre, vigilancia en verdad bastante descuidada y adormecida por las apariencias de una completa sumision á sus órdenes. Durante este tiempo, asistia á Eugenia un médico á quien la casualidad parecia haber conducido á casa de Juana, un médico enviado por Arturo. Este llevaba por sí mismo todas las noches las medicinas recetadas. Aquella conducta era una adhesion, un arrepentimiento y un respeto que enternecieron á Eugenia. Al cabo de algunos dias, no dijo ya á Arturo que no volviese, y pasados algunos mas, cuando Eugenia comenzaba á tener esperanzas en la vida y fe en la necesidad de una verdadera afeccion, aquel implacable perseguidor de mujeres que habia dicho: «Esta jóven será mia,» emprendió nuevamente con aquella mujer, tendida sobre su lecho, sin la defensa de sus vestidos, débil á causa de sus heridas, la lucha espantosa en que la primera vez habia sido vencido. No te diré la horrible desesperacion

con que luchó la víctima, ni la ferocidad y el encarnizamiento con que luchó el verdugo; pero sí que Eugenia cayó del lecho, rendida de dolor y desesperacion, sin fuerza en el cuerpo ni en el alma, y desfallecida sobre el pavimento, cerró los ojos y dijo: «No hay Dios!» Y fué mia.

—Fué tuya! esclamó Luizzi; fué tuya porque las fuerzas habian faltado á la pobre niña, porque era presa de un mónstruo á quien tú habias inspirado todo tu furor! Ah! no, Satanás, no, aquella mujer no era tuya.

—Pobre loco! dijo el Diablo; pobre loco que me cree casi tan malo y casi tan estúpido como los hombres; Eugenia no me pertenecia porque un miserable la habia poseido, pero sí porque su orgullo tenia que ocultar una mancha, porque estaba lo bastante perdida para dudar de Dios. Escúchame bien, y no me pidas esplicaciones de lo que voy á decirte. Lo que voy á decirte es verdad; tú lo esplicarás si puedes, si tu inteligencia llega á comprender la inflexibilidad de esos caracteres empapados de orgullo. Eugenia habia caido inocente y se levantó culpable. No amaba á aquel hombre, le odiaba, y cuando Arturo la dijo que volveria, ella le contestó: «Volved, volved, y yo seré vuestra esclava; seré vuestra hasta que os canseis de mí; pero no digais á nadie que me habeis perdido. Acepto la complicidad para guardaros el secreto, con tal que querais librarme de la vergüenza.

—Ah! continuó Satanás, ya ves que entonces era mia.

—Te se ha escapado despues?

—Ahora lo verás.

Pero lo que vas á ver, mi amo, es que todos los vicios conducen al mismo fin. Su debilidad y su sed de un amor desordenado, habian hecho á Teresa esclava de Arturo, y el orgullo y la sed de superioridad, que habia sido el sueño de su vida colocaron á Eugenia por un instante en la categoría de la rival á quien despreciaba. Si Arturo la amenazaba con divulgar su deshonra, Eugenia engañaba á su madre para que pudiera entrar en su casa; si la amenazaba con decir que habia sido su querida, ella iba á su casa vestida de hombre. No hubiera hecho mas Teresa.

Sin embargo, de todas las miradas iluminadas por la sospecha de su deshonra, las que mas hubieran humillado á Eugenia, hubieran sido las de Teresa; por eso hizo jurar á Arturo que habia abandonado por completo y para siempre á aquella jóven. Es preciso decirte tambien que no en vano habia luchado aquel hombre, por fuerte que fuese, con aquella niña. Vencedor y todo, habia salido del combate con graves heridas. El triple escudo de su vanidad, de su egoismo y de su libertinage, se habia roto contra aquel corazon de acero, y habian quedado en él anchas brechas por las cuales pudiera penetrar el terror y el amor. Arturo, á su vez, temia á Eugenia, la temia el miserable porque no habia podido despreciarla. La tiranizaba tanto mas cuanto que conocia que era superior á él; solo habia

obtenido el cuerpo de aquella mujer, lo conocia, y queria obtener el alma. Hé aquí por qué la engañaba, y hé aquí como.

Teresa habia vuelto á casa de Eugenia, y se hallaba mas tranquila y no hablaba de Arturo. Escucha atentamente, mi amo; lo que voy á decirte es una escena bastante vulgar, pero decidió de la existencia de Eugenia. Preciso es que conozcas con todos sus pormenores esa escena para que conozcas á esa mujer. Un dia, Teresa pidió prestados á su amiga algunas prendas de ropa que necesitaba para la mañana siguiente. Decia que tenia que presentarse en casa de una gran señora que queria protegerla, y deseaba presentarse decentemente. Eugenia la dió lo mas bello que tenia. No olvides que te cuento la historia de una costurera; al esplicarte los delicados sentimientos que abrigaba aquella jóven, te he hecho perder de vista quizá el aspecto esterior de esta historia, pues estais poco acostumbrados á comprender los sentimientos del corazon cuando no se hallan adornados de nombres distinguidos, y no caminan por elevadas esferas. Vuelvo, pues, á las miserias materiales de aquella vida tan poética. Eugenia, como he dicho, prestó á Teresa lo mas hermoso que tenia. No obró así por mostrar indiferencia, ni por temor, y sí solo por compasion á aquella pobre jóven á quien ella habia arrebatado, sin querer, el amante á quien adoraba, y con la cual ni aun podia disculparse con decir que amaba á aquel amante.

Eugenia quiso ayudarla cuanto la era dado á hallar una compensacion en su desesperacion, y se ofreció á engalanarla por sí misma á fin de que gustára mas á las personas á quienes se iba á presentar. Pero Teresa rehusó y no tardó en separarse de Eugenia, prometiéndola decirla la mañana siguiente el resultado de su visita. La noche siguiente debia ir Arturo á casa de Eugenia; pero sus visitas habian sido notadas hacia ya tiempo, y Juana, puesta en guardia por las murmuraciones de los vecinos, manifestó á su hija que á creer lo que se la habia dicho, la hubiera echado ya de su casa. Si Juana hubiera dirigido quince dias antes semejante amenaza á su hija, esta la hubiera arrostrado y quizás se hubiera anticipado á dejar la casa; pero entonces era una desgracia mas, y una desgracia inmerecida; en aquel momento era una degradacion pública, un castigo justo al menos á los ojos de los estraños. Eugenia inclinó la cabeza sin responder y sin que su madre conociese su falta en su sumision. A pesar de todo, la mañana siguiente, en lugar de ir directamente al obrador de Mad. Gilet, á cuya casa habia vuelto, fué á avisar á Arturo que no fuese á verla, porque debia ser espiado. Llegó corriendo á casa del inglés y pasó junto al portero echándole el nombre de lady Ludney; pero en lugar de detenerse en el piso principal subió á la habitacion que ocupaba Arturo en el segundo. Esta habitacion se componia de una antesala pequeña, de una sala y de una alcoba, piezas todas seguidas. Por una singular casualidad, Eugenia halló abierta la puerta que daba á la escalera; atravesó rápidamente la antesala y la sala, y llegó á la puerta

de la alcoba de Arturo; estaba cerrada, y este sintiendo el ruido que se hacia para abrirla preguntó: «Quién anda ahí?»

—Soy yo, Eugenia, respondió la pobre jóven temblando, y casi al mismo tiempo oyó en la alcoba otra voz distinta de la de Arturo. Eran las siete de la mañana y Eugenia no estrañó que Arturo le contestase sin abrir la puerta:

—Esperad un momento, que voy á levantarme.

Se sentó en la sala y prestó oido observando si se renovaba el murmullo que habia creido oir; iba á acercarse á la puerta cuando descubrió el cabo de una cinta de color de rosas por debajo de una cortina corrida. Entonces, como herida de un golpe súbito y terrible, se levantó y se dirigió pálida y temblorosa hácia aquella cinta. Vaciló un instante antes de tocarla como si fuese á meter la mano en el fuego; al fin separó la cortina y conoció el sombrero que la víspera habia prestado á Teresa. Miró á su alrededor con una indignacion y un espanto indecible, y vió bajo el cojin de un canapé la hermosa pañoleta que habia prestado la víspera á Teresa. Continuó su registro y encontró tiradas en un rincon, las hermosas medias bordadas que habia prestado la víspera á Teresa. Todo aquello estaba manchado, arrojado vergonzosamente por la habitacion; todo aquello atestiguaba el desórden del movimiento en que aquella jóven se habia despojado de aquel trage, tan cuidadosa y virginalmente conservado por Eugenia. Esta miserable circunstancia fué grande para la pobre jóven, pues le ofreció una imágen de lo que habia sido de Teresa, de la costurera tan coqueta, tan elegante, tan compuesta. Eugenia se asustó y se preguntó si ella misma, entregada al mismo seductor, llegaría á arrojar tambien á su alrededor todo sentimiento de reserva, como habian sido arrojadas todas aquellas prendas; y el temor al vicio era tan grande en Eugenia, que este primer pensamiento dominó la indignacion y la cólera que cualquiera otra mujer hubiera esperimentado en su situacion.

Arturo salió de la alcoba en el instante en que Eugenia tenia en la mano aquel sombrero, aquellas medias, aquella pañoleta. Lo notó y se acercó á élla dudando si debia prevenir por las amenazas ó por las lagrimas una escena escandalosa y violenta. Eugenia no le dió tiempo para equivocarse sobre el camino que debia seguir; la jóven le miró con frio desprecio y le dijo con el desden mas soberano:

—Milord, el hijo de un par de Inglaterra, que tiene una querida pobre, no consiente que esa querida vaya á mendigar con que vestirse á fin de no presentarse cubierta de harapos en la rica mansion de su amante; decid á la vuestra, milord, que yo la dejo de limosna lo que me habia pedido prestado.

En seguida arrojó á Arturo todo lo que tenia en la mano, y se dispuso á marchar. Arturo, queriendo detenerla por fuerza, se colocó con rapidéz á la puerta; pero Eugenia no se resistió; le miró otra vez con el mismo desprecio, y fué á sentarse en un sillon.

—Eugenia, le dijo el jóven acercándose á ella, Eugenia, escúchame y perdóname.

La pobre jóven le miró frente á frente y por primera vez la mirada sarcástica y ardiente de Arturo se humilló ante la fria y resuelta mirada de una mujer.

—Eugenia, continuó arrodillándose, no quieres oirme? Tú eres la única á quien amo; tú eres la única á quien quiero amar. Y diciendo esto, tomó sus manos y procuró atraerla á sus brazos.

—Cuidado, le dijo Eugenia, cuidado que vais á hacer daño á vuestro hijo.

—Gran Dios! esclamó Arturo, eres madre! Oh! si es cierto, fia en mí, Eugenia. Yo reconoceré ese niño, le educaré y le daré mí apellido.

—No hareis mas que vuestro deber, milord, porque vos sabeis si os pertenece.

Eugenia se levantó en seguida y salió de la habitacion.

Entonces brotaron las lágrimas de sus ojos, y los sollozos rompieron el dique que les habia impuesto el orgullo de la jóven humillada, y por un instante fué presa de ese abandono de sí mismo que conduce en derechura al suicidio. Pero aquella desesperacion solo duró un momento, pues lo que causaba la debilidad en aquella mujer causaba tambien la fuerza, y se imaginó que su muerte seria un bello triunfo para el miserable que asi la hubiera vencido hasta la tumba.

Eugenia resolvió vivir; pero no quiso vivir rodeada de cuantos podian adivinar su desgracia y humillarla. Antes de volver á su casa tomó su partido; antes de volver á ver á su madre, vendió su vida á fin de poder abandonar la Francia.

En aquella época, ricos capitalistas buscaban por todas partes costureras inteligentes, con objeto de importar á Inglaterra las modas de Francia, que allí eran muy estimadas; procuraban lo posible que fueran jóvenes y hermosas, para que hicieran valer, por medio de sus gracias personales, el trage que se queria hacer adoptar á las inglesas. Muchas veces se habia hablado en casa de Mad. Gilet de las ventajas que debian encontrar las jóvenes que consintieran en espatriarse. Pero el vivir en pais estrangero atemorizaba á las familias parisienses para quienes un viage por Francia era ya un atrevimiento estraordinario, y aquellos capitalistas hallaban con dificultad jóvenes convenientes á su proyecto. Asi pues, cuando Eugenia se presentó fué acogida con solicitud. Era conocida por su habilidad, y si no obtuvo condiciones muy superiores á las que se la propusieron, fué porque para ella no se trataba de un salario mas ó menos importante, sino de dejar la Francia inmediatamente. Estipuló que los honorarios que la correspondiesen se entregarian á su madre, y solo se reservó lo preciso para atender á las necesidades de la vida, y el derecho de volver á Francia si no la agradaba Inglaterra.

La naturaleza humana solo tiene cierto grado de fuerza y al menor esfuerzo se fatiga y se abate. Otra que no fuese Eugenia hubiera gastado la suya en sollozos, en lagrimas, en la desesperacion; pero aquella jóven la empleó en el cumplimiento de su resolucion inesperada. Eugenia; al entrar en su casa, cayó, por decirlo asi, agotada y á aquel abatimiento debió Arturo el que sus súplicas pudieran llegar nuevamente á ella. Arturo la escribió y, por una estraña coincidencia, su carta aconsejaba á Eugenia que hiciera precisamente lo que habia hecho.

«Dejad á Paris, le decia; Teresa oyó la terrible confesion que me hicisteis y me ha amenazado con divulgar vuestra situacion. Partid para Inglaterra... Yo os proveeré de los medios necesarios, y pasadas pocas semanas iré á runirme con vos. Recordad que me habeis dicho que el ser que alienta en vuestro seno me pertenece. Es mio y vos no sois dueña de disponer de vuestra vida; vuestra vida me pertenece hasta que yo posea ese tesoro de que soy dueño. Antes que vea la luz, espero obtener un perdon sin el cual conozco que no puedo vivir. Si Arturo, que os ama, ha perdido su derecho á suplicaros que vivais, el padre de vuestro hijo tiene casi derecho á mandároslo.»

Esta carta, de la cual solo te cito algunas palabras, fué entregada á Eugenia por el amigo que acompañaba á Arturo la primera vez que Eugenia vió á éste en las Tullerias. La jóven la leyó de rabo á cabo sin pronunciar palabra, y cuando Bak la preguntó qué contestacion daba á Arturo, Eugenia reflexionó un momento y le respondió con tono tranquilo y resignado:

—Decidle, caballero, que dentro de quince dias estaré en Inglaterra, y que si allí vuelvo á verle, escucharé su justificacion, aunque un padre no la necesita para persuadir á una madre del interes que toma por su hijo; pero que solo á titulo de padre le escucharé.

—Para que Eugenia pudiese llevar á cabo su resolucion de no volver á ver á Arturo, habia sido preciso que este hubiese consentido en no perseguirla. Arturo salió al encuentro de la jóven que se veia obligada á salir todos los dias para hacer los preparativos del viage, y la obligó á escuchar las protestas, sin cesar renovadas, de su arrepentimiento.... No era ya el que hablaba el jóven enamorado y violento; era el padre que comprendia toda la estension de sus deberes; el hombre honrado, estraviado un momento, que deseaba reparar su crimen. Eugenia quiso creerle; no le amaba, pero habia sido suya; era el padre de su hijo y acogia con alegria la esperanza de que, merced á este titulo, llegaria á merecer su estimacion. Tales promesas la hizo, que Eugenia tuvo derecho á creer podia llegar un dia en que no tuviese que ruborizarse, y, por primera vez en su vida, se dejó decir á aquel hombre: — «No, Arturo, yo no os aborreceré si quereis ser noble y bueno..

Eugenia ignoraba á donde iria á parar en Lóndres. La casa de comercio

que la habia contratado se hallababa, en el momento de su partida, en tratos para alquilar diferentes almacenes, entre los cuales aun no habia elegido. Así, pues, Eugenia se vió precisada á convenir con Arturo en que le escribiria desde Lóndres diciéndole el sitio en que se hallaba, y al efecto Arturo la dió las señas del sitio á donde habia de dirigir las cartas. Aquel hombre poseia astucias y habilidades para hacer creer en su adhesion. Parecia temer que Eugenia perdiese sus preciosas señas y que su memoria, inhábil para retener las palabras de una lengua estraña, no pudiese recordarlas. Escribió sus señas en el pasaporte, en el fondo de una maleta, las escribió en un pañuelo las escribió en una sombrerera, las escribió en todos los objetos que Eugenia llevaba, y las hizo grabar en una sortija que de este modo hizo aceptar á la pobre jóven. Eugenia no pudo menos de agradecer tan minuciosos cuidados. La jóven que huia de su pais sin huir de su infortunio, la niña que abandonaba á su madre con la vergüenza que no la habia confesado, la desgraciada que iba á un pais estrangero, cuyo idioma y cuyas costumbres ignoraba con otras mujeres de su pais, cuyo carácter no conocia, Eugenia, en fin, no osaba rechazar la esperanza de hallar en Inglaterra algun dia un hombre á quien tuviese derecho á pedir apoyo y amparo. Y ese dia necesariamente debia llegar; el término era seguro.

—Te he contado, mi amo, con bastante rapidez este último dolor de Eugenia, su resolucion, su esperanza, su partida; mi relato ha sido tan corto como el tiempo empleado en todas estas cosas. Pero este relato hubiera sido demasiado largo para las horas de que puedes disponer, si yo hubiese querido decir cuanto sufrió aquella alma en tan poco tiempo. Pintarte todos aquellos sufrimientos seria proporcionarte un vértigo, seria colocarte al borde de un torrente para mostrarte y citarte todos los despojos que pasan, árboles, rocas, casas, ataudes, cunas, chocando en la orilla y destrozándola, seria hablarte aun, cuando esos despojos estuvieran ya lejos y otros los hubieran reemplazado.

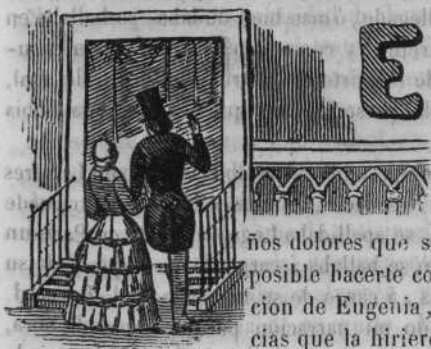
Entre los antiguos dolores de Eugenia y sus nuevos dolores existia la misma diferencia que entre la barrena del minero que emplea largas horas en abrir un agujero en la roca y la carga de pólvora que el agujero encierra, y que en un segundo hace volar la piedra en pedazos.

—Sí, contestó Luizzi; comprendo la desgracia de la pobre jóven.

—Pobre jóven! repitió Satanás; consérvale ese nombre, porque vuestra lengua carece de otro para designarla hasta que llegue el momento en que, despues de haberla llamado pobre niña y pobre jóven, la llame yo pobre mujer y pobre madre. Escucha pues.

III

Pobre jóven aun.



EUGENIA llegó á Inglaterra. Asi como hay desgracias tan rápidas que no se las puede ver en todos sus pormenores, las hay tan profundas, que es imposible medir los pequeños dolores que se agitan en el fondo. Me seria imposible hacerte comprender que, en la triste situacion de Eugenia, hubo aun mil crueles circunstancias que la hirieron mas y mas. Yo no soy de esos que piensan que solo es privilegio de los grandes infortunios el sufrir pequeñas contrariedades. Napoleon sufria en la roca de Santa Helena la insolencia de un sargento inglés que no le saludaba, ó una falta en el servicio de su mesa. Todos estos pequeños sucesos son el eco que os devuelve, con mas ó menos fuerza, el ay de vuestra desesperacion, hiriendo incesanté-

mente vuestro oido. Eugenia viajaba sola y abandonada en un carruage público, y la grosería de los aduaneros ingleses, la curiosidad brutal del pueblo al paso de una francesa, todo, en fin, la decia cada instante: «Has huido de Francia; has huido de tu madre; has huido de la vida de tu juventud porque has hallado en tu camino un miserable que te ha impulsado violentamente á otro camino.»

Hay existencias fatalmente consagradas al crimen, y otras consagradas al infortunio. Vosotros acusais á Dios sin echar de ver que todo el secreto de lo que llamais escandalosas desigualdades, está escrito en una página de vuestros sagrados libros, que nunca habeis comprendido. Toda la raza humana ha desconocido la órden del Señor en la falta del primer hombre, y toda la raza humana ha sido condenada á la espiacion de esta falta; pero Dios no ha elegido la víctima, Dios no es injusto. Lo único que ha dicho Dios á la humanidad toda, es: «sufre y espera.» Pero asi como hay en vuestra vida social puesto para todos los hombres, trabajo para todos los hombres, y cosechas para todos los hombres, y sin embargo hay hombres que se apoderan de todo el descanso y todas las cosechas, y dejan todo el trabajo á los otros, asi tambien hay en la humanidad dolor para todos y contento para todos, y hay tambien ricos que se apoderan de todo el contento y pobres para quienes es todo el dolor. La culpa de esta mala distribucion pertenece á las leyes políticas que vosotros habeis formado; la culpa de esta mala distribucion humana pertenece á las leyes morales que habeis hecho vosotros. Dios no ha puesto en ella su mano, y la mision de Cristo no han tenido otro objeto que el de manifestaros que Dios tendrá en cuenta sus dolores á los que hayan pagado en la gran espiacion mas sufrimientos que los que le debian.

Hé aqui por qué son fuertes los que creen. Pero Eugenia no creia ya en la hora del infortunio á que habia llegado, ó mas bien dudaba; se hallaba en la pendiente del abismo en que yo reino, y como solo necesitaba una sacudida para caer, al fin cayó. Antes de referirte este estremo esfuerzo del mal, preciso es que te diga cuáles eran las personas con quienes Eugenia habia hecho su viage.

El rico comerciante que habia emprendido el establecimiento en Lóndres de un depósito de modas francesas, es decir, el comercio de cuanto puede necesitar una mujer para su atavío, se apellidaba Legalet. Tenia en París un rico establecimiento, cuya direccion se hallaba á cargo de su mujer y de su hija Silvia, y puso otro en Lóndres, á cargo de su hermana Mad. Bernard.

Sabidos ya los nombres, continúo mi narracion porque se pasa la hora, mi amo: la noche avanza, y la circunstancia en que te hallas es demasiado solemne para que no debas saberlo todo. Mad. Bernard era viuda del director de orquesta de uno de vuestros principales teatros, y antes de su casamiento habia tenido ocasion de conocer gran número de actores y actrices. Apenas llegó á Lóndres, halló algunos de sus antiguos conocimientos y se ve-

rificó en su casa una singular mezcla de algunos comerciantes franceses que se habian establecido en Lóndres, y de las actrices que se hallaban allí por casualidad. Entre estas últimas habia una ya envejecida por la relajacion, á cuyo lado Mad. Beru, vendiendo su hija á la sociedad de los doce, hubiera parecido una virtud de primer órden. Mad. Firet era llamada por sus mismas compañeras *el vicio sobre dos piernas*. Hízose presentar en casa de Mad. Bernard, y proporcionándole la parroquia de las actrices mas elegantes de Lóndres, logró muy pronto ser tratada como de casa. Entonces, que era á principio del año 1815, un sombrero frances, un vestido frances, una pañoleta francesa se pagaban á un precio desordenado: eran el colmo del lujo femenino. Los hombres habian buscado modas de la misma procedencia, y una querida francesa era para un dandy lo mas *fashionable*; los caballos y los *grooms* figuraban en segunda línea. Las primeras que habian llegado habian sido vendidas á precios exorbitantes, y el furor era tal que la venta aumentaba de dia en dia. Mad. Firet no ignoraba todo esto, y cuando supo la llegada de Mad. Bernard con una serie de buenas chicas, conoció que se presentaba ocasion de ganar buenos corretages. No hacia un mes que Mad. Bernard estaba en Lóndres, cuando ya los mas fastuosos libertinos apostaban quien obtendria las lindas francesas: las apuestas estaban hechas y llovian por todas partes proposiciones. Mad. Bernard, que queria librar de la tentacion á las que hubieran podido sucumbir, y de la injuria á las que se hubieran mostrado justamente ofendidas, Mad. Bernard, fuera virtud, fuera cálculo de una buena comercianta, supo burlar una nueva tentativa de entrada en el obrador donde solo penetraban las *ladys*. Pero con las ladys entraba Mad. Firet, y Mad. Firet habia prometido proporcionar á lord Stive a hermosa Eugenia á quien este habia visto una noche en Argile-Room. No creas que fue la necesidad de distracciones ó su aficion al placer lo que condujo á Eugenia á aquel teatro, esplotado á la sazon por actores franceses bajo la proteccion de las mas altas notabilidades de Lóndres, y en el cual solo se entraba por convite. Pero el furor de las modas francesas era tan poderoso que tal duquesa que no hubiera admitido en el teatro á un *gentleman* de dudosa categoría, empleaba todo su crédito para que se convidase á Madama Bernard, la comercianta bajo promesa de facilitarla las modas francesas con cuarenta y ocho horas de anticipacion á las demas mujeres.

Mad. Bernard escogia comunmente para que la acompañáran las jóvenes mas distinguidas de su almacen, y las ataviaba con un esmero que demostrase la elegancia de su gusto. Eugenia, bella y encantadora, y cuyo mejor adorno era su hermosura, era siempre preferida, y á pesar de su resistencia, Mad. Bernard habia conseguido que la acompañara. Asi era como lord Stive habia visto á Eugenia. Sin embargo hacia ya dos meses que el pobre jóven estaba en Lóndres; habia mandado muchas veces á casa de lord Ludney con objeto de saber si Arturo habia llegado, pero siempre se le ha-

bia contestado que seguia aun en Francia. La loca esperanza que aquella desgraciada habia concebido, iba desapareciendo de dia en dia, y su tristeza habitual se cambiaba en un sombrío abatimiento cuando una noche se acercó á ella Mad. Firet y la preguntó si habia reparado alguna vez en una bailarina bastante mediana que iba á comprar algunas veces al almacen. Eugenia la contestó que en efecto se acordaba de ella. Entonces Mad. Firet pasó á contarla, á propósito de la cara y del talle de la bailarina, la inmensa fortuna que esta acababa de alcanzar. Grandes señores millonarios se la habian disputado, y al fin pertenecia á un lord que la daba coches, lacayos y casa. Eugenia, que no prestaba mucha atrencion á aquel relato, respondió sencillamente:

—Bien dichosa es.

La vieja bribona tomó esta palabra venal como la espresion de la envidia, y dijo:

—Pues bien; todo eso es nada en comparacion de lo que un lord que yo sé quiere haeer por una mujer á quien ama. Desde luego la ofrece treinta mil libras de renta bien pagadas y que nunca podrá quitarla, y mientras permanezca con él en Inglaterra una magnífica casa en Lóndres, una quinta, dos coches con cuatro caballos, diamantes, un tren de princesa, una fortuna tal, en fin, que escederá á las esperanzas de la mas ambiciosa.

—Y quién es la mujer feliz que ha inspirado tan bella pasion? dijo Eugenia, que inclinada sobre su labor estaba cogiendo entonces los pliegues de un riquísimo vestido.

—Esa mujer feliz sois vos, y ese hombre es lord Stive.

Y antes que Eugenia tuviese tiempo para rechazar tan odiosa proposicion, se alejó la vieja repitiendo probablemente las palabras de que se servia hablando de su infame profesion: «Ya he puesto la levadura en la masa; es preciso dejarla que fermente.» Aquella diestra corruptora sabia que tales proposiciones no se aceptan en el acto, y que la primera negativa escapada en un movimiento de indignacion lleva consigo algunas veces un consentimiento que luego no se pronuncia.

En una alma como la de Eugenia, semejantes proposiciones no dañan por la seduccion, pero sí por la duda; hacen volver la vista para ver de donde viene el vicio y á donde conduce la virtud.

A pesar de la indignacion que esperimentó Eugenia, este pensamiento se deslizó en su espíritu, y como pasara lentamente el tiempo sin que Arturo apareciese, la duda se apoderó de ella hasta el punto de hacerla creer que era capaz de dejarse arrastrar á una falta. Pero, para que la tentacion hubiese sido poderosa, hubiera sido preciso que Eugenia no tuviese cómplice. Aquella jóven, que tal vez se hubiera atrevido, en el estravío de su orgullo herido, á ir á ofrecerse á un hombre, retrocedió ante la idea de que una mujer como Mad. Firet fuese medianera en su falta. Asi es que cuando

volvió la vieja la impuso silencio con un desprecio que la otra aceptó, pero que no creyó invencible. Sin embargo, la tristeza de Eugenia se notó en casa de Mad. Bernard: las lágrimas que durante la noche bañaban su rostro alteraban su salud. Habíasela dejado entrever que no encontraria oposicion si trataba de volver á Francia, á pesar de los perjuicios que debian originarse á la casa, porque las damas mas hermosas de Lóndres se habian aficionado á aquella jóven tan bella y que parecia olvidar su propia belleza.

Eugenia decia siempre que su mal solo consistia en una languidez causada por el clima y que no tardaria en dominar. Llegó sin embargo un dia, en que no pudiendo soportar la incertidumbre que la desgarraba, se decidió á asegurarse por sí misma de la ausencia de Arturo; pretestó necesidad de andar un poco para mejorar su salud, y acompañada de una jóven inglesa que sabia el francés y que debia servirla de intérprete, se dirigió á casa de lord Ludney. La jóven inglesa, llegado que hubo á la puerta del palacio, rehusó entrar, y Eugenia fue introducida sola. Despues de esperar un largo rato, se la hizo pasar á un salon donde vió un anciano de aspecto severo á cuyo lado se hallaba un hombre como de cuarenta años que la dirigió su lente aun con mas asombro que impertinencia. Eugenia se dirigió á lord Ludney, que la respondió:

—*I do not understand french.*

—Este caballero os manifiesta que no entiende el francés, se apresuró á decir el forastero; voy á traducirle vuestra pregunta.

Y repitió á lord Ludney las palabras de Eugenia que preguntaba si sir Arturo se hallaba en Inglaterra. El anciano se volvió y dijo:

—*Who is she?*

Os pregunta quién sois, señorita, dijo el dandy dulcificando la pregunta del anciano lord por el tono de la traduccion.

—Soy francesa, señor, y me llamo Eugenia.

El anciano, al oir este nombre que sin duda conocia, se levantó apostrofando y amenazando á la pobre jóven. Aunque esta solo adivinase por el gesto las injurias de que era objeto, se acercó asustada al desconocido que procuraba tranquilizar al anciano, y á quien al menos entendia aquella desgraciada. Asi es que casi echándose en sus brazos esclamó:

—Ah! soy inocente, caballero, soy inocente!

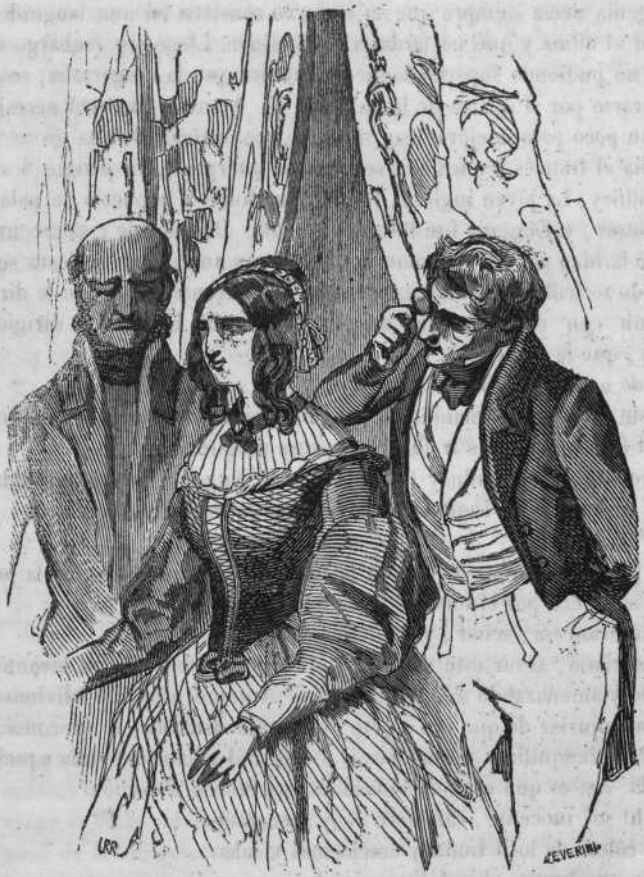
La cólera de lord Ludney crecia mas y mas.

—Tranquilizaos, dijo á Eugenia el desconocido; cree que sois vos quien ha impedido hace tres meses la vuelta de su hijo.

—Hace tres meses que estoy en Lóndres.

El forastero repitió estas palabras al anciano, y Eugenia creyó oir un nombre que no le era desconocido, el nombre de Teresa. Lord Ludney se tranquilizó de repente; miró á la jóven con menos cólera, y despues de pronunciar algunas palabras, se retiró del salon.

—Lord Ludney me ha encargado que le disculpe para con vos, señorita, dijo el desconocido; al saber que érais francesa os ha tomado por una mujer



que ha detenido á Arturo en Paris mas de lo que le estaba permitido detenerse; pero yo le he desengañado, porque sé que la mujer en cuestion no se llama como vos.

—Se llama Teresa? preguntó con viveza Eugenia.

—Sí, Teresa; al menos ese es el nombre que me ha dicho Arturo.

—Está en Lóndres Arturo?

—Hace ocho dias.

—Y dónde vive?

—En Covent-Garden, núm.....

—Voy allá, voy allá; esclamó Eugenia desolada.

—Me permitireis que os acompañe.

Eugenia, cuya imaginacion se hallaba trastornada, aceptó sin pensar en las consecuencias de semejante paso. Si al salir hubiera encontrado á la jóven inglesa que la habia acompañado, tal vez su presencia la hubiera recordado que tenia un guia mas conveniente que un hombre á quien no conocia; pero la jóven se habia retirado cansada de esperarla, y Eugenia subió al carruage que esperaba al elegante. En el tránsito, la pobre jóven, sofocada por las lágrimas y los sollozos, no echó de ver la alegria de sátiro y la inquieta curiosidad con que su compañero la miraba. Al fin llegaron á casa de Arturo. Abrióse con precipitacion la puerta á los repetidos aldabazos que anunciaban una visita de importancia, y el desconocido entró dando á Eugenia la mano; pasó con rapidéz por delante de los criados, subió al primer piso, y abriendo bruscamente la puerta de un salon, dijo á Arturo, que estaba tendido sobre un divan leyendo un periódico, con la espalda vuelta hácia la puerta:

—Arturo, os traigo una persona que ha ido á preguntar por vos á casa de vuestro padre.

El jóven se levantó sin volver la cara, y contestó con indiferencia:

—Habeis tomado bajo vuestra proteccion á alguno de mis acreedores, no es verdad, milord? Sois muy capaz de hacerlo por tal de jugarme una mala partida.

—Soy yo, Arturo, dijo Eugenia adelantándose.

Al oir esta voz, Arturo se volvió de repente; miró á Eugenia con indiferencia y dijo arreglándose el pelo ante un espejo:

—Vamos, que el encuentro no es tan desagradable como yo me temia. Y qué me quereis, mis Eugenia?

La pobre jóven miró á Arturo con tal asombro, que con facilidad se conocia que no se hallaba segura de lo que veia y escuchaba.

—Vamos, hacedme el obsequio de despachar pronto; me estan esperando para almorzar en cierta parte. Vamos, qué quereis, miss?

—Qué quiero, Arturo, qué quiero!.... Olvidais quién sois? .. El niño que llevo....

—Debe parecerse á su hermano, dijo Arturo limpiándose los dientes.

—Su hermano! hablad, milord, hablad!

—Sí, su encantador hermano.

—Ah! esclamó Eugenia; ó vos estais loco ó lo estoy yo. De qué niño hablais?...

—Del que nació el 30 de marzo de 1814 en el mismo cuarto donde seis meses despues tuve yo la avilantez de atentar á vuestra virtud.

Esta acusacion fue un golpe terrible para Eugenia; pero la restituyó las fuerzas. Parecia que se reanimaba su razon próxima á sucumbir. Eugenia comprendia lo que era un error y una calumnia: pero se volvia loca ante tan atroz é inmotivada crueldad, esclamó, iluminada por la calumnia misma:

—Ya sé el orígen de ese supuesto crímen: Teresa se ha atrevido á deciros....

—Teresa, y mejor aun que Teresa un testigo presencial.... Mad Bodin.

Eugenia, anonadada bajo el peso de tanta iniquidad, exhaló un sordo quejido ocultando la frente entre sus manos. Aquel movimiento de desesperacion tanto podia proceder de su vergüenza al ver descubiertas todas sus faltas como de su justo horror. Arturo le traducia como espresion de una impudencia que veia desprendida su máscara, y continuó con tono insolente:

—Sin embargo, os perdono, miss; ya sé que las que se llaman *grisettes* en Francia fundan su mayor diversion en hacer purgar ciertos pecadillos de la juventud á los tontos ingleses: no habeis sido mas culpable que cualquiera otra, y quiero mostrarme generoso. Si vuestra situacion es precaria, yo os socorreré, porque aun no me han arruinado completamente mis acreedores.

—Basta, milord, dijo Eugenia. Callad, que ya me marcho.... Callad!

Eugenia quiso levantarse del sillon en que se habia desplomado; pero apenas se puso de pié la faltaron las fuerzas y tuvo que apoyarse en la pared para no rodar por la alfombra.

—Oh! ya sabia yo que érais una buena cómica, dijo Arturo.

Estas palabras llegaron al oido de Eugenia y la prestaron fuerzas suficientes para salir de la habitacion sin sucumbir; pero al llegar á la escalera le faltaron aquellas fuerzas y cayó desmayada sobre el primer escalon en que quiso apoyar el pié.

—Satanás, dijo Luizzi, tú recargas mucho el cuadro; no puede haber hombre tan bárbaro.

—Olvidas que aquel era casi un niño que apenas tenia veinte y un años?

—Por eso mismo me admira tanta crueldad.

—Vosotros os admirais de todo, porque no sabeis mirar el fondo de las cosas; se os presentan ideas generales y las adoptais sin examinarlas bajo todos sus aspectos, y caminais con ellas como si llevárais la verdad á vuestra derecha. De todas esas ideas quizá es la mas verdadera la de que las grandes generosidades son privilegio de la juventud. Pero esta idea tiene su reverso, y este reverso es que las necesidades mas implacables son patrimonio tambien de la juventud. Párate un dia en una calle de Paris y lee de cabo á rabo la lista de los fallos pronunciados por vuestros tribunales y verás

que las nueve décimas partes de los crímenes cometidos en vuestra sociedad pertenecen á la estrema juventud. Ese es el resultado inevitable del deseo y la fuerza. La juventud se dirige, segun el camino que emprende, á las grandes acciones ó á los grandes crímenes; la prudencia contiene á la edad madura, la impotencia detiene á la vejez. Hé aquí lo que necesitabas saber para que la continuacion de esta historia no produzca en ti nuevamente esas necias admiraciones que acabas de mostrar.

El Diablo continuó:

—Cuando Eugenia tornó de su desmayo, se encontró en un aposento suntuoso que la era desconocido. El forastero que la habia conducido á casa de Arturo, habiendo salido tras ella para perseguirla, la encontró moribunda en la escalera y la llevó en su carruage á su casa. Eugenia, al volver en sí se vió en poder de una vieja que la hacia respirar ciertas sales y que se alejó en seguida á una seña del desconocido.

—Donde estoy? preguntó Eugenia.

—En mi casa, contestó el desconocido, en casa de un hombre que no os abandonará como Arturo, y que está persuadido de vuestra inocencia, porque sabe de qué es capaz la rival que os ha calumniado; yo os ofrezco un asilo.

—Y quien sois vos? dijo Eugenia deshaciéndose en lágrimas al oir aquel nuevo lenguage.

—Soy lord Stive, miss, respondió este examinando el rostro de la jóven para ver el efecto de sus palabras.

—Lord Stive! esclamó Eugenia levantándose y echando á su alrededor una mirada de terror; lord Stive! repitió retrocediendo.

—Nada temais, miss; veo en vuestro terror que se os ha esplicado mal mi carácter, que se os ha hecho comprender mal mi única esperanza. Yo os amo, miss, pero no como Arturo; no para entregaros á la miseria y al abandono. Os amo, pero es para proporcionaros el rango y la distincion á que sois acreedora; para arrancaros de una vida indigna de vos, para colocaros en puesto mas elevado que el que ocupan esas miserables mujeres que han osado calumniaros. Porque yo creo en vuestra inocencia y no condeno sin remision la falta de haberos entregado á Arturo. Yo olvidaré esa falta, ó mas bien la he olvidado ya...; mi amor no quiere conocerla, lo que ha sabido no cambiará en nada lo que ha resuelto, y si os dignais escucharme, dentro de algunos dias, mañana, podreis despreciar desde la cumbre de vuestra opulencia á cuantos han tratado de ofenderos, hasta á Arturo mismo, al insolente Arturo.

La tentacion se hallaba en situacion ventajosa, añadió Satanás; el momento no podia ser mas oportuno, el lenguage no podia ser mas apropiado al oido que debia escucharle.

—Sí, dijo Luizzi; pero todos esos encuentros me parecen cuando menos un tanto inverosímiles.

—Consiste en que la verdad está casi siempre fuera de los alcances de vuestra inteligencia. Por eso han inventado vuestros ingenios lo verosímil, cuya invencion es una cobardia suya, es una adulacion á la necedad comun. Por otra parte, de qué me serviría á mí ser el Diablo si no arreglase la escena de mis dramas algo mejor que los novelistas?

—Segun eso, dijo Luizzi, pusiste en juego todo el poder de tus astucias para hacer sucumbir á una pobre jóven?

—Si, respondió Satanás, y fuí vencido.

—Vencido? repitió Armando.

—Sí, contestó el Diablo; hé aquí la respuesta que Eugenia dió á lord Stive.

—Milord, decis que me creeis inocente y vos mismo me dictais la conducta que debo observar. Aunque la proposicion que me haceís prueba cuan poco sincera es la estimacion que decís profesarme, quiero creer en esa estímacion y quiero mostraros que la merezco.

—Miss, replicó lord Stive, reflexionad y no rechaceis á un hombre que puede llamarse uno de los mas poderosos de Inglaterra.

—No, milord, no, respondió Eugenia con voz serena; pero entrecortada por la opresion de su pecho. No puedo, no quiero aceptar vuestra proposicion... Yo os perdono... pero no quiero... Solo os pido que me permitais retirar.

—No, miss, no; tanta serenidad tras una desesperacion tan violenta debe hacerme temer una funesta resolucion.

—No, milord, no atentaré á mi vida; debo vivir porque soy madre.

Entonces fué cuando se me escapó, continuo Satanás. Tres veces he tenido avocada al suicidio esa mujer y tres veces se ha salvado.

Me quedaba aun el horror de la miseria y tenté este nuevo medio.

Lord Stive, que queria registrar hasta el fondo del alma de Eugenia para poder mejor apoderarse de ella, replicó:

—Implorad la proteccion de las leyes inglesas, id á declarar ante un juez el nombre del padre de vuestro hijo, y ese hombre se verá precisado á reconocer el fruto de su seduccion, á asegurar su subsistencia y la vuestra.

—Oh! milord, esclamó Eugenia volviendo la cara, las jóvenes francesas no vamos á exhibir nuestra deshonra para justificar nuestro derecho. Prefiero la muerte á ese paso.

—Sin embargo, Eugenia, no abandoneis ese estremo recurso, no os espongais á la miseria, pues conduce tambien á la muerte, y si el paso que os propongo os repugna tanto, basta amenazar á Arturo para que repare su falta; estad segura de que si yo le hablo....

—Si le hablais alguna vez de mí, interrumpió Eugenia á lord Stive levantándose, decidle que la víctima vivirá para que viva el hijo de su verdugo; decidle que la mujer pobre trabajará para sustentar al hijo del hombre rico:

y decidle que hay un nombre que nunca pronunciarán estos labios manchados por él, y que la hija del pueblo ha pronunciado por última vez, en vuestra presencia, el nombre del muy noble conde sir Arturo Ludney. Quedad con Dios, milord. Nada tenemos ya que decirnos.

Eugenia abandonó aquella casa y se me escapó nuevamente.

Luizzi no pudo reprimir una singular esclamacion de alegria.

—Sí, continuó Satanás con tono siniestro, sí, se me escapó: pero yo devolveré la víctima al Señor, su dueño; tan torturada y moribunda, que le será dificil curarla á pesar de ser Todopoderoso. Escucha, mi amo, y no tengas miedo.

Eugenia salió de aquella casa, y yo la alcancé á los primeros pasos. Yo no desaprovecho los males pequeños: he inventado el arte de rascar las heridas para aumentar la picazon. Eugenia salió de aquella casa, pero no sabia el camino que debia seguir; vagó largo rato perdida en las calles, porque preguntaba y se le habian indicado; porque á los dos pasos del sitio donde habia preguntado se perdian su cabeza y su memoria en el dédalo de su dolores. Si quieres saber lo que en aquel instante era Eugenia, mírala ir, venir, tornar, mirar á las casas, detener á los transeuntes, recibir una injuria por toda respuesta, y volver á tomar su camino para ir, venir y tornar al mismo sitio; figúrate que se hallaba como fuera de sí, que sus pensamientos se agitaban en los dolores de su vida, estraviándose, chocándose, quebrantándose sin que la jóven se volviera loca, sin que Dios tuviera compasion de ella ni yo tampoco.

Al fin, un anciano la sacó de tan horrible estado, y la llevó al obrador muerta de dolor y de fatiga. Llegada la noche, una fiebre ardiente se apoderó de ella, y hasta pasados ocho dias no pudo recobrar su puesto entre sus compañeras. Estos ocho dias habian sido perfectamente aprovechados. Lord Stive, no habiendo renunciado á apoderarse de la jóven, procuraba alcanzar por la desesperacion lo que no habia conseguido por la corrupcion. Puso en conocimiento de Mad. Firet el secreto de Eugenia, recomendándosele con tal eficacia que debia hacerla sucumbir. Yo quiero mucho á Mad. Firet, porque es una mujer inteligente y hábil; como conocia el mal por instinto no necesitaba muchas esplicaciones. La vieja no fue, con arreglo á los deseos demasiado vulgares de lord Stive, á tentar nuevamente el vado echando en cara á Eugenia su estado, y manifestándola cuán dichosa era en hallar tan poderoso protector tras una falta tan vergonzosa; Mad. Firet fue mas diestra que todo eso. Presentóse á Mad. Bernard con la indignacion en los ojos y el sentimiento en la voz, y la dijo que ella, la honrada Mad. Bernard, habia sido indignamente engañada por la hipócrita Eugenia, y que habia descubierto que la desgraciada jóven, si habia abandonado la Francia, solo habia sido por ocultar una preñez vergonzosa. Si solo Mad. Bernard hubiera oido esta manifestacion, quizá la vieja no hubiera conseguido su

objeto; pero Mad. Firet habló con esa voz que, aparentando ocultarse atraviesa los débiles tabiques de un aposento. Dos minutos despues, todo el obrador sabia el estado en que se hallaba Eugenia, y cuando esta bajó, algunos dias despues, fue acogida con sonrisas burlonas, risas despreciativas, chanzas cuyo sentido temia comprender, hasta que no pudiendo soportar mas aquellas activas é incesantes injurias, esclamó en un transporte de cólera, viendo que una jóven se apartaba de ella con aire de desprecio:

—Pero qué teneis, que parece que os causa miedo el tocarme?

—Temo hacer daño á vuestro hijo, la respondió la otra.

Hé aqui como se la devolvieron las palabras que ella habia dirigido á Arturo en un momento de desesperacion.

Es preciso que lo sepas todo, baron, para que conozcas el alma humana, puesto que quieres conocerla. La que insultaba á Eugenia con tanta barbarie habia parido hacia seis meses y habia matado á su hijo; pero como tenia la seguridad de que nadie sabia su crímen, alzaba erguida la frente.

—Satanás, dijo Luizzi, tú me estás hablándo de mónstruos.

—Las monstruosidades de que hablo son el producto forzoso de vuestras costumbres. Como no teneis compasion para con la falta conocida, se oculta bajo el crímen la falta cuya vergüenza no se quiere sufrir. Hélo aqui todo. Ah! si en vuestras costumbres hubiera una justicia tan exacta como la que hay algunas veces en vuestras leyes; si pesárais la falta como pesais el crímen; si os dignáseis ver que pueden ser disculpadas ciertas debilidades como ciertos crímenes, y si el tribunal humano absolviese algunas veces á los que han sido débiles como algunas veces absuelven vuestros tribunales de justicia á los que han sido asesinos; quizá hubiera menos mujeres perdidas que son los enemigos mas implacables de las mujeres solamente desgraciadas, quizá hubiera menos bribones dispuestos á deshonrar al deudor honrado. Mi amo, nadie es malo por el gusto de serlo; en este mundo no hay efecto sin causa. Lo que hay de cierto es, que sois demasiado perezosos ó estúpidos para buscar la raiz de todos vuestros males y cortarla con atrevida mano.

—Quizá tendrás razon, respondió Luizzi; pero cómo pudo sufrir Eugenia tantos dolores sin sucumbir á ellos?

—Porque el alma está formada del mismo modo que el cuerpo, y éste al paso que unas veces muere de una caida de pocos pies, otras vive cubierto de heridas y destrozados todos los miembros. Una mujer se compadeció de Eugenia ó quizá trató de asegurar la tranquilidad de su casa. Mad. Bernard dijo á la pobre jóven que podia volver á Francia, y á fin de que el tormento de su falta no la persiguiese tambien en París, la prometió recomendarla á su hermano para que éste la colocase en su propia casa y la ocultase asi en este inmenso París, donde todo se puede ocultar, y donde todo se descubre como en la mas reducida aldea

Eugenia habia ido sola á Inglaterra acompañada de una débil esperanza, y solo volvió á Francia sin esperanza ninguna.

Antes de partir, no habia confesado su embarazo á su madre, y tampoco habia podido confesársele por escrito sin que todo el mundo lo supiera puesto que su madre no sabia leer.

—Es horrible la historia que me estás contando y tiemblo al pensar lo que me vás á decir acerca de la acogida que Juana debió hacer á su hija.

—Te equivocas, mi amo, contestó Satanás. Los dolores infantiles de Eugenia, sus delicados dolores de jóven y el infortunio de una vida colocada fuera de su centro no habian podido penetrar la tosca corteza que cubria el corazon de aquella muger. Pero la desgracia completa, real, inteligible para ella, la enterneció y penetró hasta el fondo de sus entrañas. Juana no maldijo á su hija, no la insultó; lejos de eso, lloró su desventura, la ayudó á ocultar su preñez y su parto, porque á los sufrimientos de que te he hablado es preciso añadir los de una violencia contínua para disimular un estado que cada dia se manifestaba mas á las claras. Eugenia jugaba su vida; pero esa muger que ha sufrido todas las desgracias del mundo, solo ha perdido la salud. Para hacerte ver hasta el último estremo lo que es sufrir; para que sepas si llegas á verte en la miseria, que no eres el ser mas infortunado, voy á presentarte un cuadro que sin embargo no es el mas triste de los que he pintado. La madre de Eugenia que subsistia de la pension que le pasaba su hija, habia abandonado su casa y vivia en un cuarto cuyas ventanas daban á un patio cuadrado. Eugenia participaba con ella de la única cama que habia en esta habitacion. Habia prevenido á una partera que iria á parir á su casa; pero como costára seis francos diarios el hospedage en la miserable casa de la partera, la jóven se veia precisada á esperar el último momento á fin de que su permanencia allí fuese menos larga y dispendiosa. Se habia gastado ya bastante en la envoltura, y el dinero que quedaba estaba calculado, sobre sueldo mas ó menos, en lo que Eugenia necesitaba para el tiempo que debia permanecer fuera de casa. Ir mas allá era esponerse á no poder pagar estrictamente; era esponerse á que la partera fuese á su casa á reclamar en alta voz el salario de su asistencia á la jóven parida. Eugenia esperaba incesantemente el momento fatal. Una noche—serian las dos de la mañana—se sintió con los dolores del parto. Vióse precisada á vestirse á oscuras, porque encender luz á aquellas horas era mostrar á través de la vidriera desprovista de cortina, á la madre y la hija disponiéndose á salir despues de media noche. Asi, pues, no tuvo mas remedio que bajar poco á poco y de puntillas cuando sus piernas casi rehusaban sostener su cuerpo; no tuvo mas remedio que pasar corriendo por delante del cuarto del portero, cuando apenas tenia fuerza para arrastrarse. Y luego tener que andar una jornada de veinte minutos, en la que ellas emplearon cuatro horas, pues la madre necesitó llevar casi arrastrando á la hija, arrancándola de todos los

guarda-cantones donde se sentaba imposibilitada de seguir adelante! Al fin llegaron al término de su viaje, y la pobre jóven cayó en un lecho miserable y se vió en las manos de una mujer ignorante que la hizo sufrir dolores aun mas agudos que los que Dios, en un momento de cólera, destinó al parto de la mujer.

Hasta la noche siguiente no dió Eugenia á luz á esa Ernestina á quien ya conoces. Volvió á casa á los cinco dias, y á los quince fué admitida en los ricos almacenes de Mr. Legalet, calle de S. Dionisio.

El Diablo se detuvo, y Luizzi respiró como aquel que subiendo á la cumbre de una empinada montaña se sienta para tomar aliento.

—Vamos andando, mi amo, vamos andando, continuó Satanás; es ya tarde, se acerca el dia y no debemos perder tiempo. Vamos andando si quieres llegar bien informado á la hora que debe decidir de tu vida.

—Vamos, pues, dijo Luizzi.

Satanás continuó:

—La pobre jóven.....

—Todavia la pobre jóven! esclamó el baron.

—La pobre jóven siempre, mi amo; ya vendrán la pobre mujer y la pobre madre. Oirás y verás.



IV.

La pobre jóven siempre.



He dicho ya que Eugenia se me habia escapado; pero yo, aunque la habia visto resistir al mas violento empuje, no habia perdido la esperanza de verla caer La esperiencia me habia demostrado que aquel que resiste á un choque violento, cae á veces al mas ligero empellon; todo el arte consiste en dar el empellon á tiempo: unas veces se dá cuando se vé vacilar un cuerpo que se ha bamboleado largo rato, y otras se empuja de repente. Eugenia habia sido tan constantemente desgraciada, que siempre vivia prevenida; y como era fuerte, permanecia siempre de pié. Queriendo hacerla desprevenida, hice que durante el primer año de su permanencia en casa de Mr. Legalet viviera tan dichosa como era posible: al menos descansaban sus dolores. Ricamente asalariada en atencion á su edad y su posicion, tenia á su madre en una aldea inmediata á París,

donde tambien estaba criándose su hija. Cada quince dias iba á pasar allí uno de los domingos que se la dejaba libre.

La única persecucion que volvió á sufrir fué la de Arturo, quien la encontró un dia y la siguió. No era ya tiempo de súplicas ni amenazas; el inglés quiso detenerla, y la jóven le dijo bastante alto para llamar la atencion de los transeuntes:

—Qué quereis, caballero? No os conozco.

—Quiero mi hija, mi hija, respondió Arturo pálido de rabia y de humillacion.

—Cómo se llama vuestra hija, caballero?

—Ved lo que haceis, Eugenia!

—Vos sí que lo debeis ver, replicó Eugenia con desprecio; afortunadamente hay por aquí agentes de policía para detener á los transeuntes borrachos que insultan á las mujeres.

Arturo, el miserable é implacable Arturo, fué vencido á su vez; la injuria le abofeteó impunemente y aun no habia vuelto del mudo furor que esperimentaba cuando ya Eugenia habia desaparecido.

Este encuentro tuvo lugar poco despues de su vuelta de Inglaterra y desde entonces, gracias á mí, ningun otro habia vuelto á turbar la tranquilidad en que se adormia.

Pasado este año, llegó á Paris un jóven de provincia llamado Alfredo Peyrol. Su objeto era terminar su educacion comercial en casa de un banquero de Paris, y habia sido recomendado por su padre á Mr. Legalet. Presentóse á este comerciante y fué acogido como hijo de un antiguo amigo, agradando á Mad. Legalet, y sobre todo á la señorita Silvia Legalet. Era jóven, jovial, entusiasta, decidor y poseia ese tinte de originalidad que da la franqueza de provincia. Contaba con tanta candidez su admiracion á la vista de las maravillas parisienses, y de tales cosas se admiraba, que sin atraerse el ridículo escitaba siempre la risa. Pocos hombres se podrian encontrar mas á propósito que Alfredo para adivinar el ridículo ageno y evitar el suyo. Por lo demas, estaba dotado de una organizacion atrevida, resuelta, hábil, paciente, que le hubiera llevado muy lejos á no contenerle el temor del qué dirán. Así es que su naturaleza y su educacion vivian en contínua lucha. Largo tiempo pasó sin que Eugenia echase de ver las atenciones de que era objeto por parte de Alfredo; pero al fin se apercibió de ellas de un modo singular. La señorita Silvia se habia apasionado al bello provinciano que iba á pasar un rato todas las noches al obrador donde se hallaban reunidas una docena de jóvenes. Alfredo tenia ya veinte y cuatro años, pero aun era muy jóven de corazon, y la vida retirada que habia pasado en el seno de su familia le habia lanzado al mundo con un carácter formado para les negocios y un alma en estremo ignorante para las cosas mas vulgares de la sociedad; todo esto contribuia á hacerle mas amable. Silvia habia quedado una noche

acompañando á Eugenia para acabar un trabajo que corria prisa, y acercándose á su compañera de labor, la dijo en voz baja, aunque todo el mundo estaba ya acostado:

—No habeis echado de ver que me obsequia Alfredo?

—No, respondió Eugenia que acaso no habia alzado dos veces la vista á Alfredo desde que este iba á casa de Mr. Legalet.

—Segun eso, creeis que no me ama? repuso Silvia alarmada.

—No digo eso: lo único que puedo decir es que yo nada he visto. Será tal vez culpa mia, porque soy tan distraida!

—Pues bien, Eugenia, observadle; yo os lo suplico.

—Y por qué?

—Porque... quisiera saber... si me equivoco.

—Y qué os importa?

—Es que... le amo, dijo Silvia bajando los ojos.

Eugenia la miró. Amar era para ella una palabra que habia oido pronunciar muchas veses, pero que tenia una significacion terrible. Creyó ver aparecer en aquella palabra, por una parte todas sus desgracias, y por otra todos los desórdenes de Teresa. Pero así que observó el rostro cándido y bello de Silvia, creyó apercibirse de que habia un amor diferente del que ella conocia, un amor dulce para el corazon.

—Ah! con que le amais! dijo con lentitud.

—Sí, le amo. Cuando le veo entrar, veo al que he esperado todo el dia; cuando me habla, me parece que su voz no es como la de los demás; me parece que su voz me toca como si él me tocára con su mano, y la oigo en todas parte. Cuando me dirige una galanteria, me creo tan dichosa que se me saltan de gozo las lágrimas; cuando se rie de mí, me pongo triste, tan triste que se me saltan las lágrimas tambien.

—Oh! murmuró Eugenia, cuánto debe agradecer el que le ameis así!

—Si no lo sabe! Eso no se puede decir.

—Pero él no os ha dicho nada?

—Pues qué, se atreveria acaso? Mi cuñado Luis quiso á mi hermana dos años sin decírselo, tanto que mi padre se vió precisado á decírselo él mismo á mi hermana.

Qué vida tan diferente de la que Eugenia habia pasado! Qué amor tan diferente del que ella conocia! Qué sombras tan frescas, tan sonrosadas y nuevas para el corazon que habia atravesado tan terribles precipicios, y cuya existencia no tropezaba ya con mil obstáculos agudos, porque se hallaba en un desierto! Los ojos de Eugenia se arrasaron de lágrimas; pero la infeliz las reprimió porque ella no hubiera podido esplicar su secreto á la que con tanta ingenuidad le manifestaba el suyo. Eugenia, llena de curiosidad por ver á alguien caminar delante de ella por la hermosa senda que le estaba ya vedada, prometió á Silvia observar si Alfredo la amaba. A la mañana siguiente

fijó la atencion en el jóven y echó de ver que era para Silvia lo que era para las demas, y que si alguna era privilegiada en sus atenciones era ella misma. Pero Eugenia no se detuvo en esta observacion, que ni aun llegó á ocupar un instante su pensamiento. Llegada la noche, Silvia se dirigió nuevamente á Eugenia.

—Vamos, la dijo, no es verdad que me ama? Esta mañana ha dicho que visto encantadoramente.

—No hay duda, contestó Eugenia que temia que aquella alma tan ingénua se comprometiese imprudentemente; no hay duda que os lo ha dicho, pero tambien me lo ha dicho á mí.

—Sí, pero ha sido por disimular. No vísteis como recogió mi bordado cuando yo le dejé caer? Y dijo que era muy bonito, y le tuvo un rato en la mano para tocar lo que yo habia tocado! Y cómo me miró al devolvérmele! Ese bordado me abrasó al tomarle!

—Es verdad, dijo Eugenia: es verdad, repitió inclinando la cabeza.

Despues guardó silencio hasta que Silvia le preguntó:

—Pero en qué pensais?

—En nada, en nada: luego prosiguió: sin embargo, no quiero engañaros ni dejaros amar, puesto que creo no sois amada; porque debe sufrirse horriblemente cuando una halla desprecio por amor.

—Qué hay pues? dijo Silvia.

—No habeis notado que hace un momento ha dejado caer su pañuelo una de nosotras, y que él le ha alzado del suelo, reteniéndole bastante tiempo?

—Sí, sí, dijo Silvia; pero era el vuestro. Además, le ha estrujado anudándole y volviéndole á desatar: se hacia con él una especie de velo y se cubria la cara; pero entonces reia, jugaba y estaba alegre: es muy diferente.

La vieja Eugenia habia descubierto lo que era el amor en un corazon jóven. En aquel momento descubrió la ceguedad natural que va unida siempre á esta pasion, y temiendo desgarrar aquella alma delicada haciéndola ver su error, esperó aun para atreverse á decirla la verdad. Por otra parte, no podia engañarse ella misma, ó no era posible que hubiese perdido su inteligencia en las cosas inocentes?

De este modo se pasaron los dias, y Eugenia, que observaba de contínuo las menores acciones de Alfredo, casi se vió obligada á conocer que era á ella á quien se dirigian esas miradas, esas palabras de doble sentido, esos instantes de alegria, esas nubes de tristeza, por la cuales habla sin cesar un corazon que aun calla. Durante este tiempo Silvia no veia nada, ó mas bien, no reparaba mas que en lo que podia halagar su esperanza, y confiando todas las noches á Eugenia los frágiles indicios por los que creia adivinar el amor de Alfredo, enseñaba á su rival que las señales mucho mas seguras

que esta observaba solo eran las de un verdadero amor. Eugenia tenia piedad de esta niña, y se acusaba de ser amada como si la hubiese engañado. Demasiado dolorida aun de los crueles golpes de que se habia librado, quiso evitar todo lo que pudiese volver á agitar su vida en cualquier lucha interior. Desde entonces procuró poner entre ella y Alfredo obstáculos que este no pudiese superar. Bajo pretesto de que el sitio en que se hallaba colocada estaba demasiado lejos de un quinqué que ardia cerca de Mad. Legalet, se retiró á un rincon y detras de la larga fila de sus jóvenes compañeras. Con esto no hizo mas que proporcionar á Alfredo la ocasion de hacerla ver que la buscaba en todas partes, y que en todas partes sabia alcanzarla. El jóven quitaba su obra á esta, hacia llamar á la de mas allá, hacía mudar de puesto á la otra, y de silla en silla, llegaba al lado de Mad. Legalet y de Eugenia, á la que no osaba decir nada, pero en cuya atmósfera respiraba.

Mad. Legalet reia mucho todas las locuras del jóven y le llamaba jovialmente el tirano del obrador.

Luego, por la mañana, Silvia queria sentarse tambien en el rincon retirado en que se colocaba su madre, y como Alfredo iba allí aun, pensaba que habia ido por ella, porque la habia seguido. Otras tardes, si Eugenia habia atado una cinta negra al rededor de su cuello, Alfredo aseguraba que las cintas negras eran un adorno delicioso. Y Silvia decia á Eugenia:

—Eso es que desea que me ponga una cinta negra, porque piensa que me sentaria maravillosamente.

Silvia se ponia la cinta, Eugenia se quitaba la suya, y cuando llegaba la tarde, descontento Alfredo, la decia por lo bajo, pero de modo que pudiese ser oido por Eugenia, lanzándo á esta al mismo tiempo una mirada de reconvencion:

—Sois buena y amable, y no teneis miedo de poneros lo que me agrada.

A la hora de las confidencias, Silvia decia á Eugenia:

—Veis cómo me ha dado las gracias por haberme puesto una cinta negra? Oh! seguramente me ama.

El eco del corazon de Eugenia repetia: me ama! Y ciertamente era un espectáculo bien estraño el de aquella jóven tan ingénua y tan ignorante, advirtiendo á su rival todos los obsequios que se le tributaban, y haciendo la confesion de un amor que sin todo esto acaso ella no hubiera sabido comprender.

El disgusto que Eugenia esperimentaba en las confidencias de Silvia, la frialdad con que acogia las palabras de aquella niña, no bastaban á imponer silencio á su jóven pasion. A pesar de todos sus esfuerzos, se veia obligada á oir hablar de ello sin cesar, y como un dia dijese á Silvia que su madre la reprenderia si llegaba á saber que ella le ayudaba á alimentar un amor que acaso no aprobase, Silvia la respondió al instante:

—Oh! mi madre lo sabe y no me riñe por eso: Alfredo es un jóven

tan honrado, tan respetuoso y tan bien educado! Mi madre es quien me ha dicho todo esto, y de seguro le admitirá el dia en que pida mi mano.

Todas las palabras de Silvia herian dolorosamente á Eugenia : sobre todo la palabra *casamiento* la fué bien dolorosa. Podia ella casarse, ella, pobre niña perdida! Y aun suponiendo que el amor de Alfredo fuese tan sincero como debia creerlo, segun lo que se la decia de un amor puro, no debia renunciar á él?

Hé aquí cuán ingeniosa es la pasion para introducirse en el corazon! Desde el momento en que Eugenia creyó se la consideraba indigna de ser amada, la hacia padecer la idea de no serlo, y el amor de Alfredo que tanto temia dejar tomar aumento, temió igualmente perderlo.

Entonces dudó: quiso ver si tambien, como Silvia, era presa de una ceguedad loca, y evitó el aproximarse á Alfredo, no por huir de él, sino para esperimentarle. El jóven la persiguió con la misma destréza y perseverancia: se acercaba á ella por mil medios que no puedo decirte. Eugenia le seguia con ansiedad en todas estas pequeñas maniobras, y cuando lo habia conseguido y ya no podia dudar por mas tiempo, que él era dichoso en estar á su lado, ella tambien lo era en estar cerca de Alfredo. Le estaba reconocida porque la amaba á pesar de su falta, como si él la hubiese conocido, y se dormia algunas veces entreviendo la felicidad, porque ella tambien le amaba.

Lo ignoraba todavia, cuando volviendo un dia del campo de ver á su hija, se la dijo que una nueva oficiala habia sido admitida en casa de Madama Legalet. A la mañana siguiente llegó su terror al estremo á la vista de su nueva compañera: era Teresa. Esta la recibió descaradamente como á una amiga; pero Eugenia no pudo contener la agitacion de su corazon, y despues de dar una respuesta glacial á todas las preguntas de Teresa, se apartó de ella y evitó el hablarle.

En ciertas circunstancias se desliza rápidamente la vida. Eugenia habia pasado todo el dia en el terror que la inspiraba el que Teresa divulgase su secreto. No obstante, este temor no habia tenido toda la estension que tú puedes creer. La tranquilidad de su alma habia restituido la fuerza á Eugenia; el testimonio de su conciencia la sostenia, y se habia dicho interiormente que en caso de desesperar de su causa, dejaría aquella casa y buscaria otro asilo. Pero cuando llegó la tarde y apareció Alfredo, el espanto que Teresa habia inspirado á Eugenia, y contra el cual se habia sentido esta con fuerzas suficientes para luchar, dominó completamente su alma. En el primer impulso de su temor, quiso ocultar el amor de Alfredo, y redobló las precauciones para conseguirlo. Así pues, deseaba este amor puesto que le protegía contra una delacion. Despues, antes de concluida la velada, cuando comprendió que Teresa lo habia adivinado, sintió que no tendria contra el desprecio de Alfredo la misma fuerza de ánimo que habia tenido

contra el desprecio de los demás, y por un momento la orgullosa Eugenia tuvo el pensamiento de implorar la piedad de aquella Teresa que le habia perdido. Pasó el resto de la noche con los ojos bajos y llenos de lágrimas sobre su labor, y cuando se levantó para retirarse, Teresa se acercó á ella y la dijo con un tono en que reinaba la cínica ironía del vicio:

—Es gallardo tu nuevo amante; pero tiene el aspecto un poco simplon. Es un buen incauto que atrapar.

Eugenia se indignó estraordinariamente al oir palabras tan infamantes, y no pudiendo responder á ellas, se volvió disgustada hácia otro lado.

Teresa se vengó del desprecio que tan bien merecia devolviéndole á la que no era digna de él. A los pocos dias Teresa conoció el amor de Eugenia lo mismo que el de Silvia.

Entonces se acercó mas á esta, provocó las confidencias que Eugenia rehusaba hacia mucho tiempo, y segura del error de Silvia, se le mostró, desgarrando desapiadadamente su jóven corazon, porque en su desesperacion heria sin piedad el de Eugenia.

—Oh! esclamó Silvia cuando Teresa la dijo que Eugenia amaba á Alfredo. Oh! es imposible: ella, á quien se lo he dicho todo, á quien he confiado todo lo que tengo en mi corazon, me engañaba y se burlaba de mí; estoy segura de ello. Es una crueldad y una perfidia sin ejemplar. Todo se lo contaré á mi madre.

—Y hareis bien, respondió Teresa que sabia manejar hábilmente todos sus medios de venganza.

Silvia corrió á contar esta gran traicion á su madre, que mostró aun mas indignacion que aquella, porque se creia con el derecho de exigir de Eugenia mas que su misma hija.

Por la mañana Mad. Legalet hizo llamar á Eugenia, y antes de entrar en esplicaciones, la mostró una carta. Era la misma en que Mad. Benard habia recomendado á Eugenia á su cuñada. Esta carta contenia todos los secretos de la desgraciada jóven.

Eugenia la leyó con la cabeza baja, y se la devolvió á su maestra.

—Ya lo veis, dijo Mad. Legalet, lo sabia todo, y sin embargo, nunca he dicho una palabra, jamás he pronunciado una frase que pudiera humillaros delante de vuestras compañeras: yo os he evitado hasta la pena de tener que sonrojaros delante de mí, y me recompensais escitando con vuestras coqueterías el amor de un jóven destinado para mi hija, de un hombre á quien ama esa pobre niña con un amor puro é inocente, mientras que el vuestro no es mas que un bajo y odioso cálculo.

De este modo, despues de haber calumniado la vida de Eugenia, se calumniaba hasta su amor. Sintió las lágrimas prontas á brotar de sus ojos, empero se contuvo y respondió:

—No, señora, no, yo no he hecho nada para atraer á Mr. Alfredo, y no le amo!

—Pues bien! en ese caso, señorita, puesto que es á él solo á quien hay que curar, yo le diré lo que sois y quién sois.

—Oh! señora, esclamó Eugenia cayendo de rodillas; dejaré vuestra casa, me iré, pero no le digais nada, no me deshonreis á sus ojos: qué os importa mi daño si voy á alejarme de aqui?

Mad. Legalet reflexionó un momento, y continuó:

—Sí, sé que habeis sido mas desgraciada que culpable, pero no corrijais vuestra falta abusando del amor de un hombre honrado: una jóven tiene siempre los medios de hacerlo cuando quiere, y vos los encontrareis si los deseais vivamente. A este precio no os despediré: á este precio yo os prometo callarme.

—Al fin, dijo Luizzi, hé ahí una buena mujer.

—Bah! replicó el Diablo, si se quisiese mirar el fondo de aquella indulgencia, quizá se encontraría en ella un infame cálculo.

—Todavia? murmuró el baron.

—Sí; Mad. Legalet pensaria acaso que si Eugenia salia de su casa, podia Alfredo no volver á poner los pies en ella, y entonces, adios todos esos bellos proyectos de casamiento de su hija con un jóven que gozaba doce mil buenas libras de renta, y cuyo padre era muy rico.

—Eres un cruel comentador, Satanás, replicó el baron.

—No, pero soy el espíritu de contradiccion endiablado, y encuentro casi siempre vuestros desdenes tan estúpidos como vuestras admiraciones.

—El tiempo vuela, dijo Luizzi, y....

El Diablo continuó:

Eugenia aceptó las condiciones de Mad. Legalet, y aun algo mas: aceptó las largas veladas pasadas en presencia de Alfredo, mientras que una mirada escrutadora la observaba: mientras que la era preciso rechazar con aspereza proposiciones que todos veian entonces: burlada cuando habia conseguido inspirar bastante enojo á Alfredo para que fuese á dirigir á otra palabras que debian hacer creer á Eugenia que aquel amor que la hacia tan dichosa no habia encontrado el mas ligero obstáculo; insultada cuando no le habia solicitado con empeño; siempre amenazada de ver publicado su secreto, sufria todo esto porque amaba, pues tanto sojuzga el amor á las mas fuertes naturalezas que las obliga á beber hasta las heces los mas amargos disgustos. Tal es la historia del hambre y de la sed, mi amo: cuando aquejan al hombre estas dos necesidades, el que ha vivido con pan negro ó con buena carne, come y bebe con avidez lo que antes le hubiera revuelto el estómago.

La presencia de Alfredo, el sonido de su voz, eran el alimento con que se nutria Eugenia, y no se sentia con la fuerza suficiente para renunciar á él, aunque fuese objeto de las mas denigrantes injurias.

Tambien es preciso decirte, para que comprendas toda la intensidad de aquel amor, que el secreto de Eugenia, para su tormento, no estaba solo en manos de Mad. Legalet. Teresa, la impudente Teresa, le habia hecho deslizarse entre todas las jóvenes del almacen, y volvieron á empezar las insolencias y los insultos de Lóndres, pero mas vivos, mas atroces é intensos, porque se dirigian á un corazon en que herian á la vez el amor y el orgullo.

A pesar de todo, Alfredo habia comprendido que un cambio tan repentino en la conducta de Eugenia, y en las costumbres de sus compañeras, debia tener una causa, y pensó cabalmente que habian conocido su amor, y adivinó los proyectos de Mad. Legalet; resuelto á no permitir que nadie abrigase locas esperanzas, y al mismo tiempo á dar ánimos á la que se tiranizaba sin duda por su causa, Alfredo confesó una noche, aparentando que no se dirigia á nadie, que pensaba casarse, porque hacia ocho dias que habia cumplido veinte y cinco años: dijo tambien que se curaba muy poco de la fortuna, porque aunque no contaba con una asegurada, sabria conquistarse una posicion independiente: por último, añadió que ningun ardid bastaria para impedirle casarse con la mujer que escogiese, y á quien amaría, aunque fuese salida de la última clase del pueblo, fuese pobre, ó fuese una sirviente.

Mad. Legalet comprendió á quien se dirigia semejante discurso, y dispuesta á decir á Alfredo que no volviese á su casa, quiso antes vengarse de la pérdida de sus esperanzas, y apenas hubo concluido de hablar aquel, añadió:

—Esos son sentimientos muy nobles, señor Alfredo, pero supongo que á todas las cualidades que deseais tenga la mujer que haya de ser vuestra esposa, añadireis la de que sea una jóven honrada.

A esta palabra Alfredo se levantó y Eugenia tambien: el jóven palideció al mirar la espantosa espresion del rostro de Eugenia: habia un adios eterno en aquella mirada. Despues, Eugenia dejó su labor sobre la mesa, y salió de la estancia para no caer loca y anonadada de vergüenza delante del hombre que amaba. En seguida, atravesando el almacen que estaba en el piso bajo, llegó hasta el piso quinto de la casa. Yo habia preparado un magnífico juego, mi amo: la ventana estaba alta y abierta; Eugenia acudia al suicidio jadeante, loca, desesperada: algunos pasos mas, y era mia.

Alfredo la habia seguido: olvidando toda circunspeccion, haciendo pedazos todos esos lazos tan endebles y tan fuertes para él, que llamais conveniencias, habia perseguido á Eugenia, y la detuvo en el momento en que iba á pasar el umbral de su puerta.

—Me habeis comprendido, la dijo, me habeis comprendido; yo os amo, sé que sois pobre, sé que vivís del trabajo de vuestras manos, pero esto no ha hecho mas que aumentar mi amor hácia vos. No temais á nadie, yo os

daré mi nombre, os haré rica, y entonces, os lo juro, ninguna persona se atreverá á insultaros ni calumniaros.

Eugenia miró á aquel noble jóven que, de rodillas delante de ella, estrechaba sus manos, acariciándola amorosamente.

—Me amais? le dijo: pues bien, yo tambien os amo! voy á daros una prueba de ello, puesto que no quiero engañaros.

Abrió un cajoncito, y tomó una carta que entregó á Alfredo. Esta carta no contenia mas que estos tres renglones.

Señorita:

«Procurad venir el domingo: vuestra hija está un poco enferma, y vuestra madre me acusa de que no la cuido bien.»

Cuando Alfredo concluyó de leer la carta, quedó inmóvil delante de Eugenia. Esta le miraba, porque era la vida ó la muerte lo que iba á salir de los labios de aquel hombre. Veia su rostro agitado, sus manos temblorosas, sus ojos estraviados que se apartaban de ella. En fin, conociendo Alfredo que su razon se perdia en un conflicto de pensamientos tan diversos, respondió á Eugenia:

—Mañana, mañana os contestaré.

Despues de estas palabras, Alfredo se marchó no queriendo oir nada, y Eugenia quedó sola.

Escucha, mi amo, voy á hacerte comprender lo que es un dia de semejante espera, lo que es la incertidumbre. Hé aqui que tengo que decirte que tal vez no estas tan arruinado como piensas.

—Gran Dios! dijo Luizzi.

—Pero acaso lo estés mas de lo que crees. De todos modos, lo sabrás mañana por la noche.

—Dices la verdad? esclamó Luizzi, dices la verdad?

Y al punto, en vez de escuchar al Diablo, se puso á recorrer la estancia lanzando las esclamaciones mas locas y desesperadas.

—Oh! si fuese posible! decia: pero no, tú me engañas, tú te estás burlando de mí, y me das esta esperanza para hacerme mas horrible mi miseria. Habia yo aceptado su carga, me has hallado tal vez con demasiado valor, y quieres redoblar el peso por medio de una recaida. No obstante, si quisieras decirme.... y por qué esperar á mañana? Habla, Satanás, y no me dés incertidumbres mas atroces que mi desgracia.

El Diablo miró á Luizzi con desprecio, y le respondió:

—Eugenia fue mas fuerte y mas noble que tú: no tuvo esos gritos convulsivos; no se paseó como una loca, derribando los muebles, alborotando para despertar á toda la casa, y sin embargo, era mas que una fortuna lo que podia perder; era la esperanza, y la última esperanza de su corazon.

—Y la consiguió, dijo Luizzi, puesto que ha llegado á ser Mad. Peyrol.

—Sí, contestó el Diablo: á la mañana siguiente la escribió Alfredo estas solas palabras: «Quereis ser mi esposa?»

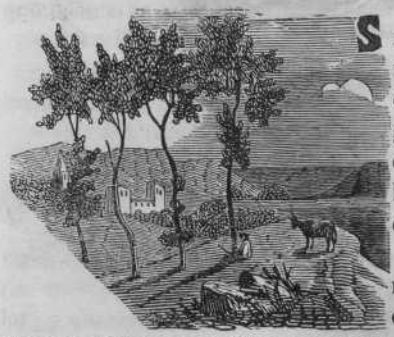
—Y entonces fue feliz, dijo Luizzi, que no escuchaba ya. Fue rica y amada, tuvo una familia y una sociedad, y esta triste historia tuvo un desenlace venturoso: ha sido menos lastimosa que lo que yo creia.

—Entonces, repuso el Diablo, empezó el nuevo capítulo de esta historia: *Pobre mujer!*



V.

Pobre mujer.



Sin duda, dijo Luizzi, este será un capítulo como otros muchos: se tratará de un marido enamorado durante algunos meses, que abandona su mujer, despues de echarla en cara todo lo que ha hecho por ella, y que la entrega al desprecio, á la soledad.....

—No, mi amo, contestó el Diablo; no es eso; este capítulo, si pudieras oirle, duraria mas tiempo que todos los que le han precedido; pero en verdad que has llegado á ser incapaz de escucharme. Tienes actualmente una esperanza personal: ésta y el egoismo han invadido tu alma; eres como la sociedad adonde fué lanzada Eugenia, temes perder el tiempo al ocuparte de ella, porque no es la única tabla de salvacion qne te queda.

—Te engañas, Satanás, dijo Luizzi; te escucharé, pero mira que se acerca el dia, despáchate.

—Bien, continuó Satanás: te hablaré, como me escuches, sin detenerme en pormenores y sin llamar una atencion que no tienes. Entretanto, hé aqui por qué Eugenia fué una pobre muger.

Porque entró en el mundo con un testimonio vivo de su falta; porque tenia un marido que la amaba bastante para creerla inocente, pero que sin embargo no era suficientemente fuerte para hacerla aceptar como tal; y en fin, porque para ella nada conservó el sentido vulgar de las acciones ordinarias, cuando estas mismas acciones no tenian un sentido particular

Lo primero que hizo Mr. Peyrol fué llevar a su mujer á su provincia; pero se habia casado contra la voluntad de su familia, aunque con el consentimiento de su padre. Este recibió á su nuera y la protegia casi tanto como su esposo; pero hay cosas para las que toda proteccion es inútil, esto es, la fria acogida de las cuñadas y cuñados, la impertinencia de ciertos cumplimientos y de ciertos olvidos, el nombre frio y ceremonioso de *Señora* dirigido continuamente á Eugenia por personas cuya familiaridad no se servia para los demas sino de una palabra amistosa; y no pudiéndola espulsar de un salon, parecia escluirsela de la familia. Ademas de esto, la atormentaban mil circunstancias de esas que punzan el corazon sin poderse quejar de ellas el que padece: no le habia sido devuelto en paseo un saludo, lo que Eugenia no se atrevia á esplicar como hubiera podido hacerlo cualquiera otra mujer; una visita rehusada por personas cuya ausencia era tanto mas notable cuanto que pasaban diez veces por bajo de las ventanas de Mad. Peyrol para entrar en casa de alguno de su nueva familia.

Pero lo que mas conmovia su corazon era esa niña á quien Mr. Peyrol no habia podido dar su nombre y de la cual se pedian aproposito la esplicaciones, cuando no se ignoraba quién era y lo qué era. Si Eugenia la llevaba por casualidad á una sociedad ó á un paseo, inmediatamente se la cogia para decirla:

—Oh! qué hermosa es la entenadilla! Cómo se llama tu mamá?

—Madama Peyrol.

—Y tu papá?

—No le conozco.

—Pobre niña! qué linda es! es mucha desgracia el que no conozca á su padre.

Esto pasaba delante de Eugenia, que hacia salir á Ernestina con una niñera; pero esto se decia con mayor crueldad aun, en su ausencia. Y la niña cuando volvia contaba ingénuamente todo esto á su madre que la prohibia entonces salir. Este era un nuevo motivo para que llorára, porque Ernestina, que veia jugar alrededor de sí á los demas niños, preguntaba con lágrimas que evocaban las de su madre, porque no se la permitia como á ellos los juegos de su edad. Para reemplazar estos juegos que no se atrevia á consentirla su madre, satisfacia sus menores caprichos, de donde resultó que

Ernestina llegó á ser bien pronto la niña mas voluble y la mas absoluta y caprichosa.

Mr. Peyrol se dedicó enteramente al servicio de su casa sosteniendo una lucha contra su familia hasta el caso de desavenirse con sus hermanos y hermanas: no veia á su padre sino furtivamente y cuando sabia que estaba solo. En efecto, el enojo de este habia acabado por ceder, y amenazado del abandono de todos los demas hijos, á los cuales nada tenia que echar en cara, ni aun una accion noble, ó del abandono de Alfredo, habia pronunciado una sentencia contra el hijo que mas estimaba en el fondo de su alma, porque aquel hombre era sin embargo un noble anciano. Mas para llegar á este resultado, tuvo que presenciar mil escenas, pueriles al parecer, pero horribles en realidad: en la mesa se servia á todo el mundo menos á Eugenia; en el juego todos rehusaban ir de compañeros con Eugenia, y en los bailes jamás se la sacaba á bailar, si es que se la convidaba á ellos, lo que sucedia tambien pocas veces; esto se hacia casi siempre hasta que se acabó por dejarla abandonada en su casa. Alfredo acompañó á su mujer en la soledad que se habia impuesto, y Eugenia esperimentó el último dolor; al ver que habia hecho perder la felicidad al que se habia consagrado á la suya.

Lo que ahora te refiero en pocas palabras duró largos años, hasta el momento en que se cansó Alfredo de luchar con esos pequeños ódios de provincia, que no pudieron calmar ni la conducta egemplar de Eugenia, ni el respeto de que su marido la rodeaba. No eran estas, á decir verdad, desgracias horribles; pero eran ese suplicio para el cual habeis encontrado una palabra muy apropósito: el tormento á alfilerazos. Entonces Alfredo se decidió á volver á París; en esta inmensa ciudad pasó algun tiempo ocultando lo que era Ernestina, y haciéndola pasar por hija suya, y gracias á este engaño, obtuvo algunos dias de reposo. Pero cuando empezaba á recobrar su esperanza, murió hace año y medio volviendo del Havre, de resultas de la esplosion de una máquina de vapor.

Entonces, á las desgracias de la falsa posicion, sucedieron las de la ruina; tú conoces todas ellas, has estado á punto de volverte loco; tú, que eres hombre, tú que no tienes que vivir mas que para tí mismo, mientras que Eugenia quedaba con una niña acostumbrada al lujo, con una niña que iba á sumergirse en la miseria, con una niña que.....

—Empieza ya el capítulo: *Pobre madre*, no es verdad? Date prisa, pues te escucho.

—No, dijo el Diablo, es ya de dia: tú mismo verás ese capítulo.

VI.

Pobre madre etc.



El Diablo habia desaparecido, y Luizzi se cercioró abriendo los postigos y ventanas, de que el dia estaba menos avanzado de lo que él creia. El primer objeto que llamó su atencion fue la correspondencia que le habia llevado la noticia de su ruina. Volvió á leerla de nuevo. La esperanza que el Diablo le habia devuelto, y que le habia lisonjeado un momento, se borró ante una nueva lectura. Sabia demasiado bien que el Diablo no le habia ofrecido jamas una suerte favorable sino para atraerle á algun lazo en donde encontrase una desgracia. Ademas de esto, no le habia dicho Satanás: quizás no estás arruinado, pero quizás lo estés mas de lo que piensas?

El baron se determinó, pues, á obrar como si su ruina fuera cierta: por otra parte, Eugenia le parecia la mujer que él habia soñado. Todos los disgustos que habian nacido de su situacion no le espantaban ya, una vez casada Ernestina, y llevando un nombre tras del cual no se iria á buscar el que se debia suponer. Bajó, pues, al salon, decidido á aceptar las ofertas de Mad. Peyrol y á hacerse admitir como el quinto en el contrato de

los pretendientes. Sin embargo, una cosa le asombró, y fue que el dia en vez de crecer y de presentarse en todo su esplendor, declinaba sensiblemente. Un singular temor se apoderó de él: esta narracion, que él creia no haber durado mas que una parte de la noche, habia sido prolongada por el Diablo hasta el fin del dia fatal? No pudo dudar ya cuando, atravesando el comedor, encontró la mesa sin levantar: entonces, cogido de improviso por esta nueva astucia del Diablo, corrió hácia el salon, donde entró como un loco: una porcion de personas estaban silenciosamente colocadas alrededor de una larga mesa. Su entrada, el asombro pintado en su rostro, ocasionaron un movimiento de sorpresa, y cada uno le miró con aire de piedad. M. Rigot se adelantó hácia él y le dijo bastante alto para que todo el mundo lo oyese:

—Ah! ved aquí al señor baron! He sabido las malas nuevas que os han llegado, y he prohibido que os vayan á perturbar á vuestro cuarto. Soñores, cuando uno se ve arruinado asi de golpe, recibe una gran impresion; y sobre todo vosotros, grandes señores, que no estais acostumbrados á la miseria como nosotros, pobres aldeanos. Pero os doy las gracias por haber tenido bastante imperio sobre vos mismo para asistir á nuestra fiesta de familia.

Luizzi, repuesto un poco de su turbacion, balbuceó algunas palabras y echó una mirada á Eugenia, que se apoyaba humildemente en una esquina de la mesa. Se veia que habia llorado mucho todo el dia; miró ella tambien á Luizzi, que la saludó con un respeto que no la habia mostrado cuando ella se dirigiera á él, pero que procuró hacer resaltar al dirigirse él á ella. Entre los personages presentes á esta escena, habia uno en el que Luizzi no habia reparado aun; era éste el notario, que le examinaba con una mirada muy particular al través de los vidrios de sus anteojos. Pareció á Luizzi que conocia á aquel hombre; la espresion de su rostro, mas que sus facciones, le habia chocado ya; trataba de recordar en qué sitio y en qué época le habia hallado, cuando dieron las siete.

—Ya llegó el momento, esclamó Rigot, la operacion va á empezar; metamos en un sombrero los tres nombres de estas señoritas; se los va á sacar uno despues de otra para saber cuál de ellas ha de escoger la primera. El señor baron nos hará este favor, puesto que no está comprendido en el número de los competidores.

—Yo no he dicho eso, murmuró Luizzi, impelido por el espanto de la miseria que le aguardaba, y retenido, sin embargo, por un resto de honradez.

—Ah, ah! dijo M. Rigot, con la noche viene el consejo, á lo que yo veo. Señor baron lo celebro.

Luizzi inclinó la cabeza ante esta injuria, que habia encontrado tan fácil de aceptar cuando se dirigia á otro que á él. Oyó entonces la risita seca y aguda del notario, y le pareció que ya habia oido aquella risa, pero no pudo recordar en qué circunstancias.

Esta risa dominó el murmullo de disgusto que se levantó entre los concurrentes, y que concluyó por estallar en apóstrofes groseros.

—Ah, ah, dijo el procurador! M. Rigot tiene razon; con la noche viene el consejo y la ruina tambien.

—Bueno, esclamó el oficial de notario; estoy seguro de que como pudiera no seria solo un contrato de matrimonio el que el señor firmaría.

—La resolucion del señor baron, añadió el par de Francia, le hace tanto mas honor, cuanto que es mas tardía; esto no es mas que una faz del peligro en que se muestran los ánimos esforzados.

—Quisiera que hubiérais dicho que no soy mas que un fátuo, repuso Luizzi, para que estuviérais persuadido de ese ánimo.

—Buscaré la prueba cuando gusteis.

—Al momento, caballero.

Y se disponian á salir, cuando Rigot esclamó:

—Cualquiera de vosotros que salga de aqui para irse á batir, será escluido del concurso.

Es preciso decir en honor del baron, que M. Lémée fué el que primero se detuvo.

Rigot continuó:

—Y el primero que dirija una amenaza será asimismo escluido.

—Yo no he pronunciado una palabra, dijo el bello dependiente de agente de cambios.

El mas profundo silencio siguió á este pequeño incidente, y M. Rigot repuso:

—Hermana mia, sobrina mia, sobrinita mia, ved aqui cinco buenos mozos todos convenientes y todos de buena edad. Prestad atencion para asesoraros en este punto. La conveniencia de las edades es la primera base de la felicidad. Recapitulemos: M. de Lémée tiene veinte y cinco años.

—Treinta querreis decir, advirtió el jovencito, lanzando una mirada á Mad. Peyrot.

—Bien! dijo Rigot. El señor procurador tiene un poco mas edad, no es eso?

—Veinte y cinco años, gritó M. Bador empinándose ante Ernestina.

—M. Marcoine tiene.....

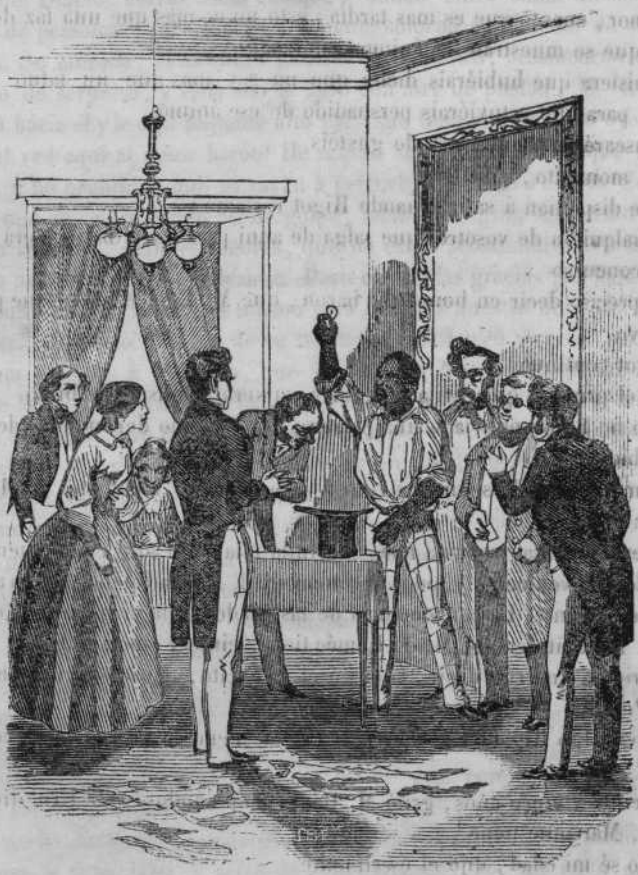
—No sé mi edad, dijo el escribiente.

—Y M. Furnichon?

—Tengo la edad que se quiera.

—En cuanto al señor baron tiene treinta y dos años, lo sé. Podremos, pues, empezar; pero, puesto que el señor baron es del número de los pretendientes, no puede hacernos el favor de sacar los nombres. Ese gracioso Akabila es el que nos va á servir de niño. Vamos, anda villano, ó me hago chinelas con el cuero de tu trasero.

Y antes que el desgraciado Akabila hubiera comprendido lo que se quería de él, fue amonestado por el pie de Rigot, que parecia ir á informarse de sus futuras chinelas.



El hijo de rey metió la mano en el sombrero, y sacó un nombre. Era el de Ernestina. El procurador, que estaba á su lado, lanzó un suspiro que fué repetido en coro por Mr. Marcoine y Mr. Furnichon.

Akabila enfundó de nuevo la mano en el sombrero y el notario leyó el nombre de Eugenia. Esta vez tocó á Lémée exhalar un enorme suspiro, al que hicieron eco el escribiente y el oficial de agente de cambios. No quedaba mas que el nombre de Mad. Turniquel, que hizo una horrible mueca, diciendo :

—Me tocará á mí un hombre galante?

—Os tocará; guardaos bien de dudarlo, dijo el procurador con aire satisfecho.

—Y bello, dijo el dependiente.

—Y bueno, continuó el oficial de notario.

—Y noble, añadió Mr. de Lémée.

Luizzi se calló.

—Y muy enamorado, gritó una voz desde la puerta del salon.

Este era Periquillo, que entró en trage de camino diciendo :

—Vos sois á quien yo busco, señor baron; vengo de parte de un señor de Paris que me ha dicho que vayais al instante á buscarle ó que él va á venir.

—Oid, dijo el futuro notario, no podemos seguir si el señor se retira; yo suplico que en ese caso sea escluido.

Luizzi se detuvo incierto entre la esperanza que el Diablo le habia dado y la amenaza que le habia hecho, y dijo á Periquillo :

—Y quién es ese caballero?

—Es un señoron seco, negro, que lleva una cartera debajo del brazo y va seguido de dos mozos: debe ser cosa de justicia.

—Un alguacil! esclamó Luizzi.

—Puede ser, contestó Periquillo, porque ha preguntado por la morada del juez de paz, y le he dejado garabateando sobre papeles sellados.

—Parece que el señor baron tiene letras de cambio sobre la plaza, dijo el procurador.

—Si las tengo las pagaré, respondió Luizzi con desden.

—Con qué? repuso el par de Francia.

Esta palabra hizo palidecer á Luizzi, y el notario, volviendo á su visita, prosiguió :

—Conque se le escluye ó no?

—Es justo, dijo Mr. Rigot; los que no quieran que se marchen.

Luizzi estuvo á punto de salir; mucho sentia verse deshonrado á los ojos de aquella mujer que le habia hablado en términos tan despreciativos de los conquistadores de su dote.

Pero se acordó al mismo tiempo que habia aceptado letras de cambio que ascendian á una suma bastante considerable en una cuenta con su banquero y que las habia endosado. Al temor de la miseria se unió el de la prision, y el baron, á quien la naturaleza no habia dotado de una dósis

suficiente de resolucion y de buen sentido para guiarle en los momentos difíciles, el baron repetimos, se quedó. Periquillo se colocó en un rincon, y la señorita Ernestina fué llamada para que declarase la eleccion que habia hecho.

No tenemos la pretension de pintar el semblante de los concurrentes, porque posiciones semejantes á la que referimos se encuentran rara vez en la vida humana; pero si se quiere imaginar con exactitud una reunion de herederos en el dia de la apertura de un testamento, que, afectando un aire indiferente y mordiéndose los labios para ocultar el temblor, la boca abierta y los ojos fuera de las órbitas, la mirada perdiosera y meneando constantemente los pies, las manos, los dedos y aun la nariz, el rostro atenuado, apoyándose sobre un mueble mientras sus piernas tiemblan bajo de él, se tendrá una idea de la duracion de esta asamblea. Ernestina se levantó, bajó graciosamente los ojos y mientras el procurador suspiraba para hacer estallar su corazon en su piel, dijo modestamente:

—Elijo al señor conde Lemée.

Este, que miraba amorosamente á Mad. Peyrol, levantó repentinamente la cabeza, y arrojando un grito de gozo, corrrió hácia Ernestina y la besó las manos.

—Habeis comprendido mi corazon, le dijo; oh! sentíais que os amaba y que os amaba sin interés ninguno.

Mad. Peyrol dejó escapar una sonrisa despreciativa en tanto que el procurador, acercándose á ella por una hábil maniobra, afectaba un aire lleno de gozo y esclamaba:

—Es muy natural; la juventud con la juventud; es una eleccion muy juiciosa: es preciso ser poco mas ó menos de la misma edad para ser dichosos juntos.

—Pues qué edad teneis vos? le preguntó Mr. Rigot; nos habeis dicho que veinte y ocho años.

—Pardiez, tengo treinta y cinco bien cumplidos, respondió el procurador mirando á Mad. Peyrol.

—Quien tuviera treinta y cinco años! dijo el escribiente con disgusto; ved ahí un gran mérito.

—Y el que no los tiene los tendrá algun dia, dijo el dependiente.

—Silencio, silencio, esclamó Rigot; ahora toca á Eugenia.

Eugenia dirigió su vista en derredor suyo sin abandonar su silla, y dijo, como si las palabras que pronunciaba le desgarrasen el corazon.

—Elijo al señor baron de Luizzi.

—A mí! esclamó Armando.

Entonces recordó que habia preguntado á Satanás el secreto de la donacion y que este no le habia respondido.

—Aceptais? dijo Rigot.

—Je, je, je, riyó el notario.

En este momento Luizzi reconoció la risa del Diablo y se detuvo repentinamente.

—Aceptais? repitió Rigot.

—Oid, dijo el notario; el señor baron no estaba cuando se han leido los contratos, y tal vez quiere tener conocimiento de ellos antes de decidirse. Es necesario que sepa que en el caso de fallecer la mujer, el contrato da al marido una parte de los bienes como si fuera un hijo; venid á verlo, señor baron, venid á verlo.

Luizzi fué hácia el notario sintiendo desfallecer su corazon; porque aceptando la oferta de Mad. Peyrol, se condenaba tal vez á una miseria mayor que la le amenazaba si ella no tenia nada de dote, y esta era quizá la desgracia con que el Diablo le habia amenazado. Se aproximó á la mesa, se apoyó en ella para no caer, y vió al lado de los contratos un gran paquete sellado que contenia la donacion de los dos millones.

—Aquí está, dijo el notario poniendo sus afilados dedos sobre los papeles.

Armando no pudo leer, su vista estaba turbada y una especie de vértigo se habia apoderado de él.

—Poneos mis anteojos, dijo el notario, vereis mejor, señor baron.

Y sin otro cumplimiento, el notario puso sus anteojos sobre la nariz de Luizzi, mostrándole siempre con el dedo el sitio donde debia leer. Pero apenas hubo dirigido Luizzi la vista al papel, cuando notó que los anteojos de Satanás le habian vuelto ese poder de vista, gracias al cual habia podido leer la historia de Enriqueta al traves de las paredes de la noche. Miró entonces la donacion y se inclinó sobre la mesa mientras le seguian todos con una mirada llena de ansiedad, y leyó debajo de la cubierta de la donacion, que Rigot daba la suma de dos millones á Ernestina Turniquel, hija natural de Eugenia Turniquel, mujer de Mr. Peyrol.

—Y bien, aceptais? preguntó Rigot por la tercera vez.

Luizzi se dejó llevar hácia la silla del notario, y respondió: no.

Este fué un grito de alegria de todos los concurrentes y un grito de vergüenza y desesperacion de Eugenia. En cuanto á Rigot, repetia con rabia:

—No! Ah! decis que no... nos... nos veremos... Vamos, Eugenia, elige otro. Yo te respondo de que estos señores aceptarán.

—A mí me toca decir no, respondió Eugenia; dad vuestra fortuna á mi hija, tio, y dejadme ir á vivir á cualquiera aldea oscura.

—No tal, esclamó Rigot con ira, tendreis todas marido ó no le tendrá ninguna.

—Prefiero la miseria, dijo Eugenia.

—Y yo guardo mis millones.

—u ardadlos, tio, no he olvidado que el trabajo me ha alimentado, sé trabajar.

—Bien, dijo Juana, y yo la ayudaré.

—Ah! esclamó Ernestina, es una indignidad.

—Ernestina! dijo Eugenia.

—Sí, madre, es una indignidad; no es bastante el haberme dado una existencia miserable y sin nombre, el haberme hecho pasar la infancia vergonzosamente desterrada de todas partes, el no haberme dejado conocer á mi padre, que llevaba un nombre grande, lo sé: me quitais tambien ahora por vuestra denegacion el único medio de adquirir un nombre y una fortuna! esto es una indignidad.

—Oh! esclamó Mad. Peyrol ocultando su frente entre sus manos, Ernestina! hija mia! hija mia!

—Y sufres que una pícara como esta te hable con esa insolencia? replicó Mad. Turniquel; ah! yo la haré refrenar la lengua, yo!...

—Señora, dijo Ernestina, yo no sé lo que usted quiere de mí; no os conozco.

—Ah! no me conoces, desgraciada! esclamó Juana; y cuando tu madre, en lugar de echarte á los espósitos como otros, trabajaba para alimentarte, quién te tenia y te cuidaba en casa de la nodriza, mala bastarda?

—Si lo soy, replicó Ernestina, esa no es falta mia, es de mi madre.

—Oh! desgraciada! desgraciada! esclamó Eugenia retorciéndose con desesperacion y sofocando los sollozos. Desgraciada!

—Y no hay aquí un hombre honrado á quien dar esta virtuosa mujer, esclamó Rigot fuera de sí.

El baron tuvo por un momento deseo de correr hácia Eugenia; casi se levantó de su silla, pero el Diablo le mostró con el dedo la donacion y le dijo:

—Lee, lee.

Luizzi volvió á desplomarse sobre su silla. El procurador, aprovechando la ocasion, y comprendiendo la cólera de Rigot, contestó:

—Que Mad. Peyrol sea rica ó sea pobre, hay aqui personas honradas dispuestas enteramente á ofrecerla su mano.

—Sí, sí, digeron á la par el oficial y el escribiente; aqui estamos nosotros.

—Y yo tambien, añadió Periquillo.

—Eugenia, escucha; elige un marido: estos señores no son tan malos como yo creia; eso me reconcilia con ellos.

—No, tio, no; no puedo, no, es demasiado odioso.

—Pedid perdon á vuestra madre, dijo muy bajo M. de Lemée á Ernestina, ó estamos perdidos.

Ernestina permaneció un momento indecisa; Luizzi contemplaba esta escena, y reconociendo en todas partes la mano de Satánas, dijo muy bajo á éste:

—Tenias razon. Pobre madre!

—Escucha, escucha, respondió Satanás.

Entonces Ernestina se aproximó á Eugenia, y poniéndose de rodillas, le dijo con voz muy tierna, pero con los ojos perfectamente enjutos:

—Perdonadme, madre mia, ha asido un momento de locura y de estravío... Es un amor tal vez demasiado violento el que me ha arrastrado..... Ay de mí! vos sabeis las faltas que puede hacer cometer el amor.

—Calla, calla, desgraciada! contestó su madre; calla, no me ultrages con tus súplicas lo mismo que con tu cólera, calla. Puesto que Dios ha destinado mi vida para alimento de las demas, yo la daré hasta el fin; puesto que tú no puedes ser rica y dichosa sino á costa del último sacrificio que puedo hacer, yo te le haré.

Se detuvo, y volviéndose hácia el procurador, se dispuso á hablarle, pero como si le faltaran las fuerzas, dirigió la última mirada á Luizzi, una mirada por la que aun se ofrecia á este hombre en quien suponia alguna honradez de alma porque habia rehusado su mano. Pero el Diablo dejó percibir su risita aguda, y Luizzi bajó los ojos.

—Caballero, dijo Eugenia al pracurador; me quereis?

—Sí, señora, contestó M. Bador, y Dios me es testigo de que os honraré y os respetaré siempre.

—Bien! ya está dicho! esclamó Rigot; notario, abrid la donacion: yo mantengo mi palabra, cásese ó no se case Eugenia; los que no estuvieren contentos no tendrán mas que marcharse.

Tomó el notario lentamente la donacion y rompió los cinco sellos uno despues de otro. Parecia jugar con la esperanza de los pretendientes; el oficial de notario y el dependiente de agente de cambios, desinteresados por su parte, examinaban riendo á carcajadas la figura de los dos elogidos, mientras que Luizzi miraba tristemente á la desgraciada Eugenia, que ocultaba su frente entre las manos. El notario desplegó el papel solemnemente, y tomó sus anteojos, que limpió durante algunos minutos.

—Bueno, bueno, dijo Rigot; no os impacienteis, ya vendrá, ya vendrá.

En fin, el notario se puso los anteojos, y despues de las tosesillas de costumbre, leyó el acta de donacion sin perdonar una sílaba de aquel bárbaro protocolo; al fin llegó á los famosos artículos por los cuales declaraba Rigot que daba la suma de dos millones, depositados en el Banco de Francia, á su sobrinita Ernestina Turniquel, hija natnral de Eugenia Turniquel.

Ernestina arrojó un grito de placer, y el conde de Lémée cayó á sus pies en tanto que M. de Lemée estrechaba á ambos entre sus largos brazos, escesivamente paternales. Eugenia detuvo sus lágrimas y dijo á M. Bador:

—Ah! caballero, perdonadme!

—Dejad, dejad, dijo el procurador; tengo un acta en debida forma en mi

bolsillo, y desde este instante M. de Lemée os debe quinientos mil francos.

—Cómo! preguntó Ernestina á su futuro, os habeis atrevido á disponer de mi dote?

—Y si vos no le hubiérais tenido! dijo el procurador.

—Discutiremos el contenido del acta, respondió el par.

—Está en regla, replicó el procurador.

—Veremos.

—Muy bien, muy bien, dijo M. Rigot; sabeis que sois dueños de no casaros; pero á lo hecho pecho, y el dote será entregado como está dispuesto.

—Si M. de Lemée quiere reconocer la validéz del acta, dijo el procurador.

—Yo se lo prohivo, le interrumpió Ernestina.

—Ese es un contrato inmoral, dijo M. de Lemée, me ha sido arrancado de una manera subrepticia?

—Y mis diez mil francos? preguntó el dependiente.

—Todavia mas? dijo Ernestina.

—Y los mios? añadió el oficial de notario.

—Y los del baron sin duda? dijo Rigot.

—No estoy comprendido para nada en este infame contrato, contestó el baron.

—Eh, eh, eh! dijo el notario riendo tan pronta y agriamente, que todo el mundo se detuvo para escucharle.

—Es que el acta no se ha acabado: señores, escuchad: y continuó:

—La susodicha suma se empleará en títulos del cinco por ciento.

—Bueno, dijo el dependiente; los títulos del cinco estan á ciento diez, esto hace 90,909 francos 8 céntimos.

—Mejores hubieran sido hipotecas, repuso el oficial.

—Escuchad, dijo M. de Lémée.

—Y la espresada renta, continuó el notario, considerada como usufructo de la suma de dos millones, será satisfecha á Mad. Eugenia Turniquel, viuda de Peyrol, de la que gozará hasta el dia de su fallecimiento, no teniendo su hija mas que la propiedad del capital.

—Esto es admirable, esclamó el procurador.

—Esto es estúpido, gritó M. de Lemée. Y con qué quereis que vivamos durante ese tiempo?

—Teneis un contrato que os asegura quinientos mil francos, dijo el oficial de notario; M. Bador le encontraba muy bueno hace un instante!

—En efecto, replicó M. de Lemée, y esta transaccion....

—Es nulo, dijo al mismo tiempo el procurador; si yo no cobro, tampoco puedo pagar.

—Sois un bribon, contestó el par.

—Y vos un miserable.

—Veamos, esclamó Rigot con su voz estentórea; aceptais señor conde. Sí ó no?

—Vamos, murmuró el par paseándose aceleradamente; dos millones por esperar no sé cuanto tiempo!.... es un bello porvenir, pero un porvenir bien lejano.

—Ah caballero! ved ahí vuestro amor, dijo Ernestina.

—Eh! señorita, replicó el conde: vuestra madre es muy jóven.

—Qué horror! esclamó Eugenia.

—No os aflijais así, dijo el procurador, vais á caer mala.

Eugenia se volvió y encontró la mirada de Luizzi, que parecia la de un hombre sobrecogido de un vértigo. A estas palabras preguntó Rigot:

—Y bien, señor conde, aceptais?

El conde dudó y el notario le dijo muy bajo:

—Mad. Peyrol es jóven, pero la abuela es vieja, y acariciándola un poco tendreis antes de dos años el millon que le corresponde.

—Es verdad, dijo Ernestina.

—Aceptais? repitió M. Rigot.

—Acepto, contestó el conde.

—Hacen falta caballos de posta para los señores de París? preguntó Periquillo.

—Llévete el Diablo, respondió el oficial.

—No dejará de hacerlo, dijo el notario.

—Que el Diablo os lleve á todos y á mí tambien, repuso el dependiente de agente de cambios.

—Ese es su deber, añadió el notario, y lo cumplirá. Despues continuó: no se ha acabado todo; tenemos que saber aun la eleccion de Mad. Turniquel.

—Es verdad, dijo Periquillo adelantándose con aire galante.

—Yo no estoy interesado en eso, repuso el dependiente de agente de cambios.

—Ni yo, añadió el oficial de notario.

—En ese caso, dijo el notario, no hay mas que Periquillo y el baron de Luizzi.

—Yo! esclamó Luizzi.

—Conviene observar, dijo el notario con una voz tan estridente que se dejó oir por cima del murmullo general, que el contrato de Mad. Turniquel está redactado enteramente en favor del futuro; porque la muger en vez de tener un millon constituido en dote, reconoce que el futuro lleva un millon, lo que hace que el espresado futuro sea el verdadero propietario de los bienes, y pueda disponer de ellos á su voluntad.

—Es muy diferente! esclamó el dependiente de agente de cambios.

—Eso cambia la tésis, replicó el oficial.

—Del todo, del todo, dijo la vieja; habeis hecho ascos? Gracias, señores pisaverdes.

—No se hizo la miel para.... ya sabeis lo demás, bella Juana.

—Ya lo veremos, dijo Mad. Turniquel, y puesto que mi nieta, siendo tan altanera, es condesa, bien puedo yo ser baronesa.

—Cómo es eso? esclamó Periquillo; adios Juana, desprecias á los antiguos amigos! vos os arrepentireis.

—Y luego añadió: señor baron de cuatro caballos, me iba sin entregaros una carta que me ha dado ese gran señor seco, negro. La habia olvidado en mi bolsillo.

Periquillo arrojó la carta sobre la mesa, y Luizzi la tomó para leerla, en tanto que todos iban y venian, el procurador, calmando á Eugenia, y M. de Lemée, riñendo con Ernestina sobre la herencia que la abuela les quitaba. La carta estaba concebida en estos términos:

«Caballero: un auto egecutivo de prision se ha dado contra vos por una deuda de cien mil francos. Todas las medidas están tomadas para prenderos. Mandad pagarme pues, el importe de vuestra condena, ó volved vos mismo á Mourt donde os espero, si quereis evitar el disgusto y el escándalo de un arresto en público.»

Laloquet, guarda de comercio.

—Un millon! esclamó el notario como para restablecer el órden y la calma en la sociedad; un millon! habeis oido? un millon y el futuro consorte tendrá autoridad para disponer de él.

—Y renuncias enteramente, Periquillo? dijo M. Rigot.

—Ella es la que no me quiere, ingrata, contestó el postillon en tono lloroso.

—No te vayas Periquillo, porque si no soy baronesa quiero ser campesina; lo uno ó lo otro.

—Bien dicho, respondió el notario, lo uno ó lo otro; esa es la alternativa de muchas personas: ricas ó pobres, llevando una vida alegre ó pudriéndose en Santa Pelagia.

—Vamos, dijo M. Rigot, os dormís, baron? Sois mi cuñado ó mi prisionero? porque os prevengo que ahora me toca á mí, que soy tenedor de una letra de cambio, y os juro que trabajareis cinco años. Quereis? á la una.

El baron se clavó las uñas en el pecho.

—A las dos.

El baron se desgarró la piel.

—A las tres! es la última. Quereis?

—Sí!! esclamó el baron levantándose y mirando con tal aire de amenaza

alrededor de sí, que ni una risa, ni una palabra osó salir de la boca de ninguno de los concurrentes.

—Ha estado duro, dijo Rigot.

—No tanto como yo creia, contestó el notario.

XIV



VII.

Vértigo.

Puesto que es asi, repuso Rigot, á la mesa, señores, á la mesa; la cena nos espera, una cena á la que han sido convidados todos los ricos propietarios de las cercanías. A la mesa y que cada uno dé la mano á su mujer; vamos á hacer una presentacion en regla.

M. de Lemée tomó la mano de Ernestina; el procurador ofreció el brazo á Eugenia, y Luizzi cerró la marcha con Mad. Turniquel. El baron iba como un hombre embriagado, no sabiendo ni lo que hacia ni lo que decia. Se colocó en la mesa entre su futura y un hombre de unos treinta años que se llamaba Mr. de Carin. Al principio de la comida oyó que este caballero hablaba bajo á M. de Lemée, y le decia:

—Y bien, mi caro amigo; habeis hecho un buen negocio?

—No muy bueno; dos millones despues de la muerte de la madre.

—Mi ajuste empieza de nuevo. Vos esperais la fortuna y yo la dignidad de par de Francia.

Luizzi escuchaba buscando por todas partes infamias para justificar la suya, cuando el notario esclamó:

—Bebamos! bebamos! quién es el que me quiere imitar?

—Yo, pardiez! dijo Mr. de Carin. Yo no sé que haya nada mejor que beber cuando se ha hecho una necedad.

Y los dos chocaron los vasos: cuando el notario acabó de beber salió de su boca un humo blanquecino como si se hubiese arrojado el vino en un cilindro hecho ascua y en que se evaporase en humo.

—Bebed, pues, baron, dijo Mr. de Carin, esto hace soportar las mujeres viejas, los suegros y las suegras.

—Sí, replicó Armando con furor, bebamos! tengo necesidad de no pensar.

Y bebió con tal rabia vaso sobre vaso, que á los pocos instantes vió á la sala y á los convidados dar vueltas á su alrededor. Por otra parte no era él solo: el notario instaba á beber á todos, y se apoderaba de la reunion una especie de embriaguez loca, de vértigo general que ganó á los mas sosegados.

—Bravo! dijo Rigot, esto se anima: empecemos los brindis. Los vasos grandes!

Y trageron inmensos vasos que podian contener casi entera una botella de Champaña, y los llenaron.

—A la jóven y hermosa Ernestina, futura del conde de Lemée.

—A la bella Ernestina! esclamaron por todas partes.

—Abrazad á vuestra mujer, señor conde, dijo M. Rigot medio borracho.

M. de Lemée abrazó á su esposa.

—Continuemos los brindis y doblemos la dósis: otros vasos.

Se pusieron sobre la mesa vasos aun mas grandes.

—A mi sobrina Eugenia! dijo el viejo Rigot tartamudeando.

—A la hermosa Eugenia! repitieron de todos lados.

—Procurador, abrazad á vuestra mujer.

Y el procurador, que habia tomado parte en el festin, abrazó á Eugenia, que se ocultaba avergonzada de esta orgía.

—Está bien, prosigamos los brindis, continuó Rigot: los vasos de gran tamaño.

Y trageron vasos colosales, y Rigot gritó cuando estuvieron llenos:

—A la arrogante Juana Rigot, viuda de Turniquel, futura baronesa de Luizzi!

—A la arrogante Juana! repitieron todos.

—Abrazad á vuestra mujer, esclamó Rigot.

Y Luizzi la abrazó.

Una risa áspera y penetrante resonó en aquel momento sobre todos los

gritos de la orgía, pareciendo á Luizzi que todo lo que veia tomaba formas estraordinarias: era una asamblea de diablos, cornudos, bizarros, monstruosos, con sus servilletas al cuello, y bebiendo en vasos que no se desocupaban nunca. Entonces le pareció que el notario, ó mas bien Satanás, se habia subido sobre la mesa, y que sentándose en la punta de un cuchillo, reia á carcajadas de un modo diabólico, y despues le decia:

—Ah! ah! ah! mi amo; vé aqui que te tengo por mas bajo que todos los que tú has despreciado.... Te has podido casar con el único ángel, con la única mujer que yo no he podido vencer sobre la tierra, y la has despreciado porque la creias pobre. Ah! ah! mi amo, te ha cegado bastante la codicia para impedirte leer hasta el fin el escrito que debia instruirte, y que he puesto en tus manos; y tú, baron de Luizz, noble desde 908, rico millonario, de edad de 32 años, has aceptado por mujer á la hija de un ganapan, á la viuda Turniquel, de sesenta y cuatro años. Ah! ah! verdaderamente, mi amo, tienes alguna cosa de grande y de noble. Vamos, á tu salud y á tu felicidad, y entretanto brinda conmigo, mi amo, toca tu vaso con el mio.

A este aspecto, á estas palabras, Luizzi se sintió poseido de una especie de frenesí, y apoderándose de un cuchillo se lanzó sobre el diabólico fantasma y se le sepultó en el pecho.

Un horrible grito resonó, y al punto se desvaneció el encanto, y Luizzi oyó que veinte voces murmuraban en torno suyo:

—Ha muerto al notario, ha muerto al notario.

—No, esclamó Luizzi, he muerto al Diablo; el Diablo ha dejado de existir.

Despues cayó bajo el peso del horror que se habia apoderado de él.

Cuando Luizzi volvió en sí, se hallaba tendido sobre una cama, y en una habitacion cuyos fuertes barrotes de hierro le hicieron conocer que estaba en la cárcel: vió á Satanás en pié delante de él.

—Todavia no, le dijo el Diablo, no he muerto aun, mi amo, todavia no.

—Dónde estoy?

—En la cárcel.

—Por qué?

—Por haber dado muerte al notario Niquet.

—Yo!

—Sí, tú, en un momento de embriaguez, es cierto, lo que probablemente te proporcionará la ventaja de acabar tus dias en un presidio.

—Yo en presidio!

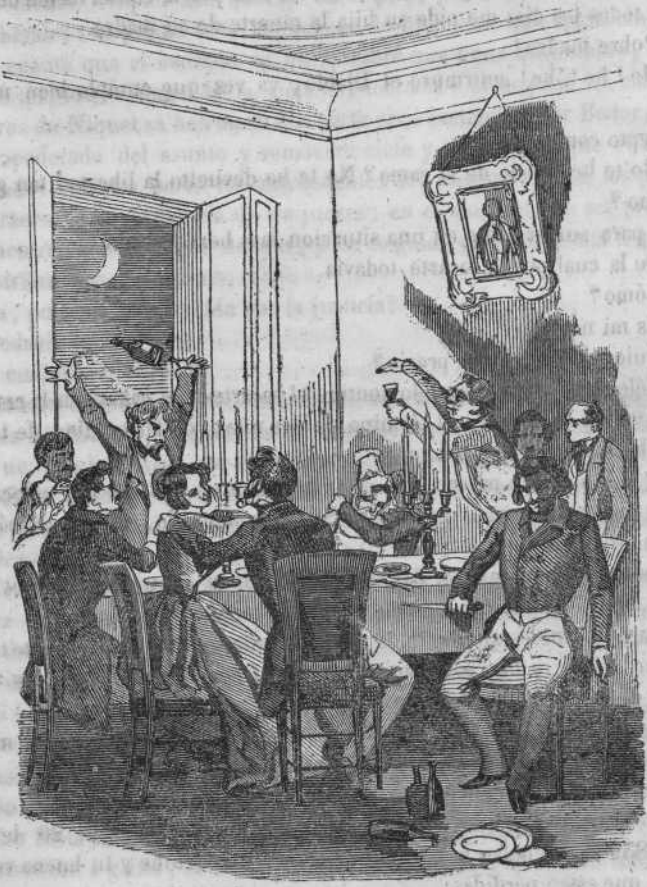
—Prefieres ser guillotinado?

—Satanás, es aun un sueño lo que me pasa?

—Puede ser.

—Oh! no te esplicarás nunca conmigo?

—Por hoy no tengo tiempo.
—Y cuándo te volveré á ver?
—En el otro mundo, sin duda.



—Segun eso, he perdido mi campanilla?
—Está en poder de la justicia.
—Estoy perdido.

—Bonita palabra para un vaudeville.

—Déjame, Satanás, déjame: he perdido mi talisman, pero me he aprovechado de tus lecciones mas de lo que tu piensas: no he olvidado la historia de Eugenia, ni el modo con que te se ha escapado.

—Pardiez! me haces pensar en ella.

—Qué la ha sucedido?

—El procurador ruega á Dios todos los dias por la conservacion de su mujer, y todos los dias me pide su hija la muerte de su madre.

—Pobre madre!

—He! he! he! murmuró el Diablo; ya ves que cumplo bien mis promesas.

Escepto conmigo.

—No te he sacado de la cama? No te he devuelto la libertad tan guapo y tan sano?

Sí, para sumergirme en una situacion mas horrible aun.

—De la cual puedo sacarte todavia.

—Cómo?

—Es mi negocio.

—Quiero decir, á qué precio?

—Héle aqui. He contratado contigo el sacarte de la cama con la condicion de que te has de casar en el término de dos años, ó darme diez de tu vida. Voy á hacerte otra proposicion.

—Y cuál es? Me parece que en la posicion en que me has colocado no puedes hacer otras mas ventajosas. Si soy condenado, no me casaré, y tú tendrás esos diez años de vida.

—Quién sabe, mi amo? Tal vez necesite de tí dentro de dos años.

—Y cuál es la nueva condicion que me propones?

—Hace dos meses que hicimos nuestro contrato; por consiguiente te quedan aun veinte y dos para buscar mujer. Dame veinte meses, y quedas exento de todo, menos del casamiento.

—En ese caso, Satanás, debes saber que no saldré condenado á muerte.

—Es posible, dijo el Diablo; quieres seguir tu suerte? Adios.

—Un momento, replicó Luizzi.

—Despáchate, mi amo: hoy es el 26 de julio de 1830; el 26 de febrero de 1832 te devuelvo la libertad y con ella tu fortuna y tu buena reputacion, que están perdidas.

—Tú me engañas.

—Mira.

Y al pronunciar el Diablo esta palabra, se abrió la puerta de la prision y entró un juez acompañado de un escribano.

Eran seguidos de un médico que Luizzi conoció con terror ser el famoso doctor Crostencoupe, á quien habia valido la plaza de médico de las

cárceles la sabia memoria que habia publicado sobre la cura de Luizzi. El juez le dijo:

—Ved, señor doctor, si el acusado se halla en estado de sufrir un interrogatorio.

—Y me dareis noticias de la víctima?

—La herida es de gravedad, y parece mortal: el acusado será condenado probablemente. Niquet era querido en el pais, por ser el sostenedor de las ideas liberales: el jurado está compuesto de liberales, que serán tanto mas severos cuanto que el acusado es un hombre que tiene un nombre, un título, en fin, un vástago de la vieja aristocracia: el negocio es malo: los herederos de Niquet se han mostrado parte civil instigados por Bador, quien se ha apoderado del asunto y removerá cielo y tierra para que el reo sea condenado: por otra parte los antecedentes del asesino no son los mejores para atraerse la benevolencia de los jueces; en el momento de ser preso por su crímen, lo iba á ser por deudas, y en seguida por una estafa á que habia contribuido por sí mismo.

—Es, pues, un apercibido por la justicia?

—Todavia no.

—Y cuál es esa estafa?

—Ha introducido en París, en casa de una tal Mad. Marignon á un cierto marqués de Bridely, cuando sabia muy bien que aquel hombre habia tomado un nombre falso por el acta supuesta que le legitimaba. Y como ese marqués de Bridely ha estafado una gran suma de dinero en casá de dicha señora y despues ha desaparecido, se supone que el baron de Luizzi es su cómplice.

—El baron de Luizzi! esclamó Crostencoupe que tambien conversaba con el juez mientras el llavero preparaba todo lo necesario para escribir: el baron de Luizzi! yo le conozco.

—Pues bien, vedle allí.

Está loco, yo soy el que le curó la primera vez: pero se me ha escapado, y la locura le ha acometido en seguida, y por cierto que partió sin pagarme.

—Asi pues, dijo el juez, creeis que es inutil el interrogarle?

—De todo punto inútil.

—Eso basta, replicó el juez, haremos constar la locura.

Luizzi iba á gritar, el Diablo le hizo una seña, y quedaron solos.

—Ya ves tu solo medio de salvacion, baron; la locura bien provada te salvará del peligro de una instruccion judicial, y de una sentencia.

—Me engañas todavia, Satanás.

—Cuándo te he engañado, mi amo? Acaso cuándo me has preguntado la historia de M. de Marignon, de que te has aprovechado para cometer una mala accion que estás purgando ahora? Te he engañado cuando me has preguntado la historia de Eugenia, aunque hayas estado á punto de escapárteme, y

de hallar la dicha que debe librarte de mi servidumbre? No te he mostrado con el dedo lo que debia decidirte á casarte con esa muger? no es culpa mia el que no hayas leido hasta el fin: y si como todos los hombres, has juzgado las cosas por las primeras apariencias, y si has quedado como eres, esto es, como son todos los hombres, egoista, avaro y presuntuoso. No mi amo, no es mia la falta! No, no te he engañado.

—Pero y mi fortuna? gritó Luizzi.

—Dame los veinte meses que te he pedido, y te sacaré de aqui rico, inocente, y lo que es mas, apreciado.

—Cómo lo harás?

—Yo te lo diré entonces.

—Son veinte meses de sueño, dijo Luizzi.

—Hélo ahí todo.

—Tómalos.

El Diablo tocó á Luizzi con la punta del dedo, y éste se durmió.

Cuando despertó por la mañana, se halló en la misma habitacion: nada habia cambiado; solamente vió á su lado su campanilla. Llamó á Satanás, y le dijo:

—He dormido con un sueño admirable aunque demasiado corto; pero pensando que esta tarde voy á dormirme para veinte meses, lo que mas temo es en lo que he de emplear el dia. Veinte meses de sueño son para volver á uno loco.

—Lee para distraerte, replicó el Diablo.

—Puedes darme libros?

—Puedo hacer mas, que es permitirte tomar y hasta proveerte de inéditos. Sígueme.

El Diablo empezó á andar delante de Luizzi que le seguia, y al poco tiempo llegaron á una sala bastante bien amueblada. Luizzi tomó los famosos anteojos que ya le habia prestado el Diablo, y que le hacian ver claro en plena noche, y entonces viió una mujer de rara belleza que dormia profundamente.

—Quién es esa mujer? dijo Luizzi.

—Madama Carin, la esposa de ese jóven encantador con quien has pasado una noche tan deliciosa.

—Una noche horrible.

—Para tí acaso?

—Pero no para tí, Satanás.

—Sí, he reido un poco: todos habeis sido abominables ruines.

Entonces hizo oir su tosecilla de notario, que llegó al corazon de Luizzi como un remordimiento, y á su oido como un sonido falso.

—El baron movió violentamente la cabeza, y continuó:

—Tú si que eres abominable: tú que te complaces en mostrarme el mun-

do bajo los mas feos aspectos. Pero dejemos esto, y dime por qué se encuentra en esta prision la mujer de Carin: ha cometido algun crímen?

—Vas á saberlo, respondió el Diablo.

Abrió la gabeta de Mad. de Carin, y tomó un manuscrito que entregó á Luizzi.

—Puesto que tienes miedo de mis narraciones, le dijo, ya que te figuras que es una sátira cruel el modo con que te enseño el mundo, júzgala por tí mismo: yo me limitaré á poner delante de tus ojos las piezas del proceso. Hé aqui la primera y la mas importante.

Luizzi tomó el manuscrito y le leyó con atencion: empezaba de este modo:

«Eduardo, vos cuyos cuidados me ayudan á soportar mis padecmientos y el horror de mi situacion, me habeis preguntado la historia de las desgracias que me han conducido donde estoy. Aprendedla y perdonadme los minuciosos detalles que la acompañarán; porque es preciso que os persuada, mas que de mi desventura, de mi razon.»

—Qué es lo que ibas á decir? preguntó Luizzi.

—Lee, contestó el Diablo: Acaso en las novelas modernas te paras en todos los pasajes que no entiendes?

—No, tendria que hacer demasiado; pero esto sin duda no es una novela, y por consiguiente el caso es escepcional.

—Tambien lo será el resultado, porque tú comprenderás.

—Todavía desgracias?

—Puede ser.

—Crímenes?

—Acaso.

—De dónde ha salido esa mujer?

—De una de las familias mas nobles de Francia.

—Y ha sido infortunada?

—Tal vez mas que Eugenia.

—Pero seguramente no habrá sido objeto de un vergonzoso contrato, como la pobre Mad. Peyrol. Su alta posicion la habrá preservado de él.

—Lee, y entonces verás si tienen algo que envidiarse la hija de una noble familia y la hija del pueblo.

Luizzi, que sabia los medios de que se valia el Diablo, y que conocia que no habia nada capaz de hacerle decir lo que queria callar, se decidió á llevarse el manuscrito. Fatigado como estaba, de haber andado algunos pasos, se arrojó sobre su cama y leyó lo siguiente:



VIII.

Esposicion



Soy hija del marqués de Vaucloix, á quien arruinó la emigracion como á tantos otros. En Munich se casó con mi madre en 1809; era tambien francesa, y como él, de una esclarecida familia. Mi nacimiento la costó la vida; yo tenia apenas cuatro años cuando mi padre volvió á Francia en 1814. Queriendo recompensar su fidelidad el rey Luis XVIII, le nombró par de Francia, y le dió un empleo en su real casa. Sin embargo, los emolumentos de aquel destino no bastaron para los gastos de mi padre, y cuando fue votada la indemnizacion de los mil millones, la parte que le correspondió no alcanzó mas que para pagar las infinitas deudas que habia contraido desde su vuelta á Francia.

En cuanto á mi, era educada en un colejio, donde recibia una educa-

cion tan esmerada como creian deber dársela á una niña de alto rango y de una gran fortuna. Dibujaba bien, cantaba con gusto, bailaba con gracia, y me adornaba á las mil maravillas. Tenia una idea de la literatura de la época; me habia decidido por la música italiana, y hablaba con una facilidad, que pasaba entonces por talento. Por lo demás, ignoraba completamente la situacion de mi padre, que se complacia en escitar mi aficion al lujo de una vida elegante.

Tenia diez y ocho años, y empezaba á fastidiarme del colejio, cuando una mañana vino mi padre á sorprenderme con la noticia de que por fin iba á entrar en aquel mundo que no habia visto mas que por fugitivos intervalos, y que yo me pintaba tan encantador. No os describiré mi alegria de niña cuandé me encontre dueña de disponer del tiempo á mi voluntad, soñando con los acontecimientos mas placenteros, fingiéndome una existencia de placeres, con el corazon pronto á recibir buenas amistades, y dejando algunas veces llegar hasta mí confusos pensamientos de amor. Ya veis, que procedo por su órden, y que os digo cómo era á los diez y ocho años, y de qué modo estaba desarmada contra todo género de desventuras.

Pocos meses bastaron á arrebatarme aquella confianza. Mi padre señaló un dia para recibir, pero no venian mas que hombres á sus reuniones: los unos pasaban las noches jugando, y los otros hablaban de política. Cinco ó seis viejas acompañaban á sus maridos, y me abrumaban con sus pruebas de un interés tan protector, que me disgustaba estraordinariamente. Lo que me admiraba mas en la tertulia de mi padre, no era la ausencia de jóvenes de ambos sexos, sino la presencia de ciertas personas cuyos nombres y modales revelaban igualmente la tosca clase media.

Durante los primeros dias de reunion, me hizo cantar mi padre, para mostrar lo que él llamaba mi talento. La primera vez me escucharon con política; á la siguiente, en el trozo mas brillante de mi cavatína, oí esclamar á uno de los jugadores con voz formidable: «seis de tresillo y cuatro de honores, la ganamos triple.» A la tercera vez, solo las personas que estaban cerca del piano fueron las únicas que suspendieron la conversacion. Renuncié por lo tanto á cantar á la sociedad, como decian dos ó tres de los menos bárbaros, y me llegó á ser casi insoportable la obligacion de renunciar á la sociedad de mi padre.

Llegó al fin el invierno, y oí hablar de bailes y de fiestas, mucho menos ann que en el colejio. Procuré esplicarme esta soledad, porque mi juventud, mis pensamientos, mis esperanzas, me aislaban de todos los que me rodeaban. Poco á poco se fue apoderando de mí un tédio profundo, sin que mi padre se apareciese ó quisiese apercibirse de él.

Una noche que la reunion era mas numerosa, me habia retirado á un rincon del salon, y con el codo apoyado en el brazo de un canapé, me trasportaba mentalmente á nuestras alegres noches del colejio, y á nuestras

confidencias de niñas sobre los sueños del porvenir. No era todavia de aquellas que se forman de la vida una esperanza romántica. No habia contado en la mia con amores idólatras y una régia fortuna. Un corazon que me amase, un alma que estuviese acorde con la mia, y un bienestar conforme á mi rango; hé aqui todos mis votos. No eran demasiado estravagantes, á menos que esperar una vida tranquila, honrada y de ventura sea en este mundo la peor de las estravagancias.

De cualquier modo que sea, lloraba perdida mis ilusiones; tenia diez y nueve años; era bella; sentia en mi alma y en mi corazon todo lo que hace amable á una mujer y acaso ser amada. Sin duda mi preocupacion me habia llevado no poco lejos, pues oí detrás de mí una voz que me dijo: «Corazon que suspira no tiene lo que desea.» Este refran popular no me hubiera parecido tan importuno, si la persona que me lo dirigió no le hubiera hecho grosero. Aquella persona era un hombre de rostro alegre, que llevaba una corbata muy estrecha y picos enormes; encerraba con dificultad su monstruosa humanidad en un chaleco de piqué de color, en un gaban claro, un pantalon negro muy corto, medias blanzas de algodon, y zapatos de oreja.

Una de las cosas que mas me admiraban, era la presencia de aquel hombre en casa de M. de Vaucloix, y aunque nunca me habia hablado particularmente, me disgustaba en estremo. Poseia una esperiencia bruta de los hombres y de las cosas, que le hacia adivinar casi siempre las razones interesadas de cuanto se decia delante de él, y las esponia con un cinismo y un desden hácia la humanidad, que herian mi alma enchida de las lozanas ideas de la juventud. Si cualquiera otro se hubiera apercibido de mi tristeza, hubiese yo tratado de disculparme, atribuyéndola á indisposicion; pero resentida de que aquel brutal observador pudiese fijar la atencion en mí, le respondí con sequedad:

—Nada deseo, caballero; nada absolutamente.

—Hum! toda jóven que no tiene marido desea siempre alguna cosa; dijo aquel gordinflon sentándose sin etiqueta á mi lado, y sonándose estrepitosamente con su pañuelo azul de algodon

—Y quién os ha dicho, caballero, que yo deseo casarme?.

Me miró atentamente, y se echó á reir con indecible impertinencia:

—No necesito que me lo digan, se conoce á la legua.

—Muy perspicaz sois! repliqué con desprecio, pues á tal punto me irritaba aquel hombre.

—Mas de lo qué pensais, me respondió, y tanto que he buscado lo que os hace falta; un marido, añádia aunque yo le habia vuelto la espalda.

—Un marido! esclamé volviéndome hácia él.

—Ja, ja, ja! Parece que os ha herido el tímpano la palabra marido, dijo guiñando los ojos.

—Caballero, repuse ofendida de que asi se interpretase mi admiracion;

tened la bondad de dejar una conversacion que á mi padre no debe parecer muy conveniente.

—Os pido mil perdones; pero si os hablo asi es porque tengo el permiso de vuestro señor padre.

Por un movimiento de sorpresa, miré á mi alrededor, buscando á Mr. Vaucloix; y vi á este á un estremo del salon, observándome atentamente.

Mr. de Vaucloix me hizo una seña manifestándome deseaba prestase atencion á Mr. Carin.

Puesto que he escrito este nombre, ya conocereis quién era el que me hablaba asi, Mr. Carin continuó diciéndome:

—Ya veis que no soy tan místico como mis zapatos demuestran; puesto que se ha soltado el nombre de marido, es inútil andar con circunloquios. Se trata de mi señor hijo.

—Vuestre hijo! esclamé estupefacta, mirando á aquel hombre de pies á cabeza, como tratando de adivinar quién podia ser el hijo do semejante personage.

Como que ningun pensamiento se le escapaba á Mr. Carin, me respondió con tono de amarga bufonería:

—No tengais miedo, no tengais miedo ninguno; mi hijo se compone á las mil maravillas; es un galan que sel impia las uñas con jabon de Windson, y se perfuma el cabello con aceite antiguo. Es un hombre completo que habla apretando los labios y gasta lente. Mi hijo es baron; le he comprado un título de baron y le compraré el de marqués si deseais ser marquesa.

No tuve bastantes fuerzas para contestar á esta grosera proposicion; pero me creí tan humillada, que volví la cara para ocultar las lágrimas que se me agolpaban á los ojos. Mr. Carin lo notó, y me dijo levantándose bruscamente:

—Ya estais enterada del asunto, señorita; pensad en él esta noche: mañana os presentaré el jóven y decidireis en todo el dia. Es preciso terminar este asunto cuanto antes, porque no estoy para perder tiempo.

Mr. Carin se alejó dejándome estupefacta con aquel modo de proceder y tan alarmada, como si me amenazara una desgracia con aquella proposicion de casamiento. Traté de acercarme á Mr. de Vaucloix; pero me esquivó con un cuidado que me hizo conocer que no queria darme esplicaciones. Contra mi costumbre, permanecí en el salon, esperando obligar á mi padre á que me escuchase, hasta hora tan avanzada que ya no quedaban allí mas que algunos jugadores obstinados. Pero mi padre se sentó á una mesa de juego, despues de decirme:

—Mañana es preciso que os avieis temprano, porque tendreis el honor de ser presentada á la familia real. Esta segunda noticia me admiró tanto como la primera, pero me tranquilizó. Naturalmente asocié la idea de mi presentacion á la de mi casamiento y sin que sepa esplicar esta confianza de

mi corazon, me figuré que un matrimonio verificado bajo tan nobles auspicios, no podia ser un sacrificio.

Mr. Carin me habia dicho que pensára durante aquella noche en su proposicion, y asi lo hice. Pasé la noche sin cerrar los ojos y no hice mas que llorar; tan distante se hallaba lo que me sucedia de la idea que yo habia formado de mi casamiento! Cierta palabra que las jóvenes nunca pronuncian, si bien la repiten sin cesar en su corazon, la palabra amor, en fin, carecia para mí de sentido; pero si supiéseis, Eduardo, cuántas veces mis compañeras y yo habiamos terminado nuestros hermosos proyectos por esta frase: «Oh! lo que es yo no me casaré nunca con un hombre á quien no ame!» Es difícil que comprendais el terror que esperimenté cuando inesperadamente se me amenazó con entregarme á un hombre á quien no conocia; es difícil que comprendais el dolor que deja en sí una lozana esperanza al desaparecer.

Yo nunca habia previsto que pudiera obligárseme á abrigar una opinion contraria á la de mi padre; cuando me interrogué á mí misma acerca de este punto, esperimenté una debilidad á que no me fué dado sobreponerme. Habia oido hablar de jóvenes que habian opuesto una resistencia enérgica á los proyectos de su familia; mas esto era para mí lo que uno de esos cuentos románticos que interesan poco por que no son de nuestra vida. Algunas veces, durante la noche, habiamos leido nosotras, jóvenes de corazon ignorante, una novela en que se decia que otra jóven habia preferido la muerte á un casamiento que la repugnaba, y habiamos suspirado por su desventura y tributado llanto de admiracion á su valor; pero solo puedo decir que cuando por mí misma concebí aquel pensamiento le rechacé ó me dió miedo, porque me sentí incapaz de llevarle á cabo. Era yo semejante al miserable á quien se le habla del fáusto de un poderoso, y que se vuelve para tomar de nuevo su pan empapado en lágrimas, sin esperanza y sin envidia pues tan distante se vé de tanta dicha. Mi corazon era pobre de valor, y atreverme á morir era para mí una dicha de que me hallaba muy distante. No se me alcanzaba cosa que pudiera librarme de la desdicha que me amenazaba. Habia pensado arrodillarme á los pies del rey, colocándome bajo su preteccion; pero todo esto era una locura, porqué no hubiera acertado á esplicarle mi desventura. Ademas, yo que no me sentia con fuerza para oponerme á la voluntad de mi padre, cuya autoridad habia sido tan benévola para conmigo, cómo hubiera tenido fuerzas para hablar al rey, para echarme á sus pies, para hacer un acto violento de mi voluntad?

Eduardo, si os cuento todo esto es para probaros que soy una mujer tan débil, que nada puedo hacer por mí ni por los demas.

Llegada la mañana siguiente, Mr. de Vaucloix me mandó recado que estuviese dispuesta para la hora de misa. Le envié á decir si podria hablar un instante con él y me contestó que podríamos hacerlo desde casa á las

Tullerías. Bajé, pues, al salon y oí en el despacho de mi padre la voz de Mr. Carin; iba á retirarme, cuando éste abriendo la puerta, dijo con tono perentorio:

—Haced entrar en razon al rey. Yo por mi parte solo tengo que deciros una cosa, como los españoles: *sino, no.*

Volví la cara para no ver de frente á aquel hombre que me parecia disponer de mí aun mas que mi padre, y Mr. Carin, añadió deteniéndose:

—Despues que al rey, haced entrad en razon á la chica, porque yo no quiero dar mi dinero para que se me ponga cara de ahorcado.

Mr. Carin se retiró, y yo alcé la vista á Mr. de Vaucloix que estaba encarnado de vergüenza. Adiviné que lo que esperimentaba no era cólera ni indignacion, pues evitaba mis miradas.

—Vamos, que ya es hora, me dijo; y echó á andar delante de mí. Yo le seguí pensando que otra en mi lugar se hubiera atrevido á negarse á seguirle, provocando asi una esplicacion. Cuando bajé al portal, él estaba ya en el carruaje y estrujaba colérica unos papeles que se le acababan de dar. Su irritacion era tal, que creí no debia dirigirle la palabra; apenas echaba de ver mi presencia y leia aquellos papeles con desesperacion, murmurando:

—Es preciso concluir. Basta ya, basta.....

Al fin se serenó un poco, dobló los papeles, los guardó y sacó otros que leyó con atencion, complaciéndose en su lectura

—No puede rehusármelo, decia por lo hajo á cada frase; seria el colmo de la ingratitud..... Sin embargo, son tan ingratos!.....

—Yo habia olvidado mi dolor en presencia del de mi padre y me atreví á decirle con dulzura:

—Habeis tenido malas noticias, no es verdad?

—De qué lo sabeis?

—Me lo ha parecido.

—No, Luisa, me dijo reponiéndose de pronto; al contrario, mis deseos ván á ser cumplidos; voy á uniros con un hombre distinguido que está llamado á una posicion política tan alta como su posicion pecuniaria.

—Hablais del hijo de Mr. Carin?

—Sí, hija mia. Es un hombre muy superior á su nacimiento, un hombre de grandes ideas y de grandes concepciones; un hombre cuya posicion y cuyo porvenir me vanaglorío de asegurar.

Yo no comprendí bien á mi padre, pero me pareció que aquellos elogios eran forzados. Tomé una gran resolucion y le dije temblando esta frase que me pareció el colmo de la audacia:

—No le he visto aun, y.....

—Ya le vereis, me interrumpió Mr. de Vaucloix con tono de cruel ironía; no se os conducirá al altar como a una víctima. Pasó ya el tiempo de aquellos casamientos bárbaros á los cuales nobles familias sacrificaban la fe-

licidad de sus hijos. No tengais miedo de todas esas necedades tan hábilmente esplotadas por los filósofos y los jacobinos, y tan estúpidamente acogidas por la plebe liberal.

—El tono en que estas palabras fueron dichas era mas que suficiente para que yo no me atreviese á hacer otras observaciones, y no tardamos en llegar á las Tullerias. Entonces fué cuando mi padre reparó en mí, y notando mi palidez y mi tristeza, me dijo con despego:

—Qué teneis? qué os ha sucedido? Qué quereis que se crea al veros de esa traza? Se creerá que os sacrifico ... que os.....

Mi padre se detuvo, probablemente ante la palabra que iba á pronunciar; pero yo, ignorante y todo, la adiviné. La horrible frase de Mr. Carin» : no quiero dar mi dinero para que se me ponga cara de ahorcado: » me vino á la memoria. Conocí que podia decirse que mi padre me vendia, y prorrumpí en lágrimas. Mi padre dió una violenta patada, pero se contuvo.

—Vamos, Luisa, me dijo; sed razonable; todavia nada se ha determinado. Si ese jóven os desagrada, ya veremos lo qué se ha de hacer; pero mostraos serena delante de todas esas personas que ván á observarnos. Tengo en la córte muchos enemigos que desean hallar ocasion de calumniarme.

Hablandn asi, me enjugué los ojos con el pañuelo, y detuve mis lágrimas.

—Bien, Luisa, bien; sois una buena hija. Esperad, que no tardaremos en ser dichosos.

Bajamos del carruaje y mi padre me condujo á la capilla.

Eduardo, os he referido esta escena con todos sus permenores para que conozcais de qué modo se vió asaltada mi desprevenida existencia por la amenaza de una desgracia que no me era dado calcular á punto fijo y como conocí que caminaba por una senda llena de precipicios sin verlos distintamente en torno de mí y cuánto debí temer el término á que se me conducia sin saber dónde se hallaba ni cuál era. Tal era entonces mi vida: temores sin fundamento material y que no me atrevia á rechazar como lacuras; una desgracia que carecia de cuerpo, y que sin embargo estaba siempre jnnto á mí, como la sombra de mi vida; miedo de un fantasma invisible, dolor sin heridas aparentes! Pero el resto de mi narracion os dirá aun mas que estas reflexiones lo que he sufrido.

Llegamos á la capilla: el rey no habia ido aun. Yo noté que se me miraba con curiosidad; pero la santidad de aquel sitio limitó toda aquella atencion á algunas miradas furtivas que tornaban muy pronto á las páginas de un devocionario y á algunos murmullos que podian atribuirse á oraciones. Ocupé el sitio que se me habia reservado, y a poco apareció el rey. Se me habia educado en las costumbres religiosas mas bien que en las sinceras ideas de religion. Yo cumplta mis deberes de cristiana con respeto mas bien que con fervor; nunca hasta aquel dia me habia vuelto hácia Dios para pe-

dirle misericordia y amparo desde el fondo de mi corazon, porque aun no habia sentido la necesidad de este amparo y esta misericordia. Aquel dia, mi terror comunicó sentido á las preces, por decirlo asi, mudas, que dirigí al Eterno. No asistia al servicio divino como á un espectáculo mas ó menos solemne, á cuya asistencia estamos obligados, como la mayor parte de las mujeres que me rodeaban y como hubiera hecho quizá en cualquiera otra ocasion: oré con fervor y desesperacion, y apenas advertí que la misa habia terminado, Mr. de Vaucloix me habia dicho que me renniera á él asi que concluyera la misa; lo hice, y me arrastró con rapidez por una larga galería donde se detuvo y me dijo:

—Vá á pasar el rey; haced por contestarle bien si os interroga.

—En efecto, á corto rato apareció Cárlos X seguido del delfin y de la delfina; acogió con gracia y benevolencia algunos memoriales que se le entregaron, y habló con aire de satisfaccion con los personajes que le acompañaban; pero asi que vió á mi padre, oscureció una ligera nube de descontento su rostro.

—Sois vos, Vaucloix? le dijo.

—Mi padre saludó y me tomó de la mano para presentarme: el rey que no vió este movimiento, siguió adelante diciendo:

—Seguidme.

Mi padre obedeció, y yo permanecí confundida siu saber qué hacer, creyendo que el rey habia rehusado verme. Al dtrigir á mi alrededor una mirada de desolacion, encontré la de la delfina, quien se acercó á mí, y me dijo con un gesto lleno de benevolencia:

—Acompañad á vuestro padre, señorita.

Saludé y obedecí á mi vez; pero no tuve bastante serenidad para contestar una palabra.

—El rey andaba bastante ligero; con dificultad hudiera podido yo pasar por medio de su acompañamiento; varios departamentos habíamos atravesado ya sin que me hubiera sido posible alcanzar al rey cuando éste entró en un salon adonde solamente le siguió Mr. de Vaucloix. Yo llegué en aquel instante, y viéndome próxima á quedar sola, no pude menos de llamar á mi padre.

El rey se volvió y me miró con una severidad que poco á poco fué desapareciendo reemplazándola una espresion de benévolo interés.

—Sois la señorita de Vaucloix? me preguntó.

—Sí, señor.

—Pues bien, seguidnos.

Entré con mi padre, que se móstró vivamente contrariado con mi presencia, y se cerraron las puertas tras de nosotros. Yo me quedé á la entrada del gabinete de Cárlos X, á quien Mr. de Vaucloix habia seguido hasta el ángulo de esta pieza. Mi padre hablaba en voz baja, y no me era posible oir

lo que decia; pero me pareció que solicitaba una gracia que el rey no queria concederle. La discusion se fué animando y se olvidó que yo estaba allí pues oí al rey contestar con bastante calor:

—Sí, sí, ya sé que ese es vuestro refran..... Ingrato como un Borbon.

Mi padre, al parecer, se disculpó, y Cárlos continuó con vivacidad:

—Y con eso refran nos obligais á hacer todas esas cosas que con tanta dureza se nos critican.

Mr. de Vaucloix replicó y me pareció que hablaba de servicios.

—No los he olvidado, respondió el rey.

—Y sin embargo, señor, me negais lo que habeis concedido á muchos de mis colegas, al conde de C..... y al marqués de B..... que lejos de haber perdido sus bienes en la emigracion, los han adquirido sirviendo á la república y al imperio.

El rey se volvió con despecho y concluyó por decir:

—Pero, al fin, quién es ese hombre?

El rey escuchó atentamente la respuesta de mi padre: por último, me pareció que este trataba de terminar su discurso con un golpe de efecto: sacó unos papeles del bolsillo y los entregó á Cárlos X. Pero no bien los hubo tomado S. M., esclamó:

—Perdonad, señor, me he equivocado, no son esos.

El rey miró á mi padre sin devolverle los papeles, con tal severidad, que le hizo bajar los ojos.

—Dejad, Mr. de Vaucloix, le dijo; hé aqui lo que me instruirá mejor que cuanto vos pudiérais decirme.

El rey, dicho esto, se puso á reconocer los papeles. De lejos me parecieron por su forma y por la cinta encarnada con que estaban atados, los que tanto habian irritado á mi padre. S. M. se ponia cada vez mas severo á medida que los leia, y concluyó por esclamar:

—Qué escándalo! una suma tan enorme!

Mr. de Vaucloix hizo una seña al rey que alzó la vista á mí. Conocí que se le habia advertido por medio de aquella seña que no díjese delante de la hija palabras que pudieran acusar al padre. En efecto, Cárlos me miró durante un momento, y eché de ver que yo era el objeto de su conversacion, porque sus gestos y sus miradas se diririgian con frecuencia á mí.

Concluyó aquella nueva conversacion en voz baja, y el rey dijo con severidad:

—Si lo hago, será por ella, para que no muera en la miseria; será por la dignidad de vuestro nombre.

Estas palabras fueron dichas en voz no muy alta, pero las oí; en seguida se dirigió hácia mí el rey, seguido de mi padre, cuyo rostro se hallaba alterado. Mr. de Vaucloix me dirigió una mirada de desesperacion, y juntó las manos como suplicándome: este gesto me causó un dolor cruel.

—Con qué se os quiere casar, señorita? me preguntó bruscamente el rey.

—Sí, señor.

—Y sois gustosa en ese casamiento?

Miré á mi padre, y le ví hacer un movimiento.

—Dejadle hablar, le dijo el rey notando aquel movimiento; y luego añadió:

—Con qué aceptais con placer ese casamiento?

—Sí, señor, con mucho placer, respondí con tal exaltacion que el rey se sorprendió.

S. M. me miró tristemente con aire de compasion profunda, y luego me dijo con dulzura:

—Bien, señorita: no tengo derecho á oponerme á tan noble abnegacion; está bien.

En seguida, tiró del cordon de una campanilla.

—Tiempo hay, señor; mas tarde, dijo Mr. de Vaucloix.

—No, no; no quiero oir hablar mas del asunto.

Presentóse un ugier, y Cárlos X preguntó por un secretario que vino en seguida provisto de una cartera. El rey que paseaba por el gabinete, le dijo:

—El decreto relativo al yerno de Mr. de Vaucloix.

—El secretario se le presentó, el rey lo firmó y se le entregó á mi padre.

Aqui teneis, le dijo. En seguida se volvió á mí y añadió saludándome: Sed dichosa, señorita.

Salimos del gabinete y atravesamos con rapidez las habitacioees contiguas; bajamos y se acercó nuestro carruage.

—A escape á casa, dijo mi padre.

Partimos y al punto estalló con una vielencia que me confundió la ajitacion de que parecia ser presa.

—Ya le tenemos, esclamó: ya le tenemos....No ha estado poco.... Si no por tí, soy perdido..... pero has estado admirable..... Y hasta esos papeles que con tanta torpeza dí al rey ..... Si lo hubiera hecho á propósito, el resultado no hubiera sido mejor.... Hé aqui la primera vez que han servido de algo los papeles de la curia. Pero hay dias felices.... Ah! mi pobre Luisa, tú tambien serás dichosa; una fortuna colosal que tú les enseñarás á disfrutar..... Es un golpe maestro..... Es preciso que todo salga hoy bien.... Si no, mañana...Pero ya le tengo... héle aquí, aquí está....

Y leia con suma complacencia el decreto que se le habia dado.

Por lo que hace á mí, tan inquieta me tenia la alegria de mi padre como su desesperacion. Comprendeis la incertidumbre y la ansiedad que yo debia esperimentar despues de la escena que habia precensiado? Me parecia

que acababa de hacer un gran sacrificio, é ignorába cuál era. El rey se habia compadecido de mí, y yo no sabia por què me daba miedo interrogar á mi padre, porque temia que ya no fuese tiempo de ello. Le contemplé tristemente, ajitándose en medio de su alegria, esperando y temiendo una esplicacion que no podia estar lejana. Asi llegamos á casa.

—Mr. Carin está en el salon, dijo el portero á mi padre.

—Bien, bien, contestó este interrumpiéndole. Ven hija mia, ven; vamos á anunciarle tan dichosa nueva.

Y me arrastró hácia el salon.

—Aquí está! aquí está! esclamó Mr. de Vaucloix enseñando el decreto del rey.

—Firmado? preguntó Mr. Carin lanzándose hácia mi padre.

—Firmado! contestó éste. Venid conmigo para que os lo cuente todo.

Ambos salieron juntos y me dejaron sola con un jóven que estaba á nuestra llegada en el hueco de un balcon y á quien sin duda no habia visto Mr. de Vaucloix.

Aquel jóven me habia saludado en silencio, y aun no le habia yo devuelto el saludo al retirarse mi padre y Mr. Carin. Al principio permanecí bastante embarazada, pues al pasar por delante de aquel hombre, me habia encontrado con su mirada ó mas bien con su lente dirigido á mi. Tan impertinente me pareció, que lejos de bajar los ojos, le miré frente á frente. Puedo deciros la verdad, Eduardo: era hermoso en estremo. Notando el sentimiento de cólera que me habia inspirado, bajó el lente con tal gracia que hubiera podido comparársele al vencido que rinde su espada. Iba yo á retirarme cuando acercándose á mí, me dijo sin embarazo ninguno:

—Me será permitido presentarme yo mismo á la señorita de Vaucloix?

No supe que responder: me ruboricé y solo pude hacer una ligera inclinacion. Mi despecho era tanto mas grande cuanto que yo veia que era observado y que lo era por un hombre, cuya curiosidad debia ser grande, pues yo habia entendido por completo la frase del portero interrumpida por mi padre. «Mr. Carin está en el salon con su señor hijo» habia dicho. Aquel jóven era, pues, mi futuro esposo. Recordad todas las sensaciones que yo acababa de esperimentar; el misterio que me rodeaba, la compasion que se me habia demostrado, lo estraño de cuanto pasaba, aquella inesperada entrevista, sin intermediario, sin preparacion; todo esto era mas que suficiente para turbar á una jóven menos tímida que yo. Es preciso decíroslo asi todo, Eduardo: en los terrores esperimentados durante la noche anterior, no habia sido la imágen del marido que me estaba destinado, la que menos me habia perseguido: como no le conocia, habia formado su retrato con arreglo á lo que me habia dicho su padre, y el jabon de Windsor y el aceite antiguo ponderados por Mr. Carin, me habian asustado.

Juzgad, pues, cuál seria mi sorpresa cuando en lugar de la caricatura

que yo me habia figurado, me encontré con un hombre sumamente elegante, y debo repetirlo, sumamente hermoso; su aspecto me causó una sorpresa enteramente nueva: era muy superior á todos los bellos amantes que las mujeres se imajinan antes de ser amadas. Y esto me sucedia en el momento en que creia iba á ser entregada á un mónstruo. Permitidme esta palabra, pues me parece que esperimentaba yo entonces la dulce sorpresa de vírgen que, entregada al rio Scamandre que debe devorarla, halla en su puesto un bello jóven que la ruega de hinojos á sus pies.

Sin embargo callé, y me pareció que mi futuro debia hallarse tan embarazado como yo, pues nada mo decia. Al fin me atreví á mirarle para asegurarme de su turbacion. Hallábase inmóvil delante de mí, y me miraba con una sonrisa cuya espresion no me atreveré á deciros ahora que creo haberla comprendido: me dió miedo entonces sin saber por qué, y mi turbacion y el despecho que esperimentaba hicieron brotar mis lágrimas. Su serenidad me irritó al mismo tiempo que agradecí que no hiciese uso de ella para vencer mi timidez. No sé lo que hubiera dado en aquel instante por tener, no diré la presencia de ánimo, pero sí la impertinencia de ciertas mujeres Me daba vergüenza el verme tan completamente dominada; quise salir á toda costa de aquella posicion, y salí por medio de una torpeza.

—Quereis hablar á mi padre, caballero? dije con la sequedad posible.

—No en verdad, señorita: á quien quiero hablar es á vos.

—No sé si debo.....

—Segun vuestro padre y el mio manejan las cosas, es probable que aun tarden en acordarse de que es necesario que nos presenten el uno al otro: obremos como si no lo hubieran olvidado; puesto que tarde ó temprano ha de suceder, concededme una entrevista con vos, pues la deseo ardientemente.

Todo esto fué dicho con un acento y una precision que atestiguaban cuán dueño era aquel hombre de sus ideas y de sus palabras. Yo me consideraba una niña en su presencia, y á no haber visto que el que me hablaba era un jóven, hubiera creido oir á un grave retórico que iba á tratar una cuestion con cuyo triunfo contaba.

Despues de ofrecerme la mano, me hizo sentar y se colocó á mi lado.

—Quieren casarnos, me dijo con zalameria, mas ese proyecto necesita una alta sancion; creeis que pueda abtenerse....?

—Tal vez habreis echado de ver la alegria de mi padre; á mi entender, el rey ha consentido....

—Dispensad señorita: el rey puede consentir lo que vos podeis negar.

Yo me ruboricé y volví la cara.

El rey, continuó el jóven jugando con sus palabras, puede decir sí, donde vos podeis decir no; qué decís?

Esta pregunta tan directa me hirió mas que me embarazó. Aquel hombre sabia muy bien lo que me decia y yo cada vez estaba mas turbada. No hallé mas recurso que el de recurrir á una de esas frases de cajon que se encuentran en la narracion mas vulgar, y respondí con voz balbuciente:

—Caballero, mi deber es obedecer á mi padre.....

Mr. Carin se separó de mí por un lijero movimiento, y sin que yo le mirase, ví que me contemplaba con un aire que debia ser en estremo impertinente. Calló un momento, y luego cojiéndome la mano la besó con aspecto singular, y repuso con un ligero tono de ironia:

—Sois muy hermosa y muy.... buena.

La entonacion de la voz, las maneras con que fué pronunciada la palabra *buena*, me parecieron un insulto. Un relámpago de cólera atravesó por mi pecho, un relámpago, sí, porque no duró el tiempo necesario para inspirarme una respuesta asi mismo impertinente, ó para darme valor para retirarme. Mi padre llegó acompañado del de el jóven.

Ja, ja! dijo Mr. de Carin; ya se han hecho amigos. Bien, Guillermo: bien te decia yo que te iba á dar una mujer hermosa.... y un poco tímida.

—Un poco nécia querreis decir, caballero, repusee yo irrtada por el tono de Mr. Carin.

—Esta señorita tiene razon, dijo Guillermo con ironía.

Alcé la vista á mi padre y le vi ruborizado y confuso. Mi admiracion fué estrema al verle aceptar con su silencio el insulto que se me habia dirijido, y no puedo esplicar el sentimiento de lástima, que hácia él y hácia mí, esperimentaba mi corazon cuando le oí decir procurando dorar la frase de Guillermo:

—En efecto, Mr. Carin, tiene razon mi hija. Sois poco galante.

—No importa, contestó Mr. Carin; aquí tenemos un buen mozo que la enseñará de qué modo adquieren talento las chicas.

Y antes de que hubiera yo tenido tiempo para admirarme de esta nueva grosería, añadió:

—Vamos, no hay que perder tiempo. Tú, Guillermo, vas á ir á la vicaría, al corregimiento y á casa del notario; vos, Mr. de Vaucloix, id á los vuestros.... ya me entendeis.... ofrecedles el veinte y cinco por ciento para dar el cuarenta y se darán por muy dichosos. Yo me reservo los mas agarrados y estoy seguro de vencerlos. Junta general esta noche: es preciso que quede todo concluido hoy. Ya conocereis que no se pueden leer las amonestaciones hasta que no se haya hecho el arreglo; si se sospechára el negocio, no tendriamos un sueldo de descuento. Tened presente, Guillermo, que se necesitan tres dias para las amonestaciones.

—Ya lo sé, dijo Guillermo con impaciencia; me tomais por un imbécil?

—Mr. Guillermo tiene razon, dije yo de pronto arrebatada por mi deseo

de devolver su insulto á mi futuro marido, y sin advertir que la frase repetida por mí no tenia una aplicacion directa á la suya.

Guillermo hizo un ligero gesto que me demostró que yo no habia hecho mas que confirmar la triste opinion que tenia formada de mí, y en mi irritacion herí el pavimento con el pie. Esta señal de impaciencia irritó á mi padre por mas que adivinase lo que yo padecia.

—Vamos, Luisa, me dijo con serenidad, basta de niñerías; reflexionad y obedecedme.

—Esta señorita me ha hecho esperar esa dicha, dijo Guillermo; en seguida me saludó y se retiró con su padre y el mio.

Yo quedé sola. Tal fué mi primera entrevista con mi futuro esposo. La casualidad, colocándome de repente en su presencia, me proporcionó la turbacion propia de una jóven y me mostró á Guillermo bajo un aspecte que este no creyó deber rectificar. Mas tarde vereis que Guillermo era uno de esos hombres para quienes la primera impresion es de suma importancia por la fé que tienen en sus juicios. Vos me conoceis, Eduardo, y vos sabeis si soy vanidosa: sin embargo, debeis comprender la humillacion de una jóven que no es bastante jóven para que se la trate como á una niña y que sabe que se la tiene por una nécia, y bastante nécia para podérselo echar en cara sin que caiga en ello. Escuchadme bien, Eduardo, y dispensad todos estos pormenores de mi vida, pues son indispensables para que os convenzais de que la desgracia no está siempre en lo que se llama una desgracia. En efecto, yo era desgraciada aquel dia sin que pudiera decir á nadie que me habia ocurrido una desgracia. Me contenté con llorar escitándome á la resolucion estrema de resistir á Mr. de Vaucloix. Esta resolucion aumentaba mis angustias, porque yo conocia que retrocedería ante una órden ó una palabra de mi padre, y que solo conseguiria dar armas contra mí. Tal era sin embargo la vergüenza que me causaba el abandonarme á mí misma con tanta debilidad, que no me atreví á dejar de hacer este esfuerzo, aunque conocia que era inútil. Así cumplia un deber para conmigo misma. En esta ansiedad esperé á mi padre todo el dia, pero le esperé en vano. Antes de que volviera, invadieron el salon diez ó doce personas de apariencia bastante comun. De cuando en cuando se acercaban á mí los criados para decirme que aquellas personas preguntaban por mi padre con una insolencia inusitada, ofendiéndole con sus suposiciones, diciendo que se burlaba de ellos, amenazando marcharse para enseñarle á dar citas á que faltaba, segun costumbre, como á todos sus compromisos. Despues de haberos hablado acerca de las costumbres de mi padre y de las medias palabras pronunciadas á mi presencia, ya conocereis que se trataba de una junta de acreedores: pero tambien conocereis que yo debia hallarme completamente ignorante de lo que pasaba. Lo único que yo deducia de lo que habia oido y de lo que se me repetia, era el descrédito de mi padre. Sin embargo, las conversaciones

que tenian lugar en el salon llegaron á ser tan indiscretas, segun decian los criados, que fuí á cerciorarme, resuelta á presentarme, si era necesario, á aquellos hombres para hacerlos callar. En el instante en que me iba á colocar tras una vidriera para verlos y oirlos, vi entrar á mi padre y oí un grito general, seguido de aclamaciones irónicas.

—Ah! gracias á Dios!..... Dichosos nosotros..... Veamos qué es lo que quereis..... Todavia promesas..... Si no teneis que ofrecernos mas que eso, gracias; esa moneda no pasa.» Y otras mil cosas dichas por todas partes por voces que parecian henchir de insolencia las unas á las otras.

—No se trata de promesas, respondió mi padre con tono á mi parecer obsequioso. Se trata de dinero contante.

—Cobradero á tres meses, dijo uno.

—Cobradero mañana, esta tarde misma si quereis.

—Pues el asunto es muy sencillo, dijo atro: pagad y recobrareis vuestro crédito. Diez mil nuevecientos cincuenta y tres francos me debeis; con que vengan los escudos y os daré la carta de pago.

Hubo un movimiento silencioso, y mi padre continuó:

—Debeis conocer, señores, que solo á costa de grandes sacrificios he encontrado el dinero necesario para pagaros. Os debo, pues, manifestar, que esos sacrificios serian inútiles si vosotros no me ayudárais concediéndome un descuento de vuestros créditos.

—Una voz, compuesta de veinte voces, respondió:

—Ni un sueldo.

Luego añadió uno de los acreedores:

—Se me debe, ó no se me debe? yo lo quiero todo ó nada.

—En seguida dijo otro:

—Yo quiero comprar por doce mil francos el derecho de decir que todo un marqués y un par de Francia me ha jugado una pillada.

Y otro.

—Vámonos de aquí; siempre la misma cancion; al cabo no hemos de ver ni un sueldo.

Mi padre sacó una cartera, la colocó sobre la mesa, la abrió y enseñó una gran cantidad de billetes de banco. Es imposible describir el movimiento innoble qne precipitó á aquellos hombres hácia la mesa; mi padre desapareció de mi vista en un circulo de buitres, de los cuales, los últimos se empinaban para ver mejor lo que se les ofrecia. Sin embargo, dos de ellos se retiraron del círculo y se hicieron una seña acercándose á la puerta donde yo me hallaba.

—De dónde diablos ha sacado ese dinero? dijo uno que conocí ser el tapicero de la casa. Pues no le quedaba ya nada que vender.

—Ha vendido hasta su voto en la cámara.

—Como no sea su hija.....

—Es capaz de hacerlo.

—Tal vez habrá consentido el rey en pagar nuevamente sus deudas. Cárlos X quiere mucho al marqués.



—Calla! puede que sea eso. Y cuánto es lo que ha enseñado?

—Sobre cincuenta mil escudos, que son la cuarta parte de lo que debe.

—Si ofrece la cuarta parte, ya dará la mitad; si dá la mitad, de seguro que tiene el total. Yo no me conformo.

—Andad con cuidado.

—No, dejemos obrar á los otros. Estad seguro que pagará por completo al que se mantenga firme.

—Oigamos; vá á hacer proposiciones.

En efecto, mi padre dijo como si contestára á una pregunta:

—Cuánto ofrezco, señores? El veinte y cinco por ciento.

Los dos interlocutores se dieron de codo.

—El veinte y cinco por ciento!! esclamó un hombre gordo. Yo os he hecho las cuatro ruedas de vuestra berlina y me habeis salpicado de lodo demasiado para que me contente con cobrar una ruedasola. Rebajo el cinco por ciento que son las utilidades de mi trabajo. Consiento haber trabajado de valde, pero no rebajaré un uno por ciento mas.

Dicho esto, el maestro de coches fué á sentarse junto al tapicero á quien preguntó:

—Qué decís vos?

—Yo, respondió el tapicero, digo que acepto el veinte y cinco por ciento; quiero mas algo que nada. Sino, se nos vá á dar el diez y á aplazar el pago del resto para dentro de uno ó dos años.

—Lo creeis así? dijo el maestro de coches.

—Como que Mr. de Vaucloix debe un millon doscientos mil francos; y porque os ha enseñado sesenta mil francos habeis creido ver el Perú A mí me debe cincuenta mil francos; pero si me diera diez mil los tomaba en el acto.

—Demonio! murmuró el maestro de coches: con qué ese es vuestro modo de pensar?

—Absolutamente. A no ser por su dignidád de par, hace tiempo quo se pudriria en Santa Pelagia; pero con la tal dignidad se burla de nosotros. Asi es que yo estoy pronto á aceptar lo que dé.

—Oid, que habla.

Mi padre hablaba en efecto, y como guardaban silencio los que estaban junto á mí, pude oirle.

—Os he reunido, decia, para que os entereis de lo que trato de hacer Ofrezco el veinte y cinco por ciento; pero os hago presente, que si hay uno solo que no quiera conformarse, no doy nada.

Entonces se levantó un *hurra* general.

—Nada! repitió mi padre; no quiero imponerme tan penoso sacrificio para no alcanzar trauquilidad y ser perseguido con mil bachillerías. Asi, pues, reflexionad y decidios. Os doy media hora para pensarlo.

—Pero ese es un robo! esclamaron todos; nunca se ha visto tratar á hombres de bien con tal impudencia.

—Vamos, señores comerciantes, replicó mi padre: cuando vosotros haceis quiebra tratais de muy diferente modo á vuestros acreedores: les dais el diez y aun envidiais su dicha.

Al oir estas palabras, mil gritos, mil injurias mas exasperadas unas que otras se oyeron por todas partes. Mi padre, como si tratase de huir, se acercó á la puerta donde yo me hallaba; pero le detuvo el tapicero y le dijo en voz baja, mientras los otros se consultaban mútuamente en tumulto:

—Dad el cuarenta, y yo arreglo el negocio.

—Lo que doy es el veinte y cinco.

—Pues entonces no conseguireis nada.

—Ni ellos tampoco.

—Vuestro mueblage es muy rico y se os puede vender.

—Creeis que valga los quince mil francos que me habeis llevado por él?

El tapicero hizo un gesto de impaciencia y respondió:

—No se trata de eso. Haced un esfuerzo y subid siquiera al treinta y cinco.

Mi padre vaciló y concluyó por decir en voz baja:

—El treinta.

—No, el treinta y cinco.

—El treinta, y me quedo sin un sueldo.

—Palabra de honor?

—Caballero!

—Pues bien: sea el treinta y dejadme hacer.

Mi padre salió y me vió.

—Qué haceis aquí? me preguntó irritado.

Yo bajé los ojos.

—Habeis estado escuchando?

Mi silencio fué mi única respuesta. Pero de pronto, como si no se acordara ya de mí, se acercó á la puerta y aplicó el oido como para oir lo que se hablaba en el salon. Yo esperaba ver estallar la cólera de mi padre y aun la deseaba, porque necesitaba verle mostrar dignidad aunque fuera para conmigo, pero nada me dijo: lo que hizo fué ponerse á atisvar como yo habia hecho antes. Ah! bien! murmuraba por lo bajo. Están firmando! Muy bien! muy bien!... Esta espera duró largo rato; pero mi padre no se separó un instante de la puerta vidriera, unas veces sonriéndose, otras presa de una violenta agitacion; poco á poco fué cesando el ruido y mi padre retrocedió de repente como para dejar paso á alguien. En efecto, el tapicero se acercó á él.

—Y qué tal? le preguntó mi padre.

—Saldo general.

—Al veinte y cinco?

—No, al treinta como habiamos convenido. Ya está todo corriente; no falta

mas que darme los fondos. Habeis prometido entregar el dinero esta tarde misma y es preciso no perder tiempo. Trabajo me ha costado reducirlos: espero que no lo olvidareis : el que toda su vida ha sido honrado consigue lo que quiere. Vos no hublérais conseguido nada.

Que horribles eran las palabras que yo oia! que yo sola oia, pues mi padre se hallaba distraido en el exámen de las cartas de pago.

—Y la vuestra? preguntó al tapicero.

—Me parece, señor marques, que he hecho no poco por vos, y por lo tanto no es justo que pierda como los demas.

—Me es imposible dar mas de lo que he dicho, contestó mi padre.

—Pues bien, repuso el tapicero tomando las cartas de pago, no hay nada de lo dicho.

—Esperad, dijo mi padre, os daré el treinta y cinco.

—Tomad, yo soy hombre de bien: ademas, mi oficio no es de los que menos producen; dadme el sesenta y hemos concluido.

—No, el treinta.

El tapicero se dirigió á la puerta con las cartas de pago en la mano.

—El cincuenta, dijo, y ni una palabra mas.

Mi padre vaciló y el tapicero abrió la puerta.

—El cuarenta, contestó mi padre.

—El cincuenta, dijo el tapicero.

—Pues sea el cincuenta, respondió mi padre.

El tapicero volvió á cerrar la puerta vidriera.

—Pierdo veinte y cinco mil francos! dijo suspirando. Ajustemos la cuenta: seiscientos veinte y cinco mil francos de deudas, al treinta por ciento, son ciento ochenta y seis mil francos; un veinte por ciento mas correspondiente á mi cuota que es de cincuenta y dos mil frances, da diez mil cuatrocientos francos: total, ciento noventa y seis mil cuatrocientos (1).

Mi padre repasó la operacion aritmética, y dijo :

—Aquí teneis ciento noventa y siete mil; me teneis que devolver seiscientos francos.

—Eh! se quedarán por mis honorarios, contestó el tapicero.

—No puede ser, dijo mi padre.

—Vaya, no seais miserable; si no por mí, no hubiérais conseguido nada.

—Pues bien, dijo mi padre, libradme cuanto antes de esos vampiros.

—Tardaré lo que tarde en arreglar á cada uno su cuenta, y ya no volve-

(1) Como el lector conocerá, el tapicero cometió un error de 1500 francos en contra suya; no queremos rectificar la operacion, porque bastante ganancioso salia el honrado artesano sin que nosotros miremos por sus intereses.

(Nota del traductor.)

reis á oir hablar de ellos. No vayais allá porque os harán unos cumplidos poco galantes.

Salió el tapicero con la lista de deudas y se colocó á una mesa que todos rodearon.

—Le habeis convencido? preguntaron todos.

—Le he convencido, respondió el tapicero.

Una esclamacion general se oyó en el salon, en medio de la cual sobresalió una voz que dijo:

—Si no nos hubiéramos precipitado tanto, quizá hubiérais sacado el treinta ó cuarenta.

En aquel mismo instante me hizo mi padre una seña para que le siguiera.

Eduardo, conozco que os admirareis al verme referir todos estos pormenores con tal precision; mas no creais que entonces los comprendia: mas tarde la costumbre de oir hablar de negocios á mi padre, me ha dado la clave del lenguaje que entonces no comprendia. No hallo mejor comparacion para aquel recuerdo que lo que sucede á una persona que oye pronunciar palabras de un idioma estrangero que quedan en su memoria y que aprendiendo despues aquel idioma, se esplica á sí misma lo que se dijo en su presencia. Por otra parte, estos pormenores me fueron bien pronto repetidos y llegaron á ser el asunto de conversaciones tenidas á mi presencia para que yo los conociese á fondo.

Seguí, pues, á mi padre á una habitacion que me estaba destinada, y la primera frase que pronunció fué:

—Me alegro infinito que lo hayais oido todo. Así os habreis convencido mejor que con mis palabras de la necesidad en que me hallo de casaros con Mr. Carin. Gracias á ese casamiento, he podido satisfacer todas mis deudas como ya habeis visto.

Os he dicho ya cuánta es mi debilidad; os he dicho tambien que á pesar de todo me hallaba resuelta á hacer algunas observaciones á mi padre, pero ví una razon que me pareció suficiente á dispensarme de toda resistencia y la acogí con alegria. Creí que el sacrificio que de mí se hacia y que yo no habia querido aceptar sin conocer la causa, podia esplicarse honrosamente. Me dije á mí misma que sacrificándome salvaba á mi padre, y, demasiado feliz por no tener que luchar contra su voluntad, me resigné por debilidad llamando á mi cobardia acto de valor. Soy franca, Eduardo; al hablaros de mí os digo la verdad: el primer sentimiento que esperimenté fué una dicha estrema por haber hallado una razon suficiente para ceder.

—Padre mio, respondí; vuestra voluntad es mi ley y me vanaglorio al pensar que al obedeceros os pago una gran parte de lo mucho que habeis hecho por mí.

—Bien, Luisa, me dijo mi padre un poco conmovido. Vuestro futuro es-

poso va á volver y es preciso que os mostreis amable para con él: es un jóven distinguido.

—Lo que ha hecho por vos, padre mio, le asegura mi reconocimiento.

Un suspiro lleno de amargura fué la única contestacion de mi padre; Mr. Carin, seguido de su hijo, apareció en seguida.

—Gloria á vos, querido, esclamó desde la puerta; no lo hubiera hecho mejor yo mismo! Con qué han aceptado el veinte y cinco por ciento?

—Querreis decir el treinta, replicó mi padre.

—El veinte y cinco. He encontrado al maestro de coches y me lo ha dicho. Como que me ha enseñado lo que acababa de recibir.

—Pues yo os digo que he dado el treinta; vereis como me ha pasado; mi hija ha sido testigo.

Entonces mi padre contó lo ocurrido con el tapicero.

—Bueno! dijo Mr. Carin, el buen hombre se ha embolsado el cinco por ciento del total del negocio, es decir, treinta y un mil francos, con mas veinte y seis mil por su parte al cincuenta por ciento, lo cual compone la suma de cincuenta y siete mil francos. Ese es el modo de saldar honradamente una cuenta de cincuenta y dos mil francos.

—Pero ese hombre es un bribon! esclamó mi padre.

—No habrá medio de hacerle vomitar, dijo Guillermo.

—Ya lo veremos, contestó Mr. Carin; pero eso se queda para mas tarde.

Mas tarde supe que el tapicero habia sido mandado por el mismo Mr. Carin que así habia recobrado una parte del préstamo hecho á mi padre. A pesar de esto, añadió:

—He ido al ministerio de justicia para concluir con el decreto; pero hasta que se verifique el casamiento nada se puede hacer. Así pues, Guillermo, hasta de aquí á quince dias no serás heredero del título de par propio del señor conde de Vaucloix.

Estas palabras fueron para mí un relámpago, pues me esplicaban el sentido de la escena que habia tenido lugar en palacio. Entonces conocí que en todo lo que habia pasado para nada se habia contado conmigo. Se habia comprado la dignidad de par de mi padre y se me tomaba sin duda por una de las cargas del contrato. Esta esplicacion fué tan repentina y tan clara que no pude reprimir una esclamacion de sorpresa.

—Por lo visto, no sabe nada? dijo Mr. Carin.

—Iba á esplicárselo todo cuando habeis llegado, respondió mi padre descontento.

—Qué diablo! murmuró Mr. Carin alarmado; y se volvió hácia mí. Consentís, no es verdad? El caso es que yo he soltado mi dinero en esa confianza.

Mi padre hizo un vivo movimiento de impaciencia.

—Dejémonos de andanzas, Mr. Vaucloix, añadió Mr. Carin animándose.

Seria una bribonada el que abusárais de mi confianza. No tengo documento ninguno para acreditar los doscientos cincuenta mil francos que me debeis, importe de aguardiente, y es preciso que nos apliquemos un poco.

Me atreveré á decíroslo, Eduardo? Mi padre cuya humildad me habia causado tanta pena, se mostró entonces á mis ojos bajo un aspecto aun mas triste, porque aprovechándose de la falta de documentos de que se quejaba Mr. Carin, respondió á este con altivez:

—Pues bien: si mi hija no consiente, no quiero arrastrarla por fuerza á la iglesia.

—Qué quiere decir eso? repuso Mr. Carin, pálido de cólera.

—Quiere decir, respondió Guillermo con sequedad, que hemos caido en las redes del señor marqués.

—Caballero! esclamó mi padre amenazándole.

Yo me coloqué entre ambos y dije á Guillermo.

—Tranquilazaos, que no perdereis vuestro dinero.

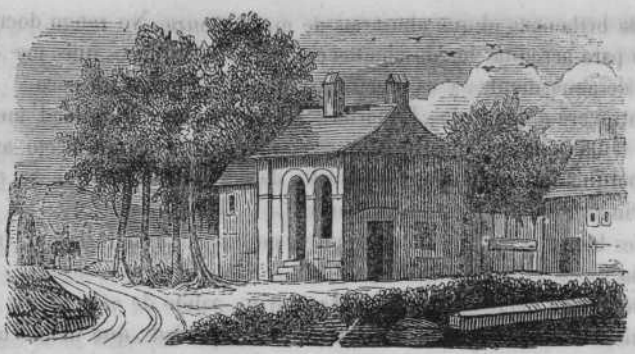
—Enhorabuena, contestó el padre; sois una buena muchacha, y eso vale tanto como si tuviéseis talento.

Guillermo se acercó á mí, y me dijo con la gracia que solia dar á su gesto y á sus palabras:

—Mi felicidad es la que hubiera perdido.

Eduardo, perdonadme lo que voy á deciros, pero aquella frase me causó lástima: mi futuro marido me pareció un nécio, y para que esta palabra no os disguste, os esplicaré aquel carácter cuya insoportable tiranía se figuran pocas personas. No os hablo de los pensamientos de la jóven: en vano he tratado de pintar las emociones que yo esperimentaba en aquella época; con esto sucede lo mismo que con los cálculos de que mas arriba os he hablado: ahora que poseo el secreto, han perdido para mí esas emociones su primer sentido y en vano procuro encontrarle. No sé si me comprendereis; pero figuraos que se os muestran unas masas blancas en el horizonte; por primera vez creeis que son nubes; luego se os dice que son montañas, se os muestran, se os detallan, se os manifiesta su altura y su espesor. Pues bien: una vez dada esta esplicacion, en vano procurais recobrar vuestra primera ilusion: no podeis ver nubes en el horizonte donde solo descubren montañas reales vuestros ojos. Así pues, yo me acuerdo que aquellas palabras de Guillermo me hirieron: sin embargo, no pronuncié entonces la palabra que ha poco he escrito. Pero llegó la esperiencia, la esperiencia que me ha hecho ver claras las cosas, que dió sentido al disgusto que yo habia esperimentado y que borró para siempre el de mi primera emocion.

Sin embargo, la esperiencia no me habia engañado, porque me anunció la desgracia.



IX.

La mujer de un nécio.



Sí, Eduardo, hay defectos que llevan en pos de sí mas disgustos que los vicios mas culpables. Ya os he dicho que Guillermo era hermoso; habia recibido una instruccion muy variada, pero muy superficial; poseia una fortuna inmensa y habia alcanzado toda clase de triunfos. No os hablo de sus queridas, aunque se haya complacido en relatarme su buena suerte pora con las mujeres. Soy poco inteligente en la historia del corazon humano para conocer si alguna vez ha llegado á amar Guillermo; pero creo conocer bastante el mundo para tener la seguridad de que ha poseido muchas mujeres. Guillermo tenia la mania de hacer versos, y la mania, mas fatal aun, de leerlos. Frecuentaban nuestra casa algunos hombres distinguidos que algunas veces nos confiaban sus producciones; pero á ninguno de ellos he visto alcanzar un éxito que se aproximase al de mi esposo: era mediano músico y tenia á

gala cantar sus composiciones; entre las entusiastas aclamaciones que se le prodigaban, notaba yo las alabanzas burlonas de los hombres de talento. Guillermo se llenaba de orgullo, no dudando que, queriendo serlo, hubiera sido uno de los primeros poetas y uno de los mejores compositores. Quise hacer algunas veces tímidas observaciones acerca de aquel estrepitoso entusiasmo y se me acusó de envidiosa. Como yo era, de recien casados, confidente de las producciones de Guillermo, quise señalar á éste algunos defectos, y aun indicarle groseros errores musicales; pero mis pretensions fueron acogidas con el mayor desprecio, porque ya he dicho que para mi marido era una linda jóven mimada y desprovista de sentido comun, á quien imponia silencio á la primer frase para ahorrarla un desatino. Os aseguro que jamás he visto un hombre tan satisfecho de sí mismo como Guillermo: hablaba de todo con una conviccion que dejaba perplejos á los hombres mas ilustrados. Su mismo padre habia sometido la ruda independencia de sus opiniones al imperio de su hijo. Consistia en que Guillermo se hallaba colocado en un punto desde el cual dominaba la superioridad de su padre: era diestro en el manejo de los negocios pecúniarios; lo era en conducir las especulaciones usurarias. Mr. Carin, viendo su habilidad en una ciencia en que él era maestro, le suponia la misma inteligencia en cuánto á él le era desconocido. De cuando en cuando procuraba yo hacerle ver, por medio de algun epígrama, que no me hallaba desprovista de todo talento y de todo criterio: pero mis dichos se embotaban en la triple coraza de la vanidad que á mi marido protegia. Muchas veces resentida del desden con que se me abrumaba, le lanzaba violentos sarcasmos; pero ni aun conseguia irritarle, porque se reia de mis injurias como nos solemos reir de las de un niño.

Teniamos palco de abono en la Opera y en los Italianos, y procuré buscar distraccion en aquel placer de los oidos y de los ojos; pero la presencia y las observaciones de Guillermo turvaban aquel placer. Haciendo alarde de independiente, aprobaba todo lo que pasaba por malo y ensalzaba todo lo que se creia mediano. Quise luchar; pero como mi esposo tenia siempre á su alrededor una porcion de aduladores que sacrificaban bajamente sus opiniones por adherise á la suya, era siempre vencida. Ay, Eduardo! no podeis figuraros cuánto he sufrído: necesito deciros cuál era la sociedad en cuyo seno me hallaba.

Nos casamos quince dias despues de la escena que os he referido. La ceremonia se verificó con un lujo que me deslumbró; la casa á donde fuí conducida estaba adornada con una magnificencia con que se me quiso sorprender. No dimos baile entonces; pero pasado algun tiempo, tuvimos una sociedad espléndida. Yo habia ido unos dias antes á hacer la visita de recien casado, y los ofrecimientos de costumbre. Si me hubiera acompañado algun conocimiento del mundo, aquellas visitas hubieran sido mi

primera enseñanza. Visitamos indiferentemente á la alta nobleza relacionada con mi padre, y al rico comercio que lo estaba con mi marido. En la primera, encontré una acogida personal llena de benevolencia; en el segundo todos los obsequios fueron para mi esposo. No reparé mucho en esto, pero quince dias despues eché de ver que una mujer puede obtener en casa estraña las consideraciones que se la niegan en la suya, porque se la niegan al dueño de esta. Ninguna de las personas de la clase á que yo pertenecia acudió á nuestra rennion, y nuestros salones únicamente se vieron poblados por los conocimientos personales de mi esposo. Resintióse Guillermo en su vanidad; pero aquella vanidad no quiso creer que un nacimiento vulgar y una fortuna adquirida por medio de especulaciones no muy legales, fuesen la causa del alejamiento de aquella orgullosa sociedad, y me culpó de semejante abandono.

Un dia cruel, Eduardo, cien cartas llegadas de minuto en minuto, nos demostraron poco disfrazadamente que todos nuestros conocidos rehusaban nuestro convite. Hubiera querido ocultar aquellas cartas á mi marido mas por medio de una precaucion, que creo fue un insulto bien combinado, todas ellas le fueron dirigidas personalmente: persiguiéróule hasta la hora de la reunion, y de reproche en reproche nos condujeron á una esplicacion bastante viva y prolongada para que hubiese necesidad de advertirnos que la gente empezaba á llenar nuestros salones, y que ni él ni yo, habiamos pensado en vestirnos.

No olvideis, Eduardo, que es una mujer quien os escribe, y sed indulgente para con eso que vosotros llamais frivolidades, y que algunas veces producen bien penosos resultados, la cosa mas insignificante tiene grandes consecuencias, y una vida mal empezada se estravia lejos de la felicidad por la mas leve causa; asi bien como un rádio que al partir del centro se desvia poco de su paralelo, y al llegar á la circunferencia se halla muy distante del mismo.

Tras aquel insulto que Guillermo podia echarme en cara, si no personalmente, al menos como parte de aquella *carta insolente* que le rechazaba, llegó una de esas miserias de la vida que parecen insignificantes, y que á veces son de gran entidad. Yo habia recordado demasiado tarde, y me faltaba un prendido; á fin de no hacer falta en los salones me confié á una doncella que no fue bastante hábil para adornarme con los magníficos diamantes que me habia dado mi esposo; olvidé tambien un abanico pintado por R.... y del cual habia hablado Guillermo, de modo que cometí todas las torpezas posibles; me apresuré á pasar al salon, y aturdida con la mirada colérica que me dirigió mi esposo al verme adornada con flores, no supe reparar la falta de presentarme tarde en mi casa. Estuve torpe, cortada, y se me alentó con tan solícita compasion, que se me agolparon las lágrimas á los ojos é hice un papel ridículo.

Comprendeis, Eduardo, esta posicion en presencia de un hombre como mi marido? Desde aquel instante fué enteramente perdida mi causa. No puedo esplicaros la nécia escena que siguió á aquella reunion: tan violenta fué que me hizo dudar de mí misma, y dudar de tal modo, que en las reuniones mas íntimas no me atreví desde entonces á ponerme al piano y cantar, aunque pasados triunfos me hubiesen demostrado que podia hacerlo sin rayar en escesiva mi audacia.

Figuraos ahora, cuál debia ser la vida de una mujer sin energia, y á quien se ultraja incesantemente: yo debia quedar vencida en la lucha, porque á pesar de mi debilidad, luchaba. Entonces supe una cosa bien triste para la humanidad, y es que tenemos mas fuerza para defender la vanidad que para defender la dicha. Yo abandoné mi dicha al primer embate, y defendí mi vanidad largo tiempo, pero al fin se agotaron mis escasas fuerzas porque se me atacaba por medios tan vulgares que casi siempre me encontraba sin defensa. Cuanto mandaba á los criados era una torpeza; mis observaciones eran siempre fuera de lugar; hacia mal en recibir á tal hora, y hacia tambien mal en no recibir á la misma. Mi marido abrigaba una conviccion tan íntima de mi necedad, que vituperaba cuanto yo decia y hacia, sin tomarse el trabajo de examinarlo, y me reprendia con ese tono brutal á que únicamente se puede oponer el silencio, es decir, con la burla y el sarcasmo. Ya habeis visto de qué modo me habian abandonado *los de mi casta*, como decia mi marido; me hallaba relegada á una sociedad que solo por consideracion á éste me admitia. Ya os he hablado del servilismo de los hombres: ahora es cuando me le esplicó á mí misma. La mayor parte de aquellos necesitaban á Guillermo y de los inmensos capitales de que disponia; así es que le adulaban ayudándole á mofarse de mí. Mi nacimiento, es decir lo que se llamaba *mi hidalguia*, era causa de que todas las mujeres de aquella sociedad financiera me despreciasen, y aunque algunas temiesen dar lecciones demasiado rudas á la presuncion de Guillermo, esto nunca redundó en mi provecho porque yo les habia quitado uno de los mejores partidos de su clase.

Debeis admiraros, Eduardo, de que en tan cruel posicion no hallase un apoyo; solo un hombre, solo el conde de Cerny, arrostró el anatema lanzado á nuestra casa, concurriendo á ella con frecuencia, y haciéndose mi campeon. Yo le agradecí su valor y se lo demostré con una acogida solícita. Pasado un mes, toda la *Chausée d' Antin* estaba indignada por mi escandalosa conducta. Los elegantes de la bolsa que no habian pensado en mí, se creyeron soberanamente humillados por lo que ellos llamaban el *triunfo del embajador del arrabal de San German*. Así fué que me ví en la precision de suplicar á Mr. de Cerny que me privase de su benevolencia.

Paréceme, Eduardo, que yo misma voy á leeros mi carta y que vos estais dispuesto á ir volviendo las hojas para ver si en medio de tanto abandono nombro la persona á quien tenia derecho á recurrir. Ay! despues de ha-

ber hablado tan cruelmente de mi padre, me veré reducida á acusarle todavia? Mi padre no vivia con nosotros y solo de vez en cuando iba á visitarnos. Sabeis cuál era el objeto de sus visitas? Su necesidad de dinero, un empréstito hecho á mi esposo. Si supiérais, Eduardo, con qué humillaciones compraba mi padre los recursos que Guillermo le daba, no estrañariais que yo no quisiese aumentar su horrible suplicio con la confesion de mis pesares. Muy miserable soy al presente, Eduardo, y sin embargo os admirais algunas veces al ver el valor con que sufro ciertas privaciones. Este valor consiste en que yo mejor que nadie sé cuán caros cuestan los deseos que esceden á los posibles. Una pasion terrible dominaba á mi padre, era un jugador, y yo ya sabeis que no soy bastante fuerte para abrigar pasion alguna. He vivido en el lujo sin gozar de él, y vivo en la miseria sin sufrirla.

Ya veis, Eduardo, que me hallaba abandonada de todos, dominada por la ciega necedad de Guillermo, escarnecida por el servilismo de sus comensales, cuyas mujeres me aborrecian y ridiculizaban. Me resigné y callé, sufrí que se me condenara, y todo el mundo convenia al año de mi casamiento en que era una idiota que queria ser mala, pero que no sabia serlo. Todo me faltaba; me hice embarazada y enfermé: la vanidad de mi marido que se empeñó en llevarme á una carrera para ostentar unos magníficos caballos nuevos que se desbocaron y me causaron un espanto cruel, me ocasionó un mal parto; Guillermo tuvo la brutalidad de decirme que no era buena ni aun para tener hijos. Comprendeis semejante vida, Eduardo? Os figurais cuán horrible, cuán insultante, cuán odiosa es? No olvideis que en ella no habia ni soledad ni recogimiento, porque se arrastraba todos los dias en los bailes, en las fiestas, en los teatros. Me hallaba encargada sin saberlo de satisfacer una de las vanidades de mi esposo; al cabo de cierto tiempo conocí que el lujo sin cesar renovado no era una atencion suya, como yo me figuraba, sino un desafio al lujo de las mujeres mas elegantes, y creo que sí hubiera podido poner á sus caballos vestidos ricamente bordados ó collares de pedrería, me hubiera abandonado en un rincon.

Ved aquí como he pasado dos años, y como al fin de este tiempo llegué á un abandono de mí misma que justificaba casi todo lo que se me suponia; pero un suceso, grande por sí mismo, puesto que fué una revolucion para nuestro pais, vino á cambiar mi vida conduciendo la catástrofe que me ha colocado en el estado en que me hallo.

Yo me habia casado en julio de 1828, y dos años despues estalló la revolucion que desterró á los Borbones.

Nos hallábamos en el campo en las cercanias de Blois, cuando el *Monitor* nos llevó aquel decreto. No podeis figuraros la alegria que produjo en mi esposo semejante noticia.

—Al fin, esclamó, se va á someter á la obediencia esa cámara de diputados tan insolente y charlatana, compuesta de una cáfila de abogados y co-

merciantes sin camisa, que son capaces de besar las suelas de las botas del rey porque este se digne mirarlos : ya es hora de que los negocios sean manejados por quien corresponde, por los grandes nombres y grandes fortunas. Ahora ocupará la cámara de los pares su verdadero puesto, que es el de la cámara alta. Ah! que no estuviera yo ahora allí! A propósito, sabeis de vuestro padre?

—Sí, me escribe desde los Pirineos; le ha ido muy bien con las aguas de Aix.

Mi marido hizo un movimiento de despecho, cuya terrible significacion no comprendí entonces.

Al fin, dijo despues de un momento de silencio, tarde ó temprano se conseguirá, pero entre tanto mi posicion es fatal: la aristocracia puede esperar ahora una sólida constitucion, y caminará al frente del pais en vez de ir á retaguardia como una máquina gastada, porque será una aristocracia jóven, fuerte, rica, conocedora de las nuevas necesidades de la época, y hábil en la reorganizacion de lo pasado.

Mi marido se paseaba activamente al hablar de este modo, leyendo y releyendo el Monitor, y esclamaba de vez en cuando con colérica impaciencia:

—Y no estar yo ahora allí!

—No podiamos marchar á París? le dije.

—Y quién habla de eso? me respondió encogiéndose de hombros y mirándome con desprecio.

Ya veis, Eduardo, cuán nécia era, yo no comprendia que la mejoría de mi padre era la que escitaba tan vivos pesares en el alma de mi marido. Ay! aquel error no duró mucho tiempo.

Aunque yo no me ocupaba de asuntos políticos, era naturalmente del partido de mi padre y del de mi marido, y no hallaba nada fuera de razon en el entusiasmo de este último, pero no tardó en conecer cuán pocas eran las razones en que se apoyaban aquellas ideas. Mr. Carin, padre, se hallaba fuera de la quinta á la llegada de aquella importante noticia; pero volvió cuando mas acaloradas eran las esclamaciones de su hijo. Escuchó á éste con aire pensativo, y levantándose de repente contestó moviendo un poco la cabeza:

—Todo eso es muy bueno y muy hermoso, pero te digo que es una enorme necedad.

—Córriente, replicó mi marido; venís de ver á Mr de **** liberal furibundo y os ha trastornado la cabeza.

—Vengo de casa del conde de M**** ultra-furibundo, quien me ha dado todas esas noticias haciéndome ver que él es un loco y tú otro.

—Vamos, padre, ya veo que no sabeis lo que os decís, repuso mi marido con sarcasmo.

—Sé lo que digo, y digo lo que pienso. Esas disposiciones son una barbaridad, lo he dicho y lo repito.



—Enhorabuena, contestó mi marido con el soberano desprecio que oponia á todo lo que no estaba conforme con su opinion. Esa es una barbaridad hija de vuestras ideas.

Mis ideas valen tanto como las vuestras, señor baron de Carin, replicó su padre colérico. He disculpado el estúpido entusiasmo del conde de M**** porque es un hidalgüelo que se imagina que su gerarquia será mucho mas alta no tomando parte en las elecciones los proletarios: pero piensas tú que la Francia recibirá esa bofetada sin devolverla?

— La Francia! la Francia! replicó mi marido con el mismo desden. Dónde está la Francia? Y cuál es la Francia? Se compone acaso de cincuenta mil electores estúpidos, y de doscientos diputados insolentes? La Francia callará y hará muy bien.

—No callará, no, señor baron, esclamó Mr. Carin con una indignacion inusitada para con su hijo: los cincuenta mil electores estúpidos, y los doscientos diputados insolentes son la flor de la nacion; lo oís, señor baron? Y no se dejarán insultar por las ventajas de una casta que os ha plantado en la calle, á vos, mi señor hijo, Guillermo Carin.

—Yo no hago responsable á la causa del rey de las insolencias de algunos hombres.

—Pues bien, mejor para tí; teneis buena provision de grandeza de alma, pero te aseguro que no á todos sucederá lo mismo. Yo soy realista, y he dado pruebas de ello; no he olvidado que ese tirano de Bonaparte quiso formarme causa por las provisiones de 1813, y que á no ser por la llegada de los aliados, mis millones y yo hubiéramos volado; soy realista en cuerpo y alma y lo soy por el rey, y no por ese enjambre de emigrados que nos ha traido y que nos devora.

—Y á quiénes se les han quitado todos sus bienes.....

—Que tú te estás comiendo ahora. Además, yo aborrezco á los nobles: si los quiero es porque lo mismo que á tí me han salvado del peligro. Yú eres hijo mio, al menos asi lo creo, y sin embargo los quieres!

—Y lo tengo á mucha honra, dijo Guillermo irritado.

—Lo tienes á mucha honra, señor Guillermo? Y de dónde has salido tú?

—Padre mio, cuidado, que pueden oirnos.

—Y á mi qué me importa? Piensas tú que me avergüenzo de mi orígen?

En seguida añadió en voz alta:

—Mi padre era carpintero, y mi madre vendia pescados. Así hicieron su fortuna y yo he continuado haciéndola; no soy orgulloso, pero no consiento que un atajo de pícaros noblezuelos me pisen los zancajos.

—No se trata de eso, padre, replicó mi esposo alarmado por la violencia de Mr. Carin. Se trata de una medida dictada por la necesidad, y que está en las atribuciones y en el deber del rey.

—Me das risa con esas atribuciones y esos deberes: por ventura creeis vosotros que porque un ministro haya encajado un sermon de jesuita á la

cabeza de un decreto se logra persuadir á los electores de que se dejen despojar de sus derechos sin decir una palabra, y que se suprimirá la libertad de imprenta sin que el pueblo esperimente una vejacion?

—Qué le importa eso al pueblo? Qué le importan al pueblo las elecciones? No toma parte en ellas. Que le importa la libertad de imprenta? El pueblo no sabe leer.

—Pobre muchacho, me das lástima! Ya sé que no tiene parte en las elecnes, pero confia en la clase media que tiene parte en ellas.

—La clase media es mas insolente que los nobles.

—Sí, pero no es noble, y el obrero y el hombre de la clase media se dan la mano por el plebeyicismo. Su causa era la misma en 1789, y vosotros la identificais proporcionándole los mismos enemigos, es decir, la nobleza y el clero. Oh! vosotros los sábios del dia, sois unos grandes políticos por escrito, pero no conoceis al pueblo, no tomais en cuenta sus ódios ni sus recuerdos, ni sus temores.

—Pero si no se trata de la nobleza ni del clero, sino de la monarquía.

—Y qué quiere la monarquia?

—Quiere que se la respete. Esa monarquia de catorce siglos no quiere ser esclava de una cámara rebelde y creada ayer.

—Estoy conforme; pero eres un loco. Puede haber una cámara tan justa que no sea esclava.? Tú mismo, tú, si estuvieras donde quieres estar, ¿te alegrarias de que te pusieran de patitas en la calle por no ser de la misma opinion que el gobierno?

—La cámara de los Pares es muy diferente, es la flor y nata del pais.

—Buena flor y nata de que tú formarás parte.

—Pero padre.....

—Déjame en paz: se echará otra vez á los Borbones.

—Eso lo veremos.

—Ya está visto, mañana se insurrecciona Paris.

—Pobre padre! creéis que estamos ahora en 1793?

—Yo creo lo que siento. Al leer el *Monitor* me he sentido lleno de indignacion como si me hubieran dado una bofetada. La rabia no me ha dejado razonar. Yo soy como todo el mundo y todo el mundo es como yo: ya verás lo que sucede.

Esta discusion duró largo rato, y aunque no derramaba por ninguna parte mucha luz sobre tan grave cuestion, yo aunque guardaba silencio, fuí de la opinion de Mr. Carin. Aquel instinto de cólera popular que le dominaba me dominaba tambien á mí y reflexioné acerca de lo que podia ser en las masas cuyo primer arrebato no se hallaba refrenado como el suyo por razones de bienes y alianza. Como sucede siempre á los hombres altamen- infatuados, el entusiasmo de mi esposo llegó á ser tanto mas exagerado cuan-

to que encontraba resistencia. Acogiendo con su desden habitual la noticia de los primeros movimientos populares, esclamó:

—Una compañía de guardias de corps basta para concluir con todo eso.

Cuando vió que bastaron tres dias para derribar aquella monarquía de catorce siglos, no desmintió su furiosa confianza en sí mismo, y no queriendo convenir en que pudiera ser mala una medida aprobada por él, se volvió contra los que la habian puesto en ejecucion, diciendo que por culpa suya habia salido fallido todo y que algunos regimientos mas en Paris hubieran asegurado el triunfo. Solo cuando los periódicos anunciaron la exaltacion de Luis Felipe al trono y la aceptacion de la nueva carta, abandonó aquel tono punzante y concluyente,

Así empezó para mí una nueve série de pesares que no temo confiar á vuestra lealtad. Sin embargo ¿no os parece estraño que un artículo de la constitucion política de su pais haya podido torturar la vida de una mujer? La nueva carta votada por ambas cámaras y aceptada por el rey decia que en el término de un año se presentaría una ley para arreglar definitivamente lo concerniente á la dignidad hereditaria de par. La tempestad que esta noticia levantó en el corazon de Guillermo fué terrible. Su padre se divirtió satirizándole acerca de la pérdida de sus esperanzas, y ya debeis conocer que en todo aquello quien recibia de rechazo el golpe de la cólera del hijo y de las burlas del padre era yo. No os contaré la escena que con este motivo tuvo lugar; fué seguida de otras tan crueles que entre mis recuerdos solo figura como un dolor mas.

Pasaron algunos dias mas y mi marido recibió en este tiempo cartas de mi padre que no me manifestó. Mr. Carin habia ido á Paris y habia vuelto Entre tanto, mi padre habia dejado los baños de Aix y habia llegado á nuestra quinta; su dolor era estremado. Para él la opinion política era una fé, la fidelidad á los Borbones una religion, y desde su llegada manifestó su resolucion de seguir nuevamente al monarca en su destierro.

—Mañana hablaremos de eso, dijo mi marido con tono mas afectuoso que de costumbre; antes de todo es preciso que descanseis.

Llegada la noche, y así que me retiré á mi cuarto, fué á buscarme Guillermo, y despues de cerrar con cuidado las puertas, me anunció su intencion de tratar conmigo un asunto importante. Grande fué mi sorpresa, y mi marido que lo notó creyó deber tranquilizarme á su modo acerca de la importancia de lo que esperaba de mí.

—No os asusteis, me dijo, no se trata de una mision estraordinaria. Unicamente deseo que os encargueis de persuadir á vuestro padre que no abandone la Francia. Creo que su ausencia os causaría un sentimiento bastante grande para que halleis razones suficientes á hacer cambiar de resolucion á Mr. de Vaucloix.

—Lo único que puedo hacer valer es ese mismo sentimiento, y fio bas-

tante en la ternura de mi padre para creer que me evitará el dolor de esa separacion.

—Decis bien, repuso mi marido; hacedle ver que tanto vos como yo esperimentaremos el dolor mas grande si insiste en ausentarse.

—Os agradezco ese sentimiento, dije á mi esposo, y puesto que para dar este paso quereis contar conmigo, creo que aun podré hacer valer otras razones.

—Y cuáles son esas razones? me preguntó Guillermo sentándose delante de mí y examinándome.

Eduardo, no sé si debo deciros que creí entrever entonces una esperanza de destruir en cierto modo la opinion que acerca de mí habia formado Guillermo, y puse todo mi conato en desenvolver todas aquellas razones de que creia deber echar mano.

—Mi padre, dije, es ya viejo, y dejar la Francia á su edad, seria ir á morir al estranjero.

—Es cierto, muy cierto.

—No necesita dar á los Borbones esa última prueba de adhesion; su vida responde por él.

—Muy bien, muy bien.

—Puede además demostrarles su fidelidad por medio de un último acto de su voluntad; puede, como otros, negar al gobierno actual el juramento que se le exije como á par de Francia, y protestar con su retirada.

—Os suplico que no le digais nada de eso.

—Y por qué?

—Por qué? Porque yo no me he casado con vos para eso.

—Qué quereis decir?

—Escuchadme, Luisa: tratad de comprendedme siquiera una vez en vuestra vida; no os pido mucho.

—Procuraré hacerlo.

—No tomeis ese aire de víctima, yo os lo suplico; lo que voy á deciros es muy grave. Escuchadme bien. La ley que debe arreglar el heredamiento de par tardará un año en presentarse: no sin razon se ha aplazado semejante medida: se ha querido dar á los espíritus el tiempo necesario para tranquilizarse. Siendo asi, subsisten mis derechos, prestando juramento vuestro padre. Ya conocereis que no querré sacrificar ese derecho á un juramento de acendrada fidelidad, pues me ha costado bastante caro.

Yo no podia menos de convenir en que la observacion de Guillermo era razonable; pero mi esposo hacia odioso cuanto decia.

—Hay cuestiones de honor que el hombre resuelve soberanamente por sí mismo, y yo no tengo derecho á dar semejante consejo á mi padre.

—Dónde habeis aprendido esa bella frase? dijo mi marido. Es muy sonora; pero os advierto que es tambien muy estemporánea. Quiero, oidlo

bien:—quiero que persuadais á Mr. de Vaucloix á que preste juramento.

—No puedo encargarme de semejante mision, y por lo tanto no debo aceptarla.

—Oidme, dijo Guillermo irritado: vuestro padre prestará juramento cuando yo quiera y como yo quiera; pero no me conviene obligarle á ello por mí mismo. Es preciso que vos le inspireis esa determinacion. No me gusta hacer uso de medios violentos, y vuestra negativa me obligaria á acudir á ellos.

—Medios violentos tratándose de mi padre! esclamé yo: y os atreveis á amenazarme?

—Si os parece, dejémonos de tragedias; quereis, sí ó no? Pasad á ver á vuestro padre esta noche misma; yo le he dicho que deseábais hablarle en secreto y os espera. Puesto que estais para bellas frases, hay una que os ruego le digais, y es que el único dote que os ha dado es la herencia de su dignidad de par, y que cumple á un hombre de honor el conservármela por todos los medios posibles.

—Por todos, escepto por el perjurio.

—Necedad y obcecacion! es demasiado, dijo Guillermo furioso. Con qué os negais? Prestad atencion: soy enemigo de escándalos y de gritos; mas si son necesarios, acudiré á ellos, y entonces..... Pero sé que hablareis á vuestro padre.

La primer amenaza de Guillermo contra mi padre me habia alarmado poco, pero el tono con que mi esposo profirió sus últimas palabras me asustó estraordinariamente; asi es que me contuve y le dije:

—Mi negativa no debe importaros mucho, porque debeis estar seguro de que aun cuando yo diera ese paso seria enteramente inútil.

—Eso lo veremos.

—Puesto que os empeñais, haré la prueba mañana.

—He dicho que ha de ser esta noche.

—Pues bien; sea esta noche. Voy ahora mismo.

—Inmediatamente..... Yo tengo mis razones. Seguidme, que quiero acompañaros hasta la habitacion de vuestro padre; no olvideis que es preciso que lo consigais.

Por mas que me hallase convencida de la inutilidad de mis gestiones, consentí en seguir á mi marido para evitar á mi padre la escena con que se le amenazaba, creyendo que mi condescendencia bastaria á satisfacer la exigencia de Guillermo. Este me condujo hasta la puerta del cuarto de mi padre donde me hizo entrar por medio de una seña.

X.

Un juramento político.



Obedecí á mi marido temblando, y entré en la habitacion de mi padre, pero al punto salí de ella.

—Está sobre su cama completamente vestido, dije á Guillermo.

—Oh! ya lo sé, me respondió.

—Pero duerme.

—Pues bien! esclamó violentamente, despertadle.

—Qué es esto? dijo mi padre arrojándose del lecho.

Mi marido me empujó hácia la habitacion, y respondí:

—Soy yo.

—Has tardado mucho Luisa, y yo temia verme obligado á partir sin despedirme de tí.

—Pues qué! esclamé: nos dejais tan pronto?

—Yo no quiero estar en el territorio francés desde que el rey le ha dejado. Quiero reunirme á él.

—Ah! padre mio, le dije: habeis pensado lo que es á vuestra edad semejante emigracion?

El rey es mas viejo que yo.

—Habeis pensado que me dejais sola en Francia?

—Sola, Luisa! sola con tu marido; no sabes lo que dices.

—Pero sabe él vuestro proyectado viaje?

—Qué importa! Debe aprobarle.

—Sin embargo, padre mio, podríais consultarle.

—Para qué? Para cumplir un deber no necesito los consejos de nadie.

—Puede irritarle esta separacion inesperada.

—Irritarle! Y por qué?

Me armé de todo mi valor, y dije bajando los ojos:

—Su casamiento le habia hecho concebir esperanzas que vá á destruir vuestra partida.

—No te comprendo.

—Emigrando, renunciais á vuestra dignidad de par.

—Y aun cuando permaneciese aqui, piensa él que podria conservarla?

—Quizá tengo derecho á esperarlo.

Mi padre me levantó la cabeza, que yo tenia inclinada, y mirándome frente á frente me dijo:

—Luisa, sois vos la que me hablais de ese modo?

—Deseo no separarme de vos, y quisiera persuadiros.....

—A un perjurio?

—No padre mio, pero.....

—Te han violentado para venir aqui, Luisa. Tú no abrigas ni ambicion ni vileza en tu corazon. Yo te perdono, pero no hablemos mas de eso.

—Con ella, bueno; dijo mi marido entrando y cerrando violentamente la puerta: pero conmigo es diferente.

No me habia engañado, y las insinuaciones de vuestra última carta.....

—Segun veo, habeis comprendido aquellas insinuaciones: y luego que habeis dejado vuestro carruaje en la parada de postas, he comprendido que contábais con escapar.

—Eh! Y quién podria impedírmelo?

—Yo!

—Estais loco.

—No tanto como creeis. Escuchadme bien, Mr. de Vaueloix. Esa carta que me habeis remitido hace una hora, y que lleva vuestra dimision á la cámara de los pares, está en poder de un correo que está abajo á caballo. Si lo quereis partirá al momento. Mañana por la mañana llegará á París, y

mañana al medio dia no sereis ya par de Francia, y cesarán para vos todos los privilegios de esta dignidad: pasado mañana un juicio consular autoriza el arresto de vuestra persona. Este juicio será ejecutivo al momento; con el dinero se hace todo lo que se desea; y antes que hayais llegado á cualquier pueblo, por ignorado que sea, para embarcaros, sereis preso é ireis á Santa Pelagia á probar vuestra fidelidad á S. M. Cárlos X.

—Pero ese es un crímen abominable! esclamé con desesperacion.

—Ahorradnos vuestras interrupciones, señora; vuestro padre me comprenderá mucho mejor que vos.

Efectivamente, el primer movimiento de cólera que habia observado en la fisonomía de mi padre, habia desaparecido para sustituirle una apariencia de verdadera tranquilidad.

—Os comprendo, Mr. de Carin, dijo: teneis razon; sea como deseais. Devolvedme mi dimision y no la volveré á mandar.

Yo no tuve tiempo para admirarme de esta condescendencia de mi padre, porque esclamó mi marido:

—Ciertamente! y si no parte vuestra dimision, seguireis siendo par de Francia y libre de ir á París, despues al Havre, y desde alli cuando esteis en seguridad á bordo de un navió inglés, enviareis vuestra dimisision con el mayor gusto.

No, no, Mr. de Vaucloix, no; yo no soy tan nécio.

—Qué quereis, pues, que haga?

—Quiero, respondió mi marido, que dentro de una hora parta para París el correo que espera abajo: Que lleve vuestra dimision, y entonces ya sabeis lo que os espera, ó bien que lleve vuestro juramento de fidelidad al nuevo gobierno, y en este caso.....

—Es una infamia que no haré yo, le interrumpió mi padre.

—Callad, Mr. de Vaucloix; no demos á las palabras mas importancia de la que en sí tienen. Figuraos que un juramento al rey es una letra de cambio que firmais. Vos mejor que nadie sabeis como se paga á su vencimiento.

—Y vos sabeis tan bien como yo, lo que sucede á los que no pagan.

—Se arregla uno cuando se tiene necesidad de ellos, y esto es lo que acabo de proponeros. Prestad juramento, y obtengo para vos la carta de pago de todas vuestras recientes deudas.

—No, respondió mi padre, no. Que vaya mi dimision.

—Habeis pensado en que lo que sacrificais es vuestra pension de par de Francia?

—Sí.

—Sabeis qué es el solo recurso que os queda?

—Sí.

—No sabeis que es Santa Pelagia lo que preferís?

—No.

—Señor, esclamé, no osareis.....

—Mi marido me lanzó una mirada que me hizo palidecer, y mi padre respondió:

—Se atreverá Luisa; tú no le conoces aun. Hace mucho tiempo que le creo capaz de todo.

—El lo sabia antes de nuestro casamiento, dijo mi marido sonriéndose; debeis darle gracia por la prisa que se ha dado á comunicároslo.

Incliné la cabeza para no ver á aquellos hombres, de los cuales el uno era mi padre y el otro mi marido. Sin embargo, retrocedí ante la desgracia que amenazaba al uno y el crímen que meditaba el otro, y me atreví aun á alzar la voz.

—En nombre del cielo, les dije, tomaos un dia para reflexionar, y entonces mas serenos....

—Es preciso tomar una resolucion ahora mismo, esclamó Guillermo: mañana seria ya tarde.

—Pues bien! dijo mi padre levantándose, que parta el correo.

Al oir esta decision mi marido arrojó un mueble al suelo, y mostró cuán poco la esperaba.

—Sí, continuó mi padre, á quien la cólera de Guillermo hizo afirmarse en su resolucion, sí, que parta. Acabaré una carrera de honor y de fidelidad por un último acto de fidelidad y de honor.

—De honor! esclamó furioso Guillermo; hablais de honor vos que habeis hecho un juego de los mas vulgares compromisos de la probidad! Vos que habeis especulado con vuestra hija! vos....

—Haced marchar el correo, Mr. de Carin, le interrumpió mi padre: prefiero la miseria, prefiero la prision á la infamia de semejante juramento. Sí, prosiguió exaltándose, el honor de mi fidelidad está intacto, y le pongo tan alto como el de los demás, para esperar que me hará perdonar el haber sido pobre y no haber podido soportar mi pobreza. Pero hoy que es preciso sacrificarle á esa fortuna que siempre se me ha escapado, rehuso la fortuna. Sí, permaneceré miserable; sí, moriré en la cárcel; pero se os escapará esa dignidad objeto de vuestra ambicion: yo espiaré la torpeza que cometí queriendo haceros heredero de ella.

—Pues bien, que así sea, esclamó mi marido con rabia, y abrió la ventana y llamó.

—Señor, esclamé yo, esperad.

En seguida se volvió: mi padre enfermo aun, y fatigado con aquella discusion, se habia dejado caer en una silla: mi esposo cerró la ventana y pareció tranquilizarse de pronto.

—Esta cuestion, dijo, ha tomado tal giro que yo no puedo haceros oir una palabra razonable: tranquilizaos y escuchadme bien. No penseis que al

proponeros ese juramento os propongo una traicion. No sabeis como yo que un juramento político es un lazo que á nadie sujeta?

—Pero sí á las personas honradas.

—Personas honradas hay que le prestan por no abandonar del todo el campo de batalla. Qué va á ser la causa de los Borbones si todo el mundo deserta de ella? No vale mas permanecer en actitud de defenderla y de derribar el nuevo poder por medio de una oposicion activa?

—La oposicion de uno solo; la oposicion de un hombre que no tiene mas recomendacion que la de su fidelidad.

—La oposicion de un hombre que llegará á ser la esperanza de su partido: firmad ese juramento y os dejo libre de todas vuestras deudas, y os abro mi casa, cuyo dueño sereis, y que será el centro de las reuniones de los verdaderos realistas.

—Vuestra casa, donde viviré á vuestras espensas, no es verdad? Dónde seré esclavo de vuestra ambicion?

—No, contestó mi marido, disfrutareis de una independencia superior á cuanto podeis esperar, y puesto que sois aficionado al lujo, al juego y al derroche, os proveeré de cuanto necesiteis.

—Sí, me dareis diez mil francos al año como á un dependiente.

—No serán diez mil, ni veinte mil, sino cuarenta mil francos al año.

Mi padre movió la cabeza.

—Cincuenta mil! sesenta mil!

Mi padre volvió á mover la cabeza mirándome.

—Retiraos, me dijo mi marido.

Yo me levanté y salí sin temer ya mas violencias por parte de Guillermo. Acababa de ver desaparecer bajo la tentacion del dinero aquellos antiguos restos de honor que habian resistido á la amenaza de la miseria y de la cárcel, y me retiré para ahorrar á mi padre la vergüenza de tener un testigo de tan triste contrato. Me retiré, pero en lugar de entrar en mi habitacion me detuve en una salita que precedia al aposento de mi padre y que se hallaba á oscuras. Me senté en un rincon anonadada por lo que acababa de ver y de oir; permanecí allí sin atreverme á reflexionar; pasados algunos minutos salió mi marido y atravesó la sala sin verme. Como entrara en la antecámara, se encontró con su padre que probablemente le esperaba, y le dijo:

—Está corriente?

—Sí.

—En cuanto?

—En cien mil.

—Cien mil al año? Tú estás loco; eso es arruinarme.

—Si fuera preciso pagar, teneis razon.

—Segun eso, te has reservado algun medio?

—La ley que abolirá la herencia no será presentada hasta dentro de un año; hasta entonces tenemos tiempo para arreglarlo: está tan gastado!

—Hay mucha vida en su cuerpo.

Yo no oí mas, porque Guillermo bajó la voz y Mr. Carin tambien. Por fin dijo mi marido:

—Entre tanto es preciso hacer partir ese correo.

—Vamos.

Y salieron ambos. Estas palabras quizá no hubieran encerrado sentido alguno para mí si las hubiera oido en cualquiera otra circunstancia, pero la escena de que acababa de ser testigo me prestaba una luz horrible. Aquellos hombres especulaban con la muerte próxima de mi padre. Pero qué harian en caso de no fallecer tan pronto como ellos deseaban? Retrocedí ante la idea de un crimen abominable, y traté de persuadirme que mi terror prestaba á aquellas palabras un sentido que no tenian: sin embargo quise volver á ver á mi padre para decírselo todo; en el momento de llegar al umbral de su habitacion me detuve considerando que iba á acusar á mi marido de proyectos execrables sin mas pruebas que algunas palabras quizá mal interpretadas por mi turbacion: quise tomar tiempo para reflexionar y volví á mi aposento en tan horrible incertidumbre, adhiriéndome á la causa de mi padre que era el mas desgraciado, pero sin atreverme á pronunciarme en su favor. No en vano me habia entregado á tan desconsoladoras emociones. Una fiebre ardiente se apoderó de mí, y durante muchos dias no ví á mi padre, quien me dijeron permanecia tambien en cama con una gran indisposicion. Mis sospechas no habian desaparecido, y todas las mañanas preguntaba con ansiedad por mi padre: los criados que se acercaban á mí, me contestaban con embarazo. Creí que se me ocultaba su muerte, y me levanté por un movimiento de desesperacion para ir á su cuarto; se me quiso impedir salir del mio, pero las angustias y la fiebre de que era presa me dieron una energia tan inusitada que los que se oponian á mi salida retrocedieron, y me lancé medio desnuda á traves de los corredores de de la quinta. Llegaba ya al aposento de Mr. de Vaucloix, cuando oí hablar acaloradamente en el piso bajo; presté atencion y distinguí la voz de mi padre que dominaba á las demas. Tan violento era el tumulto, que me pareció que habia una riña; de repente se abrió una puerta y en tonces conocí la naturaleza de aquel ruido; los que le producian estaban sentados á la mesa, reian, discutian y hablaban á troche y moche. Era una orgía.

Me habia seguido una doncella hácia la cual me volví y la dije con asombro:

—Qué es eso?

—Ay! señora, lo que sucede todos los dias desde que caísteis mala.

—Y está allí mi esposo?

—Sí, señora.

—Y mi padre?

—El señor marqués es el menos razonable de todos, me respondió bajando la vista.

Seguramente, Eduardo, si una mujer contase que se habia visto obligada á interponerse entre su marido y su padre, viendo que el primero amenazaba con un puñal el pecho del segundo, se diria que aquella mujer habia sufrido la mayor de las desgracias; y sin embargo esta desgracia no seria comparable á la que yo esperimentaba entonces. Yo tenia una horrible certidumbre acerca de los proyectos de Guillermo y no podia prevenirlos ni denunciarlos, porque ¿con qué medios contaba yo, débil mujer, para hacer cesar aquellas orgías que eran un asesinato premeditado? Cómo podia yo decir á mi padre: «se os condena á los desórdenes á fin de gastar vuestra vida que se cree demasiado larga, conociendo que sois propenso á dejaros llevar á ellos?» Quizá otra mujer mas fuerte que yo se hubiera vuelto loca, pudiendo representarse en todo su esceso el horror de semejante posicion. Quizá otra mas fuerte se hubiese atrevido á decir cara á cara á su marido: «ved ahí vuestros proyectos», ó á su padre: «ved ahí como se os mata por vuestros vicios»; pero yo no podia. Volví á mi aposento mas enferma aun; pero con una intencion de curarme que me aprovechó mas que los cuidados que se me prestaban. Debo deciros, Eduardo, que en mis noches de soledad habia examinado todos los medios de salvar á mi padre, y habia conocido que el mas seguro era decirle la verdad: empero aunque lo conociera no me atrevia á dar este paso. Vos no podeis conocer en toda su estension la debilidad que se apodera de ciertas almas en presencia de los actos que exijen una gran resolucion. Quizá durante vuestra vida habreis tropezado con cobardes: habreis conocido hombres á quienes ninguna injuria inspira resolucion para arrostrar un peligro y á quienes el peligro mismo no irrita lo suficiente para que hagan un esfuerzo de valor que salve su vida. Yo era en presencia de un acto vigoroso de mi voluntad lo que son esos hombres en presencia de una espada ó de una pistola. Quise recobrar la salud y la recobré, pero no para asustar á mi marido, no para advertir á mi padre, sino para colocarme entre ellos, sino para desviar el crímen. Sí, Eduardo, me impuse el triste papel de asistir á todas aquellas orgías y de procurar moderarlas con mi presencia. Bajo pretesto de la salud de mi padre aventuré algunas tímidas observaciones con el temor de que fueran poco respetuosas para él, y temblando de que las comprendiese mi marido; temia á la vez verlos salir de la quinta y verlos permanecer en ella. Si mi padre subia á un carruage, yo le examinaba con ansiedad; si escogia un caballo para dar un paseo, yo temia al caballo; yo le acompañaba á todas partes donde podia; le acompañaba cuando iba de caza; me sentaba á su lado en la mesa; le fatigaba con mis preguntas; le ocultaba su vaso; qué mas puedo deciros? Medio año pasé en una vida llena de terribles angustias, velando por la víctí-

ma, sin atreverme á mirar cara á cara al asesino, viendo desaparecer la salud de mi padre, y segura de los proyectos de mi esposo, porque el cuidado que éste ponia en evitar los deseos de este desgraciado anciano me lo decia suficientemente. Si supiérais de qué modo Guillermo, tan imperioso, tan frio, dotado de tanta vanidad, se hacia esclavo de los menores deseos de mi padre! Sus cuidados eran para éste un motivo del mayor agradecimiento. Largo tiempo duró esto sin que yo renunciase á la triste tarea que habia proporcionado á mi padre algunos dias de calma y de reposo, y desesperándome cuando mi esposo habia encontrado algun nuevo motivo para arrastrarle á aquellos escesos.

A pesar de todo me hallaba próxima á ceder á la necesidad. Habia llegado ya el momento de hablar ó de cesar en una vigilancia que era ya inútil y que se rechazaba como una locura ridícula y fastidiosa. Erame preciso hacerme cómplice mudo del crímen, ó denunciarle, cuando mi padre, agotadas todas mis fuerzas, cayó de repente enfermo. Al mismo tiempo, y por una horrible fatalidad se presentó á las cámaras la ley que abolia el heredamiento de la dignidad de par, y así que recibimos los primeros periódicos no nos quedó ya duda de que seria aprobada.

Fácilmente se refieren hechos materiales, Eduardo; pero es difícil hacer comprender á aquellos que solo se nos revelan por medio de una intuicion instintiva. Mi marido se hallaba junto al lecho de mi padre, cuando el *Monitor* nos llevó la noticia de la presentacion de aquella ley. Dios es el único que comprende el pensamiento de los hombres: que rompa la pluma entre mis manos si miento, pero juro que Guillermo, colocando su dedo sobre la fecha del *Monitor* y fijando la vista en el enfermo, calculó lentamente que el tiempo necesario para la discusion y la sancion de aquella ley bastaba para que mi padre muriese antes que la ley le despojára de la dignidad de par. Una sonrisa siniestra sucedió á aquella muda contemplacion de Guillermo, y yo sentí un frio glacial al oir decirle á mi padre.

—Eso no vale nada; descansais dos dias, pasado mañana un buen paseo un carruage y una buena comida, y todo está concluido.

Todavia estuve á punto de decir á mi padre.—«Os están matando, quieren mataros!»—Pero entreví una de esas vagas esperanzas con que procuraba siempre justificar mi cobardia, y esa esperanza me arrastró á aquel deplorable sistema de fiar al tiempo y á la casualidad el logro del bien que tal vez hubiera podido alcanzar en el acto; pensé que podria resguardar la vida de mi padre hasta despues de la promulgacion de aquella ley fatal, y que entonces abandonaría Guillermo un crímen que ningun resultado favorable podia darle. Me instalé junto á mi padre é hice poner una cama en un gabinete contiguo, y allí, siempre en vela, vigilé los cuidados que se le prodigaban. Yo misma preparaba las bebidas calmantes, recetadas por los médicos; ahuyentaba las visitas de los forasteros; era en fin, un guardian inso-

portable. Sin embargo, no podia impedir la entrada á mi marido, y casi me hallaba segura de que éste no se atreveria á atentar materialmente á aquella vida protegida incesantemente por mí; no obstante, veia que atacaba aun moralmente las pocas fuerzas que le quedaban. Guillermo leia asíduamente los periódicos á mi padre, y seguro de exasperarle tratando una cuestion que tan directamente le interesaba, escogia los discursos mas irritantes y los artículos mas furibundos para que sirvieran de origen á la discusion. Entonces se le escitaba, le impelia á los mas violentos arrebatos de cólera, y no le dejaba hasta que le faltaban las fuerzas al desgraciado anciano.

En vano le suplicaba yo que ahorrase semejantes asuntos de conversacion, porque como Guillermo no irritaba á mi padre por medio de disputas, y como le impulsaba á aquellas mortales desesperaciones lisongeando su odio, y aplaudiendo sus diatribas, mi padre esperaba con impaciencia las noticias diarias, y de tal modo se habia arreglado Guillermo, que tanto peligro habia en ocultárselas como en manifestárselas.

Yo vivia de este modo, entre la víctima y el verdugo, recibiendo el dolor de todos los golpes, sin que me fuera dado parar ninguno, y sostenida sin embargo, por la esperanza que me habia hecho callar, pues se acercaba el fin de aquella discusion y con ella el eco mortal que producia en nuestra casa. Habíase llevado la ley á la cámara de los Pares, y por una precaucion cuyo objeto me era imposible comprender, Guillermo habia lisongeado á mi padre con la esperanza de que aquella ley seria desechada por la cámara, cuyo privilegio principal abolia. Con esta esperanza yo habia conseguido algunos dias de calma, y la leve mejoría producida en el estado de mi padre, me hacia esperar que restableceria fácilmente su salud una vida regular y exenta de violentas emociones: Guillermo parecia haber renunciado á su horrible proyecto, y ya no leia á mi padre los periódicos diciendo que su contenido era insignificante, y que aun se tardaria algun tiempo en discutir la ley.

Con mi debilidad ordinaria, juzgando la persistencia de los demas por la mia, creia que mi marido se habia cansado del horrible papel que se habia impuesto y el único temor que me quedaba era el de verle tomar de nuevo aquel papel cuando se renovase la discusion de la ley. Recobraba ya alguna confianza en el porvenir, y abandonaba la prevision de nuevos peligros porque era carga demasiado pesada, un dia llegó en que todas mis inquietudes desaparecieron: durante una larga conversacion de familia habia sido olvidada enteramente la política y solo habiamos hablado de proyectos de viages, de felicidad en el porvenir, del único medio de gozar de una fortuna al abrigo de toda revolucion. Llegada la noche me retiré á mi aposento con el corazon henchido de gozo, y me entregué apaciblemente al sueño que hacia tanto tiempo combatia.

Por otra parte, estaba tranquila porque habia cerrado con cuidado la

puerta del cuarto de mi padre de modo que nadie pudiera entrar. De pronto me despertó un ruido terrible: me levanté á toda prisa y ví entrar á mi esposo con algunos criados que habian derribado la puerta.

—Qué hay? pregunté lanzándome hácia mi padre.

—Como! contestó mi marido con violencia; hace media hora que vuestro padre está llamando desaforadamente y vos que dormís á su lado, preguntais que hay? Y despues de diez minutos que hace estamos llamando inútilmente á la puerta rehusais abrirla?

—Yo, esclamé, estaba durmiendo.

—Pues os encontramos levantada.

Al oir estas palabras creí ver reunidos el crímen cometido ya y el cálculo que debia acusarme y me dirigí á mi padre que se hallaba sentado sobre el lecho y nos dijo riendo:

—Estais todos locos; he llamado porque no queria despertar á esa pobre niña. He llamado mas fuerte aun, viendo que nadie acudia, y debo deciros que vuestra impaciencia ha sido demasiado viva, pues me disponia á levantarme para abrir la puerta, cuando la habeis derribado.

—Y qué queriais pues, padre mio?

—Nada mas que una taza de tisana; la que habíais dejado á mi lado sobre la mesa, tenia un olor tan nauseabundo que ni siquiera la he probado.

Yo quise tomar la taza, pero mi marido se apoderó de ella y vertió su contenido en la ceniza, diciéndome:

—Ese es el cuidado que teneis de vuestro padre. Para eso, escusábais habernos cerrado la puerta.

El rostro desencajado de mi esposo, su cuidado en hacer desaparecer aquella bebida, cuyo olor habia disgustado tanto á mi padre, todo, en fin, me demostraba un conato de crimen, y me llené de espanto al pensar en el concurso de circunstancias que me hubieran acusado en el caso de llegar á cometerse.

Mi padre tomó una taza de tisana que le fué presentada por mi esposo en tanto que yo permanecia anonadada ante la idea del peligro de que él y yo acabábamos de librarnos.

—Puesto que ha cesado la alarma, dijo mi padre sonriendo, podeis retiraros cada uno á su cuarto, porque me siento en disposicion de reposar todavia.

Todos salieron menos yo.

—Y bien! no te vuelves á la cama? me dijo mi padre.

—Oh! Dios mio! Dios mio! esclamé vertiendo amargas lágrimas: protegedme.

—Qué tienes, Luisa? qué tienes? Por qué no respondes? Pero qué tienes?

—Oh! no me pregunteis nada, padre mio, nada; pero, por favor, por piedad, no comais nada, no bebais nada que yo no os presente.

—Luisa! Luisa! tú estás loca; piensas en la gravedad de tus palabras?

—Escuchadme, padre mio. Os acordais de aquella noche terrible en que Guillermo os forzó á enviar vuestro juramento?



—Sí.

—Pues bien! he aquí lo que le oí decir luego que se separó de vos.

Yo le repetí las palabras de Guillermo y las de Mr. de Carin. Entonces le manifesté la estrañeza que me habian causado todas aquellas imprudencias á que le conducian. Le dije que por lo mismo habia estado constantemente á su lado. En fin, se lo conté todo.

La exasperacion de mi padre llegó á su colmo; no hablaba mas que de venganzas, y me ordenó un completo silencio respecto á Guillermo.

—No se dará por vencido, me dijo; volverá á empezar, y una vez que tengo en mi mano las pruebas de su crimen; llegará la ocasion de hacerme obedecer.

Me he servido de la palabra exasperacion para pintaros la cólera de mi padre, porque á decir verdad no hubo en él ni espanto ni indignacion. Su único pensamiento era el devolver el mal por el mal, y de sacar partido de lo que acababa de saber. Salvé á mi padre, pero fué para verle tender incesantemente un lazo á mi marido, á fin de poder perderle. Qué os diré? A la mañana siguiente á la noche en que pasó esta escena, mi padre acogió á Guillermo con palabras de agradecimiento y de bondad por su inquietud de la víspera. Se me reprendió el cerrar una puerta que debia estar abierta noche y dia para tan buen yerno.

Pero Guillermo adivinó el lazo, ó acaso no tuviese necesidad de su perspicacia, porque tal vez mientras yo lo acusaba estaria detrás de aquella puerta que á pesar de estar abierta él no queria traspasar. Mi padre para dejar á Guillermo la libertad de una nueva tentativa, exigió que yo dejase mi habitacion. Yo obedecí. Estaba cansada de tantos horrores; mi corazon y mi cabeza no bastaban ya á los terrores de que me veia rodeada. Todas las mañanas me preparaba á saber, ó que mi padre habia muerto, ó á ver vuestra casa invadida por magistrados llamados por él contra mi marido. Nada de esto sucedió, y ocho dias despues, mi padre confiado por lo visto en Guillermo, me decia que era una loca, cuya imaginacion forjaba las mas lúgubres historias. Parece, Eduardo, que mi desgracia no podría ir mas allá de esta estremidad. Desengañaos; esta palabra, *loca*, que mi padre me dijo sonriendo, mi marido me la amplió de veras. Fuí entregada á los médicos, á quienes se atrevió á decir todo lo que yo habia pensado contra él, como prueba de mi locura. El infortunado marido se quejó de semejante mujer, y yo fuí sometida á una vigilancia contínua. Dos meses despues, cuando fué votada la ley que abolia la herencia de la dignidad de par, murió mi padre. Guillermo vino á anunciármelo, y en mi indignacion no pude menos de esclamar:

—Es demasiado tarde, no es verdad?

—El médico que estaba presente, le dijo con voz baja:

—Es una idea fija.

Ocho dias despues, estaba en un hospital; desde él os escribo Eduardo;

en él habito desde hace un año, y en él moriré dentro de poco si vos no procurais libertarme.

El manuscrito habia concluido, y el Diablo estaba en pié delante del baron.

—En dónde estamos? le preguntó Luizzi.

—En una casa de locos, contestó el Diablo.

—Y esa mujer que está durmiendo quién es?

—Madama de Carin.

—Pero está loca? repuso Luizzi.

—Pregúntaselo á los médicos.

—Y ha perpetrado su marido todos esos crímenes?

—Pregúntaselo á la justicia.

—Y cómo lo ha de saber la justicia?

—Pregúntaselo al que lo sabe todo.

—Es decir, á tí? Pues bien, dime la verdad.

—Corriente, contestó el Diablo silbando: y eso que vás á decir que calumnio á la sociedad. Pero no te ha hecho adivinar nada esa historia?

—Lo que he adivinado es que probablemente he estado durmiendo los veinte meses que te habia prometido.

—Algunos dias eres inteligente.

—Y ha habido alguna revolucion durante ese tiempo?

—Sí, ha habido una farsa.

—Quisiera que me la contáras, porque ya vés que no puedo volver á la sociedad sin saber los pormenores de un suceso tan importante.

—Mucho me pides: lo que hay es hombres salidos de la nada mas impertinentes aun que los que los han precedido; servilismo mas bajo que el que se tenia á mucha honra despreciar; una oposicion desordenada por parte de los hombres que habian condenado toda oposicion; las mismas faltas, los mismos crímenes y las mismas necedades con título diferente.

—Quiero que me lo espliqueis todo.

—Pues bien, quizá te lo esplicaré si la ocupacion que te resta te deja tiempo para escucharme.

—Y qué ocupacion es esa?

—Enriqueta Buré se halla aqui. Y tu hermana, aquella niña que viste en casa de Mad. Dilois, está muriéndose en la miseria.

—Es preciso salvarla.

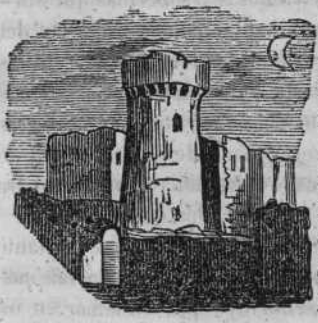
—Enhorabuena, vámonos de aqui, sígueme.

Y el Diablo echó á andar el primero.



XI.

Una escena entre los facciosos (1).



Como se trataba de huir de aquella casa de locos, Luizzi siguió al Diablo; mientras atravesaban aquel inmenso edificio todo iba perfectamente. Las puertas y las paredes se abrian delante de Satanás para darles paso, y Luizzi seguia con rapidez á su conductor; pero asi que llegaron al campo raso, el baron seguia con mucha dificultad á su infernal guia. Era la noche muy oscura, y la lluvia fria y continua azotaba el rostro de Armando sacudida por un récio viento. Empapada la tierra del camino por la lluvia, se pegaba á los zapatos del baron, le hacia andar sobre una especie de patines de barro, hasta que este mismo barro

(1) Segun Taboada, se daba este nombre á los insurgentes de la Vendée. Mas sin admitir ni rehusar esta definicion, remitimos al lector al contesto del capítulo.

á su vez le arrancaba el zapato y dejaba á nuestro amigo con un pié en el aire buscando en la oscuridad con la punta del pié su calzado. Por lo que hace á Satanás andaba con tanta comodidad por aquel terreno fangoso como si caminára sobre carbones encendidos que son el empedrado ordinario de su imperio; cada vez que Armando se detenia jurando como un condenado, se detenia él tambien y esperaba con paciencia á que su compañero recobrase el calzado. Hallábanse en aquel momento en un camino angosto resguardado por ambas orillas por altos ribazos coronados de setos impenetrables. De trecho en trecho se alzaban grandes encinas ú olmos seculares en medio de aquellos setos, y estendian sus inmensos brazos sobre aquel camino estrecho que cubrian en toda su estension yendo á apoyarse en los setos opuestos.

A manera de un escuadron de caballos aéreos partidos á galope, pasaba el viento á través de los árboles y de los setos, silbando, ahullando, bramando y arrebatando consigo nubes de hojas que imitaban en la oscuridad el vuelo de una bandada de pájaros fugitivos. Aquellos escuadrones invisibles se detenian de repente como si hubiesen encontrado otros mas poderosos, y parecian dispersarse: se los oia retroceder y volver de nuevo en ráfagas desiguales y quejumbrosas. Las hojas dispersas volvian á pasar en torbellino y se abatian aqui y alli sobre la tierra húmeda, semejantes á una banda de pájaros dispersada y diezmada por el plomo del cazador. Entonces cesaban todos los grandes rumores por un momento, para dejar oir el murmullo de la lluvia que caia sobre los árboles, el grito lúgubre de un mochuelo, y el lejano canto del gallo. La tempestad volvia á aparecer en seguida, yendo, viniendo, luchando, lanzando sordos truenos y dando agudos silbidos; mas no una de esas tempestades ruidosas y soberbias que surcan el espacio con grandes relampagazos, que hablan con la magestad del rayo, que inspiran al alma un santo terror lleno de admiracion, y á las cuales nos esponemos con la cabeza descubierta para impregnarnos de sus cálidas emanaciones y respirar su atmósfera eléctrica; no una de esas negras tempestades que oprimen el cuerpo de frio y el corazon de tristeza; una de esas tempestades que nos hacen cerrar con cuidado la ventana y la puerta para arrimarnos al fuego del hogar, ó sepultarnos entre la ropa del lecho.

Sin embargo, Luizzi seguia al Diablo sin interrogarle, porque bastante tenia que hacer con seguirle: las dificultades del camino eran cada vez mayores á medida que avanzaban; y el baron concluyó por esclamar en un movimiento de impaciencia:

—Este es el camino del infierno.

—El camino del infierno, mi amo, es fácil y llano; tiene una hermosa calzada enmedio para los que ván en carruage, y aceras de asfalto para los que ván á pié; árboles frescos y floridos le sombrean; á sus orillas se elevan grandes lilas y lindas casas con alegres tabernas, grandes fondas, juegos de ruleta adornados como para príncipes, y rameras vestidas de mujeres hon-

radas. Allí se come, allí se bebe y allí se duerme; allí se juega la salud, la vida y la fortuna á todas horas y de todos modos. El camino del infierno es casi siempre tan hermoso como debe serlo un dia el *Boulevard* de los italianos.

—Entonces debe ser este el camino de la virtud, repuso el baron con ironía.

—Tal vez.

—En ese caso, es áspero y desagradable.

—Te cansas ya? dijo el Diablo. Sin embargo no eres un niño casi desnudo y hambriento como los de este pais; no eres un anciano ciego y encorvado sobre un báculo; no eres una jóven pálida y débil, y no sigues este camino para llevar socorros á un desgraciado á quien no conoces. Eres un hombre en la fuerza de la edad, y caminas por salvarte á tí mismo y recobrar tu fortuna y tu libertad.

—Asi sea, esclamó Luizzi; pero dudo mucho que haya otros séres humanos que como yo emprendan este paseo á tal hora y con semejante tiempo como no sean ladrones, y en general estos señores no son débiles, niños, ni ancianos ciegos, ni jóvenes pálidas y débiles.

—Al fin de este camino, es decir, donde se junta con otra porcion de senderos encontrarás al niño, al anciano y á la jóven. Diles que te dén asilo esta noche.

—Y con qué pretesto?

—Les dices que eres un viajero perdido.

—Y no me creerán, porque no es natural que un hombre distinguido se encuentre á media noche y á pié perdido en estos caminos. Me tomarán por un ladron.

—Entre el rico que recorre los caminos reales en silla de posta, y el ladron que se desliza de noche por senderos oscuros, no existe alguna cosa?

—Existe la economia, existe la pobreza, existe la desgracia que arrostran otras tempestades.

—Pero si me preguntan mi nombre, cómo ván á creer que el baron de Luizzi se halla de tal modo en este pais?

—Si les dices que eres el baron de Luizzi, creerán que eres un loco escapado de la casa de que hemos salido, porque tu nombre debe ser conocido en esta comarca: inventa un nombre y una posicion; y arréglate cómo puedas para salir de este mal paso.

—Segun eso piensas dejarme en él?

—Qué es lo que te he prometido? Devolverte tu libertad? Pues ya eres libre. Devolverte tu fortuna? En Paris encontrarás tus doscientas mil libras de renta. Tu banquero, al revés de otros muchos, ha aprovechado la revolucion de julio, ha rehabilitado sus negocios, y Rigot ha perdido su pleito acerca de la espropiacion de tus bienes.

—Tambien me has prometido devolverme mi reputacion.

—Has sido absuelto por los tribunales, todo el mundo ha depuesto en tu favor, declarando que hacia ya tiempo estabas loco. Y como el notario se ha casado, y está tan bueno, no se ha mirado muy sèriamente.

—De modo que entro en la sociedad como una especie de galeota libertado.

—Te engañas, mi amo; el crimen que tú has cometido es uno de aquellos que fácilmente perdona la sociedad.

—Por qué?

—Porque no habia un motivo aparente; si hubiéseis procurado matar á un hombre para apoderarte de su dinero, de su mujer ó de su nombre, serias un miserable: si hubieses intentado matarla por venganza ó por ódio, serias un horrible facineroso; empero tù has querido matarle por matarle, eres un monómano, un hombre presa del vértigo, para quien la ciencia tiene una porcion de argumentos irresistibles que te hacen muy interesante. Es una invencion moderna que debo al nuevo foro, y que espero ver fructificar á mi placer. Por otra parte, en medio de la gran tormenta que acaba de agitar á la Francia, ha pasado tu causa completamente desapercibida. La mayor parte de los que te conocen la ignoran de todo punto, y cambiando de sociedad, tú serás un hombre nuevo para aquella en que entrarás.

—Pero á cuánta distancia estoy de París?

—A ochenta leguas.

—Y qué pais es este.

—En la feligresìa de Vitré.

—Cómo podré llegar sin dinero hasta la capital?

—Esa no es cuenta mia

—Pero habrá en ella algun medio de proporcionárselo?

—Hay tres; pedir prestado, robar ó ganar; tú escogerás En cuanto á mí he cumplido mi promesa; adios!

Y como en esto llegasen al sitio en que el camino se dividia en muchos senderos, desapareció el Diablo, y Luizzi se encontró á algunos pasos de un pequeño grupo de personas que pronto pasarian delante de él.

—Quien va? preguntó una voz fuerte.

—Ay! esclamó Luizzi, soy un pobre viagero que he sido detenido por una cuadrilla de salteadores; me han despojado de mi dinero y de mis papeles, despues de haberme conducido á un bosquecillo, y yo me he estraviado procurando volver á encontrar el camino real de Laval á Vitré.

Apenas Luizzi habia concluido de hablar, cuando un muchacho como de doce años que se le habia acercado observándole cuidadosamente, gritó con voz bastante desdeñosa:

—Abuelo, es un señor.

—Mírale bien, Mateo, respondió el anciano.

Y en seguida esclamó una mujer dulcemente:

—Y qué pedís, buen hombre?

—Un asilo por esta noche, si es que no os incomodo.

—Eso no nos molestará, caballero, dijo el anciano: no se duerme en nuestra casa esta noche, y uno mas ó menos en torno de la chimenea no estorbará á nadie. Venid, pues, y seguidnos; debeis tener necesidad de calentaros.

—Abuelo Bruno, dijo el niño, estamos á dos tiros de fusil de la casa, y voy á adelantarme para decir que llegamos nosotros con la hermana Angélica y un caballero: ahora ya no hay miedo de estraviarse; no teneis mas que seguir por aqui todo derecho.

—Está bien, respondió el viejo entrando en el sendero á que le condujo su nieto, démonos prisa.

Luizzi se admiraba de la facilidad con que habia creido su cuento el anciano, pero se admiró aun mucho mas cuando este le preguntó, hablándole de su aventura imaginaria como de una cosa muy natural:

—Eran muchos los que os atacaron?

—Doce, respondió Luizzi, cuya vanidad no escaseaba el número de sus vencedores.

—Y no habeis notado entre ellos, uno alto, seco, con *una piel de cabra* á la espalda, y un birrete encarnado sobre su sombrero?

—En efecto, dijo Luizzi, creo haber visto á un hombre muy alto, vestido poco mas ó menos como decís.

—Estaba seguro de ello, respondió el ciego; es la partida de Bertrand. Oh! si yo no hubiese perdido la vista, el viejo pordiosero no se atreveria á volver por estas cercanías. Bien sabe que tiro derecho, ó mas bien que tiraba derecho en otro tiempo.

—Pero, dijo la hermana Angélica, que caminaba al lado del anciano, ese Bertrand no ha sido amigo vuestro?

—Sí, sí! En tiempo de la república habiamos gritado juntos: *viva el rey!* y estoy seguro que si yo no le hubiese recogido medio muerto del arenal de la Cruz de la Batalla, estaria hace mucho tiempo enterrado con los santos sacerdotes que perecieron en aquella famosa jornada. Empero en aquel tiempo haciamos una guerra de buena ley; no atacábamos las casas aisladas para el saqueo y embriagarnos con el vino; no se detenia á los viageros en los caminos para despojarlos y robarlos; porque esos ladrones os lo han quitado todo, no es verdad, caballero?

—Todo, absolutamente todo! contestó el baron.

—Hum! los traidores descamisados! esclamó el padre Bruno.

—No obstante, me habeis dicho que hace algunas horas se habian batido valerosamente, preguntó la hermana de la caridad.

—Es cierto; pero si en vez de proteger la retirada de los *calzones colora-*

dos abriéndoles las puertas del cercado hubiésemos querido cortarles la retirada, no habria quedado uno vivo.

—Fué en ese momento cuando se refugió en vuestra casa el oficial que ha sido herido? interrogó la hermana Angélica.

—No se ha refugiado en ella; ha sido herido delante del vallado del patio, y como habia sido el primero cuando fue necesario avanzar, se halló el último en la retirada. De este modo, como estaban ya lejos sus soldados, no le vieron caer, y cuando pasaron á su lado los facciosos que le perseguian, sin duda le creyeron muerto. Solo despues de mas de dos horas andando al rededor de la casa, le encontramos tendido en tierra, y le trasportamos á ella. Mi hijo Santiago ha ido á buscar al médico, y como no ha encontrado á ninguno de nuestros mozos de labranza bastante decidido para iros á buscar, yo me encargué de ello. Solamente que, como solo hace seis meses que he tenido la desgracia de perder la vista, no he podido aprender los caminos, y Mateo me ha acompañado.

Hablando de este modo, el viejo Bruno, la hermana Angélica y Luizzi, llegaron á un pequeño cercado cerrado con barreras, como las que se ven en los caminos vedados de nuestros bosques reales. A cada lado habia un sendero libre, y cuando le hubieron franqueado nuestros tres viageros, el baron, sumamente inquieto por la aproximacion de dos perros que le olfateaban con curiosidad, pudo ver una série bastante larga de edificios desiguales que solo tenian piso bajo. Hallábase abierta una puerta y se hubiera visto lo que pasaba en el interior de la casa, que parecia vivamente iluminada, á no hallarse una porcion de personas agrupadas delante de ella.

—Sois vos, padre? preguntó una voz formidable, en tanto que el viento y la lluvia redoblaban su furor.

—Yo soy, Santiago, contestó el anciano.

Inmediatamente quedó desembarazada la puerta: el anciano entró el primero, y se quitó el capote de piel de cabra que su nieto colgó en el interior de la chimenea, donde se estaban secando otros varios. El hombre que habia hablado estaba sentado junto al hogar con los pies apoyados en uno de los enormes morillos, el codo sobre la rodilla, y la barba descansando sobre su mano. Observó atentamente el modo con que el niño Mateo conducía á su abuelo, y le colocaba junto al fuego; luego se volvió con viveza á la hermana de la caridad, cuyo manto negro acababa de recoger una criada, y la dijo mostrándola una puerta con el dedo:

—Alli está mi mujer con el enfermo; entrad y vereis la receta que ha dejado el médico mandando que os la enseñe. Si no hay nada urgente volved á secaros un poco, porque hace un tiempo muy crudo.

La hermana de la caridad entró en el cuarto que se la habia designado, y el dueño de la casa continuó, dirigiéndose al baron:

—Sentaos y calentaos. Ni siquiera os han dejado un capote para abriga-

ros? añadió viendo al baron, cuyos vestidos relucian por el agua que corria por ellos. No conviene que esteis asi, porque esa humedad es para constipar á una rana.

—Mujer! esclamó: lleva ropa al cuarto del herido, y dejad solo á este caballero para que se mude.

—Perdonad, no tenemos mas que estos dos cuartos y nos arreglamos como podemos.

Luizzi iba á dar las gracias al campesino, cuando este preguntó sumamente irritado.

—Quién ha dejado abierta esa puerta? Quereis que se nos fusile hasta en la cocina? Cerrad y echad el cerrojo.

—Soy yo, padre, dijo Mateo. No tengas cuidado que Leon y Benito están en el patio, y no dejarán acercarse á nadie.

—Está bien, dijo Santiago tranquilizándose, y luego añadió entre dientes:

—No desconfio de los perros porque ya conocen al que yo temo, sino de los que vienen aqui como amigos.

—Teneis razon, contestó el anciano ciego, que habia colocado sus pies sobre sus zuecos que le servian de taburete para esponerlos mejor al calor del hogar. Tienes razon; segun me ha dicho el señor, quien le ha atacado ha sido la partida de Bertrand.

—Conoceis á ese Bertrand? preguntó Santiago.

—No, contestó Luizzi; pero segun el retrato que de él me ha hecho vuestro padre, es un hombre alto....

—Hay muchos facciosos de la talla de Bertrand, y si no le habeis visto...

—Hacia tan oscuro cuando detuvo el carruage, repuso Luizzi.

—Vuestro carruage? repitió admirado Santiago. Y en qué parage ha sido?

—En el camino real de Vitré á Laval, contestó Luizzi, á quien ya pesaba haber pronunciado la palabra carruage.

—Y de dónde veniais?

—De Vitré, respondió Luizzi cada vez mas embarazado.

—Y qué ha sido del postillon y los caballos que os conducian?

—Os confieso que lo ignoro, respondió el baron.

—Buchijo, dijo el dueño de la casa á un mozo de labor que estaba gobernando una horquilla á un estremo de la habitacion. Vas á ir corriendo á ver si puedes saber algo del paradero del carruage detenido. Cuánto tiempo hace que lo fue?

—Dos horas, respondió el baron atardidamente.

—Dos horas! respondió Santiago, es muy raro! al pronunciar estas palabras dirigió á Luizzi una mirada suspicaz, pero en aquel instante apareció Mariana, la mujer de Santiago, diciendo:

—Ya puede ir este caballero al cuarto, pues ya está allí la ropa.

Santiago hizo una seña al baron para que entrara, y le siguió fijamente con la vista.

Armando al atravesar la puerta que conducia al cuarto del enfermo, encontró á la hermana de la caridad que salia, y vió por primera vez su rostro. La fisonomía de aquella mujer chocó al baron como la de una persona á quien se recuerda haber visto otra vez, y le pareció que sus facciones producian el mismo efecto en la religiosa, porque esta se detuvo de repente y dejó escapar una ligera esclamacion, mas sin embargo siguieron ambos adelante sin que nadie mas que ellos hubiese notado este movimiento. Luizzi se encontró en una pieza mucho menos espaciosa que la primera; uno de los ángulos estaba ocupado por una gran cama de columnas y cortinas de sarga verde enteramente corridas, de modo que no podia penetrar hasta el enfermo la luz de una palmatoria que á los pies de la cama ardia. El baron vió sobre una silla la ropa que le estaba destinada, y se mudó procurando recordar en qué época y cuando habia visto á la hermana de la caridad; pero este recuerdo se embrolló completamente en su imaginacion, y Armando concluyó por convenir en que lo que le habia chocado habia sido la semejanza de sor Angélica con alguna de sus conocidas.

Sin embargo, Luizzi aprovechó aquel primer instante de soledad para reflexionar acerca de su situacion. Conoció que, gracias á su imprudencia, esta era sumamente equívoca, y que la mania de decir siempre mis criados, mi carruage, habia hecho su pretendida aventura bastante difícil de esplicar En efecto, un carruage no desaparece sin dejar algunos indicios; el baron buscaba el medio de salir de su embarazo cuando le ocurrió el confiar su nombre al oficial herido, poniéndose asi bajo su proteccion. Si es un jóven, se dijo Luizzi, se dejará persuadir fácilmente de que he estado encerrado sin motivo en una casa de locos, y me ayudará á volver á París. El baron entreabrió las cortinas para asegurarse de su esperanza; pero no pudo distinguir las facciones del herido; iba á tomar la palmatoria para examinarlas cuando apareció Santiago en la puerta, y le dijo:

—Sois muy curioso, caballero.

Luizzi, sorprendido de aquella interpelacion, quiso mostrar serenidad y contestó con indiscreta ligereza:

—Tengo algunos amigos en los regimientos que se hallan de guarnicion en este pais, y temiendo que hubiera sido herido alguno de ellos he querido asegurarme.

—Os hubiera bastado preguntarnos el nombre de ese.

—Le sabeis?

—Sí.

—Cómo se llama?

—Decidme primero como se llaman vuestros amigos.

El baron pronunció los primeros nombres que se le ocurrieron, y el campesino dijo con sequedad:

—No es ninguno de esos. Luego añadió con dureza:—Se os espera para cenar.

Luizzi volvió á la cocina. Durante su corta ausencia se habia cubierto la larga mesa que ocupaba el centro de la pieza; ocupaba el sitio preferente una silla destinada al dueño de la casa, y los comensales restantes estaban sentados á los costados en dos bancos de madera. Ademas de las personas de que hemos hecho mencion, hallábanse alli dos criadas y tres mozos de labor. La cena consistia toda ella en una fuente de coles y pan muy negro: estaba ya servida. Luizzi se sentó en el sitio que le estaba destinado entre el anciano Bruno y su nuera y en frente de la religiosa, y cada cual murmuró para sí un *Benedicite*, sentándose en seguida. Luizzi era el único que no habia tomado parte en aquel acto de devocion, lo que fué notado con disgusto. Algunas jarritas de cidra se hallaban desparramadas sobre la mesa, y cada uno bebia cuando queria. Santiago era el único que tenia á su lado una botella de vino; pero no se servia de ella, contentándose con escanciar á su padre y á sor Angélica, que rehusó.

—Bebed, bebed, dijo á esta última, asi tendreis mas ánimo para pasar la noche en vela.

—Estoy acostumbrada á velar y no bebo nunca vino, contestó la religiosa; pero creo que hariais mejor en ofrecérselo al señor, á quien no debe gustar la cidra.

Al parecer, Santiago no agradeció mucho esta advertencia de la jóven; sin embargo, no atreviéndose á mostrar ostensiblemente su descontento, presentó la botella á Luizzi, que rehusó tambien diciendo que no tenia sed ni hambre.

—Os he pedido asilo solo por algunas horas, añadió Armando, y asi que amanezca os desembarazaré de un importuno.

—Como gusteis; pero os advierto que no tenemos cama que ofreceros.

—No contaba tampoco con ella, respondió el baron; pasaré la noche conversando con la hermana Angélica, si ella me lo permite.

La religiosa hizo una señal de asentimiento, bajó los ojos que tenia constantemente fijos en Luizzi desde el principio de la cena: el baron la examinaba con no menos atencion, y por mas que no recordase haber visto aquel puro y hermoso rostro, no podia menos de conocer que se agitaban en él confusos recuerdos.

La cena habia terminado; el mas profundo silencio reinaba en torno de la mesa, y el soplo de la tempestad empujaba violentamente las puertas y las ventanas. Todos parecian pensativos y embarazados, cuando sor Angélica dijo á Santiago:

—El médico ha mandado que se empapen las compresas del aparato con

agua muy fria, para que se calmen los dolores producidos por la cuntusion. Si hubiera agua de pozo seria escelente.

—Juan, dijo el labriego, anda á sacar un cubo de agua.

El mozo obedeció, y Luizzi echó de ver entonces que no estaba en la casa el otro mozo á quien Santiago habia mandado á inquirir el paradero del carruage. Armando previa un nuevo embarazo, cuando él dueño de la casa se levantó y dijo con disgusto:

—Vamos, un trago á la salud del herido, y á acostarse los que deben dormir esta noche.

Todos se sirvieron y se preparaban á concluir la cena en virtud de la invitacion de Santiago, cuando apareció un hombre á la puerta que habia dejado entornada el mozo, y dijo con acento burlon.

—Espero que no bebereis sin mí.

Todo el mundo se levantó apenas fueron pronunciadas estas palabras, y el ciego esclamó tomando un cuchillo de la mesa:

—Bertrand! es el bribon de Bertrand!

Santiago detuvo á su padre en tanto que los demás convidados de pie é inmóviles alrededor de la mesa, manifestaban el mas profundo terror. Mariana, la mujer de Santiago, se había colocado delante de su marido; pero éste la rechazó y dijo con frialdad al recien venido:

—Si tienes sed, aqui no hay cidra para tí.

—Pero veo que hay vino, dijo Bertrand adelantándose á tomar la botella.

Era un hombre muy alto, su pelo rubio y mezclado de algunos mechones blancos, caia sobre sus hombros; llevaba la *piel de cabra* que ordinariamente llevan los campesinos del bajo Maine y de la Bretaña. Hallábase armado de una escopeta de dos cañones de bastante valor, y de un cuchillo de monte con grabados. Todos se miraban, todos esperaban con cruel ansiedad cuando Santiago, colocando la mano sobre la botella que iba á asir Bertrand, dijo á éste con tono resuelto:

—Yo doy lo que ofrezco y niego lo que se me quiere quitar.

—Como quieras; contestó Bertrand sin que pareciera irritarse por aquella resistencia, y cogiendo una jarra de cidra la desocupó de un trago. Apenas habia concluido, se oyó un gran ruido á la puerta.

—Quién anda ahí? preguntó Santiago.

—Yo, contestó Juan desde fuera; soy yo.

—Es el agua para el herido; dijo sor Angélica; dejad que pase al mozo.

—Ola! repuso Bertrand con tono sombrío, con que está aqui el oficial! Dejad pasar, añadió, y tened cuidado de la puerta.

El mozo de labor entró y colocó en un rincon el cubo de agua.

—Cierra la puerta, dijo su amo.

El mozo vaciló y obedeció.

—Deja la puerta abierta, replicó Bertrand, al menos verán mis muchachos el fuego, y asi se alegrarán.

En seguida aparecieron á cada lado de la puerta dos hombres con la escopeta en la mano.

—Estan todos en sus puestos? preguntó el faccioso.

— Sí, respondió uno de los centinelas.

—Muy bien, dijo el gefe de los facciosos, que se habia acercado á la puerta echando una mirada á la parte de afuera.

Santiago le siguió atentamente con la vista y Mariana observaba con ansiedad los menores movimientos de su marido.

—Me dirás ahora lo que qnieres? preguntó Santiago al faccioso.

Este se sentó junto al fuego; Santiago hizo una seña á su mujer, á su hijo y á sus criados para que se mantuvieran en el fondo de la cocina, y se colocó de pie junto á su padre, al otro lado del hogar. La religiosa y Luizz se pusieron entre el faccioso y el campesino, haciéndose, digámoslo asi, intermediarios desinteresados en la cuestion que se iba á tratar. Bertrand jugaba, mirando al suelo, con la correa de su escopeta, como si no se atreviera á hablar. Oíase la tempestad que combatia por todas partes la casa.

—Estoy esperando tu respuesta, añadió Santiago despues de un instante de silencio.

—No has recogido en tu casa un oficial de línea herido? dijo Bertrand bruscamente, como si se alegrase de que se le interpelara.

—Sí.

—Es preciso que nos entregues ese oficial.

—Si se está muriendo! esclamó la religiosa; seria acabar de matarle!

—Y aun cuando estuviera tan bueno como yo, no te se entregaria; respondió desdeñosamente Santiago Bruno.

—Escucha; Santiago, repuso Bertrand; he venido á aqui como amigo, y te pido por bien lo que puedo obtener por mal.

—Es cierto, dijo Santiago; puedes hacer que nos maten á todos, á mí, á mi padre, á mi mujer y á mis hijos; puedes asesinarnos y en ello tendrás mucho gusto; puedes....

—Sabes muy bien que no lo haré, Santiago, aunque te hayas empeñado en no abrazar la buena causa, contestó el faccioso con impaciencia.

—Si lo harás, replicó el labriego, porque no te entregaré el oficial, y para llegar á donde él está, tendrás que pasar por encima de mi cadáver.

—Cuánto has cambiado, y cuanta aficion tienes al nuevo régimen! dijo Bertrand con frialdad. Asi te espones por un hombre á quien no conoces?

—Me espongo porque ese oficial, quien quiera que sea, está en mi casa, y no quiero que se toque á ese hombre como no quiero que se toque á mi mujer, como no quiero que se toque á mi padre....

Santiago pareció irritarse de repente interiormente, y añadió:

—Como no quiero que se toque á una paja ni á un clavo de esta casa.

—No se tocará á un clavo ni á una paja de tu casa, dijo Bertrand.... Pero ese oficial es forastero y te importa poco entregárnoslo. Además, los gendarmes han cogido esta mañana á Jorge y le han llevado á la cárcel de Angers. Necesitamos uno que nos responda de la vida de Jorge, y si quieres entregarnos ese oficial....

—Debimos recogerle esta mañana, pues se estaba muriendo en medio del camino, dijo Santiago.

—Debísteis dejarle allí, y así le hubiéramos encontrado nosotros.

—Le hubiérais encontrado muerto, dijo sor Angélica.

—Es posible, contestó el faccioso, y en ese caso hubiera sido uno menos. Pero ya que vive, es necesario que nos sirva de algo; podremos cangearle con Jorge. Vamos, dónde está?

Bertrand se levantó y se dirigió hácia el cuarto del herido. La hermana Angélica se precipitó á la puerta.

—No entreis! esclamó con tono suplicante; la menor conmocion puede matarle.

—Bertrand! dijo con voz fuerte el anciano ciego; hace algun tiempo me preguntaste por qué no habia tomado las armas mi hijo, y por qué le habia vuelto yo con mis consejos; ahora te diré que fue porque no quise que tomara parte en una guerra de asesinos y de ladrones.

—Hablas por mí de esa manera? preguntó Bertrand.

—Por tí, respondió el tio Bruno adelantándose hácia Bertrand.

—Te contestaré muy pronto, dijo este último, pero antes de todo quiero ver al oficial. Perdonad, hermana, añadió dirigiéndose á sor Angélica, no me obligueis á hacer uso de la fuerza; entraré porque quiero entrar.

—Acercaos á hacerlo, repuso la religiosa apoyando la espalda en la puerta y presentando á Bertrand el crucifijo que pendia de su rosario.

Bertrand se quitó el sombrero y se santiguó. Dirigió á su alrededor una mirada iracunda, pero no se atrevió á alzar la frente ante la jóven y volvió á sentarse en su sitio, refunfuñando como el dogo que busca presa á que poder arrojarse.

—Has concluido tu comedia? le preguntó Santiago.

—Ahora mismo la concluiré si tú quieres, contestó Bertrand con esplosion levantándose de repente.

Y, por un movimiento rápido, derribó á Santiago; pero mientras el faccioso se dirigia á la puerta del cuarto del herido, Mateo se acercó á su padre y le dió la escopeta que estaba escondida en un rincon de la cocina; al mismo tiempo Santiago tendió al suelo á su enemigo en tanto que el niño, precipitándose sobre Bertrand bajó el cañon de la escopeta de éste. Todo esto pasó con la rapidez del relámpago, y Santiago esclamó con voz terrible:

—Si alguien da un paso hácia el cuarto, cae muerto Bertvand.

Hubo un momento terrible de silencio, durante el cual se oian las sordas ráfagas del viento y la lluvia que azotaban la casa; de pronto sonó un tiro, y cayó al suelo la escopeta de Santiago, rota por una bala.



Uno de los compañeros de Bertrand, oculto en la sombra del patio, habia deslizado el cañon de su escopeta por entre los dos centinelas, y habia apuntado á su gusto al labriego.

—Quién ha tirado? esclamó el tio Bruno.

—Un faccioso, contestó Santiago.

Al mismo tiempo los lamentos de Mariana y los del niño manifestaron al anciano ciego que habia sido herido su hijo, y se siguió una escena de tumulto inesplicable y de terror estraño. El ciego, armado de un gran cuchillo se lanzó hácia el lado donde creia hallarse el gefe de los facciosos, y esclamó:

—Bertrand! Bertrand!

Pero éste le esquivó, y entonces el anciano se puso á recorrer el aposento con el cuchillo levantado esclamando con furor:

—Bertrand! Bertran! donde estás? asesino! dónde estás! Oh! ya empiezas de nuevo!

El ciego recorrió asi toda aquella estensa pieza, tropezando con los muebles, blandiendo su arma y repitiendo sin cesar: Bertrand! dónde estás? en tanto que todos los que se hallaban á su paso huian diciéndole sus nombres con terror; de este modo llegó á su hijo, y asiéndole del brazo le dijo con acento ronco y furioso:

—Eres tú?

—Yo soy, padre. Apaciguaos, que vais á hacer que maten á todos.

—Te han herido?

—Me han roto un brazo, el que me teneis cogido: soltad, que me haceis daño.

El ciego retrocedió dando un grito, soltó el brazo de su hijo y cayó de sus manos el cuchillo.

Bertrand apartó el arma con el pie, y dijo con calma:

—Tú te lo has querido, Santiago.

—Asesino y ladron! esclamó el ciego.

—Ni lo uno ni lo otro, dijo Bertrand; pero quiero lo que quiero, y me parece que tú debes saberlo. Si Santiago no hubiera tomado la escopeta no le hubiera sucedido nada; ha hablado y se le ha respondido.

—Ya te llegará tu vez, repuso Bruno.

—Será cuando Dios quiera.

—Os atreveis á invocar á Dios despues de cometer tal crimen? dijo sor Angélica.

—Sí, hermana, yo no soy como alguno de nosotros; yo no hago el mal por el mal, yo no mato mas que los que me quieren matar.

—Pero robas á los que no puedes matar, replicó el tio Bruno, para quien un robo quizá era un delito mayor que un asesinato, porque el robo no tenia la escusa política que los facciosos daban á su rebelion.

—Ahora caigo.... dijo Bertrand, y añadió, señalando á Luizzi, sin duda ese es el viagero que se ha quejado de haber sido detenido. Pues bien: os juro que si los que han cometido esa accion son de los nuestros, serán severa-

mente castigados y ese forastero no irá diciendo que somos desvalijadores de caminos.

Mariana y la hermana de la caridad habian desnudado á Santiago el brazo y mientras lavaban la herida, Bertrand recobró su asiento. El fuego, falto de leña, casi se habia ido apagando, y la palmatoria, agitada por el viento que penetraba en la alcoba, iluminaba con luz triste y moribunda aquella escena de desolacion. Bertrand tomó la palabra, y dirigiéndose á Luizzi le preguntó:

—Dónde habeis sido detenido?

—No puedo decíroslo á punto fijo, contestó el baron bastante embarazado, pues su valor le habia ido abandonando en presencia del peligro tan nuevo y desconocido para él.

—Pero en fin, repuso Bertrand, á qué distancia de Vitrée os hallábais?

—Iba durmiendo en el carruage, murmuró el baron, y no sé....

—No tembleis, dijo el faccioso; de nada se os acusa, nada va con vos. Responded: qué os han quitado?

—Mis papeles, mi dinero.... balbuceó el baron.

—Y qué papeles son esos?... cuanto era el dinero?

—Mi pasaporte y algunas letras.

—Y cuánto dinero?

—Cuanto dinero?... no sé.

—Cómo es eso? con que no lo sabeis?

—Sobre dos mil francos.

—En oro ó en plata?

—En oro, contestó el baron precipitadamente para ocultar su turbacion.

—Y en qué carruage viajábais?

—En silla de posta.

—Es que hay muchas clases de sillas de posta, replicó Bertrand, que examinaba al baron con una mirada que contribuia singularmente á la turbacion de éste.

—Era.... era.... una calesa.

—Ya! Y tenia sin duda bolsas y porta-capas.

—Sí, sí, dijo el baron.

—Y qué habia en las bolsas?

—Habia.... lo que suele haber siempre.... camisas.... ropa....

—Es que quiero que se os devuelva todo religiosamente, escepto las armas si es que las llevábais.

Como esto no era una pregunta, Luizzi se creyó dispensado de contestar, y Bertrand continuó:

—Y cuál es vuestro nombre?

—Mi nombre, dijo el baron, no puedo.... no quiero decírosle.

—Le sabremos por el pasoporte, si es que viajábais con un pasaporte capaz de enseñarse.

—Me parece, repuso el baron comprendiendo el embarazo á que le habian llevado sus mentiras y sus vacilaciones, me parece que os importa muy poco saber quien soy. No os reclamo mi carruage ni mi dinero; dejadme libre, que es todo lo que os pido.

—Ya! dijo el faccioso, os creo, y hasta estoy persuadido de que no pensais mucho en el carruage y el dinero que habeis perdido.

Al decir esto el faccioso, llegó corriendo el mozo que el tio Bruno habia enviado á inquirir noticias del carruage.

—Ola Buenhijo, dijo Bertrand, has hecho lo que tu amo te mandó?

El mozo se detuvo viendo herido á Santiago é inclinó la cabeza.

—Responde, ganapan! dijo Bertrand irritado. Oí á ese hombre en la cruz de Veziere contar su historia al tio Bruno y sé á donde te se envió. Vamos, qué es lo que has sabido?

—Voy á deciroslo, contestó Buenhijo: no ha pasado silla de posta por Vitrée hace dos dias.

—Ya lo sabia yo! murmuró Bertrand. Eh! muchachos! coged á este bribon, atadle como se ata á un ternero por las cuatro patas, y echadle al fondo del charco grande.

—A mí! esclamó Luizzi retrocediendo ante los cuatro ó cinco paisanos armados que entraron á un tiempo; á mi! por qué?

—Porque asi tratamos nosotros á los espías.

—Pero yo no soy espía; soy forastero en este pais.

—Pero quién eres? dijo Bertrand.

—Soy.... soy el baron de Luizzi.

—El baron de Luizzi! repitió una voz de mujer; y en seguida la hermana Angélica se acercó á Armando y le dijo mirándole á la cara:

—Sois el baron de Luizzi?

—Sí, soy Armando de Luizzi.

—En efecto, dijo la hermana examinándole; sí, es cierto....

—Pero quién sois vos, hermana, que al parecer me conoceis? Acaso habeis estado alguna vez en la casa de donde yo acabo de salir.

—No sé de donde habeis salido, respondió Angélica..... en cuanto á mí soy.... Pero despues de diez años quizá no os acordareis.... Quiero hablaros. Armando, aunque os haya hallado demasiado tarde....

En tanto que el baron, salvado por aquella intervencion inesperada, procuraba dar un nombre á aquella mujer cuyas facciones le habian chocado tanto, Bertrand se adelantó y dijo á sor Angélica:

—Con que conoceis á ese hombre?

—Sí.

—Respondeis de él?

—Si.

—Pues que se quede, dijo Bertrand. Vámonos nosotros, que se acerca el dia, añadió alzando la voz.

—Y el oficial? esclamaron los facciosos que permanecian á la puerta.

—Está preparada la camilla? Id á buscarle, y cuidado con hacerle daño.

Bruno se levantó de su asiento y dijo á Bertrand:

—Hoy eres tú el mas fuerte, Bertrand, ya llegará la mia.

—Estaos quieto, y callad no sea que les deis la tentacion de prender fuego á la casa y saquearla. Yo por mi parte he hecho todo lo que he podido para evitar una desgracia.

Santiago, rodeado por su mujer y sus criados, no habló una palabra; y en tanto que este grupo se estrechaba en el fondo de la pieza, Luizzi y la religiosa se apartaron para dejar pasar la camilla en que se habia colocado al herido. En el instante en que la camilla iba á pasar por delante de la hermana Angélica, esta miró al oficial y dijo retrocediendo espantada:

—Enrique!....

El herido levantó un poco la cabeza, y exhalando un grito volvió á caer murmurando con voz moribunda.

—Carolina!... Carolina!...

Los portadores de la camilla se habian detenido; pero continuaron su marcha á un gesto de Bertrand en tanto que la hermana de la caridad se ocultaba en los brazos de Luizzi esclamando:

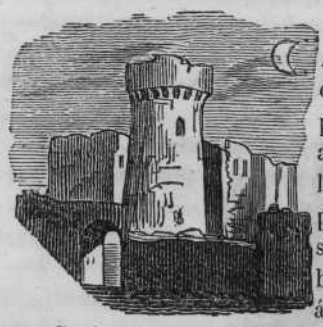
—Oh! hermano mio! hermano mio!





XII.

El convento.



AROLINA! Carolina! repetia Luizzi sorprendido como si el nombre de aquella mujer solo despertase en él un recuerdo confuso, semejante al que sus facciones habian despertado. Carolina! Carolina! tornaba á repetir, sin dar á la palabra hermano, pronunciada por ella con sentido mas íntimo que el que daba á la palabra hermana, cuando con este nombre llamaba á la religiosa.

—Será posible! dijo la jóven con dolor; no os acordais ya?

—Pero se detuvo mirando á su alrededor, y Santiago que notó este movimiento, se apresuró á decir:

—Si quereis hablar particularmente á este caballero, podeis entrar á este cuarto; alli estereis solos, y estoy seguro que nadie os incomodará.

La religiosa dió las gracias á Santiago por medio de un gesto afectuoso, y entró la primera murmurando por lo bajo:

—Dios mio! Dios mio, qué cosa tan estraña!

Luizzi la siguió y cerró la puerta; luego se acercó á la hermana Angélica y la dijo:

—Carolina! Carolina! Sí, yo conozco ese nombre; pero desde que le oí pronunciar me han sucedido tantas cosas.....

La hermana de la caridad separó la toca blanca que ocultaba su rostro, y dijo:

—Miradme, Armando, miradme bien. No hallais en mi rostro algo que os sea conocido?

—Sí, contestó Armando, examinando el santo rostro de la jóven; pero es muy singular el recuerdo que en mí despertais: diríase que es un recuerdo doble. Creo haberos visto de menos y de mas edad.

—Teneis razon, Armando, porque recordais á la vez á la niña que vísteis en Tolosa y á la noble mujer, á la pobre hermana que me sirvió de madre, y á la cual dicen que me parezco estraordinariamente.

—Oh, Carolina! hermana mia! esclamó Luizzi. Carolina! pobre niña! cuán triste es volveros á ver asi!

—Ay! dijo la jóven, desde que Sofia, es decir, Mad. Dilois, se vió precisada á abandonar á Tolosa.....

—Por culpa mia, la interrumpió el baron.

—Desde entonces he sufrido mucho, Armando!

—Y ahora que ha muerto.....

—Ha muerto! repitió la religiosa.

—Sí, ha muerto bajo el nombre de Laura Farkley, y tambien por culpa mia, respondió Armando; yo he sido fatal á cuantos he amado, ó á cuantos se han acercado á mí.

—Y por qué? Dios mio!

—No puedo..... no debo decíroslo. Pero que ha sido de vos, Carolina, durante diez años? Cuál es vuestra vida?

—La vida triste y dolorosa de una pobre niña sin familia.

—Es preciso que me conteis vuestras desgracias, Carolina! Es preciso que yo las repare.

—Os debo esa confidencia, hermano mio, y voy á hacérosla. Nada os ocultaré. Perdóneme Dios y vos tambien si bajo este santo hábito hablo de faltas por las que he sido cruelmente castigada, de sentimientos que no han podido borrar la penitencia, y que el Señor quiere que vivan en mí para que sean mi eterno tormento.

—Hablad, Carolina, hablad, seré indulgente. El destino que ha uncido al mal á toda nuestra familia ha pesado sobre vos como sobre mí, mucho lo temo; pero vos careceis de riquezas de nombre, de un ser que os proteja, y yo solo podré deplorar vuestra desdicha.

Luizzi alargó una silla á su hermana y se sentó á su lado, triste ya,

pensando que iba á oir la historia de una vida culpable ó descarriada. La jóven se recogió en sí misma un instante, y empezó así:

—«Ya sabeis de qué modo se vió Sofía obligada á dejar á Tolosa. Sin embargo de su desesperacion, no olvidó á la pobre niña á quien habia adoptado pues puso bajo su nombre una suma de 60,000 francos, en casa de Barnet su notario, y vuestro tambien segun creo. Aquella suma debia entregárseme en cuanto yo fuera mayor de edad, con arreglo á lo dispuesto por Sofía. Una parte de los rendimientos se hallaba destinada á sufragar los gastos de mi educacion, y lo restante habia sido colocado por Mr. Barnet para aumento del capital, y hace pocas dias que he recibido una carta del honrado notario que me anuncia que mi capital asciende ya á ochenta mil francos, y que esta suma es bastante considerable para que me proporcione un partido ventajoso, si es que quiero volver al siglo, pues no he pronunciado aun mis votos.

—Y nunca los pronunciareis, dijo el baron.

—Los pronunciaré muy pronto, hermano mio, respondió Carolina; conozco el mundo, y sé la falsedad que encierra.

—Dónde habeis vivido, pobre hermana mia, para haber formado tan mala opinion del mundo?

—Desde que Sofía dejó á Tolosa hasta ahora que os hablo, he vivido en un convento.

—Y pretendeis conocer el mundo?

—Le conozco bastante para no querer conocerle mas; contestó Carolina exhalando un profundo suspiro, y dejando escapar algunas lágrimas de sus bellos ojos azules que dirigia al cielo.

—Acaso creyó Mr. Barnet cumplir los deseos de la infortunada Sofía colocándoos en un convento?

—El honrado notario hizo lo que creyó mas conveniente. Sin duda ya recordareis cuán áspera y bachillera era Mad. de Barnet; despues de dos semanas pasadas en su casa, acepté como un beneficio de mi tutor la proposicion que me hizo de entrar en un convento de hermanas de la caridad. Una razon que Mr. Barnet no me ha esplicado, parecia haberle determinado á proponérmelo y nunca podré olvidar las estrañas palabras que con aquel motivo me dijo:

—Sois hija de un Luizzi, aunque no tengais derecho á llevar ese apellido. El mundo ha recibido fatalmente á todos los miembros de esa familia: parece que una fatalidad inesplicable los persigue. Entrad en un convento y Dios os inspire el deseo de permanecer alli hasta que os llame á su seno. Ojalá que alli encontreis un asilo que os proteja de la suerte que ha perseguido á todos los de vuestra sangre.»

Carolina se detuvo, y Luizzi se puso pensativo.

—Con qué os dijo eso Barnet? preguntó el baron despues de un instante de silencio.

—Sí, hermano mio; quizá podreis vos esplicarme esa fatalidad con que me amenazaba.

—Puedo conocerla, pero me es imposible esplicárosla: me está prohibido. De todos modos es bien terrible y poderosa cuando os ha perseguido hasta en la casa de Dios, y allí habeis sido culpable ó desgraciada. Pero hablad, hermana mia, hablad, que os escucho.

—Once años tenia yo cuando entré en el convento en clase de pensionista. Hasta los diez y seis viví dichosa y contenta, aunque escesivamente mimada por la bondad de las religiosas, á juzgar por lo que decian mis compañeras, porque segun ellas se esperaba hacerme profesar, y adquirir por este medio para el convento mi modesta fortuna, que pasaba por considerable á los ojos de aquellas mujeres que habian hecho voto de pobreza.

—Eso es muy posible, dijo el baron.

—No lo creais, Armando, replicó Carolina con una candidez llena de fé; nunca se me ha hablado una palabra tocante á mis intereses; nunca se me ha hecho una alusion que me diera derecho á suponer que lo poco que poseo fuera objeto de codicia para las madres.

El baron reflexionó que esto podia muy bien probar mucha destreza; pero ocultó esta reflexion, tanto por no interrumpir el relato de la jóven, como por no desengañarla acerca de las personas con quienes parecia resuelta á vivir. Carolina continuó:

—A los diez y seis años empezaron mis disgustos; hasta entonces habia vivido con las jóvenes pensionistas entradas como yo en el convento; habíamos crecido juntas, amando y buscando los mismos placeres, entregadas á las mismas ocupaciones, compartiendo los mismos estudios y los mismos trabajos. Solo un disgusto turbaba de vez en cuando mi dulce indiferencia: habia dias señalados en que mis compañeras dejaban el convento para ir al seno de sus familias; durante aquellos dias se convidaban recíprocamente, y cuando volvian al convento hablaban de sus placeres. Nunca fuí yo convidada, pregunté algunas veces la causa á la superiora, y me contestó que como las familias de aquellas señoritas no me conocian no me podian convidar; luego enjugaba mis lágrimas dándome algun objeto ardientemente deseado por mí, ó eximiéndome de trabajo, y yo me consolaba jugando, de mi falta de familia y amigos.

A pesar de esto, una vez que iba á ir al campo á pasar algunos dias con Mr. Barnet, rogué á una de mis amigas que fuese allí á verme; aceptó, pero no cumplió su promesa. Me quejé á mi vuelta al convento; pero se contentó con responderme: «Me lo ha prohibido mamá.» Corrí resentida á contárselo á la superiora, y ésta procuró persuadirme de que la madre de mi jóven compañera, sabiendo que Mr. Barnet no era de mi familia habia creido insuficiente mi invitacion. Por primera vez no pudo satisfacerme esta esplicacion; por primera vez acudió á mi imaginacion la idea de mi aislamiento el mun-

do, y me inspiró una tristeza que lograron por de pronto ahogar los cuidados de la madre; pero que se renovó con mas fuerza en vista del nuevo aislamiento en que hasta en el convento mismo me ví muy pronto.

Poco á poco y dia tras dia fueron dejando el convento para volver á sus familias todas las jóvenes con quienes yo habia pasado mis primeros años; reemplazándolas otras, pero no eran de mi edad. Permanecí siendo niña todo el tiempo que pude, por no quedar sola, pero ninguna envejecía conmigo: todas las pensionistas volvian á casa de sus padres al llegar á los quince ó diez y seis años, y á los diez y nueve me hallaba yo tan sola como el anciano que habiéndose prolongado estraordinariamente su vida ha visto morir todos sus amigos. Aunque todavia jóven, mis recuerdos de la infancia solo eran mios, y no tenia á nadie á quien decir: « Te acuerdas? »

En aquella época pedí y obtuve el hábito de novicia, y tambien fué en aquella época cuando Julieta entró en el convento.

—Quién es esa Julieta? dijo Luizzi.

—Julieta ha sido mi única amiga en este mundo, despues de Sofia, respondió Carolina.

—Era de Tolosa?

—Yo no sé; era hija de una pobre viuda llamada Genlis, que habitaba en Auterive, donde tenia una tiendecilla de mercería, y además alquilaba libros. Los productos del comercio de Mad. Genlis eran tan pequeños que no pudiendo esperar un buen acomodo para su hija la destinó á tomar el hábito, porque tanto ella como su hija eran personas bien nacidas, y Julieta preferia la pobreza del cláustro á ocupar en el siglo una posicion dependiente de gentes, cuyas maneras rústicas hubieran podido humillarla.

Sin embargo, parecia que aquella resolucion le habia costado trabajo, porque cuando Julia entró en el convento estaba triste, pálida, y parecia sufrir tanto, que yo tomé par ella el mas vivo interés. Entonces esperé una compañera.

Habia bastantes novicias de mi edad; pero es preciso decirlo: las que se destinaban á la asistencia de los enfermos, eran en su mayor parte pobres jóvenes, aldeanas, ignorantes y rústicas, y las que debian dedicarse á la educacion de las pensionistas afectaban ya un tono tan doctoral y un continente tan severo que no sabia con quien compartir mis risas y mis lágrimas. Julieta fué la compañera que yo deseaba. Solo tenia dos años mas que yo, aunque á su llegada representaba mas edad á causa de su palidez y su flaqueza. Al principio me disgustó, ó mas bien me causó miedo. Sus ojos eran pequeños, pero su mirada era tan penetrante que parecia profundizar el pensamiento de la persona á quien se dirigia; su cabello, de un rubio casi encarnado, la daba un aire estraño. Era alta y delgada, y sus movimientos eran tan lentos y negligentes, que parecia haberse reconcentrado toda su vida en el fuego de sus ojos, como toda su gracia y su espresion en una sonrisa

llena de caricia ó de sarcasmo, segun su humor, que me chocó desde luego. Nuestras relaciones fueron bastante frias al principio; pero no tardamos en entendernos, y cuando yo supe su historia y ella la mia nos juramos una eterna y sincera amistad. Esta amistad fué una dulce esperanza para mí y un consuelo para ella. Yo recobré la calma y la confianza que habia perdido, y ella recobró de pronto su salud. Yo la amaba tanto mas, cuanto que era tratada con dureza por la superiora y por las hermanas legas, y no pocas veces pude dulcificar la severidad que la mostraban sin duda porque era pobre.

Julieta no era ingrata, y sea que yo olvidase el cumplimiento de un deber de mi noviciado, sea que faltase en algo á la regla de la casa, ella ocultaba mis faltas con cuidado, y me ahorraba asi un castigo penoso, ó el disgusto mas penoso aun de ir á confesar mi culpa y pedir perdon á la superiora. Cuán santa y verdadera era nuestra amistad! Todo lo mio era suyo, y yo no manifestaba un deseo que ella no se apresurase á satisfacer. A pesar de todo, llegó un dia en que dudé me amase con tanta sinceridad como decia. Recibió una carta de su madre, y pasó el dia llorando le pregunté la causa de sus lágrimas, y se negó obstinadamente á decírmela. Por último, llegada la noche, como paseáramos juntas por el jardin, la supliqué con tantas instancias, que concluyó por responderme:

—Por qué te empeñas en que te manifieste una desgracia que ni tú ni yo podemos remediar? Pobre madre mia!

—Pero qué ha sido?

—Tú que nunca has vivido fuera de aqui, no puedes comprender esa desgracia; mi madre ha sido víctima de la mala fé de un comerciante, saliendo fiadora de él.

—Se trata de alguna letra de cambio? dije yo.

Julieta me miró con tal sorpresa, que á pesar de su dolor no pude menos de reirme.

—De qué sabes tú eso? me preguntó.

—Has olvidado que antes de entrar aqui estuve en casa de Mr. Dilois, y que, niña y todo, ocupaba un puesto en el escritorio de la casa de comercio que dirigia mi madre adoptiva?

—Sí, sí, dijo Luizzi interrumpiendo el relato de Carolina; yo me acuerdo de aquella linda niña que estaba sentada en una gran mesa, estendiendo con mucha formalidad las facturas que la dictaba Cárlos.

—Pobre Cárlos, esclamó Carolina, que ha muerto tambien!

—Sí, sí, pobre hermano mio! dijo el baron abatido por aquel doloroso recuerdo que, asi como todos los que evocaba, solo le presentaba desgracias, que eran obra suya. Pero en seguida, y como si quisiera ahuyentarle, dijo:

—Carolina, continuad, continuad.

La jóven continuó:

—En efecto, se trataba de una letra de cambio, que la buena Mad. Genlis no podia pagar, y para cuya satisfaccion se la habia amenazado con embargarle y venderle sus géneros. Se trataba de una suma de mil doscientos francos, segun creo.

—Y por qué no me lo has dicho? esclamé. Yo puedo dártelos.

—Yo no pido limosna ni mi madre tampoco, respondió Julia con una altivez que me pareció humillante; pero que escusé inmediatamente.

—Si no quieres que te los dé; te los prestaré.

—Oh! cuánta generosidad!..... esclamó Julia: Luego se detuvo un instante, y añadió: Pero no, si se supiera en el convento, sabe Dios lo que se diria. Se diria que yo te habia suplicado, que lo habia mendigado, que habia abusado de tu amistad..... No, no.

—Y por temor de algunas murmuraciones, renuncias á salvar á tu madre?

—Pobre madre, mi buena madre!..... esclamó Julieta deshaciéndose en lágrimas. Y no tener yo nada, ni el menor recurso que proporcionarla!

—Yo tengo dinero, la dije.

—No, me contestó. Me castigaria cruelmente la superiora por haber aceptado ese servicio, suponiendo que os habia estafado.

—No sabrá nada.

—Es imposible.

—Yo te lo aseguro.

—Y cómo lo conseguirás?

—Acepta, que lo demas corre de mi cuenta.

Julieta vaciló largo rato; pero á fuerza de súplicas, y sobre todo cuando yo la hube prometido repetidamente que la superiora ignoraria lo que yo iba á hacer, dominó su orgullo, y al cabo consintió. En seguida escribí á Mr. Barnet rogándole que fuera á verme, lo que hizo inmediatamente, pues tal era la urgencia con que yo le llamaba. Asi que nos vimos solos en el locutorio

—Mr. Barnet, necesito mil doscientos francos.

—Dios mio! Y para qué? esclamó absorto el notario.

—Necesito mil doscientos francos, os lo repito. Mis intereses se hallan en vuestro poder, y yo os pido esa suma.

—Pero necesito saber á qué la destinais; porque si es la superiora quien os ha inducido á hacerme ese pedido, no consentiré en hacerme cómplice de semejante estafa.

—Al contrario, es preciso que lo ignore la superiora.

—Eso aumenta la gravedad del asunto: no consentiré en daros semejante suma, sin saber primero de qué se trata.

—Se trata, le dije, de salvar á una pobre mujer á quien se quiere arruinar.

Y en seguida le conté la desgracia de la madre de Julieta. Mr. Barnet reflexionó largo rato, y al fin no contestó:

—Es posible.... Quiero creer que sea cierto, porque no se debe pensar siempre mal de nuestros semejantes; ademas, hija mia, esta es la primera vez que me pedís dinero, y es para llevar á cabo una buena accion; quizá asi conjurareis la mala suerte que os persigue.... No quiero negároslo; yo os traeré los mil doscientos francos.

—No, no los traigais á aqui: para que esteis persuadido de que no os engaño, enviádselos directamente á Mad. Genlis, á Auterive.

—Carolina, me dijo entonces afectuosamente Mr. Barnet, ni por un momento he abrigado la idea que me engañáseis; lo que he temido es que os engañasen á vos.

—Ah! podeis creer eso!

—Yo no lo creo. Esta tarde misma enviaré el dinero y quedareis contenta de mí.

Dí las gracias á aquel escelente sugeto como si me hubiese salvado á mí misma, y corrí á llevar tan buena noticia á Julieta, la cual me dijo, valiéndose de una frase que pintaba toda la delicadeza y todo el orgullo de su alma, procurando ocultar sus lágrimas:

—Qué dichosa eres, pues puedes hacer bien á las personas á quienes amas!

Yo la consolé lo mejor que pude del servicio que su pobreza la habia obligado á aceptar, y nos hallamos mas unidas que nunca.

—Cualesquiera que sean vuestras faltas, dijo el baron, esa accion, Carolina, debe seros contada en compensacion de ellas, porque es bueno haber comenzado á vivir con un beneficio.

Ay! ese beneficio ha sido, sin embargo, el orígen de todas mis desdichas! El beneficio en que al parecer tenia esperanzas Mad. Barnet.... ese beneficio, repito; me ha perdido!

—Será posible, murmuró Luizzi por lo bajo: será posible que siempre sea el mal el premio ó la consecuencia del bien! Pero decidme, Carolina, cómo ha sido esa accion el orígen de todas vuestras desdichas?

—Vedlo aqui. Lo que acabo de contaros pasó en el mes de agosto. Madama Genlis pasó á Tolosa hácia fin de setiembre, y nosotros la vimos en el convento. La manera con que aquella escelente y desgraciada mujer me demostró su gratitud, me confundió. Su reconocimiento no hallaba palabras bastante vivas para la que habia salvado su honor y su vida, porque me decia en un movimiento de exaltacion, que habia resuelto morir.

—Y yo no os hubiera sobrevivido, madre mia! esclamó Julieta echándose en los brazos de Mad. Genlis.

El espectáculo de aquella ternura mútua me hizo mal: entonces fué cuando comprendí mejor que nunca que me hallaba sola en el mundo, y hubiera preferido la miseria y la desgracia de aquella jóven, que tenia una madre, á la dicha y el dinero que la habian salvado. Entre las pruebas de reconocimiento de Mad. Genlis hubo, sin embargo, una que me llenó de placer.

—Vengo á buscar á mi hija por algunos dias, me dijo; dignaos acompañarla á la casa que debo á vuestra beneficencia. Venid, pues, allí sereis recibida como un ángel salvador. No os negueis á ello, pues seria humillarme, seria echarme en cara el bien que me habeis hecho.

—No tengo esa intencion, señora, le contesté, y acepto con placer si la señora superiora me permite acompañaros.

—Bastará decirselo.

Fuí á ver á la superiora, que desde luego se negó á mi solicitud con una frialdad que nunca habia usado para conmigo. Aquel rigor me irritó, y no pude contenerme lo bastante para no decirle que si era asi como hacia soportable mi permanencia en el convento. La superiora me trató entonces con un rigor que me demostró cuán fuera de razon habia sido mi arrebato. Admirada yo misma de mi audacia, varié de tono y la supliqué me concediese como una gracia lo que la pedia.

—Ay señora! la dije; esta es la primera vez que yo, pobre huérfana, hallo alguien que me quiera admitir en su compañía; alguien que no me rechace, y vos me quitais el primer consuelo que me hace olvidar cuán abandonada me hallo en este mundo!

Al parecer mis lágrimas enternecieron á la superiora mas de lo que yo esperaba de la manera con que me habia recibido, y al fin me respondió:

—Id, Angélica (yo habia tomado este nombre al empezar mi noviciado); yo hubiera querido que pasárais esos ocho dias en otra parte; pero ya que tan ardientemente lo deseais, yo os lo permito, y asi conocereis que aqui hallareis siempre indulgencia y solicitud en satisfacer vuestros deseos.

—Hé ahí, pensó Luizzi, una condescendencia que solo pueden esplicar los 60,000 francos de mi hermana. Sin embargo, encerró en su interior esta reflexion, á fin de no interrumpir el relato de Carolina, que continuó:

A la mañana siguiente partimos para Auterive en un carruage descubierto que para aquel pequeño viage alquiló Mad. Genlis. No podeis figuraros, Armando, las dulces y vivas impresiones que esperimenté durante el camino. Solo las comprenderíais bien si supiérais lo que es pasar algunos años entre los muros de un convento, en un edificio cuyos departamentos se saben de memoria, donde todas las cosas son tan constantemente semejantes, que una piedra desprendida de la pared, y una baldosa rota en corredor, es un suceso que llama la atencion y entretiene; lo comprenderíais, hermano mio, si supiéseis cuán tristes son esos paseos que se limitan á un cercado cuyos árboles se conocen uno por uno, cuyas calles se han registrado mil veces, cuyas flo-

res se han contado, y al cual no se baja con curiosidad mas que la mañana siguiente á una tempestad para ver si hay ramas desgajadas, plantas arrancadas, estragos, en fin, que reparar y que puedan proporcionar á las felices reclusas uno ó dos dias de cuidados nuevos é inesperados. Aquel dia entré en un horizonte que no se limitaba á una vetusta pared cubierta de yedra; caminaba por una senda que no desembocaba en una puerta doble de una verja que nunca se abria. No hallaba cada instante rostros austeros pasando junto á mí en silencio y con los ojos gravemente bajos. No oia esas voces eternamente monótonas, y cuyas palabras hubiera yo podido decir antes de ser pronunciadas. Durante todo el camino hallaba infatigables viageros que caminaban con ligereza hablando en voz alta acerca del objeto de su viage; jóvenes vivarachas reian entre ellos, y solo reprimian sus alegres risotadas al aspecto de nuestro hábito religioso, y para dirigirnos un humilde saludo como si toda alegria debiera cesar á nnestra presencia. Luego, no bien habiamos pasado nosotras, tornaban á su canto y sus joviales pasatiempos. Por otra parte veíamos carruages llenos de damas muy elegantes; y como era la época de las vendimias, veíamos pasar numerosas cuadrillas de hombres, de mujeres, de niños con sus cestas; los mulos y los caballos con sus *compuertas* (1) llenos de racimos, yendo á desocuparse al lugar y volviendo vacios y cargados entonces de niños de corta edad que gesticulaban y cantaban saludando á los pasageros desde aquella especie de carro ambulante. Aquella vida, aquella actividad que reinaba por todas partes, me sorprendia y me encantaba á la vez. Miré y escuché: todo era para mí nuevo; las casas amarillas dispersas á ambas orillas del camino; las largas avenidas que conducen á las grandes quintas; los campanarios lejanos que señalan las aldeas: todo cuanto pasaba me interesaba. Yo admiraba aquellas grandes carretas arrastradas por diez caballos; seguia con la vista al pobre mendigo montado sobre un asno: todo me admiraba, desde los altos Pirineos que veia á lo lejos blancos y azules, hasta los arroyos del camino donde corria el agua entre floridos juncos, desde los olmos inmensos y libres que abrigaban las cabañas de los pastores, hasta las zarzas de los senderos á donde iban los niños á coger moras negras.

Era ya de noche cuando llegamos á Auterive. La casa de Mad. Genlis no era grande y hermosa como la de Mad. Dilois; pero tampoco era una estrecha celda cerrada con llave y á través de cuya puerta penetra el viento y el frio que hiela á una. Ardia un gran fuego en la cocina; la criada nos sirvió una cena bien condimentada, y pudimos hablar alto, reir y quitarnos nuestra toca sin ser severamente amonestadas ó amenazadas de hacernos poner de rodillas en mitad del refectorio. Cuán dichosas fuimos aquella noche! Yo par-

(1) Especie de cubos sujetos al aparejo de las caballerías.

ticipé de la alcoba de Julieta y tuvimos el placer de charlar juntas sin que nos separase la campana que señala á una hora fija la del reposo, como si el reposo se ordenase como el trabajo y la oracion.

Entonces fué cuando yo cometí mi primera falta. Hablé á Julieta de nuestro viage con tanto entusiasmo, que mi compañera no pudo menos de reirse al escucharme.

—Qué dirias tú, me contestó despues de haberme dejado reunir todos mis recuerdos, que dirias si vieses la romería de Santa Gabela, que es mañana?

—Una romería?

—Sí, la mejor de este pais.

—No podíamos ir á ella?

—Vestidas de religiosas? seria una imprudencia.

—Tienes razon.

—No porque sea malo ver juegos y bailes, á los cuales todas las madres llevan sus hijas, sino porque nuestro trage llamaria la atencion, y si llamáramos la atencion no ganaríamos nada.

—Y por qué?

—Porque no está una guapa con las tocas. Mira, tú, por ejemplo, si llevaras un buen peinado estarias linda como el amor, la mas linda de la romería.

—No hagas burla de mí, Julieta.

—Te hablo con formalidad; tienes un cútis tan blanco y unos ojos tan dulces!

Carolina se detuvo un poco y dijo á su hermano bajando la vista:

—Os repito estas locuras porque quiero que sepais la verdad. Ademas, Julieta me hablaba asi porque me queria tanto que me elogiaba con cualquier motivo.

—Lo creo, dijo Luizzi; continuad, Carolina.

—Julieta, mientras me decia todo esto, me quitaba mi toca y soltaba mi cabello, que cayó sobre mis hombros desnudos; se detuvo un momento, me contempló casi con enojo y me dijo en voz baja:

—Verdaderamente estás hermosa, demasiado hermosa quizá!

Mas, como si desechase al punto aquella enojosa idea, añadió jovialmente:

—Qué linda estarás con el pelo trenzado asi!

Y dispuso mi cabello del modo mas agradable, y continuó:

—Y si te pusieras uno de mis pobres vestidos que yo ya no debo ponerme nunca, estarias encantadora. ¿Quieres probártele?

—Déjame primero mirarme al espejo á ver que cara me hace asi el pelo.

—No, no; ya te mirarás de que estés del todo arreglada: estoy segura de que no te vas á conocer tú misma.—Y sin darme tiempo para contestar, me quitó mis groseros hábitos y me puso un vestido de seda y una pañoleta bor-

dada; me arregló el cabello y me compuso lo mejor que pudo, y luego me acercó á un espejo de cuerpo entero, y me dijo:

—Mira, mira.

Tenia razon Julieta: no me conocí yo misma y esclamé:

—Soy yo?

—Es decir, contestó Julia, que si te presentáras asi en la romería ibas á volver locos á todos los bailarines.

—Pero yo no bailaria, dije yo riendo de su entusiasmo.

—Se baila perfectamente cuando se tiene un talle como el tuyo, y luego es tan facil bailar como se baila en el dia! basta llevar el compás.

Y al decir esto, Julieta se puso á tararear una tocata y á bailar con una gracia perfecta á pesar de sus hábitos de novicia; vagaba en sus lábios aquella sonrisa llena de encanto y atractivo, y sus vivos ojos, suavemente velados, parecian acompañar su dulce mirada con el movimiento de su cuerpo y el sonido de su canto.

—Tú sí que estás linda vestida asi, dije yo. Mira, ponte tu vestido.

—Tengo otros, me contestó Julia. Verás, verás. Vamos á tener un baile las dos.

Y con una rapidez maravillosa, se quitó su trage de novicia y se puso un vestido que dejaba ver su cuello y el nacimiento de sus brazos. No podeis figuraros cuán hermosa estaba asi, desembarazada, ligera, con el cabello cayendo en largos bucles por sus megillas.

—Mira, me dijo balanceando su lindo talle, anda asi: suponte tú que pasa un bello jóven y te saluda: si no se le conoce, se retira la vista con frialdad; si es sencillamente un conocido se le saluda ligeramente inclinándose; si es un amigo, se le hace asi un saludo con la cabeza y la mano.

Y Julieta hacia todo lo que decia con un desembarazo y una gracia que me encantaban. Luego me dijo:

—Vamos haz la prueba.

Y mientras yo la imitaba, esclamaba á cada instante:

—Eres hechicera! Parece que no has hecho otra cosa en tu vida. Estoy segura de que si quisieras bailarias tan bien como yo á las dos lecciones.

—Lo que es eso, no, Julia.

—Lo vamos á ver; haz lo que yo.

Y hé aqui que colocadas una en frente de otra, Julia se puso á cantar y á bailar; yo la imité, y á mi pesar esperimenté un vivo placer porque Julieta parecia gozar mucho viéndome tan linda.

—Si la superiora y Mr. Barnet te vieran en la romería, de seguro que no te conocian, me decia:

—Ni tú tampoco.

—Y es tan divertido!.... Mira, se ven vendedoras de todas clases, bailes bajo los árboles, juegos, y luego tanta gente! Las señoras mas bellas de las

cercanías van con sus hijas y sus maridos; los jóvenes del pais llegan á caballo ó en calesa y pasean por el campo diciendo galanterías á las mas lindas, invitándolas á bailar y mirándolas con aire amoroso. Si tú fueras, ibas á hacer rabiar mucho á todas esas hipócritas que no han sido para convidarte á ir á sus casas.

—Sí, sí, contesté yo tristemente; pero ese placer no nos está permitido.

—Es cierto, dijo Julieta, tienes razon, y es mejor dormir que pensar en todas esas cosas, puesto que ya no nos son permitidas.

Nos quitamos nuestro lindo trage y nos acostamos, pero durante muchas horas yo no hice mas que soñar con bailes, músicas, bellos jóvenes, romería, placer; se me decia que era linda, que era amable, y que se me amaba. Nunca habia tenido en el convento un sueño tan fatigoso, y era ya muy tarde cuando cesó aquella agitacion nacida de nuestro dulce é inocente entretenimiento de la noche.

A la mañana siguiente, cuando desperté, me encontré sola en la alcoba. Traté de vestirme y no encontré mis hábitos de novicia: lo único que estaba sobre la silla era el vestido que me habia probado por la noche. Llamé á Julieta; pero Julieta estaba en el piso bajo, en la tienda, y no me oyó. Me vestí como pude y bajé. Salí aturdidamente á la tienda y me encontré cara á cara con un jóven que devolvia libros á Mad. Genlis. De tal modo me avergoncé que huí precipitadamente á la trastienda. Julieta me siguió, y ví que llevaba su trage del convento.

—Qué has hecho de mis hábitos? la pregunté.

—Estan en la alcoba.

—No los he encontrado.

Julieta se echó á reir y contestó:

—Siempre se busca mal lo que no se quiere encontrar.

—Te juro....

—Acaso tengo yo aire de superiora? repuso Julieta. No jures ni mientas: las ventajas de la libertad consisten en librarnos de un vicio abominable, de la hipocresía. Donde las menores acciones no se tienen por faltas, no hay necesidad de mentir para ocultarlas. Te has encontrado muy linda vestida de ese modo, has querido seguir estando linda.... me parece que no es un gran crímen.

—Haces mal, Julieta, en suponer eso; vamos allá y verás.

—Ahora mismo, en cuanto dé á Enrique los libros que pide, me contestó Julieta.

Me dejó sola y subí á la alcoba. Busqué por todas partes mis hábitos, pero no pude dar con ellos. Entonces esperé que fuese alguien á esplicarme tan estraña desaparicion, y no sabiendo qué hacer....—perdonad, hermano mio, si os digo tantas puerilidades—no sabiendo qué hacer, me puse á mirarme

á un espejo, tuve la debilidad de imitar la postura, la sonrisa, las miradas de Julieta, y mi vanidad me tenia ocupada en aquel juego cuando entró mi compañera.

—Muy bien, me dijo, muy bien; si Mr. Enrique te hubiera visto asi, te encontraria mas bella aun.

Mi confusion fué estrema, y me ví próxima á llorar.

—Vamos, vamos, añadió Julieta riendo; busquemos tus hábitos pues quiero que te los pongas. Yo estaria muy fea á tu lado con mis tocas y mi saya negra, y te tendria envidia.

—Qué loca eres! la dije abrazándola.

Y empezamos á dar vueltas por la alcoba sin encontrar mis hábitos, pero cuando Julieta empezaba á impacientarse llegó Mad. Genlis y nos esplicó lo que habia sucedido. Parece que la criada habia vertido el aceite de un velon sobre mis hábitos yendo á limpiarlos, y Mad. Genlis habia ido á llevarlos á casa de un quita-manchas. La madre de Julieta queria despedir á la criada, que se obstinaba en negar su falta; pero Julieta, siempre buena é indulgente, suplicó tanto á su madre que ésta al fin perdonó á la sirviente.

Julieta y yo quedamos solas.

—Vamos, me dijo mi compañera con su dulce bondad y su jovialidad natural: está de Dios que solo tú has de estar linda. Yo tendré el aspecto de una severa matrona, á quien se ha confiado una bella pensionista. Te mirarán, y yo diré gravemente: «bajad los ojos, señorita.»

—Pero si yo salgo asi, no puedes tú hacer lo mismo? la dije yo con tono suplicante.

—Oh! no, respondió Julia; si llegara á saberse en el convento se me castigaría cruelmente. Tú eres rica y te se perdonará; pero yo....

—Estamos á mil leguas de Tolosa y nadie lo sabrá.

—No me atrevo, no me atrevo.

Tanto supliqué á Julieta, que al cabo consintió, y yo la vestí á su vez. Estaba hechicera: la flexibilidad de su talle se mostraba con toda su gracia; el fuego de su mirada y el encanto de su sonrisa animaban con una espresion de que yo no tenia idea, su rostro adornado por sus abundantes bucles; su vestido entreabierto, dejaba ver la morvidez y la blancura de su cuello rodeado, por una angosta cinta de terciopelo. Julieta me habia alabado y ella estaba mas linda que yo.

Asi que nos aviamos, salimos juntas, y encontramos mil personas que se dirigian á la romería de Santa Gabela. Muchas nos hablaron diciendo siempre á Julieta: «no venís á la romería con esa hechicera jóven? nos veremos en Santa Gabela, no es verdad?» Julieta respondia con embarazo: «No sé, me parece que no.» Yo la preguntaba por qué no decia francamente que podíamos ir.

—No me atrevo, me contestaba.

—Y por qué?

—Porque aqui no se piensa como en el convento: si yo dijera gravemente que las mujeres consagradas á Dios no pueden tomar parte en semejantes placeres, se nos trataria de devotas y ridículas. Ademas seria censurar á todas esas jóvenes que van á la romería, y á sus madres que la llevan, porque van á una diversion honesta, por mas que á nosotras nos esté prohibida.

—Con que todos los placeres nos están prohibidos? dije yo suspirando.

—Oh! contestó Julieta con indiferencia, lo que es á mí me importan poco todas estas reuniones; ya sé lo que son. Si lo siento es por tí, que no tienes ninguna idea de ellas. Sí, añadió mirándome y sonriéndose dulcemente; comprendo tu curiosidad, porque es tan divertida una fiesta de aldea! y en verdad que si me atreviera....

—Me llevarias.

—Sola! esclamó Julieta. Oh! no.... es imposible; pero rogaria á mi madre que nos acompañara.

—A tu madre? Pero qué se diria si tu madre nos acompañara?

—Nada.... pero yo no me atrevo á hablarla..... Si tú quisieras decírselo.....

—No me atreveré tampoco.

—Estoy segura de que la complacerías mucho.

—Ah, no! dije yo: se creería quizá obligada á acceder; en mi posicion, una peticion semejante, seria quizá una exigencia....

Al parecer Julieta se resintió de esta reflexion: sin embargo me contestó despues de vacilar un instante.

—No estraño en tí ese escrúpulo, porque ignoras de tal modo los sentimientos del mundo, que no puedes pensar de otro modo; pero debes creerme, mas delicadeza hay en prestar ocasion de mostrar su reconocimiento al que ha recibido un beneficio, que en desdeñarse de hablar del beneficio mismo.

—Si asi es, yo le pediré todo lo que quieras; la diré que nos lleve á la romería.

—Y mi madre y yo te lo agradeceremos, porque tan bondadosa te mostrarás para con ella como para conmigo.

Asi que volvimos de nuestro paseo, Julia fué á decir á su madre que yo deseaba hablarla; como ambas estuvieron largo rato encerradas juntas, temí que Julieta hubiese hablado de mi peticion á Mad. Genlis, y que esta no quisiese acceder; pero la madre de mi compañera se mostró tan solícita en complacerme, que me convencí de mi error. Aquella escelente mujer hallaba tanto placer en satisfacer mis deseos, que comprendí cuánta razon tenia Julieta al decir que el solicitar el reconocimiento, es lo mejor que se puede añadir á un beneficio.

El baron escuchaba con asombro á su hermana, y aquella jóven, que

decia tener tan triste esperiencia del mundo, hablaba con una fé tan sencilla que Armando no pudo menos de sonreirse al oir esta última reflexion. Pero, decidido á no dejar entrever á su hermana los sentimientos que le inspiraba su relato, guardó silencio. La jóven se habia detenido, y merced á su silencio, se oia bregar la tempestad en torno de la casa; aquel contínuo y triste murmullo del agua acompañado por los dilatados gemidos del viento, parecia anticipar al baron la tristeza que debia inspirarle lo que iba á saber. Armando rogó á Carolina que continuase.

—Al fin partimos para la romería, dijo la jóven. Ah! qué hermosa jornada! Vos, hermano mio, ya sabeis lo que es una jornada en el Mediodia por otoño, en que la estacion es tan hermosa como la de la primavera. Entonces no se contempla la naturaleza activa y orgullosa que rompe su envoltura y estalla en verdes destellos: contémplase la naturaleza fatigada y lánguida que parece despojarse de sus adornos para dormir; no sopla entonces el aire tibio de mayo impreguado de las emanaciones fuertes y embalsamadas de las lilas y las madreselvas, sino el aire tibio y apacible de setiembre, impregnado del perfume etéreo que se exhala de los tréboles secos, de los rastrojos, de los frutos maduros, de las hojas que comienzan á amarillear sobre la tierra; no es aquello la sangre que hierbe, el pecho que se hincha, el corazon que quisiera gritar y llorar sin motivo; es la lasitud del alma, el pesar de haber perdido un pasado que no ha existido, el recuerdo de un sueño que no se ha realizado, las lágrimas que se agolpan á los ojos sin proceder de ningun dolor. No puedo esplicaros el encanto que esperimenté al hallarme en aquella vida desconocida para mí; si hubiera estado sola, me hubiera sentado al pié de un árbol para ver y oir, porque cada vez me ponia mas triste conforme me iba acercando á la romería. Estaban tan alegres cuantos pasaban á nuestro lado! Se llamaban y se apresuraban á llegar, porque aquella era la última romería del año y se acercaba el invierno, y no debian volverse á ver hasta la primavera. Aquella era mi primera romería, y debia ser la última; porque mi invierno no concluirá hasta la tumba, y hasta el cielo no habrá para mí primavera.

Los ojos de Carolina se arrasaron de lágrimas, y Luizzi la dijo:

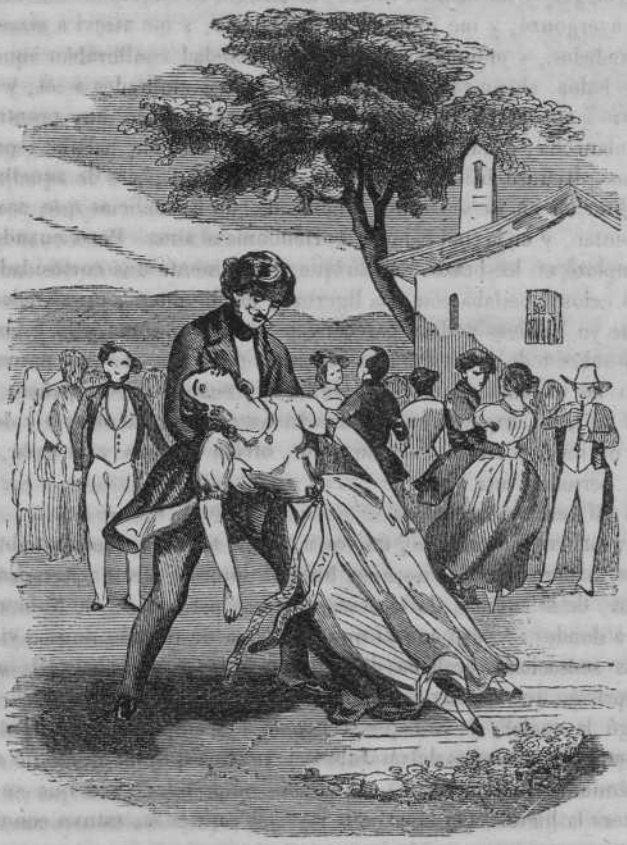
—Llorais, hermana mia? Vamos, desechad esas tristes ideas, y esperad.

—Ved ahi lo que me decia Julieta al verme llorar, porque yo lloraba entonces como ahora, y no puedo esplicaros el vértigo repentino que se apoderó de mí. Esperimentè un movimiento indecible de cólera contra mi destino; todas aquellas personas que pasaban, unos cambiando en voz alta los nombres de hermano, de madre, de hijos; otros en parejas aisladas, y en cuyos labios se leian palabras que no se oian, el ruido contínuo y lejano de las orquestas, los gritos alegres de los bailarines, aquel movimiento, aquella vida, aquel tumulto, todo en fin, me aturdió y me embriagó: y yo que un

momento antes me dirigia tan pensativa y tan triste á aquella fiesta, así á Julieta por un impulso desconocido, y la dije: « Vamos, vamos á bailar. » Aquel era el vértigo del viajero colocado á la orilla de un torrente, al cual se precipita para correr con las olas que pasan, pasan, pasan sin cesar.

Al fin llegamos: habia mil juegos que yo miraba con ojos envidiosos; aderezos y trages con que me atavié con el pensamiento. Todo me causaba envidia; hubiera querido hallarme entre los campesinos que se disputaban, corriendo libremente, una cinta ó un encaje; hubiera querido sentarme á participar de una comida dispuesta sobre la yerba al abrigo de un sicomoro; hubiera querido bailar y cantar con las jóvenes esas canciones de nuestras montañas en las cuales se habla de la hermosura de las pastoras y del amor repentino de los cazadores que las encuentran; me hallaba bajo el imperio de un poder interior que me impulsaba hácia todo lo que veia. Apenas entramos en el corro del baile se nos invitó á tomar parte en este. Allí volví á ver á Enrique, al jóven á quien habia visto por la mañana en casa de Mad. Genlis; Julieta bailó con él y otro jóven me cojió á mi de la mano; yo no sabia bailar, pero se hubiera dicho que por una singular disposicion, imité fácilmente y á mi modo cuanto veia hacer; sucedió que me miraron mas que á las otras, se dijo junto á mí que era hermosa, y me creí feliz; aquella era una alegria vanidosa, aturdida, que me comunicaba viveza y no me admiraba. Mi razon habia desaparecido ya; y mujer consagrada á Dios, á la pobreza, y á la reclusion, alcé los ojos ante miradas ardientes, y el alma ante los triunfos de la vanidad. Concluida la contradanza, se acercó á mí Enrique, y á mi vez me invitó á bailar. Aun no me habia repuesto de la emocion producida por aquel primer ensayo, cuando fué á buscarme Enrique; la música dió principio, pero el baile no era el mismo. Enrique rodeó mi cintura con uno de sus brazos, y me arrastró consigo haciéndome dar vueltas con rapidez. Tal fué mi sorpresa, que al principio me dejé llevar cerrando los ojos; pero me pareció que poco á poco se iban arreglando mis pasos al sonido de la música, y abrí los ojos para ver donde me hallaba. La sensacion que entonces esperimenté es indecible; me ví arrebatada en un círculo inmenso con una rapidez espantosa, mil rostros pasaban fugitivos á mi lado; un aire ardiente se deslizaba en mi pecho, y yo sentia volar mis vestidos en torno de mí como azotados por un viento que sopla á flor de tierra; mi cabello huia de mis sienes como para dejar libre todo mi rostro á los ojos cuyas miradas, que como relámpagos se encendian y se apagaban en seguida, no me era dado ver. Mi mano asía el hombro de Enrique, sobre cuyo brazo se apoyaba todo mi cuerpo; mi corazon latia, mi pecho jadeaba, mis labios se estremecian: y mis ojos se cerraron hasta el momento en que tropecé con los de Enrique, cuyo rostro estaba junto al mio, cuyo aliento abrasaba mi frente, cuyas miradas penetraban en mi seno. Mi fascinacion no se puede concebir ni esplicar; hubiérase dicho que el aliento de Enrique me elevaba

de la tierra, y noté que me hallaba sujeta á aquel hombre por una fuerza invisible. Ya no sentia el sosten de su brazo; me parecia dar vueltas alrededor de sus miradas, y que para separarnos era preciso cortar alguna cosa en-



tre nosotros. Tuve miedo y frio; se paralizó mi corazon, se desvaneció mi vista, y caí en sus brazos.

Cuando volví en mí, me hallé al lado de Mad. Genlis, que me decia: «Es una imprudencia hacer valsar tanto á una niña que no está acostumbrada.

Valsar! yo habia valsado! Yo solo conocia de aquel baile el nombre proscripto en el convento. Me refugié al lado de Mad. Genlis, como el niño que ha cometido una falta y se refugia al lado de su madre; pero Mad. Genlis me dijo con frialdad que procurase dominar mi emocion; conocí que no se me protegia, y me eché á llorar; al punto fuí objeto de una curiosidad que me avergonzó, y me indigné de mí misma, y me atreví á alzar la vista á mi alrededor, y entonces vi con cuanta facilidad conllevaban aquel placer que me habia abrumado los que estaban acostumbrados á él, y la tristeza volvió á apoderarse de mí. Pero mi tristeza se trocó muy pronto en una dulce melancolía, durante la cual, por decirlo asi, me hallaba separada de mí misma. Rehusé bailar, pero miré valsar. El aspecto de aquella alegria hacia vibrar en mí la sensacion dulcificada de las delicias que acababa de esperimentar, y en la cual bañaba sonriéndome el alma. Pero cuando Julieta me reemplazó en los brazos de Enrique, esperimenté una curiosidad inquieta y casi celosa: bailaba con una ligereza, un desahogo, un abandono, que dudé que yo hubiese podido parecer tan seductora como ella á los ojos de todos, y sobre todo á las miradas ardientes de Enrique, que parecian perderse en las miradas animadas de Julieta; y cuando mi compañera y amiga volvió á mi lado, repartió en torno suyo un perfume de alegria y de triunfo que me oprimió. Volví á ponerme triste, olvidé la fiesta y el baile, y pensé en vos, hermano mio.

—En mí! esclamó el baron.

—Sí, en vos, Armando; en vos á quien hubiera querido hablar como ahora os hablo; en vos, á quien hubiera querido decir: Arrancadme del convento, de la tumba, de la desesperacion, para ir..... no hubiera sabido deciros á donde .... pero conocí que me habia desterrado de una vida cuyas primeras sensaciones acababa de esperimentar; y sin conocerla aun, casi odié la prision que me iba á separar para siempre de aquella vida.

Llegó la noche, y Enrique se brindó á acompañarnos: dió el brazo á Mad. Genlis, y partimos detrás Julieta y yo. Sea que mi amiga no adivinase un sentimiento que yo misma no pódiá comprender, sea que su amistad tan sincera la hiciese perdonar mis injustos caprichos, estuvo conmigo mas afectuosa que nunca.

—Ya te lo habia anunciado yo, me dijo; tu triunfo ha sido completo.

—Le dejo á las que han sabido merecerle hasta el fin, contesté.

—No, repuso Julieta con afectuosa sonrisa; tú has hecho lo que los héroes de las novelas caballerescas, que toman parte en la lucha para arrebatar el premio á los mas valientes, y despues miran desdeñosamente la lid en que los demas combaten.

—Yo no creia poder glorificarme de una víctoria tan alta.

—Y sin embargo, el vencido está delante de tí.

—Quién es?

—Ese pobre Enrique Donezau, que daria cualquiera cosa porque nosotras fuéramos delante de él aunque no fuera mas que para ver de noche la sombra de la hermosa hada que le ha encantado.

—Calla, Julieta, dije yo, sintiendo palpitar mi corazon como si se hubiese derramado en él una esperanza demasiado grande para él; calla, que te equivocas.

—No seas niña: ignoras que yo no he vivido siempre en un convento, que he visto amar..... que he amado acaso, y que no me equivoco? Enrique te ama: su amor es una de esas pasiones súbitas que se inflaman como el relámpago en el cielo.

—Y que como él se apagan, no es cierto?

—No; pero que caen sobre un corazon como el rayo sobre una pacífica cabaña y le reducen á cenizas.

El tono de Julieta y la eleccion de las palabras que empleaba me sorprendieron y me turbaron.

—Has esperimentado tú todo eso, la dije, para hablar asi?

—Hay mas de una escuela para aprender esos secretos me contestó. Yo he vivido hasta hace poco tiempo con mi madre, y piensas tú que el fastidio no me ha hecho algunas veces leer los libros que oia elogiar todos los dias?

—Y has aprendido en ellos lo que es el amor?

—No, me respondió: nadie ha pintado fielmente lo que pasa en un corazon que comienza á amar; tan abundantes y diversas son las emociones del amor! Pero esos libros dan á entender algunnas veces lo que se esperimenta: dán un nombre al dolor ó á la alegria en que nos complacemos en vivir, y ese nombre es verdadero; es un perfil incompleto que nos recuerda un rostro conocido, es una sílaba de una palabra por concluir: el amor no nace, el amor despierta solamente, y Dios le ha puesto en el fondo de nuestro corazon, al lado de su imágen, eterno y poderoso como él.

—Oh! hermano mio! cuán dulcemente resonaba á mi oido aquel lenguaje! Yo no comprendia su sentido, pero vibraba en mi como esos sonidos lejanos cuya melodia huye, pero cuya dulzura nos embriaga. No respondí porque temí responder, y cuando llegamos hubiera querido estar sola; hubiera querido hallarme en mi celda, donde hubiera podido velar y meditar sin que nadie me mirase.

La mañana siguiente, recorrí con la vista los estantes de la biblioteca de Mad. Genlis, como tratando de adivinar cuál de aquellos libros podria esplicarme lo que mi corazon sentia. Pero no me atreví á pedir ninguno á Julieta, que habia recobrado su aire indiferente ó resignado, ni á su madre,

para quien todos aquellos tesoros del talento y del corazon no tenian mas valor que el producto que la reportaban. Tampoco me atreví á ocultar ninguno de ellos escogiéndole al hazar; pero hallé uno olvidado en la alcoba de Julieta.

Luizzi tembló en la incertidumbre de cuál podria ser aquel libro dejado de intento á disposicion de Carolina, porque creia adivinar que, sea por ligereza, ó sea por seduccion, Julieta habia empleado todos los medios para estraviar un corazon inocente; mas al cabo se tranquilizó, y hasta creia que sus sospechas podian ser injustas, cuando la jóven le dijo bajando la voz: era un tomo titulado *Pablo y Virginia*.

Luizzi respiró, y dijo sonriéndose:

—Y le leísteis?

—Sí, y conocí que Julieta me habia dicho la verdad, ví que el amor no se muestra siempre al corazon por las mismas impresiones, pero que solo él nos dá esas diversas turbaciones que no tienen mas que un nombre. Conocí que el amor, una vez despierto, ocupa todo el alma sea que haya crecido con los años ó sea que la haya invadido de repente. Leí aquel libro, y luego leí otros: me levantaba por la noche, mientras Julieta dormia profundamente, y devoraba aquellos libros á la luz de una lamparilla, muerta de frio, pero sin poder abandonar aquellas emociones desconocidas de que me hallaba sedienta. De este modo leí una tragedia de Shakespeare, *Romeo y Julieta*. Despues leí *La nueva Eloisa*.

—*La nueva Eloisa*! esclamó Luizzi.

—Sí, respondió Carolina; la leí desde la primera página, donde se dice que la que lea aquel libro será una jóven perdida. Luego, cuando Enrique iba por la noche, pues iba sin faltar ninguna, le veia hablar bajo con Julieta, y sabia que hablaba de mí, porque Julieta me decia que Enrique no se atrevia á manifestarme el amor que le abrasaba. Yo creia que me amaba como yo le amaba á él, pues mi aspecto le turbaba y enmudecia, y no se atrevia á mirarme ni á hablarme; y esperimentaba, en fin, lo mismo que yo sentia.

El dia de nuestra vuelta al convento se hallaba ya próximo. No diré que yo le veia con terror acercarse, no; porque era una esperanza para mí. Aquel sentimiento que carecia de espansion y de soledad, que no podia hablar, y que no tenia donde meditar; aquel amor, cuya confesion asomaba á mis labios y me era preciso ahogar; la presencia de Enrique que me oprimia el coraron sin hacerle estallar, todo aqnello, en fin, era un tormento insoportable. El mudo que carece de voz para pedir socorro cuando se halla próximo á perecer, el nadador á quien faltan las fuerzas cuando ya casi toca á la orilla con la mano, deben esperimentar un snplicio semejante al que yo esperimentaba todas las noches cuando Enrique se acercaba á mí y me hablaba con una turbacion tan penosa como la mia. Yo invocaba la soledad

del convento como término de aquella lucha interminable, cuando, la mañana de mi partida, encontré en un libro que leia una carta con sobre dirigido á mí. No la leí, porque adiviné que era de Enrique á quien determiné devolverla. Pero Enrique no vino, y Julieta no se atrevió á dársela á su madre para que so la entregára.

—Puedes desdeñarle, me dijo mi amiga, pero sería una crueldad mostrarle tu desden de ese modo: eso seria impulsarle á un acto de violencia, ante el cual no retrocederá una pasion como la suya. Bastará que no le contestes.

—Y le contestásteis? preguntó Luizzi.

—Ay! respondió Carolina; para no contestarle era preciso no haber leido aquella carta: no sé como fué que la mañana siguiente al tomar de nuevo mis hábitos, no sabiendo qué hacer con aquel papel, le guardé en mi seno y me le llevé. Ah! el cilicio que yo habia visto á nuestras austeras reclusas ceñirse algunas veces en su penitente entusiasmo, no debia abrasar ni desgarrar tanto como aquel papel colocado sobre el cutis de mi seno. Esplicar el combate que sostuve durante nuestro viaje, deciros las veces que llevé la mano á mi pecho para arrancar de él aquella carta que me devoraba, y las veces que la dejé caer sin fuerza como si hubiese ido á arrancarme el corazon, seria mostraros una locura de que me avergüenzo, y que aun no está curada.

De este modo llegué á Tolosa casi decidida á no leer aquella carta: pero una cosa estraña me hizo perder todo mi valor. A mi reaparicion en el convento, escitó tal admiracion el cambio verificado en mi rostro, tal compasion escitaron mi palidez y mi aire de sufrimiento, que ya no dudé del poder de un amor que con tanta rapidez habia alterado los principios de una salud buena y de una vida tranquila. Me atreveré á deciros que porque todo me mostraba que llevaba en mí un mal devorador, me fué imposible resistir á la idea de irritar aquel mal que formaba y destruia á la vez mi vida? Llegada la noche, me encerré en mi celda y leí la carta.

—Y contestásteis? dijo Luiazi.

—Vos mismo la leereis, hermano mio, asi como todas las demas; tambien leereis mis contestaciones.

—Las poseeis? repuso el baron.

—Vedlas aqui, dijo Carolina entregándole un paquetito guardado en una bolsa de seda; ellas os dirán lo que me precisó á contestar á Enrique y la causa de que mis propias cartas hayan vuelto á mi poder. Las he conservado, no como una esperanza, sino como un remordimiento, porque ellas me dicen cada dia cuán culpable y desventurada he sido.

—Luizzi tomó las cartas y se preparaba á leerlas, cuando le detuvo Carolina, diciéndole:

—Esperad, dentro de un instante las leereis: cuando yo no me halle en

vuestra presencia. Voy á ver al pobre herido; voy á pedir á Dios que me perdone el amor que ha ardido en mi corazon, y cuya llama no se ha estinguido aun, como acabo de esperimentar.

Hé aquí lo que leyó Armando.





XII.

Correspondencia.

DE ENRIQUE A CAROLINA.

PERDONAD si se atreve á escribiros quien no se ha atrevido á hablaros. Ah! cuando me hallaba en vuestra presencia, me sentia tan turbado, temblaba de tal modo, que nunca tuve fuerzas para dirigiros una palabra que vuestra severidad hubiera rechazado. En este mismo instante, cuando me figuro que esta carta llegará á vuestras manos, que la arrojareis quizá con desden ó que la leereis con indignacion, vacilo en la creencia de que no podré soportar tales pruebas de vuestro desprecio ó de vuestra cólera, me detengo y tiemblo todavia. Y sin embargo, no tengo, por otra parte, valor para aceptar la desesperacion de toda mi vida sin haber procurado sustraerme á ella. Yo os amo, Carolina: esta palabra que no debiera escribir y que debe irri-

taros, esta palabra, repito, se me ha escapado como el ay de un dolor que no puedo dominar, y que vos no podeis concebir. Mas osado para con vuestra amiga, me he atrevido á hablarla de un amor que tal vez os parece una ofensa. Ay! queriendo arrebatarme toda esperanza, no ha hecho mas que acrecer la pasion que me enloquece; ella me ha dicho cuán aislada os encontrais en el mundo; ella me ha dicho con qué santa fortaleza y con qué noble resignacion sufrís vuestro aislamiento; ella me ha manifestado cuanta generosa bondad hay en vos; y yo, que os amaba ya por vuestra celestial belleza y por vuestra perfecta gracia, os amé tambien por cuanto hay mas noble y mas puro en la virtud. Entonces, no esperando nada de mí, esperé de vos. La santa compasion que os hizo acudir al socorro de Mad. Genlis escuchará tal vez un instante los lamentos de un desgraciado. Todos los dolores no existen en la miseria, y vos perdonareis al que os ama, como Dios perdona al que sufre. Pero si vuestra alma generosa y noble os inspira ese perdon hácia una falta que solo á mí me atormenta, ¿cómo podré saberlo? Quién me dirá que no os he ofendido? Ah! perdonadme; pero es preciso que yo lo sepa; es preciso que una palabra vuestra me lo diga, ó es preciso que mi vida termine. Conozco que si hubiera tenido ánimo para callar, hubiera guardado toda mi vida en el fondo de mi alma la desesperacion de un amor ignorado; pero ahora, ya que he hablado, necesito saber si he sido en esceso culpable. Bastará vuestro silencio á demostrármelo. Si dentro de ocho dias nada me ha indicado que no me he hecho acreedor al desprecio de la que respeto como á la imágen de los ángeles en la tierra, no volvereis á oir hablar de mí, porque la tumba es muda y la desesperacion tiene en ella un asilo contra el desprecio.

ENRIQUE DONEZAU.«

Luizzi tuvo ganas de reir al terminar la lectura de esta carta, que le pareció neciamente ridícula. Aquel mozo que desde luego hablaba de la tumba como de un asilo preparado en que se iba á guarecer ni mas ni menos que si se hubiese tratado de abrir su paraguas para guarecerse de un chubasco, aquel mozo, repetimos, le pareció un pobre seductor á menos que no estuviese verdaderamente enamorado, porque nuestro baron sabia que en punto á locas imaginaciones y á énfasis sentimental, el amor verdadero es estremado; luego consideró que si la seduccion habia conseguido imitar el lenguage del amor verdadero hasta en sus mas culminantes exageraciones, el seductor no dejaba de ser diestro. Recordó tambien que aquella carta no estaba destinada á una mujer de mundo, á quien la buena salud de todos los que hubieran debido morir por ellas, responde de la vida de todos los que dicen que quieren matarse; mas sí era dirigida á una jóven reclusa que no podia precaver la mentira y que, en el relato que acababa de hacer, habia demostrado con cuanta facilidad se exaltaba su imaginacion. Paso, pues,

á la segunda carta; pero notó que habia dejado por leer una postdata que habia en la de Enrique, y que decia:

«He hablado al jardinero del convento á quien podeis confiar lo que querais, segura de que me lo trasmitirá fielmente.»

Al leer este párrafo, el baron tarareó mentalmente: *Niño amado de las damas*, etc, y las *Visitandinas* (1); y, exhalando un gran suspiro al considerar lo que iba á saber, tornó á la lectura de las cartas, murmurando con tono de alarma: Ah! dignaos escusarme el resto! *siempre Visitandinas.*

Hé aqui la respuesta de Carolina:

DE CAROLINA A ENRIQUE.

«Por qué os he de despreciar, caballero? Yo no tengo derecho á mirar como una falta un sentimiento que en el siglo conduce á vínculos legítimos; si en la posicion en que me hallo habeis podido ofenderme, es porque sin duda no se os ha dicho que he renunciado á toda esperanza que no sea la de consagrarme al servicio de Dios. Os perdono pues, y si este perdon no basta á daros valor para vivir, sabed tambien que no todos los dolores habitan en el siglo, y que el silencio del cláustro los oculta bien crueles.

CAROLINA.»

DE ENRIQUE A CAROLINA.

«He recibido vuestra carta, Carolina. Sí, sois santa ante Dios, pues habeis compadecido á un insensato! Y sin embargo padeceis; con que lloran los ángeles? Oh! vos que con una palabra habeis dominado la desesperacion de mi alma y la habeis calmado, vos quizá vivís desconsolada! Ignoro cuales son vuestros dolores, Carolina; pero si alguien que no seais vos misma puede hacerlos cesar, no olvideis que en el mundo hay quien solo por vos vive y que por vos sola vivirá. Perdonad mi loca suposicion, pero si me fuera dado creer que los votos que muy pronto vais á pronunciar os han sido dictados por la tiranía de vuestro tutor, ó la de las personas que os rodean, creed que sabria libertaros. Quizá me equivoco, pero no puedo suponer que tantas gracias y tanta hermosura deban ser sepultadas en un claustro. Solo la desesperacion ó el remordimiento se esconden en esos oscuros asilos; la virtud misma deja de brillar en todo su esplendor cuando ahí se refugia; ahí no desempeña su mas noble mision, que es la de guiar á los débiles y salvar con

(1) Canciones del género picaresco.— *Visitandines*, dice el original, es decir, monjas de la Visitacion ó Salesas, como traduce Capmany.

su ejemplo á los descarriados. Y vos, Carolina, que haríais amable la virtud con el amor ardiente que inspira vuestra hermosura, vos, á quien el cielo debe la felicidad en cambio de todo lo que podeis dar, vivireis desconocida de todos, escepto de mí, indiferente á todos escepto á mí? No, eso es imposible! Por fuerza hay un poder al cual no os atreveis á sustraeros, y que os impone ese horrible sacrificio. Oh! si fuese asi, si yo lo supiera y si yo no me hubiese equivocado, desgraciados de los que se atrevieran á violentaros! Conozco el tutor que dispone de vuestro destino; yo le veré, yo le interrogaré. No es ya mi dolor el que me desgarra, es el vuestro. Padeceis, asi me lo habeis escrito; tengo, pues, un derecho sobre vos..... Tengo derecho á protegeros, á salvaros quizá. Mi vida tiene ya su objeto; soy dichoso, me siento lleno de orgullo.... fiad en mí.

ENRIQUE.»

—Hum! murmuró el baron para sí despues de leer esta carta; hé aqui un mocito que no se anda por las ramas; miedo me da leer la contestacion de mi pobre hermana, que debe tener uno de esos corazones de religiosa que á fuerza de impregnarse en el amor de Dios se encienden en cuanto la menor chispa de amor humano los toca.

Luizzi, mientras hacia estas reflxiones, recorrió la postdata de la carta de Enrique; era bastante insignificante.

«Adjunta, decia, hallareis una carta de Mad. Genlis para su hija. Os la envio á fin de que no sufra el exámen de la superiora.»

Luizzi siguió adelante, y leyó la contestacion de Carolina.

DE CAROLINA A ENRIQUE.

«Caballero: si vuelvo á escribiros, si cometo una nueva falta, es para reparar la que cometí contestándoos. Soy libre, y con entera libertad tomaré el velo. Escusad, pues, todo paso que pueda hacer creer que no estoy contenta con la suerte que me espera. Nunca he esperado otra, ni la quiero tampoco.

SOR ANGELICA.»

«P. D. Adjunta hallareis la contestacion de Julieta á su madre.»

—Hé aqui una contestacion perfectamente esplícita, se dijo Luizzi; tengo gana de ver lo que el tal Enrique halló que responder á tan formal despedida.

DE ENRIQUE Á CAROLINA.

«Señorita: leed esta carta; no es ya la del insensato á quien un momento de alegria y de esperanza ha estraviado aun mas que su desesperacion; es la de un hombre honrado que os reclama el derecho de justificarse. Dignaos escucharme. Conozco tan bien como vos misma vuestra vida y vuestra posicion; sé que no teneis familia ni amigos, y que de nadie debeis esperar consuelo ni proteccion. Si, en tales circunstancias, habeis abandonado el mundo á una edad en que no se le puede apreciar, debí creer que buscábais en el claustro un refugio contra un aislamiento que no habríais querido hacer cesar. Pero, hallándoos desde la infancia bajo la direccion de personas que tienen un interés directo en haceros tomar una resolucion que les entregue vuestros bienes, he debido suponer que se os habia estraviado, que con amenazas y hasta con violencias se os habia inspirado una determinacion que sé ya ha sido voluntaria. Esta sospecha me estaba permitida viéndoos sola en el mundo, cuando veo familias cuya autoridad no puede arrancar á sus hijos de empeños contraidos bajo el imperio de ideas hábilmente sugeridas, cuando veo que las lágrimas de una madre son impotentes para vencer la implacable codicia de esas mujeres que os gobiernan y que oponen á la desesperacion maternal una pretendida vocacion que muchas veces solo existe por el terror que ellas saben inspirar á las desgraciadas de quienes se han apoderado. He podido creer que á vos os sucedia lo que á tantas otras sucede; debi creerlo, porque vos me digisteis que el silencio del claustro oculta tambien dolores bien crueles. He interpretado mal vuestro pensamiento: sírvame mi torpeza de disculpa. Sois dichosa, y ese era todo mi deseo. Perdonadme si no he sabido comprender esa dicha. Las ideas que el siglo nos da se hallan tan distantes de las ideas que se os han inspirado, que no me comprenderíais tampoco si os hablara de la que en el siglo podria esperaros. No teneis madre, no teneis familia, Carolina: pero cuando una mujer ha dado al hombre á quien ama el sagrado nombre de esposo, encuentra á un mismo tiempo madre y familia. El presente es para ella dulce por la ternura de la que la ha adoptado por hija, por la felicidad que en torno de sí reparte; el porvenir es para ella hermoso, porque llegará un dia en que jóvenes existencias la pedirán el amor sagrado de madre y la tributarán el amor sumiso y respetuoso de la infancia. Amará y será amada. En estas palabras está toda la felicidad que Dios ha dejado en la tierra, y no os hablo del amor de aquel á quien hubiérais elegido; no os digo con qué constante adoracion os hubiera pagado la felicidad que le hubiérais dado. Es imposible, Carolina, que comprendais con qué orgullo os hubiera mostrado á los ojos de todos, diciendo: ved aqui la mujer mas bella, mas noble y mas pura de la tierra. Aun mucho menos comprendereis el encanto embriagador que existe en esa union

de dos almas confundidas en una misma vida, que sonrien la una á la otra y viven la una de la otra, dichosas por todo y en todas partes, sea que los dos tiernos esposos se dirijan alegres á un espectáculo brillante en el que se envidiara su felicidad, sea que se confundan juntos entre el placer de la multitud en una bulliciosa fiesta, sea que en la soledad se detengan juntos á meditar prestando oido á los ligeros rumores del campo, sea que tornen á la noche asidos del brazo confiándose en voz baja sus dulces esperanzas y sus pensamientos de cada instante, sea que se sienten junto al hogar al lado de su familia y sus amigos que los acarician, tranquilamente dichosos, rodeados de afecciones sinceras entre las cuales parece ser un secreto su consagrado amor, cuya magnitud solo ellos comprenden. Ah! en todas esas cosas hay una felicidad inefable á que el corazon aspira sin saberlo. Pero para comprenderla, para buscar en ella una esperanza que calme el tormento que se esperimenta, es preciso amar, es preciso rufrir, y vos no amais, y vos sois dichosa; es preciso ser el condenado que envidia la felicidad de los ángeles, es preciso ser yo y no vos. Adios, pues, Carolina, adios. Dios ha enviado los ángeles á la tierra para sembrar en ella la desesperacion y la muerte!

ENRIQUE.»

Luizzi hizo un gesto. Enrique le parecia un amante bastante ridículo, pero dotado de una razon bastante sólida. «Sin duda, dijo para sí, le parecia que una jóven linda, de talento, distinguida, era mejor para otra cosa que para monja.» Apresuróse á abrir la carta que seguia, á fin de ver la respuesta de Carolina; pero aun halló otra de Enrique fechada un mes despues de la que la precedia.

DE ENRIQUE A CAROLINA.

«Hace diez dias me entregó el jardinero un paquete con sobre á mí, y le abrí temblando de loca alegria, lleno de una esperanza insensata. Contenia la contestacion de Julieta á la carta de su madre, que incluí en la última que os escribí dándoos mi postrer adios. Deciros que esperimenté una horrible decepcion, me es imposible: ví el cielo abierto, y se cerró de pronto dejándome en las tinieblas. Asi se debe sufrir al morir; pero no se muere siempre que se sufre asi. En cuanto se hubo calmado el delirio producido por mi dolor, envié á Mad. Genlis la carta de Julieta y quedé anonadado. En seguida me pareció que aquella carta que vos habiais tocado me pertenecia, y hubiera querido recobrarla á costa de mi sangre. Conocí que en ella se hablaba de vos, y si la hubiera tenido en mis manos, no sé si mi locura me hubiera estraviado hasta el punto de abrirla; pero no estaba ya en mi poder, y no pudiendo recobrarla quise saber su contenido. Fuí á Auterive, vi á

Mad. Genlis, y la pregunté por su hija. «Está buena y contenta» me dijo. No me atreví á hablarla de vos, pero al fin pronuncié temblando vuestro nombre, y me respondió estas solas palabras: «Me dice mi hija que la señorita Carolina está enteramente cambiada; dice que pasa las noches llorando, y los dias entregada á la oracion.» Me hago repetir esta frase y parto como un insensato. Corro á vuestro convento, y cuando estaba á punto de llamar á la puerta de vuestra prision, recordé que entre nosotros habia muros impenetrables. Oh! yo hubiera roto con mi frente aquellos muros si asi os hubiera podido salvar; pero un resto de razon me aconsejó que ocultase á los ojos de todos una locura por la que se os podria castigar. Vagué toda la noche en torno de la morada en que llorais y sufris. Escuchadme, Carolina, escuchadme: vos sufris, vos llorais, lo sé muy bien; solo vuestra posicion debe causar vuestras penas. Osad fiar en el honor de un hombre que jamás ha faltado á su palabra, y os salvaré; luego..... nunca volvereis á oir hablar de mí. Estaré equivocado? Procederán vuestras lágrimas de un dolor semejante al mio? Amareis y os vereis separada del objeto amado? Pues bien, Carolina, si es asi, decidmelo. Decídmelo, y aquel á quien amais será mi hermano; yo le buscaré, yo le hallaré, yo venceré todos los obstáculos, yo os reuniré y despues no me volvereis á ver. No volvereis á verme asi que seais dichosa..... Huiré lejos de vos, porque odiaré demasiado al que os haya dado aquella felicidad. Una palabra, una palabra de compasion, Carolina! Oh! fiad en mí; el amor es tambien una religion que tiene sus mártires, que saben sacrificarse al culto á que se han consagrado. Quedo esperando, no lo olvideis, y si no recibo contestacion vuestra, no respondo de lo que podré hacer; tened compasion de mí, y tenedla de vos misma.

ENRIQUE.»

Luizzi se rascó la oreja al terminar esta carta.

—Este es un amor de temple meridional, se dijo: ó yo no lo entiendo, ó aqui hay un gascon superlativo. Sin embargo, añadió, los periódicos están llenos de relaciones de suicidios amorosos, de crímenes amorosos, de atrocidades amorosas. Es preciso confesar que esos caracteres existen. Seguramente ese Enrique, que ne es otro que el subteniente que han traido aqui herido, debe ser, segun lo que ha dicho el tio Bruno, un valiente soldado; esa cualidad generalmente suele suponer un hombre de bien. Pero veamos, porque es posible que yo me equivoque.—Y continuó su lectura.

DE CAROLINA A ENRIQUE.

«A qué volverme á escribir, caballero? Por qué me perseguis en mi

dolor? Dejadme con mi infortunio. Todas vuestras suposiciones son falsas. No, yo no amo. Si amára, qué seria de mí, Dios mio!!

CAROLINA.

DE ENRIQUE Á CAROLINA.

«Vos amábais, Carolina, no me engañaba; la última palabra de vuestra carta me lo ha demostrado. Permitid ahora al amigo á quien se lo habeis confiado, que conteste con frialdad á la triste pregunta que os haceis. Si amara, qué seria de mí, Dios mio? decís. Ignorais, pues, que sois libre, y que el cruel aislamiento en que os hallais tiene al menos la ventaja de que sois dueña de vos misma? En la edad á que llegais, debe daros cuenta de vuestros bienes vuestro tutor; no tardareis en poder disponer de ellos lo mismo que de vuestra persona, sin consentimiento de nadie. Las soberanas del convento en que os hallais no lo ignoran, y sabrán hacéroslo saber el dia en que puedan amoldar á su provecho vuestra voluntad. Preguntais qué seria de vos, Carolina: seríais la esposa honrada y querida de aquel á quien amáseis, la santa madre de familia que reparte su amor en torno de sí como un dulce calor que hace brotar tiernas virtudes: seríais la dueña absoluta de un corazon que se haria vuestro esclavo; seríais la alegria y la honra de una nueva familia, el modelo de las gracias mas perfectas, el objeto de la admiracion y el respeto de todos; seríais todo lo que Dios quiso que fuéseis. Ved aqui el destino que tanto os espanta; el destino que es vuestro si os atreveis á aceptarle. Pero tiemblo temiendo haber añadido un nuevo dolor á vuestros sufrimientos dejándoos entrever la felicidad. Si no os atreveis á ser de aquel á quien habeis elegido, será, pues, porque sea indigno de vos? será que él no os ame? Estas dos suposiciones son igualmente locas. Vuestro corazon no me permite dar fé á lo uno, y el mio me dice que lo otro es imposible. Qué es, pues, lo que tanto os hace sufrir? Cuál es el secreto que me ocultais? Oh! decídmelo, Carolina; os amo bastante para saber que amais á otro y para uniros á él y salvaros aunque debiese yo morir.

ENRIQUE.»

—A fé mia, pensó Luizzi, que este señor es necio ó sagaz hasta dejarlo de sobra; ó no adivina nada, ó quiere absolutamente que se lo digan todo. Veamos la respuesta de mi pobre hermana.

DE CAROLINA Á ENRIQUE.

«Enrique, salvadme!»

DE ENRIQUE A CAROLINA.

«Me amais! era yo! Me amas, Carolina.... Oh! déjame arrodillarme á tus piés.... déjame darte las gracias y adorarte. Oh! quisiera deciros la felicidad que me ha hecho sentir esa palabra que me ha abrasado y anonadado; he cerrado los ojos, he vacilado, he creido morir.... Luego he caido de rodillas llamándoos con todas mis fuerzas: Carolina! Carolina! oh! sereis dichosa puesto que habeis fiado en mí, yo os lo juro.... Sereis dichosa para que yo pueda vivir; porque vuestra felicidad será el alma de mi vida, será el corazon de mi corazon, que cesará de latir ante una de vuestras lágrimas. Hoy nada mas puedo deciros.... mi cabeza se trastorna..... Lloro en este instante..... tiemblo.... dudo.... tengo miedo..... Es verdad que me amais?»

DE CAROLINA A ENNIQUE.

«Sí, Enrique, os amo; os amo porque habeis compadecido á la pobre niña aislada y triste; os amo por la noble bondad de vuestra alma..... Sin duda os amo tambien porque Dios lo ha querido, porque ya os amaba antes de todo eso....»

A contar desde estas dos cartas, lo restante era una correspondencia amorosa en que Enrique y Carolina se mostraban su corazon. Ingénuas confidencias de la una, sueños exaltados del otro, esperanzas sinceras, deseos locos, todo lo que constituye la conversacion del amor; manantial inagotable y abundante que comienza á secarse el dia en que se empapan en él los labios. Entre todos aquellos pensamientos que se remontaban al cielo se deslizaban sin embargo algunos que eran de la tierra. Enrique enseñaba primeramente á Carolina cuáles eran sus derechos; en seguida venian todas las medidas que convenia tomar para un rapto y una huida; á propósito de esto, habia una carta de Enrique verdaderamente admirable, en que el jóven confesaba su pobreza á Carolina, y una respuesta de Carolina que hizo agolpar las lágrimas á los ojos de Luizzi. La jóven pedia tan sencillamente perdon á Enrique porque era mas rica que él, que el baron estuvo á pique de creer en los sentimientos *vaudevillescos* del Gymnasio. Luego admiró la destreza; una vez establecida esta cuestion, con que Carolina se sacrificó porque no se tratase mas de ella. Se atrevió á pedir cuentas á Mr. Barnet y á hacer depositar en casa de Mad. Genlis las sumas procedentes de las rentas de su capital, desde que habia cumplido los diez y ocho años. En fin, de carta en carta, de billete en billete, llegó Luizzi al momento en que todo estaba preparado para la fuga. Enrique debia ir á esperar á Carolina á una puerta que el jardinero consentia en abrir. Armando creía llegar ya al desenlace; solo un billetito faltaba de leer, y no contenia mas que estas palabras:

DE ENRIQUE A CAROLINA.

«Me habeis engañado indignamente; os devuelvo vuestras cartas, nada quiero de vos que pueda recordarme hasta qué punto ha llegado mi locura.

ENRIQUE.»



Luizzi quedó confundido y reflexionó largo rato acerca de tan singular desenlace. Luego llamó á su hermana, y la dijo contemplándola con compasiva curiosidad:

—Y no habeis sabido nada desde que recibísteis este billete?

—Nada.

—No habeis vuelto á ver á Enrique?

—Hoy le he visto por primera vez desde que estuve en Auterive.

—No sabeis quien ha podido calumniaros á sus ojos?

—Lo ignoro.

—Pero y Julieta?

—Oh! no! Julieta no ha sido; tampoco ella le habia vuelto á ver. Julieta ignoraba hasta mis proyectos, porque yo, desde que me habia hecho culpable, no me sentia con fuerzas para ruborizarme en presencia de tanta resignacion y virtud. No quise hacerla cómplice de mi falta, porque su amistad no hubiera consentido engañarme, y su conciencia le hubiera reprendido amargamente su debilidad. Por lo demas, ya habeis podido ver el secreto que Enrique me encomendaba.

—Pero cómo estais aqui?

—Llegada la noche en que debia marchar con Enrique, huí de mi celda y atravesé el jardin, temblando y apenas sin poder sostenerme; la noche era muy oscura, y todo dormia en el convento. Al fin llegué á la puerta fatal. «Y bien! dije al jardinero.—Mr. Enrique ha venido, me contestó, pero se ha ido en seguida despues de haberme entregado este paquete y este billetito» Yo pensé que algun obstáculo imprevisto habia retardado la ejecucion de nuestros proyectos. Pregunté al jardinero si debia volver Enrique la noche siguiente; pero nada habia dicho. Hubiera yo querido leer aquel billete á fin de asegurarme de lo que ocurria, pero no tenia luz, y ni aun en mi celda la habia. Al fin, pasé á la capilla que se hallaba próxima á la puerta del jardin, y á la luz de un cirio que ardia junto á una reliquia de San Antonino, leí esas palabras terribles que me destrozaron el corazon de tal modo, que caí al suelo sin sentido. Cuando volví en mí, me hallé tendida sobre el pavimento de la capilla. Desperté como de un sueño horrible sin saber por qué estaba en aquel sitio, y sin acordarme de lo que habia sucedido. Cuando hube reunido mis recuerdos, esperimenté un dolor tan grande, que si la santidad de aquel sitio no hubiera hablado á mi alma, hubiera despedazado mi cabeza contra las losas, como se habia despedazado mi corazon. Volví á mi celda sosteniéndome con dificultad, y pasé el resto de la noche en una desesperacion sombría en que mi alma se perdia, sinresolucion para vivir ni para morir. El dia, trayéndome la luz, me mostró, por decirlo asi, el camino que debia seguir. Desde que pude ver aquella morada donde tanto habia amado, tanto sufrido y tanto esperado, me sentí sin fuerzas para habitarla por mas tiempo, y, al cabo de algunos dias, habia obtenido permiso de la superiora para ir á una de las casas centrales de las hermanas de la caridad. En Evron era donde debia terminar mi noviciado, y vine sola, trayendo conmigo mi secreto y mi desesperacion. Diez meses hace

que paso mi vida entregada á los mas rudos trabajos, destinada al hospital de Vitré, asistiendo á los enfermos, esperando que el aspecto del dolor de los demas calmará la intensidad del mio. Pero en vano ambiciono esos dolores del cuerpo bajo cuyo peso veo sucumbir á tantos hombres. Venia aqui á desempeñar los santos deberes á que me he consagrado, cuando he vuelto á ver al que ha matado mi vida, porque yo no vivo ya, hermano mio, ya no espero.

—Esperad, Carolina, dijo vivamente Luizzi, porque en todo esto hay una horrible maquinacion que yo descubriré.

—Hermano mio, qué quereis hacer?

—Veré á Enrique y le interrogaré.

—Ay! quizá no sea ya tiempo.

—Eso es lo que voy á ver.

Y Luizzi entró en el cuarto donde velaba aun el tio Bruno.

—Señor Bruno, dijo el baron, hay aqui alguien que pueda conducirme al sitio donde se oculta la partida de Bertrand?

—En otro tiempo yo hubiera podido guiaros, contestó el tio Bruno; conozco todos los escondites de los facciosos y no hay uno que no hubiera en otro tiempo acertado; pero ahora que estoy ciego, no estoy seguro de no equivocarme.

El baron no pudo menos de sonreirse en vista de la singular proteccion del anciano, y del mentís que á si mismo se daba al mismo tiempo.

—Pero, en lugar de vos, no habrá quien me guie? Yo le gratificaré correspondientemente.

—Hum! respondió el ciego. Mateo es un rapazuelo que tiene en la punta de la uña los caminos; indicándole donde debe estar á estas horas Beltrand, os conducirá en derechura; pero seria esponeros ambos á un balazo, á menos que no fuéseis con alguien que respondiese de vos.

—Si vos me acompañárais, Carolina, dijo Luizzi volviéndose á su hermana.

—Yo! contestó la jóven ruborizándose, yo!.... Vaciló un momento y luego añadió con voz balbuciente: Qué podré yo para con esos hombres? Ya habeis visto que cuando he tratado de salvar á Enrique sin conocerle, nada he conseguido.

—Es verdad, dijo Bruno; pero tambien habeis visto que una palabra vuestra ha bastado para salvar al señor, á quien ya conocíais.

—No importa, respondió Carolina; renunciad á ese proyecto, hermano mio, no os espongais á algun terrible peligro por obtener una esplicacion que quizá solo me proporcionará un nuevo dolor.

—No olvideis, replicó Luizzi, que en ello va vuestro honor, y quizá tambien vuestra dicha.

—Es cierto eso? preguntó el tio Bruno levantándose; pues en ese caso, aqui estoy yo. Yo os acompañaré y Mateillo nos guiará.

—Pero no veis que os esponeis vos mismo al peligro con que hace un instante me amenazábais? dijo Luizzi.

—Es muy diferente. Entre Bertrand y yo hay cosas que me responden de su prudencia.

—Pues eso no ha librado á vuestro hijo de las violencias del gefe de los facciosos.

—Bertrand no disparó el tiro ni tampoco le mandó disparar. Sor Angélica, solo una cosa os pido y es que seais caritativa y buena para con los pobres. Es verdad que vuestra dicha depende de que el señor halle la partida de Bertrand y vea al prisionero?

Carolina vaciló, y luego respondió bajando la vista:

—No puedo oponerme á la voluntad de mi hermano, y si quiere absolutamente ver á Enrique....

—Sí, hermana mia, sí, lo quiero. Considerad tambien que Enrique se halla entregado sin defensa á hombres que pueden hacerle pagar con la vida el valor que ha mostrado para con ellos. Se trata tambien de salvarle á él.

—Pues salvadle, hermano mio, y Dios os proteja!

—Cuándo podremos partir? preguntó Luizzi.

—Cuanto mas pronto mejor, contestó Bruno; tardaremos el tiempo que se tarde en despertar á Mateo y hacerle vestir.

—Oid, dijo una voz que partió de la cama que ocupaba el estremo de aquella pieza:

Luizzi y su hermana se acercaron, y vieron á Santiago sentado sobre su cama.

—Oid, contínuó, quiero dejar ir á mi padre y á mi hijo puesto que se trata del honor de sor Angélica. Cuando mi pobrecita hija que está durmiendo aqui estaba á la muerte, de las viruelas, sor Angélica vino á casa sin miedo de que se le pegasen, y pasó los dias y las noches junto á la niña hasta que consiguió salvarla. Quiero arriesgar por ella una vida ya que me ha salvado otra. Mateo irá, pues, con vosotros. En cuanto á vos, padre, vos sabeis lo que haceis y nada tengo que oponer á vuestra voluntad; pero es preciso, caballero, que nos deis palabra de que solo hareis uso en vuestro provecho de lo que vais á saber. Es preciso que me jureis ante Dios que no direis á nadie el sitio donde se oculta Bertrand, y que si los gefes de las tropas que ocupan el pais saben que habeis penetrado á donde se hallaban los facciosos, no les deis noticia ninguna que pueda guiarlos allá.

—Os doy esa palabra, contestó el baron, aunque me admira que me la pidais cuando habeis sido víctima de esos miserables.

—Esas son cuentas que arreglaremos Bertran y yo, dijo Santiago No

quiero que otros cobren la sangre que á mí me debe. Arreglad vuestros asuntos y dejad los mios, que yo los arreglaré cuando sea tiempo.

Mateillo estaba ya aviado un momento despues, y se convino que Carolina esperaria en casa de Bruno la vuelta de Luizzi, partiendo éste acompañado del muchacho y del anciano ciego. Hasta el amanecer, que estaba próximo, fué silenciosa la jornada. Los caminos eran encallejonados y era preciso seguirlos arrimándose á los espesos matorrales que habia á ambas orillas. Asi que amaneció, empezaron á encontrar campesinos que iban á trabajar á sus tierras; luego el movimiento se hizo mas activo y vieron los caminos irse poblando de las estrechas carretas del pais, tiradas, cuando menos, por tres pares de bueyes y cuatro caballos sujetos por tiros de inmensa longitud. En algunas partes, el deplorable estado de los caminos hacia necesario el empleo de fuerzas considerables para trasportar las menores cargas y arrancar las carretas de los barrizales en que se hundian; ademas los campesinos tienen una especie de orgullo en la cantidad de los caballos y los bueyes que pueden enganchar á una sola carreta para conducir algunos sacos de trigo al mercado.

Luizzi, ocupado en la importante mision que se habia impuesto, miraba todo aquello sin poner en ello mucha atencion; ni aun notaba el aspecto estraño de los campesinos que guiaban aquellos carruages, los cuales llevaban capotes de piel de cabra, gorro encarnado, del cual se escapaba su pelo desgreñado: calzaban zuecos y polainas que dejaban ver la desnuda pantorrilla, y su calzon estaba abierto por la parte esterior de la rodilla. La especie de canto dulce y monótono que acompaña casi siempre á la marcha de aquellos campesinos, no le distraia de sus reflexiones; sin embargo, llamó su atencion la manera con qua era saludado el tio Bruno en todos los encuentros.

—Hola! qué tal vá por vuestra casa? se le decia á cada instante. Cómo está Santiago de su brazo? Es de gravedad la herida?

El suceso ocurrido en la granja dos ó tres horas hacia era ya conocido de todos; cada cual se informaba con interés, pero ninguno hacia la mas mínima observacion para alabar ó vituperar la conducta de Santiago ni la de los facciosos. Sin embargo, Luizzi manifestó á Bruno la sorpresa que le causaba el que con tanta rapidez se hubiese propagado la noticia de haber sido herido su hijo.

—Eso no es estraño, respondió el bueno del anciano; quizá la mitad de los mozos que acabamos de encontrar serán de la partida. Despues de dar el golpe se encierran en sus madrigueras, y aunque vayan allá los gendarmes no haya miedo que sospechen nada.

—No comprendo eso, dijo Luizzi.

—Pues es fácil de comprender. Ya se sabe cuantos *sombreros y cabezas blancas* (hombres y mujeres) hay en cada casa: que los gendarmes llegan,

por egemplo, á la hora de comer y cuentan la gente? es preciso declarar los que están en el campo y los que están al mercado, y si falta alguno toman nota. Mas como los mozos al amanecer ya están en casa ó en el trabajo no hay medio de saber los que pertenecen á las partidas. Y esto es tan cierto, que con frecuencia se piden noticias de un golpe de mano á los mismos mozos que le han dado. Para descubrir á los facciosos seria necesario caer de repente en las casas durante la noche; pero los gendarmes no creen oportuno andar de noche por nuestros caminos.

—Entonces, dijo Luizzi, hallaremos á Bertrand en su casa.

—No tal; es muy conocido, y si alguna vez vá á casa, es despues de ponerse el sol; le encontraremos en la llanada con otros cuatro ó cinco que se vén obligados á ocultarse por la misma razon.

—Segun eso, repuso el baron, creeis que hemos encontrado algunos de los que anoche atacaron vuestra casa?

—Aun creo mas; apuesto que hemos hablado con el que disparó el tiro. Ya habeis visto ese rechonchillo que me dijo: «No tengais cuidado, que eso no es nada.»

—No fué él, abuelo, dijo Mateillo; yo sé quien fué.

—Y se lo has dicho á tu padre? le pregnntó Bruno sin admirarse del secreto que el niño habia guardado.

—Primero se lo diré con mi zueco á Luis el hijo de Chiquitin en cuanto le encuentre con el ganado.

—Ah! es Chiquitin? dijo el anciano con frialdad: hace tiempo que hubiera debido desconfiar Santiago. Pero tú, muchacho, tén cuidado con Luis, porque tiene dos años mas que tú; sacúdele sobre los ojos que es muy buen sitio.

—No tengais cuidado, abuelo, que ya estoy acostumbrado á señalarle.

Y sin inquietarse mas acerca de resultado que pudiera tener la camorra de su nieto, se detuvo Bruno como para registrar á su alrededor.

—Ya debemos estar cerca de la llanada, dijo.

—Sí, abuelo contestó Mateo.

—Entonces, busca á la izquierda, entre las retamas, un sendero. Bertrand debe estar en el agujero del puente viejo.

El niño encontró muy pronto el sendero, y Luizzi que veia estenderse delante de ellos una llanura de mas de una legua de diámetro, preguntó si faltaba mucho para llegar.

—Estamos á mitad de la llanada poco mas ó menos, contestó Bruno.

—Cómo! dijo el baron; con qué se esconden los facciosos en sitio tan desamparado?

—Mirad y vereis delante de vos, un poco á la izquierda, un altito; al pié de ese cerrillo está el puente viejo. Un centinela colocado en la cumbre y oculto entre las retamas domina fácilmente todo el llano. En este instante

sabe ya Bertrand que tres personas se dirigen á su madriguera. Nos espera porque no somos mas que tres; pero si se le hubiese indicado un cuerpo de tropas estaria ya huyendo por la parte opuesta.

—Pero, y si se presentáran por muchas partes á la vez?

—Aunque vinieran por diez lados, poco le importaria, hay veinte senderos ocultos que salen del llano; los mozos se dispersarian y escaparian por medio de los soldados como una liebre por medio de dos cazadores. Solo hay un medio bueno de hacer la guerra á los facciosos.

—Y cuál es?

—Coger sus mujeres y sus hijos y llevarlos tranquilamente á la ciudad sin hacerles daño. Si viérais qué pronto se amansarian los pobres diablos careciendo de gobierno en su casa. Seria negocio de ocho dias. Irian corriendo á entregar sus armas y sus municiones por ver á sus familias, y una vez desarmados, se verian precisados á mantenerse quietos.

El tio Bruno se detuvo de pronto, y añadió en seguida:

—Escuchad! Habeis oido ese *huhu*? envian alguien á reconocernos.

Continuaron todos su marcha, y Luizzi notó que aquel terreno que a primer golpe de vista le habia parecido tan llano, estaba cruzado en todos sentidos por profundos arroyos, por hondas cortaduras hechas por las lluvias, y poblado de distancia en distancia de retamas, cuando menos de cinco á seis pies de altura. En el momento en que salian de aquellas ásperas malezas, vieron á Bertrand de pié delante de ellos, el cual les preguntó:

—Adónde se vá por ahí?

—Venimos á donde hemos llegado, contestó Bruno; te buscamos á ti.

—Pues ya que me habeis encontrado, decidme qué quereis.

—Este caballero te lo vá á esplicar, porque el asunto es cosa suya.

—Diablo! esclamó Bertrand: no le basta haberse librado de ir al fondo de la charca, como le hubiera sucedido á no ser por la intervencion de sor Angélica?

—Vengo todavia en su nombre, dijo Luizzi.

—Para salvar al oficial? preguntó Bertrand con tono sombrío.

—Para salvarle.

—Qué sor Angélica se mezcle en tales asuntos! dijo Bertrand con enfado. Tanto peor para vosotros por haberos metido en eso; tanto peor para tí Bruno, que te has metido tambien en ello. Has cometido una falta, pues has enseñado á un forastero el camino del puente viejo; es una traicion, y ya sabes como se pagan las traiciones.

—El motivo que trae á este caballero, respondió Bruno tranquilamente, no tiene nada que ver con la faccion: interesa solo á sor Angélica. Esplicaos, señor, y haced vuestro negocio.

Iba Luizzi á hablar, cuando Bertrand volvió á tomar la palabra, y dijo:

—Puesto que habeis querido ver el agujero del puente viejo, es preciso que le veais por completo ahora mismo; y, puesto que sois curiosos, voy á enseñaros un camino que ni unos ni otros conoceis.

En seguida Bertrand echó á andar, tomando una especie de foso que tenia bastanta agua. Como Luizzi vacilase en seguirle, Bruno dijo á este último en voz baja:

—Ahora no se trata de retroceder. Debe haber facciosos á derecha é izquierda de nosotros y quizá detrás, los cuales os acariciarán los riñones con una bala si tratais de haceros el remolon.

Luizzi se decidió á seguir adelante, y al cabo de diez minutos llegaron al lecho de un arroyo cuyas dos orillas habian estado otro tiempo enlazadas por un puente de dos ojos, uno de los cuales estaba aun entero, y bajo del cual habia ocho ó diez hombres reunidos en torno del fuego que habian encendido.

Apenas miraron á Bruno y su nieto, pero rodearon á Luizzi, murmurando entre sí.

—Es el espía de anoche.

Esta denominacion pareció de mal augurio á Luizzi. Sin embargo, no se habia decidido á dar aquel paso sin preveer que podia correr algunos peligros, y pareció no echar de ver el mal sentido de los facciosos.

Mateo se acercó á uno de los facciosos que permanecia algo retirado, á quien dijo con tono jovial:

—Buenos, dias, tio Chiquitin, cómo está Luisillo?

—Tal cual, contestó el faccioso.

—Estás ahí, Chiquitin? dijo Bruno con tono amistoso.

—Sí, tio Bruno. Y qué tal, cómo vá en vuestra casa?

—Asi asi.

Ni el niño ni el anciano mostraron la menor emocion al hablar, el uno al asesino de su padre y el otro al asesino de su hijo.

Por otra parte, Luizzi no vió nada que le anunciase haber sido conducido alli el oficial, y esperaba que Bertrand le interrogára. Este se sentó sobre un gran canto, apoyó los codos en las rodillas, y le dijó inclinándose al fuego:

—Qué es lo que quereis?

—Lo que temo no me podreis conceder: quiero ver á vuestro prisionero.

—Qué es lo que quereis decirle?

—Es un secreto entre él y yo.

Beltrand alzó la cabeza y examinó á Luizzi con aire de sorpresa; luego recobró su posicion, estendiendo las manos hácia el fuego, y dijo á uno de sus soldados

—Vete á buscar el herido.

Enrique apareció un momento despues, y Luizzi le pudo mirar á su gusto. Era un hombre de veinte y cinco años apenas, de formas hercúleas, la cabeza pequeña, la frente deprimida y la barba negra, cuyo color debió ser sonrosado antes de que el mal le hubiese desfigurado.

—Podeis hablar juntos, dijo el faccioso. No os precipiteis, que os daremos tiempo para ello.

—Habeis venido para tratar de mi libertad, caballero? preguntó Enrique.

—No, contestó el baron; vengo á nombre de la persona que os ha conocido en casa de Santiago.

—De Carolina, llamada sor Angélica, que á falta de un apellido tiene dos nombres de pila: y qué es lo que quiere?

—Nada, caballero, dijo Luizzi indignado de aquella brutal grosería; pero tengo derecho á esperar de vos una esplicacion.

El militar miró á su alrededor con aire indiferente, y replicó:

—Una esplicacion aqui? El sitio no es muy cómodo; tengo el brazo en cabestrillo, pero es igual. Si estos campesinos nos dan un par de chismes bien aguzados, me teneis á vuestra disposicion.

—Me suponeis el mal gusto de pediros aqui, y en el estado en que os hallais, semejante esplicacion? replicó Luizzi con altivez.

—Pues en ese caso no tengo otra que daros, contestó Enrique volviendo la espalda.

Luizzi quedó absorto de sorpresa viendo el tono y las maneras de aquel hombre á quien por sus cartas se habia figurado un bello y melancólico jóven. Nada hallaba que decir despues de oir la brutal respuesta de Enrique, y quizá se hubiera alejado si este no se hubiera vuelto diciéndole con tono insultante:

—Pero ahora caigo: quisiera que me dijérais con qué derecho os mezclais en mis asuntos.

—Me mezclo porque vuestros asuntos son los mios, contestó el baron con altanería; soy el baron de Luizzi y Carolina es hermana mia.

Enriqué quedó como petrificado al oir esta revelacion, y cuando oyó á Luizzi añadir:

—Lo sé todo, caballero,—el subteniente prorumpió en terribles juramentos, esclamando:

—Pues bien! no importa que lo sepais todo; id á delatarme á mis gefes; hacedme fusilar al frente del regimieuto. Me es igual: esos pillos están desde ayer amenazándome acabar conmigo. Que hagan lo que quieran, y cuanto antes mejor.

Luizzi se figuró que el delirio de la fiebre ocasionada por la herida exaltaba la cabeza del jóven; lisonjeado por otra parte por la impresion que habia hecho la simple enunciacion de su nombre, dijo con mas dulzura:

—Oid, caballero: me parece que la autoridad militar no hará mucho caso de una falta como la vuestra, y sobre todo cuando se puede reparar.

—Eh! cómo quereis que yo la repare con mil doscientos francos de sueldo?.... contestó Enrique encogiéndose de hombros.

Luizzi, que se habia formado una idea caballeresca de la mision que iba á desempeñar, y que no renunciaba á llevarla á cabo, atribuyó tambien esta singular respuesta á la fiebre y repuso vivamente:

—Vuestra falta de recursos no es un obstáculo, caballero; los intereses personales de mi hermana son pocos, pero puedo yo aumentarlos de modo que se pueda atender á todas las obligaciones de una posicion decente.

—La torpe inteligencia del subteniente pareció irse despertando poco á poco. Enrique, á manera del hombre que trata de comprender lo que se le quiere decir, miró á Luizzi y le dijo balbuceando:

—Carolina era desde luego un buen partido.... Tanto mejor para ella si la haceis mas rica.... Tal vez hubiera hecho bien en casarme con ella... Si yo no hubiera escuchado.....

—Indignas calumnias, añadió Luizzi.

—No digo que la conducta de Carolina haya sido reprensible, respondió Enrique entre dientes.

—Pero vos quizá lo habeis creido por un momento, y ese momento ha bastado á destruir para siempre su dicha, y sin duda tambien la vuestra. Pero todavia hay tiempo, caballero; Carolina no ha pronunciado aun sus votos y os ama: si estais ya desengañado, demostrádmelo aceptando su mano.

Para hacer esta proposicion, Luizzi habia tomado una actitud heróica, inclinándose sobre la cadera y tendiendo la mano hácia Enrique. Su tono era tan teatral que solo faltaba una capa española y un espadon para que fuera completamente dramático. Armando continuó del mismo modo, viendo vacilar á Enrique.

—Me dirijo á vos lealmente; contestadme: sois libre?

—Libre para casarme? contestó Enrique. Si que lo estoy si llego á estar libre para salir de aqui.

—Siendo asi, qué quereis que diga á Carolina?

—Toma! que estoy pronto á casarme con ella, respondió Enrique, cuyos ojos denotaban una estraña sorpresa y una especie de estravío.

—Gracias en su nombre, hermano mio, dijo Luizzi siguiendo su papel caballeresco. Luego, dulcificándose hasta el tono paternal, por medio de una diestra transicion, añadió:

—Quién pudo cegaros hasta el estremo de escribir á Carolina un billete como este?

Enrique tomó el billete y le leyó, permaneciendo luego en silencio y como sumido en profundas reflexiones.

—Yo sé, dijo Luizzi que estaba de temple para el estilo sentencioso, yo sé que el amor que muchas veces no cree en la evidencia, cree otras en el crímen fundándose solo en ligeras sospechas. Pero no podreis decirme quién fué el autor de esas calumnias?

—Oh! dijo Enrique sin quitar la vista del billete; no puedo ni debo mentar á la persona.....

—Os comprendo; le interrumpió Luizzi; yo temo que esa Julieta.....

Enrique se estremeció, pero contestó en seguida:

—No, os aseguro bajo palabra de honor que Julieta nunca me ha dicho una palabra contra la buena reputacion de Carolina.

—Pues entonces quién fué?

—No os canseis, señor de Luizzi; vos no conoceis á los que me engañaron.

—Como gusteis; respeto vuestro escrúpulo. Lo que ahora debe ocuparnos es el hallar medios de conseguir vuestra libertad. Yo me encargaré de esta negociacion, añadió Armando con aire de superioridad; yo haré entrar en razon á esas gentes.

—Haced la prueba, dijo Enrique; pero tened la amabilidad de confiarme esa correspondencia.

—En ella encontrareis vuestro corazon, respondió Luizzi con tono encantador.

Y entregó el paquete de cartas á Enrique, quien se puso á leerlas con una atencion que hizo sonreir á Luizzi.

El baron se adelantó en seguida hácia Bertrand.

—Es concluido, dijo el faccioso; Bruno me acaba de esplicar el negocio; parece que la religiosa es vuestra propia hermana. Tanto mejor para vos, porque es una santa. Ya que nada teneis que hacer aqui, idos; cuanto mas pronto mejor.

—No puedo marchar solo, porque Bruno no os lo ha dicho todo. Yo soy hermano de sor Angélica, como vosotros la llamais; ese oficial era su prometido hacia tiempo; los separó la desgracia, y ahora se han vuelto á encontrar, y quiero asegurar su dicha casándolos.

—Casar á una religiosa! esclamó uno de los facciosos.

—No ha pronunciado aun sus votos, contestó Luizzi.

Un sordo murmullo circuló entre aquellos hombres.

—Callad, dijo Bertrand, esa no es cuenta vuestra; y para probároslo, añadió dirigiéndose al baron, os diré lisa y llanamente que el oficial y la religiosa podrán casarse cuando quieran, asi que se nos haya devuelto á Jorge en cambio de nuestro prisionero.

—No quereis, pues, entregármele?

Bertrand miró á Luizzi con aire de admiracion.

—Y por qué quereis que os le entregue?

—Vá en ello el honor de una mujer, la felicidad de la que decís que es una santa.

—Buena santa que tiene amantes en las tropas de línea! dijo Bertrand.

—Olvidais á quién hablais? repuso Luizzi.

—Vos sí que lo olvidais, replicó Bertrand dirigiéndose á Luizzi con la culata de la escopeta levantada; acaso os conozco yo ? Os he dejado acercar cuando hubiera podido haceros volver atrás á balazos; os he permitido hablar á ese oficial porque el tio Bruno os acompañaba, y he causado una desgracia á su hijo; pero tengo que ver algo con vos? Idos pronto, puesto que ahora tengo la buena voluntad de dejaros ir, y no me fatigueis con vuestre aire de señor parisiense, lo oís?

Probablemente hubiera dado Luizzi alguna nécia réplica, sino hubiera tomado Bruno la palabra.

—Vamos, Bertrand, no seas malo, dijo; este caballero tiene razon.

—Bruno, no te mezcles mas en eso, dijo Bertrand; demasiado te has mezclado ya.

—Y me mezclaré lo que me dé la gana: lo entiendes, Bertrand? contestó el ciego irritado. Piensas meterme miedo con tu vozarrona? La he oido temblar y suplicar.

—Cállate, dijo el faccioso dirigiendo su feroz mirada al ciego, cállate; que si no te puede costar caro.

—Y si no quiero callarme, y si quiero decir lo que tu hiciste? Bertrand, no me hagas hablar.....

—Yo te lo impediré, replicó el faccioso montando la escopeta.

—No toques á ese buen hombre, esclamaron los otros facciosos; basta con lo de Santiago.

El gefe se detuvo y desmontó con cólera la escopeta, y Bruno le dijo con tono imperativo:

—Vén aquí, Bertrand, vén aqui.

—Bertrand obedeció y siguió al anciano á algunos pasos de Luizzi. Los facciosos se retiraron fuera del ojo del puente; pero como la elipse de la bóveda sirviera de conductor á las palabras de Bruno, el baron pudo oirlas como si hubiese estado al lado del ciego, que decia á Bertrand:

—No te acuerdas ya del ataque de Andoullie? Has olvidado que Balatru nuestro gefe, murió alli de un balazo que recibió en la espalda aunque iba delante de nosotros? Solo yo iba á tu lado, y nadie mas que yo sabe quien disparó aquel balazo. Quieres que lo diga en alta voz?

—Balatru nos vendia, dijo Bertrand bajando la cabeza.

—Lo que hay es que tú eras amante de la mujer de Balatru y te has casado con ella.

—Pues bien; y luego? dijo Bertrand cuya mano se crispaba de cólera.

—Luego? Cuando yo te amenacé con denunciarte á los gefes, me supli-

caste de rodillas, diciéndome: «No me delates; si alguna vez me pides la vida ó la muerte de un hombre, yo le salvaré ó le mataré, segun quieras.»

—Y me pides la vida de ese oficial?

—Eso te pido primero, y luego otra cosa. Chiquitin es quien ha herido á Santiago.

—Quién te lo ha dicho?

—Acaso no es cierto? Mateo lo vió.

—Sí, él fué.

—No quiero que repita su fechuría. Tú sabes que quiso casarse con Mariana; anoche trató de hacer lo que tu hiciste en otro tiempo, y.....

—Basta, dijo Bertrand, yo sé lo que he de hacer. Ademas es un cobardo de quien desconfio. A la menor cosa... Pero en cuanto al oficial, es imposible.

—Si tú quieres puedes muy bien.

En esto se oyó un ligero ruido en la falda del cerrillo, y un faccioso bajó deslizándose por entre la maleza y diciendo en voz baja:

—Eh! muchachos! los calzones encarnados!

—Por dónde? preguntó Bertrand.

—Por la linde del bosque grande.

—Está bien, respondió el gefe; subid allá arriba y quietos allí. Luego, se volvió á Bruno, y añadió:

—Cómo quieres que proponga eso á los otros?

Aun no habia acabado estas palabras, cuando apareció otro faccioso.

—Eh! muchachos! los calzones encarnados!

—Hácia dónde?

—Hácia la charca.

—Vuelve á tu sitio, y esperad, contestó Bertrand.

Al oir esta noticia, Enrique se habia levantado para acercarse al baron; pero éste le hizo señas de que no interrumpiese la conversacion de los dos campesinos. Bruno decia á Bertrand en aquel instante:

—Hé aqui una buena ocasion; despacha tu gente y deja al oficial con nosotros.

—Voy á ver si puedo, contestó Bertrand con voz serena. En seguida se alejó algunos pasos echando una mirada amenazadora al anciano. Luizzi se acercó á Enrique, y le dijo:

—Ved aqui un socorro á tiempo.....

—Dudo que lo sea, respondió Luizzi; en seguida se acercó á Bruno y le dijo en voz muy baja:

—Cuidado, que temo alguna traicion.

Bertrand apareció casi al mismo tiempo; parecia hallarse violentamente agitado.

—Estamos vendidos, dijo; son mas de trescientos, y vienen por todas partes.

Los facciosos se acercaron á Bertrand, y la palabra *vendidos! vendidos!* circuló entre aquellos doce ó quince hombres.

—Vendidos y perdidos! dijo Bertrand; avanzan ya rodeando la llanura y ojeándola toda como cazadores.

—El tio Bruno es quien ha dado soplo, esclamó el faccioso Chiquitin, en tanto que Bertrand miraba qué efecto producia aquella acusacion.

—Si yo hubiera dado soplo, dijo Bruno alzándose de hombros, estaria entre vosotros?

—Tiene razon! tiene razon!

—Muy pronto os acobardais, dijo Bruno. Cómo es eso? no podeis escapar escurriéndoos entre un centenar de soldados? Acaso no sabeis el sendero de.....

—Yo sé todos los senderos, dijo Bertrand interrumpiendo á Bruno; pero segun la cosa se presenta seremos felices sino dejamos tres ó cuatro muertos ó prisioneros. Sin embargo hay un medio de salvarnos sin que ninguno de nosotros corra el menor riesgo.

—Veamos.....

—Vedle aqui, continuó Bertrand dirigiéndose á Enrique: ya conoceis el escondite donde hemos estado ocultos: cabemos todos y podemos escondernos alli. Dejareis que se acerqueu los soldados, y les direis que hace mas de dos horas que hemos dejado la llanura. Asi cesarán por aqui las pesquisas, y nosotros permaneceremos tranquilos como el pez en el agua.

—Corriente, dijo Bruno, yo te lo prometo.

—Y yo tambien, añadió el baron.

—Yo no puedo consentir en engañar á los mios, dijo Enrique.

—No importa, repuso Bertrand, yo os aseguro que no hablareis.

—Qué tratas de hacer? dijo Bruno.

—Nos seguirá por buenas, y en ese caso no chillará, ó quedará aqui y entonces habrá un cadáver mas en la llanura.

—No olvides que te he pedido la libertad de ese oficial, dijo el tio Bruno.

—Para que nos la quite á nosotros? replicó Bertrand.

—Salvaos, Enrique, dijo el baron, y jurad por vuestro honor que no revelareis el sitio donde se escondan.

—Es imposible, respondió Enrique.

—En ese caso, dijo Bertrand sacando un cuchillo de monte, partid delante de nosotros, y cuidado como andais.

—Podeis matarme, dijo Enrique, pero no daré un paso.

—Pues lo dicho dicho, murmuró Bertrand, retirándose como para asestar con mas seguridad el golpe al oficial.

—Si cometeis ese crímen, retiro mi palabra, esclamó Luizzi.

—No importa, haremos con vos lo mismo que con él.

—Van estrechando el círculo y acercándose aqui, murmuró una voz desde lo alto del puente.

—Vamos, decidios! esclamó Bertrand.



—Esperad un momento, dijo Luizzi. Olvidais una cosa, y es que si permanecemos aqui, no creerán nuestras aserciones, y continuarán las pesquisas.

—Es cierto, es cierto, esclamaron todos.

—Pero si uno de sus oficiales, continuó Luizzi, les asegura que hemos partido hace tiempo no podrán menos de creerle.

—Tambien es verdad, asintió Bertrand; pero falta que él quiera.

—Consentid, Enrique, dijo el baron.

—Ya vienen! esclamó un faccioso bajando del cerrillo donde estaba de centinela.

—Vaya, dijo Bertrand sujetando bruscamente la escopeta á la espalda para poder servirse mejor de su cuchillo de monte. Quereis jurar que partimos de aqui esta mañana?

Enrique vaciló aun.

—Tanto peor! murmuró el tio Bruno encogiéndose de hombros.

—No quereis? repitió Bertrand. Entonces, allá vá.

Y alzó el cuchillo. Enrique palideció retrocediendo.

—Os juro por mi honor no decir lo que habeis hecho, dijo con voz alterada.

—No basta eso, replicó Bertrand; es preciso decir que hemos partido hace ya tiempo. Vamos, no andeis con delaciones. Vuestra piel se ha puesto hace un momento demasiado blanca para que desafieis mi cuchillo.

—Ya llegan..... ya llegan! murmuró una voz entre la maleza.

—Acabemos, dijo Bertrand levantando el cuchillo.

—Pues bien! respondió Enrique; os doy mi palabra de militar de declarar lo que deseais.

—Corriente, dijo Bertrand.

Luizzi recibió gran contento con la resolucion de Enrique, aunque le pareciese demasiado tardía; pensó que hay ocasiones en que es locura dejar que el peligro se acerque lo bastante para demostrar miedo.

—Tened presente que Bruno y su familia responden de vos, dijo Bertrand; si somos vendidos, perecerán todos ellos, hombres y mujeres.

—Bien! bien! repuso Bruno; pensad en vos, que lo demás corre de mi cuenta.

Bertrand hizo una seña á los suyos para que le siguieran; caminó algun tiempo arroyo arriba, por donde se habia traido á Enrique, y luego desapareció con su gente entre la maleza; pero antes que se hubiesen alejado, Luizzi vió que Bertrand indicó á Bruno el faccioso Chiquitin. El baron puso su observacion en conocimiento del anciano, que al parecer reflexionó un momento acerca de lo que se le acababa de manifestar.

—Diablo!..... diablo! murmuraba meneando la cabeza.

—Vos teneis la culpa, abuelo, dijo Mateo exasperado. Por qué habeis dicho á Bertrand que sabemos es Chiquitin el que hirió á mi padre?

—Tienes razon, muchacho, he sido un torpe. Pero no puedo creer que Bertrand se atreva á hacer una cosa como esa.

—Le habeis reprendido cruelmente, dijo Luizzi en voz baja, y.....

—Lo habeis oido? le interrumpió el anciano.

Luizzi hizo una señal afirmativa con la cabeza.

Bruno vaciló, al parecer un momento; luego dijo de repente y en voz alta:—Hay un medio de salvar á los facciosos mejor que el de permanecer aquí: vayamos al encuentro de los soldados, é impidámosles que se acerquen, diciéndoles que hace ya mucho tiempo se marchó la partida.

—Teneis razon, contestó Enrique; vamos pronto y tomemos el camino mas corto.

En seguida dejaron el arroyo y tomaron un sendero resguardado por ambos lados por altas retamas. Al principio caminaron con rapidéz; pero Bruno se detuvo de pronto y se puso á escuchar. Solo oian los gritos lejanos de los soldados que se indicaban mútuamente el sitio en que se hallaban. Bruno continuó su camino; pero se detuvo nuevamente á los cuarenta ó cincuenta pasos.

—Estoy seguro de que nos sigue alguien, dijo. No has oido nada, Mateo?

—Teneis razon, contestó el niño; hácia la izquierda, entre las retamas.... Voy á ver quién es.

—No vayas, muchacho, dijo el anciano.

Pero el niño penetró con intrepidez entre la maleza, sin hacerle caso. Luizzi y Enrique siguieron con la vista el movimiento que causaba en las retamas conforme caminaba por entre ellas. A los treinta pasos escasos se hizo mas vivo aquel movimiento como si indicara una lucha; luego volvió á hacerse mas leve, y continuó á lo lejos como si Mateo hubiera seguido adelante, hasta que al fin cesó de pronto.

—Muchacho! Mateo, ven acá porfiado! gritó el anciano inquietándose.

Pero nadie contestó. Un terror singular se apoderó entonces de Luizzi, que se adelantó hácia el sitio donde habia desaparecido el muchacho. Enrique le siguió y le detuvo á diez ó doce pasos de Bruno, que continuaba llamando á Mateo.

—Ese chico es el diablo, dijo el subteniente; ya habeis visto agitarse las retamas en la direccion que ha seguido.

Al tiempo que Luizzi iba á participar á Enrique su temor, oyeron un golpe sordo y un grito espantoso. Se volvieron y vieron al tio Bruno de pié aun, sosteniéndose sobre la punta de los piés y con los brazos tendidos; su rostro se contraia en horribles convulsiones; corrieron hácia él, pero antes que llegaran, el anciano cayó boca á bajo con los brazos tendidos hácia adelante, y vieron que un golpe espantoso dado por detrás, le habia deshecho la cabeza.

Enrique y Luizzi se miraron por un movimiento comun de terror, y luego dirigieron á su alrededor su vista espantada. Todo estaba tranquilo; nada se movia, y solo oyeron las llamadas incesantes de los soldados que se acer-

caban cada vez mas. Enrique pasaba por un valiente soldado; mas la palidez que tanto en su rostro como en el de Luizzi aparecia, denotaba el profundo terror que se habia apoderado de ellos. Luizzi trató de articular algunas palabras; pero sus labios se agitaron en vano: su voz quedó en la garganta como oprimida por un peso invencible, y estaban uno en frente de otro inmóviles, helados. Sintióse un ligero ruido y se volvieron de repente apoyándose de espalda el uno contra el otro como para hacer frente al peligro que podia amenazarlos. Asi permanecieron cerca de un minuto, al fin de cuyo tiempo notaron que aquel ruido procedia de las últimas convulsiones de Bruno, que se agitaba en las ánsias de la agonía. Un mismo movimiento de compasion los hizo acercarse á él para prestarle los últimos auxilios; un mismo movimiento de terror los hizo incorporarse para mirar á su alrededor. Nada se movia ni respiraba, y sin embargo se acercaron aun mas uno á otro; pero aquel inmóvil espanto pareció cesar de pronto, y despues de haberlos tenido como anonadados prorumpió en movimientos y gritos desordenados, Luizzi sacó su pañuelo, y agitándole por encima de las retamas se puso á gritar con voz penetrante y turbada por el miedo:

—Por aqui! por aqui! por aqui!

Y Enrique le imitó casi al mismo tiempo. La agitacion de su miedo pudo mas quizá que su inmovilidad; porque aun seguian gritando y agitando los pañuelos cuando ya se hallaban rodeados de soldados.

Luizzi contó entonces al capitan los tristes sucesos de que habia sido testigo. Durante su relato trageron los soldados el cadáver de Mateo. Señales de dedos fuertemente hundidos alrededor del cuello del desgraciado niño probaban que habia sido cogido por la garganta y estrangulado por una mano dotada de una fuerza espantosa.

Los gritos de Luizzi y Enrique, atrayendo precipitadamente grau número de soldados al sitio donde yacía el cadáver de Bruno, habian quebrantado el cerco que se estrechaba lentamente alrededor de las ruinas del puente viejo, y fué preciso conocer que los facciosos habian aprovechado aquel desórden escitado por ellos con tan atroz atentado, para deslizarse por aquel lado y salir de la llanada, pues no se encontró ninguno en la especie de caverna que habian designado para su ocultacion, y la batida no dió por resultado el descubrimiento de ninguno de ellos.

Luizzi, que debia tornar á ver á Carolina en casa de Santiago, fué el destinado á llevar á este desgraciado la triste nueva de la muerte de su padre y la de su hijo.

La felicidad que creia llevar á Carolina apenas distraia ya su pensamiento ocupado del cruel deber que tenia que desempeñar. Encaminóse temblando hácia la casa del labriego, en tanto que Enrique, á quien habia citado para Vitré, seguia á los soldados. El baron se detuvo un momento á la puerta antes de entrar; la casa estaba cerrada y no se veia á nadie.

Al fin se decidió á entrar. Todos estaban reunidos en la cocina; Santiago sentado junto al fuego, su mujer llorando caida á los pies de su marido, los criados refugiados en un rincon y mirándose aterrorizados, y los niños estrechados entre las piernas de Santiago y los brazos de su madre; Carolina estaba de pié al lado de ellos. Santiago se levantó en cuanto vió á Luizzi.

—Lo sabemos todo, caballero, le dijo.

—Quién os lo ha dicho? esclamó Luizzi.

—Un amigo.... Chiquitin que ha pasado por aquí.

—Chiquitin! murmuró el baron; el fué quien os hirió, y vuestro padre fué designado á él como víctima por Bertrand, yo lo ví.

—Chiquitin! repitió Santiago dirigiendo una mirada terrible á su mujer, en tanto que esta retrocedió como para esquivar aquella terrible mirada.

Ni una palabra mas se pronunció de una parte ni otra. Santiago enjugó su frente con la mano, pues estaba inundado de sudor, y luego dijo con voz tranquila:

—Sor Angélica, ya habeis recobrado á vuestro novio. Casaos con él si es el único hombre á quien habeis querido. Ya nada teneis que hacer aqui. Adios.

—Yo no quisiera abandonaros en medio de esta afliccion.... contestó Carolina.

Santiago no respondió, pero sus cejas se fruncieron ligeramente y mostró á la religiosa la puerta de la casa con un gesto imperativo. Carolina salió acompañada de su hermano.



XIII.

Conclusion, segun Luizzi.



No bien se alejaron de aquella escena de desolacion Carolina y Luizzi, este contó á su hermana su entrevista con Enrique; pero la contó como hombre que quiere llegar al objeto que se ha propuesto, es decir, que pasó en silencio las singulares respuestas que el subteniente le diera á su llegada. Tampoco dijo á su hermana la estupefaccion y la reserva del jóven, é inventó una sorpresa y una alegria que hicieron ruborizar dulcemente á Carolina. Como esta insistiese en sus deseos de saber cuales eran las calumnias que habian determinado á su amante á devolverla tan brutalmente sus cartas, Luizzi, que no queria confesar su ligereza en sus esplicaciones con Enrique, creyó lo mas acertado echar toda la culpa á una persona cuyo carácter aceptaba voluntariamente la responsabilidad de todas las murmuraciones, y cuya lejana ausencia no permitia á Carolina averiguar con exactitud

la verdad. Mad. Barnet, la mujer del notario, de maneras rústicas, de voz áspera y cuya aguja se ocupaba de contínuo en cerrar los agujeros de las medias de su marido mientras su lengua abria brechas en la reputacion del prógimo, Mad. Barnet, repetimos, fué el editor responsable de las calumnias que habian debido dictar la conducta de Enrique.

Carolina se dejó persuadir fácilmente por su hermano; ambos concertaron los medios oportunos para que la jóven abandonase la casa sucursal de religiosas á que pertenecia. Para evitar cantestaciones que pudieran ser largas, Enrique dispuso que Carolina no volviera al convento y que fueran los tres en derechura á Laval.

Sin embargo, ambos se detuvieron ante un obstáculo; era la falta absoluta de dinero. Luizzi creyó que á Enrique le seria facil obviar aquella dificultad; se encaminó á pié á Vitré con su hermana, y pidió una habitacion en la posada menos miserable de la ciudad, dejando alli á Carolina para ir á ver al subteniente, á quien encontró levantado y escribiendo, á pesar de su herida. En cuanto hizo su demanda á Enrique, éste se halló bastante embarazado y balbuceó escusas poco acertadas aunque pareciese muy posible que un subteniente no hubiese economizado nada de su corta asignacion.

El baron, que poseia sus doscientas mil libras de renta, creyó imposible que un hombre conocido no pudiese procurarse en el acto algunos millares de francos, y muy naturalmente propuso á Enrique que los pidiese prestados á sus compañeros ó al cajero del regimiento; pero el subteniente le hizo comprender, bastante de mal humor, que no podia recurrir á la bolsa de oficiales que eran tan pobres como él, concluyendo por decir:

—Si estuviéramos en París, no me veria apurado para daros con qué salir de este maldito pais, aunque tuviese que empeñar mi charretera; pero en este agujero ni siquiera hay un monte-pio: Con razon se dice que la Bretaña es un pais de salvages.

Al baron le pareció singular que el monte-pio fuese para Enrique un termómetro de civilizacion; mas no por eso fué menor su inquietud no sabiendo por qué medios salir de aquella enojosa posicion. Enrique no tenia ningun recurso, y Luizzi, á juzgar por lo que habia creido ver, supuso que cuando tanto reparaba en acudir á la bolsa de sus compañeros ó de sus gefes, era porque habria sido ya mas que indiscreto.

La impresion de esta entrevista fué poco favorable á Enrique en el concepto del baron. Sin embargo, este se habia formado tan bello plan de conducta, se habia creado tan noble papel de protector, de hermano generoso, que hizo cuanto pudo por destruir por sí mismo aquella enojosa impresion. Se dijo á sí mismo que un subteniente hacia bastante con cubrir los gastos de su juventud, y que todos los de las buenas comedias y de las buenas óperas cómicas tienen casi siempre tanto papel sellado como billetes amorosos en la cartera.

Volvia Luizzi á la casa donde habia dejado á su hermana entreteniéndose asi consigo mismo, cuando fué distraido de sus reflexiones por un grito de sorpresa y por un nombre pronunciado con acento de admiracion. Miró y vió un viagero que bajaba de una diligencia, cuyos tiros se estaban mudando. Aquel hombre era Mr. Barnet el notario.

—Pardiez, dijo Luizzi, el cielo es sin duda quien os envia.

—Y el mismo es quien hace que os encuentre. Qué diablo ha sido de vos desde año y medio á esta parte? Os he escrito veinte veces y todas mis cartas han quedado sin respuesta.

—He hecho un viage al estrangero, contestó el baron bastante embarazado. Pero qué os trae á vos por aquí?

—Un motivo muy importante como negocio y otro que no lo es menos como afeccion. El primero es un pleito de que depende la fortuna de uno de mis clientes: consiste en mas de millon y medio. Es asunto grave; se trata nada menos que de un testamento supuesto que privaba al marqués de Bridely de sesenta mil libras de renta.

—El marqués de Bridely! esclamó el baron; me parece que le conozco. No es el hijo tercero del marqués.... un miserable....

—No.... no.... respondió Barnet por lo bajo con aire de confidencia; ese murió: se trata de su hijo á quien reconoció y legitimó.

—Mr. Gustavo! esclamó el baron, es otro intrigante....

—Pero sus derechos son incontestables, respondió el notario; el derecho, señor baron, es siempre respetable aun cuando le tenga un pícaro. Ademas que Mr. de Bridely en esta circunstancia se ha mostrado tal como debia ser. Yo soy quien ha descubierto la herencia que la casualidad le ha dado, y él me ha encargado del negocio. Si sale bien, mi recompensa será una suma de cien mil francos.

—Eso bien merece el trabajo de andar doscientas leguas.

—Y sin embargo, replicó Barnet, quizá la esperanza de semejante beneficio no me hubiera decidido á dejar á Tolosa si no hubiese tenido la de ver en este pais á una persoaa que á vos tambien os interesa, señor baron.

—Carolina? dijo Luizzi.

—La habeis visto?

—Sí, la he visto; está aqui.

—Al coche, al coche! gritó el postillon.

—No os detendreis en Vitré? preguntó Luizzi á Barnet, que se adelantaba hácia la diligencia.

—El pleito de Bridely se entabla mañana en Rennes; no llegaré hasta el anochecer, y tendré que pasar la noche ocupado en dar á conocer al procurador encargado de él las piezas importantes que le llevo.

—Pero y Carolina? dijo el baron.

—Pensaba escribirle y verla á mi vuelta; se acerca ya la época de su ma-

yoria y tengo que darle cuenta de sus intereses, y me alegro infinito que vos os halleis presente para que veais el uso que he hecho de ellos, aunque siento que tanto dinero vaya á parar á un convento.

—No irá, replicó vivamente Luizzi; se casa Carolina.

—Calla! dijo Barnet dejando el estrivo de la diligencia; y con quién?

—Con un militar, con un tal M. Enrique Donezau.

Barnet frunció las cejas.

—Me parece que conozco ese nombre.

—Al coche! repitió el postillon. No falta nadie mas que vos, caballero. Nos llevan dos horas de delantera Leffitte y Caillard, y ya no los vamos á alcanzar.

—Adios, dijo Barnet; dadme vuestras señas aqui.

—Pienso salir mañana. Me vuelvo á París.

—Pues hasta París; allí nos veremos, porque tenemos que tratar asuntos muy graves.

—Una palabra, dijo Luizzi; por un accidente largo de esplicaros, he sido detenido, despojado y robado por los facciosos, y me encuentro aqui....

—Sin dinero, dijo Barnet. Pues es un demonio! yo no he traido mas que lo justo para mi viaje, porque sabia que iba á atravesar un pais en guerra civil. Hé aqui, pues, todo lo que puedo daros: es una letra de cambio á cargo de un comerciante de Rennes; no os será dificil hallar el descuento, á menos que no prefirais que yo os remita los fondos que tendreis para mañana á medio dia lo mas tarde.

—Mejor es eso, contestó Luizzi que tenia bastantes razones para no ir á casa de un banquero, pues éste se hubiera informado de las circunstancias que habian puesto aquel valor en sus manos, y le hubiera exigido el pasaporte para hacer constar la identidad de su persona.

Con esto se separaron Barnet y Luizzi, y este último contó su encuentro á su hermana.

Esta no tenia tan buenas noticias. Una de las hermanas del convento, sabedora de lo que habia pasado en casa de Santiago, y viendo que no volvia Carolina habia ido á preguntarle acerca del particular. Irritada con la nueva resolucion de Carolina, amenazó á esta con denunciarla á las autoridades: y aunque ningun derecho tuviera á ello, logró asustar á la jóven.

Luizzi se vió aun mas turbado, porque era preciso comparecer ante una autoridad cualquiera, y no tenia medio alguno de justificar quién era, ni el derecho que tenia sobre la jóven religiosa. Asi, pues, se decidió á dejar á Vitré tan pronto como pudiera. No bien habia tomado este partido, cuando recibió un billete de Enrique, quien le manifestaba que le habia vuelto á dar la calentura, y por lo tanto le era imposible ir á pedir perdon á Carolina. Luizzi se apresuró á ir á ver al subteniente, y le halló en efecto en cama; en su vista, convinieron entre ambos en que Luizzi partiria inmedia-

tamente para París, que durante su permanencia allí sacaría el permiso del ministro de la guerra, haria correr las amonestaciones, y que Enrique iria á reunirse á ellos asi que se lo permitiese su herida.

Todo esto salió perfectamente, al menos en lo relativo á los proyectos de Luizzi, quien la mañana siguiente recibió los fondos prometidos por Barnet y tres dias despues se hallaba en París.

Asi que llegaron, el baron se ocupó todos los dias en enseñar á Corolina al menos el mundo esterior en que iba á entrar, haciendo numerosas compras de muebles, de telas, de trages, de aderezos, llevándala á espectáculos donde volvió á ver muchos de sus antiguos amigos que le recibieron como al hombre que ha hecho un viaje á Italia ó á Inglaterra, sin tratar de averiguar la causa de su ausencia. Presentó algunos de ellos á su hermana, y á los pocos dias el palco de Luizzi en la Opera llegó á ser el punto de cita de los mas elegantes que solicitaban la gracia de ir á tributar sus homenages á la bella Carolina de Luizzi.

Todo iba á medida de los deseos del baron. Acababa de mandar á Enrique el permiso del ministerio, y el subteniente anunciaba que su herida le permitiria muy pronto ponerse en camino, cuando una mañana que el baron estaba solo con Carolina en su habitacion, se anunció á la jóven que una señora deseaba verla. Carolina no conocia á ninguna mujer en Paris; Luizzi no habia querido presentarla en ninguna parte antes de su casamiento, embarazado como se hallaba, no sabiendo con qué apellido darla á conocer en la sociedad. Aquella visita admiró á ambos, y Carolina hizo preguntar el nombre de la persona que se presentaba. El criado volvió anunciando á

—La señorita Julieta Genlis.

Al oir este nombre, Carolina dió un grito de sorpresa y se lanzó á la antesala, donde se arrojó en los brazos de Julieta con la alegria de una amiga confiada que vuelve á ver á su compañera mas querida. Luego la llevó con rapidez hácia el salon y la presentó á su hermano. Luizzi miró á aquella mujer con curiosidad, en tanto que ella le saludaba inclinando la vista. Armando echó de ver que en el retrato que su hermana le hiciera, no habia adulacion ninguua; pero lo que notó, y lo que habia debido escaparse á la ignorancia de Carolina, era el aire de ardiente languidez que respiraba el semblante ligeramente fatigado de Julia; era la flexibilidad quebrantada de aquel cuerpo delgado y esbelto, que parecia atribuirle el poder de *enlazamiento* de la serpiente que quiere apoderarse de la presa, ó la gracia flexible de una bayadera enamorada que quiere conquistar un amante con sus caricias. Luizzi no se detuvo en estos pensamientos, y se decidió á escuchar atentamente á Julieta para juzgarla con datos mas exactos que los del rostro y el talle.

Pasadas las primeras espansiones de una entrevista en que dos amigas cambian mútuamente las palabras, los besos y los apretones de manos,

fué preciso entrar en esplicaciones. Luizzi se encargó de contar su encuentro con Carolina y con Enrique Donezau, y lo hizo observando el efecto que su relato producia en Julieta.

Esta escuchó al baron con la sonrisa en los labios, con dulces movimientos de cabeza que parecian aprobar toda la dicha que su amiga debia á la casualidad; al llegar á Enrique, demostró una alegre sorpresa, y se volvió á Carolina tendiéndola la mano, y la dijo con un sentido acento en que parecia vibrar el eco del gozo de Carolina:

—Serás dichosa! sí, dichosa, porque te ama en estremo. Es un escelente jóven.

Luego añadió con una gracia encantadora, dirigiéndose á Luizzi:

—Os doy las gracias por ella, caballero; es vuestra hermana; pero no sabeis como yo cuán digna es de la felicidad que la proporcionais; al hacerla feliz, pagais la deuda de los demas.

Una lágrima brilló en los ojos de Julieta; una lágrima dorada en que se reflejaba el resplandor del alma agracecida, que no pudiendo hacer nada por la que tan amada le es, dá las gracias al que posee la facultad de recompensar.

Todas las dudas, todas las sospechas de Luizzi desaparecieron en presencia de tanta adhesion y de tan sincero afecto, y Armando se dispuso á escuchar con interés la relacion que Carolina pedia á Julieta.

—Ah! respondió ésta: nada mas sencillo que lo que me ha sucedido; en cuanto te alejaste del convento me encontré del todo aislada, porque tú eras mi única amiga; y me ví perseguida, porque tú solamente me protegias. El valor, ó mas bien la amistad que me habia sostenido, aquella fuerza que yo creia hallarse en mí, y solamente en tí estaba, me abandonó de repente. Me dió miedo el porvenir que yo misma me labraba y la imposibilidad en que me veia de huir de él, solo sirvió para aumentar mi desesperacion No me atreví á confesárselo á mi madre, que quizá hubiera aceptado la carga que mi presencia llevára á su casa; pero cuyos ahogos no quise aumentar. Sin embargo, mi madre habia adivinado mi dolor, y se acusó á sí misma. Entonces fué cuando te escribió para devolverte el dinero que tú habias reunido para tí.

Julieta se detuvo, y Carolina le dijo:

—Lo sabe todo mi hermano.

Julieta continuó:

—Sus cartas y las mias quedaron sin respuesta.

—La superiora de Tolosa ha debido suprimir las vuestras y la de Evron sin duda ha hecho lo mismo con las de Mad. Genlis, dijo el baron.

—No acuso á nadie de semejante infamia, aunque el trato que he recibido debe hacerme creer cualquiera cosa en esas piadosas mujeres.

—Pero, en fin, dime lo que te ha traido á París.

—Una mala accion que vengo á confesarte, respondió Julieta; una mala

accion que es irreparable. En el momento de abandonarme todo mi valor escribió á mi madre un antiguo amigo de París proponiéndola la adquisicion de un establecimiento semejante al suyo, un gabinete de lectura. Era un



buen negocio, y con dinero al contado, se podía adquirir el establecimiento por la tercera parte de su valor real. Carolina y vos, caballero, no sabeis lo que es pobreza, ignorais lo que es una madre á quien se ofrece la espe-

ranza de arrancar á su hija de una existencia miserable, de llevarla á su lado, de proporcionarla un porvenir.

Julieta se detuvo como avergonzada por la confesion que iba á hacer; luego continuó con acento turbado:

—Mi madre—no la acuseis!— mi madre se atrevió á disponer del dinero que tenias tú en su poder, adquirió el establecimiento y nos vinimos á París. Pero aquel dinero está ya reunido, añadió vivamente Julieta, cuya voz se habia ido debilitando conforme hacia esta penosa confesion. Está ya reunido y te lo traigo. Hace ya ocho dias que sé tu llegada á París, y no he querido venir á verte hasta poder traerte el dinero; he echado mano de todos mis recursos, y ahora vengo sin miedo y sin avergonzarme á decirte que te amo y que soy feliz volviéndote á ver.

Al decir esto, Julieta hizo un gesto como para buscar algo en el ridículo.

—Qué vás á hacer? esclamó Carolina; no quiero, tal vez te habrás empeñado. No Julieta, no. Quieres que ese dinero sea mi regalo de novia, no para tí, sino para tu buena madre?.....

—Aceptad, señorita, dijo Luizzi enternecido al ver los nobles sentimientos de Julieta, y la graciosa liberalidad de su hermana.

Julieta se resistió largo rato, pero al fin aceptó.

Luizzi creyó debia dejar solas á las dos jóvenes, suponiendo que debia haber entre aquellos dos corazones de niña muchas inocentes confidencias que no se atreverian á hacerse en su presencia, y ya del todo tranquilo respecto al porvenir de su hermana, fiando en los informes de Julieta acerca de la nobleza del corazon de Enrique, y en el interés que aquella misma jóven le habia inspirado, se separó de ellas.

Desde aquel dia Julieta fué la perpétua compañera de Carolina, con quien iba á los teatros y paseos. La jóven prometida se complacia en adornar á su amiga, y decia muchas veces con una dulce alegria y una sencillez que hacia sonreir á Luizzi:

—Oh! yo te casaré, yo te proporcionaré un buen partido.

Pero aunque lo procurase, Carolina no pudo obtener para Julieta las consideraciones y los respetuosos homenages que para sí misma encontraba sin buscarlos, y Julieta le respondia con una sonrisa cuya amargura no se atrevia á condenar Carolina:

—Qué quieres, hija mia, soy pobre!

En cuanto á Luizzi, lleno de contento por haber encontrado su hermana tan amable compañera, procuraba por todos los medios hacer olvidar á Julieta su pretendida pobreza.

Un mes pasó así: todo estaba dispuesto para el casamiento de Carolina, y Luizzi sin apercibirse de ello, se habia habituado á la costumbre de ver á Julieta todos los dias hasta el punto de esperimentar cierto disgusto cuando

tardaba en ir. Animaba Carolina en su liberal afecto á su amiga; él era quién daba por mano de su hermana, y la inocente jóven solo veia en todo aquello una generosidad que, despues de haberse estendido pródigamente sobre ella se estendia hasta á los que ella amaba.

Julieta ignoraba ó afectaba ignorar completamente aquellos beneficios, pues conservaba para con Luizzi una modesta confianza en que conocia éste que la jóven no echaba de ver sus cuidados.

Luizzi, sin estar precisamente enamorado de aquella mujer, se veia hasta cierto punto dominado por ella. Parecia que Julieta poseia dos naturalezas que igualmente influian en él; su persona, su aire, su mirada, su sonrisa respiraban una voluptuosidad que hacia esperimentar á Luizzi una turbacion estraña; sus palabras, sus maneras, sus sentimientos eran tan puros, que Armando no se atrevia á escuchar los deseos que en él se despertaban. Ademas, no tenia ocasion de ver á Julieta á solas, y se dejó llevar de un sentimiento indefinible hácia aquella jóven. Nunca le habia pasado por el pensamiento la idea de hacerla su mujer, y rechazaba la de hacerla su querida, en primer lugar por respeto á su hermana, cuya amistad no queria deshonrar, y en segundo, porque se creia con bastantes ventajas en semejante seduccion para que esta fuese verdaderamente culpable.

Sin embargo, no podia ver á Julieta ni oirla á su lado sin sentirse embriagado por un perfume de amor que parecia flotar en torno de ella. Armando la miraba entonces, no con ese dulce éxtasis del amor santo que parece fundir con sus rayos la forma humana de la mujer á quien se ama para llegar á su alma y abarcarla con una caricia inefable: la miraba para buscar su persona mas allá de sus vestidos, para acabar con su mirada las líneas caprichosas y flexibles de sus hombros fluidos ó de su pié delicado, para figurársela desnuda como una bacante con su largo cabello ardiente esparcido en torno de su cuello, entregando á *mordientes* besos sus labios incesantemente húmedos, y cuya caricia debia abrasar, para oir estallar aquella voz en gestos de placer y lubricidad, para ver aquel cuerpo flexible y delicado retorcerse con acentos de delirio en los ardores del amor, como la cuerda de una harpa que se arrolla y gime echándola en el hogar. Luego oia una palabra grave y sencilla de la jóven, y se arrepentia de aquellos deseos insensatos, de aquellos sueños ardientes en que su imaginacion se estraviaba.

Todo estaba dispuesto, Luizzi habia hecho disponer para Enrique y su hermana la habitacion que se hallaba encima de la suya, y en la cual se habia reservado una cámara á Julieta. El contrato estaba ya estendido, y Luizzi le habia hecho redactar con arreglo á la voluntad de hermana. Al dar á esta un dote de quinientos mil francos habia tenido que amoldarse á la noble susceptibilidad de la jóven. Carolina no queria que en concepto de las personas

que debian asistir á la firma del contrato, y ni aun en el del notario apareciese deberle Enrique toda su fortuna, y se estipuló que el futuro llevára un capital de doscientos cincuenta mil francos, y Carolina un dote igual.

Enrique llegó la mañana misma en que debia firmarse el contrato; el casamiento debia celebrarse el dia siguiente. Luizzi y Julieta se hallaban presentes cuando Enrique penetró en el salon donde estaba Carolina. El baron no pudo menos de observar el embarazo y la torpeza con que el subteniente se acercó á su futura. Las faltas de Enrique bastaban pera motivar aquel embarazo, y Luizzi pensó qne su presencia y la de Julieta le aumentaron. Armando dijo á ésta que deseaba consultarla acerca de una compra que acababa de hacer, y que solo á ella podia enseñar so pena de privar de la sorpresa á los nuevos esposos. Julieta no se dió por entendida, pues permaneció sentada al lado de Carolina, que con los ojos bajos respondió balbuciente á las palabras casi incoherentes de Enrique. Julieta los observaba con una mirada tan atenta, que el baron se admiró, aunque supuso que debia ser efecto de la curiosidad de una jóven inocente que oye hablar de amor. Viendo Armando crecer la turbacion de Enrique y la de su hermana, renovó su invitacion. Entonces se levantó de repente Julieta, y dijo con emocion:

—Sí, teneis razon, voy á ver lo que habeis comprado: pero es solo con el objeto de admirarlo, porque todo lo que vos dais es rico y de un gusto perfecto, y una mujer no puede tener un deseo que vos no sepais satisfacer con encantadora solicitud; digo esto delante de vuestro futuro cuñado, para que sepa que Carolina ha sido mimada en esceso en punto á atencion y delicadeza.

Luizzi creyó ver en estas palabras una leccion que le pareció extraordinaria, y se retiró con Julieta en tanto que Enrique la seguia con una mirada casi colérica y que Carolina confusa y temblorosa parecia pedir á su hermano que la defendiese de la emocion á que la entregaba sin defensa. No bien salieron, dijo Julieta á Luizzi.

—Vamos, vamos, enseñadme ese regalo secreto que destinais á Carolina.

—A decir verdad, respondió el baron, no es cosa que vale mucho: es un servicio de plata para la casa de nuestros jóvenes esposos, y el verdadero regalo que creo haberles hecho, es haberlos dejado solos. Al fin podrán hablarse de amor con arreglo á su corazon.

Luizzi habia conducido á Julieta á un lindo gabinete que formaba parte de su habitacion, y la ofreció una silla; pero ella no la aceptó, y repitió con distraccion las últimas palabras de Luizzi:

—Hablarse de amor con arreglo á su corazon! dijo.

—Creeis que haya mejor ocupacion para los amantes que no se han visto hace mucho tiempo?

Julieta guardó silencio, como preocupada de una idea penosa, y al fin contestó:

—Con qué es esta noche cuando se firma el contrato? Mañana se casan; es preciso dejarlos entregados á sus amores.

Esto dicho, Julieta pareció volver en sí; sentóse en el divan que ocupaba al fondo del gabinete, é inclinándose hácia atrás sobre los cogines, apoyó en el respaldo su cabeza de modo que pudiera fijar la vista en el techo. En esta postura perfilaba admirablemente la línea ondulante de su cuerpo flexible y delgado; su vestido apoyado sobre la cadera, marcaba el contorno saliente y voluptuoso, al paso que hallándose ligeramente levantado por esta posicion del cuerpo, descubria el nacimiento de una pierna pequeña, redonda, atrevida. Nunca habia visto Luizzi á Julieta en semejante abandono de su persona, y como al encanto provocador que se evaporaba de aquella mujer se prestase el atractivo de aquella posicion voluptuosa, Luizzi sentia un ardiente deseo de poseerla.

En aquel instante recordó el baron la aventura de la diligencia, la derrota de Mad. Buré, y sobre todo aquel movimiento de delirio que arrojára en sus brazos a la marquesa du Val, y esperó alcanzar una victoria no menos rápida. Sentóse al lado de Julieta, y repitiendo las últimas palabras que ésta habia pronunciado; dijo:

—Hablan de amor, son dichosos!

—Julieta contestó con una sonrisa casi desdeñosa, siguiendo con la vista fija en el techo:

—Que lo sean!

—Y no envidiais vos esa felicidad? dijo el baron.

Julieta se levantó de pronto y lanzó á Armando una mirada de sorpresa. Detúvose en la del baron que vibraba de deseo, y una nueva admiracion se mostró en el rostro de la jóven; y sus ojos, un momento fijos en los de Luizzi, quisieron al parecer penetrar en el fondo del pensamiento de éste.

—Y vos me preguntais si envidio su felicidad? dijo con acento turbado aun por la sorpresa.

—Sí, respondió el baron con tono apasionabo. No habeis considerado nunca cuán dulce es decir: Yo os amo?

Julieta dejó escapar una prolongada y lenta esclamacion, semejante á aquel que acaba de obtener la esplicacion de su asombro, y descubre un pensamiento secreto que por largo tiempo le fuera dudoso.

—Ah! fué lo único que dijo. Y este ah! parecia querer decir: Ah! estais enamorado de mí. No es esto? Y este «ah!» no demostraba cólera ni rubor porque en los labios de Julieta vagaba una sonrisa imperceptible de alegria y de triunfo. La jóven bajó súbitamente los ojos y recobró su continente frio y reservado. Luizzi continuó:

—No me habeis contestado. Me habeis comprendido?

—Quizá mas de lo que creeis, respondió Julieta.

—Y cuál es vuestra respuesta?

—Estoy obligada á dárosla, y debo manifestaros mi corazon.

—Se puede hacerlo á un amigo.

—En materia de amor, solo los hombres tienen amigos. Una mujer no debe decir lo que esperimenta mas que á ella misma ó al que se los hace esperimentar.

—Entendeis bastante los misterios del amor.

—Mas de lo que se os figura quizá.

—Ah! esclamó Luizzi, cuanto me agradaria oíroslos revelar.

—Es posible, señor baron, que asi os divirtiérais un rato; mas no creo que por gozar ese placer querais obligarme á renovar recuerdos que no me permiten ser dichosa por la amistad, sino con la condicion de dejarlos descansar en el fondo de mi alma.

—Segun eso, habeis amado? dijo el baron.

—Sí, contestó Julieta haciendo un esfuerzo.

—Y habeis sido amada? añadió Luizzi.

—He sido engañada, respondió con tristeza la jóven.

Luizzi se hallaba ya muy distante de la tentacion puramente sensual que le habia arrastrado un momento antes; sin embargo se veia empeñado en una conversacion sentimental, y creyendo que su honor y su posicion le mandaban sostenerla, repuso, dando á sus palabras cierta espresion de sutileza:

—Una infidelidad.. . quizá....

Julieta frunció un poco las cejas y respondió:

—No, señor baron: el que nunca ha amado nunca es infiel en el sentido mas lato de esta palabra; y en el sentido que vos le dais, quizá aquel á quien nada se ha concedido tampoco es infiel.

—Perdonad, dijo Luizzi; me habeis dicho que habeis sido engañada.

—Oh! engañada como jamás lo ha sido mujer! Figuraos una pobre jóven á quien persuade la única amiga en quien cree en este mundo que es amada por un jóven á quien encuentra por casualidad; suponed que este jóven consiente en sostener aquel error por todos los medios posibles, por la persecucion mas constante y la correspondencia mas apasionada, y figuraos que cuando ha obtenido una confesion de la pobre jóven engañada, la abandona sin motivo!... porque ya no la necesita para ocultar sus amores con la amiga de la infortunada.

—Oh! ciertamente que eso es inícuo; pero es posible que se haya cometido tal crímen? dijo Luizzi.

—Sí, sí, respondió Julieta con una espresion estraña; y los detalles de esa traicion deben admiraros mucho. Pero ya conocereis cuan penoso me es hablar....

—No lo dudo, contestó Luizzi viendo un medio de huir aquellas confidencias sentimentales, y ahora comprendo vuestra dolorosa admiracion al preguntaros yo si no envidiábais á esos amantes que se hallan tan cerca de nosotros.

Julieta se sonrió y se echó atrás tomando aquella postura seductora á que se entregaba con tal abandono que debia suponerse que ignoraba cuan provocativa era. Fijó su penetrante mirada en el baron, y mil espresiones diversas pasaron por su rostro durante algunos segundos. Luego, calmóse toda aquella agitacion y sucedió á ella una contemplacion dilatada y ardiente que turbó á Armando y despertó de nuevo aquel tumulto de sus sentidos que le habia dominado un momento antes. Armando se acercó tanto á Julieta que se rozó su cuerpo con el de la jóven; esta permaneció inmóvil y no bajó los ojos.

—Julieta, murmuró Luizzi con dulzura, reuunciareis para siempre á amar por un amor falso?

—Y de qué me serviria amar? repuso Julieta con tono ligeramente turbado ó burlon.

—No sabeis que el amor encierra placeres embriagadores, y que entre todas las mujeres que yo he conocido no ha habido ninguna cuya presencia me lo haya hecho esperimentar tan poderosamente como la vuestra?

Julieta no se ruborizó, pero aparentó ofenderse, repúsose luego; y acariciando á Luizzi con una sonrisa que parecia querer ocultar mordiéndose dulcemente sus palpitantes labios, dijo:

—Y podreis vos enseñarme esos placeres?

Esta pregunta hubiera sido francamente desvergonzada si hubiera ido hecha con intencion, ó casi ridícula dicha con sencillez.

—Enseñároslos, Julieta! esclamó Luizzi acercándose aun mas á la jóven, hasta el punto de saborear el amor que emanaba aquella mujer: enseñároslos! ah! eso seria el delirio de la felicidad!

Y se apoderó de la mano de Julieta, que esta no retiró.

—Para vos quizá, dijo la ex-religiosa con una bondad capaz de desesperar; pero, en cuanto á mí, solo creo en las penas del amor.

—El amor tiene sus horas de felicidad; creedme, repuso Luizzi rodeando con su brazo el talle de Julieta, que se encorbó, como un arco tendido, por el esfuerzo que hiciera para resistir, apoyando asi la cadera en el cuerpo de Luizzi y echando hácia atrás su seno palpitante y su rostro alterado.

—Creedme, Julieta, murmuró de nuevo el baron con voz turbada; en esas horas está la vida y el olvido de todas las penas.

—No os comprendo, replicó Julieta con voz entrecortada y temblorosa.

—Oh! no conoceis, dijo el baron atrayendo á sus brazos á la jóven, no conoceis ya que es una embriaguez inefable el sentir palpitar otro corazon contra el nuestro!

Y el baron, ciego por el deseo que le abrasaba, apoyó sus lábios sobre la boca abierta y jadeante de Julieta; sintió estremecerse todo su cuerpo y vió sus ojos medio cerrados velarse por completo y perderse bajo sus párpados; se apoderó de aquel cuerpo tan flexible y tan abandonado, y se decidió á aprovechar uno de esos estravíos de los sentidos que pierden á las mujeres de naturaleza imperiosa; separaba ya por la fuerza los últimos obstáculos que le oponia la inmovilidad de Julieta, cuando la jóven se enderezó de pronto como la serpiente pisada, y rechazó á Armando con voz alterada, mientras temblaba todo su cuerpo y chocaban sus dientes con violencia:

—No, no, no, no.

Parecia que al hablar asi se dirigia mas bien á sí misma que al baron.

Armando buscaba confuso algunas palabras, pero Julieta ni le dió tiempo para escusarse ni para perseguirla.

—Volvamos al cuarto de vuestra hermana, le dijo con el mismo tono de agitacion.

Y dejando el gabinete entró bruscamente en el salon donde estaban Enrique y Carolina.

El subteniente se hallaba sentado tan cerca de su futura, que retrocedió con viveza cuando oyó abrir la puerta.

Carolina bajó los ojos colorada, avergonzada, llena de turbacion, y Luizzi halló cuando menos estraordinaria la mirada equívoca que Julieta le lanzó y que, lanzada por cualquiera otra, hubiera querido decir:

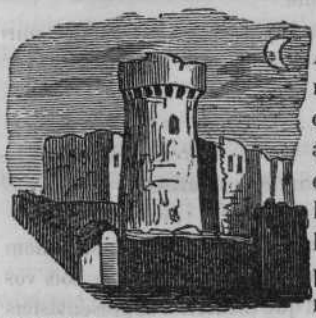
—Aqui como alli.





XIV.

Consecuencias de una chanza.



Asi al mismo tiempo llegaron algunas personas, y Luizzi se admiró no poco al oir anunciar al señor marqués de Bridely. Iba el baron á saludar al ex-cómico con una frialdad que debia demostrarle cuán poco placer causaba al huésped su visita, cuando el ayuda de cámara le entregó una carta muy urgente, cuya respuesta se esperaba. Luizzi la tomó, y en el mismo instante le alargó el marqués un billete diciéndole, celebrando el apropósito:

Aqui teneis otra carta
que me han mandado entregaros.

Luizzi, deseoso de desembarazarse de aquel hombre, recibió el billete

con frialdad y le abrió el primero. Despues de haberle leido, dijo en voz alta:

—Ah! con que está aqui Mr. Barnet?

Si Luizzi no hubiera estado en un rincon de la sala con Gustavo, hubiera notado el efecto singular que produjo aquella noticia en los que le oyeron.

Julieta y Enrique cambiaron una mirada rápida y temblorosa; pero el marqués se habia dado prisa á responder:

—Hemos llegado hace una hora y yo me he apresurado á venir aqui. No es solo el billete de Mr. Barnet el que habeis recibido.... Os dejo con vuestra correspondencia.

En seguida adelantóse el hermoso Gustavo con un desembarazo en el que habia una fatuidad aun mayor que la fatuidad de ópera cómica, hácia las personas que permanecian al otro estremo del salon.

Preciso fué que el baron estuviera muy ocupado en la lectura de la carta que Pedro le entregara, para que no oyese la esclamacion de Gustavo al ver á Julieta y á Enrique. Carolina la notó, pero Enrique, que se habia acercada rápidamente á Gustavo, arrastró á éste á otro lado del salon y le dijo algunas palabras. Aun no habia tenido el marqués tiempo para responder, cuando Luizzi se volvió y le dijo con tono aun mas que impertinente:

—Esa carta os concierne.

—A mi! esclamó Gustavo con aire poco respetuoso.

—A vos, contestó Luizzi con acento colérico y despreciativo; y necesito tener con vos una esplicacion acerca de este asunto. Tened la bondad de seguirme.

—Me teneis á vuestras órdenes, dijo Gustavo sin que el tono orgulloso del baron le hubiese desconcertado enteramente:

Pasaron al gabinete donde acababa de tener lugar la escena ocurrida entre Julieta y Luizzi, y Gustavo dijo al baron con impertinente familiaridad:

—Qué hay, señor baron?

—Lo que hay, caballero, es que vos sois.... Armando se detuvo, y luego continuó: Me cuesta repugnancia servirme de ciertas espresiones; pero las hallareis escritas en este billete, de cuyos sentimientos participo.

Gustavo le tomó y leyó lo que sigue:

«Caballero: en casa de Mad. de Marignon presenté, sin saberlo, un hombre intrigante y sin honor. Ese hombre sin honor y ese intigrante sois vos. Mad. de Marignon me ha perdonado el error en que incurrí. Vos presentásteis; SABIENDOLO, otro intrigante conocido vuestro, y aquel hombre era un pretendido marqués de Bridely, á quien yo no perdono. Si, como se ha dicho, estais loco, os enviaré mi médico; si conservais la razon, os enviaré dentro de una hora mis padrinos.

COSME DE MAREUILLES.»

El marqués guardó silencio un instante en tanto que el baron fijaba en él una mirada iracunda. Al fin el jóven actor devolvió el billete á Luizzi, y le dijo con sarcasmo:

—Participais de todos los sentimientos espresados en ese billete?

—Sí, caballero, contestó el baron dejándose llevar por la cólera.

—Lo mismo en lo que os concierne que en lo que me concierne á mí? replicó Gustavo columpiándose.

—Caballero! esclamó el baron, á quien el enojo habia hecho olvidar cuanto le ultrajaba tambien á él la carta de Mr. de Mareuilles; caballero, tanta insolencia merece correccion.

—Quereis tener dos duelos en lugar de uno? dijo Gustavo con mucha sangre fria; como mas os plazca. Por lo que hace á mí, soy de buena conformidad; seré el primero ó el segundo, como mas os plazca.

—Yo no me bato con personas de vuestro jaez, contestó el baron con desprecio: á tales personas las echo de mi casa.

Gustavo palideció de cólera; pero al fin se contuvo y dijo:

—Escuchadme un momento si os place. Os batireis, señor baron: puesto que estamos solo podemos hablar francamente: vos sabíais muy bien quien era yo cuando me disteis una carta de recomendacion para Mad. de Marignon. Para vos, yo era el instrumento de una ruin venganza vuestra, instrumento que en el dia quisiérais echar de vuestro salon poniéndole de patitas en la calle; pero no lo conseguireis, querido amigo. Tengo un título mas noble que el vuestro. Soy casi tan rico como vos, porque he ganado el pleito que tenia pendiente como legítimo heredero del difunto marqués de Bridely; soy en el dia, por un fallo irrevocable, marqués de Bridely, y no consentiré, y hacedme el favor de creerlo, no consentiré humos que no hubiera sufrido cuando era el cómico Gustavo, hijo adulterino de Amadeo Ceferino Ganguernet y de Mariana Gargablou, la hija de Liberto.

Gustavo, diciendo esto en voz baja y firme á la vez, se habia acercado á Luizzi mirándole de un modo amenazador.

—Todo eso no me hará olvidar, le respondió con frialdad el baron, que debeis vuestro título y vuestro capital á una bribonada.

—Bribonada que vos hallásteis encantadora cuando os era útil.

—Pero al fin, caballero, qué es lo que quereis?

—Voy á decíroslo. Nuestro negocio es uno mismo en esta circunstancia, y no podemos separarle. Mr. de Mareuilles no debe poder repetir impunemente tales acusaciones contra vos y contra mí. O yo me bato con él á lo cual os juro que sabré obligarle, y en ese caso sereis mi padrino, ú os batís vos y yo os acompañaré.

—No estoy conforme.

—Andad con tiento, dijo Gustavo con la sangre fria del hombre para quien un duelo es cosa tan insignificante que no se toma el trabajo de calcular sus

resultados; andad con tiento; rehusarme por padrino, lo cual pondré en conocimiento de Mr. de Mareuilles, es decir, que habeis cometido la mala accion que se os echa en cara; aceptar es mostraros persuadido de la lealtad de vuestro proceder, es haber creido en amistad lo que en el dia es una verdad legal é incontestable, es haberme creido lo que soy, el marqués de Bridely.

Luizzi reflexionó y dijo de pronto:

—Quizá tendríais razon si no olvidáseis que se ha tratado de una estafa que no deshonra menos al marqués de Bridely que al cómico Gustavo.

—Vamos, vamos, contestó el marqués; la causa sobre estafa se sobreseyó; no andeis con tantos melindres vos que habeis sido absuelto por loco en una causa de asesinato.

Cómo! con que lo sabeis? esclamó Luizzi asustado.

—Como que Mr. Niquet era el notario de la familia que litiga contra mí.

—Y Mr. Barnet?

—Mi querido amigo, una casualidad bien estraordinaria me ha hecho conocer esta circunstancia. Es una historia singular, os lo juro.

—Creeis que no soy curioso?

—Lo creo. Vos poseeis un secreto mio; yo he querido poseer otro vuestro, y le he conservado.

Luizzi reflexionó nuevamente y dijo:

—Acepto vuestra proposicion, pero con la condicion de que me he de batir el primero con Mr. de Mareuilles.

—Estais en vuestro derecho.

—Ahora necesito otro padrino.

—Por qué no eligis á Enrique Donezau? Creo que le he visto en vuestra casa.

—Le conoceis? preguntó Luizzi. Ah! ya comprendo: le veríais sin duda en Tolosa cuando estuvísteis alli con Ganguernet.

—Precisamente.

—No puede ser; se casa mañana con mi hermana.

—Con vuestra hermana! esclamó el marqués con un asombro que el baron tradujo asi:

—Mi hermana, sí, hija de mi padre como vos sois hijo de Ganguernet.

—Y se la dais á Enrique? repuso Gustavo con sorpresa, y luego añadió con aire de suficiencia: Bien es que en su posicion, no teniendo apellido ni familia.....

—No hay padres marqueses de venta, dijo Luizzi incomodado por el tono impertinente de Gustavo.

Este se echó á reir, y dijo con una fatuidad estraña:

—No es verdad que desempeño bien mi papel?

—Podíais dispensaros de él para conmigo, contestó el baron. Tenemos

otra cosa que hacer. Voy á ir á casa de un amigo: es preciso que mi hermana y Enrique ignoren lo que vá á pasar. Hacedme el favor de pasar por un momento al salon; puesto que vos conoceis á Enrique, podeis entreteneros esplicándole vuestra posicion.

—Oh! tengo para eso un admirable cuento de niño perdido.

—Muy bien. Decidle que me ha obligado á salir en seguida la carta de Mr. Barnet. Quedais encargado de recibir á los padrinos de Mr. de Mareuilles; señalad el duelo para mañana á las siete, porque el casamiento se verificará de diez á once, y todo á puerta cerrada. Si soy el mas dichoso, estaremos de vuelta antes de las diez; sino, entregareis á mi hermana una carta que escusára mi ausencia, y se efectuára sin mí la ceremonia.

—Está bien dispuesto eso, dijo el marqués.

Luizzi contestó una palabra á Cosme y salió; Gustavo pasó en seguida al salon. Enrique se apoderó de él so pretesto de visitar el nuevo aposento que le habia hecho preparar el baron, y dejaron solos á Carolina y Julieta.

Todo pasó como Luizzi deseaba: se presentaron los padrinos de Mr. de Mareuilles á saber la hora en que se habia de efectuar el duelo, y éste quedó dispuesto para la mañana siguiente.

Cuando volvió el baron, habia ya venido su notario: hacia largo rato que habia pasado la hora señalada para la lectura del contrato. Julieta, Gustavo y los interesados eran los únicos que asistian á aquel acto, pues Luizzi habia querido ahorrar á su hermana el disgusto de oir decir refiriéndose á ella las dolorosas palabras: «padre y madre desconocidos—por personas que no fuesen las que ya sabian esta circunstancia.

Enrique, á quien Luizzi habia entregado la suma que por el contrato se le reconocia, rebibió igualmente una cartera que contenia el dote de Carolina, en atencion á que, segun costumbre, el contrato llevaba en sí finiquito.

Enrique se admiró de semejante precaucion, y demostró á Luizzi su embarazo.

—En los negocios debe haber mucha formalidad, dijo el baron con una graciosa sonrisa; tengo mis razones que os espresaré mañana, al menos lo espero, las cuales me precisan á obrar con tal rigor.

Julieta, Gustavo y Enrique se miraron furtivamente, y pasó el resto de la noche, ya bastante avanzada, sin que el baron demasiado ocupado en el duelo que le esperaba al dia siguiente, parase la atencion en la tristeza inquieta, pero silenciosa, que se habia apoderado de Carolina.

Llegado el dia siguiente, á cosa de las seis y media de la mañana, ya estaban en casa del baron los padrinos. Armando entregó á Gustavo la carta que debia dar á Enrique en caso de desgracia, y partieron los tres para el bosque de Vincennes.

Los preliminares de un duelo no son largos entre personas del todo de-

cididas á batirse. Sin embargo, el que nos ocupa originó algunas esplicaciones que le retardaron largo rato.

—Yo creia, dijo Mr. de Mareuilles, con su fatuidad ordinaria, que el señor baron de Luizzi, que sin duda viene á aqui con objeto de rehabilitar su honor, se hubiera hecho acompañar por padrinos honrados;—aludo solamente á uno, añadió saludando al segundo padrino de Luizzi.

Gustavo quiso tomar la palabra; pero Luizzi se anticipó diciendo con una altaneria que calmó la estrema confianza de Mr. de Mareuilles:

—Seria preciso que yo hubiese venido aqui á rehabilitar mi honor para que pudiera parecer inoportuna mi eleccion de padrinos cualquiera que ella fuese; pero á lo que vengo es á corregir la fatuitad de un nécio y la insolencia de un noble de nuevo cuño; debeis estar persuadido de ello.

—Y yó continuaré la leccion, repuso Gustavo; y yo marqués de Bridely, os honraré batiéndome con vos, señor de Mareuilles, yerno de Olivia de Marignon, hija de la Beru, antigua dueña de una casa de juego y mujeres públicas.

Cosme que sabia poco mas ó menos los antecedentes de Mad. de Marignon, palideció al oir aquel apóstrofe de Gustavo, y esclamó colérico:

—Miserable!

—Vamos, vamos, le dijo Gustavo, no os irriteis asi, mi querido Mareuilles. Acabo de llegar de Bretaña, donde se me ha hablado de vos.

Cosme se turbó visiblemente, y dijo á uno de los padrinos que era un jóven de rostro dulce y hermoso:

—Vamos, du Berg, acabemos.

—Oh! dijo Luizzi con sarcasmo, con qué tenemos aqui á Mr. du Berg? Me alegro mucho, porque era lo único que faltaba en este duelo.

—Qué quereis decir? repuso el jóven con voz melifiua.

—Vamos, señores, no hemos venido aqui para entretenernos con encuentros, dijo Cosme. Dónde están las espadas?

—Vedlas aqui, contestó el padrino de Luizzi.

El terreno en que se hallaban no se creyó á propósito, y fué preciso meterse en el bosque para encontrar otro. Despues de media hora de andanza se halló un sitio llano y descubierto. Se entregaron las espadas á los dos enemigos, y estos se atacaron con una franqueza que demostraba tenian ambos el valor completo de su accion, y al mismo tiempo demostraban con su destreza y su precaucion que cada cual defendia su persona con tanto interés como atacaba la de su adversario, Cosme sin embargo, ciego por la ira que habian despertado en él las palabras de Luizzi y las de Gustavo, era mas violento en su ataque, y Luizzi retrocedió con rapidez; Mareuilles se detuvo despues de algunos golpes.

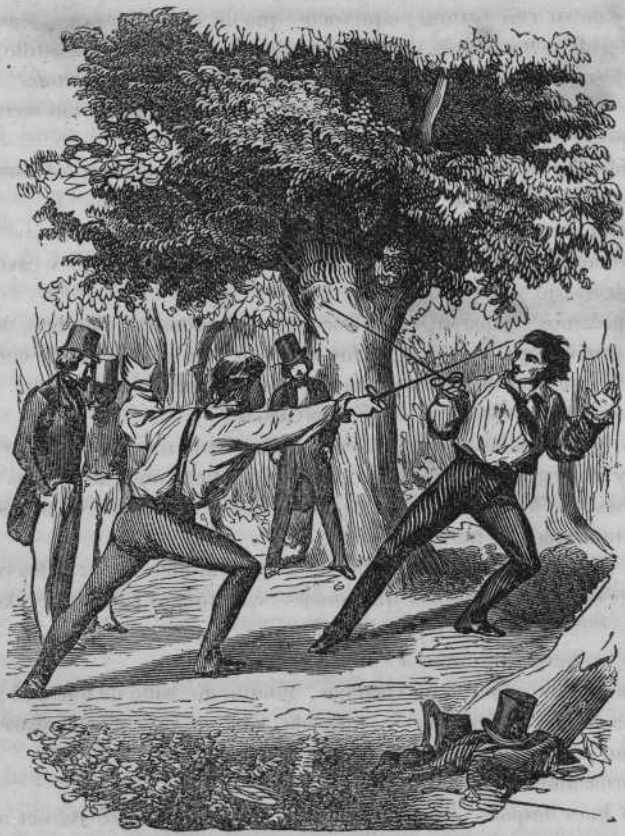
—Os he herido, dijo á Luizzi.

—No importa, repuso Armando atacando á Mareuilles, que á pesar de

esto le hizo retroceder nuevamente hasta un campito cubierto de mielgas.

—Cosme se detuvo, y dijo con tono despreciativo:

—Quiero mataros, pero no quiero segaros. Dejemos este juego, añadió con sarcasmo; no quiero *bastos* (1).



(1) *Trefle* dice el original, que significa *bastos* y tambien *trebol*. Este equivoco y los que le siguen son intraducibles, por lo cual tenemos que contentarnos con anotar su doble significado.

—Sois muy ingenioso para los equivocos, repuso el baron con el mismo tono. Y tirando una estocada á Cosme, añadió:

—Veamos quien de los dos queda en el *campo* (1).

—Magnífico! dijo Mareuilles parando los golpes de su adversario y esquivando á su vez su impetuoso ataque.—El que se rasca se *araña*, añadió en seguida, pues acababa de herir otra vez al baron en el brazo.

—Juguemos hasta que los *oros* (2) nos falten, contestó Luizzi, jugando como su adversario con las palabras. Uno y otro se lanzaban, al compás de sus espadas y de su risa furiosa, equivocos que en cualquiera otra ocasion hubieran dejado á los pobres ingenios que hacen con ellos su agostillo.

—Perfectamente, dijo Mareuilles; continuemos pues la *partida*.

Pero en aquel mismo instante le tiró el baron un golpe tan terrible que le traspasó el hombro.

Hé aqui un buen *triunfo*, esclamó Gustavo, viendo caer á Cosme; tendremos que *alzar la baza*.

—Luizzi, cuya sangre corria en abundancia de sus heridas, y á quien habia sostenido hasta entonces la cólera, empezó á desfallecer y cayó al lado de su adversario.

Los padrinos se apresuraron á socorrer á aquellos dos hombres desmayados. El primero que volvió en sí fué el baron; quien despues de cerciorarse de que Mr. de Mareuilles respiraba aun, se encaminó á su carruage.

—Quereis ir á vuestra casa? le dijo Gustavo.

—No, porque se asustaria mi hermana. Carolina trataria de diferir la ceremonia, y os aseguro que no tengo ganas de practicar nuevamente las enojosas diligencias que he practicado estos dias. Estas heridas no valen nada, pues no han interesado al hueso del brazo.

—Sí, dijo Gustavo, pero están cerca de la muñeca, y en tales casos son de temer los tétanos. No hay que andarse con juegos con las heridas de espada.

—No pudiérais llevarme á vuestra casa?

—Con mucho gusto, dijo Gustavo, aunque me hallo de huésped; alli encontrareis á Mr. Barnet que se hospeda cerca de mí, y os confiaré á él en tanto que yo voy á preparar á vuestra hermana.

—Perfectamente, dijo Luizzi.

Una hora despues, llegaron á la calle de Helder; pero Barnet no estaba en casa. Se llamó á un facultativo que sangró á Luizzi y le mandó un completo reposo. Eran ya las diez.

—Id á mi casa, dijo Luizzi á Gustavo, y decid á mi hermana que mi vo-

(1) *Carreau*: el suelo y tambien el palo de *oros* en la baraja.
(2) *Cœur*: Corazon, y tambien el palo de *copas*.

luntad espresa es que se case á pesar de mi ausencia, y que dentro de dos horas volveré; luego vereis á Enrique y me haré trasportar á mi casa.

—Seria una imprudencia, dijo el facultativo.

—Veremos, contestó Luizzi: en todo caso dejad recado para que venga á verme Mr. Barnet asi que vuelva.

Gustavo hizo lo que Luizzi le mandaba, y salió.

Las heridas y la pérdida de sangre habian debilitado en estremo á Luizzi; asi que dejaron de preocuparle todas aquellas disposiciones, cayó en un abatimiento que se acercaba al sueño: no calculó la duracion de su desmayo, pero le sacó de él el ruido de la puerta de su habitacion, y el de una péndola que dió las doce de la noche. La persona que abria la puerta era Mr. Barnet. El baron le hizo una seña para que se acercára, y el notario esclamó:

—Calla! qué es lo que acabo de saber! Con qué habeis sido herido en un duelo!

—No es nada, contestó el baron admirado de su debilidad y del vivo dolor que le causaban las dos heridas que tan leves creia.

—Es mucho, repuso Barnet, es mucho para un hombre cuyos asuntos reclaman su presencia inmediata. No sabeis que fuísteis arruinado por un pícaro viejo llamado Rigot?

—Sí, dijo Luizzi; pero Rigot perdió el pleito.

—Le perdió en primera instancia; pero apeló. Durante vuestra ausencia, he arrastrado el proceso de incidente en incidente; pero se vá á ver el pleito el mes que viene, y es preciso que preparemos todos nuestros medios de defensa.

El baron recordó en aquel instante que el Diablo le habia dicho se le habian devuelto sus bienes, y ciertamente que si se hubiera hallado solo le hubiera llamado para quejarse á él. Mr. Barnet, añadió en seguida:

—Pero la ocasion no es á propósito para hablar de asuntos demasiado embrollados. Decidme: por qué no os habeis hecho conducir á vuestra casa, donde me ha admirado no poco vuestra ausencia?

—Si habeis estado en mi casa, habeis debido adivinarlo, porque sin duda habreis visto á Carolina.

—No la he visto, contestó Barnet con acritud; me ha contestado por medio de una jóven bastante impertinente, que no estaba visible.

—Dispensadla, dijo Luizzi: toda mujer está muy ocupada el dia de su casamiento.

—Cómo! esclamó Barnet con esplosion. Con qué se casa!

—A esta hora debe ya ser asunto concluido, contestó Luizzi mirando á la péndola.

—Y la habeis casado con Enrique Donezau! esclamó Barnet acentuando cada sílaba con admiracion y cólera.

—Con el mismo, dijo Luizzi.

—Ah! Dios mio..... he llegado tarde.

—Qué quereis decir? preguntó Luizzi incorporándose en el lecho. Acaso me ha engañado Enrique? Quizá estemos todavia á tiempo?

Gustavo abrió la puerta, y en seguida entraron Enrique y Carolina que se precipitó gritando al lecho de su hermano.

—No es nada, no es nada, hermana mia, tranquilizaos..... dijo Luizzi.

—Me habeis prometido tener ánimo, dijo Gustavo; no os asusteis asi. Tened presente que, segun ha manifestado el facultativo, una emocion algo viva pudiera ser fatal para el baron, y que podeis ponerle mas malo aun de lo que está.

—Ya me callo, ya me callo, respondió Carolina enjugándose las lágrimas; pero no puede permanecer aqui, es preciso que vaya á casa.

—Teneis razon, dijo Luizzi. Gustavo, tened la bondad de disponer mi salida.

Gustavo salió de la alcoba; pero quedó Enrique que hasta entonces habia guardado silencio, y su presencia recordó á Luizzi las palabras de Barnet.

El baron, alarmado á su pesar por la esclamacion del notario, dijo sin embargo al subteniente con tono que procuró hacer amistoso:

—Puedo ya llamaros hermano? Se ha celebrado la ceremonia?

—Sí, hermano mio! respondió Enrique con acento vivamente turbado y alargando la mano al baron.

Luizzi notó que Barnet examinaba á Enrique y que hizo un movimiento de aprobacion al oir la respuesta del subteniente.

Pasados algunos instantes, todo estaba en movimiento para la partida de Luizzi; mientras los demas se entregaban á aquella ocupacion, hizo Armando una seña á Barnet, y le dijo:

—Qué significan esas palabras «he llegado demasiado tarde?»

—Nada, nada; tenian relacion con otros proyectos.... Quizá os hubiera yo propuesto otro partido....

—Creeis que Enrique no sea hombre de bien?

—No he dicho tal cosa, pero no es rico, y quizá....

—Habiais pensado en el marqués de Bridely?

—Que tiene sus sesenta mil libras de renta, contestó Barnet con alegria como si hubiese visto con placer la ocasion de esplicar asi sus palabras.

—Y por qué no me escribísteis? dijo Luizzi que conservaba todavia su desconfianza en el fondo de su corazon.

—Yo os diré.... contestó Barnet vacilando; no os escribí porque.... porque el marqués no habia ganado aun su pleito, añadió con rapidez como si de pronto le hubiera ocurrido esta salida.

Todo se hallaba preparado para la traslacion de Armando. Bajó este con paso firme la escalera; pero, una vez en el carruage, le aturdió de tal modo el movimiento, que estuvo muchas veces á punto de perder el conocimiento. Al fin llegó á su casa, y con gran terror suyo se encontró enfermo en el mismo lecho en que habia estado próximo á perecer á manos de sus criados. Sin embargo, le tranquilizaron los cuidados de su hermana y los de Mr. Barnet; pero á pesar suyo, y por un sentimiento del todo nuevo, no contó la presencia de Enrique entre estos motivos de seguridad. Esta idea le atormentó de tal modo durante aquel dia, que cuando llegó la noche se habia apoderado de él una violenta calentura, y el médico se mostró descontento del estado de sus heridas.

—Es preciso, dijo, descanso absoluto del cuerpo y del espíritu, señor baron, porque si no pueden sobrevenir graves accidentes.

—Yo pasaré la noche al lado de mi hermano, contestó Carolina.

—Gustavo hizo un gesto bastante cómico mirando á Enrique, que repuso:

—Mi hermano creerá tal vez que es inútil.

—Por qué lo ha de ser? replicó con acritud Julieta; nadie puede prestar al baron mejores y mas asiduos cuidados que Carolina. Una hermana de la caridad sabe curar las heridas.

—Pero no habeis sido vos tambien hermana de la caridad? repuso Gustavo con tono burlon.

—Creeis vos, respondió Julieta tomando un aire de dignidad ofendida, creeis que yo debo pasar la noche en el cuarto de un hombre?

—Eso cuando menos seria generoso, dijo Gustavo mostrando con la vista á Enrique y á Carolina.

Julieta se mordió los labios de rabia y no contestó.

—Yo me quedaré, dijo Carolina; lo quiero absolutamente, y como se va haciendo ya tarde, podeis retiraros.... os lo suplico.

—Vamos, Enrique, dijo Gustavo, vamos, resignaos, querido....

Enrique se retiró con despecho, en tanto que Julieta le seguia con una mirada ardiente y curiosa. Apenas salió él de su alcoba, se acercó Julieta á Carolina y la dijo:

—Quedaré en casa, me echaré vestida sobre mi cama, y si me necesitas, subes á llamarme que estaré pronta.

En seguida se volvió al baron, é inclinándose á él lo bastante para que el calor de su aliento le hiciera estremecer, le dijo en voz baja:

—Buenas noches, señor baron.... buenas noches, Armando.

Luizzi escuchaba aun aquella voz vibrante y apasionada que acababa de lanzarle su nombre como una confesion de amor, cuando Julieta habia ya desaparecido.

Armando, asi que quedó solo con Carolina, reflexionó acerca de todo lo que habia creido ver y oir en sentido equívoco durante aquel dia. Pero todo

consistia solo en gestos imperceptibles, miradas furtivas, palabras interrumpidas que se fatigaba en vano por recordar. Su razon era de cuando en cuando bastante lucida para que se dijese á sí mismo que su imaginacion exaltada por la calentura prestaba un sentido oculto á mil pequeños incidentes que carecian de él; pero no tardaba en aparecer de nuevo aquella tormenta de su espíritu, y todos aquellos pequeños incidentes pasaban y volvian á pasar delante de él como los restos de un navío que las olas llevan de un lado á otro en medio de la oscuridad á la vista del náufrago que, de pié sobre una roca, en vano procura apoderarse de uno de ellos. El vértigo físico que por fin se apodera del náufrago se iba apoderando tambien insensiblemente del espíritu de Luizzi, que le sintió y trató de librarse de él. No pudiendo apartar su atencion de las dudas que flotaban en él, quiso esclarecerlas y cogió su campanilla. Sin embargo, miró á Carolina, que estaba sentada en un ancho sillon al pié de su lecho, y que se habia ido quedando adormilada.

Como la presencia y la voz del Diablo solo eran perceptibles al baron, éste agitó su talisman; pero la campanilla no produjo sonido alguno, y en aquel mismo instante sintió Armando una rigidez invencible en el brazo, su cuerpo se encorbó hácia atrás como un arco que ninguna fuerza humana hubiera podido enderezar, y sus mandíbulas se apretaron de tal modo que parecian romperse sus dientes. El baron conoció que se hallaba atacado de esa horrible enfermedad que se llama tétanos, resultado frecuente de aquellas heridas en que han sido rotos los músculos. No pudo hacer un movimiento para agitar la campanilla, ni exhalar una queja para llamar, y casi en seguida le pareció que se le habia descargado en la cabeza un golpe terrible. Cerró los ojos y vió....

Vió una luz tan viva que jamás habia herido su vista tan deslumbradora claridad. Era aquella luz tan intensa, tan penetrante, que atravesaba los cuerpos opacos como la luz ordinaria que se desliza á través del cristal, y tan fúlgida, que diseñaba en las paredes la sombra de la llama de las bugías. Aquel prestigio no era el que habia separado de delante del baron las paredes, la distancia, la oscuridad, los cuerpos intermediarios que le hubiesen impedido ver á Enriqueta Buré en su horrible calabozo: era una trasparencia que dejaba ver los objetos mismos, aunque se pudiera ver mas allá de ellos; era su efecto el del cristal que se ve y no oculta nada sin embargo; aquel era un espectáculo deslumbrante, desconocido, en que todo radiaba y todo se hallaba penetrado de luz.

Asi es que Luizzi creyó ver mas allá de su alcoba su salon desierto y amueblado tal como en realidad lo estaba; mas allá del salon, el comedor con todos los efectos que en él habia, y luego la antesala donde dormia Pedro sobre un banco. Encima de su cabeza creyó ver á través del techo el aposento de su hermana; conoció todas las piezas, y siguió tan estraña inspeccion con una curiosidad deliciosa. Vió con mucho cuidado si se habia escapado al-

gun mueble á su investigacion; fijó su atencion en los mismos muebles, y descubrió en su interior los objetos mas pequeños; su mirada fué pasando de alcoba en alcoba recorriendo detalladamente todos sus adornos, pues estaban deshabitadas, y se maravillaba de aquel estraño espectáculo que hubiera querido ver mas animado cuando reconoció el cuarto de Julieta, donde se hallaba ésta. Enrique paseaba á largos pasos por el cuarto, y la jóven le hablaba accionando con viveza

Armando escuchó y oyó del mismo modo que veia. El sonido llegaba á su oido recto y claro, como si no hallára ningun obstáculo en que estrellarse, como si volara por un espacio vacío de todo, escepto del aire, que debia servirle de conductor. Hé aqui lo que oyó:

—Si deseas engañarme, chasco te llevas, Enrique; te conozco muy bien, estás enamorado de esa tontuela de Carolina.

Julieta era la que hablaba.

—En qué diablo de manía has dado ahora? contestó Enrique. Quieres que no me acueste con mi mujer?

—No quiero, no! dijo Julieta con furor.

—Vaya, déjame.... No te pido mas. Tengo en el bolsillo los quinientos mil francos del cuñado; mientras se halla en cama, aprovechemos la ocasion; dentro de dos dias ya estaremos fuera de Francia.

—Ayer era posible, pero hoy que está Barnet en París seria esponernos. El notario es hombre capaz de ir á la policía á la menor sospecha y denunciarnos; y ya sabeis que los telégrafos andan mucho mas que las sillas de posta.

—Con que lo sabe todo ese culebron de notario?

—No sabe los pormenores, contestó Julieta; ese bribon sin duda no sabe que yo fui quien manchó los hábitos de Carolina para obligarla á ponerse otros é incitarla á ir á la romería de Auterive. Nadie ha podido decirle de qué modo hice creer á esa idiota que tú estabas enamorado de ella, ni como tu tierna correspondencia, que nos servia para escribirnos nosotros, hizo que se enamorara locamente de tí.

—Con que me amas? dijo Enrique con una vanidad de toro.

—Alábate, sí, repuso Julieta. Si yo, querido mio, no te hubiera dictado la primera carta, y si el gallardo Fernando, tu sargento mayor, que tan lindos *vaudevilles* hacia, no te hubiera escrito las otras, piensas que hubiera perdido la cabeza por tí?

—Esas cartas, dijo Enrique con aire de desprecio, no son tan famosas. No puedes figurarte como me atontaron cuando el baron me las devolvió entre los facciosos y las leí.

—Pues tú las escribiste.

—Yo las copié, y lléveme el diablo si las entendia; pero las he aprendido de memoria, y ya puedo decir como el mas pintado: «Tú serás el alma de

mi vida, el corazon de mi corazon.» Elevaré mis sentimientos platónicos mas altos que los tejados.

—Sí, dijo Julieta; en bella situacion pusiste á Carolina la primera vez que te viste á solas con ella; me parece que si nosotros hubiéramos llegado un poco mas tarde....

—Habla algo tambien de tí: á fé que estabas mas colorada que un pavo cuando volviste con el baron.

—Toma, yo soy diferente.

—De veras? dijo brutalmente Enrique.

—Qué quieres, querido mio! contestó Julieta; el baron es buen mozo y tiene doscientas mil libras de renta; luego como tú te has casado....

—Pues descuídate, dijo Enrique mostrando el puño á Julieta.

—Bah! qué es lo que harás?

—Romperos los huesos á tí y á él, respondió Enrique, cuyo rostro tomó una feroz espresion.

—Tá, tá, tá! Eres un botarate y nada mas, dijo Julieta.

—Vaya, no hablemos mas de eso; muchas han sido las necedades que me has obligado á hacer en mi vida, pero la última es la mayor de todas.

—Gracias! dijo Julieta; te puedes quejar cuando te he proporcionado una mujer con quinientos mil francos....

—Sin necesidad de tí me hubiera casado con ella.

—Sí? te hubieras casado con ella si yo no te la hubiera hecho conocer? la hubieras inflamado con tus bellos ojos si yo no hubiera soplado el fuego? Y luego te se hubieran reconocido doscientos cincuenta mil francos de dote, si yo no hubiera inducido á Carolina á pedir á su hermano esa cláusula?

—Ya sé que eres diestra en todo.... Pero te juro que me da lástima esa pobre mujer.

—Y tambien el baron me da á mí lástima, querido mio, porque el pobre tiene un deseo, un deseo....

—Todavía!

—Te juro que me he portado como mujer virtuosa. Sin ir mas léjos, ayer.... en su gabinete me puse á jugar con él.... Hubo un momento en que perdimos la cabeza, y si él hubiera querido....

—Julieta! murmuró furioso Enrique.

—Eh! anda á acostarte con tu mujer y déjame en paz.

—Pardiez que tienes razon, dijo Enrique encolerizado; voy ahora mismo. Y se dispuso á hacerlo.

—Enrique, esclamó Julieta levantándose, si sales de aqui esta noche hemos concluido.

—En ese caso, contestó Enrique volviendo, no me fastidies mas con tu baron, y hablemos con seriedad. Volviendo á Mr. Barnet, en qué te fundas para creer que pueda sospechar algo?

—Te lo diré, ya que todo es preciso decírtelo. Debe sospechar por esos seis mil francos que habia dado á Carolina, que yo habia colocado en poder de mi madre y que debian servir para vuestra proyectada fuga.

—Al fin nos embolsamos nosotros esos seis mil francos, y tú viniste á parir á París, gracias á ese socorro debido á Dios y á tí.

—Pues bien; esos seis mil francos habian dado en qué cavilar á Barnet en Tolosa, donde yo me hallaba aun; las hermanas le dijeron que no habian oido hablar de ellos, pero que Carolina debia haberlos llevado á Evron. Como el bueno de Barnet sabia que las religiosas dejaban hacer á su protegida casi todo lo que ella queria con objeto de adquirir su capital, se contentó al parecer con aquella razon. Pero volviendo últimamente de Rennes, torció á Evron, y habiendo preguntado si habia llevado Carolina aquella cantidad, la superiora le contestó que no.

—Pero yo creo que todo está arreglado con el cuento que inventaste y contaste á Carolina.

—Está arreglado para con ella, pero no para con Barnet, á quien dieron malos informes de tí en Vitré, lo cual unido á los seis mil francos....

—Y no ha podido traer Carolina ese dinero á París?

—Buen modo de discurrir! dijo Julieta. Crees tú que si Carolina hubiese tenido seis mil francos se hubiera visto obligado el baron á pedir dinero prestado á Barnet para su viage desde Vitré á París? Eso sobre todo es lo que ha puesto alerta á ese pícaro tacaño; luego recordó los primeros mil doscientos francos dados á mi madre, y cree que los seis mil han llevado el mismo camino.

—Pero quién te ha dicho todo eso?

—Toma! Gustavo que ha hablado con ese buho de notario, y que no sabiendo nada de nada, le dijo qne me conocia, un dia que Barnet pronunció mi nombre en su presencia.

—Y qué le dijo?

—Poca cosa, dichosamente. Le dijo que me habia conocido de comparsa en el teatro de Marsella.

—Y nada mas? dijo Enrique.

—Nada mas. Como que Gustavo no estuvo nunca en Aix cuando yo me hallaba alli con mi madre.

—Oh!.... esclamó Enrique, como si el nombre de Aix despestase en él ignobles recuerdos.

—Y qué?..... alli egercia su oficio.

—No te le habia dado á tí malo!

—Toma! dijo Julieta, tan bueno como el tuyo: á no ser por la revolucion de Julio en que hallaste medio de pegar un tiro á aquel vejete de Baquenel, so pretesto de que era espía y de robarle los pagarés falsos que te habia descontado, yo quisiera saber donde estarias á estas horas. Y esa gracia no se

opuso á que obtuvieras una charretera por mi buena mediacion, en tanto que fueron enviados á Argel de soldados rasos otros que se habian batido valerosamente contra los suizos y la guardia real. Con que ya vés que éramos tal para cual cuando nos conocimos.

—Y despues has continuado siendo la misma.

—De lo cual no te has quejado mientras te ha proporcionado para gastar y triunfar, dijo Julieta con espresion de disgusto; pero ahora que tienes rentas.....

—Pues bien! en el dia no quiero que el baron te haga la rueda.

—Pues bien! yo no quiero que tu mujer sea tu mujer.

—Y qué quieres que haga?

—No hacer nada: es inocente como una niña de dos años, yo te lo aseguro.

—Sí, pero y si le preguntan su hermano ó Barnet ....

—Eres muy tonto! dijo Julieta con tono de burla y de desprecio. Piensas que Barnet ha de ir á decir á Carolina: «Señora, hacedme el favor de decirme si vuestro esposo..... Déjame en paz. Estoy viendo que no podrás nunca acostumbrarte á los usos del gran mundo.

—A tí te sucede todo lo contrario: te dás un aire de princesa, un tono de mojigata.....

—Ah! esclamó Julieta con exaltacion; las mujeres tenemos en la cabeza y en el corazon una cosa mas que los hombres. Si yo hubiera nacido en la revolucion seria generala..... ó si hubiera nacido antes hubiera sido la Dubarry..... Pero en el dia nada se puede adelantar con los hombres que son tan mojigatos como avaros.

—Y por qué me cuentas á mí en ese número?

—En cuanto á tí, te amo, es muy diferente. Pero mira, si no fueras celoso como un bruto, ni un sueldo le dejaria yo de sus doscientas mil libras de renta al baron.

—Yo tambien soy bastante rico.

—Veamos, dijo Julieta... Te dejo á Carolina... me es igual, y yo me las compongo con el baron.

—Corriente, contestó Enrique; pero reflexionó un poco y añadió: No, decididamente no quiero.

—No quieres?

—No, no, aborrezco al baron. Le detesto, porque tú le quieres; te gusta con su gascon, con sus guantes amarillos y su aire de gran señor..... Si fuera un viejo, no digo que no, no me importaria; pero él..... no, mil veces no.

—Corriente; pero piensa en Caroliua y ya verás.

—Pues bien! lo veremos.

—Andate con cuidado. Ella me lo cuenta todo y yo sabré lo que ocurra.

—Y si ocurre?

—Tengo en mi poder tus pagarés falsos.

—Con que los has guardado, miserable bribona?

—Están en sitio seguro; yo soy muy precavida.

Enrique se golpeó la frente de cólera, y Julieta continuó:

—Oh! yo te conozco muy bien pichon mio. Tú lo que quisieras ahora es dejarme con un palmo de narices :.. Vete á buscar á tu mujer si te place... eres libre.....

—Lléveos el diablo á tí y á mi mujer! Yo no pienso siquiera en ella.

—Mas de lo que dices.

—Te aseguro que no, bajo palabra de honor. Es solamente por pura fórmula. Cuidado que estoy pasando una buena noche de boda!

—Conozco que la cámara nupcial te gustaria mas que la mia.

—Te aseguro que quedará vírgen.

—Al menos por esta noche, no lo dudo.

—Enrique se detuvo delante de Julieta, al parecer poseido de una idea súbita. Contempló largo rato á su cómplice, como para observar por medio de la mirada la lubricidad que en aquella mujer habia, y al fin la dijo:

—Acaso no.

—Lo que es Carolina no subirá á ella.

—Pero vendrás tú.

—Yo?

Julieta se echó á reir al oir aquella detestable proposicion, y en seguida añadió:

—En efecto, seria gracioso... . Pero no, no quiero..... estoy de mal humor.

—Vamos, pues, dijo Enrique cogiéndola de las manos y atrayéndola hácia sí; no seas hipócrita, ya te pondrás de buen humor.

—Déjame en paz, repuso Julieta; que me haces daño, bruto.

—Ya sabes que para mí no hay mas que tú en el mundo, dijo Enrique ciñéndola con sus brazos.

—Eres insoportable, dijo Jnlieta dejándose llevar, cuando te dá la locura.....

—Anda, vamos.

—No, esta cámara está encima de la del baron.

—Pues eso es lo divertido, contestó Enrique.

—Y cogiendo á Julieta en sus hercúleos brazos, la llevó á través de las habitaciones, en tanto que ella decia:

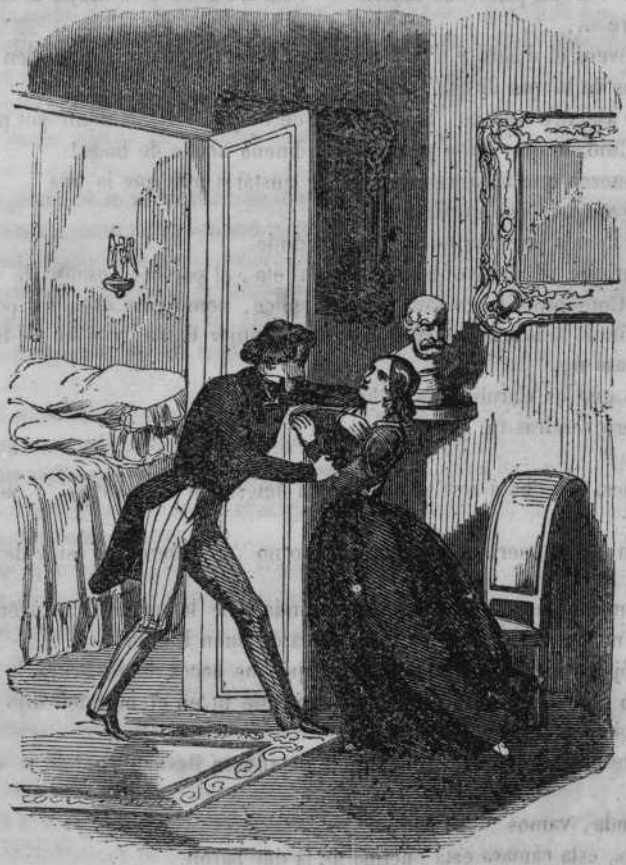
—Qué manía, Enrique!..... Qué locura!..... Eres un mónstruo!

Y luego añadió de repente, echándole á su vez los brazos:

—Y por eso precisamente te quiero, picarillo.

Luizzi los vió dirigirse á la cámara nupcial cuya puerta atravesaron. El

baron quiso gritar lleno de horror y de indignacion; y en efecto exhaló un grito terrible. Pero desapareció toda aquella vision delirante y se encontró



en medio de una oscuridad espantosa, donde en vano daba terribles gritos. No vio mas, no oyó mas, no sintió mas; luego abrió de repente los ojos, y vió:

XV.

Encuentros.

Vió á Julieta, á Enrique y á Carolina inclinados sobre su lecho, impidiéndole romperse los miembros en las horribles convulsiones que el tétanos habia hecho suceder á la inmovilidad. A pesar de los dolores atroces que esperimentaba, conservaba la completa percepcion de cuanto pasaba á su alrededor, y todo el uso de su razon como de ordinario sucede en esa afeccion inesplicable. Cuando el baron vió á su lado á Enrique y á Julieta prodigándole sus cuidados con la mayor solicitud, no pudo menos de convenir en que se habia hallado por espacio de algunas horas bajo el imperio de un delirio estravagante y una idea repentina vino á iluminarle dándole á conocer el peligro de su situacion.

Recordó que dos veces habia sido tenido por loco; conoció entonces que hallándose bajo el imperio de las revelaciones del Diablo, todas las co-

sas ciertas debian ser dudosas para él, toda apariencia un sueño, que tomaba por crímenes y vicios cuanto no le era dado esplicar de otro modo. Entonces se apoderó de tal modo del baron el temor de ver detenerse en una cosa fija y convertirse en locura aquella preocupacion de su espíritu, que se decidió de repente á no volver á sondear los misterios de la vida y á caminar por esta como camina el vulgo, tomando por guia, no las falsas luces del infierno que todo lo tiñen de sangriento color, sino la ayuda de la sencilla luz de su raciocinio, mirando las cosas y los hombres por su mejor lado.

Tal vez hizo Luizzi respecto al Diablo lo que Orgon respecto á Tartufe. Asi que el hipócrita ha abandonado la casa del crédulo, esclama éste: *Esto es hecho; renuncio á todas las personas honradas*. Cuando Luizzi quiso desechar aquella manía de saberlo todo, dijo para sí mismo: *De aqui en adelante, creeré que todas las personas son honradas*.

La convalescencia bastante penosa que siguió á aquel grave accidente, incurable las mas veces, disipó del todo los temores de Luizzi á quien el mal habia exaltado hasta esperimentar tan espantosa vision. Enrique tuvo para con él todas las atenciones posibles; y en cuanto á Julieta, le acompañó constantemente, leyéndole alguna cosa, conversando con él con una candidez, una gracia y una modestia nunca desmentidas. Sus encantos cada vez eran mayores á los ojos del baron, porque al encanto de una sociedad dulce y franca, se juntaba siempre aquella embriaguez magnética que el baron esperimentaba casi siempre á su pesar. Cuando se hubo restablecido se halló completamente enamorado de Julieta, ó mas bien, volviendo á la singular pasion que le inspiraba aquella mujer, la deseaba como un seminarista y huia de ella como un niño.

Por lo demás, en la posicion del baron tuvo lugar un cambio notable. Del mismo modo que él habia mandado al marqués de Bridely á saber como seguia Mr. de Mareuilles, este habia enviado al jóven du Bergh á informarse de la salud de Armando.

Estas visitas se renovaban todos los dias por ambas partes. Gustavo habia hallado medio de decir en casa de Mad. de Marignon donde vivia Mr. de Mareuilles desde que era yerno de ésta, que él, el marqués de Bridely, poseia sesenta mil libras de renta, y esto sirvió de escusa á los pecadillos pasados; su tentativa de estafa se tuvo por una locura de jóven, á quien la esperanza de una gran fortuna daba derecho á ser menos circunspecto que un pobre diablo, en atencion á la certidumbre que tenia de poder reparar pródigamente sus desaciertos.

Se habian acostumbrado todos á verle, y si no pertenecia á las intimidades de la casa, se mezclaba con alguna vanidad el nombre del marqués de Bridely entre los bellos nombres de los jóvenes que frecuentaban la sociedad de Mad. de Marignon. Hasta se murmuró que la jóven y hermosa Mad. de Mareuilles envidiaba, sino la persona y los bienes de Gustavo, al menos su

título de marqués. Por otra parte, Luizzi habia recibido con política las visitas, primero ceremoniosas y luego amistosas, de Mr. Edgardo du Bergh. El aire delicado y dulce de aquel jovencito que bajaba la vista como una doncella y hablaba con una vocecita atiplada, habia agradado á Luizzi. Este le habia ofrecido su casa, y él habia aprovechado el ofrecimiento para visitarla por cuenta propia. Resultaba de todo esto una especie de aproximacion por intermediarios entre Luizzi y Mr. de Mareuilles, y el baron sin desear llevar las cosas mas adelante; pero como hombre que sabe vivir, consagró su primera salida á hacer una visita á su adversario, cuya cura se hallaba mucho menos adelantada que la suya.

La reconciliacion de dos hombres de corazon que se habian batido con bastante serenidad para dirigirse mútuamente chanzonetas, por malas que fuesen estas, no era difícil de conseguir. Mareuilles alargó la mano á Luizzi y se abrazaron, sin que les quedára otra, pues eran bastante libres para odiarse abiertamente, sin necesidad de guardarse ningun rencor oculto. Por lo demas, solo habian querido matarse uno á otro, y nadie en el mundo se aborrece por tan poca cosa. Si Mareuilles y Luizzi hubiesen sido rivales por opiniones políticas, por mujeres ó por una superioridad de caballos ó de corte de ropas se comprende que se hubieran odiado mortalmente, pero por sangre derramada?..... Eso se queda para los rústicos.

Asi que vió á Mareuilles, Luizzi solicitó ver á Mad. de Marignon que le recibió con esa gracia y esa cortesanía de la mujer que sabe olvidar y recordar oportunamente. Luizzi trató de hallar en aquella señora mayor tan bien puesta, tan conservada y tan digna á la loca Olivia, á la libertina Olivia, y conoció que bajo aquella apariencia de gravedad habia un fondo de indulgencia y de franqueza que se doblegaba á la hipocresía de que estaba rodeado, pero que la detestaba.

Mad. du Bergh, que se hallaba allí, dió las gracias al baron por la buena acogida que habia hecho á su hijo. Tambien encontró á Mad. de Fantan, la cual le anunció haberse casado su hija, y por último vio á la bella Mad. de Mareuilles. Salió de casa de Mad. de Marignon enteramente reconciliado con aquella sociedad que tan odiosa le habia pintado el Diablo.

Desde que se habia separado de ella; desde su primera y fatal enfermedad, el baron se habia hallado con tanta frecuencia en contacto con los vicios ridículos y groseros de la clase media y del pueblo, que le parecia resucitar en la atmósfera franca y despejada de aquel salon; escuchó con un placer del todo nuevo aquella palabra dorada y lisonjera de las personas que *saben vivir*, y se prometió no volver á emprender sus pesquisas fuera de aquella esfera elevada.

Sin embargo, habian transcurrido algunos dias desde su primera salida, cuando Luizzi recibió una carta de Barnet que habia dejado á París dos dias despues del famoso duelo. El notario instaba en aquella carta al baron á que

fuera á Tolosa para arreglar sus asuntos, y le participaba un proyecto que agradó bastante á Armando. El diputado de un distrito en que radicaban las mas ricas propiedades de Luizzi acababa de morir, y se iba á hacer nueva eleccion. Barnet, que disponia de gran número de votos, no queria, por deferencia de opiniones, dárselos ni al candidato de la estrema izquierda ni al candidato legitimista; tampoco queria, á causa de enemistades particulares, dárselos al candidato ministerial, que habia obtenido una plaza de recaudador particular que Barnet hubiera preferido á su estudio; se los ofrecia al baron, á quien aseguraba el triunfo si queria el mismo Luizzi aspirar á él.

El baron puso en conocimiento de su familia, de la cual casi formaba parte Julieta, el contenido de aquella carta, y entonces fué cuando con un vivo sentimiento de placer vió por primera vez á aquella jóven animarse al espresar los votos que por él hacia, y complacerse en el cuadro brillante que ella trazaba del porvenir de un hombre político.

Luizzi participó al principio de aquel entusiasmo, pero luego consideró las investigaciones de que son objeto los desgraciados candidatos, y temió que su pasado no se pudiese esplicar satisfactoriamente á electores de la clase media y muy poco fanáticos. Sin embargo, lo impelieron á aceptar un estraño descubrimiento y un suceso no menos estraño. En efecto, algunos dias despues, hallándose en casa de Mad. Marignon habló con tono bastante indiferente de la candidatura que se le ofrecia.

Un concierto de felicitaciones por su buena suerte resonó por todas partes.

—Con que os hareis elegir, no es verdad? le dijo un caballero anciano de figura aristocrática; ya era tiempo de que la Francia se hiciese representar por algunos nombres que pudieran recordarla que toda su gloria no pertenece á esta época. Los Luizzi datan, en la historia, de la guerra de los Albigenses; se los vé al lado de los Levis y los Turenas en aquellos memorables sucesos.

—Tambien es tiempo, mi querido señor de Armely, añadió Mad. de Mareuilles, que nuestros diputados no sean todos abogados de canton, médicos de aldea ó comerciantes de hierro y de algodon. Esos señores, con su trage burdo, su camisa sucia y sus manos sin guantes, invaden todos los salones, están en palacio, están en el despacho de los ministros, en todas partes en fin; y una pobre mujer no sabe con quien hablar, á menos que no quiera discutir el impuesto sobre la sal, ó la tarifa de aduanas. Ni bailan, ni atienden, ni rien.

—Es verdad, pero votan, dijo una dama que pasaba por muy decidora; ese es su gran negocio.

—Y sobre todo, el de los ministros, añadió un caballero que gozaba gran renombre por lo atrevido de sus opiniones.

—En verdad, mi querida Lidia, añadió una jóven cuyas facciones no podia

distinguir Luizzi, pues se hallaba en el hueco de un balcon, y casi oculta su cara por un gorro, pero cuya voz llamó mucho su atencion, en verdad que no soy de vuestro parecer. Haríais muy bien en no quitarnos los últimos hombres de sociedad que nos quedan y de no aconsejar al señor baron que vaya á perderse en ese caos de *honorables*, demasiado *honorables* sí, pero que inficionan con la política y el fastidio el salon en que entran. La política es un mal que se pega, un hedor que lo impregna todo; y si no dígalo mi marido que apenas tiene la edad que se requiere para ocupar un asiento en la cámara de los pares y ya está inficionado por esa manía. Cuando vuelve de una sesion de la cámara alta le sucede lo que á Mr. de Mareuilles cuando vuelve del club de los Jokeis: mi marido huele á política y el vuestro á tabaco. Tanto me agrada un capitan de la guardia nacional.

Luizzi procuraba recordar donde habia oido aquella voz, cuando le distrajo de su preocupacion el acento varonil de otra mujer hermosa en toda la estension de la palabra, que replicó con una especie de impetuosidad apasionada:

—Qué quereis que hagan los hombres en nuestra época sino dedicarse á la carrera política? El fin de todo hombre que conoce su fuerza es siempre, y en todas partes imponer su superioridad á sus rivales y crearse un nombre y un poder cuyo ascendiente sea preciso reconocer. La carrera política es la única en el dia que puede conducir á ese fin; todo el hombre que tenga alguna ambicion viril debe, pues, seguirla.

—Segun eso, dijo la jóven con tono bastante acre, vos no hubiérais llevado á mal que en los abominables dias de la revolucion, el hombre honrado hubiese buscado ese poder y ese renombre de que hablais; hubiérais aprobado que un verdadero noble se hubiera hecho, por ejemplo, soldado de Bonaparte para llegar á general y que un marqués de antigua raza se hubiera hecho senador para ser conde del imperio?

—Seguramente, señora.

—Sentimientos son esos que me admiran en la condesa de Cerny, en la hija del vizconde de Assimbret, en una mujer que lleva dos nombres de los mas nobles de Francia.

—Sentimientos de que no es estraño deje de participar la condesa de Lemée, contestó con desden la hermosa dama.

—La condesa de Lemée! esclamó Luizzi (hija de Turniquel, murmuró para sí, como si quisiese terminar la frase de Mad. de Cerny).

—Si, dijo la jóven, saludando con mucha gracia á Luizzi; sí, señor baron, soy la condesa de Lemée, y tenia deseos de saber si me conocíais.

—Con que os conoceis? preguntó Mad. de Marignon procurando cortar las contestaciones de aquellas dos mujeres.

—Pasamos algunos dias juntos en casa de mi tio Mr. Rigot, dijo Mad. de Lemée. Espero, señor de Luizzi, que no tendreis prevencion ninguna con-

tra mí por el pleito que os puso mi tio. Al fin le perdió, y me alegro mucho; debeis dar las gracias á cierto Mr. Bador, á quien mi tio encargó su direccion. Aunque la torpeza de Mr. Bador me haya hecho perder mis esperanzas de heredar, le doy las gracias á ese buen señor, puesto que á él debo el que no haya rencor entre nosotros.

Luizzi prestaba atencion á la señorita Ernestina Turniquel, cuyo aplomo admiraba, cuando le dijo la condesa de Cerny:

—Ya! con que habeis conocido á Mr.... de Rigot?

—He tenido ese honor, contestó con frialdad el baron, que deseaba ponerse de parte de Mad. de Lemée, á fin de que esta continuase la defensa de sus miras políticas en tanto que él procuraba recordar donde habia oido el nombre de Cerny.

—Os doy mi sincera enhorabuena, caballero, dijo la condesa con tono casi impertinente, mirando á Luizzi con atencion.

Mad. de Marignon quiso nuevamente cortar la conversacion acerca de Rigot, y preguntó á Luizzi:

—Y se puede saber por qué distrito esperais ser elegido?

—Por la Aude, en N.... contestó Luizzi.

—Pero ved que teneis alli un rival terrible, dijo el anciano que habia hablado el primero.

—Quién, mi querido Armely? preguntó Mad. de Marignon.

El nombre de Armely habia sido ya objeto de admiracion para Luizzi, que hacia enojosas reflexiones viendo en casa de Mad. de Marignon, y con tanta intimidad, al padre de la infortunada Laura, cuando Armely repitió:

—Sí, señor baron, teneis un terrible adversario, un hombre que puede contar con los esfuerzos de todos nuestros amigos políticos.

—Y es....

—Mr. de Carin, contestó el marqués.

—Mr. de Carin? repitió Luizzi.

—Le conoceis vos tambien, dijo la condesa con marcado interés.

—Sí, mucho.... mucho.... respondió Luizzi, á quien habian puesto pensativo aquellos nombres evocados unos tras otro como para herir su imaginacion con mil horribles recuerdos.

—Ved ahí lo que se llama un hombre de corazon y de capacidad, dijo Mad. de Cerny. A no tener un carácter tan firme como el suyo, no sé como hubiera podido vivir; casado con una idiota que ha terminado por volverse loca, ha sufrido tantas penas que hubieran hecho sucumbir á cualquiera otro.

—Al menos no ha sufrido la de ser engañado por su mujer, dijo el baron con amargura.

Todo el mundo se echó á reir, y Mad. de Cerny se puso encarnada como la cereza.

—Vamos, es preciso perdonárselo todo á una loca, dijo Mad. de Fontan; la pobre mujer no sabia lo que se hacia. Ademas Mr. de Cerny estaba mal acostumbrado al casarse con vos, y las malas costumbres no se pierden así como quiera.

Esto recordó á Luizzi que el conde de Cerny no era otro que el que habia procurado mostrarse menos grosero que los demas para con Mad. de Carin. En tanto que Armando reunia uno á uno todos aquellos recuerdos, circulaban las miradas equívocas por todas partes como los relámpagos en el horizonte. Pero Mad. de Cerny las detuvo con otra mirada imperiosa, y repuso:

—De cualquier modo, Mr. de Carin ha procurado distraer sus pesares con una vida noblemente ocupada, y lo ha conseguido. Ah, señor baron, si Mr. de Carin es el adversario con quien teneis que combatir, dudo mucho de vuestro triunfo.

—Pues bien, lo veremos, repuso Luizzi con una energía cuyo secreto nadie adivinó, y que provenia de la indignacion que despertaron en él los elogios tributados por la condesa á Mr. de Carin y la calumnia de las otras contra la desventurada Luisa; lo veremos y acaso no seré tan desgraciado como pensais.

—Respeto vuestro valor, dijo Mad. de Cerny.

—Haced provision de él, añadió el anciano marqués de Armely; porque Carin me ha escrito diciéndome tiene ya un rival temible en un rico fabricante de hierro de aquel pais, llamado Félix Ridaire.

—Félix Ridaire? repuso Luizzi.

—Sí, y Mr. de Carin está tanto mas inquieto cuanto que Mr. Ridaire, ademas de ser sus opiniones muy exageradas, es hombre de una capacidad incontestable y de una probidad á toda prueba.

—El capitan Félix Ridaire? dijo Luizzi con desdeñosa sonrisa.

—Le conoceis tambien? preguntaron todos.

—Sí, contestó Luizzi con enérgica espresion; le conozco tambien y le combatiré como á cualquiera otro.

—Conoceis á todo el mundo, dijo la condesa riéndose.

Luizzi se acercó á ella en tanto que algunas personas que se levantaban deshacian tumultuosamente el círculo.

—Creo que tengo el honor de conoceros á vos tambien, la dijo en voz baja.

Esta respuesta habia sido dictada á Luizzi por un singular sentimiento de despecho causado por todos aquellos elogios tan liberalmente tributados á personas que él sabia eran indignas de ellos. Por otra parte, si el nombre de Mad. de Cerny le habia recordado el relato de Mad. de Carin, el nombre de Asimbert habia traido á su memoria al vizconde libertino amigo íntimo de la Beru, y que tan placenteramente habia robado á Liberto el

amor de su Olivia, y tan bruscamente echado á la calle á Bricoin. El baron se sintió con un vago deseo de inquietar á aquella mujer, diciéndole que tenia conocimiento de todas las cosas por cuyo medio se puede dominar, y cuando la condesa contestó riendo:

—No lo creo, señor baron.

Este continuó:

—Y sin embargo, señora, yo puedo esplicar la causa de que una mujer como vos se halle en casa de Mad. de Marignon por consideracion al nombre de Asimbert, olvidando indulgentemente las consideraciones que debe al nombre del conde de Cerny.

—Cómo, caballero! esclamó la condesa alarmada, echando una mirada significativa á Mad. de Marignon, acaso sabeis.....

—Muchas cosas, contestó Luizzi animado por el efecto que sus palabras producian, y quizá, continuó, pudiera tranquilizaros acerca del resultado de las atenciones de Mr. de Cerny para con la infortunada Mad. de Carin.

Estas palabras que, por parte de Luizzi, solo eran alusivas á la inocencia de Luisa, de la cual se creia seguro, confundieron al parecer á Mad. de Cerny.

Un subido carmin apareció en el rostro de la condesa que miró á Luizzi con singular espanto, y balbuceó con voz alterada:

—Es imposible..... vos no sabeis.....

—Lo sé todo, contestó Armando gozoso por poder llevar adelante aquel engaño de resultado tan inesperado para él.

Y en tanto que Mad. de Cerny le seguia asustada con la vista, saludó y se retiró diciendo: «Con que no hay siquiera una mujer cuya vida secreta se pueda tocar, aunque sea á la casualidad, sin despertar en ella el recuerdo de una accion vergonzosa ó un remordimiento?»

Esta reflexion entristeció á Luizzi, que se vió á punto de tornar á sus dudas acerca de Enrique y Julieta. Sin embargo, reflexionó que, en cuanto á Mad. de Carin, lo único que sabia era lo que habia leido en el manuscrito de aquella infortunada. Recordó que el Diablo le habia dejado en duda respecto á la veracidad del relato de Luisa, y que su historia tenia todo el carácter de una idea fija; por otra parte, consideró que, suponiendo que aquella historia no fuese el resultado de la locura, era bastante natural que Mad. de Carin no hubiera confesado en ella una debilidad que hubiera redundado en su perjuicio. A consecuencia de estas buenas razones, se calmó ante la duda de que Luizzi se vió acometido, la indignacion que esperimentára al oir hablar de Mr. Carin y de Félix; y la resolucion en que el baron habia estado un momento de servirse en su lucha electoral de lo que sabia respecto á ellos, le pareció cuando menos imprudente.

En esta disposicion se hallaba al volver á su casa; arrepentíase ya de haberse prevalido un momento de conocimientos cuyo orígen no podia revelar,

cuando se detuvo un carruaje á la puerta de su casa. Abrió el lacayo la portezuela, y Luizzi vió que aquel elegante carruaje se hallaba ocupado por una mujer. Desde el fondo del portal donde se habia apeado, oyó una voz que dijo con viveza:

—Inmediatamente al señor baron de Luizzi..... En seguida, á casa.

Una mano elegante, de forma perfecta, y blanca como el armiño, alargó un billete al criado, que cerró la portezuela, y entrando en el cuarto del portero, dió á éste el billete repitiendo la órden de su señora:

—Inmediatamente al señor baron de Luizzi.

El lacayo subió en seguida á su puesto, y dijo al cochero:

—A casa.

Y el carruaje desapareció al escape de sus dos soberbios caballos.

El baron creyó conocer la voz de aquella mujer, y no se engaño. Hé aqui en qué términos estaba concebido el billete que se le entregó:

—«Caballero: las palabras que me habeis dicho hacen precisa una esplicacion entre nosotros. Creo dirigirme á un caballero, y no dudo en deciros que os espero esta noche á las diez. Estaremos solos.

LEONIA DE CERNY.»

Este billete agradó mucho á Luizzi, que creyó debia corresponder á aquella invitacion; pero, reflexionando mejor, pensó que le seria muy embarazoso resolver las dudas de Mad. de Cerny, y convino en que lo poco que sabia acerca de las relaciones del conde y Luisa no bastaban para persuadir á una mujer, y sin duda muy celosa, puesto que únicamente siéndolo, podia dar un paso tan estraordinario como aquel; por último, pensó que en todo caso le seria preciso esplicar el orígen de sus noticias, y Luizzi no podia contar de qué modo habia entrado en la casa de locos habitada por Mad. de Carin.

En resúmen, calculó que le seria mas fácil y mas razonable escusarse por medio de un billete, y subió á su habitacion reservándose reflexionar allí nuevamente.

Toda la familia estaba reunida en la habitacion de Carolina; tratábase de ir á ver un melodrama al teatro de la puerta de San Martin, y todos estaban ya dispuestos para salir. Carolina sobre todo se hallaba muy contenta, y Julieta estaba encantadora y alegre como Enrique. Luizzi, por otra parte, habia notado que las maneras del subteniente se habian pulido al contacto de las personas bien educadas, y se asociaba á la alegria comun. El jóven du Bergh y Gustavo eran tambien de la partida. Luizzi se negó á acompañarlos, so pretesto de su salud, y porque, segun dijo, habia visto ya aquella funcion. Queria estar libre, aunque no se hallaba muy decidido á ir á casa de Mad. de Cerny. Unicamente, durante la comida, habló de su visita á Mad. de Marignon; nombró apasionadamente á la condesa, por ver si Ed-

gardo du Bergh le decia algo acerca de ella; y en efecto consiguió su objeto, aunque no satisfacer su curiosidad, porque Edgardo habló de Mad. de Cerny con un entusiasmo ardiente hácia su hermosura, y el respeto mas profundo hácia su virtud.

Tambien entonces dejó Luizzi escapar la ocasion de notar la turbacion que el nombre de Cerny producia en Julieta; como lo único que le ocupaba era la condesa, dijo á Edgardo.

—Sé que en efecto es bella, y no dudo que su conducta sea irreprensible; pero no la creeis en estremo celosa?

—Celosa? contestó du Bergh, nada de eso, yo os lo aseguro. Su marido se lleva bien con ella y no hay otro que viva mas independiente que él. Yo creo que no sea celosa por carácter, y además su marido no la da motivos para serlo. El conde, despues de haber sido uno de los hombres mas á la moda de París, ha cambiado de repente; se ha hecho ambicioso, y como en su mujer, á mi entender, sobresale esta pasion mas que ninguna otra, se entienden maravillosamente.

Estas noticias no concordaban con la turbacion que á la condesa habian causado las palabras de Luizzi relativas á los pretendidos amores de Mr. de Cerny y Mad. de Carin; Armando permaneció en su perplegidad y dejó á su familia prepararse á gozar el placer de los horrores de *La torre de Nesle* (1) que entonces estaba en su auge. Todos habian ido á aviarse; Julieta únicamente habia quedado en el salon con Armando, que reflexionaba para sí. La jóven le distrajo de sus reflexiones diciéndole en seguida con mucha sencillez:

—Mucho me temo nos divertamos bien poco en el teatro, cuando vos no habeis querido arrostrar el fastidio de una segunda representacion por acompañarnos.

—Estais equivocada, dijo Luizzi con negligencia; ese drama encierra un interés muy vivo..... y si yo no estuviera tan débil.....

—Y cuál es el argumento de esa obra?

—El argumento, contestó Luizzi mirando á Julieta..... es bastante difícil de esplicar. Dejo al autor el cuidado de hacerlo.....

—Se trata, dijo Julieta, de una reina de Francia que tenia amantes.....

—Que mandaba arrojar al Sena despues de pasar la noche en la embriaguez y la orgía, respondió el baron.

El rostro de Julieta se iluminó con una mirada feroz y una sonrisa lujuriosa, y asaltó de repente al baron la idea de que una naturaleza como la

(1) Este drama es el que conocemos en castellano con el título de *Margarita de Borgoña*.

de Julieta podia esplicar la ferocidad y la lubricidad de los crímenes atribuidos á Juana (1) de Borgoña.

Y se acercó á aquella mujer por un movimiento precipitado, producido por el deseo que incesantemente despertaba en él, y la dijo:

—En ese drama hay una pintura maravillosa de esos placeres frenéticos, de esos besos furiosos, de esa embriaguez delirante á que conduce el amor, y ese cuadro os sorprenderá, estoy seguro de ello.

Julieta alzó á Luizzi sus húmedos ojos, cuya mirada era temblorosa como la luz de una estrella entre la bruma. Armando se vió, por decirlo asi, inundado, y en un movimiento irreflexivo, osó estrechar en sus brazos á Julieta, y, mas atrevido que hasta entonces, la colocó sobre sus rodillas, y buscó sus labios.

Julieta se retorció bajo aquel beso; pero otra vez se desembarazó de Luizzi y huyó esclamando:

—Oh! no! no! no!

Tal vez se hallaba Luizzi decidido á acompañar á Julieta al teatro, persuadido de que aquella jóven ocultaba, bajo su reserva, un amor que la devoraba y que la entregaria á él aquella noche misma si sabia aprovechar la exaltacion que podia producir en ella un drama como *La torre de Nesle*; pero cuando flotaba entre el deseo de poseer á Julieta y la obligacion de asistir á la cita de la condesa, recibió un nuevo billete que decia:

—«El señor baron de Luizzi no me ha contestado si acepta mi invitacion. Espero su respuesta, y sobre todo espero á Mr. de Luizzi.—Leonia.»

Nuevamente consideró el baron que seria una falta grave abusar de la debilidad de la amiga de su hermana, y para no ceder á una nueva tentacion, contestó en el acto que tendria el honor de presentarse á las diez en casa de Mad. de Cerny.

Durante este tiempo, Luizzi habia oido á Enrique y á Carolina conversar alegremente y reir en su cuarto, á donde habian ido hacia largo rato á terminar su tocado. Julieta volvió sin embargo con ellos, y como se los oyese venir llamándose con esa familiaridad de los esposos bien avenidos, se acercó al baron y le dijo:

—Necesito indispensablemente hablaros esta noche.

—A qué hora?

—A nuestra vuelta del teatro.

—Será á las doce, dijo Luizzi calculando que á aquella hora estaria él de vuelta de casa de Mad. de Cerny.

—Bien, á las doce, ó mas tarde si es necesario, contestó Julieta.

(1) *Margarita*, en la traduccion citada.

—Dónde os veré?

—En mi cuarto, si es que no temeis subir á él cuando yo no temo admitiros.

Luizzi hizo una señal de asentimiento, y buscó la mano de Julieta que la retiró diciendo, con aire particular y con un violento suspiro:

—Veremos..... veremos.....

Volvieron Enrique y su esposa, y poco despues Gustavo y Edgardo, y partieron todos para el teatro.

Luizzi quedó solo reflexionando acerca de aquellas dos citas, y hé aqui los pensamientos que acudieron á su imaginacion:

Cuanto mas examino el mundo, mas me convenzo que lo que mas predomina en él es el amor, ó mas bien lo que pasa por amor, el placer. Las mujeres, legítima ó ilegitimamente, solo se ocupan de él. Pero es dificil que ellas se ocupen tanto del amor, si los hombres no se mezclan un poco en esa ocupacion; los hombres aparentan ocuparse poco del amor, no por discrecion, sino por vanidad, para que se los tenga por graves y juiciosos. Paréceme, pues, que el papel de curioso que estoy representando en medio de todo esto es bastante tonto. Hé aqui una doble ocasion de abandonarle. Julieta será mia cuando yo quiera, esta misma noche si quiero; pero la mujer, cuya derrota me seria tambien muy agradable, es Mad. de Cerny. Una mujer virtuosa, una mujer reservada..... ese debe ser un triunfo halagüeño y un pasatiempo adorable.

Para comprender bien este capricho del baron, que abandonaba á Julieta de pensamiento para dirigirse á Mad. de Cerny, es preciso decir aun, que aquella jóven singular solo egercia su influencia en los sentidos del baron, y que no bien desaparecia de su presencia, dejaba enteramente de ejercer aquel imperio, por decirlo asi, físico, que ejercia en Armando.

Mad. de Cerny, al contrario, conservaba todo del nombre, del talento, de la buena reputacion que irrita por medio del pensamiento los deseos del hombre; y Luizzi, turbado aun por su conversacion con Julieta, dirigió á la casta Mad. de Cerny todos los deseos que la jóven ardiente le habia inspirado.

Sin embargo, las reflexiones de Luizzi continuaban en pos de la esperanza de poseer á la condesa sin hallar el medio de conseguirlo. Qué deberia decir á aquella mujer? Despues de haberla demostrado sus pretensiones de hombre de talento, debia aparecer muy tonto no teniendo que contarla mas que la simple circunstancia del relato de Luisa. El temor de aparecer ridículo se mezclaba con sus pensamientos, por lo cual el baron pensó en la casualidad que hasta entonces habia hecho que las confidencias del Diablo solo le sirviesen para mostrarle bajo un aspecto fatal sus acciones pasadas, y no para guiarle en sus acciones futuras. Asi pues, se decidió á ir á casa de Mad. de Cerny para hacer de su visita el uso que las circunstancias le aconsejasen.

Entonces, viéndose solo por primera vez despues de mucho tiempo, llamó al Diablo, que apareció de repente sin que Luizzi le conociese al principio, pues tan estraña era la forma en que se presentaba.

Llevaba medias de seda de un negro mate que diseñaban una pierna redonda, delgada por el tobillo y vigorosamente rechoncha por la pantorrilla, una de esas lindas piernas de calzon corto, piernas tan estimadas por nuestras abuelas, y que al bello natural son horriblemente deformes; llevaba un calzon de casimir negro muy ajustado por las rodillas, rodillas muy delgadas sobrecargadas de unos muslos fuertes y cortos, un poco de vientre y muchas caderas; un chaleco de seda negro, una corbatita de lazo, sobre la cual se posaba una barba regordeta; un rostro sonrosado, fresco y risueño; una boquita con dientes hermosos, ojos beatos, pelo un poco rizado, manos blancas y perfumadas, camisa sumamente fina y de una blancura deslumbradora, sin almidonar, sin esa horrible preparacion que da el aspecto del carton á la tela; pechera flotante y graciosamente plegada, y en fin, un pequeño redingot negro con una sola hilera de botones.

Hubiérase podido tomar por un adorable abate, si no hubiese sido el Diablo, cosa muy difícil de adivinar, porque habia ocultado su arqueado pié en el mas lindo zapatito del mundo, zapatito lustroso, estrecho, encantador.

A pesar de su deseo de interrogarle, Luizzi no pudo menos de admirar la forma que Satanás habia tomado para aparecérsele.

—De dónde vienes en ese trage?

El Diablo le contestó en tono de falsete muy atiplado:

—Vengo de achispar á un arzobispo aleman y á un canónigo.

—Bella hazaña para un ser como tú!

—Es una de las cosas mas difíciles que he emprendido. Creí no conseguir hacerlos caer nunca en el dulce pecado mortal que vosotros llamais gula, y del cual forma parte la embriaguez.

—Acaso serian personas que en toda su vida no habian bebido mas que agua?

—Al contrario, mi amo, personas tan acostumbradas á los vinos mas peligrosos, que he temido caer yo bajo la mesa antes que ellos se achispáran.

—Y qué interés tenias tú en achisparlos hoy, si acostumbraban á hacerlo todos los dias?

—No se achispaban nunca, y hé ahí el caso de conciencia para esos furibundos jesuitas. En efecto, Dios ha dado al hombre los alimentos para reponerse y el vino para calmar la sed; pero no ha dicho á los hombres: Vosotros comereis todos los dias una libra ó dos de alimentos, y bebereis una botella de vino; les ha dicho que tomen uno y otro con arreglo á sus necesidades. Ahora es preciso que sepas que el dicho arzobispo y su canónigo habian acostumbrado gradualmente su estómago á tan vastas necesidades, que

si yo te lo dijera te daria miedo. Entre los dos eran capaces de dejar desierta una mesa de doce cubiertos y un esportillo de cincuenta botellas de Burdeos no les causaria tampoco embarazo.

—Esa era una glotonería atroz.

—Eso sí, glotonería, pero no gula, porque nunca resultaba embriaguez ni indigestion. En qué consiste la falta en todas las cosas de este mundo? en el abuso. Qué es lo que constituye el pecado? el esceso. Ahora bien; el dia que hubiera tenido que disputar á algunos ángeles hinchados el alma de esos prelados, me hubiera visto apurado porque no hubiera podido decir que habian comido ó bebido mas de lo necesario á sus necesidades naturales. He previsto el argumento jesuítico que un adversario diestro hubiera podido sacar de esta circunstancia, y le he destruido anticipándome. Es cosa hecha: acabo de dejar á los dos sacerdotes tan borrachos que parecen muertos, y para mayor gloria del Señor los he colocado en cruz uno sobre otro bajo la mesa.

Luizzi escuchaba á Satanás en tanto que este hablaba asi con tono de embriaguez y lengua algo tartamuda.

Aquel diablo no era el diablo taciturno y grave que le habia contado la historia de Eugenia, ni el diablo escéptico y burlon que le perseguia con sus crueles sarcasmos; era un lindo diablo, gentil, perfumado, engalanado.

—En verdad, Satanás, le dijo, yo te creia ocupado en cosas mas serias que esa.

—Acaso hay para mí cosa mas séria que corromper á los hombres? Piensas que yo tengo hecha una clasificacion de los vicios que me hace estimar los unos y despreciar los otros? Crees tú que el potentado embriagado de sí mismo que sacrifica la paz de un estado á su ambicion, sea para mí menos despreciable que el rústico que sacrifica la paz de su familia á algunos litros de mal vino? Te imaginas que yo hallo mucha diferencia entre la gran señora que introduce por el adulterio los hijos de su amante en la familia de su marido, y la ramera que introduce los del público entre los espósitos? Guardad para vosotros esas miserables distinciones, porque á vosotros os pertenecen.

—Crees tú que nuestra moral no los condena igualmente?

—Y acaso vosotros vivís con arreglo á vuestra moral? Ni siquiera vivís con arreglo á vuestras pasiones, porque la mas natural en todos los animales es el amor, y vosotros mentís incesantemente al que os inspira vuestra organizacion.

—No te entiendo.

—Sal á la calle, mi amo: encuentra una jóven rica de hermosura y juventud, pero oculta bajo sus harapos; es posible que repares en ella; pero que pase á su lado una de esas traviesas criaturas estraidas de un periódico de modas encapuzadas de seda; con un cabello tan liso que le reemplazaría un cas-

quete de raso, prensadas por un corse que les hace una cintura como el cuello de una botella, empaquetadas con trapos de muselina almidonados que dan á sus caderas una forma inmoral é inverosímil, que obstentan formas que no tienen y que exageran impudentemente aun mas que sus ricas proporciones la Venus de Callypige; en seguida abandonareis á la hermosa jóven dotada de bellezas naturales por seguir á aquel paquete de encages blancos y de crugiente seda.

—Ese es asunto de ilusion, dijo Luizzi, las apariencias engañan.

—Mientes! repuso Satanás; estais seguros de lo que aquella mujer es. La hay que durante la noche todo lo pierde menos el sexo, y vosotros lo sabeis y os encanta de dia cuando ha suplido las faltas de la belleza. La adorais por el corsé que la hace un seno admirable, por el *polisson* (es palabra vuestra), que la presta una cadera andaluza; os enamorais de su cintura apretada por un cordon como un salchichon sujeto con bramante. Vosotros no amais las mujeres, mi amo: amais las ballenas, el almidon y el algodon.

—Sea enhorabuena. Pero ya que se trata de mujeres, qué te parece la condesa de Cerny?

—Me parece una mujer rubia, muy mujer en todo, escepto de corazon, pues se dice que es decidida, audaz, ambiciosa; es un bello trozo de escultura de carne. Si un dia se echa un amante, le hará lacayo, no de sus deseos de amor, sino de sus deseos de poder. Hé aquí á lo menos como la juzga el mundo.

—Dices que si un dia se echa un amante? Segun eso no le ha tenido aun?

—Nunca.

—Imposible. De qué procede entonces el terror que esperimentó cuando yo la amenacé con revelar sus secretos?

—Medrados estamos! piensas tú, mi amo, que las mujeres no tienen mas vicios ó mas desgracias que las del amor? Piensas que el ridículo no puede con frecuencia darles mas miedo que la vergüenza?

—Cómo! esclamó Luizzi inclinándose hácia el Diablo que, arrellanado en un sillon, se desabrochaba el chaleco soplando como un hombre sofocado; se halla acaso la condesa imposibilitada de tener un amante?

—Te digo que es un cuerpo admirable, una de esas mujeres que han conservado el tipo primitivo de su raza original, una de esas magníficas naturalezas normandas venidas de los paises slavos á la conquista de Francia, naturalezas originarias, fecundas, ricas, vigorosamente constituidas, una mujer, toda una mujer en fin.

—Acaso ocupa su ambicion todas sus facultades sensibles?

—No te diré que las ocupe, pero al menos las distrae.

—Qué entiendes tú por eso?

—Que se ha hecho ambiciosa por no hacerse mala.

—Es demasiado impune y fácil el amor para que la condesa renuncie á él.

—Para ella no es fácil ni impune.

—Segun eso es celoso el conde?

—De su mujer? no. De lo que vosotros llamais vuestro honor? sí.

—Sin duda vigila á su esposo con un rigor digno de un tutor español?

—A las diez irás á casa de la condesa, encontrarás á ésta sola y saldrás cuando te se antoje sin que nadie repare en tí, á menos de no ocurrir cosa estraordinaria.

—Con que entonces esa visita no tendrá los resultados que yo esperaba?

—Acaso obtendrás tú en una noche lo que á otros muchos se ha negado despues de algunos años de amor sincero y de pasion rendida.

—Lo crees asi? dijo Luizzi.

—Estoy convencido de que sino triunfas solo tuya será la culpa.

—Pero no puedes darme algunos consejos?

—Yo? repuso Satanás suspirando: Ah! no! Solo he amado á una mujer mortal, y no he podido alcanzar el triunfo.

—Y quién?.....

—La vírgen María! contestó el Diablo con una cruel sonrisa. Eso es lo que me ha sucedido con la madre de Dios.

—Y las demas?

—Se las he dejado á los hombres, escepto Eva, como ya te he dicho. Como no habia en el mundo mas que Adan y Eva, tuve que intervenir á fin de que la mujer engañára al marido. Si Eva hubiera tenido por alli aunque no hubiera sido mas que un horrible tartamudo, tuerto, jorabado ó idiota, me hubiera ahorrado semejante trabajo. Desde entonces no me he vuelto á ocupar de tal cosa; mis consejos no serian pues los de un maestro muy inteligente

—Pero dime, la condesa es una de esas mujeres cuya prudencia es dado estraviar por medio de una sorpresa audaz?

—Yo no creo en esas sorpresas á menos que las mujeres á quienes se dirigen ignoren por completo lo que se quiere de ellas, cosa que no sucede en el dia.

—Sobre todo, añadió Luizzi, cuando son casadas. Pero es de aquellas cuya imaginacion se puede exaltar con miradas, con palabras, con cuadros lascivos?

—Yo no creo en esa exaltacion tan rápida cuando no es ya una costumbre de la imaginacion y los sentidos. No se achispa fácilmente á un hombre sóbrio; pero es fácil embriagar al que está acostumbrado á perder todas las noches la razon.

—No es eso lo que acabas de decirme con respecto á tu arzobispo.

—Al contrario, dijo el Diablo, pues aunque el arzobispo bebia, no se

achispaba nunca. Hay mujeres que se entregan á tres amantes en una misma noche, y sin embargo no sienten la embriaguez del amor. Esas mujeres son lo que Diderot llamó con tanta exactitud bestia feroz; son lo que Juvenal esplica tan bien en su *Lassata viris et non satiata recessit.*

—Y en cuanto á eso, qué me dices de esa Julieta cuya presencia ejerce en mí una influencia tan instantánea, tan viva?

El Diablo se mostró algo embarazado, y contestó.

—No todo lo que existe satisface cuando se posee. Hay manjares cuyo solo aspecto es apetitoso.

—Sin embargo, me parece que Julieta.....

—No aprovechará probablemente los deseos que despierta en tí, dijo el Diablo interrumpiendo al baron.—Hay una espresion atroz que se dirigió á Mr. de Mére, último amante de Olivia, un dia que contaba que una mujer á quien queria mucho se habia entregado inesperadamente á otro.

—Y cuál es esa espresion?

—Quiere decir, contestó el Diablo, que no se deben contaminar los buenos principios de una mujer, agitar su corazon, trastornar su cabeza, turbar sus sentidos y no estar al lado de ella en el momento oportuno para aprovechar el instante en que se halla decidida á sucumbir si es fuerte, ó incapaz de resistir si es débil.

—Pero cuál es esa espresion?

—Es de una mujer.

—La espresion!

—Es de una mujer de talento.

—La espresion, dime la espresion!

—Es de Mad. de Staël.

—Satanás, te estás burlando de mí.

—Querido, ya sabes que no soy mas que el Diablo; yo no tengo derecho á ser tan esplícito como una mujer y sobre todo como una mujer de talento.

—Acaso te hace tan púdico tu disfraz de abate? dijo Luizzi riendo.

—Al contrario, mi amo, le he adoptado porque tengo que contarte un rasgo algo picaresco, y que desmereceria hallándose el narrador en cualquiera otra forma.

—Pues bien! dime esa espresion, la espresion!.....

—La espresion..... es que *no siempre son los que cuecen los que calientan el horno.* Vuelve la frase, y sabrás tu historia con Julieta y Mad. de Cerny.

—Segun eso, tú crees que la condesa será mia?

—Depende de tí.

—Y cómo debo gobernarme?

—Hé ahi una pregunta de liceista, amigo mio.

—Va pasando la hora y nada útil me dices.

—Todavia tenemos tiempo, dijo Satanás riendo. La historia de Mad. de Cerny no es larga para lo que tienes que hacer, ni tampoco lo es la de su marido. Te la contaré en el carruage mientras me lleves al arrabal de San German donde tengo que visitar á una jóven devota.

—Yo creia, dijo Luizzi, que viajabas por el aire.

—Algunas veces, pero esos desesperados me han hecho beber tanto, que me estraviaria á través de las chimeneas.

—Ah! me ocurre una cosa, no sé donde vive la condesa.

—Calle de Grenelle—San German, número..... Yo voy primero hácia aquel lado y luego al ministerio de lo Interior.

—Te vas á ocupar de política?

—Sí, tengo que ocuparme de las elecciones de N.....

—Por donde seré yo candidato.

—No creo que estés decidido.

—Lo estoy, si quieres decirme una cosa.

—Y cuál es?

—Es verdadero el relato de Mad. de Carin?

—Esactamente verdadero.

—No ha sido su amante Mr. de Cerny?

—No.

—Podré, pues, afirmárselo á su mujer?

—Su mujer está tan segura de ello como tú.

—Tan segura como yo? Pues entonces, qué puede quererme?

—Yo puedo decirte que es lo que puede quererte: quiere hablarte, quiere saber de tí cómo sabes que Mr. de Cerny no ha sido amante de Mad. de Carin.

—Bastará que yo lo afirme para que me crea?

—Es probable, puesto que está ya convencida, respondió el Diablo riéndose; pero eso no la esplicará como es que tú estás tan seguro de todo ello.

—Necesitaré contarle que he leido el manuscrito de Luisa?

—Ese será el medio mas sencillo y razonable; pero tambien será el de perder todas las probabilidades del triunfo.

—Hay algun otro?

—Están dando las nueve y media, dijo Satanás.

—Sin duda quieres engañarme otra vez, dijo Luizzi, llamando para que acercaran su carruage que hacia largo rato habia pedido.

—No; te aseguro que sabrás respecto á Mad. de Cerny cuanto se puede saber, y sobre todo cuanto debes saber tú.

Un momento despues estaban en el carruage y se dirigian hácia el arrabal de S. German.

—Ahora, dijo Luizzi, vas á contarme, si te place, la historia de Mad. de Cerny.

—Pues hé aqui la historia de Mad. de Cerny, contestó el Diablo. Y recostándose en un rincon del carruage, añadió: Figúrate tú que voy á casa de una mujercita que es seguramente una escepcion en los tiempos que corren; es linda, graciosa, de buen talle, de cútis blanco y fino, de buena raza, una mujer de abogado ni mas ni menos, y por consiguiente muy apropósito para una pasion de compromiso ó para una aventura galante; tenia ciertas puntas de exaltacion en el corazon y una gran dósis de capricho voluntario en la imaginacion, circunstancias que debian formar, cayendo en buenas manos, una de esas existencias mediocres que bullan en una porcion de pecadillos secretos y de escándalos de ocho llaves, existencias que, por lo demas, constituyen la felicidad de las mujeres, y casi siempre, la de los maridos.

—Me cuentas la historia de Mad. de Cerny?

—A su tiempo vendrá, dijo el Diablo, y añadió en seguida: Ni por un momento suponia yo que aquella mujer valiese la pena de ocuparme de ella, y habia dejado á los hombres y á las otras mujeres el cuidado de perderla; pero su madre la confió á un cura anciano, que tornó hácia la religion aquella exaltacion que yo pensaba aprovechar, y hácia el cumplimiento de sus deberes aquella obstinacion que debia haberla hecho perseverar en él, no bien hubiera dado el primer paso. Mi jovencita se hizo piadosa y perseverante; se casó por amor con un hombre de bien, y héla ya mujer tranquila y honrada, y luego, en fin, madre vigilante y cuidadosa de sus lindos hijos. Me pareció que esto iba demasiado lejos, y me dediqué á rectificar todas estas buenas cualidades con arreglo á mi interés. Pardiez, señora, dije para mí, sois piadosa y os haré devota; sois perseverante y os haré obcecada; sois honrada y os haré púdica hasta la estupidez; sois vigilante y os haré suspicaz; vuestra casa es un paraiso y haré de ella un infierno.

—Pero eso era atroz!

—Vamos, vamos, dijó el Diablo, que soy mejor cristiano que todos vosotros, pues trato al prógimo como á mí mismo.

—Y por qué buenos medios llegaste á tan bellos resultados?

—Le dí todos esos defectos por el mismo medio que se la habian dado todas aquellas bellas cualidades.

—Como fué eso?

—Aquella mujer se habia hecho tan buena por medio de un santo director, y yo le dí un director malo.

—Para que contaminase los buenos principios de aquella mujer y trastornase la obra del honrado sacerdote?

—Qué torpeza! esclamó el Diablo, restregándose la espalda contra los cogines de seda del carruage. No contaminé el edificio de aquella virtud; le elevé á otra altura. Sobrecargar la cima ó minar la base son dos medios

escelentes para derribar un monumento. Recordé un caso de conciencia de los mas originales que se han inventado.

—Y cuál es ese caso de conciencia?

—Antes de todo, es preciso decirte que hay cierta moral religiosa que consiste en considerar como pecado todo lo que proporciona placer. Los fakires y los trapenses son los sectarios de esa moral. Para ellos no solamente es un crímen comer mas de lo necesario, sino tambien es un pecado comer con placer lo necesario. Asi pues, hice que se nombrara vicario general al cura, y le hice reemplazar por un jóven sacerdote de la especie de los fakires, recien salido del seminario y de las discusiones teológicas, y á quien dirigí mi protegida.

—Y se enamoró de ella?

—Buen Dios! buen Dios! que bestia sois algunas veces! esclamó el Diablo con tono de desconsuelo; verdaderamente me desesperais. Os he dicho que habia recordado cierto caso de concieucia bastante original, lo cual, á mi entender, no tiene nada que ver con la historia muy comun de un confesor enamorado.

—Veamos y concluyamos de una vez! dijo el baron mortificado por la esclamacion del Diablo. Y cuál es ese caso de conciencia?

—Es aquel de que ya te he hablado, el que consiste en considerar todo placer como pecado; es ese escrúpulo en toda su estravagancia. Asi pues, un dia que mi bella devota se estaba confesando....

—Era ya devota.

—Gastaba cilicio.

—Como cilicio?

—Sí, cilicio.

—Dónde están en el dia los cilicios? esclamó Luizzi.

—Donde las personas de tu clase no los pueden ver, porque las mujeres que los gastan no acostumbran á dejar que se les vean.

—Y sin embargo, seria eso cosa divertida.... una devota!

—Ah! ah! dijo el Diablo pasándose amorosamente la lengua por los labios.... Hé ahí un manjar de un sabor adorable, de un picante superlativo, de un azucarado delicioso! Una devota enamorada es un guisado de miel y pimienta, de confituras y guindillas, que escalda y acaricia el paladar: pero para tales manjares se necesita estómago mas fuerte que el tuyo. Para ese amor es preciso tener un estómago del temple del de mi arzobispo para la glotonería, y el uno y el otro se hallan bajo la sotana. Pero volvamos á mi devota el dia en que se hallaba en el confesonario. Hé aqui mi diálogo con ella.

—Eres tú?

—Yo soy todo lo malo. Quien hablaba era el abate Molinet, pero era yo quien la apuntaba. Digo, pues, á mi pollita con mucha dulzura y

con voz llena de uncion: Desde que dirijo vuestra conciencia, hija mia, he conocido que en cuanto á la mayor parte de las cosas de este mundo os hallais en el verdadero camino de salud; pero hay una duda que me atormenta, pues cuando encuentro una vida tan pura como la vuestra, quisiera hallarla perfecta, si puede haber alguna cosa perfecta no siendo Dios.

—Satanás, con que digiste eso?

—Y por qué no? repuso el Diablo: Dios es perfecto, puesto que me ha formado, y aun solo es perfecto con esta condicion, porque si el mal no viniera de mí, seria preciso que viniera de él, y el Diablo se llevaria entonces su perfeccion Pero me interrumpes cada instante. Dije, pues, esto á mi devota, y me respondió:

—He examinado bien mi conciencia, y os aseguro que no he hallado mas pecados que los que os he dicho.

—Es que hay pecados que á veces se cometen por ignorancia.

—Decídmelos, padre mio.

—Enormes pecados.

—Oh! yo huiré de ellos; hablad, ya os escucho.

—Contestadme con sinceridad. Cuánto tiempo hace que parísteis?

—Año y medio.

—Año y medio! dos veces nueve meses! esclamó el confesor con tono sombrío. Y despues habeis guardado castidad y abstinencia?

—Soy casada, padre mio, y no creo faltar á mis deberes religiosos accediendo á los deseos de mi esposo.

—Y qué resulta de esos deseos?

—Padre mio, no sé como responder, y....

—No os habeis hecho embarazada desde hace año y medio?

—No, padre mío; fué muy penoso mi último parto, y el médico me ha hecho temer graves accidentes en caso de nuevo embarazo.

—Qué infamia! esclamé yo.

—Es tan débil mi salud....

—Ah, miserable criatura, repuse tronando en voz baja. Con que tu salud es débil para procrear el niño que quiere nacer y es fuerte para acceder á los deseos de tu marido, como dices en tu horrible lenguaje! Vuestra union no es ya un vínculo sagrado, es un libertinage inmundo que desobedece la voluntad del Señor que ha dicho: Creced y multiplicad.

—Pero yo creia.... murmuró temblando la penitente.

—Qué es lo que creias, desdichada! esclamé yo con furor.... Creias.... y hé ahí lo que te ha perdido; la presuncion.... la vanidad.... Creias....

Continué con unas cuantas esclamaciones y murmuré muchas palabras latinas, porque con algunos um, algunos us y algunos o bien articulados al fin de un pequeño murmullo entre dientes, se forma un escelente latin de sacristía. Aparenté calmarme, y entonces espliqué á mi devota cómo nuestros

padres mas instruidos en teología han considerado como pecado capital todo placer que no tiene mas objeto que el placer, y la aterroricé con aquella larga série de infanticidios de que ella se habia hecho cómplice.

—Pero era preciso que fuera una idiota y que hubiera dado con un imbécil.

—Mi amo, repuso el Diablo, yo conozco mujer que ha cambiado nueve veces de confesor para obtener la absolucion de ese crímen y aun para encontrar un sacerdote que no la interrogase acerca de ese punto, y no lo ha conseguido. Entonces ha renunciado.

—A qué? dijo Luizzi, al pecado?

—Quiá! no, á la absolucion. Mas no sucedió lo mismo á aquella.

—Y entonces qué resultó?

—Resultó que dió á escoger á su marido entre hacer cama aparte ó resignarse á tener otro hijo.

—El marido chilló al principio, pero ella se mantuvo firme; él exigió y ella respondió como devota exaltada; él la trató de loca y ella le trató de infame libertino; se han indispuesto, se han injuriado, se han enfadado, se detestan, y, gracias á mi modo de manejar el asunto, la mujer va á confesarse todas las mañanas, y el marido se va á picos pardos todas las noches.

—Ah! por fuerza mientes!

—Si dudas, dijo el Diablo, puedes subir conmigo á su casa, porque ya estamos á la puerta de la tal Mad. de Arnetai.

—Gracias. Es preciso parar?

—Es inútil, dijo el Diablo.

—Pues abre la portezuela.

—Es inútil, volvió el Diablo á decir.

—Baja los cristales.

—Es inútil, repitió Satanás.

En efecto, el Diablo pasó su dedito por los cuatro bordes del cristal, y éste se separó como si hubiera sido cortado por el mejor diamante de vidriera, y Satanás se escapó por aquella abertura improvisada. Pero Luizzi recordó en aquel instante que no habia llevado al Diablo en carruage para escuchar la historia de Mad. de Arnetai. Le cogió por una pierna, pero Satanás se le escapó dejándole su zapato en la mano. Iba Luizzi á desesperarse, cuando el Diablo, que se habia agarrado á la portezuela, asomó la cabeza por el cristal roto.

—Dame mi zapato! dijo al baron.

—Cuéntame la historia de Mad. de Cerny.

—Mr. de Cerny ha sido uno de los mejores mozos de su tiempo, y uno de los mas libertinos. Dame mi zapato.

—La historia de Mad. de Cerny!

—Mr de Cerny hizo un viaje á Aix, y alli llevó tan alegre vida, que á poco mas se muere, gracias á una linda jóven fresca de cara como una rosa. Dame mi zapato.

—La historia de Mad. Cerny, ó no hay zapato.



—Mr. de Cerny, al volver despues de una larga enfermedad que le habia causado la jóven, y corregido de su vida disoluta, apareció nuevamente en la sociedad y se enemoró de la señorita Leonia de Assimbert.

—Gracias á Dios que llegamos á la cuestion! y la señorita de Assimbert...

—Mr. de Cerny la obsequió de tal modo que consiguió comprometerla.

—Y Leonía?

—Mr de Cerny fué compelido por su familia y la de la señorita de Assimbert á casarse con Leonía.

—Pero ella..... ella! esclamó Luizzi con impaciencia.

—Mr. de Cerny se negó con todas sus fuerzas.

—Te estás burlando de mí?

—Mr. de Cerny, movido sin embargo, por la inmensa fortuna de la señorita de Assimbert, concluyó por casarse.

—Muy bien! Y despues?

—La primer noche de novios.....

—Satanás, cuidado! Mira que tengo mi campanilla! esclamó Luizzi.

—La noche de boda, se acercó Mr. de Cerny á la cama de su mujer con aire solemne.

—Y ella le habia engañado, no es verdad?

—Mr. de Cerny la dirigió un discurso muy largo, un discurso de una longitud desmesurada, y despues de mil circunloquios, le dijo la verdad.

—Qué verdad?

—Le dijo que la amorosa enfermedad que adquiriera en un instante, y le habia durado seis meses, le habia dejado.....

—Impotente?

—Tú lo has dicho, respondió el Diablo. Mr. de Cerny es impotente. Ahi tienes toda la historia de Mad. de Cerny.

—Impotente! repitió Luizzi desternillándose de risa.

—Mi zapato, dame mi zapato!

—Impotente!

—Mi zapato! dame mi zapato, que ya estamos á la puerta de Mad. de Cerny.

—Impotente! repetia el baron, recordando su respuesta á Mad. de Cerny: *puedo tranquilizaros acerca de los resultados de los obsequios de Mr. de Cerny á Mad. Carin*, y riendo al considerar la interpretacion que naturalmente debia haber dado ella á aquella afirmativa.

—Mi zapato! mi zapato! repetia el Diablo.

—Impotente! impotente! repetia Luizzi.



XVI.

La mujer.



ABIASE detenido el carruage, y Luizzi reia tan estrepitosamente, que no habia atendido á la reclamacion del Diablo. Se habia quedado con el zapato en la mano, y echó pié á tierra conservándole aun y repitiendo sin cesar, en medio de una risa que procuraba ahogar, la palabra fatal: Impotente! impotente!

Subió en esta disposicion á casa de Mad. de Cerny, y mandó á un criado que le anunciase. La alegria de Luizzi chocó sin duda al criado, que examinó al baron como sorprendido, y miró dos ó tres veces á lo que veia en su mano. Armando que al fin notó aquella admiracion, conoció que en él debia haber alguna cosa estraordinaria, y como siguiese la mirada del criado, echó de ver entonces que tenia en la mano el zapato del Diablo. Esto aumentó su

hilaridad, y cuando mandó al criado anunciar el baron de Luizzi, reia mas fuerte que nunca.

Mientras el criado pasaba á la habitacion de la condesa, Armando quedó solo en la antesala, buscó con la vista al Diablo para devolverle el zapato, pero no viéndole se puso á examinar éste; era un zapato encantador, estrecho, gracioso, arqueado, de una piel suave y lustrosa, forrado de raso de color de rosa brillante como el esmalte, uno de esos zapatos destinados á quedar al pie del lecho de una mujer, y á mostrar la elegancia pretensiosa del que los lleva, si por casualidad se repara en ellos.

Luizzi seguia aun admirando aquel lindo zapato, riendo sin cesar, y pensando que acaso esperaba el Diablo olvidarle en casa de la linda devota á quien iba á visitar, cuando oyó que volvia el criado; entonces, no sabiendo qué hacer con el calzado de su amigo Satanás, le guardó en uno de los bolsillos del costado de su levita, y pasó á ver á Mad. de Cerny. Se le hizo atravesar tres inmensas piezas de diverso estilo, un comedor *romano*, un salon *gótico* y una biblioteca del *renacimiento*. Pasó luego á la cámara, que era del estilo puro de *Luis XV*, y entró por fin, llegando al estremo mas retirado de la casa, en un gabinete chinesco, ochavado, escéntricamente lujoso.

Las puertas estaban dadas de laca negra; la tapicería era de raso negro, bordado de seda de colores diversos; los divanes bastante bajos, eran de telas uniformes, y el techo era avobedado; de modo que, á primera vista, aquel gabinete parecia una capilla ardiente.

Pero cuando se descubrian á la pálida luz de la bugia de color de rosa que le iluminaba encerrada en una bomba de cristal de Bohemia suspendida del techo por cadenas de bronce, todos aquellos estraños dibujos, todos aquellos pájaros fantásticos de plumage ardiente, todas aquellas figuras grotescas cuya faz relucía sobre el esmalte negro y brillante de la laca; cuando se veian todas aquellas porcelanas trasparentes y caprichosas, aquellos anchos y lustrosos bordados de seda, aquellos mueblecillos cargados de mil objetos inútiles de oro torcido y de plata cincelada, de admirables flores y de penetrantes perfumes que se exhalaban de vasos admirables, conocía que se hallaba en uno de esos santuarios de la moda mas estraña é impertinente. Un momento despues, asi que se habia esperimentado la influencia de aquel lugar prodigioso, se adivinaba facilmente que la claridad sombría de aquella estancia, la fealdad escogida de todos aquellos adornos, no eran tal vez tan inoportunos como á primera vista parecian. En efecto, la rubia y alta Mad. de Cerny se hallaba medio tendida sobre el raso negro de aquellos divanes; estaba vestida con una bata de muselina blanca que la mostraba sobre el fondo oscuro de la tapicería como la sombra blanca de una hada en medio de la noche; su cabeza se apoyaba en un cogin, cuya pluma se apelmazaba bajo la funda negra, y se esponjaba alrededor de su rostro deslumbrador, orlándole ad-

mirablemente en tanto que los espesos y largos bucles de su hermoso cabello rubio se desparramaban en ricas madejas doradas sobre aquella orla oscura y severa.

Mad. de Cerny era bella; pero al verla conoció Luizzi cuanta razon tenia el Diablo cuando le hablaba de la seduccion que resulta de las gracias prestadas con que las mujeres suelen adornarse. En efecto, la belleza de Mad. de Cerny desaparecia en aquel instante bajo el atractivo mágico de aquel atrevido contraste, y la blancura deslumbradora de su rostro, y el rubio y suave color de su cabello hicieron el gasto del primer sentimiento de admiracion que se apoderó del corazon de Luizzi.

Aquel movimiento de sorpresa distrajo la alegria que se habia apoderado del baron, que pudo saludar á la condesa sin reirse á sus hocicos, y tomar con gravedad la silla que ella le designó con la mano, pues parecia hallarse demasiado turbada para poder hablar.

—Estoy á vuestras órdenes, dijo el baron, y espero de vos la esplicacion del motivo á que debo el grato favor que recibo.

—Ignoro hasta qué punto se puede llamar favor á una esplicacion que puede ser muy séria, contestó Mad. de Cerny.

—Teneis razon, señora, y yo no concibo que cosa relativa á vos no sea ó no deba ser muy séria.

—Me alegraria comprenderos mejor, caballero.

—No sé esplicarme de otro modo.

—Pues lo que yo quiero es haceros esplicar con toda claridad, repuso Leonía con violencia. Qué quereis dar á entender al decir que cuanto tiene relacion conmigo debe ser muy sério?

—Puesto que me exigís una esplicacion, os obedezco, dijo Luizzi, á quien toda aquella elegancia de que se veia rodeado hacia volver á la senda de su buena educacion. Sí, señora, todo lo que tiene relacion con vos debe ser muy sério. Una union espiritual con una mujer cuya superioridad intelectual ha estudiado y resuelto las cuestiones políticas y sociales mas altas, seria muy séria para la mujer que en su preferencia emplea toda la abnegacion, toda la firmeza que hacen tan santa á la amistad; y en fin, si alguien se atreviese á consagrar su amor á Mad. de Cerny, esta pasion fuera séria porque se apoyaria á la vez en la mas alta estimacion hácia el carácter mas noble y la adoracion mas viva hácia la hermosura mas perfecta.

La franqueza directa de este elogio y el tono sincero y respetuoso con que fué hecho, embarazaron al principio á Mad. de Cerny, pero, al parecer, no la irritaron. Despues de un momento de silencio respondió sonriéndose:

—En verdad, caballero, que me admira vuestro modo de despreciarme.

—Qué es lo que decís de desprecio, señora? repuso Luizzi. Estad persuadida de que mi respeto hácia vos es tan verdadero....

—Oh! no procureis escusaros; ya me habeis comprendido, dijo la conde-

sa interrumpiendo al baron. Me admira cuan poco me apreciais, puesto que la palabra desprecio os asusta: no podeis estar un momento al lado de una mujer sin violentar la conversacion á fin de decirla que es hermosa y formada para ser amada.

—Consiste, respondió Luizzi sonriéndose, en que es difícil admirar y abarcar muchas cosas con una misma mirada. Los ojos de la imaginacion, como los del cuerpo, se detienen, sin elegir, en lo que mas los hiere, y los que no han tenido la dicha de haber podido apreciar en un trato íntimo la escelencia de vuestras facultades, es muy natural que se entreguen á la contemplacion de lo que no podeis ocultarles, el talento mas delicado, la gracia mas esquisita y la mas completa hermosura.

Mad. de Cerny se volvió hácia el baron sin dejar su sitio, le miró atentamente, y le dijo:

—Teneis mucha habilidad para volver á vuestra tésis, que yo creo falsa; me parece que la admiracion de un hombre hácia una mujer, si es tal como merece serlo, debe abarcar todo lo que hace que la merezca, y que únicamente reconociendo en grado muy inferior esas altas cualidades de que hablais, se las olvida fácilmente.

—Ah! cuanto os engañais, señora! repuso Luizzi con viveza; dignaos escucharme sin acusarme acerca de la intencion de mis palabras, y quizá conocereis mi razon.

—Os escucho, pues, dijo Mad. de Cerny juntando sus manos sobre el negro cogin que la sostenia, y apoyando con suma gracia la cabeza sobre sus dos manos unidas.

—Hay una cosa de que debeis estar bien persuadida, continuó Luizzi, y es el respeto sincero que me inspirais, la estimacion íntima y pura que se debe. Tambien debeis estar persuadida de que es facil, si no olvidar esos dos graves sentimientos, al menos dejarse dominar por una adoracion mas viva, mas ardiente, aunque sin esperanza.

—Os concedo todo eso, caballero, dijo Mad. de Cerny con una sonrisa; no hay en mí tan mala fé que lo niegue.

—Pues bien, señora, continuó Armando; asi como el amor mas puro puede dominar por un instante el respeto que os he debido, asi un deseo insensato puede dominar por un momento ese amor puro. El hombre que contempla vuestra hermosura, vuestra gracia, vuestro talento, os ama á su pesar, el que os viera aqui, el que viera ese hermoso rostro con tanta gracia apoyado en esas bellas manos, ese cuerpo igualmente bello, dibujándose con toda la gracio y toda la plenitud de su perfeccion, ese cabello esparcido, por vuestros divinos hombros, el que percibiera el perfume embriagador que se aspira en este asilo, en el que viera esta semi-luz que parece un misterio, ese hombre, señora, podria olvidar por un momento, quizá por un solo momento, el respeto que merece vuestra virtud y el respeto mas

tierno de un santo amor, conociendo que no hay en el mundo mujer que reparta en torno de sí tan poderosa embriaguez, considerando que la posesion de tanta hermosura seria la felicidad mas grande.

Mientras Luizzi hablaba de este modo con voz tímida y conmovida, Mad. de Cerny habia inclinado la vista, habia alzado lentamente la cabeza y se habia sentado en el divan en que hasta entonces habia estado tendida. Un vivo carmin coloraba su rostro, y sus aspiraciones oprimidas demostraban que las palabras de Luizzi habian producido en ella una emocion que el baron debia tomar por el embarazo y el rubor que semejante declaracion la causaba; asi es que esclamó con rapidez:

—No os he ofendido, señora: he respondido á una pregunta general con una verdad que quizá he cometido la torpeza de particularizar, pero que no debe heriros. He hablado de la luz involuntaria de una llama que toda mujer, hermosa como vos, puede encender, pero que solo vos podeis hacer pura sin apagarla.

Mad. de Cerny no respondió tampoco; pero su embarazo y su preocupacion eran menores. Luizzi no queriendo dejar en ella enojosas impresiones, añadió:

—Os acusaré para defenderme? Os enojaré para tranquilizaros? Necesitaré deciros que vos teneis la culpa, pues á la vez sois tan santa y tan hechicera?

—No, no, respondió Mad. de Cerdy con graciosa sonrisa, es inútil empezar de nuevo; pero acabais de enseñarme una cosa que me alegro saber, y es que se pueden decir á una mujer con decoro las cosas mas impertinentes.

—Señora.....

—No me habeis ofendido; al contrario, me alegro mucho hallar en vos esa ciencia; porque al fin, caballero, aun no hemos tocado el asunto que ha motivado vuestra venida; aun estamos muy lejos de la esplicacion que os he pedido.

—Y cuál es esa esplicacion? dijo Luizzi aparentando admirarse.

—«Puedo tranquilizaros acerca de los resultados de los obsequios de Mr. de Cerny á Mad. de Carin» me habeis dicho: Veamos de qué modo podeis darme esa seguridad que me habeis ofrecido.

—Perdonad si á vuestro lado elogio á Mad. de Carin, dijo el baron, á quien no ocurrió la idea de contestar á aquella mujer ni con franqueza ni con impertinencia; pero respondo con mi honor de la inocencia de la desgraciada Luisa.

—Teneis pruebas de su inocencia?

—Tengo conviccion.

—Y nada mas?

—Nada mas.

—No es eso lo que vuestras palabras parecian querer decir, caballero.

—Os suplico que no les presteis un sentido que no tienen.

—Y qué sentido puedo prestarles, repuso la condesa, como no sea el de que vos sabeis de una manera cierta y particular que esas relaciones de que todo el mundo ha hablado no han tenido las consecuencias culpables que se les atribuyen?

—Creeis vos en esas consecuencias culpables? dijo el baron sonriéndose.

El carmin apareció en el rostro de Mad. de Cerny, la mirada interrogante que dirigió al baron, advirtió á este que habia ido demasiado lejos.

—Y por qué quereis que no crea en esas consecuencias? repuso Leonía.

Luizzi procuró retroceder, y dijo con acento balbuciente y desembarazado:

—Los sentimientos de Mr. de Cerny, sus principios.....

—Vos sabeis que en punto á principios de fidelidad no pasa por modelo Mr. de Cerny.

—Su posicion.....

—Su posicion admite muy bien relaciones con la hija del marqués de Vaucloix.

—El amor que os profesa.....

—Nunca hemos pasado por esposos muy apasionados.

—La virtud de Mad. de Carin de cuya pureza respondo.....

—Nada de eso es contestarme, caballero. Por qué pensais que yo no debo creer en la infidelidad completa de Mr. de Cerny?

La palabra «infidelidad completa» hizo reir sin rebozo al baron; viéndose apremiado por preguntas obstinadas, y hallando una palabra que podia servir de testo á una buena contestacion equívoca, dijo, dejando cacapar sus palabras con la posible lentitud:

—Decís que una infidelidad completa? Ese es un crímen de amor.... del cual vos..... no podeis creer á Mr. de Cerny..... capaz.

Leonía parecia hallarse en un suplicio, pero parecia tambien decidida á arrancar al baron una respuesta categórica, pues repuso con colérica impaciencia:

—Pero por qué no puedo creer capaz á Mr. de Cerny? Vos que poseeis el arte de decirlo todo, no podeis hallar una perifrasis conveniente para esplicarme lo que teneis que manifestarme?

—Acaso tengo yo algo que manifestaros? Y por qué me obligais á esplicarme, puesto que me habeis comprendido? dijo Luizzi con tono suplicante.

—Yo! esclamó la condesa admirada; nada comprendo como no sea que vos teneis razones que yo ignoro completamente para ocultarme los motivos de vuestra conviccion.

El baron halló tan estraordinaria la persistencia de Mad. de Cerny, que trató de poner termino á aquella situacion equívoca. Sin embargo, como le daba vergüenza el herir á una mujer, cualquiera que fuese, que verdaderamente solo era digna de compasion hácia su desgracia, y de aprecio hácia su resignacion, Luizzi respondio con dulzura:

—Si yo hubiese cometido la torpeza de alarmaros acerca de la fidelidad de Mr. de Cerny, como otros muchos quizá, me perdonaríais si os dijese que olvidárais una palabra inconsiderada y escapada en el calor de la conversacion? Sereis menos indulgente viendo que he tratado de haceros creer que vuestro esposo no ha podido seros infiel?

Luizzi habia dicho esto con tono suplicante, sumiso, el mas conveniente; pero caminaba por un terreno tan escurridizo, que el final de su frase tenía trazas de una chanza de mal género, y Mad. de Cerny dijo en voz alta y firme:

—Caballero, eso es indigno de un hombre honrado; os pregunto franca y decididamente de que procede esa conviccion de la inocencia de Mad. de Cerny. Respondedme sin rodeos, como yo os interrogo. Puedo y sabré oir vuestra respuesta, cualquiera que ella sea, sin que necesiteis ataviarla con palabras convenientes. Hablad, que ya os escucho.

—Pues bien, señora, contestó Luizzi, á quien el tono de la pregunta dictó el de la respuesta; sé todo lo que vos sabeis.

Luego se detuvo sin atreverse á hacer una confesion mas formal á una mujer cuya distincion le imponia mas que su virtud.

—Qué es lo que vos sabeis y yo tambien que no os atreveis á decírmelo? repuso Mad. de Cerny con altanería. Puesto que no lo quereis decir, es cosa que yo puedo oir?

—Pues bien: ya que es preciso decíroslo todo, satisfaré vuestro deseo: sé que el mismo Mr. de Cerny os manifestó la primer noche de boda con un embarazo que debia ser aun mayor que el vuestro.....

—Leonía ocultó la frente entre sus manos, dando un grito, y en aquel mismo instante se abrió la puerta de aquel delicioso gabinete, y apareció Mr. de Cerny.

Tenia un par de pistolas en la mano.

Estaba pálido y temblaba; sus ojos fijos é inmóviles se dirigieron al baron, al cual dijo con acento colérico:

—Quién os lo ha dicho, caballero?

Es dificil pintar la admiracion de Luizzi, y la inquietud real que esperimentó al ver aparecer á Mr. de Cerny armado de aquel modo. Seguramente que si se hubiese hallado entre gentes de baja esfera, en las cuales hubiera descubierto algun crímen abominable, no hubiera temido verlas entregarse á tan odiosos escesos para evitar el cadalso como aquel gran señor de alto nacimiento para huir del ridículo.

No sabiendo qué responder á la interpelacion de Mr. de Cerny, Luizzi, á quien la vanidad no permitia mostrar la menor debilidad en presencia de



un hombre de su clase, se volvió con frialdad hácia la condesa, diciéndola:

—Ya veo, señora, que esto era nna alevosía....

Pero el terror y el asombro que se pintaban en el rostro de Mad. de Cerny, le probaron mejor que todas sus respuestas, que ella estaba tan admirada como él de la aparicion del conde.

—Sois vos! esclamó Leonía dirigiéndose á su marido.

—Sí, dijo el conde, soy yo que he sabido en casa de Mad. de Marignon el calor con que el señor habia tomado la defensa de Mad de Carin; soy yo que he sabido la oficiosidad que ese hombre ha demostrado para tranquilizaros; soy yo que he sabido vuestra curiosidad y he participado de toda ella.

—Pues bien, caballero! dijo el baron.

Pues bien, caballero! replicó Mr. de Cerny, aun está por satisfacer esa curiosidad.

—Y yo no puedo satisfacerla.

—Esa señora lo hará por vos.

—Yo? dijo la condesa.

—Vos, señora, contestó el conde corriendo los cerrojos de las dos puertas del gabinete.

—Ya habeis visto mi ansiedad, y habeis oido mis preguntas, dijo la condesa.

—He oido la contestacion de Mr. de Luizzi que, segun ha dicho, sabe lo que yo mismo os manifesté la noche de nuestra..... de vuestra..... en fin, esa primera noche de boda. Un secreto como el mio pudiera adivinarse, cuando mas; pero una circunstancia como la de que ha hablado el baron de Luizzi, ha debido confiársele. Estábamos solos, señora, y seguramente no habré sido yo quien se haya divertido en contar ese caso.

—Pero el modo con que he interrogado á Mr. de Luizzi ha debido demostraros....

—Que no es á él á quien habeis hecho esas confidencias; yo no sé á quien, pero seguramente se las habeis hecho á alguien. Decidme vos á quien se las habeis hecho, y vos, baron de quien las habeis obtenido, y asi es muy probable que yo sepa por que telar han pasado.

—Os juro por mi alma, dijo la condesa, que ninguna palabra mia ha podido hacer entrar en sospechas á nadie.

—No mintais negando la evidencia, señora, replicó Mr. de Cerny, cuyo furor, con dificultad contenido, estalló de repente. Puesto que el baron sabe todo lo que pasa entre nosotros, es porque vos ó yo se lo hemos dicho.

—Pero, en fin, qué pretendeis? qué quereis? dijo Luizzi.

—No me habeis comprendido aun? repuso el conde. Habeis dicho que soy impotente..... Impotente para dar la vida, eso sí; pero no lo seré para dar la muerte.

—Un asesinato! esclamó Mad. de Cerny levantándose espantada.

—No, señora, dijo con amargura Mr. de Carin; una venganza, una ven-

ganza que la ley ha previsto y que la ley autoriza, puesto que la escusa. Encuentro en el cuarto de mi mujer á un hombre, y le mato.

—Esos son dos crímenes abominables! esclamó la condesa; matais á un hombre y deshonrais á vuestra esposa..... necesitais matarme tambien, porque yo vengaré á mi vez la muerte que hayais cometido.

—Entonces los dos, dijo con amargura el conde, los dos.....

—Es imposible, esclamó la condesa trastornada, en tanto que Luizzi permanecia anonadado y mudo. Es imposible. Se oirán nuestros gritos y vendrán..... No nos matareís tan bien al uno y á la otra, sin que el uno ó la otra podamos llamar.

—Antes de acercarme aqui he hecho alejarse á todos los de la casa, contestó el conde.

Y luego añadió:

—He previsto vuestra resistencia, y ya nadie de modo alguno puede salvaros.

Esto diciendo, retrocedió y se apoyó en la puerta como para prevenir la fuga y darse el tiempo necesario para dirigir con mas seguridad sus golpes.

—Ved, esclamó la condesa, ved que vais á perpetrar un crimen horrible, para el cual no hay escusa ni perdon.

—Es un crímen de que vuestra traicion es causa.

—Nuestra traicion! Soy inocente, os lo juro, estoy inocente de toda traicion. He respetado vuestro nombre.

—Sí, dijo el conde con sarcasmo; le habeis respetado en todo lo que me era indiferente.

—Ah! repuso la condesa con repugnancia, no me recordeis lo que os habeis atrevido á proponerme; ese es vuestro mayor crímen, y desde el dia en que os atrevísteis á hablar asi á vuestra esposa, yo debia esperar veros coronar con un asesinato tanta bajeza.

El conde se encogió de hombros, dejando escapar una carcajada de desprecio; luego dijo con tono de indefinible sarcasmo:

—Vamos, señora, no os hagais la virtuosa sin venir á cuento. Os dije y quiero repetirlo delante del señor, pues tambien debe saberlo, os dije que queria ser generoso para con vos, y que no queria encadenar vuestra existencia á la de un cadáver, y que sabria sufrir sin venganza lo que la sociedad llama una afrenta y lo que yo llamo un consuelo; os dije que, escepto el escándalo que yo nunca sufriré, estaba dispuesto á permitirlo todo, resignándome anticipadamente á una suerte que otros no aceptan tan fácilmente. Si os dije esto, fué quizá una locura propia del amor, la sola locura que me era permitida, pero no por bajeza.

—Fué una bajeza, caballero, respondió la condesa exasperada; una bajeza, porque habíais previsto que mi adulterio podia un dia destruir las sospechas infundidas por mi esterilidad, y que un heredero de vuestro nom-

bre, si no de vuestra sangre, seria la mejor respuesta que pudiera darse á todas las suposiciones.

—Es cierto, señora, dijo el conde con aquella horrible impudencia del hombre que, impelido al crímen, llega con bastante facilidad al cinismo.

El baron se levantó entonces, y dijo con frialdad:

—Concluyamos, caballero, que si yo he podido esperar un instante que un doble asesinato repugnaria en el momento de cometerle á un hombre á quien solo creia estraviado por una cólera insensata, debo conocer ya que el que ha hecho semejante proposicion á su mujer, es capaz de todos los crímenes y de todas las bajezas.

El conde respondió otra vez á este apóstrofe con aquella risa cruel que revelaba el trasporte feroz de su alma. Guardó silencio un momento, y luego dijo de repente:

—Pues bien! hice esa proposicion y ahora la renuevo.

—Qué quereis decir? preguntó la condesa.

—Vamos, señor de Luizzi, dijo el conde con sarcasmo; mi bello señor de Luizzi, que hablais un lenguaje tan dulce á las mujeres, y con tanto talento las dirigís chanzonetas acerca de la desgracia de sus maridos; aquí teneis una que os doy á consolar..... Es hermosa, es jóven, reune toda clase de atractivos, hasta el que no tiene ninguna mujer casada. Vamos, os entrego esa mujer, sed su amante en el acto y á mi presencia, y os perdono á los dos; á vos porque os creo muy capaz de perpetuar el nombre que vá á estinguirse conmigo; á esta señroa, porque se verá precisada á guardar el secreto de una falta que deshonra.

Mad. de Cerny se desplomó sobre un divan, ocultando la frente entre sus manos.

—En verdad, caballero, dijo Luizzi, que yo no creia posible añadir nada á vuestra infamia.... pero esa repugnante chanzoneta....

—Chanzoneta! nada de eso, señor baron, repuso el conde con sarcasmo, os juro que hablo con seriedad. Vamos, vamos.... este gabinete tan lindo, esta mujer tan bella, este perfume de amor, todo esto, en fin, debe trasportaros, debe exaltaros.... Vaya, me parece que el miedo os pone en un estado mas miserable aun que el mio. Mostrad un poco de ánimo, tened mas presencia de espíritu. Os juro por mi honor, que si sois capaz de hacer lo que os digo, saldreis de aquí despues de haber poseido á la mujer mas bella, mas noble, mas seductora del mundo; todo vuestro talento y vuestra seduccion no os dará jamás una querida tan encantadora.... Vamos, señor baron, que en las grandes circunstancias se ven los grandes corazones.

—Ah! esclamó Luizzi con hastío, sois un infame.

—Pues bien! dijo la condesa levantándose con exaltacion, yo por mi parte acepto. Mi curiosidad ha conducido á Mr. de Luizzi al lazo en que debe pe-

recer; si es necesario mi honor para salvarle, que le tome; me entregaré á él.... y le salvaré.

El conde se puso lívido al oir estas palabras: pero ocultó la nueva cólera que se inflamaba en él, en tanto que Luizzi esclamaba:

—Señora, señora, vuestro dolor os estravia....

—Sois muy poco galante, señor baron, dijo el conde riéndose: mi esposa se presta de buena gana á la broma; acaso os cuesta á vos mas trabajo que á ella? Qué os falta para obtener la mas inefable de las felicidades?

Es imposible esplicar la rabia que esperimentaba Luizzi al verse temblando al cañon de una pistola por semejante cosa. Por otra parte, lo que le sucedia estaba tan fuera de todas las situaciones en que el hombre puede hallarse, que estaba aun mas aturdido que atemorizado.

—Disparad al corazon, esclamó no sabiendo qué decir. Concluyamos, matadme pronto: teneis interés en no errar el tiro.

Esto diciendo, el baron descubrió con violencia el pecho para presentarle á la bala de Mr. de Cerny, y el zapato del Diablo, que habia guardado en el bolsillo, se le cayó y rodó por la alfombra.

El conde dirigió, por un movimiento maquinal, sus ojos al objeto que acababa de caer del bolsillo del baron; y, sea que verdaderamente le admirase aquel zapato, sea que no le desagradase tener un pretesto para retrasar aun la ejecucion de un crímen que á su pesar le asustaba, contestó con su tono burlon:

—Por Dios que es singular esa cartera!....

Luizzi pensó á su vez que aquel accidente era un socorro inesperado del Diablo; y entonces, tranquilizándose algun tanto, respondió con tono no menos burlon:

—Una cartera que encierra terribles secretos, y que tal vez revelará un dia el del atentado que se va á cometer aqui.

—Y encierra el secreto que habeis revelado á mi mujer? preguntó el conde con amargura.

—Sí, contestó Luizzi, porque es el zapato del que me lo ha contado que le ha dejado hace un momento en mi carruage.

El conde recogió el zapato por un movimiento impremeditado, y le examinó con sombría atencion.

—Es lindísimo, dijo, y no habrá muchos hombres que puedan calzarle.

—Lo creo, asintió Luizzi, que se hallaba con bastante presencia de espíritu.

El conde echó una mirada rápida á los pies del baron, como para compararlos con el zapato que tenia en la mano. Parecióle que no podia pertenecer á Luizzi, y murmuró en voz baja y lenta, semejante al hombre que concibe una idea, la cual va esclareciéndose poco á poco:

—En efecto, hay pocos hombres que puedan calzar semejante zapato;

pero hay uno á quien se alaba por la elegancia de su pié pequeñito y por el cuidado con que hace uso de él.... ese hombre es quizá el único á quien una mujer se atrevería á confiar tal secreto sin creer faltar á sus deberes, y ese hombre seria mas infame que cualquiera otro si le hubiese revelado..... Ese hombre....

El conde, al hablar asi, daba vueltas al zapato; de pronto se acercó vivamente á la bugía, porque habia descubierto un nombre escrito, segun costumbre, en el fondo del zapato, y esclamó:

—Es él!... es el abate Molinet!... es vuestro confesor, señora!

—El abate Molinet! dijo Mad. de Cerny. Nunca.... yo os lo juro....

—No mintais, dijo el conde con tono severo; no destruyais con juramentos inútiles el único medio de perdonaros que me resta. Un sacerdote! un sacerdote! faltar al secreto de la confesion! Pero ese es capaz de todo; el desórden que ha sembrado en casa de Mad. de Arnetai prueba bastante hasta donde es capaz de llevar sus infames investigaciones. Pero en verdad, señora, yo creia que solo una mujer tan necia como Mad. de Arnetai podia dejarse dominar por los consejos impúdicos de un sacerdote sin vergüenza.

La condesa miró á Luizzi con un asombro que el baron comprendia, pero que no podia ni debia esplicar. En efecto, creia entrever la posibilidad de que la rabia del conde se volviese contra otro que no fuese él, y en el peligro apremiante en que se hallaba no se sentia con bastante generosidad para sacrificarse á la seguridad de un inocente á quien, por otra parte, defenderia el Diablo, puesto que él era quien lo habia comprometido.

El conde guardaba tambien un horrible silencio; al fin, miró sucesivamente á Luizzi y á la condesa, y dijo:

—Con que sois tres los que sabeis ese horrible secreto? En cuanto á las víctimas, sale la misma cuenta, porque á vos, señora, os perdono. Sois devota y no puedo oponerme á vuestra devocion. Pero en cuanto á vos, baron de Luizzi, es preciso que murais.

Esta palabra, que destruyó la esperanza del baron, devolvió su valor al hombre honrado, que respondió con frialdad:

—En ese caso, ahorrad un crímen inútil. Yo no conozco al abate Molinet, y por consiguiente no es él quien me ha revelado vuestro secreto.

—Disculpa miserable y tardia! dijo el conde. Vuestra respuesta ha sido demasiado franca; el abate estaba hace un momento en vuestro carruage, y venia sin duda á casa de Mad. de Arnetai, que vive á dos pasos de aqui. Ademas yo sabré muy pronto si es él.

—Id á interrogarle, señor conde, dijo el baron.

—No, no quiero interrogarle; yo soy mas diestro que todo eso, y hubiera hecho un escelente juez de instruccion como os lo voy á probar. No se olvida un zapato en un carruage, á menos de mediar una circunstancia que se esplica maravillosamente por las costumbres provinciales del abate

Molinet. Como nuestro abate no goza de riquezas, se vé precisado á hacer á pié sus mas bellas visitas, y resulta que el coquetismo del señor abate desafia el lodo por medio de un calzado *ad hoc* que reemplaza con rapidez por esos encantadores zapatos en el instante de entrar en una casa. Voy á ir á la de Mad. de Arnetai, donde debe estar aun el abate: si no está, voy á su propia casa y le presento de vuestra parte ese zapato. Su turbacion me dirá lo que debo creer: yo sabré hacerle hablar en seguida, y si resulta ser cierto lo que me habeis confesado, su sentencia será tan irrevocable como la vuestra, señor baron.

—Olvidais la mia? preguntó la condesa. Pensad en lo que os he dicho, señor conde: si cometeis ese crímen os acusaré públicamente, os lo juro ante Dios.

—Pues bien! haré con vos lo que con ellos, contestó Mr. de Cerny.

—Sea, dijo la condesa; herid, pero no quiero dejaros en un error. Despues de estos asesinatos tendreis que empezar de nuevo á asesinar; yo no sé quien es el que ha dicho á Mr. de Luizzi la verdad, pero sí que no es Mr. Molinet, porque no es él á quien se lo he confiado.

—No es él! esclamó el conde furioso. Pues quién es, desgraciada?

—Un hombre á quien amo, un hombre que adivinará por qué me habeis matado y que me vengara, señor conde.

—Un amante! esclamó Mr. de Cerny volviendo á su sarcástica risa.

—Sí.

— Señora, esa astucia es mala y yo no creo en ella, repuso el conde, reponiéndose del todo. No señora, no: la cosa se esplica muy claramente. De vos al señor abate, del abate á Luizzi; ved aqui todos los intermediarios; ved aqui todas las voces que me es preciso reducir al silencio.

La duracion de esta discusion habia producido en los tres actores de tan singular escena un cansancio de sus propios sentimientos, y todos tres se hallaban ya bien distantes de su primera exaltacion.

Luizzi no se entregaba á aquellos nobles arranques de valor en que brindaba con su vida al conde. Mad. de Cerny, abatida por la naturaleza de las sensaciones que habia esperimentado, habia caido sobre aquel divan donde aparecia tan bella una hora antes, y el conde, retirado á la entrada del gabinete, no sentia ya aquellos furiosos trasportes que hubieran podido hacerle ejecutar su horrible proyecto; pero á medida que le faltaba el ánimo le tornaba la reflexion para irritarle; en efecto, solo se trataba para él de evitar un ridículo cuyo temor le habia impulsado á las amenazas mas espantosas; hasta el recuerdo de estas mismas amenazas necesitaba ya anonadar. La condesa y Luizzi no podian salir de aquel gabinete despues de lo que se habia atrevido á decirles el conde, á quien atormentaba este pensamiento, sin hacerle, no obstante, volver á su furiosa resolucion. Se veia reducido á esa horrible precision de matar por necesidad y no por saña, cuando, exaspe-

rándose de pronto contra sí mismo, dijo como el hombre que procura aturdirse con sus propios gritos y animarse con sus movimientos desordenados:

—Vamos, baron, vamos, señora; puesto que vosotros lo habeis querido, que vuestra voluntad se cumpla.

Esto diciendo, el conde apuntó con una de sus pistolas al baron, que retrocedió con espanto exhalando un grito.

—Ola! teneis miedo! dijo Mr. de Cerny, que no pudiendo, á su pesar, cometer aquel crímen con la sangre fria necesaria, se apoderó con rapidez de lo primero que creyó podria ahorrársele.

—Miedo! replicó el baron sobreponiéndose á su primer movimiento de debilidad; no, señor conde; pero hay peligros á los cuales ningun hombre se halla preparado: los de un asesinato cobardemente premeditado son de ese número.

—Pues bien, dijo el conde; podeis salvaros ambos. Podeis hacer lo que os he dicho, y ved aqui como. Mi mujer va á escribiros algunas de esas cartas que se dirigen á un amante, cartas de fechas diferentes; vos contestais á esas cartas de modo que con vuestras contestaciones se pueda probar que esta señora ha sido vuestra querida. Quiero una verdadera correspondencia amorosa, de dos amantes dichosos; y por último, me escribireis cada uno una carta, á mí mismo, en la cual me direis que me remitís aquella correspondencia confesando que os he perdonado la vida á ambos, al uno como un cobarde, á la otra como á una mujer deshonrada. Una vez estas pruebas en mi mano, podreis vivir, y os dejaré salir de aqui si eso os conviene.

—Nunca! esclamó el baron.

—No quiero discusiones, dijo con violencia el conde; os dejo una hora para reflexionár y consentir en lo que os exijo. Si en este tiempo no lo habeis hecho, es prueba de que preferís la muerte. En cuanto al abate Molinet, añadió tirando al suelo el zapato, yo sé cierto medio de hacerle callar.

El conde salió en seguida y dejó á la condesa y á Luizzi en presencia uno de otro.

Apenas quedaron solos, se levantó la condesa y corrió un cerrojo interior do la puerta, y luego se volvió á Luizzi. Una resolucion loca y terrible apareció en su rostro: se puso en frente de Armando y le dijo:

—Y bien, señor baron, qué tratais de hacer?

—Nada por mí, señora, dijo el baron; todo por vos.

—Eso no es responder, caballero, podemos salvarnos el uno y el otro sin perder ambos el honor. No podemos salir de aqui, vos con la reputacion de un cobarde, y yo con la fama de una mujer perdida. Quereis sacrificar vuestro honor?

—Os atreveríais á sacrificarme el vuestro?

—No se trata de mí, caballero, la posicion no es igual: yo solo puedo vivir ó morir deshonrada; mi marido no puede ejecutar impunemente el

crímen que medita sino acusándome de un adulterio que habrá castigado con un asesinato cometido bajo la proteccion de la ley. Vos teneis mejor suerte: vuestra muerte no os deshonrará..... no será para vos una afrenta el haber sido mi amante.

Luizzi guardó silencio un instante: las ideas que su situacion despertaba en él, se agitaban sin órden en su cabeza.

—No me respondeis, caballero? dijo la condesa. Quereis escribir esas cartas?

—No, contestó Luizzi, no; no compraré la vida á costa de vuestro honor.

—Decid mas bien del vuestro, replicó la condesa mirando á Luizzi atentamente.

—Como gusteis, señora, respondió el baron. No compraré mi vida á costa de mi honor.

—Es preciso morir, dijo Mad. de Cerny inclinando la cabeza, morir inocente..... inocente y deshonrada!

El baron miró entonces á la condesa que se habia desplomado sobre un sillon con la desesperacion pintada en el rostro..... Nunca le habia parecido tan bella. Se aproximó á Leonía, y la dijo:

—La vida y la muerte están al mismo precio..... á vos os toca alegir entre ellas.

La condesa le miró largo tiempo como para penetrar los verdaderos sentimientos de su corazon. Despues se volvió á levantar, y le dijo lentamente, como si quisiera que comprendiera bien cada una de sus palabras:

—Obedecereis á esa eleccion cualquiera que sea, caballero?

El baron dudó, y respondió por último con resolucion:

—Obedeceré.

—Escribamos, pues, caballero, dijo la condesa.

—Escribamos, dijo Luizzi exhalando un suspiro, y en tal estado de turbacion, que verdaderamente no se sabia si era por su salvacion ó por la de la condesa por lo que tomaba aquella pusilánime resolucion.

—Vamos, le dijo Mad. de Cerny abriendo un pequeño secreter: escribid, pues no creo sea muy comun empezar la mujer una correspondencia amorosa

Luizzi se sentó delante de la mesa forrada de terciopelo, y tomó una pluma; pero en lugar de escribir se puso á reflexionar.

—Y bien, caballero, le dijo Mad. de Cerny, no quereis salvarme?

—Sí, dijo Luizzi, sí..... yo pronuncié las imprudentes palabras que os han perdido; yo por mi infernal curiosidad soy causa de esta catástrofe, debo salvaros, puesto que quereis vivir, salvaros á costa de mi honor, puesto así lo quiere mi fatal destino..... me resigno á él.

Tomó de nuevo la pluma y escribió rápidamente la palabra *Señora;* pero despues de este esfuerzo de imaginacion, no pudo ir mas lejos: no se le ocurrian ninguna de aquellas dulces frases con las que habia jugado tantas vaces, y se puso á cavilar mirando á Mad. de Cerny, que estaba sentada frente de él al otro lado de la mesa: el sobresalto de aquella situacion habia añadido á la belleza de sus facciones una espresion exaltada que detuvo las miradas de Luizzi. La contempló algunos momentos, admirando aquel noble y celestial rostro, tan gracioso y tan risueño un momento antes, y entonces tan pálido y tan asustado.

El baron consideró que aquel triste cambio llegaria á ser pronto mas horrible aun, y que si él vacilaba por mas tiempo, aquella mujer tan jóven y tan bella no tardaria en ser un cadáver helado y sangriento, y en el mismo instante se apoderó de su corazon una noble resolucion de salvarla, porque, es preciso decirlo, en aquel momento se olvidó completamente de sí mismo, y formándose al mismo tiempo la idea novelesca del hombre que ha visto á una mujer, que la ha tributado sus respetuosos homenages, y que se decide al fin á hablarla de su amor, escribió al punto la carta siguiente:

Señora:

«Hay peligros de los que la virtud mas pura no pudo librar á una mujer; porque hay delirios que toda su modestia no puede prevenir. Cuando esa mujer inspira amor, aun sin quererlo, es preciso que se resigne á oir la declaracion. Si esta declaracion le parece una ofensa, y si padece su orgullo, debe pensar que contra el orgullo que se indigna y el corazon que ama, debe estar por el padecimiento mas cruel, y debe perdonar; vos me predominais, pues, señora. Por otra parte, lo que me atrevo á escribiros no es nuevo para vos. El amor mismo cuando es mudo, lleva en sí una conviccion que persuade á la mujer; esta conoce que es amada mucho antes de que se le diga, porque aquel lenguaje del corazon, al corazon no puede serle desconocido. La que escucha con su vanidad los lisongeros homonages del mundo, puede dejarse engañar; pero la que como vos ha conservado la sencillez de sus emociones en medio de las mas severas preocupaciones del espíritu, no puede equivocarse acerca del sentimiento que inspira. El alma tiene un oido que solo oye la voz del alma, y que nada puede impedir que la oiga; no quiero decir, que la confesion de un amor tan vivamente sentido lisongee ó haga dichosa á la mujer; pero lo que sí me atrevo á afirmar es que no puede negarse á ser sincera que es el consuelo á que aspiro. Vos, señora, no podíais negar vuestro aprecio al hombre que se dejase llevar de una pasion hácia la mas bella y noble imágen de Dios, que se arrodillára ante la mas santa y mas perfecta de sus obras. Seré yo culpable porque vos seais esa celestial imágen y esa obra perfecta, y me arrodille delante de vos? Eso seria

injusto, y la justicia os pertenece como la belleza, porque como ella, procede del cielo. Tengo, pues, la conviccion de que me habeis perdonado.

ARMANDO DE LUIZZI.»

El baron así que hubo terminado esta carta, la entregó á la condesa, que fijando tristemente los ojos en él mientras escribia, parecia compadecer al hombre á quien habia puesto en la terrible alternativa de la muerte ó el deshonor. La condesa tomó la carta y la leyó al punto con rapidez. Despues la volvió á leer, y una dulce y triste sonrisa asomó á sus labios, y dijo al baron:

—Ved aqui una cosa bien triste, caballero; ved aqui una cosa capaz de desvanecer las mas bellas ilusiones.

—Qué quereis decir, señora?

—Es preciso convenir en que un hombre puede hablar á una mujer del amor que no siente con toda la conviccion de un amor verdadero; es preciso convenir en que lo que en este momento es para vos una horrible necesidad puede llegar á ser el entretenimiento de una hora de ociosidad.

—No lo creais, señora, dijo el baron. Al escribir esas palabras, no puedo asegurar que esperimentaba el amor de que hablo; pero me preguntaba á mí mismo de qué modo os deberia amar el que se atreviera á amaros.

—Hablais con sinceridad? repuso Mad. de Cerny mirándole.

—Sí, señora; y si no encontrais en esta carta espresion bastante completa y bastante respetuosa á la vez para el sentimiento que debeis inspirar, perdonad una preocupacion que debeis comprender.

—Sí, sí, dijo la condesa con un suspiro; sois noble y bueno para mí, caballero; sacrificais vuestro honor á la debilidad de una mujer que tiene miedo; creed que os doy las gracias desde el fondo de mi corazon.

Se detuvo enjugando una lágrima que temblaba suspendida de sus largas pestañas, y añadió con esfuerzo:

—Ha llegado mi vez; es preciso que yo conteste á esta carta.

La leyó de nuevo, y escribió en tanto que Luizzi lo contemplaba con el mismo sentimiento de tristeza, considerando que su imprudencia habia perdido á aquella mujer, y reprochándose las lágrimas que la infeliz derramaba reales y amargas sobre el papel en que jugaba la dicha y el amor. Hé aqui lo que la condesa escribió:

CABALLERO:

«Me amais, pues; me lo decís demasiado bien para que yo no le crea, y lo creo demasiado para que no os lo confiese. Esta confesion de vuestro amor es una falta; lo sé, y lo siento. Reconocer el amor que se inspira,

es decir, que ni asombra ni ofende ese amor, es aceptarlo aun cuando no se pueda corresponder á él, es mostrar agradecimiento cuando se debe mostrar ingratitud, es pedir culto cuando nada se debe conceder á la oracion; es ser injusta, en fin, y yo no quisiera serlo para con vos. Olvidadme, pues, caballero; olvidadme para siempre, y entonces recordaré con orgullo que me amásteis, y recordaré agradecida que no quisísteis ser amado.

LEONIA DE CERNY.»

Tomó la carta la condesa y se la entregó á su vez al baron, diciéndole con esa dulce y triste sonrisa que prestaba á su rostro tan tierna melancolía:

—Voy muy de prisa en esta carta; digo mucho mas de lo que una mujer debiera decir, aun cuando tuviese un verdadero amor en su corazon; pero no estamos en situacion de trazar una larga lucha de sentimientos; leed.

El baron leyó y releyó la carta como la condesa habia hecho con la suya, despues dijo con tono de melancólica chanza:

—Cómo os quejais, señora, diciendo que los hombres pueden jugar con la espresion de los mas dulces sentimientos? No convendreis en que si la desesperacion en que os encontrais os ha dictado esta carta, una coqueta hubiera podido escribírsela á un hombre que la amase sinceramente?

—No creo, dijo Mad. de Cerny, con sencilla franqueza, no creo que una coqueta hubiera escrito asi, porque he interrogado á mi corazon para contestaros como vos al vuestro al escribirme; le ha preguntado lo que hubiera sentido siendo amada con el amor que me habeis espresado vos; y ved ahi lo que me ha respondido.

—Oh! con qué es asi como hubiérais contestado siendo verdadero ese amor? dijo el baron, cuya mirada abarcó aquel rostro tan bello en la tristeza, tan resignado en el dolor.

—Verdaderamente, yo asi lo creo, respondió Mad. de Cerny; qué mas da? Apresurémonos, concluyamos esta horrible novela. A vos os toca ahora.....

El baron tomó la pluma; pero esta vez no se detuvo á reflexionar antes de empezar la carta; escribió rápidamente y casi con la accion de un hombre que escucha á su corazon y le deja hablar.

Mad. de Cerny seguia atentamente la rápida agitacion de la fisonomía de Armando, en la que se mostraban ya los diversos sentimientos que este espresaba en el papel. Habia una verdad tan franca en la espresion involuntaria de lo que Luizzi fingia esperimentar, que hubiera podido creerse que realmente lo esperimentaba; asi es que la condesa, que le habia seguido atentamente con la vista, no aguardó á que le entregase su carta, y le dijo asi que la hubo terminado:

—Veamos, veamos. Tomó la carta y la leyó. Decia asi:

«Señora:

Qué es lo que pedís al que os ama? Cuando solo vuestro aspecto le encanta y le turba; cuando la gracia y la hermosura que en vos admiran todos; cuando el alma que mostrais al mundo bastan para inspirarle el amor mas santo y mas sumiso, con qué amor quereis que os ame? Con qué amor quereis que os ame cuando descorreis para él el velo impenetrable que oculta las castas é inocentes bellezas de una alma tan pura como la vuestra; cuando despojándoos por un momento para él de esos deslumbradores atractivos que llevais á todas partes y que á todos pertenecen, le dejais entrever desconocidos y misteriosos encantos que sobrepujan á sus sueños? Oh, señora, decid si juzgais digno de tanta dicha al hombre á quien asi os dignais mostraros? El neófito deslumbrado y hechizado por la luz que inunda el atrio del templo, teme no poder resistir el resplandor de la claridad celeste que se escapa á través de la puerta entreabierta del santuario; y yo en vuestra presencia tiemblo como él y temo no poder amaros mas, cuando apenas os amo lo que merece lo que conozco de vos.

Sí, señora, cuando os amaba con todo el poder de mi alma, me imaginaba que no podríais exigirme mas, y ved ahí que he entregado todo mi corazon á lo que solo es una parte vuestra.

Habeis sido á la vez demasiado buena y demasiado cruel para conmigo. Sois el ángel de la belleza que pasa disfrazado delante de un miserable mortal. Al ver la magestad de su porte, la gracia de su andar, lo apacible de su paso, el insensato le tributa toda su admiracion; despues el ángel vuelve á pasar, levanta una parte de su túnica, separa un poco su velo, y el desdichado se pregunta qué homenages podrá ya tributar á aquella belleza del cielo, cuya existencia ni aun sospechaba, y se arrodilla y pide perdon al ángel. Ved ahí lo que tambien debo yo hacer.... porque esa carta que me habeis escrito es la puerta entreabierta del santuario, es la túnica que se alza, es el velo que se separa, es vuestro corazon, cuya luz y cuya hermosura he vislumbrado. Oh! perdonadme si no os amo mas de lo que os amaba, pero ningun hombre puede ir mas allá de su corazon y de su vida. No se puede morir mas que una vez por la que se ama: no se puede tributar mas amor que el que el alma puede contener.

Armando de Luizzi.»

Cuando la condesa hubo acabado esta carta, puso la mano sobre su corazon como para contener sus latidos; despues dijo esforzándose por disfrazar su emocion con una sonrisa:

—Esta carta es una locura; pocas veces se escriben asi en el mundo, y sin

duda no os parecerá muy verosímil la triste novela que estamos escribiendo.

—Tal vez señora, repuso Luizzi, no es á la mujer imaginaria á quien he contestado con una pasion imaginaria; tal vez sois vos á quien he hablado en esa carta; porque razon tengo al decir en ella que conozco de vos lo que el mundo ignora; sé la nobleza y la fortaleza de vuestra alma; sé que ninguna mujer ha merecido tanto como vos la admiracion y el respeto de los hombres, y que nadie puede amaros y respetaros todo lo que mereceis. La espresion de estos sentimientos puede ser loca, señora, pero estan sinceramente impresos en mi corazon, os lo juro, y debeis estar bien persuadida de ello.

—Quisiera daros las gracias por vuestra buena opinion, señor de Luizzi, contestó la condesa dirigiéndole una mirada del mismo modo que se tiende la mano á un amigo. Pero el tiempo no nos pertenece; necesito escribir, añadió con voz empapada en lágrimas. En seguida tomó la pluma y escribió:

«Os doy las gracias por vuestro amor; hasta os doy las gracias por ese entusiasmo que va mas allá de vuestro amor, no porque crea merecerlo como vos decis, sino porque soy feliz en haberlo inspirado á un hombre como vos, aunque este hombre se equivoque. No soy el ángel velado de la hermosura, todo lo conoceis en mí, escepto algunas dolorosas heridas que no me atrevo á mostrar. En el santuario de mi alma no hay esas luces deslumbradoras que os figurais, y quizá os sorprenderíais no poco si penetrárais en él y viérais que es el santuario del dolor y el asilo de la desesperacion. Entonces comprenderíais por qué agradezco vuestro amor. Conservadle tal como es, bueno é indulgente para mí, noble y grande como vos mismo.»

Mad. de Cerny, mientras escribia esto, dejaba correr abundantes lágrimas de sus ojos, que enjugaba de cuando en cuando para volver en seguida á tomar la pluma y continuar.

—Ved, dijo á Luizzi con voz entrecortada; ved lo que he contestado. Ay! me siento ya sin fuerzas para continuar este horrible juego.

—No olvideis que en él va vuestra vida.

—De qué me servirá conservar una vida que pasará sin honor como ha pasado sin amor?

La condesa ocultó su rostro y sus lágrimas entre sus manos, en tanto que Luizzi leia su carta. Asi que Armando acabó esta, miró á Leonia, que estaba entregada á su desesperacion. El baron se sentó por un singular movimiento de resolucion, y se puso á escribir con rapidez.

Señora:

«Os he comprendido mal? Esa vida para el mundo tan serena y dichosa, será tal vez una contínua série de tormentos sufridos con valor? La

tranquilidad de vuestra alma, que se ha acusado de frialdad, será únicamente la máscara risueña que oculta el pesar y la desesperacion? Será verdad que el amor que siento hácia vos, este amor mas verdadero, mas grande que os le he pintado; será, pues, para vos un consuelo? Oh! si pudiera esperarlo, señora, si me atreviera á creerlo, yo os libraria de los dolores que sufrís y de los peligros que podeis correr! Oh! pronunciad una palabra, Leonia; una palabra, y os salvo. Haced por comprenderme, yo os lo suplico. Cualquiera que sea la desgracia que os amenace, os libraré de ella llamándola sobre mí. Oh! si necesitais mi honor, disponed de él, porque es vuestro, ya lo sabeis.... Si mi vida os hace falta, tomadla. Tomadla, pues, señora, y me la pagareis con esceso si al empeñarla en una lucha mortal me decís: Armando, yo amaré vuestra memoria!»

Aun estaba llorando Mad. de Cerny, cuando Luizzi acabó la carta.

—Tomad, leed, la dijo el baron con un vivo acento de súplica: leed..... leed bien.

La condesa recorrió la carta sin poderla leer: luego enjugó rápidamente sus ojos, y volvió á leerla con lentitud y con una atencion profunda; cuando la hubo acabado alzó hácia el baron una mirada afanosa é interrogadora, y le dijo con una voz en la que la alegria se traslucia al través de las lágrimas:

—A quién debo contestar, Armando?

—A mí, Leonia! dijo el baron cayendo de rodillas á sus pies.

—A vos, Armando, no es verdad? A vos, aqui y á esta hora?

—A mí, aquí; á mí, al que morirá por salvaros.

—Pues bien! Armando, esclamó Leonia, á vos os contestaré: No, no amaré solo vuestra memoria..... porque os amo á vos.

—Oh! esclamó el baron cogiendo las cartas escritas y rasgándolas en un trasporte de heróica altivez: que venga el conde ahora, y será preciso que me asesine diez veces antes de llegar á tí, Leonía!

—No, Armando, no; si mueres yo tambien moriré: respondió la condesa, en cuyo rostro brillaba una loca exaltacion. Moriré deshonrada para todos, inocente para tí solo!

Leonía se detuvo, mirando á Luizzi con exaltacion, y dijo:

—Culpable para tí solo si tú quieres.

—Leonía, esclamó el baron estrechándola en sus brazos: será verdad?.....

—Sí, sí, sí..... contestó Leonía con voz moribunda, tuya soy..... tuya..... yo te amo! Y hablando asi, ocultaba su rostro entre sus manos, mientras Luizzi la llevaba loco y desolado hácia el divan en que la viera tan bella y tan serena una hora antes.

La condesa se dejó llevar ocultando aun el rostro entre sus manos, y murmurando con voz ahogada:

—Oh! esa luz!.....

Luizzi quiso soplar la bugia que ardía en la bomba de cristal, pero no pudo alcanzar á ella; y mientras Leonía sepultaba su rostro entre los cogines para



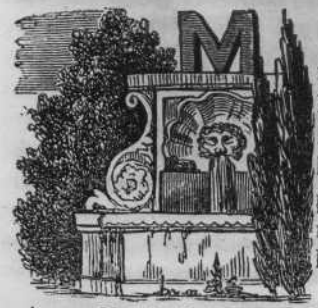
ocultarse á sí misma su falta, reparó el baron en el zapato del Diablo; le cogió rápidamente y le puso sobre la bugia á modo de apagador.

Todo quedó en una oscuridad infernal, y el zapato del Diablo empezó á dar vueltas sobre la bugia.



XVII.

Capítulo de novela.



IENTRAS esto pasaba en el gabinete, el conde habia vuelto á su habitacion, y reflexionado largamente acerca del horrible proyecto que le sugiriera el temor del ridículo que es mas poderoso de lo que se puede imaginar; porque muchos hombres han acudido al suicidio para librarse de él.

Sin embargo, una vez en presencia de sí mismo, Mr. de Cerny consideró mas tranquilo la accion que se habia creido con valor suficiente para cometer, y conoció que habia confiado demasiado en su valor. No obstante, faltaba un desenlace á esta escena. No podia ir á abrir la puerta á sus dos prisioneros y dejarles salir libremente, á menos que le hubiesen escrito las cartas que les habia pedido, y no tenia la reso-

lucion necesaria para obtener por un crímen el silencio que necesitaba para vivir tranquilo.

Encontróse pues en el caso de buscar un medio de conciliarlo todo, en la suposicion de que Luizzi y la condesa no hubiesen escrito aquella pretendida correspondencia amorosa, y á fuerza de buscar acabó por descubrir uno muy sencillo: reducíase á que si los dos eran personas que preferian la muerte á una bajeza que podia deshonrar á ambos, debia haber en ellos un principio de honor, al que podia confiarse sin temor ninguno.

Lo único que le embarazaba, era el modo de aprovecharse de esta circunstancia. En fin, fué discurriendo medios tan estravagantes, que hubo de volver al mas sencillo de todos por su ejecucion, asi como habia vuelto á la mas sencilla de sus ideas para salir del mal paso en que se hallaba empeñado.

Este medio consistia en reconocer francamente la firmeza de la conducta del baron y la condesa, felicitarlos como hombre que los habia creido verdaderamente capaces de quebrantar el secreto, y que solo habia querido hacer una prueba que le tranquilizára por completo. Despues añadiria que teniéndolos por personas de honor, fiaba en ellos y no les pedia mas garantia que su palabra.

El conde habia preparado al efecto un discursito, y esperaba con impaciencia el término de la hora. Sin embargo, no se habia adelantado al plazo que él mismo fijára, en primer lugar, porque queria conservar en presencia de sus prisioneros, el aire de resoluciou implacable que delante de ellos habia tomado; y en segundo, porque abrigaba esperanzas de que escribirian las cartas que debian comprometerlos, cuya garantia preferia á cualquiera otra.

Llegado qne hubo la hora, bajó armado de sus pistolas, y sin embargo bastante embarazado con el papel que iba á representar. Habia tomado sus armas considerando que en vez de salir bien su plan podia empeñarse una lucha, y por último recurso, aceptaba el homicidio para ahogar la voz del baron y la de su mnjer.

Hacia largo tiempo que todo dormia en la casa, cuando el conde atravesó la larga série de aposentos á cuyo estremo se encontraba el gabinete de su mujer. Llegó á la puerta de éste, escuchó, y no oyó nada. Supuso que el baron y Leonía sumidos en su desesperacion, guardaban silencio. Entonces juzgó mas conveniente que nunca su aparicion, y con la pistola en la mano para obtener de ellos todo lo que deseaba, alzó el picaporte, pero la puerta resistió, no sin que le causara admiracion.

Entre las ideas que se habian agolpado á la imaginacion de Mr. de Cerny, no le habia ocurrido la de que los prisioneros podrian haberse encerrado para defenderse, y en el primer arrebato de cólera causado por este obstáculo imprevisto, gritó:

—Abrid!

Nadie respondió, y al mismo tiempo dió el conde un violento puntapié á la puerta para romperla; pero parecia estar sólidamente asegurada por dentro. Irritado por aquella resistencia, se puso á golpear como un furioso la puerta, ya con los pies, ya con el pomo de sus pistolas.

Hay muchas casas en París en donde los criados retirados á la repostería ó á la antesala pueden oir impunemente agitar las puertas de los aposentos, amenazar con la voz, rodar los muebles de uno á otro estremo del salon, caer los espejos hechos pedazos, romperse los cristales, volar las porcelanas por los balcones ó ventanas, sin inquietarse para nada mas que para decir:

—El señor y la señora tienen una esplicacion.

Entonces, encerrándose en la inteligente discrecion de criados bien enseñados, dejan que ruja la tempestad, y que estalle el rayo sabre los muebles: llegada la mañana siguiente, reunen los despojos, teniendo cuidado de guardar algun objeto precioso que pasa por víctima de la derrota y vá á ocultarse en el fondo de su baul, ó á esconderse en casa de los mercaderes DE LANCE.

Pero, es preciso decirlo, la casa de Mad. de Cerny no estaba acostumbrada á esas escelentes costumbres; todo pasaba en ella con una dignidad y una calma constantes; de suerte, qûe cuando los criados oyeron repetidos golpes á la puerta, creyeron que era un accidente sucedido al conde ó á la condesa, un incendio, ladrones ú otra cosa por el estilo, y algunos acudieron á medio vestir, en el momento en que el conde, despues de esfuerzos inaudítos, rompia la puerta y penetraba en la cámara derribando todos los muebles que se hallaban amontonados tras ella.

El conde se encontró en la mas profunda oscuridad, y en el acceso de rábia en que se hallaba, gritó:

—Dónde estais? Dónde estais?

En aquel momento vió aparecer una sombra en la puerta, y, mas rápido que el relámpago, se lanzó hácia aquel lado disparando un pistoletazo. Al mismo tiempo oyó la caida de un cuerpo humano, sintió un doloroso grito, y una voz, que no era la del baron ni la de la condesa, empezó á gritar:

—Socorro! socorro!

Aquella voz era la del ayuda de cámara de Mr. de Cerny. Ciego de rabia el conde, buscó á sus prisioneros en la oscuridad, decidido á hacerles pagar la sangre que acababa de verter. Iba golpeando las paredes y tropezando con los muebles, hasta que llegó al balcon cuya cortina estaba corrida. Suponiendo que el baron y la condesa estaban escondidos allí, la descorrió con violencia. Estaba abierto el balcon.

Entre las ideas sencillas que le ocurrieron al conde, no se le habia ocurrido la mas sencilla de todas, es á saber, que los balcones son salidas como

las puertas, un poco mas peligrosas sí, pero en todo caso preferibles á un pistoletazo y al deshonor infructuoso.

El conde quedó petrificado, los criados acudian, y el ayuda de cámara que era á quien habia disparado, se palpaba tratando de asegurarse si se le habia roto algo.

El estupor del conde se cambió en ira al verse asi rodeado, y mandó á los criados que encendiesen luz y se retirasen.

Uno de ellos, dotado de una de esas naturalezas de lacayo que entienden su deber de cierto modo, y que no lo desempeñáran de otro en medio de los desastres mas espantosos, aquel criado, decimos, estaba acostumbrado á iluminar el gabinete encendiendo la lámpara de cristal, por consiguiente, cuando el conde pidió luz, el ingenioso criado en vez de dejar sobre la chimenea el candelero que trajo, se creyó en el deber de encender la lámpara; subióse al efecto sobre una silla, y la primera cosa que encontró fué el zapato del Diablo que arrojó al suelo como si hubiera tocado una serpiente, esclamando:

—Toma! qué es esto?

El encuentro de aquel zapato, y el uso que de él se habia hecho parecieron al conde una burla demasiado pesada, y le pisoteó furioso considerando que se hallaba á merced, no solo del dueño de aquel zapato, sino tambien del baron y de Leonía. Sin embargo, á aquel encuentro debió el de una cosa que de otro modo hubiera pasado para él desapercibida. Halló en el suelo papeles rotos.

Eran los pedazos esparcidos de las cartas escritas por Luizzi y la condesa. Mr. de Cerny los recogió con cuidado, y los reunió de modo que pudiera enterarse de ellos. Despidió á los criados y leyó aquella singular correspondencia. Entonces fué cuando comprendió que la imprudencia de los fugitivos habia dejado en sus manos armas terribles.

Sin duda semejantes cartas no hubieran bastado para hacer condenar como adúltera á una mujer; pero aquellas cartas, de cuya autenticidad nada podia hacer sospechar como no fuese la asercion de los acusados, podian perder á estos concordando como concordaban con su fuga de noche, juntos, por un balcon, y cuando la conducta patente del marido, su misma violencia, de que tenia testigos, debian hacer creer que habia querido sorprenderlos en una *conversacion criminal*. Todas estas circunstancias, decimos, parecian agruparse maravillosamente, y ayudarse para que el conde viese á primera vista el verdadero fundamento de una acusacion de adulterio contra su mujer.

Por otra parte, la verdad se parecia demasiado á un cuento fantástico, suponiendo que Luizzi y la condesa se atrevieran á decirla. Sin embargo, podian hacerlo, bien yendo en el acto á casa de un magistrado, bien yendo directamente á la del anciano vizconde de Assimbert, y Mr. de Cerny, antes

de dar paso ninguno en cualquier sentido que fuese, quiso asegurarse de lo que habia ocurrido.

No queriendo que sus criados supiesen lo que iba á hacer, despues de haberse enterado desgraciadamente de la fuga de su mujer, tomó oro y un baston de estoque, y salió á pié. Subió al primer coche de alquiler que encontró y se hizo conducir á casa de su suegro. Cuando salió de su casa era ya cerca de la una. En vez de entrar en la del vizconde, llamó al portero y se aseguró de que nadie habia entrado despues de las once, hora á que él habia dejado el gabinete de su mujer.

Desde allí se dirigió á casa del comisario de policía de su cuartel, y le contó, sin formular no obstante querella alguna, la desaparicion de su mujer, y se aseguró de que tampoco habia ido á casa del magistrado. Entonces tranquilo en cuanto á este punto, y seguro de hallarse siempre en el caso de plantear una acusacion y de no sufrirla, mandó que le condujesen á casa de Armando. Todavia estaban en vela en casa del baron. Llamó el conde poco á poco, preguntó por el señor de Luizzi, y le contestó el portero que no habia vuelto aun. Mr. de Cerny insistió diciendo que se trataba de un negocio de sumo interés para el baron.

—Eso no me estraña, respondió el portero, porque apenas hace media hora que me entregó un propio una carta para Mr. Donezau, que acaba de volver con su mujer y la señorita Genlis. La carta era de parte del señor baron, y debia ser entregada al momento á Mr. Enrique. El propio venia con tanta prisa, que yo mismo he tenido que subir á casa de Mr. Donezau, cuyos criados estaban acostados ya todos. Le encontré levantado juntamente con la señora, y dijo á su mujer apenas leyó la carta: Necesito salir al momento.... y en efecto, un momento despues ha salido y todavia no ha vuelto.

—Pero sin duda volverá el baron, repuso Mr. de Cerny; es tan urgente el negocio, que necesito esperar á que vuelva él ó Mr. Donezau su cuñado.

—Eso es muy fácil, respondió el portero, no teneis mas que subir á casa del señor baron; su ayuda de cámara os abrirá, y allí podreis esperar á que vuelva, todo el tiempo que os agrade.

—Teneis razon, dijo Mr. de Cerny; tomad dos luises; es inútil decir al señor baron que le esperan; escepto su ayuda de cámara, nadie debe saberlo.

En efecto, Mr de Cerny subió á la habitacion del baron, y llamó bastante quedo, no queriendo que le oyesen de la de Carolina, que tal vez estaba enterada, por la carta llevada á su marido, de lo ocurrido á su hermano, y que hubiera hecho prevenir á Luizzi que una persona le esperaba. Urdió un nuevo cuento al ayuda de cámara, cuento apoyado por una buena gratificacion, y fué creido por Pedro, que era ayuda de cámara de buena casa, que conocia todos los nombres un poco sonoros de la aristocracia, y conocia

ademas la cara de la mayor parte de los que los llevaban. Asi que, cuando vió al conde de Cerny, le dejó entrar en el cuarto de su amo, donde le instaló.

Pero á pesar del asombro de Carolina viendo que su marido la abandonaba tan repentinamente, á pesar de la inquietud que esperimentaba, habia en la casa un oido mas atento que el suyo; era el de Julieta, Julieta que esperaba al baron. Al principio, cuando oyó llamar al piso principal y á pocorato andar en el aposento, supuso que habia vuelto el baron, y entonces esperó que subiese á su habitacion. Pedro dormia tendido en el sillon á la Voltaire, que con tanta frecuencia le servia de lecho en la antesala, y solo velaba el portero, si puede llamarse velar esa manera de dormir de pié que pertenece esclusivamente á los porteros de París.

Grande fué el despecho de Julieta, pero sin duda la pasion que la impelia era mayor aun; porque se decidió á bajar á buscar á Luizzi, creyéndole en su cuarto. El baron habia hecho construir una escalerita interior para subir por un gabinete próximo al comedor, al cuarto de su hermana. Aprovechando Julieta aquella escalera, bajó con mucho tiento, se acercó á la cámara del baron, oyó pasearse precipitadamente por ella, y se imaginó que Luizzi se hallaba entregado á uno de esos combates interiores que preceden al momento en que se cede á una pasion que se puede mirar como culpable.

Probablemente creyó Julieta que aquellas incertidumbres redundarian en provecho suyo, y empujó la puerta. Al entrar se halló cara á cara con el conde de Cerny que, atraido por el ruido de la puerta, se habia adelantado con presteza hácia la persona que entraba; miráronse los dos con estraña sorpresa, y despues ambos....

—Basta por ahora, dijo el baron al Diablo interrumpiéndole.

En efecto, era el Diablo el que habia hecho este relato al baron en la salita de una habitacion de posada, en tanto que Luizzi le escuchaba con una atencion que jamas habia prestado hasta entonces al terrible narrador, sin interrumpirle ni hacerle observacion alguna, en cuanto á la forma de su narracion, que por lo menos era estraordinaria, pues tenia todas las trazas de un capítulo estractado de un libro en que se refiriesen cosas pasadas mucho tiempo antes. Esta discrecion del baron procedia sin duda de que conocia la habilidad del Diablo para aprovecharse de las menores interrupciones, mejor que lo hubiera podido hacer cualquier novelista ó folletinista para prolongar indefinidamente lo que iba á referir, y para meterse en digresiones morales ó inmorales.

—Basta por ahora, le dijo al Diablo; sé lo que necesito para tomar un partido decisivo.

—Te engañas, repuso Satanás; deja que te cuente la escena ocurrida entre Julieta y Mr. de Cerny; será cosa de media horita, aunque ella duró cerca de tres.

—Sé todo lo que queria saber, porque eso me prueba que el conde no nos ha perseguido, ó al menos, que no sigue nuestros pasos.

—Y tanto no, asintió el Diablo, que volvió á su casa y no ha salido otra vez.

—Todo me sale á las mil maravillas, respondió el baron; podemos partir sin temor ninguno.

—Has tomado bien tus precauciones? preguntó el Diablo.

—Veamos, contestó el baron, como para recapitular todo lo que habia hecho y darse cuenta exacta de ello. Luego que hube depositado á Leonía en esta posada, escribí á Enrique, que ha venido á traerme, segun yo le decia, el dinero necesario para salir de Paris y hacer todos mis preparativos de viaje.

—Y le has dicho por qué marchabas?

—En verdad que no.

—Ni tampoco á dónde piensas ir?

—Tampoco.

—Veo que vas progresando baron, guardas para tí tus secretos. Y luego?

—Luego he ido yo mismo á un despacho de carruages públicos, y he alquilado uno cuyo cochero, gracias á mi liberalidad, me ha dado su palabra honrada de estropear los caballos de su amo á fin de ponerme en cinco horas en Fontainebleau.

—Me gusta ese cochero: y debe venir el carruage á buscaros aqui?

—No, nos espera en la esquina de la calle de Richelieu.

El Diablo se echó á reir y el baron le miró como asombrado.

—No sé qué chiste tenga todo esto.

—Me parece singular el sitio que has escogido para partir, dijo el Diablo. No hubiera sido mejor que hubieras escogido la puerta de una casa de mujeres ó la de una casa de juego?

—El cochero ha sido el que me ha señalado ese sitio, diciéndome que allí seríamos menos notados que si parara á la puerta de una casa en donde todo estuviera cerrado y tranquilo.

—Es un hombre de bien ese cochero, dijo el Diablo. Hé ahí una cosa que denota cierta inteligencia para los malos negocios. Ese mozo andará su camino.... Vamos, y qué esperas?

—Solo espero que tú te marches para partir yo, ganar á Fontainebleau, y allí buscar medios de transporte de pueblo en pueblo hasta Orleans, sin que pueda sospecharse hácia qué lado nos dirigimos.

—Y tu diputacion? dijo el Diablo.

—Veremos.

—No olvides que estoy á tus órdenes para informarte de todo lo que quieras saber.

—Satanás, te vas haciendo demasiado servicial.

—Quiero estar en buena armonía contigo, mi amo; quiero que no puedas decirme, como lo has hecho hasta aqui, que si has cometido tantas necedades ha sido porque no te he ilustrado lo suficiente. Vamos, reflexiona un poco; no tienes nada que mandarme?

—Nada por ahora, contestó Luizzi alejándose hácia el cuarto donde escribia Leonía á su padre.

—Baron, le dijo el Diablo deteniéndole; tú sabes muy bien que no todos mis avisos han llegado á tí por medio de mis relatos, no ignoras que muchas veces he puesto á tu lado personages ó acontecimientos que hablaban por mí: recuerda todo lo que has visto desde tu salida de la cárcel, y pregúntate á tí mismo si en el momento en que vas á ejecutar un acto tan importante hay algo de todo eso que merezca esplicacion.

Luizzi reflexionó, pero aunque puso en referencia todas las palabras del Diablo con su aventura con Mad. de Cerny, nada encontró que no le pareciese del todo claro; por otra parte, la persistencia del Diablo en ofrecerle sus confidencias, le parecia mas que interesada, y pensó que Satanás trataba de distraerle del camino que emprendia. Ademas de esto, pertenecia por completo á Mad. de Cerny, y deseaba saber lo que esta habia escrito á su padre; el dia se acercaba y era ya hora de huir: entró al cuarto de Leonía y la encontró sentada á la mesa, donde se hallaba la carta concluida y cerrada hacia largo rato.

—Leonía, dijo á la condesa, ya es hora de que salgamos de Paris; dadme esa carta y la mandaré al correo; de este modo no se podrá sorprendar é interrogar á un criado de la posada ó á otro. Vamos Leonía.

La condesa, que habia apoyado el codo sobre la mesa y la frente sobre sus manos, levantó lentamente aquel hermoso rostro que brillara de salud la víspera. Aquella blancura mate solo estaba animada por la azulada aureola que circundaba sus ojos, y que anunciaba una fatiga á la cual solo la impedia sucumbir el ardor de una fiebre violenta.

Sus ojos brillaban con inquieto trasporte bajo sus pesados y dilatados párpados; su cabello caia en desórden alrededor de su rostro, adornado la víspera con tanta coquetería con hermosos bucles rubios. En toda aquella mujer se notaba todo el abatimiento de un cuerpo habituado al reposo de una vida tranquila, y el desfallecimiento del alma que acaba de sostener la primera lucha con el dolor.

Miró la condesa á Luizzi largamente, y luego le dijo:

—Armando, aun es tiempo; pensad en vos antes que salgamos de Paris... Pensad que es mi vida la que perdeis, y que yo os creo con demasiado honor para estar segura de que tambien perdeis la vuestra.

—Leonía, respondió Luizzi, por qué me pedis que reflexione lo que voy á hacer? Os asusta ya vuestro porvenir?

—Hoy como ayer; hoy culpable como ayer inocente; para mí ya no hay

honra ni estimacion! No volveré á entrar en casa de mi marido, porque si lo hiciera, le confesaria mi falta, y entonces tendria derecho á castigarme. Estoy resignada á un completo destierro de la sociedad; pero vos, Armando, no echais de ver el porvenir que os labrais? Ni casamiento posible, ni familia, como no sea una familia infamada con el nombre de adúltera que yo he merecido! Ni aun habrá para vos sociedad, porque se tratará de haceros pagar la falta cometida por mí á sus ojos! Reflexionad, Armando; yo puedo partir sola, yo puedo huir.... Así no sereis mi cómplice, asi el único compromiso será el mio.

—Leonía, repuso Armando, me habíais permitido morir por vos; acaso no merezco vivir para vos tambien?

—Lo quieres asi, Armando? dijo Leonía tendiéndole la mano. Pues bien: acepto tu vida. Te la pagaré con la mia.

—Partamos, pues, partamos! esclamó Luizzi, que habia dispuesto anticipadamente su salida de la posada.

Y ambos dejaron ésta, vestidos tal como estaban, él en trage de visita y ella con bata de muselina; porque á la hora avanzada en que habian abandonado el gabinete, á la hora en que se habian decidido á huir juntos, ni el uno ni el otro habian pensado en esas necesidades miserables de la vida material qne aumentan los grandes dolores con otros pequeños. Por otra parte, no habia ninguna tienda abierta para que Luizzi hubiera podido proveerse de los objetos necesarios al que viaja. Llegaron lentamente á donde estaba el carruage, y solo encontraban á algunos obreros que emprendian su marcha á aquella hora para llegar á tiempo á su trabajo, y que se admiraban de que aquella mujer y aquel hombre caminasen á pié por el lodo. No obstante, poco tardaron en llegar á Frascati, y Luizzi, oyendo en el patio voces alegres de hombres y mujeres que salian de aquel sitio, abrió rápidamente la portezuela del coche, é hizo salir á Leonía antes que nadie la pudiera ver: luego, sin dar lugar al cochero á bajar de su asiento, subió á su vez al carruage, en el momento en que el grupo de alborotadores salia de la posada y pudo oir una voz de mujer que decia:

—Calla! quién es esa que se va en un Simon?

—Toma, respondió otra, es Palmira que indudablemente se larga con su agente de cambios.

La condesa se sepultó violentamente en el fondo del carruage, mientras una nueva voz añadia en ese tono chillon y modulado que caracteriza tan particularmente á la ramera:

—Gustavo, decid á Julieta, puesto que la habeis vuelto á ver, que no olvide á sus antiguas amigas. Ahi teneis una que sacaria raja de un pedernal.

Sin duda los nombres de Gustavo y de Julieta no hubieran sorprendido á Luizzi hasta el punto de alarmarle, sino hubiera creido reconocer en la

respuesta á aquella interpelacion la voz del mismo Gustavo Bridely, que respondió desde lejos:

—Julieta trae ahora otra cosa entre manos ....

Esta estraña coincidencia causó tal asombro en el ánimo de Luizzi, que éste no pudo menos de sacar la cabeza por la portezuela para ver si se habia engañado, ó si verdaderamente era aquel hombre el marqués; pero un «Ah! cuidado» de Leonía le hizo volverla á meter, y de tal modo le ocupó el estado miserable de la pobre mujer, que no tardó mucho en olvidar la circunstancia qne habia llegado á herirle como un nuevo aviso.

Leonía, retirada en el fondo de la berlina, tiritaba á la vez por el frio de la madrugada y por el de la fiebre que se apoderaba de ella. No era ya aquella mujer fuerte y altiva, cuya belleza de emperatriz y cuya aventajada estatura parecian revelar uno de esos ánimos varoniles que comunmente se suponen encerrados en los cuerpos fuertes y de grandes proporciones; era una pobre mujer débil, tímida, desesperada, llorando, temblando, sufriendo, que acababa de salir repentinamente de una vida de tranquila resignacion, de castumbres en donde ningun malestar físico habia penetrado jamás, y arrojado de repente á la accion mas atrevida y culpable, y en la cual nada faltaba, ni aun la voluntad para privarse de las cosas mas necesarias.

Luizzi se aproximó á ella y le habló dulcemente suplicándola tuviera ánimo.

—Ya le tengo, respondió ella; ya le tengo.

Pero estas palabras se escaparon entre el choque de sus dientes, y su voz temblaba como su cuerpo.

—Oh! Leonia, murmuró Luizzi, qué tienes? Tu vida me pertenece ahora, y la defenderé.

—Ay! respondló Leonía en un tono en que habia mas desesperacion que valor: no temo morir.

—Tambien defenderé tu vida de la calumnia; y si no soy bastante fuerte contra el mundo, huiremos á cualquier pais estranjero, donde viviremos ambos con un nombre supuesto.

—Sí, sí; no es verdad Armando que huiremos de Francia, y nos ocultaremos en donde solo nosotros sepamos mi falta?

—Tu falta, Leonía? Es una falta el haber querido huir de la muerte, el no haber querido dar tu vida al que la habia condenado á arrastrar una existencia de resignacion?

—Es una falta, Armando, una falta! pero no me arrepiento de haberla cometido si tú me amas.

—Oh Leonía! esclamó Armando: lo dudas?

La condesa cayó de rodillas en el carruage por un movimiento delirante, y esclamó alzando sus suplicantes manos á Luizzi:

—Oh, Armando! Amame mucho, ámame,.... Me amarás, no es verdad?

Me amarás siempre?..... Si no me amaras tú..... qué sería de mí..... Dios mio!

Luizzi estrechó en sns brazos á Leonía, y la tranquilizó asegurándola con los mas sagrados juramentos la constancla y la adhesion del amor que le pedia.

La condesa estaba helada, temblaba de frio en los brazos de Armando.

—Sufris, la dijo, y yo nada he previsto..... ni siquiera os he puesto á cubierto del frio!

—No es nada, contestó Leonía, que procuró contener el temblor nervioso de sus dientes; no es nada, no os ocupeis de esto.....

—Voy á mandar parar antes que salgamos de París; haré que abran una tienda en donde encontraré todo lo necesario.

—No, no; dijo Leonía asustada..... huyamos, huyamos pronto.

Sin embargo, Luizzi veia que se aumentaba por momentos el malestar de la condesa que se habia sepultado en un rincon del carruage, y vencida por el desfallecimiento, el frio y la calentura, estaba inmovil, tiritando, murmurando quejas inarticuladas, y respondiendo á lo que Luizzi decia con estas palabras pronunciadas con acento breve y distraido:

—Estoy bien! estoy bien!

—Al fin, vió Armando á través de les cristales del coche la multitud de carretas qne llegan á París al nacer el dia. Los hombres que las conducian estaban abrigados con esa especie de capote corto de lana gruesa y rayada que llaman traginero. A pesar del encargo de la condesa, hizo parar el coche, bajó, y llamó á uno de los carreteros que pasaban.

—Buen hombre, le dijo, quereis venderme vuestro capote?

—Mi capote! esclamó el carretero admirado..... Vamos, añadió sacudiendo su pipa, y qué quereis hacer con mi capote, señor baron?

Luizzi miró á aquel hombre que tan bien le calificaba. Creyó conocer al que le hablaba, pero no pudo recordar quien era, y no queriendo entrar en conversacion con él, quien quiera que fuese, le dijo:

—He olvidado tomar el mio, y estoy transido de frio; os le pagaré tan bien que podreis comprar aunque querais otros diez.

—Calla, calla! os habeis hecho rico, señor de Luizzi? Mejor que mejor, añadió desabrochándose su traginero. Ay! no sucede asi por allá; el viejo Rigot está arruinado, la pobre tia Turniquel ha muerto, y Mad. Peyrol, que ha cedido todos sus bienes á su hija la del par, vive con el bueno de Rigot en una barraquilla junto á la antigua casa de su tio. Solo se mantienen los dos con una pensioncilla que les pasa ese Mr. de Lemée yerno de Mad. Peyrol.

—Ah! esclamó Luizzi ilustrado al fin por todas aquellas circunstancias; si es Periquillo!..... Has dejado las postas?

—Toma, las dejé para ir de cochero á casa del bueno de Rigot que me

habia hecho grandes promesas; pero me he quedado al piste..... Qué! si lo que ha pasado es una historia terrible..... pero no tanto como la muerte de Mad. Turniquel. Sin duda no sabreis que Mad. Peyrol no era hija de la tia Turniquel.

—Cómo! dijo Luizzi..... Eugenia.....

—Parece que es hija de una gran señora á quien se habia robado un niño en otro tiempo; la vieja ha guardado el secreto hasta el último instante porque tenia miedo de que la abandonára su hija que la mantenia; pero en el artículo de la muerte su temor al diablo reemplazó al otro y lo confesó todo.

—Y ha dicho el nombre de esa gran señora?

—Esperad, esperad, dijo el antiguo postillon; es una tal Mad. de Cliny... Cany..... Cauny..... Cauny, sí, eso es. Pero cómo diablos se ha de saber que ha sido de ella despues de treinta y cinco años? Ay! señor, no andaria asi la cosa si vos os hubiérais querido casar con aquella pobre mujer.

—Cauny! murmuró el baron; me parece que conozco ese nombre; le he oido, no me acuerdo donde.

El baron iba tal vez á interrogar á Periquillo; pero éste, que durante la conversacion se habia acercado al coche, retrocedió vivamente esclamando:

—Ay Dios mio! esa señora se ha puesto mala!

—Está bien..... está bien! dijo el baron echando á Periquillo cinco ó seis luises y volviendo rápidamente á su puesto.

Leonía se habia desvanecido y caido sobre la banqueta. Luizzi la levantó, la puso sobre sus redillas, y dependiendo su cabeza del movimiento y los baivenes del carruage, la envolvió en el capote, y la contempló pálida, fria y casi moribunda.

—Leonía, Leonía! le dijo muy bajo estrechándola contra su pecho: valor! valor!

—Gracias!..... gracias! contestó ella, como si se hallara adormecida. Oh! estoy asi bien..... estoy abrigada.....

Una lágrima asomó á los ojos de Luizzi al oir aquellas palabras en boca de una mujer de tan noble cuna, de tan elevada posicion, tan elegante y tan hermosa, que le daba gracias por haberla guardado un momento del frio que se apoderaba de ella. La estrechó aun con mas fuerza contra su corazon, como si quisiera cubrir todo su cuerpo, é inclinándose á ella imprimió un beso en su helada frente.

Leonía desembarazó suavemente sus brazos del capote en que se hallaba envuelta, y echándolos al cuello de Armando, quedó suspendida de él, y murmuró dulcemente sin abrir los ojos:

—Me amas, no es verdad?..... me amas?

—Sí, Leonía, sí; yo te amo..... y Dios es testigo de que perderé la vida

antes da pensar en no amarte como á la mas noble y á la mas santa de las mujeres.

—Gracias!..... gracias!..... repuso Leonía. No me abandonarás nunca, no es verdad?

—Oh! calla, Leonía, calla..... Abandonarte!..... oh! nunca. . nunca....

La condesa abrió los ojos, cuyo vidrioso brillo anunciaba un ardor febril, y dijo echando una lánguida mirada al baron:

—Sí, me amas..... oh! sí, me amas..... no es cierto? y si muero no me despreciarás!

—Leonía!..... Leonía!..... esclamó el baron inundando con sus lágrimas el rostro de la condesa; qué dices de morir!..... Oh! padeces mucho, padeces.....

—No..... me amas! Háblame, háblame asi..... me haces mucho bien!

Y dasenlazó sus brazos del cuello drl baron, tomó una de sus manos y la acercó á su corazon, diciéndole dulcemente y con una voz que se estinguia poco á poco por el soñolicnto desmayo producido por el cansancio y la fiebre.

—Amame..... ámame..... ámame mucho..... no tendrás que amarme por mucho tiempo .... Soy feliz sin embargo..... soy asi feliz..... soy feliz..... Armando..... yo te amo!.....

Y hablando asi, Leonía oprimia la mano de Armando contra cu corazon, y, á medida que se estinguia su palabra, disminuia tambien aquella presion; luego, dejó caer sus brazos, se desvaneció su cabeza, y quedó sumida en un completo anonadamiento.

Luizzi fijó entonces sus ojos en ella.

Por la primera vez de su vida sintió en su corazon algo de ese amor que pertenece á los últimos años de la juventud del hombre, de ese amor que hace completo al hombre, de ese amor que protege, qne se sacrifica, que se apoya en la confianza de sí mismo, y que solo se inquieta por su porvenir, porque está basado en sentimientos de honor á que ningun hombre se resiste, amor santo y puro que no lleva consigo la ceguedad de los amores crédulos y llenos de ilusiones de la adolescencia, ni el fuego impetuoso de las pasiones de la juventud en todo su rigor, pero que prevee la lucha que tendrá que sostener, que ha calculado todos los sacrificios que necesitára hacer, toda la constancia que le será preciso mostrar, y que acepta la lucha con valor, se impone los sacrificios con placer, y se ensancha con la felicidad que posee, y mas aun con la que dá.

Jamás el corazon de Luizzi habia esperimentado tan noble sentimiento, y por la primera vez tambien se sentia dichoso y orgulloso consigo mismo, porque veia unirse á él una noble existencia, y se sentia con valor para entregarse por completo á ella.

En aquel instante, viendo á Leonía bastante abatida para no admirarse

de su silencio, trató de buscar los medios mejores para ponerse à cubierto de toda persecucion. Para ello, necesitaba saber lo que pasaba en París; asi, pues llamó á Satanás seguro de que su voz, solo para él era perceptible, y prometiéndose firmemente responderle de modo que Leonía no le oyese, y se admirase de una conversacion que para ella solo seria un monólogo desnudo de sentido.

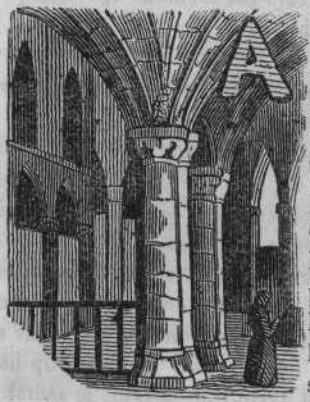






XVIII.

Contraste.



pareció Satanás. Se habia despojado de su trage de abate; estaba completamente vestido de negro; llevaba en el ojal una cinta en que estaban reunidos todos los colores del iris, y que probablemente contenia los signos distintivos de una docena de condecoraciones. Si el Diablo hubiera tenido las manos limpias y algunas prendas de ropa blanca, con aquel trage se hubiera parecido algo á uno de esos diplomatiquillos de los pequeños estados alemanes, que pasan la vida solicitando todos los cordones de todas las cortezuelas de la confederacion germánica; pero, prescindiendo del trage negro, daba á Satanás su mal continente un aire de pobreza mugrienta que hubiera convenido á esos intrigantes de baja esfera que se condecoran para estafar una comida á los fondistas crédulos, ó para vender pomada á los adjuntos de alcaldes de pueblo.

La posicion en que se hallaba Luizzi, no dejaba á éste suficiente tiempo para inquirir la causa de que el Diablo hubiese escogido aquel trage equívoco. Asi que Satanás hubo tomado asiento en la berlina en la banqueta de frente al baron, le dijo Armando en voz baja:

—Dime qué es lo que hace ahora el conde en París.

—Para informarte convenientemente, contestó Satanás, voy á tomar el relato desde el punto donde lo dejé. Sin embargo antes de empezar, déjame recordarte, mi amo, que tú mismo has rehusado escuchar hasta el fin.

—Lo sé; pero date prisa, dijo Luizzi, que te prometo interrumpirte aun menos que la otra vez.

—Pues ármate de valor, porque antes do empezar debo decirte tambien que vas á oir cosas singulares. Pero al fin, puesto que quieres saber lo que es la vida humana ó los sucesos humanos en su parte mas oculta, es preciso atreverse á mirarlos de frente. A veces son muy hediondos: la anatomía del cuerpo humano toca á todas las asquerosidades; la de la vida humana seria imperfecta si se detuviera solo en las superficies blancas y puras.

—Pero date prisa; escitas sin cesar mi curiosidad y nunca la satisfaces por completo.

—Escucha pues.

Y el Diablo prosiguió:

—Te he dicho ya que Julieta, creyendo que habia vuelto á casa el baron é irritada porque no iba á la cita que le habia dado, se decidió á bajar, y penetró en su cámara, en el momento en que Mr. de Cerny se dirigia á ella. A la vista de un desconocido, retrocedió Julieta confusa, y al ver el conde una mujer, se detuvo y la saludó profundamente.

—Perdonad, dijo Julieta, creí que Mr. de Luizzi estaba en su cuarto.

—Aun no ha vuelto, respondió el conde; yo le estoy esperando.

Saludáronse ambos, él para quedarse en la cámara, y ella para retirarse, pero dirigiéndose el uno al otro una mirada de asombro.

Sin duda Julieta recordó en qué circunstancias habia visto otra vez al hombre que tan inopinadamente encontraba allí; porque casi al mismo tiempo le acometió una especie de terror, se volvio con rapidez, como para evitar la mirada investigadora de Mr. de Cerny, y se dirigió vivamente hácia la puerta.

La alteracion que causara á Julieta, su presencia y su pronta retirada, dieron tambien á los recuerdos del conde la certidumbre que hasta entonces les habia faltado, porque se adelantó con mas rapidez aun, se puso entre la puerta y la jóven, y detuvo á esta en el momento en que iba á salir.

—Sois Julieta Genlis? la preguntó.

—Os equivocais, caballero, contestó ella con audacia; yo no os conozco.

—Miserable bribona! esclamó el conde asiéndola violentamente del brazo

y arrastrándola al medio de la habitacion: no aparentes ignorar quién soy, porque yo te he conocido muy bien.

Bajó entonces Julieta la cabeza mordiéndose los labios de cólera, pasado un momento de silencio, se puso á mirar al conde con desdeñosa impudencia, y le respondió en tono de grosera fanfarronada:

—Qué teneis que decirme? Pues bien: sí, soy Julieta Genlis.

—Qué tengo que decirte! esclamó el conde acercándose á ella con los puños cerrados, como hombre que halla todas las dificultades del mundo en contenerse lo bastante, á fin de no proceder con estremada violencia: qué tengo que decirte? miserable! no te acuerdas ya de lo que entre nosotros pasó en A x?

—En Aix, esclamó Luizzi interrumpiendo, á pesar suyo, al Diablo, compulsando esta circunstancia con el relato que habia escuchado la víspera.

Miró el Diablo á Luizzi con una sonrisa desdeñosa, y le dijo:

—Me habias prometido no interrupirme!

—Tienes razon, Satanás, tienes razon, contestó Luizzi: pero ten presente que eres mi esclavo, y cuidado no te traiga tan constamente á mi lado que se te quite el placer de hacer miserables otros mas que á mí.

—Como te agrade, respondió Satanás; pero no grites tanto; cuidado no despiertes á esa mujer que está durmiendo.

—Habla pues, habla!

—El Diablo apartó sobre su frente los largos cabellos grasos y sucios que le cubrian el rostro, y prosiguió su relato conservando siempre esa sonrisa constante y débil, que es lo único que queda á unos labios manchados por la vergonzosa disolucion.

—Te acuerdas, dijo el conde á Julieta, de lo que entre nosotros pasó en Aix?

—Y qué? respondió ella; me parece que os divertísteis tanto como yo por lo menos. Hice todo lo que quisísteis, pagásteis y quedamos corrientes.

Julieta se adelantó al decir esto hácia la puerta, pero el conde la detuvo y le dijo en tono aun mas irritado:

—Todavia no, porque pagué aquella noche de orgía á mas precio aun que el del oro que te dí; debes saberlo, miserable!

—Bah! dijo Julieta; esas son desgracias á que se espone el que va á donde vos fuísteis: por otra parte, ni yo he muerto ni vos tampoco, y creo que en este mundo miserable lo mejor es no ocuparse del mal cuando ha pasado.

Las primeras palabras de Julieta habian exasperado al conde, pero el final de esta frase le hizo contener su furor; supuso con razon que la persistencia de su cólera podria ser una confesion de las fatales consecuencias de su primer encuentro con Julieta, y la respondió mas tranquilo:

—Teneis razon, no hablemos mas de ello, y sobre todo, no hableis vos,

añadió desplomándose en un sillon y haciendo señal á Julieta para que se acercase; despues continuó:

—Al veros en casa del baron de Luizzi, supongo que debeis estar mas interesada en mi silencio que yo puedo estar en el vuestro. Sed franca con-



migo y seré discreto para con vos. Sois ahora la querida de Luizzi, no es eso?

—No, señor conde.

—Con las costumbres en que os he conocido, y á la hora en que os encuentro en esta habitacion.... Es la esplicacion mas honrosa que puedo dar á esta visita.

Julieta respondió con un pequeño movimiento bastante despreciativo, y dijo con frialdad:

—Posible es que hubiera sucedido lo que decís, si le hubiese encontrado; aunque, á decir verdad, añadió sériamente, eso no debiera suceder jamas entre nosotros.

—No os encuentra el baron de su gusto? dijo Cerny mirando á aquella mujer de pies á cabeza.

—Seria necesario que él no fuera del mio para que yo no fuese del suyo, contestó Julieta. Mas, á pesar de todo, no la echeis tanto de bravo, añadió sentándose cerca del conde de Cerny; me habeis amado mas de una noche, y si yo quisiera todavia os acordaríais de mí de cuando en cuando.

La fisonomía del conde se contrajo á estas palabras, pero como probaban que Julieta ignoraba por completo su desgracia, se contuvo y la respondió:

—No digo que no, aunque has tomado un aire de modestia que no te debe dejar ser tan divertida como antes.

—Todo eso está bien para con el baron, dijo Julieta; pero no quiero hacerme la mogigata contigo; y luego estás aun muy hermoso; estás mas guapo que antes. Ay! es preciso conocerlo, querido mio; al fin llega la virtud, añadió inclinándose amorosamente al conde, que sometido á la fascinacion y á las miradas lascivas de aquella mujer, retrocedió palideciendo.

Julieta se apercibió de ello, y repuso levantándose de repente:

—No tengais miedo, no tengais miedo, que no os violentaré. Ya sé que sois incapaz de ser infiel á vuestra mujer.

—Quién te ha dicho eso? esclamó el conde arrebatado por la cólera; acaso te lo ha dicho el baron?

—Os aseguro que no, respondió Julieta; me lo ha dicho du Bergh, que contaba hoy durante la comida que ya solo pensabais en la ambicion y en la política. Por lo demas, concíbo muy bien que cuando se ama á alguno no se le quiera engañar. Mirad, yo por ejemplo, si Enrique no estuviera acostado ahora con su mujer, tampoco hubiera pensado en hacerle una infidelidad con el baron.

—Oh! esclamó Luizzi, iluminado de repente por una luz fatal: con que esa horrible vision que esperimenté durante mi enfermedad era cierta?

—No me habias llamado para saber las relaciones de Julieta y Enrique? Te obedecí, y te las mostré del único modo que entonces me era permitido.

—Y por qué no te presentaste á decirme que todo aquello era cierto?

Me pediste la verdad; estabas en el delirio del tétano y no podias oirla, y te la mostré, ¿qué mas podia hacer? Por otra parte, no te he dicho esta mañana:—recorre tu memoria y mira, si tienes algo que mandarme?

La cabeza de Luizzi se perdia á través de las terribles revelaciones que la herian una tras otra.

Olvidaba á aquella mujer tendida en el carruage que dormia con un sueño penoso y febril, dominado por los temores que le asaltaban, esclamó vivamente y sin moderar su voz:

—Acaba ya! dímelo todo, Satanás, ya te escucho; y el Diablo prosiguió con su fria y burlona impasibilidad:

—En el momento en que Julieta decia al conde: «tampoco hubiera pensado en hacer una infidelidad á Enrique con el baron.» M. de Cerny contestó á la jóven.

—Hubiérais hecho mal, porque Enrique lejos de estar con su mujer en este momento, ha salido.

—Tras alguna otra, no es verdad? repuso Julieta.

—No, respondió el conde; no se trata de una mujer, aunque una mujer sea la causa principal de la salida de vuestro Enrique.

—Ya! se trata de alguna querida de ese nécio de Armando?

—No, contestó el conde con enojo, no! la mujer de quien se trata no ha sido, ni será nunca querida del baron de Luizzi.

Satanás se detuvo al llegar aquí, y luego añadió medio cerrando los ojos y con sonrisa siniestra, dirigiendo una mirada á Mad. de Cerny que se agitaba en su sueño:

—Qué dices á esto, mi amo? Hé ahí una verdadera asercion de marido.

—Infame! murmuró Luizzi, puesto que yo no te interrumpo, continúa y no te interrumpas tu mismo.

El Diablo tomó una espresion de mel evolencia que hasta entonces no le habia notado el baron, y continuó su relato sin responder á aquella injuria de Armando:

—Ni ha sido ni será nunca su querida; habia querido decir el conde.

—Ni esa ni otra lo será, dijo Julieta, á no ser que yo quiera permitirlo; porque el pobre mozo está enamorado de mí como un imbécil.

—Yo enamorado de esa muchacha! esclamó Luizzi con ira! Oh! detesto y desprecio á esa miserable ramera, á esa indigna criatura!

En este instante despertó Leonia dando un grito, y volviéndose á ocultar en el fondo del carruage.

—Oh! Armando, de quién hablas? de quién hablas? esclamó espantada; á quién has llamado indigna criatura? A quién has dicho miserable ramera?

—Oh! no eres tú pobre mujer sin ventura: esclamó Luizzi cayendo de rodillas delante de Leonía. No eres tú, que ahora mas que nunca te hallas unida á mí por los lazos del infortunio, porque los dolores que has sufrido y los que para mí preveo, tienen un mismo orígen.

—Prevees nuevos dolores para tí? preguntó Mad. de Cerny; habeis reflexionado demasiado tarde, Armando!

—No, Leonía, mis dolores no pueden proceder de tí.

Mientras hablaba asi, oyó la risa ágria y seca del Diablo que estaba agachado sobre el asiento delantero del carruage devorando con su mirada siniestra á aquella hermosa y noble mujer, á quien al fin habia logrado conducir al mal.

—No, contestó Luizzi alzando la voz como para responder á la burla de Satanás; no, de tí no me pueden venir esos dolores; y si algun consuelo puede quedar á mi vida, de tí solamente le espero: lo oyes, Leonía?

Y la risa de Satanás se dejo oir mas ágria aun al oido del baron; éste irritado por la insolente burla de su infernal esclavo, esclamó colérico:

—Vete! vete!

El Diablo desapareció entonces diciendo al oido de Luizzi.

—Mi amo, no olvides que quien me despide eres tú.

La condesa, admirada de la esclamacion de Armando, que no parecia dirigirse á persona alguna, miró á éste con inquietud, y él la dijo:

—Perdóname, Leonía, perdona la incoherencia de estas palabras; durante vuestro sueño me han perseguido ideas tan tristes, presentimientos tan amenazadores, que por un momento han estraviado mi pensamiento lejos de vos.

—Y yo tambien, Armando, contestó Leonía, yo tambien durante el horrible sueño que me habia vencido, he recibido funestos avisos, si es cierto que Dios da al sueño algunas veces la potestad de comprender un porvenir que nuestra razon, ó mas bien nuestro corazon, no se atreverian á preveer.

—Y cuál ha sido ese sueño? preguntó Luizzi cuya imaginacion, sin cesar herida por revelaciones sobrenaturales, buscaba incesantemente luces fuera de las cosas que dirigen la conducta de los demas hombres.—Cuál es ese sueño?

—Me parece, dijo la condesa en esa voz baja con la cual parece llamarse algun suceso, y con esa mirada que parece querer penetrar en lo pasado para no olvidar ningun detalle; me parece, dijo, que me hablaba en una miserable alcoba; era un cuarto de posada en un pueblo miserable, y aunque pobre, se me habia dado como la mejor de la casa, porque se me dijo, que en otro tiempo la habia ocupado un gran personage..... Escuchad, aquel gran personage era el Papa.

—Un cuarto donde se habia alojado el Papa? dijo Luizzi asombrado.

—No, no, contestó Mad. de Cerny, aquel cuarto existe verdaderamente en Bais-Mandé; y como he pensado mas de una vez desde ayer en ir á buscar un asilo cerca de ese pueblo á casa de mi tia Mad. de Paradéze, no es estraño que esta circunrtancia que con tanta frecuencia he oido contar, se haya juntado al sueño que me ha perseguido: ahora caigo en ello. Me hallaba pues en

aquella habitacion, estaba enferma, y la noche fria me helaba á la par el cuerpo y el corazon.

—Sí, dijo el baron tristemente, acaso pesó sobre vuestro sueño el frio de aquel momento; acaso vuestro verdadero pesar era el que os inspiraba el sentimiento de vuestra enfermedad imaginaria.

—Es posible, contestó la condesa; pero lo que no tiene relacion con nada de lo que he sufrido y sentido desde hace ya algunas horas, es lo que me ha parecido ver en este cuarto, es lo que tan estrañamente ha coincidido con las palabras que oí durante mi sueño..... y que en efecto eran pronunciadas por tí á mi lado, dijo la condesa acercándose á Luizzi.

—Continúa, continúa, repuso el baron tuteándola como ella acababa de tutearle, dejando y tomando ambos á su placer ese lenguaje de la intimidad dejándole cuando trataban de un asunto en que no se interesaban comunmente, tomándola cuando necesitaban recordarse uno á otro que ya eran enteramente uno de otro. La condesa continuó con aquel tono triste y sobresaltado en que habia empezado su relato.

—Sí; me hallaba sola y enferma en esta miserable habitacion. Digo que estaba sola, porque tú, Armando no estabas á mi lado; pero habia alguien á los piés y á la cabecera de este lecho fatal; habia un hombre y una mujer. Me parece que conoceria á aquel hombre si le viese alguna vez: era viejo, estaba vestido de negro de piés á cabeza; su rostro era pálido, y daba senales de una vida corrompida y disoluta tenia largo cabello negro que caia sobre su rotro, y la suciedad de su camisa y la de su persona me hubiera hecho tomarle por algun miserable viajero atraido alli por la curiosidad, si no hubiese echado de ver en el ojal de su levita una cinta de colores diversos que parecia anunciar que aquel hombre estaba condecorado con muchas órdenes importantes.

—Ah! con qué tenia una cinta en el ojal?

—Sí, contestó Leonía sin parar mucho la atencion en la curiosidad de Armando, sí. En cuanto á la mujer que estaba á los piés de la cama, era jóven y quizá me hubiera parecido hermosa, á no ser por el fiero resplandor de sus ojos que clavaba en mí y hacia penetrar en mi corazon como un hierro candente.

—Pero recordais la fisonomía de esa jóven? preguntó Luizzi sobresaltado.

—Muy poco, contestó la condesa; unas veces me parecia jóven como una niña de diez y seis años, cándida y pura, á pesar del contínuo brillo de sus ojos; otras veces me parecia de mas edad, y entonces habia en ella una espresion de licenciosa impudencia que me causaba horror. Ambos permanecian aqui, él á la cabecera de la cama y ella á los piés. La primera que habló fué la mujer.

—Vamos, dijo al hombre, estás contento?

Aquel hombre me dirigió una mirada aun mas siniestra que la de la mujer, y respondió:

—En cuanto á esta, muy bien.....

La condesa se detuvo y reflexionó; luego continuó:

—Llamó á aquella mujer Enriqueta ó Julieta..... una cosa asi; nada importa. «En cuanto á esta, muy bien, dijo; ha sido infame y adúltera; y por lo tanto me pertenece; pero ha renegado de Dios la otra, y se ha verificado el incesto?

—Todavia no, contestó la jóven.

—Pues entonces vete y no tardes, porque se pasa el tiempo y no tardará en espirar el plazo fatal.

—Ya voy, maestro, respondió ella.

Y entonces, volviéndose á mí, añadió con cruel sonrisa:

—Tú ya puedes morir, porque, gracias á mí, te ha abandonado tu amante y no le volverás á ver.

Apenas habia pronunciado estas palabras, desapareció y esclamó aquel hombae colocando sobre mi corazun una mano de hierro:

—Vén ya, ramera, infame criatura; vén, que ya eres mia.

—Entonces fue cuando desperté, entonces fué cuando me pareció que las palabras pronunciadas por tí resonaban sobre mi lecho de muerte como el eco de las que habia oido durante mi sueño.

Tal vez eran mis palabras las únicas que oiste, dijo Armando; como estabas medio dormida, mis palabras tomaban sentido en aquel sueño en que la realidad se juntaba al delirio de tu imaginacion.

Luizzi habia prestado una profunda atencion al relato de la condesa y por decirlo asi, habia participado de su terror hasta el momento en que el hombre de aquel sueño habia hablado de incesto y de una alma que reniega de su Dios. Cuando dominado por el terror que le inspirára lo que acababa de saber por boca de Satanás, habia creido entrever en el sueño de Leonía una terrible advertencia de su infernal confidente, habia prestado nombre á cada uno de los actores de aquella escena: para él aquella mujer era Julieta; para él, aquel hombre era Satanás; pero la palabra «incesto» le habia mostrado hasta qué punto se habia dejado alucinar; porque en su vida nada habia á que fuera aplicable aquella palabra: procuró pues, por medio de todas esas razones que llama la razon, desechar del corazon de Leonia los temores quiméricos que la condesa habia esperimentado y se persuadió á sí mismo el primero queriendo persuadirla á ella.

El cochero habia cumplido su palabra; se hallaban en Fontainebleau. Hicieron parar su carruage á la entrada de la ciudad, porque asi como no habian querido que el cochero pudiese decir de donde habian salido, no querian que pudiese decir á donde habian ido. El baron se ocupó en seguida en tomar todas las precauciones necesarias para que Leonía entrase

en la ciudad sin que llamase la atencion: la dejó un instante en la berlina para proporcionarla los objetos que necesita una mujer que debe ir á pié. El bello y elegante baron se fué por las calles de Fontainebleau, entrando en las tiendas para comprar un chal, un gorro y un velo, para la condesa. Y en cuanto volvió al lado de esta con gran admiracion de los transeuntes que miraban á aquel hombre cargado con las compras que acababa de hacer, entraron ambos en Fontainebleau y fueron á parar á la posada del Cuadrante azul que está cerca del correo y al paso del camino real. Esta circunstancia les permitia tomar un carruage particular ó uno público, para alejarse sin que Luizzi ó la condesa corriesen riesgo de ser conocidos atravesando á pié una ciudad que, durante todo el año, es término de paseo para los parisienses ociosos.

Al llegar á la posada, el primer cuidado de Luizzi fué proporcionar lecho á la condesa; acostóse esta, y el reposo del cuerpo devolvió muy pronto la calma á su espíritu. Leonia pudo contemplar al fin su situacion con menos terror bajo todas sus fases y razonar de modo que no la agravase con pasos inconsiderados. Luizzi, por su parte, tuvo el tiempo necesario para ocuparse de los pormenores materiales del viage que aun les restaba, é hizo venir á la posada las personas que debian proveer, asi á él como á la condesa, de trage mas adecuado que el que llevaban.

El oro es un agente cuya potencia no se ha calculado aun, como no se ha calculado la del vapor y la de las máquinas de dilatacion.

En efecto, á fuerza de dinero, logró Luizzi tener en Fontainebleau ¡en Fontainebleau! un sastre y una modista, que en doce horas le confeccionaron cuanto necesitaban.

Despues de haber atendido á todos estos pormenores, lo cual veia la condesa con ese dulce agradecimiento del corazon que ama y que todo lo toma en consideracion, aunque sea un alfiler, si este alfiler significa: «Pienso en vos»: despues de haber atendido á todos estos pormenores, repetimos, Luizzi, hallándose al lado de la que perdia, creyó serle lícito pensar en la que abandonaba, y el recuerdo de su hermana entregada á Julieta y á Enrique, vino á entristecerle y desesperarle. El baron hubiera deseado saber hasta el fin la escena ocurrida entre Julieta y el conde de Cerny; pero no se atrevia á separarse de la condesa, que le decia cada instante con voz débil y desconsolada:

—No os vayais, Armando; tengo miedo cuando estoy sola: me parece que no voy á volveros á ver.

Por otra parte, Leonia se fué quedando dormida, y Armando no se hubiera atrevido á llamar á Satanás al lado de ella, temiendo los movimientos de cólera á que el Diablo podia conducirle, movimientos que hubieran podido asustar á la condesa hasta el punto de hacerla dudar de la razon de su amante.

Despues de largas reflexiones, pensó que ya sabia bastante respecto á Julieta y á Enrique para tratar de arrancar de sus manos á Carolina, y no sabiendo á quien dirigirse para proteger á esta; se decidió á hacerlo á ella misma y la escribió:

«Carolina: Asi que recibas esta carta sal de casa sin que tu marido te vea; no digas que yo te he escrito y parte inmediatamente para Orleans, donde te espero en la casa de postas, á donde te harás conducir. No te alarmes por ese viage y no te asuste lo que te mando; si existe en el mundo algun peligro para tu vida, consiste en permanecer por mas tiempo en París; piensa en que tal vez está interesada la mia en que sigas sin tardanza mi consejo y que cuento contigo para salvarme.

Armando de Luizzi.»

El baron añadió esta última frase á su carta para determinar á Carolina, sabiendo que esta haria por él lo que no se hubiera atrevido á hacer por sí misma, y conociendo en ella una de esas calmas cuya abnegacion es, por decirlo asi, su vida consagrada por Dios á la felicidad y á las necesidades de los otros.

Cuando hubo terminado esta carta el baron, colocado por una falta en la senda del bien y la proteccion, quiso acudir asimismo en ayuda de todas las existencias á quienes habia comprometido, y pensó en lo que acababa de saber de la desgraciada Eugenia. La dificultad que encontraba consistia en hallar una persona, por cuyo medio hacer el poco bien que podia hacer á la infeliz Mad. Peyrol, y en la situacion en que se hallaba no encontró nadie á quien dirigirse mejor qne á Gustavo Bridely.

Copiaremos la carta que le dirigió, y así se comprenderán suficientemente las razones que decidieron á Armando á hacer una eleccion que á primera vista debia parecer bastante singular.

«Mi querido Mr. de Bridely: Sin duda debeis acordaros de Mr. Rigot y de la estraña condicion que impuso para el casamiento de sus dos sobrinas; tambien debeis recordar que por un capricho, cuyo secreto sabeis tambien como yo, me decidí á presentarme en lugar de vos en su casa. Ved aqui lo que le ocurre: Mr. Rigot está arruinado y Mad. de Lemée tiene la desvergüenza de dejar vivir en la miseria al anciano á quien debe sns riquezas y á su madre, que la ha asegurado la posesion de ellas.

Si en el poco tiempo que estuve en casa de Mr. Rigot no tomé un afecto muy profundo á aquel hombre, al menos supe que Mad. Peyrol era la mujer mas honrada, y acaso la mas desventurada que conozco. Al verla tan noble y tan distinguida, me ocurrió la idea de que aquella mujer era la hija de una ilustre familia arrebatada á su madre.

Aquella suposicion gratuita ha llegado á ser hoy una verdad, y tengo derecho á creer que Mad. Peyrol pertenece á cierta Mad. de Cauny. No puedo aseguraros que este sea el nombre de la madre de Mad. Peyrol; pero vos lo sabreis suficientemente de ella misma cuando la veais, porque deseo que la veais lo mas pronto posible. Vive en una casita próxima á la granja de Taillís, á algunas leguas de Caen; trasladaos allá en persona y entregadle de mi parte el importe de la adjunta letra que os satisfará mi banquero. Hacedla ver que aquello no es una limosna, sino un préstamo que yo la hago, y cuyo reembolso exigiré asi que ella haya recobrado su familia y los bienes á que sin duda tiene derecho.

Lo mas dificil de vuestra comision será, mi querido Gustavo, el hacer aceptar ese dinero á Mad. Peyrol; pero hay un medio que probablemente podrá mas que todas vuestras instancias: este medio consiste en inspirarle la esperanza de recobrar su familia, y de hallarse por consiguiente, en posicion de satisfacer esa deuda. Vos podeis darla esa esperanza mejor que yo, al menos asi lo creo: si mal no me acuerdo, ahora que estoy mas tranquilo, el nombre de Mad. de Cauny se asocia en mi memeria con el de Mad. de Marignon, cuya historia sabeis tan bien como yo. Interrogadla, pues, sobre el particular, interrogadla con la discrecion y delicadeza que reclama su pasado, por mas que el nombre de Mad. de Cauny no me parezca de aquellos cuyo recuerdo puede avergonzar á Mad. de Marignon.

Ved aqui, mi querido Gustavo, lo que espero de vos como de un amigo á quien tengo derecho á pedir algun servicio. Al hacer todo esto, me satisfareis todo el pasado, y asegurareis mi mas vivo agradecimiento para el porvenir.

La mision que os confio, es una mision honrada; *el nombre que llevais* me responde de que la desempeñareis con fidelidad.

ARMANDO DE LUIZZI.»

El baron, cuando tomaba parte en algun asunto, sabia tomar sus medidas tan bien como el mas vulgar de los hombres. Habia practicado, en efecto, largo tiempo la vida ordinaria antes de empeñarse en la vida fantástica, á la cual le consagrara la herencia de su padre, y con tal que no consultase al Diablo, no era mas nécio ni mas malo que otro cualquiera y si bien se considera, quizá era mejor y mas diestro que los demas.

La carta que acababa de escribir y las precauciones que tomó para su remision, son una prueba de ello, prueba que nos complacemos en aducir, con tanto mas cuidado, cuanto que si no han faltado desgracias á la vida de aquel desventurado jóven, tampoco le han faltado calumnias.

En vez de someter sus cartas al sello denunciador del correo echándolas en una estafeta de Fontainebleau, las confió á un mayoral de diligencias

para que las echase en una estafeta de París, y nuevamente pudo mas el dinero que la ley que prohibe espresamente á los empleados en las diligencias encargarse de conducir cartas cerradas.

Pero Luizzi no podia hacer uso del poder del dinero sin que conociera que aquel poder iba á marcharse con el dinero mismo; cuando hubo satisfecho las cuentas de todos los proveedores que habia hecho llamar, echó de ver que si la suma que le entregara Enrique bastaba aun para un largo viage hecho con las condiciones ordinarias, en caso de un acontecimiento imprevisto que le obligase á salir de Francia mas pronto de lo que él quisiera, se veria muy apurado para viajar con comodidad.

De todas las desgracias que hubieran podido afligir al baron, la mayor hubiera sido el ver renovar para Leonía esos miserables dolores de la vida física, aquellas bochornosas privaciones á que se habia visto sometida, porque estas eran las privaciones que mas fácilmente hubiera podido él precaver. No queriendo sin embargo dar conocimiento de su paradero á ninguna persona de París, se decidió á escribir á Barnet para pedirle el dinero que necesitaba siquiera para algunos meses. La única dificultad que faltaba vencer era la del sitio donde habia de esperar la contestacion del notario.

El baron, segun la precaucion que tomaba, no queria esponerse á aparecer en una ciudad considerable, y por esto dijo á Barnet que reuniera todo el oro que pudiese, lo colocase en una caja sólidamente cerrada, llevase esta al correo declarando su contenido, y le mandase la llave por diferente correo en una carta dirigida á..... (aqui faltaba designar el sitio, porque aun no le habia elegido Armando).

Esta eleccion era la gran cuestion del momento, y el baron consultó á la condesa. Segun sus cálculos, Carolina debia llegar á Orleans casi tan pronto como ellos mismos, y bastaba que esperasen un dia para verse todos reunidos. Pero Orleans, como Fontainebleau, era una ciudad demasiado próxima á París para que pudieran permanecer alli mucho tiempo sin peligro. El baron, pues, puso sus proyectos en conocimiento de la condesa á fin de determinar juntos el camino que debian tomar y el punto donde se habian de detener. Leonía, cuando se hubo enterado de las medidas que habia tomado Armando, dijo á este cariñosamente:

—Es preciso que á mi vez os haga yo conocer, no diré la resolucion que he tomado, pero sí la idea que me ha ocurrido: es imposible, como conocereis, que salgamos ambos de Francia sin que hayais arreglado vuestros negocios de modo que nuestra vuelta no sea necesaria. Segun algunas palabras que oí en casa de Mad. de Marignon á un tal Gustavo de Bridely, parece que es urgente vuestra presencia en Tolosa, á fin de establecer por completo vuestros derechos á ciertos bienes que se os han disputado injustamente.

—Todo se sabe en el mundo, contestó Armando sonriéndose.

—No sois vos quien debe admirarse de eso, dijo la condesa sonriéndose

tambien. Pues bien, amigo mio, lo mas razonable y prudente seria que fuéseis en seguida á Tolosa; asi arreglaríais mejor vuestros asuntos que por una correspondencia cuyas combinaciones puede inutilizar la menor casualidad.

—Quizá teneis razon, dijo Luizzi; pero os atreveríais á ir conmigo á una poblaciou habitada por lo mas escogido de la nobleza de Francia?

—No seré tan imprudente, contestó Mad. de Cerny; aunque no conozco á nadie en Tolosa porque nunca he estado alli, conozco muchos de Tolosa por haberlos visto con frecuencia en París; pero puedo esperaros con tranquilidad en cualquier punto á donde ireis á buscarme asi que lo hayais arreglado todo para nuestra fuga.

—No, Leonía, díjo el baron, no quiero dejaros sola en una miserable aldea, espuesta á la persecucion de vuestro esposo que, á pesar de todas nuestras precauciones, puede descubrir vuestro paradero, sobre todo si mi ausencia durase el tiempo que necesitaria para ir á Tolosa, arreglar mis asuntos y volver á vuestro lado.

—Si por desgracia llegase el conde á descubrir mi paradero, vuestra presencia seria una desgracia mayor aun que vuestra ausencia, debeis creerme. No quiero pensar las consecuencias de semejante encuentro, porque serian horribles. Si me hallase sola, creeria que habia huido sola; y si tratase de emplear la autoridad que la ley le dá para hacerme volver á su casa, creeme, Armando, añadió la condesa tendiendo la mano al baron: creeme, yo sabria huir para ir á reunirme contigo donde tú me designaras.

—Lo creo, lo creo, dijo Luizzi; pero vos, Leonía, no sabeis lo que es vivir en una miserabie aldea donde os encontrareis sola, sin apoyo, sin tener á quien pedir ausilio en caso de ocurriros cualquiera cosa aunque no fuese mas que caer enferma, lo cual debe hacerme temer lo que habeis padecido.

—El asilo que he elegido no tiene esos inconvenientes.

—Habeis elegido un asilo?

—Creo haberos hablado de una tia mia, de Mad. de Paradéze que habita en Baois-Mandé, de modo que me podeis dejar alli al paso que vais á Tolosa; alli es donde pienso esperar vuestra vuelta.

—Pero cómo esplicareis el motivo de vuestra llegada?

—Le diré francamente lo que deba decirle: Mad. de Paradéze cuya única heredera soy, me ha amado siempre con la ternura de una madre y estoy segura de que su bondad aceptará fácilmente la condicion que yo le imponga de no decir á mi esposo que he buscado en su casa un asilo contra su terrible persecucion.

—Pero estais bien segura de su discrecion?

—Estoy tan segura de su amistad como de vuestro amor, Armando; mi tia es una alma que ha sufrido mucho, un corazon que ha llorado mucho,

una existencia que no ha tenido en el mundo mas afecciones que la mia y que es para mí lo que yo soy para vos.

—Pero será ella la única persona que tenga noticia de vuestra presencia en la casa?

—No podré ocultar mi llegada á Mr. de Paradéze, su esposo; pero es un anciano mas que octagenario abrumado por la edad y las emfermedades y además no tiene mas voluntad que la de mi tia á quien debe la posicion que disfruta y hasta el nombre que lleva.

Todavia se ocuparon largo rato Armando y Leonía de esta cuestion, Luizzi asustándose á la idea de abandonar un instante aquella mujer, Leonía perseverando en su generosa resolucion y haciendo comprender á su amante que el mejor medio de asegurar el porvenir era el de establecerle sobre bases sólidas en el presente. Este proyecto era tan razonable y su ejecucion podia ser tan rápida que Luizzi acaba por ceder, diciendo:

—Sois superior en todo, Leonia, hasta en la razon, y en vos no hay ninguna superioridad de que yo no quiera ser esclavo.

—Amigo mio, díjo la condesa, vos llamais razon á lo que solo es amor, creedme, el que desea su felicidad halla en si mismo toda la prudencia y la fuerza que necesita para defenderse. Pensad ahora á que hora debemos salir para Orleans. Estamos enteramente conformes en que tomaremos un carruaje público, porque tomar una silla de postas para dos personas que han llegado á pié llamaria la atencion demasiado.

—En todo teneis razon, dijo Luizzi.

Y en seguida salió y volvió algunos minutos despues para anunciar á la condesa que hasta las cinco de la mañana no podrian salir de Fontainebleau aun asi solo en el caso muy eventual de que tuvieran asiento en la diligencia. Tambien le dijo que le habian dado razon de un carruage de alquiler, que en caso contrario los conduciria á Orleans por un precio módico que no desdijera de las facultades de personas que procuraban ocultarse.



XIX.

Amor.



El resto del dia habia trascurrido en estos preparativos. Despues de una comida servida bastante tarde, una criada habia encendido dos bugías y habia salido del cuarto diciendo:

—Mañana á las cuatro se os llamará.

Luizzi y Leonía quedaron solos.

No se debe maldecir nada de este mundo; nada, ni aun esas miserias de la vida que aquel dia habian parecido tan odiosas á Luizzi. Todas las cosas tienen un punto que las salva de la reprobacion completa, y hasta la pobreza misma, esa detestable desdicha que se ha creido maldecir lo bastante denominándola vicio, la pobreza misma guarda entre los recuerdos los sufrimientos y los harapos que arrastra tras sí, regocijos, horas de voluptuosidad que constituyen los recuerdos mas dulces de la vida.

Quizá la palabra mas verdadera que se ha dicho por una boca acostumbrada al lenguaje del amor, es la de la cortesana que habiéndose hecho célebre y rica, esclamó en medio de sus tristes placeres de gran señora:

—Qué es del buen tiempo en que yo era tan desgraciado?

Al fin llegó el instante en que Luizzi y la condesa despues de haber pensado en su situacion solo tuvieron que pensar en sí mismos. Leonia estaba en su lecho y miraba al baron sentado á la cabecera y que, mirando al suelo, reflexionaba á ver si le faltaba tomar alguna otra precaucion. Leonía se complacia en observar aquella preocupacion de que ella era causa y que tenia lugar á su lado sin dirijirse á ella, cuando Luizzi alzó dulcemente sus ojos á la condesa y encontró aquella mirada límpida y llena de fé que se le dirijia.

Ambos esperimentaron el mismo sentimiento; ambos comprendieron que en aquel instante habia desaparecido la gravedad de su posicion, que la mujer desdichada y culpable y su cómplice no estaban ya en presencia uno de otro, que solo habia dos amantes en aquel reducido cuarto de posada donde solo habia nn lecho.

La condesa bajó los ojos y se ruborizó, y Armando, conociendo en aquel rubor que su pensamiento era el pensamiento de Leonía, dió gracias á esta en el fondo de su corazon. Pero, en presencia del pudor de aquella mujer tan fuerte que se habia entregado á él tan animosamente, aquel hombre se sintió con una timidez de niño, timidez que no se atrevia á vencer. Entonces le sucedió lo que sucede al amante tímido que no tiene mas derechos que el de saber amar, y que teme ofender á la que ama haciendo valer como un derecho una confesion de amor. Hábil para hablar de amor mientras este solo es el voto de su corazon, huye de él cuando cree que debe parecer la espresion de un deseo; entonces busca una evasiva para no dejar ver su turbacion, porque su turbacion es ya por sí misma una confesion de lo que esperimenta, y poco á poco llega á hablar de una cosa que se halla á mil leguas de su pensamiento, y del pensamiento de la mujer á quien habla.

Luizzi no debia esperimentar este embarazo en toda su fuerza; pero conoció que nada seria mas humillante para Leonía en la posicion en que él se hallaba, que el ardor obstinado con que pudiera solicitar un favor que, al menos para ella, solo habia sido hasta entonces, por decirlo asi, un sacrificio á la desgracia.

Este temor de herirla fué bastante vivo para que solo buscase en una alusion á su soledad un medio de hacer cesar el embarazo que los separaba. Asi pues, la dijo cariñosamente y con acento conmovido:

—Padeceis aun, Leonía?

La condesa levantó sus grandes y bellos ojos, tan dulces en aquel instante, y le respondió con un ligero movimiento de cabeza:

—No, Armando, estoy ya mejor; el descanso me ha repuesto mucho.

—Mucho me alegro, dijo Luizzi, porque necesitais fuerzas para sufrir el destino que yo os he dado.

—Las tendré, Armando, las tendré.... os lo prometo.

Leonía se detuvo en tanto que Luizzi bajaba la cabeza sintiendo en su corazon los movimientos desconocidos de un amor que nunca habia sospechado.

No se desea á la mujer á quien se ama con un amor santo, como á la mujer á quien se ama con una pasion ardiente. Las dichas que proporciona no son los que se llaman placeres amorosos; hay entre aquellas felicidades horas de éxtasis en que la vida se funde en alegria, y que no tienen mas orígen que dulces miradas que se encuentran, que se mezclan, que se pierden una en otra; hay en ellas embriagueces tranquilas y serenas que no necesitan las violencias del amor, pero que se deslizan de una alma á otra por una mano colocada en otra mano.

Pero esa felicidad tan rara, esa dicha tan divina no se la busca y no se la halla; se la halla una tarde sentados uno al lado de otro bajo un árbol magestuoso, enfrente de un paisage cuya inmensidad le hace solitario; se la halla en un rincon ignorado y misterioso del teatro donde todas las miradas se dirigen á la escena, y dejan en libertad las miradas de los que se aman.

Luizzi estaba triste no sintiendo ninguna de esas felicidades, y no atreviéndose á pedir otras; tenia la cabeza inclinada y su corazon estaba oprimido y casi triste. Leonía le miró entonces, pues él no la miraba, y quizá le comprendió como él la habia comprendido, porque á su vez fué en su ayuda para sacarle del penoso embarazo en que se hallaba, diciéndole en voz baja á fin de no despertarle, por decirlo asi, sobresaltado de su preocupacion:

—Y vos, Armando, debeis padecer tambien....

Luizzi levantó la cabeza y la miró; Leonía sacó suavemente su brazo de su lecho y tendió la mano al baron, que la tomó con transporte y respondió con voz turbada por el placer:

—Gracias!.... No, no, no padezco....

Y volviéndose de pronto á Leonía para contemplarla mejor, añadió:

—Soy tan dichoso....

—Si.... no es verdad? Y yo tambien, Armando, yo tambien soy dichosa.... no siento ya lo que me ha sucedido.... soy dichosa....

Y al decir estas palabras, se cerraban dulcemente sus ojos como para estrechar sobre su alma la tierna mirada que Armando la dirigia.

Permanecieron largo rato mirándose asi, gustando en toda su plenitud una de esas felicidades de que hace un momento hemos hablado, y cuyo secreto conocen pocos corazones.

Luego llegó un instante en que la fatiga de aquel dia y aquella noche pasados en activos cuidados y sin un momento de descanso, se apoderó insensiblemente de Armando, cuya cabeza se inclinó lentamente sobre el

hombro, sin que sus ojos, sin embargo, se separasen de los de Leonía.

Leonía cogió la mano del baron por un movimiento rápido é involuntario, la apretó y la llevó hácia sí.

—Padeceis, Armando, dijo asomando á sus ojos una lágrima tan dulce, que corrió al corazon de Luizzi; padeceis.... estais rendido de cansancio.

—No, respondió tristemente el baron, como si sintiese que Leonía hubiese notado su cansancio; no, soy fuerte; no lo seré tanto como vos?

—No habeis descansado, Armando; debeis tener necesidad de descansar. Considerad, añadió Leonía con timidez y conmocion, considerad que tenemos que partir mañana.... y.... necesitais descansar tambien....

—Sí, dijo Armando dirigiendo á su alrededor una mirada casi melancólica; sí, descansaré.... allí.... en cualquiera parte....

—Armando, murmuró Leonia apretándole vivamente la mano y dejando escapar una lágrima de placer; Armando, sois muy noble y yo os lo agradezco.

—Leonía!

—Oh! sí, os estoy agradecida, porque habeis querido olvidar que he sido vuestra..... Os he comprendido, Armando..... me amais..... me amais mucho.

—Vos, Leonía, vos sí que sois buena y noble, vos que os habeis entregado á mi.

—Y que soy siempre tuya, Armando, dijo la condesa tendiéndole sus brazos. Oh! sí, ven á mi lado, ven, que tengo orgullo en ser tuya.

Y muy pronto se vieron ambos confundidos en apretado abrazo, llenos de una felicidad que no se puede describir, porque esa felicidad pertenece á muy pocos, y la lengua que habla de amor pertenece á todos, y solo tiene el sentido grosero con que se la escucha.

Cuando aquella noche hubo pasado; cuando los largos coloquios de aquellas horas tan cortas terminaron; cuando se hubieron manifestado todo el gozo que deslumbra la vida de tal modo que todo le parece bueno y hermoso á su lado; cuando se hubieron salvado dulcemente esas primeras barreras de una intimidad que debe durar largo tiempo, llegó la mañana, y con ella, los cuidados de la partida.

Dos personas de la edad y de los hábitos de Armando y la condesa, no podian esperimentar esos transportes de gozo que son propios de los primeros años de la juventud que se divierte con los primeros cuidados personales á que se obliga con alegria; pero sí esperimentaron una dulce felicidad al prodigarse esos cuidados, al ver que tan completamente se pertenecian uno á otro.

Luizzi era verdaderamente dichoso al ver á la altiva y bella condesa de Cerny, tan acostumbrada á entregar su persona al cuidado estraño, desatar y peinar su hermosa y larga cabellera delante del miserable espejillo de aquel

cuarto de posada, y recogerla, quedando aun bella aunque no tan bien peinada.

La condesa era tambien dichosa cuando al buscar sus ojos una de esas mil futilezas tan necesarias á una mujer, veia á Luizzi soltar algun voluminoso paquete, abrir alguna caja y sacar de alli lo que ella buscaba, demostrándola asi que nada habia olvidado de cuanto ella podia necesitar.

Aquella mútua felicidad era pura, y no miraba al pasado ni al porvenir, porque era un dia, era una hora el tiempo que tenian que pasar asi; no necesitaban preguntarse si aquella felicidad duraria siempre. Dentro de algunos dias debian tornar ambos al lujo habitual de su vida, y aquellos momentos serian entonces un recuerdo sin pesar, despues de haber sido una felicidad sin temor.

Oh! el amor es una potencia suprema que ablanda y plega los espíritus mas altivos y les hace gustar el placer que encierran las cosas mas insignificantes. Y de tal modo fué cierto esto para Leonía y Armando, que cuando les fué preciso dar la última mano á los preparativos del viage, Leonía dividió con Armando aquellos cuidados y se los disputó con una franqueza tan dulce y una alma tan ligera, que olvidando ambos que acaban de jugar y perder su vida, hallaron un momento de alegria al continuar su fuga, como hubiera sucedido á dos esposos lanzados por la casualidad y por un accidente cualquiera en el embarazo de una situacion en que solo careciesen del lujo material de su vida.

Por fin llegó la hora, y Luizzi mandó cargar los grandes paquetes que habia hecho, llevando Leonia en la mano los objetos que debia tener consigo, y ambos subieron al cupé de la diligencia que estaba desocupado, y que Armando tomó para ellos esclusivamente.

Partió el carruage, y caminaron oprimidos uno contra otro, sometidos aun al encanto de aquella noche de amor, porque el corazon es como un instrumento que ha sido herido por una mano poderosa, y que vibra aun cuando ya no le anima el arco qne le ha tocado. Llegado el dia fueron desapareciendo lentamente los pensamientos misteriosos que vagaban en torno de ellos, bien asi como desaparecen á la presencia del sol los fantasmas amados. Poco á poco se fué presentando á sus ojos la realidad de su posicion con todas las realidades de la naturaleza, que aparecia lentamente con el dia; y entonces fué cuando Luizzi dijo á la condesa:

—Yo he querido lo que habeis querido vos, Leonía; pero decidme: teneis completa seguridad en la proteccion de Mad. de Paradéze?

—Toda la que en este mundo se puede tener en un corazon bueno y sincero.

—Esa cualidad suele ser á veces señal de debilidad, Leonía.

—No lo dudo, dijo Mad. de Cerny; no os presento á mi tia como uno de esos modelos de valor heróico dispuestos siempre á la abnegacion y al sacri-

ficio: pero si es débil, lo es solamente para el bien, porque es capaz de resistir hasta el último estremo antes de cometer una mala accion.

—Lo creo, dijo Armando; pero puede hacérsela creer que vuestra dicha está en obligros á volver al lado de vuestro esposo.

—Solo en dos casos seria posible eso: en el de estar á su lado una persona que la persuadiera, lo que no es probable, y en el de tener esa persona sobre mi tia un poder capaz de contrastar el mio.

—No dudo del poder que sobre todos egerceis, Leonía, repuso el baron sonriéndose; pero perdonad si temo tanto, perdonad si preveo todos los peligros que puede correr mi dicha. En qué fundais vuestro poder sobre vuestra tia?

—En el cariño que me tiene, en su corazon. Vamos Armando, añadió Leonía sonriéndose, estais ya tranquilo? Creeis que esto es bastante garantía?

—Es que no todos os aman como yo; y en verdad que empiezo á creer que solo hay dos amores poderosos en este mundo, el que yo os tengo..... y el de una madre á su hijo.

—Pues bien, Mad. de Paradéze es una madre para mí..... ó mas bien soy para ella una hija, porque ha tenido la desgracia de perder la suya.

—Ah! con qué se le murió una hija?

—No puedo decíroslo, respondió Mad. de Cerny: la palabra perder que he empleado por casualidad debe ser tomada en su sentido mas exacto. La niña de quien se trata se perdió ó fué sustraida á su madre.

—Ah! esclamó Luizzi con una admiracion que provenia de la coincidencia de aquella historia con la de Eugenia que habia sabido la víspera. Con qué se le robó su hija á Mad. de Paradéze!

Pero aun no habia terminado la frase, cuando el mismo nombre que acababa de pronunciar le advirtió que se engañaba, pues Paradéze y Cauny se parecian muy poco para que Periquillo tomara un nombre por otro. Luego debia ser una casualidad tan estraordinaria el que sus sospechas fuesen ciertas, que el baron rechazó semejante idea, y se contentó solo con responder:

—No es esa la única madre que se halla en tan triste situacion, porque no hace mucho se me ha referido la historia de una jóven que acaba de saber que no pertenece á la mujer del pueblo brutal y salvage á quien habia llamado hasta entonces madre, y sí á una noble familia á la cual habia sido arrebatada.

—Y ha recobrado su familia? dijo Mad. de Cerny.

—Creo que no, contestó Luiszi.

—Ay! dijo la condesa, quizá sea una felicidad para ella en haberla encontrado. Es muy triste destino el de una jóven educada en el pueblo, en las costumbres bajas y brutales, lanzada de repente á una sociedad nueva para ella, á una sociedad que despues de haberla compadecido dos dias, la

contempla en seguida con curiosidad, luego con desden y mofa, y la dirige las burlas mas crueles y humillantes.

—Sin duda teneis razon, tratándose de una pobre jóven tal como la acabais de pintar; pero hay pocas mujeres que pudieran figurar en cualquiera sociedad por elevada que fuera mejor que Mad. Peyrol.

—Mad. Peyrol! esclamó Leonía admirada; creo haber oido ese nombre. No es la madre de Mad. de Lemée?

—Precisamente: sobrina ó mas bien pretendida sobrina del famoso Rigot.

—Hé ahí una cosa que me admira; porque Mad. de Lemée es demasiado impertinente para ser de tan buena estraccion.

—Otra opinion formaríais de su madre, y seguramente ella seria la mejor prueba del poder hereditario de la sangre noble.

—Pero corresponde á una familia verdaderamente ilustre?

—No puedo asegurároslo. Habeis oido hablar alguna vez de cierta Mad. de Cauny?

—Mad. de Cauny! esclamó Leonía estupefacta. Mad. de Cauny! como que es mi tia.

—Tia vuestra?

—Mad de Paradéze, á cuya casa vamos, en otro tiempo Mad. de Cauny.

—Es estraño!..... dijo el baron aun mas estupefacto que la condesa. Y sin embargo..... Esperad que me acuerde. Desapareció su hija algunos dias despues de su nacimiento?

—El mismo dia.

—Y fué en París?

—En París.

—Hácia 1797?

—En efecto, en 1797.

—Entonces es ella! ella!

—Estais seguro? dijo Leonía con viva emocion.

—Tanto como se puede estarlo de una cosa por la coincidencia de las fechas y la semejanza de los sucesos.

—Qué gozo tan grande esperimentaria mi pobre tia..... Oh! Armando, es preciso que os informeis.

—Lo haré, Leonía, lo haré.

—Sin embargo es preciso asegurarse bien antes de decir nada á mi tia. No sé si la pobre mujer tendrá bastante fuerza para sobrellevar el placer de recobrar á su hija; pero estoy segura de que sucumbiria si llegára á entrever un rayo de esperanza y luego no le quedara ninguna.

—Fiad en mí, Leonía, fiad en mí: yo tomaré todas las precauciones necesarias; y si puedo devolver una hija á su madre, creo que la habreis pagado con usura la hospitalidad que vais á pedirle.

—Sí, Armando, sí..... grande será mi dicha si de ese modo se la pago.

Pobre tia! ha sido tan desgraciada, ha sufrido tanto, que tal vez quiera el cielo darle ese consuelo en su vejez.

—Pero decidme cuantas circunstancias sepais respecto á ese suceso, á fin de que yo pueda emprender mis pesquisas con mas acierto.

—Con mucho gusto..... Es una historia muy estraña la que os voy á contar, puesto que teneis tiempo para oirla: es preciso que la sepais con todos sus pormenores, á fin de que no os admire el desenlace.

Luizzi se acercó á Leonía para escuchar con el corazon una historia que se le decia era muy interesante, y que iba á ser contada por una boca cuya voz tenia para él el sonido mas armonioso.

Perdónesenos, pues, si el curioso á quien trasmitimos como fieles secretarios estas confidencias de nuestro infortunado amigo Luizzi, no leen esta historia con el embeleso que el baron esperimentó al oirla, porque nosotros no reunimos las favorables condiciones que Leonía reunia para lograr la atencion y la indulgencia de los que quieran saber el secreto del nacimiento de la desgraciada Eugenia.

Hé aqui como lo contó Mad. de Cerny.



XX.

Las tres paradas.

Preciso es deciros, mi querido Armando, á menos que no lo sepais, pues vos sabeis muchas cosas, que mi padre el vizconde de Assimbert y su hermana Valentina de Assimbert quedaron huérfanos en la infancia, y su tutela se confió á Mr. de Cauny, padre del marido de mi tia, que murió al principio de la revolucion. Este Mr. de Cauny era viudo, y hallándose en Bretaña su hermana, que estaba soltera, se encontró muy embarazado con su pupila, por lo cual la colocó en un convento á algunas leguas de París.

Por lo que hace al vizconde de Assimbert, mi padre, fué educado con el hijo de Mr. de Cauny: siguieron los mismos estudios, entraron á un mis-

mo tiempo en la casa real, y permanecieron amigos, aunque su carácter era muy diferente.

La mirada que lanzásteis á Mad. de Marignon cuando me recordásteis el nombre de mi padre, me prueba que sabeis cuál fué mi juventud sin que yo necesite contárosla.

—Sí, dijo Luizzi, fué muy brillante.

—Ese es el nombre que se da aun al hombre que ha vivido en la disolucion; os doy las gracias por haberle escogido, contestó Mad. de Cerny.

El caso es, que mientras mi padre pasaba su vida alternativamente en los salones mas brillantes de la corte y en los gabinetes menos discretos de la ciudad, Mr. de Cauny continuaba sin descanso sus estudios graves y sérios, y se entregaba con ardor á la discusion y á la práctica de las ideas nuevas que brotaban por todas partes.

Mi padre y él eran verdaderamente los dos representantes mas completos de las dos sociedades de aquella época.

Mi padre, superficial, ligero, osado, temerario, despreciando las clases medias que no conocia, y á las cuales ni aun concedia el derecho de pensar, burlándose de lo que él llamaba duelos de los patanes, escuchando la palabra pueblo, como un sonido vano que carecia de sentido, era el tipo mas perfecto de aquella sociedad que vejetaba en los pequeños salones de Trianon, tomando como garantía del porvenir los catorce siglos pasados de la monarquía.

Lo mismo que otros muchos, no sospechaba que en el momento en que se efectuaba con mas furor aquel trabajo interno de la sociedad que se rehacia, aquella sociedad revivia bajo los andrajos del poder real, del de el clero y la nobleza, y se desembarazaba de pronto de aquellos andrajos como de un trage inservible para mostrarse en toda su fuerza. Cuando le hicieron ver los primeros actos de la Constituyente que la nacion hacia un verdadero esfuerzo para cambiar su sistema de gobierno, trató á aquellas primeras manifestaciones de impertinente charlatanismo, y la sublevacion del pueblo le pareció un miserable motin. Estuvo en el famoso banquete de los guardias de corps de Versalles, y se hizo alli notar por su exaltacion.

Mr. de Cauny, al contrario, era aficionado á la mayor parte de los hombres cuya fama ocupaba entonces la Francia. Habia abrazado con ardoroso estremo las ideas de reforma social sin echar de ver quizá, como otros muchos, que solo podria llegar á realizacion de aquella reforma comenzando á destruir la constitucion política del pais. Acaso habia comprendido tambien sus opiniones en todas sus consecuencias probables, como parece probarlo su conducta. En tanto que mi padre pasaba las noches en las fiestas de la Muette de Lucienes.... y de la Opera, Mr. de Cauny las pasaba en los conciliábulos donde se tramaba la propagacion de las ideas liberales, donde se preparaba el inmenso movimiento que debia arrebatar á los que le habian hecho nacer.

Mientras el vizconde buscaba los sufragios de las mujeres mas lindas, Mr. de Cauny solicitaba los de los hombres graves, y se alejó para siempre de la corte el mismo dia que mi padre se hizo notar de los cortesanos por la gracia con que levantó el abanico de la reina y le presentó recitando un cuarteto que se ha atribuido siempre al conde de Provenza, despues Luis XVIII, pero que seguramente pertenece á mi padre. Solamente la oportunidad podia hacer perdonar la audacia, no solamente en boca de mi padre, sino aunque hubiese sido en la del príncipe mas alto, dirigiéndose aquel cuarteto á Maria Antonieta; pero la poesía y la etiqueta son poco rigurosas para con las improvisasiones, y el famoso cuarteto

Vuestro menor deseo previniendo,
en medio del calor mas escesivo,
los céfiros os traigo presuroso,
pues vendrán los amores por sí mismos,

fué juzgado delicioso.

Pues bien: como os decia, el mismo dia en que mi padre daba celos á toda la corte con su talento, Mr. de Cauny era nombrado diputado popular para la asamblea de los estados generales por la senescalía de Rennes; y algun tiempo despues, cuando mi padre llamaba la atencion en Versalles por la exaltacion con que se adheria á los intereses de Luis XVI, Mr. de Cauny dimitia el destino militar que desempeñaba en la casa real.

Esta dimision fué considerada como un acto de cobardía, y todos los oficiales de la compañía á que pertenecia Mr. de Cauny juraron castigarle. Ya sabeis, Armando, que cuanto mas se ha querido á un hombre mas se le aborrece y se le desprecia cuando se cree que ha faltado al honor.

Mi padre, impulsado por este sentimiento, é indignado de la traicion de Mr. de Cauny, tomó á su cargo aquella venganza y desafió al que por tanto tiempo habia sido su amigo. Mr. de Cauny rehusó primeramente. Los principios filosóficos que profesaba le hacian considerar como una barbárie el duelo; su posicion en la asamblea constituyente le hacia decir que no se zanjaban las cuestiones políticas con combates singulares: pero aquellos motivos que manifestaba en alta voz, y otro mas poderoso aun que callaba, no bastaron á contener las provocaciones insultantes de Mr. de Assimbert; al fin se verificó el duelo, y fué mi padre herido de gravedad.

Esto causó gran escándalo, y casi se le dió la razon á mi padre, acusándosele de faltas que no habia cometido. Se hizo correr la voz de que la corte, no atreviéndose á resistir á la asamblea constituyente en masa, queria deshacerse de ella individualmente. Se pronunció la palabra infame de asesinato al hablar aquel combate leal que seis personas habian presenciado.

Como podeis figuraros, todos los que tenian á mi padre por uno de los

oficiales mas valientes y mas francos, se indignaron al saber aquella acusacion. Esta llegó á oidos de la familia real, que creyó debia dar á mi padre pruebas de su agradecimiento, y tambien esto se tomó por donde se tomaba todo en aquella época. Dijose que Luis XVI habia felicitado á mi padre por su conducta, y le habia presentado como modelo á todos los oficiales, resultando que el nombre de Assimbert alcanzó una celebridad que debia hacerle inscribir mas tarde en la lista de proscripcion.

No os he dicho el motivo secreto que habia hecho rehusar tanto tiempo á Mr. de Cauny la reparacion á mi padre; pero sin duda lo habreis adivinado: el conde estaba prendado, y muy sinceramente, de Valentina, aunque esta solo tuviese en aquella época catorce años: parece que á aquella edad era ya una mujer completa en talento y hermosura.

—Ah! dijo Luizzi con un amargo suspiro; por lo visto, entonces como hoy, no eran los conventos un asilo contra la seduccion.

—No hubo seduccion ninguna, os lo aseguro, querido Armando; aquella pasion nació y creció con la edad en el corazon del conde y en el de Valentina.

Siempre que Mr. de Cauny, padre, enviaba al vizconde á ver á su hermana, éste, á quien fastidiaba un viage de algunas horas cuyo término era un locutorio, se hacia acompañar por su amigo.

Al fin mi hermano, á quien aquellas visitas robaban el tiempo que queria dedicar á otros placeres, rogó al conde que, segun él decía, estaba mas desocupado, que fuese solo á ver á su hermana y le diese noticias del convento para que él pudiese trasmitirlas al tutor como si hubiese hecho la visita en persona. Mr. de Cauny, aunque muy jóven, amó desde luego á Valentina como á una niña encantadora que no tenia mas proteccion que la suya, porque el anciano conde, siempre enfermo é impotente, apenas salia de casa. Valentina creció en cuerpo y en hermosura, y Mr. de Cauny la amó como á una mujer.

Se habian acostumbrado en el convento á las continuas visitas de Mr. de Cauny, que representaba alli hacia tiempo á su padre en calidad de tutor de Valentina. Nadie pudo sospechar que aquellas visitas no tuviesen solamente aquel respetable interés; y cuando estallaron entre el vizconde de Assimbert y Mr. de Cauny las disensiones políticas, como nadie hubiese dado la importancia que tenia á la separacion de aquellas dos familias, el conde continuó viendo á Valentina hasta que se verificó aquel deplorable desafio.

Al llegar aqui de su relato Mad. de Cerny, se detuvo la diligencia en una parada. La condesa calló porque la hubiera sido dificil hacerse oir en medio del ruido de las cadénas de tiro y de los juramentos de los postillones que mudaban los caballos. Durante este tiempo, Luizzi examinó los viageros que ocupaban el interior, la rotonda y los cabriolés superiores de la diligencia, y que en su mayor parte habian echado pié á tierra; con gran satisfac-

cion vió que no habia entre ellos ningun conocido, pues comenzaba á desconfiar de su memoria en punto á fisonomías, y no conocia á las personas á primera vista.



Al terminar esta inspeccion, sacando la cabeza por la portezuela, le llamó Mad. de Cerny que le dijo riéndose:

—Armando, dadme una limosna.

El baron volvió la cara, y vió al estribo una hechicera niña de catorce años poco mas ó menos, enferma, demacrada, que hablaba con voz doliente.

El baron sacó una moneda de cien sueldos y se la alargó á la mendiga que le miró primero con un asombro lleno de alegria, pero que volviendo de repente á su tristeza, dijo dándole las gracias:

—Es mucho, señora, os doy las gracias.

Se detuvo y añadió en voz baja alejándose, y como si hablara para sí misma.

—Es mucho, y sin embargo no es bastante.

—Qué quereis decir? repuso vivamente la condesa llamando á la jóven, cuyo hechicero rostro la habia interesado. Por qué no basta eso, hija mia?

—Ah! señora..... no pido mas; nunca he recibido tanto desde que mi anciano padre y yo vivimos de la caridad pública; pero necesitábamos llegar muy pronto á Orleans, y yo decia que no era bastante para pagar un asiento en el imperial para mi padre y otro para mí.

—Armando..... dijo la condesa, echando una mirada suplicante al baron.

Luizzi llamó al mayoral, y le dijo:

—Dejad subir al imperial á esta niña y su padre: yo pagaré lo que sea.

—Gracias! gracias, señora! esclamó llena de gozo la mendiga, dirigiéndose siempre á la condesa, y comprendiendo por un instinto secreto que aquel beneficio venia mas bien de ella que del que le ejecutaba..... Gracias! gracias, señora! Tomad vuestro dinero puesto que pagais por nosotros.

—Guardadlo, hija mia, dijo Mad. de Cerny, guardadlo, y asi que lleguemos, venid á hablarme en cuanto dejemos el carruage.

—Bien, señora, bien! contestó la niña haciendo un saludo y corriendo hácia el anciano que estaba sentado en una piedra junto á la puerta de la casa de postas.

El modo con que escuchó á la jóven, sin alzar la cabeza, dió á conocer que estaba ciego, y solo percibia con el oido lo que pasaba cerca de él. Entonces Mad. de Cerny se volvió hácia Luizzi, y le dijo sonriéndose:

—Ya veis, Armando, como dispongo de vuestros intereses.

—Es una picardia, contestó Armando en el mismo tono: y cambiaron una de esas sonrisas y una de esas miradas que encierran mas amor que todas las palabras.

En seguida partió el carruage, y dijo la condesa á Luizzi:

—Ahora continuaré mi relato.

Y continuó asi:

—Como ya os he dicho, el conde de Cauny siguió viendo á Valentina hasta que se verificó su duelo con mi padre.

La delicadeza le imponia entonces un sacrificio que no habia creido tener que hacer á sus disidencias por opiniones, pero que no podia rehusar á la

sangre que á su pesar habia derramado. Cesó de ir al convento, y resuelto á no volver á ver á la señorita de Assimbert, la escribió por primera vez manifestándole el obstáculo que los separaba. Despues de deplorar en aquella carta los resultados de aquel fatal suceso, concluia el conde asegurando á Valentina que nunca olvidaria el amor que la habia confesado, y que si llegaban dias mas felices en que pudiera recobrar la amistad de su hermano, esperaba recobrar el amor de la hermana. Pero añadia que aquella esperanza estaba para él muy lejana; que preveia que la marcha de los asuntos iba á producir grandes desgracias, y que no dudaba en asegurarla que temia lo bastante por el porvenir de Francia para deplorar la parte que habia tomado en el movimiento revolucionario.

«En tal caso, añadia, si vos y vuestro hermano necesitais un protector, —no me atrevo á decir un amigo—no olvideis que soy vuestro ahora como antes, mañana como hoy, y que tal vez no retrocederé en la senda que he emprendido, porque vislumbro en ella la esperanza lejana de poder proteger á aquellos á quienes amo.»

—El relato que os hago no carece de ninguna de las cualidades que constituyen la novela, dijo Leonía á Armando: hasta juegan en él las cartas amorosas, y las cito testualmente. Lo hago porque aquella carta de Mr. de Cauny tuvo para éste terribles consecuencias, pues la frase que os cito sirvió de testo para su condena.

—Pereció Mr. de Cauny en la revolucion?

—Sí, como muchos que despues de haber desencadenado al leon quisieron sujetarle. Pero no es esto lo que os interesa. Me apresuro á llegar á la circunstancia que originó la pérdida de la hija de mi tia, de mi prima.

—No, no, dijo Luizzi, contádmelo todo, porque muchas veces los pormenores mas insignificantes son los que mas ayudan á descubrir la verdad de los sucesos mas graves.

—Ved aqui, pues, la continuacion de esta historia.

«Mi padre, restablecido ya de su herida, permaneció en Francia hasta el 10 de agosto, esperando siempre que se restableciera el órden, no creyendo posible una revolucion capaz de derribar el trono, no imaginándose sobre todo que los súbditos pudiesen llegar á juzgar á su rey, á condenarle y á hacerle ejecutar.

Cuando se encerró á Luis XVI, el vizconde, que habia sido conocido entre los que mas animosamente habian defendido las Tullerías, se vió obligado á esconderse, y no tardó en ir á reunirse con los príncipes emigrados.

Sin duda no recordó en su fuga que dejaba á su hermana en Francia, sin quien la protegiera, porque el anciano conde de Cauny habia muerto; pero por una parte sus propios peligros no le permitian llevar consigo á Valentina á quien hubiera hecho participar de ellos; y por otra pensó como

otros muchos, que aquella emigracion solo era una ausencia de algunos meses; que no tardaria en hallarse de vuelta en París, y que bastaria una compañía para hacer entrar en órden á aquel populacho amotinado. Se equivocó como otros muchos.

Durante este tiempo ocurrió la completa dispersion de las comunidades religiosas, y hubo un dia en que los oficiales municipales, seguidos de una columna de tropa, forzaron las puertas del convento en que se hallaba aun mi tia, y en el acto, sin dar tiempo á las pobres reclusas á hacer ningun preparativo, se las espulsó, literalmente hablando, poniéndolas en la calle sin dinero, sin recurso, sin guia.

Cada cual tuvo bastante que hacer con atender á su seguridad para no ocuparse de la de las demas; pero casi todas sabian á donde se habian de retirar, porque todas aquellas cuya familia habia abandonado la Francia hacia ya tiempo que habian dejado el convento. Valentina fué la única que verdaderamente se encontró en la calle sin saber qué hacer ni lo que iba á ser de ella.

—Ayer os compadecíais de mí, Armando, continuó Mad. de Cerny, ayer os compadecíais de mí, pobre mujer en la flor de la vida y que me hallaba en un carruage con un hombre que me habia jurado protegerme; me compadecíais porque sufria un poco de frio y un acceso de fiebre; pero considerad cuáles debian ser los dolores de una pobre jóven de quince años, lanzada de pronto á un camino público, vestida con un hábito que atraia sobre ella las groseras injurias de los pasageros y hasta el encono de los niños de los pueblos que atravesaba, que arrojaban lodo á su blanco ropage y la perseguian con las mayores invectivas.

Mi pobre tia, pasó dos dias enteros sin comer, y durmió dos noches en las alcantarillas de los caminos.

Ved aqui dolores que se cree no han sufrido nunca las personas de nuestra clase; y ciertamente que si hubiérais visto á Mad. de Paradéze en la magnífica quinta que habita, hubiérais tomado por un cuento increible el que una mujer de su apellido y de su rango se hubiese visto mas miserable aun que la mendiga á quien acabamos de dar una limosna.

—Eso me admira menos de lo que pensais, contestó Armando; yo mismo he debido á la hospitalidad de un campesino el no pasar la noche al aire libre, y á un encuentro muy dichoso el no ser detenido como un mendigo y un vagamundo. Pero hacedme el favor de continuar.

La condesa siguió su narracion:

—Aquella miserable situacion fué larga, duró cerca de quince dias, al fin de á los cuales pudo llegar á París Valentina. Lo único que conservaba de su vida pasada era la carta de Mr. de Cauny. Ninguna mujer se deshace jamás de la primer carta de amor que ha recibido. Habia guardado aquella carta aunque sin esperanza, y cuando se vió arrojada de su único asilo rechazó la

idea de ir á pedir proteccion á Mr. de Cauny que habia derramado la sangre de su hermano; pero la miseria puede mucho, y despues de haber vagado dos dias enteros por las calles de París viviendo de la caridad que el hambre la habia enseñado á implorar, se decidió á dirigirse al hombre á quien amaba.

Se encaminó á la casa y no le encontró, porque el conde, noticioso del acto brutal cometido en el convento donde residia Valentina, habia marchado inmediatamente á ofrecerla un asilo, y la buscaba por todas partes, siguiendo las huellas de todas las religiosas por los caminos que se le decia haberlas visto tomar, ya de un lado, ya de otro. Encontró muchas de ellas, pero no á Valentina, y volvió desesperanzado á París, donde supo que una jóven, una religiosa, habia estado á preguntar por el, y que se habia retirado al saber que no estaba, diciendo llamarse la señorita de Assimbert.

El conde se irritó porque no se la habia acogido á pesar de su ausencia, y maltrató al portero cuya insolencia le hizo suponer que la habia rechazado con dureza.

Aquella pequeña circunstancia que ninguna importancia hubiera tenido entre el conde de Cauny y uno de sus servidores, fué muy grave entre el ciudadano Cauny y el ciudadano Follard. A la mañana siguiente, cuando Valentina se presentó de nuevo en la casa, en el instante en que el portero despedido iba á dejar ésta, Follard esclamó mostrando los puños á la jóven:

—Los que salen se la harán pagar bien cara á los que entran.

Aquel miserable formaba parte de un club, cuyo presidente era un antiguo profesor de música del conde, á quien este habia tratado siempre bien, y que hasta debia á Mr. de Cauny el puesto que ocupaba.

Aquel hombre, impulsado por un sentimiento de gratitud, fué á buscar al conde que habia sido acusado por su portero de haber dado asilo á religiosas, añadiendo que, á pesar de todos sus esfuerzos, habia decidido el club llamarle á su seno para que diese cuenta de su aristocrática piedad.

Mr. de Cauny que conocia ya las consecuencias que podia tener semejante delacion, creyó que lo mejor era contestar al club que el ciudadano Cauny no habia atentado á la seguridad pública, recibiendo en su casa á la ciudadana Cauny su mujer. Lleno pues las formalidades del casamiento, muy ligeras en aquella época, y se casó con mi tia la señorita de Assimbert.

La necesidad de su salvacion decidió á Valentina mejor acaso qne lo hubiera hecho su amor. Aquellos dias de miseria que habia pasado sin encontrar nadie á quien pedir apoyo, habian herido estraordinariamente la imaginacion de aquella jóven, que casi era una niña, y que hablaba siempre de la desgracia que era vivir sola y abandonada en el mundo. El temor que toda su vida ha conservado á semejante aislamiento, sin duda ha contri-

huido no poco á hacerla consumar un acto que yo he mirado siempre como una desgracia, pero que mi padre llama aun una bajeza.

—Una bajeza! esclamó el baron interrumpiendo á Mad. de Cerny.

—Dejadme concluir este relato, y conocereis que puedo tener razon con arreglo á mis ideas, y que mi padre puede hablar asi con arreglo á las suyas.

Durante muchos años Mr. de Cauny y mi tia fueron dichosos con su union; pero al fin esta valió á ambos una persecucion que seguramente se hallaban bien distantes de preveer.

La simple casualidad de una visita llevó un dia á casa de Mr. de Cauny al antiguo maestro de música, de quien he hablado, y le puso en presencia de mi tia.

La atencion con que aquel hombre la miraba, movió á Mad. de Cauny á preguntarle por que la examinaba asi, y el tal Mr. Bricoin respondió que ....

—Bricoin! esclamó Armando interrumpiendo de nuevo á la condesa.

—Le conoceis acaso? dijo Mad de Cerny.

—No, contestó el baron; pero, si mal no me acuerdo, ese es el nombre del que tuvo la dicha de ser el primer amante de Mad. de Marignon.

—Puesto que sabeis eso, contestó Leonía, sin duda sabreis tambien que fué el que echó mi padre á palos de casa de Mad. de Marignon. Aquel hombre no habia olvidado esto; y cuando contestó á mi tia que la miraba con tanta atencion porque hallaba en ella mucha semejauza con cierto vizconde de Assimbert, á quien habia conocido, y mi tia le hubo esplicado aquella semejanza, diciéndole que era hermana del vizconde, no pudo adivinar Valentina en la singular despedida de aquel hombre terribles proyectos de venganza, porque nada habia que la hiciese ver que se hallaba espuesta á ellos.

—Adios, señora, la dijo aquel hombre retirándose; ya nos veremos, ya nos veremos.

Mad. de Cauny, como podeis figuraros, olvidó muy pronto la circunstancia que os acabo de contar, y estuvo bien lejos de ver en ella el orígen de la persecucion que esperimentó pocas semanas despues, siendo preso su marido bajo uno de aquellos mil pretestos con que entonces se reducia á prision á un hombre y se le decapitaba. Como hubiera escrito á mi padre, se le acusaba de hallarse en correspondencia con los emigrados: en su consecuencia, se registraron sus papeles y la carta de que os he hablado, y en la cual se prejuzgaban los sucesos de la revolucion, fué la base de una acusacion de traidor.

Mi tia se encontró sola por segunda vez, con su debilidad y sus temores.

En su lugar, cualquiera otra menos ignorante del pasado, menos igno-

rante tambien de la perfidia de las malas pasiones, se hubiera dejado engañar por la manera con que Mr. Bricoin fué á ofrecerle su apoyo cuando supo, como él decia, que el ciudadano Cauny habia sido encarcelado. Contaros de qué modo se introdujo en casa de Valentina, como ganó su confianza, como se hizo dueño de todos sus secretos, seria contar la historia de una pobre mujer abandonada, sola en el mundo, y á la cual causaba el terror mas profundo aquel aislamiento.

Sin duda Bricoin supo de ella cuanto deseaba saber porque con arreglo á sus consejos hizo el conde un testamento por el cual dejaba á su mujer todos sus bienes en caso de morir sin sucesion y asegurándola la mitad en el caso contrario. Esta cláusula se habia establecido en el testamento, porque Mad. de Cauny estaba embarazada en la época á que me refiero.

Sin embargo, el régimen de terror que durante año y medio habia pesado sobre la nacion, empezaba á cansarse de su sangrienta obra, y algunos meses despues de haber hecho aquel testamento Mr. de Cauny, podia éste concebir alguna esperanza fundada de recobrar su libertad y de ver nacer el fruto que su mujer llevaba en su seno; pero el mismo dia que parió Mad. de Cauny se arrancó de la prision á su esposo y se le hizo perecer en el cadalso.

Fácilmente se concibe que una mujer como mi tia se dejase dominar mas que otra en todas circunstancias por temores imaginarios, y que en presencia de tan terrible suceso se la dominára con un terror increible es menos estraño aun.

Bricoin la hizo creer que la saña de los verdugos se haria estensiva hasta la criatura que acababa de nacer, y, gracias á la desesperacion de aquella mujer enferma, débil, sola y próxima á morir de dolor y de mal, logró persuadirla á que se separára de su hija que, segun decia, tenia él medios de confiar á manos seguras.

Detúvose la diligencia otra vez, y otra vez suspendió Mad. de Cerny su narracion. La mendiga se acercó casi al mismo tiempo á la portezuela del carruage, mostró su linda cabeza por el cristal, y dijo á la condesa con aire encantador:

—Señora, ved aqui á mi padre que por sí mismo quiere daros gracias por lo que habeis hecho por nosotros.

Leonía vió que se acercaba un anciano, ciego como á ella se le habia figurado, pero cuyo severo rostro conservaba cierto aire de resolucion y de altivez bajo el largo cabello blanco que le inundaba.

—Señora, dijo á la condesa, acabais de practicar una buena accion, y Dios no seria justo si no os diera la recompensa. No solamente habeis dado una limosna á esta niña, sino tambien le habeis dado quizá una familia procurándole los medios de trasladarse á la ciudad donde puede hallar algunos indicios de los parientes que la abandonaron.

La condesa no respondió al anciano mendigo; pero se vólvió nuevamente al baron, y dijo á este:

—Ved aqui, Armando, una cosa bien estraña: otra jóven abandonada y perdida.... Cuántos desgraciados hay lanzados asi á este mundo, cuando en este reducido carruage se encuentran, por decirlo asi, dos?

—Es estraño, en efecto, contestó el baron mas pensativo aun que lo que era de esperar de un simple movimiento de sorpresa; es estraño, reputió para sí, preguntándose si el poder infernal de su esclavo era quien le deparaba en su camino todos aquellos estraordinarios encuentros, anunciándole su presencia como se lo habia prometido.

La condesa se habia vuelto entre tanto hácia el mendigo, contestándole con vivo interés y con esa delicadeza de la mujer que da cierta categoría á la desgracia:

—Habia rogado á esta niña que no dejase á Orleans sin venir á verme, os suplico que la acompañeis, porque si puedo seros útil en algo lo haré con placer.

—Por quién debo preguntar? dijo el anciano.

—Preguntareis, respondió con rapidez Leonía, preguntareis....

—Cuidado! dijo Luizzi deteniéndola con prontitud; no olvideis que puede ser una imprudencia pronunciar vuestro nombre en alta voz.

—Teneis razon, contestó Leonía, y luego dijo al ciego: No necesitais preguntar por nadie, porque os alojaremos en la misma casa á donde vayamos nosotros á parar.

El carruage iba á echar á andar y los viageros recobraron sus puestos; pero esta vez Leonía no continuó inmediatamente la narracion que habia interrumpido. Su conversacion con Luizzi giró sobre lo que acababa de pasar, y ambos se prometieron firmemente sondear por completo aquel nuevo misterio.

—No olvidemos, dijo Luizzi á la condesa, no olvidemos que no es solo ese punto el que tenemos que aclarar; decidme qué sucedió al fin á la desgraciada Mad. de Cauny en poder del miserable Bricoin.

—Ay! contestó la condesa, se casó con él.

—Cómo! esclamo Luizzi, con que Mr. de Paradéze....

—Es el mismo Bricoin, que cuando se vió rico por aquel casamiento, ocultó bajo un nombre tomado de una posesion, la baja estraccion de su nacimiento. Pero para que no acuseis á mi tia de haber obrado con una ligereza y una inconsecuencia que la harian poco digna de respeto á vuestros ojos, preciso es que os esplique por qué culpable maniobra llegó Mr. Bricoin al fin que se habia propuesto desde el momento en que viera por primera vez á Mad. de Cauny.

Si el temor que habia sabido inspirarla acerca de su seguridad y la de su familia entregaba á Valentina sin defensa á aquel hombre, lo

poco que simpatizaba mi tia con aquellas formas groseras, y por otra parte, la edad avanzada de Bricoin, que tenia ya mas de cuarenta años en aquella época, la defendian de todas las declaraciones mal disfrazadas que la abrumaban. Entonces fué cuando la sucedió una desgracia que puedo deciros á vos, Armando, y que es quizá una escusa de la falta en que incurrió casándose con Mr. Bricoin, aunque esta desgracia sea por sí misma una falta.

Valentina, jóven, hermosa, hechicera, aislada, encontró entre los pocos que su nombre llamaba á su casa un hombre distinguido, diestro en hacer creer en sentimientos que no abrigaba, dotado de un implacable cinismo para alabarse de haber jugado con sus sentimientos y que empleó toda su infernal seduccion para colocar á Mad. de Cauny en el número de sus víctimas; aquel hombre, cuyo nombre nunca ha querido decirme mi tia....

—Era, dijo Luizzi interrumpiendo á la condesa, era Mr. de Mére.

—Le conoceis? preguntó Mad. de Cerny admirada.

—No sabeis que conozco toda la historia de Mad. de Marignon? repuso Luizzi.

—Y qué, dijo la condesa, ha tenido Mr. de Mére algunas relaciones con Mad. de Marignon?

—Fué su último amante como Bricoin fué el primero.

Madama de Cerny se puso pensativa á su voz cuando oyó aquella revelacion; se admiró interiormente al considerar esos destinos que obran uno sobre otro sin que al parecer se encuentren nunca, y dijo á Luizzi:

—Segun eso el último amante de Mad. de Marignon entregó á Valentina al primero?

Leonía se detuvo y luego continuó:

—Supongo que sabreis con que cobarde é insultante abandono pagó Mr. de Mére el amor de la mujer que tan noblemente habia confiado en él y para con la cual fué tanto mas infame cuanto que ella no tenía nadie en el mundo que la protejiese.

—Sin embargo esa mujer se vengó cuanto puede vengarse una mujer, dijo el baron, y lo hizo arrastrándole audazmente por el fango de su propia infamia, delante de una numerosa reunion y en presencia de Madama de Marignon que entonces no era mas que la bella Olivia.

—Si, contestó la condesa, ya se que, gracias á las relaciones de la bella Olivia—puesto que la llamais así—con el vizconde á quien habia vuelto á encontrar en Inglaterra, se creyó autorizada á atraer á su casa á Mad. de Cauny á pesar de la vergonzosa posicion que entonces ocupaba.

Luizzi no pudo menos de notar la palabra «vergonzosa posicion» que acababa de emplear Mad. de Cerny y tampoco pudo menos de admirar hasta qué punto pueden dominar á las almas mas fuertes y mas justas las conveniencias aparentes del mundo, pues treinta años despues pudo hallar el

mundo convenientemente á la condesa en casa de aquella mujer cuya vida de otro tiempo calificaba con tanto desprecio.

Sin embargo, Mad de Cerny contiuó:

—Lo que yo no sabia, pues ella no me lo habia dicho, era que mi tia hubiese dado la campanada de que hablais. Despedazado su corazon por la fatal esperiencia que acababa de adquirir de la perfidia de ciertos hombres, renunció para siempre á toda esperanza de amor y sintió con mas fuerza que nunca el dolor producido por su aislamiento.

La ocasion se presentó entonces favorable para Bricoin que, siempre solícito con la jóven viuda, evitándole el fastidio de sus asuntos, protejiéndola contra la rapacidad de los intrigantes sino contra la perfidia del mundo, parecia ser el único protector en quien mi tia debia esperar. Por otra parte Bricoin hablaba con frecuencia de casamiento, y este lazo sagrado cuya santidad habia tenido ocasion de apreciar Mad. de Cauny durante los dos años que habia pasado al lado de su esposo, era el único que podia unirla á un hombre que asegurára su vida con su vida, su felicidad con su felidad.

Otra razon que he tardado en deciros porque no puedo creer el modo que tiene mi padre de verla, otra razon debió determinar tambien á la imfortunada Valentina. No habia vuelto á ver á su hija desde que la diera á luz, Bricoin, por razones falsas ó verdaderas, la decia siempre que las personas á quienes la habia confiado habian abandonado á París y se hallaban á punto de volver. Acaso tenga razon mi padre; acaso aquel hombre hacia esperar su hija á una madre como precio del sacrificio que la pedia; acaso Bricoin prometió á Mad. de Cauny devolverle su hija el dia en que consintiese casarse con él. De cualquier modo que sea, el casamiento se verificó; y algunos dias despues Mr. de Paradéze, pues tomó este nombre al casarse con mi tia, Mr. de Paradéze anunció á su mujer que casi tenia la certidumbre de que habia muerto su hija.

—Le creeis capaz de un crímen? dijo Luizzi.

—Lo que me habeis dicho de Mad. Peyrol, respondió la condesa, nosprueba, suponiendo que ella sea aquella desgraciada niña perdida, que Bricoin no llevó al estremo su infamia.

Por otra parte, nunca presentó una prueba legal de la muerte de aquella niña y hace cerca de treinta años que mi tia vive en la horrible incertidumbre de si tiene ó no tiene una hija. Todas las pesquisas hechas por mi padre han sido inútiles, porque—es preciso decíroslo—mi padre fué quien aborreciendo á Mr. de Paradéze, procuró activamente descubrir el paradero de la heredera de Mr. de Cauny. «Ha hecho desaparecer la niña, decia, para apoderarse de sus bienes; yo haré que parezca para que ese miserable vuelva á la miseria de que nunca debió salir» Ved aquí añadió Leonie, cual es el lenguaje que mi padre usa siempre que habla del marido de su hermana.

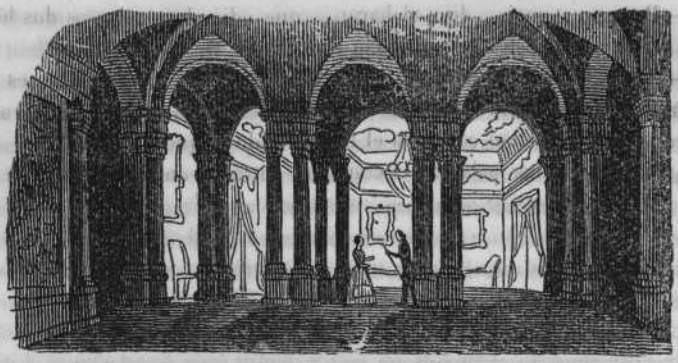
—Pero no temeis, dijo el baron, que odiándose asi esos dos hombres sea arriesgada vuestra permanencia en casa de Mr. de Paradéze?

—Ya os he dicho, contestó la condesa, que Mr. de Paradéze es actualmente un anciano abrumado de enfermedades, y que ni aun tiene voluntad, porque con dificultad conserva el recuerdo de lo que ha sido.

Y al decir estas palabras la condesa, entraron en Orleans.

XXX





XXI.

El veterano.



Luizzi, con arreglo á lo que habia escrito á su hermana, fué á parar á la casa de postas sin decir su nombre, que no se le exigió, merced á la generosidad con que se portó con el primer criado que echó mano á sus efectos. Aunque se presente la policía, el oro es un pasa-porte tan escelente como el que ella misma libra con tanta política.

Asi que Leonía y Armando se instalaron en su habitacion, pensaron en llamar al ciego y á la niña mendiga que, con arreglo á sus órdenes, los habian seguido á la posada. Los mandaron subir á su habitacion, y les rogaron que les contasen su historia.

—Si me lo permitís, dijo el anciano, empezaré por la mia que no será larga; la chica os contará en seguida la suya, y allá vereis lo que podeis sacar en limpio.

—Hablad, dijo Leonía.

—Aquí donde me veis, tengo ochenta años cumplidos: nací en 1752, y era soldado de la guardia francesa en 1770; no os debeis admirar de lo que voy á deciros, porque á los ochenta años, y en el estado á que yo me veo reducido, hay derecho para decirlo todo. Cuando tenia diez y ocho años era uno de los mejores mozos de la compañía; debo confesar que no lo habia echado de ver, cuando una mujer bellísima me lo advirtió por medio de su doncella; era el caso que aquella bellísima mujer tenia un marido que no la bastaba: el marido se llamaba Beru, y tocaba el violon maravillosamente, pero nada mas.

Al oir el nombre de Mad. Beru, se miraron Mad. de Cerny y el baron con tal asombro (pues Leonía no ignoraba el orígen de Olivia) que verdaderamente ni uno ni otro comprendieron la singular frase del veterano, que continuó:

—Parece que Mad. Beru se fastidiaba no poco con su marido, que al parecer tampoco se divertia mucho con su mujer; una vez que esta fué á ver la parada donde me hallaba de gran uniforme, eché de ver que me miraba con mucha atencion.

—Calla, dije para mi capote: esa mujer seria una querida con quien me iria perfectamente: viste bien, es bien formada y debe tener una escelente cocina.» La hice un guiño y no mostró ofenderse: en seguida me pareció que preguntaba á uno de los oficiales de la compañía:

—Cómo se llama ese buen mazo que está el tercero en primera fila?

Parece que el oficial le dijo mi nombre y donde me acuartelaba, porque aquella misma noche recibí un billetito que me leyó el cabo, y en que se me decia que pasára á casa de la hermosa dama so pretesto de pedirme noticias de mi pais, en atencion á que soy de las cercanías de Orleans, de donde tambien era ella. Y acudí á la cita.

—Me callo por respeto á esta señora y por la niña que está presente; pero á los nueve meses contados dia por dia, parió Mad. Beru una niña que se llamó Olivia. Conservo bien los nombres, y no sin motivo, añadió el veterano con tono significativo.

Leonía y Armando cambiaron una nueva mirada, ambos cada vez mas confundidos con el estraño conjunto de todas aquellas circunstancias, y Luizzi verdaderamente alarmado recordando las amenazas de Satanás.

—Ahora, continuó el soldado, es preciso decir que ademas de los regalitos que me hacia la hermosa de mi corazon, y que me proporcionaban vestir paño tan fino como el de los oficiales, y mudar camisa dos veces por semana, me habia prometido su proteccion; pero la proteccion se hizo esperar tanto, que en 1789 era todavia soldado en la guardia francesa. Sin embargo, mi hija habia hecho fortuna; pero como no era hija mia ante la ley, y por lo tanto yo no podia reclamar nada, y cuando ella se hallaba en

Inglaterra en 1793, yo era soldado de la república. Despues no volví á tener noticias de ella, porque hallándose Italia camino de Lóndres, mal podia buscarlas.

Cuando volví á París se me dijo que se la habia visto no sé donde. Entonces era yo todavia soldado de la república, pero me hallaba tan bien de fondos que no pensé mucho en buscar á mi hija. El buen estado de mi bolsa procedia de un endiablado asunto que es preciso os cuente.

Pasando una noche junto á una gran casa de la calle de Varenes me da un tropezon un hombre que llevaba en la mano un envoltorio que chillaba; era de noche y yo miré á aquel hombre que parecia hallarse muy sobresaltado.

—A dónde vais tan ligero, le dije deteniéndole, que pisais los zanzajos á un granadero de Italia, como quien pisa el empedrado?

—Voy á donde vos podeis ir por mí, me dijo, si quereis ganar una buena propina.

—Corriente, le contesté.

—En ese caso, me dijo, tomad veinte luises y esta criatura que llevareis á los espósitos.

Tomé los veinte luises, y reparé en la casa de donde habia salido aquel hombre; tenia una hermosa fachada, una gran portada con soberbias columnas y una elegante portería; en fin, era un verdadero palacio del arrabal de S. German. Yo que habia vivido un poco de tiempo en las ideas del antiguo régimen, dije para mí: Perfectamente! se trata de una gran señora que se la ha pegado á su marido ausente, ó á una jóven á punto de casarse; es cosa muy sencilla. Cogí la criatura de manos del médico, porque aquel hombre debia ser el médico, pues los médicos nunca han servido para otra cosa, y eché á andar con ella lo mas pronto que pude, y con todo el cuidado posible. Se le habia puesto al cuello un papel que tuve la discrecion de no leer, en atencion á que no sabia, lo que ahora me importa poco, puesto que soy ciego, y me divertia en mirar á la luz de las reverberos la rica envoltura de la criaturita, cuando tropecé con un hombre que se sorprendió tanto como yo al verme de gran uniforme con un un rorrito en brazos. El caso es que aquel encuentro era poco natural, pero aun no habia tenido yo tiempo para enfadarme, cuando me dijo de buenas á primeras el desconocido:

—Eh, camarada; á dónde diablos habeis encontrado ese chiquillo?

—Toma! allá abajo hácia el lado de *Gros-Caillon* chillando como un desesperado, le contesté.

—Y qué vais á hacer con él?

—Voy á llevarle á su domicilio natural, á los espósitos.

Entonces se detuvo, reflexionó un rato, y me dijo:

—Quereis darme ese niño?

—Sabed, camarada, le contesté, que no se entrega de buenas á primeras una pobre criatura al primero que llega sin saber que es lo que va hacer con ella.

—Yo la criaré, yo la educaré y será mia. Ademas, la necesito.



—Qué, necesitais una criatura? repuse; eso se queda para un viejo, pero vos, que sois todavia novato.....

En efecto era jóven, á lo que pude ver á la luz de los faroles.

—Aunque seais militar, me dijo, os puedo contar lo que me pasa. Mi mujer, que entonces aun no lo era, queriendo librarme de la quinta, hizo presente que estaba embarazada de mí, por lo cual he tenido que casarme con ella; pero ni estaba embarazada ni se ha hecho despues. Se acerca ya el término, y se vá á descubrir nuestra treta y la declaracion falsa de mi mujer nos vá á costar cara tanto á ella como á mi.

—Se conoce que no sois de los mas valientes, repuse yo; pero en fin, á lo hecho pecho; ademas que los buenos maridos son malos soldados. Tomad la criatura y dadme las señas de vuestra casa, para que pueda ir á daros las gracias á nombre de la criatura.

Yo sabia lo que me pescaba al hacer esta peticion. Dos dias despues tomé informes, y supe que Gerónimo Turniquel era un hombre de bien, digno de la confianza que yo habia depositado en él. De allí á algun tiempo, y cuando ya no me quedaban de los veinte y cinco luises mas que las deudas que mi crédito me habia ayudado á contraer, pensé en buscar á mi hija; pero tuve que salir de París inmediatamente para ocuparme mas particularmente de los asuntos de la Francia; era, como siempre, soldado de la república.

Salí para Egipto, donde solo gané la peste, de la cual curé, porque era un buen mozo, y me cuidó con mucho amor una odalisca del serrallo.

Estuve ausente muchos años en el estranjero; volví hácia 1803 con la esperanza de hallar á mi familia, pero parece que mi hija se habia hecho gran señora y nadie me dió razon de su paradero. Era entonces soldado en la guardia consular. Pasé otra porcion de tiempo en distintas capitales de Europa hasta la campaña de 1814. Entonces era soldado en la guardia imperial. Cayó el emperador, y su caida me quitó toda esperanza de ascenso; pero continué en el servicio militar siempre gallardo, siempre bien plantado, hasta que en 1830 me pasó por delante de los ojos, y me dejó ciego, una bala que iba á matar á un viejo fusilero que ya no podia con su alma. Entonces era soldado en la guardia real. El veterano se detuvo, y, tomando una postura en la que habia mas altívez que la que su relato demostraba, añadió:

—Todo esto, debeis creerme, no os lo cuento por contaros mi historia, sino para deciros que despues de sesenta años de servicio efectivo, se me negó una plaza en los Inválidos, so pretesto de que mi herida no era herida, y de que, por otra parte, la habia recibido haciendo fuego al pueblo; todo esto es para deciros que se me ha liquidado un miserable retiro de ciento veinte y cinco francos, con el cual se quiere que ponga el puchero á la lumbre todos los dias. Todo esto es para haceros ver que un veterano, como yo tengo el honor de serlo, se ve reducido á mendigar de puerta en puerta.

Aqui teneis toda mi historia. Ahora la chica va á contaros la suya, que yo ni pizca comprendo, acaso porque no veo: debeis creerla, porque desde el dia que tropezó conmigo en el camino ha pasado mucha hambre y me

ha dado la mitad del pan que ella debia comer, lo cual prueba que es una buena muchacha: siempre me ha entregado con exactitud lo que se la daba, y siempre lo he compartido yo exactamente con ella; no es verdad, hija mia? entre nosotros esa exactitud es punto de honor; ella pide y á mí se me da. La vejez interesa siempre, y á decir verdad, yo quisiera verme, porque debo hacer un hermoso ciego.

—Si no hemos esplicado lo suficiente durante este relato todos los movimientos de sorpresa que dejaron escapar la condesa y el baron; si no hemos dicho que la impresion que produjo en ellos fué tan grave que les hizo olvidar su forma grotesca para ocuparse solo del fondo, consiste en que hemos supuesto que el lector ha debido imaginarse fácilmente esos movimientos y esa impresion, y porque vamos á ver en seguida sus resultados.

No bien habia acabado de hablar el veterano cuando Leonía, que parecia ser quien mas deseos tenia de oir las aventuras de la jóven mendiga, detuvo á esta en el momento de empezar, diciéndola con dulzura:

—Me creí mucho mas fuerte de lo que soy; me ha fatigado del tal modo el camino, que se cierran mis ojos á mi pesar; dejemos para mañana la narracion de vuestras desgracias, que entonces estaré mas en disposicion de oirla.

Luizzi conoció la intencion de la condesa, é hizo conducir al mendigo y á la jóven al cuarto que se les habia dispuesto.

El rostro de Leonía denotaba una preocupacion que flotaba entre el temor y la esperanza, tan vaga esta como aquel, en tanto que Luizzi parecia dominado esclusivamente por un terror invencible. Al parecer, Leonia eligió de repente entre las emociones de su alma, y dijo á Luizzi con una confianza llena de exaltacion:

—La voz de Dios es la que habla en todo esto; su indulgencia previsora es quien ha puesto en nuestro camino todas estas cosas estraordinarias para presentarnos la ocasion de una buena accion que pueda contrabalancear un dia ante su justicia la falta que cometemos.

Luizzi no respondió en alta voz, pero murmuró en su corazon:

—Mas bien es la voz del infierno la que me da todos estos avisos; el poder de Satanás es quien presenta á mi vista todos estos intrincados caminos, donde debo estraviarme.

—No sois de mi opinion? preguntó Leonía asustada al ver la sombría preocupacion de Armando, que por primera vez se mostraba sordo á sus preguntas.

—Creeis, por el contrario, continuó Leonía, que todo esto sea una amenaza de la suerte, puesto que todo es demasiado estraordinario para que no haya una leccion oculta en el fondo de estos acontecimientos?

—No sé, contestó Armando profundamente desanimado; no sé, porque todo lo que procede de mí me da miedo; mi vida es un misterio que me es-

panta, y confieso que en este instante solo tengo fé en la proteccion que Dios debe daros á vos, tan santa y tan pura á sus ojos, á la mujer que sin duda ha puesto á mi lado para que no me pierda por completo en la senda en que puedo perecer.

—Armando! Armando! esclamó Mad. de Cerny.

Por que esa debilidad y ese terror? En estos estraños encuentros nada hay que pueda alarmarnos acerca de nuestro destino.

—Esos encuentros pueden tener para mí un sentido oculto que no tienen para vos.

La espresion del baron, asi estaba impregnada de esa sombria resignacion á una fatalidad invencible que se apodera del hombre cuyos esfuerzos han sido vanos y cuyos cálculos dirigidos al bien han ido á parar al mal.

La condesa se alarmó sériamente, y le dijo sintiéndose desanimada á su vez:

—Quizá teneis razon, y Dios coloca el castigo al lado de la culpa.

—Qué quereis decir? preguntó el baron.

—Que apenas poneis el pié en la senda de perdicion á que ambos nos vemos condenados, quizá sentís el remordimiento.

—Leonía! esclamó el baron; Leonía habeis dicho? Soy yo bastante miserable para que lo hayais pensado?

Armando se acercó á la condesa y añadió:

—Ah! si es así, teneis razon, al lado de la culpa está el castigo, porque ya mi debilidad me ha hecho acreedor á vuestro desprecio.

—No, Armando, no, dijo Leonía acercándose á su voz á él y apartando con su mano el largo cabello que cubria la pensativa frente de Armando, como si quisiera apartar con él el pensamiento que la oscurecia; no, yo no he pensado de tí eso, Armando; he tenido miedo y nada mas, pero no le he tenido de tí, te lo juro, porque creo en tí.. Tú arrastras una existencia destinada á un singular infortunio y necesitabas ser amado para ser feliz, lo creo, Armando, lo creo!... Y te amo tanto... te amo tanto que trocaré en dicha la fatalidad que tanto te ha hecho sufrir.

—Oh! sí, sí, respondió Armando estrechándola contra su corazon, si, tú eres el ángel de mi vida, tú eres la mano que Dios me tiende para salvarme de la tempestad, tú eres la luz que Dios me mandó para guiarme en la oscuridad; habla y haré lo que tú me mandes hacer, querré lo que tú quieras.

—Pues bien; creeme, Armando, repuso Leonía, aceptemos como señal de la proteccion de Dios todas las cosas que me han asombrado y te han espantado á tí. Terminemos con nuestros esfuerzos la obra comenzada y que parece haber encomendado Dios á nuestras manos, devolvemos á una madre su hija; Dios que ha colocado los beneficios en el número de las virtudes aceptará ese beneficio como el mas santo y el mayor de cuantos se pueden hacer en la tierra.

—Tienes razon, dijo Armando, eso será un beneficio para tí y una espiacion para mí; ahora puedo ya decirte que antes de este instante habia pensado en ello.

Entonces citó la carta que habia escrito á Gustavo de Bridely y lo que le habia encargado respecto á Mad. Peyrol.

Leonía escuchó al baron con una dulce sonrisa y así que hubo terminado le dijo sellando su frente con un beso y como si hubiese comprendido todas las acusaciones que interiormente se dirijia á sí mismo:

—Armando, ya ves que eres noble y bueno cuando quieres serlo y que solo son falsas luces las que te estravian.

Luego añadió:

—Es preciso saber si Mr. de Bridely ha desempeñado su comision; ayer fué cuando dirijiste esa carta desde Fontainebleau y ha debido recibirla esta mañana. A esta ahora, pues es de noche ya, si ese hombre te ha comprendido debe hallarse fuera de París hace rato.

Es necesario escribir á Mad. Peyrol para saber si Mr. de Bridely ha hecho tu encargo; si no le ha hecho, iremos nosotros mismos á revelarla un secreto que seria una imprudencia confiar á una carta, ó mas bien la citaremos á esta misma casa donde esperamos á tu hermana, y entonces seremos tres las que te debamos nuestra felicidad.

—Te obedezco, dijo Luizzi pensativo; descansa que yo voy á escribir mientras tú duermas, porque necesito escribir tambien una estensa carta á mi notario para esplicarle todas mis intenciones, de modo que me basten veinte y cuatro horas en Tolosa para arreglar todos los asuntos que me llaman allá.

La condesa se retiró á la alcoba de la pequeña habitacion que ocupaban, y Luizzi quedó solo.

Sin duda tenia razon Armando al decir que Leonía era el ángel de su vida; porque al separarse de él parecia que se llevaba consigo cuanto infundia á aquel hombre esperanza, fé y caridad, esperanza en su porvenir, fé en la bondod de Dios, caridad para con los que padecian á su lado.

Asi que se vió solo, renacieron todas sus dudas, todos sus temores, y empezó á calcular su vida con arreglo á las ventajas y desventajas, que se creia con fuerzas para combinar y contrarestar.

Consideró que el tiempo necesario para recibir contestacion de Mad. Peyrol ó esperarla, podia espouerle, como tambieu á la condesa, á ser descubierto en uua ciudad que es punto de cita de la mayor porte de los que viajan por las carreteras que desembocan en París. Consideró además que no podia sacrificar su seguridad y la de la condesa, á una mujer, cuyo destino no habia labrado y que tarde ó temprano, recobraria á su madre, sin que él necesitase comprometerse por ello.

La mision de Gustavo bastaba por entonces para arrancar á Mad. Peyrol

de su miseria, que no debia ser en estremo penosa para una mujer educada en las rudas costumbres del pueblo. Lo único que turbó á Luizzi en el benévolo panegírico que de sí mismo hacia, fué el no saber si aquella mision habia sido cumplida; pero tenia un medio de saberlo demasiado fácil para que no acudiera á él.

Por lo demas, habia echado de ver la facilidad con que se dejaba dominar á la sazon por la presencia de aquel á quien llamaba su esclavo, y se decidió á revestirse delante de él de la autoridad con que otras veces habia luchado con aquel génio del mal.

Llamó pues, á Satanás, y Satanás apareció bajo una forma aun mas estraña que cuantas habia adoptado hasta entonces. Habia tomado la fisonomía y la forma grotesca de Akabila, vestido de jokey. Su esterior denotaba aquella sumision servil y tímida del esclavo malayo, obediencia que sin embargo parecia hallarse siempre dispuesta á la altivez y á la venganza.

Luizzi se hallaba bien lejos de creer que Satanás le habia inspirado todos los fatales pensamientos que acababa de tener, pero suponia que el Diablo habia adivinado su resolucion, y le demostraba por medio de su forma de esclavo, que se sometia anticipadamente á sus órdenes. Luizzi le midió con una mirada serena: Satanás bajó los ojos ante aquella mirada, y el baron le dijo con tono imperativo:

—Ha partido Gustavo para Tolosa?

—Ha partido, mi amo, respondió Satanás.

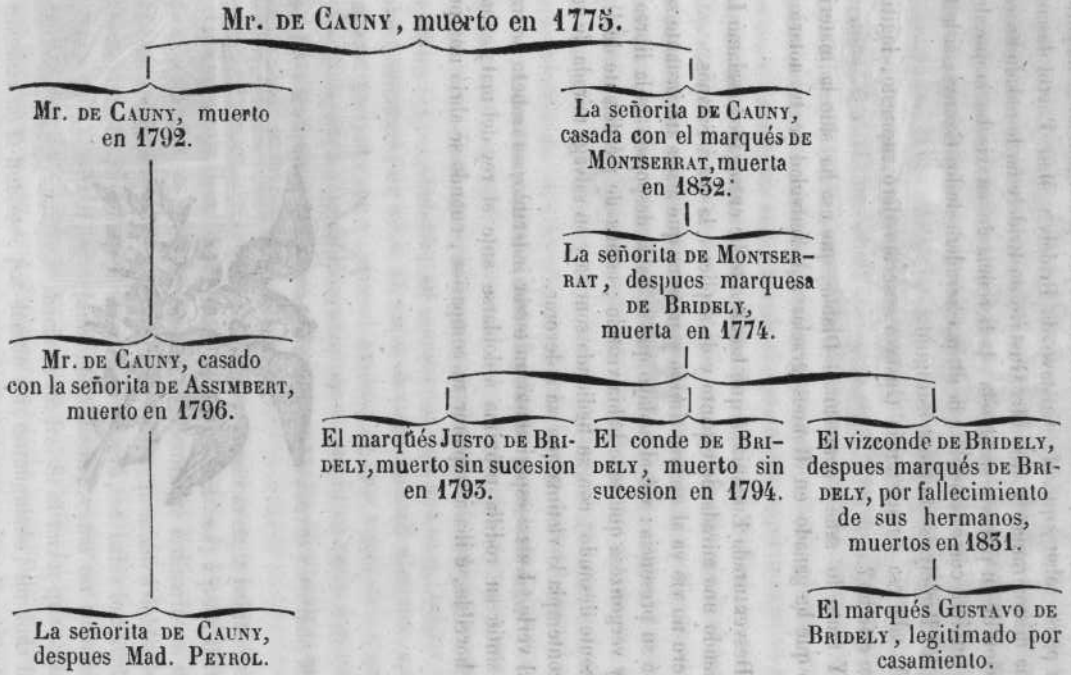
—Desempeñará su comision?

—Eso corresponde á lo venidero, y no te lo puedo decir.

—Es verdad; pero con qué intenciones ha partido?

—Mira, contestó Satanás echando sobre la mesa un pergamino; éste te lo esplicará todo mejor que yo pudiera hacerlo, y nos ahorrará una larga narracion que acaso no tienes tiempo para escuchar.

—Luizzi desarrolló el pergamino. Era un árbol genealógico tal como sigue:


Mr. de Cauny, muerto en 1775.
Mr. de Cauny, muerto en 1792.
La señorita de Cauny, casada con el marqués de Montserrat, muerta en 1832.
Mr. de Cauny, casado con la señorita de Assimbert, muerto en 1796.
La señorita de Montserrat, despues marquesa de Bridely, muerta en 1774.
La señorita de Cauny, despues Mad. Peyrol.
El marqués Justo de Bridely, muerto sin sucesion en 1793.
El conde de Bridely, muerto sin sucesion en 1794.
El vizconde de Bridely, despues marqués de Bridely, por fallecimiento de sus hermanos, muertos en 1831.
El marqués Gustavo de Bridely, legitimado por casamiento.

—Qué quiere decir esto? esclamó Luizzi.

—Mira y lee bien, contestó el Diablo; eres de familia demasiado buena para que no entiendas un árbol genealógico; has recibido una educacion demasiado buena para que no conozcas las leyes que rigen sobre mayorazgos; debes pues, saber, que Mr. Gustavo de Bridely y Mad. Peyrol descienden de una misma rama, y que Mr. Gustavo de Bridely ha heredado en representacion de su padre y su abuela, la herencia de su visabuela que de otro modo hubiera correspondido á la última heredera de los Caunys, si la familia de los Bridelys se hubiera estinguido.

—Y sabe esa circunstancia Gustavo, ese heredero supuesto, legitimado por un crímen?

—Y tanto lo sabe, contestó el Diablo, que esa ha sido la materia del pleito que ha ganado en Rennes gracias á la actividad de tu notario Barnet.

—Desventurada Eugenia! á qué hombre te he entregado! esclamó Luizzi dirigiendo una mirada de espanto y de súplica á la vez á Satanás.

Pero no vió ya al esclavo tímido y grotesco que hacia un instante se hallaba á su presencia: vió al malayo que se habia despojado de la librea ridícula y vergonzosa que se le habia vestido; estaba de pié delante de él, enteramente desnudo, con su hedionda sonrisa y su salvage mirada de canibal que contempla la víctima que vá á devorar.

Al verle, Luizzi esperimentó un terror indecible, su cabeza se trastornó, sintió su rodilla próxima á doblarse ante el rey del mal, exhaló un grito horrible, é iba á implorar su compasion, cuando se abrió una puerta.





XXII.

Continuacion del capítulo precedente.



abiase abierto la puerta y entrado Mad. de Cerny.

Satanás permanecia en la habitacion como habia hecho ya otra vez, á pesar de no ser aquella su costumbre ordinaria en su trato con Luizzi. Este, próximo á doblar la rodilla ante su esclavo, se habia levantado y se lanzó hácia Leonía como un niño asustado hácia su madre. Si el terror que acababa de esperimentar no le hubiese, por decirlo asi, estrangulado, sin duda hubiera pedido socorro á Leonía con gritos de espanto; pero no podia articular una palabra, y sus miradas permanecian fijas en el ángulo de la habitacion donde el Diablo se hallaba inmóvil en su feroz actitud.

—Armando! Armando! esclamó Leonía; os he oido hablar, os he sen-

tido agitaros, parecíais no estar solo, y sín embargo no hay nadie aqui; nadie, añadió echando á su alrededor una mirada llena de inquietud.

Luizzi se habia repuesto algun tanto de su violenta emocion, y respondió:

=Nadie, en efecto, nadie mas que el remordimiento que me devora, nadie mas que el espíritu infernal que me posee.

Al oir esta respuesta, hecha con aire de profunda desesperacion y con voz entrecortada, Leonía miró tristemente al baron, luego puso su mano blanca y fresca sobre aquella frente pálida y ardorosa, y repuso con dulzura:

—Armando, si el pasado os dá tanto miedo, apartad de él vuestras miradas, y dirigidlas al porvenir.

El Diablo se echó á reir, y Luizzi se estremeció.

—Ay! añadió Leonía al notar este movimiento del baron, temo mucho que os espante el porvenir tanto como el pasado, y quizá al dirigir la vista á él habeis sentido esa fatal desesperacion.

Luizzi iba á responder para tranquilizar á la condesa, cuando oyó á un hombre que gritaba violentamente á la parte de fuera.

—Aqui están, he conocido la voz de la condesa.

En seguida se abrió á su vez la puerta que conducia al interior de la posada, y apareció Mr. de Cerny acompañado de un comisario de policía y dos gendarmes.

—Ved aqui á la culpable, y aqui su cómplice, dijo el conde designando primero á su mujer y despues á Armando.

Los gendarmes se adelantaron hácia Mad. de Cerny que les dijo aun con mas dignidad que espanto:

—No me toqueis..... Yo os seguiré.

—Apoderaos de ese hombre, dije el conde señalando al baron.

Armando, trastornado por aquella rápida sucesion de emociones y de sucesos, echó en torno de sí una mirada insensata, como buscando un arma para defenderse y para defender á Leonía; pero solo encontró la mirada salvage de Satanás que dirigia lentamente su dedo hácia la puerta de la alcoba.

No fué cobardía ni cálculo lo que hizo al baron precipitarse hácia aquella salida; no hubo en él la baja resolucion de abandonar á Leonía; no calculó que podria defenderla mejor estando libre que estando preso; lo que le hizo lanzarse fuera de la habitacion, fué un movimiento maquinal é involuntario, fué uno de esos empujes hácia la salvacion que arrastran invenciblemente al hombre que se halla en peligro; fué, en fin, un acto de su cuerpo.

Una vez en la alcoba de Leonía, otra puertecilla abierta se presentó á sus ojos, la atravesó, encontró una escalerita, bajó con rapidez, se encontró en el patio, salió á la calle, y como impulsado por una fuerza su-

perior, atravesó corriendo toda la ciudad y se encontró en la carretera.

La noche era oscura y las calles estaban desiertas.

A esta circunstancia debió su fuga, pues aunque á los veinte pasos de la posada ya estaba fuera del alcance de los gendarmes, si cualquier habitante de la ciudad hubiera visto á aquel hombre huyendo, sin sombrero y despavorido, le hubieran tomado por un loco ó por un ladron.

Al fin el cansancio le obligó á detenerse, y se sentó á la orilla del camino en uno de esos montones de piedra que dicen al viajero que la direccion piensa siempre en raparar las carreteras, al paso que los baches le dicen que nunca las repara.

Luizzi permaneció en aquel singular asiento algun tiempo sin poder calmar los precipitados latidos de su corazon escitado por aquella larga carrera. En nada pensaba aun: estaba demasiado agitado para concebir ninguna idea. Sus pulmones estaban aun mas oprimidos que su espíritu. Unicamente cuando el aire se introdujo mas libremente en el pecho de Luizzi, entraron en tropel las ideas en su cabeza. Viéndose solo, de noche, y en aquel camino, se acordó de Leonía á quien acababa de dejar indefensa en poder de su marido, espuesta al resentimiento de éste, y á la vez se avergonzó y se horrorizó de sí mismo.

En su primer movimiento de noble resolucion, se levantó para volver á Orleans; pero al dar el primer paso oyó en la oscuridad una voz que le dijo:

—Nécio.

Volvióse al punto y vió á Satanás que habia dejado la figura de Akabila parr revestirse de otra menos estraña. Se hallaba en trage de camino, si es que puede haber alguno que merezca este nombre en el modo de vestir regularmente mezquino que usamos en todas circustancias. Llevaba una casaca abrochada hasta arriba, botas cuya caña subia basta el muslo, una especie de poncho al hombro, y una gorrilla calada hasta las orejas suplia á ese informe rollo de fieltro negro que se llama sombrero.

Luizzi estaba demasiado descontento de sí mismo para que no se quejára de su indigna conducta al primero que se presentara. Asi, pues, en cuanto conoció á Satanas en el fuego de sus pupilas, que repartian en su derredor una luz verde y lívida, esclamó:

—Quién te ha llamado, esclavo?

—Tú.

—Mientes.

El Diablo dijo con frialdad volviendo la espalda á Luizzi:

—Estais loco, señor baron.

—Sí, sí, dijo Luizzi; es cierto, te he llamado, pero no aqui, y no te mandé que me siguieras.

—Pero me mandásteis que os dejara?

Al oir esto, Luizzi se sintió henchido de una de esas rabias inmoderadas que necesitan estallar por actos violentos. Ciertamente hubiera dado en aquel instante cualquiera cosa porque el ser imposible que se hallaba delante de él hubiese sido un hombre con quien pudiera luchar para despedazarle ó ser despedazado; pero conocia su impotencia para con su terrible esclavo, y el sentimiento de aquella impotencia redobló su furor tanto, que no sabiendo con quien pegar, se volvió contra sí mismo, y esclamó hiriéndose el pecho:

—Ah! soy un miserable!

—Un nécio, replicó el Diablo.

—Soy un cobarde.

—Un nécio.

—Oh! soy un loco, verdaderamente un loco!

—Un nécio, verdaderamente un nécio! dijo el Diablo.

—Satanás! Satanás! dijo Luizzi, cuidado! Ya te he dicho que te encadenaré tan bien á mi lado que deplorarás el tiempo que emplees únicamente en mi perdicion, porque entre tanto te se escaparán mil víctimas.

—Enhorabuena, dijo el Diablo. A dónde vamos?

—A Orleans.

—Pues vamos.

Y echaron á andar.

—A casa de quién vamos á parar? preguntó Satanás, que hiriendo con la uña su primer diente incisivo hizo salir una chispa fulgurante con la cual encendió una gran pipa de forma en estremo singular: el hornillo tenia una cabida inmensa, y estaba adornada de uno de esos largos tubos que se arrollan alrededor de sí. Luizzi no pudo menos de mirarla, y el Diablo, como lo hubiera notado, le dijo:

—Miras mi pipa? Merece mirarse. Ya que la arquitectura gótica ha pasado de moda, he querido utilizar los pequeños detalles de la figura que ella me habia hecho imaginar, asi es que he hecho una pipa con mis cuernos y mi cola.

Hay ideas locas que escitan el alma; y la escitan, digámoslo asi, por medio de unas cosquillas morales tan bruscas y tan imprevistas, que la arrancan una risa tan convulsiva como la que se obtiene del cuerpo por el mismo medio, en los dolores mas agudos. Luizzi no pudo menos de echarse á reir, y el Diablo añadió siguiendo fumando apaciblemente en su cola.

Y á qué vamos á Orleans?

—A buscar á Leonía.

Entonces lo mejor será tomar este caminito de travesía que nos conducirá en derechura á la casa en que estan encerradas las locas y las mujeres de mal vivir.

—Leonía en un encierro con mujeres de mal vivir! esclamó el baron.

Si su marido ha hecho que se apoderen de ella, probablemente habrá sido para ponerla presa; si se la ha puesto presa no se ha debido ponerla entre ladrones y asesinos.

—Oh! Leonía! Leonía! qué es lo que debo hacer? esclamó el baron que se detuvo abrumado de desesperacion y sin saber que partido tomar.

El Diablo se habia sentado á su vez sobre un monton de piedia; cruzó las piernas, y mientras fumaba por un lado de la boca, se puso á silvotear por el otro:

«Niño amado de las damas,
en todas partes me ha ido
bien, muy bien con las mujeres,
mal, muy mal con los maridos.»

—Satanás! Satanás, cállate! esclamó Luízzi montado en furor al ver aquella impertinencia del Diablo que parecia burlarse de su buena suerte para con la mujeres.

—Este es de una ópera cómica algo vieja, repuso Satanás; pero si no te gusta, aqui tienes cosa enteramente nueva:

«Es una quimera el oro,
sepamos servirnos de ella.»

Luizzi estaba muy acostumbrado á tratar al Diablo; por consecuencia no es estraño que tuviese una inteligencia particular de sus palabras por mas estrañas que pareciesen en aquellas circunstancias. Asi es que no bien oyó el refran que acabamos de citar, se palpó los bolsillos. No conservaba siquiera una moneda de cien sueldos. Este enojoso accidente en aquella cruel situacion, irritó su cólera, que tocó en rabia cuando oyó á Satanás que parecia ser fuerte en materia de ópera cómica, responder con imperturbable sangre fria:

Ya todo lo he perdido, nada temo.
Acaso un bien es para mí la vida?

Luizzi se puso frenético; si en aquel instante hubiera tenido una pistola seguramente se hubiera levantado la tapa de los sesos; pero estaba inerme. Paróse á contemplar con mirada fija aquel monton de piedras angulosas como buscando una apropósito para romperse el cráneo, pero al mismo tiempo se sintió asido por una mano que le detuvo con suavidad y una voz infantil dijo en seguida:

—Por fin, os encuentro.

Volvióse y á pesar de la oscuridad de la noche conoció á la niña mendiga.

—Eres tu, hija mia? esclamó con viveza. Quién te envia?

—La señora.

—Y cómo la has visto?

—Yo estaba al pie de la escalera cuando ella bajaba; porque aquella ocurrencia habia hecho levantar á todo el mundo. La señora bajaba acompañada de un señor que llevaba banda. Cuando me vió dijo al señor. «Esta es una pobre mendiga á quien he traido conmigo deseosa de protegerla; permitidme hacerla un regalo que la ponga, al menos por algunos dias al abrigo de la miseria.» Al mismo tiempo que el señor de la banda le hacia seña de que la permitia favorecerme, volvieron los gendarmes diciendo que no sabian por donde os habíais ido. «Yo ya lo sé dije yo en voz baja á la señora.—«Bendito sea Dios! me respondió. Pues bien, procura dar con él en el campo y entrégale esto diciéndole que me han detenido, que no vuelva á Orleans y que vaya á Tolosa segun habiamos convenido pues yo buscaré medio de escribirle allá.»

Y al decir esto, la niña entregó á Luizzi un bolsillo que contenia el poco oro que le quedaba de lo que le diera Enrique.

—Pero y ella? preguntó el baron á la niña.

—Ella? repuso esta. La señora añadió: «Dile que mañana habré escrito ya á mi padre y nada deberé temer; dile que tú y el anciano ciego esperareis aqui á su hermana Mad. Donezau y que la hareis salir en secreto para Tolosa» Entonces el señor de la banda se acercó á decirla que se despachase y me dejó. Luego eché á andar, y tomé el camino seguido, suponiendo por el estado en que os hallábais, cuando pasásteis por delante de mí, que no os habríais vuelto atrás.

—Y al fin me habeis encontrado.

—Y á juzgar por la última mirada que me dirijió, la señora espera respuesta. Qué la diré?

—Que voy á seguir sus consejos y que no tardaré en estar de vuelta y haciendo lo posible por salvarla. Lo has oido?

—Sí, sí; la repetiré todo lo que me habeis dicho.

—Dila tambien, añadió Luizzi, que solo el delirio de un instante de locura me ha movido á....

El Diablo se echó á reir, y Luizzi, echando de ver que se rebajaba no poco mandando protestas y esplicaciones de aquella naturaleza á la mujer que acababa de mostrarse tan sencilla y noblemente animosa para con él, se detuvo y repuso:

—Dila que yo la salvaré, aunque me costase la vida.

—Bien, asi se lo diré.

—Pero me ocurre una cosa: cómo has de penetrar en su prision?

—En cuanto á eso no hay cuidado, contestó la mendiga alejándose.

—Conoces algun medio?...

—No, pero entraré, estoy bien segura.

—Es imposible; tú no sabes sin duda la vigilancia que hay en esas casas.

—No hay cuidado, dijo la niña, que se hallaba ya á algunos pasos de Luizzi; ya he pensado en ello viniendo en busca de vos.... y he encontrado un medio.

—Y cuál es?

—Robaré.

La niña desapareció y el Diablo soltó una inmensa bocanada de humo, y dijo mientras Luizzi permanecia estupefacto con aquella sencilla respuesta:

—Entonces se reunirán doce hombres; primeramente un tocinero, cuyas ideas de moral se limitan á saber que los pasageros no deben desenganchar sin pagar los embutidos colgados á su puerta; luego un chalan, que sabe por esperiencia que á los animales viciosos se los corrije á latigazos, y añade á estos un frenólogo que hallará una prueba concluyente de la predestinacion al robo en la accion de esa niña; pon á su lado un confitero, que al volver á su casa dirá lleno de gozo á su hija, que tiene cuatro años y se otraca de confituras: si no eres buena, te meto en la cárcel como á la mendiguilla. Agrega un abogado que necesita ver si acierta á punto fijo la aplicacion que hará de la ley el tribunal; junta á todos estos uno ó dos imbéciles, que piensan deben en conciencia responder *si* ó *no* respecto á la realidad del hecho, sin ocuparse del resultado de su respuesta; completa el número con cuatro ó cinco propietarios ó comerciantes, que necesitan concluir cuanto antes los negocios del tribunal para atender á los suyos; dí á estos hombres, que se llaman jurados, y que tienen á su cargo la salud de la sociedad, figúrate que con una palabra les has dado las sanas ideas de lo justo y de lo injusto; se condenará á prision á esa niña, es decir, se la condenará al vicio por la accion mas noble que ha inspirado la gratitud.

—Pero esa niña hallará un abogado que la defienda.

—Cuando no hay dinero no hay abogado.

—La ley se le concede á todos los acusados.

—Sí, un abogado de oficio, un abogado novel y el mas inesperto de todos, porque si se tratara de un reo que hubiera envenenado á tres ó cuatro personas, de una madre que hubiese matado á sus hijos, de un hijo que hubiera ahogado á su padre, si se tratara, en fin, de un gran criminal, se agolparian todos á la entrada del calabozo para obtener del carcelero la defensa de tan bella causa! Pero quién quieres tú que se ocupase de una niña que ha robado un pan ó un par de zapatos? Qué gloria puede reportar semejante defensa en lugar de los honorarios? Qué hermosas damas atraerá una cosa tan fútil al tribunal el dia de la vista? Nadie hará caso de semejante cosa, mi amo, ni aun tú, que es quien va á aprovechar ese crímen.

—Implacable burlon! esclamó Luizzi. Te crees muy grande porque atacas algunos vicios de la organizacion social. Esa es tarea que han desempeñado mejor que tú veinte declamadorcillos de la escuela moderna liberal.

—Y es tarea que han inutilizado con una sola palabra veinte malos declamadores de la escuela contraria.

—Muy débiles son los principios de que te constituyes defensor cuando caen con una palabra.

—Oh! es que esa palabra es omnipotente entre todos los pueblos de talento.

—Y cuál es esa palabra?

—La palabra VIEJO. Gritad al hombre mas avanzado del siglo: Eh! hace veinte años que me estais diciendo una misma cosa; eso está ya muy gastado, eso fastidia, sois muy machaca; y un fátuo impondrá silencio con este argumento á aquel á quien los mas diestros no hayan podido hacer callar. Este es *ultima ratio* de los tontos. Vuestras artes, vuestra política, vuestra filosofia estan sometidas á él. El máximun de cada escuela es veinte ó treinta años; luego viene una nueva, ó mas bien una vieja rejuvenecida que sufrirá á su vez la misma proscripcion. Por lo que hace á mí, espectador eterno de esta exaltacion y de estos desprecios periódicos de las mismas ideas, estoy, como te puedes figurar, singularmente fastidiado.

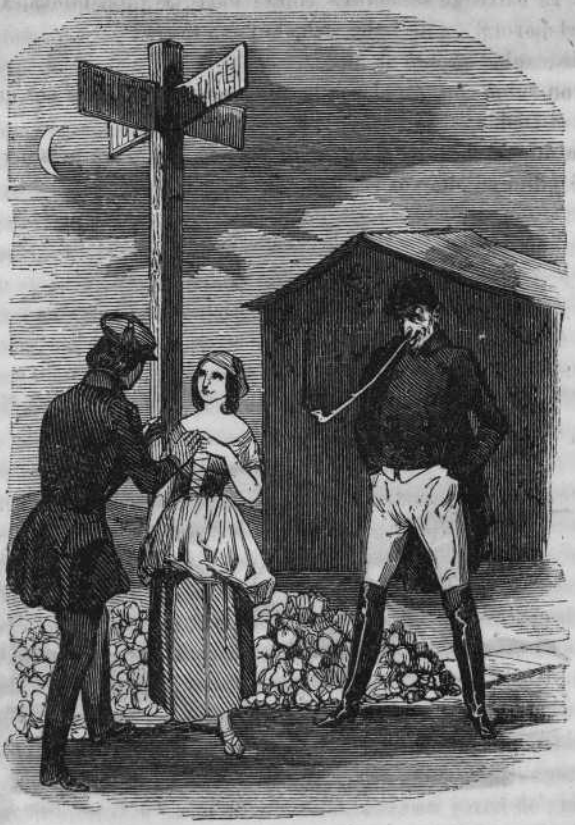
—Ese es el esfuerzo de una sociedad que quiere desembarazarse de sus antiguos hábitos, y busca una salida para lanzarse, libre y alada, á un vasto espacio.

—Te equivocas: es el esfuerzo estremo de un cacochimo que quiere recobrar la vida. Pueblo viejo y gastado! ya no tienes siquiera uno de esos instintos primitivos que conducen á los grandes descubrimientos y revelan al génio los nuevos mundos de la inteligencia; pero, peseido sin cesar de un deseo de cambio que prueba el malestar á que habeis conducido la sociedad, reedificas tu decrépita vida con los restos de todo lo que ha derribado; restableces con Cristo la religion abolida por el Ser Supremo, con Malebranche la filosofia espiritualista muerta por Voltaire, la aristocracia con la nobleza abolida por el 93, la pintura con el estilo *rococo* vergonzosamente espulsado por el romano David; en fin, vosotros, reyes de la moda, tomais vuestra arquitectura, vuestros muebles, vuestras modas, de la arquitectura, de los muebles y las modas que le abolieron hace veinte eños. Si dejais brotar alguna idea nueva, es para coger la flor y decirle en seguida: «Eres vieja y gastada» cuando apenas está madura. Y os creeis vigorosos en medio de esa senectud mal emplastecida y mal amasada! Pueblo derrengado, verdadero viejo caduco, tú necesitas niños y virginidades abortadas ó cortesanas, y besos mezclados de albayalde y bermellon. Puf!

Y el Diablo despidió en torno de sí con esta última esclamacion una

nube de humo bermejo y resplandeciente tan prodigiosa, que Luizzi retrocedió espantado.

Los periódicos del departamento de Loiret decian á la mañana siguiente, que habiendo aparecido en el horizonte una claridad inmensa, se habian te-



mido al principio el incendio de alguna granja, pero que los astrónomos del pais habian conocido muy pronto que aquella luz provenia de una aurora boreal, cuya descripcion acababan de mandar á la Academia de Ciencias

para que esta lo hiciese constar á continuacion de todas las auroras boreales observadas hasta entonces.

Felizmente las diatribas del Diablo habian distraido á Luizzi y héchole olvidar el peligro á que la jóven mendiga iba á esponerse. El baron busba un medio de cumplir la promesa que habia hecho á Leonía por medio de ella, cuando oyó á lo lejos los cascabeles del tiro de una diligencia que venia de Orleans. Dejó acercarse al carruaje, y se puso á gritar para informarse si habia en él algun asiento desocupado, asi que estuvo al alcance de su voz. El carruage se detuvo contra todas las probabilidades, y dijo á Armando el mayoral, que habia echado pié á tierra:

—Vamos, subid pronto al cupé.

El baron subió con rapidez á la diligencia, y echó de ver que le habia precedido el Diablo.

Iba sin duda á despedir á Satanás, cuando la tercera persona que estaba en el cupé, dijo en alta voz:





XXIII.

Un poeta artístico, pintoresco y moderno,

QUEREIS un pañuelo para cubriros la cabeza, señor de Luizzi? lo digo porque se os ha olvidado el sombrero en Orleans.

El baron se admiró no poco al oirse llamar por su nombre. Hizo por ver al que le hablaba, y percibió á la claridad del crepúsculo, que empezaba á invadir la oscuridad, un jóven de veinte y ocho á treinta años, demacrado y flaco, con barba rematada en punta, cabello largo y mal peinado, bello rostro de contornos nobles, aunque descarnados. Viendo aquel jóven la atencion con que le examinaba Luizzi, continuó con un tono un si es no es declamatorio:

—No me conoceis, señor de Luizzi? Pues no hace tanto tiempo que nos vimos. Ese tiempo quizá solo figura en vuestra vida por algunos años, en tanto que casi ha llevado la mia á la vejez. El pensamiento, mas aun que

las pasiones y el infortunio, el pensamiento devora con rapidez al hombre. Es el cristal ardiente donde convergen todos los rayos sensitivos del ser humano para producir en él por la reflecsion ese fuego devorador que se llama genio. Por eso yo siempre he escrito en mis libros la palabra reflexion, *reflecsion* con una *c* y una *s* para que el mundo conozca que el procedimiento moral del fuego creador es del todo análogo al procedimiento material del fuego destructor.

—Bien, muy bien! dijo el Diablo en voz baja, dirigiendo una mirada protectora al jóven, y haciendo con la cabeza un movimiento de aprobacion.

—Ya! dijo Luizzi, con que sois escritor!

—Soy poeta.

—Haceis versos?

—Soy poeta.

—Y me conoceis?

—Si, os conozco, declamó el jóven; y me parece que un estraño destino nos impele el uno hácia el otro en circunstancias en que vos solo podeis comprenderme, en que yo solo puedo comprenderos á vos.

—Muy bien! muy bien! repitió el Diablo en tanto que Luizzi se preguntaba quien podia ser aquel hombre que le conocia.

—Perdonad, le dijo Armando, si no recuerdo con ecsactitud en que circunstancias y donde nos hemos visto, y tened la bondad de recordármelo.

—Todo lo que puedo deciros, contestó el desconocido midiendo las palabras de una manera particular, es que yo me hallaba en peligro cuando me visteis y que en peligro os he hallado á vos. Me dije á mi mismo: «este hombre ha acudido á tu ayuda y tu acudirás un dia á la suya»; y he cumplido mi palabra. Al pasar por Orleans he oido el sordo murmullo de una conversacion en que se decia que una mujer habia sido robada por un hombre; que aquella mujer habia sido cojida y que aquel hombre habia huido. Un presentimiento, uno de esos presentimientos que hacen creer en las previsiones del alma, me movió á preguntar como se llamaba aquel hombre y se me manifestó vuestro nombre. Entonces me dije: Ya ha llegado el tiempo y es probable que se presente muy pronto la ocasion, porque las cosas humanas no establecen vanas premisas, todas tienen sus consecuencias inevitables, y yo no podia haber oido pronunciar asi vuestro nombre sin que creyera que debia encontraros muy pronto; el genio que vela por vuestro destino me noticiaba algun suceso. He mirado á mi alrededor desde lo alto de este carruage, y cuando he visto á un hombre á la orilla del camino con la cabeza descubierta á pesar del fresco de la noche, he dicho desde luego: Héle allí! y he dicho en seguida al mayoral: suspende tu curso; he aquí un hombre con quien tengo contraida una deuda; y el mayoral se ha detenido,

como habeis pedido ver; ahora estamos ya pagados, baron de Luizzi.

Armando habia escuchado esta tirada con la boca abierta y los ojos ávidos, en tanto que el Diablo acompañaba todas las palabras con un ligero movimiento de cabeza que terminó por un pasmo de admiracion, dejando escapar un murmullo de:

—Oh! bien! bien! bien! bien! muy bien!

En cuanto á Luizzi, necesitó bastante tiempo para desentrañar un poco el sentido encerrado en este flujo de palabras. Necesitó un trabajo semejante, por ejemplo, al de Musard buscando un motivo melódico en el complicado tumulto de una ópera de Meyerbeer. Por fin, consiguió adivinar poco mas ó menos lo que queria decir el poeta; pero Luizzi, del mismo modo que el químico á quien las dificultades de un descubrimiento realizado hacen desear mas y mas el descubrimiento que espera, Luizzi, repetimos, gracias al trabajo que le habia costado comprender al poeta deseaba tanto mas saber el servicio que le habia hecho.

—Os agradezco infinito vuestra buena voluntad y vuestra intercesion en esta circunstancia, le dijo. Pero no podré saber á que lo debo, y á que ocurrencia debo el deberoslo?

—Jé! jé! dijo el Diablo al oir esta frase alambicada; no va mal, no va mal!

Luizzi no tuvo tiempo para estrañar la aprobacion de Satanás, porque el poeta contestó siguiendo siempre en el tono de melopea cantante y nasal:

—Ya lo sabreis, ya lo sabreis; la hora y el sitio en que deben saberlo se acercan simultaneamente; hay un sitio donde os revelaré el secreto de nuestra primera entrevista; ese sitio servirá de comentario á mis palabras. Su presencia les prestará la luz que les conviene y entonces me conocereis por entero.

Esto era ya mas claro, y Luizzi procuró recordar quien podia ser aquel hombre que la casualidad ó el Diablo habia puesto en su camino para sacarle de embarazos. En efecto, era muy posible que á no ser por él, el mayoral no hubiera consentido en recojer en el camino un individuo sin pasaporte y lo que es aun mas, sin sombrero, porque la falta del sombrero es una prueba incontestable de fuga por un mal negocio. Puede estar un hombre sin camisa, sin medias, sin zapatos, y no despertar sospecha alguna; pero no hay agente de la autoridad que no se crea con derecho para detener á un hombre sin sombrero. El sombrero es la primer garantia de la libertad individual. Recomendamos este aforismo á los sombrereros.

La memoria del baron se mostraba rebelde. El poeta echó de ver la preocupacion de Luizzi y le dijo:

—No busqueis, porque podeis hallar y si hallais no tendre nada que deciros.

—Bien! perfectamente! bien! murmuró el Diablo.

—Nada, nada tendria que deciros, continuó el poeta, porque entonces no me comprenderiais.

—Al contrario, dijo Luizzi, me parece que un recuerdo no se opone á semejante confidencia.

—Os equivocais, porque os representariais al hombre á quien habriais visto ó mas bien al hombre á quien habriais creido conocer y le juzgariais entonces con arreglo á vuestra alma y no con arreglo á la suya. Y cuando á aquel hombre os dijera: «ved quien soy», vuestro pensamiento flotante entre el sueño de vuestras opiniones y la realidad de su vida permaneceria un instante suspenso entre ambas cosas para caer en seguida en la duda, ese gran abismo en cuyo fondo se ajita el siglo.

Satanás parecia loco de contento; pero esto no estaba al alcance de la comprension de Luizzi. Este hizo lo que algunas veces hace el público que habiendo procurado con ahinco comprender las primeras escenas de un drama, luego deja el drama caminar á su antojo; esperando un instante favorable para adivinar, si es posible, el sentido de lo que se le representa.

Habia ya amanecido completamente, y el sol se mostraba al borde del horizonte que estaba cargado de vapores. El poeta sacó en aquel instante su reloj, le consultó y esclamó con aire de triunfo:

—Bien seguro estaba yo.

—De qué? le preguntó Luizzi.

—De la vanidad de esa cosa que llamais ciencia.

—Y á qué debeis esa opinion?

—A una cosa bien sencilla en verdad; pero un instinto secreto, una revelacion del pensamiento, me habia dicho que esos hombres que han pretendido reemplazar la idea por la esperiencia, el pensamiento por el cálculo, arrullan la ignorancia popular con cuentos absurdos y falsos sobre los cuales han basado una reputacion que ya es tiempo de derrocar para que ocupen el primer puesto los hombres de imaginacion.

—Y en qué os parece que acusa á la ciencia de absurda y falsa el instante en que sale el sol? repuso Luizzi sorprendido de aquellas palabras.

—En qué? En el hecho mas pueril, el mas vulgar de todos; hecho, acerca del cual no debia dejar duda alguna la esperiencia de todos los siglos.

—Pero cuál es?

—Se trata de la hora justa en que sale el sol. Mirad, dijo mostrando la hora de su reloj y la que indicaba un calendario, difieren entre sí cerca de diez minutos.

Todo el reconocimiento de Luizzi por los buenos oficios de aquel hombre no bastó para que no se riera al oir aquella respuesta, en tanto que el Diablo se inclinaba profundamente ante el poeta.

—Os reis, caballero, dijo el desconocido, os reis, y dominado por la fé

estéril del siglo en la ciencia material os negais á reconocer sus errores en uno de sus detalles mas ínfimos.

—Perdonad, contestó Armando sin dejar de reir; pero, error por error, estoy mas bien por el de nuestros astrónomos que por el de vuestro reloj.

—Mi reloj es un cronómetro escelente, dijo el poeta; y no varía un segundo en un año.

—Esa misma pretension es un gran homenage á la ciencia, repuso Luizzi cortesmente.

—Es que yo encuentro una gran diferencia entre la ciencia que se apoya en números y la que descansa en hechos físicos.

—Pero el salir el sol es un hecho físico, dijo Luizzi con la timidez de un hombre que tiene demasiada razon y no puede decidirse á mostrar á otro hombre toda la estension de su necedad.

—No lo dudo, contestó el poeta, pero es un hecho físico muy mal observado; porque al fin este cronómetro es exacto. Como puede esplicarme la ciencia semejante diferencia?

—Suponed, dijo Luizzi, que vuestro cronómetro arreglado sin duda en París marcaba exactamente la hora que debia ser á algunas leguas de Orleans, lo que no es precisamente cierto; pero se puede dar otra esplicacion mucho mas sencilla á esa diferencia, y es que todavia no ha salido el sol.

—Eh! dijo el poeta, como aquel que ha recibido un insulto, esa es una chanza de mal género, caballero. Yo estoy viendo el sol, al menos me lo parece.

—Es cierto que le veis; mas sin embargo, está mas bajo que el horizonte.

El poeta se sonrió con aire burlesco, y repuso:

—Y sin duda esplicará eso la ciencia?

—Lo esplica perfectamente. Es efecto de la refraccion.

—Reflexion, quereis decir.

—No, refraccion, caballero.

—Mirad, dijo el poeta tomando su lente para mirar el sol, y continuó: veo ó no veo, aqui está todo. Lo que me admira sin embargo, es que la ciencia, esa engañifa de todos los siglos, no se haya atrevido á negar los milagros mas sencillos de la edad media, cuando pretende probar que yo no veo lo que veo. Pero no hablemos mas de esto, caballero, yo tengo formada en este particular una opinion fija, una conviccion íntima, es para mí asunto de conciencia, no se me puede convertir.

—Pero, quién es ese señor? dijo Luizzi al oido y en voz baja al Diablo.

—Es una notabilidad literaria y artísticas, un hombre de arte y de imaginacion.

—Oh!.... pero no he visto ignorancia mas crasa.

—No digo que no, dijo Satanás; vos debeis saber que en estilo moderno siendo el génio una águila, está probado que la ciencia es una tortuga.

La conversacion quedó suspensa un instante. Luizzi no se sentía con deseos de volver á ella; pero el poeta que estaba absorto en la contemplacion del sol, esclamó:

—Ved aqui una cosa bien estraña en verdad.

—Y cuál es?

—Es que nadie, nadie todavia ha comprendido poeticamente el salir el sol, no solamente con su dulce sonrisa y su cabellera de nubes, sino tambien con el pensamiento inmenso que envia al alma sobre sus rayos de oro, en lo cual se desliza rápido como un vagon por los carriles de un camino de hierro.

—Teneis razon, caballero, dijo el Diablo, y eso sin duda es lo que ha hecho decir á Shakespeare estos dos versos sublimes:

«Aquel que siempre la virtud ha amado
Vé despuntar el alba entusiasmado.»

Luizzi, que recordaba la escelente composicion sacada de la ópera *Montano y Estefania*, se volvió por no reirse en las narices del poeta, en tanto que éste tomaba un aire de admiracion exaltada para decir á Satanás que tenia todas las trazas de un buen hombre:

—Eso es verdad, caballero. Ah! Shakespeare tiene ideas enteramente suyas, pensamientos de hierro candente que se diria hallarse empapados en las lágrimas de una niña. Estais haciendo alguna traduccion suya?

—No, pero adoro á Shakespeare.

— Y haceis bien, porque es el único poeta, y las pocas palabras suyas que acabais de citar tienen ese sabor dulce y amargo del canto inglés que se conoce en todo y por todos. Consiste tambien en que le toca una época en que era posible la poesía; en un siglo de hierro y de seda, de acero y de terciopelo, de grandes combates y de ligeras escaramuzas; si fue grande y profundo consistia en que tenia espacio para echar al mundo los jigantes que concebia su pensamiento.

—Pero me parece, dijo Satanás, que el mundo es tan ancho ahora como en otro tiempo y que no falta sitio para los jigantes

—Y dónde quereis que arraigue .a poesia en este siglo de cosillas egoistas? Qué obra algo séria es posible en presencia de un pueblo que ha concentrado su vida en los intereses materiales de su existencia?

—Yo creo, dijo el Diablo, que los intereses materiales han desempeñado siempre un papel importante en la existencia humana.

—Es posible, repuso el poeta; pero los hombres de los siglos pasados abrigaban pasiones grandes como ellos. En el dia todo está á la altura de los

hombrecillos contemporáneos. La sociedad es un vasto *vaudeville* cuyo corazon se halla en el Gynasio.

—Dirigios entonces á los siglos pasados y escribid tragedias.

—Tragedias romanas? repuso el poeta con tono despreciativo!

—Tragedias francesas.

—La tragedia es imposible sin religion y sin fatalidad.

—Pues qué, no teneis religion y fatalidad?

—Religion y fatalidad en que el pueblo no cree.

—Entonces, seguid el precepto de Horacio y representad los hechos de vuestra historia, *facta doméstica*.

—El señor Haracio, dijo el poeta, fué un buen hombre á quien respeto mucho; pero no le escucho. Me causa el efecto de un tio de comedia, que dá consejos y no dinero al calavera de su sobrino; es viejo é inútil, por lo cual paso de largo. Lo único dramático son las escenas encerradas en nuestras antiguas crónicas y en nuestras leyendas.

Luizzi creia que el *facta dsnéstica* de Horacio no queria decir otra cosa que lo que pretendia aquel señor; pero conocia á éste ya bastante para comprender que despreciaba á Horacio con el mismo título que á Shakespeare. Tambien echó de ver que el poeta tenia cierto número de palabras con las cuales lo salpicaba todo como si variasen de sentido variando la aplicacion. Asi, pues, para él el hecho mas palpitante contado por la historia, era vulgar y viejo; pero la última necedad, revestida con el nombre de crónica, le parecia prodigiosamente interesante. Luizzi prestaba atencion, y el poeta continuó:

—Si he de manifestaros el verdadero objeto de mi viaje, os diré que no es otro que el deescribir nuestra historia nacional en los sitios mismos donde los sucesos tuvieron lugar y buscarla en los recuerdos populares de cada comarca, donde verdaderamente está escrita con toda su belleza y su verdad.

—Hé ahi un preyecto admirable, le dijo el Diablo. Y sin duda habreis dado ya principio á vuestras observaciones?

—Sí, contestó el poeta con aire indiferente, he recogido ya algunos datos.

—El asiento que habeis tomado en lo alto de la diligencia es escelente para eso, dijo el Diablo.

La burla era demasiado grosera para que no admirase hasta al gran nombre mismo; pero como éste fijara la atencion en el que le hablaba, halló en él una candidez, una buena fé que le hicieron deponer su enojo.

—Desde aqui se vé a mucha distancia, continuó Satanás.

—Y desde punto alto, contestó el poeta con una necedad sublimemente intrépida.

—Os aseguro que me encanta vuestro modo de ver el arte, repuso el Diablo, y puesto que la casualidad me ha hecho encontrar un hombre pen-

sador é inteligente, tendré á mucha dicha ayudarle en su gloriosa empresa y contarle algunas historias singulares de mi pais, pues soy de aqui.

—Esas historias deben ser muy curiosas, dijo el poeta con desden.

—Yo no sé si la historia es curiosa por sí misma, pero al menos es interesante para ciertas personas.

El Diablo pronunció estas palabras dirigiéndose con la vista al baron, que dijo:

—Se trata de alguna historia contemporánea?

—No, precisamente; pero hay personas cuyo nombre se remonta á bastante antigüedad para que escuchen con interés rancias historias.

—Es una leyenda ó una crónica? preguntó el poeta tomando la actitud del oyente que escucha con indiferencia.

—Es una crónica, dijo Satanás, porque sus hechos pertenecen á la verdad material y visible; es tambien una leyenda porque figura en ella el Diablo.

—De veras? preguntó el poeta sonriéndose. Debe ser cosa divertida.

—Yo por mi parte dispenso de contárnosla al señor, dijo el baron que temia todas las revelaciones del Diablo cualquiera que fuese la época á que se refiriesen.

—Pero yo se lo ruego.

La cólera de Luizzi contra el Diablo estuvo á punto de estallar; pero esperando librarse del relato de Satanás, resolvió aprovechar el primer momento en que se viera solo con él para despedirle y se recostó en el fondo del cupé decidido á no escuchar.

Sin embargo, no tomaba la palabra el narrador.

—Y bien, caballero: Y vuestra historia? No os acordais?...

—Allá voy; pero esperaba para comenzarla á que demos la vuelta á aquel ángulo del camino á fin de mostraros el teatro de la aventura que voy á referiros y de la que creo se podria hacer una tragedia regularmente sombria manejada por un hombre de vuestro génio.

—Querreis decir un drama histórico, callero; pero donde está el teatro de esa história que llamais destinada al teatro? añadió el poeta armándose de su lente.

El Diablo tendió la mano hácia una colinita que se alzaba á corta distancia del camino.

—Veis, dijo, en la cima de aquella altura escarpada algunas piedras colocadas circularmente y que parecen haber sido la base de una gran torre?

—Las veo perfectamente, contestó el poeta.

—Pues bien, es lo único que queda del antiguo castillo de Roquemuro.

—El castillo de Roquemure! esclamó Luizzi dando un salto en su asiento.

—Habeis oido hablar de él? preguntó Satanás con el tono de un honrado artesano que vá á contar una anécdota de sociedad.

—Sí, contestó Luizzi, y quisiera saber cuál es la historia que acerca de ese castillo teneis que contar.

—La de su destruccion.

El baron examinó atentamente á Satanás que embozándose en su capote no parecia echar de ver la mirada interrogante de Armando.

XXX





XXIV.



Primer acto.



El Diablo empezó del modo siguiente:

Un dia del mes de mayo de 1179, estaban sentadas dos mujeres en el gran salon del castillo de Roquemure, media hora antes de anochecer; una de ellas tendria cincuenta años poco mas ó menos, y era de estatura aventajada; su rostro flaco y descolorido, denotaba una alma enferma y una salud resentida; habia en sus ojos un ardor triste, y sus menores movimientos eran lentos y fatigosos. A través de la debilidad física y moral que la dominaba, se distinguian aun los restos de un vigor poco comun y de un carácter en estremo decidido. Al verle, se adivinaba que aquella mujer debia guardar en su corazon un gran dolor ó un gran remordimiento.

La segunda era Alix de Roquemure, casada hacia un año apenas con

Gerardo de Roquemure hijo de Hugo y de su primera mujer Blanca de Vireley.

A algunos pasos de aquellas mujeres estaba de pié un hombre delante de un pupitre sobre el cual habia un libro abierto, y leia de cuando en cuando algunas líneas que comentaba y esplicaba en seguida á una veintena de hombres y mujeres sentados alrededor de la sala sobre haces de paja, pues en aquella pieza no habia mas sillones que los ocupados por Alix y por Ermesinda, y si los presentes hubiesen querido sentarse en los bancos adheridos á la ensambladura de las paredes no hubieran podido oir la voz del venerable Audoin, que debilitada por los años no bastaba á llenar aquella basta sala.

Todos escuchaban con santo recojimiento la paráfrasis que el clérigo hacia de los versículos de la Biblia, pues esplicaba uno de los puntos mas interesantes: clasificaba los demonios y mostraba sus diversas atribuciones. Todo el mundo escuchaba á no ser Ermesinda y Alix cuyas miradas fijas sin cesar hácia el esterior decian suficientemente que el pensamiento de aquellas dos mujeres estaba fuera de aquella habitacion. Seguramente esperaban la llegada de alguien pues ambas volvian la cara al mas leve ruido procedente del patio que se estendia desde aquella ancha sala hasta la torre donde se hallaba la entrada principal del castillo de Roquemure.

Dos horas habian transcurrido ya desde que comenzaran los comentarios del clérigo, la atencion de los circunstantes y la facundia de las dos damas. La fecundidad del comentador se agotó antes que la atencion de sus oyentes, rasgo bastante característico de aquella época remota á la que da un color muy original. Muy pronto reinó un profundo silencio en la sala, porque ninguno de los subalternos que se hallaban reunidos en torno de su señora se permitió comentar al comentador ni burlarse de él, lo cual es otro rasgo bastante característico y original.

Lo único que conservaba el invariable color humano era la impaciencia mal disimulada de aquellas dos mujeres; á cada instante enredaban una y otra la lana que hilaban. Unicamente Ermesinda procuraba con paciencia desenredar la suya y se detenia en una distraccion completa despues de un trabajo al cual no prestaba mucha atencion, en tanto que Alix rompia impaciente los hilos y los volvia á unir maquinalmente sin reparar en los nudos de que llenaba su labor. Todo el carácter de aquellas dos mujeres se mostraba en esta insignificante accion: una resignacion fatigada por una parte y una impaciencia colérica é imprevisora por la otra.

El sol daba encima de la torre de entrada, que estaba á poniente, y se hallaba próximo á retirarse de las almenas mas elevadas, cuando Ermesinda, que lo habia notado, dijo en voz baja á Alix:

—Ya va siendo tarde, hija mia, y vuestro marido no vuelve.

—Ni el mio ni el vuestro, contestó Alix.... Los esperábais tan pronto?

—No, dijo Ermesinda; dijeron que no volverian hasta dos horas despues de puesto el sol.

—Es verdad, asintió Alix; se me habia olvidado.

Aquellas mujeres no esperaban, pues, á sus maridos.

—Muy bien, dijo el poeta; eso no dejará de tener gracia en la esposicion del drama.

El Diablo continuó:

—No bien habian pronunciado estas palabras, se oyó un gran ruido á la puerta del castillo, y rechinaron las cadenas de los rastrillos y de los puentes levadizos.

—Muy bien, dijo el poeta; ahí habrá asunto para algunos buenos versos, puestos en boca de una de esas mujeres.

Oyense rechinar en los anillos
de fierro las cadenas, y los puentes
bajan, y se levantan los rastrillos.

Aquí hay un contraste muy pintoresco: *bajan, levantan*.... no debe estar mal. Continuad, dijo el poeta pasándose la lengua por los labios, como para saborear la miel poética que acababa de destilar.

El Diablo continuó:

—Ninguna de las dos mujeres dijeron eso; pero Ermesinda se levantó de pronto y esclamó: es él! Alix dirigió una mirada rápida y llena de curiosidad hácia la puerta, y dejó escapar de su pecho un hondo suspiro. Esto dice tambien suficientemente que Ermesinda tenia derecho á felicitarse en alta voz por la llegada del recienvenido, y que Alix no le tenia, á pesar de la ansiedad y la turbacion que esperimentaba.

Este sentimiento debia ser muy poderoso en ella, pues se levantó en seguida y dijo á Ermesinda:

—Me retiro, señora. No quiero importunar con mi presencia á una madre y un hijo que despues de cuatro años de ausencia se ven por primera vez. Disculpadme para con el señor Lionel de Roquemure, mi hermano.

—Idos, respondió Ermesinda, que siguió á Alix con la vista diciendo para sí:

Aborrece á Lionel, pues se retira
cuando él se acerca? O por ventura le ama
y solamente aborrecerle muestra
para ocultar mejor su amante llama?

declamó el poeta, y añadió luego: Esto daria bastante ímpulso á la accion.

—No lo dudo, repuso el Diablo, pero Ermesinda no dijo eso, puesto que

su hijo habia dejado el castillo de Roquemure hacia cuatro años, y que hacia uno solo que Alix habitaba en él, sin que hubiera ningun motivo para creer que se hubiesen visto antes y pudiesen amarse ó aborrecerse; pero sí dijo al ver que Alix se retiraba:

—Tampoco ella es dichosa, pues cuida demasiado de mi dicha. Los dichosos son mas egoistas que eso.

Lionel entró un momento despues en la sala, y poniéndose de hinojos delante de su madre, la dijo segun era de costumbre:

—Bendecidme.

Ermesinda tendió las manos sobre la cabeza de su hijo contemplándole, pero sin poder hablar. Luego hizo una seña á todos los presentes para que se retiraran. Apenas se vió sola con Lionel, levantó á éste y le abrazó, mirando cuán bello era, viendo lo que habia crecido, alarmándose al verle tan pálido, y todo en el espacio de un minuto. Luego las palabras acompañaron á las lágrimas, y esclamó:

—Oh! al fin te veo!

El hijo, por su parte, habia mirado á la madre con tristeza y amor, y, en lugar de responder al movimiento de alegría de su madre, la dijo:

—Siempre lágrimas en vuestros ojos, siempre lo mismo!

—Lloro de alegría al volverte á ver.

—Oh! no, madre mia, todos los dias llorais. Las lágrimas de alegria no hunden los ojos ni enflaquecen tan pronto.

—No hables de mí, Lionel, háblame de tí. Me vas á contar, no es verdad, todo lo que te ha pasado durante cuatro años de ausencia?

—Sí, os lo contaré y á mi padre tambien.

—Bien; pero antes siéntate y escúchame ahora que eres ya hombre, pues tienes veinte y dos años. Si mi esposo ... si tu padre no te abre los brazos con la misma ternura que yo, no te irrites por tan fria acogida. Has vivido en la corte, entre hombres de todas clases, y no ignoras que á veces es preciso ocultar en el fondo del alma el descontento que se esperimenta.

—Sí, madre mia, respondió Lionel; he estado en diferentes paises desde que nos separamos, pero en todas partes he visto á los padres amar á sus hijos no habiendo los hijos manchado su sangre.

—Tienes razon, Lionel, dijo Ermesinda con tristeza; pero sin embargo, te suplico que seas sumiso para con él y sufras sus palabras por mas severas que sean.

—Me ha llamado á tu lado para hacerme sufrir, como en otro tiempo, todas las humillaciones y el mal trato posible?

—Te ha llamado porque te necesita, los soñores de Melize, raza turbulenta y vengativa, no dejan pasar una estacion sin dar á tu padre graves motivos de queja.

—Y se queja mi padre? preguntó Lionel con amargura.

—Tu padre tiene ochenta y cuatro años, y una armadura pesa demasiado á su edad.

—Pues qué! no tiene á su primogénito, á mi noble hermano, á su hijo querido, para que le defienda ó le vengue?

—Por qué te burlas asi, Lionel? Tu hermano Gerardo vino al mundo débil, raquítico, enfermo, deforme.

—Y sobre todo, cobarde, bajo y embustero, madre mia..... Oh! no sé como él y yo somos de una misma sangre.

Ermesinda se puso encarnada al oir esta esclamacion de Lionel....

—Eso puede reemplazarse por un *aparte*, dijo el poeta interrumpiendo al Diablo, porque empiezo á conocer....

—Cómo con un *aparte*? preguntó Armando, que habia olvidado completamente el punto de partida de la historia con relacion al poeta.

—Es que el señor sigue componiendo su drama, contestó Satanás....

—Ya! ya! dijo el baron; está muy bien, continuad vuestra narracion.

—Jé! jé! jé! parece que os interesa! dijo el Diablo haciendo un guiño á Luizzi con aire burlon.

—Sí, tengo deseos de saber el desenlace.

—Jé! jé! continuó Satanás; todavia estamos en la segunda escena del primer acto.

—Pues adelante.

El Diablo siguió:

—Lionel no echaba de ver aquella turbacion de su madre, quien, sintiendo de repente un gran ruido hácia la entrada del castillo, dió una palmada; todo el mundo volvió á la sala, y Ermesinda dijo á Lionel por lo bajo:

—Es inútil que el señor Hugo sepa que hemos hablado en secreto. Sobre todo, no te alteres, hijo mio, ten calma.

—Lionel, que se habia sentado á los pies de su madre, se levantó al punto sacudiendo su larga cabellera castaña con un movimiento de cabeza. Su talla alta y esbelta, su dulce palidez, la elegancia de sus miembros casi delicados, no hubieran dado á conocer el vigor del soldado si la agilidad y el desembarazo de su andar, y la presteza de sus movimientos, no le hubiesen manifestado, porque en el hombre la gracia es la fuerza.

—Gracia y fuerza implican contradicion, dijo el poeta; pero es igual, continuad. Decís que llegó el señor Hugo?

—Sí, contestó el Diablo; era un anciano con un bosque de cabello blanco y desordenado, labios colgantes, ojos legañosos muy arqueados, y andaba con dificultad apoyado en un largo báculo. Al atravesar la puerta de la sala echó una mirada rápida á los que estaban alli reunidos, y esclamó vivamente:

—Qué hace aqui esta paja?

—Era para sentarse los pajes y las doncellas en torno del padre Andoin, respondió Ermesinda.

—No podian escucharle de pié? Hablarian de amores y de bailes un dia entero sin acordarse de sentarse; pero cuando se trata de escuchar á un anciano no saben como estar, no es verdad, señora? La palabra de un anciano causa mucho.

Ermesinda quiso contestar, pero el anciano Hugo continuó:

—Quitad de aqui esta paja. Quizá no está lejos el dia en que, encerrados todos aquí por las lanzas de los Melize, os tendriais por dichosos en hallar esa paja para calmar vuestra hambre.

Hombres y mujeres obedecieron en silencio en tanto que el anciano refunfuñaba con furor:

—Buenos defensores tiene el castillo de Roquemure! hombres que se sientan para escuchar á un sacerdote! Y ningun jefe, ningun jefe!....

—Aqui me teneis, padre mio, dijo Lionel adelantándose.

El anciano le miró largo rato sin hablarle y le contempló de pies á cabeza, conteniendo con dificultad la agitacion que parecia haberse apoderado de él. Despues de este exámen, se volvió, fué á sentarse en uno de los bancos laterales colocados á cada lado del inmenso hogar que ardia á uno de los estremos de la sala á pesar de hallarse bastante abanzada la estacion, é hizo seña á Lionel para que se acercara. Este estaba de pié, y su madre colocada en frente de él al lado del anciano, le suplicaba con la vista que se contuviese, porque el inflamado rostro del jóven mostraba cuan irritado se hallaba por aquel recibimiento.

—Habeis llegado muy tarde! dijo Hugo á su hijo.

—He llegado antes del peligro, respondió Lionel cruzándose de brazos.

—Acaso no hubiera llegado el peligro si vos os hubiérais puesto antes á mis órdenes.

—Seguramente mi presencia no hubiera impedido á mi hermano Gerardo recorrer de noche las tierras de los señores de Melize y arrebatar las doncellas y los ganados de sus vasallos, porque eso es lo que se llama el peligro.

—Quién os ha contado esos embustes? esclamó el anciano irritado.

—Me lo han contado las quejas de los señores de Melize que han llegado al rey Felipe Augusto.

—Y vos creis las quejas de vuestros enemigos?

—Delante del rey les he dicho que mentian; pero delante de vos, padre mio, debo confesar que tienen razon.

—Y habeis venido para sostenerlos?

—He venido para combatirlos, no tocarán una piedra de este castillo mientras yo permanezca de pié entre ellos y las murallas.

—Perfectamente! dijo Hugo con una amarga sonrisa de satisfaccion. Pero,

añadió observando atentamente el efecto de sus preguntas, hace cuatro años que dejásteis el castillo: qué habeis hecho en ese tiempo que no habeis vuelto por aquí?

—Fuí á Aquitania donde combatí por la causa de los nobles gascones contra Ricardo, Corazon de leon. Tres veces tropecé con él en el campo, y tres veces rompimos lanzas, sin que él retrocediera una pulgada, sin que yo me replegára una línea.

—Lo sé; pero no habreis permanecido siempre en Aquitania?

—Al año siguiente me hallé al frente de Ruan con el rey Enrique VII, y allí trepé dos veces al muro, sin mas ayuda que mi espada.

—Lo sé; pero y despues, á dónde fuisteis?

—Me hallé en Berri en el momento en que el rey de Inglaterra, Enrique II, habia triunfado por traicion y combatí contra él.

—Lo sé; y acercásteis vuestra bandera á las filas enemigas mas que ningun otro. Pero qué fué de vos despues que dejásteis á Berri?.

Lionel re ruborizó y permaneció embarazado. Su madre se admiró, al parecer, de su silencio y le hizo una seña para que continuase; entonces Lionel sobreponiéndose á su turbacion, dijo vacilando un poco:

—Me trasladé hace medio año á Arles, donde asistí á la coronacion del emperador Federico Barbaroja.

—Hace medio año! dijo Hugo; pero dónde estábais hace año y medio?

—Acaso olvidé algo entonces los deberes de la guerra, respondió Lionel, seguí á Enrique Cour-Mantel á los juegos y torneos que ha dado en París y en todas las Galias.

—Ah! esclamó Hugo observando á Lionel con una mirada mas atenta aun; con que fuísteis con él á los juegos que tanto gustan á las bellas damas! Luego añadió con voz temblorosa por la cólera que procuraba ocultar: No os ocurrió en París alguna aventura digna de ser contada á vuestro padre?

—Ninguna, contestó Lionel mirando á su madre.

—Ninguna? dijo el anciano levantándose.

Lionel bajó los ojos, y el anciano se retiró arrastrándose penosamente despues de decir:

—Basta.

Tal fué la primer entrevista del padre y el hijo despues de cuatro años de ausencia. Lionel y su madre quedaron solos.

En este momento interrumpió el Diablo su narracion y dijo al poeta:

—Ya conocereis que aquí no hago mas que indicar los principales rasgos de esta escena. Para que hiciera efecto en el teatro en un drama bien limado convendria ponerla del modo siguiente:

El padre. Donde estábais hace año y medio?

El hijo. Hace cuatro años estaba en Aquitania donde hacia esto ó lo otro, etc.

En seguida una hermosa tirada de versos describiendo combates, y luego:

El padre. Dónde estábais hace año y medio?

El hijo. Hace tres años estaba en Normandía, donde tenia esto, ó lo otro, ó lo de mas allá.

Otra tirada con los detalles de un asedio de la época, y despues:

El padre. Dónde estábais hace año y medio?

El hijo. Hace dos años estaba en Provenza, donde hacia esto, y lo otro, etc.

Tercera tirada de versos descubriendo las lizas y las cortes de amor con todo el color histórico posible, y por último:

El padre. Pero dónde estábais hace año y medio?

El hijo. Hace un año estaba en Picardía, donde.....

Aqui el padre interrumpe al hijo, y le dice:—«Sé ya bastante.» Y el público tambien, pues sabe que año y medio antes pasó alguna cosa estraordinaria.

—Os habeis dedicado al teatro? dijo el poeta al narrador con aire de protectora confraternidad.

—Estudio mucho el drama moderno, respondió Satanás.

—Me gusta mucho vuestra idea. Ese hijo que cuenta todo lo que no se le pregunta, y ese padre que interroga obstinadamente dan un estraño misterio al drama.

—Misterio que se descubrirá probablemente en la siguiente escena, dijo el baron con impaciencia.

—Es decir, repuso Satanás, que levantaremos una puntita del velo, una puntita nada mas; ved aqui como:

Ermesinda que ha quedado con su hijo, dice en seguida:

—Oh! dime ¿qué hacias hace año y medio? Por qué no has dicho á tu padre lo que hacíais en esa época?

—Porque entonces amaba, y aquel amor debe ser un misterio; porque tropecé con una mujer á quien amé con toda la pasion de un corazon que aun no ha amado nunca.

—Y era hermosa esa mujer?

—Oh, madre! cómo no habia de ser hermosa para mí que la amaba, cuando lo era para los que me aconsejaban que huyese de ella, diciéndome que era frívola y coqueta? Era tan bella, madre mia, y tan seductora, que los que la aborrecian no se atrevian á mirarla ni á prestarle oido, pues tal era el miedo que tenian de amarla.

—Y te engañó, Lionel?

—Me engañó madre mia, me abandonó por otro!

—Y la lloras?

—La aborrezco, madre mia!

—Y la olvidas?

—La maldigo todos los dias.

—Oh! entonces la amas todavia, hijo mio!

—No, madre mia, no; ya no la amo, repuso Lionel con violencia; la veria espirar sin sentimiento.

—Pues eso es que la amas aun.

—Yo? no, madre! dijo el jóven con rabia; yo? la mataría!

—Pues entonces la amas como un insensato, respondió Ermesinda.

Lionel calló, y su madre le dijo echándole sus brazos:

—Y el nombre de esa mujer?

—Hace un año juré que nunca saldria ese nombre de mis labios.

—Guarda tu secreto, hijo mio, y sobre todo guarda tu aborrecimiento.

—Asi puede concluir el primer acto, dijo el poeta.

—Id al Diablo con vuestro drama ó tragedia! esclamó el baron lleno de cólera. Escucho una historia y la interrumpís.

—Toma, como que el señor es poeta! dijo el Diablo.

—Señor de Luizzi, repuso el pálido literato, sois rico y gran señor, segun creo; en esta atencion os perdono vuestro mal humor, porque vos y yo no escuchamos esta historia con el mismo oido.

El baron no se creyó obligado á responder á este impotente ensayo de impertinencia, y dijo al Diablo:

—Vamos, caballero, concluireis al fin esa historia?

—Perdonad, contestó Satanás, no sé que en ella haya nada que os pueda interesar tanto.

El baron, que estaba furioso, hubiera querido pellizcar el brazo á Satanás hasta sacar sangre; pero sabia que solo conseguiria quemarse los dedos, y se colocó de nuevo en su sitio.



XXV.

Segundo acto.

TERMINADA por Lionel y su madre esta esplicacion, continuó el Diablo, volvió á aparecer en la gran sala del castillo el anciano Hugo. Se estaban preparando las mesas para cenar, y todos los habitantes de la fortaleza llegaban uno á uno. Era de noche, y solo se esperaba á Gerardo, pero Gerardo no volvia. Todo el mundo se admiraba, escepto el anciano, que respondió con acritud á su mujer, que estaba inquieta por aquella tardanza.

—Los que cabalgan por los campos hallan muchas veces obstáculos que los detienen, pero es estraño que los que solo necesitan atravesar una puerta no estén aqui á la hora exacta de cenar. Dónde está Alix?

—Que vayan á avisarla, dijo Ermesinda.

El anciano bajó la cabeza; pero sus ojos feroces, sombreados por sus largas cejas, se fijaron en el rostro de Lionel. Alix vino, y Lionel permaneció impasible é inmóvil.

El anciano dijo con tono almivarado:

—Vamos, hija mia, huís de nosotros? No hay en el castillo quien os agrade cuando Gerardo no está en él? Sin embargo aqui teneis á mi hijo Lionel que es un gallardo y valiente caballero.

Alix y el jóven se saludaron con frialdad. Hugo los contempló atentamente.

Ermesinda, que estaba al lado de su hijo, dijo á éste en voz baja:

—No estrañes el frio recibimiento de la mujer de tu hermano, porque es muy tímida aun.

Lionel se sonrió con amargura, y contestó:

—Nada me estraña, madre mia.

Como podeis conocer, aquel recibimiento era muy estraño, y lo era aquella entrevista de una cuñada y un cuñado. Pasaba la hora; todos guardaban silencio, y el anciano no parecia ni irritarse ni inquietarse por la tardanza de su hijo primogénito: Alix no preguntaba por èste; Lionel, sumido en sus reflexiones, seguia con la vista las oscilaciones de la llama del hogar; Ermesinda miraba á su marido con ansiedad, como si temiese que rompiera su silencio.

En aquel instante se oyó un nuevo ruido á la entrada de la fortaleza; y apareció en seguida Gerardo: Alix se levantó, y se apresuró á salir á su encuentro con una solicitud que parecia estraña, en vista de su anterior indiferencia. Pero retrocedió vivamente al verle, se puso colorada y bajó los ojos con una viva espresion de cólera y resentimiento.

Gerardo estaba tan borracho que apenas se podia tener, y se adelantó tambaleándose hácia su mujer. Jorobado, cojo, feo, pequeño, colorado, manchado de vino y de lodo, hubiera repugnado á una ramera. Alix tuvo que callar á pesar de su deseo de recibir graciosamente á su esposo. En cuanto á Hugo, cualquiera que fuese la cólera que esperimentase viendo á su hijo querido degradarse delante de tantas personas, no quiso que nadie manifestase su repugnancia, pues dirigió á todos una mirada que queria decir: «Quién se atreverá á acusar al que yo prefiero?» Ermesinda bajaba los ojos; Alix habia vuelto la cara, y Lionel miraba á esta última con una sonrisa insolentemente desdeñosa. Ninguno de los demas parecia haber echado de ver la llegada de Gerardo, y cada cual permanecia en su sitio.

—Qué es lo que me han dicho á la puerta? dijo Gerardo. Con qué está aqui mi hermano?... Bueno... bueno!...

Lionel permaneció con los brazos cruzados.

—No abrazas á tu hermano! esclamó el anciano lleno de cólera

Lionel obedeció á una mirada suplicante de su madre; pero en aquel abrazo, el lodo y el vino que manchaban la ropa de Gerardo mancharon tambien la cota de malla del jóven caballero, que llamó á un page y le dijo con tono desdeñoso:



Limpiame este lodo y este vino: el acero mas puro se empaña y se enmohece cuando no se quitan inmediatamente estas manchas, y llega un dia en que la noble armadura no puede resguardar á su dueño.

Muy poco tenia de estraña la precaucion de Lionel; pero Hugo conoció fácilmente que al hablar de la cota de malla aludia al nombre de los señores de Roquemure, y aquella era una amarga advertencia del peligro á que le esponia la conducta de Gerardo. El anciano dirigió á su hijo menor una mirada rencorosa, en tanto que Ermesinda hacia servir la cena para distraer la atencion de los circunstantes, y enjugaba á Alix una lágrima de despecho. Durante este tiempo, Gerardo andaba de un lado á otro, dirigiendo en alta voz las palabras mas obscenas á las lindas jóvenes que servian la mesa en aquella noble casa. Hugo callaba, y toleraba con paciencia todas aquellas insolencias, mas bien que condenar á su hijo predilecto delante de Ermesinda y de Lionel.

Sirvióse al fin la comida, y cada cual ocupó su puesto; sentóse tambien Gerardo, aun cuando ciertamente no necesitaba cenar, y á los pocos minutos se quedó dormida con la cabeza apoyada en la mesa. Lionel se ocupó de su madre durante la cena, al paso que Alix devoraba sus lágrimas, encarnada de vergüenza é indignacion. Llegada la hora de retirarse, se levantó Hugo, é hizo una seña que entendieron tres ó cuatro lacayos, para quienes aquella órden muda no era nueva. Los lacayos se apoderaron de Gerardo y se dispusieron á sacarle de la sala. Hugo les designó con el dedo una puertecilla que conducia á la cámara de Alix. Esta, absorta en su humillacion, nada habia visto de lo que acababa de pasar; pero asi que los lacayos se dispusieron á atravesar la puerta que conducia á su habitacion se levantó de repente y esclamó con violencia:

—A mí cuarto! á mi cuarto no! llevadle á los establos.

El anciano Hugo la miró de traves.

— Es vuestro marido! la dijo.

—Un borracho! esclamó ella con una espresion de invencible hastío; y se dispuso á retirarse. Ermesinda y Lionel se hallaban á su paso. La primera quiso hablarla para tranquilizarla, pero Alix la dijo, rechazándola colérica:

—Dejadme, dejadme vos y vuestro hijo.

Tal vez Alix queria hablar de Lionel; pero este que ni un gesto habia hecho creyó que se trataba de Gerardo y dijo:

—Su hijo? No lo es, señora.

Alix al oir la voz de Lionel que por primera vez le dirijia á ella, se volvió á los lacayos como si se hubiese verificado en ella una revolucion imprevista, y les dijo:

—Tiene razon mi padre, es mi esposo, y el amor debe escusar una falta tan ligera. Venid por aqui.

Los lacayos obedecieron; los dejó pasar Alix, quien se retiró dirigiendo á Lionel una mirada insultante.

Lionel permanecia con la vista fija en la puerta, por donde acababa de entrar Alix, en tanto que Hugo examinaba la palidez del rostro de su hijo

y la contraccion de sus labios. El anciano no abandonó su puesto, no hizo una seña ni un gesto; pero el que hubiera estado junto á él, hubiera podido oirle murmurar:

—Oh! es cierto.

Un momento despues, como si obedeciera al pensamiento que acababa de hacerle hablar, dió órden á todos sus servidores que se retirasen. Lionel y Ermesinda permanecieron solos con Hugo, que dijo entonces á su hijo:

—Retiraos, Lionel; dentro de un instante os hablará vuestra madre.

Lionel se retiró, y Ermesinda se encontró sola con su marido. Hubiérase dicho que aquella era una situacion rara y temible para ella, pues á la vez temblaba y parecia hallarse admirada. Hugo, no bien oyó debilitarse y perderse á lo lejos el ruido de los pasos de los que se retiraban, esclamó con violencia, señalando el sitio por donde se habia retirado Lionel como para designar á este mismo:

—Es preciso que mañana salga del castillo.

—Quién?..... Lionel?

—Mañana, antes de salir el sol.

—Lionel! esclamó Ermesinda con terror.

—Y maldito sea el dia en que ha vuelto, y maldito el dia en que nació! dijo Hugo estallando.

Ermesinda bajó la cabeza, en tanto que el anciano se agitaba colérico y heria el suelo con el pié. Ermesinda parecia hallarse anonadada; al fin se atrevió á preguntar con timidez:

—Pero qué ha hecho para ser tratado con tal severidad?

Hugo no respondió; y Ermesinda, como aquel silencio la diera audacia, repuso con mas confianza:

—Acaso tiene él la culpa si ha sido testigo de una escena que es muy comun en nuestra casa?

—No, no, contestó el anciano con amargura; pero no quiero que esta casa sirva de teatro á una escena mas vergonzosa aun.

—No os comprendo, dijo Ermesinda.

—Madre de Lionel, esclamó Hugo con voz tonante; no me comprendeis?

Ermesinda bajó nuevamente la cabeza, y respondió balbuciente:

—Nada he olvidado del pasado, señor; pero ignoro que es lo que preveeis en el porvenir.

—Escúchame, Ermesinda, dijo el anciano con dulzura; has deshonrado mi ancianidad; has llenado mi alma de desesperacion con una injuria que no he podido vengar; pero te he hecho bien desgraciada. Veinte y dos años hace que lloras: estoy cansado de padecer y de verte padecer; escúchame pues: Lionel ama á Alix.

—No la conocia, la ha visto por primera vez esta noche.

—La conoce hace mucho tiempo, hace ya año y medio.....

—Ahí está el famoso año y medio! dijo el poeta interrumpiendo al Diablo que se hallaba embebido en su narracion, en la que le seguia Luizzi con suma atencion:

Luizzi contuvo con dificultad un nuevo movimiento de impaciencia, y replicó al interruptor con una política demasiado marcada para no ser impolítica.

—En verdad que seríais el hombre mas amable del mundo si pudiéseis dejarme oir ese relato hasta el fin sin interrumpirme á cada instante.

—Perdonadme, dijo el hombre de génio; pero os haré observar que creo es por mí por quien el señor cuenta esa historia.

—Me parece, dijo Satanás, que empiezo á cansaros á uno y á otro, por lo cual debo dejarlo.

—No, no, contestó el baron con viveza; hablad, que quiero saber el fin de esa aventura.

—Acaso sois vos tambien dramaturgo? repuso el Diablo.

—No tengo tal pretension; pero escitan tanto mi curiosidad como la del señor esa especie de baladas diabólicas

—Calla! dijo el Diablo. Con qué conoceis ya esa historia puesto que sabeis que figura el Diablo en ella?

—Me parece que me lo habeis dicho; por lo demas os suplico..... os agradeceré que concluyais.

—Corriente, dijo el narrador.

Hugo contestó del modo siguiente á Ermesinda, que le habia escuchado estupefacta:

—Alix estaba en París hace año y medio, y hace año y medio que conoció á Lionel en aquellas brillantes justas donde él adquirió tanto renombre. Yo ignoraba eso cuando Alix vino á Orleans á ver al único pariente cercano que la quedaba, al señor de Peruse. Alli fué donde la ví, y al señor de Peruse fué á quien me dirigí para obtenerla. Era huérfana, y solo tenia un miserable estado que no podia defender de la rebelion de sus vasallos ni de las agresiones de sus enemigos; las faltas de su madre habian impreso á su apellido una mancha que debia hacerle dificil toda alianza honrosa; pero era jóven, hermosa, seductora, y esperé que inspiraria bastante amor á Gerardo para sustraerle á su vergonzosa disolucion. Cuando el señor de Peruse me trasmitió la contestacion de Alix, me admiró no poco, pues me dijo que habia aceptado con alegria la proposicion de ser nuera del señor de Roquemure. Supuse que habia conocido su desgraciada situacion, ó que era ambiciosa, y que la esperanza de ser esposa de un poderoso y rico heredero la hacia no ver los defectos de Gerardo, pues os juro que yo habia hablado con franqueza al señor de Peruse. A la mañana siguiente debia yo partir de Orleans; hicímonos mútuas promesas y convinimos en que el señor de Peruse vendria pasados algunos dias con su sobrina á este castillo.

—Y vinieron en efecto, dijo Ermesinda.

—Sí, vino Alix y se casó con Gerardo sin mostrar disgusto ni repugnancia. Mas tarde supe por el señor de Peruse, el cual se habia informado en un viaje á París, que Alix habia conocido allí á Lionel, y que el amor de vuestro hijo á aquella reina de la hermosura se habia señalado por los actos mas brillantes.

—Con qué era ella! murmuró Ermesinda.

Hugo no oyó esto, y continuó:

—No soy injusto para con Lionel; sé muy bien lo que vale. Me admira que Alix lo propusiese á Gerardo; pero Gerardo era el heredero de este castillo y sus vastos dominios, y la ambicion me lo esplicó todo. Yo vivia en esta seguridad cuando nuestras disensiones con los señores de Melize me inspiraron la idea de llamar á mi lado á un hombre capaz de vengar mis injurias. porque tengo un hijo que no es un hijo ni aun es hombre; pero es mi hijo, y la vergüenza que me causa se aumenta con el orgullo que á vos os inspira vuestro Lionel. Sin embargo, consentí en dejarle entrar en este castillo. Vos, sabeis, Ermesinda, cuales fueron mis condiciones. Os dije entonces: Llamaré á Lionel, le trataré como si no fuese hijo de un adulterio; él lo ignora, y jamás lo sabrá. Consentiré en deberle algo; pero quiero que vos os comprometais á hacerle partir si yo lo mando, el mismo dia de su llegada. Ermesinda, no quiero que conozca que es hermoso, valiente y fuerte; no quiero que se irrite con la cruel parcialidad del que cree su padre. Si quiero que parta, no es porque desprecia á Gerardo, es porque ama á Alix y porque Alix le ama á él aun.

—Es imposible! esclamó Ermesinda arrebatada por su deseo de combatir el fallo que debia separarla nuevamente de su hijo.

—Imposible, Ermesinda! dijo Hugo con amargura: dices que es imposible? Cuando tú te casaste conmigo, amabas á un page de tu padre, y pospusiste el anciano al bello page sin nombre y sin riquezas! Le introdugiste en este castillo como hermano y salió de aquí como amante!

—Es verdad, contestó Ermesinda bajando los ojos; pero Alix no olvidará lo que debe al nombre de su esposo.

—Tú lo olvidaste Ermesinda! Y sin embargo yo no era un hombre relajado y sin vergüenza, ni un ser deforme y sin vigor: era un anciano, pero un anciano que llevaba un apellido ilustrado por algunas victorias y algunos nobles combates.

—Es verdad! dijo Ermesinda humillándose ante aquellos deplorables recuerdos.

—Y te acuerdas de la noche que te sorprendí, desnuda y embriagada de amor, en los brazos de tu seductor, en los brazos de ese miserable genovés, de ese Zi....? No pronunciaré jamás su nombre, lo he jurado. Recuerdas, Ermesinda, que á pesar de hallarme débil y enfermo, quise ma-

taros á los dos, y que bastó tan solo para derribarme un bofeton de.....

El anciano detuvo nuevamente aquel nombre en sus labios y continuó:

—Fuí derribado como un niño sobre el lecho en que acababas de deshonrarme y tenia el puñal en la garganta é iba á morir cuando apareció el padre Andoin. El fué quien, no pudiéndome arrancar de la mano de hierro de aquel infame, me persuadió á jurarle que, en cambio de la vida que me otorgaba, no revelaría jamás tu crímen y te le perdonaría. Yo consentí en semejante bajeza, consentí, Ermesinda, porque te amaba como á mi hija y mi esperanza, porque temia que mi cabello blanco fuese objeto de irrision para los que se habian reido de mí el dia que te elegí por esposa. Dí mi palabra y una hora despues hubiera renunciado á mi salvacion antes de empeñarla, y hace veinte y dos años que ese recuerdo pesa sobre mí y me abruma.... No quiero que mi hijo herede mi desgracia; no quiero oirle gritar una noche demandando piedad bajo el puñal de tu hijo y correr yo débil y tembloroso para decirle como el sacerdote me dijo á mí: «Jura olvidarlo todo, jura perdonar á tu esposa y su amante te dejará vivir!» No, no..... no quiero, no quiero!

Ermesinda callaba en tanto que el anciano hablaba asi con una exaltacion colérica que daba á su cuerpo cierta apariencia de vigor. Mucha resignacion hay en el corazon de una madre; Ermesinda, esperando no separarse de su hijo, se humilló lo bastante para responder:

—No todas las mujeres han perdido como yó el sentimiento de su deber, y Alix....

Hugo la miró con compasion.

—Tu crímen fue muy grande, Ermesinda! y sin embargo yo fiaría mas en tí que has sido culpable, que en Alix que es aun inocente. Lionel debe partir, lo exijo. Ya sabes lo que debes hacer: tú eres quien debe hacerle salir del castillo. No quiero tener que darle cuenta de una decision cuya causa me preguntaría y quizás tendria que decírsela.

—Oh! no, no! esclamó Ermesinda, no me hagais ruborizar delante de mi hijo. Yo le haré marchar.

—Y fió en ello. Que parta mañana.

—Al amanecer.

—Llamadle.

—Voy á su habitacion.

Ermesinda dejó la sala y Hugo llamó á dos lacayos que le condujeron á la habitacion, sosteniéndole por los brazos, pues las emociones que acababa de esperimentar habian debilitado en estremo á aquel anciano, cuyas fuerzas consisten solo en una voluntad inflexible.

—Tá, tá, tá! dijo el poeta interrumpiendo al narrador; ved ahí un golpe no muy hábil; el drama está terminado, se reconoce el misterio del odio de

Hugo; se sabe el amor de Lionel y Alix, la curiosidad está satisfecha, el público se retira ó silva. Es una obra defectuosa.

—Pero me parece, repiicó Satanás, que queda todavia el desarrollo de esas pasiones.

—El desarrollo de las pasiones, repuso el dramaturgo, algunas escenas del género de *Zaira* y de *Fedra*. Ha tiempo ya que el siglo XVII y el siglo XVIII hicieron el catastro parcial del corazon humano. Ademas, mi querido colaborador (porque, si hago ese drama, sereis mi colaborador, yo pondré mi nombre á la pieza y tendreis la cuarta parte de los derechos de representacion), ademas, repito, qué color histórico puede tener el desarrollo de una pasion?

—No me parece que sea una necesidad de primer órden el color histórico de un drama, respondió Luizzi.

—Oh! entonces, repuso el poeta, vamos á parar en la tragedia admirativa ó llorona, que viene á ser el fastidio en verso.

—Perdonad, caballeros, dijo el narrador, me parece que los dos estais equivocados. La pasion puede tener color histórico, porque la pasion tiene relacion con las costumbres de la época á que se refiere, y recibe de ella un sello particular; hay mucha diferencia de un rudo normando de la edad media acostumbrado á alcanzarlo todo con la espada á un almivarado del tiempo de Luis XIII cargado de galantería española y de madrigalas; hay mucha diferencia del gastado de la regencia que se entrega á la orgia lleno de encages y un húsar del imperio que hace la corte con el látigo en la mano.

—Es posible, dijo el baron, pero prescindiendo del desarrollo de las pasiones, prescindiendo del color histórico, esa historia debe tener su desenlace, que es sobre todo lo que yo deseo saber.

—Veamos, veamos, dijo el poeta, en defecto del drama quizá se pueda sacar una novela.

—Continúo, contestó el narrador, y espero que el desenlace os probará que las pasiones tienen un color histórico y que prescindiendo de su desarrollo guardan analogía con las costumbres y el siglo á que se refieren.

Ermesinda, pues, habia quedado sola. La exigencia de su marido, á la cual habia accedido tan facilmente viéndose abrumada por el peso de los crueles recuerdos del anciano, le pareció horrible entonces, que debia hacérsela sufrir á su hijo. Qué podia decir á Lionel para que aquel destierro de la casa paterna no pareciese á aquel jóven el odioso capricho de un tirano insoportable?

—Podia confesarle la verdad, contestó el poeta.

—No señor, repuso el narrador; hay pudores maternales mucho mayores que los de la virginidad. Decir una madre á su hijo que la ha respetado siempre como la mas pura y mas santa de las mujeres: «Soy una adúltera» decir al hijo que lleva con orgullo un apellido: «Ese apellido no es tuyo;»

añadir á la confesion de la falta la confesion de un engaño que ha durado veinte y dos años, es enteramente imposible, ninguna madre lo haria, al menos sin sufrir terribles combates, al menos sin.....

—Sin un bello monólogo, dijo el poeta; tenemos un bello monólogo. Pero despues del monólogo, qué hizo la madre?

—Ved aqui lo que hizo:

Pasó á la habitacion de su hijo, que con arreglo á las palabras de Hugo, esperaba á su madre, y le dijo armándose de todo su valor:

—Lionel, es preciso que dejes este castillo al amanecer.

—Ya esperaba yo eso, madre mia.

Ermesinda quedó estupefacta al oir esta contestacion, y despues de haber contemplado largo rato á su hijo como si tratara de adivinar lo que podia haberle preparado asi, repuso asustada:

—Y por qué lo esperabas?

—Ya veis que lo esperaba con la razon.

—Pero por fuerza tenias algun motivo para barruntar esa desgracia.

—Sí, madre mia.

—Y cuál es?

—Podeis vos decirme cuál es el que os ha hecho venir á anunciarme mi mi partida?

La desgraciada madre callo; creyó que su hijo habia adivinado su secreto y ocultó llorando la frente entre sus manos. Lionel se acercó á ella y la dijo con ternura:

—No me lo debia hacer presumir su recibimiento?

No lloreis, madre mia, no lloreis!.... porque todo esto concluirá. Mi padre me aborrece ¿sabeis por qué? Yo lo sabré.

Ermesinda conoció que se habia eqnivocado, y, retrocediendo ante la idea de humillarse en presencia de su hijo, respondió:

—Sabe tu amor á Alix.

—Y por eso me aleja de aqui? preguntó Lionel con una sonrisa de incredulidad.

—Por eso, te lo juro, Lionel.

—Sí, tal vez será verdad, dijo el mancebo con amargura; pero hace cuatro años no me alejaria de aqui por eso; no me habrá aborrecido por eso desde que nací. Pero no importa, partiré, abandonaré este castillo para no volver mas. Pasaré aqui esta noche, y mi padre no volverá á oir hablar de mí.

—Pronto has tomado tu resolucion, Lionel.

—He querido ahorraros el cansancio de una súplica, madre mia; y ahora que me habeis hallado sumiso y obediente como debias desear, buenas noches, madre mia; id á descansar, id.....

—Con qué no volveré á verte antes de tu partida?

—Oh! si, me volvereis á ver; no nos separaremos asi.

—Lionel, no meditas ninguna violencia, no es verdad ? Tu resignacion me espanta.

—Imito la vuestra madre mia.

—Oh ! la mia es muy diferente ! Pero yo no puedo creer tu tranquilidad, porque conozco tu carácter y sé que es muy diferente.

—El tiempo cambia todas las cosas y roe el mármol mas duro.

—La humillacion que se aculta con tanta paciencia medita algunas veces la venganza.

—Meditais vos alguna ?

—La desventura conduce al crímen por un silencio obstinado, Lionel.

—Os ha conducido á él la vuestra ?

—No, pero quién sabe !.....

—Madre mia ! esclamó Lionel retrocediendo..... madre mia, repitió con voz terrible.

—Pero se serenó de repente, y cayendo á los pies de su madre la dijo:

—Oh : no, no ! sois la mas santa y mas pura de las mujeres; perdonad si he olvidado que os hallais bastante resignada para acusaros, á fin de que yo no acuse al esposo que os ha hecho sufrir tanto, al padre que me arroja de su casa. No, madre mia, no, vos no sois culpable: yo os he visto desde que me hallo en el mundo dando á esta miserable casa el egemplo de la mas constante virtud..... no !..... pero sois desdichada y es preciso que concluya para vos y para mi esa desdicha.

—Qué tratas de hacer ?...

—Mañana os lo diré, madre mia.

—Y hasta entonces ?

—Hasta entonces, os juro que no faltaré al respeto que un hijo debe á su padre.

Ermesinda se separó de su hijo temblando por lo que iba suceder y sin sentirse con fuerzas para preveerlo ni para impedirlo. No se acostumbra impunemente el alma por espacio de veinte años á una obediencia resignada. Cuando un carácter fuerte se dobla con osadia una vez no se desdobla despues facilmente. El acero mejor templado no se vuelve á enderezar cuando ha estado mucho tiempo torcido. Tal sucedia á Ermesinda: todo se habia quebrantado en ella, hasta el amor maternal que habiéndose plegado fácilmente á todas las humillaciones para proteger y abrigar á su hijo, mientras éste era pequeño y débil, no podia enderezarse por mas que Lionel fuese ya grande y fuerte.

—Apenas se retiró Ermesinda, el mancebo dejó á su vez la habitacion, y pasó á la sala principal. Una mujer velaba al lado de una luz. Levantóse de pronto al oir los pasos de Lionel, y exhaló un grito; el mancebo se precipitó hácia ella, y vió que era Alix. Lloraba y queria ocultar sus lágrimas; pero fué vano su esfuerzo; el manantial estaba abierto y no se cerró

fácilmente; entonces Alix, impotente para ocultar su dolor, dió libre curso á sus lágrimas, y lloró aun mas de vergüenza de que se la hubiese hallado llorando.

El corazon de Lionel estaba escudado por un doble dolor; la desesperacion de su amor burlado y la de su ternura filial desconocida. El jóven era lo bastante desgraciado para ser despiadado; asi, pues, dijo á Alix con frialdad:

—Os ha echado de su lecho vuestro noble esposo, puesto que os hallo á media noche en esta fria habitacion?

Alix, una hora antes, al oir estas palabras, hubiera contestado con una jactancia insultante; pero entonces se hallaba completamente vencido, y respondió retorciéndose los brazos.

—Sí, me ha echado.

Cuando Lionel dirigió á Alix aquella dura pregunta, creyó herirla con una suposicion humillante; pero desde el punto que aquella suposicion fué verdadera, conoció que sus palabras no eran ya un sarcasmo y sí una brutal grosería.

—Echado! esclamó.

—Sí, echado! repitió Alix, echado con desprecio, insultándome, porque..... La jóven se detuvo, y se echó á llorar.

La compasion, el resentimiento y el amor luchaban en el corazon de Lionel; pero al fin venció la cólera. Habia amado tanto á aquella mujer, se indignaba tanto al verla colocada en puesto tan bajo cuando en su corazon la habia él señalado puesto tan alto; le recordaba tan cruelmente la felicidad que él la hubiera dado, la desventura á que la veia entregada, que no pudo dirigirle una palabra de consuelo.

—Nuestros destinos, Alix, no son uno mismo, pero se parecen: la respondió con amargura; el que debiera adoraros os maltrata asi como me maldice el que debia bendecirme. A vos os han echado de vuestro cuarto, y á mí me echan del castillo.

—A vos! esclamó Alix con espanto, dejais esta casa!

—Mañana.

—Y quién me protegerá aqui? esclamó Alix con desesperacion.

Lionel sintió su corazon dispuesto á la indulgencia. Aquella súplica, hecha con todo el abandono del dolor, le hubiera vencido tratándose de otra mujer; pero como Aliz habia sido demasiado culpable para con él, se contentó con responder:

—No habeis elegido un protector que permanecerá en el castillo?

Al oir esta fria respuesta, Alix recobró toda su altivez.

—Caballero, dijo, olvidad que me habeis hallado aqui llorando y gimiendo, y yo olvidaré que os he encontrado brutal y sin respeto para con una mujer llorosa.

Esta reconvencion fué derecha al orgullo de Lionel. Este mismo sentimiento fué lo que le hizo cambiar de repente de lenguaje. Lionel no queria que pudiese decirse que le suplicaba llorando una mujer, cualquiera que fuese, y la habia rechazado. Así, pues, dijo á Alix despues de un momento de silencio:

—Todo lo olvidaré, señora; á todo accedo menos al olvido que me pedís; olvidaré lo pasado que tanta razon me dá para naldeciros, para acordarme del presente que os dá derecho á despreciarme. Recordaré que os he hallado llorando y desconsolada, y que no os he ofrecido mi ayuda y mi auxilio, y os pediré perdon por mi indigna conducta, rogándoos que acepteis mi ayuda y mi auxilio.

—Os doy las gracias, dijo Alix; así he vivido un año, y continuaré lo mismo.

—Cómo! esclamó Lionel verdaderamente sorprendido; con que no es esta la primera vez que se ha atrevido á maltrataros Gerardo?

—Y sin duda no será la última.

—Pero le hacen perder la razon la embriaguez y la disolucion?

—Os equivocais: Lionel, cuando procede así no carece de razon.

—Y por qué os ha echado de su lado?

—Porque le he rechazado yo, porque sabe qie no le amo. No es injusto para conmigo como para con vos; por qué os echa de aquí vuestro padre?

—Porque sabe que os amo! respondió Lionel cruzándose de brazos y poniéndose delante de Alix como para decirla:

—«Ved hasta donde llegan mi debilidad y mi cobardía.»

—Oh! esclamó Alix con una alegria que no le fué dado reprimir: con qué me amais?

—Sí, contestó Lionel avergonzado de su confesion, hasta ese estremo llega mi locura.

—Me amas aun! Lionel, tú lo has dicho, esclamó Alix estremeciéndose de emocion.

—Te lo he dicho?

—Sí, Lionel, me amas y....

La jóven se detuvo, dirigió á su alrededor una mirada fugitiva y añadió acercándose al mancebo:

—Y yo tambien te amo!

—Tú?

—Bien lo sabes tú, Lionel; tú lo sabes, tú cuyo corazon está herido en su orgullo porque me casé con tu hermano; no ignoras que un dia me digiste que tu padre no aceptaria por nuera á la hija de una mujer sin reputacion. Me insultaste en mi madre, Lionel, fuiste implacable para con ella.

—Sin duda heredaste de tu madre la imaginacion frívola y el alma fácil á la seduccion.

—Si supieras quien era el hombre que sedujo mi madre y al cual debo el ser, no hablarias asi de ella. Aquel hombre se parecia á tí, Lionel: era ardiente, implacable, hermoso y valiente como tú, mi madre le amaba como yo te amo y se perdió por él como yo me pierdo por tí.

—Y qué era? preguntó Lionel con orgullo.

—Era un noble genovés que reunia todas las bellezas, todos los encantos toda la riqueza, toda las seduciones, hasta la de ser fatal á cuantas mujeres amaba.

—Y su nombre?

—Su nombre.... ahora puedo ya decírtele; tenia un apellido estrangero y desconocido: se llamaba el bello Zizuli y desapareció de Francia del mismo modo que habia aparecido, abandonando á mi madre que habia abandonado por él á su esposo y su familia.

—Cuantos te han conocido en Paris lo saben.

—Pero ninguno de mis mas mortales enemigos me lo ha echado en cara, y tú me has lanzado á la cara esa reconvencion!

—Te lo dije ofreciéndote mi mano y mi apellido, Alix.

—Si, pero con la condicion de salir de Francia para llevar ese apellido como un robo. Pues bien! quise mostrarte que me seria dado llevarle en todo su esplendor; lo quise y lo conseguí.

—Y te pesa ya?

—Lo bastante para arrojarle al suelo. Lionel! mañana abandonas este castillo: si tú quieres yo le abandonaré tambien.

—Tú! dijo Lionel en quien se despertaron entonces todos los deseos y todo el furor de un amor violento colocado en un cuerpo robusto; amor de los sentidos y del espíritu, ciego y voluntario, al cual se juntó el pensamiento de vengarse arrebatando su esposa á su hermano que se la habia arrebatado á él, y que no le dejaba asiento en el hogar paterno. Quieres? añadió, quieres? Pues bien! sea. Pero no esperemos á mañana, debemos huir esta noche, dentro de una hora.

—Dentro de una hora! repitió Alix que al verse próxima á la fuga, se sentia llena de terror.

—Sí, dentro de una hora, dijo Lionel. Pero me engañas aun? me seguirás?

—Y lo dudas?

—Es porque he sido ya engañado por tí, Alix!

Alix vaciló y miró á su alrededor.

—No te atreverás! dijo Lionel.

Alix se inclinó hácia la cámara nupcial como para escuchar el ruidoso sueño de su esposo, y luego miró á Lionel que repitió con desden:

—No te atreverás!

En aquel momento la jóven, como si un vértigo se hubiese apoderado de ella, arrojó la luz que se apagó, y dijo:

—Pues, bien! ven, Lionel, huyamos!

La oscuridad era completa, pues ademas de haberse apagado la luz, densas nubes se iban amontonando en el cielo. Lionel quiso colocar un crímen entre Alix y su debilidad, y tomándola en sus brazos.....

—Comprendo perfectamente, dijo el poeta; ahí habrá que echar el telon.

—Yo lo creo necesario, contestó el baron riéndose.

—Pche! dijo el Diablo; el drama no se detiene en esas vagatelas.

—El señor se chancea, repuso el grande hombre con aire picaresco.

—No tal, contestó Satanás; cosas se ven que hacen esperar aun mas que eso en ese género. La única dificultad estaría en encontrar un actor á punto...

Sobre todo habiéndose dado cien representaciones del drama, dijo el baron que se olvidaba de sí mismo hasta el punto de adherirse á un chiste de tan mal género, particularmente en las circunstancias que le rodeaban.





XXVI.

Tercer acto.



ERMINAREMOS asi el acto segundo, dijo el poeta.

—Corriente, contestó Satanás; empezamos el tercero en el instante en que Lionel, despues de tomar todas las medidas necesarias para obligar á Alix á seguirle, se dirigió á oscuras al cuarto del anciano Hugo. Durante el tiempo qne quedara aquella infernal oscuridad, habia estallado una horrible tempestad que se anunciaba dentro y fuera con terribles relámpagos y truenos.

Ermesinda habia pasado á la habitacion de su esposo, á quien referia la escena que habia tenido lugar entre ella y su hijo. Ermesinda solo hablaba de la sumision del jóven, esperando conmover á Hugo diciéndole que el amor de Lionel era muy débil, pues habia opuesto tan poca re-

sistencia á los deseos de su padre, y que habia poco peligro en dejarle cerca de Alix, y sobre todo, en ocasion en que necesitaria pasar la mayor del tiempo manejando la lanza en el campo.

—Oh! en eso está el peligro, Ermesinda, respondió el anciano, porque las mujeres son tales que se entregan bien al que está siempre y á todas horas á sus pies, dispuesto á obedecer sus palabras, esclavo de su mas frívolo capricho y de su deseo mas estravagante, lacayo servicial, á quien recompensan con su amor no pudiendo recompensarle con su oro, ó bien se entregan al que apenas las mira, al que ha colocado su ambicion á mas altura que ellas: una noche que torna al castillo cubierto de sangre y de polvo, con los ojos animados aun por el ardor de la pelea, conducido en triunfo por sus soldados, se embriagan al verle y le abren sus brazos, para que descanse de tan noble fatiga en su seno. Hé aquí lo que sucederia á Alix una noche en que su marido dormiria borracho en su lecho y en que el amante pasara con altiva frente junto á la esposa descansada. No ha sucedido ya casi eso, Ermesinda?

—Ermesinda calló y al fin dijo:

—Cúmplase vuestra voluntad, señor; Lionel obedecerá.

En aquel instante se abrió la puerta de la cámara y apareció Lionel que se detúvo al ver á su madre, á quien no esperaba hallar allí.

—Quién os ha llamado? le dijo Hugo con severidad volviéndose hácia él.

—A qué vienes aquí? esclamó su madre lanzándose á su encuentro.

Lionel guardó silencio un instante; tenia el aire de estravio del hombre que acababa de cometer por primera vez un crímen.

Sin embargo, se repuso un poco y respondió rechazando con dulzura á su madre:

—Ya que la casualidad lo dispone, sed testigo, madre mia, de lo que voy á decir á mi padre.

—Lionel, me habeis prometido partir.

—Y partiré.

—Me habeis prometido no volver á ver á vuestro padre.

—Os he prometido, madre mia, no faltar al respeto que debo á mi padre; sin faltar á ese respeto voy á interrogarle.

—Oh! calla! esclamó Ermesinda, qué le quieres preguntar?

—Quiero preguntarle, madre mia, por qué llorais sin cesar, por qué me veo siempre proscripto.

—Lo quereis saber? digo Hugo levantándose de repente.

—Oh! callad, callad! repitió Ermesinda dejando á su hijo para lanzarse hácia su marido.

Hugo la miró y se compadeció de la madre y del hijo.

—Vete! vete! dijo á éste. No me preguntes lo que tengo oculto en mi corazon hace veinte y dos años.

Esta palabra pareció deslumbrar á Lionel como la luz de un relámpago fatal.

—Hace veinte años! dijo el jóven con lentitud dirigiendo á su madre una mirada en que se leian todas las sospechas que aquella fecha acababa de despertar en él.

Aquella madre no pudo soportar la mirada terrible de su hijo y la vergüenza pesó en su frente como la eterna roca de Sísifo; dobláronse sus rodillas y esclamó dirigiéndose á la vez á su hijo y á su esposo:

—Perdon! perdon!

Lionel permaneció inmóvil y se cerraron sus ojos; luego, haciendo un esfuerzo, se pasó la mano por la frente para enjugar el sudor gracial que le inundaba, porque su pensamiento acababa de hacer una larga y penosa jornada en tan cortos instantes; habia recorrido todo su pasado, y todo su pasado se habia presentado á él. Vuelto al presente, abrió los ojos para asegurarse si todo aquello era un sueño, y vió á Hugo mirándole con una alegria feroz y á su madre de rodillas sin atreverse á mirarle.

Lionel no era uno de esos seres débiles y humanos que de repente sienten la compasion en su alma. Lionel no perdonaba á su madre aunque supiese cuan dolorosamente habia espiado su falta; pero no vaciló entre la alegria de Hugo y el dolor de Ermesinda: asi, pues, se inclinó á ésta y la dijo:

—Levantaos, señora, no lloreis; Lionel de Roquemure os proteje ahora.

—Ahora que ya sabes la causa de mi ódio, dijo el anciaño, ya no existe Lionel da Roquemure.

—Tienes razon, anciano! guarda tu apellido, que yo me avergüenzo de haberle llevado.

El anciano se sonrió con desprecio.

—Oh! no te rias, Hugo de Roquemure, continuó Lionel. A cada uno lo suyo. Hace un instante habia aquí un jóven que habia tendido su espada sobre la familia de Roquemure, y el resplandor salido de aquella espada era tan vivo que nadie se atrevia á mirar hácia ella, nadie sabia que el apellido de aquella familia habia venido á parar á un anciano sin fuerza y un idiota sin valor. Ahora que ya no le pertenece ese apellido, el bastardo retira su espada para sostener su marcha, porque su único apoyo es su espada, y deja que lleguen hasta vos las miradas de los hombres. Hágase lo que has dicho, señor de Roquemure, tú recobras tu apellido y yo recobro mi gloria. Estoy contento con la particion.

—Y á qué apellido unirás esa alta gloria?

—Al que yo mismo me cree.

—Por qué no tomas el de tu padre, cuyo esplendor podríais sostener?

—Cualquiera que ese apellido fuese, podria llevarle con orgullo, pues seria el del hombre á quien amó mi madre.

—Era un noble y rico aventurero, en efecto, ese magnífico genovés que agradaba á las mujeres por su hermosura, y que les dejaba el deshonor por despedida.

Un genovés! un genovés..... esclamó Lionel con un horrible presentimiento; luego añadió con voz entrecortada: Y su nombre? Cuál es su nombre?.....

—Tomadle, Lionel; vuestro padre adquirió mucha fama por sus bajezas, por sus crímenes y por su hermosura; tomadle, y todavía se entregarán muchas mujeres al bello Zizuli.

—Zizuli! esclamó Lionel dando un grito que resonó en todo el castillo.

Hugo quedó estupefacto, y Ermesinda se levantó como si oyeca el rugido de una fiera.

—Zizuli! Zizuli! repetia Lionel mirando alternativamente á su madre y al anciano.

Hugo lleno de contento al ver la terrible desesperacion de Lionel, gozaba sin embargo sin comprender el motivo, y dijo con sonrisa cruel dirigiéndose á su esposa:

—Mira, Ermesinda, mira á lo que conduce el adulterio.

No lo sabes bien, Hugo; repuso el mancebo acercándose á él; crees que conduce al dolor, á la desesperacion, á la locura; pero te equivocas: conduce al incesto.

Hugo y Ermesinda retrocedieron con espanto.

—No me comprendeis? preguntó Lionel adelantándose hácia ellos; no sabes, cobarde anciano, que no mataste al amante de tu mujer, no sabes que tu nuera es hija de mi padre, y que la hija de mi padre se ha entregado á mi?

—Alix! exclamaron á un tiempo el anciano y Ermesinda, Alix!

Ermesinda cayó en el suelo sin sentido; pero el anciano Hugo, hallando algunas fuerzas en su cólera, se lanzó hácia Lionel, y le asió gritando:

—Aqui! aqui, mis hombres de armas! muera Lionel! muera el infame! muera el incestuoso!

Lionel, cuya razon vacilaba al choque de tan terrible revelacion, rechazó violentamente al anciano que fué á caer junto á Ermesinda, y se lanzó fuera de la cámara con la cabeza trastornada. Atravesó los largos corredores que le habian conducido á la habitacion de su padre, y llegó pálido, helado, temblóroso al salon principal donde debia esperarle Alix.

—Cuánto has tardado! esclamó cerca de él una voz.

Lionel se volvió y no vió delante de él á Alix á la luz de los relámpagos que se sucedian con rapidez.

—Qué crímen acabas de cometer tú tambien? le preguntó sintiéndole estremecerse y temblar.

—Adulterio é incesto! contestó Lionel rechazándola en tanto que la tempestad estallaba en todo su furor.

—Qué dices Lionel? Has olvidado que yo te esperaba?

—Sígueme si te atreves, respondió el mancebo, sígueme, mujer de Gerardo.

—Ya no lo soy, dijo Alix empujando la puerta con el pie y mostrando á su marido ahogado sobre el lecho.

—Ah! tambien un asesinato! esclamó Lionel retrocediendo.

—Empezaba á despertar y yo te esperaba.

—Sígueme pues si te atreves, dijo Lionel cuya razon habia desaparecido; hija de Lionel, adúltera viuda de Gerardo de Roquemure, eres la prometida incestuosa del hijo de Zizuli.

Y, sea que los dos repitiesen con horrible estruendo estas palabras fatales, ó sea que una voz infernal las pronunciase al lado de ellos, parecia que durante un instante todos los ecos del castillo de Roquemare hacian resonar las palabras *adulterio, asesinato, incesto.*

Lionel huyó entonces. Al atravesar el ancho patio que se estendia entre aquella sala y la puerta del castillo, oyó relinchar los caballos al ruido de su armadura. Aunque trataba de huir rápidamente siguió adelante; pero vió á la puerta del castillo una ligera hacanea, una soberbia yegua que Alix habia hecho preparar, la cual tenia un page por las bridas. Apoderóse de ella por un movimiento instintivo y montó; alzóse en seguida el rastrillo y el joven salió de la fortaleza sin mas objeto que el de salir y sin dar ninguna direccion á la yegua que se lanzó hácia el pie de la colina con la rapidez del ciervo.

Mientras esto pasaba en un lado del castillo, tenia lugar una escena no menos horrible en la cámara de Hugo. El anciano y Ermesinda se habian levantado del suelo.

—Lionel! Lionel! se puso á gritar la última arrastrándose hácia la puerta por donde habia desaparecido su hijo.

—No tengas miedo, dijo el anciano ciego de rabia, ya le volverás á ver.

Y en seguida Hugo quiso lanzarse en persecucion de Lionel, pero Ermesinda se arrojó á su paso para impedírsele. Hugo cuya rabia se aumentó entónces, tiró de su puñal y le clavó en su esposa. Creyóse libre pero aquella desventurada le detuvo aun agarrándose á él con el resto de sus fuerzas y él en el delirio de su rabia la desgarró las manos con el puñal para obligarla á soltarle; la lucha fue bastante larga para dar lugar á huir á Lionel.

Al fin sucumbió Ermesinda y el anciano salió de la camara. Habia ya rato que sus gritos y los de Ermesinda habian despartado á los moradores del castillo; corrieron estos á la sala que Lionel acababa de dejar y encontraron allí á Hugo que preguntaba con furar á Alix:

—Dónde está?.... dónde está tu amante?.... dónde está ese infante?

Alix no contestó, Alix permaneció muda.

El anciano se precipitó á la cámara de su hijo llamando.

—Gerardo! Gerardo!

Y permaneció alli largo rato sin que se oyese nada, sin que nadie se atreviese á traspasar el umbral de la puerta.

Cuando salió, hubiérase dicho que una fuerza sobrehumana animaba su cuerpo caduco y débil..... Era espantosa la palidez de su rostro; su cabello blanco estaba herizado.

No solamente habia visto en la cámara el cadáver de su hijo, sino tambien á la luz de los relámpagos habia visto en el campo al que creia su asesino, el cual se alejaba del castillo.

Sin duda le habia inspirado un demonio, sin duda se habia apoderado de él un horrible pensamiento, uno de esos pensamientos que caen sobre el hombre con la rapidez del águila, y que le ahogan entre sus garras de fierro, pues no exhaló uu grito ni una imprecacion; pero dió algunas órdenes con voz tan firme é imperativa, que no parecia la suya. Los criados estaban muy acostumbrados á la obediencia en el castillo de Roquemure, y sin embargo nunca habian obedecido con tanta rapidez como entonces; tales eran la sorpresa y el espanto que á todo el mundo habian causado la inusitada firmeza de Hugo, y la seguridad de su paso.

El cadáver de Gerardo, Ermesinda y Alix fueron trasportados en un instante al patio del castillo, á donde se habian llevado ya tres soberbios caballos cerriles que relinchaban y saltaban. Estaban ya preparadas las cuerdas, y en un momento fueron atados sobre los tres corceles el cadáver de Gerardo, Ermesinda y Alix que se agitaba con todas sus fuerzas.

No bien se apretaron los últimos nudos, esclamó Hugo con voz tonante:

—Ahora dejad que pase la justicia del infierno.

Abrióse la puerta y los caballos se precipitaron al campo abriendo sus humeantes narices á las ráfagas de la tempestad, que hacian llegar hasta ellos las cálidas emanaciones de la yegua.

Durante este tiempo, otros criados habian amontonado gran cantidad de madera y paja en la sala principal del castillo.

Hugo se dirigió á esta con paso firme, y encontró al padre Andoin que, habiéndose levantado demasiado tarde, á causa de su debilídad y sus muchos años, solo habia sido testigo del suplicio de los verdaderos culpables.

—Qué es lo que acabo de saber! dijo. Ha muerto Gerardo!

—Sí, puedes rogar por la salvacion de su alma.

—Ah! acabo de ver la espantosa venganza que has tomado..... Por tu alma es por la que debo rogar.

—Sacerdote, perderás tus oraciones; al ver á mi hijo muerto, he pedído

venganza al cielo y me ha respondido el infierno. En cambio de esta venganza, doy al infierno mi al alma, voy á enviársela.

En seguida el anciano cerró la puerta de la sala, y un momento despues se oyó rugir el incendio. Muy pronto apareció Hugo á todos los ojos; estaba sobre la torre mas alta, y allí permaneció de pié entre el fuego del cielo y el de la tierra, inmóvil como una estátua blanca. Desde lo alto de su castillo devorado par el incendio, á la luz de las llamas que parecian impotentes para anonadarle, pues debia ser su alimento imperecedero y eterno, desde allí vió consumarse la venganza que el infierno le habia prometido.

En efecto, los fogosos caballos se habian lanzado á su vez por la falda de la colina persiguiéndose, aventajándose, tropezando unos contra otros, en tanto que el cadaver iba y venia batiendo los costados, las ancas y el cuello de su corcel, en tanto que Ermesinda moribunda se asia desesperada á la crin del suyo, y Alix procuraba soltar las cuerdas que le sujetaban. En cuanto á Lionel, habia dejado correr al azar su noble yegua, y esta acostumbrada á mano mas firme, habia tornado hácia el castillo. Lionel solo echó de ver esto á la repentina claridad que se alzó delante de él. Miraba, sin esplicarse aquella luz roja que se cruzaba con el blanco resplandor de los relámpagos, cuando de pronto sintió á su lado el galope del primer caballo, y al dar un salto para detenerse el fogoso animal, Lionel vió ajitarse el sangriento cadáver de su hermano. Exhaló un grito, y otro grito le respondió. Volvióse y vió pasar á Alix por el otro lado, pálida, desordenado el cabello y los ojos oscos, y la vió desaparecer en seguida. Duda, cierra los ojos como hiciera al saber el secreto de su nacimiento; quiere huir, le llama una voz, abre los ojos, mira..... y vé á Ermesinda que tiende hácia él sus manos ensangrentadas, esclamando:

—Soy yo, Lionel, soy tu madre!

El miedo, el miedo glacial penetra de repente en la sangre y en los huesos de Lionel ante aquel espectáculo, y duda, se siente próximo á perder á un mismo tiempo las fuerza y la razon. Se afirma en su yegua, y dirige á su alrededor una mirada llena de terror, para ver si todos aquellos fantasmas que han pasado como relámpagos se han desvanecido por completo; pero vuelven los tres sobre sus caballos que se ponen de manos, saltan y se tropiezan sacudiendo en torno de Lionel uno de ellos un cadáver, el otro una mujer moribunda y ensangrentada, y el tercero tambien una mujer que forcegea dando gritos de rabia, en tanto que dicen unas voces que el mancebo conoce demasiado:

—«Lionel, Lionel, soy yo..... soy tu madre, soy tu hermana.»

Nombres terribles para aquel desgraciado, que hacen resonar siempre en su espíritu las palabras terribles de *asesinato, adulterio é incesto.*

Espantado y trastornado, oprime los lijares de su fogosa yegua que corre

entonces con espantosa rapidez; sus pies, tan delgados y ligeros apenas tocan al suelo, juega mientras con el freno, porque la mano desfallecida de Lionel ha dejádo las riendas; los soberbios caballos cerriles continúan su furiosa carrera. Oyese el ruido de sus anchos cascos que baten el cami-



no como pudieran hacerlo los martillos de cien forjadores. La yegua parece oirlos relinchar, huye de ellos y los espera; luego relincha tambien, acorta su suelo y deja que se acerque uno de ellos. Vuélvese Lionel, y vé á

Alix jadeante y trastornada que tiende los brazos y desaparece de nuevo arrebatada por su corcel. La yegua se detiene, y un nuevo corcel la alcanza y pasa rozándose con ella. Lionel se oculta para no ver, pero choca con el cadáver de su hermano que vá de un lado á otro batiendo los hijares del caballo que le lleva. Quiere huir el mancebo, y grita y se agita; pero siente que le asen por la garganta dos manos teñidas de sangre: son las de su madre, las de su madre que le dice:

—Sálvame, Lionel! sálvame!

Lionel la rechaza y hiere con furor á la ligera yegua, que corre, corre furiosa, con las narices humeantes; pero el cerril que lleva á Ermesinda, mas furioso aun que ella, la muerde en las narices, la oprime el costado y corre con tanta rapidez como ella, y las manos ensangrentadas de la madre adúltera no dejan el cuello del hijo incestuoso. Entonces Lionel en el arranque de una rábia furiosa azuza á su cabalgadura con sus gritos; unde en ella sus espuelas y la oprime con sus pies y aventaja á todos los corceles que la persiguen y se libra al fin de la opresion convulsiva del fantasma; pero oye la voz de Ermesinda que le grita:

—Oh! maldito seas!

El desgraciado cuya razon se desvanece, se detiene al oir aquel grito para volverse hácia aquel fantasma que le ha maldecido con la voz de su madre, pero entonces Gerardo y Alix se hallan á su lado sobre caballos que se ponen de manos y le amenazan con ellas. Vuelve á correr su yegua y Lionel se tiende casi sobre la silla cerrando los ojos; pero Alix le alcanza á su vez y se inclina hácia él y asiéndole, le dice con voz desmayada que parece decir alguna cosa que solo él debe oir:

—Lionel, soy yo:... Lionel, soy yo... soy tu Alix á quien amas!

Y como el jóven se esfuerce por librarse de Alix, esta añade con desesperacion y como para enternecerle:

—Soy yo, soy tu hermana.....

Lionel solo ve á su lado el incesto, el asesinato, el adulterio traidos alli por el infierno.

Entonces loco, fascinado de terror, huye, huye, huye; pero los fogosos cerriles le persiguen sin cesar; la yegua espantada no sabiendo que camino seguir dá vueltas sin cesar alrededor de la colina donde se abrasa el castillo y Lionel ve en lo alto de la torre del homenage la figura del anciano que da vueltas lentamente siguiéndole con la vista, como una estatua de mármol que gira en su pedestal.

Durante mas de una hora aquella horrible cabalgata dió vueltas en torno del incendio envuelta entre las ráfagas del huracan que silvaba, los relámpagos que hendian con su blanco fulgor las nubes enrojecidas por el incendio, al estallido del trueno que acompañaba al inmenso crujido del edificio que se desmoronaba y á los salvajes relinchos de los caballos. La lucha fue incesan-

temente violenta, furiosa y terrible hasta que Lionel prorumpiendo en terribles imprecaciones llamó en su ayuda todas las potencias de este mundo; y como nadie acudiese á favorecerle llamó á las potencias del infierno que respondieron á su voz.

Entonces, entonces fue cuando, en el delirio producido por su terror, se entregó al infierno con toda su posteridad hasta que hubiese en esta un hombre bastante virtuoso para romper aquel pacto infernal.

Hubiérase dicho que un ser sobrehumano cabalgando en un caballo de fuego y arrastrando á la yegua en su furiosa carrera, hablaba en voz baja á aquel desgraciodo y le arrebataba á través de los campos. Cuando el pacto se hubo terminado, cnando Lionel le hubo ratificado echando al lodo sus espuelas, escupiendo una cruz que encontraron al paso y bañando su espada en la sangre de su madre, se detuvo la yegua rendida de fatiga y los corceles que la perseguian fueron á caer junto á ella.

Cuando Lionel se levantó estaba muerta su madre, pero vivia aun Alix.





XXVII.

Transformacion.



Habia escuchado Luizzi esta espantosa historia con el rostro pálido y el alma helada, hasta el poeta se habia dejado dominar por la voz siniestra del narrador, pero recobró su imperturbable serenidad y dijo al Diablo:

—Con que todavia vivia Alix?

—Sí, contestó Satanás, era razon que diese á luz el primer vástago de esa raza nacida del adulterio y el incesto, al hijo de Lionel, al nieto del genovés Zizuli.

—Ah, sí, perfectamente, dijo el poeta: teneis razon, era preciso que la balada tuviera su desenlace; digo balada, porque ya conocereis que ese desenlace no se puede egecutar en el teatro como no sea en el circo de Franconi. Y se habla aun en este pais de la familia de Roquemure?

—No; se estinguió con Gerardo y Hugo.

—Pero qué fué de Lionel y su hijo?

—Se dice, contestó el Diablo que en aquella rápida carrera habia llegado en menos de una hora al centro del Languedoc.

—Y existe en Languedoc alguno de los Roquemure?

—Creo que no, porque el hijo de Lionel debió dejar el apellido de su abuelo segun el pacto hecho con el Diablo, formando uno nuevo con las letras de aquel singular apellido.

—Y cuál fué el que formó?

—Ved el que se puede formar con el de Zizuli.

Luizzi, casi tan espantado con el relato que acababa de oir, como su abuelo Lionel pudo estarlo en aquella terrible lucha, esclamó involuntariamente:

—No, no hay en Languedoc ningun apellido que se parezca á él.

—Perdonad, repuso el narrador, hay uno. Si el señor que se ocupa de historia pintoresca, fuese á Tolosa, le encargo que haga algunas investigaciones en la biblioteca pública. En un rincon á la izquierda de la puerta de entrada, encontrará, olvidado en el fondo de un estante, un pequeño manuscrito en lengua de oc, en el que se refiere la vida del hijo de Lionel, que figuró en la guerra de los albigenses, y se llamaba.....

—Qué importa el nombre? dijo Luizzi interrumpiendo al Diablo con viveza. Y qué fué de ese pretendido hijo de Lionel?

—Con arreglo al contrato celebrado con el Diablo tenia diez años para elegir lo que le hiciera feliz y le librara del infierno.

—Y eligió?

—No, porque entregando su vida al azar, rico, aventurero y negligente, echó de ver que habia dejado cumplirse el plazo, y ya no era tiempo.

Luizzi se estremeció al oir esto, y poseido del terror que le dominaba, esclamó como el hombre que despierta de un horrible sueño:

—A cuántos estamos?

—A 1.° de Setiembre de 183.....

—Tres meses! no tengo mas que tres meses, murmuró Luizzi.

Y quedó sumido en horrible preocupacion. Tres meses le quedaban para elejir; pero ¿no era tiempo suficiente si sabia emplearle en estudiar el mundo, sino prácticamente, al menos por el relato de Satanás?

Entre tanto el poeta conversaba con el viajero discutiendo ambos el medio de hacer un drama ó un *vaudeville* cualquiera de aquelle historia como dos dramaturgos á la moda.

Cuando el baron se ponia á escucharlos, se detuvo la diligencia. Satanás echó pié á tierra saludando á sus dos compañeros, y les dijo:

—Disimulad mi charlatanismo; sin duda os he fastidiado no poco; pero qué ha da hacer uno en una diligencia como no sea referir historias?

Luizzi, deseoso de hallarse á solas con Satanás, le dejó bajar y le siguió. Cuando estuvieron á alguna distancia del carruage, le hizo una seña imperativa para que le siguiera. El viajero obedeció, y dijo entonces á Armando:

—Os comprendo, señor baron de Luizzi; mi narracion ha podido heriros, y sin duda quereis pedirme una satisfaccion, pero no tengo ganas de aceptar uu duelo ni lo acostumbro, sobre todo tratándose de vos.

—Miserable! esclamó el baron con tono amenazador, y persuadido como estaba de que aquel hombre era el Diablo y se burlaba de él.

—Son inútiles vuestras amenazas, caballero. Soy sacerdote, y si un tiempo fue mi conducta objeto de escándalo, creo haber espiado mis faltas con la austeridad de una vida entregada al estudio y á la soledad.

—Qué significa esa chanza? repuso Armando furioso.

—Vedlo aqui. Volviendo de París encontré á ese jóven loco en ese pueblo donde está mi curato; y valiéndome de mi trage de seglar para que no me conociera, quise mostrarle hasta que triste ferocidad se puede llevar esa manía literaria que se alimenta de incestos, de asesinatos y de sangre, y le he contado la leyenda que habeis oido y que leí en efecto yendo á buscar las antiguas tradiciones de nuestro pais á la biblioteca pública hallándome estudiando teología en Tolosa.

—Pero y esa historia? dijo Luizzi, á quien admiraba la tranquilidad de su interlocutor.

—Se dice que es la de vuestra familia, porque se puede formar el apellido Luizzi con el de Zizuli; pero os confieso que no solamente me he admirado de que no lo sepais, sino tambien del efecto que parecia producir en vos.

El baron esperimentó uno de esos movimientos interiores que nos hacen dudar de nuestra razon, y dijo:

—Segun eso, me conoceis?

—Os conozco hace muchos años, baron, y nos aproximamos por una desgracia que debe ser un remordimiento eterno para los dos.

—Pero quién sois? repuso Luizzi cada vez mas inquieto.

—Quisiera ocultaros mi nombre; pero no me he consagrado á una vida de humillaciones para temer sufrir delante de vos una nueva vergüenza. Soy el abate de Serac.

El viagero saludó y partió al decir estas palabras, que parecian haber petrificado á Luizzi.

No bien habia desaparecido el viagero, agitó Armando su talisman, y se presentó Satanás.

La figura que esta vez tomó espantó á Luizzi, aun mas que lo habia hecho la de Akabila. El baron creyó tener delante de sus ojos á Mr. de Cerny. Era él, su gesto, su figura, su postura en fin. En su primer momento de

sorpresa el baron no sabia si soñaba, si aquel ser era el Diablo, ó si era el conde. Al fin se decidió á hablarle quien quiera que fuese.

—Ya estais aqui? le dijo.

—Ya estoy.

—Y qué me quereis?

El Diablo contestó sonriéndose:

—No me esperábais, señor baron?

—Sí, te he llamado, dijo Armando conociendo al fin á Satanás en su feroz sonrisa.

—Y he venido, mi amo.

—Y por qué has tomado esa figura?

—Porque puede serme útil.

—Sin duda como la que acabas de dejar?

—La que acabo de dejar? Si no te he visto desde anoche.

—Quién era ese hombre que acaba de separarse de mi?

—Pues qué, no has conocido al abate de Serac, al antiguo amante de la marquesa du Val?

—No habias tomado tú su figura?

—Sí, en el camino de Orleans esta noche. Es cierto; tomé su trage porque el bueno del sacerdote sabe abrigarse muy bien, y yo detesto mucho el frio.

—Y no subiste á la diligencia?

—No por cierto; como que el abate y el poeta se habian adelantado ya á tí, no habia ya asiento mas que para tres.

—Con que no eres tú quien ha contado esa espantosa historia?

—Yo no hablo nunca de mis asuntos.

—Pero es cierta esa historia?

—Está escrita.

—No me responderás con claridad siquira una vez en tu vida?

—No sé lo que entiendes por responder con claridad.

—Es verdadera esa historia? dime sí ó no.

—Antes de todo, qué entiendes tú por verdadera?

—Ha sucedido todo lo que ese hombre ha contado?

—Sí y no. Sí para tí, que quieres creer en ella néciamente; no, para los que la traten de fábula.

—Pero, prescindiendo de mi credulidad y de la de los demás, cuál es la verdad?

—En un tiempo se decia que el sol daba vueltas alrededor de la tierra, y entonces era una verdad; en el dia se cree que la tierra da vueltas alrededor del sol, y en el dia es una verdad.

—Pero entre esas cosas hay alguna verdadera?

—Puede que sí; á no ser que la verdad no esté entre esas cosas.

Luizzi conoció que no podia hacer decir al Diablo lo que deseaba saber, y se puso á reflexionar á la vez acerca de la obstinacion del Diablo en no responder y acerca de la casualidad que le hacia encontrar en aquel singular viage á la mayor parte de aquellos cuya vida se habia rozado con la suya.

El baron parecia conocer que en torno suyo se establecia una lucha entre Satanás, que le impulsaba á la perdicion, y una potencia desconocida que parecia querer salvarle. Aquel sacerdote lanzado á su caminno, y que le habia advertido la proximidad de la hora fatal en que necesitaba hacer su eleccion, era acaso el órgano involuntario de aquella potencia protectora? Aquel hombre mismo, vuelto por el arrepentimiento á una vida regular y honrada, despues de haberse entregado de tal modo á la disolucion ¿era un ejemplo que se le ofrecia, y se le mostraba con el dedo?

Armando fué interrumpido en estas reflexiones por la necesidad de volver al carruage; pero, decidido esta vez á consultarse detenidamente y sin someterse á ninguna influencia estraña, se alejó diciendo á Satanás:

—Déjame.

—Me es imposible en este instante.

—Cómo imposible! dijo Luizzi. Y si yo no quiero oirte?

—Te taparás los oidos.

—Acaso ignoro que tu voz lo penetra todo?

—No será ahora asi, pues no hablaré para que tú me oigas.

—Quién sino ha de oirte?

—Tu compañero de viaje.

—El poeta?

—El mismo.

—Y qué quieres decirle?

—Contarle dos anécdotas: la una para que haga una novela que será horrible; la otra una mala accion que será infame. Y sin embargo, se podrá practicar una buena accion con la primera anécdota, y hacer una buena comedia con la segunda.

—Y cómo sabes que será mala su eleccion?

—Porque conozco al hombre y á los hombres, porque tu siglo es aficionado á los cuadros monstruosos, y desdeña las pinturas verdaderas..

—Y qué anécdotas son esas?

—Puedes oirlas.

Y hablando asi, se acercaron al carruage y ocuparon los dos únicos asientos que quedaban vacíos.

—Ola! dijo el poeta asi que vió al baron. Quá habeis hecho de vuestro narrador?

—Le he dejado volver á su presbiterio.

—Cómo! esclamó el poeta, con que era cura!

—El cura de ese pueblo.

—Pardiez que para ser cura ha contado cosas singulares; sabe baladas bien edificantes.

—No hablais del abate Serac? preguntó el Diablo mezclándose en la conversacion. En ese caso, conozco la balada á que os referís: no sabe mas que ella, y se la encaja á todo el que llega, ni mas ni menos que el orador de la oposicion, cuyo discurso es siempre el mismo, y un ministro cuya contestacion es la misma siempre.

—Pues yo creo que hay en ella materia para un drama, dejando á un lado la carrera de los cadáveres. Tengo que pensar en ello.

—Ya! con que el señor se dedica al teatro? preguntó el Diablo. Es muy hermoso dominar á todo un público con el poder del pensamiento, tenerlo lleno de ansiedad, y hacerle temblar y llorar á gusto del escritor.

Es verdad, dijo el poeta con la fatuidad mayor que hasta entonces habia mostrado; esa es una de las felicidades que yo he gustado ya algunas veces.

—Lo que me admira, repuso Luizzi á quien disgustaba soberanamente aquel señor literato que decia haberle hecho un favor, lo que me admira es que no se hagan comedias abundando por todas partes los originales.

—Comedias! esclamó el poeta. Y dónde quereis que se busquen personages para ellas?

—En el camino real, contestó el baron; en el camino se los encuentra tan bien como en los salones.

Preguntad mas bien como podreis hacerlas.

—Como se hacia en otro tiempo, contestó el baron.

—En otro tiempo, caballero, se podia reir y criticar, pero en el dia no se puede, replicó Satanás.

—Creeis que en un tiempo de libertad como el nuestro haya menos que antiguamente?

—En un tiempo en que el vicio es dueño de la sociedad no hay público á quien divierta la crítica del vicio. En un presidio no ve con gusto el desprecio á los ladrones; no se perdona el contar sus fechurias á no ser que sea para aprender á imitarlas.

—Sin embargo, dijo Luizzi, en el dia que van desapareciendo las gerarquias sociales se puede elejir donde se quiera sin temor de una oposicion que antiguamente era solidaria entre la gente de una misma clase.

—No estoy conforme, replicó el Diablo. Quién se atreveria á retratar un diputado independiente que quiere venderse, un banquero ladron, un notario idiota, un militar fanfarron, un majistrado infame, un abogado bribon? La cámara, el comercio, el notariado, el ejército, la majistratura y el foro se indignarian; se hablaria de impudencia, de desmoralizacion, de desorganizacion social, de fuego revolucionario. Se ha hecho burla de los marqueses que en tiempo de Luis XIV asistian al rey cuando se levantaba; os desafio á que pongais en escena al ayuda de cámara que viste á vuestro

soberano. Se componen farsas idiotas, y no hay poder ministerial que se atreva á permitir presentar en escena un comisario de policía imbécil. Si quereis pintar un obrero insolente y brutal, encontrareis mil obreros insolentes y brutales, sin contar los buenos y los nécios, que se creerán interesados en la cuestion, y os silbarán diciendo que calumniais al pueblo. Si retratais un rico sórdido y desapiadado, se os arrojará de todos los salones por envidioso y míserable. Retratad á un pedante ambicioso lleno de falsa ciencia, y todas las sábias corporaciones se alzarán contra el ignorante que quiere ponerlas en ridículo. Presentad un literato fátuo, que desvirtúa el talento que roba, haciéndolo pasar por su pluma, y todos los folletines dirán que sois un nécio. De modo que necesitais reiros de los jorobados y los ingleses amancebados: ahí está toda vuestra comedia. El imperio de la risa pertenece á los bufones, con tal de que lo sean hasta el absurdo; porque si solo lo son hasta la verdad, no faltará un ciudadano cualquiera, miembro de cualquiera clase, que llevará á mal el que le pongan en escena. La igualdad ante la ley ha matado á la sátira personal; la igualdad ante el vicio ha matado á la comedia. Cuando una casa vieja se desmorona, es peligroso dar con la piqueta en los sótanos; cuando la sociedad conoce que se cae, no quiere que se descubran sus resquebrajaduras. Se revoca con toda clase de leyes, se pinta con el respeto humano y se apuntala con la moral escrita, pues teme el menor empuje. No es una clase sola la que se opone á toda pintura exacta, es la sociedad entera. Y qué hombre es bastante fuerte para luchar con ella?

—Añadid, dijo el poeta, que hasta esos mismos vicios carecen de relieve, de vigor; con dificultad quedan algunos ridículos.....

—Os aseguro que los hay enormes; replicó el Diablo mirando al poeta.

—Pasiones sin vigor.

—Os juro que las hay monstruosas.

—Una vida regida y vigilada por el código, por los pases, los pasaportes y los gendarmes.

—Os puedo hacer ver que muchos criminales burlan todas esas investigaciones.

—Durante algun tiempo; pero al fin ván al cadalso.

—O son estimados en la sociedad.

—Pero, oid, dijo el poeta: prescindiendo de la parte diabólica de la historia que ha contado el cura, semejantes sucesos serian increibles en nuestro siglo.

—Y por qué? por el incesto? El incesto de esa historia fué debido á la casualidad, y vos señor de Luizzi, vos habeis encontrado el egemplo del incesto mas abominable, mas complicado y mas hediondo que puede haber.

—Yo! dijo el baron.

—Hay mas incestos que los que vos sabeis, y vos mismo habeis contribuido á mas de uno en los salones de París. Pero vos, señor de Luizzi, vos particularmente habeis estrechado la mano de un magistrado que, sorprendido por el hermano de una jóven en una entrevista familiar, se vió obligado por el tal hermano, so pena de cortarse el pescuezo con él, á casarse con la jóven. Y sabeis quién era aquella desgraciada? Era hija del migistrado que habia sido amante de su madre! Y sabeis por qué exigió el hermano de una manera tan terrible la reparacion de una ofensa que no existia? Porque su hermana estaba embarazada de él y esperaba ocultar su propio incesto haciendo cometer dos á su hermana.

—Ah! eso es increible! dijo el boron con repugnancia.

—Yo no digo que sea creible, pero sí que es cierto. Y qué diriais si yo os contara la historia de un padre que educa cuidadosamente á sus hijos en las máximas del materialismo mas completo, en los principios de desmoralizacion la mas profunda, para no encontrar luego obstáculo en sus infames proyectos?

—Y se consumó el crímen? preguntó Luizzi.

—Lo gracioso fué, si en tales cosas puede haber algo gracioso, lo gracioso fué, contestó el Diablo, que precisamente las lecciones del padre estorvaron el crímen.

—Me parece imposible, dijo el poeta.

—Ved aqui como sucedió. El dia en que plugo á aquel padre filósofo pedir un amor infame á su hija, le respondió ésta:

—No quiero, padre mio.

—Acaso tienes preocupaciones, hija mia?

—Preocupaciones no; pero sois viejo y feo.

—Pues bien: si no quieres darme por voluntad lo que te pido, me lo darás á la fuerza.

La jóven se apoderó de un cuchillo, y dijo:

—Si os acercais, os mato.

—Cómo! matar á tu padre, bribona!...

—Toma! pues que, no me habeis dicho que mi padre era un hombre como cualquiera otro?

Y el desmoralizador no pudo sacar á su hija de este terrible argumento. Si es preocupacion el no entregarme á vos, tambien debe serlo el no mataros si quereis emplear la fuerza. Ya veis que, gracias á vos, no tengo preocupaciones.

Y semejantes historias, continuó Satanás, no son fábulas inventadas para diversion; son verdaderas, existen los actores, vos los conoceis á todos, y los saludais con respeto. Asi, pues, no os admire la historia fantástica del abate Serac.

—Con qué es verdadera? dijo Luizzi.

—Despues de lo que acabo de deciros, me parece que no hay nada inverosímil en en ella. El crímen no lo es, porque ya veis que en nuestro siglo los hay aun mas espantosos. No lo es el misterio de la fraternidad de



Alix y Lionel, porque esa fraternidad se hallaba oculta bajo un doble adulterio, y las hay legítimas que se ignoran ellas mismas.

—Eso me parece bastante estraordinario, dijo el poeta; el estado civil ha perjudicado no poco á la comedia, matando los reconocimientos inesperados.

—Puedo probaros en este instante lo contrario, repuso el Diablo.

—Me alegro mucho, contestó el literato; ya que se presenta la ocasion, me alegro saber que á nuestro siglo no falta nada de cuanto hizo á los pasados tan fecundos en grandes obras.

— Os aseguro que no le falta nada, dijo Satanás, ni vicios, ni ridiculeces, ni pasiones, ni sucesos estraños, ni caractéres singulares: escepto.....

—Escepto qué? preguntó el poeta.

—Escepto un hombre de génio para sacar partido de todo, respondió Armando.

—Cosas de millonario y baron, replicó el poeta con desden. Lo que falta es un público que sepa apreciarlo.

—Cosas de un lilerato silbado, dijo Armando.

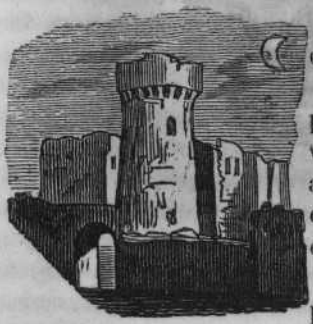
—Ni lo uno ni lo otro falta, señores, dijo el Diablo saludando á ambos; ahora que estais acordes, prestadme atencion.





XXVIII.

El banquero.



Comenzaba la primavera de 1830.

En un rico gabinete, situado en el piso principal de una gran casa de la calle de Provenza, estaba sentado un hombre que leia atentamente los periódicos que su ayuda de cámara acababa de pasarle. Aquel hombre era el banquero Mateo Durand.

—El banqueao Mateo Durand! esclamó el poeta; le conozco mucho: tiene una quinta á algunas leguas de Bois-Mandé, á donde pienso ir á visitarle á mi vuelta de Tolosa.

—Ah! es singular el encuentro, dijo el Diablo; no sé si debo continuar.

—Al contrario, la historia interesa mucho mas desde el instante en que se conocen los personages. Tengo deseos de conocerla á fondo.

—Como gusteis, dijo Satanás, por otra parte, esta historia es la de muchas personas, prescindiendo de algunas particularidades de familia.

Mateo Durand, continuó el Diablo, solo tenia en aquella época cincuenta y cinco años, aunque parecia de mas edad. Las arrugas profundas que atravesaban en todas direcciones su frente ancha, despejada y pensadora, demostraban el esfuerzo constante de una vida activa y laboriosa; sin embargo, cuando se hallaba desocupado, lo cual sucedia pocas veces, su rostro respiraba una benevolencia afectada hácia todo lo que le rodeaba; su voz mas bien estimulante que protectora, parecia decir á todos: Yo soy dichoso y quiero que vosotros lo seais tambien.

Sin embargo, hubiérase podido conocer que su dicha le causaba orgullo, que se la mostraba voluntariamente, que le gustaba dejarla contemplar, como si la sintiese mejor por el efecto que producia en los demas. No trataba, pues, de humillar á los que se acercaban á él, trataba de hacerles ver en su persona el fin á que todo hombre puede llegar por medio de un trabajo constante y de una conducta honrada; por lo demas, el carácter mas comun de la fisonomía de Mateo Durand, era el de una inteligencia rápida y fuerte. Asi, pues, cuando oia á alguien hablar de negocios, fruncia ligeramente las cejas, y daba á su mirada cierta facultad absorvente que parecia no dejar escapar un gesto, ni una palabra, ni un movimiento y aquella facultad era tan viva y tan completa, que Mateo Durand, cuando contestaba tenia por costumbre reasumir cuanto se le habia dicho, y todo con una claridad y una precision notables; luego daba principio á sus observaciones, sea para aceptar, sea para rehusar, sea en fin, para modificar las proposiciones que se le habian hecho. Entonces era cuando se manifestaba la cualidad á la vez mas de bulto y mas oculta de Mateo Durand: y esta cualidad era una obstinacion tal, que nunca variaba de parecer cualquiera que fueran las razones que se le espusiesen.

No he sido exacto al decir que habia una singular obstinacion en sus ideas, porque á nadie le era tan fácil como á él el cambiar de resolucion. Asi es que despues de condenar una operacion y de rebatir con gran superioridad todos los cálculos, se veia de repente prestar el apoyo de su nombre y el de su capital á aquella operacion. Otras veces abria un crédito ilimitado á un comerciante en el momento en que todos los banqueros empezaban á dudar de él, y cuando el mismo Durand conocia mejor que nadie el mal estado de los negocios de su protegido. Nadie habia podido adivinar nunca las razones que determinaban aquellas decisiones tan contrarias á sus intereses: unos decian que era capricho, otros que era generosidad; pero era dificil suponer caprichos tan fantásticos á un hombre tan recto en el manejo general de sus negocios.

Aquella conducta se hubiera esplicado mejor quizá atribuyéndola á generosidad, porque Mateo Durand pasaba por generoso; pero se le habia visto algunas

veces negar con la inflexibilidad mayor algunos socorros. Unicamente un hombre pretendia que aquel sistema era cálculo y este hombre era Mr. Sejan, el dependiente principal de la casa. Pero no esplicaba cual era el objeto de aquel cálculo, y un dia que se habia preguntado á que aritmética pertenecia un cálculo que consistia en prestar mil francos á un deudor insolvente, el anciano Sejan se contentó con responder: Pertenece á la aritmética indirecta.

—Qué significaban las palabras aritmética indirecta? Mr. Sejan no lo esplicaba, y se encerraba en un silencio obstinado, al cual daban cierto aire de sagacidad profunda, y un ligero guiño. Por lo demas, aquellas infracciones de la ley del buen comerciante, no daban temor á nadie aunque fuesen bastante numerosas, porque la reputacion de probidad y de inteligencia de Mateo Durand, eran superiores á toda sospecha, y aquel hombre era demasiado rico para que pudiera arruinarse sin que se conociera.

Creo inútil detenerme mas en el retrato de Mateo Durand; me parece que sus acciones y sus palabras le retratarán mejor que yo pudiera hacerlo.

Estaba, pues, en su rico despacho, que era una gran pieza adornada de magníficos cuadros, severamente alfombrada con un tapiz verde guarnecido de terciopelo negro, y amueblada con el lujo del que paga caro para comprar bueno. El banquero, despues de haber leido con mucha atencion todos los periódicos, abrió uno de los cajones del inmenso bufete á que se hallaba sentado, y sacó un papel que leyó con mas atencion aun que los periódicos; borró muchas palabras, puso otras y volvió á leer aquel escrito desde el principio hasta el fin, declamándole á media voz en tanto que, pluma en mano, le daba el último toque, poniendo puntos y comas con particular cuidado; luego tiró de una de las tres campanillas cuyos cordones, cada uno de diferente color, caian encima del bufete, no sin dirigir antes la última mirada á su obra, porque su obra debia ser aquel escrito, á juzgar por aquella mirada. Aquella mirada era la de una madre que ha concluido de adornar á su hijo, y que despues de haber examinado su trage pliegue por pliegue, alfiler por alfiler, y su cabello bucle por bucle, le coloca á algunos pasos de distancia para contemplar el conjunto de su atavío y para asegurarse de que nada le falta. El ayuda de cámara apareció un momento despues, y le dijo Mateo Durand

—Que venga Mr. Leopoldo.

El criado iba á obedecer á su amo, cuando este añadió:

—Pasad por la escalerilla que conduce de aqui al entresuelo donde debe estar Mr. Leopoldo. Decidle que venga tambien por alli: no hay necesidad de que vean las personas que esperan en el salon que recibo á alguien.

Obedeció el criado y el banquero, asi que quedó solo, abrió la correspondencia que tenia á su lado, contentándose con echar una rápida ojeada á las cartas, que clasificaba colocándolas en diferentes carpetas. Anotó algunas

de ellas, y guardó en su bufete dos ó tres, cuya lectura parecia haberle disgustado. El ayuda de cámara volvió á aparecer acompañado de un jóven como de veinte años, que se detuvo delante del banquero como penetrado de una respetuosa admiracion.

—Decid que voy á recibir dentro de un instante, dijo el banquero al ayuda de cámara, que se retiró.

Mateo Durand se volvió hácia Leopoldo, y le dijo con voz dulce y benévola:

—Leopoldo, tengo que pediros un favor.

—Un favor! á mí? esclamó el jóven con viveza. En qué os puedo complacer, señor? Ya sabeis que mi vida es vuestra, y si es necesario sacrificárosla....

—No, amigo mio, no; contestó Mateo Durand, calmando aquel entusiasmo con una sonrisa afectuosa; el favor que tengo que pediros no exige vuestra vida, pero sí exige prontitud y discrecion.

—Oh! si es un secreto, estad seguro de que antes se me arrancará la vida que revelar una palabra.

—Exagerais la importancia de lo que espero de vos, Leopoldo.

—Quisiera hallar un medio de probaros mi agradecimiento; todos vuestros dependientes os miran como á un padre; pero para mí habeis sido un Dios salvador.

—Vuestra madre se hallaba sin medios de qué subsirtir, y aunque vuestro padre habia muerto en 1815 de resultas de sus heridas, se la negó una pension.... Era una grave injusticia.

—Y vos la reparásteis noblemente, señor; vos acudísteis al socorro de mi madre.

—Podia yo dejar en la miseria á la viuda de un valiente militar?

—Os encargásteis de mí y á vuestra generosidad debo la educacion que he recibido. Es un beneficio.

—Sí, Leopoldo, es un beneficio, dijo el banquero interrumpiendo al jóven, y acaso tengo derecho á decirlo. Aqui donde me veis, salí de mi pueblo casi sin saber leer, y lo poco que sé he tenido que aprenderlo robando algunas horas al trabajo que me daba la subsistencia. Aprendi á escribir sin maestro; sin maestro fui dejando mi lenguaje de campesino; cuando obtuve un destinillo, no queriendo apareeer mas ignorante que mis jóvenes compañeros que habian sido educados en los liceos, procuré aprender el latin.

—Solo?

—Solo, en mi pobre camaranchon. Luego quise saber un poco de historia y un poco de matemáticas; me gustaba la química y estudié física, y hasta aprendí á tocar regularmente el violin. A fuerza de trabajo y economía pude emprender algunos negocios pequeños, luego emprendí otros

mayores y siempre solo, pero siempre perseverante y al fin llegué á ser lo que soy.

—Sois uno de los hombres mas considerables de Francia.

—Al menos, uno de los mas considerados, repuso Mateo Durand; pero volvamos al gran favor que tengo que pediros. Ved aqui una memoria, una carta, un escrito, en fin, del cual necesito cuatro ó cinco copias; lleváoslo á vuestra habitacion y sacadme esta noche esas copias. Vuestras horas de escritorio no me pertenecen, porque Mr. Sejan me gruñiria si os distrajese de vuestras obligaciones. Cuento con vuestro favor.

—Oh! señor, dijo Leopoldo confuso, no me hableis de favor pues todos los instantes de mi vida os pertenecen.

—Sobre todo, no enseñeis eso á nadie, ni aun á vuestra madre.

—Yo os lo prometo, señor.

—Y, á propósito, cómo sigue vuestra madre?

—Muy bien. Cuánto agradecerá....

—Que yo haya preguntado por su salud, le interrumpió el banquero sonriéndose. Y sin duda irá proclamando por todas partes la bondad de Mr. Mateo Durand que ha preguntado por Mad. Baron.

—No estrañeis su reconocimiento.

—Me chanceo, Leopoldo, me chanceo, amigo mio; vuestra madre es una digna y honrada mujer, y si exagera lo poco que yo he hecho por ella, ese sentimiento procede de una virtud tan rara, que yo la alabaria si su agradecimiento se dirigiese á otro y no á mí. Dadla mis espresiones.

—Os doy las gracias en su nombre, señor; pero para cuando quereis esas copias?

—Para mañana temprano.

—Entonces las traeré á primera hora, puesto que hasta mañana por la mañana no partís para el Estanque.

—Teneis razon, que es mañana domingo. Tengo que partir esta tarde, porque mi hija me reñiria sino llegara hasta mañana, pues tiene baile en una quinta inmediata, y estoy encargado de llevarla una porcion de cosillas.

—Entonces voy á pasar el dia sacando esas copias.

—No, porque seria preciso escusar vuestra falta al escritorio con Mr. Sejan. Mejor es que vayais mañana al Estanque y paseis el dia con nosotros. Por la noche os llevaré al baile, donde sereis bien recibido..... Quedamos en eso.

A esta proposicion, Leopoldo se puso colorado, bajó los ojos con embarazo, y pareció vacilar. El rostro de Mateo Durand se contrajo ligeramente y el banquero preguntó al jóven con tono un poco seco:

—No podreis complacerme?

—Es que...., ese obsequio me confunde, pues sé que es la recompensa

mas lisonjera para vuestros dependientes..... Mi madre se juzgaria tan dichosa.....

Las facciones de Mateo Durand recobraron su estado ordinario, y dijo con tono de hechicera benevolencia:

—Pues bien! si creeis que no se fastidiará demasiado en el Estanque, la rogareis un dia que os acompañe á allá.

—Ah! señor, señor! esclamó Leopoldo, sofocado y llorando de agradecimiento.

—Vamos, vamos, amigo mio, le dijo Mateo Durand alargándole la mano.

Leopoldo estaba tan gozoso, habia en su corazon tanta gratitud, que asió la mano del banquero y la besó como la de un rey que acaba de conceder una gran merced á uno de sus súbditos. Durand le contempló mientras se retiraba, y estalló entonces en su rostro la espresion de una viva satisfaccion de sí mismo; levantó la frente con altivez y dejó escapar una sorda esclamacion de triunfo, y dió en seguida dos ó tres vueltas por el despacho como para dar á aquella emocion el tiempo necesario para que se exhalara libremente. Luego, asi que se vió del todo dueño de sí mismo, volvió á su asiento cerca del bufete y volvió á llamar. El ayuda de cámara apareció nuevamente.

—A fé mia, dijo el poeta, parece que conoceis mucho á ese escelente Mr. Mateo Durand. Ved ahí lo que se llama un hombre de buen corazon. Yo solo le conozco un defecto.

—Y cuál es? preguntó el Diablo?

—Tengo el honor de hablar á uno de sus amigos?

—Soy el conde de Cerny, contestó el Diablo, y solo os cuento lo que he sabido por una casualidad muy estraña. Podeis hablar con franqueza.

—Pues bien: en medio de todas esas buenas cualidades y de su génio financiero, Mateo Durand tiene un defecto que le rebaja á la categoria de los mas vulgares vendedores de gorros de algodon.

—Y qué defecto es ese? dijo Satanás.

—Mateo Durand es clásico, pero clásico á mas no poder.

—Ese es un vicio de que se corregirá leyendo su obra.

—Y luego Mr. Sejan la echa de gracioso cuando cae un libro en sus manos; lo primero que hace es contar las lineas de la página: sino tiene tantas como las de una edicion compacta de Voltaire, dice que el autor y el editor roban al público.

—No soy de su opinion, dijo el Diablo: yo creo que en punto á literatura moderna, cuanto mas se dá mas se roba al público.

—Cómo! dijo el literato.

—Pero volvamos á Mateo Durand, continuó Satanás. Su ayuda de cámara habia acudido.

—Quiénes son las personas que esperan ? le preguntó el banquero.

—Aqui teneis sus nombres, contestó el criado presentando á su amo una porcion de targetas.

Mateo Durand las miró, y se detuvo al llegar á una de ellas.

—Quién es ese Mr. Félix de Marsella? preguntó.

—Es un caballero que parece tener lo menos setenta y cinco años ; es el que ha llegado el último.

—Pues será tambien el último que entre.

—El primero que ha llegado es el señor marqués de Berizy, dijo el criado.

—Pues que pase Mr. Daneau, repuso el banquero, y decid á Mr. de Berizy que tenga la bondad de dispensarme : se trata de una entrevista convenida de antemano.

Un momento despues se vió entrar á Mr. Daneau. Saludó al banquero con una torpeza visible que sin duda provenia del embarazo que esperimentaba al hallarse en presencia de uno de los capitalistas mas ricos de Europa. Mateo Durand no pareció echar de ver la turbacion de Mr. Daneau, y le dijo mostrándole un sillon con un gesto bondadoso :

—Os recibo el primero, caballero, porque sé que nunca sobra el tiempo para los negocios; el tiempo es un capital cuyo empleo no se puede trocar sin graves perjuicios. Tened la bondad de sentaros.

Mr. Daneau era un hombre muy grueso, alto, de rostro encarnado, pies anchos y manos largas; todo demostraba en él un sólido desarrollo de sus fuerzas físicas nutridas con embutidos y vino de Borgoña. Sin embargo, en medio de aquella rudeza aparecia una inteligencia delicada y pronta, y un lenguaje fácil y adecuado; despues de toser, tomó la palabra teniendo la cabeza inclinada, en tanto que Mateo Durand le contemplaba con aquella mirada firme y directa con que parecia desentrañar las frases mas oscuras y los asuntos mas embrollados.

—Señor, la pretension que hoy traigo es bastante atrevida; pero sereis indulgente con un hombre que se halla á punto de verse arruinado y deshonrado la vispera del dia en que pensaba ver asegurada su posicion. Soy empresario de edificios.

—Lo sé, caballero.

—En la actualidad estoy edificando seis casas. Pensaba alquilarlas para abril de este año terminando las obras interiores durante el invierno; pero ha sido tan cruda la estacion que no se ha podido construir una pulgada de techo, ni pintar una toesa, de modo que me encuentro tan atrasado como hace medio año. Sin embargo, no previendo un invierno tan terrible como el que acaba de pasar, contraje numerosos empeños para este mes y los siguientes. Si mis cálculos no se hubieran visto destruidos por un accidente que ni una vez se renueva, cada diez años hubiera podido atender fácilmente

á esos compromisos, hubiera hallado fondos suficientes, bien hipotecando las casas ó bien enagenándolas. Pero tanta dificultad hay en encontrar dinero sobre casas muy distantes aun de su conclusion como facilidad en hallarle sobre las que están terminadas y en producto. Nosotros únicamente tenemos un conocimiento bastante exacto del valor que tendrán y de los gastos que ocasionarán, para conocer los resultados positivos del negocio y tener confianza en el.

—Comprendo perfectamente lo que decis, contestó Mateo Durand mirando con mas atencion aun al empresario; pero las casas, aun cuando no estén terminadas tienen un valor real sobre el cual no debe ser difícil hallar fondos.

—Señor, no puedo ocultar que ese valor está empeñado, al menos en gran parte. Calculo que las seis casas que estoy edificando valdrán tres millones, y solo tenia trescientos mil francos para empezar. Asi es, que pagada una parte del terreno, tuve que hipotecarle para empezar los trabajos; una vez construido el piso bajo, tomé sobre el piso bajo para continuar el principal; luego tomé sobre el principal para construir el segundo y asi sucesivamente. En el dia debo al pié de un millon doscientos mil francos en hipotecas sobre las casas; mas cuatrocientos mil francos en documentos pagaderos en abril, mayo y junio, en cuya época creí poder adquirir recursos teniendo la facilidad de hallar préstamos sobre casas que representarian un valor de tres millones. Ese valor no le tendrán hasta julio y tal vez ni aun para entonces podré dársele.

—Y cómo asi? preguntó Mateo Durand que parecia interrogar á aquel hombre mas bien para saber como entendia los negocios que para conocer lo negocios mismos.

—Vedlo aquí. Despues de haber pagado al contado á todos mis destajistas, gracias á los préstamos que tomaba me vi precisado al empezar el invierno á hacerles pagarés. Esto empezó ya á inspirarles desconfianza y cuando se trató de terminar los trabajos me exigieron la mitad al contado y el resto á plazo. Hoy vence la primera quincena de la continuacion de las obras y tengo que pagar treinta mil francos, la mitad en escudos para los trabajadores; luego dentro de tres dias concluye el mes y necesito sesenta y dos mil para atender á mis compromisos. Ved en el caso en que me hallo: si hoy no puedo disponer de esos quince mil francos, no se pagará á los trabajadores esta noche, se paralizaron las obras, quedarán mis casas sin concluir, y perderá todo mi crédito; si me veo en la precision de hacer quiebra, las casas que dentro de tres meses pudieran valer tres millones solo en el desembolso de cien mil escudos, se venderán quizá dentro de un año judicialmente, por un millon ó millon y medio de francos porque para entonces habrán perdido mucho en el hecho de no estar del todo cubiertas y cerradas. Asi pues, me veré arruinado por una operacion que debia enriquecerme y me hubiera en-

riquecido á no sobrevenir una estacion tan estremadamente desfavorable.

El banquero reflexionó, al parecer, largo rato acerca de lo que acababa de oir en tanto que el empresario examinaba su rostro con ansiedad buscando en él la menor señal de una resolucion favorable. Al fin, Mateo Durand se volvió con viveza hácia Mr. Doneau y le dijo:

—Y con cuántos destajistas estais comprometido?

—Con muchos, señor, porque he tenido que dividir los trabajos á fin de adelantar. Asi es, que en cada una de las seis casas tengo un destajista de carpintería, otro de cerragería, otro de ebanistería; tengo pues seis pintores, seis estufistas; cada casa en fin tiene sus destajistas diferentes; personas honradas que deben lo que poseen al trabajo pues empezaron como yo, con nada.

—Muy bien! muy bien! El todo constituye una treintena de destagistas, hombres de bien sin duda?

—Sí, señor, todos de escelente reputacion.

—Electores tal vez..... Y con los destagistas de albañilería?

—La albañilería la he desempeñado yo mismo, porque soy maestro albañil.

—Es lo mismo, dijo el banquero, eso os ha hecho adquirir compromisos con los proveedores de piedra, de yeso, de cal, de arena, eso os habrá hecho ocupar muchos trabajadores.

—Doscientos trabajadores, y mas de veinte proveedores.

—Muy bien, está muy bien! Y tienen confianza en vos?

—Hasta ahora nada he hecho que pueda haberles inspirado desconfianza.

El banquero miró con franqueza á Daneau, y le dijo con tono benévolo:

—Ni se la inspirareis tampoco.

—Será posible?

—Escuchad, señor Daneau, yo no hago operaciones de ese género; pero segun lo que acabais de decirme, vuestros acreedores son hombres que solo con su industria han llegado á la posicion que ocupan.

—Esa es la historia de todos nosotros, señor Durand; yo aprendí mi oficio empezando por servir á los albañiles, y en el mismo caso se hallan todos mis destagistas.

—Y esa es tambien mi historia, señor Daneau; cuarenta años hace que llegué á París con cien sueldos en el bolsillo y el afan de seguir mi camino; soy un hijo del pueblo como vos, como todos vuestros destagistas y nunca miraré con indiferencia á los que han sido menos dichosos que yo.

—Ah! señor, señor! esclamó el empresario que no hallaba palabras suficientes para espresar su agradecimiento.

—Lo hago por vos, lo hago por los trabajadores que tendrian que sufrir un cruel contratiempo.

—Oh! si yo me atreviese á decírselo!

—Es inútil, repuso el banquero, es inútil. Si puedo hacer algun servicio, hallo bastante recompensa en el servicio mismo. Pero necesito deciros de qué modo voy á manejar este asunto. Me dareis una hipoteca general sobre vuestras casas.

—Es muy justo.

—Y yo os abriré un crédito de cuatrocientos mil francos.

—Un crédito?

—Sí, señor Daneau; yo no negocio de otro modo. Siempre que tengais que hacer un pago librareis contra mi casa y antes de las veinte y cuatro horas será satisfecha la libranza.

—Eso es cien veces mejor que el metálico, caballero, y no tendré necesidad de librar asi que sepa que estoy sostenido por la casa de Mateo Durand.

El banquero se hizo el desentendido, y continuó:

—Por lo que hace á los quince mil francos que necesitais para hoy mismo, librad contra mí, dad libranza contra mí á vuestros destagistas, pues se harán los pagos en el acto. Por otra parte, señor Daneau, desde el momento en que me encargo de proveeros de fondos, deseo que todos los documentos firmados por vos sean en lo sucesivo pagaderos por mí, pues asi conviene al sistema de contabilidad que he establecido en mi escritorio.

—Pero, señor, eso es ya demasiado, es dar á mi firma el valor del dinero contante.

—Me alegro que os agrade mi proposicion. El lunes por la mañana deben hallarse aqui mi notario y el vuestro. Voy á mandar que se venga á la contaduría de hipotecas y dejaremos en dos dias terminado el asunto. Sin embargo, si mañana pudiérais pasar una hora ó dos en el Estanque, hablaríamos libremente.

—Iré, señor, iré, pero..... permitidme manifestaros..... daros las gracias..... por.....

Y el empresario tartamudeó estas palabras agolpándosele las lágrimas á los ojos.

—Perdonad, señor Daneau, le dijo Durand, me están esperando, y es preciso que nos despidamos.

—Sí, señor, sí.....

—Adios, adios, hasta mañana.

Y el banquero hizo salir al empresario antes que este hubiese tenido tiempo de descargar su corazon del agradecimiento de que estaba lleno, de modo que aun no se hallaba á la puerta del despacho, cuando ya buscaba á quien hablar de la beneficencia y de la bondad del banquero. Daneau tenia tal necesidad de dar espansion á los sentimientos de que se hallaba opri-

mido, que se puso á hacer el panegírico de Mateo Durand á su criado que le esperaba á la puerta de la casa con su cabriolé. Detuvo á dos ó tres de sus amigos para contarles que tenia cuenta abierta con la casa del banquero Mateo Durand, que era el hombre bienhechor por escelencia, y tan sencillo y tan bueno, y tan poco orgulloso, que él, Daneau, admiraba completamente á aquel hombre.

—Pero me parece que merecia esa admiracion, dijo el baron que escuchaba por pasatiempo.

—Cómo es eso! repuso el Diablo; prestar sobre hipotecas no tiene nada de generoso; pedir garantías enormes, no tiene nada de benéfico.

—Vos, Mr. de Cerny, como sois noble no teneis mucha ley al comercio. Todos vuestros epígramas no harán que el rasgo de Mateo Durand deje de ser admirable.

—Admirable! esa es la verdadera calificacion, díjo Satanás, y vos convendreis en ello cuando veais el reverso de la medalla. Pero, para mostrároslo necesito continuar mi historia. Volvamos al despacho del banquero.

Se acababa de introducir en él al marqués de Berizy. El recibimiento que le hizo Mateo Durand fué muy político, pero impregnado de esa modestia reservada que marca la diferencia que hay entre sí mismo y el hombre á quien se dirige la palabra. Al ver á Mr. de Berizy hombre de unos cincuenta años, de tez curtida, ademanes rústicos, y de compostura un poco descuidada, al lado del banquero Mateo Durand, peinado con tanto cuidado, afeitado, vestido, con las manos blancas y las uñas sonrosadas, seguramente se hubiera tomado al marqués por el banquero. La voz blanda y dulcemente sonora de Durand, parecia tambien ser mas aristocrática que la voz fuerte y casi ronca del marqués. Pero, al mirarlos de cerca, se hubiera podido echar de ver en el banquero un gran cuidado en cuanto decia y en el modo de decirlo que probaba cuanto procuraba hacer formar una buena opinion de sus maneras, al paso que se echaba de ver en la negligencia del marqués un hombre acostumbrado á los buenos modales, pero que hace uso de ellos sin ninguna ceremonia.

—A qué debo el honor de vuestra visita, señor marqués? preguntó Mateo.

—Vedlo aqui, caballero. Ya sabeis que acabo de ser nombrado par de Francia por mezced del rey Cárlos X.

—Lo sé, como todos.

—Y quizá preguntareis, como todos, qué méritos me han valido la dignidad de par?

—Llevais un apellido ilustre, señor de Berizy.

—Y vos llevais el apellido de un hombre honrado, señor Durand, lo cual en los tiempos que corren vale lo mismo. Pero, preciso será decíroslo.—no debo mi nombramiento de par al apellido de que hablais. Le debo á ser uno de los hacendados mas ricos de Francia. Piensa el rey que los que tienen mu-

chos bienes tienen interés mas directo en la conservacion del órden que los que solo fundan la esperanza de tenerlos en las revoluciones. Ya veis, pues, que soy par de Francia por la razon que vos lo sereis mañana si quereis.

El banquero se sonrió desdeñosamente, y el marqués continu

—Pero no es esa la cuestion. Vengo á lo que vengo. He recibido la noticia de mi remocion á la dignidad de par, cuando hacia veinte años que me hallaba acostumbrado á ser únicamente un campesino útil á mi pais; porque debo parte de mi capital á empresas agrícolas. En Francia se descuida mucho la agricultura, se olvida que es una industria. Pero en verdad que charlo como si me hallara ya en el egercicio de mis funciones. Me hallaba en mis posesiones retirado de todo, cuando plugo al rey hacerme par de Francia. Haré lo posible por ser un buen par de Francia; pero al lado de los deberes políticos que he jurado cumplir, hay uno que quiero imponerme y que supongo no desaprobareis, porque la magnificencia de vuestra casa me prueba que no estais por el sistema de esos economistas que pretenden que todo lo que se invierte en lujo es un robo á la prosperidad pública. No vengo á París con objeto de arruinarme; pero ya que el rey se ha dignado investirme de una dignidad elevada, quiero sostener convenientemente esa dignidad.

—Comprendo perfectamente vuestra idea, respondió el banquero, hablando con precision y como el hombre que demuestra su paciencia.

El marqués lo echó de ver, y continuó:

—Dispensad que os cuente todo esto; pero este preámbulo os hará conocer que tengo que pediros un favor, y de qué favor se trata. Como os he dicho estoy resuelto á establecerme en París. He enagenado un monte cuya esplotacion no me era dado vigilar, y he resuelto comprar desde luego un palacio en París, y despues colocar parte del capital que he realizado, sea sobre fondos públicos ó sea en casa de un banquero para reemplazar con los intereses del capital activo el capital muerto empleado en el palacio.

—Y habeis elegido mi casa? preguntó Durand con un tono en que se descubria cierta emocion.

—Sí, he elegido la vuestra, porque vos gozais de una reputacion de probidad y honradez que toda la Francia aplaude.

Bien necesitamos esa reputacion nosotros los hijos del pueblo, respondió el banquero volviendo á tomar su aire de modestia.

—A vuestra reputacion juntais una veintena de millones, segun se dice, repuso el marqués de Berizy riéndose, y ese accesorio no deja de tener alguna importancia.

—Se exagera mucho mi haber, caballero, dijo el banquero con uno de esos gestos que afirman lo que niega la palabra; pero cualquiera que sea mi capital, ha sido adquirido honradamente: mi capital es el premio de una laboriosidad constante, porque empecé con nada. Hijo de un pobre, de un

trabajador que solo me dejó un apellido honrado, el amor al trabajo y principios llenos de honradez.

—Y convendreis, amigo Durand, en que, por mas que se diga, esa es una bella herencia, una herencia que habeis sabido aprovechar noblemente.

—Me vanaglorío de ello.

—Y con razon. Pero decidme qué debo esperar de vos. Os encargareis de mis fondos?

—Como gusteis, señor marqués, si las condiciones ordinarias de mi casa os convienen, es negocio concluido; porque el comercio no entiende de privilegios, y yo no podria hacer mas por el marqués de Berizy que por el mas oscuro de mis comitentes.

—Ni yo tampoco lo exijo. Podreis decirme cuáles son esas condiciones?

—Perdonad, señor marqués, tengo que recibir clientes que tienen mas prisa que vos, porque vienen á pedirme dinero en vez de traérmelo. Si teneis la bondad de pasar al despacho del gefe de contabilidad podeis entenderos con Mr. Sejan, seguro de que lo que él haga estará bien hecho

El marqués hizo una señal de asentimiento saludando á Mateo Durand, que tiró de la campanílla.

El ayuda de cámara apareció.

—Quién espera?

—Ese viejo que dice se llama Mr. Félix.

—En efecto, Mr. de Berizy, un anciano de cerca de ochenta años. Siento haberos entretenido tanto.

—Algun desgraciado que acude á mí, dijo el banquero dirigiéndose al marqués en tanto que escribia algunas palabras.

—Ya sé qué recibis á los desgraciados con una bondad que debe redundar en vuestro provecho.

—No todos son afortunados, señor marqués, y yo no he olvidado el punto de donde partí, dijo sentimentalmente Mateo Durand.

Luego entregó al criado el papel que habia escrito, y añadió:

—Conducid á este caballero al despacho de Mr. Sejan.

El marqués y el banquero se saludaron afectuosamente, y Mateo Durand volvió á quedar solo por algunos instantes.

—Ah! murmuró entre dientes! esos grandes señores necesitan al hombre salido de la nada; vienen á mi casa é irán viniendo todos.

—Nos anunciais ya el reverso de la medalla? preguntó el poeta.

—Ahora vá á empezar, dijo el Diablo: porque un momento despues se anunció á Mr. Félix.

Habia en el aspecto de aquel hombre esa solemnidad de la vejez tan avanzada como vigorosa. Su compostura era sencilla sin ser des-

cuidada. Mateo Durand le examinó de pies á cabeza con una mirada rápida, que el anciano sufrió sin desconcertarse; este último examinó á su vez al banquero con una atencion que solo podia escusar la autoridad que la edad le daba.

Mateo Durand se resintió tanto mas, cuanto que conoció que aquel hombre le imponia.

—Quién sois, y en qué puedo serviros? le preguntó sin mandarle tomar asiento.

—Esta carta os lo dirá, caballero, contestó Mr. Félix; y sin esperar la respuesta de Mateo Durand, tomó un sillon y se sentó.

El banquero halló la leccion un poco atrevida, y lanzó al anciano una mirada queriendo hacerle ver su impertinencia; pero aquella mirada se detuvo ante la mirada serena del anciano. Durand abrió la carta y la leyó; solo contenia las siguientes palabras escritas muy de prisa:

«Muy señor mio y amigo: Mr. Félix, dador de esta, es un antiguo comerciante que ha esperimentado grandes desgracias. He de estimaros que hagais por él lo posible.»

—Esta carta es de Mr. Dumont de Marsella, no es verdad? dijo Durand.

—Sí, señor.

—No dejaré marchar sin socorro á un hombre recomendado por Mr. Dumont, dijo desdeñosamente el banquero. Ved aqui cuanto puedo hacer por vos, añadió tomando del bufete un monton de plata y ofreciéndoselo al anciano.

—No basta eso, dijo Mr. Félix.

—Qué quiere decir ese tono? esclamó Durand.

—Tened la bondad de escucharme.

—Con mucho gusto, pero daos prisa porque reclaman mi atencion mis negocios.

—Trataré de ser breve. Pertenezco á una buena familia de comerciantes y mi padre me dió una educacion escelente.

—Beneficio es ese de que yo no he gozado.

—Vos? repuso el anciano frunciendo las cejas, y luego añadió: Es cierto, me lo han dicho. En ese punto, he sido mas dichoso que vos. Yo tenia veinte y cinco años cuando murió mi padre, quien me dejó un capital inmenso. Pero las especulaciones con la India y la China tan dichosas para mi padre fueron fatales para mí.

—Bien se conoce, caballero, que no habiais sido educado en la ruda escuela de la pobreza; solo se conoce el valor del dinero cuando se ha ganado á fuerza de trabajo.

—Sin duda teneis razon, caballero; en la época de la revolucion empezaron á claudicar mis negocios, y habiendo perdido ricos cargamentos con

motivo de la guerra con Inglaterra, me ví arruinado y obligado á hacer....

—Quiebra, dijo el banquero imterrumpiendo al anciano, que parecia vacilar al ir á pronunciar esta palabra.



—Hice quiebra, continuó animosamente Mr. Fèlix; huí de Francia con algunes recursos, y fuí condenado

—Cómo quebrado! dijo el banquero estremeciéndose. Luego se repuso y añadió: Pues bien, caballero, y qué es lo que yo puedo hacer?

—Vedlo aqui. Hace mas de treinta años que abandoné la Francia. Este tiempo le he empleado, no en rehabilitar el capital que habia perdido, sino en adquirir lo necesario para pagar á mis acreedores ó á sus herederos, á fin de rehabilitar mi nombre. Casi lo he conseguido: he dado cuanto he traido de los Estados-Unidos, nada me queda ya; pero me falta aun una suma de cincuenta mil francos.

—Y acaso venís á pedírmela? dijo el banquero.

—Vengo á pedírosla, caballero.

—Perdonad, amigo mio, pero en verdad no os comprendo. Quiero creer vuestra histeria y no trato de ofenderos, pero no puedo constituirme en tesorero de todos los quebrados de Francia.

—No olvideis que el que os pide el medio de recobrar su honor es un anciano.

—No soy yo quien os ha hecho perder el honor.

—No hay duda que cincuenta mil francos son una cantidad enorme; pero vos los habeis gastado alguna vez en la compra de un cuadro.

—Me creo con derecho á gastar mi dinero con arreglo á mi gusto, replicó brutalmente el banquero; porque el dinero que poseo lo he ganado sueldo á sueldo; no he sido un rico heredero: mi padre.....

—Vuestro padre! dijo el anciano con viva emocion.

—Mi padre no me dejó millones que disipar. Era un trabajador, un honrado menestral. Nací pobre, he vivido pobre, y por eso no me creo obligado á reparar las locuras y las imprudencias de los que han sido ricos y no han sabido seguir siéndolo.

—Si supiérais cuál es el sentimiento que me ha impulsado á tan fatal determinacion, tuvieras compasion de mí.

—Dirigíos á Mr. Dumont.

—Perdonad, dijo el anciano levantándose y con acento solemne; creí que me comprenderíais mejor que él.

Y despues de saludar al banquero se retiró.

—Vamos, dijo el Diablo interrumpiéndose, qué os parece el benéfico millonario?

—No dejaba de tener razon. Dar cincuenta mil francos al primero que llega no me parece muy razonable, dijo Luizzi.

—Yo conozco algunos menos ricos que dan doscientos cincuenta mil á un pícaro porque en ello está interesada su vanidad, replicó el Diablo.

Esto recordó al baron su necedad en el asunto de Enrique Donezau, y calló temiendo dar á Satanás tema para algunas pullas, pues no podria pedirle satisfaccion de ellas estando prohibido el duelo entre los sacerdotes y el Diablo (1).

(1) Añádase lo mucho que Soulié tiene que perdonarnos, una objeccion que á su observacion vamos á hacer: mal podia contener á Luizzi semejante prohibicion pues entonces el Diablo no era ya el cura de la aldea sino el conde de Cerny.

—Es indudable que no estais por los banqueros de la clase media, dijo el poeta; el retrato que habeis hecho del noble es una prueba de ello.

—Lo vais á ver, contestó Satanás; pero antes de presentar nuevos personages, dejadme concluir con Mateo Durand. Este, pues, paseó un rato por su despacho con muestras de mal humor despues de retirarse Mr. Felix; pasados algunos minutos, tiró con fuerza de la campanilla y dijo á su ayuda de cámara.

—Si ese caballero que acaba de salir de aqui vuelve alguna vez, no le dejeis pasar.

—Está bien, señor.

—Quién está ahí?

—Como una docena de personas que, segun dicen, vienen de parte de Mr. Daneau.

—Bien! muy bien! dijo el banquero, recobrando de pronto su buen humor; mandadlas pasar.

Primeramente entró un cerragero.

—Qué se os ofrece? le preguntó el banquero como si ignorase á qué venia el artesano.

—Pediros una sencilla esplicacion. Mr. Daneau nos ha dado bonos contra vuestra caja y letras á nuestro órden y cargo vuestro. Los bonos no han sido pagados y debemos temer que suceda lo mismo con las letras.

—Todo se pagará.

—Ah! con qué es cierto lo que nos ha dicho? Con qué Mr. Daneau tiene en vuestra casa un crédito de cuatrocientos mil francos?

—Si, señor.

—Señor, le habeis salvado.

—Si he obrabo así, no lo he hecho por él solo.... Sé cuales son sus compromisos con vos y otros muchos; quiero sostener cuanto me sea dado á un hombre de quien depende la subsistencia de tantas personas honradas y por consecuencia la de tantos jornaleros.

—Ah, señor Durand! cuán digno es ese comportamiento de vuestro corazon. Ningun banquero de Paris hubiera hecho otro tanto.

—Es que no es solamente el banquero quien lo hace; es el hombre que recuerda lo que ha sido, el hombre que, como todos vosotros, ha empezado por el trabajo; es el hombre del pueblo, en fin.

—Ah! ya sabemos que sois el verdadero amigo de los trabajadores y las gentes honradas.

—Hago por ellos lo que puedo y siento no poder hacer mas.

—Y qué podeis desear en vuestra posicion, señor Mateo Durand?

—Para mí, nada.... Pero he pensado algunas veces, que si los derechos del pueblo estuvieran mejor defendidos en la tribuna.....

—Yo soy elector, señor Durand; y si alguna vez aspirais....

—No he pensado en tal cosa..... Pero debeis estar de prisa. Voy á examinar vuestras libranzas para que se os paguen.

Y el cerragero se retiró gozoso. En seguida entraron los otros destagistas enviados por Mr. Daneau: diez, doce, quince; y diez, doce, quince veces se verificó la misma escena con muy ligeras variantes, hasta que apareció Mr. Sejan en el despacho de su principal.

—Cómo estamos Mr. Sejan? le dijo el banquero.

—Siempre lo mismo. Temo mucho que nos veamos apurados al fin de mes. No me atrevo á librar contra nuestros comitentes de provincias, porque son devueltas la mayor parte de las letras.

—Esas cantidades son de poca importancia.

—Es cierto, pero se multiplican hasta lo infinito. Diez, veinte, treinta mil francos de crédito abierto, son poca cosa; pero en el libro mayor resultan mas de seiscientos créditos de esa clase, que ascienden á mas de seis millones; casi doble cantidad nos debe el comercio al pormenor de París, y todo el reintegro consiste en papel cuyo valor me es sospechoso, porque hay un comercio de firmas terrible.

—Soy de vuestro parecer; pero basta mi firma para que el banco acepte todos nuestros libramientos. Asi es que por ahora no debemos tener cuidado; lo único que necesitamos es prudencia para no esponernos á una catástrofe é ir asegurando poco á poco el reintegro de las operaciones terminadas. Habeis visto á Mr. de Berizy?

—Sí.

—Y qué suma es la que desea colocar en nuestro poder?

—Dos millones; vengo á preguntaros cuál es el destino que pensais dar á esa cantidad.

—Emplearla en títulos del tres.

—Están á 82 francos 25 centésimos.

—Y bien?

—El menor acontecimiento puede producir baja. Tenemos mas de treinta millones, procedentes de depósitos, empleados en fondos públicos. Los treses pueden bajar al menor pánico de 4 á 5 francos. La espedicion á Argel puede tener mal éxito, las nuevas elecciones pueden ser malas.....

—Serán buenas, Sejan.

—En qué sentido?

—En tal sentido que obligaremos el poder á venir á nosotros.

—Y si no viene, si hay colisiones que conmuevan el crédito público?

—Esperaremos á que suban los fondos.

—Pero y si vuestros comitentes se alarman y os reclaman entonces todos sus fondos los unos empleados en comanditas sin número, y los otros en fondos públicos? Considerad únicamente que con una baja de diez francos—lo que pudiera suceder muy bien si estallara una revolucion—sola-

mente para reembolsar el capital empleado en treses tendríamos cerca de cuatro millones de pérdida.

El banquero escuchó á Sejan con una sonrisa de alta proteccion, y le respondió con aire de contento:

—Mi pobre Sejan! razonais como si os hallárais aun en casa de L..... ó en casa de O..... Pueden ocurrir todas las desgracias que decís; pero no la de dudar de la solvencia de la casa de Mateo Durand.

—Nadie dudará, señor; yo sé muy bien que es bastante rica para hacer frente á todas las catástrofes; pero puede perecer vuestro capital.

—Mi capital vale mas que el del rey de Francia, Sejan, esclamó el banquero con exaltacion; mi capital es mas sólido que el del rey, porque se apoya en la popularidad. La casa de Borbon puede caer, pero la de Mateo Durand quedará en pié.

Sejan levantó los ojos al cielo, y el banquero, despues de echar las firmas que iba á recoger el dependiente principal de su casa, mandó preparar su carruage y partió para el Estanque.

Ni Luizzi ni el poeta hicieron observacion alguna; en su vista, el Diablo continuó:

—El mismo dia que estas diversas escenas pasaban en casa del banquero Mateo Durand, se representaba otra comedia por personage bien diferente en la calle de Varennes del arrabal de S. German. El principal actor era el conde de Lozeraie. Era este hombre de mas de cincuenta años, alto, de rostro acicalado, de aire frio y desdeñoso, de frente descubierta, y hablaba apretando los labios, pero con tal cuidado que sabia tomar á la moda de la juventud lo que podia convenir á su edad sin dejarse llevar empero de sus ridiculeces. Hallábase en un gabinete ricamente decorado, donde abundaban los brocados, los dorados muebles, las curiosidades preciosas y las costosas porcelanas. Parecia dispuesto á salir, pues un ayuda de cámara acababa de darle el sombrero, los guantes y el latiguillo, anunciándole que estaba preparado el caballo.

En aquel instante abrió la puerta del gabinete un jóven de veinte y cuatro años, y saludó al conde de Lozeraie.

—Al fin habeis venido, Arturo.

—Me han dicho que me llamábais, padre mio, y me he apresurado á bajar.

—Pudiérais muy bien haberos dado mas prisa.

—Perdonad, padre mio, estaba concluyendo una carta para un amigo, para Mr.....

—Basta; yo no os pido cuenta de vuestras acciones; llevais un apellido y perteneceis á una clase que deben poneros al abrigo de toda relacion indigna de vos.

—Arturo bajó los ojos y no respondió. Su padre añadió:

—Os he llamado para rogaros que no os comprometais para mañana domingo.

—Quisiera haberlo sabido antes, padre mio, porque casi estoy comprometido ya.

—Basta que lo sepais hoy, dijo severamente el conde interrumpiendo á su hijo que guardó silencio; estais convidado para mañana á casa del marqués de Favieri que dá un baile en su quinta de Lorges y espero que acudireis á su invitacion.

—Iré, padre mio, iré con mucho gusto, respondió Arturo con humildad.

—Os agradezco esa obediencia, repuso Mr. de Lorezaie con menos severidad; pero tratad de no poner restricciones, os lo suplico; dejad si podeis ese aire triste y melancólico que os acompaña en todas partes. Mañana vereis á la señorita Flora de Favieri: es una jóven muy bella y su padre es inmensamente rico. Tratad de agradar á entrambos. Ya me comprendereis.

Al parecer Arturo escuchó primero á su padre con viva admiracion, y luego con una satisfaccion evidente. Sin embargo vaciló un momento en esplicarse los pensamientos que la primer frase de su padre habia hecho nacer en él; pero, como el conde le mirase con aire severo é interrogante, se decidió á hablar, y le dijo:

—Sin duda, padre mio, creo comprender que no repugnaríais una alianza con un hombre que ejerce la profesion de banquero, como el señor marqués de Favieri.

—Ese hombre es el representante de una de las familias mas nobles de Florencia, dijo con severidad Mr. de Lozeraie. El comercio que en Francia se ha mirado como degradacion de la nobleza, obtiene mas favor en Italia. Mr. de Favieri no se ha hecho banquero, ha permanecido siéndolo como sus antecesores. Hay gran diferencia entre él y los banqueros de nuestro pais que en su mayor parte son hombres salidos de la nada.

La alegria que aparecó en el rostro de Arturo se disipó de repente.

—Sin embargo, replicó el jóven con timidez, hay hombres muy honrados entre ellos.

—Supongo que debe seros eso muy indiferente. Qué teneis vos que ver con esa gente?

—Nada, padre mio, respondió Arturo visiblemente turbado.

El conde examinó á su hijo como si dudase de la verdad de aquella asercion, y repuso con dureza:

—Sois el vizconde de Lozeraie, no lo olvideis; si por casualidad os hubiera ocurrido el olvidarlo.....

—Padre mio, nunca..... yo nunca he hecho.....

—No trato de interrogaros; un noble confia en el honor de su hijo. Sin

embargo, acordaos de que debeis acompañarme mañana á casa de Mr. de Favieri.

El jóven iba á retirarse, y el conde se disponia á salir, cuando se anunció á Mr. de Poissy; Mr. de Lozeraie hizo seña á su hijo para que los dejara solos.

—Llegais á tiempo, dijo el conde á Mr. de Poissy: pensaba pasar por vuestra casa yendo á Saint-Cloud.

—Salí esta mañana, porque los negocios no se desempeñan por sí mismos.

—Y bien, qué tenemos?

—Se llevará á cabo la espedicion á Argel; es cosa decidida.

—Y qué os han dicho nuestros comitentes del ministerio de la guerra?

—No me atrevo á manifestároslo.

—Cómo! serán perdidos tantos sacrificios?

—No lo serán si aumentais la cantidad.

—Todavia! esclamó el conde con impaciencia. Yo creia que bastarian los cuatrocientos mil francos que se han dado.

—Hay tantos acreedores!

—Pero en fin, si me decido á hacer un nuevo sacrificio, puedo estar seguro de que serán mias las provisiones?

—No admite duda.

—Y qué piden?

—Es negocio que puede producir tres ó cuatro millones, contestó Mr. de Poissy.

—Ya lo sé; pero cuánto habrá que dar?

—Cien mil escudos todavia.

—Cien mil escudos! eso es exorbitante!

—Para ganar cuatro millones!

—Ah! repuso el conde de Lozeraie, qué tiempos los nuestros! En otros, el rey hubiera regalado esa empresa á uno de los señores de su córte; y eso hubiera bastado á su protegido. Pero en el dia no gobierna el rey, quien gobierna son por una parte las cámaras, asamblea de ergotistas y arañas, y por otra las oficinas cuevas enchidas por una raza de empleados salidos de detrás de todos los mostradores de Francia, donde aprendieron á vender hasta su honor.

—Dichoso el que tiene con que comprarle.

—Desdichado del que tiene que pagarle diez veces mas que valen.

—Sentís dar esa suma de cien mil escudos? preguntó el vizconde mirando atentamente á Mr. de Lozeraie.

—Yo! repuso este con altanería; estoy pronto á darla; pero no quiero que me engañen. Necesito garantias.

—Se pueden dar en esa clase de negocios? En ellos no hay mas que la buena fé.

—Ignorais que he adelantado ya mas de seiscientos mil francos?

—No lo ignoro; pero no sabeis que un sugeto de vuestro nombre desbancaria á todos en ese negocio? El ministro mismo tendrá que ponerse de vuestra parte.

—Lo creeis asi? dijo Mr. de Lozeraie con aire de resolucion. Pues bien: veremos. Voy á palacio; alli veré al ministro y tentaré el vado; os daré mañana la respuesta.

—Vendré á buscarla aqui?

—Debeis ser convidado á casa de Favieri; alli nos veremos.

—Está bien; pero qué debo contestar entre tanto?

—Que lo estoy pensando.

—Se han hecho ofertas mucho mayores que la vuestra y que pueden aceptarse de aqui á mañana.

—Pues yo no puedo dar esa suma sin pensarlo antes, sin tomar mis medidas.

—Bastará una promesa formal. La palabra de un hombre como vos es un empeño sagrado.

—Lo sé; contestó el conde con una sonrisa llena de vanidad..... por eso mismo no quiero darla con ligereza. Que se esperen.

—Basta, dijo Mr. de Poissy, yo lo arreglaré de modo que no se decida nada hasta pasado mañana.

—Confio en vos, pues estais tan interesado como yo en el negocio. Me voy á Saint-Cloud; con que adios.

Iba á salir el conde, cuando volvió á aparecer el criado y anunció á Mr. Félix de Marsella.

—No le conozco, contestó el conde. Quién es ese hombre?

—Un anciano de cerca de ochenta años; dice que trae una carta de recomendacion para el señor conde.....

—Ya! algun mendigo sin duda..... No estoy.

Y el conde de Lozeraie salió del despacho sin pensar en lo que acababa de decir; atravesó el salon y pasó á la antesala antes que el criado hubiese tenido tiempo de decir á Mr. Félix que el señor conde no estaba en casa. Al verle, el anciano se levantó, y acercándose á él respetuosamente, le dijo alargándole una carta:

—Tomad de parte del vizconde de Couchy, de Lion.

El conde se detuvo y tomó la carta sin contestar al saludo del anciano. Aquella carta estaba concebida asi:

«Mi querido conde: el dador de esta es un buen anciano que ha perdido su capital á causa de la revolucion. El os contará su historia y yo viviré muy agradecido si podeis hacer algo por él.»

El conde tiró la carta sobre una mesa, y dijo al criado que le habia seguido:

—Dad un par de Luises á este hombre, y mandad que acerquen el coche.

—Señor conde, dijo Mr. Félix colocándose entre él y la puerta; no vengo á pediros una limosna.

—Pues si no, qué quereis?

—Una restitucion.

—Una restitucion! No tengo deudas, y si las tuviera, no seria con personas de vuestra clase.

—No hablo de vuestras deudas personales para conmigo, dijo el anciano con altivez.

—Seria dificil que hablárais de ellas.

—Pero hablo de las de Mr. de Loré vuestro suegro. Antes de la emigracion le presté grandes sumas hallándose en el estrangero, y vengo á pediroslas.

—A mí?..... Yo no soy responsable de las deudas de Mr. de Loré concediendo que él os deba algo.

— Sin embargo, su hija que era mujer vuestra, le heredó.

—En ese caso, cuando mas pudiera corresponder á mi hijo satisfaceros puesto que ha heredado á su madre. Pero dónde teneis los documentos que lo acrediten?

—Cuando sepais las circunstancias en que favorecí á Mr. de Loré, os convencereis de la certeza de mi aserto, aunque no puedo decir que tengo documentos bastantes.

—Ya entiendo, dijo el conde con ira y desprecio á la vez, se trata de alguna historia basada sobre circunstancias que la casualidad os habrá hecho conocer.... Es ya tarde, caballero, conozco ya esa historia y os aconsejo que vayais con ella á otra parte.

—Y yo entiendo tambien, replicó el anciano con severidad, que Mr. de Lozeraie sabe mejor que nadie como se zurcen historias con circunstancias que ha hecho conocer la casualidad.

—Qué quiere decir ese miserable? esclamó el conde.

—Yo! nada, contestó con humildad el anciano; pero me habeis dicho que mi reclamacion atañe á vuestro hijo. Voy á dirigirme á él.

—Que se ponga á este hombre en la calle! dijo el conde con violencia.

—Considerad, contestó el anciano, que va en ello el honor del nombre de Mr. de Loré.

—Al nombre de Mr. de Loré ni al mio no alcanzan esas bajas intrigas.

—Quizá no piense del mismo modo vuestro hijo.

—Os prohibo verle; sé muy bien que los jóvenes se dejan seducir fácilmente, y os advierto que en cuanto hagais la menor tentativa haré que mudeis de propósito. Los tribunales saben castigar las tentativas de estafa.

—Tambien saben castigar la suposicion de títulos, dijo el anciano.

Estas palabras causaron al conde una verdadera estupefaccion, á la cual sucedió una violenta cólera. Pero el anciano Mr. Felix se habia ya retirado en el momento de estallar aquella cólera, y Mr. de Lozeraie se volvió á Mr. de Poissy y le dijo acalorado:

—Ved aquí á lo que nos vemos espuestos los que pertenecemos a la antigua nobleza. Esos intrigantes se apoderan de nuestro nombre para asustarnos amenazándonos con un escándalo.

—Y qué resultado pueden esperar?

—El de dar que reir á nuestra costa á esos liberalillos que buscan ocasion de calumniarnos y que atribuyen á la complacencia de los jueces la condena de esos miserables. Mientras no se pueda enterrar en un calabozo á esos pícaros de modo que no se los oiga hablar, seremos víctimas de las mas bajas intrigas. Esperemos, que su tiempo vendrá.

En seguida montó á caballo el conde Lozeraie y partió á galope.

—Vamos, qué os parece mi noble? dijo el Diablo.

—Me parece que es como otros muchos, respondió el poeta. El que lleva un ilustre apellido se embriaga con la vanidad. Pero el que escita mas mi curiosidad es el Mr. Felix. Debe ser el *barba* de vuestra historia. Quién es ese buen señor?

—Lo que yo no concibo, dijo el baron, es la relacion que puede haber entre Mateo Durand y Mr. de Lozeraie.

—Cada cosa vendrá su á tiempo, repuso el Diablo, y si quereis escucharme, vais á saberlo. Yo no hago dramas ni comedias, pero sé preparar los efectos, como decís los dramaturgos.

Y Satanás continuó:

El dia siguiente por la mañana, paseaba Mateo Durand por una de las calles del parque del Estanque leyendo y releyendo con mucha atencion el escrito que habia leido la víspera, y cuyas copias le habia llevado Leopoldo. Era cerca de medio dia y el banquero parecia esperar á alguien con impaciencia mirando atrás con frecuencia como para ver si se acercaba la persona á quien esperaba. Al fin vió á un hombre que apareció al principio de la calle, y cuya llegada pareció llenarle de contento. Aquel hombre era Mr. Daneau. Sin embargo, el banquero no corrió á su encuentro á pesar del placer que su llegada le causaba. Continuó su paseo como si no le hubiese visto, pero con paso bastante lento para que le alcanzára muy pronto, y comenzó de nuevo su lectura aparentando estar completamente absorto en ella.

Daneau se acercó y Mateo Durand le devolvió amigablemente el saludo con un movimiento de cabeza diciéndole:

—Soy con vos, perdonad; si no estais cansado vamos á pasear juntos un rato.

—Tendré mucha honra en ello.

El banquero guardó silencio y continuó su lectura mientras el empre-

sario iba á su lado. Durand se encogia de hombros de cuando en cuando siguiendo en su lectura, luego se sonreia, y despues en fin dejaba escapar algunas esclamacioncillas de benévola compasion, como esta por ejemplo:

—Pobre hombre!... está loco....

Por último pareció conmoverse por lo que leia y se dijo á si mismo:

—Se conoce que tiene buen corazon.... Debo perdonarle su exaltacion. En verdad, añadió volviéndose de pronto á Mr. Daneau, en verdad que se halla mas agradecimiento en los pobres que en el gran mundo.

—Lo creo, contestó Mr. Daneau.

—Ved aquí un escrito que al principio me pareció ridículo, pero que despues me ha conmovido, porque estoy seguro de que le ha dictado una buena intencion.

—Qué es? preguntó Mr. Daneau, puesto con tanta amabilidad en las confidencias del banquero.

—Un pobre hombre, respondió éste, á quien saqué de un apuro y que ha tenido la ocurrencia de mostrarme su agradecimiento solicitando en mi favor los votos de los electores de su distrito.

—Es cosa muy natural. Y ha puesto su idea en ejecucion?

—Felizmente, no; me ha mandado el borrador de la carta que pensaba escribir; vedla aquí:

—Y lo aprobais?

—Podeis juzgar por vos mismo si debo aprobarlo, contestó Mateo Durand dando el papel á Daneau.

Este le leyó con atencion en tanto que el banquero observaba con ansiedad mal disimulada el efecto que aquel escrito producia en el empresario. Al fin contestó Daneau:

—Pero esta carta no dice nada que no sea la verdad; este hombre, al presentaros como el banquero mas hábil y mas honrado de Francia y al enumerar todos los servicios que habeis hecho al comercio y la industria, no hace mas que decir lo que todo el mundo sabe.

—Acaso habré hecho algun bien; pero de eso, á lo que se supone, hay gran distancia.

—Os aseguro, dijo Mr. Daneau con el entusiasmo del hombre honrado, si yo hubiera escrito semejante carta hubiera dicho aun mucho mas.

—Basta eso, replicó el banquero sonriéndose.

—Y decidme, señor de Durand, pensais presentaros como candidato?

—Cómo candidato? Ciertamente no.

—Pero aceptareis, en fin, la candidatura que se os propone?....

—Eso es muy grave. ... La diputacion es carga muy pesada, sobre todo para un un hombre como yo. Considerad que si yo fuera diputado me creeria representante del pueblo, de la industria, del comercio, y tendria que

emplear un trabajo muy árduo para hacer prevalecer sus derechos que el poder se obstina en desconocer.

—Y esos derechos no podrian tener representante mas noble, y defensor mejor que vos.



—Os aseguro que yo los sostendria por afecto y por conviccion, porque pertenezco al pueblo, y siento vivamente las injurias incesantes que recibe.

—Pues bien, señor Durand, permitid que me una al elector que ha escrito esa carta...

—Es imposible, dijo el banquero; si me decidiera á una cosa como esa no querria que apareciese el nombre de ese elector. Es un escelente sugeto que ha sido mas imprudente que mal intencionado, pero que no goza en el comercio de un nombre tan puro como el vuestro, por ejemplo.

—El mio, señor Durand? A vos debo el conservarle honrado, y le estamparé si me lo permitís al pie de esa carta.

—Sí, dijo el banquero con aire indiferente, no dudo que vuestro nombre atraerá otros muchos.

—El vuestro seria quien los atrajera, señor Durand; y si presento esa carta á mis compañeros estoy seguro de que la firmarán todos sin vacilar.

—Verdad es que si una carta como esa estuviese firmada por un gran número de electores, me decidiria tal vez á aceptar..... porque eso me animaria....

—Yo os prometo doscientas firmas para pasado mañana! esclamó el empresario llevado de su deseo de mostrar su agradecimiento á Mr. Durand.

—Me parece dificil.

—Me permitís hacer la prueba?

—Será tal vez inútil vuestro trabajo.

—Es negocio mio, señor Durand, es negocio mio, dijo Daneau lleno de orgullo por la victoria que acababa de alcanzar sobre la modestia del banquero.

—Pues haced vuestro negocio, le contestó Mateo. Pero ya que os empeñais en ello, quiero que se sepa una cosa, y es que me dirijo al pueblo, que soy un hijo del pueblo, que de él es de quien quiero recibir mi mision, y que por él quiero desempeñarla.

—Bien, bien! ya vereis que el pueblo no es ingrato.

—Lo creo Daneau; ocultemos este papel, y no se vuelva á hablar hoy del particular. Aun no habeis visto la posesion del Estanque, voy á enseñároslo; vos debeis saber apreciar las construcciones de esta importancia, es tambien negocio vuestro.

Y por espacio de una hora pasearon el albañil y el banquero por un magnífico parque plantado de los árboles mas raros, sembrado de aguas de pié y de parterres admirablemente cuidados, hasta que llegaron á la régia morada del banquero, antiguo edificio que habia pertenecido á una de las familias mas distinguidas de Francia, y que conservaba aun los fosos y los puentes levadizos feudales, que solo se bajaban al paso del hombre del pueblo, de Mateo Durand.

—Y el dicho Mateo Durand, dijo el poeta, hacia firmar á Daneau con tanta destreza la obra del dicho Mateo Durand. Me gusta mucho ese rasgo.

—No es muy literario que digamos, replicó el Diablo: ordinariamente en

buena literatura, lo que se ha escrito se firma antes que darlo á firmar á los demas.

—Es una calumnia contra la literatura, caballero, dijo el poeta al Diablo.

—Del mismo modo que el retrato de Mateo Durand pasará por una calumnia contra los banqueros, replicó Satanás. Cuando se dá la voz de ladrones en la calle, no faltan pasageros que vuelvan la cara.

Luizzi tenia deseo de presenciar una discusion entre el Diablo y el poeta; pero calló este último y Satanás continuó.



XXVIX.

Un negocio.



LEGADA la noche, se hallaban en el baile de casa de Mr. de Favieri todas las personas de quienes os he hablado en este relato, y entre las lindísimas jóvenes que ocupaban aquellos salones se distinguia la señorita Delfina Durand que estaba sentada al lado de la señorita Flora de Favieri. Era esta alta, morena, séria y revestia de cierto aire glacial y altanero la espresion apasionada de su rostro; la otra era pequeña, rubia, graciosa y afectaba un desden que no pasaba de impertinente. La una podia hacer creer que solo se apoyaba en la fuerza de voluntad que en sí misma encerraba; la otra dejaba adivinar que solo debia su aire imperativo á la obediencia que habia reconcentrado siempre en torno suyo; Flora parecia dotada de un carácter debido á la naturaleza, y Delfina de un carácter debido á su posicion.

Por lo demas, y á pesar de la diferencia de sus caracteres, habian entablado la conversacion en un mismo tono. Primero habian hablado mútuamente de su elegante *toleitte*; en seguida habian discutido las modas mas en voga y habian decidido que la reina de las modistas era Alejandrina, de la calle de Richelieu. A esta ocupacion sucedió naturalmente la que se halla escrita en todo programa de baile ú otras diversiones por el estilo: aquellas señoritas se divirtieron en poner en ridículo á la mayor parte de las mujeres que estaban en el salon, y en reirse de los hombres que iban á hacer monadas delante de ellas. Mr. Favieri fué quien las interrumpió acercándose á su hija, á quien dijo con ese tono italiano cariñoso y burlon que tanto hace dudar del sentido de las palabras:

—Flora, vengo á presentaros por mí mismo á Arturo de Lozeraie, de quien os tengo ya hablado.

La señorita Favieri respondió al saludo de Arturo con una ligera inclinacion de cabeza y una imperceptible sonrisa; Arturo por su parte saludó á la señorita Delfina Durand con aire de franqueza, pero con reserva al mismo tiempo.

Delfina, dijo á Flora no bien se habia alejado el jóven:

—Tratais á Mr. Arturo de Lozeraie?

—Sí, respondió Flora con aire de burlona compasion.

—Ya! dijo Delfina.... y hace mucho tiempo que le conoceis?

—Esta es la primera vez que le veo.

—Y qué tal os parece?

—No sé, dijo Flora volviéndose á Delfina, no le he mirado.

—Yo he oido decir que es un jóven muy distinguido, muy notable, de una buena familia.

—Y muy bello, no es verdad? dijo Flora.

—Sí, respondió Delfina.

—Vamos, querida, veo que se os ha dicho lo mismo que á mí, sin duda lo mismo que á otras muchas. Mr. Arturo de Lozeraie tiene amigos que le anuncian de ese modo en todas las casas donde hay una rica heredera.

—Lo creeis asi? dijo Delfina con viveza.

—Asi me lo ha dicho mi padre.

—Y le trata vuestro padre en ese concepto?

—No creo tal cosa, respondió Flora desdeñosamente: un capital bastante despilfarrado; un gran título, cuyo orígen no está muy claro, no convienen al banquero Favieri, ni al marqués Favieri convienen tampoco.

—Pero, á pesar de todo eso, pudiera conveniros muy bien á vos Arturo.

—A mí? un jovencito que no es nada, que tiembla en presencia de su padre como un niño de doce años, que baja los ojos delante de una mujer como si todas tuviesen trazas de devorarle de amor?

—Os aseguro que se atreve á mirarlas, cuando son lindas, replicó Delfina con sequedad.

—Teneis razon, contestó la señorita de Favieri; porque en este momento os está contemplando en mudo éstasis.

—Os equivocais: á quien contempla es á vos.

—Vais á convenceros de que no es á mí, pues con vuestro permiso voy á dejaros para ir á dar algunas órdenes.

Flora se levantó y dejó sola á Delfina. En aquel instante se acercó Arturo y preguntó á la señorita de Durand si tenia á bien bailar con él. Delfina le respondió con sequedad y en voz baja:

—Venís demasiado tarde.

—Estais comprometida para toda la noche?

—Quiero decir que se ha marchado la señorita de Favieri.

—Vos sabeis muy bien que no vengo por ella.

—No tenemos necesidad de hablar juntos tanto tiempo.

—Me retiró si temeis que nos vean hablar.

—No lo temo por mí, dijo Delfina; temo que os riña vuestro papá.

—Todo esto habia sido dicho rápidamente y en voz baja, y estas pocas palabras bastan para demostraros que Delfina era una de esas niñas mimadas, soberbias y voluntariosas á quienes se han permitido todos los caprichos. Este diálogo prueba tambien que la señorita de Durand y Arturo se conocian ya, y que habia entre ellos un secretillo de jóvenes.

No bien oyó Arturo la última palabra de Delfina se armó de un valor sobrehumano y se sentó en el sillon que habia dejado la señorita de Favieri traspasando así las estrictas conveniencias que mas que nadie sabia y respetaba de ordinario. Delfina no pudo menos de sonreirse por el triunfo que acababa de conseguir, triunfo que sin embargo no bastó á calmarla. Algunas mujeres son tan aficionadas á reñir con el hombre á quien aman que se sirven para ello de cualquier pretesto, sobre todo cuando su amor solo es en realidad un sentimiento de vanidad tiránica.

—No por eso deja de ser la señorita de Durand una jóven encantadora, dijo el poeta interrumpiendo al Diablo.

—Es inmensamente rica y si encontrara un hombre que supiera dominarla, llegaría á ser la mujer mas dulce y mas hechicera del mundo, asintió el Diablo.

—Siempre ha sido mi opinion esa, dijo el poeta.

—Su padre debiera dársela á un hombre como él, distinguido sí, pero salido del pueblo.

—Cuidado que el señor ha dicho que piensa casarse con ella, dijo Luizzi.

—Yo soy tambien hombre del pueblo, caballeros, replicó el poeta levantándose.

—Y las personas del pueblo como vos y Mateo Durand, siempre son las

mismas, dijo el Diablo sonriéndose; pero si me permitís seguir mi relacion vereis que las cosas no son acaso tan fáciles como creeis.

—En efecto, Arturo, sentado al lado de Delfina, decia á esta:

—Con que no quereis bailar conmigo?

—No.

—Y baillareis con otros?

—Sí.

—Eso lo veremos.

—Eso lo vereis.

Leopoldo se acercó en aquel instante á la señorita de Durand; le preguntó si queria bailar con él y ella le contestó:

—Dispensadme, estoy comprometida con el vizconde Arturo de Lozeraie.

—Ah! esclamó éste en voz baja, sois un ángel.

—Os juro que no es por vos, por lo que no he aceptado el ofrecimiento de este caballero.

Embelesado Arturo, creyó esta respuesta efecto de un resto de despecho. Se engañó, era la espresion del pensamiento de Delfina. Si en vez de Leopoldo, el dependiente de su padre, se le hubiese acercado algun jóven de nombre ilustre, le hubiera hecho una buena acojida; pero su vanidad no resistió al deseo de hacer conocer al escribientillo que su pretension estaba muy fuera de lugar, y que él era una persona bien insignificante al lado del visconde de Lozeraie.

—Segun eso, baillareis conmigo? replicó Arturo.

—Ni con vos, ni con nadie. Dejadme, é íd á buscar á la señorita de Favieri.

—Os juro que no tengo ningun deseo de bailar con la señorita de Favieri.

—Puede ser, pero si lo quiere vuestro papá, tendreis que hacerlo.

Arturo, picado en lo vivo, se ealló, y ya iba á empezar la contradanza cuando notó que su padre le hacia señas. Fuese lo que fuese, dejó al momento su sitio, á pesar del despecho que le causaba el mostrar de aquel modo su obediencia, y se acercó al conde que le dijo secamente:

—Habeis invitado á bailar á la señorita Favieri?

—No estaba, y.... dijo Arturo ruborizándose.

—Quién es esa jóven con quien estábais hablando? Parece que la conoceis?

—Es la hija de Mateo Durand, ese banquero tan rico, tan....

—Pues bien, dijo el conde, yo sé que ese Mateo Durand, es una especie de artesano enriquecido.

—Dicen que es muy hombre de bien, muy probo....

—Quereis que sea un bribon? Qué diablos queriais que fuera á no ser hombre de bien? Sea lo que sea ahorrad atenciones con su hija.

Arturo no sabia qué responder; felizmente para él llegaron á hablar con su padre el marqués de Berizy y Mateo Durand. Mr. de Berizy dijo á Mr.

de Lozeraie que deseaba hablar con él, y este último iba á seguirle, cuando Delfina se acercó á Mateo Durand, y le dijo:

—Vamos á estar todavia mucho tiempo aqui?

—No ves, Delfina, que acaba de empezar el baile?

—No importa, dijo la niña mimada, estoy fastidiada, quiero irme.

—Cuando querais, contestó Mateo Durand; ó mas bien en cuanto yo hable un momento de negocios con estos señores.

—Dios mio! hasta en el baile habeis de tratar de negocios, papá! sois muy original.

—Mas original es, señorita, dijo Mr. de Berizy riéndose, que una jóven de vuestra edad y tan linda como vos se fastidie en el baile.

En el tono del marqués resaltaba tanto la espresion del hombre del gran mundo, que Delfina se vió lisonjeada por aquella paternal leccion.

—Dios mio! dijo, si me fastidio es porque no sé qué hacer.

—Pues ahora se vá á bailar, dijo el marqués, y ved ahí un jóven, añadió volviéndose hácia Arturo que permanecia cerca de ellos, ved ahí un jóven que estoy seguro tendria sumo gusto en distraeros.

—Me creeré muy dichoso! dijo Arturo con viveza.....

Pero le detuvo una mirada de su padre. Mateo Durand decia al mismo tiempo á su hija:

—Vamos, Delfina, baila siquiera una vez; no es mucho en todo el baile.

—Delfina tomó el aire de una pensionista, y respondió con tono de mojigata:

—Os obedeceré, papá.

Y en tanto que el conde se alejaba con Mr. de Borizy y Durand, se volvió á Arturo y le dijo:

—Ya veis que os imito siendo una hija obediente.

Mientras Arturo y Delfina iban á bailar juntos, contentos ambos por la circunstancia que los obligaba á ello, Delfina contra su capricho, Mr. de Lozeraie contra la voluntad de su padre, el marqués de Berizy y Mateo Durand se retiraban á una salita donde jugaban al whist silenciosamente en un rincon cuatro hombres. Los recien llegados fueron á sentarse lejos de ellos. Mr. Berizy fué el primero que tomó la palabra, y despues de haber presentado uno al otro al conde de Lozeraie y á Mateo Durand, les dijo:

—Dispensad, señores, que os moleste con un negocio en medio de un baile; pero es demasiado favorable la ocasion para que no me apresure á aprovecharla. He hablado ya á Mr. Durand de un monte que he vendido; el señor conde de Lozeraie que está presente, es el comprador. Con arreglo á la escritura, debe pagarme el total importe de la venta en el término de tres meses. El dinero debe entregárseme á mí mismo. ¿Os convendría señor conde hacer el pago á Mr. Mateo Durand que tiene la bondad de hacerse

cargo de mis fondos? ¿Y á vos, señor Durand, os conviene recibir esos fondos directamente de mano de Mr. Lozeraie?

—Si así lo quereis, yo por mi parte no tengo el menor inconveniente.

—Si acepto ese convenio, es por vos, señor de Berizy, repuso Durand con altaneria; hacedme el favor de creerlo.

—En verdad, dijo el conde con tono mas desdeñoso aun, en verdad que si yo no esperara complaceros, señor marqués, no me apartaria de las cláusulas de mi contrato.

—Y yo me atendria á nuestro convenio, dijo Mateo.

—Os doy gracias á ambos por vuestra estremada complacencia, dijo Mr. de Berizy sonriéndose; la aprovecharé. Me veo precisado á volver á provincia á donde me llaman algunos negocios, y me alegro que los de aquí se arreglen de este modo.

El conde y el banquero hicieron una señal de asentimiento.

—Mi notario redactará mañana el acta que asegure la validez del pago que hagais á un tercero y todo quedará en regla, dijo Mr. de Berizy dirigiéndose á Mr. Lozeraie.

—¿No tiene el señor conde de Lozeraie que hacer ninguna observacion ni tomar ninguna medida? preguntó el banquero.

—Pasará mi agente por vuestra casa, contestó Mr. de Lozeraie.

—Mi cajero le recibirá, dijo Mateo Durand, y recibirá el dinero si le lleva alguno.

Saludarónse los dos é iban á dejar el salon, cuando se notó movimiento entre los jugadores de whist que dejaron el juego. En aquel instante entraba Mr. de Favieri.

—Qué tal os ha tratado la suerte, Mr. Félix? preguntó á uno de los jugadores.

El conde y el banquero se volvieron de repente al oir el nombre del anciano que tan mal fué recibido por ellos el dia anterior. Los dos se estrañaron verle en casa de Mr. Favieri; pero su sorpresa fué mayor aun cuando le oyeron responder negligentemente al marqués:

—No muy bien: he perdido veinte y cuatro fichas en tres manos. Felizmente, añadió sacando una cartera y echando un paquete de billetes de banco sobre la mesa, solo jugamos á quinientos francos la ficha.

—Ola, ola! ese Mr. Félix es hombre templado, dijo el poeta; quién diablos es? Se parece estraordinariamente al desconocido de todas las comedias de Alejandro Duval..... Es personage del teatro francés.

—Y el conde de Lozeraie me parece á mí de bastante mal gusto, dijo Luizzi; sin embargo es bueno el título.

—A quien yo quisiera conocer, añadió el poeta, es á ese Mr. Félix. Pongo en vuestra noticia que ya estoy ideando mi héroe. Le estoy viendo des-

abrochar su chaleco esclamando: «Conoceis esta cicatriz?» Pero dejémonos de chanzas: quién es ese Mr. Félix? Me parece haberle visto en casa del marqués.

—Parece, dijo el Diablo riéndose, que el sistema de personages desconocidos escita vuestra curiosidad en el teatro tanto como en la sociedad. Durand y el conde de Lozeraie trataban de esplicarse quien podia ser aquel hombre que habia ido á sus casas como un pretendiente en la indigencia, y le volvían á ver en casa de uno de los mas ricos capitalistas de Europa, formando partido con los mas célebres jugadores y perdiendo con tanta indiferencia una suma tan considerable para todo el mundo. Mr. Félix, reparó á su vez en Mr de Lozeraie y Mr. Durand; pasó por delante de ellos con aire grave, y pronunció en voz baja, si bien de modo que se oyesen, las dos palabras siguientes, designando con la vista, primero al banquero y despues al conde:

—Orgullo y vanidad.

Ni Durand ni Mr. de Lozeraie eran hombres capaces de sufrir semejante injuria; pero el que se la dirigia tenia mas de ochenta años; ambos se acordaban del recibimiento que le habian hecho, de las palabras misteriosas y casi amenazadoras que habia pronunciado, y ambos, contenidos sin duda por un temor cuyo secreto ellos no mas poseian, le dejaron alejar sin contestarle. Se miraron únicamente y la sinceridad que cada uno de ellos adquirió cuando el otro oyera el insulto que se le dirigía, dobló en su corazon el ódio que parecia separarlos instintivamente.

Las esplicaciones que siguieron á aquel baile, no dejaron de dar nuevos motivos de ódio al gran señor y al banquero.

En efecto, habia habido una esplicacion entre Arturo y Delfina. El jóven amante tan torpe cuanto enamorado, se imajinaba dar una gran prueba de amor jurando á Delfina resistir á las injustas prevenciones de su padre. La jóven preguntó cuáles eran aquellas prevenciones, y Arturo tuvo la torpeza de decirlas.

Entonces, la rica heredera creyó que lo mejor era echar en cara á Mr de Lozeraie los desdenes de la señorita de Favieri poniéndolos á cargo de Mateo Durand, para que Mr. de Lozeraie no fuese impertinente impune.

Se concibe bastante bien que Delfina con el carácter que la habia dado la debilidad de su padre, pusiese en conocimiento de este las impertinencias de Mr. de Lozeraie; pero era precisa una circunstancia muy particular para que Arturo revelase á su padre las hablillas de que le habia dado noticia Delfina. Hé aquí lo que habia sucedido. Mr. Felix, habiéndose hecho presentar á Arturo durante el baile, llamó á parte al jóven y le dijo que deseaba tener una entrevista con él relativa á un asunto de interés en que pudiera verse comprometido el apellido de su madre. Arturo respondió que era tan celoso del honor del apellido de su madre, aun cuando no llevaba

aquel apellido, como del apellido de su padre que llevaba. Mr. Félix se mostró complacido al oir aquella respuesta; pero replicó con gravedad:

—Plegue á Dios que el que llevais valga para vos tanto como el que no llevais!

—Caballero! esclamó Arturo.

—Nos volveremos á ver, jóven, le dijo con dulzura el anciano, y entonces conocereis que tengo derecho á hablar asi.

Y de esto resultó que cuando Mr. de Lozerais, que habia notado la emocion de su hijo al tomar la mano de Delfina, creyó deber repetir á Arturo la órden de huir de aquella jóven, encontró una obediencia menos rápida y absoluta que de costumbre. Arturo creyó deber hacer presente á su padre que la alianza de la nobleza y el comercio no era cosa tan rara para que con tanto desden rechazara la idea de ella. El conde, irritado en vista de tal resistencia, procuró hacer ver á su hijo la bajeza de sus pensamientos, y terminó una hermosa perorata sobre el respeto que á su nombre debia, con las siguientes palabras:

—«Yo concibo que nobles de nuevo cuño, ó miembros de la antigua nobleza que han comprometido su nombre con indignas especulaciones, traten de enriquecerse ó restablecer sus bienes con semejantes alianzas; pero el que se llama Lozerais y el que tiene vuestros bienes, debe ser mas escrupuloso en ese punto. Sí, Arturo, á hombres como nosotros está reservado el cuidado de mantener esos rigorosos principios de honor y dignidad que devolverán muy pronto á la nobleza el esplendor y el puesto que en parte ha perdido.

—Pero padre mio, respondió Arturo, cómo es que nuestro apellido y nuestros bienes han sido esta noche objeto de comentarios tan enojosos?

No se necesitaba mas para que Mr. de Lozerais exigiese una relacion exacta de cuanto se habia dicho; y Arturo, abrumado de preguntas, se vió obligado á repetir á su padre las murmuraciones de Delfina Durand y las de Mr. Félix. Toda la cólera de Mr. de Lozerais, ó al menos toda la que dejaba ver, estalló contra Mr. Durand, y se previno á Arturo que nada de este mundo podria obligar al conde á consentir que se casase el heredero de su nombre con la hija de un patan enriquecido como Mr. Durand. Arturo debió creer que era irrevocable aquella decision, porque á la mañana siguiente recibió órden de su padre para pasar á Lóndres, y abandonó á Paris persuadido de que se habia querido separarle de Delfina, y sin suponer que quizá se habia tratado sobre todo de que no volviera á encontrarse com Mr. Félix.

Mateo Durand, tan débil por lo comun para con Delfina, se habia mostrado inexorable para con ella. En vano le habia dicho la jóven que moriria de desesperacion si no se casaba con Arturo; en vano habia tenido ataques de nervios, pues nada habia movido al banquero. Delfina habia despedido á sus dos doncellas, puesto de patitas en la calle á su maestro de dibujo, arro-

jado la música á las narices de su profesor de piano, devuelto tres gorros á Alejandrina, la mejor modista de Paris, desgarrado una docena de vestidos, roto una porcion de objetos: todas estas demostraciones de su profundo dolor habian hallado á Mateo Durand inexorable con respecto á Mr. de Lozeraie.

—Qué es lo que te agrada? Su título? preguntaba á su hija; si quieres yo te casaré con un marqués ó un conde.

—Quiero ser esposa de Arturo, respondia ella.

—Pero, reponia Mateo Durand el hijo del pueblo, ese Mr. de Lozeraie es un intrigante afortunado; debe ser hijo de algun macero de provincia que ha robado los títulos con que se condecora.

—Pues qué, padre mio, no sois vos hijo de un jornalero? Vos mismo se lo decís á cuantos quieren oirlo.

—Es muy diferente, Delfina, dijo el banquero con cólera mal disimulada; yo no he renegado de mi orígen; yo hago alarde de ello, lo tengo á mucha honra.

Delfina se hallaba muy lejos de comprender este cálculo del orgullo que inducia sin cesar á Mateo Durand á decir que él era hijo del pueblo, y á resentirse por esta cualidad desde el momento que otro se la echaba en cara; tampoco se detuvo mucho en la distincion establecida por su padre, é insistiendo en la espresion de su caprichosa voluntad, volvió á gritar que si no se casaba con Arturo iba á morir. Esto duró ocho dias, á cuyo tiempo supo que Arturo habia salido para Lóndres. Esta noticia la humilló sobremanera. Hacia ocho dias que se admiraba de no haber encontrado aun á Arturo escalando las tapias del jardin, seduciendo al jardinero, ó al menos á una de sus doncellas para llegar hasta ella, proponiendo robarla en silla de posta, y amenazando matarse á sus piés si ella no accedia á sus deseos. Como la ceguedad de su propia vanidad atribuia al amor todas las nécias demostraciones que habia hecho, no concebia que la pasion de un hombre no hubiese hecho todo aquello y aun mas, y sobre todo una pasion inspirada por ella. La partida de Arturo fué un cruel desengaño para la señorita Durand. No por eso se creyó Delfina menos capaz de inspirar la pasion mas romántica; pero juzgó á Arturo incapaz de sentirla.

La cólera y el despecho que con tal ocasion esperimentó hubiesen debido hacer cesar todos los estremos de un dolor que no existia; pero confesar á su padre que no pensaba ya en Arturo de Lozeraie, era confesar que ella era capaz de engañarse, y siguió repitiendo:

—Arturo, ó la muerte.

Y en su consecuencia no quiso ver á nadie, y se encerró en su habitacion ocupada solo en su dolor, lo cual la hizo dar una contestacion que creemos digna de ser consignada. Un dia que su padre la reconvenia con dulzura porque descuidaba la música, le respondió con acritud:

—Sé bastante piano para morir.

—Sin embargo, no hay duda que su comedia la hubiera costado muy cara si su padre hubiera accedido á sus deseos; pero al fin habia conocido que no conseguia su objeto; y entre tanto alcanzaba otra especie de triunfo que la agradaba mas aun que todos. Llenaba de pesadumbres á su padre y alarmaba toda la casa; se espiaban todas sus acciones, se velaba su sueño; se la seguia en los paseos, se temblaba al verla examinar un cuchillo ó ponerse á una ventana algo alta. Todo esto servia de distraccion al despecho de la señorita Delfina Durand que echaba de ver aquellos temores, y se divertia en escitarlos.

En tal estado se hallaban las cosas tres meses despues de la época en que comenzó esta historia, y Mateo Durand, verdaderamente alarmado con la obcecacion de Delfina, empezaba á ver debilitarse su antipatía á Mr. de Lozeraie en vista del dolor que causaba á su hija cuando ocurrió la escena siguiente:

— Hablais siempre, dijo el poeta, del ódio de Mr. de Lozeraie y Mateo Durand: yo creo que todo ódio debe tener un motivo.

—Un motivo! repitió el Diablo; se le supone al amor? Por qué se ha de buscar en el ódio? Se odia, porque se odia del mismo modo que se ama, porque se ama, y nada mas. Sin embargo, la antipatia del banquero y el conde no partia de uno de esos vivos instintos de disidencia que separan invenciblemente á ciertas naturalezas; yo creo que aquellos dos hombres se odiaban por algo sin esplicarse á pesar de todo este algo. Su odio tenia sus motivos; pero se debe buscarlos en relaciones anteriores de aquellos dos hombres; no procedian del bien ó del mal que podian haberse hecho el uno al otro. Nunca habia habido entre ellos rivalidad de amor, ni rivalidad política, dos orígenes fecundos de querellas, de crímenes, de necedades y de ruinas; y cuando se encontraron en casa de Mr. Favieri era la primera vez que se veian, aunque hacia tiempo que se conocian de nombre.

El ódio que se profesaban provenia únicamente de que habia en ellos un vicio semejante, aunque se produjera bajo distintas formas. Si es posible hacer comprender un sentimiento rencoroso por otro, invocaré uno cuya realidad no está probada, porque se encuentra con frecuencia en nuestra sociedad. El ódio que separaba á Mr. de Lozeraie y á Mateo Durand era el que existe entre dos mujeres de mala conducta, de las cuales una oculta sus estravios con hipocresia, y hasta los pies oculta con sus vestidos, en tanto que la otra alza sin rubor la frente, y deja ver las ligas á los transeuntes. La primera, creyendo ocultar mejor sus vicios condenando á aquellas que muestran los suyos en toda su desnudez, detesta á la franca bribona que la obliga incesantemente á despreciar sin rebozo la vida que ella lleva á escondidas, en tanto que la segunda no puede perdonar á la que

se oculta la poca consideracion que guarda, aunque ella no sea menos indigna de toda estimacion, y la odia porque obtiene mejor puesto en la sociedad. Colocad á una mujer honrada entre esas dos mujeres: las despreciará, sí, pero no las odiará; no tratará de perjudicarlas. Las dos mujeres livianas detestarán sin duda á la mujer honrada, pero no tanto como se detestan á sí mismas.

—Todo eso me parece cuando menos algo sutil, dijo el baron, y no esplica la posicion del conde y el banquero.

—Adelante, pues, contestó Satanás; ese mismo sentimiento rencoroso, modificado ya, se encuentra entre dos hombres el uno un bribon desvergonzado y el otro un bribon hipócrita. Por lo com un los acreedores ladrones son los que hacen quebrar á los deudores br ibones, porque los hombres de bien no llevan las cosas tan adelante. La querida del marido es la que pone en noticia de este que su mujer le pone los cuernos; una mujer honrada se callaria: el vício no tiene enemigo mas implacable que el vício. Haced sufrir además á este sentimiento una modificacion que es puramente esterior, denominad ridículo á lo que yo llamo vício y hallareis el mismo principio de ódio entre dos personas como Mateo Durand y Mr. de Lozeraie.

¡Dos hombres salidos de la nada! esclamó el poeta. ¿Con qué Mr. de Lozeraie era.....

—¿Qué? dijo el Diablo.

—¿Un hombre salido de la nada?

—Sí.

—¿Por eso sin duda le habreis pintado ridículo?

—Nó, le pinto así porque lo era lo mismo que Mateo, contestó el Diablo; por eso se detestan.

En efecto, uno y otro estaban desesperados por la oscuridad de su orígen; el uno trataba de imponérsele orgullosamente á la sociedad como las mujeres de costumbres corrompidas que pretenden imponerle sus vicios, y el otro le ocultaba con cuidado, deseoso como estaba de otra clase de consideraciou á que sabia no era acreedor, como hace la mujer hipócrita.

Mateo Durand era el hombre orgulloso que se cree con fuerzas para luchar solo con las preocupaciones sociales y vencerlas en provecho suyo; Mr. de Lozeraie era el hombre vanidoso que se somete á esas preocupaciones con la condicion de convertirlas en su provecho; Mateo Durand odiaba á Mr. de Lozeraie porque este ocupaba, merced á un engaño, la posicion á que ningun título tenia; Mr. de Lozeraie odiaba á Mateo Durand, porque el alarde que este hacia de su oscuro orígen, era una sátira cruel contra el esmero con que él trataba de ocultar el suyo; ambos detestaban á los verdaderos nobles pero los detestaban menos que se detestaban entre sí.

Por otra parte, se puede decir que aquellos dos hombres eran, el uno representante de ciertas ideas viejas, y el otro representante de ciertas ideas

nuevas. Mr. de Lozeraie era el hombre afortunado de todos los tiempos, el hombre que, conformándose con las ideas recibidas acerca de las ventajas de un alto nacimiento, hace todo lo posible para que se crea que posee esas ventajas. Mateo Durand era el hombre afortunado del dia, el hombre que, apoyándose en un principio absoluto de igualdad social y de valor individual, rechaza toda ilustracion de familia, toda consideracion hereditaria para hacer uso del *yo* como de una potencia que todo se lo debe á sí misma, y casi semejante á la de Dios: y si se ha de decir todo, creo que el anciano Mr. Félix habia pintado con exactitud estos dos caracteres, aplicando á Mateo Durand la palabra orgullo, y á Mr. de Lozeraie la palabra vanidad.

—Ese Mr. Félix debe ser algun noble amigo vuestro, dijo el poeta; debe ser un hombre de alta y antigua alcurnia..... porque hablais demasiado bien de él.

El Diablo continuó sin contestar:

—Ahora que creo haberos esplicado la posicion que aquellos dos hombres ocupaban respecto á ellos mismos y respecto á la sociedad, continúo mi relato, y voy á referiros las diversas escenas que pasaron entre ellos, y que fueron consecuencia de lo que ya os he dicho.

Luizzi, que conocia la manera de contar del Diablo, pensó que éste debia tener sus motivos para alargar tan indefinidamente su relato, y prestó oido para observar si en el poeta producia aquel relato el efecto predicho por Satanás, que continuó:

Corrian los primeros dias de julio de 1830. Mateo Durand volvia del Estanque, donde habia dejado á Delfina en tal estado de dolorosa desesperacion, que la niña mimada habia estado á punto de zurrar á su padre. Hallábase tambien sentado en el despacho donde le vimos al principio de este relato; pero no se echaba de ver en él ese aspecto de tranquila felicidad y de suprema satisfaccion de sí mismo, que radiaba en su rostro algunos meses antes. Hubiérase dicho que esperimentaba á la vez una felicidad mas activa y una vivísima inquietud; repentinamente se sucedian en él las espansiones del gozo y el abatimiento pensativo. Estas diversas emociones dependian de las diversas cosas en que pensaba. Cuando consideraba que acababa de ser nombrado diputado por tres colegios de distrito y un colegio de departamento, su cabeza se llenaba de orgullo y sus ojos se animaban con un brillo estraordinario; cuando examinaba los medios porque habia alcanzado aquel triunfo y convenia en que habia tenido que sacrificar la seguridad de sus negocios á su ambicion, un temor glacial le hacia palidecer. Mateo Durand padecia la fuerza de los grandes jugadores políticos, ya con sus trasportes ardientes que hacen delirar al enfermo y le prestan un vigor sobrenatural, ya con esos estremecimientos glaciales que le hacen temblar y le abaten cual si todas sus fuerzas se hubieran agotado.

Sin embargo, Mateo Durand solo en la soledad mostraba estos síntomas del estado enojoso en que se hallaba. Cuando tenia á alguien delante volvia á tomar su papel y le representaba con la admirable serenidad del autor á quien la costumbre da el gesto y la entonacion que reclama lo que resta aunque su pensamiento esté muy distante de ello.

Como se pasase aviso á Mateo Durand de que una porcion de personas esperaban en la antesala, pidió la lista de ellas, y cual fue su admiracion al encontrar entre treinta nombres bastante insignificantes, el nombre del señor conde de Lozeraie! Al lado de este nombre se hallaba el de Mr. Daneau. El banquero reflexionó un instante acerca de lo que debia hacer en presencia de Mr. de Lozeraie y concluyó por decir á su ayuda de cámara:

—Decid á Mr. de Lozeraie que me dispense, pues tengo destinada la mañana á los negocios y tendria tal vez que esperar demasiado, pero que si quiere volver mañana ó pasado mañana, me tendrá á sus órdenes. En cuanto á Mr. Daneau, decidle que se espere, porque necesito hablarle; mandad pasar luego á los demas.

El banquero, así que hubo dado esta órden, se levantó para recibir de pié á las personas que iban á verle con diferentes motivos abligándolas asi á abreviar su visita. Esta pequeña diferencia entre su modo de recibir en otro tiempo á las personas que iban á solitar de él, y á las cuales ofrecia asiento con tanta gracia, esta pequeña diferencia, repito, parecia demostrar que Mateo Durand pensaba ya que era perder tiempo el escuchar á los pretendientes á quienes algunos meses antes dedicaba algunas horas. Primeramente despachó á media docena de electores que iban á solicitar recomendaciones para las oficinas y que creyó deber negar en atencion á que antes de todo se habia comprometido á sostener los derechos del pueblo..... en la tribuna y no en las oficinas, ó sea en teoría, y no en práctica. Oh! la teoría es la cosa mas bella que ha inventado el Diablo para desorganizar el mundo. Dadme el filántropo mas amante de la humanidad y confiadle el poder por veinte y cuatro horas y hace de él el mónstruo mas abominable. Robespierre era un teórico que deseaba el bien de la Francia, y que como todos los teóricos, opinaba que el fin justifica los medios.

—Señor conde de Cerny, esclamó el poeta, vaya un epígrama carlista! Dais á Robespierre opiniones de jesuita.

—Tal vez sea esa mi intencion, contestó el Diablo en tanto que Luizzi le decia por lo bajo:

—Satanás, cuidado que olvidas tu papel.

—Fuese lo que fuese, continuó el Diablo, Mateo Durand recibió y despachó á los electores con la superioridad del hombre soberanamente fastidiado por tales visitas, diciendo que no queria contraer compromisos con el poder. La misma frase le sirvió para todos, y cada cual se retiró satisfecho

de la alta independencia del nuevo diputado; treinta minutos bastaron al banquero para despachar á sus electores.

Sin embargo, habiéndose presentado un antiguo proveedor del ejército imperial con una peticion dirigida á las cámaras, por la cual reclamaba cre-



Delfina.

ecidas sumas acusando al gobierno de haber desatendido títulos incontestables, señalando, segun él decia, fraudes evidentes, el banquero leyó de cabo á rabo la peticion, y dijo al proveedor

—Os prometo apoyar esta reclamacion con todas mis fuerzas; quiero y debo denunciar una espoliacion tan vergonzosa; vuestras raclamaciones han sido desoidas porque se refieren á una época cuya gloria y cuyos empeños repudia al gobierno actual; pero llegará el dia de la justicia, y gracias á mí y á mis amigos, obtendreis reparacion.

—Lo esperais asi, caballero? dijo el ex-proveedor.

—Es incontestable la mayoria de la oposicion; esa mayoria es omnipotente, caballero, y el gobierno se verá precisado á querer lo que nosotros queramos, aunque el gobierno permanezca en manos de hombres que abusan de una manera tan perversa y tan arbitraria de cuanto tiene visos de popular y nacional.

—Ah! caballero! esclamó el pretendiente, vos me devolveis la vida; porque no debo ocultaros que poseyendo esos títulos que tan valederos creí, me veo reducido á la última miseria, y es tal esta miseria, que si hubiera quien me prestase una pequeña cantidad sobre estos documentos que dejaria en depósito para ir tirando hasta el dia en que, gracias á vuestra elocuencia sean atendidas mis reclamaciones, me tendria por muy feliz y dichoso.

—Yo creo que no os será dificil hallar ese dinero, dijo Mateo Durand dirigiéndose á la puerta de su despacho como para mostrársela á su protegido con una soltura que anunciaba grandes disposiciones en el banquero para ser ministro.

—Si tal es vuestra opinion, dijo el proveedor siguiendo á su pesar al banquero, ¿no os sería posible, señor Durand?....

—¿A mí, caballero, replicó el diputado; es imposible. Mi casa se ha propuesto absolutamente no hacer esa clase de negocios, de modo que aunque yo quisiera no podria. Pero por lo demas me teneis enteramente de vuestra parte; y cuando sea presentada á la cámara vuestra peticion, podreis contar desde luego con lo que llamais mi elocuente intervencion.

Esto diciendo, el banquero abrió la puerta de su despacho y saludó al pretendiente con una política que queria decir: «Hacedme el obsequio de iros al diablo!»

Despues de aquel pretendiente se presentó otro que iba á someter á Mateo Durand un proyecto de reforma rentística que tendia nada menos que á suprimir la patente, el impuesto sobre bebidas, el de la sal, el monopolio del tabaco, y á cubrir el déficit que de estas supresiones resultaria en el tesoro rebajando á la mitad los sueldos de los empleados públicos. El banquero aprobó con entusiasmo el principio sin admitir la aplicacion radical de las ideas del reformador, y declaró que era ya tiempo de introducir en los gastos públicos un sistema de economia severa, y de hacer cesar esa impudente malversacion de los caudales del pueblo, que entonces seria posible llegar á la realizacion de las ideas del peticionario, ideas que en todo

caso le instaba á someter á la cámara para que esta se fuese acostumbrando á oir hablar de economías y reformas.

—Ese no es el Mateo Durand que yo conozco, el verdadero y franco patriota á quien admiran todos sus amigos, dijo el poeta.

—Es posible, contestó el Diablo; yo no pinto al que vos conoceis, y sí al que yo conozco.

—No os he visto nunca en su casa.

—Pues suelo estar en ella, dijo Satanás, y continuó:

—Mateo Durand, asi que hubo despedido á aquel gran economista con la misma ceremonia con que despidiera al ex-proveedor, mandó que pasara Mr Daneau; pero cual fué su cólera al saber que el empresario no habia querido esperar, aunque habia dicho que volveria! Por otra parte, se sorprendió aun mas cuando supo que el señor conde de Lozeraie habia dicho que iba á esperar á que Mateo Durand se desocupase de sus asuntos. Mr. de Lozeraie esperando en la antesala del banquero, inspiró á este tal orgullo, satisfecho que Durand olvidó por un momento la desatencion de Mr. Daneau, y mandó con voz imperiosa que pasasen los demas sugetos que esperaban en la antesala. Eran estos comerciantes, que fiados en la alta reputacion de beneficencia que Mateo Durand gozaba, acudian como antes hiciera Mr. Daneau á esplicar su enojosa posicion al banquero, y á solicitar el generoso apoyo que habia obtenido el empresario. Mateo Durand tenia una frase comun para los pretendientes comerciantes, asi como la tenia para los pretendientes políticos. Sus nuevas funciones de diputado, decia, absorvian todo su tiempo, y habia dejado completamente la direccion de su casa á Mr. Sejan, quien, añadia, haria cuanto fuese posible, y á cuyo despacho los enviaba con una amabilidad estraordinaria. El gefe de la contabilidad los recibia con ese gesto inmóvil del comerciante que al presentársele cualquiera solo parece desplegar los labios para decir: «Caballero, eso es enteramente imposible.» De lo cual resultaba que el banquero endosaba á Mr. Sejan su insensibilidad, y guardaba para sí su reputacion de benevolencia y generosidad.

Todas las personas habian sido despachadas, cuando se pasó aviso á Mateo Durand de que Mr. Daneau habia vuelto, y el banquero deseoso de apurar hasta la última gota el placer de obligar á hacer antesala al señor conde de Lozeraie, admitió á su presencia al empresario.

—Me habíais llamado? preguntó Mr. Daneau presentándose con aire risueño.

—Sí, caballero, contestó el banquero con sequedad; y hubiera querido veros antes en atencion á que es muy importante lo que tenemos que hablar.

—Vos teneis la culpa, señor Durand, dijo el empresario con tono amistoso.

Mateo Durand frunció las cejas.

—Vos teneis la culpa, continuó el empresario; ¿no me digísteis la primera vez que tuve el honor de veros que el tiempo es un capital que no conviene desperdiciar? He aprovechado el que me dejaban las numorosas visitas que teníais que recibir, para ir á algunos asuntos.

Una sonrisa desdeñosa apareció en los labios del banquero, que replicó á Mr. Daneau.

—El asunto de que tenemos que hablar era tal vez el mas importante de todos.

—Pues de qué se trata?

—Creo deberos decir que cesará el 15 de este mes el crédito que teníais abierto en mi casa.

—Me cerrais ese crédito! esclamó absorto el empresario.

—Y espero, continuó Durand, como si no hubiese notado la esclamacion del empresario; y espero que me reembolsareis en el término de un mes de los 400,000 francos que os llevo adelantados.

—En un mes! murmuró Daneau con nuevo asombro.

—Me parece que no os será difícil, dijo Mateo Durand. Os he facilitado conforme deseábais los fondos necesarios para la terminacion de vuestras casas, y ya están terminadas. Estamos en julio, es decir, en la época en que, segun nuestros cálculos deben hallarse en productos. Creo ha llegado el caso de completar vuestra operacion, de poner vuestras casas en venta, de saldar vuestras deudas y de realizar vuestros beneficios.

—Teneis razon, señor; pero si pongo en venta de una vez propiedades que valen tres millones, bajarán su valor lo bastante para esperimentar una pérdida que devorará no solamente todos mis beneficios sino tambien los desembolsos hechos en ellas.

—Eso no puede ser, señor Daneau, replicó el banquero con imperturbable flema. Habeis desembolsado 300,000 francos en el negocio; cuando acudísteis á mí habíais tomado 1.200,000 francos; lo que unido á 400,000 que yo os he prestado, constituye la suma de 1.900,000 francos. Hasta tres millones, evaluacion que vos mismo habíais dado á vuestras fincas, resulta una cantidad bastante crecida para que obtengais beneficios, aun cuando la venta no produzca precisamente tres millones.

—Verdad es; pero los 400,000 francos prestados por vos, han servido para atender á compromisos anteriores. Ya os lo he dicho: he tenido que hacer nuevos gastos, y aun ahora que las casas están concluidas me quedan por saldar deudas por mas de 200,000 francos.

—Pues bien, señor Daneau, todo hace 200,000 francos, y aun tendreis 900,000 de ganancias si vuestros cálculos han sido de todo punto exactos y leales.

—Han sido leales, señor, respondió el empresario con alguna viveza, y

serán exactos si me concedeis el tiempo necesario para llevar á cabo la venta de las casas.

El banquero abrió una carpeta, tomó un papel y leyó algunos trozos de él á Mr. Daneau.

—Ya lo veis, continuó, los términos del contrato son muy claros. Os he prestado 400,000 francos con hipoteca y á cuatro meses de plazo. Mañana espiran los cuatro meses, y me hallo en el caso de pedir un reembolso inmediato é íntegro. No lo hago, os concedo un mes de plazo, lo cual seria ir mas allá de lo que reclaman mis intereses, sino estuviera acostumbrado á sacrificarlos á los de los demas.

—Os aseguro, señor Durand, que me será imposible satisfaceros; dijo el empresario con tono suplicante.

—En ese caso, respondió el banquero, no estrañareis que tome inmediatamente las medidas necesarias para obtener el pago que tengo derecho á esperar de vos.

—Será posible! esclamó el empresario. Una espropiacion!

—Solo vos podeis prevenirla, pagándome inmediatamente.

—Pero no veis que eso es usar para conmigo un rigor.....

—Muchas gracias, dijo con amargura el banquero: felizmente estoy acostumbrado á la ingratitud. Todo el hombre que ha consagrado su vida al servicio de sus semejantes debe esperar ese pago. Cuando os abrí mi caja no use de rigor para con vos; pero ahora que os pido mi dinero obro con mucho rigor. Basta; yo sé lo que debo hacer.

—Señor, perdonad una palabra imprudente que me pesa ya en el fondo de mi alma, dijo Daneau. Pero os juro que me arruinais obligándome á pagaros de ese modo. Vos conoceis bastante los negocios para saber que solo se encuentran compradores no buscándolos. Es preciso dejarlos venir y puedo esperar la realizacion de una venta tan enorme. Ademas se me pedirán plazos y si no los obtengo para mí no podré concederlos; me será imposible la venta.

—Sustituid una hipoteca á la mia, consiente en ello.

—Pero no conoceis que eso es despreciar las fincas, pues es decir que no parecen suficientemente garantía á una casa como la vuestra? Todo el mundo creerá que cuando me exijís con tal premura el pago, es porque creeis espuestos vuestros fondos. Nadie esplicará de otro modo vuestro..... no me atrevo á decir vuestro rigor..... pero sí vuestra.....

El empresario no pudo dar con una palabra bastante fina y se detuvo de nuevo.

—Continuad, continuad, le dijo el banquero.

—Sí, señor Durand, continuó Daneau conmovido: nadie creerá que un hombre como vos, sosten del pobre, apoyo de la industria, y que habeis prodigado vuestro capital en socorro de las gentes honradas, sereis tan se-

vero para conmigo á no haberlo yo merecido por una falta de palabra, ó por una conducta poco leal. Y sin embargo, señor Durand, soy un hombre de bien; soy como vos, y vos mismo me lo habeis dicho, soy un hijo del pueblo que he ganado mi capital por medio del trabajo y la probidad; no puedo creeros capaz de hacerme perder no solo mi capital, sino tambien mi reputacion; no, sois incapaz de ello.

El banquero pareció conmoverse, y contestó:

—Creed que si no necesitara con urgencia esos fondos no seria tan riguroso para con vos. Pero cuando os los presté tenian ya su destino. Estoy comprometido y no puedo prescindir de ellos.

—En ese caso, señor, dijo Daneau desesperanzado, veré..... veré si puedo.....

Y se disponia á retirarse cuando le llamó el banquero:

—Oid, señor Daneau, no quiero que se diga nunca que he dejado de socorrer á un hombre de bien, y á un hombre salido del pueblo como yo.

El empresario se apresuró á volver con alegria, y esperó con ansiedad los palabras del banquero, que parecia bastante embarazado por lo que iba á decir. Al fin se decidió y añadió:

—Segun vuestros cálculos, teneis tomados sobre vuestras fincas 2.100,000 francos.

—Sí, señor.

—Vendedme las fincas en 2.200,000 francos y liquidais por completo.

—Pero, señor, contestó Danean disgustado, admirado de la proposicion del banquero, y olvidando que el mismo hombre que le proponia comprarle sus fincas en 2.200,000 francos acababa de decirle que necesitaba con urgencia su dinero; pero eso es arrebatarme todos los beneficios del negocio.

—Cómo! esclamó el banquero. Cuáles son vuestros desembolsos? Tres cientos mil francos que empleásteis hace un año en la compra de los terrenos, todo lo demas procede de préstamos tomados sucesivamente. Resultará que con 300,000 francos habreis realizado en un año un beneficio de 100,000 francos. Es un 33 por 100 de beneficio. Yo no conozco comercio que produzca tanto; y el alto comercio, contra el cual se chilla tanto, se halla muy lejos de obtener la cuarta parte de ese beneficio con capitales que compromete con frecuencia con mas ligereza que debiera.

—No digo lo contrario, señor, dijo Daneau; pero olvidais que en el negocio de que se trata he tenido que pagar los réditos del dinero tomado á préstamos, y que satisfacer los gastos de escrituras?

—Es cierto, contestó el banquero, pero yo os abonaré esos desembolsos.

—Entonces habré corrido el riesgo del negocio, y habré trabajado un año.....

—Para ganar cien mil francos; me parece una utilidad muy buena, sobre todo teniendo en consideracion lo que habeis sido.

—He sido lo que vos, replicó con altivez el empresario.

—Perdonad, dijo el banquero con enojo, no hablo del hombre, hablo del capital empleado. No he olvidado lo que he sido, sé que he sido quizá menos que vos.

—Pues bien, dijo Daneau por una de esas resoluciones que toma el herido que se cree en peligro y que tiende al cirujano la pierna ó el brazo para que lo corte; pues bien, dadme 2.400,000 francos, y es negocio concluido.

El banquero guardó en la carpeta la escritura de hipoteca y respondió con frialdad:

—He hecho cuanto estaba en mi mano por salvaros; siento hallaros tan poco razonable. Id con Dios; este negocio no me concierne ya. Avistaos con Mr. Sejan para la liquidacion de vuestra cuenta.

—Pero señor.....

—Dispensadme, pues hace dos horas que me está esperando el señor conde de Lozeraie; y en verdad que á pesar de mis deseos de consagrar todo el tiempo á los comerciantes é industriales como yo, seria ya grosería el hacer esperar mas á un personage dotado de tanta paciencia.

—Voy á ver á Mr. Sejan, dijo Daneau confundido.

El banquero le saludó, y mientras daba órden de que pasase Mr. de Lozeraie y entraba éste en el despacho, Mateo Durand escribió algunas líneas que cerró y dió á un criado, diciéndole:

—Corriendo á Mr. Sejan.

Hé aqui aquellas líneas:

«Manteneos firme en el negocio de Daneau, y obtendremos por dos millones doscientos mil francos unas fincas, que esperando ocasion favorable para venderlas, valdrán mas de 3.000,000.»

El banquero hizo una seña á Mr. de Lozeraie asi que se retiró el ayuda de cámara, y quedaron solos y en presencia uno de otro los dos hombres salidos de la nada.

—Es posible que Mateo Durand haya procedido asi? dijo el literato mirando al conde con bastante serenidad para que el baron notase que el Diablo empezaba á obtener la especie de atencion que deseaba.

—Sí.

—Estais seguro de ello?

—Os nombro las personas y os digo con exactitud las cantidades.

—Pero dónde diablos habeis sabido todo eso?

—Os lo diré asi que concluya.

—Sabeis que con semejantes secretos se podria hacer lo que se quisiera de un hombre como Mateo Durand? dijo el poeta.

—Os aseguro, contestó Satanás, que si me gustase su hija, no tardaria en ser mia, sobre todo con lo que me falta deciros.

Al oir esta última frase, Luizzi empezó á adivinar la intencion de Satanás, y prestó oido en tanto que este continuaba.

—Cuando Mr. de Lozeraie quedó solo con Mateo Durand, pareció hallarse muy embarazado por lo que iba á decir. A aquel embarazo se juntaba el resentimiento por la larga antesala que le habia obligado á hacer, y que conocia se habia prolongado todo lo posible por el banquero. Sin embargo, este resentimiento solo se mostró en el rostro del conde por la contraccion de sus labios, pues Mr. de Lozeraie ocultaba su cólera bajo un aspecto franco y político. Pero Mateo Durand se conocia demasiado á sí mismo para que ignorase qne habia herido en lo mas vivo al hombre orgulloso que tenia delante, y debia creer que era preciso al conde una necesidad bien imperiosa para que asi aceptase la especie de insulto que acababa de hacérsele. A consecuencia de esta reflexion, el banquero prometió hacer conocer á Mr. de Lozeraie que se habia burlado de él en casa de Mr. Favieri el dia que con tanto desden le tratara.

Mateo Durand se guardó muy bien de sacar al conde de su embarazo comenzando la conversacion por palabras de política que hubieran dado tiempo para reponerse á Mr. de Lozeraie. Le ofreció un sillon, se sentó en otro cerca de él y se inclinó un poco con ese aire que quiere decir: «Ya os escucho, pero todo sin pronunciar una palabra.» Mr de Lozeraie se decidió entonces á hablar, y queriendo sobreponerse á la humillante turbacion que le dominaba, hizo tan violento esfuerzo para aparentar calma, que entró de lleno en su enojosa impertinencia sin poder circunscribirse al justo medio de una política serena y firme á la vez.

—He sido perseverante, caballero, dijo con un tono de burla que procuraba hacer gracioso, pero que conservaba cierta acritud; he hecho vuestro gusto; acabo de reconocer la soberanía de las riquezas; espero no encontrar esa soberanía demasiado tiránica. Los omnipotentes se muestran por lo comun buenos príncipes para con los que hacen juramento formal de sumision.

Mateo Durand no quiso aceptar la conversacion en tono tan superficial, y contestó con fria gravedad:

—Tengo muy poco tiempo y muchos negocios, señor conde; esto debe disculparme de haberos hecho esperar tanto tiempo.

—Felizmente yo tengo muchísimo tiempo y muy pocos negocios, replicó el conde; esto debe esplicaros por qué he perdido tanto haciéndoos antesala.

Pues bien, señor conde, si quereis que no le perdamos los dos ahora, tened la bondad de decirme cuál es el asunto que os trae á mi casa.

Esta llamada al objeto verdadero de su visita, pareció detener de repen-

te el raudal de nécia vanidad de Mr. de Lozeraie. Volvió á su embarazo, y Mateo Durand pudo comprender mejor que hasta entonces habia comprendido, que estaban en sus manos los intereses mas graves de su enemigo. Sin embargo, el conde añadió despues de un instante de silencio:

—Debeis recordar, caballero, la proposicion que á ambos nos hizo el marqués de Berizy, en virtud de la cual consiente entregaros el importe del monte que acababa de comprarle.

—Me acuerdo perfectamente, contestó el banquero, y yo consentí en recibir el dinero á cuenta de Mr. de Berizy.

Mr. de Lozeraie se mordió los labios de despecho al oir la repiticion seca y fria de la palabra consentir. En efecto, se le habia escapado sin intencion de herir al conde; la costumbre habia sido superior á su resolucion de producirse con sencillez y urbanidad, y echó de ver que se las habia con un hombre dispuesto á no dejar pasar nada que tuviese el menor aspecto de superioridad. Este movimiento fue cruel, pero bastante rápido para que Mr. de Lozeraie continuase en seguida:

—Se os han entregado 1.200,000 francos á cuenta de los 2.000,000, que tuvísteis á bien comprometeros á recibir.

—Es cierto, y debeis completar el pago en todo el presente mes.

—Quisiera que me concediérais un plazo de algunos meses, para este último pago.

—¿Yo? respondió el banquero con aire de verdadera sorpresa; debo haceros observar que yo verdaderamente solo soy en este asunto cajero de Mr. de Berezy, qne es el único que puede concederos ese plazo.

—Ya esperaba yo esa observacion de vos, señor Durand y para contestaros necesito haceros ver cual es el acontecimiento que me impide atender á mis compromisos.

El banquero se inclinó y Mr. de Lorezaie continuó:

—Cuando hice la compra en cuestion, esperaba tener las provisiones de la espedicion á Argel.

—Os comprendo, caballero, contestó desdeñosamente el banquero; y contábais con los beneficios enormes de una especulacion tan honrosa para completar las sumas necesarias al pago de vuestra adquisicion?

—No señor, dijo Mr. de Lozeraie; el valor de la adquisicion estaba completo entonces; pero fuí arrastrado á los riesgos de lo que vos llamais especulacion por un intrigante que, so pretesto de comprar las personas que debian hacerme con las provisiones, me ha estafado una cantidad enorme.

Al oir esta revelacion, Mateo Durand no pudo menos de contener un vivo movimiento de alegria, y respondió á Mr. de Lozeraie:

—Podeis esponer esas razones á Mr. de Berizy que las comprenderá perfectamente.

—Las comprenderá mucho menos que vos, dijo en seguida Mr. de Lo-

zeraie; el marqués es un hidalgo rancio de provincia, que siempre ha permanecido estraño á los negocios, asi como vos sabeis muy bien como se hacen.....

—Ignoro completamente los negocios del género de los que decis, repuso el banquero. Nosotros, hombres salidos de la nada, solo conocemos los negocios..... legales.

No puedo asegurar si la vacilacion de Mateo Durand al pronunciar la palabra *legales* en lugar de la palabra *leales* que era la que primeramente le habia ocurrido, provenia de un resto de urbanidad que le vedaba dirigir desembozadamente semejante insulto á Mr. de Lozeraie, ó del recuerdo de la escena que tuviera lugar entre él y Mr. Daneau, en la cual habia hecho en su provecho un uso tan poco leal de la legalidad. Mr. de Lozeraie, fuese como fuese, echó de ver aquella vacilacion y adivinó la palabra no pronunciada por la que lo habia sido. Sin embargo, se guardó muy bien de demostrarlo, y, recobrando su altaneria, añadió con maravillosa inconsecuencia:

—Es verdad que el negocio no era completamente legal, y por consecuencia hubiera sido muy singular confiarle á uno de los que hacen las leyes, á un miembro de la cámara alta, á un par de Francia.

—Y creeis que se pueda confiar á un diputado? repuso con gravedad Mateo Durand, á un miembro de la cámara baja? añadió amargamente.

El conde echó de ver entonces su torpeza, y creyendo hacerla olvidar por medio de un tono de buena fé afectado, dijo:

—Vamos, señor Durand, no representemos entre nosotros una comedia inútil; vos sabeis tambien como yo como se manejan estas cosas, pues sois hombre de mundo.

—Soy hombre del pueblo, señor conde, replicó el banquero con su insolente humildad.

—Pues bien, dijo el conde, á quien sus propias palabras parecian desollarse el paladar, todos somos del pueblo, de un poco mas lejos ó de un poco mas cerca, un poco mas alto ó un poco mas bajo. Sobre todo seamos de la época en que vivimos, y no prestemos una solemnidad inútil á las cosas comunes de la vida. En resúmen, me hareis, sí ó no, el favor que vengo á pediros?

—Y, en realidad, en qué consistirá ese favor?

—En dar por cancelada mi cuenta con Mr. de Berizy, tomando á la vuestra los 800,000 francos que me faltan de pagar. Os daré todas las garantías que querais, os hipotecaré el monte de cuya compra procede el débito... En rigor solo os pido un préstamo hipotecario de algunos meses.

—De algunos meses nada mas? dijo el banquero, que reservando su intencion de rehusar, estaba lleno de satisfaccion por saber el estado de los asuntos de Mr. de Lozeraie. Estais seguro de poder pagarme en ese plazo?

—Segurísimo, pues caso á mi hijo.

Esta noticia esclareció como un relámpago en el espíritu de Mateo Durand el recuerdo de las primeras impertinencias de Mr. de Lozeraie, á quien respondió sonriéndose:

—Ya! con qué casais á vuestro hijo? Y sin duda contraeis alianza con alguna familia de la alta nobleza?

—No, no, Arturo se casa con la hija de un comerciante.

—Ah! con la hija de un comerciante?

—De un comerciante inglés, de un hombre considerable de la Cité; ya sabeis que tales alianzas son muy comunes en Inglaterra, y ademas allí la clase media no es como la nuestra, sin familia, sin antecedentes; en Inglaterra existe una clase que pudiera llamarse nobleza de la clase media.

—Querreis decir clase media noble.

—Eso mismo, señor Durand; pienso hipotecar el dote de mi nuera sobre una de mis propiedades y empleándolo en el completo del pago del monte de Mr. de Berizy, llenaré las cláusulas de la escritura, y quedaré al corriente con vos.

Mateo Durand no contestó; el conde de Lozeraie esperó un instante, y luego dijo:

—Ahora bien: qué os parece mi proposicion?

Mateo Durand se levantó de pronto, y respondió dando á su voz y á su fisonomía toda la altaneria posible:

—Me parece, caballero, que esa proposicion debiera haber sido dirigida al señor marqués de Berizy, porque es muy fácil entenderse entre nobles de un rango que debe suponerse igual. Y si acaso el noble cortesano teme confiar ciertas cosas al noble campesino, en atencion á la enorme diferencia..... de ideas que entre ellos existe, pienso que la proposicion hubiera debido dirigirse mas bien al comerciante inglés que al banquero francés, al hombre de la clase media noble, que al hombre de la clase media del pueblo. Esto es lo que me parece.

Mr. de Lozeraie palideció al oir estas palabras; un relámpago de ódio centelleó en sus ojos, pero se contuvo, y repuso saludando con desdeñosa insolencia:

—Vos sois Mateo Durand, y yo soy el conde de Lozeraie, la distancia que nos separa me impide ver un insulto en lo que acabais de decirme.

—Soy capaz de daros un anteojo de larga vista para que podais verlo, repuso el banquero.

—Con tal que ese anteojo sea tan largo como una espada, me bastará, dijo el conde.

—Lo será si asi os conviene, contestó Mateo Durand.

—Basta! dijo Mr. de Lozeraie, y se retiró en seguida.

A la mañana siguiente, pasaron á casa del banquero de parte del conde

Mr. de Favieri y Mr. de Berizy, y trataron de mediar entre aquellos dos hombres, á quienes su edad y su posicion vedaban comprometer con tanta ligereza su vida; pero, durante dos ó tres dias que emplearon en negociaciones, hallaron á uno y á otro inexorables. Entonces, admirados de tal



persistencia, dijeron que no podian servir de padrinos en un duelo cuya verdadera causa ignoraban. A quien primero se hizo esta objecion fué al banquero, que manifestó no poder revelar la causa cuyo secreto pertenecia á Mr. de Lozerale.

Este, á quien se repitió la objecion y la respuesta, se decidió á confesar á Mr. de Berizy y á Mr. de Favieri el motivo de su visita á Mateo Durand y el giro que las cosas habian tomado; apresuróse al mismo tiempo á decir que Mateo Durand se habia conducido como hombre honrado guardando tan fielmente su secreto; y, por su parte, el banquero no pudo menos de aprobar la conducta de Mr. de Lozeraie que habia sacrificado su vanidad al deseo de allanar los obstáculos que se oponian al duelo.

—Y se batieron? preguntó el poeta: ¿Se bate el comercio?

—Al menos entonces no, contestó el Diablo.

Una vez los dos adversarios en semejante posicion, fué fácil hacerlos confesar que no habia motivos fundados para que se batiesen. Obedeciendo, en efecto, uno y otro mas bien á un sentimiento personal de ódio instintivo que á una comun susceptibilidad de punto de honor, y una vez conocidas las circunstancias de su querella, sin duda temieron mostrar el secreto de su animosidad, y se declararon mútuamente satisfechos.

Por lo demas, este asunto fué muy feliz para Mr. de Lozeraie, atendido á que Mr. de Berizy le propuso la anulacion de la escritura de venta, pues habia encontrado un nuevo comprador del monte, y este nuevo comprador era el anciano Mr. Félix de Marsella, que habia cooperado con Mr. de Berizy y con una rara oficiosidad á impedir el duelo de Durand y de Mr. de Lozeraie.

—Todavia andamos con Mr. Felix! dijo el poeta. Vamos, indudablemente es algun héroe de Mr. Scribe, uno de esos hombres templados que tienen siempre un millon ó dos en el bolsillo del pantalon.

—Pche! dijo el Diablo; esas creaciones no carecen de cierto talento superior. Los antiguos tenian su *Dios* para desenlazar sus dramas: *et Deus intersit*! como dice Horacio. Mr. Scribe ha inventado el millon para llegar al mismo fin; y si yo poseyera alguna fé, cualquiera que fuese, preferiria, lo mismo en literatura que en lo demas, el DIOS MILLON al dios *Júpiter* ó *Apolo*.

El Diablo continuó, despues de dar esta respuesta al poeta:

—Mr. de Lozeraie, despues de aceptar la proposicion de Mr. de Berizy, se encontró sin embargo con 1.200,000 francos, en casa de Mateo Durand, quien se apresuró á ofrecerle la devolucion asi que tuvo noticia del nuevo convenio. Mr. de Lozeraie creyó cumplia á su dignidad rogar al banquero que los conservase en su poder, pues no queria dar á su adversario una prueba de desconfianza, mucho mas no teniendo nada que temer del brillante estado de la casa de Duraad.

Por otra parte, Daneau consintió en la venta que le propusiera Mateo Durand, y este ocupó el puesto del empresario para con los acreedores hipotecarios, y se halló por consecuencia deudor de 1.200,000 francos para con ellos, y de 600,000 francos para con Daneau, cuya suma con los 400,000

francos que habia adelantado formaba la de 2.200,000 francos, valor de las fincas.

Asi las cosas, ocurrió la revolucion de Julio.

—Gran revolucion! esclamó el poeta.

—Yo me alabo de ello! dijo el Diablo.

—Que ha lanzado á la Francia en la senda del progreso social.

—Y que ha derogado la ley del divorcio.

—Y que ha desbancado á la aristocracia.

—Y que ha creado los oficiales de la guardia nacional.

—Y que ha moralizado al pueblo.

—E instituido el baile Musard.

—Ya veo, señor de Cerny, que no es de vuestra devocion, dijo el poeta.

—Por qué? Por qué no ha hecho nada bueno? Yo nada bueno esperaba. Yo no soy como Mateo Durand que esperaba de ella grandes cosas, y solo encontró su ruina.

—Cómo su ruina?

—Como que sí. Escuchad.

Si os he esplicado con claridad al principio de mi narracion, con el ejemplo del empleo de los fondos de Mr. de Berizy sobre rentas del Estado á fin de realizar alguna buena operacion; si os he esplicado suficientemente, ripito, la posicion del banquero para con sus numerosos clientes, debeis conocer que las pérdidas enormes que hubo de sufrir cuando obligado á devolver de repente todos los depósitos en metálico que se le habian confiado, se vió precisado á realizar al 87 los títulos del 5 por 100 que habia comprado al 110 y al 62 los del 3 que hadia comprado al 82.

Era precisa la inmensa perturbacion producida por la revolucion de julio en los negocios comerciales para originar tal baja en los fondos públicos y conmover el capital de los que los poseian como garantía de sus propias deudas. Además, aquella baja se hizo estensiva á todos los valores y particularmente al de las fincas sitas en París que en aquella época se vió rápidamente despoblado. Resultó tambien que el negocio hecho con Daneau, negocio que hubiera sido tan ventajoso en cualquiera otra época, originó pérdidas á Mateo Dnrand cuando este se vió obligado á realizar la venta de las fincas para satisfacer á los capitalistas que le pedian sus fondos, pues apenas le valieron 800,000 francos las propiedades que habia comprado en 2.000,000 y que vendidas como él esperaba hubieran valido 3.000,000.

Es verdad que dos negocios de tan poca importancia como el de Mr. de Berizy y el de Daneau, no bastaban á arruinar una casa como la de Mateo Durand; pero al esplicaros los fatales resultados de estos dos negocios, he querido haceros conocer cuál debió ser el de otros que se hallaban basados en las mismas previsiones y que fueron echados á perder por el mismo

acontecimiento. Lo cierto es, que dos meses despues de la revolucion, el banquero Mateo Durand queriendo satisfacer al contado las exijencias de sus acreedores, se halló casi arruinado y dueño apenas de lo que aun debia en créditos líquidos, pero cuyo pago no se podia exijir inmediatamente.

—¡Arruinado! esclamó el poeta; pero nunca ha dado bailes tan brillantes como los que entonces dió.

—Vos sabeis muy bien que los antiguos engalanaban las víctimas antes de inmolarlas, dijo el Diablo. El alto comercio es aun mas poético: se corona de rosas para daclararse en quiebra.

Sin embargo, Mateo Durand no se halló en tal caso pues se veia en presencia de tres acreedores únicamente cuyos créditos eran de alguna importancia. El mas cansiderable era Mr. de Berizy que, como hemos dicho, le habia confiado los fondos de la nueva venta hecha á Mr. Félix; el menor de los tres era Mr. de Daneau que habia dejado en poder del banquero los 600,000 que quedaban á su favor en la venta de las casas; el tercero era Mr. de Lozeraie que habia salido para Inglaterra algunos dias antes de la revolucion de julio á fin de terminar el casamiento de su hijo. Pero el hijo del conde de Lozeraie gentil-hombre de cámara y con esperanzas de grandes adelantos bajo el reinado de Cárlos X, no pareció ya un partido conveniente al comerciante de la Cité bajo el reinado de Luis Felipe y Mr. de Lozeraie se vió precisado á volver á Francia al cabo de dos meses sin haber podido ver realizadas sus brillantes esperanzas pecuniarias.

Tal era la posicion que ocupaban en 1.° de setiembre de 1830 los diversos personages de esta historia.

Aquel dia, para volver á nuestro punto de partida, se hallaba tambien en su despacho Mateo Durand; pero no se notaban en él ni la estrema felicidad del primer dia que le vimos, ni la inquieta alegría del segundo; su actitud era triste, aunque todavia altanera, altanera aunque decidida: era el hombre que ni aun se queja de su desgracia por mas que conozca toda su estension. Aquel dia se hallaban reunidos en el despacho del banquero los mismos hombres que ya hemos visto en él; el primero era Daneau, el segundo el marqués de Berizy, el verdadero hombre del pueblo y el verdadero gran señor. El banquero leia atentamente como la primera vez, un papel que al parecer le preocupaba vivamente. Era tanta aquella preocupacion, que Mr. Daneau y Mr. de Berizy se hallaban delante del banquero y sin embargo éste no podia separar la vista de aquel escrito que parecia causarle un vivo dolor.

—¿Qué es eso? preguntó el marqués, ¿alguna mala noticia?

Mateo Durand se repuso inmediatamente y respondió procurando en vano dominar la turbacion de su voz.

—No, es una sátira. una maligna sátira contra mí.

—¿Y eso os afecta de ese modo? dijo Mr. Daneau.

—La mano que la ha escrito me hiere aun mas que los golpes que me descarga. Es de un niño, de un jóven á quien he educado, del jóven Leopoldo Baron que se ha prevalido de la educacion que me debe, de los secretos de que se ha hecho dueño, gracias á la intimidad con que yo le he tratado, para verter sobre mí la calumnia y el ridículo.

—¿Quién? esclamó Daneau: ¿ese Leopoldillo que antes solo hablaba de vos para llamaros su padre, su salvador?

—El mismo, contestó Mateo.

—Pues bien: hoy puedo deciros, continuó Daneau, que semejante exaltacion nunca me gustó: se conoce que era un pérfido adulador.

—Y todo adulador se convierte en detractor, dijo el marqués; es regla fija: con que no debeis estrañarlo.

—Moral un poco vieja, replicó el literato.

—Moral muy jóven, dijo el Diablo; esa moral es eterna, y lo que es eterno es siempre jóven, continuó:

—Dejemos esto repuso el banquero. Adivino, señores, el objeto de vuestra visita: venís sin duda á reclamar los fondos...

El marqués y si empresario interrumpieron á un mismo tiempo á Mateo Durand y empezaron á hablar juntos; pero callaron ambos cediendo, segun decian, la palabra.

—Hablad, dijo el marqués.

—Despues de vos, contestó el empresario; y si teneis que decir alguna cosa que yo no deba oir, os cedo el puesto.

—No, no os retireis, dijo Mateo Durand; creo que las esplicaciones que tengo que dar al uno pueden servir al otro.

—Como gusteis, contestó Mr. de Berizy; hablaré delante del señor, porque, sino estoy equivocado nos trae el mismo motivo.

—Lo creo, dijo con amargura el banquero.

—Señor Durand, continuó el marqués, sois un hombre de bien; me debeis dos millones y vengo á rogaros que los conserveis en vuestro poder.

—¡Es posible! esclamó el banquero.

—Será arruinaros el exijiros un reembolso inmediato; no quiero hacerme cómplice de un pánico que ha causado ya tantos desastres. Sois mi enemigo político, pero este es negocio de probidad y yo creo en la vuestra; os dejo mis fondos y solo os los reclamaré el dia que creais os son enteramente inútiles.

No podemos decir cual fué mayor, si la satisfaccion del banquero al ver la confianza que inspiraba como hombre de bien, ó su humillacion al recibir un favor de uno de aquellos grandes señores á quienes durante tanto tiempo habia deseado aplastar bajo el peso de sus riquezas. Sin embargo, le dominó un buen sentimiento despues de vacilar un instante y tendió la mano al marqués diciéndole:

—Es doy las gracias y acepto, señor marqués.

—¡Ved ahí la moral de vuestra comedia! esclamó el literato. ¡Viva el noble! ¿No es eso, señor de Cerny?

—No, señor, contesto Satanás; pues añado que en aquel instante se adelantó Daneau con cortedad y dijo con una gran turbacion.

—No me debeis mas que 600,000 francos; pero si de algo pueden serviros, no he olvidado que os debí mi salvacion y aunque la cantidad es corta...

—Una lágrima asomó á los párpados del banquero, que esclamó:

—¡Ah! ¡ved ahí el mayor consuelo que pudiera esperar! Gracias, señor Daneau, gracias, pero no acepto vuestra oferta: es lo único que poseeis y necesitais vuestro capital para trabajar.

—El 5 por 100 de réditos me bastará; me encuentro bastante rico: no lo rehuseis porque sería humillarme.

—¡Cuán noble es vuestro proceder, caballero! dijo el marqués volviéndose á Mr. Daneau.

—¡No lo es menos el vuestro, monseñor! esclamó Daneau estraviado por su entusiasmo hasta el punto de dar un título cuya abolicion le parecia una de las mas preciosas conquistas de la revolucion de julio; mas noble es el vuestro monseñor, porque al fin yo no estoy acostumbrado á ser rico, y si yo perdiera mi dinero me pasaria sin él mejor que vos.

—No le perdereis, querido Daneau, dijo el banquero: y espero que ganará en mi poder así como el de Mr. de Berizy.

El marqués y el empresario se retiraron juntos algunos instantes despues, y en el momento de separarse se estrecharon la mano á la salida de la casa el antigüo jornalero y el gran señor, el condecorado por la revolucion de julio y el ex-par de Cárlos X, dos hombres de bien, en fin. Ved aquí mi moral, caballero, sin contar la que resultará al final de esta historia.

Aquel doble desinterés habia devuelto la confianza á Mateo Durand, que veia abrirse á su paso una nueva senda de prosperidad. Los 2 600,000 francos que le dejaban el marqués y Daneau, así como el 1.200,000 francos que debia á Mr. de Lozeraie, estaban, como hemos dicho, cubiertos con créditos líquidos y cobrables en el término de un año lo mas. Durand se iba á ver pues, al cabo de un año con un capital de 4.000,000 francos disponibles, despues de haber satisfecho al contado todas sus deudas; resultaba que su crédito decaido un momento, debia levantarse mas vigoroso aun habiendo resistido á una catástrofe que habia arrastrado otros mas poderosos que él. Durand solo pedia un año, en cuyo tiempo iria recogiendo cuanto le fuese posible los fondos empleados en una porcion de pequeñas comanditas; de este modo creia poder contar con 1.000,000 mas, aunque perdiese el 60 por 100 en razon de quiebras. Mateo Durand se entregaba á las mas risueñas esperanzas en presencia de un porvenir que así empezaba á esclarecerse des-

pues de haberse presentado tan oscuro; pero, casi en el mismo instante descubrió una nueva nube que se estendia sobre el ancho horizonte que se abria delante de él, y aun no hacia dos horas que el marqués de Berizy y Daneau se habian retirado cuando recibió una carta de Mr. de Lozeraie, el cual le avisaba su vuelta de Inglatera, rogándole que se sirviese tener á su disposicion 1.200,000 francos que le habia dejado.

Esta reclamacion era de bastante importancia para trastornar nuevamente los negocios del banquero. Para satisfacerla le era indispensable empeñar ó enagenar una parte de los créditos que contaba, y por consecuencia sufrir una nueva pérdida en aquellos créditos; porque en aquella época no era fácil adquirir un préstamo como aquel, ó realizar semejante venta bajo las condiciones ordinarias. Era poner á Mateo Durand mas bajo que sus negocios, cuando una hora antes sobrepujaba aun su activo á su pasivo; era obligarle á revelar por una negociacion de aquella especie que se veia reducido á echar mano de sus últimos recursos; era atacar y perder su crédito, su crédito comercial, crédito que hasta entonces no habia sido puesto en duda por ninguna dilacion de paga.

Mateo Durand reflexionó largo rato acerca de su nueva situacion; la contempló por todas sus fases enojosas; consideró que iba á jugar de un golpe toda su vida política y financiera, y pensó en el porvenir de su hija; vió la alegria de todos sus antiguos enemigos; conoció, en fin, que solo podia salvarse con un golpe decisivo y en el acto se dirigió á casa de Mr. de Lozeraie.

Este así que se le auunció al banquero, recordó la larga antesala que Mateo Durand le hiciera sufrir un dia. Por un momento tuvo gana de hacer sufrir al banquero el suplicio que él habia sufrido; pero como, por lo que habia oido acerca de la situacion de Mateo Dnrand, estuviese verdaramente alarmado por los fondos que en su poder tenia, el interés pudo mas que la vanidad; mandó pasar inmediatamente á Mateo Durad, y los dos hombres salidos de la nada se hallaron por segunda vez frente á frente.

El carácter de Mateo Durand se diferenciaba del de Mr. de Lozeraie en que el del banquero llevaba consigo toda la decision fuerte y rápida del orgullo que encuentra una especie de satisfaccion en la humillacion que á sí mismo se impone, en tanto que la vanidad de Mr. de Lozeraie conservaba toda la indecision del que procura huir por todos los subterfugios del acto de sumision á que las circunstancias le obligan. Así, pues, cuando Mateo Durand se vió en presencia de Mr. de Lozeraie, no esperimentó embarazo alguno y abordó la cuestion con la firme seguridad del que ha tomado un partido sin volver la vista á lo pasado. Así es, que empezó la conversacion por estas palabras:

—Vengo á poneros en vuestras manos...

—¿Qué quereis decir con eso, caballero? le preguntó el conde con mas

inquietud aun por aquellas palabras que orgullo por verse declarado así dueño del destino del hombre á quien mas aborrecia en el mundo.

—Os lo voy á esplicar, contestó el banquero.

Y en seguida manifestó á Mr. de Lozeraie el estado de sus negocios tal como yo he procurado hacérosle conocer, y terminó así su confidencia:

—Ya veis que vuestros fondos estan perfectamente garantidos, y si dudais de la palabra de un hombre honrado, mis libros podrán convenceros...

Mr. de Lozeraie habia escuchado atentamente á Mateo Durand, y habia visto con una alegría hábilmente disimulada, que su crédito estaba perfectamente asegurado. Una vez seguro de la solvencia de su deudor, solo pensó en desquitarse cruelmente de la afrenta que en otro tiempo habia recibido; y dijo interrumpiendo á Mateo Durand, en el momento en que éste pronunciaba las últimas palabras que he citado.

—Los libros de los señores banqueros dicen todo lo que quieren; son un lenguaje geroglífico, ó mas bien elástico que prueba á voluntad la riqueza ó la miseria; os confieso, caballero, que no tengo fé ninguna en semejantes pruebas.

El banquero se mordió los labios; pero Mateo Durand estaba decidido á salvar á la vez su capital y sobre todo su reputacion; y por el orgullo de su porvenir sacrificó con valor el orgullo de su presente. Así, pues, respondió á Mr. de Lozeraie:

—No me estraña veros participar de esas preocupaciones del gran mundo acerca del sistema de contabilidad y de teneduria de libros adoptado en el comercio. Todos esos numerosos sistemas que hemos adoptado para prevenir toda apariencia de fraude, solo son á los ojos de los que no los conocen un intrincado laberinto en que esperamos esquivar las investigacienes de los interesados. No puedo sacaros de ese error, pero entre nosotros hay una cosa mas clara, mas fácil de comprender, y es la palabra de honor que debo bastaros.

—Y si no me bastase? dijo el conde.

—Dudareis de ella?

—Suponiendo que no dude de vuestra buena fé, repuso el conde, no tengo derecho á dudar de vuestras previsiones? Un capital cemo el de Mr. Durand, desmembrado en algunos meses, no demuestra mucha prudencia y habilidad.

—Olvidais que ha sido precisa una revolucion para desmembrarle?

—Olvidais que vos sois uno de los que han contribuido á esa revolucion?

—Creo que no estoy obligado á daros cuenta de mis opiniones.

—Pero estais obligado á darme cuenta de mis intereses.

—Ya lo he hecho.

—Yo no me pago de palabras, caballero; y cuando os digo que quiero

mis fondos, que los necesito para mañana, hablo de dinero contante.

—Ya os he hecho comprender, respondió el banquero apretando los dientes como para cerrar el paso á la cólera que le agitaba, ya os he hecho comprender que eso es imposible.

—Los tribunales os harán conocer que nada hay mas posible.

—Yo! ir ante los tribunales! esclamó Mateo Durand.

—Allí es á donde se ven los hombres de mala fé que no satisfacen sus deudas.

—Hay otro sitio, replicó con altaneria el banquero, á donde se vén los hombres honrados que no han satisfecho las suyas.

—Cuando llegue ese caso, veré si un hombre como yo debe seguir á ese sitio á uu hombre como vos.

—Decision es esa á que os vereis obligado mas pronto de lo que pensais.

—Nunca tan pronto como yo deseo, pues la precederá el cobro de mis intereses.

—No esperareis mucho tiempo.

—Todavia espero mi dinero.

—Hasta mañana.

—Tendré preparada la carta de pago.

—Tened preparadas tambien vuestras armas.

—Os suplico que no me hagais malgastar tinta y papel.

—Os aseguro que no le malgastareis.

Y el banquero se retiró.

Volvió inmediatamente á su casa, y escribió á Daneau y á Mr. de Berizy. Luego fué á casa de Mr. de Favieri, le esplicó francamente su posicion y le pidió el crédito necesario para saldar inmediatamente su cuenta con Mr. de Lozeraie.

El banquero genovés escuchó al banquero francés sin que su rostro manifestase á éste si se hallaba dispuesto ó no á acceder á aquella peticion; pero asi que Mateo Durand hubo acabado de hablar, le contestó el marqués con frialdad:

—Tened á bien dejarme la nota y el importe de los créditos que habeis de dejar en depósito para obtener ese préstamo; dentro de dos horas os contestaré y os diré bajo qué condiciones puedo hacer la operacion, si es que puedo hacerla.

Mateo Durand recibió dos horas despues un billete de Mr. de Favieri en que éste le decia que mandase á su casa á Daneau y á Mr. de Berizy, y que todo se arreglaria. La espera de Mateo Durand fué cruel; pero fué estremada su alegria cuando sus dos padrinos fueron á decirle que el millon doscientos mil francos eran del todo inútiles, en atencion á que Mr. Félix habia ofrecido garantias á Mr. de Lozeraie, y éste las habia aceptado y dado

carta de pago de la suma que le debia Mateo Durand, traspasando á Mr. Félix su crédito contra el banquero.

—Mr. Félix! esclamó Durand admirado de hallar nuevamente este nombre mezclado en un negocio de tal importancia.

—Ya era tiempo de que se admirase, dijo el poeta riéndose. Por lo que hace á mí, os confieso que solo presto atencion á vuestros treses y cincos por ciento, por saber en fin, quien es ese Mr. Félix.

—Ya veis que he hecho bien en no satisfacer desde luego vuestra curiosidad. Pero ya nos acercamos al desenlace que en verdad es una buena escena de drama.

Mr. de Berizy habia respondido al oir la esclamacion del banquero.

—Sí, ese mismo Mr. Félix que ha ocupado el puesto de Mr. de Lozeraie en el negocio de mi monte, y que hoy ha ocupado generosamente el vuestro.

—Pero, quién es ese hombre?

—Os aseguro que lo ignoro.

—Yo le veré, dijo Durand, que se habia puesto pensativo al oir aquella singular noticia; yo lo veré, repito, asi que esté terminado este asunto, porque supongo, señores, que no haheis olvidado que tengo que ventilar otros asuntos ademas de los negocios pecuniarios, con Mr. de Lozeraie.

—Seguramente no, contestó Mr. de Berizy, y la cita general es para mañana á las nueve en casa de Mr. de Favieri; partiremos todos desde alli.

—Es bastante tarde á las nueve, dijo el banquero.

—Esa hora la ha señalado Mr.....

—Esa hora ha parecido á todos la mas conveniente, dijo Mr. de Berizy interrumpiendo á Daneau que habia tomado la palabra. Hasta mañana, señor Durand, hasta mañana.

Durand, no bien quedó solo, sintió una especie de alegria cruel considerando iba á vengarse de aquel hombre que con tanta insolencia le habia insultado. En su primer movimiento de cólera olvidó todos los demas intereses para pensar solo en la venganza de su orgullo; pero cuando pensó que aquel duelo podia tener consecuencias fatales, y que necesitaba arreglar sus asuntos mas urgentes, pensó en su hija á quien iba á dejar en medio del laberinto de una liquidacion, de la cual él solamente podia librar algunos restos de su capital. Qué seria faltando él, de aquella jóven educada con la satisfaccion de todos sus caprichos, y que no habia recibido de él la menor idea de órden ó economia? Pensó con tristeza en la falsa educacion que habia dejado dar á una niña que hubiera sido buena y sencilla si él hubiera querido; se reconvino amargamente su imprevision; pero cualesquiera que fuese su dolor al considerar el enojoso porvenir que podia legar á su hija, ni por un momento pasó por su imaginacion la idea de evitar el duelo que le esperaba, por medio de ninguna concesion. Su orgullo sofocó todos los demas sentimien-

tos, y el banquero separó, por decirlo asi, la vista de aquellas penosas reflexiones para que no debilitasen su resolucion.

A la mañana siguiente, á las nueve en punto, se hallaban Mateo Durand y sus padrinos, y Mr. de Lozeraie y los suyos en casa de Mr. de Favieri; esperaban los carruages, las condiciones del duelo estaban ya arregladas, è iban todos á dejar el salon cuando de repente se vió entrar al anciano Mr. Félix. Los dos adversarios se detuvieron al ver á aquel anciano, y éste les dijo con tono grave:

—Señores, deseo hablar con ambos en particular, antes de verificarse el duelo que debe tener lugar entre vosotros.

—Caballero, replicó Mateo Durand inclinándose, tanto Mr. de Lozeraie como yo, conocemos cuantas palabras conciliadoras puede dictaros la razon; pero han llegado las cosas á tal punto, que ni uno ni otro podríamos esperar por mas tiempo sin deshonrarnos los dos.

—Tiene razon el señor, dijo Mr. de Lozeraie, y yo participo esta vez de su opinion.

—Señor de Lozeraie, replicó con dulzura Mr. Félix, me parece que os he hecho un gran servicio librándoos del compromiso que teníais contraido con Mr. de Berizy; señor Durand, no os he sido menos útil poniéndoos en posicion de poder pagar á Mr. de Lozeraie; pues en nombre de lo que he hecho por vosotros os ruego que me escucheis.

Los dos enemigos se volvieron al mismo tiempo á sus respectivos padrinos como para consultarlos; y éstos, como manifestáran que convenia acceder á los deseos de Mr. Félix, se retiraron quedando solos con el anciano Mateo Durand y Mr. de Lozeraie.

Cuando todos se hubieron retirado, Mr. Félix tomó un sillon y designó otro al banquero y despues otro al conde, los que tomaron asiento, el uno á su derecha y el otro á su izquierda. El aspecto venerable, tranquilo y enérgico al mismo tiempo de aquel anciano, contrastaba con la impaciencia inquieta de los dos adversarios, que de cuando en cuando cambiaban una mirada como para prometerse mútuamente no ceder á las súplicas del anciano. Este los contempló un instante, y como si aquella contemplacion le impusiese un nuevo sentimiento de severidad, dijo:

—Hace medio año, señores, me presenté en vuestra casa. En la vuestra, señor Mateo Durand, manifesté que habia sido condenado, y os pedí medios para acabar de restablecer el honor de mi nombre. Y me negásteis esos medios.

El banquero calló, y continuó Mr. Félix:

—Luego me presenté á vos, señor de Lozeraie, y os hablé de ciertas reclamaciones que tenia que hacer á los bienes de vuestra esposa. Y me despedísteis con amenazas.

El conde calló tambien.

Mr. Félix continuó:

—Si no he comprendido mal lo que uno y otro opusísteis á mi peticion, resulta que el uno, Mateo Durand, hijo de un jornalero, y que debe á sí propio y á su trabajo su fortuna, no quiso ayudar al imprudente que habia disipado lozanamente la inmensa herencia de su padre; resulta que el otro, Mr. de Lozeraie, procedente de una familia distinguida fió al poder del ilustre apellido que lleva el hacer callar las quejas del hombre á quien llamaba un intrigante.....

—A dónde vais á parar caballero? preguntaron á un mismo tiempo Mateo Durand y el conde.

—A esto, señores, á hacer constar que yo pobre anciano de ochenta años, no he hallado apoyo ni justicia en el hombre del pueblo ni en el gran señor.

Los dos antagonistas se callaron, porque no habia que contestar á aquellas palabras.

—Vos sois el hombre del pueblo, señor Durand!

—Y lo tengo á honra, contestó este.

—Vos sois el gran señor de antigua raza, señor de Lozeraie.

—Y no por eso tengo vanidad, contestó el conde con una vanidad escesiva.

—Pues bien! dijo el anciano alzando la voz: vos, Mateo Durand, y vos, conde de Lozeraie, habeis mentido los dos impudentemente!

—Caballero! esclamaron ambos enemigos levantándose á un mismo tiempo; tal insulto.....

—Sentaos, señores, os suplico que os senteis; os lo mando si es preciso; y si mis ochenta años no son bastante para que me escucheis con respeto y silencio, invocaré un título que acaso os obligará á escucharme de rodillas.

—De rodillas! dijo el poeta que empezaba á prestar mas particular atencion á este relato.

—De rodillas! repitió el Diablo; se dijo la palabra y se ejecutó la accion. Escuchad.

A notar el acento solemne que habia tomado Mr. Félix, permanecieron estupefactos el banquero y el conde. Parecia que una misma idea, que una misma duda se habia apoderado á la vez del corazon de aquellos dos hombres, quienes se pusieron á contemplar al anciano con una especie de temor respetuoso; luego recobraron su puesto cerca de él, y ambos inclinaron la frente. El anciano volvió á contemplarlos en silencio, y con su aire de triunfo en que sin embargo se notaba una espresion de dolor. Hizo un esfuerzo sobre sí mismo para sobreponerse á aquella emocion, y continuó con mas calma:

—Señores, sé vuestra historia, pero no os la contaré. Os diré la mia: ser-

virá de preámbulo á la vuestra, que podreis repetir á continuacion como teneis costumbre de contarla.

Al parecer, Mr. Félix reunió sus recuerdos, y añadió con voz firme y decidida:

—Yo era comerciante en Marsella en 1789, y mis negocios hasta entonces habian sido brillantes. Me hallaba casado con una mujer que me habia dado dos hijos, el uno tenia alrededor de catorce años en aquella época y el otro trece.

Mateo Durand y Mr. de Lozeraie hicieron un movimiento.

—No me interrumpais, señores, continuó Mr. Félix con tono absoluto, es esta una historia tan vieja que no seria dificil perdiera el hilo si no la contase como conviene.

El mayor de mis hijos hacia cuatro años que estaba en Inglaterra educándose. Yo le destinaba al comercio, y deseaba que conociese, jóven aun, un pais que era, sobre todo en aquella época, el modelo de nuestra industria. El segundo comenzaba sus estudios en un colegio de Paris. Yo, como otros muchos, miraba sin alarmarme los preludios de la revolucion de 89; pero se aglomeraban los sucesos, y como mi capital se viera amenazado de perecer en aquella gran catástrofe, mandé á Inglaterra cerca de ochocientos mil francos, que coloqué á nombre de mi hijo mayor, y llamé á mi lado al que estaba en París, porque el porvenir se mostraba cada dia mas oscuro.

—Vos, señor, sabeis á qué escesos se vieron impelidas entonces las pasiones revolucionarias. Supe que me hallaba acusado de aristócrata, porque entonces, como ahora, era aristócrata el que tenia dinero. Acaso hubiera arrostrado las contingencias de un juicio, si la esposicion hubiera sido para mí solo, pero temblaba ante la idea de una de aquellas conmociones de que Marsella habia sido ya teatro, y que podia penetrar en mi casa y sacrificar á mi vista á mi esposa y á mi hijo. En su consecuencia, tomé mis medidas; trasladé mis fondos á casa de Mr. de Favieri, padre del que conoceis, muy jóven entonces, y que no habitaba en Génova en aquella época; y en febrero de 1793 me embarqué secretamente con mi esposa y mi hijo, y pasamos á Génova.

Mi ausencia no debia ser larga, pero fué lo bastante para que mis enemigos tuviesen noticia de ella, é inmediatamente se me inscribió en la lista de emigrados. Se me arrebataron mis bienes, y se me condenó á muerte. Semejante condena no importaba mucho á un hombre que se hallaba distante del cadalso.

Aun se fué mas lejos: se pidió una liquidacion de mi casa de comercio, y como todos mis bienes estaban secuestrados, no fué dificil declararme en quiebra; y esta quiebra, ayudada de mi partida, produjo sin dificultad mi condena como quebrado fraudulento.

Quise volver á Francia para anular aquel fallo deshonroso, á riesgo de ver ejecutar el que amenazaba mi cabeza; pero me hicieron desistir de mi propósito las lágrimas de mi esposa y los consejos de Mr. de Favieri, y me decidí á partir para Nueva Orleans, á fin de llegar allá antes que la noticia de mi condena, y de que no se apoderaran los que me habian despojado y deshonrado, de las sumas importantes que me eran en deber los principales comerciantes de aquella ciudad que me conocian personalmente, porque aquel era mi tercer viaje á América. Sin embargo, durante mi permanencia en Génova, conocí á Mr. de Loré y le presté diversas cantidades. En efecto, Mr. de Loré era un noble de Aix que, como otros, habia huido de la decapitacion llevando consigo una hija que entonces tendria quince años, y un jóven de ilustre familia, huérfano, último vástago de su casa, y del cual era tutor el mismo Mr. de Loré. Aquel jóven se llamaba Enrique de Lozeraie.....

—No me interrumpais, caballero, dijo Mr. Félix al conde que habia hecho un movimiento.

—Partí, pues, dejando en Génova á mi esposa y á mi hijo, que á la sazon tenia diez y siete años, bajo la proteccion del anciano Mr. de Favieri y de Mr. de Loré, y despues de escribir á mi hijo mayor que esperase hasta que recibiese nuevas instrucciones mias.

—Es preciso deciros, dijo el Diablo interrumpiéndose, que desde el principio de aquella narracion Mateo Durand y Mr. de Lozeraie habian procurado muchas veces interrumpir al anciano Mr. Félix; pero el anciano Mr. Félix los habia contenido, bien ordenándoles callar como os he dicho, ó bien solamente con la autoridad de su mirada. Los dos oyentes estaban pálidos y temblaban; tenian inclinada la cabeza, y ni siquiera se atrevian á mirarse uno á otro.

El Diablo se habia interrumpido con una intencion que Luizzi adivinó: esperaba una observacion del literato; pero éste, tan propenso á interrumpir al comenzar la narracion, solo parecia ya ocupado en saber el desenlace. Entonces Satanás que tal vez creia que habia conseguido su objeto, continuó su anécdota abreviándola por decirlo así, Mr. Félix mismo.

Muchos sucesos que seria inútil referiros y la dificultad que habia en las comunicaciones en aquella época de guerra general, me impidieron terminar mis asuntos con la rapidez que yo esperaba; no pude dar noticias de mí á mi familia ni recibirlas de ella, y hasta pasados cuatro años no me fué dado volver á Europa. Iba á partir, cuando recibí una carta de Mr. Favieri hijo, es decir, del que vosotros conoceis, que me daba singulares noticias. Una enfermedad endémica habia desolado á Génova, Mr. de Loré habia muerto y mi hijo, despues de haber recojido todos los fondos que yo habia colocado á su nombre en casa de Mr. de Favieri, padre, se habia fugado con la señorita de Loré. Todos estos sucesos habian ocurrido antes de su

vuelta al lado de su padre, quien, segun me añadia, acababa de sucumbir á la fatal enfermedad que me habia arrebatado á mi esposa. Agitado mi corazon con tan fatales nuevas, partí para Inglaterra á fin de hallar allí siquiera á mi hijo; pero supe que este tambien habia recojido todos los intereses colocados á su nombre y que habia dejado á Inglaterra diciendo, que iba á reunirse conmigo en América. Llegué á Inglaterra, y desde allí hice mil esfuerzos por saber el paradero de Leonardo Mateo mi hijo mayor y de Luciano Mateo mi hijo menor, porque yo me llamo Félix Mateo; pero nadie me dió ni me ha dado noticias de estos dos nombres. Ahora, vos señor Mateo Durand, y vos señor conde de Lozeraie, ¿podreis darme noticias de mis dos hijos?

—¡Padre mio! ¡padre mio! esclamaron los dos hermanos cayendo de rodillas ante el anciano, que se apartaba de ellos.

—¡Cómo! ¡de rodillas! dijo el poeta, se arrodillaron ambos!

—Justamente, contestó el Diablo, como vos haríais arrodillar á dos personajes en un reconocimiento dramático, ni mas ni menos que pasaria en el teatro de la puerta de San Martin ó en el de la *Gaité*.

—¿Y cuál es la moral que saca Mr. de Cerny de todo eso? repuso el poeta.

—La misma que sacó Mr. Félix cuando esclamó irritado retrocediendo de sus hijos.

—¡De rodillas! ¡de rodillas! ¡orgullo y vanidad! ¡ese es vuestro puesto! De rodillas, vos que, devorado por la sed de la riquezas, lleno de envidia al ver esos hombres que han medrado en torno vuestro por medio del trabajo y la economía, habeis querido colocaros mas alto que ellos y que á fin de dar mas esplendor á la elevacion de vuestra fortuna, habeis concebido la idea de suponeros partido de la condicion mas baja; que, ambicionando un apellido cuyo esplendor os debiérais solo á vos mismo, habeis renegado del de vuestro padre dejándole con una mancha infame que tan fácil os era borrar. De rodillas tambien, vos que, embriagado con la vanidad de un título y no pudiendo crearos uno, habeis robado el de otro hombre; de rodillas, vos que habeis renegado del apellido de vuestro padre, de vuestro padre que solo habia comprometido su apellido por salvaros! ¡De rodillas los dos! ese es vuestro puesto! sois dignos hermanos y solo os falta levantaros para ir á mataros uno á otro; id ahora, id, que yo no quiero deteneros mas.

El poeta callaba, y el Diablo continuó:

—Si os dedicais á la comedia actual, os referiré la escena que siguió á aquel reconocimiento, la rabia de aquellos dos hombres que se habian visto humillados el uno en presencia del otro, y su embarazo y su rabia aun mas cruel cuando se vieron precisados á abrazarse por órden de su padre.

—¿ Y los perdonó su padre ? preguntó el banquero.

—Mas de lo que os podeis figurar contestó el Diablo, porque ha ocultado la falta de sus hijos con su silencio; solo ha contado á Mr. de Favieri, de quien yo lo he sabido la verdad de esta singular historia, y si yo os la he referido confieso que ha sido para probaros mi tésis y para haceros ver que á la comedia no faltan caracteres, ni sucesos, ni costumbres si fuera posible hacerla.

—Y cómo sucede en toda buena comedia? preguntó Luizzi, ¿ todo eso sin duda terminaria por el casamiento de Mr. Arturo de Lozeraie con la señorita Delfina Durand ?

—No tal, contestó el Diablo; no pudo ir tan allá la reconciliacion. Nuestros dos héroes, gracias al secreto que les prometió su padre, conservaron su respectiva posicion. Mateo Durand sigue siendo Mateo Durand. Sigue hablando de la oscuridad de su orígen, del capital que ha tenido que ganar primero, sueldo á sueldo y luego restablecerle sin ayuda de nadie; de su amor al pueblo, del cual procede; de la educacion que con tanto trabajo tuvo que adquirirse, y creo que para sostener hasta lo último su papel concluirá por casar á su hija, dotándola magnificamente, con algun hombre como él, que se haya creado un nombre á fuerza de puños.

—¿ Me hareis el favor de decirme qué entendeis por á fuerza de puños ?

—Entiendo, contestó el Diablo riéndose, crearse una posicion debiéndosela á sí mismo.

—¿ Y hasta una posicion literaria ? dijo el baron designando con la vista al poeta.

—¿ Y por qué nó ? contestó Satanás; yo creo que teniendo en cuenta la literatura de que se nos inunda con tanta profusion, es la fuerza de puños una de las primeras cualidades necesarias al literato.

—El poeta no prestaba atencion y el Diablo continuó:

—En cuanto á Mr. de Lozeraie, sigue siendo Mr. de Lozeraie, mas hinchado que nunca con la antigüedad de su raza y tanto mas impertinente cuanto que puede creer que nadie duda de semejante antigüedad; y á pesar de su ódio á la revolucion de julio, se ha adherido á la nueva dinastia que acaba de llamarle á la cámara de los pares.

La diligencia se detevo al terminar el Diablo su relato.

Luizzi habia escuchado de buen grado aquella historia. Parecia en efecto tan estraña á sus propios asuntos, que no le causó aquella aprension que le causaba comunmente las confidencias de Satanás.

Segun las observaciones nécias y burlonas de que el hombre artístico habia acompañado aquella anécdota, Luizzi esperaba verle hacer observaciones no menos nécias y burlescas acerca de su estraordinario desenlace, como asimismo establecer una teória literaria propiamente suya; pero se sorprendió no poco al verle guardar el mas completo silencio acerca de lo que acaba-

ba de oir. Lo único que hizo fué preguntar el nombre del pueblo donde se hallaban al mayoral, y como éste le contestára que Sar... Le mandó en seguida descargar su equipage. El mayoral se sorprendió al oir aquella órden y, antes de obedecer, consultó su hoja y respondió:

—¿Pues no habeis tomado asiento hasta Tolosa?

—Sí; pero quiero dejarle aquí.

—Estamos á tres leguas de la quinta de Mateo Durand, dijo Satanás al baron mientras se alejaban adelantándose á la diligencia.

—¡Bah! y ¿á qué vá á allá?

—A aprovechar el secreto que conoce para obligar al banquero á que le dé su hija en matrimonio con algunos millones que Durand ha recobrado.

—¡Esa es una infamia! esclamó el baron.

—Olvidas, mi amo, qué ese hombre á fuer de literato tiene derecho á robar las ideas de los demás?

—Y me parece que las escoje muy mal.

—Eres muy modesto.

—¿Yo?

—Tú: lo que hace es lo que tú quisiste hacer en otro tiempo con Gustavo y Ganguernet. No con otro objeto referiste tú á aquellos las aventuras de Mad. de Marignon. Mira si es grande tu gloria: el Diablo se vé reducido á imitarte para hacer mal.

La reconvencion era justa: así pues, Luizzi no replicó. El nombre de Mad. de Marignon le recordó el encuentro del anciano ciego y por consecuencia todo lo que habia precedido á su fuga de Orleans, hasta el instante en que iba á interrogar al Diablo acerca de Mad. Peyrol en el momento en que Mr. de Cerny le habia obligado á huir. Caminaba pues, al lado de Satanás pensando sériamente en hallar un medio de prevenir las intrigas con que Gustavo de Bridely podria impedir el reconocimiento de la hija de Mad. de Cauny, y sin saber si debia obrar por sí propio ó pedir á su esclavo que le ilustrase, cuando el poeta le gritó desde lejos: «¡Eh! ¡señor baron! ¡señor de Luizzi!» Este se detuvo; el poeta se acercó á él, y le dijo:

—Señor de Luizzi, os habia prometido recordaros las circunstancias de nuestra primera entrevista, donde debia referiros esa historia era en Bois-Mandé; allí encontrariais el misterio de una existencia mas estraña quizá que las de Mr. de Lozeraie y Mateo Durand; si lo teneis á bien os la contaré en Tolosa.

El poeta se alejó y el baron continuó á pié.

—Pero quién es ese hombre? preguntó al Diablo.

—Cómo! no le has conocido todavia siendo uno de tus antiguos amigos?

—Ese hombre?

—Es el fatal Fernando, el héroe de la cama del Papa, el raptor de Juanita, á quien serviste de padrino.....

—Ya! ya me acuerdo; y de eso sin duda queria hablarme en Bois-Mandé.

—Indudablemente hubiera añadido la continuacion de sus aventuras con Juanita; como que ahora estás mas desocupado que lo estarás en Tolosa, te contaré esas aventuras.

—No me importa saberlas, y supongo que ahora me vás á dejar. Sin duda no tienes ya á mi lado nadie á quien adoctrinar?

—Yo hago todo lo que quiero. Lo que me parece es que podrias ser mas político para conmigo, señor baron; porque, al verte tan poco dispuesto á escuchar lo que te interesa, he procurado escoger una historia que en nada te concierne.

—Esa será la primera vez que tu palabra no me haya sido fatal.

—Quién sabe?

—Vete! vete! esclamó Luizzi; no quiero oirte.

El Diablo desapareció, y Luizzi continuó solo su camino pensando entonces á sus anchas en lo que habia de hacer.

Pensó en sus obligaciones: en aquel instante tenia tres mujeres á quienes salvar de la fatal situacion en que él las habia colocado. Eran Mad. de Cerny, Eugenia Peyrol y Carolina.

Luizzi deploraba vivamente el no poder detenerse en Bois-Mandé á fin de pasar á la quinta de Mad. de Paradéze para manifestar á ésta que habia parecido al fin la hija á quien hacia tanto tiempo lloraba, y para darla parte de la desgracia ocurrida á su sobrina, y era indispensable su presencia en Tolosa; pero se hallaba en una situacion que no le permitia obrar de una manera rápida y conveniente. Sin embargo, pensó en escribir á Mad. de Paradéze poniendo en su noticia el feliz acontecimiento que le habia hecho descubrir á la señorita de Cauny en la pretendida hija de Gerónimo Turniquel; pero el tiempo que le faltaba para detenerse, le faltaba tambien para escribir y aplazó aquella carta para su llegada á Tolosa.

Mientras reflexionaba así y tomaba sus medidas echó de ver que empezaba á declinar el dia y que se habia alejado mucho del carruage que no veia venir. Estaba cerca de un soto bastante espeso y habian pasado y repasado ya por delante de él algunos hombres de mala traza.

Luizzi no temia á los ladrones, pero sí á los agentes de policia. Lo que le alarmaba sobre todo era que le parecia no serle desconocida la fisonomía de uno de aquellos hombres que habia pasado el mas inmediato á él. En su consecuencia trató de volver hácia Sar....

En aquel instante oyó el ruido de un carruage que caminaba con rapidez, é imaginándose era la diligencia que llegaba, se adelantó hasta mitad del camino. Era una silla de posta á cuya trasera iba un muchacho que saltó al suelo asi que vió al baron y le dijo:

—El mayoral me envia á alcanzaros á vos y al otro caballero para deciros

que se ha roto la lanza del coche á la salida del pueblo, y que no será posible continuar hasta media noche.

Este contratiempo que retardaba la llegada del baron á Tolosa, le proporcionaba sin embargo algunas horas para escribir á Mad. de Paradéze.

Volvió pues pies atrás en direccion al pueblo que acababa de dejar, y al mismo tiempo vió al muchacho mirar á derecha é izquierda, diciendo:

—Pero dónde está el otro viajero?

—Se ha ido al diablo, contestó Luizzy, y muy listo tienes que andar para alcanzarle.

—No importa, voy á alcanzarle.

—Larga carrera tienes que dar.

—No tal, replicó el chico: voy á alcanzar la silla de posta, y encargaré al postillon que se lo diga. Pronto le alcanzo, pues ahora que sube la cuesta vá despacio.

En seguida, y sin esperar respuesta, el muchacho echó á correr en tanto que Luizzi volvia al pueblo dando vueltas en su cabeza á la carta que pensaba escribir á Mad. de Paradéze.

Asi que llegó á la posada donde encontró á todos los viajeros, pidió un cuarto y recado de escribir y se encerró.

Una hora habia pasado cuando oyó llamar á la puerta, y apareció el posadero con la gorra en la mano.

—Perdonad que os moleste, caballero, le dijo: á qué distancia habeis encontrado al chico que fué á deciros que volviérais?

—A cosa de media legua, cerca de un soto que no me parece habitado por muy buena gente.

—El chico es hijo mio, y no ha vuelto aun ni tampoco el otro viajero.

—Yo le advertí que el otro viajero iba ya muy lejos; pero se empeñó en alcanzar la silla de posta para dar su comision al postillon.

—Ah! ya caigo, dijo el posadero; el bribon habrá atrapado al postillon que le habrá dejado subir al tercer caballo, y es capaz de haber seguido hasta Bois-Mandé. Puede ser tambien, que los de la silla de posta se hayan ancargado de conducir al viajero hasta la primera parada, porque creo que no iba mas que una señora en la berlina.

—Es probable, contestó Luizzi, que queria desembarazarse del posadero.

—Perdonad que os haya incomodado, dijo éste retirándose.

Y Luizzi continuó sus cartas.

Seria poco mas de media noche cuando siguió el viaje, y cuatro horas despues llegaron á Bois-Mandé.

Luizzi dejó su asiento para buscar alguien con quien remitir la carta á Mad. de Paradéze. El primer postillon á quien se dirigió, le dijo:

—Dadme la carta, que yo la llevaré, pues voy á casa de Mad. de Paradéze con la silla de posta que ha llegado esta noche.

—Calla! dijo Luizzi admirado: y quién vá en esa silla?

—Nadie mas que una pícara de señora á quien he conocido en seguida á pesar de su gorro y su velo; una señora que en otro tiempo estuvo sirviendo en esta posada.

—Quién es? Juanita?

—Calla! la conoceis?

—Sí, la ví hace algunos años pasando por aqui; pero, á qué vá á casa de Mad. de Paradéze?

—Yo no sé; allí hay un monton de historias. Quien la colocó aqui fué el bueno del viejo

Iba Luizzi á admirarse de aquel nuevo encuentro, cuando oyó al mayoral decir á un viajero:

—Allá se las componga ese señor; se habrá detenido en algun caserío viendo que no veníamos, y habremos pasado sin que nos vea.

—Pero no es justo dejar á un hombre honrado á mitad de camino, replicó el oficioso viajero.

—No importa, dijo el conductor, es aficionado al paseo y se paseará esperando otra diligencia; puede que haya subido al coche de Laffite y Caillard que pasó cuando estábamos componiendo la lanza, y como llevo cuatro horas de retraso..... Vamos pues: eh! postillon, á caballo y á galope. Y añadió dirigiéndose á otro postillon:

—Oye, tú que guiabas la silla de posta, no has visto á ese señor?

—Yo no, ya os lo he dicho; Carlillos que iba en la trasera bajó á hablar con el primero que encontramos y yo arreé entre tanto. Al llegar á la cuesta entré un momento en el ventorrillo de la tia Filon y dejé ir al paso el ganado; entonces Carlillos corrió, volvió á alcanzar la silla y dijo á la señora que iba en ella que me diese el recado. Luego se volvió á casa de la tia Filon donde habia una boda, y allí habrá pasado la noche.

—Y tú no has visto á nadie en el camino?

—A nadie.

—Pues entonces que se vaya al diablo el viajero. Eh! postillon; á caballo y vamas andando.

Luizzi, que no hacia caso del viajero desaparecido, entregó su carta con una buena gratificacion al postillon y se apresuró á subir al coche. Partió éste, y llegaron á Tolosa sin otra novedad.

El baron fué á una casa de huéspedes que gozaba de bastante mala fama, pero cuya dueña era tenida por muy discreta. Pidió un cuarto, escribió una carta é hizo llamar á Mad. Perine, la dueña de la casa, que acudió en seguida y que le dijo despues de hacerle una reverencia:

—¿Qué se os ofrece, caballero?

—Una persona de confianza para que vaya á llevar una carta.

—Irá mi hijo que es callado como una tapia.

—Y luego quisiera un traje mejor que éste.

Conviene tener presente que Luizzi habia dejado á París en trage de sociedad, y en Fontainebleau solo habia tenido tiempo para procurarse un leviton y un capote. Al llegar á Orleans habia dejado uno y otro; y sorprendido por Mr. de Cerny, se habia fugado con el mismo trage.

Mad. Perine contestó:

—¿Qué sastre se mandará á buscar? Si no conoceis la ciudad yo os escogeré lo mejor que hay en ella.

—Quisiera ropa hecha; deseo no ver á nadie.

—Escepto á vuestro notario Mr. Barnet, segun parece, dijo Mad. Perine que habia leido el sobre de la carta que Luizzi acababa de darle.

—¿Quién os ha dicho que Mr. Barnet es mi notario?

—¡Pche! nadie; es que aquel á quien se le llama notario, es comunmente notario de quien se lo llama.

—¿No puede ser amigo mio Mr. Barnet?

—Si es así, quiere decir que me he equivocado, dijo Mad. Perine retirándose.

—Vamos, la preguntó el baron deteniéndola, ¿acaso creeis conocerme?

—No tal, respondió Mad. Perine; ya veo que vos señor baron no quereis que os conozcan.

—¡Cómo! esclamó Arnando, todavía te acuerdas de mí, bruja?

¡Qué quereis, señor Arnando! el tener buena memoria es propio de mi tráfico; es preciso distinguir á los parroquianos de los pájaros de paso. Además, tengo siempre presente la fisonomía de padre é hijo. Que buenas noches tiene pasadas aquí el viejo, el otro baron.

—¿Mi padre?

—Cabalito. Ya se os puede contar todo puesto que murió y no ireis á decirle: «Puedo ir á casa de la Perine, que vos tambien íbais.» Qué buenos tiempos aquellos! Yo le proporcioné la Mariquita de la cuál tuvo una hija que no ha desmentido su orígen. Ya conocereis á la Mariquita que me dejó para establecerse por su cuenta, porque queria á Ganguernet que es un chasqueador, en cuya casa pasó la historia del abate de Serac.

—¡Ah! si me parece que la ví una vez en casa de Mad. du Val.

—Justamente; como que la habia colocado allí el abate.

—¿Y qué es de ella?

—No sé nada. Parece que está en París á donde fué de resultas de la enfermedad que la puso fea y desconocida hace tres ó cuatro años.

—Está bien, dijo Armando, que sabia ya bastantes estravios de su padre para no desear saber mas. Envía esta carta á Barnet y manda subirme la cena.

—¿Cenais solo? preguntó la huéspeda.

El baron la miró de través; pero se acordó donde estaba y comprendió que no tenia derecho á incomodarse.

—Bien mirado, respondió, no debia cenar. Tengo mas ganas de dormir que de otra cosa.

—Está muy bien. Teneis trazas de estar cansado y debeis estarlo, dijo la Perine.

En seguida se retiró, y el baron, verdaderamente cansado, se acostó y durmió con el sueño del justo en aquella honrada casa.

No despertó hasta la mañana siguiente á las cuatro que sintió haber perdido tanto tiempo. Llamó y acudió una jóven linda, graciosa y fresca como una rosa que fué á sentarse familiarmente sobre el lecho de Armando diciendo á éste con acento gascon:

—¿Qué quereis, señor?

—El baron la contempló atentamente. Era encantadora y al sonreirse mostraba una dentadura de blancura virginal. Aquel aspecto entristeció á Luizzi, que se estremeció al pensar lo que era aquella niña de rostro cándido y de sonrosada tez, y respondió:

—No quiero nada de vos.

—La jóven pareció picada por la respuesta y se retiró de la cama diciendo:

—Aquí no soy yo sola.

—Quiero que venga Mad. Perine, dijo Armando enfadado.

—Voy á decírselo, repondió la jóven y se retiró.

La Perine volvió un instante despues, y dijo al baron:

—Pardiez, señor baron, que Paris os ha hecho muy descontentadizo, y no sé si.....

—Oye, Perine, dijo el baron con sequedad: he venido á hospedarme en tu casa, porque quiero que nadie en este mundo sepa que estoy en Tolosa. á no ser asi me hubiera ido á la primer posada que hubiera encontrado; pero como en las otras casas se dá todos los dias nota á la policia de los huéspedes que hay, no he querido ir á ella.

—Ya! con que no quereis que la policia sepa.....

—No, y como sé qué tú le das las menos noticias que puedes de tus huéspedes, he escogido tu casa.

—Muy bien. Podíais haberme dicho todo eso al llegar. Desde este instante estais aqui como si os hallárais siete estados bajo de tierra: nadie sabrá nada.

—Diez luises tienes si eres discreta.

—Como si los tuviera ya.

—Y dime, ¿ha venido ya Mr. Barnet?

—Venir! esclamó sorprendida la Perine, y luego añadió; Jesus! el

pobre hombre ni siquiera sabe el camino para venir á mi casa.

—Ya le aprenderá.

—A su edad? Es pecado! ademas le sacaria los ojos su mujer con las agujas de hacer media si supiera que venia aqui.

—Pero ha contestado? ha dicho algo á tu hijo?

—Ah! sí, no me acordaba; le ha dicho: «Dirás á quien te manda que haré lo que él quiere.»

—Le mandaba á decir que viniera hoy.

—Le señalabas hora?

—No; le decia que en todo el dia.

—Pues bien, el dia no concluye hasta media noche: todavia puede ser que venga.

—Le esperaré. Haz que me sirvan la comida, y que me traigan papel y tinta.

—Bueno, ya que quereis que no se os conozca, os servirá la chiquilla que vísteis antes. Es inútil que os vea ninguna otra. Marta, ya sabeis, la vieja Marta, podria conoceros. La chica, al contrario, no sabe quien sois, y luego es una buena muchacha, inocente como ella sola. Cuando querais algo, llamad dos veces: se llama Lili. Voy á mandar preparar la comida; no os impacienteis.

—Haz lo que te se diga; pero despáchate porque estoy muerto de hambre. De todos modos enviarme recado de escribir.

—En ese secretér hallareis cuanto os haga falta.

Retiróse la Perine, y Luizzi escribió una larga carta á Mad. Peyrol, diciéndola que existia su madre, quién era ésta y dónde estaba. Asi trascurrieron dos horas.

Entonces apareció Lili con todo lo necesario para servir la mesa. Su desparpajo era grande, y tambien lo era su mal humor. Luizzi la seguia con la vista; luego, asi que la jóven acabó de poner la mesa, el baron se sentó y Lili lo hizo al lado de la chimenea con aire de disgusto y enojo.

—Qué, no os gusta servirme?

—Pche! contestó la jóven con tono acre y con acento gascon muy pronunciado: yo no estoy aqui para servir. Para eso hubiera seguido en otra casa mejor.

—Ya! con qué estábais sirviendo antes de entrar aqui?

—Y en una famosa casa.

—Cuál?

—La del marqués du Val.

—La del marqués? Y qué haciais alli? porque yo creo que el marqués es viudo.

—Yoma! pues por eso estaba en su casa.

—Ya! dijo Luizzi. Y por qué os salísteis?

—Toma, porque me fastidiaba á mas no poder el tal marqués. Ya sabreis que es diputado. Pues, so pretesto de instruirme, me hacia aprender de memoria sus discursos; y cuando no los aprendia bien me amenazaba con meterme en la cárcel, porque ademas es juez.

Luizzi no pudo menos de echarse á reir, y la muchacha continuó:

—Y luego..... hacia unas cosas!..... gastaba pantorrillas y dientes postizos, y yo era quien tenia que ponérselos.

—Pero de dónde os llevó?

—Toma, de donde estaba antes.

—Y en casa de quién estabais?

—Toma, en casa de otro amo, donde tenia que trabajar diez horas al dia sin descansar; á mí, qué quereis, no me gusta trabajar, ese es mi carácter. Me gusta reirme y divertirme y no hacer nada, es mi génio; ademas aquel amo era tan malo como el otro, y cuando, so pretesto de trabajar en su estudio, iba por la noche á buscarme á mi cuarto, me echaba unos sermones mortales.

—Y nada mas que sermones?

—Lo demas me fastidiaba tanto como los sermones, aunque era él el primero. No sé si le conoceis, pero es bastante feo el tal Mr.....

En el instante en que la jóven iba á pronunciar el nombre, llamaron á la puerta.

—Mirad quien es, dijo el baron.

Lili fué á abrir, y esclamó con alegre sorpresa:

—Calla! en nombrando al ruin de Roma al punto asoma; es él! es Mr. Barnet, de quien os estaba hablando.

Barnet entró con aire compungido, y dijo á Lili:

—Cómo! tú aqui, en esta casa, desventurada!

—Vos tambien estais aqui.

—Bien te habia dicho yo, bribonzuela, libertina, que vendrias á parar aqui.

—Os confieso, señor Barnet, que mas hubiera querido empezar aqui, replicó intrépidamente Lili.

—Haber llegado á tu edad á tal grado de corrupcion! Perdonad, señor baron, dijo Barnet saludando á Armando; pero horroriza la desmoralizacion de la juventud. Ved aqui una niña, una niña de diez y siete años, y ya está encenagada en el vicio!

—Yo creo, mi querido Barnet, que no sois vos quien menos le ha mostrado el camino; dejaos de sermonear á esa jóven, y hablemos con seriedad. Idos, Lili.

Esta se retiró riéndose é indicando con la mano que era cornudo Barnet, quien esclamó furioso:

—Es mentira, embustera!

—Los escribientillos no son muy virtuosos, dijo Lili, y vuestra mujer, aunque es fea, los engatusa con buenas sopas, buenas piernas de gallina y y buenas botellas de vino que les envia á su cuarto.

—Quieres callar, bribonzuela?



—Mirad si yo le sabré: como que lo comíamos juntos.

Barnet estaba encarnado de cólera; el baron se hubiera divertido verdaderamente, á no tener que tratar asuntos muy graves con él. Armando,

pues, hizo una seña á Lili para que se retirase, y la jóven lo hizo alborotando la escalera con su voz gascona y vibrante, que cantaba este aire popular:

A la fount men soun anada
Lou miou galant my a rancontrada (1).

y todo con una alegría, una ligereza y una ingenuidad que ni aun en la mayor inocencia se ven. Luizzi esperimentó una viva repugnancia. El vicio bajo formas hediondas repugna menos que el vicio jóven, sonrosado, fresco é injénuo. Este es incurable porque carece de remordimientos y no tiene idea del mal que hace. El notario alzó las manos al cielo, esclamando:

—¡Qué juventud! qué juventud la de estos tiempos!

Y así que cesó de oir á Lili, se volvió á Armando y le dijo:

—En verdad, señor baron, que me habeis jugado una mala partida. Obligar á venir á una casa como esta á un hombre como yo, es esponerle á perder su reputacion.

—No me era dado escojer el lugar de la cita.

—Podíais haber ido á parar á mi casa.

—Sí, para que Mad. Barnet, la mujer mas bachillera de Tolosa, fuese á contar á todas partes que el baron de Luizzi está en Tolosa.

—Es cierto, es cierto, dijo el notario; no me acordaba que deseais no se sepa vuestra venida: esa muchacha me ha trastornado la cabeza. Pero veamos si he comprendido vuestra carta: ¿necesitais mucho dinero en el acto?

—Mucho. Me voy á ausentar de Francia por algunos años.

¡Vos! dijo el notario; y yo creia que veníais con motivo de las elecciones.

—He renunciado á la diputacion; me voy á Italia.

—Pero, vamos, dijo el notario; os obliga á emigrar algun...

—Nada, nada, es un capricho: voy á ver á Roma; pero ocupémonos de nuestras cuentas.

—Al instante, señor baron: en seguida me dareis si gustais, el poder que os tengo pedido para terminar vuestros asuntos con ese pícaro de Rigot.

—Os daré todos los poderes que querais; pero veamos el dinero que me podreis dar.

Ambos se sentaron delante de un monton de protocolos y rejistros y durante una hora se ocuparon de números y cálculos.

(1) Por agua á la fuente fuí
y me hallé mi novio allí.

Luizzi no era hombre de negocios, pero tampoco era tonto: sabia examinar las cuentas que se le presentaban, y las examinó con tanta mas atencion cuanto que el encuentro de Barnet y Lili no le habia edificado mucho respecto al notario. Pero se vió precisado á reconocer la escrupúlosa probidad de éste y no pudo menos de notar que aquel hombre cuya reduccion habia impulsado al vicio á una niña que quizá de otro modo no hubiera sido lo que era, tenia escrúpulo en estafar un sueldo á su cliente; Luizzi no tenia tiempo ni voluntad para detenerse mucho en tales pensamientos; así pues, una vez hecho el balance, dijo á Barnet:

—Con qué es decir que teneis 342,000 francos disponibles colocados en depósito en poder del recibidor general?

—Justamente.

—Pues bien: necesito ese dinero.

—Para cuando?

—En seguida.

—¿Trescientos cuarenta mil francos?

—Sí.

—Pero y ¿cómo los habeis de trasportar?

—Dadme billetes de banco.

—¿De qué banco?

—Teneis razon, me creia en París: en ese caso, buscad para mañana todo el oro que podais.

—¿Cuánto? ¿mil escudos?

—Cien mil francos lo menos.

—Necesitaré quince dias para juntar en Tolosa 100,000 francos en oro en el caso de haberlos.

—Pero veamos, ¿cuánto podreis tenerme para mañana?

—Con mil esfuerzos, y dirigiéndome á los cambistas, podré reuniros en tres dias 25 ó 30,000 francos.

—Bien, me bastarán por el pronto 30,000 francos. El resto puedo llevarlo en letras de cambio sobre el extrangero...

—Si vais á España no será difícil, porque aquí hay muchas casas con relaciones en España: pero si vais á Italia como pensais...

—Pues, bien, iré á España, me es igual.

—Ya, dijo Barnet admirado, ¿con qué por lo visto no vais á hacer un viaje por diversion?

—Voy á donde quiero, contestó el baron con altaneria, y al pediros mi dinero no os pido ninguna cosa injusta.

—Está muy bien, dijo el notario; os proporcionaré papel sobre todas las plazas de España. Solo os pido tres ó cuatro dias de término. ¿Tomaré las letras á vuestra órden?

—No, hacedme el favor de tomarlas á la vuestra, y me las entregareis en

blanco; no hay necesidad de que se sepa que ese papel vá á servirme personalmente.

—Respondo de vuestros fondos mientras están en mi poder, dijo el notario, y para ello los coloco en punto seguro; pero me es imposible endosar una letra de cambio despues de cambiar el dinero por papel.

—Me conoceis lo bastante para tener la seguridad de que no reclamaré contra vos.

—Vos no reclamareis, pero sí un tercer portador á quien podréis endosar las letras.

—Pues, qué, no quedo yo obligado al pago antes que vos?

—Sí, pero no estareis en Francia al vencimiento.

—¿Con qué desconfiais de los valores que me entregais?

—De ningun modo... Tomo todas las precauciones posibles; porque solo debe tener uno seguridad en lo que se halla en su poder.

—Y ¿cómo se podría arreglar todo?

—No os propongo un endoso sin garantia, porque eso seria despreciar un papel de que podeis necesitar á cada instante; pero solo necesitais hacer una escritura garantizando el pago por medio de una autorizacion para hipotecar cualquiera de vuestras fincas, y así haré cuanto querais.

Luizzi fué quien hizo cuanto quiso el notario porque cada instante veia presentarse delante de él los obstáculos propios de una mala posicion, y como que á todo precio queria seguir adelante, lo echó todo al mar esperando librarse de la tempestad.





XXX.

Los buenos magistrados (1).



r. Barnet, como habia dicho, necesitó cerca de cuatro dias para reunir el oro que le pedia el baron. Este sin embargo estaba dispuesto á volver á Orleans; habia enviado muchas veces al correo á ver si habia cartas para él, de cuyo cuidado se habia encargado tambien Barnet. Ninguna habia venido: Armando estrañaba no tener noticias de Leonia que se las habia prometido por medio de la mendiga. No sabiendo á qué atribuir aquel silencio, se habia decidido á dejar á Tolosa, como ya hemos dicho; el notario habia tomado un asiento en la diligencia en que Armando debia subir á algunas leguas de la ciudad para huir de los agentes de policía que vijilaban la partida. Todo es-

(1) Habrá llamado la atencion del lector, la estension que en este tomo tienen los capítulos; debemos advertir que vamos uniendo aquellos que son susceptibles de ello á fin de ahorrar algunos pliegos en la edicion que por causas estrañas *á nosotros*, se prolonga algunas entregas mas de las calculadas.

taba dispuesto, é iba á dejar la casa de Mad. Perine cuando vió llegar corriendo á Barnet de quien se habia ya despedido.

—Se me acaba de avisar, dijo el notario, que ha venido una carta para vos con sobre para mí; pero lo singular es que no se me quiere entregar.

—Y de dónde es? dijo Luizzi.

—De Orleans, contestó el notario.

—Es la que yo esperaba; es preciso sacarla á todo precio.

—Imposible, contestó Barnet; parece que la carta está certificada y solo á vos se os puede entregar. Si el señor de Luizzi está en Tolosa, me han dicho, la entregaremos en el acto, y bastará que venga en persona á recogerla.

—Eso seria decir que he venido á esta ciudad que es justamente lo que yo no quiero; pero puedo autorizaros para sacar en mi nombre todas las cartas que vengan para mí y voy á daros esa autorizacion.

—Asi descubrireis igualmente vuestra venida á Tolosa y quizá no será bastante esa autorizacion; porque he presentado inútilmente la que otra vez me distéis; dejad la carta, ó mas bien id á sacarla. ¿Qué os importa que se sepa que estais aquí, si dentro de una hora ya os habreis marchado?

La carta de Mad. de Cerny era tanto mas importante para el baron, cuanto que probablemente debia trazarle la conducta que debia observar y podia inutilizar el misterio de su llegada y el de su partida; así, pues, se decidió á ir á buscarla. Encargó á Barnet que condujese todo su equipaje á una legua ó dos camino de París, y fué al correo. Asi que llegó y hubo manifestado lo que queria, el empleado le miró con estrañeza y le dijo:

—¡Ah! ¿sois el baron de Luizzi? Tened la bondad de esperar un momento, pues voy á buscar la carta que pedís.

El empleado dejó el despacho y Luizzi empezaba ya á impacientarse por su tardanza en volver, cuando se abrió la puerta para dar entrada á un comisario de policía acompañado de dos gendarmes.

Desde lo que le ocurriera en Orleans, el comisario de policia habia llegado á ser para el baron lo que es para tantos otros, un ser repugnante y espantoso cuyo aspecto ataca los nervios como el de una gran araña, y cuyo contacto es tan odioso como el de un sapo ó una serpiente. Luizzi se volvió de pronto; pero en el mismo instante sintió dos anchas manos apoyarse cada una en uno de sus hombros y en seguida la voz malaventurada del comisario que le dijo:

—Caballero, os arresto como acusado de asesinato en la persona del señor conde de Cerny,

Desde luego habia aterrado al baron la palabra arresto, porque Armando habia calculado al instante la imposibilidad en que el arresto le ponia de acudir en ayuda de Leonia, de Carolina ó de Mad. Peyrol; pero lo que

debia haberle aterrado mas que todo, le dió un instante de esperanza: lo absurdo de la acusacion le tranquilizó, y viendo que no se trataba del rapto de Mad. de Cerny, replicó:

—Cuidado con lo que haceis; Mr. de Cerny sin duda está tan bueno como vos y yo, y sin duda soy víctima de un error ó mas bien de una maquinacion culpable y de una cobarde complacencia.

—Atad al señor, dijo el comisario de policía.

—¿Olvidais con quién os las habeis? esclamó el baron con ira.

—Apretadle bien las clavijas, dijo el comisario.

—Protesto contra esta tropelía.

—Hacedle andar, continuó el majistrado tricolor.

Y los gendarmes apoyaron vivamente la culata de sus carabinas en los reñones del preso, por lo cuál éste tuvo que echar á andar.

Armando se detuvo de repente:

—Pido, dijo al comisario, que se me conduzca inmediatamente ante el juez de instruccion, y si mi reclamacion es desatendida, os hago responsable de ella.

—Me voy á comer, dijo el comisario á uno de los gendarmes: aquí teneis la órden de recepcion para el alcaide á quien encargareis que ponga al preso rigorosamente incomunicado.

Esto diciendo, el comisario entró en la via civil y fué á comer á casa de una linda tendera de medias, mujer de un amigo suyo.

La imposibilidad del comisario habia hecho perder á Luizzi la confianza que éste tenia en su nombre y en sí mismo; recordó entonces que el Diablo le habia dicho muchas veces que habia un poder que nunca perdia su fuerza para con los hombres; en su consecuencia se dirijió á uno de los gendarmes y le dijo:

—Quereis ganar diez luises? Conducidme á casa del juez de instruccion.

—Está gracioso con sus diez luises! dijo el primer gendarme; sin duda piensa hallarlos en algun agujero de su futura alcoba.

—Cállate, dijo el otro que era del pais, y que llevó á su camarada á un rincon de la habitacion; es uno de los nobles de la ciudad, y, segun se dice, tiene dinero para empedrar la plaza del Capitolio; si quieres conducirle á casa del juez de instruccion, te dará, no digo diez luises, sino aunque sean veinte y cinco.

—Veinte y cinco luises! esclamó el primer agente de la fuerza pública, abriendo unos ojos tan radiantes como la chapa de su tahalí.

—Entonces serian cincuenta para los dos, dijo el otro.

—Pues mira, tú que le conoces podias proponérselo.

—Gracias; á quien ha hecho la oferta ha sido á mí; con que á tí te toca lo demas.

—No haré tal; podria decir que salia de mí, y quiero mas conducirle á

la cárcel en derechura. Vamos, señor de los cincuenta luises, echad á andar, añadió el gendarme dirigiéndose á Luizzi.

Mirad, dijo el otro, este borrico ha entendido cincuenta luises como si hubiera alguien capaz de dar cincuenta luises por semejante tonteria; nada de ir en casa del juez de instruccion.

—Os los daré al contado, antes de salir de aquí, contestó Armando.

Ya, dijo el primero de los gendarmes, sois acaso inocente? Estais tan sereno que empiezo á creer..... Tú tambien lo empiezas á creer, no es verdad?

—A fé mia que sí: los dos empezamos á creer.....

—Es cierto que podeis ser inocente.

—Está visto que sí.

—Puesto que sois hombre templado, vamos á ir á casa del juez de instruccion.

—Corriente, dijo el otro; ya que somos complacientes debemos serlo por completo; soltémosle las manos; al menos que pueda accionar.....

—Es claro; y puesto que no tiene trazas de culpable.....

—Que pueda quitarse el sombrero si encuentra algun conocido.....

—Y meter la mano al bolsillo si quiere sonarse.

Luizzi comprendió la indirecta y metió mano al bolsillo para sacar los cincuenta luises con que pagó la complacencia de los señores individuos de la gendarmería departamental.

Una vez terminado el trato, los gendarmes se portaron con toda la amabilidad posible; no pudiendo proporcionarle un fiacre en atencion á que es cosa desconocida en Tolosa, le condujeron por ciertos rodeos á casa del juez de instruccion.

El baron se sorprendió altamente cuando entró en el palacio del marqués du Val por la puertecilla que, diez años antes, le habia dado acceso á la habitacion de la desventurada Lucia. Pero su sorpresa fué aun mayor cuando se le condujo al mismo gabinete donde por última vez habia visto á la marquesa, y le pareció que una estraña predestinacion habia marcado aquella visita, cuando fué introducido al gabinete donde tan locamante se habia entregado á él Lucia.

Hacia pocos momentos que se hallaba alli, cuando vió aparecer al marqués mismo envuelto en una ancha bata.

El marqués du Val era hombre de cincuenta años en aquella época. Libertino gastado por la disolucion, conservaba todas las pretensiones de la juventud, y pasaba mas tiempo al tocador que en el juzgado. Despues de la muerte de su esposa habia entrado en la magistratura para adquirir lo que se llama una posicion, como ya hemos visto en el capítulo precedente. Luizzi no ignoraba esta circunstancia; pero le habia chocado tan poco al saberlo por boca de Lili, que ni por un momento habia sospechado que

pudiese hallarse en el caso de ser presentado ante el marqués du Val.

El marqués, apenas entró en el gabinete, hizo una seña á los gendarmes para que se retirasen, y dijo á Luizzi:

—A no ser vos, baron, no os hubiera recibido, porque necesito aviarme para ir á comer á casa de nuestro primer presidente, y apenas me queda media hora; pero entre antiguos amigos y parientes debe haber franqueza, por lo cual me permitireis continuar aviándome.

Llamó en seguida y apareció un criado trayendo lo necesario para que el juez se vistiese de elegante.

—Con que venís, dijo al baron, por el asunto de Mr. de Cerny? Es posible que despues de robar la mujer hayais matado al marido? Eso, amigo, pasa de la raya.

—Pero vamos, marqués, es cierto que se me acusa de ese asesinato? preguntó Luizzi.

—No solamente se os acusa, contestó el juez calzándose las medias de seda, sino que está suficientemente probado.

—Cómo! probado! esclamó el baron. Con qué ha muerto Mr. de Cerny?

—Y tan muerto, respondió el magistrado metiéndose el pantalon, que ha sido hallado atravesado por dos balas, en un soto cerca del camino real á media legua de Sar..... no lejos de Bois-Mandé.

Esta revelacion dejó pasmado á Luizzi, pues le recordó la figura que Satanás habia tomado para acompañarle precisamente á aquel sitio; se estremeció al pensar que aquella podia ser una de las artes del Diablo para perderle del todo. Mudo y abatido permanecia delante del juez, que dándose los tirantes y estirándose el pantalon con una alegria particular, le dijo:

—Calla! teneis un pantalon precioso. Quién os viste en París?

Luizzi, que no le habia comprendido, alzó la cabeza como un hombre aterrado, y dijo al marqués du Val:

—Es posible! con qué se ha hallado muerto al conde junto al camino real?

—Sí, contestó el juez; y luego añadió dirigiéndose primero á su ayuda de cámara, y luego á Armando: No he visto un pantalon mejor hecho que ese. Quién os viste, Luizzi?

—No sé, respondió éste que apenas estaba en la conversacion.

—Lo siento, dijo el magistrado; daria cualquier cosa por saber el nombre y las señas de vuestro sastre.

No en vano habia visto el baron el mundo por los ojos del Diablo; asi es que le dió mas esperanzas aquella circunstancia que su inocencia, y respondió:

—Esperad á ver si me acuerdo: me parece que mi sastre se llama Humann.

—Acuérdate del nombre, dijo el juez á su ayuda de cámara, en tanto que se ponia la corbata, y continuaba Luizzi:

—Pero suponiendo que en efecto haya sido asesinado el conde, por qué se me acusa á mí?



—Porque el amante de la mujer era quien tenia mas interés en desembarazarse del marido.

—Por ventura me creeis culpable de semejante crímen?

—Eso es lo que yo he dicho: he hablado de un duelo sin testigos, lo

cual no deja de ser argumento que os favorece; pero es difícil probarlo. Hay una circunstancia terrible: se han hallado dos espadas al lado del conde, quien ha muerto de dos balazos, lo que parece probar que si el duelo se ha concertado entre vos y el conde en la diligencia, ha sido prevenido por medio de un asesinato.

—Se ha visto á Mr. de Cerny en el camino de Bois-Mandé? dijo Luizzi levantándose:

—Ya lo creo: como que caminásteis cerca de media hora en su compañía.

El baron conoció entonces que Satanás le habia conducido á un lazo en el que debia parecer; y se volvió para ocultar la palidez que conocia estenderse por su rostro, palidez que hubiera podido interpretarse como prueba de su pretendido crímen. Aquel movimiento fué tan violento, que el juez se volvió á Armando, y esclamó:

—Qué levita tan admirable! Os la ha hecho tambien Humann?

Armando no contestó; el juez, siguiendo en su admiracion, dijo á su ayuda de cámara señalando á Luizzi:

—Mirad que buen corte; ni siquiera hace una arruga. No se parece á las levitas que me hacen á mí en Tolosa; es preciso que me vista ese sastre.

Armando lo oyó y dijo, volviéndose con indignacion al marqués:

—Por ventura me habeis recibido para esto, marqués? Es esto lo que yo debia esperar de vos?

El magistrado, llamado asi á sus deberes, le respondió con sequedad, sin separar empero los ojos de la levita:

—Escuchad, pues, baron; estoy encargado de la instruccion de vuestra causa; siento deciros que todo os desfavorece, hasta la conversacion que acabamos de tener, porque no ha sido sin objeto: si no fuérais culpable, hubiérais contestado con mas precision á las preguntas, tal vez insidiosas, que os he hecho.

Luizzi conoció que el juez queria cubrir con un grosero velo la nécia ligereza de sus palabras y convencido de que nada bueno debia esperrar de aquel hombre si no lisonjeaba su ridícula mania, respondió:

—Mi querido du Val, si habeis tomado la indignacion bastante natural de un hombre honrado por la turbacion de un criminal, estoy pronto á demostraros que el remordimiento no me domina hasta el punto de hacerme olvidar una cosa tan importante como el cuidado de mi trage. Como ya os he dicho, quien me viste es Humann: seguramente es el mejor sastre de París, y si quereis, os daré una carta para él. Soy uno de sus buenos parroquianos; tiene tales consideraciones para conmigo, que sirve muy particularmente á los que yo le recomiendo.

—Trae recado de escribir, dijo el magistrado á su ayuda de cámara, y poned bien las señas, querido baron.

—Están bien, contestó el baron cerrando la carta y entregándosela al marqués que leyó en el sobre: A Mr. Humann, calle de Richelieu.

—El marqués estaba ya completamente vestido: habia dado á su pelo una inclinacion conveniente, igualado las vueltas del chaleco y estirado el talle de su frac; estaba calzándose los guantes cuando le dijo el baron:

—Vamos, querido, servicio por servicio; espero que vais á firmar una órden para que se me ponga inmediatamente en libertad.

—¡Yo! contestó el magistrado. ¿Creeis que puedo yo hacerlo? Querido, pesa sobre vos una acusacion terrible.

—Y entonces, ¿por qué me habeis recibido?

—Mi deber es escuchar á los acusados; me parece que he cumplido mas que rigorosamente ese deber, pues no debia haberos interrogado hasta las 24 horas de vuestro arresto. Además, querido, no habeis alegado un solo hecho en vuestro favor; lo mas que puedo hacer por vos es que se os trate con todas las consideraciones posibles.

—Llamad á los gendarmes, añadió dirijiéndose al ayuda de cámara.

—Esto es una iniquidad! esclamó el baron.

El marqués se habia puesto ya los guantes y tenia el sombrero en la mano; púsose derecho y dijo con severidad:

—No agraveis vuestra situacion con ultrajes que me sería preciso castigar.

—¡Vos! esclamó Luizzi exasperado recordando en aquel instante lo que habia sido y lo que era aun el marqués du Val, acordándose á la vez de Mad de Cremancé, de Lucia y de la jóven de casa de la Perine; ¡vos! vos, miserable! ¡vos que reunís todos los vicios!

Los gendarmes aparecieron en aquel instante.

—¡Gendarmes! dijo el marqués lleno de cólera, llevaos al acusado y que sea tratado con toda severidad.

Salió en seguida y los dos gendarmes se llevaron á Luizzi de tal modo abatido por lo que le pasaba, que atravesó parte de la ciudad de Tolosa sin notar que era objeto de la curiosidad de cuantos le encontraban y le conocian.

Si se recuerdan las circunstancias aparentes del encuentro de Luizzi con el Diablo bajo la figura de Mr. de Cerny, se conocerá fácilmente el terror que debió esperimentar el desgraciado Armando al hallarse solo encerrado en el calabozo en que se le metió por la buena recomendacion de su primo el marqués du Val. A los ojos de todos, se habia alejado de la diligencia con un viajero que no habia vuelto á parecer. Aquel viajero era para todos el conde de Cerny, y sobre todo para el poeta que le habia preguntado su nombre y á quien Satanás habia manifestado el del conde.

Ocho dias hacia que el baron se hallaba incomunicado; ocho dias habia que se hallaba separado de la vida de los demás hombres y durante este tiem-

po cada hora, cada minuto se le habia hecho ocho dias. Luizzi nunca habia tenido, durante los 35 años de su vida tanto tiempo para reflexionar. Diez años hacia que habia aceptado la herencia infernal de su padre, y por primera vez habia podido preguntarse despacio la causa de que su vida hubiese sido tan estraordinaria, y por decirlo así, arrebatada en un torbellino de sucesos que le habian dominado siempre; de que el poder sobrenatural de que se hallaba dotado solo le hubiera precipitado á una série de desventuras de las cuales parecia deberle librar aquel mismo poder; preguntóse entonces si esa historia del Génesis que condena al hombre á la desventura desde el momento en que ha tocado el árbol de la ciencia del bien y del mal, es la mas sublime de las verdades, y si no era él una prueba viva de ello pues habia querido penetrar mas adentro que nadie en aquella temible ciencia.

En medio de estas reflexiones, Armando deseaba con frecuencia saber lo que pasaba fuera del calabozo donde se hallaba encerrado. En efecto, podia ver y oir lo que pasaba en los sitios donde se decidia de su vida y de la de cuantos séres amaba aun, y sin embargo vaciló antes de hacerlo, pues hasta tal punto convenia ya en que las confidencias de Satanás solo habian sido para él una claridad funesta que le habia estraviado incesantemente en su camino; y á pesar de su terror al ver perdido su honor, comprometida su vida, á pesar de los temores que le causaban su hermana, Eugenia y Mad. de Cerny, abandonadas á inminentes peligros, resistió á la tentacion y no ajitó su infernal talisman.

Ni lo hizo durante aquellos ocho dias, ni durante el tiempo de sus muchas comparecencias ante los jueces instructores.

El baron quizá hubiera perseverado en tan buena resolucion á pesar de la desesperacion de que estaba poseido, si dos cartas llegadas del esterior no le hubiesen revelado nuevas desgracias y nuevos crímenes.

La primera que se le entregó fué la que habia contribuido á su arresto, la cuál consintió en comunicarle el marqués du Val como pieza del proceso una vez terminada la instruccion. La segunda era la histeria prometida por el literato de la diligencia, la cual tambien habia sido retenida como prueba, porque empezaba con la frase siguiente, frase fatal para Luizzi: «Cuando os dejé en el camino de Bois-Mandé, con Mr. de Cerny etc., etc.» Vuelto á su prision, Luizzi dejó á un lado esta última carta creyendo seria poco interesante, y le yóla de Mad. de Cerny.



XXXI.

La casa de locos.

Debo al fin escribiros, Armando, despues de cinco dias de cautividad, y voy á narraros, con el corazon todavia conmovido y destrozado por una escena terrible, lo que me ha pasado desde nuestra desgracia; desgracia de que no me atrevo á quejarme, comparándola con la que acabo de presenciar, y que os voy á referir, porque en vuestra posicion tal vez os será dado remediarla.

Esta frase fué, por decirlo asi, el re-
pe inesperado que hizo vacilar
Armando; aquella impetracion de su socorro le hizo se
que podia hacer cesar, puesto que tenia en su mano
deroso para librarse de la situacion en que se hal
Este pensamiento pasó como una ligera sombra
jar al parecer huella ninguna. El baron conti
»Pero, á fin de no confundir nuevament
res con el de las desgracias de que he sid
cuanto me ha sucedido desde el instante e

»Despues de vuestra fuga quedé sola con Mr. de Cerny, quien, en aquella entrevista, me confesó con el cinismo del hombre decidido á una accion infame, que me haria pagar con mi honor el descubrimiento del secreto que nos ha reunido, que aun ignoro por quien os ha sido revelado.

»Mr. de Cerny halló en el gabinete las cartas que habiamos escrito; las recogió, y coincidiendo esas cartas con vuestra salida de París, ha hallado materia para una acusacion de adulterio que debe vengarle.

»Lo mas infame en la conducta de Mr. de Cerny, es que cuando me manifestaba sus hediondos proyectos con fria bajeza, no le impulsaba la venganza de su honor ultrajado, sino la de su innoble secreto, el vergonzoso estado á que se vé reducido por la disolucion. Cuando me hablaba asi me creia aun inocente, suponia que lo único que yo habia hecho era huir su persecucion, y que vos solo érais para mí un protector, un amigo generoso.....

»Armando! he querido devolverle el mal que me hacia, he querido herirle en esa horrible vanidad que le ha hecho tan bajo y tan cruel, y le he dicho la verdad..... le he dicho que eres mi amante..... He conseguido mi objeto, le he atormentado terriblemente con cuanto de mas punzante ha podido inspirarme mi amor á tí. No bastaba decir á ese hombre que te amo, que te amo con toda mi alma; porque yo te amo, Armando, te amo porque te he hecho á la vez desgraciado y feliz, porque, si he hecho pesar sobre tu vida un peso que puede abrumarte por largo tiempo, tambien he visto que durante algunas horas de esos pocos dias que hemos estado reunidos, tu alma encontraba la calma en mis palabras, y tu corazon olvidaba su desesperacion en mis miradas; si le hubiera dicho eso solo, no me hubiera comprendido, y su infame conducta me indignó de tal modo que le he herido, le he humillado alli donde el miserable habia concentrado todo su orgullo.

»Sí, le he dicho qne eres mi amante, que te amo; pero le he dicho tambien que me he entregado á tí y le he dicho cómo; le he hablado de ese dia pasado sobre tus rodillas, de esa noche pasada en tus brazos; todo se [illegible]abo, le he pintado el ardor de nuestro amor, y le he enumerado [illegible]estros besos; he descendido hasta ese estremo porque le veia [illegible] de mis palabras, devorarse y torcerse en su impotencia [illegible]asiones, y jamás mujer alguna ha tenido tanto or- [illegible]nomento en ser bella, y tanto placer en hallarse [illegible]biéramos estado encerrados solos en una casa [illegible]o impunemente á Mr. de Cerny todo el mal [illegible]locarme bajo la cuchilla de la ley me habia [illegible] mi esposo no ignoraba que un magistrado

vigilaba la puerta para apoderarse de mí. Por eso salió vencido en la lucha, por eso huyó dejándome en poder de los que me habian preso.

«Entonces fué cuando encontré á la mendiga y os la envié.

« En seguida se me condujo á la cárcel de la ciudad. El majistrado encargado de mi detencion, fué bastante galante para conocer que mi arresto preventivo no debia ser un suplicio mas hediondo que el que podia imponérseme por los jueces; y, no pudiendo cambiar para mí el destino de los aposentos asignados á los detenidos, me preguntó si queria ir á un cuarto particular situado en la parte del edificio, reservado para habitacion de las mujeres asaltadas de una locura cuya violencia no ofrece riesgo en la comunicacion. Entre la locura y el crímen, entre mujeres que han perdido toda su razon y mujeres que han perdido toda su vergüenza, entre las narraciones insensatas de las unas y el lenguaje obsceno de las otras no vacilé un momento: seguí el consejo que me daba el majistrado. Se me alojó convenientemente y pude pensar en mi situacion y escribir á mi padre poniéndolo en su conocimiento. No quise salir de mi habitacion al dia siguiente de mi cautividad; veia, á través de las ventanas, vagar como fantásmas á las locas de ademan imbécil, de ojos estraviados, cantando, hablando, gesticulando; una se coronaba de yerba como para ir á un baile, otra colocaba á su costado su ramillete de novia para ir al altar, otra mecia en sus brazos un trozo de madera cantándole dulces tonadas, ofreciéndole sus pechos, llamándole su hijo: aquella me hizo llorar.

«Sin embargo, consideré que solo me sería posible saber el resultado de los esfuerzos que haria la niña mendiga para volver á mí confundiéndome, sino entre aquellas infelices insensatas, al menos entre las celadoras que las seguian y que cruzaban indiferentemente en todas direcciones por aquella vasta cárcel.

« Bajé al patio, me acerqué á una y á fuerza de dinero conseguí que fuese á informarse si habia venido con objeto de verme una niña á quien yo habia prometido mi proteccion.

« Aquella mujer sabia la causa de mi arresto, sabia mi nombre, sabia que yo podia recompensar un dia su complacencia con liberalidad, y se alejó rápidamente diciéndome que esperase su vuelta.

« Sentéme en un estremo de aquel ancho patio destinado á paseo de las locas; evitaba ver á estas y evitaba que ellas me viesen, cuando de pronto me sorprendieron las miradas de dos mujeres que, colocadas á alguna distancia de mí, me observaban con estraña curiosidad; ambas debian haber sido hermosas, pero ya la edad y el dolor se habian apoderado de una de ellas, al paso que la otra conservaba trazas de mejor salud.

« Esta última llamó tanto mas mi atencion cuanto que me parecia que no me era desconocido su rostro, y creí notar al mismo tiempo que ella por su parte trataba de recordar mi fisonomía. Esta observacion mútua duró algunos mi-

nutos, y acaso me hubiera yo acercado á aquellas dos mujeres, impulsada por un secreto instinto de compasion, cuando volvió la celadora y me dijo que en efecto habia venido á preguntar por mí una mendiga; pero que, con motivo de haber mandado mi esposo que no se me dejase comunicar con nadie, se habia rechazado á aquella niña.

« Esta desgracia, pues lo era en las circunstancias en que yo me hallaba, me hizo olvidar á las dos mujeres que me observaban continuamente y volví á mi cuarto, perdida la esperanza de saber qué habia sido de vos.

« Apenas entré en mi cuarto, ví por la ventana á una de aquellas dos mujeres, á la que habia creido conocer interrogando vivamente á la celadora que acababa de separarse de mí. En medio de mi profunda desesperacion, aquella curiosidad escitó la mia; pero no tanto que deseára satisfacerla en el acto; por otra parte, necesitaba pensar en vos, Armando, en nuestro encuentro tan fortuito, en nuestro amor tan singular, en nuestra dicha tan corta, en nuestra desventura tan pronta.

« Os volveré á ver, Armando? ¿ se estiende á todo lo que se os aproxima la especie de fatalidad que parece perseguiros? Lo temo mucho, y por lo mismo no me asusto; no sé que voz secreta me dice que os amo como debiais ser amado, y que hubiérais sido feliz unido á mí. Es mucha vanidad el pensar así, ¿ no es verdad Armando? Pero creo que os pertenezco enteramente aunque solo he sido un instante vuestra; perseguida, encarcelada como una mujer perdida, me creo de tal modo dispuesta á dar por vos mi vida, mi reputacion y mi libertad, que no puedo menos de creer que mi destino tan rápido y fuertemente unido al vuestro, habia sido creado para hacerme vuestra hermana, vuestra compañera, vuestro sosten.

« El ciego halló en su camino á la niña para que le sirviera de guía; ¿ no he sido yo tambien puesta en el vuestro para tenderos la mano, y no es una desgracia el que os haya encontrado tarde? Perdonad, Armando, perdonad que os hable tanto de mí; pero es preciso que sepais que no me he entregado á vos como me hubiera entregado á cualquiera otro que hubiera estado en vuestro puesto. Puedo decíroslo ahora: la primera palabra que pronunciásteis delante de mí, cayó sobre mi vida tranquila y resignada como la piedra que cae sobre la superficie de un lago límpido y terso; aquella palabra indiferente me turbó; no sé que es lo que me dijo desde el fondo del corazon: ¡Cuidado!

« ¿De qué provenia aquello? Yo no os conocía, habia visto muchos hombres mas nobles, mas hermosos, mas célebres que vos; pero ninguno habia turbado la tranquilidad inalterable de mi espíritu y de mi alma que era mi felicidad; vos sois el único que ha turbado mi corazon, por decirlo así, sin haberme hablado. Aquella emocion me indignó, y vos, Armando, debeis recordar con qué exaltacion elojié á un hombre que ahora debo tener por un miserable. Quise castigaros por haberme hecho dudar de mi imperio

sobre mí misma cuando pronunciásteis aquellas fatales palabras acerca de Mad de Carin, y no sé qué me impulsó á pediros la esplicacion de ellas.

« Aquella necesidad irresistible de hacer una cosa que mi corazon condenaba, era enteramente nueva para mí. Os escribí y acudísteis á la cita que os daba. Quién hizo lo demás, ¿el cielo ó el infierno? Por mas culpable que sea, quiero creer que no me he perdido para perderos.

« Os cuento todo esto, Armando, porque tales son los pensamientos que me han ocupado durante el largo dia que acaba de trascurrir; porque, envuelta en algunos dias en todos los acontecimientos suficientes á llenar una vida, este es el primer momento de calma que he hallado para colocarme frente á frente de mí misma, y preguntarme sino soy á la vez la mas loca y la mas culpable de las mujeres.

« Repaso minuto por minuto, palabra por palabra, estas páginas tan cortas, tan ardientes y tan rápidas de mi vida, preguntándome si me he dejado arrastrar por un delirio, por un vértigo, y ni por un momento encuentro en mi corazon el remordimiento de haberme entregado á tí, y creo que nunca le encontraré tampoco.

« Si supieras, Armando. tú que sin duda te hallas en uno de esos instantes en que devoras las horas con impaciencia precisado á sufrir la lentitud de los asuntos que te detienen, si supieras cuán rápidas pasan las horas para el que tiene fija toda su imajinacion en un pensamiento! Con tal rapidez huyen, que ví llegar la noche repitiéndome á mí misma, puesto que no podia decirtelo á tí: ¡Oh! yo te amo Armando! yo te amo! yo te amo!

» Llegó pues la noche y hubiera pasado como el dia si la celadora no hubiera entrado de repente en mi aposento para turbar aquella preocupacion de mi corazon. Su presencia me recordó la curiosidad de que yo habia sido objeto; y, no sabiendo qué responder á sus ofertas de servirme, ni como proporcionarle la ocasion de ganar una recompensa que no se atrevia á solicitar, la pregunté quienes eran las dos locas que yo habia visto juntas entre tantas como paseaban aisladas, porque aquí he sabido una cosa que me ha horrorizado, y es, que la locura ofrece la particularidad de que nunca se hablan ni se favorecen dos locos. ¿Desaparece el corazon con la razon? La celadora respondió á mi pregunta con otra.

—« ¿No habeis conocido á la mas jóven? Pues ella os ha conocido.

—¿Quién es? dije yó.

—Os diré su nombre, contestó en voz baja la celadora, aunque está prohibido manifestarle á los forasteros por consideraciones á su familia; es Mad. de Carin.

»Yo dí un grito de sorpresa.

»Mad. de Carin! entiendes Armando? La mujer á quien se referian las fatales palabras que nos unieron; Mad. de Carin, á quien se calumnió de-

lante de mí, y yo lo consentí sabiendo que era inocente, por no herir la baja vanidad del hombre cuyo nombre llevaba yo; Mad. de Carin la loca encerrada con Mad. de Cerny la adúltera! Armando, no puedo esplicaros lo que pasó en mí; creí ver el castigo alzándose al lado de la falta y entonces me convencí de que todas esas palabras vanas y mal intencionadas que con tanta ligereza dejamos correr en la sociedad pueden quebrantar las existencias mas fuertes.

»Ah! si yo no hubiera consentido que se calumniase á Mad. de Carin, no me hubiérais contestado vos, Armando, no os hubiera yo conocido, no me veria encerrada en la misma prision que ella. Todos estos pensamientos me asaltaban en tanto que la celadora procuraba esplicarme que Mad. de Carin se veia perseguida de una idea fija, y que Mr. de Carin habia querido matar á Mr. de Vaucloix. Su relato debia parecerme poco interesante al lado de mis pensamientos, y apenas la presté oido mientras me decia que la otra loca era una mujer de vuestro pais llamada Enriqueta Buré que se figuraba haber estado encerrada durante muchos años en un subterráneo donde parió, y del cual se la sacó para encerrarla en una casa de locos, quitándole la criatura. Llegó la hora de cerrar las puertas, se me encerro, y quedé dormida. Por la primera vez de mi vida conoci que el cansancio del cuerpo es el refugio del cansancio del alma; y como habia pasado en tan cruel agitacion las noches anteriores, no desperté al dia siguiente hasta mucho despues de salir el sol. Mi primer pensamiento fuiste tú, y me apresuré á bajar. Parecia que la celadora tenia alguna noticia de importancia que darme, porque asi que me vió atravesó con rapidez el patio, y corrió hácia mí.

—Ha venido alguien á preguntar por mí? la dije.

—Está aqui la niña, me respondió.

—Se la ha dejado entrar?

—Hubiera sido dificil rehusarle la entrada, porque se la ha mandado aqui acusada de robo.

—Esa niña! esclamé, esa niña! es imposible.

—Señora, contestó la celadora, ella misma se alaba de ello y se lo dice á quien quiere oirlo; si podeis verla, vereis como os lo cuenta.

»Entonces pensé en el bolsillo que habia confiado á aquella niña; creí que se le habia guardado, y aunque esta suposicion me quitaba la esperanza de saber lo que habia sido de vos, sentí haber tentado la miseria de aquella desventurada, y el que mi encuentro le hubiese sido fatal. Pedí que me permitiesen verla, y me dijo la celadora:

—Esta noche antes de la hora de recogerse haré que venga á vuestra habitacion: solo se echará de menos al retirarse á dormir todos, pero diré que se ha ido á acostar temprano. Es preciso que se quede con vos toda la noche, porque hasta mañana no podré llevarla á la pieza de las detenidas.

—Bien, pasará conmigo la noche, dije.

Un momento despues ví á Mad. de Carin y á Enriqueta Buré, la otra loca, que no se separaba de ella nunca. Me pareció que huian de mí y creí que se les habia manifestado la causa de mi detencion; olvidé que estaban locas y me sentí humillada: pasaron, y no pude menos de seguirlas con la vista. Entonces fué cuando noté que ellas eran las únicas entre todas las locas que paseaban juntas, y juntas conversaban; tambien me dijo la celadora que dormian en un mismo cuarto. No puedo esplicaros qué singular sentimiento me llevaba hácia aquellas dos mujeres, y me alejaba de ellas al mismo tiempo. Queria hablarles y tenia miedo: temia que mi interés hácia ellas se desvaneciese ante las palabras insensatas que repugnaba oir de otros labios. Conocia que necesitaba conservar mi compasion, y no pudiendo consolarlas queria seguir compadeciéndolas.

«En este punto de mis reflexiones me hallaba, cuando una de las locas que paseaban por el patio se dirigió á mí dando grandes carcajadas y contando que habia sido querida de Napoleon y coronada emperatriz de los franceses. Me volví y quise meterme en mi habitacion; pero como si el ejemplo de aquella mujer hubiera llamado á las otras, llegaron una porcion de ellas acosándome con sus gritos, sus súplicas y sus imprecaciones; una me tomaba por la rival que le habia quitado su amante, ésta por la infame que le habia entregado á sus verdugos, la otra por la bruja que habia chupado la sangre de su hijo. Me hallaba sola en medio de todas aquellas mujeres; no puedo esplicaros el terror que se apoderó de mí: aquel círculo de rostros dementes, aquel concierto de palabras insensatas me aturdieron, me helaron, me dieron miedo. Conocí que mi razon se trastornaba, sentí que palidecia y temblaba, é iba á caer en aquel mismo sitio que no podia dejar, cuando Mad. de Carin y su compañera se acercaron á mí vivamente y me arrancaron á la furia de aquellas insensatas; me condujeron hasta la puerta de mi habitacion, y la llamada Enriqueta Buré me dijo con una dulzura que me llegó al corazon:

—Entrad á vuestro cuarto, señora, y si os veis precisada á permanecer mucho tiempo en este lado del edificio, esponeos lo menos posible á estos espectáculos porque pudria sucumbir vuestra razon.

—Sí, añadió Mad. de Carin, permaneced en vuestro cuarto, porque, á no ser por Enriqueta que me ha salvado, quizá yo tambien me hubiera vuelto loca.

»Mad. de Carin no se creia loca! Conservaba yo la razon, yo que no hablaba mas razonablemente que ella? La tranquilidad y la ayuda de aquellas dos mujeres me espantaron aun mas que el delirio de las otras, y volví á mi cuarto anonadada, trastornada, dudando de mí.

«Esperé la llegada de la mendiga con terrible ansiedad; me parecia que aquella niña, hablándome de lo que me habia sucedido me sacaria de du-

das acerca del estado de mi razon. Necesitaba para conocerle el testimonio estraño. ¡Terrible fue aquel dia: yo me tapaba los oidos para no oir los gritos agudos de las desgraciadas que andaban por el patio; me ocultaba por no ver los rostros que iban á asomarse á mi ventana, y por fin llegó la noche sin que mi terror se hubiese calmado. Armando! no puedo contaros todo lo que he hecho; casi me he vuelto loca por desechar la idea de que lo estaba; buscaba todos los recuerdos de mi infancia para convencerme de que no estaban borrados; queria absolutamente recordar el nombre y el número de las personas que habia visto tal dia; estaba loca en fin de miedo de estarlo, cuando ví aparecer á la mendiga; me dirigí corriendo hácia ella, Armando, me puse bajo la proteccion de aquella niña á quien habia recojido en medio del camino. Su primera palabra me consoló mas que todos mis esfuerzos: me habló de vos:

—«Le he visto, me dijo la niña.

«Y me contó lo que la habiais dicho. Vos me salvareis, Armando; no es cierto que me salvareis? Ah! ya me habeis salvado: he podido al fin pensar en vos, me he dirijido á vos, he esperado en vos; he recobrado mi razon y soy dichosa.»

«Hasta ahora no hemos esplicado las emociones que esta carta despertaba en el corazon de Luizzi. Para hacerlo hubiéramos tenido que interrumpir cada frase la lectura. Pero en aquel instante se interrumpió él mismo, sintiendo oprimido su corazon viendo que la condesa imploraba su proteccion. Aquella mujer encerrada entre locas confiaba en el que se hallaba encerrado entre criminales! Echó en torno suyo una mirada de desesperacion: se hallaba solo..... solo.... y lloró. Lloró al verse solo; se atrevió á llorar porque estaba solo. Débil y orgulloso!

Al fin se calmó un tanto aquel dolor y Armando continuó la carta que decia:

«La mendiga me ha dicho una cosa que me alarma cruelmente y me admira. Mr. de Cerny llegó en silla de posta con una mujer, y la mañana siguiente continuó con la misma mujer camino de Tolosa. Iba en vuestra persecucion? En este caso no hubiera buscado tan estraño compañero de viaje. Esta reflexion me ha tranquilizado un poco.»

Este párrafo de la carta de Mad. de Cerny asombró á Luizzi, quien se preguntó entonces si era posible que la carta que habia escrito á Carolina hubiese sido interceptada por su marido ó por Julieta y que esta la hubiese manifestado á Mr. de Cerny enviándole asi en persecucion de Leonía. Esta no hablaba de la contestacion de Mad. Peyrol que podia haber llegado ya á Orleans, ni de Carolina que debia estar ya en aquella ciudad. Hasta nació en su espíritu una singular sospecha, y era que podia ser la misma Julieta la que acompañaba al conde de Cerny; pero cuando reflexionó acerca de aquella suposicion y la halló tan poco razonable la abandonó inmediatamente para continuar la lectura de la carta.

«Ay! Armando! era tan poco lo que podia ocuparme de vos que una hora despues de la llegada de la mendiga pude ocuparme de la suerte de aquella niña. Me dijo que os habia entregado el oro que yo os habia enviado; creí que esto era mentira, pero dije á la mendiga:

—«Escuchadme, hija mia; agradezco lo bastante que habeis hecho por mí para perdonaros una falta que vuestra miseria disculpa hasta cierto punto. Habeis entrado en esta casa despues de cometer un robo; si estais presa á causa del oro que os entregué y que os habeis guardado os prometo afirmar delante de los jueces que yo os habia dado aquel dinero, y asi se os pondrá en libertad.

«No podeis imaginaros, Armando, el dolor, la indignacion y la sorpresa que estallaron de repente en el rostro de aquella niña.

—Sí, esclamó llorando; he robado, señora, pero no vuestro dinero; he robado, porque no he podido penetrar aqui á no ser haciendo que me prendieran; dije al caballero que lo haria y lo he hecho, él podrá deciros si es cierto. No he robado por mí, he robado por vos, señora, he robado por vos.

«Oh, amigo mio! si supiérais cuán pequeña me he creido al lado de aquella niña! La hubiera pedido perdon de rodillas por mis sospechas; la he estrechado en mis brazos, y me ha costado el mayor trabajo enjugar sus lágrimas; era tan desgraciada, y yo habia sido tan ingrata para con ella. Despues de esto no estrañareis que olvidase un instante nuestra situacion para informarme de la de aquella niña; la pregunté lo que era, quién era, quise saber la historia que debia habernos contado á los dos, y que yo sola oí.

«Esta historia es á la vez sencilla y admirable. Dice la niña que pasó los primeros años de su vida encerrada con su madre en una habitacion donde no entraba nadie mas que un hombre. Ha nacido esa niña en una cárcel? Seria aquel hombre el carcelero que iba todos los dias á llevar la comida á los presos? Pero á través de los recuerdos confusos de esta desventurada me ha parecido conocer que no podia ser una cárcel aquella mansion porque las conversaciones de que se acuerda no son propias de un carcelero y una presa; sin embargo, recuerda el nombre que su madre la enseñó á pronunciar y los sucesos que ésta la decia habian causado su detencion.

«Un dia se la arrebataron á su madre, y se encontró en los *Espósitos* de Orleans. Aquella nueva vida—pues parece que fué enteramente nueva para la niña—borró rápidamente el recuerdo de sus primeros años. Hasta entonces nada habia visto, ni el cielo, ni la luz del dia, ni una flor, ni un árbol, ningun ser viviente, escepto á su madre y al que guardaba á ambas. Esto es muy sorprendente, Armando, porque en Francia no hay cárcel tan rigorosa como la en que se encerró á la madre de la niña. Sin embargo, no atreviéndome á suponer un crimen abominable, acusé de infieles los recuer-

dos de la mendiga, que muy pronto debian serme esplicados de una manera singular. En esto pasó una parte de la noche; me contó tambien la niña, que perseguida por la idea de recobrar á su madre, se habia escapado de los *Espósitos*, y me decidí á suplicar al director de la casa que se me dejase aquella jóven para mi servicio, esplicándole cuál habia sido la causa de su crímen, encargándole que en mi nombre interesase por ella á las personas que la habian acusado ante un tribunal. Por esto no se la entregué á la celadora cuando fué á buscarla por la mañana; la misma celadora tuvo la condescendencia de encargarse de entregar al director la carta que yo habia preparado al afecto. A consecuencia del terrible susto que se me habia hecho pasar el dia anterior no quise bajar al patio. La niña que estaba desocupada en mi cuarto, miraba por la ventana con el rostro pegado á los cristales; de repente se oyó en el patio un grito de indefinible espresion, y la mendiga se volvió hácia mí esclamando en un estado de turbacion estrema:

—Ah! Dios mio! Dios mio! Dios mio!

«Y cayó de rodillas repitiendo la misma invocacion. Corrí hácia ella, y en aquel instante se abrió con fracaso la puerta, y ví á la loca llamada Enriqueta Buré; yo me habia colocado por un movimiento instintivo delante de la mendiga, presintiendo que su vista habia escitado el parasismo de aquella insensata, y queria librarla de su repentino furor. La loca parecia hallarse exasperada; se detuvo un momento en el umbral de la puerta con los brazos estendidos como para estorvar el paso; examinó la habitacion con una mirada centelleante como el relámpago y descubrí detras de mí á la niña.

«Antes de que yo hubiese adivinado que la habia visto, Enriqueta se lanzó hácia mí, y con una violencia á que no pude resistir me apartó y me lanzó, por decirlo asi, al estremó del aposento. Alzó á la niña, y la contempló con los ojos fijos en ella, y luego, sin pronunciar una palabra, sin exhalar un grito la apretó en sus brazos con una violencia que me espantaba. Me adelanté para arrancar aquella niña á la loca; pero ésta adivinó mi intento, y cogiendo á la jóven con una fuerza que solo el delirio podia dar á aquel cuerpo tan débil, huyó con ella fuera de la habitacion. Yo las perseguí pidiendo socorro, pero la loca huia con tal rapidez que temí se estrellara cayendo y malparara al mismo tiempo á la desgraciada mendiga. Acudieron dos celadoras á mis gritos, y se unieron á mí para perseguirla. Entonces, viéndose próxima á ser alcanzada, se puso á gritar á su vez, llamando: Luisa! Luisa!

«Este es sin duda el nombre de Mad. de Carin, pues esta apareció en seguida, y colocándose resueltamente entre su amiga y nosotras, nos detuvo en tanto que Enriqueta rendida estrechaba á la niña contra su seno fijando en nosotros una mirada centelleante:

—Por qué perseguís á Enriqueta, si sabeis muy bien que no está loca? dijo Mad. de Carin á las celadoras.

«Y como aquellas mujeres no pareciesen querer detenerse ante estas palabras pronunciadas con todas las apariencias de la razon, se dirigió vivamente á mí esclamando:



—Oh! señora, impedid que maltraten á Enriqueta.

—Yo no quiero que se la maltrate, contesté; quiero que me devuelva esa niña.....

»Mad. de Carin se volvió por primera vez á Enriqueta, y vió que tenia una jóven entre sus brazos. Se acercó á su amiga; pero ésta cogió una piedra, y esclamó amenazándola:

—Feliz! Feliz! si te acercas, te mato.

«Al oir estas palabras, retrocedió Mad. de Carin dando un grito.

—Oh! es imposible, dijo: Enriqueta! Enriqueta! añadió acercándose á ésta, no me conoces? Soy yo, soy Luisa, soy tu amiga.

«Esta voz calmó un poco al parecer á aquella desgraciada, pues contestó con menos cólera:

—Vete, Hortensia, vete! Tú tambien me has abandonado, me has entregado á tu hermano, tú que tienes hijos, le has ayudado á robarme mi hija.

«Mad. de Carin nos miró; se veia en su rostro la espresion de un terror indecible. Quise acercarme á mi vez á Enriqueta, pero ésta se volvió mí, y me dijo con salvage energía:

—Qué me quereis, señora? qué me quereis, madre mia? Me habeis encerrado y maldecido; he aceptado vuestra maldicion, y quiero vivir encarcelada; estoy aqui bien, estoy aqui bien con mi hija, no quiero salir.

«Mientras Enriqueta hablaba asi, Mad. de Carin la contemplaba con un espanto que aumentaba por instantes; se apoderó de ella un temblor nervioso, su rostro tomó á su vez la espresion del estravio; llevó la mano á la frente, y esclamó con dolorosos sollozos:

—Ay! han conseguido su intento; está loca, y yo..... y yo.....

«Balbuceó muchas veces estas palabras, y cayó á mi lado sin sentido.

«La miró Enriqueta; Enriqueta que el dia anterior parecia amarla tanto, la vió con frialdad revolcarse en el suelo, presa de horribles convulsiones. Otras mujeres que se habian acercado mientras pasaba todo esto, se llevaron á Mad. de Carin, y quisieron en seguida arrancar á la mendiga de los brazos de la loca que la conservaba fuertemente asida; pero la niña se dirigió á mí esclamando:

—Señora, señora, protegedme; es mi madre, es mi madre, la conozco.

«Yo estaba como anonadada y no sabia qué decir. No se queria hacer caso de las súplicas de la niña ni del furor de la madre; pero acudió felizmente el médico en aquel instante y mandó que se las dejase juntas; habló á Enriqueta diciendo que no se la quitaria su hija, y la condujo por sí mismo á su habitacion. Yo le dije por qué me interesaba por aquella jóven, y le rogué volviese á informarme de lo que pasára entre la loca y ella.

—Señora, me respondió, quizá en este momento voy á penetrar un misterio cuyo descubrimiento procuro hace algunos años, y quisiera que un testigo como vos presenciara lo que vá á pasar. Seguimos á la loca que habia entrado ya en su cuarto; tenia á su hija sobre las rodillas como si fuera

pequeñita; la mecia y cantaba dulcemente como para dormirla. Luego, se interrumpió de pronto para decirla:—Oye, hija mia, oye; si alguna vez sales de esta tumba, acuérdate de decir que eres hija de Enriqueta Buré. Tu padre se llama.....

—Leon Lannois, la interrumpió la niña.

«Al oir esta respuesta, se estremeció el médico, y me apretó el brazo como para advertirme que escuchara atentamente.

—Leon Lannois! conservad bien ese nombre me dijo.

«La madre continuó:

—Y te acordarás del nombre de nuestro perseguidor?

«La niña pareció registrar su memoria, y respondió:

—Sí, sí, es el capitan Félix Ridaire.

«El médico articuló una sorda esclamacion de sorpresa, al paso que yo escuchaba sin comprender.

—Tambien sabes el nombre de tu tia, no es verdad? De tu tia con quien tanto contaba yo?

—Sí, mamá, dijo la niña, Hortensia Buré, mujer de mi tio Luis Buré; y tambien me acordaré, añadió lentamente, como si fuera recobrando uno por uno sus recuerdos, tambien me acordaré de Juan, á quien fuisteis á ver cuando estaba malo el dia que vísteis á mi padre por primera vez. Me acuerdo de todo ya, madre mia.

—Y era verdad todo! murmuró el médico.

«Luego continuó la loca:

—Bien, hija mia, bien; mira bien á Félix, mira bien á tu verdugo cuando vuelva, mírale bien, para que le conozcas cuando le encuentres. Voy á meterte en la cama para que no vea que le miras.

«La niña pareció admirarse por primera vez de las palabras de la loca; el médico se acorcó á ella, y le dijo por lo bajo:

—Haz todo lo que quiera, hija mia; volveremos pronto vuestra protectora y yo.

«Entonces, y sin que la pobre loca lo viera, cogió un cuaderno de papel que estaba escondido en un rincon del cuarto, y me le dió diciéndome:

—Leed esto, señora, y vos que me consta sois una mujer de espíritu elevado, me direis lo que debo pensar de este singular encuentro.

«Leí aquel manuscrito, y os le envio á fin de que vos que estais en libertad, podais consultar algun jurisconsulto acerca del asunto de que se trata.

Aquel manuscrito contenia poco mas ó menos el relato que insertamos en el tomo primero de estas memorias, relativo á los infortunios de Enriquéta Buré. La carta continuaba de este modo:

«Al terminar la lectura del manuscrito, comparé en mi pensamiento

los recuerdos confusos de la mendiga, y la narracion de la desventurada Enriqueta; habia recordado palabra por palabra la escena en que la niña en presencia de su madre habia recordado los nombres que me habia dicho haber olvidado, y que yo habia reconocido en el manuscrito de Enriqueta. Me hallaba aterrada por lo que creia descubrir, cuando apareció el médico.

—Y bien, me dijo habeis leido ese manuscrito?

—Sí; le contesté, la que escribió eso no estaba loca.

—Pero lo está ya, dijo el médico; habia agotado en el dolor y la desesperacion todo el valor que Dios la habia concedido; su alegria al ver realizadas sus esperanzas la ha privado de la razon.

—Cómo! esclamé yo: loca cuando se iba á probar que nunca lo habia estado!

—Es una desgracia muy grande, no es verdad? me dijo el médico, que parecia hallarse aun mas aterrado que yo por aquel terrible descubrimiento.

—Pero, y Mad. de Carin? le dije acordándome de aquella desventurada.

—Ah! lo que es esa, me contestó el médico, tiene verdaderamente una idea fija, del todo incurable; ha escrito tambien su historia, y os la enseñaré si os mueve la curiosidad de verla. Lo notable de su historia es que está escrita con una precision, una destreza y una hipocresia de que las personas de la buena sociedad no juzgan capaz á una insensata. Tiene buen cuidado de ocultar la mala conducta que obligó á su esposo á obrar severamente con ella, y apenas nombra en su relato á un hombre que ha sido pública y notoriamente su amante.

—Y ese nombre? esclamé yo como iluminada por una repentina claridad; y ese nombre? es el de Mr. de Cerny, no es verdad?

«El médico bajó los ojos, y me respondió como hombre que cree haber ido demasiado lejos en sus confianzas:

—Me creo en el deber de preveniros que le hallareis en la historia de que os hablo.

—Pero no ha sido su amante, caballero.

«El médico me miró estupefacto.

«No estoy loca, le dije; conservo mi razon, estoy aqui como culpable de adulterio, estoy aqui bajo la acusacion de Mr. de Cerny, y os aseguro que mi esposo no ha sido amante de Mad. de Carin, porque es imposible; ved aqui por qué.

«Y se lo conté todo al médico, Armando, y si hubiérais visto el asombro y el horror de aquel hombre, hubiérais creido que este dia estaba destinado á hacer dudar á todos de su propia razon.

«Oh! si no se debe creer en esa locura, me dijo con aire consternado, es preciso creer en muchos crímenes.

—No sé donde hubieran podido terminar tantos descubrimientos; pero fué interrumpida mi conversacion con el médico por la entrada de una celadora que me anunció la llegada de mi padre. El médico se retiró, y casi en seguida entró Mr. de Assimbert.

«Ya conoceis á mi padre, Armando; ya sabeis que siempre ha sido hombre de mundo, que ha continuado su vida con la misma frivolidad que la empezó; yo temia su venida, sentia á pesar mio, tener que sufrir la magestuosa autoridad de un padre, y temia aun mas la ligereza con que podia hablarme. Pero me habia engañado, fué indulgente y bueno para mí; al condenarme me disculpó, quizá no como yo hubiera querido, pero sí porque, segun él, yo no habia hecho, teniendo un amante, sino lo que habian hecho todas las mujeres que él conocia. Lo que no me perdonó fué mi fuga, y lo que escitaba su furor era la conducta de Mr. de Cerny.

«Un noble, esclamo, frente á frente de un noble, un Cerny frente á frente de un Luizzi!... y en vez de penetrar en vuestro cuarto con un comisario de policia, no debiera haber entrado con dos espadas? No hubiera sido mejor que os hubiera matado á los dos?

»Esta noble cólera, ó mas bien esta cólera noble me consoló mucho; yo tenia una gran satisfacion en que mi padre prefiriese mi muerte á la infamia de un juicio, y le estreché la mano agradecida en tanto que el continuaba:

—Se condujo como un villano, como un comerciante de la Cité, ó un abogado sin causas que paga una con su honor.

»Y como mi padre se admirase al oir estas palabras, se lo conté todo, Armando, preciso es confesarlo todo, es preciso decíroslo, su bondad para conmigo, la gravedad que le habia inspirado su nombre de padre, la rabia que le causaba la conducta de Mr. de Cerny, nada en fin pudo contenerle al oir mi relato y cuando le dije el fatal secreto de mi esposo, se echó á reir ajitándose en su asiento y repitiendo sin cesar: ¡Impotente! Luego esclamó en medio de su hilaridad:

—¡Oh! donde estais, mis buenos parlamentos? Qué proceso tan delicioso hubiéramos tenido! Yo le hubiera hecho reconocer por todos los facultativos de Paris; no hubiera salido á la calle sin que los muchachos le hubiesen tirado piedras, y confieso que ahora detesto mas que nnnca á los filósofos y la revolucion que lo han cambiado todo.

»Despues de mil esfueszos, conseguí al fin hacerle entrar en razon. Convino en tomar varias medidas para conseguir mi libertad y me dijo que volveria á verme á la mañana siguiente con B... nuestro abogado á quien ha traido de París. Os escribo esta carta esperándolos, Armando; mi padre hará que llegue á vuestras manos porque de otro modo no me seria dado enviárosla; contestadme con sobre á él y á la lista y anunciadme vuestro regreso, porque tengo necesidad de veros. Devolvedme el manuscrito de

Enriqueta Buré, despues de tomar los informes necesarios; no olvideis que aun nos falta devolver una hija á su madre y que acabo de citaros un triste ejemplo de la desgracia que puede causar un reconocimiento imprevisto.

»En el momento de ir á terminar esta carta, llega el médico y me anuncia que cada vez es mas alarmante el estado de Mad. de Carin. Enriqueta ha perdido enteramente la razon; mece á su hija, canta, repite siempre la misma cosa y se cree encerrada en la horrible prision donde dió á luz á su hija. Concluyo mi carta, Armando, porque concluye el dia, y á pesar de las consideraciones con que se me trata, no se me permite luz. Voy á pensar en tí, porque tengo necesidad de ello despues de las terribles emociones que he esperimentado en tan pocos dias. ¿Te acuerdas de aquel carruaje en que, muriéndome de frio y de miedo, te pedia yo que me amaras, que fueras mio? No olvides lo que me dijiste. La duda invade mi corazon conforme voy escribiendo las cosas de que acabo de ser testigo. ¡Dios mio! ¿qué hay pues verdadero en este mundo? Seré yo mas loca que todas las mujeres que me rodean, yo que no podría vivir si no tuviera en tí tanta fé como en un Dios? Hasta muy pronto, Armando, hasta muy pronto. Vuelve, vuelve cuanto antes! No sé que miedo siento cuando la desesperacion se apodera de mí: me parece que en este instante me sobreviene una desgracia ó te sobreviene á tí. Esta debilidad es mas fuerte que yo; tú solo puedes vencerla, ven, ven!=Leonia.»

Diversos fueron los pensamientos y las emociones de Armando durante la lectura de esta carta; pero no fueron en él lo que hubieran sido on otro: le sumieron en una tristeza espantosa. Todas aquellas personas á quienes habia encontrado en el camino desde su salida de Paris hasta entonces; Periquillo, el ciego, la mendiga, el abate de Serac, Juanita y hasta aquel Fernando que le prometia una narracion que le daba miedo, luego aparecen Enriqueta Buré y Mad. de Carin; todos volvian á aparecer como los actores de un drama que toca á su fin; y él, que era el principal personage de este drama, ¿no tocaba tambien al desenlace de su vida? Y hallándose acusado de un cruel asesinato, debia verificarse en un cadalso este desenlace?

Largo rato le preocupó este pensamiento; le preocupó lo bastante para que no oyese á su carcelero, que se presentó á anunciarle que habia terminado su incomunicacion, y que podia bajar al patio y mezclarse con los demas presos. Admirado el carcelero de que Luizzi acogiese con tanta indiferencia una noticia que por lo comun causa tanta alegria, la repitió contentándose con decirle:

—Lo habeis oido? Os he dicho que estais en libertad.

Estas palabras hicieron dar un salto á Luizzi que esclamó á su vez.

—Libre! libre! Y en seguida se lanzó fuera de su encierro imaginándose que iba á dejar la cárcel; pero apenas bajó la escalera que conducia al patio,

se detuvo de repente y se volvió el carcelero que le habia seguido riéndose o cual prueba que un carcelero puede reirse.

—Estoy loco, le dijo Luizzi; no me acordaba que no sé por donde se sale de esta cárcel.

—Salir de la cárcel! esclamó el carcelero; os he dicho que podeis salir de vuestro aposento. Olvidais que vais á comparecer ante el tribunal en su próxima sesion? Toda la libertad que hasta entonces se os concede es la de pasear con vuestros compañeros.

Armando no respondió, antes que el carcelero hubiese acabado de hablar, ya habia recobrado por completo el recuerdo de su situacion: la libertad que se le concedia consistia en algunos pasos, se limitaba á veinte toesas comprendidas entre cuatro paredes. Dirigió una rápida ojeada á aquel patio, donde paseaban hombres hediondos, jóvenes y ancianos, casi todos llegados á la decrepitud del alma, casi todos embrutecidos por el vicio que conduce al crimen, y por el crimen que conduce al vicio; iba á retirarse, cuando vió á un hombre que le miraba atentamente. Armando temió encontrar aun alguno de los que se habian mezclado en su vida entre los miserables que habitaban la misma cárcel que él. Iba á retirarse; pero no le dió tiempo para ello aquel hombre, que se aproximó á él y le dijo con voz fuerte:

—No sois el hermano de la religiosa llamada sor Angélica?

—Sí, contestó el baron.

—Con qué sois vos quien tiene la culpa de la muerte de mi padre y de la de mi hijo?

—Yo?

—Yo me llamo Santiago Bruno, dijo el preso. Luizzi le conoció entonces y le preguntó:

—Por qué estais aqui? Vos en este sitio!

—Vos tambien lo estais, contestó Santiago.

—Yo estoy por un crimen que no he cometido.

Es imposible esplicar la espresion de rencor que tomó entonces el rostro del campesino.

—Eso lo decidirán los jurados.

—Y á vos, dijo Luizzi, qué es lo que os ha traido aquí?

—Una buena accion. Chiquitin mató á mi padre y á mi hijo y yo he matado á Chiquitin.

—Pero cómo es que estais en la cárcel de Tolosa habiendo cometido el delito en las cercanias de Vitré?

—Fuí preso ayer, y hacia ya mucho tiempo que habia huido de mi pais.

Luizzi miró con mas particular atencion á Santiago Bruno, y le pareció haber visto á aquel hombre despues del dia en que le vió en la granja; pero dónde le habia visto? esto era lo que no podia recordar.

El pensamiento que habia preocupado á Luizzi antes que el carcelero fuese á ponerle en comunicacion, se apoderó de él con mas fuerza que nunca; pero esta vez, en lugar de rechazarle con horror, le acogió y se entregó á él con ardor.

Fuese fatal ó no el desenlace que debia ya aproximarse, Armando se sintió poseido de un gran deseo de concluir con el misterio que le rodeaba, y en medio del cual caminaba como un ciego, tropezando al menor acontecimiento de su vida, estraviándose en las sendas que parecian tan fáciles á los demas. Impulsado por esta idea, volvió á su aposento y se decidió á leer la carta que le habia sido escrita por el poeta, y que habia arrojado á un lado con desden.

La insertaremos aqui testualmente; pero declaramos que lo hacemos sin cargar con ningun género de responsabilidad.

«Muy señor mio: Cuando os dejé en la carretera de Sar..... á Bois-Mandé con Mr. de Cerny, os prometi sino contaros mi historia, al menos recordaros nuestro primer encuentro, y deciros lo ocurrido despues. Acordaos de Bois-Mandé; acordaos de la cama del papa; acordaos de la jóven que se entregó á un hombre que viajaba en el mismo carruaje que vos; acordaos de que aquel viajero mató al hombre que queria castigarle, y que se llevó á la jóven que se habia entregado á él. Aquel viajero era yo.

—No me equivoqué, murmuró para sí Armando, olvidando en su preocupacion que el Diablo le habia manifestado esta circunstancia; no me equivoqué; ha llegado la hora, y esto es una nueva luz que la suerte me envia; quisiera Dios que la desgracia que me persigue no me hubiera hecho cometer una nueva imprudencia, confiando la carta que he escrito á Mad. de Cauny al postillon que debia conducir á esa Juanita á quien mi fatal destino me ha hecho quizá volver á encontrar en Bois-Mandé!

Luizzi continuó la carta de Fernando bajo la impresion de este temor.

»Acordaos tambien de que aquella mujer parecia encerrar en sí alguna cosa estraordinaria.

Luizzi recordó estas palabras de Fernando y recordó tambien que el mayoral al hablar de Juanita le habia dicho que su historia no era la de una moza de posada, que no se habia criado para el puesto que ocupaba.

Estas circunstancias que fué recordando Armando doblaron su curiosidad y le hicieron abanzar con mas resolucion aun por la senda de los descubrimientos en que parecia hallarse empeñado, y continuó:

«No era estraño que en aquella jóven hubiese alguna cosa estraordinaria, porque su condicion no la correspondia; era hija de un pobre convertido en gran señor: la historia de este hombre es inaudita. Mucho antes de la revolucion se llamaba Bricoin y era maestro de baile. Se habia casado antes del año 89; pero en el de 93 ó 94 le ocurrió la idea de apoderarse de los bienes y la mano de cierta Mad. de Cauny á cuyo esposo

habia hecho condenar á muerte. Se las compuso tan bien que se casó con ella y abandonó á su primera mujer y una hija llamada Mariquita que habia tenido de ella. Entonces para esquivar la ley que hubiera podido castigarle como bigamo, cambió de apellido tomando el de Mr. de Paradéze; y por una dicha que por lo comun solo tienen los mas viles criminales, murió su mujer antes de haber podido descubrir lo que él era y dejó á su hija en la mayor miseria, tanto que para librarse de ella tuvo que entregarse á la disolucion.»

El nombre de Mariquita, la palabra disolucion, el abandono en Tolosa, todo en fin reuniéndose en la imaginacion de Luizzi recordaba á éste lo que le habia dicho la Perine acerca de una jóven llamada Mariquita que habia sido entregada por ella al padre de Armando. Era Juanita hermana suya? En este caso ¿habria cooperado él mismo á salvar al que debia perderla; del mismo modo que habia entregado á otra hermana suya, á Carolina, al miserable que era dueño de ella? Armando no se atrevió á detenerse en esta suposicion estravagante y continuó la lectura de aquella carta con una ansiedad cada vez mas punzante.

«No sucedió á la hija lo que á la madre: la hija logró descubrir el apellido que su padre habia tomado y donde residia; y, hace alrededor de dos años que se trasladó á Bois-Mandé, á casa de Mr. de Paradéze, llevando consigo la hija que habia parido en la casa de prostitucion de la Perine.»

Esta circunstancia hizo estremecer al baron. En efecto, cuanto mas leia mas confirmado hallaba el presentimiento de que aquel escrito contenia grandes revelaciones. Para cualquier otro hombre que no fuese Armando, para cualquiera otra vida que no fuese la suya, se hubieran necesitado pruebas mas convincentes; solo hacer nacer la sospecha de que Juanita pudiese ser su hermana; pero, despues de aquellos sorprendentes encuentros no vaciló en tomar la semi-revelacion de Fernando por un aviso de la suerte, aunque se hallase bastante lejos de suponer que el secreto que acababa de descubrirse estaba muy distante del terrible secreto que le quedaba por saber. Sin embargo continuó la lectura de la carta del poeta.

«Mariquita, al llegar á Bois-Mandé provista de la partida de casamiento de su madre y de la de bautismo por la cual acreditaba que era hija de Bricoin, asustó lo bastante al anciano para obligarle al cuidado de su existencia y de la de su hija. Mr. de Paradéze se hizo cargo de la niña y envió á Mariquita á Tolosa con una pension tan miserable que la jóven se vió precisada á ponerse á servir en una casa de la ciudad: Mariquita, con una destreza muy propia de ella, habia ocultado cuidadosámente á su padre la muerte de Mad. Bricoin á fin de que Mr. de Paradéze se hallase á su disposion temeroso de ser acusado de bigamia; pero al año de haber salido de casa de su padre supo este la muerte de su primera esposa. Entonces viéndose libre de todo temor, si bien no podia suprimir la pension que habia reconocido

legalmente á su hija legítima, echó de su casa á su nieta; y la colocó, dando algun dinero, en la posada donde yo la encontré y donde se habia criado hasta que yo la arranqué de allí.

«Debeis recordar tambien, mi querido amigo, que entonces veníais de Tolosa con una mujer llamada Mariquita; aquella mujer era la madre de Juanita, buena madre digna del que la habia engendrado; debeis asimismo acordaros del cuidado con que velaba su rostro; ved aquí el motivo. Toda la ternura que habia demostrado á su hija mientras podia esperar que esta interesase á Bricoin en su favor, habia desaparecido de su alma el dia en que su hija habia sido echada de casa de su abuelo; y aunque supiese que su hija, bella, inocente y pura habitaba en Bois-Mandé, pasó por allí sin querer darse á conocer temiendo que la criada de posada pidiese algun socorro á su madre criada de una gran casa; pero lo que no habia esperado de su hija campesina sin gracia y sin seduccion, lo esperó de Juanita que en poder mio se hizo elegante y se convirtió, gracias á su naturaleza, en la bribona mas astuta que existe en este mundo.

Mariquita nos encontró en París, Mariquita me quitó á su hija, porque Mariquita tenia alguien á quien venderla y sabia como se venden las mujeres. Dejaron juntas á Paris y por una casualidad bien estraña volví á encontrarlas en Tolosa hace un año.

«Yo habia abrazado las armas en mi desesperacion amorosa. Soñaba con la gloria militar al principio de una revolucion cuyo brazo creia yo bastante fuerte para alcanzar los laureles del imperio. Llegué á sargento primero de una compañía cuyo subteniente era un tal Enrique Donezau; éste habia sido amante de Juanita y la habia traido de Aix donde la habia enseñado su madre la infame profesion que ella misma habia egercido en otro tiempo. Yo servia de secretario al innoble Donezau en una intriga amorosa que decia tener con una religiosa en Tolosa; pero un dia en un momento de embriaguez nos confesó que aquella correspondencia solo tenia por objeto ocultar la que seguia directamente con una novicia llamada Jubeta y durante aquella misma orjía me dijo cierto cómico llamado Gustavo que la tal Jubeta no era otra que la hija de Mariquita, que se ocultaba en Auterine con el nombre de Mad. Genlis al mismo tiempo que Juanita habia tomado el de Jubeta.»

La carta de Fernando se le cayó al baron de las manos ante aquella revelacion que escedia en mucho á todas las otras, ante aquel terrible secreto que esparcia una luz tan espantosa y siniestra sobre lo que habia pasado entre él y aquella mujer; miró en torno de sí con aire de consternacion semejante al hombre que se vé cojido en las entrincadas redes de un destino mas fuerte que él. Todo el valor que por un momento le habia asistido para avanzar por aquella senda de terribles reclamaciones, le abandonó de pronto y seria poco menos que imposible espresar los temores que penetraron en el espíritu de Luizzi. Julieta, hermana suya, y en cuyo poder habia dejado á

Carolina; Julieta nieta de Mr de Paradéze, marido de la desgraciada Mad. de Cauny á quien habia arrebatado su hija. Julieta á quien él, Armando, habia encontrado en Bois-Mandé, y que habia podido apoderarse de la carta que habia escrito á Mad. de Paradéze anunciándole que no se hallaba perdida su hija; Julieta que probablemente habia interceptado la carta que habia dirijido desde Fontainebleau á Mad. Donezau y que sin duda, sabedora por este medio de la cita qne habia dado á Carolina, habia señalado á Mr. de Cerny el camino que él y Leonia habian seguido, lanzando al conde tras ellos; Julieta antigua querida de Gustavo de Bridely, que habia podido saber de él la existencia de Eugenia Peyrol y que sin duda solo se habia trasladado á Bois-Mandé para acabar de perder á esta desventurada!... Todos estos sucesos posibles, toda esta esplicacion de circunstancias singulares trastornaron por un momento la cabeza del baron hasta el punto de aturdirle y causarle un vértigo semejante al que debió esperimentar su abuelo Lionel viéndose perseguido tenazmente por fantasmas animados en medio de las tinieblas esclarecidas por el incendio y la tempestad.

Y ambos delirios fueron sin duda iguales, porque iguales fueron sus resultados; Armando que por espacio de un mes habia resistido á la tentacion de la soledad, á la tentacion de la necesidad de saber la suerte de todas las personas á quienes amaba, Armando pues no resistió á la espantosa confusion que sentia en su cabeza, y llamó á Satanás, y Satanás apareció.

—No te engañaste, mi amo, todo eso es cierto; solo una vez has comprendido cuanto mal puede hacer el que solo es un ser mortal.

—¿Con qué Julieta...?

—Julieta ha perdido á tu hermana Carolina haciéndola casar con su amante; Julieta ha perdido á Mad. de Cerny sorprendiendo la carta que dirijíteis á tu hermana y entregando aquella carta al conde, y Julieta informada por Gustavo de Bridely del orígen de Eugenia Peyrol, se ha trasladado á Bois-Mandé para impedir que la madre reconozca á la hija. Tres mujeres has amado en toda tu vida, tres sentimientos que solo bastan para dar la felicidad al corazon del hombre: has amado á Eugenia como á una amiga, á Carolina como á una hermana, á Mad. de Cerny como á una querida; y has perdido á las tres. No es verdad, mi amo, que tenia yo razon cuando te dije que necesitaba á Julieta y que me sería muy útil para cometer acciones infames?

Luizzi quedó como anonadado al oir estas palabras amargas é insolentes de Satanás. No era ya éste el presumido impertinente, ni el lindo abate, ni el notario grotesco, ni el grosero palurdo; no era ninguno de los personages bajo cuya forma se le habia aparecido tantas veces; tampoco era el ángel caido á quien Armando habia visto por primera vez en el castillo de Ronquerolles, altivo en su derrota, bello en su degradacion; era el dios del mal, hediondo en su forma, hediondo en la espresion de su rostro, dotado

de toda la bajeza, de toda la malignidad, de toda la ferocidad y de todo el cinismo del vicio. Luizzi le miró y tembló; por segunda vez se sentia el baron poseido de aquel terror y de aquella desesperacion que le habia hecho arrodillarse á los pies de Satanás.

—Sí, continuó éste viendo que Armando dudaba aun; Julieta es quien ha perdido á cuantos amabas en este mundo; es digna heredera de esa familia incestuosa y adúltera; ha heredado todos los vicios prometidos por mí á tu raza. Es mia como lo son cuantos llevan en sus venas la sangre de Zizuli.

—Todavía nó, Satanás, todavía nó, esclamó Luizzi. Hay uno que sin duda escapará de tus manos, hay uno que te se escapará, te lo aseguro.

—Se lo deseo, mi amo, dijo Satanas. ¿Qué me importa que no se entregue á mí voluntariamente? ¿Para qué necesito un pacto por el cuál me pertenece? ¿No tengo á mi Julieta para perderle? Y ¿no es ella quién pudiendo librarle de la acusacion que sobre él pesa le deja en la cárcel y le destina á morir en el cadalso.

—Julieta! esclamó Luizzi. Puede salvarme Julieta?

—Puede, mi amo, puede: Julieta se hallaba con Mr. de Cerny mucho despues de haber vuelto tú á Sar..... Se separó de él en Bois-Mandé, porque ella era la que viajaba con el conde. Mr. de Cerny se hallaba en aquella silla de posta que encontraste á cierta distancia de Bois-Mandé, y cuando yo me separé de tí estaba escondido en ella. El muchacho que te avisó alcanzó el carruaje mientras el postillon iba á beber como ya sabes. Ya vés que todos los vicios se ayudan maravillosamente para completar una desgracia. El muchacho vió solamente á Julieta, y la rogó que avisase al primer viajero diciéndola que ya te habia dado á tí el mismo recado; y como ella le preguntase (inspirada por algun mal génio que dirige todas las malas acciones de esa mujer) como le preguntase quién era el viajero que habia visto en el camino, Carlillos respondió con sencillez:

—He oido que se llama el baron de Luízzi.

—Ya conocerás, mi amo, que la noticia debió agradar á Mr. de Cerny que te perseguia, y que ignorando el contratiempo de la diligencia creia que corrias la posta con direccion á Tolosa. Julieta al oir la respuesta del muchacho llamó á éste que se volvia ya, y se informó del tiempo que tardaríais en seguir vuestro viaje. El muchacho la dijo que no podríais poneros en camino hasta la madrugada. Era tiempo mas que necesario para que Mr. de Cerny te encontrase; asi que la noche hubo cerrado completamente bajó furtivamente del carruage el conde casi al llegar al término del viaje de Julieta y volvió paso atrás provisto de dos espadas. Estas ni le sirvieron para defenderse de tí ni para defenderse de su asesino, porque al llegar precisamente al sitio donde me separé de tí, salió un tiro del soto, y le tendió muerto en el camino. El asesino le arrastró al soto; entonces fué cuando sorpren-

dido sin duda por la llegada de un leñador retrasado, se vió obligado á abandonar el cadáver antes de despojarle, y creó contra tí la terrible circunstancia de que el conde no fué muerto por los ladrones, y sí por algun enemigo personal que tenia en su muerte un interés mucho mayor que el de robarle. Y dime, mi amo, quién podia tener tanto interés como tú en la muerte del conde de Cerny?

—Y sabe Julieta eso?

—Sabe que á las nueve en punto de la noche se separó de ella Mr. de Cerny, y que á las nueve en punto de la noche estabas tú escribiendo á seis leguas de allí, tu carta á Mad. de Cauny, carta de que se ha apoderado.

—Y conoce sin duda el culpable? dijo Luizzi con un forzado sarcasmo, que solo servia para demostrar su impotencia para luchar con un enemigo tan terrible como Satanás.

—Ni siquiera tiene la menor sospecha.

—Ah! yo sí que le conozco, esclamó Luizzi, yo le conozco.

—Y cómo se llama?.....

—Santiago Bruno, contestó el baron.

—Ya! dijo el Diablo con aire de admiracion: con qué es Santiago Bruno? Muy bien, te has salvado, se lo dices eso á los jurados y te creen al instante.

Esta fria burla de Satanás desconcertó al baron; este comprendió su imposibilidad de articular semejante denuncia ante un tribunal sin mas pruebas que su aserto de que habia creido conocer en el camino de Bois-Mandé la fisonomia de Santiago Bruno. Entonces semejante al que se ahoga y que se agarra á lo primero que se le presenta, aunque sea un hierro ardiendo ó una oja de navaja de afeitar, replicó:

—Pero cuento con la declaracion de Julieta.

—Ese es otro arbitrio muy ingenioso, que ciertamente podrá salvarte ó perderte decididamente, dijo el Diablo; tu salvacion ó tu pérdida dependerán de tu buena hermana Julieta.

—Y qué interés puede tener en perderme?

—Y qué interés puede tener en salvarte? replicó el Diablo. Ah! si al menos le hubieras dado quinientos mil francos de dote como á tu buena hermana Carolina! si no la hubieras quitado su amante! si fueras el suyo!

—Qué horror! dijo Luizzi.

—No ha sido por falta de voluntad, mi amo; ganas tenias de hacerlo. Qué quieres? Falta eso á tu historia; pero la infamia del cadalso compensará el incesto que falta en ella.

—Ah! no, no, dijo Luzzi, te llevarás chasco, Satanás, no pereceré en el cadalso; me salvará esa misma Julieta con quien has contado para perderme; le pagaré la verdad á mas precio que se ha pagado nunca la mentira.

—Perfectamente! dijo Satanás; harás á Julieta mas rica que á Carolina, adornarás al vicio con un titulo mas brillante que el de la virtud. Verdaderamente progresas de dia en dia.

—Pues bien! esclamó el baron: ya que todo es infame en este mundo, seré yo tambien infame, ya que todo se vende entre los hombres, lo compraré todo.

—No por eso serás menos tonto; porque comunmente no se paga con oro lo que se tiene derecho á poseer; solo los bribones compran una buena reputacion, solo los culpables se arruinan para ser absueltos. Con qué vás á comprar la absolucion de un crimen que no habeis cometido? Nécio, pobre nécio.

—Que lo sea! mas lo seré si me dejo cortar la cabeza..... Dime donde está Julieta, dime á donde puedo escribirle, y yo me encargo de mi salvacion.

—En este instante se halla en casa de Mr. de Paradéze su abuelo; aunque siempre he rehusado decirte una palabra concerniente á tu porvenir, quiero ayudarte en tus esfuarzos para conseguir tu salvacion: te aseguro que tu carta la encontrará aun en casa de su abuelo.

—Basta, dijo Luizzi, é hizo un gesto ordenando á Satanás que se retirase.





XXXII.

Triunfo del amor fraternal.



La resolucion que Luizzi habia tomado en un momento de desesperacion, no era tan fácil de ejecutar como él se figuraba; la carta que el baron necesitaba escribir á Julieta no era solamente una accion vergonzosa, era asimismo una obra dificil.

Cómo decir á aquella mujer que la conocia y no abrumarla con las mas merecidas reconvenciones? Cómo decirla que él sabia que hubiera estado con Mr. de Cerny y no pedirla cuenta de que hubiese denunciado á éste el camino que habia tomado la condesa? Sin embargo, el baron no retrocedió ante estos obstáculos. El baron poseia una de esas imaginaciones dotadas de una facilidad deplorable para hallar razones plausibles para cuanto hacen, el baron era uno de esos hombres capaces de sostener con algunas ventajas la tésis de uno de nuestros zurcidores de *vaudevilles* patrió-

ticos, que decia á cualquiera que solo un bribon ó un nécio no cambia de opinion.

El interés que movia á Luizzi á cambiar de opinion respecto á Julieta era mucho mas importante que una cruz de honor ó la pension de mil doscientos francos que ha inspirado á nuestro zurcidor de *vaudevilles* el axioma que acabamos de citar. Se trataba, para el baron, de la vida ó de la muerte, del honor ó de la infamia, de la vida mortal ó del honor aparente; porque, en cuanto al porvenir de su alma ó al testimonio de su conciencia, lo vendia barato como hacen las tres cuartas partes de la sociedad.

Puso manos á la obra y escribió una carta, escribió dos, escribió diez, escribió veinte; pero en cada línea de la primera aparecia el resentimiento de todo el mal que habia hecho Julieta. Afeaba su mala conducta y apelaba á sus buenos sentimientos. Dejó dormir algunas horas aquella carta; pero la volvió á leer al ir á entregársela á Barnet que se habia encargado de remitirla, y su lectura le persuadió fácilmente que una mujer como Julieta haria poco caso de sus reconvenciones, y se mostraria poco sensible á una escitacion sentimental.

En la segunda habia menos amargura; Armando deslizaba algunas escitaciones mas al bien, y comenzaba á hablar de intereses venales; pero esta carta se hallaba aun muy distante de lo que él creia capaz de conducir á Julieta á una revelacion sincera de la verdad. De carta en carta, y siempre descontento de sí mismo, pues no se mostraba bastante olvidadizo del mal que le habia hecho aquella jóven, dejó pasar cerca de una semana, y, durante este tiempo, ni por un momento desistió de su fatal resolucion. Escribió á Mad. de Cerny, y Mad. de Cerny no le contestó; escribió á Carolina, y Carolina no le contestó; escribió á Mad. Peyrol, y Eugenia no le contestó tampoco. Al cabo de quince dias se hallaba en el estado mas enojososo en que se habia visto nunca su alma: dudaba de estas tres mujeres. Entonces fué cuando escribió á Julieta la carta siguiente.

Sea lo que sea, Luizzi es nuestro héroe y ha sido nuestro amigo; si hemos contado el tiempo que necesitó antes de escribir la carta que vamos á insertar, es porque queremos que se sepa que fué entrando por grados y casi insensiblemente en la senda de la bajeza, necesitando el abandono de cuanto amaba en el mundo para que caminase resueltamente por aquella senda.

Hé aqui su carta:

»Señorita: Una casualidad me ha revelado los vínculos de parentesco que nos unen. He sentido el mas vivo placer; diríase que vuestro tierno afecto á Carolina era un presentimiento de vuestro corazon, y que el afecto que yo os tenia era un aviso del mio. Esta felicidad es tanto mas grande para mí cuanto que lo que he hecho ya por una hermana querida puedo hacerlo por otra, y espero, hoy que os conozco, poder realizar muy pronto el voto mas caro á

mi corazon. La acusacion absurda que me tiene preso, caerá con facilidad ante las pruebas que poseo, y sobre todo en presencia de un testimonio que hubiera ya invocado judicialmente si no quisiera deberle á la espontaneidad de una amistad que me concedereis ahora, al menos asi lo espero. Os aguardo en Tolosa; vendreis, no es verdad? Tengo muchas cosas que decíros.

Vuestro hermano y amigo—ARMANDO, baron de Luizzi.»

Una vez escrita esta carta, el baron la cerró sin querer leerla No habia remitido las otras, porque no bastaban á su objeto, y no hubiera remitido tal vez aquella, porque sobraba.

En tanto, se acercaba el dia en que debia ser juzgado; una semana hacia que habia partido su carta y la contestacion no llegaba. Luizzi pensaba arrancar por medio de una cita judicial lo que no habia podido obtener por una via indigna. Designó á Julieta como testigo, y llegó el dia fatal sin que supiese si compareceria ó no.

Hermosa fué aquella fiesta. Las damas principales de Tolosa asistieron al local del jurado en todo el lleno de sus atractivos. Lo mas ilustre de la nobleza, lo mas distinguido de la clase media, lo mas célebre del foro, todo en fin se hallaba reunido en aquel recinto.

Abrióse la sesion, prestaron juramento los jueces, y el acusado pudo ver en medio de ellos, al *honorable* Mr. Félix Ridaire, uno de los mas ricos propietarios de la alta Garona, y al grave Ganguernet con la sonrisa en los labios. Habíanse establecido los hechos precisos é irrecusables. Mr. de Cerny que habia salido de Orleans en silla de posta, debia haber dejado su carruage para subir á la diligencia en que iba el baron. Esto está probado por la hoja del mayoral, por la declaracion de diferentes viajeros, y particularmente por la de Mr. Fernando que habia ido conversando con el acusado y Mr. de Cerny hasta la aldea de Sar..... donde se habian adelantado ambos á la diligencia.

Mr. Fernando los habia dejado juntos, y cuando Carlillos enviado en su seguimiento habia alcanzado al baron, habia desaparecido ya Mr. de Cerny. El niño se acordaba perfectamente, y su declaracion era de tanto mas peso, cuanto que el baron habia tratado de impedirle continuar al alcance de Mr. de Cerny, diciéndole que el viajero debia haberse ido al diablo.

Esta deposicion estaba corroborada por la del padre del muchacho, á quien habia manifestado Luizzi que en vano habia dicho al chico que no pasara adelante; ademas, la circunstancia de haberse hallado dos espadas al lado del cadáver del conde, parecia probar que se habia concertado un duelo entre el marido y el amante, al paso que el cadáver herido de dos balas por la espalda, demostraba sin la menor duda que el baron habia terminado con un asesinato un asunto de honor. El cadáver no habia sido despojado, lo cual acredita claramente que Mr. de Cerny no habia sido víctima de ladrones.

Luego se trataba de la llegada secreta de Luizzi á Tolosa, de la habitacion que habia elegido, de la prevencion de dinero que habia hecho, de todo, en fin, hasta de su indiferencia acerca del sitio á donde habia de ir con tal que dejase la Francia.

Luizzi objetaba á todo esto por toda defensa que nadie habia visto espada ni á él ni á Mr. de Cerny, y que por consecuencia estaba probabado que los verdaderos asesinos habian debido dejar aquellas espadas al lado del conde despues de matarle. Todos esperaban con la mayor ansiedad: llamados los testigos y no habiéndose presentado Julieta, el defensor de Luizzi se levantó para pedir que se aplazase la vista de la causa para la próxima sesion en vista de la importancia de aquella declaracion; pero el ugier anunció que acababa de llegar la señorita Julieta y se hallaba pronta á comparecer ante el tribunal. En su vista empezaron los debates; se leyó el acta de acusacion resultando un sentimiento de desprecio é indignacion contra Luizzi.

No es nuestro objeto escribir un artículo dramático de *Gaceta de los Tribunales*, poner felices espresiones en boca de ciertos testigos, prestar una gerigonza ininteligible á otros, hacer decir disparates á los jurados, referir los esfuerzos del presidente por descubrir la culpabilidad del acusado, mostrar al procurador del rey haciendo preguntas capciosas á los testigos para enseñarles lo que no saben, de modo que parezcan confesarlo; pero debemos hacer mérito de uno de los incidentes mas notables de esta sesion, como así mismo de su desenlace.

La atencion de los circunstantes se hallaba fatigada, y ningun interés escitaban los testigos que únicamente declaraban la desaparicion de Mr. de Cerny que habia quedado solo con Armando, ó el cuidado con que éste habia ocultado su permanencia en Tolosa; cada cual habia formado su opinion cuando por fin se llamó á Julieta y todos los ojos se dirijen hácia la puerta por donde entraba Luizzi, la interroga con una mirada y ella le promete con la suya acudir en su ayuda. El presidente la hace prestar juramento de decir verdad, la verdad y nada mas que la verdad. Julieta le presta con voz firme y serena; todas las miradas estaban fijas en ella. Se cuchichea, parece hermosa, graciosa, encantadora é inspira tanto interés, que éste se estiende hasta cierto punto al acusado de quien muchas personas sabian era hermana. Al fin inclina humildemente la vista y dice:

—Salí de Orleans con Mr. de Cerny que iba en mi carruage, y alcanzamos la diligencia cerca de Sar... donde se habia roto. Serian las siete poco mas ó menos cuando encontramos al baron que estaba solo y á pié en el camino: en aquel momento Mr. de Cerny estaba en mi carruage. Al dar las nueve en Bois-Mandé se separó de mí el conde volviendo atrás por el mismo camino en busca del baron para pedirle satisfaccion de una injuria que ignoro.

El corazon de Luizzi se dilató al hacer Julieta esta declaracion; pa-

reció Armando que de repente habia alcanzado su salvacion; pero conoció su verdadera posicion cuando oyó el mormullo de desaprobacion que siguió á las palabras de Julieta.

Félix Ridaire tomó la palabra.

—Ruego al señor presidente, dijo, que pregunte á la testigo por que causa se hallaba Mr. de Cerny en su carruage.

—Tenia que hacer en Tolosa y viajábamos en compañía: una vez llegado á Bois-Mandé, debia continuar solo su camino.

El procurador del rey se levantó de pronto y dijo encasquetándose su gorro galoneado.

—Pido al Tribunal que antes de continuar el exámen, me dé acta de mis reservas contra el testigo; segun la deposicion del mayoral, del postillon y de Mr. Fernando, y segun la confesion del acusado, el conde de Cerny estaba en la diligencia muchas horas antes de llegar á Sar... La testigo acaba de decir que ella y Mr. de Cerny no alcanzaron la diligencia hasta la aldea de Sar... Resulta pues falsa deposicion evidente, y cuando sepais los vínculos que unen al testigo y al acusado, convendreis en que ha podido estraviar á la declarante un sentimiento loable, pero que ese sentimiento no basta á disculpar un perjurio en este sagrado recinto.

—Juro, replicó Julieta que verdaderamente no comprendia la reclamacion del procurador del rey, juro que cuanto he dicho es la verdad

—Señorita, dijo el presidente interrumpiéndola con tono paternal, el tribunal quiere mostrarse indulgente para con vos. En su rigorosa justicia debiera ignorar el parentesco que media entre vos y el acusado, y, teniendo en cuenta solo vuestra cualidad de testigo, debiera castigar severamente una deposicion tan contraria á todas las declaraciones recibidas hasta este momento; pero el tribunal conoce que la legitimidad del parentesco no violenta siempre la conciencia y que vuestra adhesion á un hermano querido ha podido inspiraros una mentira, culpable sin duda, pero que quiere pasar por alto.

—Sin embargo... murmuró Julieta.

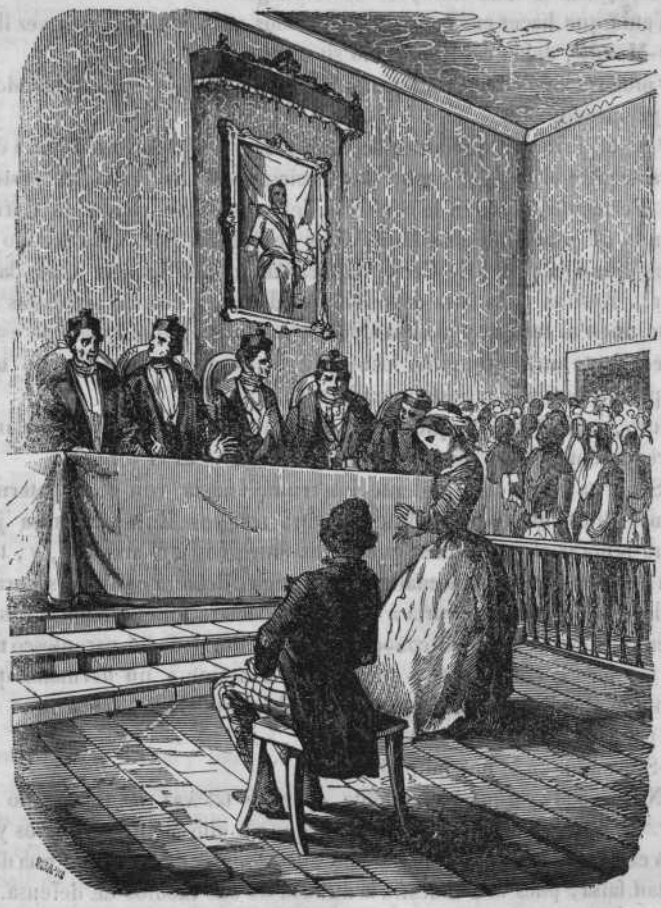
—No insistais, dijo el presidente, porque tal vez he traspasado ya mi deber. No añadais una palabra mas porque en ello os interesais vos y se interesa el acusado mismo á quien solo puede servir de perjuicio una declaracion tan falsa, pues ella muestra la nulidad de sus medios de defensa. Ugier, haced retirar á la testigo.

Julieta se retiró en medio de la emocion general, y todo el mundo decia al verla pasar.

—¡Hé ahí un buen modelo de amor fraternal! El éxito no ha correspondido á sus deseos, pero no por eso es menos digna su accion de la admiracion y el respecto de los corazones honrados.

Julieta se retiró, repetimos, y su triunfo impidió oir el magnífico exor-

dio del procurador del rey que pronunció una acusacion fulminante contra un hombre que, despues de haber arrebatado á Mr. de Cerny una esposa á quien éste adoraba y hacia feliz, habia asesinado cobardemente al mismo á quien habia deshonrado; un hombre que, colocado en el rango mas eleva-



do de la sociedad habia abrazado una carrera de crímenes; un hombre que habia arrastrado por el lodo el ilustre nombre de la virtuosa familia de Luizzi; un hombre que... un hombre que... etc., etc.

Cincuenta y cinco minutos duró el ronquido oratorio del procurador general; cincuenta y seis duró la defensa, que no fué menos bella; el resúmen, horriblemente imparcial, duró veinte y un minutos; la deliberacion del jurado duró trece, número fatal, y al cabo de dos horas veinte y cinco minutos fué condenado á muerte por unanimidad el baron de Luizzi.

Oida la declaracion de Julieta, Armando no oia ni escuchaba ya. Le era ya indiferente cuanto pudiera decirse en pro ó en contra. Habiase apoderado de él una rabia indecible; habia reconocido la mano de Satanás en aquel último golpe, y Julieta, que tan noble é interesante se habia retirado de aquel tribunal de donde él salia deshonrado y condenado á muerte, le parecia la prueba convincente de que solo el mal estaba destinado á triunfar en este mundo. El baron volvió á su encierro firmemente resuelto á pedir al mal su salvacion á cualquier precio que fuese, si su salvacion era posible aun; así pues, llamó á Satanás.

—Vaya, mi amo, le dijo el Diablo riéndose, ya ves que la sociedad ha sido mas sabia que tú: ha recordado la historia de aquel anciano que habiendo pedido la felicidad para sus hijos, los vió entregarse al sueño de la muerte. La sociedad te ha condenado á la felicidad y ha hecho por tí la eleccion que tú debias hacer muy pronto segun las cláusulas de nuestro pacto.

—Y piensas que aceptaré esa eleccion?

—No sé como podrás rehusarla.

—Vamos, Satanás, dijo Luizzi que habia recobrado toda su energia; vamos, no pierdas tiempo inspirándome una mala resolucion que he tomado ya. Dos veces has salvado mi vida con la condicion de darte un tiempo determinado de ella. Cuánto tiempo necesitas para sacarme de aquí, inocente, rico y bueno como salí de la cárcel de Caen?

—Necesito mas tiempo que el que puedes darme, mi amo: estamos á 1.° de diciembre de 183....., y, de hoy en un mes, es preciso que hayas hecho la eleccion de lo que ha de hacerte feliz y sustraerte á mi poder; ya sabes que si no has hecho esa eleccion, me pertenece tu ser desde ese último dia.

—Y tú tambien sabes, replicó Luizzi, que si muero antes de haberla hecho, me libro de tí, ó al menos corro la suerte comun á todas las almas cuyo destino está en manos de Dios. Asi, pues, te interesa mi salvacion si aun insistes en apoderate de mí.

El Diablo se echó á reir, y respondió tranquilamente al baron:

—Dí, mi amo, piensas que no eres ya mio?

—Eso es lo que no quiero discutir, dijo Armando; te he propuesto un convenio: le aceptas ó no?

—Escucha, contestó Satanás; probablemente estamos destinados á vivir eternamente juntos; asi pues, no quiero tener conmigo un condenado que diga al primero que llegue que he procedido mal con él. Ademas eres algo

pariente mio, baron de Luizzi, porque eres de la raza de aquel buen hijo de Eva que perpetró el primer asesinato; quiero sea buen Diablo para con mis primos cualquiera que sea el grado en que lo sean; te quedan treinta y un dias para hacer tu eleccion; con que dame treinta y saldrás de aqui, no solo inocente, rico y con salud, sino tambien interesante como la víctima de una odiosa persecucion y de un error inaudito. El único título que te falta al favor de los hombres es la celebridad; vamos, yo te la daré.

—Y si te doy esos treinta dias, qué me quedará?

—Veinte y cuatro horas para hacer una eleccion que se hace en un segundo. Si has visto lo que has visto sin saber donde está la felicidad, no lo sabrás nunca. Si escoges bien, pierdo yo la partida; si escoges mal, la gano. Uno y otro debíamos venir á parar á un juego de dados, y esto es un juego de dados verdaderamente. Pascal jugaba á cara ó cruz la inmortalidad del alma, y Juan Jacobo Rousseau apuntaba á un árbol con una piedra decidido á no creer en Dios sino daba al árbol; tú tienes sobre estos dos grandes génios la ventaja de no poder dudar de Dios ni de la inmortalidad del alma, pues has visto al Diablo en persona, y has negociado con él tu alma. Yo he procurado educarte bien: te he mostrado las alcobas de la clase media, te he mostrado las cabañas, y por último, hasta las buhardillas: has encontrado durante tu vida legisladores, magistrados, comerciantes, banqueros, médicos, cómicos, rameras; has tratado en fin, á cuantos componen la sociedad, y debes saber á qué debes atenerte.

—Todavia no, dijo el baron, porque me falta saber qué ha sido de las tres únicas mujeres buenas y generosas qne he visto en mi vida.

—Quieres saber su historia? voy á contártela; quiero ser complaciente hasta el fin. Dime por cual quieres que empiece. Oye la hora que está dando: exijo absolutamente treinta dias de los treinta y uno que te quedan de vida; el tiempo que dure mi relato le rebajaré de las veinte y cuatro horas que te dejo. Eres dueño de escucharme antes ó despues: solo empezaré mi relato con esta condicion; por lo demas, podrás interrumpirme cuando gustes.

Luizzi no vaciló. Desde su salida de la audiencia estaba decretada la eleccion que queria hacer, y poco le importaba, una vez libre de la condena que pesaba sobre él, tener un mes é una hora para decidirse. Ya te escucho: puedes empezar dijo á Satanás.

Y Satanás tomó entonces la palabra.



XXVIII.

Una mujer honrada.



E aquí lo que ha pasado á tu hermana Carolina, si quieres que empiece por ella.

Luizzi hizo una señal de asentimiento y el Diablo empezó:

—Tú no conoces á tu hermana, baron; tú solo has visto en ella una jóven falta de esperiencia y llena de exaltacion, que cometió la torpeza de enamorarse de un pícaro y que ha sido víctima de su ignorancia. Estás muy engañado, mi amo. Carolina es una de esas almas especiales, débil ante la súplica y el dolor ageno, enérgica ante el vicio y la desgracia.

Vas á ver si la he juzgado mal.

Como ya te he dicho, no ha recibido la carta que le dirigiste desde Fontainebleau; aquella carta fué entregada á su esposo, y su esposo comunicó su contenido á Julieta, y Julieta le comunicó á Mr. de Cerny. Tambien sabes que Gustavo Bridely recibió tu carta y aquella carta fué enseñada

por él á Julieta la gran maestra en el arte de sacar partido de una mala situacion. Bridely, Mr. de Cerny, Julieta y Enrique Donezau salieron de París aquella misma noche. Aquella salida fué el resultado de un conciliábulo en que no se admitió á tu hermana y cuyo objeto te diré al llegar á los personages con quienes tiene mas particular relacion.

El Diablo se detenia de cuando en cuando como si quisiera dar lugar á que Luizzi le interrumpiese; pero este sabia demasiado bien que no debia aprovechar la atencion de Satanás que se vió pues precisado á continuar:

—Debes recordar, mi amo, que Mr. Edgardo du Bergh era una de las personas que mas frecuentaban tu casa. Era demasiado decente para ir á una casa donde tenia que sufrir la sociedad de Mr. Enrique Donezau, y era al mismo tiempo demasiado indecente para asistir á la misma casa por una muchacha como Julieta, pues hay de venta en París mas de ciento de mas tono, de mas gusto y mas sanas que ella, pero entre el rústico que se llamaba Donezau y la bribona que se llamaba Julieta estaba tu hermana y esta era la que le llamaba á tu casa. Mientras tú estuviste presente, ocultó con cuidado un deseo que tú eras bastante hábil para descubrir y bastante diestro para vigilar y bastante resuelto para reprimir en caso de necesidad. El marido no le parecia gran obstáculo pero, mas avisado que tú, habia conocido que la brutal y lúbrica naturaleza de Enrique Donezau, daba la preferencia á la naturaleza lasciva y ardiente de Julieta; sospechaba que tu cuñado curaba poco de su mujer; pero estaba lejos de suponer que al ausentarse la dejára vírgen y pura como la habia recibido.

Cuando verdaderamente comenzó á esperar fué el dia siguiente al de la partida de Enrique y Julieta. Aquel dia fué á hacer su visita de costumbre y encontró á Carolina sumida en la mas viva desesperacion. En efecto, en el espacio de veinte y cuatro horas habia sabido tu fuga con Mad. de Cerny, la partida de Julieta, seguida, con pocas horas de diferencia, de la partida de su esposo.

—Cómo! esclamó Luizzi admirado, con qué no partieron juntos?

—Escucha, mi amo, dijo el Diablo, si me haces mezclar todas estas historias, no solamente te quedarás en ayunas sino que no acabaremos nunca.

Edgardo encontró pues á Carolina hecha una Magdalena.

—Qué os aflije? la preguntó.

Carolina creia que du Bergh era su amigo; tambien vos le tratábais como á tal; ese es comunmente el primer grado que toman los amantes en las casas buenas, y siempre es el hermano ó el marido y algunas veces los dos, quien firma el diploma: Carolina le contó pues la desgracia que le sucedia. La desgracia vela la facultad perspicaz del alma del mismo modo que las lágrimas velan las facultades visuales de los ojos. Carolina no echó de ver la maligna alegría que apareció en el rostro de du Bergh al oir aquella

noticia; el jóven la prometió no abandonarla, é informarse exactamente de lo que habia sido de su esposo, de tí y de Julieta. Debes conocer que Edgardo con los proyectos que tenia, se guardó muy bien de hacer la menor diligencia en averiguacion de vuestro paradero: empezó por conceder algunos dias á la desesperacion de tu hermana, y luego, como hábil seductor, se dedicó á infundir en el alma de Carolina una sospecha que estrañaba no ver en ella.

Una noche se hallaba sentado al lado de tu hermana y la decia:

—Sí, señora, me da vergüenza deciróslo, vuestro esposo, el que posee vuestro amor, el poseedor de esa belleza encantadora y pura, os ha pospuesto á una mujer que por ningun título vale tanto como vos.

—Hablais de Julieta, no es verdad? estais equivocado: es mas graciosa y mas bella que yo; hace mucho tiempo que yo habia echado de ver la preferencia que la daba mi esposo, pero hubiera sido una injusticia en mí querer ser preferida siendo la menos bonita.

Edgardo debió admirarse no poco de tan estraña abnegacion, y tomó por necedad lo que solo era ignorancia.

—En verdad, señora, respondió, que sois escesivamente modesta: no os estimais en lo que valeis; ademas aunque Mr. Donezau se hubiera dejado arrastrar de una pasion poco concebible, su honor hubiera debido prohibirle introducir á su querida en casa de su esposa.

Es preciso decirte, mi amo, continuó Satanás, que tu hermana habia oido pronunciar en la sociedad el nombre de esposa y de querida; pero debes conocer que la era difícil esplicarse lo que era ser querida de un hombre cuando para ella ser esposa solo era llevar el nombre del esposo; así pues contestó á Edgardo:

—Pero cómo era querida suya?

Edgardo no comprendió esta pregunta; se imaginó que Carolina dudaba simplemente de la realidad del hecho, y no creyendo deber contemporizar con la necedad de una mujer tan difícil de convencer, la respondió con mucha franqueza:

—No puedo ocultaros, señora, que tengo las últimas pruebas.

Y como Carolina le mirase con mas admiracion aun, añadió:

—Dispensadme la confesion que voy á haceros; pero los he cogido juntos y solos.

—Y eso que importa? dijo la jóven; yo misma los he dejado así veinte veces.

—Perdonad, repuso Edgardo con alguna impaciencia; me causa rubor la palabra que voy á emplear, pero los he visto besándose.

—Tambien mi hermano me besa á mí.

—La tuteaba.

—Ya lo creo: mi hermano me tutea tambien.

Esto era superior á cuanta necedad podia imaginarse Edgardo en una mujer; entonces creyendo no debia andarse con miramientos con una idiota cuya tonteria le desencantaba un poco, respondió brutalmente á tu hermana:

—En fin, ya que es preciso decíroslo, he sorprendido á vuestro esposo en la cama de Julieta.

—¡En su cama! esclamó Carolina. ¿Acostado con ella?

—Sí.

Carolina se puso como la grana y dijo en voz baja:

—¡Desnudos!

Edgardo, empujado al estremo, contestó riéndose:

—Desnudos los dos.

Al oir esta revelacion, Carolina ocultó la frente entre sus manos; una estraña confusion de ideas, de sospechas, de dudas, vino á ajitarla en tanto que Edgardo que creia simplemente emplear una frase de efecto, añadia:

—Ya veis, señora, que al salir de vuestro lecho iba al de vuestra rival.

—¡De mi lecho! esclamó Carolina; si no ha estado nunca en él, os lo juro.

Todo estaba esplicado para Edgardo. La exigencia de una mujer como Julieta á su amante, no era cosa que debia estrañarle, porque semejante exigencia es mas comun de lo que á tí te se figura; pero no hubiera podido creer en la evidencia del amante si su conversacion con Carolina no le hubiera persuadido anticipadamente de que aquella obediencia habia sido completa.

—Ahora conocerás, mi amo, cuan bella presa debia ser tu hermana para un hombre como Edgardo. Una hermosa jóven vírgen, es bocado bastante raro para escitar los deseos de un libertino quien quiera que sea; pero una mujer casada y vírgen, encierra un encanto capaz de trastornar la cabeza á otros menos disolutos que el bello Edgardo.

—Pero eso era una bajeza, una infamia; esclamó Luizzi.

—Vamos, mi amo, replicó el Diablo con sarcasmo inclinando la cabeza sobre el hombro, vamos, mi amo, tú sabes muy bien que una mujer asi es un buen bocado, dígalo sino Mad. de Cerny; ¿piensas que hubieras hecho la locura de robarla si hubiera sido mujer de su marido, buena madre de familia, rodeada de niños llorones y dotada de una hermosura degradada por la posesion lejítima y la maternidad? No por cierto, mi amo, no lo hubieras hecho. Te sedujo lo picante de la aventura tanto como el valor real de la querida, y ahora te parece malo lo que tú hiciste con tanto placer.

—Lo que yo hice es diferente, dijo Luizzi.

—Sí, replicó el Diablo, esa es la salida de todos los hombres: lo que yo

hice es diferente. Todos tienen su razon para disculpar en sí mismos lo que condenan en los demás, y obran así de buena fé. Lo que es tú, mi amo, no has cometido ninguna mala accion (y has cometido muchas) que no hayas condenado cuando la has visto reproducida en otro. Vamos, y ¿quién te ha dicho á tí que Edgardo no tenia sus razones para desear á tú hermana? ¿Quién te ha dicho que si yo quisiera convertir esta historia en una novela sentimental para una revista literaria, no hallaria medio de interesarte en la infame seduccion de aquel hombre, pintándotele devorado por un amor superior á su voluntad, lo cual seria verdadero, pero decidido á defender á aquella jóven del abandono insensato de su hermano y de la odiosa indiferencia de su marido, lo cual seria verdadero tambien? Pero el fondo de la accion no seria menos culpable y odioso, porque yo engalanase mi narracion con frases sentidas y delicadas; no por eso dejaria de ser la intencion de aquel hombre la de un libertino sin pudor.

Seguro Edgardo de la ignorancia de Carolina, necesitó mucha destreza para hacerla comprender lo que queria de ella. Es cosa muy sencilla pedir á una mujer los favores que otorga á su marido, pues sabe de qué se trata; es cosa muy sencilla pedir á una doncella lo que aun no ha otorgado á nadie, porque debe sospechar que por alguna cosa es doncella; pero pedir á una mujer que cree haberlo dado todo, una felicidad cuyo sentido no comprende, es empresa difícil, mi amo, se necesita para ello ser maestro examinado en la ciencia de la corrupcion.

Así, pues, la lucha fué larga, y du Bergh se guardó muy bien de llevar mas allá la esplicacion que por casualidad habia dado á Carolina: retrocedió rápidamente y se concretó al papel de amigo y protector, asegurándose así a libre entrada en casa de Carolina. Tu hermana, solo, sin recursos durables, sin la menor idea de la administracion de bienes, le confió la direccion de sus asuntos. Edgardo aceptó; entonces rodeó de atenciones á tu hermana; entonces esclavo solícito y obediente, no vió correr de sus ojos una lágrima sin apresurarse á enjugarla, no vió escaparse de sus labios la espresion de un deseo sin apresurarse á satisfacerle. Estaba triste cuando ella lo estaba, esperaba cuando esperaba ella, y cuando la hubo hecho ver cuán posible es que una vida se una á otra vida por todos sus puntos, en el mismo deseo, la dijo que aquello era lo que se llamaba amor, y Carolina comprendió entonces que no habia sido amada así. Y hé aquí lo que le respondió el dia que la hizo aquella confesion.

—¿Con qué eso es lo que vos llamais amor, Edgardo? ¿es esa bondad generosa, esa proteccion decidida, ese cuidado de colocaros entre mí y la desgracia que se apróxima, esa tierna solicitud en mi dolor que os hace preferir la tristeza de mi conversacion á todos los brillantes placeres á que estais acostumbrado? ¡Oh! ¡cuán dichosos son los hombres en poder amar así! ¿Y qué pueden dar las mujeres en cambio de semejante sentimiento?

—Pueden dar, Carolina, lo que yo quisiera obtener de vos, y es una fé sincera en esta adhesion, es una verdadera satisfacion en ser objeto de ella.

—Yo no llamaba á eso amor, Edgardo, yo creia que era reconocimiento.

—Es que aunque eso sea amor, no es el amor completo, dijo Edgardo.

Y como Carolina le mirase con dulce sorpresa, continuó:

—Hace un instante me decias que preferíais vuestra conversacion á los frívolos placeres de la sociedad, y asi me dábais las gracias; yo Carolina no merezco que me deis las gracias por eso; cuando vengo á veros es porque no puedo menos de hacerlo; es porque el veros es para mí un placer; es porque el oiros es para mí una felicidad; es porque el ver que me escuchais es para mí un triunfo; es porque toda mi vida está en vos; es porque sois dueña, no solo de mi suerte sino tambien de mi alma; es porque yo viviria por vos como vos quisiérais; es porque siento por vos como vos quereis.

Carolina escuchaba con avidez estas palabras, interrogando á su corazon dichosa y llena de orgullo por el imperio que egercía, y murmuró dulcemente:

—Y como se puede pagar tanto amor, ¡Dios mio!

—¿Cómo se puede pagar? esclamó Edgardo; creyéndoos feliz por ser amada así, y por ser amada del que os ama; sintiéndoos llena de orgullo por su esclavitud, solo porque él es el esclavo; aceptando su proteccion solo porque es la suya; conociendo en fin, que él es el único de quien todo se puede recibir, felicidad, placer, dolor, y que él lleva en sí vuestra alma como vos llevais la vuestra en vos. Ved aquí Carolina, ved aquí de qué modo se puede pagar tanto amor.

—¡Oh! dijo tu hermana entonces, si es así, yo no soy ingrata, Edgardo.

—¡Con qué me amas!! esclamó el jóven acercándose á ella.

—Edgardo, ¿qué haceis? dijo Carolina retirándose asustada.

Y añadió despues de un instante de silencio:

—Habeis acusado á mi esposo y á Julieta de que se tuteaban: si eso era un crimen en ellos tambien debe serlo en nosotros. No hay duda, soy culpable pues, os habeis creido con derecho á hablarme así.

Edgardo se vió un poco desorientado por esta reflexion; pero, decidido á aprovechar el terreno que habia ganado, repuso aparentando una tristeza admirablemente representada:

—Os equivocais, señora; este lenguaje que en mí solo ha sido el estravío de un instante, les era á ellos habitual; yo os he hablado de él cuando no tenia derecho á ello, pero ellos no tenian derecho á hablarse asi.

—No os comprendo, dijo Carolina.

—El amor tal como acabo de pintárosle, aun no es todo el amor; ademas de esa union de las almas, tan bella y tan santa hay otra union embriagadora y febril. Cuando estoy á vuestro lado, Carolina, añadió acercándose,

se turba mi vista, late mi corazon, se estremece mi cuerpo; tocad, dijo tomando la mano de la jóven, no me sentís arder? Miradme; no veis que mi miradas se estravian?

Carolina le escuchaba con un terror tanto mayor, cuanto que sentia deslizarse en ella misma la turbacion que con tanto ardor le pintaba Edgardo.

—Dejadme, le dijo asustada, dejadme!

—Oh! vos no sabeis la embriaguez que esperimenta aquel cuyas miradas se pierden en las miradas de la mujer á quien ama!

Y al hablar asi, du Bergh tenia sus ojos fijos en los de Carolina lanzándola los rayos ardientes de su amor.

—No saber cuanta voluptuosidad hay en sentir en su mano la mano de la que se ama, en sentir su corazon latir contra el suyo; unirse sus labios á los vuestros, pertenecerós todo su cuerpo.

Y, esto diciendo, tomaba con suavidad las manos de tu hermana, enlazaba sus brazos á su cintura, la estrechaba contra su seno, y unia sus labios á los suyos.

—Y sucumbió Carolina, no es verdad? esclamó Luizzi lleno de cólera y desesperacion.

—La crees capaz de sucumbir? dijo Satanás con tono burlon.

—Y qué mujer ignorante como Carolina, abandonada como Carolina, desventurada como Carolina, no hubiera sucumbido en su lugar? dijo tristemente Luizzi.

—Cualquiera otra sin duda, baron, contestó el Diablo, cualquiera otra hubiera sucumbido; pero tu hermana resistió.

—Carolina! esclamó Luizzi lleno de alegria.

—Carolina, de quien has sospechado, porque lo único que te faltaba era no creer siquiera en la virtud de una sola mujer; Carolina, que arrancándose de los brazos de Edgardo, esclamó como iluminada por una luz descendida de repente del cielo..... (porque en justicia debo confesarte que Dios se mezcló en el asunto) Carolina, repito, que esclamó:

—Oh! ese es el crimen! Nunca! nunca!

Edgardo perdió por una sola palabra el camino que habia andado: tenia entre las manos una mujer á quien acaso hubiera podido persuadir de que aquel no era el crímen; pero cometió la torpeza de decir en seguida:

—Si es un crimen en otras mujeres, no lo es en vos, en vos, pobre mujer, infeliz y abandonada, en vos, entregada por un hermano imprudente á un marido sin honor, en vos desheredada del apellido de vuestra familia, en vos que nada debeis á la sociedad pues nada ha hecho por vos.

El Diablo calló y Luizzi le dijo mirándole atentamente:

—¿Y qué respondió ella á esas acusaciones tan justas hácia todos nosotros?

—Respondió sencillamente mostrando el cielo con el dedo: La sociedad no es mi juez.

Satanás miró el efecto que estas palabras habian producido en Luizzi y éste le dijo entonces:

—Y te atreves á repetirme esa frase! ¿no temes que me aproveche de él?

—Te aprobecharás si quieres así que acabes de oir la historia de tu hermana; luego continuó:

En vista de tan noble contestacion, era justo que el cielo enviase en ayuda de la desventurada Carolina algun protector que la salvase, algun suceso que la librase de las nuevas seducciones de du Bergh, ¿no es verdad, mi amo? porque aquella escena se renovó mas de una vez, y sin embargo, Carolina resistió siempre hallando en sí misma mas fuerza que todos los lazos de familia dan á otras; resistió no solamente á su abandono y á su soledad, sino tambien á su amor, porque amaba á Edgardo; y, despues de la desgracia que tú la habias causado, necesitó resistir á la que le causó du Bergh: porque este, resuelto á obtener aquella mujer, nada escaseó de cuanto podia vencer su resistencia. La dejó sentir poco á poco los preludios de la miseria; la entregó á los insultos de los acreedores, á las injurias de los criados, á todo lo que proporciona al corazon una desesperacion que hace ruborizar, é iba incesantemente á decirla, cuando la veia llorando y desconsolada:

Sé mia! y te devolveré las riquezas, la felicidad y la honra.

Pero ella respondia sin cesar:

—Mis riquezas no estan en este mundo, mi felicidad la recibo del cielo, y la honra la llevo en mí.

—Noble hermana mia! esclamó Luizzi con los ojos arrasados de lágrimas.

—Noble hermana tuya, en efecto, dijo el Diablo, porque al fin llegó á ella la noticia de la acusacion que pesa sobre tí; llegó en el momento en que su miseria llegaba al colmo, cuando apenas la quedaban fuerzas para luchar consigo misma; pero cuando supo que tú eras desgraciado, halló bastantes para acudir en tu ayuda. Mad. de Cerny se habia fugado contigo, con su amante, que la salvará; Carolina se fugó para librarse del hombre á quien amaba y para socorrer al hermano que la habia abandonado. Leonía habia partido con un hombre rico, y porque la viste durante algunas horas sufrir algunas privaciones, lloraste por ella, por la que dormia sobre tus rodillas; Carolina partió sola, á pié, pidiendo limosna, para llevar el consuelo de su palabra al mismo que la habia perdido, porque tú eres el autor de su perdicion, mi amo; y el viaje ha sido largo, y nada la ha faltado ni la grosería de los posaderos, ni los dichos obscenos de los transeuntes, ni el hambre, ni la sed ni la fatiga que hace dormir á la orilla del camino; y así, arrastrándose de dia en dia, de hora en hora, de minuto en minuto,

llegó moribunda y rendida á la misma posada de Bois-Mandé de donde habia partido Julieta para correr trás el vicio, y á donde la viste dirigirse en brillante carruaje.

Luizzi bajó la cabeza ante este cruel apóstrofe del Diablo que continuó

En aquella miserable posada, cuyo dueño la concedió un jergon, habia dos mujeres que padecian tambien: eran Eugenia y Mad. de Cerny.

—Cómo! las dos! esclamó el baron.

—Las dos, mi amo.

—Y cómo habian llegado allí?

—Te lo voy á contar si es que crees tener aun tiempo para escucharme, porque estan dando los cuatro.

Luizzi calculó que le restaban aun veinte y cuatro horas para hacer su eleccion, y dijo al Diablo que continuase.» Abrevia tu narracion, añadió, y suprime las reflexiones con que la alargas á tu capricho y de las cuales te dispenso.

—Cómo se entiende, mi amo! le dijo el Diablo; me tratas como si fuera un literato á quien se paga á tanto la línea; tengo conciencia, y no hay buen autor que no hubiera hecho siquiera un tomo con lo que acabo de contarte en el trauscurso de algunas horas.





XXXIV.

Abuelo y nieta.



u te lo pierdes, mi amo, continuó el Diablo; porque te iba á contar una escena muy buena, es decir, el conciliábulo entre Julieta, Cerny y Gustavo de Bridely. Hubieras visto la impotencia del gran señor, poniéndose al nivel de las mezquinas infamias de una ramera y un intrigante; hubieras visto el vicio, la maldad, la sed de oro avanzando paso á paso, tropezándose uno contra otro, reconociéndose todos por personas de igual categoría, desenmascarándose sin vergüenza, saludándose, tendiéndose la mano. De este modo vendió Julieta á Mr. de Cerny el secreto de tu fuga con Leonia, bajo la condicion de que el conde la ayudaria á conseguir de Mr. Paradéze, que la reconociera por nieta y de que emplearia todos los medios para estorvar á Mad. de Cauny, ahora Mad. de Paradéze, reconocer á Eugenia por la hija que la fué arrebatada.

—¿Y con qué ha pagado el marqués de Bridely semejante servicio? preguntó Luizzi interrumpiendo al Diablo.

—Le ha pagado con el nombre y las riquezas que ha robado, contestó el Diablo. En este momento existe una promesa de casamiento entre Gustavo de Bridely y Julieta tu hermana.

—Pues, ¿no amaba á Enrique Donezau? replicó el baron.

—Valía mas, dijo el Diablo, ser querida de Enrique Donezau á quien un nécio habia regalado 25,000 libras de renta, que ser ramera; pero valía mas aun ser esposa legítima del señor marqués de Bridely, que querida de Enrique Donezau; y tu hermana no vaciló un momento en la eleccion.

—Y ha salido bien en todos sus proyectos! dijo el baron. Como que he sabido demasiado tarde lo que era esa mujer, no he podido poner obstáculo ninguno á su triunfo.

—Es cierto, contestó el Diablo; á fé mia que ha faltado muy poco para que no sucediera todo lo que ha sucedido.

—Y cómo?

—Suponte que mi historia de Mateo Durand no hubiese producido el efecto que yo esperaba: no se hubiera separado de nosotros Fernando y por consiguiente no nos hubiera dejado solos á tí y á mí.

—Seguramente, dijo Luizzi con amargura; comprendo como me engañaste diciéndome que aquella historia me era enteramente estraña. Pero no importa; volvamos á Julieta.

—Como quieras: para volver á ella debo tambien decirte que Fernando, si no se hubiera separado de nosotros te hubiera contado la historia de Juanita, y una vez sabedor de que era tu hermana, la hubieras impedido hacer el mal que ha hecho.

—Segun eso, ¿ha conseguido su objeto?

—Vas á verlo. En otra ocasion te hablé de Bricoin; tú no conoces á Bricoin, mi amo, y por consiguiente ignoras lo que es una de las peores naturalezas llegada á la estrema vejez.

El hombre que mató al marido de Mad. de Cerny para casarse con esta y apoderarse de sus bienes, el hombre que la quitó su hija para casarse con ella y apoderarse de sus bienes, debe tener una pasion singular al dinero. Tú sin duda no has visto esa pasion cuando ha llegado al último término de su locura; cuando la vejez hace perder toda reserva para con la sociedad al que tiene esa pasion, éste se entrega por completo á ella.

No se trata del furor del avaro que amontona sus tesoros y que los entierra lleno de orgullo por la fuerza que le dan, diciéndose á sí mismo y á los demas que podrá hacer uso de ella el dia que quiera: triste satisfaccion, orgullo miserable con que la avaricia procura dorar las miserias que ella misma se impone. Se trata de la decrepitud del mismo vicio, se trata del anciano que, rodeado de riquezas, llenas sus arcas, llenos sus graneros, llenas sus

bodegas, teme morir de hambre y de sed; se trata de la imbecilidad que se arrastra en el patio de un palacio, en las cocinas, en las cuadras disputando un grano de trigo á las gallinas, recogiendo un mendrugo de pan para esconderle en algun sitio secreto de su cuarto, robando un liard olvidado á un criado para añadirle á un talego de escudos que un arrendador le ha traido la víspera, se trata de una cosa baja, idiota, cruel y débil á la vez; una cos que no puede escitar ódio pues tal es la debilidad que hay en semejante pasion; una cosa que no puede escitar compasion pues tal es la astucia y la maldad que hay en los medios que inventa para satisfacerse. Tal era Bricoin, convertido en Mr. de Paradéze.

Una mujer noble, de sentimientos elevados y dulces, ha vivido muchos años sin poder librarse de semejante dueño. La jóven Valentina de Assimbret, débil ya porque todo habia sido destrozado en ella, se habia convertido en una vieja temblona aniquilada por las privaciones, precisada á ocultarse para ocultar sus harapos, y degradada hasta el punto de robar á su vez lumbre para calentarse, pan para comer y vino para embriagarse y olvidar algunas veces el frio y el hambre.

Esta era la mujer á quien Mad. de Cerny iba á pedir una protectora, esta era la mujer á quien Eugenia Peyrol iba á pedir una madre; pero, como ya te he dicho los habia precedido Julieta. Cuando llegó, se hallaba enferma Mad. de Paradéze; tendida sobre un jergon, tenia por única enfermera una anciana que seguramente no se hallaba menos miserable que ella. Julieta llamó á la puerta de aquella casa en otro tiempo tan espléndida, porque en la época en que niña aun, se la habia echado de allí, conservaba bastante razon la avaricia del dueño para conocer que gastando solamente una pequeña parte de las numerosas rentas de su mujer, poseia medios de crearse un buen capital. En aquella época se hallaba en lo mejor de la edad Mad. de Cauny, y su voluntad, por débil que fuese, luchaba contra la vergonzosa economía de su marido. Este por su parte, no se hallaba libre del temor de verla descubrir su antiguo casamiento; y como sabia que el vizconde de Assimbret deseaba encontrar ocasion para castigarle por haberse casado con su hermana, no se atrevia á dar á su mujer motivos de queja que hubiesen podido llegar á oidos del vizconde.

Pero una vez seguro de la muerte de su primera mujer, una vez lanzada Juanita de la casa, se sentia superior á todo temor y se atrevió á mandar como amo. Sin embargo se necesitaron veinte años para conducir á Mr. de Paradéze su mujer, y la casa en que habitan, al estado de degradacion en que Julieta los halló. Llamó pues á la puerta de aquella casa y nadie la respondió en mucho tiempo. Al fin, despues de una larga espera, salió á abrir la anciana y única criada de que te he hablado y la preguntó qué quería. Julieta contestó que deseaba ver á Mr. de Paradéze para un asunto muy urgente en el que se interesaba su fortuna. La anciana la introdujo, y, ga-

nando una ala del patio de aquella inmensa casa, le mostró con el dedo una larga fila de habitaciones, diciéndole: Allá, á lo último encontraréis á Mr. de Paradéze en su cuarto. Julieta atravesó muchos salones abandonados; las colgaduras caian á pedazos y estaban devorados los artesonados por la humedad que entraba por las ventanas rotas. Fué pasando de cuarto en cuarto y al fin llegó á una puerta cerrada que abrió sin llamar.

En una pieza exigüa vió á un anciano sentado en un miserable taburete cuyos pies se habian recortado; tenia entre las piernas un barreño con lumbre en el cual se calentaba sin hervir un puchero en que nadaban una que otra legumbre; y cubria sus hombros una manta vieja de caballería y sus pies y sus piernas estaban rodeados de paja que les prestaba algun calor. Cuando oyó abrir la puerta, se levantó y se volvió. Su cabello caia sobre sus mejillas, sus mejillas caian sobre su cuello, su labio sobre su barba: era la decrepitud en su espresion mas hedionda y asquerosa. Al ver á Julieta, se apoderó del miserable taburete en que estaba sentado y esclamó:

—Qué me quereis? Yo no poseo nada, soy un pobre hombre arruinado!

Julieta habia estado en Bois-Mandé bastante tiempo para saber el vicio que dominaba á su abuelo, aunque no habia vuelto á su casa desde que se la espulsó de ella; así es que no estrañó aquel recibimiento.

—Nada os pido, le respondió con intrepidez; al contrario, vengo para evitar vuestra ruina.

El anciano puso en el suelo su taburete y se sentó entre Julieta y el barreño como si temiera que la jóven le usurpase parte del calor.

—Pues bien, quién sois? qué me quereis?

—Ya os lo he dicho, contestó Julieta, vengo á evitar vuestra total ruina.

—Y quién puede querer arrebatarme el miserable pedazo de pan que me queda? dijo el anciano. Todo el mundo sabe muy bien que ni un sueldo poseo, y que si no pido una limosna es por respeto á mi nombre.

—En ese caso, dijo Julieta yngiendo retirarse, nada tengo que deciros.

—Esperad! esperad! esclamó el anciano lanzándose hácia ella y deteniéndola; esperad que ya os conozco. Sois la hija de Mariquita, sois Juanita la criada de la posada.

—Soy vuestra nieta y en ese concepto vengo á salvaros.

—Yo no tengo ninguna nieta, dijo el anciano, no tengo hijos.

—Teneis una nieta que soy yo, teneis una hija que es Mariquita; y si no me haceis vuestra heredera, en recompensa de lo que vengo á deciros, se os arrebatará cuanto poseeis; porque hay una persona que puede enviaros á morir en una cárcel.

Esta amenaza espantó á Bricoin, que, ocultando la frente entre sus rodillas, murmuró con tono de niño lloron:

—Mi mujer murió... no hay pruebas, no hay pruebas.... soy inocente.

—No dudo que será difícil hallar pruebas; pero vive aun la hija de Mad. de Cauny y yo se donde está.

—La hija de mi mujer! esclamó el anciano levantándose, acometido de un temblor espantoso. Viene á robarme todo lo que tengo, no es verdad? Pide todo lo que era de su madre? Quiere despojarme de todo, hacerme morir de hambre?

—Es muy capaz de todo, respondió la escelente nieta de aquel honrado anciano.

Oh! no lo consiguirá! no lo consiguirá! dijo Bricoin con furor.

—Difícil será que se lo impidais. Es una gran señora, muy poderosa, con mucho apoyo en la alta sociedad; acaso yo soy la única persona que puede libraros de ella.

—Y de que modo podrás hacerlo? dijo el anciano acercándose á Julieta.

—Y de qué modo me pagareis ese servicio si os le presto?

El anciano bajó la cabeza y contestó con aire solícito y misterioso.

—Mira, tengo escondida una preciosa alhaja que usaba mi esposa cuando era jóven, y te la daré.

Julieta quiso probar hasta donde llegaba la bellaqueria y la avaricia de Bricoin y le dijo que la enseñara aquella alhaja.

El anciano fué á un rincon del cuarto y levantando un pedezo de tapiz sacó una cadena que entregó á Julieta; esta conoció al instante que era de cobre dorado y la tiró adelantándose hácia la puerta diciendo:

—Voy á poner en noticia de Mad. de Paradéze que existe aun su hija.

El anciano tuvo aun bastante fuerza para colocarse entre Julieta y la puerta.

—No saldrás! no saldrás! la dijo.

Pero como Julieta le rechazase con violencia, añadió en voz baja y suplicante procurando sonreirse:

—Me he equivocado, Juanita, me he equivocado: habia puesto allí esa cadena para cojer á los ladrones que hubieran venido por casualidad; pero tengo oro verdadero, y diamantes tambien, vaya te los.... te los.... te los enseñaré.

—Veo que no nos entendemos, dijo Julieta; escuchadme: Si llega á ser reconocida la hija de vuestra mujer, no sólo heredará todos los bienes de su madre sino tambien os dejará en la miseria.

El anciano la interrumpió esclamando con abatimiento.

—Y será esa la recompensa de treinta años de felicidad que he proporcionado á mi mujer!

Julieta no se detuvo por la esclamacion de Mr. de Paradéze.

—No solo os dejará esa jóven en la miseria, continuó, sino que os acusára ante las autoridades de haberla hecho desaparecer en otro tiempo; lo menos malo que podrá sucederos es que os encarcelen y os quiten la ad-

ministracion de los bienes de vuestra mujer y hasta la de los vitalicios.

—Es imposible, es imposible! replicó el anciano á quien tornaba todo su furor la idea de ser despojado.

Julieta tampoco tomó en cuenta esta interrupcion y continuó, queriendo ir derecha á su objeto:

—Sin embargo, hay un medio de evitarlo: y es hacer declarar á vuestra esposa misma que vió á su hija muerta y que cualquiera otra que pretenda ser la hija que perdió es una intrigante culpable de la mas baja impostura.

—Me agrada, me agrada esa idea, dijo el viejo; pero cómo lo conseguiremos?

—Eso corre de vuestra cuenta, contestó Julieta. Yo he cumplido con mi deber manifestándoos lo que hay.

—Pero en fin, dijo Luizzi interrumpiendo por primera vez esta hedionda narracion: por qué se apresuraba Julieta á perder á Eugenio Peyrol?

—Pardiez, mi amo, que tienes una memoria muy mala y un conocimiento muy pobre de las leyes que nos rijen, dijo el Diablo; segun has podido ver por el árbol genealójico que te tengo enseñado, Gustavo de Bridely ha heredado ya unos bienes que hubieran debido volver á Mad de Cauny y por consecuencia á Eugenia Peyrol.

—Comprendo el interés que Gustavo tenia en no descubrir semejante asunto, dijo el baron.

—Pero no comprendes que si Mad. de Cauny deja á falta de sucesion, á su esposo, todos sus bienes, Bricoin se hacia inmensamente rico; Mariquita heredaba esos bienes y Julieta los recibia de Mariquita. Julieta se casaba con Gustavo de Bridely, y un pícaro digno de presidio y una bribona á quien convendria marcar en el hombro se encontraban únicos herederos de una de las mas distinguidas y ricas familias de Francia.

—Es cierto, dijo el baron, es cierto; pero para que eso sucediera era preciso que Mad. de Paradéze muriera antes que su marido.

—Justamente, contestó el Diablo; esa era la cuestion, y esa cuestion no se suscitó porque cada cual estaba persuadido de que el otro le entendia perfectamente. Lo que mas urjia era impedir el reconocimiento actual y futuro de Eugenia Peyrol.

—Y, segun lo que me has dicho, han conseguido su objeto los dos infames?

—Y no les ha costado mucho, contestó el Diablo: un poco de pan, un poco de vianda, un poco de vino, y nada mas.

—Qué quieres decir?

—Ah! mi amo, será una horrible escena ver á aquel anciano y á aquella jóven sentados junto al lecho de una madre anciana moribunda y casi idiota, contándola que una intrigante habia tenido la audacia de tomar el nombre de su hija. Y como se escapasen algunas pavesas de amor maternal de

aquella ceniza casi apagada, se regó la ceniza con vino y se convirtó en fango. Y á cada vaso de vino que se vendia á aquella desventurada se la hacia añadir una frase esplicativa á la declaracion que se exigia de ella. Así fué como escribió bajo el dictado de su marido, y Julieta que habiendo sabido que una mujer llamada Eugenia Turniquel pretendia pasar por hija suya, declinaba en su lecho de muerte, hallándose sano su espíritu y libre su cuerpo, que su hija era muerta y que si habia aparentado buscarla habia sido con intencion de adoptar á la hija de su esposo; pero que la diferencia de edad que hubiera resultado entre ambas no la habia permitido felizmente llevar á cabo aquel acto ilegal.

—Con que obtuvieron semejante declaracion! esclamó Armando.

—Sí, mi amo; y como aquella declaracion hubiera podido ser retractada recobrando la razon la anciana, se consiguió con facilidad obviar este inconveniente. A la privacion de todo, sucedió la abundancia de todo, y el abuso y el esceso produjeron la muerte que no habian conseguido el hambre y la miseria.

—Con qué ha muerto Mad. de Cauny! esclamó el baron.

Murió algunos dias antes de venir Julieta á declarar contra tí, porque ya conocerás que su declaracion contribuyó no poco á tu pérdida, mostrando que la deposicion en que tú fiabas tanto no podia menos de ser falsa.

—Pero como llegó tan tarde Eugenia á casa de Mad. de Cauny que no pudo evitar tan terrible desgracia?

—Porque, gracias á tus cuidados, la vigilaba el señor marqués Gustavo de Bridely, quien, viendo el éxito de la astucia de Julieta, tuvo buen cuidado de hacerla viajar de provincia en provincia, de modo que no recobrase nunca á su madre, Mad. de Paradéze. Fatigada de aquellas pesquisas inútiles, volvió al lado de su tio Rigot despues de haber consumido los pocos recursos que la quedaban, y entonces fué cuando recibió la carta que la dirigiste al llegar aquí, la cual la determinó á hacer la última tentativa. Partió pues á pié como tu hermana Carolina, pues mas de una vez se le habia advertido con demasiada crueldad que ningun socorro debia esperar de la condesa de Lemée, su hija, á quien no quiso decir que iba á buscarla una nueva fortuna, temerosa de sufrir desaires aun mas odiosos que los que su ngratitud la habia hecho sufrir ya.

Hizo animosamente su jornada y llegó á la puerta de casa de su madre, para saber que esta habia muerto y para verse amenazada con una cárcel, cuando se encaminó á casa del juez de paz con objeto de declarar en qué calidad se presentaba. Se habia tenido cuidado de poner en manos del juez la declaracion de Mad. de Cauny con la cual se le impuso silencio no bien pronunció la primera palabra para justificar su pretension. Entonces abrumada de desgracias, de cansancio y de miseria fué á parar á la posada donde encontró en cama á Mad. de Cerny.

Al llegar aquí Satanás sonaron las ocho, y Luizzi, como echára de ver que el tiempo que le quedaba se iba con rapidez, estuvo á punto de terminar en aquel instante su entrevista con el Diablo; pero calculó que aun le restaban diez y seis horas, y dijo:



—Vamos, date prisa; deseo saber tambien por que he perdido á Leonia, como he reducido á padecer sobre un jergon de una miserable posada á una mujer tan dichosa, tan bella, tan noble; hazme ver que solo me queda una esperanza en este mundo; afirmarme en la eleccion que tengo hecha. Habla, Satanás, que te escucho.

Y Satanás continuó:



XXXV.

Un asesino.

Voy á continúar la carta de Mad. de Cerny. Enriqueta, cuya razon habia resistido á la desgracia, se habia vuelto loca de alegría; Mad. de Carin á quien la amistad de Enriqueta habia preservado de la locura, enfermedad que se pega como la peste, habia perdido tambien la razon viendo desaparecer la de su amiga. Madama de Cerny habia quedado sola esperando los consejos de su abogado, cuando vió aparecer, algunos dias despues de haberte escrito, un juez miembro de una comision nombrada para interrogarla acerca de la parte que pudiera haber tomado en el asesinato de Mr. de Cerny por medio de insinuaciones ó consejos que tú hubieras obedecido.

Insinuaciones ó consejos no se prueban; pero en buena justicia, no se quiere tampoco que los acusados puedan entenderse para combinar sus me-

dios de defensa, y Mad. de Cerny fué puesta, provisionalmente, en absoluta incomunicacion. Aquí, mi amo, pudiera yo referirte una larga historia: no la de los acontecimientos sobrevenidos á Leonia, mas sí la de sus pensamientos, la de su lucha y la de sus combates interiores, historia de que tú saliste triunfante al fin; sí, mi amo, porque Leonia no quiso creer tu crimen.

—Oh! gracias! Leonia! esclamó Luizzi.

El Diablo continuó sin contestar á la interrupcion de Luizzi.

No quiso dar crédito á las pruebas evidentes que te condenaban; no quiso dar crédito á su razon, que no podia menos de reconocer la fuerza de aquellas pruebas; no quiso dar crédito á lo que la decia su padre: arrostró su autoridad, y cuando por una parte desapareció la acusacion de adulterio por muerte de Mr. de Cerny, y por otra se hubo terminado la instruccion de tu causa, Leonia fué puesta en libertad y salió de Orleans para venir á buscarte á Tolosa.

—Oh! gracias! gracias, Leonia! volvió á esclamar el baron; aquel corazon noble y generoso debiera ser el asilo del mio.

—Corazon noble, en efecto, dijo el Diablo, porque Leonia no olvidó á nadie al tomar su resolucion; al pasar por Bois-Mandé se trasladó á casa de su tia Mad. de Cauny, á fin de saber las noticias que ésta habia adquirido acerca de la existencia de su hija

Mad. de Cauny habia muerto el dia que ella llegó; el cadáver salia de la casa cuando Eugenia llamaba: cuando se rehusaba la entrada á Leonia despedía Julieta con insolencia á su antiguo amante, á Enrique Donezau tu cuñado.

—Enrique! esclamó el baron; en efecto, no me acordaba ya de él. ¿Qué ha sido de él durante todo ese largo tiempo?

—Te contaré una larga historia en algunas palabras. Enrique habia seguido á Julieta creyendo que se habia ido con el conde. ¿Quieres saber cómo?

—Continúa, continúa, respondió el baron.

—Corriente, dijo el Diablo; pero mira que se pasa el tiempo y aunque no es mucho lo que queda que decirte, no quiero robarte lo poco que te queda.

—Escucha, dijo Armando; me he decidido á darte doce horas de las veinte y cuatro que me restaban; componte de modo que cuando hayan pasado sepa yo qué acontecimiento ha detenido enferma á Mad. de Cerny en la posada y la ha impedido venir á verme. Entonces podrás tomar los treinta dias de mi vida que te pertenecen y me pondrás en libertad segun me has prometido.

—Estamos conformes, contestó Satanás, y continuó:

Enrique Donezau y Mad. de Cerny se encontraron á la puerta de casa de Mr. de Paradéze. Enrique, acababa de ser espulsado de la casa, y á Leonia se la negaba la entrada. No se conocian; pero estaban ambos bastante irritados por la grosería de la nueva dueña de la casa para que Enri-

que se atreviese á acercarse á Mad. de Cerny á fin de esplicarla su descontento, y para que Mad. de Cerny le preguntase quién era la mujer que la habia hecho responder con tanta insolencia y grosería.

—Es la bribona mas indecente, contestó Enrique; como que se ha escapado de París con cierto conde de Cerny á quien yo he hecho pagar bien caro el rapto de esa pícara.

Ya sabes tú, mi amo, que Mad. de Cerny no era mujer á propósito para continuar una conversacion en semejantes términos; pero la decidió á sufrir la compañía de aquel hombre, la circunstancia que podia revelarle quien era la mujer que viajaba con su marido. Habia ido en carruaje desde Bois-Mandé á la quinta, y le ofreció conducirle en su carruaje. Enrique aceptó y hé aquí cual fué su conversacion:

—Con que vos, caballero, conoceis á la persona que ocupa la quinta de Mr. de Paradéze? ¿Y conoceis tambien á Mr. de Cerny que ha viajado con ella?

—Le conocia por haberle visto en París una vez ó dos con motivo de ciertos asuntos que tenia con mi cuñado.

—Ya, dijo la condesa, ¿con qué Mr. de Cerny conocia á vuestro cuñado?

—Yo creo, respondió Enrique, que á quien conocia sobre todo era á Mad. de Cerny.

—Es muy estraño, dijo Leonia, que no suponia que un conocido suyo pudiese tener semejante cuñado.

—Os puedo asegurar que es cierto, repuso Donezau; tanto le conocia Mad. de Cerny que se fugó con él.

Mad. de Cerny logró disimular su sorpresa gracias al partido que habia tomado de no dejar conocer á aquel hombre el interés que tenia en interrogarle.

—Ola! dijo Leonia; ¿con qué se fugó con vuestro cuñado Mad. de Cerny?

—Ya lo creo, contestó Enrique; se fugó con el baron de Luizzi: toda la Francia lo sabe.

—Sí, es verdad, se fugó con el que ha matado á Mr. de Cerny.

Enrique palideció al oir estas palabras y contestó con voz balbuciente:

—Que le haya matado ó no, no es del caso. eso lo decidirán los jueces.

Leonia estrañó no poco la turbacion de tu cuñado, y dijo mirándole atentamente;

—Nadie mas que el amante que se escapó con la mujer puede haber matado al marido.

—Es posible, contestó Enrique, aunque yo no concibo que un hombre mate al amante de su mujer. Que se mate al amante de su querida, es muy diferente, añadió lleno de rábia.

Mad. de Cerny palideció á su vez en vista de la manera con que Enrique pronunció estas últimas palabras; pero, como temiera mostrar la sospecha que acababa de concebir, respondió tranquilamente á Donezau:

—Y sin duda habeis venido á este pais para ver á vuestro cuñado?

—Allá se las componga, contestó Enrique; que salga como pueda. He venido por otra cosa.

—Y habeis conseguido vuestro objeto?

Le he conseguido á medias; yo sé muy bien vengarme cuando se me hace una ofensa; ya se lo he hecho ver á uno y no tardaré en demostrárselo á esa bribona que me ha arrojado de casa de su abuelo....

—Es posible esclamó Luizzi, que dijera eso á Leonia! Y Leonia no ha venido á declarar el verdadero nombre del culpable!... porque él es el asesino, no es verdad?

—Mi amo, mira que se vá el tiempo, y si me interrumpes no concluiremos nuestra narracion.

Y Satanás continuó:

Sí, Enrique dijo eso; se acusó él mismo. Qué quieres, amigo mio, á no ser por esas indiscrecciones el crímen sería un lindo juego. El cadáver sepultado algunos pies bajo tierra índica su existencia por medio de sus esalaciones; el agua hace flotar en su superficie las víctimas que le han sido confiadas; el fuego devora los cuerpos sin borrar la señal de las heridas, los intestinos conservan la huella del veneno, el alma del hombre no es mas fuerte, que todo esto; los remordimientos traspiran por todos los poros del cuerpo y el crímen sube á los labios y flota en ellos. Sí; Enrique Donezau dijo eso, y como Mad. de Cerny no fuese dueña aquella vez de dominar el terror que se apoderó de ella, Enrique conoció que acababa de cometer una indiscrecion. Sin duda hubiera ahogado en el acto la sospecha que habia despertado, dando muerte á Leonia; pero era de dia é iba delante de él á caballo el postillon; ademas reflexionó que aquella mujer era estraña á su crímen y no debia tener ningun interés en perderle para salvar al baron de Luizzi. Sin embargo, quiso saber quien era aquella mujer, y, fingiendo no haber echado de ver su turbacion ni su propia indiscrecion, la dijo con mas delicadeza que la que hasta entonces habia empleado:

—Y podré, señora, saber á quien tengo que agradecer el gran favor que acabais de hacerme?

—Caballero, mi nombre debe seros enteramente desconocido: me llamó Mad. de Assimbret.

Este nombre no fué un gran descubrimiento para Enrique; pero la vacilacion con que le pronunció Leonia le hizo sospechar que esta habia ocultado el que verdaderamente la pertenecia. De este modo llegaron á Bois-Mandé. El primer cuidado de Enrique fué preguntar al postillon el verdadero nombre de la persona con quien habia venido de casa de Mr. de Paradé-

ze. Ya comprenderás cuál debió ser su terror al oir pronunciar el nombre de Mad. de Cerny. Debes conocer que su terror subió de punto cuando vió que Mad. de Cerny se disponia á partir para Tolosa y sobre todo cuando supo que Leonia habia mandado á buscar al Maire de Bois-Mandé

Un crímen era poca cosa para Enrique Donezau, y si recuerdas bien su conversacion con Julieta debes recordar que, suponiendo que él fuese el asesino de Mr. de Cerny á quien creia raptor de su querida, no era aquel su primer ensayo. Enrique habia sido conducido por Julieta de la disolucion á la estafa, de la estafa á la falsedad, de la falsedad al asesinato; nada faltaba ya al complemento de su carrera; no debia pues vacilar largo tiempo antes de decidirse á desembarazarse de la condesa; pero era difícil hallar el medio de hacerlo siendo tan apremiante el peligro; si se le denunciaba, podia prendérsele, y una vez preso era perdido, pues no faltaban testigos de la muerte de Mr. de Cerny.

—Me parece que hasta ahora no me habías dicho eso, objetó Luizzi

—Como que no me lo has preguntado, mi amo, contestó el Diablo.

—Pues bien: y qué hizo? dijo Armando deseoso de llegar al fin de la narracion.

Contó con la buena suerte reservada al crímen, calculó que el que iba á cometer era demasiado audaz para que se sospechara de él; entró en el cuarto de Mad. de Cerny, pero era demasiado tarde; solo la habia dado una puñalada que no la habia matado, cuando apareció en el cuarto del Maire á quien Leonia habia mandado llamar.

—Y se apresó al infame, no es verdad?

—Está en la cárcel; pero no como asesino de Mad. de Cerny pues entonces escapó sin ser conocido y siguió á Julieta á Tolosa; pero está preso como asesino del conde y se le prendió en Tolosa á donde habia llegado en seguimiento de Julieta.

—Le ha acusado Leonia?

El Diablo continuó sin responder:

Cuando Eugenia llegó á Bois-Mandé, yacia Mad. de Cerny, moribunda é incapaz de articular una palabra, en el lecho donde la encontró, y dos dias despues llegó Carolina que encontró enfermas á las dos en Bois-Mandé.

—Pero una vez reunidas, esclámó el baron, qué ha sido de ellas?

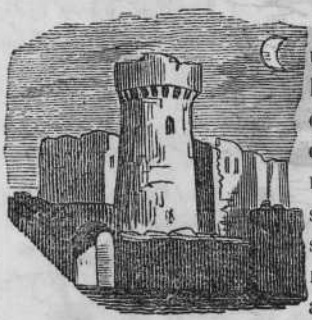
En aquel instante dieron las doce de la noche; el Diablo colocó el dedo en la frente de Luizzi, y dijo:

—Ahora tomo los treinta dias que me has dado.

Estendióse una especie de velo ante los ojos de Luizzi; mas no con tanta rapidez que Armando no creyese ver abrirse la puerta de su prision y aparecer el rostro de Carolina conducida de la mano por Leonia y Mad. Peyrol.

XXXVI.

El castillo de Ronquerolles.



Cuando el baron volvió en sí, estaba en el castillo de Ronquerolles en el mismo aposento en que, diez años antes, habia aceptado su pacto con el Diablo; se hallaba solo. Entonces no necesitó buscar el recuerdo de su pasado: presentábase á su memoria vivo, ardiente y como si aquellos treinta dias solo hubiesen durado un minuto: aunque le quedaban doce horas, se apresuró á llamar á Satanás, y le dijo:

—Ahora tratemos solo de nosotros: he hecho mi eleccion.

—Puedes hablar y así que me hayas dicho qué es lo qué quieres, lo tendrás; tú verás luego si puedes ser dichoso.

—Vas á saberlo, dijo Luizzi, pero antes de todo quiero que me espliques de qué modo ha sido reconocida mi inocencia á fin de que no quede en el mundo con esa ignorancia que tan fatal me ha sido ya.

—Has permanecido en la cárcel diez dias y hace veinte que te se trasladó aquí: durante esos veinte dias has continuado en un estado de imbecilidad, gracias al cual nadie estrañará que hayas perdido el recuerdo de cuanto ha pasado en ese tiempo porque cuando faltan las ideas faltan tambien los recuerdos.

—Pero por qué he salido de la cárcel?

—Porque Donezau ha sido reconocido por asesino del conde de Cerny; fué preso por la delacion de Santiago Bruno que, perseguido por la muerte de Chiquitin habia escapado hasta entonces á la vindicta pública. Acusado de haber cometido un robo en la carretera, habia ocultado su nombre para que no se reconociese en él al asesino del faccioso Chiquitin; pero Donezau cometió la torpeza de reconocer en él á Santiago Bruno y este se vengó reconociendo en Donezau al asesino del conde de Cerny pues le habia visto disparar al conde desde el soto donde él se hallaba oculto.

—An fin, dijo el baron, ha sido castigado el crímen, el vício ha encontrado su merecido.

—¿ Lo crees así? replicó el Diablo con una espresion indecible: si esa es la persuasion que te ha dictado tu eleccion, mira.





XXXVII.

La linterna mágica del Diablo.



APARECIO en aquel instante que uno de los costados de la habitacion se habia transformado en un vasto teatro donde se representaba un drama del que Luizzi era espectador. Primero vió una numerosa reunion de hombres: unos estaban sentados á una mesa y otros depositaban en una urna papeletas escritas; era una eleccion de diputados.

Una multitud avida y curiosa se amontonaba á la puerta del colegio electoral; todos hablaban, se interpelaban: hubiérase dicho que el resultado de aquella eleccion era de gran interés para toda la ciudad; se trataba nada menos que de la eleccion de uno de los sugetos de mas importancia en el pais. Al fin se procedió al escrutinio y concluyó la operacion sin que nadie abandonase su puesto; tal era el deseo de saber quien era el vencedor. Al cabo de algunas horas se proclamó diputado por la provincia, al baron de Carin que solo habia obtenido algunos votos de ventaja á Mr. Félix Ridaire, su honrado competidor.

—Infamia! esclamó Luizzi.

Y como si esta palabra hubiera sido la señal que dá el maquinista del teatro, cambió al punto la escena.

Armando vió entonces una prision donde estaba acurrucada una mujer con una niña casi moribunda en sus brazos: el baron conoció á Enriqueta Buré. Otra mujer, asomada á la reja de aquella infame habitacion, abrumaba de injurias á Enriqueta. Luizzi conoció á Mad. de Carin.

—Horror! esclamó el baron.

Y cambió de nuevo la escena como la primera vez.

Entonces apareció una iglesia magnificamente adornada. Habia dos capillas colgadas de blanco; una de ellas estaba inundada de luces, de colgaduras, de ornamentos mágnificos, y en la otra brillaban las armas de marqués. Casi al mismo tiempo penetraron en la iglesia dos cortejos: el que se dirigió á la capilla ricamente adornada, era el de Fernando y la señorita de Durand; el que se encaminó á la capilla blasonada era el del señor marqués de Bridely y la señorita Julieta Bricoin que llevaba sobre su traje de vírgen el luto por su abuelo cuyos inmensos bienes acababa de heredar su madre; el conde de Lozeraie servía de padrino á la señorita de Durand, y Edgardo du Bergh daba la mano á Julieta.

—Basta, basta! dijo Luizzi: estas palabras hicieron cambiar la escena como anteriormente, y entonces apareció:

Un cuarto donde se verificaba una comilona: Ganguernet, el viejo Rigot y Barnet cenaban alegremente servidos por Lili que habia vuelto á casa del notario.

—Asco y vergüenza! esclamó Luizzi.

E inmediantamente cambió el teatro apareciendo una inmensa galería por la cual iban pasando corriendo multitud de personas;

Primeramente pasaron: Mr. Furnichon hecho agente de cambios;

Mr. Bador, hecho notario;

Mr. de Lemée, par de Francia, nombrado relator de la audiencia;

El marqués du Val probándose un frac hecho por Humann, en el cuarto de una bailarina;

Periquillo nombrado mayoral de diligencias;

Mad. de Bergh dando tisana á su confesor;

Mad. de Marignon presidiendo la junta de beneficencia para la educacion de niñas;

Mad. de Cremaucé junto al lecho de su hija que acababa de parir, esplicando á esta los deberes de las madres para con sus hijos;

Mr. Crostencoupe, nombrado por aclamacion miembro de la Academia de ciencias;

Pedro, el antiguo ayuda de cámara del baron, casado con la enfermera Mad. Humbert y dueño de una rica casa de huéspedes situada en la calle

de Richelieu, en la cual conoció Luizzi sus lujosísimos muebles de París;

Luis cochero particular del emperador de Rusia;

Akabila que habia vuelto á su país y recobrado el trono de su padre.

Hortensia Buré despidiendo de su casa á una criada que resultaba hallarse embarazada.

Todos pasaban, volvian á pasar, con la sonrisa en los labios, la alegría en los ojos, la calma en el rostro.

Luego pareció al baron que comenzaba una especie de galop singular cuya música era tan estraordinaria que no hubiera podido formase idea de ella aunque hubiera asistido á las orgías del baile Musard. Entonces todas aquellas figuras empezaron á bailar, á correr á volar; iban, venian, brillaba en sus ojos el placer y en su acento el gozo; era un hechizo verlas tan ligeras, tan frívolas, tan placenteras, pasaban y volvian á pasar delante de Luizzi sonrriéndole, llamándole; luego se mezclaron perfumes embriagadores al sonido de la música, al ardor del baile y entonces todo era delirio, alegría, en que parecian nadar todos con delicia. Luizzi sentia agitado todo su cuerpo por la actividad de aquel movimiento; los acentos febriles de aquella música irritaba su alma, la embriaguez de aquellos perfumes le inundaba y penetraba en él; y como fuera á llamar á Satanás para que hiciera desaparecer aquel cuadro infernal, vió de pronto á Juliela, á Julieta valsando, á Julieta inclinada sobre un hombre cuyo rostro se escapaba siempre á las miradas de Luizzi.

Oh! cuánta razon tenia Carolina al ensalzar la gracia de aquel talle flexible, el lascivo abandono de aquel airoso cuerpo! Julieta daba vueltas, vueltas sin fin, y sus vestidos azotados por el viento diseñaban las formas fluidas y delicadas de su cuerpo, y su cabello vagaba en torno de su cabeza. Sus ojos medio cerrados, vibraban y jadeaban por decirlo así lanzando en torno de ellas miradas empapadas de voluptuosidad. Su boca entreabierta, mostraba el esmalte de sus dientes, y se agitaban sus labios; su cuerpo parecia entregado á un parasismo de amor y Luizzi se sentia poseido de los ardientes deseos que sin cesar le habia inspirado aquella jóven que de repente pareció desfallecer y desmayarse en los brazos de su pareja; desprendíase de los brazos de aquel hombre y en el momento de caer alargó la mano á Luizzi que arrebatado por un delirio insensato, se lanzó hácia ella.... Pero cuando su mano iba á tocar la de Julieta le detuvo otra mano; todo desapareció entonces y Armando vió á Carolina pálida, jadeante y moribunda arrodillada delante de él.

—Armando le dijo, te has salvado, te has salvado!

—Ah! eres tú, no es verdad, Carolina ... eres tú quien me ha salvado?

—Sí, ella es, dijo una voz muy conocida para Luizzi que volvió la cara y vió á Leonia.

—Sí, añadió otra vez, ella es quien os ha salvado. Y Armando reconoció á Eugenia.

Todo el profundo terror que Armando habia esperimentado, todos lo terribles dolores que habia sufrido, todos los deseos frenéticos de que se sen-



tia devorado un momento antes, desaparecieron de su alma. Una calma dulce, serena, y bienchechora sucedió á ellos; lo único que el baron esperimentaba era una tristeza vaga, una melancolía que parecia ser solamente los restos de un dolor que desaparece.

—Oh! venid ángeles mios, dijo, venid pues sois los únicos séres que no me han abandonado!

—No, Armando, contestó Leonia, no nos llameis así; solo hay un ángel en vuestra presencia, y ese ángel es Carolina.

Ella es quien nos encontró en la posada de Bois-Mandé y nos inspiró valor; ella es quien nos curó y nos salvó á ambas; ella es quien, así que hubo terminado tan penosa obra, sabiendo el riesgo que corriais y sabiendo el medio de salvaros no vaciló entre el desprecio de la sociedad y la justicia; porque yo, Armando, abrumada por la desgracia, dudaba si desafiar la opinion hasta el punto de acusar á mi asesino del asesinato de mi esposo para salvar á mi amante; pero ella no vaciló en acusar al criminal para salvar al inocente, y lo ha hecho con un valor digno de alabanza porque ha necesitado arrostrar la ironia de los mismos jueces que decian que acusaba á su esposo para vengarse del abandono en que la habia dejado; la sociedad ha repetido esta calumnia y ella la despreciado; ha tenido que implorar de Santiago Bruno el testimonio de la verdad; ha necesitado todo ese valor para salvar á un hombre que parecia no poder agradecerlo pues estábais falto de razon, Armando; pero ha reclamado para el insensato lo que era justo reclamar; y, despues de haberos librado de la infamia, os ha librado de la muerte; porque ha pasado todas las noches y todos los dias á vuestro lado, espiando vuestros gestos, vuestras palabras, vuestra respiracion.

—Y vosotras dos estábais tambien á mi lado, dijo Carolina, y me habeis sostenido en tan penosa tarea y Dios me ha tendido la mano para que te salvara.

—A mí! esclamó Armando, recordando la eleccion que debia hacer; ¡á mí! ya es tarde, ¡estoy perdido!

—No, hermano mio, contestó Carolina; si es cierto, como algunas veces he oido decir, que nuestra familia está condenada á la desgracia y al crimen; si es cierto como me ha dicho Leonia, que una espantosa fatalidad te persigue.....

—Sí, es cierto, dijo Luizzi, me ha perseguido por todas partes; he querido apoyarme en todas las cosas de este mundo y todas se han quebrantado en mis manos porque estaban podridas y corrompidas por el vicio; he querido saber la verdad y solo se ha presentado á mis ojos como un cuadro hediondo y repugnante; he tendido la mano á cuantos he encontrado, y la mano de los dichosos ha desgarrado la mano que yo les tendia, y la mano que yo les tendia ha aplastado á cuantos he querido socorrer. Hermana mia, hermana mia, la maldicion de Dios pesa sobre mí!

—Armando, dijo Carolina, ¿no has alzado nunca tus manos á Dios?

—A Dios? contestó el baron. Y cuando sus rodillas se doblaban y se unian sus manos para orar, sonó un reloj y retumbó una voz que dijo:

—Ha pasado la hora de la eleccion; baron, sígueme!

Y el castillo de Ronquerolles desapareció como si el fuego de un volcan le hubiese devorado en menos de un segundo, y solo quedó en el sitio que ocupaba un hondo precipicio que los aldeanos llamaban la Boca del Infierno.

Dícese tambien que en aquel instante se elevaron de la orilla de aquella sima tres figuras blancas: subieron al cielo y una de ellas se adelantó hasta las gradas del trono de Dios y pidió por las que habian quedado atras; y cuando el Señor la hubo manifestado que podian entrar, la vírgen pura, la jóven culpable y la mujer adúltera se arrodillaron y oraron por el alma del baron Francisco Armando de Luizzi.



ÍNDICE

de los capítulos que contiene el tomo segundo.

I.	Pobre niña.	5
II.	Pobre jóven.	18
III.	Pobre jóven aun.	47
IV.	La pobre jóven siempre.	61
V.	Pobre mujer.	72
VI.	Pobre madre etc.	75
VII.	Vértigo.	88
VIII.	Esposicion.	96
IX.	La mujer de un nécio.	118
X.	Un juramento político.	130
XI.	Una escena entre los facciosos.	143
XII.	El convento	160
XII 2.°	Correspondencia.	183
XIII.	Conclusion segun Luizzi.	211
XIV.	Consecuencias de una chanza.	225
XV.	Encuentros.	243
XVI.	La mujer.	267
XVII.	Capítulo de novela.	290
XVIII.	Contraste.	304
XIX.	Amor.	319
XX.	Las tres paradas.	327
XXI.	El veterano.	342
XXII.	Continuacion del capítulo precedente.	353
XXIII.	Un poeta artístico pintoresco y moderno.	363
XXIV.	Primer acto.	372
XXV.	Segundo acto.	381
XXVI.	Tercer acto.	396
XXVII.	Transformacion.	406
XXVIII.	El banquero.	416
XXIX.	Un negocio.	444
XXX.	Los buenos magistrados.	496
XXXI.	La casa de locos.	505
XXXII.	Triunfo del amor fraternal.	529
XXXIII.	Una mujer honrada.	537
XXXIV.	Abuela y nieta.	546
XXXV.	Un asesino.	554
XXXVI.	El castillo de Ronquerolles	559
XXXVII.	La linterna mágica del Diablo.	561

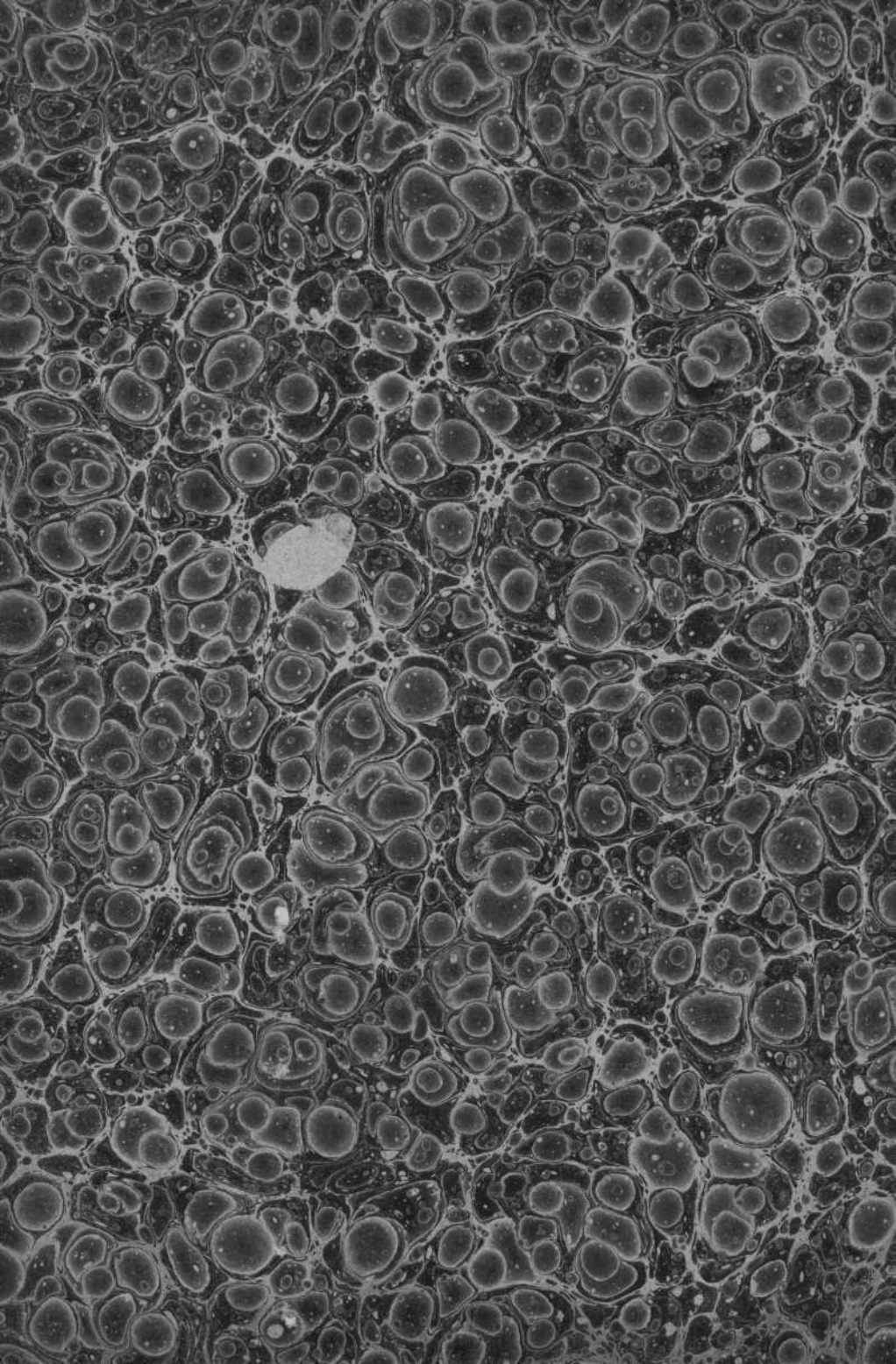
ÍNDICE

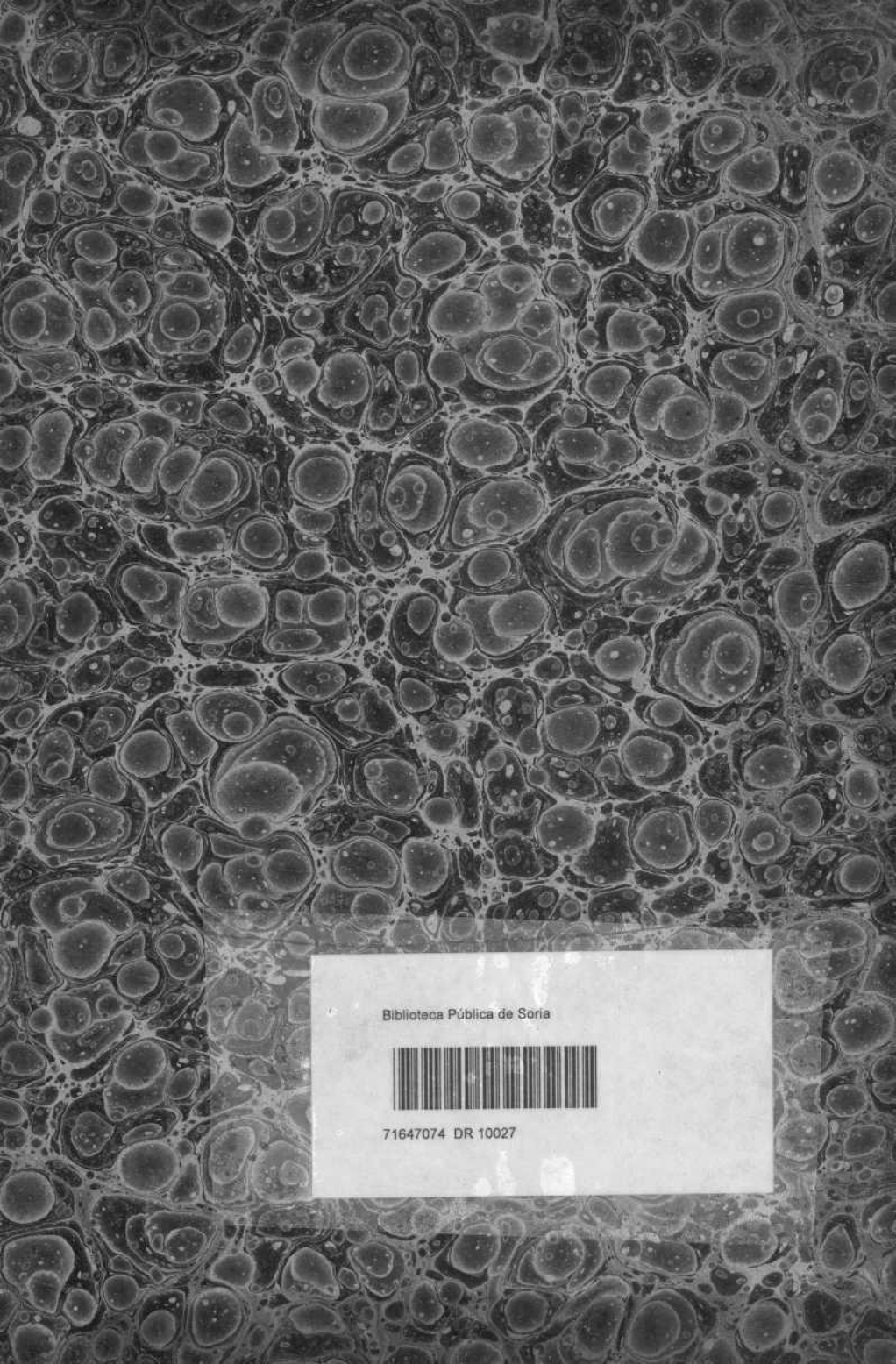
de los capítulos que contiene el tomo segundo.

I. Pobre niña. 5
II. Pobre joven. 18
III. Pobre joven aun. 47
IV. La pobre joven siempre. 61
V. Pobre mujer. 72
VI. Pobre madre de. 77
VII. Verdugo. 88
VIII. Exposición. 96
IX. La mujer de un reo. 118
X. Un juramento político. 130
XI. Una escena entre los famosos. 145
XII. El convento. 160
XII 2. Correspondencia. 185
XIII. Conclusion segun Balzac. 211
XIV. Consecuencias de una chanza. 238
XV. Reconciliacion. 245
XVI. La mujer. 267
XVII. Capítulo de novela. 290
XVIII. Contraste. 304
XIX. Amor. 319
XX. Las tres paredes. 327
XXI. El veterano. 342
XXII. Continuacion del capítulo precedente. 355
XXIII. Un poeta artístico pintoresco y moderno. 367
XXIV. Primer acto. 372
XXV. Segundo acto. 381
XXVI. Tercer acto. 396
XXVII. Transformacion. 409
XXVIII. El banquete. 416
XXIX. Un negocio. 424
XXX. Los buenos magistrados. 436
XXXI. La casa de locos. 465
XXXII. Tricela del amor fraternal. 529
XXXIII. Una mujer bonrada. 567
XXXIV. Ahuela y nieta. 580
XXXV. Un asesino. 623
XXXVI. El castillo de Hompurrolles. 639
XXXVII. La hinterra mágica del Diablo. 661

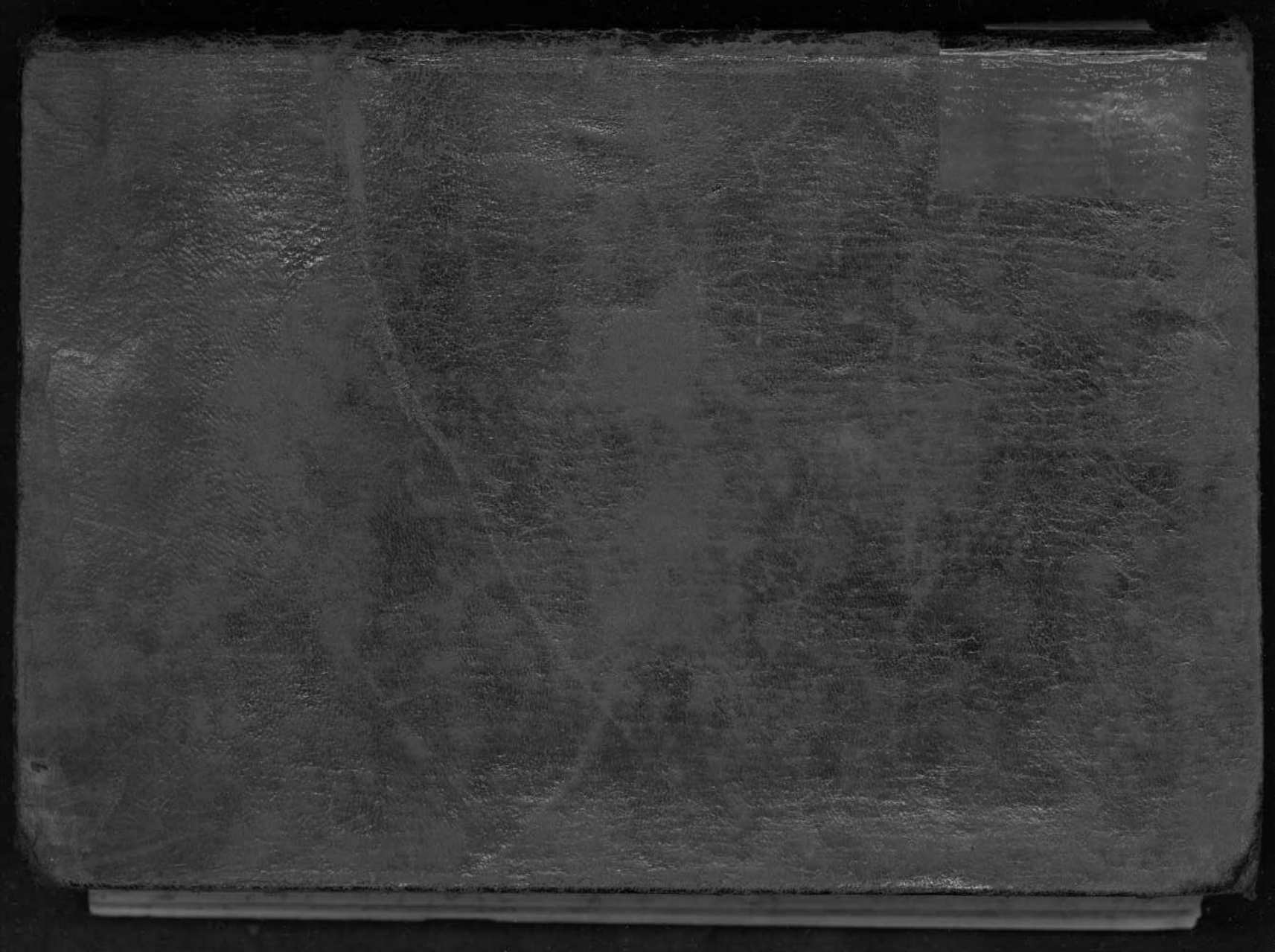
ERRATAS NOTABLES.

Pág.	*Lín.*	*Dice.*	*Léase.*
8.	16.	probidad.	una probidad.
id.	24.	contemplaban	contemplar.
15.	26.	hija Eugenia; así	hija. Eugenia, así
id.	30.	llevar ?	llevar al hospicio ?
22.	34.	Eugenia y Teresa.	Eugenia, Teresa y Deseada.
81.	12.	la le.	la que le.
id.	24.	de la noche.	y de la noche.
99.	11.	místico.	rústico.
101.	16.	colérica.	colérico.
107.	7.	virgen que entregada al rio Scamandre.	la virgen que entregada al rio Escamandro.
144.	26.	relampagazos.	relámpagos.
190.	5.	amabais.	amais.
261.	1.	bullan.	bullen.
262.	40.	Eres.	Eras.
351.	14.	muertos.	muerto.
id.	42.	la.	le.
431.	40.	Añádase.	Añádase á lo.
493.	38.	hallé.	halló.




Biblioteca Pública de Soria

71647074 DR 10027



MEMORIAS

DEL

DIABLO

1-2.

DR
10027